



Universitat de Girona

EL ARMAMENTO DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS V-I a.C.)

Gustavo GARCÍA JIMÉNEZ

Dipòsit legal: GI-I461-2011

<http://hdl.handle.net/10803/51613>

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi doctoral i la seva utilització ha de respectar els drets de la persona autora. Pot ser utilitzada per a consulta o estudi personal, així com en activitats o materials d'investigació i docència en els termes establerts a l'art. 32 del Text Refós de la Llei de Propietat Intel·lectual (RDL 1/1996). Per altres utilitzacions es requereix l'autorització prèvia i expressa de la persona autora. En qualsevol cas, en la utilització dels seus continguts caldrà indicar de forma clara el nom i cognoms de la persona autora i el títol de la tesi doctoral. No s'autoritza la seva reproducció o altres formes d'explotació efectuades amb finalitats de lucre ni la seva comunicació pública des d'un lloc aliè al servei TDX. Tampoc s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant als continguts de la tesi com als seus resums i índexs.

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis doctoral y su utilización debe respetar los derechos de la persona autora. Puede ser utilizada para consulta o estudio personal, así como en actividades o materiales de investigación y docencia en los términos establecidos en el art. 32 del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual (RDL 1/1996). Para otros usos se requiere la autorización previa y expresa de la persona autora. En cualquier caso, en la utilización de sus contenidos se deberá indicar de forma clara el nombre y apellidos de la persona autora y el título de la tesis doctoral. No se autoriza su reproducción u otras formas de explotación efectuadas con fines lucrativos ni su comunicación pública desde un sitio ajeno al servicio TDR. Tampoco se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al contenido de la tesis como a sus resúmenes e índices.

WARNING. Access to the contents of this doctoral thesis and its use must respect the rights of the author. It can be used for reference or private study, as well as research and learning activities or materials in the terms established by the 32nd article of the Spanish Consolidated Copyright Act (RDL 1/1996). Express and previous authorization of the author is required for any other uses. In any case, when using its content, full name of the author and title of the thesis must be clearly indicated. Reproduction or other forms of for profit use or public communication from outside TDX service is not allowed. Presentation of its content in a window or frame external to TDX (framing) is not authorized either. These rights affect both the content of the thesis and its abstracts and indexes.



Universitat de Girona

TESIS DOCTORAL

**EL ARMAMENTO DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA
PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS V-I a.C.)**

VOL. I

Gustavo García Jiménez

2011

CIÈNCIES HUMANES I DE LA CULTURA: INVESTIGACIÓ ARQUEOLÒGICA

Dirigida por: David Vivó i Codina y Fernando Quesada Sanz

Memoria presentada para optar al título de doctor por la Universitat de Girona

ÍNDICE

VOLUMEN I

Agradecimientos	9
Resumen	11
Summary	15
PARTE I: ORIENTACIÓN DEL TRABAJO	19
I. INTRODUCCIÓN	21
I.A. Objetivos y planteamiento	21
I.A.1: Presentación	21
I.A.2: Objetivos	35
I.B. Metodología	40
I.C. Marco geográfico y cronológico	63
I.C.1: Marco geográfico	63
I.C.2: Marco cronológico	75
II. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN	99
II.A. La investigación sobre el armamento de tipo La Tène en Europa	99
II.B. La investigación sobre el armamento de tipo La Tène en la Península Ibérica	132
PARTE II: LAS ARMAS	153
III. LAS ESPADAS	155

III.A. Morfología de las espadas La Tène y sus vainas	157
III.A.1: Morfología de la espada La Tène peninsular	161
III.A.2: Morfología de la vaina La Tène peninsular	176
III.B. Las espadas del noreste: nuevos datos y nuevos planteamientos	198
III.B.1: Precedentes	199
III.B.2: Actualización del catálogo	206
III.B.3: Algunas precisiones tipológicas y cronológicas	218
III.C. Tipología de las espadas de influencia La Tène en la Península Ibérica	232
III.C.1: Los tipos peninsulares	233
III.C.2: Distribución geográfica de los tipos	286
III.C.3: La problemática de las vainas en las espadas La Tène peninsulares	301
III.D. La suspensión de las vainas. Modelos y alternativas	315
III.E. La cuestión del “ <i>gladius hispaniensis</i> ”	330
III.E.1: Sobre el origen del <i>gladius hispaniensis</i> en las espadas La Tène celtibéricas	331
III.E.2: El difícil problema de las influencias	344
III.E.3: Algunas consideraciones tipológicas y cronológicas sobre el <i>gladius</i> republicano	356
III.F. Cronologías	367
III.F.1: Algunas notas sobre las primeras espadas La Tène peninsulares	371
III.F.2: La cronología de los tipos peninsulares ajenos al noreste	378
III.G. Evolución de las espadas La Tène en el territorio peninsular: Aspectos morfo-tácticos y competencia de los formatos	387
III.G.1: El módulo de la hoja	388
III.G.2: Los complementos de la hoja: vainas, suspensiones y valoración general	395
III.H. Iconografía de la espada La Tène en la Península Ibérica	399
III.H.1: La espada La Tène en la pintura vascular	400
III.H.2: Numismática y toréutica	405
III.H.3: La espada La Tène en la escultura hispánica	407

VOLUMEN II

IV. LOS ESCUDOS	419
IV.A. Morfología del escudo oval de tradición La Tène	422
IV.B. Tipología de los umbos y manillas de escudo oval en la Península Ibérica	447
IV.B.1: Tipología de los umbos peninsulares	449
IV.B.2: Tipología de las manillas metálicas peninsulares	492
IV.B.3: Las orlas	505
IV.C. Dispersión y cronología de los elementos metálicos del escudo oval	507
IV.C.1: Dispersión de los tipos	507
IV.C.2: Cronología de los umbos	520
IV.D. Evolución de los escudos. Zonas e influencias	535
IV.D.1: La influencia gala	536
IV.D.2: La influencia itálica	540
IV.D.3: La posible influencia púnica	546
IV.D.4: Valoración general	546
IV.E. Iconografía del escudo oval en la Península Ibérica	554
IV.E.1: Representaciones en la pintura vascular	555
IV.E.2: Representaciones escultóricas	567
V. LAS LANZAS	573
V.A. Morfología de las lanzas y sus componentes metálicos de tradición La Tène	576
V.B. Formas y tipos de moharras y regatones de influencia La Tène en la Península Ibérica	598
V.B.1: Premisas al estudio tipológico	598
V.B.2: Moharras de clara influencia La Tène	601
V.B.3: Regatones con espiga	614
V.C. Cronologías, evolución y zonas de influencia	618
V.C.1: Cronología de las moharras y regatones estudiados	618
V.C.2: Dispersión de la muestra	624

V.C.3: La evolución de las lanzas hispánicas de tradición La Tène	630
VI. LOS CASCOS	635
VI.A. Morfología y características del casco céltico de tipo La Tène	639
VI.B. Estudio tipológico de los cascos de influencia La Tène peninsulares	656
VI.B.1: Premisas al estudio tipológico	656
VI.B.2: Los cascos hispánicos	661
VI.C. Cronologías, alcance geográfico y posibles influencias	678
VI.C.1: Cronología de los cascos estudiados	678
VI.C.2: Dispersión y vías de influencia	684
PARTE III: LAS PANOPLIAS	693
VII. LAS ARMAS LA TÈNE EN LAS PANOPLIAS PENINSULARES	695
VII.A. Las panoplias con armamento La Tène en sus contextos	695
VII.B. Conjuntos complejos. Justificación de las cronologías	705
VII.B.1: Panoplias en contextos funerarios	705
VII.B.2: Panoplias en contextos singulares	713
VII.C. Asociaciones de armas y evolución de las panoplias	728
VII.C.1: Las armas y sus combinaciones	730
VII.C.2: Algunos apuntes sobre el significado táctico de las panoplias	751
PARTE IV: SÍNTESIS Y CONCLUSIONES	779
VIII. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES	781
VIII.A. Vías de influencia del armamento La Tène en el territorio peninsular	784
VIII.A.1: Las regiones meridionales de Francia	784
VIII.A.2: El Mediterráneo y las vías indirectas	791

VIII.A.3: Las vías internas	802
VIII.B. Factores de difusión del armamento La Tène. El componente social y simbólico	805
VIII.B.1: Principales factores de difusión	805
VIII.B.2: La cuestión de las migraciones	808
VIII.B.3: Factores de difusión complejos	815
VIII.C. Peculiaridades del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica	824
VIII.C.1: Los signos en el armamento	824
VIII.C.2: Los condicionantes de las armas en las panoplias hispánicas	839
VIII.D. Fases cronológicas: de la influencia al desarrollo	841

VOLUMEN III: DOCUMENTACIÓN

PARTE V: DOCUMENTACIÓN	855
IX. BIBLIOGRAFÍA	857
IX. Bibliografía general	857
IX. Fuentes clásicas	909
X. APÉNDICES	911
X.1. Apéndice 1: Piezas descartadas	913
X.1.1: Piezas descartadas: espadas	913
X.1.2: Piezas descartadas: Moharras	921
X.2. Apéndice 2: Catálogo	937
X.2.1: Dibujos	939
X.2.2: Base de datos general	1043
X.2.3: Medidas	1111
X.2.4: Base de datos de panoplias	1129

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a las siguientes personas (y las instituciones que representan) su ayuda, sin la cual la realización de este trabajo habría sido imposible:

En primer lugar, a los directores de esta Tesis Doctoral, David Vivó (Universitat de Girona) y Fernando Quesada (Universidad Autónoma de Madrid). Si bien es cierto que la labor de un director de tesis consiste en guiar y aconsejar al aspirante al doctorado en su largo y arduo trabajo, es de justicia hacer hincapié en la enorme fortuna de haber contado con dos directores con una percepción fuera de lo común respecto a los puntos a considerar o modificar para el enfoque y perfeccionamiento de tan complejo proyecto. Lo mejor del caso es que la complementariedad que han sabido mostrar ambos, cada uno atendiendo en especial a ciertos aspectos que dominan a la perfección, ha resultado ser uno de los estímulos fundamentales para la feliz conclusión de estas páginas.

Al mismo tiempo, nada de esto habría llegado a plasmarse nunca si no fuera por la dedicación y la paciencia de nuestra familia (Mei, Marta y Huc), que no han dado su brazo a torcer en ningún momento y han sabido soportar, no con estoicismo sino con respeto y amor, todo el tiempo que tan cruelmente les he robado. La verdad es que no sé si lo merezco ¡Os quiero mucho!

También querríamos añadir nuestro más sincero agradecimiento a las siguientes personas vinculadas a los museos o colecciones que hemos tenido el placer de visitar durante la fase de compilación del material catalogado en este trabajo. En todos los casos nos han hecho sentir como en casa, lo que desde luego es una buena noticia en lo que refiere a la calidad humana de los museos de este país:

Núria Rafel y Carme Rovira (MAC-Barcelona); Àngels Soler (Museu de Mataró); Jesús Sesma (Servicio de Arqueología de Navarra); Miguel Ángel Hurtado (Museo de Navarra); Guillermo Kurtz (Museo de Badajoz); Pedro Ayuso, Vicente Baldellou y Julio Ramón (Museo de Huesca); Juan Paz y Miguel Beltrán (Museo de Zaragoza); Luis y Pilar (Monasterio de Veruela); Marian Arlegui y Elias Terés (Museo Numantino); Imma Ollich y María Ocaña (Museu de l'Esquerda); Carmen Portolés (Museo Juan Cabré); José Antonio Tirado y M^a Teresa Sánchez (Museo de La Rioja); Magdalena Barril, M^a Dolores Bonet, Esperanza Manso, Eduardo Galán, Rubí Sanz y Virginia Salve (Museo Arqueológico Nacional); Elena Ruiz y Miguel Martínez (Museo de Cartagena); Helena Bonet y Jaime Vives (Museu de Prehistòria de Valencia); Albert Ribera y Josep Vicent Lerma (SIAM Valencia); Asunción Martínez (Museo de Requena); M^a Ángeles Gómez y Antonio Poveda (Museo de Murcia); Juan Alonso y M^a Dolores López (Museo de Cádiz); Joaquim Oliveira (Museu de Evora); Eladi Grangel (Museu de Ceràmica de l'Alcora); Carmen Escriche (Museo de Teruel); Antonio Rodríguez y Juan Valadés (Museo de Cáceres); Isidro Toro (Museo de Granada); Virginia Page (Museo de Arte Ibérico "El Cigarralejo"); M^a Luz Crespo y Fernando Aguado (Museo de Guadalajara); Christine Lorre (Musée Archéologique Nationale, France); Jorge Juan Fernández y Javier Abarquero (Museo de Palencia); Eloisa Wattenberg y Fernando Pérez (Museo de Valladolid); Rebeca Recio (Museo Cerralbo); Juan Carlos Elorza y Marta Negro (Museo de Burgos); Raul Gutiérrez y Pedro Ángel Fernández (Museo de Santander); Amelia Baldeón y Javier Fernández

(Museo de Álava); Lourdes Paez (Museo de Almería); Antonio Fernández (Museo de Écija); Josep Lluís Ribes y Alberto Velasco (Museu de Lleida); Jordi Farré (Vinseum Vilafranca); Gabriel de Prado y Aurora Martín (MAC-Ullastret); Joan Francès (Museu de Cerdanyola); Aurora Martín, Laura Lara y Josep M^a Llorens (MAC-Girona); Rebeca Carretero y Sofía Gómez (Centro de Estudios Turiasonenses); Alejandro García y Amparo Gómez; familia Duran-Vall-Llosera.

Por supuesto, también nos gustaría expresar nuestra especial gratitud a Isabel Rodà y Jordi Peiret (ICAC) por creer en nuestro proyecto y ayudar a que no se alargara demasiado o acabara aparcado definitivamente. Asimismo, querríamos agradecer el asesoramiento y la ayuda que hemos recibido de algunos investigadores para la localización de algunas de las piezas o bien por sus consejos y advertencias, que tan bien nos han venido en algunas ocasiones:

Luis Berrocal (UAM); Alberto Lorrio (Universitat d'Alacant); Amparo Castiella (Universidad de Navarra); Raquel Vilaça (Universidad de Coimbra); Rui Mataloto (Universidad de Lisboa); Josep M^a Nolla (Universitat de Girona); J. A. Faro; Aitor Iriarte; Thierry Lejars; Carlos García Cano; Nieves Juste; Eduardo Kavanagh; Joaquim Grau; Toni Prados; Lluís Palahí.

Por último, pero no menos importante, a mis padres, Julian García y M^a Ángeles Jiménez, por los duros sacrificios que hicieron en su momento para que pudiera estudiar mi carrera e iniciarme en el también duro pero gratificante mundo de la arqueología. A ellos les debo mi dedicación a esta profesión, y espero que comprendan, con este trabajo, lo mucho que esto significa para mí.

RESUMEN

Pese a las evidentes limitaciones de tipo documental referentes a las sociedades protohistóricas de la Península Ibérica, el conocimiento de las mismas es cada vez mayor gracias a la investigación relativa a su cultura material. Dentro de esta investigación, sin duda aquella que refiere al armamento es una de las más vivas en la actualidad. Las armas son símbolos inequívocos de la actividad bélica desarrollada por dichas sociedades, movidas estas a defender sus bienes y proteger sus vidas, a estructurar y consolidar el estatus de sus élites, el sustento de sus creencias religiosas y, en último lugar, a configurar de forma decisiva su historia.

Aunque el origen y dispersión mayoritaria de la cultura La Tène se halla en los pueblos celtas europeos, su rastro se deja notar de forma palpable – y en ciertas regiones muy significativamente – en buena parte del territorio peninsular, incluso fuera del espacio que en él ocupan los “pueblos celtas” (teniendo en cuenta que en la actualidad la identificación pueblo-cultura ya no es sostenible en su sentido más rígido).

El conocimiento exhaustivo de estas armas y sus conjuntos en la Península Ibérica es, principalmente, un propósito que combina resultados prácticos tales como el uso de tipologías con finalidad de datación, y científicos, como el conocimiento de las formas de lucha paralelas o complementarias a las propiamente hispánicas, la valoración de las fórmulas de adaptación de las panoplias de tipo La Tène en una importante región europea, o la ponderación en este territorio del peso ideológico y cultural de las sociedades no-mediterráneas.

El presente trabajo de Tesis Doctoral es continuación y complemento de un trabajo anterior realizado para la obtención del DEA y dedicado al estudio de las espadas de tipo La Tène en el noreste de la Península Ibérica. Lo alentador de los resultados obtenidos en dicho estudio nos sugirió la posibilidad y la aparente viabilidad de llevar a cabo un estudio mucho más amplio, en el que se contemplaran no sólo estas peculiares armas en un territorio geográfico mucho más extenso y complejo, sino que, además, se incluyera en el mismo al resto de las armas que conforman la panoplia La Tène “tipo”.

Entre los pasos decisivos para llevar este estudio a su término contemplábamos la necesidad de establecer una tipología útil para cada una de las armas analizadas, así como la de dotar a los subsiguientes tipos de una secuencia cronológica en la que sostener su evolución local o regional, verdaderamente singular debido a la gran variabilidad cultural de un territorio tan extenso como la Península Ibérica.

Para alcanzar los objetivos marcados con la mejor garantía, teniendo en cuenta que forzosamente deberemos utilizar un método básicamente inductivo, se ha aplicado una metodología de análisis en la que el estudio de la pieza con un examen y documentación gráfica directos ha resultado determinante para la observación de algunos datos morfológicos de gran relevancia. Asimismo, la catalogación de las armas estudiadas se ha realizado mediante su inclusión en una serie de bases de datos de distinto contenido con el objeto de distinguir elementos de conexión susceptibles de su repercusión tipológica.

La estructura de la tesis se divide en cuatro grandes bloques: orientación del trabajo, estudio de las armas por separado, estudio de los conjuntos de armas (panoplias) y conclusiones. A estos cuatro bloques, se añade un quinto que corresponde a la documentación, incluyéndose en el mismo los catálogos de armas.

El primer bloque, dedicado a la introducción del trabajo en su marco general, incluye un capítulo referente al planteamiento del mismo, a la metodología empleada y a su encuadre dentro de un marco geográfico y cronológico concreto, que podríamos resumir, tal y como figura en el título de la tesis, en la Segunda Edad del Hierro de la Península Ibérica, y en concreto al intervalo de tiempo comprendido entre los siglos V y I a.C.

Junto a este capítulo de situación, incluimos en este mismo bloque otro que refiere a la historia de la investigación de estas armas, tanto a las que pertenecen al propio territorio peninsular como a las que no lo hacen, puesto que éstas son la referencia constante a la que debemos referirnos para su análisis comparativo.

El segundo bloque, el más extenso de todos, refiere a las armas que podemos considerar como “de influencia La Tène” y a sus complementos. Algunas de ellas, como las espadas, requieren de un estudio mucho más detallado debido a la mayor complejidad de sus elementos y su alto contenido tipológico. El orden de aparición de las distintas armas y protecciones no es el habitual, habiéndose prescindido de la clásica estructura de presentación en la que aparecen las armas ofensivas primero, y las armas defensivas y protecciones corporales en segunda instancia. En cambio, se han presentado en primer lugar las espadas, después los escudos, las lanzas y por último los cascos. El motivo de tal aparente desorden es, por una parte, el de evitar que el estudio se entienda como un trabajo sobre las panoplias La Tène, porque dichas panoplias, concebidas como un conjunto de armas con unas características comunes a la tradición lateniense europea, no se dan salvo excepcionalmente, y lo más común es hallar una u otra arma mezclada con otras propias de la tradición más autóctona. Ello, entendemos, nos exime de tratar estas armas como un conjunto unitario, a la vez que otras cuestiones, como la aceptación y asimilación por parte de las distintas etnias hispánicas de unas armas con independencia de otras, adquieren más sentido. En consecuencia, priorizamos la aparición de espadas y escudos sobre el resto porque estas son las referencias clave para el armamento de influencia La Tène que todos podemos identificar sin demasiadas dudas. Su aspecto, en estos casos, es mucho más identificable como “de influencia La Tène” a simple vista, a diferencia de otras piezas más complejas como armas de asta o cascos.

Los distintos capítulos de este bloque se estructuran en distintas partes, que pueden variar en función de las necesidades especiales de cada tipo de arma. En primer lugar, se realiza una explicación de las características morfológicas de cada arma en particular, siempre partiendo de lo que sobre ellas conocemos gracias a los hallazgos e investigaciones de fuera del ámbito peninsular. Una vez asimiladas las características habituales en estos objetos, procedemos a su discusión tipológica a partir de los datos procedentes de la Península Ibérica. En tercer lugar, se atiende a las cuestiones de la dispersión geográfica – con su consecuente repercusión etnográfica – y a sus atribuciones cronológicas. Por último, con todos estos datos en la mano, procuramos dar una visión sintética de la evolución de estas armas en los distintos territorios afectados. En los casos de las armas que cuentan con algún tipo de documentación iconográfica

más o menos fiable (caso de espadas y escudos), se incluye un capítulo complementario donde se discuten estos datos.

A lo largo de estos capítulos, se ha procurado ofrecer un apoyo sistemático de la argumentación a partir de una importante cantidad de material gráfico, en el que se incluyen todo tipo de dibujos explicativos, mapas de dispersión y gráficas de frecuencias.

Una de las discusiones constantes en el desarrollo de este bloque consiste en la adscripción de algunas de las piezas – a veces en cantidades notables – a una verdadera inspiración lateniense o bien a una derivación de sus adaptaciones romanas o, en algunos casos, autóctonas. Este es por ejemplo el caso del *gladius hispaniensis*; espada derivada de la evolución hispánica de la de tradición La Tène, o algunos umbos de escudo de probable fabricación romana. El problema relativo a las lanzas es mayor, porque viene casi siempre condicionado con su gran parecido morfológico a otras fórmulas hispánicas, mientras que en lo relativo a los cascos, se ha prescindido de los denominados cascos “de tipo Montefortino” precisamente por la razón inversa, puesto que, pese a tener una remota influencia La Tène, su producción es claramente itálica y su aspecto visiblemente discernible frente otros modelos de influencia continental.

El tercer bloque trata, como ya hemos adelantado, del modo en que las distintas armas descritas con anterioridad se combinan entre sí y con otras armas propias de una evolución autóctona o bien derivadas de otras tradiciones. El foco de nuestro interés es, pues, la panoplia (o conjunto de armas de un guerrero) como pretexto para conocer su trascendencia táctica entre las distintas sociedades que las emplearon.

En el primer capítulo del bloque, discutimos brevemente los problemas contextuales de los hallazgos de algunas armas, mientras que en el segundo, incidimos algo más detalladamente en las cuestiones cronológicas de algunos conjuntos; en especial aquellos más singulares o excepcionales. El tercer capítulo, que constituye el grueso de la argumentación en este bloque, apunta, por una parte, a la descripción de las combinaciones de armas más comunes de cada uno de los principales territorios culturales afectados en nuestro estudio y, por otra, a las implicaciones tácticas y sociales del empleo de estas panoplias.

En el cuarto bloque, relativo a las conclusiones, hemos procurado dar respuesta, en la medida de lo posible, a algunas preguntas que creemos esenciales para la comprensión del fenómeno de la presencia de tan singulares objetos en las diferentes regiones que conforman el mosaico cultural de la Península Ibérica.

El primero de los interrogantes a resolver refiere a la procedencia de los aportes materiales. Se exploran los distintos territorios susceptibles de haber influenciado o haber sido los focos de difusión de estas armas – incluyendo los propios territorios hispánicos – comparando su comportamiento y sus posibles compatibilidades, a la luz de los datos arqueológicos e historiográficos, con su presencia en la Península Ibérica. Las regiones del Languedoc occidental, el suroeste francés o la Liguria y la Península Itálica parecen haber jugado (directa o indirectamente) un papel esencial en la presencia y, en algunos casos, la continuidad de los influjos latenienses sobre el noreste peninsular, la Celtiberia y las regiones hispánicas mediterráneas respectivamente. En todos estos casos, observamos, se trata de regiones “periféricas” en lo que a la cultura material de La Tène se refiere, y no corresponden a los territorios más típicamente celtas

en sentido estricto. A su vez, constatamos la existencia de influencias múltiples, que repercuten de distinto modo a una u otra región de la Península Ibérica. El mismo foco celtibérico, donde la espada de tradición La Tène vivió un interesantísimo proceso de transformación, actuaría asimismo como foco de influjo sobre otras regiones peninsulares y extra-peninsulares. Por fin, nos parece importante destacar el comportamiento diacrónico de las distintas regiones hispánicas implicadas, en las que no se vive en absoluto un proceso de influjo paralelo, sino que se perciben distintas procedencias e intensidades dependiendo de su momento.

El segundo interrogante, íntimamente relacionado con el primero, refiere a los modos en los que se propaga este tipo de armamento en la Península Ibérica; a cómo llegan a cuajar en el substrato local. Se valora en especial la actividad militar como uno de los factores de difusión más dinámicos, sobre todo en relación a los grandes conflictos librados en territorio peninsular, como la Segunda Guerra Púnica. No obstante, se afronta también el espinoso tema de las migraciones como posible agente de difusión de estas armas, aunque concluimos que no hay evidencias arqueológicas que sustenten o rechacen tales hipótesis. Por último, se valora también el importante papel de otros factores de difusión complejos como son el de la aculturación, que creemos tiene un peso especial en la continuidad de la presencia de material de influencia La Tène en algunos territorios; en especial el del noreste.

La tercera de nuestras discusiones viene a sintetizar los resultados de los planteamientos esbozados en nuestro segundo bloque, dedicado al estudio de las armas, con el fin de recordar cuáles son las peculiaridades del armamento La Tène hispánico. La especial personalidad de las armas peninsulares nos advierte de que estamos tratando de un armamento plenamente “periférico”, en muchos casos muy distinto al que supusiera su influencia original. El componente fuertemente autóctono de las armas hispánicas, en su aspecto más formal, es el claro reflejo de la gran complejidad cultural de la Península Ibérica durante la Segunda Edad del Hierro.

Por último, la cuestión de la propia evolución de este armamento es debatida partiendo de la ordenación de todos los datos anteriores en una secuencia cronológica lineal, lo que nos permite sintetizar los detalles del comportamiento de estas armas en los distintos territorios afectados; desde el influjo original de la fase “de contacto” en cuatro focos, a la extinción de las armas fruto de su sustitución o adaptación, ya muy modificada, a formatos plenamente romanos a lo largo del siglo I a.C.

El último de los volúmenes de esta tesis doctoral viene representado por la información documental aneja al estudio propiamente dicho. Además de la bibliografía, se comprende en este volumen un apéndice relativo a la información sobre las piezas inicialmente consideradas como posibles integrantes de nuestro estudio y posteriormente descartadas, que en especial afectan a un puñado de espadas y un número mucho más importante de puntas de lanza. Finalmente, el grueso del volumen viene constituido por el catálogo definitivo de las piezas incluidas en el estudio, en el que podemos observar los dibujos de todas las piezas ordenados por tipos y a la misma escala, así como las bases de datos que corresponden a la información general de las armas, a sus medidas o a las combinaciones en panoplias procedentes de contextos cerrados.

SUMMARY

The La Tène influence weaponry in the Iberian Peninsula (V-I centuries B.C.)

In spite of the limitations concerning the documentary evidence referring to the protohistorical societies of the Iberian Peninsula, the knowledge of each one of them is increasing thanks to research concerning its material culture. Within this field of study, that which refers to weaponry is doubtlessly one of the most widely researched nowadays. Their weapons are unequivocal symbols of the belligerent activity developed by the above mentioned societies, with the aim of defending their wealth, protecting their lives, and consolidating the status of their elite, as well as the maintenance of their religious beliefs. All those issues would decisively shape their history.

Even though the origin and main expansion of the La Tène culture is found among the European Celtic peoples, each wave can be clearly felt in a great portion of the peninsular territory, mostly in certain regions, even outside the land occupied by the Celtic peoples (taking into account that nowadays the identification peoples-culture cannot be strictly sustained anymore).

The exhaustive knowledge of these weapons and their panoplies in the Iberian Peninsula is chiefly a goal which combines practical results, such as the usage of typologies with a dating purpose, as well as scientific, such as the knowledge of parallel or complementary fighting methods to the essentially Iberian, assessment of the adaptation procedures of the panoplies of La Tène type in an important European region, evaluation in this territory of the ideological and cultural weights of the non-Mediterranean societies...

The actual project of doctoral thesis is a continuation and complementation of a previous project made for the acquisition of the DEA and dedicated to the study of the swords of the La Tène kind in the North East of the Iberian Peninsula. The encouraging results obtained in the above mentioned project, suggested the possibility and the apparent feasibility of carrying out a much wider study in which this peculiar weapons would not only be contemplated in a much more extensive and complex geographical territory, but also the rest of the weapons which make up the La Tène kind panoply.

Among the decisive steps required in order to bring this study to conclusion, the need to establish a useful typology for each of the analysed weapons was contemplated as well as the requirement to provide the subsequent types of a chronological sequence in which to base its local or regional evolution; truly singular due to the great cultural variability of such an extensive territory as the Iberian Peninsula. In order to reach the desired objectives with the best guaranty, taking into account that a basically inductive method had to be used, an analysis methodology in which the study of the piece with direct examination, as well as graphic documentation for the observation of some morphological data of great relevance, has been applied. Likewise, the inventory of the studied weapons has been carried out by means of their inclusion in a series of data base of different contents with the aim of distinguishing connecting elements liable to their typological repercussions.

This thesis is structured in four main blocks: orientation of the project, a separate study of the weapons, study of the panoplies and conclusions. To these four blocks, a fifth is added which corresponds to the documentation, being the arm catalogues included in it.

The first block, devoted to the introduction of the project in its general frame, includes a chapter dedicated to its approach, the methodology used, and to its structure within a concrete geographical and chronological frame, which could be summarised, as is said in the title of the thesis, in the Second Iron Age in the Iberian Peninsula, and concretely in the time covered between the V and the I centuries B.C. Following this chapter, another one referred to the history of the research of these weapons, both to the ones that belong to their peninsular territory and to the ones that do not, since those are the constant references to which we must turn to for their comparative analysis, is included in the same block.

The second block, the most extensive of all, refers to the weapons that can be considered as of La Tène influence and their complements. Some of them, like the swords, require a much more detailed study due to the greater complexity of their elements and their high typological content. The unusual order of apparition of the different weapons and protections, the classical structure of presentation in which the offensive arms appear first and the defensive arms and corporal protections in second instance, has been omitted. However, the swords have been presented first, then the shields, the spears and lastly the helmets. The reason for such apparent lack of order is, on one hand, to avoid that the study being understood as a project on the La Tène panoplies, because such panoplies, understood as a set of weapons with common characteristics of the European La Tène tradition, is not found but exceptionally, whereas finding the occasional weapon along with others belonging to more indigenous traditions, is the commonest. This fact, in our understanding, exempts us from contemplating these weapons as a unitary ensemble; on top of that, the acceptance and assimilation by the different Hispanic ethnic groups of some arms independently of others, acquires more meaning. At the same time, we give priority to the apparition of swords and shields over the rest because those are the key references for the weaponry of La Tène influence that can be easily identified. Their appearance, in these cases, is much easier to identify as La Tène influence at a glance than much more complex pieces such as shaft weapons or helmets. The different chapters in this block are structured in different parts that can vary according to the special needs of each kind of weapons. Firstly, an explanation of the morphological characteristics of each particular weapon, always taking into account what we know about them owing to the findings and research made abroad, is carried out. Once the usual characteristics of these objects have been assimilated, we proceed to the typological discussion from data found in the Iberian Peninsula. Thirdly, questions of geographical expansion – and their consequent ethnographic repercussions – and their chronological attributions are taken into account. At last, with all these data at hand, we try and give a summarized vision of the evolution of these weapons in the different affected territories. In those cases in which the weapons have any kind of reliable iconographical documentation (which is the case with swords and shields), a complementary chapter where these data is discussed is included.

Throughout these chapters, systematic support of the line of argument put forward stemming from an important quantity of included graphic material, in which all kinds of detailed drawings, maps of location of the findings and frequency graphics have been provided.

One of the constant arguments in the development of this block is whether some of the pieces – sometimes in significant quantities – can be ascribed to a real La Tène inspiration or to a derivation of their roman or, in some cases, indigenous adaptations. This is for instance the case with *gladius hispaniensis*; a sword

derived from the Hispanic evolution of the La Tène tradition, or the case of some shield umbones of probable roman made. The problem relating to the spears is greater, because it is nearly always conditioned by their great morphological resemblance to other Hispanic instances, whereas in relation to the helmets, the so-called Montefortino-type helmets have been omitted precisely for the inverse reason, since their production is clearly italic and their appearance visibly discernible from other models of continental influence, in spite of having a remote La Tène influence.

The third block deals, as above mentioned, with the way in which different weapons above described associate with each other as well as with other weapons either characteristic of a native evolution or derived from other traditions. The focal point of our interest is, therefore, the panoply (or the set of weapons of a warrior) as a pretext in order to get to know its tactical transcendence within the different societies that employed them.

In the first chapter of the block, the contextual problems of some of the findings of several weapons are briefly discussed, whereas in the second chapter the chronological questions of some arrays, specially the most singular or exceptional ones, are somewhat emphasised in more detail. The third chapter, which constitutes the main body of the line of argument in this block, points out to, on one hand, the description of the most common combinations of weapons of each of the main cultural territories referred to in our study, and on the other, to the tactical and social implications of the usage of these panoplies.

In the fourth block, in which the conclusions are dealt with, we have tried to give an answer, as far as possible, to some questions which we believe essential for the comprehension of the phenomenon of the presence of such singular objects in the different regions that shape the cultural mosaic of the Iberian Peninsula. The first of the controversies to be solved has to do with the origin of the material contributions. The different territories liable to have influenced or have been the source of diffusion of these weapons – including the Hispanic territory itself – comparing, in the light of their archaeological and historiographic data, their behaviour and their possible compatibilities with their presence in the Iberian Peninsula, are explored. The occidental Languedoc regions, the French South West or the Liguria and the Italic Peninsula seem to have directly or indirectly had an essential role in the presence and, in some cases, in the continuity of the La Tène influence on the peninsular North-East, the Celtiberic territories and the Mediterranean Hispanic regions respectively. In all these cases, we can't fail to observe, we are dealing with peripheral regions in as far as the material La Tène culture is concerned and do not correspond to territories which are, more strictly speaking, typically Celtic. In its turn, we confirm the existence of multiple influences which affect in different ways some regions of the Iberian Peninsula. The same Celtiberic focus, where the sword of the La Tène tradition underwent an extremely interesting transformation process, would constitute itself a source of influence on other peninsular and extra-peninsular regions. To conclude, the importance of highlighting the diachronic behaviour of the different Hispanic regions concerned cannot be ignored, in which a process of parallel influence is not only not observed, but also different origins and intensities depending on different moments are perceived.

The second question, closely related to the first one, refers to the ways in which this kind of weaponry in the Iberian Peninsula is propagated, to how they get to settle in the social local substratum. The military activity as one of the most dynamic sources of diffusion, especially in relation to the great conflicts fought in the peninsular territory, as the Second Punic War, is especially valued. Nevertheless, the controversial subject of the migrations as a possible agent of diffusion of these weapons is also dealt with, even though we reach the conclusion that there is a lack of archaeological evidence that would support or refuse such hypothesis. Lastly, the important role of other complex diffusion factors such as the factor of acculturation, which we believe has special weight in the continuity of the presence of material of La Tène influence in some territories (in special in the North-East), is also taken into account.

The third of our issues summarises the results of the approaches outlined in our second block, in which the weapons are dealt with, in order to give an answer to the question of the peculiarities of the weaponry of the Hispanic La Tène. The special personality of the peninsular weapons warns us that we are dealing with a totally peripheral weaponry, in many cases really different to the one belonging to its original influence. The strongly native component of the Hispanic weaponry, in its most formal aspects, is the clear demonstration of the great cultural complexity of the Iberian Peninsula during the Second Iron Age.

Finally, our last debate concerns this weaponry's own evolution, which we face through the ordering of all the above mentioned data in a chronological sequence which would enable us to summarise the particularities of the behaviour of these weapons in the different concerned territories, from the original influence in the contact stage in four sources, to the extinction of the weapons as the result of their substitution or adaptation, by then modified, to totally roman formats throughout the I century B.C.

The last of the volumes of this doctoral thesis is represented by the documental information annexed to the research itself. Besides the bibliography, this volume includes an appendix related to the information about the pieces initially considered as possible objects subject to our study and subsequently rejected, concerning particularly a handful of swords and a greater number of spears. Finally, the main body of the volume is constituted by the definite catalogue of the pieces included in the research, in which the drawings of all the pieces catalogued by types and at the same scale can be observed, furthermore the data bases which corresponds to the general information of the weapons, their measurements, or to the combinations in panoplies originating from closed contexts.

PARTE I: ORIENTACIÓN DEL TRABAJO

I. INTRODUCCIÓN

I.A. OBJETIVOS Y PLANTEAMIENTO

I. A. 1. Presentación

Generalmente, en el estudio de las sociedades protohistóricas, se viene aceptando el destacadísimo papel que ejercen las armas como representantes privilegiados de la evolución y el desarrollo de las culturas que las ostentaron. Las armas son símbolos inequívocos de la actividad bélica llevada a cabo por estas sociedades, pero, además, constituyen indicios significativos de su estructura social, de su forma de relacionarse consigo misma o con otras culturas, de su forma de expresarse y definir su identidad mediante ritos, creencias o el alcance simbólico de su arte, o incluso de su más empírica capacidad de innovación y desarrollo tecnológico.

Durante años, la investigación arqueológica, falta o escasa de fuentes literarias lo suficientemente explícitas o fidedignas, tiende a recurrir al estudio del armamento para intentar rellenar los espacios vacíos que genera ese sesgo literario, confiando a su vez en que el propio sesgo que resta efectivamente inherente en el material que es objeto de nuestro estudio, resulte lo suficientemente orientativo como para permitirnos una mejor comprensión de la cultura que nos proponemos estudiar.

Con esta “fe metodológica” que implica el uso de dicha hipótesis de partida, nos proponemos afrontar en el presente trabajo, el estudio del impacto de un tipo concreto de armamento: el armamento “La Tène” y sus derivados, sobre las sociedades protohistóricas peninsulares.

Desde la periferia

Durante siglos, la Península Ibérica fue cuna de la confluencia de gran cantidad de culturas diferenciadas que fueron dejando su rastro material en forma de armas, en buena medida transformadas por las propias sociedades establecidas en su territorio. Una de las influencias más relevantes durante la Segunda Edad del Hierro peninsular

fue sin duda la del armamento La Tène. Como es bien sabido, el armamento La Tène constituye el tipo que define específicamente a las sociedades protohistóricas centroeuropeas durante la Segunda Edad del Hierro. Sin embargo, y tal como vendremos insistiendo repetidamente a lo largo de este trabajo, no se trata de un armamento en absoluto reducido a estas sociedades, sino que su dispersión alcanza territorios geográfica y culturalmente muy alejados de su centro “original” (Rapin, 2004: 21-25; Lejars, 2008: *passim*). Este hecho implica entonces que vamos a tratar con un tipo de panoplia de origen ajeno a la Península Ibérica, presente y vigente a su vez en dicho territorio y en otros por completo distintos en el mismo momento, lo que nos va a obligar a actuar paralelamente con dos varas de medir: una, más amplia, para el territorio europeo en su conjunto, y otra, algo más concreta, para el territorio peninsular y sus particularidades regionales¹.

El armamento La Tène es sin duda uno de los que más influjo ha tenido en el mundo antiguo desde los siglos V a.C. hasta bien avanzado el siglo I a.C. Recientemente, se viene reclamando en la historiografía específica el importante rol que ejerció la panoplia celta en las sociedades protohistóricas mediterráneas (Rapin, 2004: 21-24 y 2008: 251-255; Lejars, 2006 y 2008). En efecto, son muchas las culturas mediterráneas que adoptaron uno u otro elemento de dicha panoplia² La Tène a lo largo de su historia, aunque muy pocos de ellos llegaron a usar la panoplia completa³. Este peso específico de las armas La Tène en contextos ajenos a su cultura es un factor que frecuentemente ha sido menospreciado por la historiografía contemporánea, en buena medida debido a la supervivencia, más o menos explícita, de la tradicional visión decimonónica que cree en el rol “civilizador” de las culturas meridionales sobre la “barbarie” de los pueblos protohistóricos de Europa Central.⁴

En dicho sentido, cabe resaltar, tal como ha venido insistiendo repetidamente André Rapin, uno de los mejores conocedores del armamento La Tène, el carácter

¹ *Vide infra*, cap. I.C.2.

² Cabría citar algún ejemplo, como el peso del escudo oval entre los pueblos itálicos o púnicos (Stary, 1981; Quesada, 2004: 74-77), las espadas (evolucionadas a partir de las de La Tène) (Quesada, 1997f; Connolly, 1997) o las cotas de malla (Russell, 1975: 164-173; Bishop y Coulston, 2006: 63-65, 91 y 139) en el ejército romano republicano, o los cascos entre la cultura etrusca (Schaaf, 1988b; Vitali, 1988; Lejars, 2008: 142-145 y 165-174).

³ Una de estas excepciones más evidentes es la de los iberos del noreste peninsular y Sureste de Francia (Quesada, 1997: 248-249, 544, 558 y 623-624; 2002: 53; Schwaller *et alii*, 2001; Rapin, 2008: 251-255).

⁴ Rapin, 1996: 505-510.

diferenciado de las panoplias habituales en el “norte” (esto es, la propia panoplia La Tène) y las más características del “sur” (o mediterráneas) (Fig. 1):

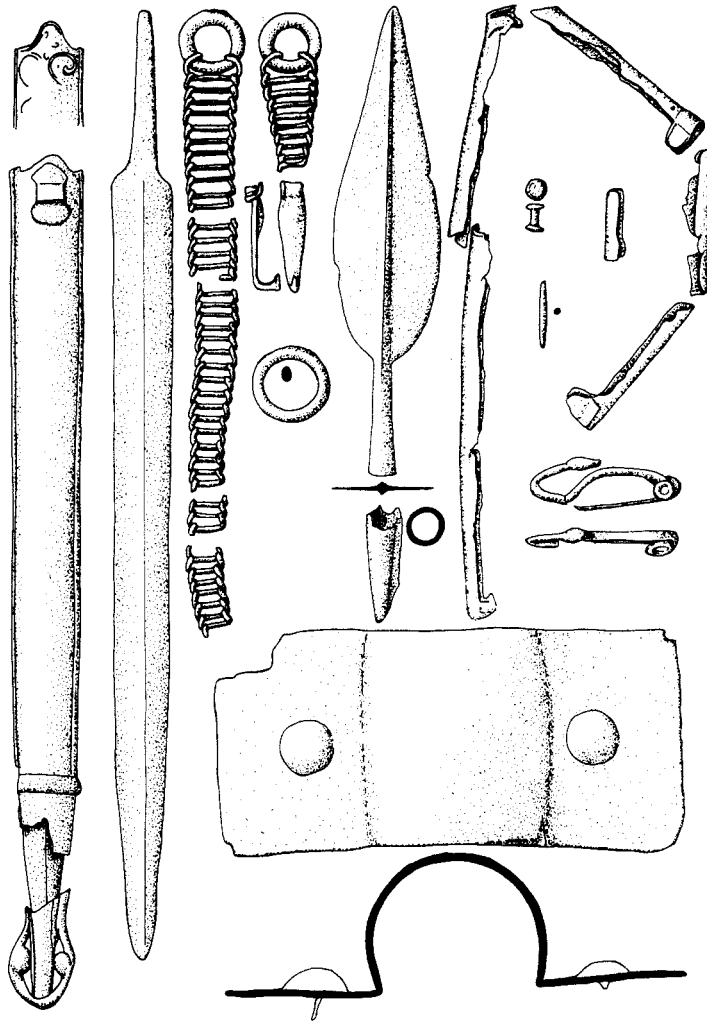


Fig. 1: Panoplia típica de La Tène, con espada, vaina enteriza, cadena de suspensión para la vaina, moharra y regatón de lanza, y umbo y restos de orla de escudo oval. Sep. 20 de Les Rouliers, (Ardennes), según Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 23 (sin escala).

Mientras que los pueblos celtas tendieron a lo largo de la Segunda Edad del Hierro al abandono progresivo de los elementos defensivos en bronce, en el Mediterráneo asistimos a una radicalización del mismo (Rapin, 1999: 36-40 y 2008: 262-266), hasta el punto que, en el otro extremo de la balanza, los ejércitos hoplíticos clásicos o helenísticos y sus derivados se equipan con cascos, corazas, grebas y escudos placados de bronce que ocultan prácticamente cualquier

rasgo personal del soldado que las posee, favoreciendo así el fenómeno visual de la unidad del conjunto frente a la individualidad. Entre los pueblos celtas, se tiende por el contrario al uso de defensas pasivas más ligeras, fabricadas a partir de materiales orgánicos, o incluso al rechazo de las mismas a favor de una mayor cobertura de sus escudos. Estas discrepancias apenas ligeramente esbozadas, tienen mucho que ver, a nuestro entender, con el origen del conocido tópico literario e iconográfico del “desnudo galo”⁵.

⁵ Vide Diodoro, V,29,2, o Polibio, II, 29,7 y XXX,1-3. Sobre la imagen iconográfica, vide Cain, 2006. Resaltando las discordancias entre esta imagen iconográfica y la propia que emplearon los celtas,

Rechazando, pues, en general, el bronce como material habitual en las defensas corporales y en los escudos, en la cultura celta continental será el uso del hierro, en su defecto, el que alcance las cotas máximas de desarrollo tecnológico: cascos, cotas de malla (en fechas tardías y sólo entre las élites), umbos, manillas y orlas de escudo... Asimismo, será también este metal el que irá sustituyendo paulatinamente los elementos perecederos en las vainas de sus espadas o incluso en sus correas de suspensión⁶.

En cuanto a las armas ofensivas, existen también tendencias tácticas discordantes entre los dos polos, especialmente perceptibles en la longitud de sus espadas, o el volumen y proporciones de sus moharras.

Resaltando estas tendencias, y desechando ya de entrada los tópicos nada útiles que consideraron a los ejércitos protohistóricos como ejércitos desorganizados, caóticos, incapaces de combatir “en línea”⁷ y sólo temibles en las luchas “de guerrilla” o en la fase inicial del cuerpo a cuerpo⁸, vemos cómo en la panoplia La Tène el papel táctico de la espada tiene un peso mucho mayor que en las culturas mediterráneas. Este hecho parece verse influido, entre otras cosas⁹, por el distinto uso al que se destinan estas armas, puesto que la preferencia del golpe cortante frente al punzante¹⁰ implica una neta distinción frente al carácter fundamentalmente perforante de las armas principales: las lanzas. En las culturas mediterráneas, por el contrario, predominan las hojas cortas, destinadas a pinchar desde abajo e infringir heridas más serias, parecidas a las que puede provocar una lanza empuñada. Este gesto, *a priori* no muy determinante, tiene en realidad muchas consecuencias tácticas, porque el galo que use su espada larga necesita elevar su brazo para cortar desde arriba, lo que le obliga a combatir más apartado de sus compañeros para no dañarlos. Así, su escudo debe ser más alto, para cubrir los golpes descendentes, y más manejable, por lo que debe prescindir de su sujeción al brazo característica de los *aspis* hoplíticos. Como su cuerpo está más protegido por el escudo, puede optar por defensas pasivas menos pesadas y el abandono de las grebas o el casco, lo que a su vez contribuye a la mejor movilidad de sus gestos y a evitar el cansancio en la repetición de los golpes. Estos factores derivan, en definitiva, en una mayor

normalmente vestidos con corazas, véase Rapin, 2008: 261-266. De forma parecida, también Brunaux, 2004: 56, refiriendo al desarrollo de este *topos* en Dionisio de Halicarnaso, XIV, 10.

⁶ *Vide infra*, cap. III.A y III.D.

⁷ En contra de esta idea, véase principalmente Quesada, 1997: 652-663, 2002 y 2003, 2003c, 2006 y 2006c en relación a los ejércitos peninsulares.

⁸ *Cfr.* Schulten, 1914: 202 y ss. ; Livio, VII, 12,10-11, Polibio II, 33,2.

⁹ Sobre el papel simbólico de la espada, García Jiménez, 2006: 72-92.

¹⁰ Quesada, 2000; García Jiménez, 2006: 65-70.

autonomía de movimientos, una mayor distancia física con los compañeros y un uso más individual y especializado de las armas; todo ello muy acorde con la tendencia agonística presente en el substrato cultural de las sociedades protohistóricas occidentales, quienes, sabemos gracias a numerosos testimonios literarios antiguos, practicaron frecuentemente el combate singular de campeones en el transcurso de una batalla o simplemente como medio para resaltar su valor personal.¹¹

Las divergencias aquí esbozadas vendrán, pues, a su vez implícitas y en concordancia con una concepción más individualista o personal del combate en las sociedades protohistóricas preestatales, en claro contraste con el concepto de la guerra propio de la “ciudadanía” en la cultura helenística.¹²

Este ejercicio de caricaturización de las figuras del galo y el hoplita, pretende mostrar, en su sentido más radical, la posibilidad de dos tendencias por completo distintas, pero en absoluto dar por sentado el carácter genérico de este patrón. De hecho, nada más lejos de la realidad: en la mayoría de los casos, fuera del territorio de influjo directo de la panoplia La Tène, se llevaron a cabo infinidad de posibilidades intermedias que desembocaron a su vez en distintas formas de combatir. Testimonio de esta complejidad y de las consecuencias tácticas que acarreó el uso de un tipo de armas, fueran estas de origen griego, itálico, púnico, La Tène o autóctono, son todas aquellas culturas que no formaron parte de una *koîné* concreta sino que se vieron influidas por muchas de estas hasta el punto que se desarrollaron a sí mismas a partir de su permeabilidad a estos influjos. En este sentido, la Península Ibérica constituye uno de los territorios más ricos y variados de la antigüedad.

Bien es sabido que el territorio peninsular no es un territorio con una panoplia homogénea¹³. Así, por ejemplo, dentro del territorio ibérico, Fernando Quesada ha llegado a diferenciar hasta cinco distintas regiones con dinámicas armamentísticas

¹¹ “En las formaciones en orden de batalla, tienen la costumbre de adelantarse saliendo de la formación y desafiar a los más valerosos enemigos a un combate singular, blandiendo sus armas para atemorizar al adversario” (Diodoro, V, 29, 2-3). Otros episodios conocidos son los que enfrentaron a Marco Valerio (Livio, VII, 26) y Tito Manlio Torcuato (Livio, VII, 9-10), obviamente victoriosos, a sendos guerreros galos. Este último relato de Livio resulta sumamente explícito en cuanto a la diferencia entre individualidad y sentido de conjunto a la que aludimos. Así, el joven soldado romano, adelantándose y aceptando el desafío, se dirige al dictador Tito Quincio Peno con estas palabras: “Sin una orden tuya, jefe-dijo-, **jamás lucharía fuera de las filas, ni aun viendo la victoria segura**; pero, si tú lo permites, quiero yo demostrarle a esa fiera, que con tanta arrogancia se pavonea delante de las enseñas enemigas, que soy descendiente de la familia que arrojó al ejército de los galos de lo alto de la roca Tarpeya... [la negrita es nuestra]” (Ibid.). Estos mismos pasajes son también recogidos por Brunaux, 2004: 63-64. Para este autor, dicha práctica sólo sería vigente durante los periodos más antiguos de la evolución de las formas de guerra celtas.

¹² Sobre este punto, *vide* Quesada, 1997c: 47-50, Quesada, 2005b o García Jiménez, 2007: 149-163.

¹³ Véase por ejemplo, Moret y Quesada (coords.), 2002.

autónomas (Quesada, 1997: 622-625). El armamento “meseteño”, por su parte, es también inexistente en un sentido rígido del término, puesto que incluye en su definición panoplias tan distintas como la celtibérica, la vaccea, la vettona o la lusitana¹⁴, por citar sólo las más representativas. Conviene, pues, asumir de antemano toda esta diversidad para afrontar con ciertas garantías cualquier estudio específico sobre la influencia de un determinado tipo de armamento en estas regiones.

Desde el punto de vista concreto del armamento La Tène, no hay regiones en la Península Ibérica, a excepción del nordeste, con evidentes matices¹⁵, que adoptaran y desarrollaran dicho armamento con todas sus connotaciones y avances tecnológicos propios de los territorios originales. En la mayoría de los casos, en el ámbito académico extrapeninsular, las referencias al armamento La Tène peninsular están ausentes o sólo tímidamente representadas¹⁶, fundamentalmente debido al estado todavía embrionario del estudio de estas armas por la historiografía de este país y a la profunda transformación a la que fueron sometidas aquellas por las culturas autóctonas. Sea como fuere, en los trabajos que se dedican al estudio de la evolución de la panoplia La Tène, apenas aparecen menciones al material peninsular¹⁷, mientras que en los mapas de dispersión generales sobre la difusión de estas armas, se pasa por alto cualquier elemento documentado al sur de los Pirineos.

Sin embargo, es precisamente este carácter “periférico”¹⁸ y profundamente diverso del armamento La Tène peninsular uno de los mayores incentivos al enriquecimiento de las posibilidades y el alcance de este trabajo.

¹⁴ Respectivas síntesis en: Lorrio, 1997: 147-198, Lenerz, 1991: *passim*; Sanz, 2002; Álvarez-Sanchís, 2003: 169-198 y Lorrio, 2008 para celtíberos, vacceos y vettones. El armamento lusitano es mucho peor conocido. Para una visión de conjunto de este último: Quesada, 2003b.

¹⁵ García Jiménez, 2006: 200-215 para el caso concreto de las espadas, conservando rasgos morfológicos propios a la vez que adoptando ciertas innovaciones por lo general habituales al otro lado de los Pirineos.

¹⁶ Y en general todo aquello que rodea a los celtas de la Península (Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 167-168), aunque lo cierto es que en años recientes la discusión sobre el origen y desarrollo de estos pueblos ha ido mejorando su representación en congresos y foros científicos en el extranjero (*Ibid.*; Almagro-Gorbea y Lorrio, 1993; Almagro-Gorbea, 1995). El armamento específicamente La Tène, sin embargo, queda todavía en segundo plano (Lorrio, 1994; Sanmartí, 1994; Lenerz, 1986 y 2008).

¹⁷ Puede que una de las pocas excepciones sea la vaina de Gormaz (inv. 1093), debido a su característica decoración de la pareja de dragones afrontados (De Navarro, 1972: Fig. 15; Ginoux, 1995: 406 y 2007: 97; Rapin, 2008: 254)

¹⁸ En estos términos refiere Thierry Lejars al territorio itálico (Lejars, 2006: 10), donde es frecuente hallar presencia de armamento La Tène en territorios no-célticos (Dore, 1995: 42).

Punto de partida

Para justificar este estudio, es menester hacer el ejercicio de simplificar hasta lo elemental el objeto último del mismo, origen y meta de nuestro planteamiento y pretensiones; esto es: el armamento:

Yendo mucho más allá de su significado simbólico, si despojamos al concepto de “armamento” de sus connotaciones arqueológicas, vemos reducirse su esencia a objetos concretos, en realidad objetos instrumentales destinados a su uso por parte de seres humanos. Sin embargo, no se trata en absoluto de herramientas constructivas, sino que atañen y se conciben exclusivamente para dar muerte a otros seres humanos o bien para impedir la muerte de uno mismo mediante un ejercicio claro y práctico de la violencia. En su aspecto más crudo, el armamento y la guerra como objetos de estudio resultan, desde la moralidad contemporánea, algo digno de rechazo, poco oportuno o “políticamente incorrecto” (Quesada, 2006: 149 y 2009)¹⁹. No obstante, midiendo como corresponde desde la perspectiva del historiador, es en última instancia el uso y gestión de estas armas (y por desgracia, de aquellos que las empuñan), lo que acaba en muchos casos por determinar el futuro y, en definitiva, la historia de estas sociedades. De este modo, el alcance documental de las fuentes literarias clásicas que refirieron a los acontecimientos históricos de la Península Ibérica, quiso casi siempre enfatizar los episodios bélicos, destacando estos eventos puntuales por encima de la cotidianidad de estas culturas (Quesada, 1997: 26; Gracia, 2003: 18-25). Este sesgo literario ha contribuido enormemente a la difusión de otro tópico a rehuir: el de la belicosidad de estos pueblos²⁰.

No vamos a insistir aquí en las trampas metodológicas que entraña un estudio arqueológico de estas características ni argumentaremos más allá de lo simplemente expuesto sobre la utilidad de profundizar en el estudio de un determinado tipo de armas. Para apoyar y justificar este trabajo, baste apelar a la abundantísima bibliografía que en

¹⁹ Sobre la “mala fama” de la historia y la arqueología militares en el ámbito académico, *Ibid.*: 149. *Vide* también Quesada, 1997c: 34 y ss.

²⁰ Un tópico fuertemente favorecido por la dificultad de la conquista romana, especialmente hacia el interior (Ciprés, 2002: 137-143). De forma parecida, entre los celtas transpirenaicos, la literatura griega y romana, viendo amenazados sus territorios durante años por las invasiones y migraciones de aquellos, insistió en esta misma idea (Rapin, 1996: 505-510; Dobesch, 1991: 35-38). Aunque la práctica habitual de la guerra entre los pueblos “bárbaros” no deja de ser una realidad más allá del *topos*, dista mucho de ser exclusiva de estas sociedades, y es también plenamente aplicable a las sociedades mediterráneas encargadas de difundir estas ideas en la antigüedad.

las últimas décadas ha venido a representar un auténtico vuelco en el conocimiento de las culturas protohistóricas europeas que nos atañen. Desde el estudio más concreto, a menudo tipológico (ya sea sobre un yacimiento o una región), hasta el más abstracto, reseñando y extrapolando sobre base arqueológica para comprender algunos acontecimientos históricos o comportamientos sociales, estos trabajos²¹ comprenden gran cantidad de facetas inductivas que, poco a poco, han conseguido dar un giro a esos casi imperturbables tópicos históricos que, durante años, han dificultado enormemente el avance científico en el conocimiento de las sociedades protohistóricas peninsulares.

El presente trabajo arranca en este sentido desde un punto de partida verdaderamente óptimo. En los últimos años, la investigación sobre armamento de tipo La Tène fuera de la Península Ibérica ha conseguido establecer una secuencia cronotipológica bastante precisa sobre la evolución de esta panoplia²², aunque sin lograr todavía alcanzar una comprensión completa de la misma. Elementos como las espadas y, sobre todo, sus vainas, que son las que cuentan con mayor número de atributos útiles para identificarlas y clasificarlas²³, cuentan hoy día con perspectivas notablemente claras en cuanto a su desarrollo tecnológico a lo largo de la Segunda Edad del Hierro. Otras armas, como los escudos ovales, están también bien estudiadas, en especial gracias a la presencia más o menos generalizada de umbos metálicos entre sus componentes. Las demás armas, ya sean lanzas, jabalinas, cascos o corazas representan todavía importantes puntos oscuros en el conocimiento de su evolución, bien por su carácter excepcional y escasez

²¹ No sería justo citar sólo algunos ejemplos como los más significativos. Sin ánimo de ser exhaustivos, valga un resumen de los más influyentes sobre este trabajo: Sobre armamento La Tène: De Navarro, 1972; Lejars, 1994, 1996, 2003 y 2008; Brunaux y Lambot, 1987; Brunaux y Rapin, 1988; Charpy, 1987; Rapin, 1995, 1999, 2000, 2001, 2001b, 2003, 2007 y 2008; Boudet, 1994; Vitali, 1996; Stead, 1983 y 2005; Petres y Szabó, 1986; Szabó, 1995; Szabó y Petres, 1992; Pleiner, 1993; Sievers, 2001; Pernet, 2010; Pernet *et alii*, 2006; Schaaf, 1988 y un largo etcétera. En lo relativo al armamento ibérico: Cuadrado, 1989; Quesada, 1992, 1997, 1997e, 1997f, 2002b, 2004; Farnié y Quesada, 2005; García Rosselló, Zamora y Pujol, 1998; Stary, 1994 o Sanmartí, 1994. Sobre los pueblos celtibéricos y sus armas: Schüle, 1969; Cabré, 1990; Cabré y Baquedano, 1997; Lenerz, 1991; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2004; Lorrio, 1993, 1997 y 2002; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009; Jimeno *et alii*, 2004; Sanz, 1998 y 2002 (vacceos); Álvarez-Sanchís, 2003; Lorrio, 2008 (vettones). Por último, y no menos importante, sobre la evolución de las formas de guerra y otros aspectos sociales ligados a ella: Almagro-Gorbea, 1995 y 1997; Ciprés, 1993 y 2002; Gabaldón, 2004; Gracia 2001 y 2003; Lorrio y Zapatero, 2005; Moret, 2001 y 2003; Quesada, 1994b, 1997, 1997b, 1997d, 1998, 2001, 2002b, 2003, 2005b, 2006, 2006b; Quesada y Zamora (eds.) 2003; Rovira, 1999...

²² Lejars, 1994, 1996; Rapin, 1983-84, 1987, 1991, 1991b, 1996, 1999, 2000, 2007 y 2008; Brunaux y Lambot, 1987; Brunaux y Rapin, 1988.

²³ De Navarro, 1972: 21; Lejars, 1994: *passim*; Quesada, 1997: 250; García Jiménez, 2006: 101. También las cadenas de suspensión asociadas a estas vainas tienen gran utilidad cronológica y son bien conocidas por la literatura específica (Rapin, 1987 y 1991)

documental en el caso de los elementos defensivos, o bien por su extremada variabilidad en el caso de las armas de asta²⁴.

Llama la atención en seguida el por qué estas armas sólo han llegado a conocerse bien en los últimos veinte o treinta años, cuando en realidad se conocen conjuntos notabilísimos de las mismas desde hace algo más de un siglo.²⁵ Otros objetos que han solido acompañar a las armas en las tumbas, como las fíbulas, torques, brazaletes y todo tipo de adornos, han corrido por lo general mejor suerte que aquellas pese a estar sujetas a las mismas complicaciones metodológicas implícitas en el desarrollo de excavaciones antiguas. No se trata en absoluto de un desprecio o rechazo moral al armamento como instrumento para realizar la guerra; por el contrario, y pese a esta supuesta “mala fama”²⁶, las armas, por su carácter complejo y excepcional en el registro arqueológico, han sido por lo general objetos que han llamado mucho la atención no sólo de los investigadores sino de cualquier observador en un museo, llegando incluso a ser, por desgracia, unos de los objetos más valorados por los coleccionistas privados y aficionados furtivos.

El principal causante del retraso científico en el estudio de estas armas es sin duda el hierro, material a partir del cual se han fabricado la mayoría de ellas. En efecto, las peculiares características químicas del hierro causan graves alteraciones a estos objetos en su contacto, primero, con la tierra, y, una vez exhumados, con el aire, que dificultan enormemente su estudio²⁷. Sólo la intervención reciente de nuevas técnicas de restauración ha conseguido dar al armamento La Tène el lugar que le corresponde entre los objetos de la cultura material celta. En buena parte, cabe responsabilizar a una iniciativa científica francesa, el IRRAP (Institut de Restauration et de Recherches Archéologiques et Paléometallurgiques) de la sistematización de estos métodos de restauración aplicados a las armas. La labor de este laboratorio consiste en restaurar, estudiar y divulgar mediante un equipo de especialistas precisamente aquellos materiales que han resultado más afectados por la corrosión. No es menos cierto, sin embargo, que la creación de dicho laboratorio especializado fue propiciada por el descubrimiento de algunos importantes santuarios del norte de Francia que contaban

²⁴ *Vide* capítulo V.B y apéndice I.B.

²⁵ Por ejemplo en las necrópolis de la Champagne-Marne (Bretz-Mahler, 1971; Stead, 1983; Stead y Rigby, 1999), Giubiasco (Tori *et alii*, 2004) o Münsingen-Rain (Hodson, 1968), o en conjuntos como los de Alèsia (Reddé y von Schnurbein (dir.) 2001), La Tène (De Navarro, 1972) o Port (Wyss, Rey y Müller, 2002).

²⁶ *Vide supra*, en este mismo capítulo.

²⁷ *Vide cap.* I.B.

con cantidades ingentes de armas que fueron expuestas como trofeos de guerra (Brunaux, 2004: 90-128). Por poner dos ejemplos de los llamados “santuarios belgas” más significativos, se hallaron en Gournay-sur-Aronde alrededor de 90 espadas, no menos de 180 vainas (Lejars, 1994: 9), 150 umbos de escudo, 60 puntas de lanza y 50 regatones (Brunaux, Meniel y Rapin, 1980: 7), mientras que en Ribemont-sur-Ancre se contabilizaron 28 espadas, más de 200 vainas, 126 cadenas de suspensión, 263 umbos de escudo, casi 400 moharras y 521 regatones (Lejars, 2000: 241, tabl. I). Aunque la mayor parte de estas armas continúan inéditas (especialmente las de Ribemont-sur-Ancre), se han publicado interesantísimos estudios que recogen las más significativas de ellas y su evolución cronológica apoyándose en hallazgos de toda Europa.

Estos contextos rituales representan tal cantidad de hallazgos que suelen ser de lo más llamativo para la investigación arqueológica. De hecho, no es sino de uno de estos lugares de culto, en este caso de Suiza, de donde proceden no sólo los trabajos pioneros en el estudio de las espadas y vainas La Tène sino incluso de donde fue tomado el nombre que pasó a definir a la civilización de la Segunda Edad del Hierro. En efecto, en la estación de La Tène, al parecer situada en un brazo muerto del río Thielle (Zihl)²⁸ cerca de su desembocadura en el lago de Neuchatel, se arrojaron desde dos puentes²⁹ un total de 166 espadas, 120 vainas, 269 lanzas y 29 umbos de escudo (Lejars, 2007: 363, Fig. 5). Prueba del retraso científico del que hablábamos es que, pese a que los primeros hallazgos se fechan de 1867, no fue hasta 1972, más de cien años más tarde, que J. M. De Navarro publicó su estudio sobre las vainas y espadas del yacimiento; y eso a partir de una muestra muy bien conservada³⁰ gracias su deposición en medio acuático.

Si así ha sido la suerte de las armas La Tène en Francia o Suiza, mucho peor ha sido la de los hallazgos en la Península Ibérica. Faltos de grandes santuarios, debemos conformarnos con hallazgos de necrópolis, en su mayoría procedentes de excavaciones antiguas, acrecentando los años de depósito en museos o colecciones privadas el problema de la muestra. Al margen de algunos estudios clave realizados por Fernando Quesada en el marco de sus trabajos sobre el armamento ibérico (Quesada, 1997: 243-260, 532-547, 556-562 y 2004: 74-84), algunos apuntes sobre las espadas La Tène meseteñas publicados por Encarnación Cabré (Cabré de Morán, 1990: 215-218), Lenerz

²⁸ Lejars, 2007: 361

²⁹ Los llamados puentes Vouga y Desor (De Navarro, 1972: 5).

³⁰ Premisas importantes para el desarrollo de una tipología (Lejars, 1994: 10).

de Wilde (1991) o Alberto Lorrio (Lorrio, 1997: 147-198), y una monografía sobre estas espadas en el nordeste peninsular publicado por nosotros mismos (García Jiménez, 2006), no hay apenas trabajos que se pregunten sobre la evolución del armamento La Tène en el territorio peninsular. En realidad, no es sorprendente que este tema haya pasado algo desapercibido hasta hace poco, sobre todo por el estado en que se suelen encontrar estas armas, frecuentemente dobladas o fragmentadas, y el peso relativo bastante escaso de las restauraciones modernas sobre las mismas. Una rápida ojeada a una espada La Tène hallada en una necrópolis celtibérica, a menudo desprovista de su vaina, sin elementos de la empuñadura (desaparecidos por su carácter perecedero) y fuertemente alterada por la oxidación y el efecto de su pliegue ritual, bastaría para que cualquiera pensara en estas piezas (y estamos hablando de las armas “estrella” dentro de la panoplia) como un pariente pobre, “de segunda”, de las mucho más llamativas e interesantes espadas de antenas o falcatas, decoradas con damasquinados y con empuñaduras complejas. En Cataluña, donde sí existen vainas enterizas en la mayoría de las piezas, no hay apenas necrópolis, y la mayoría de hallazgos proceden de contextos rituales de poblado³¹. En estos contextos, sin embargo, las espadas tienden a pasar desapercibidas por su poca utilidad cronológica (aparente) respecto a otros elementos más fiables o mejor conocidos como las cerámicas, y por el interés de destacar por encima del hallazgo material todo aquello que tenga que ver con la evolución urbanística del poblado.

El problema de los escudos ovales de influencia La Tène parece ser otro, fundamentalmente ligado al carácter perecedero de la mayoría de sus partes (y en algunos casos, de todas ellas) y al hecho de estar infrarepresentados en la mayor parte del territorio peninsular³². Las defensas corporales y las armas de asta, por su parte, son víctimas de los mismos problemas que en los contextos La Tène “típicos”, con el añadido que supone su mayor desconocimiento en dichos contextos que son presuntamente los que influenciaron a las distintas panoplias de los pueblos protohistóricos peninsulares.

De este modo, la complejidad que supone el reto que nos hemos trazado en la realización de este trabajo de Tesis Doctoral, resulta mucho más estimulante gracias al doble juego de posibilidades que entraña el relativo desconocimiento de la panoplia La

³¹ García Jiménez, 2006: 102-105.

³² *Vide infra*, cap. I.C.1 y IV.

Tène peninsular y el mejor conocimiento de las panoplias peninsulares en general y de la propia panoplia La Tène al norte de los Pirineos.

Aclarando premisas: celticidad e influencia

Uno de los problemas inherentes en la investigación de un tipo de armamento de procedencia ajena a los territorios que se pretende estudiar es sin duda el del riesgo que existe de asociarlo siempre con las comunidades que lo generaron y desarrollaron. En el caso del armamento La Tène, este riesgo se concreta en la sencilla ecuación de: si La Tène = cultura celta de la Segunda Edad del Hierro, luego: armamento La Tène = armamento celta³³. A partir de este tipo de asociaciones, que limitan la existencia de un determinado tipo de armas a una cultura concreta, sin atender a la posibilidad de extensión o influencia sobre otras, no es difícil explicar la presencia de estas armas u otros elementos de la misma cultura material mediante la invasión física de unas poblaciones sobre otras; sobre todo teniendo en cuenta, salvando las distancias, que la posesión de las armas se viene relacionando normalmente con la aristocracia militar. Se da el caso que, precisamente, la cultura celta a la que suele asociarse normalmente el armamento La Tène es una cultura muy propensa a los movimientos migratorios³⁴, muchos de ellos bien recogidos en la tradición escrita grecorromana. De entre estas migraciones, las más conocidas, puesto que afectaron más directamente a aquellas sociedades occidentales que más tempranamente desarrollaron una historia escrita, fueron las que alcanzaron Italia hacia finales del siglo V a.C. y culminaron con el saqueo de Roma en 387 a.C.³⁵, o las que llevaron a la expansión oriental desde inicios del siglo III a.C., llegando a abrir a los celtas el camino a Grecia hasta el saqueo de Delfos en 279 a.C.³⁶

Así pues, contamos con todos los elementos, si aplicamos a ello un exagerado dogmatismo, para explicar la presencia de armamento La Tène en la Península Ibérica a

³³ Por poner un ejemplo, Stary, 1982 titula su trabajo: "*Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel*", cuando en realidad el mismo atañe tan solo al armamento La Tène e imitaciones locales, sin siquiera mencionar las panoplias meseteñas más típicas, que también son "célticas".

³⁴ *Vide p.e.* las actas del congreso celebrado en Hautvillers en 1992 en: Charpy (ed.), 1995, con una atención específica a su impacto en las diferentes regiones europeas.

³⁵ Kruta, 1991; Lejars, 2006: 1-3.

³⁶ Szabó, 1991b, 1992 y 1995; Rapin, 1995: *passim*.

partir de la presencia y asentamiento de poblaciones portadoras de estas armas y procedentes de otras regiones europeas³⁷.

Afortunadamente, hoy en día la identificación simple de pueblo-cultura ya no es sostenible en su sentido más rígido, de modo que podemos hablar sin problemas de celtas sin tener que pensar forzosamente en la cultura La Tène. Asimismo, es posible explicar la existencia de un tipo de armamento sin tener que sostener tesis invasionistas³⁸. Con ello no estamos negando ni afirmando tales tesis, sino que lo que pretendemos es distanciarnos o liberarnos de conceptos apriorísticos que no tenemos por qué cargar. No nos parece factible, a partir del estudio del armamento, confirmar o refutar la presencia de poblaciones ajenas en los distintos territorios de la Península Ibérica donde existieron estas armas. Dichas afirmaciones entrañarían la necesidad de un estudio mucho más profundo que tuviera en cuenta algo más que la cultura material, y ello no tendría cabida en este trabajo. Esa gran receptividad a influjos ajenos que albergan las sociedades protohistóricas peninsulares es precisamente lo que conlleva tener que lidiar con un extenso abanico de posibilidades interpretativas difícil de resolver.

Otro punto particular que nos interesa esclarecer está precisamente implícito a las grandes diferencias culturales a las que vamos a atender en este estudio:

En la Península Ibérica, el armamento La Tène tomó varias formas a menudo palpablemente transformadas por las sociedades autóctonas. De estas transformaciones nace el dilema conceptual de otorgar o no a estas armas el apelativo de “La Tène”. Decía André Rapin, en un intento de contrastar las espadas de tipo La Tène de las romano republicanas (*gladius hispaniensis*) que las constantes de las espadas celtas no abandonaron durante cinco siglos tres principios básicos de su morfología: vaina

³⁷ Véase por ejemplo, Schulten, 1914: 98-99; Bosch Gimpera, 1921, con fuerte influencia en la historiografía hasta los años 80. Más recientemente, Lenerz, 2000-2001: 346-351, matizando que no hubo inmigración masiva sino más bien una introducción de “*grupos celtas cuyo número no debió de ser muy grande*” relacionados con la formación de nuevas élites locales.

³⁸ Desde hace años, la opinión científica parece acercarse cada vez más a la propuesta defendida por Martín Almagro-Gorbea, quien viene reclamando el carácter autóctono de la celticidad de los pueblos celtibéricos y su formación mediante un proceso de aculturación *in situ* a partir de un substrato “protocelta” de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea, 1995, resumiendo sus trabajos anteriores). Burillo, 1998:105-110, por su parte, se muestra crítico con esta visión, aunque tampoco ofrece alternativas (*Ibid.*, 120) y se declara más adelante contrario a la intervención de aportes étnicos transpirenaicos como explicación a la presencia de material La Tène en la Meseta (*Ibid.*, 178). También en contraposición a las corrientes invasionistas: Quesada, 1997: 259-260 y Lorrio, 1997: 270-274. En última instancia, Lorrio y Zapatero, 2005: *passim*, con toda la bibliografía anterior.

metálica, sistema de suspensión a partir de una hembra en el reverso y rectitud de sus filos (Rapin, 2001: 40). Según estas premisas, muchas de las espadas La Tène de la Celtiberia no se acogen en absoluto a estas constantes, hasta el punto que para una espada La Tène típica de la Celtiberia durante los tres últimos siglos de nuestra era habría que hablar de: vainas orgánicas, suspensión lateral en tahalí y filos a menudo ligeramente pistiliformes. El propio Rapin no se muestra partidario de limitar a estos principios la definición de lo que es y lo que no es La Tène, y acepta, unas líneas más abajo, la asociación de este término a las espadas peninsulares, puesto que *“le fait que leur système de suspension soit quelquefois adapté aux comportements des militaires locaux, voire même lorsqu’elles sont gainées dans un fourreau en bois ne change rien à la filiation laténienne de l’arme et de son utilisation”*³⁹. Un problema terminológico parecido, también a causa de las peculiaridades de las espadas meseteñas, es el que ha llevado a algunos especialistas a distinguir entre espadas La Tène “verdaderas” (fundamentalmente catalanas) e imitaciones “de tipo Castilla” (Schüle, 1969: 105 y mapa 35; Stary, 1982: 121-122 y mapa 3; Stary, 1994: 122-126 y mapas 17-18). Este tipo de clasificación ha sido fuertemente criticado primero por Lenerz de Wilde (Lenerz, 1986: 274 y 1991: 79) y luego por Fernando Quesada⁴⁰ (Quesada, 1997: 255), y no se sostiene en la actualidad. De cualquier modo, y aun aceptando la “latenidad” de las espadas meseteñas, existen problemas parecidos cuando intentamos distinguir las variantes hispánicas de las espadas La Tène y otras producciones romanas presuntamente derivadas de estas y relacionadas con el complejo problema del *gladius hispaniensis*⁴¹. En definitiva, no parece viable estudiar unas sin las otras e intentar desentrañar sus diferencias (si las hubiere).

Un problema muy similar se podría aplicar al de los escudos ovales. Existen en la Península Ibérica algunos ejemplos de umbos metálicos en contextos de panoplias con un fuerte contenido La Tène, principalmente en Cataluña, cuyos rasgos resultan a menudo difíciles de separar de los hallazgos en contextos romanos posteriores a la conquista (Quesada, 2004: 77-79). Las lanzas, por su parte, presentan tal complejidad tipológica que resulta harto complicado saber qué es y qué no es La Tène en su concepción.

³⁹ Rapin, 2001: 40. En el mismo sentido, véase Quesada, 1997: 248.

⁴⁰ Este último hablando ya explícitamente de producciones locales para la mayoría de los casos y no como “europeas” (*Ibid.*).

⁴¹ Sobre la complejidad de esta distinción, *vide* Quesada, 1997: 260-270, 1997f: *passim* y 2006b: 81-88; Connolly, 1997: 49-56; Iriarte *et alii.*, 1997: *passim*; Núñez y Quesada, 2000: 200-207; Rapin, 2001: 40-41; García Jiménez, 2006: 165-168; Miks, 2007: 43-50; Pernet, 2010: 53-62. *Vide* asimismo *infra*, III.E.

Por todo lo planteado, nos parece más acertado encaminar este trabajo no a aquello que “es La Tène”, pues ello acarrearía serios problemas de subjetividad, sino a aquello que tiene “influencia” La Tène, lo que incluye, además de la panoplia “típica”, las espadas híbridas, *gladii* y umbos republicanos, o incluso lanzas de producciones autóctonas con posibles ascendentes La Tène.

Un efecto colateral de esta elección resultaría aplicable a los cascos. En efecto, si hablamos de armamento de “influencia La Tène”, deberíamos incluir en nuestro estudio, además de los cascos de claro ascendente céltico continental, los llamados cascos de tipo Montefortino, cuyo origen celtoitalico parece más allá de toda duda⁴². Sin embargo, en este caso, la vía de penetración itálica de estos cascos está suficientemente clara⁴³, como así lo están sus características tipológicas: es bien fácil distinguir cuáles son cascos de tipo Montefortino o derivados y cuáles no, sobre todo teniendo en cuenta que estos se fabricaron casi siempre en bronce, mientras que el resto de producciones de origen céltico prefirieron el hierro como protección.

I.A.2. Objetivos

Teniendo en cuenta lo planteado hasta el momento, corresponde ahora indicar de forma explícita cuáles van a ser los objetivos concretos de este trabajo:

- 1) El primero de nuestros objetivos, íntimamente relacionado con las exigencias metodológicas de un estudio de estas características, es la catalogación sistemática de todas las armas conocidas susceptibles de ser atribuidas a la panoplia La Tène⁴⁴.

Un catálogo como el que proponemos puede ser, siempre que contenga sus datos

⁴² Coussin, 1926: 260; Barruol y Sauzade, 1969: 36; Russell, 1975: 13-15; Connolly, 1981: 120; Schaaf, 1988: 318; García-Mauriño, 1993:96; Feugère, 1994: 37; Quesada, 1997: 556 y 1997e: 152; Junkelmann, 2000: 56 y tabla II; Bishop y Coulston, 2006: 65. Existe, sin embargo, disconformidad en cuanto a su origen europeo último.

⁴³ Sin descartar la vía púnica en paralelo (Quesada, 2004: 73). Sobre la necesidad de separar explícitamente los cascos de tipo Montefortino y derivados de las producciones más propiamente celtas, véase principalmente Quesada, 1997: 556-562, con una amplia discusión sobre el tema. Prueba de la aceptación académica de esta difusión y plena adopción por las sociedades itálicas septentrionales es el apelativo frecuente de “etrusco-itálicas” en la bibliografía específica de estos cascos (*Ibid.* nota 42).

⁴⁴ *Vide infra*, capítulo I.B.

bien explícitos, ordenados y al alcance de otros, un referente a la hora de estudiar no sólo estos objetos sino también otros posiblemente relacionados con ellos desde otras perspectivas distintas a la que aquí proponemos.

Entendemos, sin embargo, que la realización de un catálogo de armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica es más un medio que un fin para el conocimiento de las sociedades que pretendemos estudiar, de modo que no nos parece adecuado como objetivo último, pues nos dejaría a las puertas de aquello que es realmente útil para cualquier estudio histórico, venga o no inducido a partir del análisis de material arqueológico.

- 2) Ello nos lleva irremediablemente al segundo de nuestros objetivos, que no es otro que el desarrollo de una tipología de estos materiales. Las tipologías son herramientas muy útiles en los estudios arqueológicos debido al hecho de que su capacidad de ordenamiento lógica permite, en la mayoría de los casos, contribuir a la datación relativa de otros hallazgos de similares características. Es precisamente por esta utilidad práctica por lo que resulta especialmente interesante realizar una tipología concreta para los materiales peninsulares, puesto que a partir de estos resultará presuntamente más fácil fechar conjuntos cerrados o estratos que aparezcan en el futuro y contengan este tipo de armas. Hasta el momento, se viene utilizando el armamento La Tène peninsular para estos fines con suerte desigual, en la mayor parte de los casos asignando a los distintos conjuntos horizontes cronológicos muy amplios⁴⁵ por culpa del mal conocimiento de su evolución tipológica⁴⁶. Otros problemas inherentes al desarrollo de dicho armamento en el seno de las distintas culturas protohistóricas peninsulares, como es el carácter a menudo arcaizante de sus elementos,⁴⁷ contribuyen asimismo a confusiones

⁴⁵ Abarcando generalmente el periodo en que se creía abundaban estas armas. Por ejemplo, en Atance: siglos IV-II a.C. (Paz, 1980: 57), La Olmeda: fines IV-III a.C. (García-Huerta, 1980: 28), La Revilla: mediados IV-III a.C. (Ortego, 1983: 576), Carratiermes: siglo III a.C. (Ruiz Zapatero y Núñez, 1981: 192); Puig Castellar y Cabrera de Mar: siglos III-II a.C. (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 311) y un largo etcétera. Nótese que en ningún caso se remontan las cronologías por encima de mediados del siglo IV a.C., que es la fecha generalmente aceptada para las piezas más antiguas (Cabré, 1990: 216).

⁴⁶ Este desconocimiento ha provocado a veces que algunas tumbas se daten en falso de forma algo peligrosa. Así, por ejemplo, la conocida sepultura 201 de La Osera se fechó hacia finales del siglo IV a.C. o inicios del III a.C. por su asociación con una espada de "*La Tène I*" (*sic.*) (Lorrio, 2004: 278), lo que a su vez sirvió para fechar el puñal Monte Bernorio y dar soporte cronológico a la fase de "desarrollo-2" definida por Carlos Sanz Mínguez (Sanz, 2002: 97). No es que neguemos la fecha propuesta, pero sí pretendemos advertir de lo escurridizo de estas afirmaciones.

⁴⁷ *Vide infra*, cap. VIII.B.

tipológicas nada prácticas que desencadenan todo tipo de ambigüedades.⁴⁸ Resulta, pues, necesario estrechar estos horizontes cronológicos todo lo posible a partir de un análisis contrastado de los materiales para evitar confusiones involuntarias. Por otra parte, y pese al relativo menosprecio de las armas como elemento de datación respecto a otro tipo de materiales, especialmente cerámicas en contextos de poblados y adornos en contextos funerarios⁴⁹, creemos firmemente en la posibilidad de fechar todo tipo de conjuntos con la ayuda de las armas, que son objetos especialmente sensibles a los cambios sociales y las influencias de unas sociedades sobre las otras.

- 3) El tercer objetivo fundamental es el más complejo en su composición, puesto que pretende dar respuesta al propio enunciado de nuestro trabajo de Tesis Doctoral. En este objetivo procuraremos precisamente conocer el papel desempeñado por la panoplia de influencia La Tène en las sociedades protohistóricas peninsulares, su llegada a estos territorios a partir de distintas vías, y su desarrollo alternativo por parte de las comunidades autóctonas. Entre otras cosas, discutiremos sobre qué tipo de armas fueron las más influyentes, cómo afectaron o se adaptaron a las distintas formas de combate y cómo se vio condicionado el uso de estas armas por los acontecimientos históricos o por los cambios en la organización social de las culturas que las adoptaron. Nos interesaremos asimismo por la relación con otras armas de las panoplias ibérica y celtibérica, por su difusión de un territorio a otro dentro de la Península, así como por su alcance fuera de esta.

⁴⁸ Por ejemplo al hablar de la espada de la zona 15 de l'Illa d'en Reixach (García Jiménez, 2006: inv. 40) como de "*una espasa de ferro de tipus La Tène I*" (Martín, Mataró y Caravaca, 1997:51), cuando el contexto es de finales del siglo III - inicios del II a.C. Aunque es cierto que en la vaina y en la espada se aprecian rasgos antiguos (con origen en La Tène I), hay otros más modernos (de La Tène C1 avanzada; esto es: en pleno periodo de La Tène II) (García Jiménez, 2006: 193). Este tipo de afirmaciones puede llevar a inducir cosas como la perduración de las armas expuestas como trofeos durante al menos un siglo. Así, si el estudio de las espadas del noreste se hubiera realizado teniendo en cuenta sólo los contextos de poblado, daría la sensación de que las piezas expuestas como trofeos en casas complejas o espacios públicos tendrían un tiempo de exposición mucho más dilatado, puesto que algunos de los rasgos morfológicos de sus vainas remiten a menudo a contextos anteriores hasta en dos siglos (*Ibid.*: 212-214). Sólo una relación de estos datos con los hallazgos procedentes de contextos funerarios permite afirmar con seguridad la coetaneidad de otros ejemplos en el mismo periodo cronológico avanzado. Paralelamente, el hallazgo de este tipo de piezas fuera de su contexto típico en el noreste peninsular, puede llevar a confundir su cronología con periodos más antiguos (*p.e.* en la sep. 178 de Ensérune; *Ibid.*: 188-189 y T. Lejars, *com. pers.*).

⁴⁹ *Vide infra*, I.C.2 y *supra*, I.A.1.

- 4) Un último objetivo, que podríamos calificar de “futurible”, consistiría en dar a conocer, mediante una eventual publicación de este trabajo, todo el material y las conclusiones que de aquí se desprendan al ámbito académico internacional que se dedica desde hace tiempo al estudio de estas armas. El territorio peninsular, como parte de esa “periferia” del armamento La Tène a la que aludíamos con anterioridad⁵⁰, es todavía poco influyente en el estudio de la evolución de la panoplia y sus peculiaridades regionales. En dicho sentido, nos parece oportuno unir este trabajo a otros que se han ido desarrollando recientemente en otros territorios, como Italia⁵¹ o las islas británicas⁵², cuyo comportamiento relativo a la panoplia La Tène ha sido distinto del que fue en la Europa central y occidental.

Otros aspectos, como los relativos a la metalurgia, no formarán parte de los objetivos de este estudio, aunque se harán las menciones oportunas a lo largo del trabajo siempre que se crea necesario. Temas como la relación de algunas armas con los aspectos simbólicos o la práctica de rituales relacionados con el armamento sí tendrán cabida en este estudio en lo relativo a la deposición de armas en las sepulturas o en la exposición de trofeos de guerra como los que sabemos se llevaron a cabo en el noreste peninsular (García Jiménez, 2006: 82-91). Sin embargo, no dedicaremos a ello más que un espacio menor en este trabajo.

Contamos, pues, entre los objetivos, con metas más prácticas como son la realización de un catálogo y una subsiguiente tipología del armamento (puntos nº 1 y 2), destinadas a su uso útil en este y futuros trabajos, junto a propuestas más complejas en las que el grado de abstracción resultante de la metodología que apliquemos será muy superior (punto nº 3). Ninguna de las aspiraciones aquí formuladas pretende plantear parámetros inamovibles que den por zanjado el tema del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica, sino, más bien al contrario, establecer principios sobre los que desarrollar con posterioridad otros trabajos que tengan en cuenta actualizaciones de los datos del catálogo, modificaciones en las tipologías a medida que vayan surgiendo nuevas aportaciones materiales (procedentes de excavaciones o del “rescate” de

⁵⁰ *Vide supra*, I.A.1.

⁵¹ Kruta, 1978; Kruta-Poppi, 1975, 1979, 1986 y 1987; Vitali, 1988, 1996; Dore, 1995; Lejars, 2006 y 2008.

⁵² Stead, 2005, con la bibliografía anterior.

materiales en los museos), o incluso, si fuere necesario, replanteamientos sobre las interpretaciones resultantes. En efecto, y como bien veremos a lo largo de este trabajo, el armamento La Tène y sus derivaciones adquieren, en el territorio y en el espectro cronológico que abarcan, toda una serie de posibilidades y particularidades que hacen inconcebible trabajar con tipologías estancas. Muchos tipos de arma coinciden en el mismo momento y dan lugar a derivaciones que a menudo hibridan las características de varios tipos, aun coincidiendo con una dinámica concreta dentro de un mismo tipo o variante⁵³. El aporte de nuevos materiales será el que contribuirá, con la ayuda del tiempo, a afianzar algunos aspectos de la tipología que proponemos y a rechazar otros que en este momento no cuenten con suficiente soporte material.

⁵³ Por ejemplo, en GSA (Gournay-sur-Aronde) conviven hasta tres tipos de vaina durante la misma fase (Lejars, 1994: 55-58). Algo parecido ocurre con los umbos de escudo, con no menos de siete tipos distintos en un periodo de cincuenta años (Brunaux y Rapin, 1988: 78-84).

I.B. METODOLOGÍA

Como todo trabajo sobre base arqueológica requiere, hemos utilizado para este estudio un método científico básicamente inductivo, y por tanto basado en el principio de la generación de hipótesis y la contrastación de las mismas. Para garantizar en la medida de lo posible la calidad de las premisas a partir de las cuales formulamos nuestras conclusiones, hemos procurado, tal como explicaremos detalladamente a continuación, ser minuciosos y exhaustivos en la recopilación de los materiales que conforman la base de esta obra.

Partimos, pues, de la hipótesis de que: a) Es posible, reuniendo el material disponible en la actualidad en el territorio peninsular, construir unas tipologías útiles de las distintas armas de influencia La Tène, y b) Es posible también, a partir del estudio cronológico y espacial de dichas tipologías, inducir otras cosas como: 1) la especificidad del armamento La Tène peninsular en sus distintas regiones y respecto al patrón europeo. 2) Las distintas fases de influencia y focos regionales de este armamento. 3) El peso relativo de las armas La Tène en las distintas panoplias peninsulares. 4) El por qué de dicho peso relativo; es decir: a qué se destinan estas armas o cuál es su función. 5) El valor social, de prestigio y simbólico de la panoplia La Tène o sus elementos en los distintos territorios.

Sólo una vez documentado y contrastado el material, es posible comprobar la viabilidad de este proyecto. Uno de los riesgos existentes desde el inicio de este estudio, fue el hecho de que la mayor parte de las espadas fuera del territorio catalán no tenían vainas metálicas enterizas. Como la mayoría de los rasgos morfológicos útiles para clasificar las espadas La Tène provienen, a falta de elementos no percederos en las empuñaduras, precisamente de sus vainas,⁵⁴ podría haberse dado el caso de que estas producciones fueran demasiado variables (o demasiado poco), y por tanto inútiles para proponer una tipología. Eso es precisamente lo que ha ocurrido con las moharras: de las cerca de 200 piezas preseleccionadas como posibles candidatos de influencia La Tène por su parecido a modelos frecuentes en las tumbas con panoplia La Tène fuera de la Península Ibérica, tan sólo hemos conservado un puñado como piezas seguras, debido entre otras

⁵⁴ García Jiménez, 2006: 101. André Rapin (Rapin, 2000: 193) menciona un total de diez índices morfológicos para las espadas y 25-30 para las vainas: un total de 30-40 parámetros útiles en una pieza completa.

cosas a los evidentes problemas de clasificación que entrañan este tipo de producciones tan poco homogéneas.⁵⁵

Si en el caso de las moharras hemos sido víctimas de las limitaciones metodológicas del estudio de determinados materiales, otros aspectos como los que atañen a la interpretación de las dinámicas sociales que acompañan a estas armas, y que por tanto derivan de inducciones sobre inducciones, tienen también sus escollos metodológicos, que en este caso hay que buscar en la cantidad y calidad de la documentación de que disponemos. En las valoraciones histórico-sociales, no es suficiente con el estudio de las armas como premisas, sino que hay que acudir a otros tipos de análisis menos descriptivos para proponer alguna teoría.

El presente trabajo es continuación y ampliación del que ya realizáramos anteriormente para la obtención del DEA y su posterior publicación en 2006 (García Jiménez, 2006), y que trataba el problema exclusivo de las espadas La Tène en el territorio del nordeste peninsular. Aunque ahora estudiaremos estas mismas armas y otras distintas en un territorio mucho más amplio, hemos propuesto para este caso, vistos los resultados obtenidos entonces, un planteamiento de método que no es sino una extensión de aquél⁵⁶:

En primer lugar, hemos atendido a la identidad de las armas La Tène. Nos interesa saberlo todo sobre las características morfológicas de estos objetos. No se puede aspirar a realizar una tipología de una espada La Tène sin conocer la evolución de las conteras de sus vainas, sus hembrillas de suspensión o las formas que adoptan sus embocaduras. Tampoco es posible, siguiendo con lo expuesto, conocer los umbos de escudo oval sin saber identificar o reconstruir sus fragmentos cuando las piezas no están completas. Puesto que estamos hablando de un tipo de armamento de procedencia ajena a la Península Ibérica, debemos comprender cómo es este armamento en su contexto típico. Para ello, y a falta de trabajos de compilación exhaustivos como los que existen para otras panoplias como la ibérica (Quesada, 1997), hemos tenido que manejar gran cantidad de bibliografía relativa no solamente a la forma y evolución de las distintas armas, sino también a sus variaciones en los distintos territorios donde fueron adoptadas. A raíz de la información parcial disponible en la actualidad, y debido

⁵⁵ *Vide infra*, en este mismo capítulo y, posteriormente, en V y apéndice I.B.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 25-29.

fundamentalmente a la abundancia o ausencia de determinados contextos de hallazgo, algunos periodos (La Tène B2-C1⁵⁷ o La Tène C2⁵⁸) son muy bien conocidos, mientras que otros (La Tène A,⁵⁹ La Tène D1⁶⁰ o, sobre todo, La Tène B1⁶¹) representan verdaderas lagunas en la secuencia de esta panoplia. En el estudio de los materiales peninsulares, pues, vamos a heredar irremediamente estas lagunas, con las limitaciones que ello conlleva.

Una vez conocida la panoplia en su medio original, corresponde estudiar el comportamiento de las mismas en el territorio que hemos acotado. Para poder averiguar cómo son las armas de influencia La Tène en la Península Ibérica, hay que compararlas primero consigo mismas y después con las de otras regiones dentro y fuera de este territorio. Como todo estudio tipológico tiene vinculaciones cronológicas, en muchas ocasiones la falta de contextos arqueológicos conocidos o fidedignos en las armas del territorio hispánico puede ser suplida mediante la comparación con armas mejor datadas de otros países. Del conjunto de estos datos contrastados, derivará la seriación cronológica de estos materiales y su consecuente aplicación arqueológica e historiográfica.

Valoración de las fuentes

Decía Fernando Quesada en un trabajo dedicado al análisis de la documentación arqueológica e histórica, que para realizar un estudio sobre las armas es preciso combinar enfoques que integren sistemáticamente la información procedente de los *realia* (esto es, de los objetos arqueológicos; en este caso armas), de la iconografía y de las fuentes literarias (Quesada, 2002: 3). Siendo así, y así lo subscribimos nosotros mismos, debemos confesar desde este momento el fuerte desequilibrio que existirá en este estudio a favor del primero de los bloques de documentación. Va a ser, en efecto, el material arqueológico el que va a llevar el peso fundamental del trabajo, aunque no por decisión propia, sino por una doble razón en lo relativo al carácter taxonómico de las exigencias tipológicas por una parte, y al desequilibrio ya inherente en la cantidad y

⁵⁷ c. 350-225 a.C.

⁵⁸ c. 225-150 a.C.

⁵⁹ c. 450-400 a.C.

⁶⁰ c. 150-80/70 a.C.

⁶¹ c. 400-325 a.C. *Vide* Rapin, 2003: 273 sobre la falta de contextos fácilmente identificables en este periodo.

calidad de los distintos bloques por el otro. Decimos esto porque nos parece poco probable que la iconografía⁶² o las fuentes literarias reflejen detalles morfológicos tan precisos como los que proponemos en un estudio tipológico tan específico como este, en el que se tendrá en cuenta el peso de algunos rasgos tecnológicos muy concretos. Lo que sí puede reflejar la iconografía o las fuentes literarias son los tipos de armas en general (por ejemplo, distinguir espada recta de falcata, o escudo oval de *caetra*),⁶³ o incluso la forma de empuñarlas y usarlas. En este sentido más genérico, sí serán tenidos en cuenta estos datos, aunque la exhaustividad en la presentación de los mismos será mucho menor que para el caso de los objetos arqueológicos, habida cuenta que ya existen estudios recientes que recogen la iconografía o fuentes literarias de estas armas (Quesada, 1997: *passim*; Stary, 1994: *passim*; Lorrio, 1997: 147-198; Jimeno *et alii*, 2004: 235-264), y que son pocas las novedades que a estos trabajos se puede aportar. Así, y para no ser repetitivos, nos bastará con mencionar los aportes iconográficos y literarios sólo cuando se crea necesario y como complemento a los datos arqueológicos, pero no como base estructural para nuestra argumentación.

Centrándonos, pues, en los *realia*, debemos enumerar ahora cuáles han sido los objetos seleccionados como “armas de influencia La Tène” en este estudio.

Aunque la panoplia La Tène es mucho más compleja que los *realia* conservados, el carácter perecedero de una parte nada desdeñable de las armas nos limita a una serie de objetos (en ocasiones sólo piezas) y abandonar el estudio de otros. Las corazas, por ejemplo, no van a formar parte de nuestra argumentación dada su entera fabricación con materiales como el cuero⁶⁴ o quizás el lino, que obviamente no se han conservado.

Nuestro estudio se estructura atendiendo a las armas por separado, siguiendo el orden de importancia que éstas tuvieron en el registro arqueológico hispánico, y prescindiendo por tanto del clásico orden en armas ofensivas en un primer bloque y armas defensivas en un segundo bloque. El motivo de esta peculiar articulación no es otro que el de facilitar la comprensión de las distintas armas de influencia La Tène en un sentido autónomo, puesto que en general no llegaron a la Península Ibérica formando panoplias completas, sino que se imbricaron en las distintas panoplias peninsulares de distintas

⁶² Su utilidad alcanza, a lo sumo, a representar algún detalle en la forma de las aletas en los umbos de escudo oval, como por ejemplo en Osuna (Stary, 1994: lám. 110,1) o el remate de algunos cascos (Quesada, 1997: 567 y fig. 323).

⁶³ Y eso no siempre: *vide* Quesada, 1992: cap. 3.2.

⁶⁴ Rapin, 1999: 36-40; 2002: 224-229; 2004: 29-32 y 2008: 261-266.

formas y con distinta intensidad. Paralelamente, las asociaciones tipo-cronológicas de estas armas en sus contextos originales europeos, proceden casi sin excepción de conjuntos formados por espada y escudo oval, de modo que tiene más sentido estudiar un arma junto a la otra.

En primer lugar, pues, trataremos las espadas. El caso de las espadas es especial, puesto que ya hemos realizado y publicado con anterioridad un trabajo específico restringido al área nororiental de la Península Ibérica (García Jiménez, 2006). Como ya elaboramos entonces una tipología para estas armas, no nos parece oportuno repetir aquí la misma argumentación, así que limitaremos nuestro trabajo con las espadas del noreste a un resumen de lo anteriormente expuesto y a la incorporación de nuevas piezas aparecidas con posterioridad o ya conocidas y reestudiadas. Estas nuevas aportaciones contribuirán a la actualización de los datos y a la modificación de algunos aspectos, principalmente en lo relativo a la posible influencia de ciertos patrones externos sobre algunos tipos de vaina catalanas. Afortunadamente, la tipología de las espadas del noreste, que es un territorio fuertemente “latenizado” en su armamento, no responde a los mismos patrones morfológicos que el resto de las espadas peninsulares, de modo que no va a ser necesario utilizar o adaptar las nuevas tipologías aquí propuestas a las anteriormente existentes para la región catalana. En cambio, va a resultar interesante ver cómo están representadas algunas espadas del noreste en otros territorios y contrastar las similitudes y diferencias de los modelos de fabricación nororiental con los de fabricación celtibérica o ibérica de otras regiones.

En el estudio de las espadas, vamos a valorar especialmente el papel de sus vainas, en los raros casos en que se conservaron, así como su particular sistema de suspensión mediante el uso de anillas y tahalí en vez del habitual por hembrilla y cinturón. En ese mismo sentido, va a estar ausente en esta obra el trabajo sobre las cadenas de suspensión semirrígidas tan típicas de los contextos galos del siglo III a.C., a razón de su total ausencia en el registro arqueológico peninsular.

Una vez estudiadas las espadas, dedicaremos nuestra atención a los escudos. Dado el carácter perecedero del cuerpo de los escudos, normalmente fabricados en madera y cuero, centraremos nuestra tipología en los elementos metálicos: umbos, orlas y manillas. Es probable que en el caso de los escudos exista un sesgo material mucho más importante que en las espadas, puesto que es perfectamente posible fabricarlos

completamente en madera u otros materiales blandos⁶⁵ y conservar aun su utilidad, mientras que para las espadas u otras armas ofensivas, los resultados de tal acción no habrían sido los mismos⁶⁶.

De entre todos los elementos metálicos de los escudos, sin duda son los umbos los que tienen más utilidad tipológica. Entre los umbos hallados en la Península Ibérica, va a haber que distinguir dos tradiciones completamente distintas (la celta y la romana o púnica), con formas prácticamente idénticas.

Después de los escudos, nos referiremos al complejo tema de las armas de asta. La ausencia de las astas, originalmente de madera, nos privará una vez más de elementos tipológicos muy ricos en cuanto al análisis de su uso práctico. De igual forma, y aunque *a priori* debería ser sencillo clasificar las moharras (puntas) o los regatones (conteras), que sí suelen conservarse, no ha resultado a la práctica nada fácil distinguir las piezas que, aunque sea remotamente, tuvieran una ascendencia La Tène. Debido a la importante ambigüedad tipológica y a las incertidumbres en la identificación morfológica de la mayoría de las moharras estudiadas, se ha restringido la muestra a algunas piezas catalanas, que son las únicas que se asocian con otros elementos de la panoplia La Tène en los mismos conjuntos. En cuanto a los regatones, su forma limitada a su funcionalidad exhibe idénticas características en las lanzas La Tène y en las de otras culturas peninsulares, a excepción de los llamados “regatones con espiga” que se diferencian del resto por su distinta forma de sujeción al asta. Este tipo de regatones es muy frecuente en contextos galos (aunque no exclusivo de estos), especialmente desde el siglo III a.C. en adelante. Dado su carácter marcadamente laténico, han sido incorporados a nuestro catálogo, aunque hay que decir que estos objetos son extremadamente raros en la Península Ibérica.

Los últimos elementos de la panoplia que estudiaremos son los cascos. Como ya hemos dicho anteriormente, no vamos a incluir en este estudio los cascos de tipo Montefortino

⁶⁵ Así parecen indicarlo las representaciones iconográficas de la cerámica del estilo de Liria para el área de Levante peninsular (Quesada, 1997: 542-543), aunque el mismo Quesada ya advierte que es muy posible que los ejemplos ahí representados sean ya de influencia romana o púnica. En todo caso, la producción de escudos ovales sin elementos metálicos es aceptada generalmente para las producciones celtas más antiguas y se admite su extensión lógica, apoyada por la iconografía, incluso en la época de máximo esplendor de los umbos metálicos (Rapin, 2001b: 278-280).

⁶⁶ Sobre la sobrerrepresentación de la panoplia ofensiva en el ámbito ibérico por estos motivos: Quesada, 2002: 14).

y derivados⁶⁷ por su carácter fácilmente distinguible de las producciones celtas centroeuropeas. Entendemos que hay algunos cambios en el proceso tecnológico de fabricación de estos cascos que, pese a su influencia laténica perfectamente manifiesta en algunos de sus rasgos morfológicos, es más lícito vincularlos a la panoplia itálica que a la celta. El resto de cascos de ascendencia La Tène en la Península Ibérica representan verdaderas excepciones, de modo que se discutirán caso por caso, sin proponer una tipología, que a nuestro juicio resultaría inútil.

Después de haber examinado las distintas armas por separado, dedicaremos nuestra atención a su relación en contextos cerrados con otras armas, bien de influencia La Tène o bien representativas de otras panoplias autóctonas. A partir del análisis de estas panoplias, intentaremos desentrañar cuáles fueron las combinaciones de armas más habituales y por qué razón en algunos territorios se seleccionaron tan sólo algunas armas La Tène y se rechazaron otras.

Principales problemas metodológicos

En el anterior apartado ya hemos hecho referencia a la desaparición de algunos elementos clave, realizados con materiales perecederos, de las distintas armas que conformaron la panoplia La Tène. Este, que es uno de los principales problemas metodológicos que debemos afrontar, es además especialmente patente en el territorio peninsular. Si citamos como ejemplo el tema de las vainas de espada, el inconveniente es evidente: mientras que en algunos territorios peninsulares (en especial el del noreste), contamos con vainas metálicas enterizas, que es lo común en las espadas La Tène, en otras regiones, entre las que se cuenta el área celtibérica, una de las más generosas en cuanto a ejemplares de este tipo de armas, se prefirió el uso de vainas de madera u otros materiales perecederos. La paradoja es que precisamente las espadas de tipo La Tène son unas de las pocas producciones protohistóricas con vainas enteramente metálicas, lo que constituye un hecho verdaderamente afortunado para aquellos que nos dedicamos a investigar sobre la evolución de sus patrones tecnológicos (García Jiménez, 2006: 94). Otros elementos por lo común asociados a estas vainas, como son las cadenas de

⁶⁷ *Vide supra*, I.A.1.

suspensión semirrígidas, ya hemos dicho que tampoco se usaron en la Península Ibérica.⁶⁸

De los problemas en la falta de conservación de algunos materiales pasamos al de la calidad en la conservación de los que sí lo han sobrevivido al paso del tiempo. Este es otro inconveniente que en ocasiones puede llegar a ser endémico, y que entre los materiales de influencia La Tène peninsulares, como por lo general suele ser para todas las armas, es especialmente importante. Las peculiares deformaciones del hierro con el paso del tiempo⁶⁹ ocasionan la pérdida, en ocasiones irremediable, de detalles en la morfología de las piezas que, de conservarse, hablarían alto y claro de la identidad de las mismas del mismo modo que lo hacen, por ejemplo, los bordes o bases de los recipientes cerámicos. En la mayoría de los casos, sin embargo, la pérdida ocasionada por estas alteraciones no es definitiva, sino que el óxido y otros agentes de corrosión se limitan a crear una capa de concreción que, más que modificar, desdibuja el aspecto original de la pieza. En la práctica, si estos materiales férricos no han recibido un tratamiento *in situ* y de laboratorio adecuado, se genera una gran dificultad en su tratamiento tipológico, donde los detalles morfotécnicos de su elaboración tienen la mayor relevancia. En ocasiones, por ejemplo, la falta de intervención o la excesiva prudencia en la misma, genera la imposibilidad de observar los rasgos de ciertas espadas (en ejemplares como el de la sep. 174 de Villaricos (inv. 1157) o García Jiménez, 2006: inv. 27 del Puig de Sant Andreu, en Ullastret), confunden la superficie de una espada con su vaina (inv. 1103 de la necrópolis de Avda. Martínez de Velasco, en Huesca), esconden decoraciones⁷⁰ o provocan la fragmentación de las armas; especialmente en

⁶⁸ *Vide supra*. Véase también García Jiménez, 2006: 146-148 para su ausencia en el noreste pese a que la suspensión de la vaina se realizaba, al igual que en el mundo galo, en vertical sobre la pierna derecha.

⁶⁹ Hay grandes diferencias en las alteraciones según sea el medio donde fue depositada el arma. En medios terrestres, la corrosión no es la misma que en medios atmosféricos, fundamentalmente porque no es continua, sino que, en un determinado momento, alcanza un equilibrio de estabilización que puede durar de forma indefinida si el medio donde están depositados los objetos no se modifica (David, 2001:23). En medios acuáticos, la acción del agua dulce es infinitamente mejor para la conservación de las armas. Las evidencias más claras de este hecho en La Tène (De Navarro, 1972; Lejars, 2007: 358) y Port (Müller, 1992). Otros factores, como la cremación de las armas, ayudan a conservar las armas mediante un proceso de mineralización conocido como “pasivación” (Rapin, 1999: 34).

⁷⁰ Thierry Lejars resalta la importancia de la restauración para revelar decoraciones, que en casos como el de Gournay-sur-Aronde alcanzan el 60% de las vainas, mientras que en La Tène llega hasta el 70%, y sólo es decreciente en momentos avanzados, cuando la simplificación es mayor (Lejars, 2003:14). Hay infinidad de trabajos realizados por el equipo científico del IRRAP que dan fe de los buenos resultados de esta política: Battaile-Melkon y Rapin, 1997; Brunaux y Rapin, 1988; Kruta *et alii*, 1984; Lejars, 1994, 1996, 1996b, 1998, 2000, 2003; Rapin, 1986, 1995, 1996, 1999, 2000, 2001, 2007 y 2008; Rapin y Schwaller, 1987; Schwaller *et alii*, 2001; etc....

los umbos (inv. 2021 a 2027 de La Azucarera), cascos (inv. 5001 de Can Miralles) u orlas de escudo⁷¹.

Precisamente, y a la inversa, si el tratamiento ha sido inadecuado, el problema generado es mucho peor:

Este efecto viene primordialmente causado por la intervención museográfica destinada a convertir un objeto estéticamente poco atractivo en otro digno de ser visto y admirado en una vitrina (Rapin, 1996: 521). El desconocimiento del tratamiento apropiado en la restauración de las armas, unido a la ignorancia de los detalles que suelen estar presentes en determinadas piezas complejas como las vainas de espada, provocan a menudo limpiezas mecánicas demasiado intervencionistas que borran para siempre estos detalles (remates de contera, refuerzos, decoraciones...). Este tipo de limpiezas, aunque tremendamente útiles, tienen el riesgo de confundir la superficie real del objeto como parte de la oxidación del mismo. Un ejemplo singular muy ilustrativo en cuanto al tratamiento científico y de restauración de estas piezas, lo hallamos en la vaina de espada de la Sep. 7 de Baza:

Esta vaina, una de las piezas sin duda más interesantes del territorio peninsular, fue “casi” identificada como tal por su excavador, F. Presedo Velo, quien publicara la pieza como *“fragmentos de hierro en forma de vaina, aplanados y huecos por el interior, cuyo uso desconocemos”* (Presedo, 1982: 33 y Fig. 7,7). El dibujo allí mostrado, previo a su restauración, distaba mucho de ser susceptible de percibirlo como vaina de espada La Tène. En él no aparece fragmento alguno de la contera, que sin embargo fue recogida y todavía se conserva en el Museo de Granada. Años más tarde, se procedió a la restauración de la vaina, una vez más sin tener en cuenta la contera, seguramente porque no se llegó a saber qué forma debió tener la contera de una vaina de este tipo. Aunque la restauración puso al descubierto muchos detalles importantes de la morfología de esta vaina, probablemente no se tuvo en cuenta su clasificación como vaina de tipo “Hatvan-Boldog”, un modelo muy frecuente en contextos galos de mediados del siglo IV a.C. hasta inicios del III a.C. (Petres y Szabó, 1986; Charpy, 1987; Rapin, 2000), ni se tuvo en cuenta tampoco la relación frecuente de estas vainas con las decoraciones de una versión evolucionada de la llamada “lira zoomorfa” con “pareja de grifos afrontados” (De Navarro, 1972: 65-124 y 216-238; Ginoux, 1995 y 2007) en sus embocaduras (Rapin, 2000: 195). De este modo, se acertó a conservar

⁷¹ También constatable entre las espadas y vainas (García Jiménez, 2006: 97-98), aunque no muy habitual entre las moharras.

perfectamente la hembra, los carriles o solapa, el fuerte nervio central y la parte proximal de la contera, mientras que los detalles del remate de dicha contera continúan hoy apenas perceptibles bajo el óxido, y la decoración se ha perdido casi por completo, a excepción de la curva interior del cuerpo de la figura de la derecha (**Fig. 2**).

Otro caso lamentable de deterioro es observable en un lote de espadas procedentes de la necrópolis de Arcóbriga⁷² (Monreal de Ariza, Zaragoza) y actualmente conservado en el MAN (Museo Arqueológico Nacional). Al parecer, estas espadas fueron tratadas, hace ya algunas décadas, con una solución química extremadamente agresiva que tuvo como consecuencia la pérdida de los filos (las partes más delgadas de la hoja) en casi todas las piezas. Ahora, poco puede saberse del aspecto original de la mayoría de esas espadas, ya que los únicos datos que se conservan de su morfología previa a la intervención son algunas fotos inéditas no muy bien orientadas.

Este tipo de riesgos innecesarios puede ser evitado con el mejor conocimiento de las piezas intervenidas y quizás, con una mayor discreción a la hora de restaurarlas. Como bien dice Thierry Lejars, para revelar la morfología real de un objeto, *“l’expérience le montre, il n’est pas question de tout restaurer, un nettoyage partiel et le recours à la radiographie sont souvent suffisants”* (Lejars, 1996: 608).

Por fortuna, este tipo de problemas está siendo mejorado mediante el uso de tratamientos más cuidadosos de consolidación durante la excavación y en su posterior depósito en museos. La mayoría de las armas halladas desde los años 90 en adelante, se hallan ya en buenas condiciones para su estudio (García Jiménez, 2006: 100), aunque quedan muchísimos materiales antiguos, algunos ya afectados irremediablemente, que dificultan enormemente nuestra labor. Por otra parte, las técnicas de restauración y conservación habituales en este país no alcanzan todavía el nivel al que nos tiene acostumbrados desde hace más de veinte años el IRRAP⁷³ y que ya estamos viendo en un puñado de países europeos⁷⁴. Tristemente, el problema de la restauración suele estar relacionado con la falta de financiación necesaria para llevar a cabo intervenciones tan costosas.⁷⁵

⁷² Por ejemplo en los números de inventario 1018, 1019, 1020, 1021, 1023, 1026, 1029, 1032, 1033 de nuestro catálogo (40/27/ARC/ 4623, 4621, 4624, 4625, 4619, 4618, 4611, 4622 y 4626 del MAN respectivamente).

⁷³ *Vide supra*, I.A.1.

⁷⁴ *Vide supra*, nota 70.

⁷⁵ *Cfr.* Vitali, 1996: 579

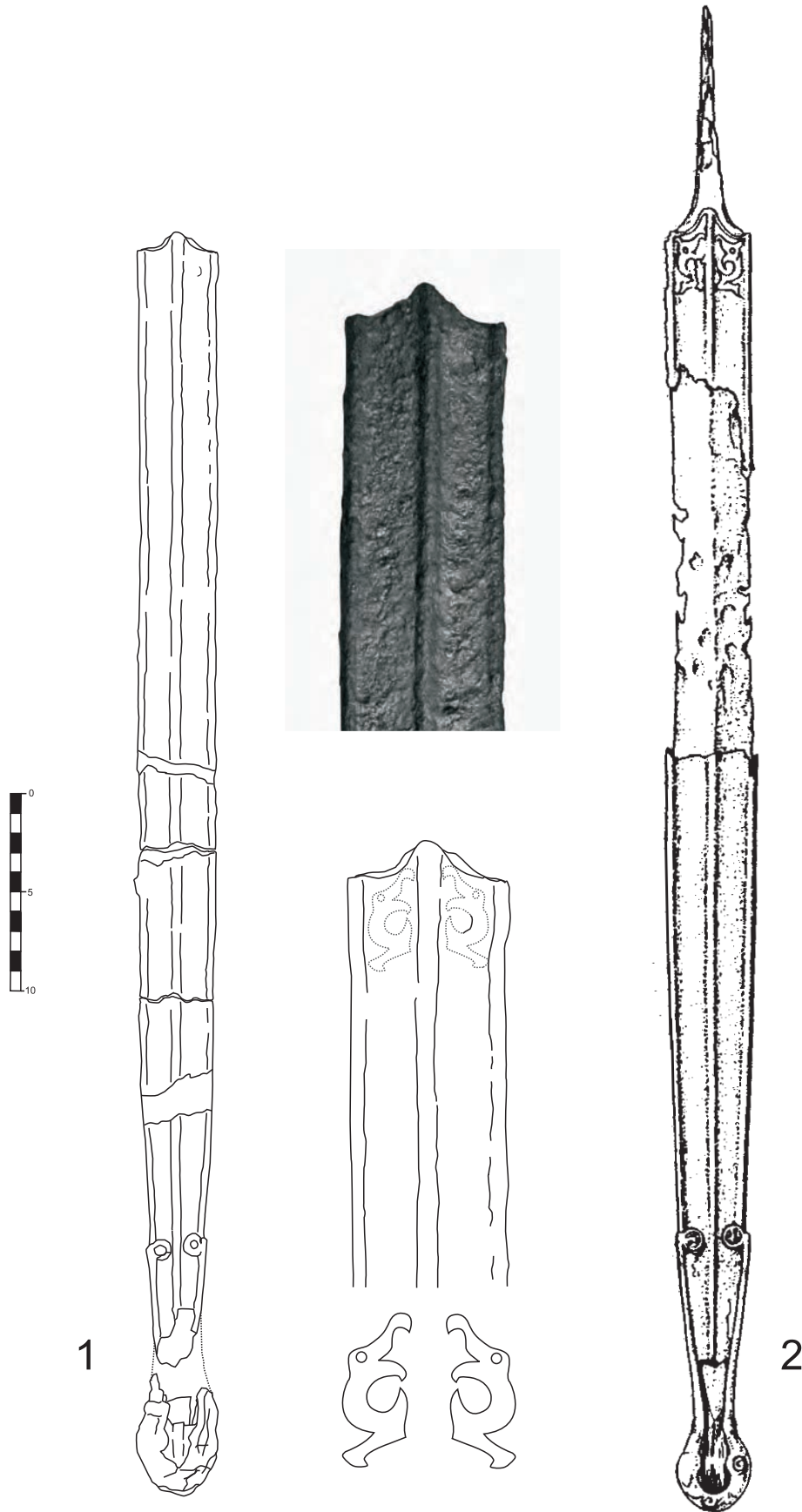


Fig. 2: 1: Anverso de la vaina de la sep. 7 de Baza (inv. 1075), conservada en el Museo de Granada, y propuesta de restitución de su posible ornamentación con pareja de grifos afrontados. 2: Vaina y espada de la Sep. 2 de Kosd (Hungria), según Szabó y Petres, 1992: lám. 28.

Peor sin duda que cualquier inconveniente derivado de los tratamientos de restauración es el problema de la pérdida o desaparición de materiales en los museos. Además de otras muchas, piezas especialmente significativas como la espada con vaina enteriza de la Sep. D de Arcóbriga (nº inv. 1005 de nuestro catálogo), la espada con vaina del silo nº 24 de Can Miralles (García Jiménez, 2006: inv. 63) o una gran cantidad de fragmentos pertenecientes al lote de armas de La Azucarera⁷⁶ no han podido ser incorporadas a este estudio tal como nos habría gustado, y ello nos ha obligado a recurrir forzosamente a lo publicado con anterioridad sobre estas armas sin poder contrastar estas evidencias con las piezas originales.

A las complicaciones anteriormente citadas hay que añadir otras como las de intervenciones violentas durante el proceso de excavación, o el descarte de ciertas piezas por lo general desconocidas (conteras de vaina, suspensiones...) en los inventarios de museos. Además, muchos fragmentos, y probablemente muchas piezas completas o incluso necrópolis enteras, se han perdido a causa de las labores agrícolas realizadas en el territorio durante más de dos milenios. A resultas de todas estas lagunas cognitivas, se ha ido acrecentando todavía más el sesgo inherente en la representatividad de estas armas en las sociedades protohistóricas peninsulares. Así, por ejemplo, y a falta de las piezas desconocidas, hemos tenido que catalogar 51 de las 275 espadas estudiadas como de tipo indeterminado debido a las condiciones de conservación en las que se encuentran.

Otro punto a considerar relacionado con la desaparición o alteración de algunos rasgos se debe a la acción de inutilización de las armas antiguas con fines rituales, ya sea en su deposición como parte del ajuar de una tumba⁷⁷ en las necrópolis, o como restos de su exposición como trofeo de guerra en los poblados nororientales. Las prácticas más

⁷⁶ Todos los fragmentos publicados en Iriarte *et alii*, 1997 están en paradero desconocido y no llegaron a ingresar nunca en el Museo de La Rioja, donde sí se conservan el resto de los fragmentos, hasta ahora inéditos. *Vide infra*, VII.B.

⁷⁷ Este tipo de acciones es más propio de las sociedades que utilizan el rito de la incineración para enterrar a sus muertos. En contextos célticos de los primeros siglos de la Segunda Edad del Hierro, en los que está generalizado el rito de la inhumación, no es frecuente hallar las armas inutilizadas (Rapin, 1993: 295). En la Península Ibérica, donde lo corriente es la incineración, raro es el caso de espadas La Tène que no han sido dobladas (excepciones por ejemplo en La Osera 201 o Fuente Tójar, números de inventario 1121 y 1092 de nuestro catálogo). En cambio, con otro tipo de armas más cortas, como las espadas de antenas o los puñales, no se emplea una tendencia generalizada en este aspecto.

habituales en la inutilización de armas son la del pliegue sencillo o repetido de las armas largas como espadas, vainas o moharras, y la inhabilitación a golpes de los elementos más anchos o voluminosos de la panoplia, como umbos de escudo o cascos⁷⁸. Este tipo de acciones rituales puede llegar a deteriorar enormemente el aspecto original de las armas, hasta el punto que determinados detalles de su morfología llegan a hacerse imperceptibles, ocultos entre los diversos pliegues. De todos modos, las alteraciones fruto del tratamiento ritual de las armas en la antigüedad son más bien obstáculos metodológicos que verdaderos problemas, pues estamos convencidos de que, mediante una atención precisa a los detalles ocultos por estas prácticas, no es difícil restituir virtualmente el aspecto original⁷⁹ de estos objetos.

Dejando al margen el tema de la conservación de las piezas a estudiar, el otro obstáculo serio a sortear es sin duda el de la documentación arqueológica que acompaña a las armas La Tène. Nos referimos al hecho que una buena parte del material (de hecho, la mayoría de este), se exhumó en fechas antiguas, en especial a finales del siglo XIX e inicios del XX, y por lo tanto partiendo de procedimientos de excavación poco precisos en cuanto a la documentación de los contextos de hallazgo. Para el estudio de las panoplias, la dificultad resultante del desconocimiento de los ajuares en las tumbas y sus asociaciones de armas, representa un problema irresoluble, que sólo puede ser compensado por un número creciente de hallazgos mejor documentados.

En el nordeste, la necrópolis de Cabrera de Mar, una de las escasas necrópolis halladas en la región durante la Segunda Edad del Hierro, fue excavada por J. Rubio de la Serna en 1881 y publicada años más tarde (Rubio, 1888) sin describir los ajuares pertenecientes a las distintas tumbas⁸⁰. Otra de estas necrópolis, la de la Pedrera de Vallfogona, aunque descubierta mucho después (1958) y parcialmente expoliada, no ha sufrido mejor suerte y todavía hoy genera algunas discrepancias en cuanto a sus repertorios de ajuares⁸¹.

En la Celtiberia, el problema es todavía más grave⁸²: la mayor parte de las necrópolis fueron excavadas por el Marqués de Cerralbo (Arcóbriga, Aguilar de Anguita, Atance,

⁷⁸ Sobre estas acciones de inutilización, *vide* cap. VIII.B.

⁷⁹ *Vide infra*.

⁸⁰ Barberà, 1968: 97.

⁸¹ Plens y Rafel, 2002: 255; Sanmartí, 1991: 90-91.

⁸² Lorrio, 1997: 123.

Carabias, La Olmeda...)⁸³ y R. Morenas de Tejada (Gormaz, Osma) en el decurso de las dos primeras décadas del pasado siglo, y restan aun hoy prácticamente inéditas⁸⁴. Se conocen ajuares de algunas tumbas excavadas por el Marqués de Cerralbo gracias a sus propias publicaciones (Aguilera, 1916) y a la reunión de algunos conjuntos cerrados con motivo de una exposición (Artiñano, 1919)⁸⁵. La necrópolis de Arcóbriga es la que cuenta con mayor número de espadas La Tène del territorio peninsular, casi todas con asociaciones desconocidas, y sólo atestiguadas mediante una fotografía inédita de Cerralbo en sus “Páginas para la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas” (Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1 y 2), donde se amontonan un total de treinta espadas, en su mayoría fragmentadas. Las pocas panoplias conocidas de Arcóbriga proceden de fotografías antiguas inicialmente publicadas por Encarnación Cabré y José Antonio Morán en un artículo sobre fíbulas con esquema La Tène (Cabré y Morán, 1982: Figs. 21-24 y 26-27) y realizadas por el padre de aquella. Un problema parecido ocurre con la necrópolis de Las Horazas (Atance), una de las que conservan más incógnitas en la actualidad. Distinto trato, aunque también manteniendo ciertas incertidumbres (Barril y Salve, 1998), obtuvo la necrópolis de Aguilar de Anguita, sin duda la que fue objeto de una atención más detallada por parte del Marqués de Cerralbo, dedicándole para ello un

⁸³ Citamos en esta relación tan solo las que tienen elementos de influencia La Tène conocidos, aunque el repertorio de necrópolis excavadas es mucho mayor (Aguilera, 1916; una síntesis en: Lorrio, 1997: 111-146 y 398-400).

⁸⁴ *Cfr.* Argente, 1977: 588 y Lorrio, 1997: 16-20. Sin duda las necrópolis que más dudas generan para este estudio son las que cuentan con las mayores colecciones de espadas La Tène; en especial Arcóbriga y Atance. Para Arcóbriga, apenas contábamos hasta hace poco con algunos apuntes y fotos del Marqués de Cerralbo en su trabajo inédito de 1911 (Aguilera, 1911: 34-46) y otras publicadas por E. Cabré y J.A. Morán en un trabajo sobre fíbulas (Cabré y Morán, 1982: Figs. 21-24 y 26-27) (*infra*), aunque muy recientemente se ha llevado a cabo una revisión completa de los materiales por parte de Alberto Lorrio y M^a Dolores Sánchez de Prado que sin duda ha despejado muchas de las incógnitas de esta necrópolis (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009). El caso de Atance es mucho peor, pues sólo se conocen un puñado de tumbas (Aguilera, 1916: Figs. 12-15), y los estudios más recientes (Paz, 1980), que ya no lo son tanto, son muy parciales. Otra necrópolis casi inédita es la de Gormaz, inicialmente dividida en dos yacimientos distintos (Quintanas y La Requijada) que luego se vienen interpretando como uno solo. Conocemos algunos ajuares de Quintanas conservados en el Museo Numantino gracias a la obra de W. Schüle (Schüle, 1969: lám. 32-46) y otro del MAN muy popular por su vaina decorada (Requejo, 1978). Sin embargo, poco sabemos de los ajuares de La Requijada si no es por el temprano trabajo inédito de Juan Cabré (Cabré, 1917); aunque hay algunas incongruencias (Encarnación Cabré (Cabré, 1990: 216) cita nada menos que diecinueve espadas para La Requijada, cuando sólo conocemos tres) que hacen pensar que el repertorio allí citado no corresponde a la lista completa de tumbas.

⁸⁵ En realidad, conocemos más elementos aislados (números 1 a 91, 94-142 y 153-169) que conjuntos cerrados (números 92-93 y 145-152). Aunque el catálogo resultante de la exposición ha resultado útil en la identificación de la procedencia de algunas piezas (Argente, 1977: 591), la selección de las mismas para su exhibición pública o para la consulta particular de uno u otro especialista ha causado probablemente más problemas de los que ha resuelto (*cfr.* Barril y Salve, 1998: 49).

tomo entero de sus “Páginas para la Historia...”⁸⁶ y una parte sustancial de su publicación sobre las “necrópolis ibéricas” (*sic.*) (Aguilera, 1916: *passim*), donde la calificaba de “la más antigua y la más notable”⁸⁷. Por desgracia, esta es precisamente una de las necrópolis con menor cantidad de hallazgos relacionados con la influencia La Tène, contando con sólo dos ejemplares a añadir a nuestro catálogo, y no está tampoco exenta de contradicciones en sus conjuntos. La distinta suerte y numerosos traslados sufridos por la colección Cerralbo desde la época del marqués hasta la actualidad han provocado numerosas confusiones (*cf.* Barril y Salve, 1998: *passim*), como por ejemplo en la asignación actual de algunas espadas del MAN a Aguilar de Anguita⁸⁸ cuando en realidad parece claro que pertenecieron a Arcóbriga, a juzgar por las etiquetas que aparecen en fotos antiguas de los distintos ajuares (Cabré y Morán, 1982: Figs. 21 y 22) rezando “Necrópolis ibérica de Arcóbriga”, y a la ausencia de menciones a espadas de tipo La Tène en las obras de Cerralbo sobre Aguilar de Anguita. Algo mejor conocidas son las necrópolis de Quintanas de Gormaz⁸⁹ y Osma, especialmente esta última merced a la reciente revisión de sus materiales y la documentación que les acompañaba (Fuentes Mascarell, 2004). Otras necrópolis celtibéricas con armas excavadas entorno a los años 30 con una metodología mucho más minuciosa y publicadas por completo (Atienza, La Mercadera⁹⁰), no tienen casualmente ninguna pieza relacionada con el mundo lateniense, de modo que tampoco nos resultan útiles en este caso.

Son por tanto muchos los contextos faltos de documentación entre las necrópolis celtibéricas. Contribuciones como la de W. Schüle (Schüle, 1969), quien recogió en su obra sobre la “cultura de la Meseta” (*sic.*) gran cantidad de ajuares funerarios procedentes de dibujos o fotografías conocidos o inéditos, han tenido mucho que ver con la popularización de estos conjuntos en la historiografía contemporánea, aunque en ocasiones parece haberse abusado de los datos ahí disponibles, que en general adolecen de los problemas endémicos de la perspectiva fotográfica⁹¹ y de la falta de

⁸⁶ El tomo III (Aguilera, 1911). Véase asimismo Fernández-Galiano, 1979: 11-15 y láms. III-VII, donde aparecen publicados algunos de los conjuntos del inédito de Cerralbo.

⁸⁷ *Ibid.*: 10.

⁸⁸ Números 1002, 1003 y 1004 de nuestro catálogo, siglados respectivamente como 1940/27/AA/1501, 1940/27/AA/2189 y 1940/27/AA/1330 (la sigla AA refiriendo a “Aguilar de Anguita”) y correspondientes a las llamadas sep. J e I para las dos primeras (*vide* apéndice 2, cap. X.2.1 en esta obra).

⁸⁹ *Vide* nota 84 y Lorrio, 1997: 142-144.

⁹⁰ Véase Cabré, 1930 y Taracena, 1932 respectivamente.

⁹¹ *Vide infra*, en este mismo capítulo.

documentación anteriormente citada, muy poco contrastada con conjuntos mejor contextualizados en el trabajo de Schüle⁹².

Ya fuera del área celtibérica y hacia el interior, pocos son los núcleos donde frecuentaron las armas de influencia La Tène. En el área septentrional vettona, tan sólo se conocen cuatro espadas La Tène, todas procedentes de La Osera y representando un porcentaje ínfimo en comparación con otro tipo de espadas⁹³. Esta necrópolis, que fuera excavada por Juan Cabré, quedó por desgracia inédita después de su repentina muerte, a excepción de la última de las seis zonas en las que fue dividido el yacimiento (Cabré *et alii*, 1950), que fue publicada por su hija pocos años después (Lorrio, 2004: 266-268).

Los contextos ibéricos del sur y el sureste peninsular, por su parte, son en general los mejor conocidos del territorio peninsular, gracias a la asociación frecuente de las armas con materiales cerámicos de importación con cronologías más fiables. Además, y pese a que alguna necrópolis representativa de estas áreas, como la de Villaricos, ha sido principalmente excavada muy a principios del siglo XX, la mayoría de ellas lo fueron en la segunda mitad del mismo siglo y han sido objeto de publicaciones totales o parciales, en muchos casos revisando los conjuntos cerrados procedentes de excavaciones anteriores. Así, por ejemplo: Baza (Presedo, 1982), Los Nietos (Cruz, 1990; García Cano, 1990), Cigarralejo (Cuadrado, 1987 y 1989; Cuadrado y Quesada, 1989), Cabecico del Tesoro (Quesada, 1989; Sánchez Meseguer y Quesada, 1991), Pozo Moro (Alcalá-Zamora, 2003) son necrópolis cuyas tumbas están por lo general bien fechadas, y sólo una pequeña cantidad de armas de influencia La Tène en ellas aparecido no cuentan con contextos conocidos a causa del carácter inédito de los mismos⁹⁴.

Por último, un pequeño grupo de piezas no han podido ser estudiadas o puestas en contexto debido al carácter inédito de sus excavaciones, aunque ya no por tratarse de excavaciones antigua sino por todo lo contrario. En la necrópolis de El Castillo de Castejón (Navarra), que se ha venido excavando desde el año 2000 (Faro, Cañada y

⁹² Entre otras cosas porque pocas eran las aportaciones nuevas en el precoz momento de publicación de su obra para el territorio celtibérico.

⁹³ De las 2.230 sepulturas, se hallaron 200 espadas: 161 de antenas, 22 de tipo Monte Bernorio-Miraveche (*sic.*), 7 falcatas y 4 de La Tène (Lorrio, 2004: 267). Nótese la desproporción, a sólo el 2%, de las últimas; un papel menos destacado incluso que las falcatas, cuyo carácter “exótico” en este territorio está bien constatado (Álvarez-Sanchís, 2003: 180).

⁹⁴ Por ejemplo, las espadas de las seps. 395, 472 y 488 de Cigarralejo (números de inventario 1087, 1088 y 1089 de nuestro catálogo) y la espada y el umbo bivalvo de la sepultura aislada de El Hinojal (Arcos de la Frontera), inventariados con los números 1044 y 2003.

Unzu, 2003: 45) se han llegado a contabilizar hasta cinco espadas La Tène⁹⁵. Hasta la fecha, sólo ha llegado a publicarse un trabajo con los resultados preliminares de las primeras campañas, de los que se deduce una cronología que abarca *circa* 500-350 a.C. Pese a lo interesante de dichas cronologías para las espadas, el acceso a parte de los materiales resulta por ahora imposible y habrá que esperar a la futura publicación de los conjuntos para añadir esa información a la que se derive de este trabajo.

Desarrollo del método

Puesto que uno de los principales objetivos de este trabajo es proponer tipologías del armamento de influencia La Tène basada en los caracteres morfotécnicos de sus armas, es necesario que la observación de estos caracteres sea lo más precisa posible. Para ello, y partiendo de una catalogación previa, hemos considerado conveniente realizar un estudio directo de las piezas, que es a nuestro entender la única forma de obtener resultados objetivos sobre la morfología de los distintos elementos que forman parte de las armas. Sin el examen directo, nos veríamos obligados a trabajar con los dibujos o fotos publicados, lo que en la mayoría de los casos implicaría la pérdida de información imprescindible. Así, por ejemplo, las espadas o moharras dobladas ritualmente, suelen aparecer en la bibliografía vistas sólo de perfil o de una sola cara, a veces muy poco apreciable a causa del entorpecimiento de los propios pliegues realizados en el arma⁹⁶. Otras veces, el efecto de las publicaciones sobre dibujos basados en fotos provoca imprecisiones en las escalas que dificultan la comparación con otras armas de los mismos tipos⁹⁷. Normalmente, tampoco se publican bases de datos con las medidas exactas de estas armas, o, cuando lo hacen, se limitan a los datos básicos (longitud total y anchura máxima). Siendo así, resulta francamente difícil establecer una tipología útil a partir sólo de los datos publicados, que alcanzan a lo sumo para realizar una tipología más elemental basada en sus aspectos evolutivos generales⁹⁸.

⁹⁵ J.A. Faro, *com. pers.*

⁹⁶ *P.e.*, y sin ser exhaustivos, en las seps. 1, 4 o 61 de Numancia (Jimeno *et alii*, 2004: Figs. 27a,2; 30,3 y 65a,4), en Ucero (Perez Casas, 1988: 121), seps. 9 y 14 Osma (Fuentes Mascarell, 2004: Figs. 10,1; 16,1; 33 y 35) o La Peladilla (Martínez García, 1988: Fig. 10), todas con muchos pliegues. También muy abundantes son los ejemplos con pliegues simples o vistas en perfil: Osma, sep. 18 y 20 (Fuentes Mascarell, 2004: Figs. 23,1-24,1; 27,1), La Osera sep. 364 y 479 y Arcóbriga seps. M y L (Lenerz, 1991: lám. 38,85a y 45,93; 217,838c; 218,839b), La Revilla (Ortego, 1983: lám. III), y un largo etcétera.

⁹⁷ En general así en la mayoría de las láminas de Schüle, 1969, Lenerz, 1991 y Stary, 1994; estos dos últimos adoptando una parte importante de sus corpus de láminas del primero.

⁹⁸ Así lo demuestra el estudio tipológico de Fernando Quesada para las armas con influencia La Tène (Quesada, 1997: 254-259, 399-406, 428, 538-541 y 556-560), de indiscutible utilidad para conocer

El origen de nuestro catálogo sobre armas de influencia La Tène está en el que realizara hace ya algo más de una década Fernando Quesada para su estudio sobre el armamento ibérico (Quesada, 1997). Este, que es el más completo catálogo publicado hasta la fecha, se realizó en el marco de un trabajo mucho más amplio, y por tanto dejando suficiente espacio para poder trabajar más a fondo sobre estas piezas, ampliando mediante la incorporación de materiales hallados posteriormente a la publicación o recuperados inesperadamente de los fondos de museos. Partiendo de este catálogo, Quesada propuso una serie de tipologías para cada una de las armas que van a constituir también nuestro punto de partida sobre la evolución de las distintas panoplias con elementos La Tène en el territorio peninsular. Lo que vamos a hacer aquí es dar un paso más adelante de lo ya iniciado por este autor, quien ya cuando publicó el citado trabajo consideró que su obra *“lejos de cerrar una etapa, no hace sino entreabrir toda una línea de investigación futura plena de ramificaciones...”* (Quesada, 1997: 13).

De este modo, hemos partido para proyectar nuestro plan de consulta directa a los museos, de su relación de espadas La Tène, umbos de aletas y circulares, moharras de los tipos 4b y 7 (que son las que pudieron tener ascendencia La Tène),⁹⁹ regatones con espiga y cascos célticos.¹⁰⁰ Al catálogo de Quesada se han añadido algunas piezas aparecidas en bibliografía posterior a la redacción de su trabajo sobre el armamento ibérico,¹⁰¹ procedentes principalmente de los trabajos de Peter Stary (Stary, 1994) y Majolie Lenerz de Wilde (Lenerz, 1991) sobre el armamento y las formas de guerra en la Edad del Hierro peninsular y sobre la cultura céltica del mismo territorio respectivamente, además de otras que, como hemos dicho, han ido apareciendo con posterioridad o han surgido de entre los materiales almacenados en distintos museos.

Para la elaboración de un catálogo propio partiendo del de Quesada, se han visitado cerca de cuarenta museos además de dos colecciones privadas, y se ha seguido un método de registro basado en dos pilares fundamentales: el dibujo y la base de datos.

algunos aspectos básicos, como la evolución en el sistema de suspensión de las espadas, su transición a modelos romanos, o la diferenciación de tradiciones celta y romana o púnica para los umbos, pero que no alcanza, por los motivos expuestos más abajo, a definir variantes susceptibles de su uso cronológico concreto en estos grupos.

⁹⁹ Al menos algunos de los ejemplares de estos tipos (Quesada, 1997: 399 y 404).

¹⁰⁰ Entiéndase aquí lo céltico como propio de las culturas célticas externas a la Península Ibérica, y por lo tanto no incluyendo otros cascos celtibéricos cuya relación con el mundo La Tène es nula.

¹⁰¹ *Cfr.* Quesada, 1997: 12, quien indica las dificultades logísticas de la inclusión de ciertos trabajos en aquel momento recientes (Stary, 1994; Lorrio, 1993 y 1994) en su propia obra.

El **dibujo** es parte esencial en este trabajo¹⁰². Se ha tratado de dibujar todas las piezas conocidas de la Península Ibérica, y sólo en caso de no haber sido halladas estas, se ha recurrido al concurso de los dibujos publicados con anterioridad. Para realizar el dibujo de las armas con las mayores garantías de rendimiento, se ha procurado, amén de conocer los detalles característicos de cada arma que había que buscar entre los pliegues o el óxido de algunas piezas, seguir tres pasos metodológicos: el dibujo a lápiz, su informatización y la restitución virtual del posible aspecto original de estas armas en los casos necesarios.

El dibujo a lápiz en los museos es parte imprescindible del proceso, y en su realización hay que tener en cuenta las particularidades morfológicas y los obstáculos metodológicos implícitos en las distintas armas:

Así, por ejemplo, y sobre todo entre las espadas, pero también en algunas vainas y moharras, es frecuente encontrarlas inutilizadas producto de su tratamiento ritual en el momento de su deposición en las tumbas (en todo el territorio peninsular) o en su exposición como trofeo (en los poblados nororientales). Ya hemos dicho anteriormente que dichos pliegues dificultan la lectura comparativa entre diversos ejemplares de los mismos tipos de arma, de modo que, ya en el dibujo a lápiz, hemos tratado de pasar por alto estos obstáculos y representar dichas armas “en despliegue”. Este proceso resulta especialmente complicado en algunas armas muy enrolladas, y algo más sencillo en las que fueron objeto de un pliegue simple. La representación de las espadas, vainas o moharras en despliegue no es ninguna novedad metodológica, sino que ya fue utilizada desde la precoz fecha de los años treinta por algunos de los pioneros en la documentación arqueológica ordenada de este país¹⁰³, o en general en fechas más recientes para el armamento La Tène¹⁰⁴. El sistema utilizado para el dibujo original no es difícil, pero hay que dedicarle mucho más tiempo que el requerido para dibujar una pieza recta. Para dibujar una espada doblada, por ejemplo, hemos recurrido al uso de cintas métricas flexibles no rígidas para medir la longitud total de la pieza. A partir de esta medida, creamos un eje longitudinal en un papel milimetrado que previamente hemos conseguido mediante la unión de dos papeles DIN-A3. Una vez creado este eje,

¹⁰² Está perfectamente demostrado que el uso de la fotografía para mostrar detalles de las armas es muy poco eficaz comparado con las posibilidades que ofrece el dibujo (Lejars, 2003: 14).

¹⁰³ Por ejemplo, Taracena, 1932: 7-8; Cabré, 1930: lám. XII. También más adelante, en algunas armas de Gormaz representadas en Schüle, 1969: láms. 32, 33 o 37.

¹⁰⁴ Brunaux y Rapin, 1988; Lejars, 1994; Vitali, 2003: II, 259-280... En fechas antiguas, sin embargo, se llegó a recurrir al despliegue de las mismas armas en vez de sus reconstrucciones gráficas (por ejemplo en el depósito de Tiefenau (Berna) (Rapin, 1993: 295; Müller, 1990), o en el de La Tène (Müller, 1992: 325)), lo que constituye un verdadero “atentado” metodológico.

se trata sencillamente de ir tomando medidas de la anchura de las distintas partes de la espada a intervalos no fijos, sino marcados por las necesidades de su morfología o estado de conservación. En el dibujo así realizado, marcamos mediante flechas verticales el inicio o final de un pliegue. Con flechas horizontales señalamos también otros indicios de inutilización, como el mellado de los filos.

Además de su forma en despliegue, hemos representado también el perfil de la pieza¹⁰⁵ para una posible discusión sobre la evolución de las distintas formas de doblar las armas o sus peculiaridades regionales. Cuando existen vainas enterizas, las hemos representado como es lógico en sus dos caras, anverso y reverso, puesto que ambas pueden ofrecer indicios importantes para su clasificación tipológica¹⁰⁶. En el caso de los umbos de escudo, de forma análoga, también han sido representados, en contra de lo habitual, teniendo en cuenta el reverso, puesto que en este suelen conservarse restos de la manilla, que también pretendemos estudiar. En cuanto a las moharras, se han dibujado y consultado en principio sólo las catalogadas por Fernando Quesada como tipos 4b y 7, a los que hemos ido añadiendo otras piezas presuntamente emparentadas con la ayuda de los dibujos publicados. Muchos de estos han sido finalmente descartados de nuestro catálogo¹⁰⁷. Para estudiar y mostrar los detalles de los cascos, hemos preferido dibujar las vistas laterales y la trasera, entendiendo que la delantera no aporta información adicional y las interiores y superiores pueden suplirse mediante la inclusión de secciones cuando se crea necesario.

El segundo paso para la realización del dibujo es su informatización. Este proceso permite, a la vez que se entinta el dibujo, el contraste de unas armas con otras mediante su representación conjunta a la misma escala. Para las piezas más alteradas en su conservación, es necesario recurrir a su restitución virtual, añadiendo las partes perdidas o proponiendo una forma teórica que pueda explicar gráficamente cómo debió ser inicialmente. Piezas como las que conforman el lote de La Azucarera (Alfaro), no habrían servido de mucho sin una restitución ideal uniendo los múltiples fragmentos que han sobrevivido. De todas formas, y teniendo en cuenta las ventajas obtenidas con el uso de esta metodología de dibujo, es de lamentar no haber contado con el apoyo de

¹⁰⁵ Aunque en otros lugares hemos descartado este detalle (García Jiménez, 2006: 235-260), hemos creído oportuno emplearlo en este caso, ya que fuera del noreste peninsular es frecuente el pliegue doble o múltiple de las espadas.

¹⁰⁶ *Vide* García Jiménez, 2006: 27.

¹⁰⁷ *Vide* apéndice 1.

radiografías de algunas piezas, en especial espadas o vainas, con las que fundamentar una restitución de las formas originales más objetiva. **(Fig. 3)**

El otro pilar metodológico fundamental para este trabajo es el de la realización de **bases de datos** para las distintas armas. Hemos diseñado una ficha técnica general idéntica para el conjunto de las armas, que tiene en cuenta los aspectos fundamentales en la identificación de las mismas: números de inventario, yacimiento, contexto de hallazgo, cronología, bibliografía básica, etc...¹⁰⁸, y otras bases de datos, particulares para cada tipo de arma, que muestran la información morfológica básica; es decir, principalmente sus características y medidas. Para catalogar las armas, se ha seguido una numeración simple teniendo en cuenta espacios vacíos para el añadido futuro de piezas que puedan ir apareciendo. Así, por ejemplo, para las espadas de tipo La Tène del noreste, se ha seguido la numeración antigua publicada en nuestro estudio previo sobre este material (García Jiménez, 2006) y que terminaba con el número 89. El resto de espadas, que pertenece a tradiciones distintas, se ha numerado a partir del 1000, los umbos y otros elementos de escudo del 2000 en adelante, las moharras a partir del 3000, regatones con espiga 4000 y cascos 5000. Aparte de estas bases de datos específicas, se ha realizado una última base de datos para las panoplias, que ha recibido una numeración corriente del 1 al infinito. Esta última base de datos está destinada a observar las asociaciones de las distintas armas de influencia La Tène entre sí y con otro tipo de armas de las panoplias regionales.

La realización de catálogos con bases de datos constituye un doble interés científico, puesto que a la vez que se realiza el estudio tipológico apoyándose en los aspectos morfológicos de las armas y, en ocasiones, en sus medidas, los datos quedan ordenados y se muestran de forma explícita, listos para cualquier consulta particular sobre una pieza u otra que pueda surgir en el futuro. En cuanto al uso tipológico de estas, aunque es indiscutible y quedará suficientemente demostrado en este trabajo, es mayor cuanto mayor es el número de elementos a contrastar. Por ejemplo, es más útil en las espadas, vainas, umbos y moharras que en los regatones o cascos, que cuentan con muy pocos ejemplares que comparar.

¹⁰⁸ Vide apéndice 2.2 (catálogo).

Sin duda alguna, esta primera fase de catalogación es la que ha supuesto más trabajo, y aunque el esfuerzo no es del todo visible (han hecho falta años de trabajo en gestiones, visitas a museos y procesamiento de los datos), la exhaustividad en la recogida de datos tiene su recompensa inmediata en cuanto se empieza a contrastar unas armas con otras y con aquellas que las influenciaron.

Una vez catalogado todo el material, resta **proponer tipologías** que expliquen la evolución regional y tecnológica de las distintas armas y sus panoplias más habituales. Aunque ya existe una tipología para las armas La Tène peninsulares en el ya mencionado trabajo de Fernando Quesada, las propuestas que vamos a presentar aquí procurarán una atención más específica a los distintos territorios. No hay que olvidar que las tipologías de Quesada no contaron con la ayuda de dibujos propios sobre las distintas armas, cosa que habría resultado imposible en un trabajo tan extenso, que cuenta con más de 6.000 entradas en su catálogo sobre el armamento ibérico¹⁰⁹. En nuestro caso, el concurso del dibujo es lo que nos va a permitir afinar algo más dentro de la evolución general propuesta por Quesada.

Como ya hemos expuesto anteriormente cuando hablábamos del planteamiento metodológico, para justificar los límites cronológicos y espaciales de los tipos y panoplias, contaremos con el concurso de los materiales La Tène “originales”. Lo realizado hasta este punto es ya de por sí un resultado muy satisfactorio, y teniendo en cuenta el carácter fundamentalmente analítico de este trabajo, será necesario para ello ocupar la mayor parte de esta obra.

A partir de entonces, el método que seguiremos es menos taxonómico y más historiográfico, en el sentido que va a suponer un grado más de abstracción para poder encajar los resultados obtenidos a partir de los análisis tipológicos con la realidad social y cultural de los distintos pueblos protohistóricos peninsulares. Para ello, bastará con el uso razonable y equilibrado de la bibliografía y los modelos teóricos basados en el planteamiento de hipótesis y la contrastación de las mismas.

¹⁰⁹ Quesada, 1997: 811

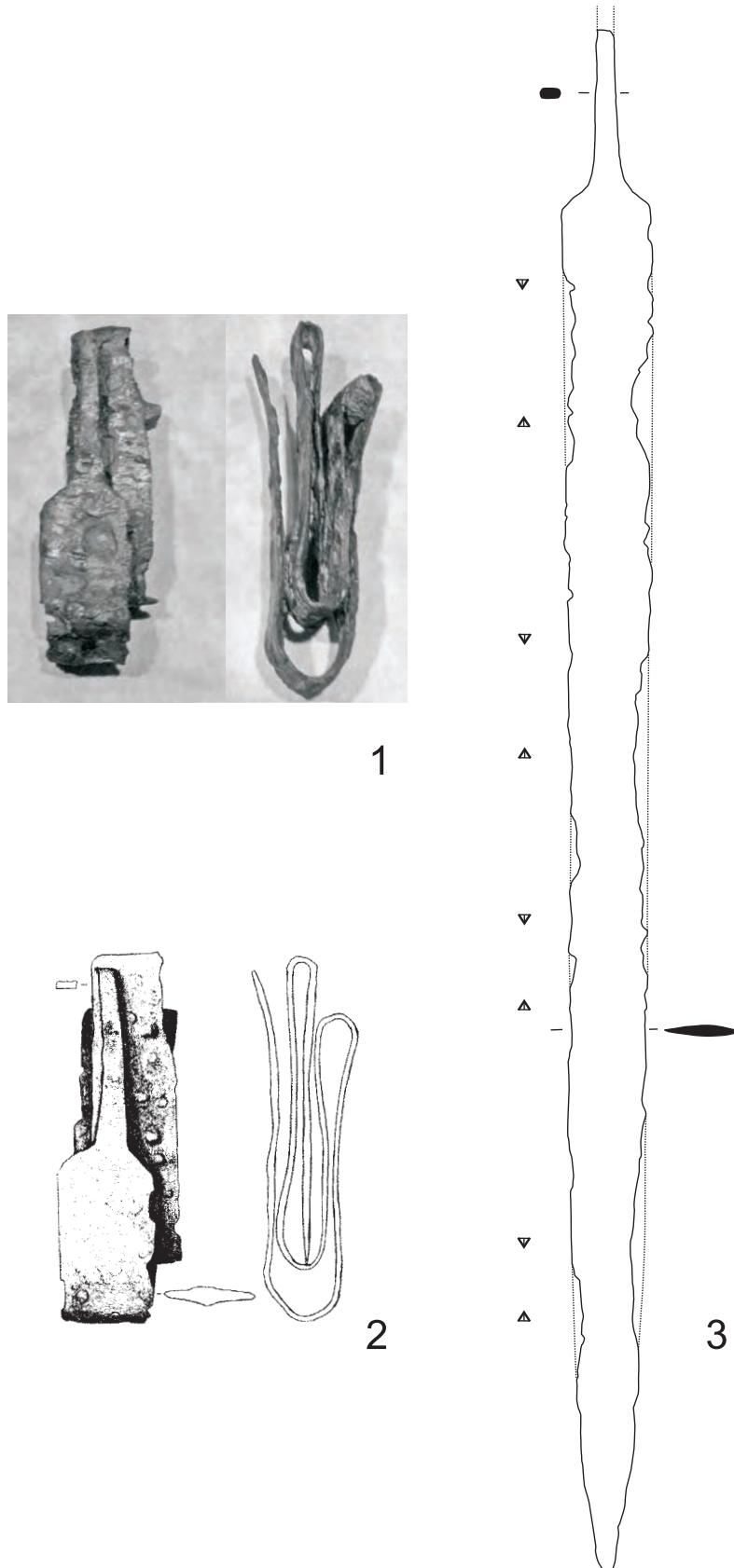


Fig. 3: Para el estudio del material, la fotografía (1) es muy poco útil comparada con el dibujo, debido a los problemas de perspectiva que conlleva. La máxima información se obtiene con el dibujo en despliegue (3). Sep. 1 de Numancia, en el Museo Numantino de Soria. 2: según Jimeno *et alii*, 2004: Fig. 27a2.

I.C. MARCO GEOGRÁFICO Y CRONOLÓGICO

I.C.1: Marco geográfico

Para encuadrar este trabajo, hemos escogido el territorio de la Península Ibérica en su conjunto con la intención de esclarecer las distintas formas en las que fue aceptado y transformado el armamento La Tène por las culturas que allí estuvieron establecidas.

Somos plenamente conscientes de que el marco geográfico escogido es muy amplio y diverso, pero creemos que es preferible abarcar una superficie extensa, con unas fronteras culturales bien delimitadas respecto a los territorios originarios de la cultura La Tène¹¹⁰, que limitar el trabajo a espacios geográficos menores arriesgándonos a ofrecer una lectura parcial de los datos, puesto que ello nos habría obligado a resolver aspectos sólo inducibles a partir de su relación con otros territorios vecinos. Así, por ejemplo, si reducimos nuestro estudio al armamento La Tène de la Celtiberia, nos vemos obligados a rastrear las huellas de su difusión a otros territorios durante su supuesta “celtiberización” (Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005:192-193), o a preguntarnos sobre la procedencia romana o autóctona de ciertas piezas, como los umbos de La Azucarera¹¹¹, lo que a su vez nos llevaría a compararlos con los ejemplares de otras zonas.

El uso de un marco más reducido nos parece apto para algunas zonas según su enfoque, siempre que estas cuenten con peculiaridades que la hagan única respecto a otros territorios. Por este motivo, la zona del noreste peninsular, que, como veremos a continuación, cuenta con un desarrollo propio del armamento La Tène, fue escogida para estudiar las espadas de esta tradición en lo que fuere nuestro trabajo de DEA. Sin embargo, y aunque el estudio confirmó el carácter exclusivo de estas espadas, tal marco geográfico nos parece válido para las exigencias de un DEA, pero algo exiguo para lo que creemos que debe ser una Tesis Doctoral. Asimismo, si hubiéramos escogido el noreste peninsular para tratar la totalidad del armamento La Tène en vez de sólo sus espadas, el resultado proporcional de piezas recogidas y conclusiones logradas habría sido como mucho equivalente a lo alcanzado en el DEA, y no mucho más, que es lo

¹¹⁰ A excepción del noreste peninsular, con grandes afinidades al otro lado de los Pirineos con el territorio suroriental de Francia (Ropiot y Mazière, 2007).

¹¹¹ Entendiendo aquí la Celtiberia en su sentido lato, incluyendo el área conocida como Celtiberia Citerior (Lorrio, 1997: 257; Burillo, 1998:178-182 y 332).

aceptable para una Tesis Doctoral. Ello a su vez nos hubiera planteado problemas de conexión con otros territorios como los que referíamos antes, como por ejemplo en la relación del tipo VII de espadas del noreste con prototipos celtibéricos (García Jiménez, 2006: 164-167).

Asumiendo, pues, la tarea de realizar este trabajo en un marco geográfico tan vasto y complejo como el de la Península Ibérica, nos vemos obligados a trabajar con una muestra armamentística muy amplia, pero en absoluto inalcanzable. Una de las ventajas del territorio escogido es que, a diferencia de otras zonas, en la Península Ibérica no contamos con grandes santuarios como los del norte de Francia o Suiza que hubieran elevado el número de armas a analizar hasta extremos difícilmente abordables.

En el estudio del armamento La Tène, no es por el momento frecuente realizar análisis completos para un territorio tan amplio. Algunas excepciones, como las de Ian Stead en Gran Bretaña (Stead, 2005), refieren sólo a las espadas y no a otras armas La Tène, y son fruto de la acumulación de datos durante muchos años de trabajo¹¹². Otros esfuerzos similares, como los de Anna Dore para Italia (Dore, 1995) o R. Boudet (Boudet, 1994) para el suroeste de Francia, se limitan por ahora a inventarios y no han sido desarrollados por completo.

Sin embargo, y a diferencia de la mayoría de los territorios periféricos del armamento La Tène, en la Península Ibérica contamos con claras ventajas en el conocimiento genérico de sus panoplias autóctonas (Stary, 1994; Quesada, 1997; Lorrio, 1993; Sanz, 2002), lo que a su vez es de inestimable ayuda para conocer la presencia de las armas de influencia La Tène entre estas.

En el mapa de la **Fig. 4** se refleja un resumen de los yacimientos estudiados y no descartados con material de influencia La Tène. A primera vista, es evidente la gran densidad de hallazgos en el noreste y la Celtiberia, aunque un examen más detallado nos revela una mayor variedad de armas en el noreste, mientras que en el caso de la Celtiberia los hallazgos se reducen prácticamente a las espadas. Otro núcleo de importancia parece situarse en el sureste, aunque centrado en unos pocos yacimientos (Cabecico, Cigarralejo y Villaricos principalmente). El resto de los hallazgos aparecen dispersos, la mayoría de ellos al sur o suroeste, mientras que la ausencia de hallazgos es notable en la Meseta Sur y todo el norte-noroeste peninsular. Para interpretar estos

¹¹² Este autor menciona su recopilación “*whenever the opportunity arose*”, y como parte de un proyecto concebido desde su inicio como de largo plazo (*Ibid.*: 2).

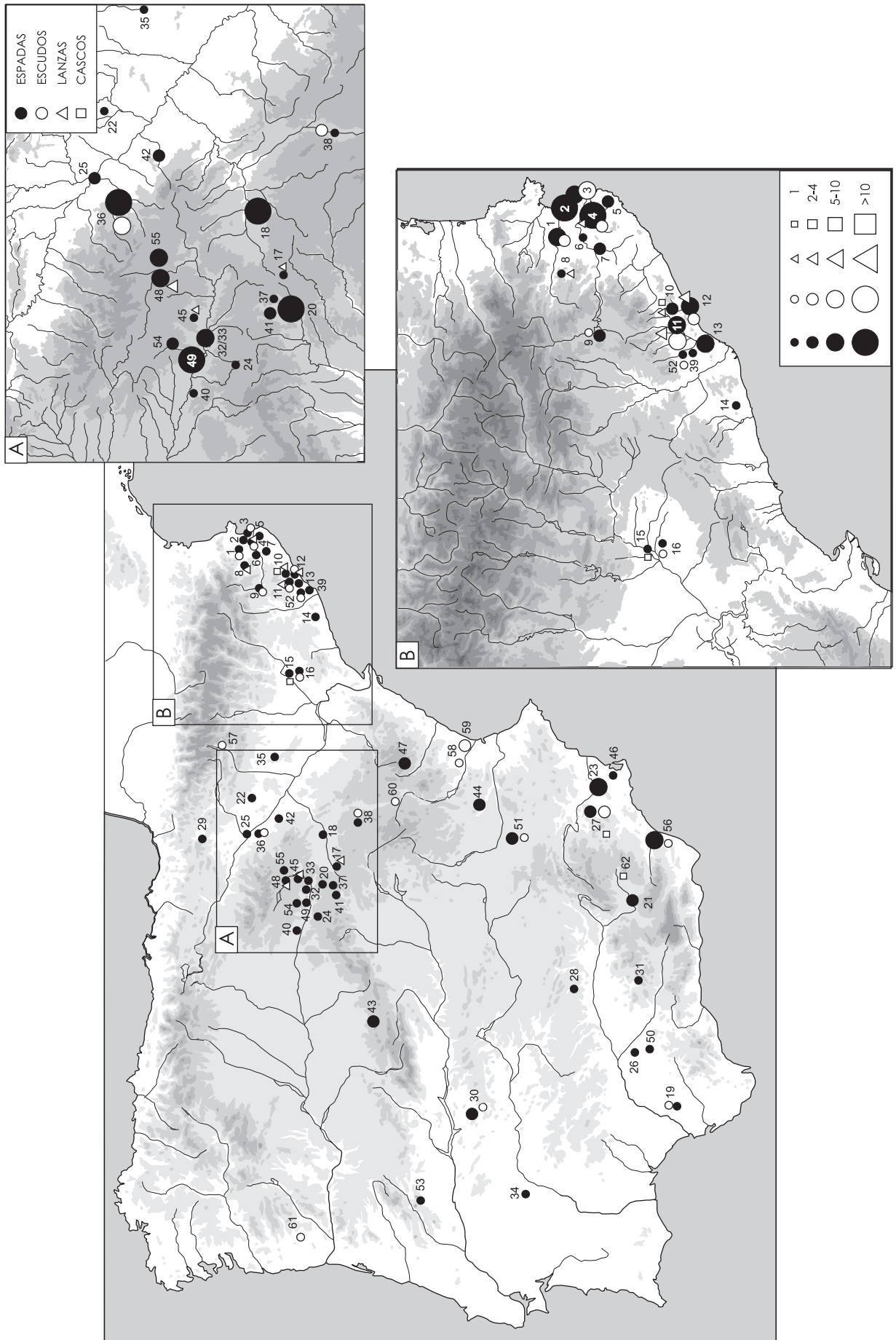


Fig. 4: Dispersión diacrónica de las armas de influencia La Tène en la Península Ibérica. 1: Mas Castellar; 2: Neápolis de Ampurias; 3: Necrópolis de Ampurias; 4: Puig de Sant Andreu; 5: Illa d'en Reixach; 6: La Creueta; 7: Sant Julià de Ramis; 8: Mas Castell de Porqueres; 9: L'Esquerda; 10: Burriac y silos de Can Miralles; 11: Turó dels Dos Pins; 12: Can Rodon de l'Hort; 13: Puig Castellar; 14: Molí del Rovira; 15: La Pedrera; 16: Tossal de les Tenalles; 17: Aguilar de Anguita; 18: Arcóbriga; 19: Arcos de la Frontera; 20: Atance; 21: Baza; 22: El Busal; 23: Cabecico del Tesoro; 24: Carratiermes; 25: Castillo de Castejón; 26: Cerro de las Balas; 27: Cigarralejo; 28: Despeñaperros; 29: Echauri; 30: El Romazal; 31: Fuente Tójar; 32: Quintanas de Gormaz; 33: La Requijada de Gormaz; 34: Herdade das Casas; 35: Huesca; 36: La Azucarera; 37: Tesoro de Carabias; 38: La Caridad; 39: Can Xercavins; 40: Langa de Duero; 41: La Olmeda; 42: La Oruña; 43: La Osera; 44: La Peladilla; 45: La Revilla; 46: Los Nietos; 47: Mas de Barberán; 48: Numancia; 49: Osma; 50: Osuna; 51: Pozo Moro; 52: Turó de Ca n'Oliver; 53: Tapada das Argolas; 54: Ucero; 55: Renieblas; 56: Villaricos; 57: Castilsabás; 58: Sant Miquel de Lliria; 59: La Almoína; 60: Alto Chacón; 61: Alvarelhos; 62: Galera.

vacíos, es necesario ser cauto, puesto que a menudo reflejan más bien la ausencia de armas debida al sesgo funerario que una ausencia real del uso de dicho armamento. En dicho sentido advertía A. Rapin (Rapin, 2004: *passim*) de la peligrosidad del uso de estos mapas de dispersión, al observar por ejemplo la ausencia de armas en las necrópolis de la Picardie, un territorio donde las armas se cuentan a millares en los santuarios¹¹³. Algo semejante podría haber ocurrido en algunas áreas del territorio peninsular, como por ejemplo en Cataluña. A excepción de este territorio, el mapa representado en la **fig. 4** dibuja un panorama principalmente funerario: un porcentaje del 72% de los yacimientos fuera del territorio del noreste proceden de hallazgos en necrópolis o tumbas aisladas, mientras que el porcentaje se reduce al 57% si incorporamos el territorio nororiental a la ecuación. Este hecho nos parece muy significativo, puesto que si en el área catalana no hubiera sido habitual la práctica de ritos de exposición de trofeos con panoplias, este territorio sólo habría sido representado con tres puntos en el mapa, lo que nos habría desprovisto de la mayoría de la información disponible sobre estas armas y nos habría hecho dudar, por ejemplo, de su uso en el territorio *indikete*, donde la escasez de necrópolis es muy notable. Siguiendo el hilo de esta argumentación, ¿los vacíos representados en el mapa, son vacíos reales o representan más bien distintas selecciones en la representatividad de los ajueres funerarios?

Lamentablemente, no hay una respuesta única a tal pregunta, pero si contáramos con un mapa general del panorama funerario de la Segunda Edad del Hierro peninsular y otro con las necrópolis con armas, podríamos interpretar al menos qué territorios fueron potencialmente portadores de este tipo de armamento y cuáles no. En todo caso, y a

¹¹³ *Ibid.*: 27

falta de datos concluyentes para estos territorios, sí podemos centrarnos en aquellos que tienen panoplias conocidas para apuntar, discretamente por ahora, los territorios que más explotaron la panoplia La Tène, los que la manejaron sólo marginalmente y los que al parecer la descartaron totalmente.

Antes de proceder a la presentación por separado de algunos de estos territorios, hay que advertir que el mapa representado es un mapa diacrónico, y en él aparecen mezclados materiales que pueden pertenecer a todo el espectro cronológico abarcado (algo más de 400 años), con lo que forzosamente se pueden inducir errores del análisis no contrastado del mismo. Sin embargo, y como lo que pretendemos aquí es dar una idea previa de las especificidades del territorio que pretendemos estudiar, valga esta primera aproximación hasta que, más adelante y cuando ya se haya presentado el material en conjunto, podamos dedicarnos a su examen detallado.

El noreste peninsular

El territorio nororiental de la Península Ibérica es probablemente el único en el que podemos hablar de la adopción de una panoplia La Tène completa. Paradójicamente, este es un territorio ibérico y no céltico¹¹⁴, lo que sin duda es un indicio más de la capacidad de adaptación de las armas La Tène. Aunque la presencia de este tipo de armas en esta área geográfica es ya conocida desde hace tiempo¹¹⁵, corresponde a Fernando Quesada la definición de su panoplia como una panoplia enteramente La Tène desde el siglo IV a.C., con todos sus componentes (Quesada, 1997: 249 y 623-624; 2002: 48-49 y 2005: *passim*), cascos y lanzas incluidos, además de las ya conocidas espadas y umbos para escudos ovales. De hecho, podríamos hablar de una continuidad en las panoplias del noreste peninsular con las de los pueblos ibéricos del sureste de Francia, incluso perceptible en la ambigüedad de las armas de asta, que a veces sí responden a prototipos latenenses pero que a menudo derivan de prototipos ibéricos¹¹⁶.

Pese a esta continuidad, hemos decidido no incluir en este estudio el área geográfica ibérica extrapeninsular por dos razones: la primera, porque los hallazgos de dicho

¹¹⁴ Tal como reflejan la mayoría de elementos de la cultura material, la lengua y otros muchos indicios (Sanmartí, 1994: 336 y *supra*, I.A.1.).

¹¹⁵ Rubio, 1888: 699-712; Sandars, 1913: 55-58; Ferrer y Giró, 1943: 204-205; Barberà, 1969-70; Lenerz, 1991: 78-85; Sanmartí, 1994: 336-342.

¹¹⁶ Este fenómeno es bien perceptible en las moharras de la necrópolis de Ensérune (Hérault), con ambos tipos de registro entre sus ajuares (Schwaller *et alii*, 2001: 178 y figs. 6 y 7; sepulturas 13 e IB.29). En cuanto a los regatones con espiga, no son muy abundantes en esta necrópolis, pero están por el momento prácticamente en Cataluña (*vide infra*, V.C.2).

territorio se reducen básicamente a los de la necrópolis de Ensérune (Herauld), y aunque esta es una de las necrópolis más importantes en cuanto a números de panoplias La Tène documentados, se encuentra en curso de estudio por parte de un equipo francés y va a ser objeto de una próxima publicación; la segunda, porque de los estudios previos a uno y otro lado del Pirineo (Rapin y Schwaller, 1987; Schwaller *et alii*, 2001; Rapin, 2008: 251-254; García Jiménez, 2006) muestran diferencias en las producciones locales de las espadas en todo el recorrido cronológico que abarcan, lo que nos permite trabajar con talleres o tradiciones distintas, suponemos que también extensibles a otras armas, pese al repetido contacto entre ambos territorios.

El sureste peninsular

La zona del sureste peninsular y Alta Andalucía forman un territorio homogéneo en cuanto a su panoplia, que podría definirse, según Fernando Quesada, como la “panoplia ibérica típica”, basada en falcatas o espadas de frontón, lanzas con nervio, jabalinas y *caetras* (Quesada, 1997: 622-623) (**Fig. 5**). Sin embargo, y aunque su presencia es limitada, se constatan una serie de elementos de influencia La Tène que incluyen todos los elementos de la panoplia, incluyendo umbos, y algún caso excepcional de cascos y moharras. Es evidente que este tipo de aportes resultan numéricamente muy minoritarios y que muy probablemente no llegaron a alterar la panoplia “tipo” más que en casos aislados que podrían calificarse de exóticos, puesto que aparecen generalmente en elementos concretos pero no formando panoplias “La Tène” completas. Por ejemplo, frente a las cerca de 600 falcatas documentadas en esta región en 1997¹¹⁷, sólo 21 espadas podrían catalogarse con seguridad como de influencia La Tène, y con ello referimos solamente al tipo de arma más frecuente en estas regiones. En cuanto al uso de *caetra*/escudo oval, aunque la posible fabricación de estos últimos sin elementos metálicos pudo ayudar a diluir su presencia arqueológica¹¹⁸, es muy probable que representara proporciones idénticas o incluso inferiores a las de las espadas La Tène respecto a las falcatas.

En lo referente al origen de estos aportes de influencia La Tène, se ha tendido recientemente a descartar la idea de la procedencia meseteña de las espadas a favor de la

¹¹⁷ Según datos procedentes del catálogo de Quesada, 1997: 767-778 para las regiones 1, 2, 3 y 4, incluyendo en este grupo el yacimiento de Villaricos, que pertenece a su región 5.

¹¹⁸ *Vide supra*, I.B.

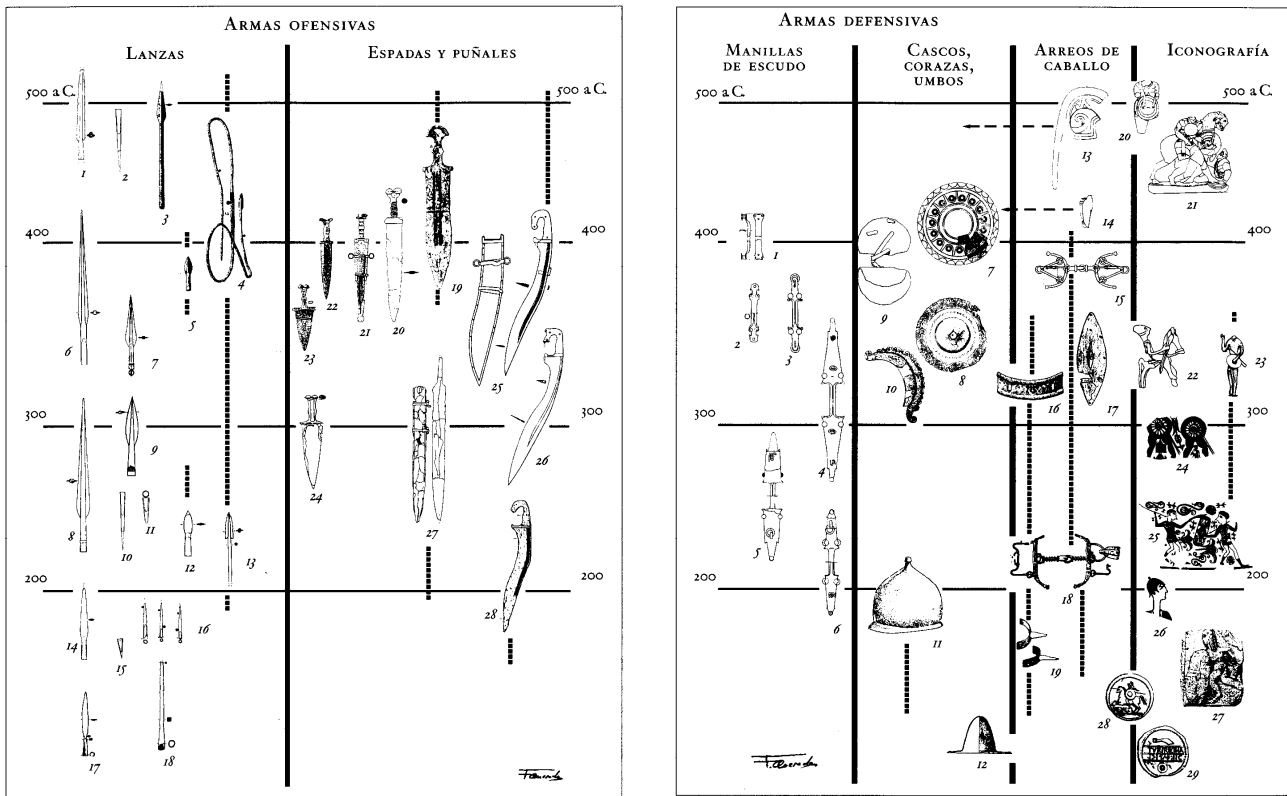


Fig. 5: Evolución tipológica de las armas ibéricas en el Sureste y Andalucía, según Quesada, 2002b: Fig. 5.

vía mediterránea, sea desde el área catalana o desde otras zonas ajenas a la Península (Quesada, 1990: 234). Otras armas, como los escudos ovales con umbo bivalvo, se explicarían también por la influencia del mercenariado en estos territorios (Quesada, 2004: 79; Rapin, 2001b: 293) antes de su generalización, ya con otro tipo de umbos, durante la ocupación púnica y romana (Quesada, 2004:74-84). El posible influjo del mercenariado como vía de difusión de algunos de estos patrones minoritarios en esta zona, abre uno de los principales interrogantes que van a surgir del estudio de la panoplia La Tène en el sureste peninsular: ¿son estos patrones siempre procedentes de importación, o pueden explicarse, como parece desprenderse de algunos detalles en las alteraciones de las vainas, mediante la producción propia de los mismos? Intentaremos resolver esta cuestión una vez hayamos explicitado la problemática de estas armas concretas detenidamente. Lo que sí parece claro, y eso adelantamos ya, es que como mínimo sí hubo algún aporte meseteño, aunque proporcionalmente equilibrado respecto a los de otras vías¹¹⁹.

¹¹⁹ Vide infra, VIII.D.

Volviendo al mapa de la **fig. 4**, parece que la concentración de hallazgos se centra en los yacimientos de Murcia y en Villaricos (provincia de Almería), mientras que son muy inferiores en la Alta Andalucía y las regiones al norte del Segura, donde por otra parte hay gran cantidad de necrópolis con armas excavadas. Habrá que ver, pues, hasta qué punto la presencia de armamento La Tène en estos territorios periféricos al área murciana tienen un comportamiento aparte en cuanto a la asimilación de estas influencias.

La Celtiberia y el Valle Medio del Ebro

Este es otro de los territorios más prolíficos en el hallazgo de armamento La Tène. En realidad, y aunque se trata de dos regiones distintas, existen comportamientos paralelos (especialmente en el margen derecho del Ebro con la Celtiberia histórica) en los aportes armamentísticos y otras influencias culturales ya desde época precoz (Royo, 1990: *passim*), lo que se concreta, en el caso que nos ocupa, en la presencia de espadas y el rechazo práctico de otros elementos de la panoplia La Tène, con contadas excepciones.

La panoplia celtibérica es bien conocida por la arqueología actual. Diodoro (V. 33.3) la definía como sigue: *“En cuanto a las armas, algunos celtiberos van pertrechados con escudos ligeros como los de los galos, y otros con unos escudos convexos redondos que tienen el tamaño de una aspís; en torno a las piernas envuelven grebas de pelo, y en sus cabezas se ponen yelmos de bronce adornados con penachos purpúreos. Llevan espadas de doble filo hechas de un excelente hierro, y tienen puñales de un palmo de largo, de los que se sirven en los combates cuerpo a cuerpo”*¹²⁰; con seguridad refiriendo a una fase avanzada de dicha panoplia. La presencia de escudos ovales “como los de los galos” no está bien constatada por la arqueología ni por la iconografía (Lorrio, 1997: 194), y es probable que se deba a una introducción tardía fruto de la influencia púnica o romana y sus ejércitos. Las espadas a las que refiere Posidonio (a través de Diodoro) son probablemente espadas La Tène, aunque quizás también refieran a algunos modelos de espada con empuñadura de antenas, como los tipos V y VI de Quesada, también conocidos como tipos “Atance” y “Arcóbriga”. Nótese que, a diferencia de la cita concerniente a los escudos, no se refiere a las espadas comparándolas con las galas, lo que probablemente apunte hacia los modelos de

¹²⁰ En una de las escasísimas referencias a la panoplia celtibérica entre las fuentes clásicas.

antenas, o quizás mejor a una clara distinción de las espadas de influencia La Tène frente a sus contemporáneas galas, lo que sin duda es verosímil teniendo en cuenta el fuerte conservadurismo de las espadas celtibéricas comparado con el constante desarrollo de las galas.

Si para el caso del sureste peninsular hablábamos de una panoplia plenamente ibérica, en este caso la panoplia tipo es otra muy distinta en sus elementos, aunque parecida funcionalmente. En la panoplia celtibérica, las espadas La Tène juegan un papel secundario hasta el siglo III a.C., pero llega a ser prácticamente el tipo exclusivo de espada durante el siglo II a.C., conviviendo casi únicamente con el puñal biglobular como arma secundaria para el cuerpo a cuerpo¹²¹. Es en este momento de desarrollo cuando esta espada alcanzó presuntamente a influir en la creación y difusión del *gladius hispaniensis* romano¹²².

Es, pues, en esta región donde se acumulan los yacimientos con más espadas: salvo quizás en el Puig de Sant Andreu (Ullastret), no hay otros lugares en la Península donde se concentren tantos ejemplares por yacimiento, llegando a sumar más de 50 espadas en Arcóbriga, toda una cifra récord (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 311).

El sector del valle medio del Ebro, por su parte, resulta de gran interés por la fuerte presencia de ejemplares tardíos, de la época de mayor esplendor de estas espadas en la Celtiberia, pero especialmente por sus hallazgos relativos a las fases iniciales de influencia de estas en el substrato autóctono, como las de Castejón, Huesca, Echauri o El Busal.

En síntesis, pues, creemos que, pese al sesgo material que reduce los elementos empleados de la panoplia La Tène a las espadas, el foco celtibérico es uno de los más importantes no sólo por el volumen de material recogido, sino también porque es este foco el que explica la aparición de algunas espadas en otros territorios mediante un proceso de expansión cultural (y quizás también bélica, a través del uso de guerreros como mercenarios o tropas auxiliares)¹²³ similar a la que condujo a la difusión de los puñales de empuñadura bidiscoïdal o a otros elementos propios de esta cultura, como

¹²¹ Para este tipo de puñal, se ha propuesto recientemente por parte de Eduardo Kavannah una terminología más precisa que las anteriores: “puñal con hoja pistiliforme o triangular y empuñadura bidiscoïdal”. Véase Kavanagh, 2008 para un estudio detallado de estas armas. Sobre la relevante presencia de la espada La Tène celtibérica en el siglo II a.C.: Quesada, 1997: 616; Lorrio, 1997: 190.

¹²² Quesada, 1997f. *Vide* asimismo nota 41. Nos ocuparemos de este tema detalladamente en el capítulo III.E.

¹²³ Santos y Montero, 1982; Quesada, 1994b: 206.

las fibulas de caballito (Almagro-Gorbea y Torres ,1999: *passim*; Lorrio, 1997: 374 y Fig. 8A y 8B; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 192).

Otros territorios

La presencia de armamento de influencia La Tène en el resto del territorio peninsular es esporádica, y en general tardía, relacionada con los movimientos de tropas púnicas o romanas antes y después de la Segunda Guerra Púnica. Existen territorios vacíos, espacios con muy pocos datos para los que *a priori* hay que pensar en una presencia sólo excepcional del armamento La Tène, y áreas donde este tipo de armamento es descartado a favor de panoplias enteramente autóctonas. Veremos a continuación un resumen de los más representativos:

Pese a la escasez general de necrópolis en el área vettona (Álvarez-Sanchís, 2003:172), existen datos bastante precisos de la composición de su panoplia en las tres principales necrópolis del área septentrional (La Osera, Las Cogotas y El Raso de Candeleda), que sin embargo indican un carácter prácticamente testimonial de las armas de influencia La Tène (en concreto, sólo espadas) en este territorio. Así, por ejemplo, no se documenta ejemplar alguno en El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986 y 1997) y Las Cogotas¹²⁴, y sólo un porcentaje ínfimo en La Osera¹²⁵ pese a la fuerte influencia que tuvieron las panoplias de la Meseta Oriental en la vettona. En el área meridional, hay singulares excepciones en El Romazal, que es ya de por sí una excepción como necrópolis tardía (Álvarez-Sanchís, 2003: 195). Esta necrópolis ofrece además un ejemplar, hasta hace poco desconocido, de umbo bivalvo, lo que representa sin duda una auténtica paradoja teniendo en cuenta la fecha avanzada de este yacimiento (Hernández, Galán y Bravo, 2008: 326 y Fig. 11)¹²⁶.

Un caso parecido al vettón, aunque incluso más radical, sería extensible al territorio portugués. En el área lusitana, son muy pocos los ejemplos recogidos de armamento La Tène, que se reducen a un umbo romano en Alvarelhos (Soeiro, 1980: 237-240 y Fig. 1) y una espada en Tapada das Argolas (Vilaça *et alii*, 2003), además de otra ya en el

¹²⁴ En este caso, sin embargo, con pocas sepulturas con armas en proporción al gran número de tumbas (sólo 19 de las 1.450 halladas) (Kurtz, 1987; Sanz, 2002: 111).

¹²⁵ *Vide supra*, nota 93.

¹²⁶ *Vide infra*, IV.C.

ámbito céltico del suroeste, procedente de Herdade das Casas (Berrocal, 1993: 158 y 1997: 131 y Fig. 3,1)¹²⁷. De poca ayuda, también por ambiguas, nos son las fuentes literarias para este territorio¹²⁸, que describen un tipo de armamento similar al celtibérico (Quesada, 2003b: tabla 1), sin llegar a dejar claro si se usó o no alguna espada con las características de las espadas La Tène; aunque sí parece que los escudos utilizados con más frecuencia no fueron escudos ovales¹²⁹.

La iconografía, por su parte, parece documentar excepcionalmente espadas largas y rectas, probablemente ya *gladii hispanienses*, en algunas esculturas de guerreros galaicos (Quesada, 2003b: 103), siempre en inferioridad respecto a las representaciones con puñales.

El territorio vacceo es a nuestro entender donde la espada La Tène, y en general cualquier otro elemento de la panoplia latenense, es la gran ausente. El fuerte componente autóctono de la panoplia vaccea apenas deja espacio para otras influencias, y son muy escasos los ejemplos de espada distintos al modelo miravechiano (Sanz, 2002: 94)¹³⁰, que ya no es de por sí un tipo con mucha difusión. Este hecho es importante porque, a nuestro modo de ver, la fuerte preferencia de los guerreros vacceos por los puñales llegó a descartar casi por completo el uso de espadas largas, con lo que probablemente no hubo lugar para la introducción del modelo latenense galo o celtibérico.

Sólo hay una presunta espada La Tène en territorio vacceo, procedente de la necrópolis de La Hoya (Álava) (Llanos, 1990: tabla fig. 2), aunque nuestros esfuerzos por consultarla no han conseguido localizarla, de modo que creemos posible, dado que no hay fotos o dibujos publicados sobre la pieza¹³¹, que se trate de la confusión de un fragmento de hoja perteneciente a un puñal.

En lo que refiere a otras armas, cabe decir que este ha sido un territorio que hemos estudiado a fondo sobre todo por sus moharras, puesto que muchas de ellas conservan un perfil ondulado (“llameante”), con base semicircular y nervio en arista¹³² que les

¹²⁷ Un posible fragmento de la parte proximal y empuñadura también en el yacimiento extremeño de Castrejón de Capote (Berrocal, 1993: 158), aunque es algo dudoso (*vide infra*, apéndice 1; X.1.1).

¹²⁸ Para un resumen exhaustivo, véase Quesada, 2003b.

¹²⁹ Estrabón, III,3,6 y Diodoro, V,34,4.

¹³⁰ Sobre este tipo de espada, véase el reciente estudio de Farnié y Quesada, 2005: 136-160.

¹³¹ Tampoco se menciona, por ejemplo, en el análisis de Filloy y Gil, 1997 sobre las armas de la necrópolis.

¹³² Coincidentes con otras piezas del área celtibérica y vettona con la misma morfología y resumidas en el tipo 7 de Quesada (Quesada, 1997: 404 y fig. 264b).

confiere un claro parentesco morfológico con algunas formas típicas de moharras galas en el que forzosamente había que indagar. Sin embargo, los resultados del análisis de estas armas han tendido a rechazar su relación de dependencia con el mundo La Tène norpirenaico (pese a lo que podría sugerir su dispersión geográfica), habida cuenta de las tendencias diacrónicas de ambas tradiciones¹³³.

El sur peninsular o Baja Andalucía es otro territorio “periférico” dentro de las repercusiones del armamento La Tène peninsular, también representado, una vez más, por ejemplares tardíos probablemente derivados de la presencia de tropas hispánicas en los ejércitos púnicos y romanos. Llama la atención en este territorio la presencia de una asociación de espada La Tène y umbo bivalvo en una tumba aislada del Hinojal (Arcos de la Frontera, Cadiz), junto a una moharra de claro parentesco vettón¹³⁴, lo que sugiere una interesante relación con las panoplias de la necrópolis extremeña de El Romazal.

Para terminar, nos queda solamente referir al territorio de Levante, donde la mayoría de los hallazgos refieren de nuevo a aportes tardíos (La Almoína, St. Miquel de Lliria, Mas de Barberán...). Otros ejemplos interesantes próximos a la cuenca del Júcar se concentran en la necrópolis de La Peladilla, en la Plana de Utiel, donde parece apuntarse una fuerte relación con la llamada “Celtiberia meridional” (Lorrio, 1997: 282-283) que poco parece tener que ver con la tradición más puramente levantina.

La gran incógnita de este territorio, sin embargo, es la del uso del escudo oval en la Edetania. En esta área geográfica, se documentan numerosas representaciones iconográficas de escudos ovales, fundamentalmente en la llamada cerámica del estilo de Liria (Quesada, 1997: 542-543), que podrían estar atestiguando el uso de este tipo de escudos entre las poblaciones autóctonas. Sin embargo, y como han venido insistiendo la mayoría de autores, la datación avanzada de este tipo de figuraciones permite relacionarlas con el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica (Quesada, 1997: 543 y 2004: 79-81; Gracia, 2003: 60-62) y, una vez más, con la influencia de la tradición romana y púnica más que la puramente laténica. La ausencia de elementos metálicos de escudo en el registro arqueológico anterior al último cuarto del siglo III a.C., no permite por ahora ofrecer pruebas sobre la supuesta utilización de este tipo de defensas con anterioridad a la ocupación púnica y romana.

¹³³ Detalladamente en el Apéndice 1; cap. X.1.2, V.B.1 y V.C.2.

¹³⁴ Véase una ilustración de este ajuar en Stary, 1994: lám. 13.

I.C.2. Marco cronológico

El periodo abarcado para este trabajo está obviamente condicionado por la presencia del material de influencia La Tène en la Península Ibérica. En el título que hemos propuesto mencionamos ya que vamos a centrarnos en la franja delimitada entre los siglos V y I a.C. Este es ni más ni menos que todo el periodo de vigencia del armamento La Tène en Europa, desde su creación en un foco geográfico que abarcaría las regiones de Champagne-Marne, el sur de Alemania y Bohemia, hasta su desaparición casi completa, muy diluida ya entre los restos de otras panoplias, en los primeros años del Imperio Romano. Afortunadamente, el registro arqueológico del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica alcanza todo el espectro cronológico de la vida de estas armas en sus regiones nucleares, aunque bien es cierto que con desigual suerte según la época y la región comprendidas. Así, por ejemplo, los hallazgos fechables en el siglo III a.C. son muy abundantes en Cataluña y la Celtiberia, mientras que los datos relativos al siglo IV a.C. son muy escasos en todo el territorio peninsular. Si remontamos aún más, hasta el siglo V a.C., los hallazgos son ya puntuales, aunque, a diferencia de lo que se viene aceptando hasta ahora¹³⁵, existentes e influyentes.

A lo largo de un periodo de vida tan dilatado, las distintas armas de la panoplia La Tène se fueron abriendo paso en las panoplias autóctonas peninsulares, pero el desarrollo de estas panoplias se vio truncado por los acontecimientos históricos que llevaron a la invasión púnica, la Segunda Guerra Púnica y la ocupación romana. Estos acontecimientos comportaron, a la vez que el acondicionamiento de estas panoplias autóctonas al nuevo tipo de lucha que comportaron tales sucesos bélicos, la introducción de otros elementos, comunes a la tradición La Tène, mediante el influjo de los ejércitos

¹³⁵ Las primeras evidencias del armamento La Tène en la Península Ibérica se han buscado hasta ahora en la vaina de Gormaz (inventario 1093), fechada de la segunda mitad del siglo IV a.C., y en la espada con vaina enteriza de la sep. 54 de Cigarralejo (Cuadrado, 1987: 167 y fig. 59,1; Quesada, 1990: fig. 1,2 y 1997: inv. 330) (inv. 1086 de nuestro catálogo), bien anclada en el segundo cuarto del siglo IV a.C. gracias al ajuar que la acompañaba. En Cataluña, los hallazgos son en general posteriores, con algún caso atribuible al siglo IV a.C. (La Pedrera, Can Miralles; inv. 83 y 63 respectivamente. Véase argumentación concreta sobre estas cronologías en caps. III.F, VI.D y VII.B), pero la tecnología de algunas constantes habituales en las vainas catalanas remonta sin duda al siglo V a. C. Del resto de armas, sólo los umbos bivalvos de Cigarralejo pueden arrojar fechas parecidas, al menos en cuanto a su influencia cultural (Rapin, 2001b: 293).

púnicos y romanos, que poco tenían que ver con la tradición celta. Es este el momento de penetración y dispersión del escudo oval más allá del territorio nororiental, de los cascos de tipo Montefortino con ascendente céltico e itálico, y de la generalización de armas de raigambre hispánica como el *gladius hispaniensis* a la totalidad del territorio peninsular. De este modo, más que perderse, el armamento de influencia La Tène o, mejor, el armamento emparentado con el armamento La Tène, se vio potenciado y proyectado más allá de sus regiones nucleares para alcanzar, ya muy disfrazado después de siglos de evolución paralela, el alcance máximo de su influencia dentro de la propia Península Ibérica.

Dada la utilidad práctica de las tipologías armamentísticas que vamos a proponer aquí, es importante poder contar con elementos de apoyo en las delimitaciones cronológicas dentro y fuera del territorio estudiado. De este modo, pretendemos apelar a menudo, para acotar o afinar la datación de algunas armas o conjuntos, a las distintas periodizaciones que se vienen utilizando para describir la evolución de las panoplias peninsulares y, por supuesto, a las que atañen al conjunto de las panoplias típicamente La Tène del foco nuclear centroeuropeo.

En dicho sentido, cabe precisar que la problemática de este uso ambivalente es mucho más confusa para el caso de las panoplias extrapeninsulares que para el caso de las autóctonas, puesto que generalmente, en la Península Ibérica se vienen utilizando periodizaciones autónomas para las armas, que no dependen de la evolución de otros elementos de la cultura material, mientras que en el ámbito La Tène, las cronologías de las armas dependen siempre de las periodizaciones establecidas para otros objetos, principalmente adornos personales o cerámicas, o de los condicionantes de las cronologías absolutas, derivadas de los acontecimientos históricos y a menudo causas de dependencia estáticas en los ajustes de esta evolución cultural. Lo que es para el territorio ibérico la “fase avanzada” o “panoplia simplificada” (Quesada, 2002b: 49-60) a finales del periodo ibérico tardío y durante el periodo ibero-romano, en Europa es La Tène C2 dentro del periodo de La Tène C2, lo que irremediamente lleva a una subordinación al desarrollo de otros objetos. Este es un hecho extremadamente complejo teniendo en cuenta además que las periodizaciones de La Tène (**Fig. 6**) varían según el territorio que se estudie, y los cambios que parecen muy claros en la región marniana, no se documentan de igual forma ni con los mismos elementos culturales en Austria, en Suiza o en Alemania meridional, por poner varios ejemplos. Estas

discrepancias regionales dan lugar a contradicciones que no ayudan al estudio del armamento, que suele ser, sobre todo en el caso del armamento La Tène, muy rápido y homogéneo en su difusión.

NORD-EST BASSIN PARISIEN	ARDENNES BELGES	LORRAINE	HUNSRUCK- EIFFEL OCCIDENTAL	WURTEMBERG	ALLEMAGNE SUD-OUEST	SUISSE	AUTRICHE	BOHÈME
?			Haffner HEK IA1	Parzinger Spät Hallstatt I-II	Haffner 1976 Hallstatt D1	Kaenel/Hodson Hallstatt D1	Pauli 1978	Waldhauser
Aisne-Marne I A1-2	?	Haroué 1	HEK IA2	Spät Hallstatt III-IV	Hallstatt D2	Hallstatt D2	Dürrenberg I D1-2 Dürrenberg I D1-3 Dürrenberg I D3	Hallstatt D
Aisne-Marne I B		Haroué 2	HEK IB	Spät Hallstatt V	Hallstatt D3	Hallstatt D3		
Aisne-Marne II A	Ardennes I A	Haroué 3/ Chaudeney 1	HEK IIA1	Früh La Tène Ia	La Tène A1	Lausannes- Rance	Dürrenberg II A1, II A1-2	
Aisne-Marne II B1-3	Ardennes I B		HEK IIA2			Münsingen A		
Aisne-Marne II C	Ardennes I C	Chaudeney 2	HEK IIA3	Früh La Tène Ia/b	La Tène A2	Münsingen B/D	Dürrenberg II A2	Jenissuv Ujezd Ia/B1
Aisne-Marne III A	Ardennes II					Chaudeney 3	HEK IIB	La Tène B1
Aisne-Marne III B		?	La Tène C	La Tène C	La Tène C1			
Aisne-Marne III C	La Tène moyenne					La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne
Aisne-Marne IV A		La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne			
La Tène moyenne	La Tène moyenne					La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne
		La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne			
	La Tène moyenne					La Tène moyenne	La Tène moyenne	La Tène moyenne

Fig. 7: Cuadro cronológico comparativo de distintas secuencias regionales entre el Hallstatt Final y La Tène Antigua, según Demoule, 1999: tabla 9.4.

Así, por ejemplo, se generan incongruencias en la delimitación cronológica de distintos objetos de la cultura material que llevan a Felix Müller (Müller, 2007) a situar el yacimiento epónimo de La Tène en un periodo avanzado de La Tène C1 al poner el acento en sus fibulas, mientras que para Thierry Lejars el sitio data fundamentalmente de La Tène C2 (Lejars, 2007) según sus armas. La paradoja es que ambos refieren al mismo momento; esto es: al último cuarto del siglo III a.C. (Kaenel, 2007: 344).

Para huir de los problemas en el anclaje cronológico de estos periodos, en algunos territorios se han propuesto alternativas valorando la introducción de objetos metálicos o cerámicas como parte de una secuencia de continuidad más que como un motivo de ruptura, liberando sus evoluciones autóctonas de las delimitaciones clásicas decimonónicas de La Tène I, II, III y sus múltiples variantes (Collis, 1986: *passim*). Sin embargo, y pese a estas excepciones particulares, la seriación del armamento La Tène sigue ligada a estos parámetros y así se viene utilizando en la historiografía moderna.

Para el caso que proponemos aquí, por tanto, no vamos a rehuir estas delimitaciones, sino que, al igual que se suele hacer para el estudio del armamento La Tène, vamos a

seguir la periodización de La Tène A, B1, B2, C1, C2, D1 y D2 basada en las cronologías de Reinecke (Reinecke, 1902) y modificadas a partir del estudio de las panoplias y su desarrollo tecnológico.

Las cronologías peninsulares

Para estudiar las armas de influencia La Tène en el territorio peninsular, es preciso conocer el proceso evolutivo de las distintas panoplias en las que fueron adoptadas estas armas, en especial aquellas donde este tipo de armamento tuvo mayor peso: la celtibérica y la ibérica.

Alberto Lorrio (Lorrio, 1993, 1994 y 1997) es el responsable máximo del estudio de la evolución de la panoplia celtibérica, partiendo principalmente del abundante registro funerario de este territorio. Lorrio distingue tres fases distintas con comportamientos algo desiguales para las regiones del Alto Tajo-Alto Jalón y del Alto Duero (**Fig. 7**):

La Fase I se caracteriza por la presencia de largas puntas de lanza asociadas a regatones largos y cuchillos de dorso curvo, y aunque su marco cronológico no es muy preciso (Lorrio, 1997: 156), abarca al menos una parte del siglo VI a.C. y la primera mitad del siguiente.

La Fase II es mucho más compleja, y se subdivide en tres subfases (IIA1, IIA2 y IIB) para el Alto Tajo-Alto Jalón y dos (IIA y IIB) para el Alto Duero. Esta fase supone la formación de la panoplia celtibérica compleja, marcada por la introducción de las espadas en los ajueres funerarios. La Fase IIA1 viene representada por distintos modelos de espada, entre los que destacan las producciones propias con empuñadura de antenas de los tipos “Aguilar de Anguita” y “Echauri”, además de algunos ejemplares de importación aquitana¹³⁶. Otras influencias, como las ibéricas en las espadas de frontón o las vacceas en algún ejemplar de puñal de tipo Monte Bernorio, también se dejan notar en este periodo. Junto a estas espadas, se documentan armas de asta de los mismos tipos que en la fase precedente, a los que se añaden nuevas puntas, ya con secciones a cuatro mesas, y armas arrojadas, incluidos *soliferrea* y *pila*. Aparecen también nuevos tipos de umbos en los escudos, de bronce repujado, a los que se unen

¹³⁶ Tipos III, II y I (este último para las piezas importadas) respectivamente de la tipología de Quesada (Quesada, 1997: 206-212).

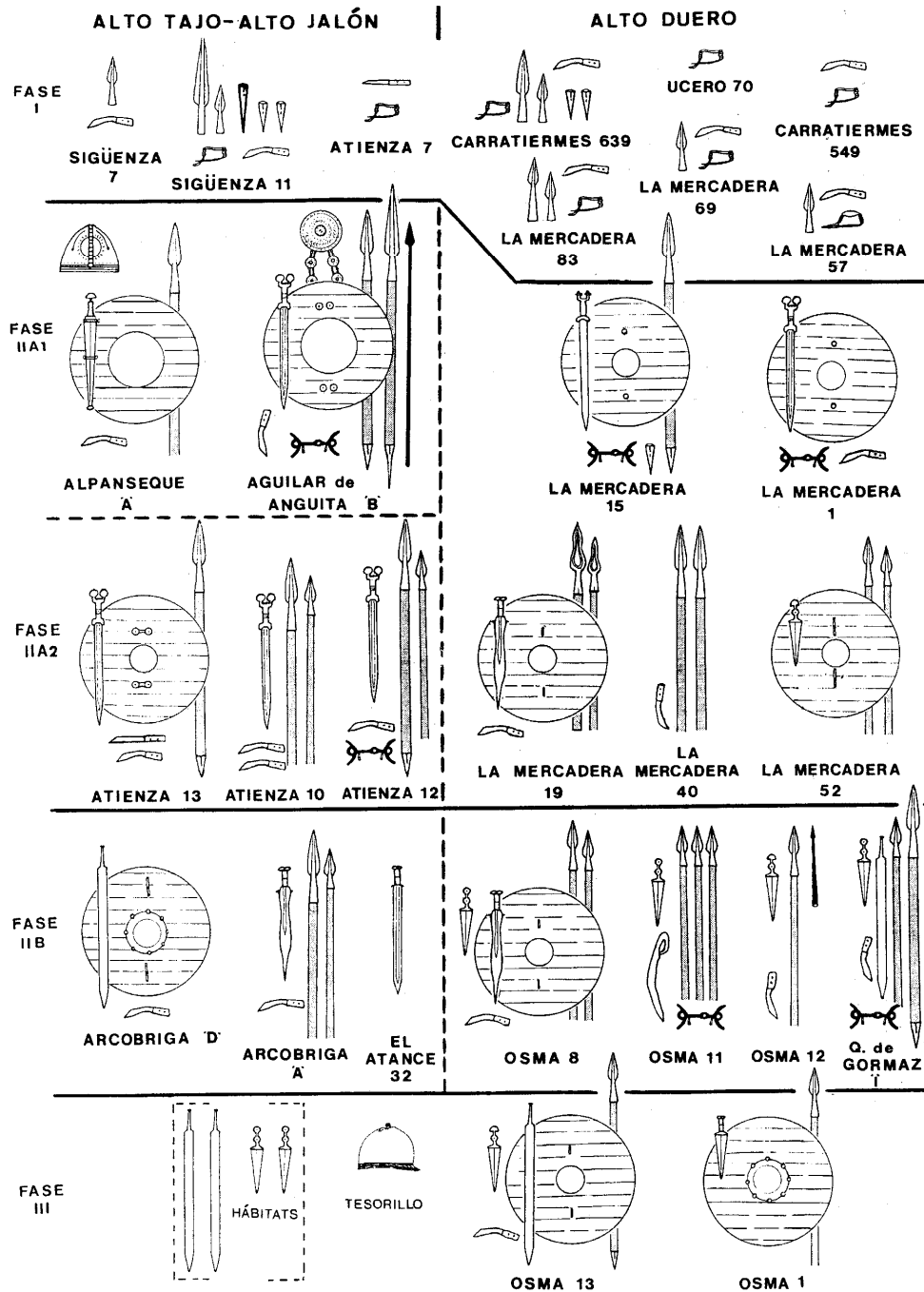


Fig. 7: Evolución de la panoplia celtibérica según Lorrio, 1997: Fig. 59.

más adelante ejemplares fabricados en hierro, con formas troncocónicas y aletas radiales. Respecto a las defensas corporales, se documentan algunos ejemplares de discos-coraza¹³⁷ y cascos de producción autóctona¹³⁸. La Fase IIA2 incorpora a las espadas las nuevas producciones de antenas en los llamados tipos “Atienza” y

¹³⁷ La presencia de restos interpretados como pertenecientes a cotas de malla en las necrópolis de Almaluez y Clares es más que dudosa (así en: Lorrio, 1997: 166; Quesada, 1997: 577-588) teniendo en cuenta además la fecha supuesta para estas producciones.

¹³⁸ Un análisis detallado de estos cascos en Barril, 2003.

“Arcóbriga”¹³⁹, que marcarán la nota dominante durante los periodos siguientes. Aparecen asimismo unos cuantos ejemplos de falcatas, así como nuevos tipos de moharra, entre los que destacan los ejemplares con nervio en arista emparentados con los tipos vacceos. Respecto a los escudos, se documentan algunas manillas, entre las que destacan cierto número de manillas de aletas de tradición ibérica, mientras que el rico armamento defensivo de la fase precedente tiende a desaparecer.

En el Alto Duero, la Fase IIA comprende una panoplia muy parecida a la del Alto Tajo-Alto Jalón. Sin embargo, se añaden a aquellos elementos otros tipos de puñal y, sobre todo, en un momento avanzado de este periodo, las espadas de tipo La Tène, entre las que destacan la de la sep. D de Gormaz (con la conocida vaina decorada con dragones afrontados) y la de la sep. D de Arcóbriga. Las armas de asta vienen representadas por modelos de muy distinta índole, además de jabalinas y armas arrojadas parecidas a las del área vecina. Los escudos incluyen también distintos grupos de umbo y manilla, así como otros elementos para el enganche de las correas.

La fase IIB, desde finales del siglo IV a.C. y en especial a lo largo de todo el siglo III a.C., se caracteriza por el empobrecimiento de los ajueres y la desaparición del armamento en la mayor parte de los mismos. No obstante, es esta fase la que coincide con la generalización de las espadas La Tène y los puñales de empuñadura bidiscoidal. Es en el Alto Duero donde las espadas La Tène son más abundantes, siendo especialmente numerosas en las necrópolis de Gormaz, Osma, Ucero o Numancia.

La Fase III¹⁴⁰ corresponde a un periodo cronológico condicionado por los enfrentamientos con Roma, desde finales del siglo III a.C. hasta el I a.C. A los hallazgos en necrópolis, ahora algo menores, se añaden los de contextos de hábitat (Langa de Duero, La Caridad) además del importante hallazgo ritual de La Azucarera (Alfaro), todos ellos con espadas La Tène como elemento principal. Junto a estas, las armas ofensivas más habituales serán los puñales con empuñadura bidiscoidal o las lanzas y jabalinas de distintos tipos. Parece ser que en este momento se introducirían por primera vez en la Celtiberia los escudos ovales¹⁴¹ y los cascos celtoitalicos de bronce del tipo Montefortino, aunque probablemente la mayoría fueran todavía fabricados con materia perecedera.

¹³⁹ Tipos V y VI de Quesada (Quesada, 1997: 220-227).

¹⁴⁰ Esta fase es algo peor conocida que las anteriores, especialmente en lo referente al armamento defensivo. Prueba de ello es que Llorio recurre a menudo a las referencias sobre el armamento lusitano para apoyar sus referencias (Llorio, 1997: 194-196), cuando ello debería corresponder a otra problemática distinta (*cf. supra*, I.C.1).

¹⁴¹ *Vide supra*, I.C.1.

En trabajos posteriores (Lorrio, 2002 y 2005), Alberto Lorrio tiende a mitigar las diferencias entre las regiones del Alto Tajo-Alto Jalón y Alto Duero¹⁴², a aceptar una subfase IIA2 para este último más claramente distinguida de la anterior¹⁴³, lo que nos parece muy acertado, y a diluir las diferencias entre esta subfase y la IIB. Nos interesa especialmente la referencia que supone la introducción de las espadas La Tène en la panoplia celtibérica en su subfase IIA2, a mediados o finales del siglo IV a.C., y su posterior difusión durante los siglos siguientes. Mediante el análisis detallado de estas espadas, intentaremos discernir hasta qué punto es oportuno inducir la introducción de elementos La Tène en este momento o hay que pensar mejor en un momento anterior. Otro punto a reflexionar relacionado con la presencia de las primeras espadas de tipo La Tène en la Celtiberia es la supuesta introducción de estas armas vía importaciones de talleres extrapeninsulares (Lorrio, 1997: 180; 2002: 77; Lenerz, 1991: 84; Quesada, 1997: 255¹⁴⁴), que quizás haya que revisar a favor de su catalogación como producciones autóctonas según prototipos latenienses europeos, que es lo que se suele ir manteniendo para la mayoría de las regiones, periféricas o no, con este tipo de armas.

Mucho más compleja al abarcar un territorio más amplio y diverso resulta la periodización de las fases evolutivas de la panoplia ibérica, aunque Fernando Quesada (Quesada, 1997 y 2002b) ha conseguido establecer una secuencia basada en cuatro sencillas fases, con una amplia percepción relativa a las formas de combate que acompañaron estas panoplias.

La primera fase, que Quesada denomina “Fase formativa” abarca un periodo cronológico desde finales del siglo VII hasta mediados del VI a.C. Esta fase se relaciona con el periodo Orientalizante tartésico en Andalucía y Extremadura y el Hierro I de Cataluña y Levante, que son las zonas donde este armamento es mejor conocido. La panoplia se basa en largas puntas de lanzas nerviadas y muy pesadas, así como espadas de hoja larga que siguen la tradición del Bronce Final. En el noreste y Levante

¹⁴² En Lorrio, 2005: 277 acepta la desaparición de armas en el Alto Tajo, pero advierte su continuidad en el Alto Henares y Alto Jalón, donde las necrópolis de Atance y Arcóbriga siguen aportando armas.

¹⁴³ Implícitamente en Lorrio, 2002: 77-78. *Cfr.* Quesada, 1997: 235, nota 1; quien también creía conveniente tratar las dos zonas como un conjunto, con diferencias sólo en la composición de las necrópolis pero no en sus panoplias.

¹⁴⁴ Este último, sin embargo, aceptando también la posibilidad de “*una copia fiel de armas foráneas*” (*Ibid.*)

septentrional, abundan las espadas de antenas de influencia languedociana o aquitana, siempre concentradas en tumbas de tipo “principesco”.

Ya a partir de mediados del siglo VI a.C. y hasta finales de la centuria siguiente, tiene lugar la llamada “Fase antigua” o “Panoplia aristocrática”, caracterizada por la incorporación de innovaciones tecnológicas y una tradición táctica encaminada a un modelo de combate “heroico” de lucha de campeones aristócratas apoyados por tropas peor armadas. Esta panoplia aristocrática tendría un contenido bastante pesado, con espadas cortas y anchas¹⁴⁵ (de frontón o falcatas), puñales de hoja triangular corta (de frontón) y lanzas con largas moharras de fuerte nervio con sección semicircular. Estas lanzas vendrían acompañadas por otras más ligeras, arrojadizas (jabalinas, *pila* o *soliferrea*) y un equipo defensivo muy completo, con cascos de cuero, grebas de bronce, escudos circulares y discos-coraza para proteger el cuerpo. El caballo se usaría como medio de transporte hacia el campo de batalla pero no para el combate, dadas las dificultades que entrañaría su uso con estos fines considerando lo pesado de la panoplia de estos campeones y la inexistencia de sillas y estribos que mejoraran su estabilidad en el caballo.

Hacia comienzos del siglo IV a.C. tendría lugar una nueva transformación de la panoplia y de las formas de lucha ibéricas: la “Fase plena” o “Panoplia generalizada”. Este periodo se caracteriza por la proliferación de necrópolis con armas, indicando una generalización de estas a un grupo de población mucho mayor, aunque sin llegar a suponer una acogida por parte de todos los sectores sociales. Las características principales de esta panoplia suponen la simplificación del armamento defensivo (discos-coraza, umbos, grebas...) a favor de otros menos costosos y fabricados con materiales perecederos. Se documentan entre las armas manillas metálicas para escudos, sobre todo de las variantes de aletas. Entre las armas ofensivas, se generaliza el uso de la falcata, y las lanzas se acortan y ensanchan y aparecen frecuentemente asociadas por parejas con una arrojadiza, normalmente un *pilum* o un *soliferreum*. El uso del caballo, a juzgar por la escasez de arreos en las tumbas, parece todavía reservado a los sectores más ricos de la sociedad. Este tipo de panoplia, que es aplicable a la Alta Andalucía, Sureste y Levante, contrasta con la panoplia típica al norte del Ebro, donde se constatan fuertes influencias del armamento de tipo La Tène, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo III a.C. dada la escasez de sepulturas del siglo anterior en esta región.

¹⁴⁵ Siguiendo la tradición mediterránea (*vide supra*, cap. I.A.1)

El tipo de combate asociado a esta fase, implica un predominio de las armas cuerpo a cuerpo sobre las arrojadas, adecuada para infantería capaz de combatir “en línea” y a la vez moverse con cierta facilidad si se requiere la lucha en orden abierto. Se trata de un tipo de lucha mixto, ni en exceso pesado como el característico de la fase anterior, ni en exceso ligero como debería indicarse mediante la presencia de armas arrojadas o de proyectiles como base de estas panoplias.

La última fase, la “Fase avanzada” o “Panoplia simplificada” se fecharía desde el último tercio del siglo III a.C. hasta el I a.C. En este periodo se renuevan de forma importante las influencias externas debido a la utilización de las regiones ibéricas como campo de batalla entre romanos y cartagineses. Prueba de estos influjos son los abundantes cascos de bronce de tipo Montefortino o la introducción y acogida de los escudos ovales. El uso de contingentes hispánicos en los ejércitos púnicos y romanos, tuvo a su vez como consecuencia la adaptación de la espada La Tène I celtibérica a su uso entre los romanos como *gladius hispaniensis*. Pese a estas introducciones, la mayoría de los elementos tradicionales de la fase anterior (falcatas, lanzas, *soliferrea* o jabalinas) continuaron en uso, aunque bien es cierto que se aprecia una cierta tendencia hacia el armamento ligero y simplificado debido a las necesidades de este tipo de tropa como *auxilia* en los ejércitos romanos, sin que ello implicara la pérdida de la polivalencia de la infantería hispana propia de la fase anterior.

La secuencia del armamento ibérico propuesta por Fernando Quesada nos es especialmente interesante en sus dos fases últimas, que vendrían a coincidir con la difusión del armamento La Tène (aunque sólo sea en el noreste) a un sector de población más amplio y la renovación de sus influencias, ya muy indirectamente, desde otras zonas del mediterráneo.

Entendemos, pues, mediante esta visión sucinta del proceso de evolución de las panoplias ibérica y celtibérica, que la presencia del armamento La Tène se imbricó en estas tradiciones de fuerte personalidad autóctona de forma algo diluida, muy distinta a la que fuere el comportamiento de otras regiones europeas. Sólo el territorio nororiental puede ser considerado una excepción a esta regla, aunque habrá que ver en el contenido de sus panoplias si el peso de la tradición autóctona ayudó a disipar la relación de sus armas con el proceso de evolución homogéneo que se produjo en el área céltica centroeuropea más propia de la cultura La Tène.

La secuencia cronológica europea

Pese a la complejidad de la secuencia evolutiva de la cultura La Tène, la panoplia que se asocia a esta cultura es muy homogénea en el sentido que abarca casi sin diferencias la totalidad de su territorio de influencia (Rapin, 2004: 26). Esta profunda homogeneidad es producto del carácter estático y exclusivo de su evolución táctica, de forma que la panoplia asociada a este tipo de táctica se revela como poco permeable a influjos ajenos y tiende a un desarrollo propio muy distinto al de otros territorios. Así, el armamento La Tène de las regiones centrales y septentrionales de Europa es prácticamente idéntico en todo su territorio, y difícilmente se ven elementos alternativos a sus funciones tácticas básicas¹⁴⁶ hasta que se impusieron nuevas necesidades con la ocupación efectiva de las Galias por parte de las tropas romanas. En el norte de Italia, en cambio, (Lejars, 2006: 11 y 2008: 138-142, Vitali, 1988: 269), y pese al paralelo empleo táctico de sus panoplias, es perfectamente palpable el importante peso de las armas de asta de tradición autóctona, y, aunque menos perceptible, también posiblemente el de los escudos sin umbo metálico, lo que explicaría su ausencia en el registro itálico¹⁴⁷. El caso itálico es probablemente el más parecido al de la Península Ibérica- sureste de Francia, con una región septentrional muy La Tène en su armamento, aunque conservando elementos propios, y una presencia más esporádica y dispersa en el centro y sur, con sólo algunas armas representativas (*cf.* Dore, 1995).

Un primer intento de desentrañar la evolución del armamento La Tène lo hallamos en el precoz trabajo de J. Déchelette sobre la cultura de la Segunda Edad del Hierro celta (Déchelette, 1914), muy centrado en el desarrollo tecnológico de las espadas y sus

¹⁴⁶ Algunos elementos discordantes podrían ser la espada de empuñadura de esferas, con una hoja de tipo estoque, muy larga y delgada y una vaina muy distinta tecnológicamente de la de tradición La Tène. Sin embargo, análisis detallados recientes basados en los indicios técnicos de estas armas tienden a rechazar su carácter sincrónico con las espadas La Tène y prefieren incluirlas entre las armas de la Primera Edad del Hierro, con las que encaja mucho mejor tanto táctica como tecnológicamente (Rapin, 2003: 275-277). Otro componente excepcional estaría en los puñales de empuñadura antropoide (Coussin, 1926b; Drilhon y Duval, 1985), el único puñal de la cultura La Tène una vez abandonados los prototipos de espada de transición entre el Hallstatt Final e inicios de La Tène I (Rapin, 1999: 41). De todos modos, el uso de estos puñales es bastante limitado comparado con el de las espadas largas, a juzgar por los hallazgos hasta ahora documentados en toda Europa y las Islas Británicas.

¹⁴⁷ Lejars, 2008: 131, 155 y nota 69. En el norte, los ejemplos se reducen a los umbos de las sepulturas de Ceretolo (Kruta-Poppi, 1979: Fig. 2) y Bologna-Bennacci 176. En Monte Bibele, sólo la sep. 107 conservaba fragmentos de orla metálica (Vitali, 2003: lám. 181). En el análisis de dispersión de armamento La Tène en Italia publicado por Dore (Dore, 1995), los umbos están ausentes, al igual que en el anterior de Stary (Stary, 1979).

vainas. Déchelette dividió la evolución de estas armas en tres momentos basados en las tres fases que él mismo identificó en el proceso de desarrollo de la cultura La Tène y que denominó: La Tène I (500-300 a.C.), La Tène II (300-100 a.C.) y La Tène III (100-50 a.C.). Hoy en día, esta propuesta está ampliamente superada, aunque sus tendencias generales continúan inmutables en muchos aspectos. Después de este estudio, se aceptó tácitamente su propuesta de evolución armamentística y no formó parte del discurso fundamental de las distintas periodizaciones regionales, viéndose relegada a segundo plano por otros objetos con cronologías presuntamente más fiables, como los adornos personales (fundamentalmente fibulas, torques y brazaletes), la cerámica o, incluso, el arte. La preponderancia de estos objetos como fósiles directores de las distintas fases en las que se divide una secuencia cultural regional¹⁴⁸, ha llevado al menosprecio de las armas (por lo general, mucho menos numerosas y en mal estado de conservación) en la partición de estas secuencias, lo que a su vez ha desencadenado errores de datación en algunas tumbas que habría que procurar evitar¹⁴⁹. En recientes trabajos, André Rapin está dando un importante vuelco crítico a la datación de conjuntos cerrados gracias a la reconsideración de sus parámetros cronológicos basados en la tecnología del armamento (Rapin, 2003 y 2008). Rapin cuestiona en dichos trabajos el uso abusivo del *terminus post quem* de la cerámica asociada a un conjunto funerario como verdadero *terminus post quem* del conjunto, sin atender a las características de las armas asociadas, que en muchas ocasiones son más antiguas (en especial las espadas) que el resto del ajuar. Esta tendencia puede contribuir a “arrastrar” hacia adelante la datación de algunas de las evoluciones tecnológicas del armamento asociado a estos conjuntos, habida cuenta de que en general no se contempla la edad del difunto y la posible adquisición de algunos elementos (pero no todos) en los últimos años de su vida. Así, y contribuyendo a esta confusión, el *terminus ante quem*, que debería venir dado por el elemento más moderno dentro del conjunto, se convierte fácilmente en un *terminus post quem* (Rapin, 2003: 272) que “moderniza” la panoplia. Del mismo modo, la lectura diacrónica de los acontecimientos bélicos o movimientos migratorios citados por las fuentes, tienden a rebajar las cronologías de estas innovaciones tecnológicas, que suelen verse como

¹⁴⁸ *P.e.* en el horizonte cronológico de Duchcov-Münsingen (Kruta, 1979), que define una fase cultural común (c. inicios s. IV a.C.-tercer cuarto del mismo siglo) en Suiza y Bohemia a partir de ciertas fibulas y torques de amplia dispersión en Europa.

¹⁴⁹ Así, por ejemplo, la tumba nº 57 de Saint-Sulpice (Suiza), fechada en La Tène A por la fibula de tipo Marzabotto (Kaenel, 1990: 223 y 232) que acompaña a la panoplia. Hoy sabemos que los atributos de la vaina de espada de esta tumba, especialmente en la parte proximal de su contera, corresponden mejor al periodo siguiente (La Tène B1), con lo que cabe interpretar una perduración de la fibula en el conjunto.

posteriores a estos acontecimientos (porque aparecen depuestas en las tumbas años más tarde), aunque su concepción y uso es previo o simultáneo, pero no posterior a estos. No es raro, pues, que existan algunos vacíos documentales importantes asociados a la panoplia de estos momentos, como ocurre con las armas de la Cispadana, normalmente fechadas en la segunda mitad del siglo IV a.C., cuando la invasión de la región se realizara medio siglo antes. Estos vacíos, también perceptibles en el norte de los Balcanes en relación a una segunda oleada de migraciones algunas décadas más tarde, se deben pues en gran medida a los problemas de identificación cronológica de estas panoplias, más que a la ausencia de sus portadores.

Volviendo al tema de las periodizaciones, en el estudio de la secuencia cronológica de la cultura La Tène, se observa cómo, poco a poco, las propuestas más genéricas (divididas en tres o cuatro estadios) de las primeras décadas del siglo XX, van abriendo paso a subdivisiones más acordes con la cultura material, y tienden a confluir en parámetros únicos capaces de extrapolar la evolución de estos objetos a otros territorios donde también se constatan. Ya hemos aludido con anterioridad a la dificultad de la interrelación de estas secuencias culturales regionales en los distintos territorios donde la cultura material de tipo La Tène es mayor. En la región de Champagne y noreste de Francia, por ejemplo, Jean-Jacques Hatt y Pierre Roualet (Hatt y Roualet, 1976)¹⁵⁰ proponen una secuencia cronológica que prácticamente no tiene en cuenta las fases media y final de La Tène, donde la documentación en esta región es mucho menor. Este mal conocimiento desencadena algunas paradojas, como el hecho de que no se hable de La Tène Media hasta fines del siglo III a.C.¹⁵¹, cuando en otras regiones es muy anterior. Otros trabajos recientes se centran igualmente en las fases antiguas (Demoule, 1999), aunque estableciendo ya su evolución mediante el análisis detallado de los conjuntos autóctonos y considerando a su vez sus puntos de coincidencia con las cronologías propias de otros territorios¹⁵².

¹⁵⁰ Una propuesta cronológica basada en el anterior trabajo de Bretz-Mahler para esta región (Bretz-Mahler, 1971), a su vez muy dependiente de la clásica clasificación de D. Viollier (Viollier, 1916) para la región Suiza, la cual se ceñía casi exclusivamente en la periodización de la necrópolis de Münsingen-Rain. Una crítica completa al trabajo de Hatt y Roualet en: Demoule, 1999: 149-151.

¹⁵¹ Porque para apoyar la presencia de la facies “La Tène Antigua IIIb” en la Champagne-Marne se limitan a asociarla con la presencia de las fibulas características de la fase Ic de Viollier para Suiza (*Ibid.*, 151). Sin embargo, en la secuencia de Viollier (Viollier, 1916: 15) se acepta el inicio de La Tène Media en 250 a.C. (Kaenel, 1990: 256) y no en 220 a.C.

¹⁵² *Ibid.*, 154-166 y tabla 9,4. *Supra*, Fig. 6.

El uso de estas cronologías regionales para el armamento es algo complejo. En el armamento La Tène, la homogeneización de la panoplia es mucho mayor que la de los objetos de adorno o, sobre todo, las cerámicas. Este hecho, unido a su rapidez de difusión,¹⁵³ requiere del uso de cronologías absolutas más estables (Rapin, 2003: 269), como las que se vienen utilizando en la historiografía específica reciente; capaz de definir la evolución de una panoplia “tipo” al margen de sus modificaciones regionales. Esta historiografía específica, tiende a utilizar cada vez con mayor unanimidad la secuencia establecida por P. Reinecke para el área suroccidental de Alemania (Reinecke, 1902), obviamente modificada y adaptada a los más de cien años de investigación que han seguido a su propuesta original.

La evolución cronológica de la panoplia La Tène

En la secuencia evolutiva del armamento La Tène, se tienen en cuenta varios factores como indicativos cronológicos (Brunaux, 1990: *passim*): en primer lugar, la tipología de los objetos, basada en el análisis taxonómico de la morfología de las armas. Este es probablemente el método más utilizado, especialmente en los hallazgos descontextualizados o faltos de otros elementos con los que asociarlos. En segundo lugar, está el apoyo estilístico del arte, muy frecuentemente unido a soportes armamentísticos (en especial vainas)¹⁵⁴ de amplia difusión. La utilidad de este método estilístico unido a la tipología de las armas es verdaderamente importante, sobre todo porque, con el tiempo, se ha ido demostrando la asociación de una buena parte de estos motivos ornamentales a tipos concretos de arma, posiblemente con una función táctica precisa diferenciada de otras¹⁵⁵. En último lugar, está el apoyo de la cronología absoluta¹⁵⁶, especialmente importante en la vinculación a episodios bélicos de gran envergadura (movimientos migratorios, batallas, papel del mercenariado celta...) para explicar la rápida transformación de las armas y su precoz acogida en la mayoría de los

¹⁵³ En zonas periféricas, la homogeneización es rápida, aunque no constante.

¹⁵⁴ Lejars, 2003 y Szabó y Petres: 1992: *passim*. Menos frecuentemente, en umbos (Rapin, 1982-83; Sankot, 1996: fig. 7e), moharras (Szabó, 1996: 527 y Fig. 2, 1a; Kaenel, 1990: 232 y lám. 49; Sankot, 1996: 556 y fig. 2) y cascos (Vitali, 1988).

¹⁵⁵ Así, la asociación de la llamada “lira zoomorfa” con dragones afrontados con las espadas del módulo largo del siglo IV a.C. (Rapin, 1999: 51) o la de la evolución de aquella, con parejas de grifos afrontados con piernas humanas, con las vainas del tipo B del modelo conocido como “Hatvan-Boldog” (Rapin, 2000: 195).

¹⁵⁶ El problema en muchos casos viene cuando se toman determinados objetos (en especial materiales de importación) como indicios cronológicos absolutos (*vide supra* y Rapin, 2003: *passim*).

territorios donde influyó (Rapin, 1995, 2001b, 2004, 2007 y 2008). En ocasiones, también la aparición de representaciones iconográficas de armas en obras de arte bien fechadas se utiliza con estos fines, como por ejemplo en los escudos ovales de los relieves de Pérgamo (Brunaux, 1990: 177; Rapin, 2001b: 278-280). En cuanto a las dataciones absolutas “puras”, son muy poco frecuentes, y se reducen a algunos elementos fechados por dendrocronología, como las maderas de los puentes Vouga y Desor del yacimiento de La Tène (Brunaux, 1990: 178-186), o el cuerpo de un escudo oval con umbo de aletas rectangulares de la misma procedencia (Kaenel, 1990b: 322 y Fig. 1).

A continuación, detallaremos cuáles son las fases en las que se divide la secuencia evolutiva del armamento La Tène y cuáles sus límites cronológicos, puesto que van a ser utilizados como indicativos de cronologías absolutas en este estudio:

La Tène A (c. 450-400 a.C.): (Rapin, 1999: 32-48). Este periodo viene marcado por la génesis del armamento La Tène, con la creación de espadas largas acompañadas de vainas complejas realizadas mediante dos placas: en origen una de hierro y una de bronce, y, posteriormente, ya ambas de hierro. En el proceso de creación de estas vainas, se irán descartando poco a poco los elementos orgánicos originales de la etapa hallstática. Los escudos tienden a ir incorporando también elementos metálicos como las orlas, los protectores de la *spina* o los primeros umbos bivalvos, que cubrirán buena parte del cuerpo del umbo de madera. Las armas de asta, por su parte, son muy mal conocidas por la investigación arqueológica de esta época, pero siguen patrones parecidos a los anteriores, casi siempre con nervios. Aunque existen lanzas para ser empuñadas y jabalinas para ser lanzadas, no parece que se usaran puntas con largos astiles de hierro del tipo *pilum*.

En cuanto a las defensas corporales, la investigación más reciente (Rapin, 1999: 36-40; 2000b, 2002, 2004: 29-32 y 2008: 261-266)¹⁵⁷ ha conseguido identificar un tipo de coraza ligera de cuero al parecer de amplia difusión en el mundo céltico continental. Los cascos de este periodo se centran en dos modelos básicos: uno más complejo, fabricado en bronce, con capacete cónico, cubrenuca y remate, muy característico de la Europa occidental (el tipo *Berru*); y otro mucho más simple, sin cubrenuca ni remate, de

¹⁵⁷ *Vide supra*, nota 64.

capacete hemisférico y fabricado en hierro (el tipo *Böckweiler*). Destaca también en este periodo el uso del carro de guerra, ahora de dos ruedas y mucho más ligero y manejable. Este periodo original de la panoplia La Tène es sin duda el que mayores innovaciones ofrece, y es especialmente bien conocido en la zona noreste de Francia (Champagne-Ardenes o Aisne-Marne), sur y oeste de Alemania y área oriental de Bohemia; esto es: la zona nuclear de la cultura La Tène. La documentación arqueológica relativa a este periodo procede casi exclusivamente de las necrópolis, aunque cabe destacar el papel de la iconografía en la identificación de elementos de carácter perecedero muy útiles para la comprensión de la evolución táctica de este momento (**Fig. 8**).



Fig. 8: Representación iconográfica de la placa central de una vaina de bronce procedente de la sep. 994 de Hallstatt (segunda mitad del siglo V a.C.). Los personajes a caballo emplean largas lanzas, corazas de cuero u otro material blando y cascos del tipo “Böckweiler”. Uno de ellos lleva suspendida una espada La Tène con vaina y contera circular. Los personajes a pie no llevan casco, pero sí escudos ovales sin umbo metálico. Fuente: Hermann Frey, 1991: 131.

La Tène B1 (c. 400-325 a.C.): Este es, con mucho, el periodo peor conocido de la panoplia de La Tène Antigua. La drástica disminución de la información funeraria en el área nororiental de Francia y los problemas de identificación de las panoplias fruto del sesgo cronológico interpretativo al que aludíamos anteriormente en relación a la expansión hacia el norte de Italia¹⁵⁸, son los principales responsables de este vacío (Rapin, 1999: 49; Lejars, 2006: *passim*). Para André Rapin, precisamente la fecha simbólica de la batalla de Alia (387 a.C.), marcaría un hito en las innovaciones tecnológicas de esta fase (Rapin, 2008: 237).

El periodo coincide asimismo, en su etapa más avanzada, con un desplazamiento del centro de gravedad de la documentación funeraria hacia el Danubio Medio, previo al periodo de expansión hacia el Este de la fase siguiente, igualmente afectado por los mismos problemas de identificación¹⁵⁹.

¹⁵⁸ Por ejemplo, en la espada de Leprignano (Rapin, 2008: 240-241).

¹⁵⁹ “Lorsque l’environnement funéraire est pauvre ou absent, une arme non restaurée du IVe s., peut être globalement confondue avec ses équivalentes plus récentes d’un siècle voire plus” (Rapin, 2008: 248).

La evolución de la panoplia en esta fase se concreta en la estandarización de la longitud de las espadas en tres módulos distintos (uno más largo en torno a los 65-70 cm de longitud de vaina, otro medio de 60-64 cm, y uno menor de unos 50 cm y sólo 3-4 de anchura), en algunos cambios significativos en la tecnología de las vainas, que afectan especialmente a sus conteras, y en la simbología de las imágenes iconográficas asociadas a estas, con sus distintas correspondencias según el módulo. Estas espadas se asocian normalmente a grandes moharras, muy anchas y largas, con largos regatones de embocadura tubular (Rapin, 2008: 249-250). La gran incógnita en la panoplia de este momento refiere a los escudos, puesto que los umbos bivalvos, y en general cualquier elemento metálico, tienden a desaparecer del registro arqueológico (Rapin, 2001b: 290). Aunque es obvio que la mayoría de los escudos debió fabricarse enteramente con materiales perecederos, como parece demostrar la iconografía¹⁶⁰, lo lógico sería una continuidad en los bivalvos, ya que vuelven a reaparecer en La Tène B2 con mucha más fuerza. Poco sabemos también de los cascos, que aparecen muy esporádicamente y son normalmente fechados en el siglo IV a.C. sin especificar mucho más (Schaaf, 1988: 295-299), pero que tienden a las formas con capacete hemisférico y cubrenuca exentos, fabricados en hierro, precedentes de los modelos que influyeron sobre las producciones celtoitálicas.

La Tène B2 (c. 325-280 a.C.): Esta fase es la mejor representada en el registro arqueológico funerario de todo el territorio celta. El periodo coincide con la estabilización de las etnias celtas del norte de Italia y con la fase contemporánea a la expansión hacia el Este y el sur de Europa oriental, y por tanto está muy bien documentada en las regiones del área padana (Lejars, 2006 y 2008) y la llanura carpática hasta su región más oriental (Szabó, 1995: 51) además del occidente europeo. Las espadas del módulo pequeño de la fase precedente se multiplican ahora y se asocian a vainas con conteras mucho más pesadas. El módulo largo con el clásico emblema iconográfico de la “lira zoomorfa” en sus vainas, tiende a desaparecer paulatinamente, mientras que en esta fase se asiste a la proliferación de las espadas del módulo medio, normalmente asociados a escudos con umbos bivalvos de nueva generación y a otra innovación importantísima de esta fase: el cinturón de cadena para la suspensión de la espada (Rapin, 1987, 1991a, 1995 y 1999: 54-57). El módulo pequeño, por el contrario,

¹⁶⁰ *Ibid.*: 285.

nunca se relaciona con estos objetos, sino que continúa empleando sólo armas de asta con moharras no excesivamente grandes y anillas simples para la suspensión de su vaina (Rapin, 2000: 200). Entre las vainas, tiene lugar la generalización de las conteras circulares caladas¹⁶¹, además de las de remate ojival heredadas de la fase anterior. El umbo bivalvo llega a su florecimiento de la mano de modelos simples, sin las pequeñas aletas longitudinales, con dos variantes: una larga, parecida a los modelos de La Tène A pero sin aletas, y otra corta, que sólo protege la parte central del umbo de madera. La falta de aletas se suple con la presencia de grandes ribetes atravesando la concha. Ya a finales de este periodo, se inicia la génesis de los umbos con aletas anchas característicos de las fases siguientes, aunque todavía fabricados a dos piezas. En cuanto a las defensas corporales, quizás la innovación más significativa es la de la cota de mallas (Rapin, 1999: 54-55), aunque por ahora es poco frecuente.

Rapin prefiere incluir la fase La Tène B2 en La Tène Media por el importante peso de las innovaciones en la panoplia de este periodo (Rapin, 2007: 248), aunque tradicionalmente se asocia a La Tène Antigua (**Fig. 9**).

La Tène C1 (c. 280-225 a.C.): Un periodo marcado de nuevo por una importante disminución del armamento en contexto de necrópolis, pero sin embargo tremendamente rico en los contextos rituales propios de los llamados “santuarios guerreros”, especialmente en el norte de Francia (Gournay-sur-Aronde¹⁶², Ribemont-sur-Ancre¹⁶³) y Suiza (depósito de Tiefenau¹⁶⁴). Los cambios en la panoplia de este periodo son también muy significativos. Las espadas tienden a estandarizar sus módulos y a ser algo más largas, mientras que las puntas se hacen más anchas, perdiendo capacidad de estoque a favor de los golpes tajantes (Rapin, 1999: 58; Lejars, 2003: 25). Las hojas con secciones con nervio tan típicas de las fases precedentes tienden a dar paso a las secciones lenticulares. Las guardas empiezan a incluir en este momento un fino elemento metálico que las protege mejor de los golpes deslizantes hacia la mano y que se ajusta a la perfección a las embocaduras de las vainas. Las vainas suelen alargar sus conteras y estrechar los orificios en sus remates hasta perderlos, mientras que los motivos ornamentales son menos figurativos¹⁶⁵ y se reparten por toda la vaina, no

¹⁶¹ Petres y Szabó, 1986; Charpy, 1987; Rapin, 2000.

¹⁶² Brunaux, Meniel y Rapin, 1980; Brunaux y Rapin, 1988; Lejars, 1991, 1994 y 1996b.

¹⁶³ Cadoux, 1986; Lejars, 1991, 1996b y 1998; Brunaux, 2000.

¹⁶⁴ Müller, 1990 y 2007b.

¹⁶⁵ “Estilo de las espadas húngaras” (Szabó y Petres, 1992: 37-55; Lejars, 2003: 27-33).

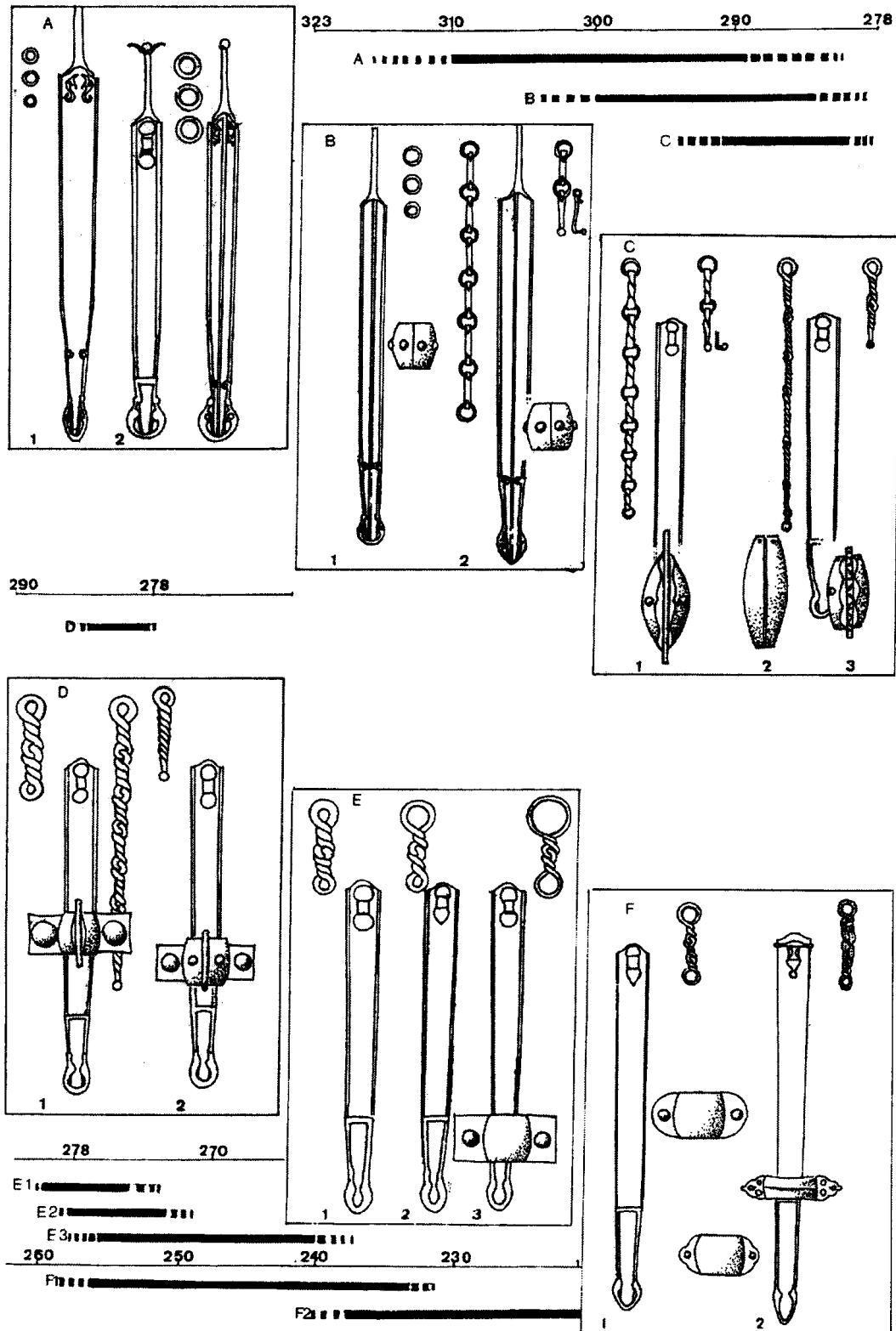


Fig. 9: Evolución e innovaciones de la panoplia La Tène entre LT B2 y LT C1 según Rapin, 2007: fig. 5. A: módulos grande y pequeño. B-C: evolución de los nuevos equipamientos en LT B2. D: Transición LTB2-C1 y aparición de umbos bivalvos con aletas y nuevas cadenas de suspensión; E-F: Evolución durante el periodo de LT C1.

limitándose a sus embocaduras. Las hembrillas de suspensión, adecuándose a un movimiento más dinámico, se ensanchan progresivamente. También las cadenas de suspensión de las vainas también viven cambios importantes, especialmente en su mayor robustez. Los escudos, tienden a hacer desaparecer sus elementos metálicos: se pierde el cubre-*spina*, la orla se limita a los extremos superior e inferior del escudo, los umbos reducen su superficie... En esta etapa se lleva a cabo el abandono definitivo de los umbos bivalvos fabricados en dos piezas y se generaliza el uso, ahora mucho más difundido, de los umbos de aletas de una sola pieza. Las armas de asta incluyen normalmente formas clásicas, a las que se incorporan otras más anchas (Brunaux y Rapin, 1988: 120-124), mientras que sus regatones se acortan y agregan nuevas técnicas de enmangue, como la espiga. Poco se sabe de la evolución de los cascos, al margen de su desarrollo en Italia hacia formas menos complejas.

Lejars distingue por lo general dos subfases en La Tène C1 en base a sus panoplias y el arte asociado a estas (Lejars, 2003: 25-33). El santuario de Ribemont-sur-Ancre es especialmente rico en la última subfase (Lejars, 2000: 243-245 y 248), que también atañe levemente al yacimiento epónimo de La Tène (Lejars, 2007: 363).

La Tène C2 (c. 225-150 a.C.): También conocido especialmente por los santuarios, con intensa continuidad en Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1996b: 617, con la bibliografía anterior) y un conjunto muy destacable en La Tène (Lejars, 2007: 362), aunque el número de trofeos relativos a este periodo decrece en Ribemont-sur-Ancre (Lejars, 2000: 245-247). Los cambios en la panoplia son muy significativos, especialmente en lo que refiere al desarrollo de la caballería, que será crecientemente empleada en los conflictos entre Roma y Cartago de finales del siglo III a.C. Este efecto se traduce en la disociación de los módulos de espada en dos modelos: uno para infantería y otro, ya mucho más largo, para caballería (Rapin, 1999: 59). Las conteras de las vainas continúan alargándose, y tienden a usar remates cortos triangulares, mientras que los motivos ornamentales de las placas explotan especialmente los temas vegetales y nuevos contenidos como los de la “doble ese” o los clásicos “trísqueles” con ornamentos laterales¹⁶⁶. Paralelo al desarrollo de estas vainas largas, sigue el abandono de las cadenas de suspensión semirrígidas propias de las fases anteriores y el retorno a las suspensiones de cuero con anilla metálica terminal. Los umbos, por su parte, viven

¹⁶⁶ Que caracterizan el llamado “estilo de las espadas suizas” (De Navarro, 1972: 239-297; Lejars, 2003: 34).

un proceso de crecimiento brutal en sus aletas (lo que requiere una fijación “extra” de clavos) y un alargamiento de sus conchas, que ahora abrazan de nuevo casi la totalidad del umbo de madera. Las lanzas tienden también a una hipertrofia de sus moharras, que se ensanchan de forma exagerada o se alargan hasta alcanzar sus máximos en toda la Segunda Edad del Hierro europea. Los regatones que las acompañan pertenecen ya casi siempre a los modelos de empuñadura con espiga, mientras que los de empuñadura tubular decrecen de forma notable.

La Tène D1 (c. 150-80 a.C): El periodo de La Tène D1 marca el inicio de La Tène Final, última fase del desarrollo de la cultura de la Segunda Edad del Hierro celta. El proceso de disminución de la documentación procedente de necrópolis se recrudece aún más (Rapin, 1999: 61), aunque seguimos contando con numerosas evidencias procedentes de contextos rituales: algunas panoplias más en Ribemont-sur-Ancre¹⁶⁷, el depósito de Port¹⁶⁸ o los hallazgos de Manching¹⁶⁹, vienen a sustituir los desaparecidos santuarios de Gournay-sur-Aronde y La Tène. Un puñado de panoplias procedentes de las escasas necrópolis con ajuares de este periodo, como la suiza de Giubiasco¹⁷⁰ o la alemana de Wederath¹⁷¹ vienen a completar el bastante mal conocido cuadro de la panoplia La Tène del periodo D1. En esta fase, sigue el proceso de alargamiento de las espadas con filos paralelos, a veces con puntas romas pero más frecuentemente con extremos muy afilados; más incluso que en las fases más antiguas¹⁷². Este proceso de alargamiento tiene como consecuencia el retorno de los nervios centrales en las espadas (abandonados en La Tène Media) para evitar el pliegue de la espada al golpear, y la realización de acanaladuras o rebajes en bandas para disminuir el peso de la hoja. Los protectores metálicos para la guarda, siguiendo la forma de las embocaduras de las vainas, combinan la clásica forma acampanada de fases anteriores con la nueva forma rectilínea, muy abundante. La mayor longitud de las espadas repercute también en las vainas y sus conteras, que se alargan espectacularmente (tanto estas como sus remates)

¹⁶⁷ Lejars, 1996: *passim* y 2000: 247.

¹⁶⁸ En Suiza, también depósito lacustre como el de La Tène (Müller, 1992; 2007 y 2007b; Wyss, Rey y Müller, 2002)

¹⁶⁹ Sievers, 1989.

¹⁷⁰ Pernet *et alii*, 2006; Pernet, 2008.

¹⁷¹ Haffner, 1971, 1974, 1978; Cordie-Hackenberg y Haffner, 1991 y 1997; Lejars, 1996: *passim*

¹⁷² La clásica idea de Déchelette (Déchelette, 1914: 619 y cuadro pág. 626) de que la mayoría de las espadas de esta época tenían puntas romas deriva de la sensación que producen los remates de sus vainas, que suelen ser semicirculares o rectangulares y muy anchos. Hoy en día, con la ayuda de radiografías, resulta sencillo observar estas puntas aún estando las espadas envainadas (Rapin, 1999: 62).

y se llenan de refuerzos para su mayor estabilidad. Asistimos en este periodo al retorno del bronce como material ocasional para estas vainas, así como a la fuerte simplificación ornamental de sus placas. Para adaptarse a estas vainas, las hembrillas de suspensión se ensanchan mucho más y tienden a alargar sus sujeciones. El tipo más frecuente de vaina en este periodo es el llamado “Ludwigshafen” (Lejars, 1996: 92).

La dinámica de los umbos de escudo es similar a la fase anterior, con conchas y aletas muy voluminosas de los tipos trapezoidales, rectangulares o *bipennes* (Rapin, 1999: 63), aunque otras formas más reducidas¹⁷³ también coexisten con aquellas. Al final de este periodo, se empiezan a registrar hallazgos de escudos con umbos circulares y conchas cónicas, que llevan implícitos el abandono de la *spina*. Las lanzas viven un importante déficit de hallazgos, especialmente los regatones, que tienden a ser descartados de los ajuares en el nuevo proceso (para las culturas centroeuropeas occidentales) de incineración. De todos modos, se intuye un descarte de los modelos de sujeción con espiga (Rapin, 1999: 65), mientras que las moharras tienden a las formas biconvexas (Brunaux y Rapin, 1988: 126 y Fig. 63) y en general a las formas alargadas y menos estrechas que las de la fase anterior.

Los cascos de hierro viven un resurgimiento en los primeros estadios de La Tène Final, en muchos casos perdiendo ya el remate y adoptando las carrilleras de tipo anatómico propias de los prototipos celtoitálicos.

A juzgar por las panoplias típicas de esta fase, A. Rapin la cree muy unida con la anterior (La Tène C2), especialmente en su fase más avanzada del siglo II a.C. (Rapin, 1999: 61). De igual forma que las fases La Tène B2/C1, aunque correspondientes generalmente a distintos estadios de las grandes fases catalogadas como La Tène Antigua, Media o Final, estas secuencias corresponden a una articulación interna de la panoplia que tiene mucho que ver con los condicionantes tácticos; en el caso de LT B2/C1 hacia un modelo de infantería con mayor movilidad, y en el caso de LT C2/D1 hacia una transición con un destacadísimo papel de la caballería.

La Tène D2 (c. 80-época augústea): La frontera cronológica que separa La Tène D1 de La Tène D2 es algo discutida. Generalmente, se viene asociando esta última fase a la Guerra de las Galias, en torno a mediados del siglo I a.C.¹⁷⁴. Sin embargo, el análisis de

¹⁷³ Por ejemplo, el modelo de “aletas convergentes” (Lejars, 1996: 94 y Fig. 9,4).

¹⁷⁴ Así, por ejemplo, en Brunaux, 1990: 189; distinguiendo una subfase LT D1b (c. 60-40 a.C.) y una fase LT D2 posterior al 40 a.C. en base a la información procedente de los santuarios.

las panoplias del siglo I a.C. hace preferible distinguir dos subfases en el desarrollo de La Tène D2: una inicial (LT D2a), entre 80-60/55 a.C., y una final (LT D2b) posterior a esa fecha (Lejars, 1996: 98)¹⁷⁵. En este periodo, la documentación es aun peor que en anteriores, y mucho más esporádicos. A destacar, algunas panoplias en las mismas necrópolis que en La Tène D1, pero sobre todo, el gran conjunto de armas hallados en relación al sitio de Alèsia (Sievers, 2001)¹⁷⁶ (Fig. 10).

La panoplia típica de esta fase se basa de nuevo en las espadas muy largas (mal conocidas en general por hallarse frecuentemente en el interior de sus vainas), y vainas del tipo conocido como “Ormes”, con largas conteras repletas de refuerzos “en escala” y ya desprovistas de sus remates. Estas vainas suelen fabricarse en bronce, y van acompañadas de hembrillas muy anchas, con amplias placas que suelen ocupar toda la anchura de la parte

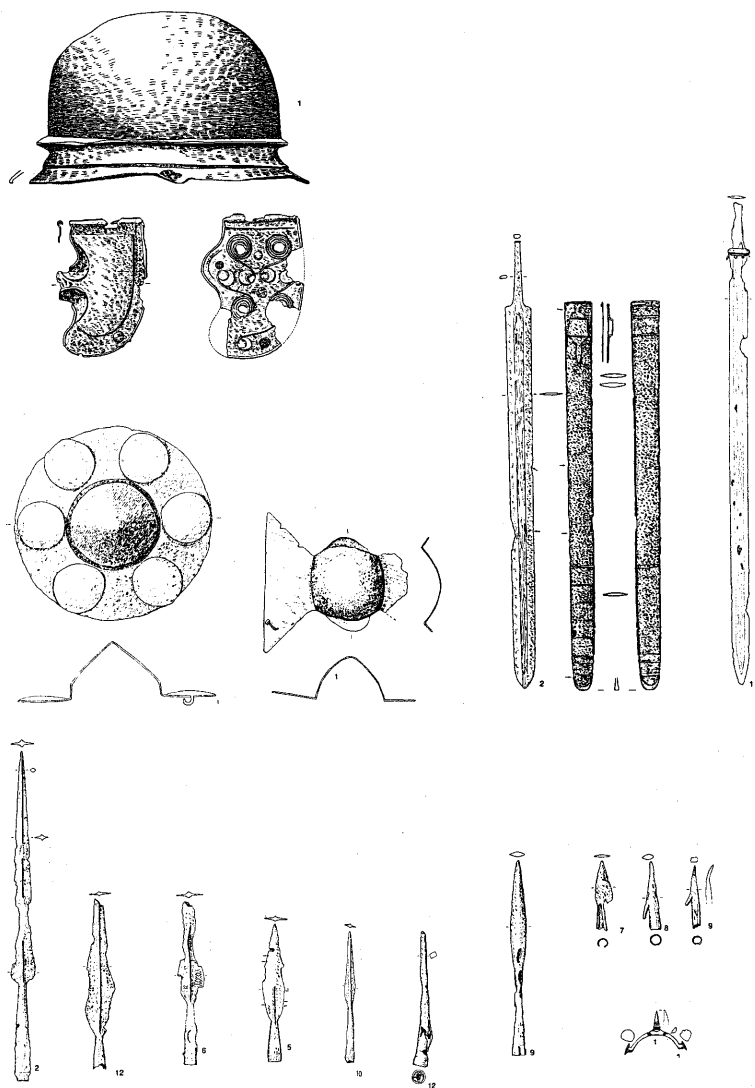


Fig. 10: Algunas armas celtas de La Tène D2 en Alèsia, según Sievers, 2001: Fig. 14.

¹⁷⁵ También refiriendo al norte de Francia, como Brunaux, 1990 (*vide nota anterior*), que es el territorio donde el armamento de estas fases es mejor conocido.

¹⁷⁶ Véase también un conjunto de artículos de reciente publicación en Poux (dir.), 2008: en especial, Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008; Viand, Pernet y Delestrée, 2008; Pernet, Poux y Teegen, 2008; Riquier, 2008; Deberge, 2008; Desbat y Maza, 2008; Gorgues y Schönfelder, 2008 y Deschler-Erb, Pernet y Voirol, 2008.

proximal de aquellas. Los umbos de escudo generalizan sus modelos circulares con concha cónica o redondeada, aunque también se repiten los modelos de aletas trapezoidales altas con rebordes muy salientes (Lejars, 1996: 92-95). Entre las lanzas, siguen dominando las moharras largas y delgadas y las arrojadizas, con regatones de embocadura tubular. En cuanto a los cascos, se unen a los modelos de hierro los nuevos tipos en bronce sin remate y con cubrenuca simple (el tipo “Mannheim”), que pudo ser una influencia romana. Los tipos en hierro, más propios de la tradición La Tène, revisten de una apariencia muy distinta, normalmente con cubrenuca y visera acompañados de varios rebordes.

Aunque esto es, en líneas generales, lo que sabemos actualmente sobre la evolución de la panoplia La Tène típica, es importante incidir aquí en el sesgo cultural en la representatividad de esta, puesto que en la cultura La Tène algunas armas como las espadas tienen un papel simbólico especial, que las hace dominantes sobre otras en el registro funerario, por un lado, y en el de algunos santuarios por otro. En sí, la panoplia más habitual debió ser mucho más pobre, probablemente con sólo una lanza y un escudo sin elementos metálicos. Este sesgo se hace efectivamente perceptible en las armas depositadas en el santuario de Ribemont-sur-Ancre (Lejars, 2000: 249-253). Al parecer, en este santuario, a diferencia del vecino de Gournay-sur-Aronde, no hubo un proceso selectivo de las panoplias a exponer como trofeos, sino que se expusieron las panoplias reales junto a los cuerpos de sus propietarios desprovistos de sus cabezas; probablemente como consecuencia de una victoria militar (Brunaux, 2004: 103-118). En el registro de sus armas, pues, se detecta un claro predominio de las armas de asta, muy por encima de las espadas¹⁷⁷.

Un efecto parecido cabe esperar de las panoplias de la Península Ibérica, que dependen de un registro arqueológico básicamente procedente de información funeraria¹⁷⁸ o de trofeos donde la espada es el elemento principal que probablemente actuó como *pars pro toto* de una panoplia capturada¹⁷⁹.

¹⁷⁷ Lejars, 2000: 250 y tabla I, y *supra*, I.A.1.

¹⁷⁸ *Vide supra*, I.C.1.

¹⁷⁹ García Jiménez, 2006: 87.

II. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN

Una vez más, vamos a distinguir en este capítulo dos áreas de estudio autónomas: la región centroeuropea, cuna y laboratorio del armamento La Tène, y la Península Ibérica, ejemplo de territorio periférico en el que trabajamos. En el breve repaso que a continuación exponemos acerca de lo que ha sido la historia de la investigación sobre el armamento La Tène en estas regiones, vamos a tener en cuenta tan solo los trabajos verdaderamente influyentes en el estudio de esta panoplia y su evolución, pero no vamos a detenernos demasiado en aquellos que describen y catalogan hallazgos sin más, puesto que ello supondría abrumarnos con datos prácticamente inabarcables y forzosamente incompletos, que en nada nos ayudarían a ilustrar los verdaderos pasos adelante en la investigación sobre la panoplia La Tène. Por las mismas razones, sólo vamos a incorporar en esta relación los estudios pertenecientes a las regiones europeas mejor conocidas que cuenten con mayor proyección e influencia. Regiones como la del Rin Medio y Alemania meridional, Austria, los países balcánicos, Bohemia, Moravia o Hungría han tenido, siempre en términos genéricos, menor difusión en la historiografía específica debido a las dificultades lingüísticas; aunque bien es cierto que las investigaciones de mayor trascendencia han acostumbrado a publicarse en congresos internacionales en otros idiomas más accesibles al investigador.

II.A. LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL ARMAMENTO DE TIPO LA TÈNE EN EUROPA

Trabajos pioneros

Sin duda el primer trabajo genérico que tiene en cuenta la evolución de la panoplia La Tène a lo largo de sus cinco siglos de desarrollo corresponde a **J. Déchelette** (Déchelette, 1914). Este trabajo, enmarcado en las tendencias historiográficas de inicios del pasado siglo, pretendía analizar la evolución de la cultura de la Segunda Edad del

Hierro celta mediante el concurso de los hallazgos arqueológicos realizados hasta la fecha y apoyados ocasionalmente por los datos iconográficos o las referencias en las fuentes clásicas. En este análisis, el armamento jugó un destacadísimo papel, en ocasiones preferente al del desarrollo de otros elementos de la cultura material como los adornos personales o la cerámica. Déchelette atiende, en dos capítulos distintos¹⁸⁰, al armamento ofensivo y defensivo de la cultura La Tène, contemplando las especificidades regionales de algunos territorios atípicos, como las islas británicas o el área germánica, y con especial atención a los elementos más habituales en las panoplias depositadas en el ajuar funerario: las espadas.

De sobras conocida es su propuesta de evolución para las espadas La Tène, de muy amplia difusión y utilizada en los estudios peninsulares hasta fecha reciente¹⁸¹. El principio básico de esta evolución se basa en el alargamiento progresivo de las hojas, y la pérdida, también progresiva, de la punta a favor del desarrollo de los filos y, por tanto, de los golpes cortantes. Hoy en día, aunque esta teoría se mantiene en su aspecto genérico¹⁸², sabemos que existen numerosas excepciones a esta regla, y que lo frecuente es precisamente que muchos tipos con distintos módulos o distintas puntas convivan en la misma época. Como ya hemos visto con anterioridad¹⁸³, la presencia de módulos cortos o estrechos en La Tène B2 o de módulos medios en La Tène D1 está bien constatada, así como las espadas con punta afilada en sus últimas fases de desarrollo¹⁸⁴. De hecho, el propio Déchelette incidió probablemente más en el tema de las puntas, seguramente influido por la forma redondeada de los remates de contera de La Tène III (Déchelette, 1914: fig. 460), que en el de las longitudes de hoja, aunque la historiografía posterior le ha atribuido mayor peso a este último dato. La existencia de ejemplares antiguos con larguísima módulos como la conocida espada de Somme-Bionne¹⁸⁵ o la de La Motte de Saint-Valentin (*Ibid.*: 617-619) ya fue valorada por este autor, que además omitió el tema de las longitudes de hoja en su cuadro-resumen de la evolución de las espadas (*Ibid.*: 626 y **Fig. 11**). Por otra parte, uno de los aspectos más

¹⁸⁰ Capítulo V para el armamento ofensivo; VI para el defensivo.

¹⁸¹ Sobre todo La Tène I, ya que la forma de espadas preponderante en la Península Ibérica, o al menos en la Celtiberia, deriva de prototipos de dicha fase (sobre este particular, véase Quesada, 1997: 257-259 y 264-265). En el noreste peninsular, la evolución no es tan estanca y hay muchos ejemplos inconfundibles de La Tène II o La Tène III (García Jiménez, 2006: *passim*), aunque existen módulos pequeños en fechas avanzadas que se han solido interpretar como de La Tène I (*Vide supra*, nota 48).

¹⁸² Véase, por ejemplo, su aplicación en el excelente trabajo de I. Stead sobre las espadas de la Champagne (Stead, 1983).

¹⁸³ *Vide supra*, I.C.2.

¹⁸⁴ Baste echar un vistazo al catálogo de espadas de Port (Nidau) (Wyss, Rey y Müller, 2002).

¹⁸⁵ *Ibid.*, fig. 457,9; Stead y Rigby, 1999: cat. 1349, fig. 147.

significativos del análisis de Déchelette sobre estas armas es su atención a los rasgos de las vainas, por ejemplo en la evolución de sus embocaduras y las guardas o en las conteras y sus remates, o en su modo de suspensión, mencionando la evolución de este hacia cinturones de cadena a dos piezas en La Tène II. Asimismo, resulta muy destacable el interés que este autor muestra hacia los modelos de producción regional basados en prototipos La Tène de las áreas periféricas, como las espadas “bretonas” o “germánicas” (*sic.*) (*Ibid.*: 629-635).

		LA TÈNE I (500-300 a.C.)	LA TÈNE II (300-125 a.C.)	LA TÈNE III (125a.C.-c. Era)
HOJA	Punta	Afilada	Poco afilada o roma	Redondeada
	Cruz	No existe. Quizá era orgánica.	En forma de campana o de cáliz	Rectilínea
VAINA	Embocadura	Ligeramente contorneada o rectilínea	Del mismo perfil que la cruz	Rectilínea
	Contera	a. Ultrasemicircular y calada. b. Maciza, trebolada	Estrangulada y no calada.	Rectangular y reforzada por numerosas láminas transversales

Fig. 11: Características de las espadas La Tène y sus vainas según la propuesta de evolución de Déchelette (Déchelette, 1914: 626; a partir de: Quesada, 1997: fig. 147).

Lo poco que Déchelette apuntara sobre las armas de asta en contextos La Tène (*Ibid.*: 649-660) ha variado muy poco hasta la actualidad. Asumiendo los conocidos problemas sobre la distinción entre lanza y jabalina o la gran variabilidad morfológica de las moharras, Déchelette menciona una evolución de las lanzas marcada por la continuidad tipológica de las moharras hallstáticas en La Tène I, con puntas estrechas y secciones sin nervio o con nervio redondeado débil, la multiplicación de formas en La Tène II hacia puntas más anchas con nervio en arista (a menudo onduladas o “flameantes” y a veces con orificios o recortes en la hoja), y la desaparición de estas formas en La Tène III, sustituidas por formas menos voluminosas. En cuanto a los regatones que acompañan estas lanzas, el estudio de Déchelette se limita a constatar la existencia de modelos con empuñadura tubular y modelos con empuñadura en espiga, sin más.

El armamento defensivo, a excepción de los elementos de escudo, es algo menos frecuente en el registro arqueológico de la época de Déchelette (*Ibid.*: 661), y su estudio

es por tanto algo sesgado. Después de breves notas acerca de las cotas de malla, la defensa corporal pasiva atañe en este trabajo únicamente a los cascos. Lo más destacable en este caso, teniendo en cuenta la precocidad del trabajo y su contexto científico, es la fuerte influencia que se atribuye a los cascos celtoitálicos, que son, según este autor, mucho más abundantes entre los *senones* cisalpinos que entre el resto de las tribus galas. Los entonces recientes hallazgos de la necrópolis de Montefortino en Ancona¹⁸⁶, con sepulturas de guerreros acompañadas con panoplias “galas” (*sic.*) (fundamentalmente espadas y cascos¹⁸⁷), unidos a otros hallazgos en Bolonia, llevaron a Déchelette a argumentar la procedencia itálica, derivada de estos prototipos, en los cascos de tipo Berru documentados en la Europa continental al norte de los Alpes (*Ibid.* 670-671), pese a que él mismo aceptara ya una fecha más antigua para los ejemplares franceses. Este argumento, que hoy no se considera si no es en orden inverso¹⁸⁸, no impide el acierto de Déchelette al considerar otros cascos, dentro ya de lo que actualmente se conoce como tipo Montefortino, como derivados de los hallazgos en contextos *senones*: por ejemplo los de Mannheim, Villaricos o Les Martres-de-Veyre (*Ibid.*: 679 y fig. 489). Por último, el repertorio de cascos de Déchelette termina con el tipo Agen, un modelo tardío con variantes documentadas en Alèsia.

Siguiendo con el armamento defensivo, escasa y algo sintética atención es la que dedica Déchelette a la tipología y evolución de los umbos de escudo. Resulta muy significativo en este estudio la repetida afirmación sobre la ausencia de elementos metálicos en los escudos de La Tène I¹⁸⁹, lo que tiene su explicación en el hecho de que, por entonces, los umbos bivalvos, elementos estos algo complejos en su reconstrucción virtual¹⁹⁰, no se identificaban como tales (Brunaux y Rapin, 1988: 21-22 y fig. 11, 2-3). A partir de La Tène II, por tanto, tendría lugar la aparición de los umbos metálicos con aletas, cuyas variantes no se detiene a comentar. Resulta curioso que Déchelette mencione la derivación de estos umbos a otros, ya de La Tène III, con concha elipsoidal y cubre-*spina*, modelo este que sólo ha reaparecido en la bibliografía muy, muy reciente (Bel *et alii*, 2008: 446-448 y fig. 360; Poux, 2008: 344-348 y fig. 31) y que creemos que retoma el papel de algunos umbos bivalvos de muy antigua tradición¹⁹¹. Ya en el último estadio de evolución, hallaríamos los umbos circulares, con sus variantes cónica y

¹⁸⁶ Brizio, 1899 para su primera aproximación.

¹⁸⁷ Déchelette, 1914: 594-597.

¹⁸⁸ Connolly, 1981: 120; Brunaux y Lambot, 1987: 132.

¹⁸⁹ Déchelette, 1914: 612 y 673.

¹⁹⁰ *Vide infra*, IV.A.

¹⁹¹ *Vide infra*, IV.D.

hemisférica (Déchelette, 1914: 678 y fig. 495) y conocidas representaciones en la iconografía.

Aunque existieron muchos otros aportes en el terreno armamentístico en esta magnífica obra de Déchelette (glandes de honda, puntas de flecha, estandartes o incluso *soliferrea*), no vamos a detenernos en ellos porque no creemos que sea este el espacio indicado para ello. Lo que sí debemos recalcar es el carácter pionero de esta obra, la primera y una de las todavía hoy escasísimas obras dedicadas a desentrañar la evolución de la panoplia La Tène y sus derivaciones regionales.

En segundo lugar, cabe citar un trabajo que, aunque no está en relación directa con el origen y evolución del armamento, sí lo está con el del arte, muy frecuentemente asociado a las armas de tradición La Tène. Estamos hablando, como no, del estudio de **Paul Jacobsthal** sobre el arte céltico, que vio la luz en una época de verdadera sequía en la investigación sobre la cultura La Tène europea (Jacobsthal, 1944). Como en el estudio del armamento La Tène peninsular el alcance del arte céltico continental es, al menos por el momento, más bien escaso, no vamos a profundizar demasiado en este aspecto, pero sí vale la pena esbozar brevemente el contenido de este trabajo pionero, puesto que su publicación asentó las bases para el estudio de lo que en adelante sería un instrumento complementario indisoluble a la investigación sobre la evolución de las armas. El mérito de la obra de Jacobsthal es el de definir los estilos artísticos, entre los que destacan un estilo antiguo, basado en motivos geométricos especialmente frecuente en contextos del siglo V a.C. (Jacobsthal, 1944: 67-83), un estilo algo más avanzado, basado en diseños vegetales ¹⁹² bautizado como “estilo de *Waldalgesheim*” por su repetida aparición en el ajuar de la tumba rhenana (*Ibid.*: 83-95), un tercer estilo, el “de las espadas húngaras” (con obvio origen de su definición), derivado del estilo anterior (*Ibid.*: 95-97); y un último estilo, llamado “estilo plástico”, marcado por la plasmación de diseños con un grado de abstracción poco corriente en el mundo antiguo (*Ibid.*: 97-105). Es importante en el trabajo de Jacobsthal la aceptación de una consciencia unitaria de los mismos motivos ornamentales en buena parte del territorio europeo, y del hibridismo y confluencia de estilos en determinados momentos, lo que sin duda hay que percibirlo ya como una idea muy moderna en la concepción del desarrollo cultural de la Segunda Edad del Hierro europea.

¹⁹² Más que “florales” (*cfr.* Jacobsthal, 1944: 83).

Nos interesa destacar, además, el breve aunque productivo apunte sobre las armas como soportes ornamentales (Jacobsthal, 1944: 114-118), prácticamente centrado con exclusividad a las vainas (Filottrano, Marson, Somme-Bionne...) y a los cascos. Estos últimos, los divide en dos grupos: el grupo A, que englobaría los tipos claramente célticos con ornamentaciones complejas (Anfreville, Canosa, Reims...) junto a los de tipo Berru, para los que acepta una tipología distinta pero una adscripción cultural común; y el grupo B, cuyo origen céltico consideraría dudoso. El grupo B pertenecería a los cascos de procedencia itálica, entre los que vendrían incluidos los cascos de fabricación mixta en hierro y bronce (como elemento ornamental) y los que posteriormente conoceremos en la terminología actual como tipo Montefortino. Para estos cascos, Jacobsthal percibió una procedencia a veces celta, a veces etrusca y a veces celtoetrusca de sus decoraciones que definía como “*clearly the result of collaboration between Etruscan and Celtic artisans in an Italian workshop*” (Ibid.: 118). Además, el autor alemán, apreciaría ya entonces la existencia de dos tipos de carrilleras: las anatómicas, más raras, y las de triple disco, un motivo que consideraría de claro ascendente céltico.

Otro aspecto a destacar, heredando en este caso las lagunas del trabajo de Déchelette en este campo, sería el de su afirmación de la inexistencia de elementos metálicos en los escudos de la primera etapa de La Tène, y de la inexistencia de motivos decorativos en los umbos característicos de las fases posteriores (Ibid.: 115). Ambas afirmaciones no se sustentan hoy día.

Aunque mucho más tardío, el trabajo de **J.M. De Navarro** (De Navarro, 1972) sobre las espadas y vainas del yacimiento epónimo de La Tène, en el lago de Neuchâtel (Suiza) es también un verdadero referente en la investigación del armamento La Tène. Los hallazgos que son objeto de este trabajo proceden enteramente de excavaciones muy antiguas, que remontan a los años 1867-1866 y 1907-1917 (Lejars, 2007: 357-358) y que apenas contaron, hasta la publicación de De Navarro, con representación en las publicaciones monográficas anteriores sobre el yacimiento (Gross, 1886; Vouga, 1923). El hecho de tratarse de una importantísima colección de armas (166 espadas y 120 vainas, amén de otras muchas armas que no llegó a estudiar¹⁹³) perfectamente conservada merced a su deposición en el fondo de un brazo muerto del río Thielle,

¹⁹³ Vide supra, I.A.1.

favoreció el carácter exhaustivo de su estudio tipológico. Resulta significativo que De Navarro, quien planeaba realizar un estudio igualmente completo de todos los elementos extraídos del yacimiento¹⁹⁴ (umbos, puntas de lanza, fibulas, vajilla, útiles...), decidiera comenzar por las espadas, probablemente los objetos más llamativos estéticamente y simbólicamente, teniendo en cuenta su perfecto estado de conservación comparado con el de otras colecciones.

Lo más destacable de este trabajo es que, probablemente, se trate del primer estudio tipológico minucioso sobre un arma de tipo La Tène. En efecto, y a diferencia de los anteriores trabajos dedicados a estas armas, el peso de los distintos rasgos morfotécnicos que configuran las espadas y en especial sus vainas, es ponderado con cuidado y utilizado para su clasificación y propuesta de evolución. La intención, más allá de su uso para este yacimiento en concreto, era hacer extensible esta clasificación a otras regiones dentro de la Europa continental (De Navarro, 1972: 1) que contaran con materiales comparables. Ya al principio de su estudio, De Navarro (*Ibid.*) resalta la idea de que las vainas (y no las espadas) y las fibulas¹⁹⁵ son los objetos más ricos en detalles tecnológicos y merecen un estudio detallado¹⁹⁶. Por tanto, y tal como anuncia el propio título de esta obra, se da prioridad a las vainas por encima de las espadas, lo que a partir de entonces ha sido una constante habitual en el estudio de estas armas.¹⁹⁷

De este modo, De Navarro prefigura al inicio de su obra aquellos detalles morfológicos en las vainas que tienen que ver con su evolución, atendiendo a la forma de sus ejes, la forma de ensamblaje de sus placas, las embocaduras, refuerzos, hembrillas de suspensión y conteras. Aunque la mayor parte de las espadas y vainas de La Tène pertenecen a un estadio medio en La Tène II, existe un puñado de piezas atribuible al periodo anterior (La Tène I). Para apoyar el estudio de estas piezas, este autor se basa en los hallazgos de la cercana necrópolis de Münsingen-Rain, que contaba con una colección importante de ejemplares, en general bien fechados gracias a las fibulas y otros elementos de adorno tan frecuentes en este yacimiento (Hodson, 1968; Charpy, 1998). Las vainas de La Tène Media, por su parte, son clasificadas en cuatro grupos (A-D) (De Navarro, 1972: 125-215) en función de sus caracteres morfológicos. En realidad, sólo los dos primeros grupos pueden ser considerados verdaderos tipos, puesto que el C

¹⁹⁴ Lejars, 2007: 358.

¹⁹⁵ Para un análisis inicial de las fibulas recuperadas en La Tène, véase Briner, 2007.

¹⁹⁶ Este es un hecho tremendamente importante en un yacimiento como el de La Tène, en el que no hay evidencia estratigráfica ni contexto espacial claro (Lejars, 1994: 10).

¹⁹⁷ Lejars, 1994 y 2003; Guillaumet y Szabó, 2002; Rapin, 2000, 2007 y 2008; García Jiménez, 2006.

se define en realidad a partir de la mezcla de atributos típicos de los dos grupos precedentes, mientras que el D engloba todas las piezas incompletas y, por tanto, inclasificables.

Merece especial consideración la atención que De Navarro dedica en su trabajo al arte asociado a las vainas, que le ocupa los capítulos IV, IX y X (*Ibid.*: 65-124; 216-238 y 239-297). Este hecho es importante, puesto que el objetivo de este análisis es dar un apoyo estilístico a la cronología de las vainas, lo que también constituye un precedente importante en la historiografía de estas armas, que a partir de entonces incluyen también estos elementos de soporte¹⁹⁸. Es precisamente el análisis cronológico de las vainas y espadas de De Navarro el aspecto más problemático en su trabajo (*Ibid.*: 312-327), que él mismo consideró como “*purely provisional*” a falta de un estudio detallado de las fíbulas. A falta de elementos de contraste bien fechados fuera del territorio suizo, la propuesta de De Navarro no logró afinar en exceso la cronología absoluta para los depósitos más importantes del periodo que abarcaba el yacimiento, que creyó alcanzaban a ocupar todo el periodo de La Tène Media. Análisis posteriores, apoyados en un mayor volumen de hallazgos y un mejor conocimiento genérico de estas armas, han permitido fechar estos depósitos en un periodo de tiempo relativamente estrecho, que ocuparía básicamente la segunda fase de La Tène Media; esto es: La Tène C2 con muy pocos elementos atribuibles a la subfase anterior, La Tène C1b (Lejars, 1994:10 y 2007: 362-363 y fig. 4).

En todo caso, el mérito del trabajo de De Navarro es verdaderamente excepcional para la época, y sin duda llegó a ahondar en la investigación futura de forma definitiva. Los rasgos morfológicos de las vainas, sus decoraciones y, en menor medida, los atributos de sus espadas, se configurarían entonces como patrones orientativos que buscar en otros hallazgos, sentando las bases tipológicas de futuros trabajos sobre la evolución de estas y otras armas.

De los años 50 en adelante: Los estudios regionales y las necrópolis. El armamento en su contexto.

Después del trabajo de síntesis de Déchelette y el largo paréntesis de dos guerras mundiales, empezarían a resurgir poco a poco los estudios arqueológicos con algunos

¹⁹⁸ Lejars, 1994: 63-89, 2003 y 2008; Rapin, 2000; Szabó y Petres, 1992; Ginoux, 2007 y un largo etcétera. *Vide infra*, en este mismo capítulo.

componentes de la panoplia La Tène. En realidad, durante un periodo prolongado no existieron trabajos enteramente dedicados al armamento, sino que las distintas piezas de la panoplia aparecían como testimonio de su contexto arqueológico, mezclado con otras piezas que despertaban mayor interés científico, como las fibulas u otros adornos personales cronológicamente más precisos¹⁹⁹ y generalmente menos deteriorados. Durante esta fase historiográfica, la perspectiva de las armas como un objeto más en los ajuares de las sepulturas, ocasionó un estancamiento en el proceso de conocimiento de la evolución de la panoplia La Tène, que sólo sería quebrado por el trabajo de De Navarro y la posterior respuesta de algunos autores para otras colecciones hasta la aparición de los grandes santuarios de la Picardie en la década de los 80. La mayoría de los trabajos en los que se incluye armamento de tipo La Tène pertenecen a síntesis regionales sobre la cultura de la Segunda Edad del Hierro en distintos territorios o al repaso de hallazgos y colecciones antiguas, además de los ocasionales aportes de las nuevas excavaciones.

No vamos a detenernos en exceso a comentar las aportaciones científicas de esta fase, puesto que ya hemos advertido que la mayoría de esta no supone un verdadero avance en el estudio del armamento, sino tan sólo un enunciado de nuevos materiales que, posteriormente, serán útiles para estos fines. Valga por el momento resumir brevemente los logros de la investigación sobre la cultura La Tène en distintas regiones significativas²⁰⁰.

Europa occidental y septentrional

Probablemente uno de los territorios que más interés ha despertado tradicionalmente es el de la **Champagne** francesa, o, en general, el territorio nororiental francés, englobando las cuencas de los ríos Aisne y Marne y parte del valle parisino. El propio Déchelette dedicó ya una atención especial a este territorio, muy frecuentemente citado en sus capítulos sobre armamento (Déchelette, 1914: fig. pág. 627). Esta región es en efecto una de las más ricas en armamento La Tène, aunque lo es especialmente en sus fases más antiguas. Este hecho es el que precisamente le otorga cierto favor en el trato científico, puesto que el armamento de esta época es mal conocido en general, y no es

¹⁹⁹ *Vide supra*, I.C.2.

²⁰⁰ Para una síntesis actual, véase el trabajo monográfico que recoge las actas de la Mesa Redonda de Budapest en 2005 (Szabó (dir.), 2006).

en absoluto tan abundante en otras regiones del foco nuclear muy ricas en tumbas de La Tène Antigua, como el Rin Medio o Bohemia.

Aunque una buena parte de los hallazgos con armas en Champagne pertenecen a excavaciones muy antiguas, especialmente de finales del siglo XIX e inicios del XX (Berru, Bussy-le-Château, Chouilly, Chassemy, la Hourgonotte, Poix, Somme-Bionne, Fère-Champenoise...) ²⁰¹, la densidad de necrópolis en la región y el estado prácticamente inédito de la mayoría de las colecciones, propició un fenómeno de recuperación de datos a partir del análisis de los ajuares depositados en los museos que desencadenó una tendencia a la revisión de estas necrópolis y su peso en la cultura material regional. El inicio de esta cadena de publicaciones está en la iniciativa de A. Brisson y J.J. Hatt, quienes publicaran cuatro de estos cementerios, algunos sin armas, entre las décadas de los 50 y los 60 (Brisson y Hatt, 1955, 1960 y 1969; Brisson, Hatt y Roualet, 1970). La iniciativa fue recogida asimismo por A. Duval en relación a la necrópolis de la Hourgonotte, en Liry, esta con una colección de armas bastante importante (Duval, 1971 y 1972). Pronto surgieron los primeros estudios de conjunto, especialmente interesados en la cronología de la evolución de la cultura material de la región. Así, por ejemplo, el estudio de Bretz-Mahler, centrado en la llamada “facies marniana” (Bretz-Mahler, 1971), o el de Hatt y Roualet (Hatt y Roualet, 1977) para el conjunto de La Tène, aunque atendiendo muy poco a las fases más modernas ²⁰². Nos vamos a interesar en este caso especialmente por el primero, que es el que reúne una importante cantidad de armas y una discusión sobre las mismas:

En el trabajo de Bretz-Mahler hallamos referencias importantes al proceso de génesis de la espada La Tène a partir del puñal hallstático. Aparte de una compleja clasificación entre lo que son puñales, dagas o espadas cortas, se observa en esta obra una clara preponderancia de las conteras de vaina como factor tipológico básico, incidiendo asimismo en la modificación en su modo de suspensión (Bretz-Mahler, 1971: 98), la presencia de placas y elementos de bronce en buena parte de las mismas (*Ibid.*: 100) o la existencia de embocaduras onduladas en ejemplares muy antiguos (*Ibid.*: 101). Sin embargo, y pese a la atención de todos esos detalles, el trabajo es todavía más descriptivo que tipológico, y muy alejado por tanto de lo que veríamos poco más tarde en el estudio de De Navarro para las vainas de La Tène. Las lanzas y jabalinas ocupan, una vez más, un lugar menor en la obra de Bretz-Mahler (*Ibid.*: 110-111), quien

²⁰¹ Demoule, 1999: anejo III.

²⁰² *Vide supra*, I.C.2.

prácticamente se limita a constatar cierta continuidad con las últimas fases hallstáticas y una variabilidad muy importante. También menor es el espacio que dedica a las armas defensivas. De los ocho cascos documentados, siete procedían de tumbas con carro (*Ibid.*: 119), lo que según este autor confirma la idea de Déchelette de la exclusividad de estas defensas. Los cascos analizados son del tipo Berru, acompañados según este autor con carrilleras probablemente de cuero. Los escudos también están infrarrepresentados al tratarse de ejemplares fabricados en madera o cuero, con ocasionales manillas metálicas y algunos restos de orla en bronce o hierro, además de algún raro umbo que no se detiene a valorar (*Ibid.*: 123-124).

El proceso de recuperación de datos de excavaciones antiguas continuaría, incentivado por la realización de nuevas campañas en otras necrópolis y enriqueciéndose poco a poco con la creciente mejora en el conocimiento del armamento gracias a la incorporación de series importantes del mismo y estudios monográficos derivados de los hallazgos en santuarios. Así, por ejemplo, destacan otra serie de trabajos publicados por el mismo P. Roualet y otros autores (Roualet *et alii*, 1982 y 1983), el monográfico de J. Rozoy sobre las necrópolis de Mont Troté y Les Rouliers (Rozoy, 1987), excavadas entre los años 1964 y 1974, el catálogo de la exposición en el Museo de Epernay en 1991 (Charpy y Roualet, 1991), que contaría con la publicación de un buen número de panoplias y armas significativas de la zona, o el mucho más reciente estudio de I. Stead y V. Rigby (Stead y Rigby, 1999) sobre la colección Morel del British Museum. Incluso más significativos, si cabe, resultarían los trabajos específicos del propio Ian Stead sobre las espadas y vainas y sus módulos (Stead, 1983), o el de J.J. Charpy sobre las vainas con contera circular calada (Charpy, 1987). Aunque este último grupo de publicaciones atañen en concreto al área nororiental de Francia, dejaremos sus comentarios pertinentes para más adelante, por el importante peso que desempeñaron en la investigación de estas armas.

En la **región británica**, los hallazgos en necrópolis son escasos si se comparan con los depósitos procedentes de hallazgos fluviales y otros contextos rituales: sólo 11 de las 171 espadas del sur y 21 de las 43 del norte (Stead, 2005: 79-83). Citaremos sin embargo el espléndido trabajo de Ian Stead (Stead, 2005) sobre las espadas británicas como un referente básico del alto rendimiento de los datos tipológicos teniendo en cuenta los escasos datos cronológicos deducibles de las raras tumbas fechables de esta región. Ya muy influenciado por la importante línea de investigación relativa a los

grandes santuarios y sus conclusiones tipológicas, este trabajo sigue la acostumbrada minuciosidad del autor responsable de la investigación de una parte importante del material champagniano. Un completísimo catálogo de 274 ejemplares es estudiado con detenimiento y subdividido en ocho grupos que tienen en cuenta el fuerte componente indígena de las producciones septentrionales y su puntual influencia sobre las meridionales, más típicamente laténicas según el patrón continental. Resulta especialmente interesante el importante papel desempeñado por las vainas orgánicas, a veces combinadas con elementos metálicos, y la clara predilección por las espadas de módulos cortos en el norte; aspectos ambos que nos recuerdan el comportamiento de otra zona “periférica” como es la Península Ibérica. No termina este trabajo sin antes añadir un capítulo dedicado a la tecnología y análisis metalográficos de algunas armas y otro dedicado a la especial expresión artística insular relacionada con las espadas. Este es, en síntesis, el estudio definitivo de las espadas británicas de influencia La Tène, y esperamos que en el futuro podamos contar con trabajos paralelos sobre los escudos y otras armas de la misma influencia en esta región.

Volviendo al continente, el caso **suizo**, uno de los más recurrentes en la historiografía tradicional sobre el armamento celta, es paradigmático en cuanto a conjuntos de armas localizados en un mismo yacimiento, teniendo en cuenta que una buena parte de los hallazgos proceden de santuarios o lugares de culto, centrados en la tríada de La Tène, Port y Tiefenau (Müller, 1992, 2007 y 2007b). Pese a esta densidad, no fue hasta la publicación del trabajo monográfico de De Navarro (De Navarro, 1972) que despertó el interés científico hacia estos lugares, en buena medida debido a la fuerte influencia que representara en la historiografía del pasado siglo la necrópolis de Münsingen-Rain, que acapararía con sus notabilísimos conjuntos de espadas y, sobre todo, elementos ornamentales, la atención académica de forma casi exclusiva. Descubierta hacia 1904, esta necrópolis ya fue objeto de publicación por el encargado de su excavación, Jakob Wiedmer, al cabo de poco tiempo (Wiedmer-Stern, 1908), pero no sería hasta sesenta años más tarde cuando tendría lugar la publicación detallada de sus ajuares por parte de Frank Hodson (Hodson, 1968). El trabajo de Hodson se centraría en el interés cronológico de la evolución del cementerio, para lo que contaría con el apoyo sistemático de las fibulas, torques, brazaletes o anillos dejando por completo de lado toda discusión tipológica de las armas, que por otra parte contarían con un buen apoyo

en su datación y evolución. Ese es precisamente el testigo que recogió hábilmente De Navarro para su estudio de las vainas de La Tène Antigua en La Tène²⁰³.

Ya en la década de los 80, tendría lugar la publicación de otra necrópolis excavada en fechas antiguas (Vevey, hacia 1901-1903) con escasos aunque interesantes conjuntos de armas (Martin-Kilcher, 1981). Pero la verdadera puesta a punto de los materiales latenienses en las necrópolis suizas de la Segunda Edad del Hierro vendría de la mano de Gilbert Kaenel (Kaenel, 1990), quien recogería todos los hallazgos del área occidental, con una especial atención a los ajuares de la necrópolis lausanniana de Saint-Sulpice, también de hallazgo antiguo. Otras necrópolis menores, con ajuares similares, muy ricos en fibulas y adornos y, en menor medida, armas, serían excavadas hacia finales de los 70 en Gumefens, dentro de la región de Gruyères (Schwab, 1995). Mención obligada requiere también el de la publicación muy reciente de una necrópolis con ricos ajuares tardíos en la región alpina del Ticino: la necrópolis de Giubiasco (Tori *et alii*, 2006 y Pernet *et alii*: 2006), que contaría con una fuerte influencia romana, también perceptible en su armamento. De todos modos, y pese al alcance científico de algunas de estas necrópolis, en especial la de Münsingen, las grandes necrópolis suizas son más bien escasas²⁰⁴ (Kaenel, 2004), mientras que los hallazgos armamentísticos en contextos culturales distintos representan una importante ventaja en el conocimiento de la evolución de estos objetos. Precisamente por su carácter cultural, enlazando su publicación con la época de mayor difusión de los santuarios, no nos detendremos a analizar estos trabajos por el momento, sino que nos dedicaremos a ello en el siguiente apartado.

Siguiendo hacia el este y el norte con nuestro breve recorrido por los hallazgos en contextos de necrópolis, citaremos un par de referencias básicas en la zona central de Europa. Por un lado, la de Dürrnberg, en Hallein (**Austria** occidental) (Moosleitner, Pauli y Penninger, 1974), que contiene una importante colección de ajuares de transición del Hallstatt a La Tène, abrazando todo el periodo antiguo de esta última; y, por otro, la serie dedicada a la necrópolis de Wederath-Belginum, en la **Renania** alemana (Haffner, 1971, 1974 y 1978; Cordie-Hackenberg y Haffner, 1991 y 1997). En

²⁰³ *Vide supra*, II.A.

²⁰⁴ El mismo Kaenel titularía un reciente artículo suyo con un sugerente interrogante: “*Vevey, Münsingen, Saint-Sulpice... Où sont les autres nécropoles celtiques du Plateau suisse?*” debido a la sequía de hallazgos en estos contextos desde los años treinta (Kaenel, 1998: *passim* y fig. 4).

este caso, y pese a la abundante presencia de material antiguo en esta región²⁰⁵, la necrópolis se fecha en un periodo más reciente (entre LT D1 y LT D2), constituyendo uno de los referentes más importantes del armamento de esta época.

No sería justo terminar este recorrido sin mencionar la labor realizada en la zona más septentrional del continente europeo. El estudio de Piotr Luczkiewicz sobre el armamento La Tène de **Polonia** (Luczkiewicz, 2000) constituye precisamente otro paso adelante en estrecha relación con la influencia del material La Tène tardío hacia el norte de Europa y su fusión con el armamento de tradición germánica. El exhaustivo análisis de las sepulturas polacas determina una puntual influencia desde La Tène B2/C1, que el autor considera como importaciones (Ibid.: 359-362), y una importante presencia de este material a partir de La Tène C2-D1. Las armas recogidas de las tumbas son analizadas con detenimiento para establecer una tipología, de origen muy taxonómico, para espadas, vainas, umbos y lanzas. Lo más destacable para nuestro propósito consistiría en ser testigos de la fuerte personalidad de algunos rasgos de las armas de esta región “periférica”, que se concretan en la forma de algunas decoraciones en las largas vainas, con embocaduras ornamentadas con *opus interrabile* y conteras de gran longitud, que ocupan hasta la mitad de la pieza, y cuentan con remates en forma de espuela y gran cantidad de refuerzos que le dan un aspecto de escala. Asimismo, la gran variedad de umbos circulares hallados hacen de esta región otro foco a no perder de vista en el estudio del armamento tardío.

Europa oriental

Nos interesa también acercarnos al proceso de evolución en el conocimiento y divulgación de la panoplia La Tène del área oriental europea, una región en general muy influyente por el fuerte peso de la región del **Danubio Medio** en las innovaciones tecnológicas (o, al menos, en su difusión) a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. y durante buena parte de la centuria siguiente.

Para la **región balcánica**, resultan de especial trascendencia los trabajos de J. Todorovic (Todorovic, 1956 y 1972), el último de estos centrados en la necrópolis serbia de Karaburma (Belgrado), una de las que cuenta con mayor número de tumbas y que ha

²⁰⁵ Aunque la región es también característica por sus ajuares de La Tène D (Lejars, 1996: *passim*, y en especial, mapa de la fig. 1, donde aparece una relación de las mismas). La Renania no es la única región alemana rica en panoplias de estos contextos, también abundantes en Baviera y, en general, en las regiones del sur (Déchelette, 1914: 575-584).

sido base para la periodización de la región en numerosas ocasiones (Bozic, 1981; Gustin, 1984). Precisamente una de estas publicaciones (Gustin, 1984) viene a llamar nuestra atención al recoger un notable conjunto de necrópolis con ajuares ricos en panoplias La Tène desde finales del siglo IV a.C., destacando, además de la mencionada necrópolis de Karaburma en la región escordisca, otras muchas, estas eslovenas, pertenecientes a la etnia taurisca (Dodova, Mokronog, Novo Mesto, Mihovo...). En los ajuares más antiguos de la región, casi siempre pertenecientes a la fase de La Tène B2, se dejará notar la importante presencia de umbos bivalvos²⁰⁶, que en general vendrá siendo habitual en el territorio oriental de la cultura de La Tène.

En la **región húngara**, destaca en especial el material procedente de la zona Transdanubia, a occidente del río que le da nombre, además de un puñado de necrópolis en el noreste (Kosd, Szob, Mátraszöllös...) y la Llanura Húngara²⁰⁷ (Tiszarád, Bodroghalom, Radostyán, Piscoolt...), en su mayoría todavía inéditas, pero de los que conocemos algunos ajuares con armas importantes (Szabó y Petres, 1992: 119-251). Algunas necrópolis de la Transdanubia (en especial: Ménfőcsanak, Rezacser y Magyarszerdahely) fueron publicadas en 1987 (Kovács, Petres y Szabó (eds.), 1987) como parte de un importante proyecto destinado a publicar un análisis de todas las necrópolis húngaras por regiones y bautizado con el nombre de “*Corpus of celtic finds in Hungary*”, que tendría continuidad una década más tarde con la publicación de un tercer volumen, dedicado en este caso a la región septentrional (Hellebrant, 1999).

Sin duda el autor que más esfuerzos ha dedicado a la investigación sobre la panoplia La Tène, y en general sobre esta cultura en los países de la Europa oriental, desde los años 80 ha sido Miklos Szabó. De la amplia producción científica que le debemos, nos parece especialmente importante el trabajo de síntesis realizado en 1995, en el marco del congreso de Hautvillers sobre la Europa celta de los siglos V-III a.C. (Szabó, 1995). Este artículo trata de dotar de base arqueológica a las migraciones célticas hacia el este mediante el análisis de la cultura material, de nuevo partiendo básicamente de los hallazgos en necrópolis. El estudio engloba de este modo una extensa área que abarcaría las regiones eslovena, croata y serbia en el sur, el este y norte de Hungría y el sureste de

²⁰⁶ Por ejemplo en las seps. nº 62 y 111 de Karaburma (Szabó, 1995: fig. 5 y Gustin, 1984: fig. 10, respectivamente), la sep. 283 de Pecine (Szabó, 1995: fig. 3), y otras tumbas procedentes de Pozarevac y Osijek (*Ibid.*: fig. 11).

²⁰⁷ De la llegada de grupos celtas a esta región hacia finales del siglo IV a.C. y su fusión con la cultura escita allí preestablecida nacerá el apelativo de “celto-escita” frecuentemente asignado a la cultura material de esta región (Szabó, 2006: 102-104).

Eslovaquia (Dubník, Chotín, Izkovce...) ²⁰⁸ como focos de difusión de dicha cultura material y la población que la acompañaba hacia territorios más orientales, una vez retiradas las tropas celtas responsables de las campañas en Grecia hacia la región del Danubio hacia el 279-278 a.C. (Szabó, 1995: 49). Este periodo emblemático, que vendría a ocupar la totalidad de La Tène B2 y los primeros años de La Tène C1, se caracteriza por un tipo de panoplia en la que esta región es la más rica y abundante, con un fuerte peso de las vainas con contera circular horadada, umbos bivalvos y las primeras cadenas de suspensión acompañando algunos de estos conjuntos. Precisamente la riqueza cultural de este territorio en dicho periodo culminaría con el desarrollo de un estilo artístico propio, el “estilo espadas húngaras” definido por P. Jacobsthal ²⁰⁹, que acapararía la atención académica regional sobre estos y otros motivos artísticos asociados a las armas, y que seguimos en la obra del propio Szabó (Szabó, 1982; 1992: 119-150, 1996) ²¹⁰. La fuerte presencia de estas ornamentaciones utilizando las vainas como soporte tiene su máxima representación en la obra maestra de Szabó y Petres (Szabó y Petres, 1992) sobre las armas decoradas de la llanura carpática. El mayor interés científico de esta obra, aparte obviamente de la discusión central sobre la evolución de los patrones artísticos, reside en el hecho de que además de un extenso catálogo de armas, se publica la relación de objetos que acompañaban cada pieza, lo que es de inestimable ayuda para precisar cronologías (*Ibid.*: 18).

Europa meridional

En **Italia**, el interés científico ha sido también notable debido a la intención ya clásica de dotar de contexto arqueológico a la migración histórica de algunas tribus celtas hacia el territorio cisalpino, bien documentada en las fuentes literarias antiguas. El problema, sin embargo, es algo más complejo que en la Champagne y otras regiones centroeuropeas, puesto que si en aquellas zonas el armamento existente responde a los patrones habituales en la mayoría del territorio influenciado por la cultura La Tène, en esta otra las variaciones son múltiples y muy complejas.

²⁰⁸ Sobre las necrópolis orientales de la República Checa, con materiales más tardíos, véase en especial los tomos dedicados a Staré Hradisko (Meduna, 1961 y 1970).

²⁰⁹ *Vide supra*, en este mismo capítulo.

²¹⁰ Además de otros autores. En especial: Duval, 1966 y, más genérico: Duval y Kruta (eds.), 1982.

A partir de la década de los 70, aparecerán en Italia gran cantidad de estudios relativos a materiales de tipo La Tène, especialmente panoplias y objetos de adorno²¹¹, depositados como ajuares de necrópolis que vendrían a atestiguar la fuerte presencia celta en el norte y noreste del territorio itálico. El tipo de panoplia La Tène itálica es ya bien conocido desde los antiguos hallazgos de finales del siglo XIX e inicios de la siguiente centuria, con la presencia constante de espadas y vainas, una peculiar abundancia de cascos de factura propia en las tumbas más ricas, armas de asta de tradiciones mixtas, y cadenas de suspensión semirrígidas en las sepulturas posteriores a la popularización de estas hacia finales del siglo IV a.C. Los umbos de escudo, sin embargo, son tremendamente raros, y sólo empiezan a ser habituales en contextos tardíos, sobre todo en el norte. Estos trabajos sobre armamento, como decimos normalmente publicados como parte de los ajuares de tumbas, son especialmente abundantes en las regiones más ricas en panoplias, en especial las que ocuparon las tribus de los *boii* (en la Emilia Romagna, con una dispersión muy centrada en torno a la ciudad de Bologna) y los *senones* (en la región picena de las Marcas, la costa adriática al este de los Apeninos hasta la ciudad de Ancona), casi siempre con cronologías que abarcarían la segunda mitad del siglo IV a.C. y la primera mitad del III a.C. Los trabajos más antiguos relativos a estas regiones corresponden al área senona y no han sido revisados hasta la fecha sino de forma puntual. Destacamos en especial la publicación de la necrópolis de Montefortino, en Arcevia, por parte de E. Brizio (Brizio, 1899), ya muy comentada por Déchelette²¹² (Déchelette, 1914: 594-597), o la de S. Paolina de Filottrano por parte de E. Baumgärthel dos décadas después de su hallazgo (Baumgärtel, 1937); ambas con importantes colecciones de panoplias. Como en el caso de la región champagniana, la mayor parte de los hallazgos en fechas antiguas fue revisada posteriormente. Así, en la misma área senona, algunas tumbas de la propia necrópolis de Montefortino serían reestudiadas por Maurizio Landolfi en 1978 (Landolfi, 1978), a las que se incorporarían otros hallazgos importantes de reciente recuperación, como los de las necrópolis de Camerano y Numana²¹³ (Lollini, 1979). En el área boya, por su parte, el fuerte peso de

²¹¹ Véase en especial Kruta, 1978 y Hermann Frey, 1987 para aspectos específicos de algunos elementos ornamentales personales, además de las publicaciones relativas a las necrópolis cisalpinas citadas a continuación en el texto, en las que siempre aparecen asociadas con las armas.

²¹² *Vide supra*.

²¹³ Aunque en un principio se propuso la adscripción de estas necrópolis a la etnia picena, por su posición al sur del río Esino (Lollini, 1979: 59) debido al texto de Livio (Livio, V.35.3) que situaba la tribu de los *senones* al norte de dicho río, más recientemente (Landolfi, 1987: *passim*) se ha sugerido la presencia de esta última tribu en un territorio más extenso, que superaría esta barrera geográfica algunos kilómetros hacia el sur.

la influencia etrusca se dejaría notar junto a los materiales de tipo La Tène en las colecciones procedentes de necrópolis también excavadas de antiguo, que vendrían revisadas en este caso de la mano de Luana Kruta-Poppi, una de las investigadoras de la panoplia La Tène más activas de las décadas de los 70 y 80. En dicho sentido, verán la luz algunos conjuntos notables comparables a los del área senona, como los de la necrópolis de Marzabotto (Kruta-Poppi, 1975), la tumba de Ceretolo, o algunos ajuares de la necrópolis de Benacci en Bolonia (Kruta-Poppi, 1979). El siguiente paso adelante en esta región tendría lugar una década más tarde, esta vez gracias al hallazgo de la riquísima necrópolis de Monte Bibele (Monterenzio), cuya excavación y publicación vendría a cargo de Daniele Vitali. La excavación reciente de dicha necrópolis y las sustanciales mejoras en el conocimiento de la panoplia La Tène europea²¹⁴ de aquel momento, harán de este descubrimiento uno de los referentes más importantes en la historiografía moderna, culminando con su publicación monográfica en fechas muy recientes (Vitali, 2003 y Vitali y Verger (eds.), 2008). El mismo Vitali se encargaría en 1986 de un primer análisis del armamento La Tène del área de Bologna (Vitali, 1986) y de la edición de un coloquio internacional de gran trascendencia para la historiografía relativa a la cultura material de La Tène en Italia (Vitali (ed.), 1987), así como de algún otro trabajo que nos encargaremos de comentar más adelante. Para el futuro quedará la publicación de otra necrópolis muy cercana, la de Monterenzio Vecchia, de cuyos resultados tuvimos un adelanto en 2002 (Lejars, Verger y Vitali, 2002).

El empuje de Vitali alcanzaría en la década de los 80 la publicación de algún conjunto, esta vez algo más modesto, del área senona, en la necrópolis de Piobiccio (Vitali, 1987), al que vendrían a unirse los trabajos del infatigable Landolfi (Landolfi, 1987), recogiendo los hallazgos de la región, en los que incluyó un discusión sobre algunos materiales de Todi y Moscano di Fabriano²¹⁵. Como extensión de la panoplia boica, aunque ya en territorio ligur, cabe citar la importante necrópolis de Cafaggio en Ameglia, que cuenta con una importante colección de espadas (Durante, 1987).

Algo peor conocida es la región Transpadana, ocupada por las tribus de los *cenomani* y los *insubres* y por otros pueblos de etnia no-celta como los vénetos, que aun así incluyen en numerosas ocasiones panoplias La Tène en sus ajuares. Aunque el comportamiento de la panoplia La Tène en las regiones al norte del Po es parecido en

²¹⁴ *Vide infra*, en este mismo capítulo.

²¹⁵ Sobre el ajuar de esta rica sepultura, véase una síntesis por el propio Landolfi en: Landolfi, 1991.

líneas generales al de la región de Bolonia²¹⁶, se nota una cierta influencia de elementos propios del área alpina del Ticino²¹⁷ y de la región eslovena (Gamba, 1987: 262), así como la escasez de cascos celtoitálicos. A destacar en esta región los trabajos generales de E. Arslan (Arslan, 1978), quien constataría una falta interés por parte de la historiografía itálica por las panoplias u otros elementos La Tène tardíos, o algunos estudios más específicos para el área lombarda con fechas similares (Tizzoni, 1984; De Marinis, 1986). La región del véneto, algo mejor conocida, cuenta con buenos estudios de sus necrópolis: Le Brustolade en Antino (Tombolani, 1987) o Arquà (Gamba, 1987); esta última con una importante presencia de umbos de escudo, especialmente de la variante *bipenne* con concha alta. Resumiendo los hallazgos diacrónicos de material La Tène en esta región, contamos con el trabajo de Loredana Calzavara y Angela Ruta (Calzavara y Ruta, 1987), del que destacamos la percepción de una orientación más septentrional, alpina, para las panoplias más antiguas, frente a una más adriática o cisalpina para las panoplias más avanzadas del momento de la romanización de la región.

A toda esta abundancia de datos con hallazgos de panoplias La Tène en el territorio cisalpino, hay que añadir un puñado de trabajos que son objeto de excepción al tratar de forma exclusiva aspectos relativos al armamento celtoitálico fuera de un contexto de publicación de sus necrópolis. En primer lugar, destaca el trabajo de Coarelli sobre los cascos (Coarelli, 1976), que divide en cuatro tipos y para los que no acepta una ascendencia celta (*Ibid.*: 158 y 171), creyéndolos de origen etrusco por las inscripciones que los acompañan habitualmente. En todo caso, y a pesar de la escasa atención que dedica a sus ejemplares más antiguos y frecuentemente asociados a otros elementos de la panoplia La Tène, la clasificación de Coarelli tiene en cuenta la evolución de los modelos en hierro con *paragnathides* tridiscoidales y fuertemente decorados hacia los tipos más simples fabricados en bronce y con carrilleras anatómicas, lo que sigue contando hoy en día con el apoyo generalizado de los investigadores sobre el tema (**Fig. 12**).

El siguiente trabajo que destacaríamos es el de Peter Stary sobre el armamento celta en la península itálica (Stary, 1979), que, aunque algo sucinto, tiene la ventaja de colocar en el mismo lugar toda la documentación disponible sobre estas armas, algo en lo que el

²¹⁶ Por ejemplo en Carzaghetto o Garlasco (Arslan, 1978: 464-466).

²¹⁷ A destacar la publicación de J. Graue sobre Ornavasso (Graue, 1974), una necrópolis que, aunque situada en todavía en territorio italiano, enlaza mejor con la región alpina del Ticino.

autor alemán es sin lugar a dudas un auténtico especialista. En él se tiene en cuenta también la evolución de los cascos hacia modelos simplificados, aunque para este autor el precedente es sin duda céltico, y el influjo se produciría de norte a sur y no a la inversa. Stary constata también la ausencia de componentes metálicos en los escudos ovales (*Ibid.*: 104-105), con muy pocas excepciones, así como la dispersión de espadas de tipo La Tène preferentemente en el área septentrional y oriental de la península. Aunque no se dedica al complejo problema de las armas de asta, la obra de Peter Stary constituye un referente al compilar sobre un mismo mapa los hallazgos de espadas y cascos de influencia La Tène, algo que no se repetiría hasta fechas más recientes, ya con un estudio por fases mucho más preciso (Dore, 1995).

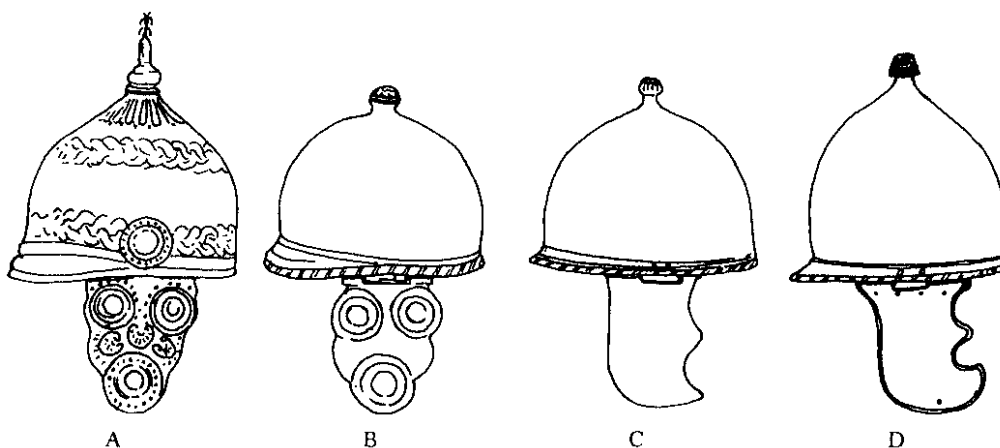


Fig. 12: Tipología de los cascos celtoitalicos de “gorra de jockey” según Coarelli, 1976: fig. 1.

Algunos años después, sería Luana Kruta-Poppi quien dedicaría un artículo al estudio de algunas espadas (en realidad, sólo dos), procedentes de dos yacimientos itálicos y depositadas en el, por entonces, Musée des Antiquités Nationales (Kruta-Poppi, 1986 y 1987). El interés en este caso no es por la cantidad sino por la calidad del estudio, que tiene en cuenta el esfuerzo tipológico de De Navarro para las vainas del yacimiento epónimo (De Navarro, 1972) y sigue un análisis morfológico detallado de las dos piezas, con especial dedicación a una de ellas²¹⁸, que constituiría un ejemplo de las conocidas como tipo “Hatvan-Boldog”. Sin embargo, es la otra pieza, que procede de Leprignano, en Capena (cuenca baja del Tiber), y por tanto de un lugar algo alejado del circuito habitual para estas espadas en Italia, la que tiene mayor interés. La tipología de

²¹⁸ Procedente de Monte Cardeto, en Ancona (Kruta-Poppi, 1986: Fig. 1).

la vaina de Leprignano apunta para la autora una fecha de inicios del siglo IV a.C.²¹⁹, contemporánea con la fecha de las primeras invasiones y, en consecuencia, una de las más antiguas de la Península Itálica.

El último trabajo que nos gustaría comentar pertenece a la serie de Daniele Vitali relacionada con el yacimiento de Monte Bibele (Vitali, 1988). Se trata de un estudio que, aunque basado en los hallazgos de dicha necrópolis boyá, trasciende al territorio itálico interesándose principalmente en dos aspectos: las cadenas de suspensión y los cascos. El primer bloque deriva de la influencia de los estudios de André Rapin al respecto (Rapin, 1987), y constituye un importante reclamo a la atención hacia estos elementos, muchas veces constatados en las necrópolis italianas acompañando a las espadas La Tène y capaces de aportar, una vez conocida su evolución, datos cronológicos de gran relevancia. En el bloque referente a los cascos, cabe llamar la atención sobre los ejemplares fabricados en hierro, los prototipos celtoitálicos más antiguos, pertenecientes al tipo A de la clasificación de Coarelli (Coarelli, 1976: 163-164 y fig. 1; **fig. 12**), sobre los que este autor ofrece un detallado análisis estilístico de sus decoraciones y para los que propone una cronología algo más dilatada de la generalmente aceptada. Otro paso adelante trascendental vendrá a proponer la hipótesis de dos grandes series de cascos, con talleres y áreas de circulación bien distintas: una para los modelos itálicos con disco temporal típicos del modelo A de Coarelli (Monte Bibele, Montefortino, Bolonia, Filottrano...) y otra para los más complejos con una notable dispersión extrapeninsular (Agris, Canosa, Anfreville...).

El **sur de Francia** es otro territorio importante a seguir; este quizás especialmente, por la proximidad a la Península Ibérica, aunque el mismo representa a todas luces uno de los peor conocidos del armamento La Tène europeo.

En la zona oriental, la región del **Languedoc** adolece de problemas similares a los que veremos en la zona aquitana, aunque la cantidad de material depuesto en las

²¹⁹ Una reciente revisión de esta pieza ha llevado a André Rapin a remontarla incluso más en el tiempo, para situar su fabricación hacia finales del siglo V a.C. y por tanto aceptando la viabilidad de su uso en la batalla de Alia en 387 a.C. (Rapin, 2008: 240-241). No nos parece adecuada la opinión de Rapin en cuanto a que *“la fourchette chronologique estimée par Luana Kruta-Poppi (Kruta-Poppi, 1986, p.44) couvre l’ensemble du IVe s.”* (Ibid.: 241), puesto que aun admitiendo que cita: *“la datation que l’on peut proposer à partir de l’examen typologique semble ne pas pouvoir être postérieure à la fin du IVe siècle avant J.-C.”*, añade justo a continuación: *“elle devrait se situer **sans doute** vers le début de ce siècle [la negrita es nuestra]”* (Kruta-Poppi, 1986: 44).

excepcionales necrópolis es mucho mayor. La más destacable sin duda es la necrópolis de Ensérune (Hérault), con una cronología tan dilatada que prácticamente abarca la totalidad de la Segunda Edad del Hierro. La panoplia La Tène completa, con todos sus elementos, incluyendo cadenas de suspensión, regatones, umbos e incluso un casco, es ya comentada en el trabajo de J. Jannoray sobre el *oppidum* y la necrópolis, que incluye excavaciones antiguas y algunas más recientes para la época (Jannoray, 1955). El fuerte influjo del armamento ibérico se dejaría notar, ignorando todavía el peso de las armas de asta, en la presencia de tres falcatas procedentes de las excavaciones de Felix Mouret (*Ibid.*: 397 y fig. 41). Aunque el trabajo definitivo sobre esta necrópolis aun está por llegar²²⁰, conocemos algún adelanto significativo (Rapin y Schwaller, 1987; Schwaller *et alii*, 2001) que nos muestra específicamente la evolución de la panoplia de este lugar. Aparte de esta riquísima necrópolis y de la esporádica aparición de algún elemento aislado en el interior²²¹, el resto de las panoplias La Tène hay que ponerlos en relación con el territorio narbonense de la región de Nîmes. La mayoría de las panoplias de esta región pertenecen a momentos avanzados, de La Tène C2 (finales del siglo III a.C.) en adelante. Un resumen inicial de estos hallazgos podemos hallarlo en la obra de A. Duval, J.-P. Morel e Y. Roman (Duval, Morel y Roman, 1986), con una concluyente discusión sobre la cronología de las mismas, que en este territorio cuenta con el inestimable apoyo de las cerámicas de importación. Muy recientemente ha tenido lugar una revisión completa de este armamento en el marco de un trabajo monográfico sobre estas tumbas (Bel *et alii*, 2008), que cuenta con un excelente tratamiento tipológico, perfectamente adaptado a las aportaciones científicas sobre la panoplia La Tène en el último cuarto de siglo. Dentro del mismo marco cultural, podemos citar el trabajo, clásico y ejemplar, sobre la sepultura de Saint-Laurent-des-Arbres (Barruol y Sauzade, 1969), con un detallado estudio de su panoplia (casco de tipo Montefortino, lanza, escudo con umbo metálico y espada La Tène) que incorpora un análisis de conjunto de algunos de estos elementos en la región.

En el brazo opuesto del mapa, la **región aquitana** del suroeste de Francia es una de las más complejas por el fuerte componente indígena de su armamento, especialmente característico en la Primera Edad del Hierro, un periodo caracterizado por un gran

²²⁰ *Vide supra*, I.C.1.

²²¹ Por ejemplo en el hallazgo de Larzac, con una espada de La Tène C (Labrousse y Verneht, 1994), frecuentemente relacionado con el eje toulousiano-garoniano (Boudet, 1994: 51).

volumen de hallazgos arqueológicos en contextos de necrópolis. La Segunda Edad del Hierro, por el contrario, vendrá a coincidir con una drástica disminución de deposiciones en contextos funerarios, lo que a la práctica viene a representar una importante laguna en el registro arqueológico de las armas (Boudet, 1995: 89). De todos modos, la presencia, aunque discreta, de armamento La Tène en este periodo es ya conocida en trabajos antiguos de la región (Fabre, 1952), que cuentan con el repertorio de espadas de l'Ermitage (Agen), así como con los conocidos hallazgos de cascos de la misma región. El salto adelante en la investigación de la cultura aquitana, y por ende, de su armamento, vendrá incentivado por la obra de Jean-Pierre Mohen, con una primera aproximación a la presencia de material La Tène en contexto aquitano en 1979 (Mohen, 1979) y un excelente y detalladísimo trabajo monográfico sobre la Edad del Hierro en el territorio (Mohen, 1980) publicado poco más tarde. Este último trabajo, todavía hoy un referente obligado para la zona, constituye un ejemplo perfecto para lo que anunciábamos antes, puesto que de la ingente cantidad de material bélico documentado (en especial espadas de antenas, moharras y *soliferrea*), sólo una pequeñísima parte, procedente de los hallazgos del entorno de Mont-de-Marsan, pueden ser catalogadas como armas La Tène (*Ibid.*: fig. 124). Con posterioridad al trabajo de Mohen, aparecerían los restos de una singular vaina, desgraciadamente incompleta, en la localidad de Pau (Pyrénées-Atlantiques), situada al otro lado del Pirineo aragonés. A principios de los años 90, la abundante bibliografía de Richard Boudet, desgraciadamente desaparecido a mediados de dicha década, nos dejará las mejores síntesis sobre la cultura material de La Tène en la región aquitana (Boudet, 1991, 1994 y 1995). Una de estas obras (Boudet, 1994), aunque breve, resulta absolutamente imprescindible al constituir el único inventario de armamento La Tène de la región, que por desgracia no llegó a ser ampliado a un estudio tipológico detallado. Prueba de la escasez de este tipo de armamento en la región suroccidental de Francia es que sólo se documentan 21 entradas en el inventario, la mayoría incompletas o con fechas desconocidas. Boudet distinguía para Aquitania dos momentos de influjo para el material La Tène: uno, desde finales del siglo V a.C. hasta mediados del IV a.C. caracterizado por la aparición de fibulas, torques, brazaletes y hasta algún arreo de caballo normalmente vinculadas al material champagniano o incluso danubiano; y otro, a partir de finales del siglo IV a.C. y a lo largo del siglo siguiente, marcado por la renovación de estos patrones orientales y la aparición del armamento (Boudet, 1995: *passim*). En la actualidad, la presencia material armamentístico antiguo empieza a estar

mejor documentado en la región septentrional de Aquitania y los territorios al norte de esta (Gómez de Soto, 1989 y 1994; Gómez de Soto *et alii*, 2007; Rapin, 2004: 28), pero es posible que en el futuro se llegue a documentar por igual en el sur. Por el momento, en la segunda fase de influencia La Tène documentada por Boudet existen algunos rasgos tipológicos en las vainas de Mont-de-Marsan que parecen apuntar más alto, como mínimo a pleno siglo IV a.C.²²²

Mención aparte merecen los trabajos relativos a los abundantes “pozos rituales” con armas, de aparición tardía (entorno al siglo II a.C. avanzado-I a.C.) y dispersión muy centrada en los alrededores de Agen (Boudet, 1991) y Toulouse (Boudet, 1996). Ya incluidos en su mayoría en el repertorio de Boudet (Boudet, 1994: 46-47 y 51-52), estos hallazgos, cuyo carácter funerario ha sido largamente discutido (Gómez de Soto, 1994: 171-175), contienen una muestra selectiva de objetos, que a menudo incluyen cascos y puntas de lanza como únicos representantes de la panoplia, a diferencia de otros hallazgos contemporáneos a estos, como la tumba de carro de Boé (Boudet, 1991)²²³, en la que se incluye una panoplia completa con cota de mallas, casco, escudo, espada y una punta de flecha. Otra diferencia sustancial está en la tipología de los cascos, de origen celta para la tumba de Boé, como evidencia también la presencia del carro, y de claro tipo romano en los pozos rituales (Gorgues, 2005).

De los 80 hasta la actualidad: Los grandes santuarios. El armamento como tema de estudio.

En 1980 tendría lugar la aparición de la primera publicación sobre los hallazgos del santuario picardiano de Gournay-sur-Aronde (Brunaux, Meniel y Rapin, 1980), cuya característica más llamativa sería la presencia de panoplias completas de armas, que habrían sido expuestas para ser contempladas a lo largo de un periodo que prácticamente abarcaría la secuencia intermedia de La Tène al completo (c. 280-180/160 a.C.). El hallazgo de este y otros santuarios cercanos, de entre los que destacaría el de Ribemont-sur-Ancre, sería el detonante para el inicio de un periodo de investigación marcado por la recuperación de las armas a dos niveles: como objetos en

²²² *Vide infra*, VIII.A.

²²³ Véase, en última instancia: Gorgues y Schönfelder, 2008: 251-257 para un análisis completo de la panoplia de esta sepultura.

sí mismos, gracias a la intervención de importantes campañas de restauración, y como objeto de estudio, a resultas de su comparación obligada con otras colecciones. En efecto, la aplastante proporción de materiales metálicos hallados en estos santuarios obligaría a la creación de un laboratorio especializado en la restauración y el estudio de estos materiales (el IRRAP), entre los que las armas tendrían el papel más destacado. De este modo, se abrirían tres importantes líneas de investigación sobre el armamento en la cultura celta: la primera de ellas exploraría la proliferación y recuperación (en el sentido arqueológico de los términos) de los lugares de culto, en especial los santuarios; las otras dos atañen a los objetos en sí mismos, por un lado a las armas y, por otro, al arte aplicado a las mismas.

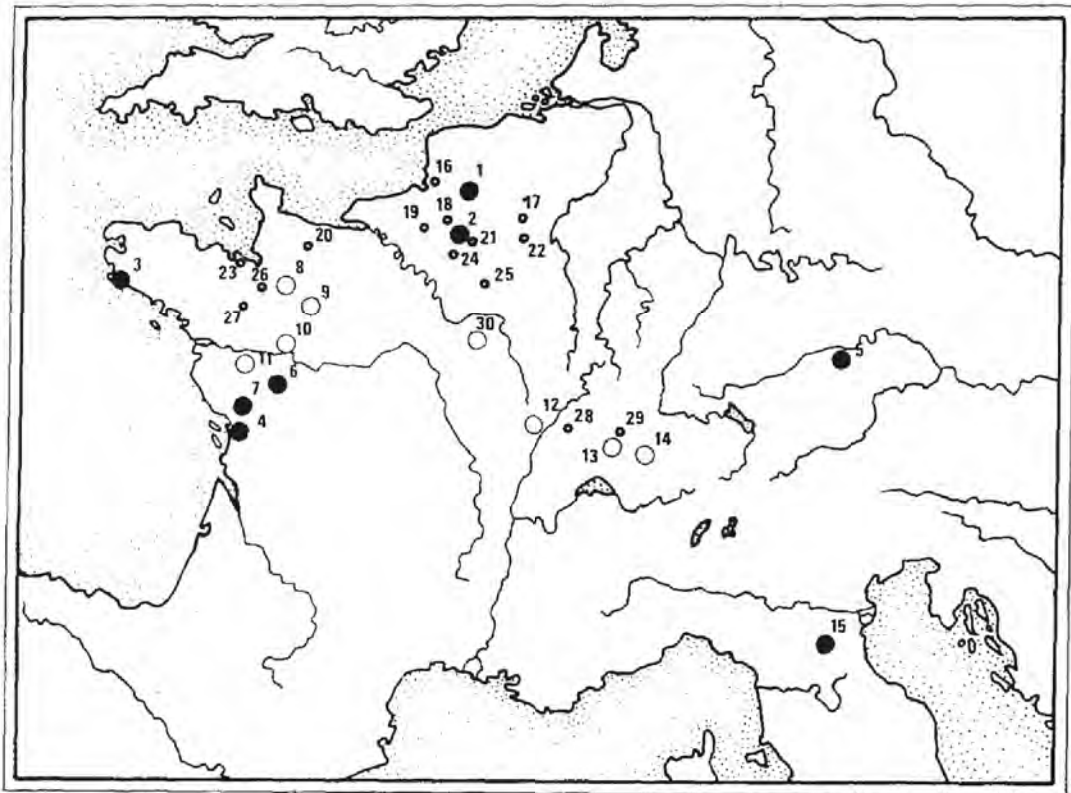


Fig. 13: Mapa de los principales santuarios celtas según Lejars, 1991: fig. 1. Los círculos en negro refieren a los santuarios con ocupación desde el s. III a.C.; los blancos, a los que incluyen una posible ocupación desde dicha fecha; los círculos menores representan una ocupación reciente (siglos II-I a.C.)

Aunque ninguno de los santuarios hallados desde la década de los 80 hasta la actualidad pueda equipararse en volumen de hallazgos a los de Gournay-sur-Aronde o Ribemont-sur-Ancre (Lejars, 1991: 250), un buen número de ellos vendrían a unirse a estos grandes yacimientos en las décadas siguientes, principalmente en la misma área picardiana (Lejars, 1991), pero también en otras regiones (**Fig. 13**).

La publicación genérica de los hallazgos de Gournay-sur-Aronde tendría lugar, después del adelanto de 1980, en una primera monografía (Brunaux, Meniel y Poplin, 1985) y parte de una segunda, dedicada a las deposiciones de los trofeos en el foso circundante (Brunaux y Rapin, 1988: 143-172). La publicación de los resultados de las excavaciones en Ribemont-sur-Ancre, en cambio, no ha llegado todavía al margen de sus resultados preliminares (Brunaux (ed.), 2000) y algún estudio concerniente a sus armas (Cadoux, 1986; Lejars, 1998 y Viand, Pernet y Delestrée, 2008).

Muchos de los santuarios excavados entonces contarían con materiales armamentísticos algo más tardíos que los anteriores, especialmente en La Tène D, como el también cercano de Acy-Romance (Lambot y Meniel, 2000) o el de Mirebeau (Côte-D'or) (Brunaux *et alii*, 1985); este último con algunos elementos aislados algo más antiguos (*Ibid.*: 108). Otros, de la región centro-occidental francesa, encajarán mejor con la cronología de los grandes santuarios picardianos, arrancando desde inicios del siglo III a.C. Así, por ejemplo, los de Faye-l'Abbesse y Nalliers (Lejars, 1989), que cuentan con panoplias selectivas, que incorporan espadas, cadenas de suspensión y lanzas pero no umbos de escudo y, sólo marginalmente, vainas.

La puesta en marcha de la investigación sobre santuarios con armas empujaría a los especialistas a interesarse de nuevo por otros lugares de culto, como los acuáticos de la región suiza, prácticamente inexplorados a excepción del trabajo de De Navarro, y algunos excepcionales conjuntos en contextos de poblado. Así, en 1989 se publicaría un trabajo de Susanne Sievers sobre un conjunto de armas inutilizadas en Manching (Sievers, 1989), de contextos tardíos de La Tène C2 y La Tène D. Del mismo modo, tendría lugar la recuperación de hallazgos antiguos, como el del llamado “depósito masivo de Tiefenau”, muy cerca de Berna, que en realidad habría que interpretar como un santuario (Müller, 1990). Las panoplias aparecidas en estas deposiciones son también selectivas, coincidiendo con las de los santuarios occidentales de Francia, incluyendo en su colección un buen número de espadas despojadas de sus vainas y sus protectores metálicos para la guarda. Los depósitos acuáticos de La Tène y Port también llamarían la atención de Felix Müller, a los que dedicaría algunos artículos (Müller, 1992, 2007 y 2007b), siendo también parcialmente responsable de una importantísima publicación sobre los materiales de Port, que contiene una de las colecciones más significativas de armas del periodo tardío de La Tène (Wyss, Rey y Müller, 2002). El propio material de La Tène está siendo revisado en la actualidad, empezando por un

proyecto que permitirá conocer mejor el material depositado en el Museo Schwab, en Bienne, encabezado por Thierry Lejars (Lejars, 2007). Con motivo de este y otros acontecimientos relacionados con el yacimiento de La Tène, ha tenido lugar la reciente publicación de un congreso relacionado con este tipo de deposiciones rituales (Barral *et alii* (dir.), 2007), que presenta un buen número de aportaciones sobre el tema en Suiza y su territorio próximo.

Como complemento a la comprensión e investigación de los ritos guerreros en los santuarios celtas, tendría origen también una nueva rama de investigación centrada en el análisis arqueoantropológico del comportamiento cultural de las sociedades celtas de la Segunda Edad del Hierro. La mayoría de estos trabajos serían el esfuerzo del que ha sido director y principal investigador de los grandes santuarios picardianos, Jean-Louis Brunaux, dedicando a ello un buen número de ensayos científicos y publicaciones monográficas que combinan como pocos la información de las fuentes históricas y los resultados de las intervenciones arqueológicas (Brunaux, 2000, 2000b y 2004).

Otro de los efectos de la recuperación de los grandes santuarios sería, como hemos dicho, el fuerte incentivo en el estudio y la comprensión sobre la panoplia La Tène y su evolución. En una primera fase, los trabajos relacionados con el material recuperado en Gournay-sur-Aronde vendrían a combinarse con importantes contribuciones relativas a las armas de las necrópolis champagnianas. En este sentido, resultan fundamentales las obras de Ian Stead (Stead, 1983), presentando un importantísimo trabajo de comparación de los módulos de hoja en la región champagniana, con resultados interesantísimos; y Jean-Jacques Charpy (Charpy, 1987), explotando el tema de las vainas con conteras de remate circular calado, muy típicas del periodo anterior a la popularización de los santuarios. La misma cuestión abordada por Charpy sería tratada desde otro ángulo por los especialistas de la región oriental europea, Eva Petres y Miklos Szabó (Petres y Szabó, 1986), proponiendo paralelamente otra clasificación tipológica distinta. El mismo tema volvería años más tarde a ser tratado en profundidad en un trabajo de André Rapin (Rapin, 2000), enriquecido ya por el mayor conocimiento de la panoplia generado por la investigación de la década de los 90. La publicación del material de Gournay sería encargada al propio Rapin para los escudos y las lanzas (Brunaux y Rapin, 1988) y a Thierry Lejars para las vainas de espada (Lejars, 1994). Ambos son trabajos verdaderamente únicos en cuanto al tratamiento tipológico del material, enteramente contrastado con otros hallazgos de ámbito europeo a los que

dedican un cuidado especial. La atención al detalle morfotécnico es uno de los principales logros de estas obras, que siguen el patrón del trabajo pionero de De Navarro (De Navarro, 1972) sobre el material de La Tène. Ambos estudios continúan hoy siendo referencias obligadas y extremadamente fiables, sin fisuras. Al igual que estos, otros materiales de Gournay que no llegaron a ser publicados, como las cadenas de suspensión, fueron objeto de estudios detallados que llegarían a proponer una síntesis general de su evolución, también ineludible en la actualidad²²⁴. El encargado de los mismos sería de nuevo el entonces responsable del IRRAP, André Rapin (Rapin, 1987 y 1991), como siempre capaz como pocos de combinar el estudio científico con excelentes ilustraciones que ejemplifican a la perfección su argumentación. Para el santuario de Ribemont-sur-Ancre, publicado sólo parcialmente mucho más tarde, el estudio del conjunto de la panoplia sería encargado a Thierry Lejars (Lejars, 2000), nuevamente manifestando un conocimiento exhaustivo de este material.

Aunque las obras sobre Gournay y Ribemont fueron circunscritas a sus propios campos cronológicos, influyeron en la renovación del interés por el conocimiento de la evolución general de la panoplia La Tène desde su creación hasta su desaparición. Algunos de estos estudios, al principio más sintéticos, derivarían hasta los trabajos metodológicamente más completos de finales del siglo XX e inicios del XXI. Respecto a los primeros, podríamos citar las obras de J.-P. Guillaumet (Guillaumet, 1990) y André Rapin (Rapin, 1983-1984, 1991b; Charpy y Rapin, 2001) en el marco de importantes exposiciones, y un trabajo precoz de J.-L. Brunaux y B. Lambot (Brunaux y Lambot, 1987) sobre la guerra y el armamento galos, incluyendo como es habitual en la obra de estos autores un grado de abstracción suplementario al tratar el tema de las formas de guerra de estos pueblos. El segundo bloque es el que nos interesa especialmente, por constituir los fundamentos básicos de la investigación sobre la evolución de la panoplia. Un primer aporte en dicho sentido vendría a publicarse de la mano del infatigable Jean Louis Brunaux (Brunaux, 1990), en el que se preguntaría por los límites cronológicos de los distintos cambios en la panoplia. En una línea de investigación con mayor continuidad, además de los citados trabajos de André Rapin sobre las cadenas de suspensión, el interés inicial de este autor se centró en la frontera cronológica de La Tène B2 a La Tène C1, puesto que esta etapa es la que daría lugar a

²²⁴ En el caso de los umbos, uno de los trabajos iniciales de Rapin (Rapin, 1982-1983) nos parece de lo más destacable. Las lanzas, sin embargo, contaron con escaso apoyo a excepción de lo publicado en el trabajo monográfico. En el capítulo de las vainas, la bibliografía fue siempre mucho más extensa.

la aparición de los grandes santuarios (Rapin, 1995). El estudio contemplaría el hecho de que las grandes movilizaciones bélicas (en este caso hacia el sureste de Europa) darían lugar a cambios importantes en la panoplia que tendrían extensión al ámbito europeo. Años más tarde, Rapin realizaría la que es hasta ahora la mejor obra de síntesis sobre la panoplia La Tène, partiendo simultáneamente de los hallazgos en necrópolis y santuarios (Rapin, 1999). En dicho trabajo, se tendrán en cuenta todos los elementos de la panoplia y su evolución, resaltando los principales momentos de alteración en sus elementos, casi siempre debidos al desarrollo de acontecimientos bélicos a gran escala. En la misma línea, las etapas peor conocidas de la argumentación de este mismo autor serían tratadas con mayor atención en una serie de trabajos de gran valor científico, con un espíritu crítico muy constructivo (Rapin, 2003 y 2004) y una atención específica al armamento de los siglos V a.C. (Rapin, 2008), y IV a.C. (Rapin, 2001 y 2007). El complemento para épocas más recientes, de La Tène D, se lo debemos al también indispensable Thierry Lejars, quien partiendo de un análisis del material del norte de Francia, elaboraría un discurso ordenado sobre la evolución de la panoplia de este periodo (Lejars, 1996).

Paralelamente a la aparición de estos trabajos, y gracias al impulso de los mismos en la investigación sobre el armamento, aparecerán otras obras importantes, como la de Radomír Pleiner sobre cuestiones metalúrgicas relacionadas con las espadas La Tène y su fabricación (Pleiner, 1993), o el ya comentado compendio de Ian Stead sobre las espadas y vainas británicas, que incluye la clasificación tipológica de los modelos más internacionales junto a los de creación autóctona basados en aquellos (Stead, 2005). Al mismo tiempo, los avances en el conocimiento y restauración de las armas llevaría a su aplicación en las necrópolis europeas, desde las champagnianas (Rozoy, 1987) a las italianas (Vitali, 2003; Lejars, 2008), y en otros conjuntos notables, como el de la región de la Saône (Guillaumet y Szabó, 2002).

Desde otro ángulo, el estudio del armamento romano republicano alcanzaría también a repercutir en el conocimiento de la panoplia La Tène; en especial a partir de trabajos de síntesis (Connolly, 1981; Feugère, 1993) o de obras relativas a la tardorrepública, donde hay repetidos enlaces con el material La Tène tardío. En este último bloque, destacaríamos el reciente compendio encabezado por Mathieu Poux (Poux (dir.), 2008) y dedicado al estudio del armamento republicano de época cesariana en contextos galos, o el también reciente de Susanne Sievers sobre los materiales del sitio de Alèsia (Sievers, 2001), sin olvidar el recentísimo estudio de Lionel Pernet (Pernet, 2010) sobre

los mercenarios y auxiliares galos en los ejércitos republicanos; una completísima obra de síntesis en la que se analizan un sinnúmero de conjuntos armamentísticos, combinando de forma magistral estos datos arqueológicos con los ofrecidos por las fuentes clásicas. En este caso, el análisis de las armas no es sino un medio para su proyección hacia cuestiones de orden histórico; algo que no siempre es fácil de conseguir en la investigación arqueológica actual.

Por último, nos queda referir a la influencia de las nuevas técnicas de restauración y estudio de las armas en el campo del arte. Con anterioridad a la aparición de los grandes santuarios belgas, el dominio del arte era exclusividad de los objetos de adorno personal, con la contada excepción del trabajo pionero de Jacobsthal (Jacobsthal, 1944) y un buen puñado de obras en su mayoría dependientes de los investigadores de Europa oriental. En efecto, las regiones de Eslovaquia, Hungría, Eslovenia y Serbia se caracterizarían por la generalización del rito de la incineración de los muertos y las panoplias que los acompañaban, a diferencia de la mayor parte de Europa, donde el rito de la inhumación era lo más frecuente hasta los periodos más avanzados de La Tène²²⁵. La incineración de las armas tendría un efecto beneficioso en la conservación de las mismas, de modo que su ornamentación se ha tendido a conservar mejor, con lo que llegaría a ser objeto de numerosas publicaciones. Así, por ejemplo, Szabó, 1982, o Szabó y Petres, 1992; ambos potenciados por el rico contenido de vainas decoradas al “estilo húngaro” de estas regiones (**Fig. 14**).

En la región occidental, el arte asociado a las vainas constituiría también uno de los puntos fuertes del trabajo de T. Lejars sobre los ejemplares de Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 63-89), así como de algunas de las intervenciones más interesantes del coloquio de Angoulême en 1984 (Rapin, 1986; Boudet, Chevillot y Gómez de Soto, 1986; Urant, 1986) y otros trabajos puntuales (Kruta *et alii*, 1984). En 1996, tendría lugar otro importante trabajo monográfico, esta vez dedicado expresamente a los resultados de la investigación de las armas gracias a las nuevas políticas de restauración, en la que la mayor parte de las contribuciones harían hincapié en el arte asociado a las vainas y otros elementos de la panoplia y escondido bajo el óxido (Lejars, 1996b; Sankot, 1996; Szabó, 1996).

²²⁵ A partir de la fase final de La Tène C2 y a lo largo de La Tène D, ya dentro del siglo II a.C., la decoración de las armas es mucho menos frecuente y responde a patrones simplificados, como el uso de apliques en forma de dobles “S”, refuerzos con formas complejas o elementos de bronce en las vainas (Lejars, 2003: 33-35).

Por su parte, Nathalie Ginoux, retomaría el testigo dejado por De Navarro en el estudio de la “lira zoomorfa” (o parejas de dragones afrontados) y su evolución artística en un trabajo preliminar de 1995 (Ginoux, 1995) y otro, completísimo y ya en una monografía, de publicación más reciente (Ginoux, 2007).

Considerando las vainas de espada como el soporte más recurrente del arte céltico en las armas, la referencia obligada está en una obra de Thierry Lejars dedicada a este asunto (Lejars, 2003), en la que hace un recorrido detallado sobre la evolución de sus patrones artísticos desde el momento de su aparición hasta el de su simplificación máxima en las etapas avanzadas de la Segunda Edad del Hierro.

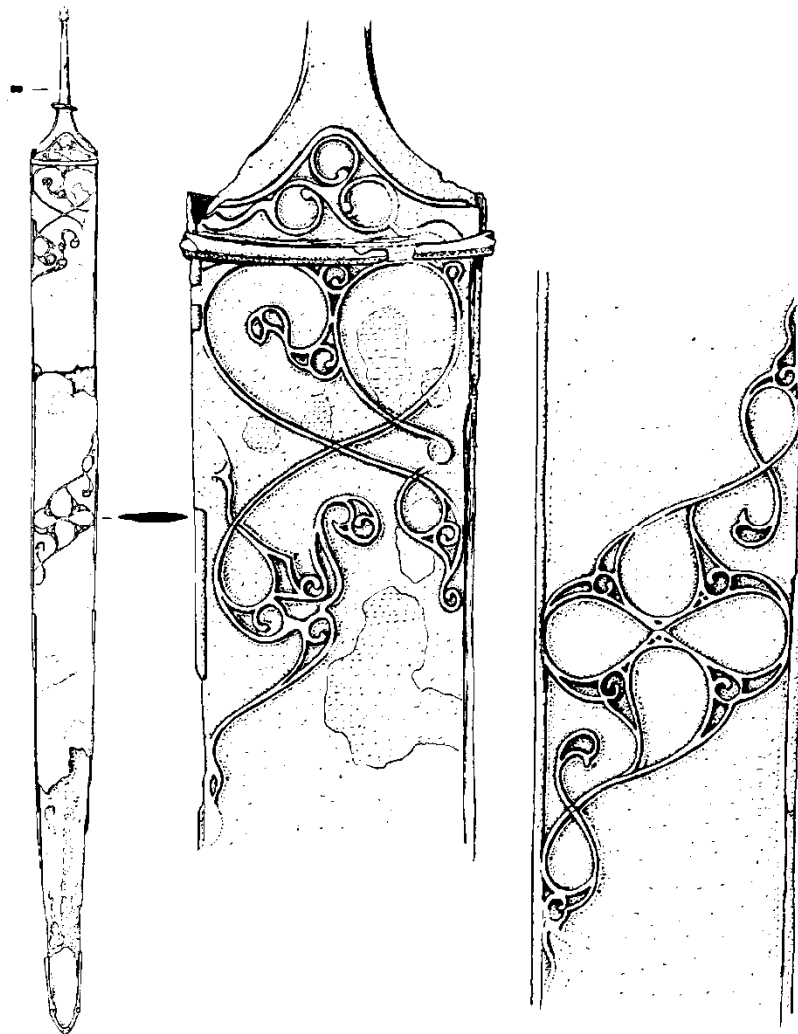


Fig. 14: Vaina decorada al “estilo de las espadas húngaras”, procedente de la necrópolis de Szob (según Szabó y Petres, 1992: lám. 65).

Algunas consideraciones sobre los distintos elementos de la panoplia. Cuestiones pendientes.

Vista la importantísima cantidad y calidad de aportaciones científicas sobre la panoplia La Tène fuera de la Península Ibérica, resultaría oportuno señalar, aunque sea de forma breve, los espacios vacíos que restan presentes en la actualidad. Aunque ya veremos una ejemplificación de los mismos cuando tratemos las armas por separado, nos parece importante incidir aquí en aquellos aspectos que han generado menor interés general, normalmente por su peor o más complejo conocimiento. Queda claro que las espadas, y en especial sus vainas, han recibido el mejor trato en la bibliografía de la panoplia La Tène europea. Son los cascos, los escudos y muy especialmente las lanzas las que cuentan con peor apoyo en la investigación de conjunto.

El estudio de los cascos, y estamos hablando de su evolución tecnológica o tipológica, no de las peculiaridades artísticas de uno u otro ejemplar, se reduce a los escasos estudios del área itálica, ya citados con anterioridad, y a estudios de conjunto en los que se tratan las tipologías de forma global, agrupando en la misma categoría todas las variantes existentes en los siglos IV y III a.C. (Feugère, 1994). Ni siquiera en el completísimo estudio de la panoplia de André Rapin (Rapin, 1999) se tiene en cuenta el material de esta época. Prácticamente la única excepción que existe en la actualidad sobre estos cascos se encuentra en la obra de Ulrich Schaaf (Schaaf, 1988), aun así falta de un catálogo exhaustivo, lo que sería sostenible teniendo en cuenta la escasa frecuencia de estos objetos en el registro arqueológico.

En el capítulo de los umbos, y tras un meritorio y temprano trabajo de Mieczyslaw Domaradzki para la región oriental de Europa (Domaradzki, 1977), el completísimo estudio tipológico de Rapin sobre el material de Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: 7-84) carece casi por completo de continuidad, a excepción de un trabajo del autor dedicado a los umbos bivalvos del siglo V a.C. (Rapin, 2001b) y algunas importantes anotaciones de su colega Lejars sobre los más tardíos (Lejars, 1996). No existe, sin embargo, trabajo alguno que trate en exclusiva las distintas tipologías de umbos bivalvos de La Tène B2 ni la presunta inexistencia de los mismos en el periodo anterior, muy mal conocido en general para todos los elementos de la panoplia.

La peor parte se la llevan, como decíamos antes, las lanzas. Por ahora, el único estudio de conjunto de las lanzas La Tène con comparaciones que engloban el territorio europeo en general procede del mismo estudio de Rapin sobre los materiales de Gournay

(Brunaux y Rapin, 1988: 85-141), sin siquiera llegar a participar más que marginalmente en los estudios de conjunto de la panoplia, en general realizados por el mismo autor²²⁶. Algunos datos más sobre los contextos recientes de las lanzas, hay que buscarlos en el citado trabajo de Lejars (Lejars, 1996) y en el análisis de conjuntos notables como los de Alèsia (Sievers, 2001: 155-169 y láms. 55-78) o Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 53-60).

Con estas breves anotaciones, no pretendemos desdibujar la imagen de una trayectoria científica tan importante como la del armamento La Tène en Europa, sino más bien confirmar el hecho de que estos estudios se encuentran aún hoy en su etapa más viva, y que existen numerosas vías de estudio que pueden mejorar en el futuro el conocimiento que tenemos de esta panoplia. La complejidad de dicha panoplia queda manifiesta en el hecho de que, después de muchas décadas de estudio, las últimas de las cuales dedicadas al conocimiento exclusivo de estos objetos, no contamos todavía con un panorama perfectamente claro, así que hay que contar con el hecho de que futuras investigaciones y hallazgos completen esta secuencia y generen a su vez todo tipo de interrogantes a los que dar respuesta.

²²⁶ *Vide supra*, en el mismo capítulo.

II.B. LA INVESTIGACIÓN SOBRE EL ARMAMENTO DE TIPO LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La amplísima bibliografía europea dedicada al armamento La Tène contrasta fuertemente con la escasez de trabajos sobre este tema en la investigación peninsular. El proceso de desarrollo de la investigación sobre las armas de influencia La Tène en la Península Ibérica ha seguido, en líneas generales, un camino parecido al europeo a pequeña escala. A un largo periodo caracterizado por la documentación de las armas en contextos funerarios y la recuperación de antiguos hallazgos, con escasa atención genérica a los distintos tipos, seguiría una fase reciente con aportaciones más concretamente centradas en el análisis de estas armas, o, al menos, en su evolución. Sin embargo, pese a que en las dos últimas décadas hemos asistido a una importante proliferación de obras sobre el armamento de los distintos pueblos protohistóricos de la Península Ibérica, la panoplia La Tène, imbricada entre componentes propios de otras panoplias, no ha alcanzado las cotas de interés de otras armas. Tampoco el trabajo realizado en la región occidental del continente ha logrado contagiar más que de forma muy puntual a la investigación de este país, en buena parte porque el material armamentístico lateniente autóctono, y en especial las espadas, que son las piezas más representativas de la panoplia, han ido disfrazadas de una ausencia de contacto con el material continental, a raíz de la presunta escasez de vainas enterizas en este territorio. En algún sentido, el estudio de la panoplia La Tène peninsular tiene, fuera del ámbito centrado en el análisis de los ajueres de necrópolis, un cierto punto de confluencia o paralelismo con el área itálica. Como en la Cisalpina, en la Península Ibérica ha tendido a valorarse el peso de la panoplia La Tène, y, conjuntamente, de otros elementos de la cultura material típicos, particularmente fíbulas y otros objetos de adorno, como elementos a tener en cuenta para apoyar tesis invasionistas que legitimarían la presencia de poblaciones celtas en algunas regiones (Sangmeister, 1960; Stary, 1982; Lenerz, 1991, 2000-2001). Sin embargo, y a diferencia de Italia, no contamos con un apoyo firme de las fuentes escritas que avalen la presencia de dichos contingentes de población, con lo que el problema a resolver resulta mucho más complejo. La precoz presencia romana en la Península también sería un factor a tener en cuenta como elemento crucial de relación con el territorio itálico, aunque, en este caso, la atención a

este periodo ha sido mucho mayor aquí debido a la supuesta influencia del armamento hispánico sobre el republicano.

En general, la mayor incidencia de la investigación en el armamento La Tène peninsular ha tenido lugar en la Celtiberia, sobre todo porque es allí donde se concentra el mayor número de hallazgos y un conjunto de espadas de curiosa tipología que ha llevado de cabeza a un buen número de autores a lo largo de los años. En claro contraste con esta región, el noreste peninsular ha desempeñado por lo general su papel en un segundo plano, aun al contar con una panoplia La Tène más completa y numerosa.

Este tipo de diferencias es lo que pretendemos esclarecer en el siguiente capítulo, partiendo del análisis del estudio de las armas de influencia La Tène en el territorio peninsular. Antes de proceder, sin embargo, nos parece necesario hacer una referencia explícita al considerable peso que ha tenido en años recientes el estudio, ya no de las armas, sino de las formas de guerra en la protohistoria peninsular (Stary, 1994; Quesada, 1997, 1997d, 2002b, 2003, 2005b y 2006)²²⁷, que ha alcanzado a extrapolar mucho más allá de la evolución del armamento hasta cotas muy poco frecuentes en la investigación del armamento protohistórico continental.

Espadas y poco más: las armas La Tène en las necrópolis celtibéricas e ibéricas.

Al ser los hallazgos de la necrópolis de Cabrera de Mar uno de los primeros con material La Tène en la Península Ibérica, su precoz publicación (Rubio, 1888) no llegó a profundizar en el importante peso de la asociación de sus espadas con vaina enteriza junto a umbos de aletas para escudo oval y grandes moharras de nervio en arista. El espacio que Rubio de la Serna dedica al análisis del armamento de dicha necrópolis (*Ibid.*: 699-742) considera especialmente el papel de las espadas, que ya pone en relación con los hallazgos de Italia y la Marne francesa de iguales características. Del mismo modo, también identificaría los umbos como parientes de los representados en algunas esculturas galas y en ejemplares reales con restos de madera procedentes del yacimiento eponimo de La Tène.

Algo más tarde, los hallazgos del Marqués de Cerralbo y, en menor medida, de Ricardo Morenas de Tejada en la Celtiberia, centrarían la atención hacia el armamento de esta

²²⁷ Citando tan solo los más genéricos e influyentes. Una lista más completa en: *supra*, nota 21.

región, aunque probablemente el descubrimiento de las espadas La Tène junto a otros ejemplares de antenas de producción autóctona decantó la balanza del interés científico hacia las últimas. En su trabajo inédito de 1911, el Marqués de Cerralbo pondría el acento en especial en sus hallazgos de espadas de antenas y su comparación con piezas francesas (Aguilera, 1911: III, 31-39), aunque también consideraría la presencia de un buen conjunto de espadas de Arcóbriga como “*de tipo La Tène*” (*Ibid.*: IV, 43). Sus hallazgos hallarían eco en los trabajos de síntesis de Déchelette (Déchelette, 1914: 606-608) y de otro investigador cuyo interés se centró concretamente en el territorio peninsular: Horace Sandars. Sandars se encargaría de realizar el primer trabajo sobre el armamento peninsular (Sandars, 1913) partiendo de un análisis de los hallazgos arqueológicos más significativos hasta aquella fecha y, especialmente, de los datos procedentes de las fuentes clásicas, en la línea habitual de la historiografía de inicios del siglo XX. Este autor prestaría atención ya por entonces a la existencia de espadas de tipo La Tène en todo el territorio peninsular, pero su discusión resultaría bastante limitada comparada con la que dedicaría a las espadas de antenas y, sobre todo, a las falcatas²²⁸. El todavía escaso y mal conocido número de hallazgos de espada La Tène, relegado a las piezas de Aguilar de Anguita, Arcóbriga, Cabrera de Mar y Fuente Tójar, y, sobre todo, el escaso apoyo de la iconografía y las fuentes clásicas, no permitiría abordar el tema más que de forma muy limitada, casi exclusivamente enunciativa. La precocidad del trabajo también quedaría manifiesta en el análisis de los cascos que posteriormente conoceríamos como “de tipo Montefortino”, para los que Sandars apoya una procedencia gala (*Ibid.*: 73), o en el de los escudos, en este caso sólo resaltando la diferencia entre escudos circulares y escudos ovales, también de origen galo, ya atestiguada por las fuentes.

Un problema parecido, desde otra perspectiva, marcaría la obra en la que el Marqués de Cerralbo publicaría sus hallazgos en las necrópolis celtibéricas (Aguilera, 1916). La novedad de la aparición de algunos tipos de espada desconocidos hasta la fecha llevaría al Marqués de Cerralbo a elaborar un discurso lineal, únicamente basado en la morfología de las piezas, sobre la evolución de las espadas de antenas hacia las espadas La Tène, que serían derivaciones de estas. La hipótesis que manejaba daría explicación

²²⁸ Espadas La Tène: Sandars, 1913: 55-61. De estas páginas, la mayor parte la dedica a discutir acerca del origen del *gladius hispaniensis*, para el que niega la existencia de un prototipo hispano. La falcata llenará el espacio de las páginas 29-55, con un examen mucho más contrastado tanto de su posible procedencia como de las fuentes históricas que hablan de ella.

a numerosos tipos de variantes de las espadas de antenas²²⁹ y otros modelos, de entre los que se mezclarían híbridos de las espadas de antenas y las de La Tène²³⁰ (o incluso espadas de frontón), que supuestamente avalarían los estadios intermedios de esta evolución. Este tipo de conclusiones tienen su explicación en el afán por dar sentido a las nuevas variantes de espada, que apenas contaban por entonces con elementos de contraste, y en el de otorgar a estas necrópolis (o, en realidad, a los pueblos que las ocuparon) un lugar de primer orden en la génesis de este tipo de armamento; tendencia por otra parte muy acorde al sentimiento patriótico de la época, del que el Marqués de Cerralbo hacía gala con frecuencia.

Con posterioridad a los trabajos del Marqués de Cerralbo, las espadas de tipo La Tène hallarían escaso eco en la producción científica de los autores más significativos de los siguientes cincuenta años, de entre los que cabría destacar en especial a Juan Cabré, discípulo del marqués, y Blas Taracena. Casualmente, las necrópolis excavadas por entonces en la Celtiberia y en la Meseta occidental sólo darían escasísimos ejemplares de este tipo de espada, y, en contraposición, un volumen de hallazgos de armamento espectacular. Tampoco el armamento de tipo La Tène formaría parte de la argumentación principal de Bosch Gimpera (Bosch, 1921, 1944) acerca de las invasiones celtas en la Península Ibérica, puesto que su interés se centraría en épocas anteriores. Aunque este autor es conocido por su dedicación a dotar de base arqueológica a la idea de Schulten (Schulten, 1914) sobre la penetración de tropas celtas en distintas regiones del territorio peninsular (*Cfr.* Lorrio y Ruiz, 2005: 172), las cuestiones lingüísticas asociadas a la toponimia o la por entonces supuesta aparición tardía del material La Tène llevarían a este autor a apoyar una “cultura posthallstática” para la Meseta que, mediante sus lazos culturales con otras regiones europeas, comerciaría con estas para adquirir este tipo de materiales (Bosch, 1944: 132). Este tipo de afirmaciones nos parece importante, puesto que, al margen de la propia teoría, está llevando implícito el hecho de que las espadas La Tène de la Celtiberia se adquirirían en Francia y no serían de producción autóctona, en contraste con las anteriores teorías de Cerralbo.

²²⁹ Por ejemplo del tipo después conocido como “Arcóbriga” (Cabré y Morán, 1984; Cabré, 1990: 215) o Quesada VI (Quesada, 1997: 221-227).

²³⁰ Básicamente los procedentes de Atance, seps. 12 y 28 (números de catálogo 1046 y 1048 de este estudio).

Un elemento de contraste con la producción científica relativa al armamento La Tène de la primera mitad del siglo XX, generalmente centrada en las espadas, es el trabajo de Juan Cabré sobre los escudos peninsulares, publicado en 1940 con el título de: “*La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro*” (Cabré, 1939-1940). Como es lógico, llevado por el mayor número de hallazgos en las necrópolis meseteñas, el trabajo se centra especialmente en las caetras más que en los escudos ovales. Sin embargo, y pese a que las evidencias de los *realia* de umbos inconfundiblemente relacionados con los escudos ovales de tradición La Tène se reducen a los ejemplares de Cabrera de Mar (*Ibid.*: 79), Cabré trata de dar solidez a la presencia de este tipo de escudos en la Península a partir de un análisis y catalogación de elementos iconográficos de distinta índole. Por otra parte, añadiría también un elemento de controversia al dudar de la correspondencia de ciertos tipos de umbo circular aparecidos en las necrópolis de Arcóbriga, Osma y Gormaz (las que alcanzarían fechas más recientes) a escudos circulares o bien a escudos ovales de tipo La Tène tardío (*Ibid.*: 79-80 y láms. XX-XXIII) (**Fig. 15**).

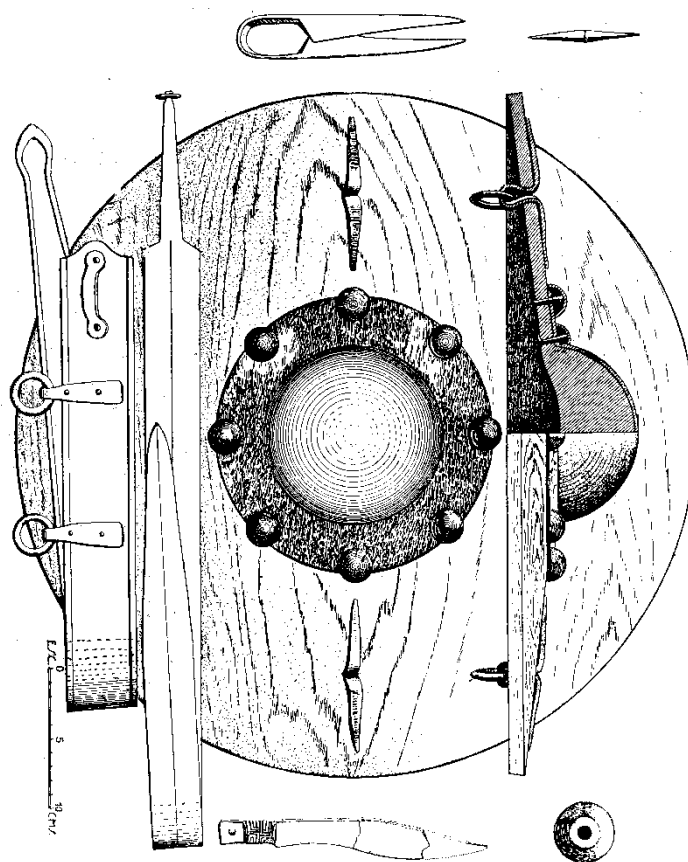


Fig. 15: Ajuar de la sep. D de Arcóbriga, según Cabré Aguiló, 1939-40: lám. XXI

Después de un largo vacío, las espadas de tipo La Tène de la Celtiberia volverían a colación de la mano de un exhaustivo trabajo publicado por W. Schüle que pretendía estudiar las distintas culturas de la Meseta (Schüle, 1969) partiendo de un análisis de su cultura material, donde el armamento jugaría un papel esencial. Una de las influencias principales del trabajo de Schüle reside en su catálogo, que contiene un importante compendio de dibujos (en su mayoría procedentes de foto) de ajuares pertenecientes a tumbas celtibéricas, vacceas, vettonas e ibéricas que ha sido utilizado como referencia por los investigadores del armamento protohistórico hasta la actualidad²³¹. Entre todos estos ajuares, en su mayoría con armas, se dejaría notar una importante presencia de las espadas La Tène que no podía pasar desapercibida. Aunque el propio Schüle apenas dedica unas páginas a la discusión de estas espadas, su argumentación tendría un importante peso en la historiografía futura, durante largo tiempo influenciada por sus hipótesis. Schüle distinguiría dos tipos de producciones diferenciadas para las espadas La Tène: uno, más ajustado a los prototipos continentales con vaina enteriza, que denominaría, algo desafortunadamente, como “verdaderas” espadas La Tène, y que sólo se hallarían en Cataluña y Navarra; y otro, el grupo de las espadas La Tène “castellanas”, que se caracterizaría por su inferior longitud (60-70 cm a lo sumo), la ausencia de vainas enterizas y el perfil paralelo de sus filos, que sólo se juntarían muy cerca de la punta (Schüle, 1969: 105). El grupo “castellano” sólo estaría representado en la Meseta Oriental y correspondería a un estadio avanzado de la que el autor alemán denominó “Cultura del Tajo”, pero estaría ausente en territorio ibérico y en la Meseta occidental (su “Cultura del Duero”). En sentido inverso, las “verdaderas” espadas La Tène no se dejarían ver en la Meseta Oriental, siendo su único representante la espada con vaina enteriza de la Sep. D de Arcóbriga²³² (**Fig. 15**). El resto de la panoplia La Tène, nunca documentada en las necrópolis meseteñas, no tendría lugar en la síntesis de Schüle, al igual que venía siendo el caso de la investigación anterior, con la excepción del trabajo de Cabré.

Al margen del trabajo de síntesis de Schüle, el armamento como parte integrante de los ajuares de necrópolis retomaría su papel en dos fases parcialmente superpuestas: la revisión de materiales antiguos (en especial los pertenecientes a la colección Cerralbo) y

²³¹ Lenerz, 1991; Sary, 1994; Lorrio, 1997; Quesada, 1997; Fuentes Mascarell, 2004 y un largo etcétera.

²³² Número de catálogo 1005 en este trabajo. Véase también Cabré, 1939-40: lám. XXI; Schüle, 1969: lám. 66,2; Lenerz, 1991: 836a; Sary, 1994: lám. 6, b-c; Quesada, 1997: fig. 151 y Lorrio, 1997: fig. 69, D.

el descubrimiento de nuevos hallazgos fruto de la realización de excavaciones en distintas necrópolis celtibéricas.

La responsabilidad de la mayor parte del trabajo realizado en el primer bloque durante los años 70 e inicios de los 80 radica en la campaña de recatalogación de los materiales de la colección Cerralbo en el Museo Arqueológico Nacional (Argente, 1977). En el decurso de esta iniciativa, se publicarían algunos conjuntos interesantes (contando con algunos ejemplares de espada La Tène) sobre los materiales El Atance (Paz, 1980) o La Olmeda (García Huerta, 1980)²³³. Sin embargo, y tal como ha apuntado Alberto Lorrio (Lorrio, 1997: 27) los resultados de estos estudios se verían limitados por los problemas de asociación de los materiales, que sólo permitían reconstruir muy pocas tumbas, y por lo tanto no acabarían de cumplir con las expectativas creadas para estas necrópolis. Trabajos posteriores, con una metodología más concienzuda, intentarían poner orden a la catalogación de los materiales del MAN para la necrópolis de Aguilar de Anguita (Barril y Salve, 1998), y parece que los alentadores resultados de esta obra se están haciendo poco a poco extensibles a otras necrópolis de la colección.

Así, por ejemplo, cabe destacar el excelente y recentísimo estudio de Alberto Lorrio y M^a Dolores Sánchez de Prado sobre la necrópolis de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009). Esta obra tiene un interés de primer orden para el propósito de nuestro trabajo, al contar con una importantísima cantidad de espadas La Tène que forman parte de nuestro propio catálogo. La excelente metodología empleada en la monografía de Lorrio y Sánchez de Prado permite, por una parte, la ordenación e identificación de algunos conjuntos cerrados merced a su manejo de documentación inédita y, por otra, la puesta en conocimiento de una buena cantidad de espadas hasta el momento desconocidas. Precisamente debido al volumen de estas armas, los autores proponen incluso una tipología para las mismas, pero, aunque algunos de los tipos identificados (en concreto los tres primeros; si bien no en todos sus representantes) tienen relación con algunas de las variantes que nosotros mismos propondremos, existen muchos errores y confusiones fruto del estado incompleto de la mayoría de las piezas y, en última instancia, de su falta de correspondencia con ejemplares de otros yacimientos celtibéricos (lo que, por otra parte, es lógico teniendo en cuenta el propósito último de la obra). Paralelamente, observamos también ciertos aspectos mejorables en cuanto a la datación tipológica de algunas de estas espadas, puesto que los autores tienden a

²³³ También otras necrópolis que incluirían en su repertorio ejemplares híbridos como el del Tesoro de Carabias (Requejo, 1978b).

apoyarse en nuestra propia tipología de las espadas del noreste (García Jiménez, 2006), que pertenecen a una región autónoma desde el punto de vista de su panoplia, sin tener en cuenta el fuerte arcaísmo de estas armas y su sesgo deposicional en la mayoría de los contextos catalanes. En consecuencia, algunos de los conjuntos adquieren una datación “a la baja” difícil de demostrar.

Aparte de los materiales procedentes de las excavaciones de Cerralbo, también los hallazgos realizados por Ricardo Morenas de Tejada en Osma y Gormaz tendrían cabida en la historiografía reciente. Una aproximación a los hallazgos de Gormaz, todavía hoy muy mal conocidos, vendría de un artículo publicado por J. Requejo en relación a una importante tumba²³⁴ con espada La Tène de vaina enteriza, que ha alcanzado importantes cotas de interés gracias a la ornamentación de su embocadura con una “lira zoomorfa”²³⁵. Ya en un marco más amplio, el reciente trabajo de Carolina Fuentes sobre los materiales de Osma del MAN (Fuentes Mascarell, 2004) nos parece fundamental al incluir, junto con la documentación, un análisis detallado de sus ajuares, en los que la espada La Tène es frecuente. Otros yacimientos o colecciones, también excavados de antiguo, verían su revisión a partir de la década de los 80, como los conjuntos de La Oruña (Bona *et alii*, 1983), La Peladilla (Martínez García, 1988) o Renieblas (Luik, 2002). Ya fuera del territorio celtibérico, los trabajos exhaustivos de M^a José Almagro-Gorbea sobre Villaricos (Almagro-Gorbea, 1984) y de Fernando Quesada sobre Cabecico del Tesoro (Quesada, 1989) merecen también nuestra atención; en especial el último, por contar con una atención explícita a los elementos de la panoplia La Tène dispuestos en los ajuares (*Ibid.*: 68-69 y 274-280).

Por lo general, en lo referente a la cultura material de influencia La Tène, la investigación anterior a los años 90 ha estado habitualmente más centrada en el estudio de las fibulas (Cabré y Morán, 1978, 1979 y 1982; Argente, 1994) que en el armamento, al igual que ocurría en el resto del continente. La escasa frecuencia de armamento La Tène fuera de la Celtiberia y el noreste, recortaría su proyección científica en contextos ibéricos, llegando a pasar por completo desapercibida en Baza (Presedo, 1982). Otros conjuntos, como los de Cigarralejo, valdrían la publicación de piezas interesantes como

²³⁴ Sepultura D. La espada correspondería a nuestro número de catálogo 1093 (véase ficha para una bibliografía completa de esta pieza).

²³⁵ *Vide supra*, nota 17.

la vaina de la sepultura 54 (Cuadrado, 1987: 167 y fig. 59,1; 1989: 73). Los escasos ajuares con material La Tène de Pozo Moro (Alcalá-Zamora, 2003) y algunos hallazgos aislados con contextos tardíos (Arcos de la Frontera: Corzo, 1983; Cerro de las Balas: Núñez y Muñoz, 1988 y Núñez y Quesada, 2000; Mas de Barberán: Izquierdo, 1999) vendrían a completar el panorama actual de estas regiones. Para el área ibérica, se ha venido aceptando tradicionalmente la hipótesis de los aportes meseteños como explicación a sus puntuales hallazgos de material La Tène hasta que, en 1990, Fernando Quesada (Quesada, 1990) la pusiera en tela de juicio argumentando su posible procedencia mediterránea.

Nuevos y viejos hallazgos con armas La Tène de la región celtibérica quedarían recogidos en la publicación

del II Congreso sobre los Celtíberos, dedicado a las necrópolis y celebrado en

1988 (Burillo (coord.), 1990). En ella tendrían lugar algunas de las principales contribuciones al conocimiento del armamento peninsular, incluyendo el antes citado trabajo de Quesada. Los nuevos hallazgos irían dejando un goteo intermitente de materiales:

Las excavaciones de Carratiermes no lograron documentar hallazgo alguno de espadas La Tène (Argente y Díaz, 1990; Argente, Díaz y Bescós, 1992 y 2000), que sólo nos llegarían formando parte de un conjunto descontextualizado (Ruiz Zapatero y Núñez,



Fig. 16: Detalle de la parte proximal de la vaina de la sepultura D de Quintanas de Gormaz, decorada con una "lira zoomorfa" o pareja de dragones afrontados. Foto: Archivo fotográfico, Museo Arqueológico Nacional.

1981). Otras necrópolis de la región arévaca, como la de Uvero, no fueron mucho más generosas, y sus espadas La Tène no merecieron la atención de sus excavadores en sus publicaciones preliminares (García-Soto, 1988, 1990, 1992)²³⁶. En la necrópolis de Numancia, por el contrario (Jimeno *et alii*, 2004: 235-239), sus cinco ejemplares documentados fueron objeto de una atención más detallada y ya muy influenciada por la nueva corriente de investigación de las panoplias peninsulares de finales de los 90 que encabezarían Alberto Lorrio (Lorrio, 1997) y Fernando Quesada (Quesada, 1997).

Las panoplias hispánicas y la revalorización del armamento La Tène como parte de estas

El trabajo monográfico de Schüle (Schüle, 1969) llevaría consigo la semilla de lo que años más tarde sería el periodo más fructífero sobre la investigación del armamento La Tène peninsular, siempre desde la perspectiva de su inclusión en otras panoplias. En efecto, el influjo de la catalogación de Schüle estuvo muy presente en un trabajo de gran importancia de Peter Stary sobre el armamento céltico en la Península Ibérica (Stary, 1982), que seguía los pasos de su anterior trabajo sobre la Península Itálica (Stary, 1979) y que, como aquél, incluiría también un importante volumen de información iconográfica. La obra de Stary se vio también fuertemente condicionada por el anterior trabajo de Edward Sangmeister (Sangmeister, 1960), quien trató de dar solidez a la etnicidad celta de algunos pueblos peninsulares mediante su conexión con materiales típicos de la cultura material de La Tène (fíbulas) desde época temprana (La Tène A). La labor de Stary se centraría en las armas, con una intencionalidad parecida a la de Sangmeister, para lo que atendería a los distintos tipos de la panoplia: cascos, escudos ovales con umbo metálico, espadas y lanzas. La discusión de los cascos incluye en el mismo lote piezas como las de La Pedrera de Vallfogona y otras muchas pertenecientes a las distintas variantes del tipo Montefortino, para los que también aceptaría tímidamente una posible vía de influjo etrusca o romana (Stary, 1982: 118). Para estudiar los escudos, Stary contaría también con el concurso de nuevos hallazgos en las necrópolis de Cabrera de Mar (Barberá, 1969-70) y Les Corts (Almagro, 1953), mientras que sus conclusiones acerca de las espadas se limitarían a seguir las de Schüle,

²³⁶ No existe por ahora una publicación completa sobre esta necrópolis.

aunque añadiendo unos ejemplares más al grupo de “verdaderas espadas La Tène” en la Meseta oriental. En lo relativo a las lanzas, su escasa atención no impide que deje constancia de un elemento importante: la presencia de moharras de tipo La Tène por primera vez documentada claramente en la necrópolis de Cabrera de Mar (Stary, 1982: 122). En el capítulo de conclusiones, el trabajo de Stary constituye sin duda un referente al tener en cuenta la concentración de hallazgos de *realia* fundamentalmente centrados en el área del noreste, donde se darían asociaciones en las tumbas que contarían con todos los elementos de la panoplia La Tène (*Ibid.*: 123-125), entre los que mezclaría los cascos de tipo Montefortino de Les Corts como un elemento más relacionado con esta influencia, lo que no es para nada tan claro. Contrastando sus conclusiones sobre el armamento con las de otros autores sobre las fibulas de tipo La Tène y otras relacionadas con estas, Stary dividiría el influjo de la cultura La Tène peninsular en tres zonas: una, en Cataluña, con conjuntos completos y un momento de introducción algo tardío (La Tène B); otra en la Meseta oriental caracterizada por las copias autóctonas de algunos elementos de la panoplia (espadas) y fibulas cuya influencia inicial podría situarse, tal como proponía Sangmeister, en La Tène A; y una última dispersa en el territorio oriental, occidental y meridional con hallazgos esporádicos de variantes locales. De este modo, el armamento La Tène representaría, siguiendo la propuesta tradicional, una introducción algo tardía, que podría situarse en La Tène B.

La labor científica de Schüle o Stary derivaría a su vez hacia otros trabajos de síntesis, de los que el mismo Stary formaría parte (Stary, 1994). En esta ocasión, y pese al marco más amplio (o quizás a causa de este²³⁷), pocas son las aportaciones en relación al material lateniense que añadir a su anterior trabajo, al margen de algunos ejemplares de más que vendrían a unirse a su catálogo. Directamente en relación con esta tradición nos llegaría una interesante aportación fruto de las observaciones de Majolie Lenerz de Wilde (Lenerz, 1986), que añadiría la influencia del arte en algunas armas como un elemento más de la influencia La Tène sobre la cultura material de los celtas peninsulares. De este escueto trabajo, no pasa desapercibida la fuerte crítica a la tradición de Schüle-Stary que distinguía las espadas La Tène “castellanas” de las “verdaderas” y que basaba en tres puntos: 1) las espadas La Tène de Castilla no tendrían diferencias reales en cuanto a longitudes respecto al material lateniense típico de contextos continentales; 2) se conocen seis espadas La Tène “verdaderas” en la

²³⁷ Cfr. Kurtz, 1994.

Meseta²³⁸; 3) existen armas importadas de contextos La Tène no sólo en la Meseta sino también en Cataluña. El patrón así esbozado sería desarrollado, con mayor argumentación, en un trabajo posterior de esta autora dedicado de nuevo a la cultura material de los pueblos celtas peninsulares (Lenerz, 1991). La menor presencia de vainas enterizas en la Meseta se explicaría por las diferencias en el ritual de deposición de las espadas y la realización de sus pliegues (*Ibid.*: 79), mientras que la evolución de estas comenzaría por la importación de ejemplares que serían modificados en su sistema de suspensión para más tarde, ya en el siglo III a.C., desarrollar espadas propias con formas indistinguibles de las importadas (*Ibid.*: 84). No existirían ejemplares correspondientes a La Tène III en la Meseta, a diferencia de Cataluña, donde el desarrollo sería distinto y sin ejemplos del siglo IV a.C. De toda la argumentación de Lenerz, el principal problema continúa siendo el mismo que el de Schüle o Stary, y tiene que ver principalmente con el manejo de la documentación, que a menudo tiene en cuenta tan sólo publicaciones anteriores o fuentes inexactas. De este modo, se argumenta, por ejemplo, la gran longitud de los ejemplares meseteños a partir de ejemplos supuestamente superiores al metro de largo (Aguilar de Anguita, Fuente Tójar²³⁹) cuando en realidad apenas alcanzan los 70 cms.

Con independencia de la línea de investigación germánica, los trabajos de Encarnación Cabré sobre las espadas y puñales celtibéricos (Cabré, 1988 y 1990), dotados de un importante volumen de información inédita fruto de sus años de colaboración con su padre (Juan Cabré), representarán una destacable ordenación tipológica de este tipo de materiales, entre los que se contarían las espadas La Tène. Cabré distinguiría esta vez entre una producción “europea” (no explicita si con ello se refiere a importaciones) y una variante de inspiración La Tène (Cabré, 1990: 215-218), que vendrían a representar algunos ejemplares con hoja acanalada ya conocidos por la teoría de Cerralbo sobre la transición de las espadas de antenas a las de La Tène²⁴⁰. Lo más destacable de esta obra, además de su corto listado de ejemplares de las necrópolis de Cerralbo y Morenas de Tejada, es la presentación de la espada con vaina decorada de Gormaz como la evidencia más antigua de este tipo de arma en la Celtiberia, que fecharía en la segunda mitad del siglo IV a.C. por la fíbula que la acompañaba en el ajuar (*Ibid.*: 216). Con

²³⁸ Lo que en realidad, como ya hemos visto, es también aceptado por Stary.

²³⁹ Lenerz, 1991: 79. El ejemplar de Aguilar de Anguita al que refiere es en realidad de Arcóbriga (nuestro número de inventario 1032). Fuente Tójar: inv. 1092 de nuestro catálogo.

²⁴⁰ Algunas piezas de Atance (*Vide supra*, nota 230), a las que añadiría el ejemplar de la sep. 32 (inv. 1047), (Cabré, 1990: fig. 21).

posterioridad a estos trabajos, Encarnación Cabré publicaría, junto a Isabel Baquedano, sendos trabajos sobre el armamento céltico peninsular (Cabré y Baquedano, 1991 y 1997), donde llegarían a afirmar cosas como: *“los celtas hispanos utilizaron prioritariamente modelos de La Tène, modificándolos para adaptarlos a sus necesidades (diferentes técnicas de lucha). Así, mientras los galos usan espadas romas y bastante largas (80 cm), los celtas hispanos usan espadas cortas (40/50 cm) de dos filos y con punta”* (Cabré y Baquedano, 1997: 242), en la que mezclan arbitrariamente las espadas de tradición La Tène con otros modelos. Por otra parte, se aceptaría la posible influencia de las espadas catalanas sobre las meseteñas, a la vez que una vía de penetración alternativa desde Aquitania hacia el Alto Ebro. En general, se trata de síntesis importantes para la ordenación de estos materiales, aunque lo cierto es que el reducido formato de sus publicaciones implica que en ocasiones se afirme mucho y se argumente poco, probablemente por la intención de publicar algo más extenso que no ha llegado a ver la luz.

Una importante influencia del trabajo de Cabré sobre las espadas y puñales meseteños (Cabré, 1990) puede observarse en el excelente trabajo de Alberto Lorrio sobre la panoplia celtibérica (Lorrio, 1993, 1994, 1997:147-198 y 2002), uno de los referentes absolutamente ineludibles sobre el armamento protohistórico de la Península Ibérica. El trabajo de Lorrio se centra en los hallazgos de necrópolis y sus conjuntos para establecer una secuencia de la panoplia celtibérica muy acorde con otros aspectos de la evolución social de esta cultura. El interés de esta obra, en cuanto a la panoplia La Tène refiere, radica no en un tratamiento específico para las espadas de esta tradición, que son citadas como un elemento más sin atender a su tipología y variantes, sino precisamente en su asociación con otros elementos de la panoplia autóctona que no tienen el mismo origen. Este hecho, que Lorrio recalcaría repetidamente con buena base²⁴¹, vendría a oponerse a la tradición de la investigación germánica que pretendía mostrar los restos de cultura material de procedencia La Tène como evidencias de migraciones celtas hacia el territorio celtibérico. Algunos puntos de su argumentación, sin embargo, parecen compatibles con el trabajo de Lenerz de Wilde, por ejemplo en la afirmación de la existencia de un primer periodo caracterizado por la importación de espadas extrapeninsulares seguido de un segundo momento en el que se desencadenaría un

²⁴¹ Por ejemplo, en la reedición de su trabajo sobre los Celtíberos de 2005, Lorrio cuestiona la justificación de Lenerz sobre la existencia de migraciones con estos argumentos (Lorrio, 1997: 401).

proceso de producción propia. La vaina de la sep. D de Gormaz sería uno de los representantes del primer periodo; y de nuevo la evidencia más antigua del armamento La Tène en la Celtiberia (Lorrio, 1997: 180).

El año 1997 representaría un auténtico punto de referencia para la investigación sobre el armamento peninsular. Además de la publicación de la panoplia celtibérica de Lorrio en un contexto mucho más amplio (Lorrio, 1997), tendría lugar la publicación de dos importantes obras donde el armamento peninsular jugaría un papel de primer orden: uno dedicado a la guerra y los ejércitos en Hispania (*La guerra en la antigüedad*, 1997) y otro al armamento romano republicano (Feugère (dir.), 1997), además de un trabajo de síntesis sobre el armamento ibérico (Quesada, 1997) que es a todas luces la principal referencia actual sobre el armamento La Tène peninsular.

La obra de Fernando Quesada trasciende el territorio ibérico para abordar un estudio tipológico ordenado de las espadas La Tène peninsulares, donde los hallazgos celtibéricos también tendrán una influencia relevante. El recorrido argumental de Quesada le lleva a cuestionar anteriores hipótesis a partir de un análisis de las dimensiones de las espadas y las características de sus vainas, que son los dos criterios utilizados con anterioridad por Schüle-Stary y, en oposición, Lenerz de Wilde, para apoyar sus ideas sobre la existencia o no de producciones locales. A partir de este análisis, sus conclusiones le llevan a afirmar una aparente menor longitud en los ejemplares hispánicos, de difícil contrastación, y la existencia de distintos métodos de suspensión que conformarían la base de su clasificación tipológica (Quesada, 1997: 254-255):

El tipo VIIA de Quesada²⁴² se caracterizaría por ajustarse en términos generales a los patrones típicos de la cultura La Tène y sus distintas variantes en LT I, II y III, con vaina enteriza suspendida mediante hembrilla. Este tipo de espada estaría bien documentada en Cataluña, aunque no exclusivamente en este territorio.

El tipo VIIB sería muy parecido al anterior, aunque ostentaría un doble sistema de suspensión al añadir al habitual sistema de hembrilla una suspensión para anillas laterales que seguiría la tradición cultural más habitual en el Mediterráneo y plenamente extendida en el territorio ibérico y celtibérico. Este nuevo sistema se adaptaría mejor a lo que estaban acostumbrados sus usuarios con otras armas, que llevarían suspendidas

²⁴² El “VII” refiere a las espadas de tipo La Tène, al igual que otros números lo hacen a los distintos modelos de antenas.

mediante un tahalí o bandolera, mejor que en vertical sobre la pierna. Tan sólo existiría una pequeña cantidad de estas armas, dos en la Celtiberia (Arcóbriga D y Gormaz D) y una en el sureste (Cigarralejo 54), que pronto se irían sustituyendo por modelos sin hembra y sin vaina metálica (La Osera 201).

El tipo VIIC representaría precisamente aquellas producciones sin vaina entera o con vaina de armazón metálico y cuerpo orgánico. Aunque las espadas son indistinguibles de sus parientes galas, se trata de producciones propias muy frecuentes en la Meseta y el territorio ibérico a excepción del noreste, donde existirían sólo algunos casos.

El tipo VIID, contemporáneo al anterior, se caracteriza por la hibridación de los rasgos típicos de las espadas La Tène con otros correspondientes a las espadas de antenas. Se trata de un grupo bastante reducido de piezas, en su mayoría procedentes de Atance, que ya fuera considerado por Encarnación Cabré (Cabré, 1990: 217-218) como un grupo aparte.

La clasificación de Quesada rehúye así la de Schüle, puesto que el tipo “Castilla” de producciones locales está representado en más de una variante; y es algo más afín a las de Lenerz, aunque admitiendo un componente local mucho más fuerte y rechazando de forma explícita sus teorías invasionistas. Lo que nos parece más importante, sin embargo, es el hecho de tener en cuenta las diferencias en el modo de suspensión como un factor cultural a considerar para argumentar la fuerte caracterización local de este tipo de armas.

Fuera del terreno estrictamente tipológico, este autor observaría que la aparición tardía (ya en pleno siglo III a.C.) de las espadas La Tène en Cataluña probablemente reflejara una falta de contextos más que una ausencia real. En la Meseta, la pieza de la sep. D de Gormaz continuaría ostentando la fecha más alta (finales del siglo IV a.C.), mientras que en el sureste peninsular se documentarían las piezas más antiguas (Cigarralejo 54, Cabecico 20), indudablemente del siglo IV a.C., fecha que vendría a coincidir con las primeras evidencias en la cuenca del Ebro.

Complementando el excelente trabajo sobre las espadas La Tène peninsulares, Quesada afronta el difícil problema del origen del *gladius hispaniensis*, para el que argumenta, basándose en un exhaustivo análisis del material arqueológico, una procedencia en aquel tipo de espadas (Quesada, 1997: 260-270). La evolución de la espada La Tène peninsular hacia el *gladius hispaniensis* que adoptaron los ejércitos romanos se explicaría, apoyándose en datos literarios, mediante la comparación de sus criterios morfológicos, sus medidas y las vainas que las acompañaban con la espada que usarían

estos ejércitos con anterioridad y posterioridad. De este modo, el candidato más firme lo constituiría sin duda la espada La Tène del tipo VIIC de su clasificación, un tipo de espada de fabricación local inspirado en los modelos extrapeninsulares de La Tène I que se vendría fabricando mucho más allá de este periodo. La morfología de este tipo de espada, más corta y ancha que sus homólogas de la Tène continentales, con vaina orgánica y suspensión por anillas en tahalí, encajaría bien con los ejemplares de *gladii* republicanos hallados hasta la fecha.

Además de las espadas La Tène, otras armas de la misma influencia también fueron analizadas en el trabajo de Quesada. En el capítulo relativo a las lanzas, la compleja clasificación morfológica a la que debió atender este autor tendría en cuenta la aparición de determinadas moharras presuntamente relacionadas con la cultura La Tène en un número muy superior al propuesto años atrás por Stary, concentradas en algunos ejemplares de sus tipos 4b y 7 (*Ibid.*: 399-404). Otra conclusión relacionada con este tema que nos parece muy interesante es la de la concentración de las moharras con sección en arista preferentemente en el noreste y, en menor medida, en la Meseta oriental y la zona abulense, donde por lo general dominan las secciones sin nervio (*Ibid.*: figs. 238-243). Esta es una observación importante, puesto que las secciones en arista son las más habituales en contextos latenenses y podrían estar implicando algún tipo de influencia, que como mínimo está clara para la región nororiental. También los regatones con espiga, característicos de la cultura La Tène en su etapa media, forman parte de la catalogación de Quesada, aunque su número es muy reducido (*Ibid.*: 428).

Otro de los materiales de influencia La Tène analizados en la obra de Quesada refiere a los escudos ovales (Quesada, 1997: 532-545). A lo largo de este análisis, se subraya el uso del escudo oval no sólo entre las tropas celtas sino también en otras culturas como las itálicas, griegas o púnicas. En el ámbito más puramente arqueológico peninsular, se distinguen tres variantes morfológicas de umbos metálicos: los umbos bivalvos, de los que se conocen pocos ejemplares, todos en el sur peninsular; los circulares, de difícil distinción frente a otros tipos pertenecientes a caetras, que ya habíamos visto anteriormente en la obra de Cabré (Cabré, 1939-40: 79-80); y los umbos de aletas, de los que cabría distinguir una producción indígena en el área catalana y otra, ya romana, con una dispersión más amplia y cronologías posteriores. La representación de *scuta* en la pintura vascular de Lliria se explicaría por la presencia cartaginesa en la Península, y por tanto por un influjo helenístico indirecto, más que romano (Quesada, 1997: 545). Como vemos, las ventajas del estudio de Quesada radican en la amplitud de miras, que

no acaba en el material mismo sino que persigue su racionalización histórica despojándose de ideas preconcebidas. El mismo argumento metodológico puede hacerse extensible en su análisis de los cascos (*Ibid.*: 554-563). De forma similar a lo comentado sobre los escudos ovales, Quesada trata con independencia los cascos de hierro de tradición celta La Tène, y los itálicos de bronce de tipo Montefortino, con sus respectivas variantes. No valdría, pues, como influencia de la cultura La Tène, el apoyarse como Stary (Stary, 1982: 117-119) en los cascos de tipo Montefortino, que, además, llegarían con posterioridad. Los ejemplares de Can Miralles y La Pedrera (de nuevo en Cataluña), serían los únicos firmes representantes de tipología La Tène, a los que probablemente hubiera que añadir un ejemplar de Cigarralejo (sep. 478).

Las distintas armas de influencia La Tène se agruparían, según Quesada, en conjuntos uniformes de la región del noreste peninsular (Quesada, 1997: 623-624) y sólo existiría en otras regiones de forma sesgada.

El trabajo realizado por Quesada en las distintas armas de influencia La Tène y en general en su análisis de la panoplia ibérica se vería desgranado y ampliado en otros (Quesada, 1997e, 1997f, 2002b, 2004) alcanzando una fuerte proyección internacional especialmente patente en sus conclusiones sobre la procedencia del *gladius hispaniensis*, por su evidente vinculación con la investigación del armamento romano republicano. Un problema frecuentemente relacionado con este tema ha sido el de intentar discernir cuáles de las espadas hispánicas corresponderían a ejemplares de la tradición local de La Tène y cuáles a ejemplares del tipo *gladius hispaniensis*. En dicho sentido, nos gustaría destacar un artículo que, aunque publicado un año antes, tendría extensión también en el mencionado congreso sobre armamento republicano de 1997 (Iriarte *et alii*, 1996 y 1997). En este trabajo se daban a conocer un conjunto de armas de contexto ritual aparecidas en el yacimiento riojano de La Azucarera, en Alfaro. De entre todas ellas, destacarían un notable conjunto de espadas rectas bastante fragmentadas cuya adscripción a los tipos La Tène o *gladius hispaniensis* vendría determinada de forma un tanto arbitraria por sus autores. La publicación, incompleta, no incluiría una parte importante del material, de entre el que destacaría un conjunto de umbos de aletas del que hasta ahora sólo conocíamos algunos indicios publicados en un trabajo paralelo (Marcos, 1996)²⁴³.

²⁴³ *Vide infra*, capítulo VII.B.2.

La labor científica de los especialistas en el armamento peninsular a partir de los años 90 tendría, pues, una gran trascendencia en el conocimiento de las distintas panoplias en las que se incluyeron armas de tipo La Tène. No hemos tratado aquí las obras que recogen el armamento vettón (Sanz, 2002; Álvarez-Sanchís, 2003; Lorrio, 2008) o el vacceo (Sanz, 2002) por estar sólo superficialmente relacionadas con el material latenense²⁴⁴, pero es necesario incidir en el hecho de que estas publicaciones contribuyeron, junto con las anteriores, a incrementar el conocimiento de las panoplias peninsulares hasta alcanzar un punto como mínimo equiparable, en este aspecto, al actualmente existente para la Segunda Edad del Hierro en el continente europeo.

Armas en contextos de culto. La panoplia La Tène del noreste

Si el armamento La Tène es el más frecuente en el territorio nororiental de la Península Ibérica durante la Segunda Edad del Hierro, no puede decirse que la investigación dedicada a este haya sido especialmente significativa al respecto. No existen apenas trabajos específicos sobre este tipo de armamento en la región, y al margen de un par de artículos sobre el tema y de la monografía que nosotros mismos publicábamos en fechas recientes, contamos tan sólo con la inclusión de este territorio en el ya mencionado trabajo de síntesis de Fernando Quesada (Quesada, 1997). El primer artículo al que referíamos apunta en concreto a la región laietana (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998), y se centra básicamente en los yacimientos y necrópolis dependientes del *oppidum* de Burriac. La obra efectúa un interesante recorrido por los hallazgos armamentísticos, en su mayoría La Tène, entre los que destacarían los conjuntos por entonces recientemente excavados de la vecina necrópolis del Turó dels Dos Pins (García Roselló, 1993). El estudio, que conseguiría catalogar 35 espadas de La Tène II y 12 ejemplares de escudo oval además del famoso casco del silo nº 24 de Can Miralles y un puñado de moharras, evidenciaría el fuerte vacío existente entre las armas de este periodo (a partir del siglo III a.C.) y las anteriores, fechadas en el siglo VI a.C. (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 322), lo que es todavía un problema generalizado, aunque un poco más limitado en el tiempo, en el conjunto del territorio catalán.

²⁴⁴ *Vide supra*, I.C.1.

Un segundo trabajo, anterior a este aunque no dedicado exclusivamente al armamento, lo debemos a Joan Sanmartí (Sanmartí, 1994). En este caso, el objetivo es precisamente atender a los distintos ejemplos de la cultura material La Tène en el noreste peninsular. El armamento, y en especial las espadas, forman parte esencial del trabajo, dando a conocer un buen número de ejemplares inéditos o de corta difusión, como el lote de espadas de la Neapolis de Ampurias, descubierto a principios del siglo XX (Puig i Cadafalch, 1915-1020), o algunos ejemplares procedentes de poblado (Puig Castellar, Sant Julià de Ramis, Puig de Sant Andreu...). Otros elementos, aparte de las inevitables fibulas, vendrían a complementar estas influencias, como algunas (escasas) representaciones iconográficas o los ritos de enclavamiento de cráneos. Todo ello, según este autor, “*n’autorise pas à conclure à l’existence de migrations celtiques dans cette partie de la péninsule Ibérique, car leur présence peut être facilement expliquée par des relations commerciales ou même simplement (surtout dans le cas des fibules) par l’imitation locale des modèles d’origine transpyrénéenne*” (Ibid.: 348).

La escasez de necrópolis halladas en el área catalana²⁴⁵ después de la excavación de Cabrera de Mar ha dejado los hallazgos de armas La Tène muchas décadas en punto muerto, hasta que las excavaciones sistemáticas en importantes asentamientos como el Puig Castellar (Serra, 1942: 85-90 y lám. IV; Sanmartí *et alii*, 1992; Ferrer y Rigo, 2003), Mas Castellar (Pons, 1997 y Pons (dir.) 2002), l’Illa d’en Reixach (Martín, Mataró y Caravaca, 1997) o el Puig de Sant Andreu (Casas *et alii*, 2004) han puesto al descubierto importantes conjuntos de armas, en especial espadas, procedentes de contextos rituales. Los imprescindibles trabajos, primero de Carme Rovira (Rovira Hortalà, 1998 y 1999) y más tarde de M^a del Mar Gabaldón (Gabaldón, 2004) se encargarían de difundir estos hallazgos, ya conocidos y debatidos desde hacía décadas²⁴⁶. La mayoría de estas armas aparecerían dobladas o agujereadas para ser inutilizadas, y se asociarían casi sin excepción a restos de cráneos (en los que se detectan trazos de decapitación) y mandíbulas humanas, normalmente en el interior de casas complejas o en las calles lindantes con estas, aunque otras veces depositados en el fondo de silos²⁴⁷ (**Fig. 17**). En el trabajo de Rovira, muy minucioso en cuanto a su análisis del material, se expone ya la presencia de estos conjuntos en calidad de trofeos,

²⁴⁵ Sanmartí, 1991: *passim*.

²⁴⁶ En especial, el conjunto de espada y dos cráneos del silo nº 146 del Puig de Sant Andreu (Ullastret) (Vilà, 1979-80; Rovira, 1998: 170; García Jiménez, 2006: 56 e inv. 29).

²⁴⁷ *Cfr.* nota anterior.

aunque se duda, a tenor de la ambigüedad de la información disponible en las fuentes clásicas sobre estos mismos ritos en contextos galos, de su origen bélico, punitivo o en su carácter de reliquias de antepasados (Rovira, 1999: 29). Por su parte, Gabaldón prefiere tratarlos como *spolia hostium* o botín de guerra (Gabaldón, 2004: 367), lo que nos parece lo más acertado. Nosotros mismos añadiríamos otra vuelta de tuerca en el tratamiento ritual de estos objetos al proponer la deposición secundaria en silos u otro tipo de cavidades como un patrón complementario posterior a su periodo de exposición, mejor que como un trato especial para determinados despojos o reliquias considerados más valiosos por sus propietarios²⁴⁸ (García Jiménez, 2006: 89-90).

En todo caso, este tipo de hallazgos ha representado un importantísimo incremento al material armamentístico procedente de necrópolis, lo que ha supuesto la posibilidad de dedicar un trabajo monográfico a las espadas La Tène de la región catalana que ha contado con 89 ejemplares registrados y que constituye el inicio de la presente Tesis Doctoral (García Jiménez, 2006). No vamos a entrar a valorar este trabajo por el momento, puesto que forma parte esencial del siguiente capítulo, pero baste destacar entre los principales logros de la obra el de diferenciar las producciones catalanas como autóctonas, con rasgos suficientemente claros de divergencia con los modelos galos contemporáneos que las inspiraron (*Ibid.*: 200-215); y entre los principales obstáculos a superar, el de la relativa indefinición de algunos tipos poco frecuentes (tipo IV) o con sus representantes demasiado incompletos (tipo II).

²⁴⁸ *Contra* Rovira, 1999: 26.

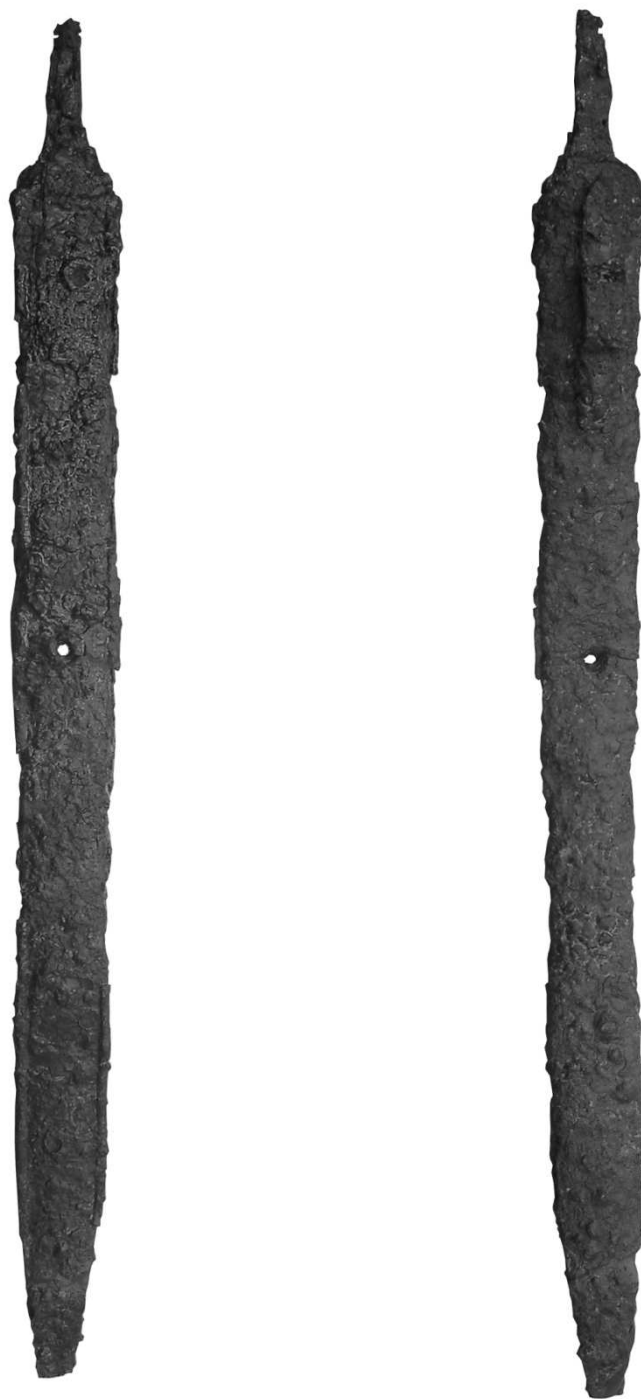


Fig. 17: Anverso y reverso de una espada y vaina con perforación ritual, procedente de l'Illa d'en Reixach y actualmente depositada en el MAC-Ullastret (tipo III del Noreste; inv. nº 40 según García Jiménez, 2006). Fotos: Ferran Codina.

PARTE II: LAS ARMAS

III. LAS ESPADAS

La primera de las armas que vamos a tratar es la espada. Esta es, sin lugar a dudas, la más destacada de las armas de la panoplia La Tène y la que gozara de mayor prestigio simbólico en su contexto de origen. Prueba de ello sería la ya anteriormente referida sobrerrepresentación de estos objetos en lugares de culto y necrópolis de toda el área europea, aunque podemos hacer extensible sin complicaciones esta pauta a la Península Ibérica; ya sea al modo que lo hicieran otro tipo de espadas en las áreas donde la espada La Tène no es el modelo exclusivo, o bien al formar parte (a veces exclusiva) de trofeos expuestos en los poblados del noreste. Cuando es necesario simplificar la panoplia en las piezas más significativas del conjunto, la espada siempre juega un papel destacado: las tumbas con espadas no suelen faltar en el registro arqueológico de las necrópolis cuando el sector social con autoridad para ostentar armas está representado en el espacio funerario. Otras armas más funcionales pero menos prestigiosas, como las lanzas, se incluyen a menudo en estas panoplias, aunque su registro es muy verosímilmente sesgado, con muy pocas tumbas que incluyan sólo estas armas, en contra de lo que debería haber sido habitual de estar representada en dichos contextos la población que las empleaba y que no podía costearse una espada. Una confirmación de lo que venimos argumentando la hallaremos en el presente capítulo, en el que veremos cómo las espadas La Tène peninsulares, al igual que las del resto de Europa, son mucho menos habituales en contextos antiguos (donde se reservan a unos pocos), y abundan en contextos avanzados, coincidiendo con la evolución social de tendencia urbana en las sociedades protohistóricas de la Segunda Edad del Hierro.

La espada La Tène es un objeto íntimamente ligado a su vaina. Pocas espadas de la antigüedad han ido acompañadas de un interés tan especial por parte de sus fabricantes respecto a un elemento en origen únicamente destinado a protegerla cuando está en reposo. Su compleja fabricación, que requiere un dominio considerable de la tecnología del hierro, es un ejemplo sin parangón en la Segunda Edad del Hierro, donde lo habitual es mezclar materiales orgánicos con el hierro, cuya contribución se reduciría a dar mayor estabilidad al conjunto. Ciertamente es, sin embargo, que en la Península Ibérica sólo

hay una zona donde las vainas se fabricaron sistemáticamente según el patrón europeo. En efecto, fuera del noreste peninsular, las vainas enterizas son escasas, y se rechazó a menudo su fabricación a favor de los materiales mixtos o, en su mayor parte, sólo orgánicos (y por tanto, perecederos). Este trato de exclusividad es uno de los máximos responsables del desinterés general de la investigación europea sobre las espadas La Tène peninsulares, dada la dificultad de estudiar o clasificar una espada de este tipo, cuya empuñadura, además, hay que recordar era siempre orgánica.

Precisamente estas peculiaridades, entre otras muchas, van a ser parte esencial del presente capítulo, aunque antes vamos a profundizar en su tipología, y para ello va a ser necesario conocer cómo es una espada La Tène y su vaina dentro y fuera de la Península Ibérica. El objetivo inicial es, pues, el de diseccionar estos objetos en todas sus partes, puesto que estas son las que determinan, mediante sus indicios morfológicos y tecnológicos, cuál es la evolución de estas armas. En este caso resulta importante explicitar qué elementos hemos considerado más importantes en este estudio por sus especiales cualidades tipológicas, variables en el tiempo y por tanto susceptibles de determinar una cronología. La definición y estructuración de estos cambios es la que nos va a permitir proponer una seriación tipológica para los distintos modelos de espada peninsulares, en los que los distintos comportamientos territoriales van a estar patentes. Una vez agrupadas las espadas dentro de los distintos tipos y variables, atenderemos a algunas especificidades de su modo de suspensión y a la difícil cuestión del *gladius hispaniensis*, que confiamos ayudar a esclarecer merced a los aportes materiales resultantes de este estudio. Seguidamente, el problema que vamos a plantear es el de las cronologías de estos tipos mediante el concurso de las evidencias arqueológicas que rodean sus contextos de hallazgo. Este va a ser un problema complejo, pero nos va a permitir dar un sentido diacrónico a las especificidades del material hispánico y así abordar con mayores garantías el grado de influencia propiamente La Tène de estas armas y su grado de autonomía como producciones locales. Finalmente, más como un apéndice complementario que como un apoyo argumental, vamos a incidir con brevedad en la escasa representatividad de la espada La Tène en la iconografía peninsular.

A lo largo del capítulo, va a estar muy presente el tema de las espadas de tipo La Tène del noreste peninsular, que ya publicáramos de forma monográfica en un trabajo

anterior²⁴⁹; en parte porque el método de investigación es muy similar al elaborado en aquella ocasión, y en parte también porque vamos a incidir en ciertos aspectos que vemos posibilidad de mejorar gracias a la incorporación de nuevos materiales aparecidos o sólo conocidos por nosotros con posterioridad a la publicación. Por tanto, vamos a dedicar una parte de este capítulo a la actualización de aquellos datos y a comentar aquellos aspectos más débiles en nuestra anterior argumentación debido a la escasez o calidad de ciertos materiales.

III.A. MORFOLOGÍA DE LAS ESPADAS LA TÈNE Y SUS VAINAS

Para saber cómo son las espadas La Tène y sus vainas dentro y fuera de la Península Ibérica, debemos hacer un doble ejercicio de consciencia al entender los patrones europeos como patrones modélicos pero no estáticos, de forma que algunos rasgos morfológicos aparentemente muy definatorios de lo que son estas armas pudieron haber cambiado a otros menos típicos de ellas representados en sus imitaciones locales de los contextos “periféricos” peninsulares²⁵⁰.

André Rapin apuntaba, sobre la base de su aplicación en los estudios desarrollados por el IRRAP, un total de diez índices morfológicos para las espadas La Tène y nada menos que 25 a 30 para sus vainas, sumando pues un total de 30-40 parámetros de identificación (Rapin, 2000: 193). En el material peninsular, el número de referencias es en general menor, habida cuenta de la fabricación una importante proporción de las vainas con materiales orgánicos. Otros indicios, como el protector metálico para la guarda de la espada, son prácticamente insólitos en contextos peninsulares, pero sin duda es la vaina la que se lleva la peor parte en el reparto de atributos. No obstante, en los casos en que la vaina se fabricó en hierro, a excepción del territorio nororiental, contamos con otros parámetros útiles, como en la modificación de su suspensión mediante anillas laterales en las vainas del tipo Quesada VIIB, que son mucho más abundantes de lo que en general creíamos (Quesada, 1997: 250-255).

²⁴⁹ García Jiménez, 2006.

²⁵⁰ *Vide supra*, I.A.1.

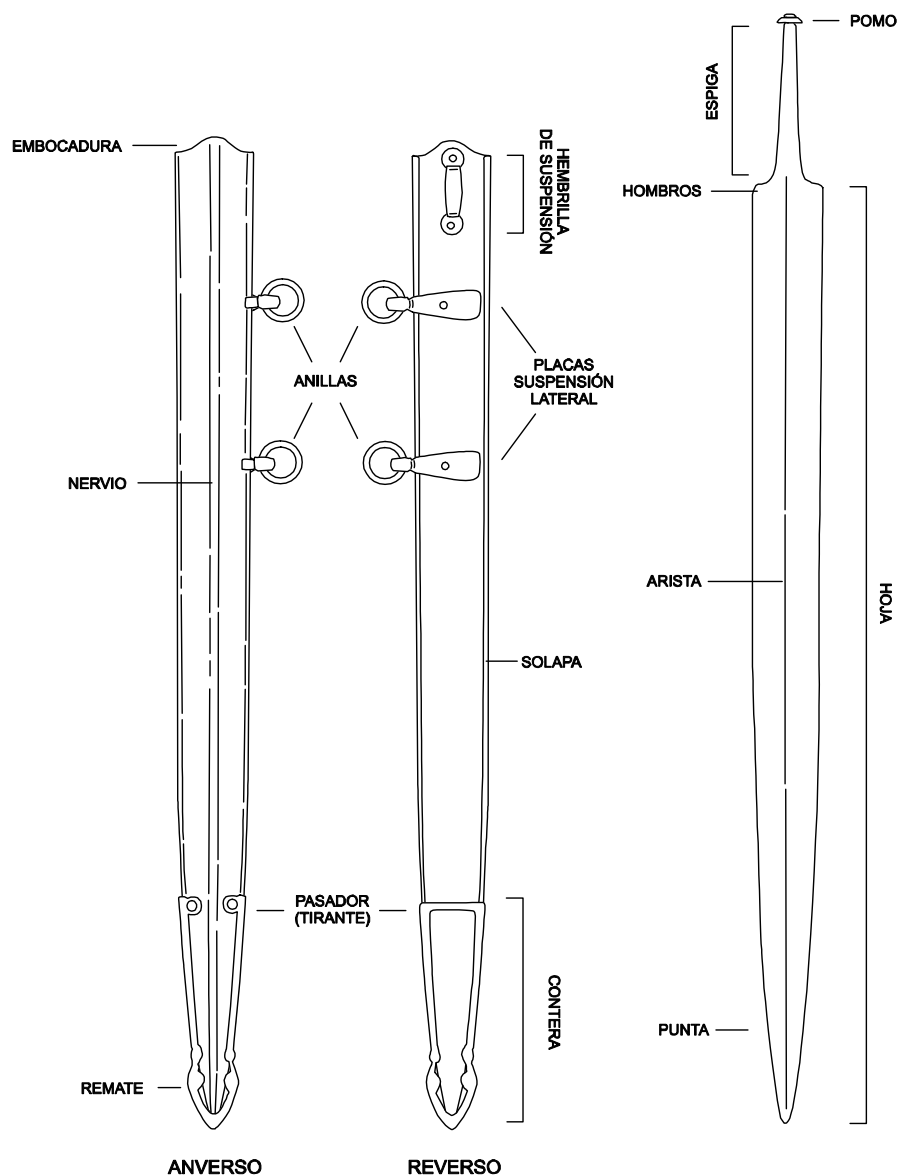


Fig. 18: Partes de la espada y la vaina La Tène. Vaina del tipo Quesada VIIB, enteriza, con añadidos de suspensión lateral.

En la **Fig. 18** recogemos una síntesis de los principales atributos morfotécnicos de las espadas y vainas La Tène peninsulares, muchos de ellos a su vez desglosables en otros susceptibles de su análisis tipológico, tal como explicaremos con detalle a lo largo de este capítulo. Para atender a estos criterios morfotécnicos y permitir contrastarlos y establecer una propuesta tipológica, hemos elaborado distintas bases de datos que cuenten con la información necesaria para este y cualquier otro trabajo relativo a estas armas que haya que afrontar en el futuro. En vez de elaborar una propuesta única que englobara todas las características como en el anterior trabajo de 2006, hemos decidido

escindir la información en dos bases de datos distintas: una, en forma de ficha, para la información general de las piezas, que será común a todas las armas (y no sólo a las espadas), y otra, en formato de lista, que englobe las características específicas de cada pieza, como sus medidas o atributos. En el particular de las espadas, esta última base de datos se dividirá a su vez en dos listas: una para las espadas propiamente dichas, y otra para las vainas.

Funcionamiento de las bases de datos: La Ficha General

El objetivo de la Ficha General, que como hemos dicho es común a todas las armas catalogadas en este trabajo, no es otro que el de ofrecer una referencia de la procedencia de las piezas o su contexto de hallazgo, así como de los datos que permitan contrastarla en su lugar de conservación o en la literatura en la que han aparecido con anterioridad.

El primer dato corresponde a la numeración de los distintos ejemplares de espada y vaina peninsulares. Como ya hemos apuntado con anterioridad, el número que refiere a las espadas del noreste, que responden a una problemática distinta a las de las demás regiones peninsulares, sigue a partir del 89, que correspondía al último número asignado a nuestro catálogo de 2006. Para el resto de espadas, que suman un total de 173, hemos preferido asignar un número a partir del 1000 con el fin de facilitar su rápida asimilación a un contexto culturalmente distinto al más “laténico” del noreste. El siguiente campo refiere a la procedencia o yacimiento de origen en el que fue hallada la pieza. Algunas piezas, que en otros lugares aparecen como procedentes de otros yacimientos, han sido incorporadas en el catálogo en aquél al que creemos que pertenece, anotando en cada caso su debida argumentación en el apartado de observaciones.

La forma y características de las distintas espadas o vainas se sintetizan a continuación a partir de un campo relativo a los tipos de espada y de vaina. La tipología que proponemos en este trabajo refiere en especial a las espadas, a excepción del material del noreste, donde la base tipológica depende principalmente de la vaina. De este modo, para las vainas nororientales seguimos la tipología propia que habíamos propuesto, con algún añadido secundario, mientras que para las del resto de la Península Ibérica, que sólo excepcionalmente cuenta con vainas enterizas de metal, hemos preferido seguir la

propuesta de la catalogación de Quesada en sus tres primeras variantes: VIIA, VIIB y VIIC. Por tanto, al margen de la tipología del noreste, que empieza siempre con un numeral romano del I al VII, clasificamos el material en: vainas enterizas no correspondientes a las tipologías del noreste, vainas enterizas con suspensión mixta o modificada (es decir, con placas para anillas laterales: el tipo Quesada VIIB), vainas orgánicas o ejemplares sin vaina (Quesada VIIC), vainas orgánicas con armazón metálico (restos de carriles) y vainas orgánicas con algún elemento metálico (suspensión o contera). Los dos últimos tipos corresponderían también a la variante C de Quesada.

Los siguientes campos refieren a la localización del arma en su lugar de depósito actual (museos o colecciones privadas) y en su yacimiento, ya sea formando parte del ajuar de una tumba o en algún sector o estrato de un poblado, en el interior de un silo o habitación. Los números de inventario que les siguen corresponden a los inventarios de museo y al inventario general de Quesada publicado en 1997 (Quesada, 1997), que es la fuente principal del repertorio de nuestro propio catálogo. En el apartado de la cronología apuntamos principalmente las que han propuesto sus excavadores en las distintas publicaciones. En el caso de existir una cierta disconformidad o una posibilidad de afinar algo más la cronología mediante criterios tipológicos, se añade la puntualización pertinente.

También el estado de conservación de una pieza nos parece un factor importante a anotar. Algunas piezas están muy incompletas y fragmentadas, muchas otras se conservan afortunadamente completas (puede que a excepción de algún pequeño fragmento), mientras que un grupo importante, que hemos catalogado como “semicompletas” conservan una parte sustancial de su estructura, lo que permite su clasificación y su restitución virtual sin problemas. Si la espada está doblada a causa de su tratamiento ritual en el contexto funerario o en su exposición como trofeo, se anota si el pliegue es único, doble o múltiple; o bien si se conserva todavía recta, en su posición original. El contexto de hallazgo, sea este correspondiente a una tumba, poblado o procedente de un ritual, también es anotado. El contexto ritual refiere en muchas ocasiones, en las piezas del noreste, a hallazgos en poblado, pero se clasifica como tal cuando tiene evidencias de su manipulación intencionada para su exposición como trofeo, ya sea por orificios de enclavamiento o por el pliegue ritual al que son sometidas. Así, si en una pieza hallada en un poblado del noreste se anota su contexto

como de “poblado” es porque no hay indicios claros de manipulación en el fragmento conservado, aunque en realidad su hallazgo se explicaría casi siempre como parte de un ritual de exposición más que como un rechazo casual.

Finalmente, y después de un apartado dedicado a la bibliografía donde se refiere específicamente a cada pieza (normalmente por la aparición de un dibujo de esta), añadimos un espacio dedicado a las observaciones, donde se puede hallar una descripción concisa de la pieza en cuestión.

En cuanto al funcionamiento de las bases de datos concretas, referentes a las características y medidas de las espadas y vainas, se hallará una explicación detallada a lo largo de este capítulo, en el que debatimos las distintas partes que conforman los dos tipos de objeto en cuestión. Remitimos, pues, al análisis concreto de estas variables para hallar una valoración de las distintas posibilidades en la concepción de las mismas dentro de los patrones peninsulares.

III.A.1: Morfología de la espada La Tène peninsular

Para cualquier analista no versado parecería que la espada La Tène peninsular significa la máxima simplificación dentro de las posibilidades morfológicas de una espada. Sin embargo, y pese a que este tipo de espada consta apenas de una hoja y de un empuñadura muy simple, las variaciones en sus componentes son muy amplias. Las espadas La Tène se definen en general como espadas largas de hierro, con dos filos y una punta más o menos prominente, hombros normalmente curvos o arqueados (sólo rectilíneos en los modelos tardíos) y una espiga solidaria con la hoja que corresponde al esqueleto de su empuñadura, realizada con materiales orgánicos desaparecidos en el registro arqueológico (García Jiménez, 2006: 109-110). Como en el anterior trabajo que dedicábamos a estas armas (*Ibid.*), dividiremos el análisis morfotécnico de la espada en sus dos partes fundamentales: empuñadura y hoja.

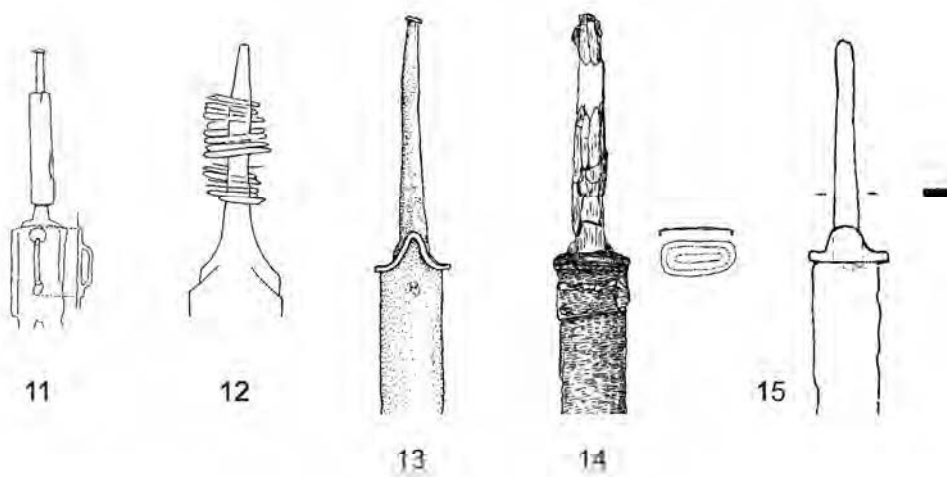
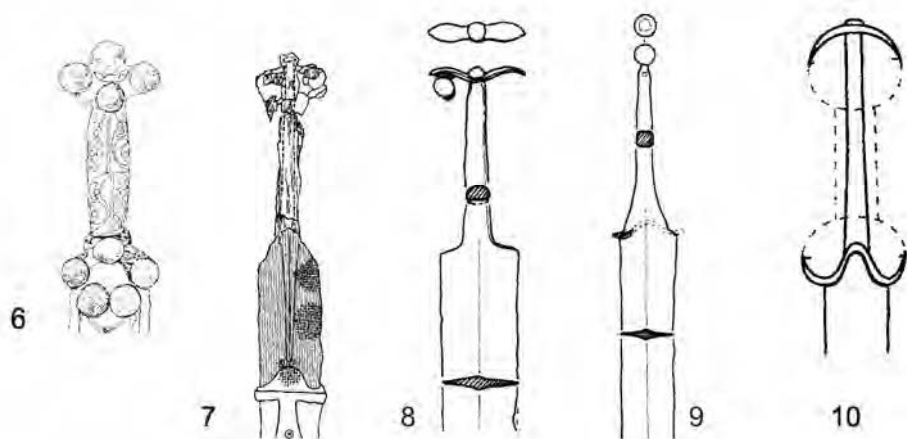
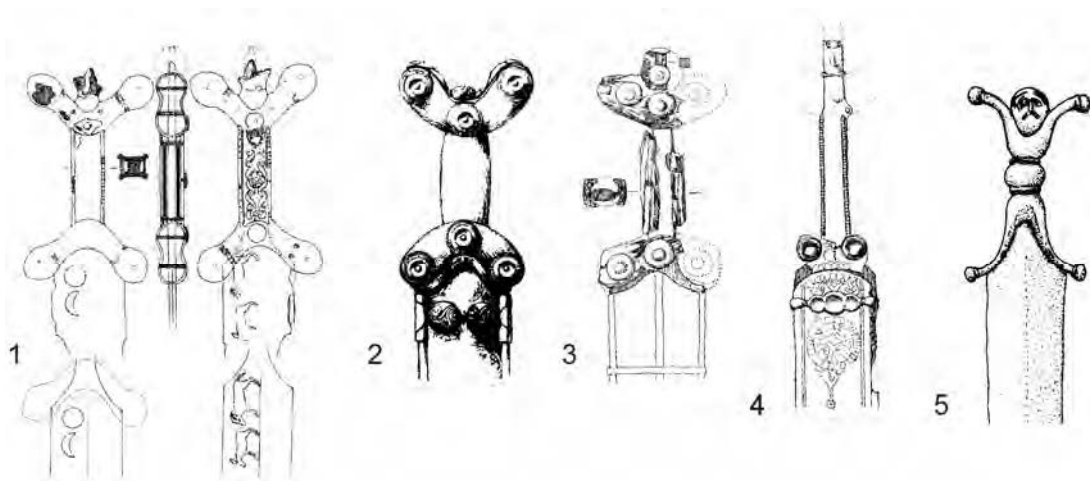


Fig. 19: Algunos ejemplos de empuñadura en espadas de tipo La Tène (sin escala). 1: Prosnes, sep. A (Rapin, 2008: Fig. 10), segunda mitad del siglo V a.C.; 2: Restitución con pomo y remate en aletas (bipartito), a partir del siglo IV a.C. Barbey, sep.8 (Rapin, 2002: Fig. 3b); 3: Pomo tripartito y empuñadura cuadrangular. Altrier (Luxemburgo), finales del s. V a.C. (Rapin, 2002: Fig. 8a); 4: Empuñadura con pomo tripartito. Somme-Bionne (segunda mitad del s. V a.C.)(Rapin, 2002: Fig. 8b); 5: Puñal de empuñadura antropoide procedente de Thielle (Suiza), según Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 52,2 (La Tène D1); 6: Empuñadura compleja de una espada de influencia La Tène británica, procedente de la sep. 3 de Kirkburn (Stead, 2005: Fig. 85, 172); 7: Restos de la empuñadura orgánica (¿con pomo tripartito?) de la sep. 411 de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: T.411); 8: Remate del pomo (en aletas) de la sep. 42 de Monte Bibebe (Lejars, 2008: 188), conservando un remache (La Tène B1); 9: Remate esférico de una espada de tipo Hatvan-Boldog de Monte Bibebe (Lejars, 2008: 193), sep. 66 (La Tène B2); 10: Restitución de una espada procedente de La Tène (Suiza), con pomo y guardas hipertrofiadas (s. II a.C.), según Rapin, 2001: lám. X, 1; 11: Espada corta de Vert-la-Gravelle (Marne), sep. 6bis, según Charpy, 1991: 84, inv. 81, con empuñadura de hueso; 12: Sep. 776 de Wederath-Belginum (Alemania), según Haffner, 1974: 57, fig. 1. Empuñadura con discos de bronce o latón (La Tène D2); 13: Espada con protector metálico para guarda de tipo acampanado (LT C2) (Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 68); 14: Embocadura de vaina y espada con protector para guarda metálico recto, procedente de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 52, 145); 15: Espada con protector metálico para guarda, recta en la embocadura y emulando las formas acampanadas (Saint-Laurent-des-Arbres) (Barruol y Sauzade, 1969: Fig. 23) (LT D1/D2).

La empuñadura

Hay muchas formas de componer la empuñadura de una espada. Por lo general, el esqueleto de la empuñadura suele ser una extensión de la misma pieza en la que se forja la hoja, puesto que el resultado es así mucho más estable que cualquier tipo de sujeción alternativa de la empuñadura a la hoja. En la protohistoria europea, y la Península Ibérica contiene muchos ejemplos en dicho sentido, la forma de este esqueleto toma aspecto de espiga (cuando es larga y delgada, como un tallo²⁵¹) o de lengüeta (cuando es ancha y plana²⁵²). En las espadas de tipo La Tène la base de la empuñadura es siempre una espiga²⁵³, normalmente con sección rectangular pero en ocasiones con sección cuadrada o, más raramente, redondeada.

La empuñadura de la espada se divide en tres secciones; de arriba (parte distal) abajo (parte proximal): la guarda, el puño y el pomo. Si la espiga o la lengüeta constituyen el esqueleto de la empuñadura de cualquier tipo de espada, no son, ni de lejos, los únicos

²⁵¹ Por ejemplo en la mayoría de espadas de antenas (Quesada, 1997: fig. 116).

²⁵² En las espadas de frontón (Quesada, 1997: 184-186), las de tipo Arcachón (Quesada I) (*Ibid.*: 206-207) o muchos de los puñales peninsulares (*Ibid.*: fig. 165).

²⁵³ No conocemos caso alguno en que la empuñadura de una espada La Tène se realizara mediante el uso de una lengüeta. El caso de la espada de la sepultura nº 12 de Atance (nuestro nº 1046) es según nuestra opinión un híbrido de antenas del tipo Arcóbriga-Quesada VI con muy poco que ver con las espadas La Tène, en contra de lo que se viene afirmando hasta el momento para esta pieza (*Vide infra*, cap. III.C.).

elementos de la misma, sino que se rodean de otras piezas, en general de madera, metal, o, menos habitualmente, de hueso, que configuran los elementos de agarre y protección de la empuñadura. Contrariamente a lo que fue habitual en la tecnología de la cultura de La Tène²⁵⁴ e incluso en la de su ascendente hallstática, las espadas La Tène emplearían sistemáticamente el uso de componentes orgánicos para la configuración de su empuñadura. Sólo algunos casos extraordinarios fueron fabricados con elementos metálicos²⁵⁵ (**Fig. 19, 1, 5 y 6**). A falta de estos elementos, desaparecidos casi sin rastro del registro arqueológico, resta prácticamente la espiga como único indicativo. La utilidad tipológica de la espiga, aunque algo menor que la de otros indicios porque su evolución a lo largo de los siglos es poco dinámica, reviste de cierta importancia en su sección y sus proporciones. Las espigas de sección cuadrangular, por ejemplo, pertenecen en su mayoría a espadas muy antiguas, de La Tène A (Rapin, 2008: 240), mientras que las posteriores son generalmente de sección rectangular. Del mismo modo, las espadas de La Tène D tienen por lo general una espiga mucho más larga y algo más ancha que las anteriores, y en ocasiones incluyen secciones facetadas²⁵⁶. Asimismo, la estrechez de algunas espigas suele ir asociada a algunos tipos, por lo general de hojas también estrechas. La longitud media de las empuñaduras de espadas La Tène hispánicas ronda los 10 a 12 cms., que es también lo más corriente en las espadas continentales de La Tène Antigua y Media. Las más tardías, como las del tipo VI del noreste, serían algo más largas: sobre los 13 o normalmente 14 cms. (2006: apéndice 3), pero podría alcanzar en otros modelos europeos hasta los 18 cms. (Lejars, 1996: 90).

El **pomo** de las espadas La Tène suele tener forma arriñonada o de trébol, y su finalidad es evitar que la mano que empuña la espada resbale con los golpes o el sudor. Normalmente, una especie de botón de hierro remata la espiga para evitar que el pomo de madera se deslice de su esqueleto y se pierda. La mayoría de las espadas La Tène peninsulares que han conservado la espiga completa, incluyen este tipo de remates, aunque tampoco son raros los ejemplos en los que no existe tipo alguno de remate.

Las investigaciones de André Rapin lo han llevado a distinguir dos tipos de pomo según fuere su articulación bipartita o tripartita (Rapin, 2000: 195 y 2002: 161). En general,

²⁵⁴ *Vide supra*, I.A.1.

²⁵⁵ Por ejemplo, la espada de la Sep. A de Prosnes (Rapin, 2002 y 2008: 256-258 y fig. 10), que contenía una empuñadura compleja y muy decorada íntimamente relacionada con las de los puñales antropoides, también generalmente fabricadas en bronce o hierro (Coussin, 1926b; Drilhon y Duval, 1985).

²⁵⁶ García Jiménez, 2006: inv. 10, del lote de la Neapolis de Ampurias.

ambos tipos de pomo se basan en la simetría invertida de la guarda, aunque en los pomos tripartitos se añadiría una pieza central, más o menos larga y de forma tubular o esférica, que no existiría en su tipo alternativo. Las dos piezas restantes pertenecerían a las dos cachas, que se juntarían mediante sendos remaches a los laterales. Los remaches centrales, que se sitúan en la vertical de la espiga en el pomo y la guarda de algunos ejemplares, son falsos remaches decorativos, y por tanto no aparecen sus restos atravesando la espiga en los hallazgos arqueológicos (**Fig. 19,1-3 y 6**). La forma tripartita (**Fig. 19, 1 y 3-7**) pertenecería a los ejemplares con una longitud de espiga entre 12 y 14 cms, siempre que su cronología fuera anterior al siglo II a.C., puesto que por entonces las largas espigas vendrían a relacionarse mejor con la hipertrofia del pomo y la guarda (Rapin, 2001: 49) (**Fig. 19, 10**). Los pomos bipartitos, por su parte, se relacionarían con las espigas de inferior longitud, en torno a los 10 cms. (Rapin, 2002: 161). En algunos casos, y en especial durante el siglo IV a.C., el remate de estos pomos a dos piezas tomaría la forma de unas estrechas aletas (**Fig. 19, 2 y 8**) que funcionarían como tope. Los restos de uno de estos remates puede observarse en la desaparecida espada del silo 24 de Can Miralles, en Cabrera de Mar²⁵⁷. En otras ocasiones, el remate en botón se suple por uno esférico (**Fig. 19, 9**), que, de ser muy grande, cumpliría las funciones de la pieza central del pomo tripartito. Algunas de las espadas del noreste (tipo III)²⁵⁸, relacionadas con el prototipo europeo de las llamadas “Hatvan-Boldog” incluyen este tipo de remates entre sus características habituales.

El **puño** cubre, pues, el espacio intermedio entre el pomo y la guarda. Su forma de tubo, con sección circular (**Fig. 19, 6 y 11-12**) o cuadrada (**Fig. 19, 1 y 3**) viste la espiga encajándose entre pomo y guarda, de modo que lo habitual es que se fabrique, cuando el material de base es orgánico, de una sola pieza. Aparte de los escasos puños metálicos, algunos casos han conservado puños de hueso (**Fig. 19, 11**), mientras que en las fases más avanzadas de La Tène (La Tène D2) algunas producciones incluyen un curioso sistema de discos intercalados de latón o bronce y madera (Lejars, 1996: 90). Hay pocas evidencias de puños en el repertorio peninsular de espadas La Tène, de no ser que se halle oculto entre el óxido en algún ejemplar de ancha sección, como el de la sep. 560 de Villaricos²⁵⁹. La longitud del puño de una espada La Tène puede situarse entre los 5 y 7 cms., longitud estándar de otros tipos de espada, como las de antenas de tipo

²⁵⁷ En última instancia, García Jiménez, 2006: inv. 63.

²⁵⁸ Véase también García Jiménez, 2006: inv. 1.

²⁵⁹ Inventario 1155 de nuestro catálogo.

Echauri/Quesada II²⁶⁰. Aunque parece una longitud algo estrecha para una mano, hay que tener en cuenta que los dedos reposarían parcialmente en la guarda y el pomo facilitando el agarre.

La **guarda** es un elemento que cumple simultáneamente varias funciones. A la vez que evita o dificulta el efecto de los golpes deslizantes de la hoja sobre la mano, estabiliza la unión de la espada con su vaina en reposo. La constitución de la vaina es idéntica a la del pomo bipartito, con dos cachas remachadas en los laterales. La diferencia está en que la guarda se apoya en los hombros de la espada y ocupa así una pequeña parte de la hoja. Su forma en la base, normalmente curva, sinuosa o acampanada, está en estrecha relación con la embocadura de su vaina, que es el positivo de esta. La mayoría de las guardas de las espadas La Tène a partir de La Tène II incorporan un elemento metálico que sí ha resistido a los años: un fino protector en su base, cuya forma delata sin rodeos la de la embocadura de su vaina. En el recorrido cronológico de estos protectores para la guarda, la mayoría son de forma acampanada más o menos alta (**Fig. 19, 2, 10 y 13**), aunque a partir de La Tène III aparecerían las primeras guardas rectas (**Fig. 19, 14**), que convivirían con las altas hasta el fin de su existencia (Rapin, 1999: 63)²⁶¹. Algunos ejemplares también tardíos evidenciarían la comunión de estas dos formas alternando un perfil recto en su base con un perfil acampanado en su extremo (**Fig. 19, 15**). Por desgracia para nuestras intenciones tipológicas, en la Península Ibérica, donde los modelos de espada La Tène derivan en general de tendencias arcaizantes que remontan a La Tène I, los protectores metálicos para la guarda no son nada habituales. Tan sólo podemos hablar de un ejemplo seguro, representado en una espada del lote de la Neapolis de Ampurias (García Jiménez, 2006: inv. 1), cuya forma delata su fabricación autóctona relacionada con las embocaduras de vaina trapezoidales, tan frecuentes en el noreste peninsular.

Pocos casos en la Península Ibérica han logrado conservar restos de la empuñadura orgánica. La incineración de los restos es en particular el último responsable de este hecho, aunque, excepcionalmente, una espada procedente de poblado, zona 14 del Puig de Sant Andreu y todavía inédita, ha revelado restos de madera en su empuñadura que

²⁶⁰ García Jiménez, 2006b: Fig. 31-32. Para el caso de las falcatas, véase una discusión detallada en: Quesada, 1997: 103-104 sobre la misma base.

²⁶¹ Contra Déchelette, 1914: 626 (*Vide supra*, Fig. 11).

pertenecen al puño, la guarda y la impronta de su base en la hoja²⁶². Junto a esta misma pieza se han conservado también restos de los remaches de unión de las cachas de la guarda o el pomo, que también han logrado sobrevivir en otros ejemplares, como en los de la sep. 110 de Los Nietos (inv. 1108) o la de la sep. A de Mas de Barberán (inv. 1106). El remache de Los Nietos es especialmente peculiar, puesto que combina una cabeza más pequeña por un lado y mayor por el otro. Este tipo de remaches no es desconocido en el registro arqueológico continental²⁶³, y quizás puedan interpretarse como posibles indicativos de un anverso y un reverso de la espada (Leconte, 1991: 49). De todos modos, y aunque la ausencia de estos remaches pueda interpretarse en muchos casos, sobre todo en los procedentes de excavaciones antiguas, como un descuido o descarte en la recogida o documentación del material, su escasez resulta más difícil de explicar por este camino, así que es posible que su papel se supliera mediante el uso de remaches de madera o la simple unión de sus cachas con resinas u otro tipo de colas. Otro reducido grupo de espadas peninsulares cuentan con empuñaduras metálicas, aunque en este caso no son de tipología La Tène sino que tienen que ver con la familia de las espadas de antenas, con las que se hibridaron en más de una ocasión²⁶⁴.

La hoja

La hoja es un factor bastante determinante en la clasificación tipológica. Yendo más allá de la evolución de Déchelette basada en sus proporciones, que también resulta útil, algunos otros indicios pueden ser tremendamente precisos. Así, la forma de los hombros, la punta o el perfil de la hoja y su sección son factores a tener en cuenta que cabe comentar con detenimiento:

Empezando por la **forma genérica de la hoja**, el perfil de sus filos y la tendencia con la que se acercan a su extremo proximal (la punta), tienen mucho que ver con la evolución de sus características tipológicas (De Navarro, 1972: 22). En última instancia, la hoja es la parte realmente útil de la espada, de modo que su configuración es la primera que se

²⁶² Inv. 96 de este catálogo. Debemos la presentación de esta y otras piezas procedentes de la zona 14 en esta obra a la amabilidad de Aurora Martín, quien nos ha permitido el acceso a este material pese a estar todavía inédito. Agradecemos, pues, este gesto de forma muy especial.

²⁶³ Por ejemplo en las sepulturas nº1 y 2 de Saint –Maur-des-Fossés (Leconte, 1991: Fig. 5 y 8). Tampoco es raro que se combinen remaches con cabezas de distintos tamaños para la guarda y el pomo, como los que pueden verse en la sep. 45 de Monte Bibele (Vitali, 2003: lám. 254; Lejars, 2008: 189)

²⁶⁴ *Vide infra*, III.C: grupo A4.

tiene en cuenta a la hora de fabricar este tipo de armas. El resto de los elementos, incluida la vaina, son en sí añadidos dependientes de esta. Como normalmente una espada debe estar bien fijada en su vaina para que no tiemble al movernos, muchas veces el perfil de la hoja se refleja en el de aquella. Siguiendo la argumentación de 2006 (García Jiménez, 2006: 119), dividimos las formas de hoja de una espada La Tène peninsular en cuatro tipos: filos semiparalelos, filos paralelos, filos progresivos o convergentes y filos rectificados o forma pistiliforme (**Fig. 20**).



Fig. 20: Forma de los filos de la hoja. 1: Paralelos; 2: Semiparalelos; 3: Progresivos; 4: Pistiliforme (según García Jiménez, 2006: Fig. 34).

La forma semiparalela de la hoja es con diferencia la más frecuente en todo el ámbito de influencia de las espadas La Tène. Su particularidad está en conservar una misma anchura a lo largo de su primer tercio, para estrecharse muy sensiblemente en su tercio central y después hacerlo de forma más importante en su tercio distal. Aunque su aspecto es parecido al de filos paralelos, no llega a trazar unas líneas tan rectas como su pariente tardío. Este tipo de forma está en sí muy relacionado con el módulo de su hoja, siendo el dominante en los módulos medianos, que son los más abundantes en La Tène Media. Algunos autores (De Navarro, 1972: 22) consideran que las hojas de La Tène Antigua (LT

A-B) iniciarían su acercamiento en un tramo más alto, y aunque consideramos este criterio válido para la mayoría de espadas continentales, no vamos a hacer distinciones más precisas en este terreno, puesto que en primer lugar sabemos que la tendencia conservadora de las hojas hispánicas (y ello incluye las del noreste) tiende a ser más parecida a las formas antiguas; y en segundo lugar creemos que es importante ser capaces de identificar estas formas a simple vista y sin tener que recurrir a medir las piezas y sus distintos tramos.

El perfil paralelo se asocia por lo común a espadas muy largas, de La Tène D, que sólo están representadas en la Península Ibérica por un grupo de ejemplares pertenecientes al tipo VI del noreste, todos procedentes del lote de la Neapolis (García Jiménez, 2006: 162-163); y aun así su forma se induce de la de sus vainas, puesto que no contamos por el momento con ninguna espada de este tipo separada de su vaina. De todos modos, en colecciones tardías como las de Alèsia (Sievers, 2001) o Port (Wyss, Rey y Müller, 2002) se hallan multitud de espadas con estas características que están claramente emparentadas con el tipo VI del noreste. En este tipo de hojas, la anchura es la misma en los tres primeros cuartos de su recorrido, y sólo llega a estrecharse muy cerca de la punta.

La forma convergente de los filos es algo que no suele ocurrir en las espadas La Tène europeas, pero sí es un fenómeno documentado en algunas piezas del noreste, fundamentalmente pertenecientes a los tipos II y V (García Jiménez, 2006: 152 y 160; fig. 61 y 69). Lo característico de esta forma está precisamente en la unión de sus filos de forma progresiva hacia la punta, lo que les da un aspecto algo triangular que podría recordar, en grande, la silueta de algunas moharras alargadas.

El último de los tipos de hoja es el que llamamos comúnmente “pistiliforme”. En este caso, la estrechez de sus filos es mayor en el centro e inferior en ambos extremos. Este es también un tipo muy poco habitual fuera de la Península Ibérica, pero sí es una forma ampliamente documentada en el interior de esta, donde la vemos con frecuencia asociada a todo tipo de espadas y puñales²⁶⁵. No obstante, este tipo de perfil se relaciona con las espadas La Tène siempre con una curvatura muy tenue, de modo que no es tan pistiliforme como estamos acostumbrados a ver en otro tipo de espadas.

El perfil de la hoja es un indicio tremendamente útil, aunque para poder utilizarlo con ciertas garantías es muy importante contar con piezas completas o casi completas. En la Península Ibérica, existen muchos ejemplares afectados en el recorrido de sus filos debido a su mala conservación. No obstante, en la mayoría de los casos, el trazo se puede seguir a tramos sin complicaciones, lo que permite restituir virtualmente sus perfiles sin problemas.

²⁶⁵ Como por ejemplo entre las espadas de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI (Quesada, 1997: 221) o los puñales bidiscoidales (Kavanagh, 2008: 50-51), pero también entre las espadas de frontón (Quesada, 1997: 183).

Otro factor muy importante relacionado con la hoja es su **sección**. La sección de la hoja es un indicativo bastante fiable de su comportamiento cronológico. Aunque sus formas más típicas, como las lenticulares, a cuatro mesas o las secciones con nervio son conocidas y utilizadas ya en un momento precoz, la extensión de su uso varía según la época que tratemos. Así, por ejemplo, las secciones con nervio o las secciones a cuatro mesas son las más habituales en contextos de La Tène Antigua, mientras que los nervios tienden a desaparecer por completo a partir del siglo III a.C., siendo entonces la sección lenticular la más habitual (Lejars, 2003: 24). La existencia de nervio longitudinal supone de hecho una mayor dificultad en la fabricación de la pieza (Pleiner, 1994: 76-77 y 157), a la vez que una reducción del grueso de los filos, lo que termina por hacerlos más sensibles que otros. El nervio se destina a aplicar mayor dureza a la hoja para conseguir mayor estabilidad y reducir el riesgo de su pliegue no deseado. La sección a cuatro mesas (filos a doble bisel) tiene relación con esta misma práctica, prescindiendo del aligeramiento que supone la reducción de los cortes en el proceso de forja. A partir de La Tène C1, la mayor longitud de hoja se asociaría en general a secciones lenticulares, lo que a la práctica manifiesta lo innecesario de aplicar tales nervios a las hojas contando con la tecnología de forja adecuada. Más adelante, ya en La Tène D, los nervios vuelven a utilizarse con frecuencia, aunque esta vez asociados a anchas acanaladuras que restan peso y añaden flexibilidad a las largas hojas de la época. También es muy frecuente desde La Tène C2 contar con hojas ornamentadas con finas líneas longitudinales a los costados, que no son verdaderas acanaladuras y, ya en La Tène D, con hojas con secciones planas en el centro y a doble bisel en los filos (Lejars, 1996: 90).

En la Península Ibérica las secciones lenticulares y las secciones a cuatro mesas son las más abundantes, siendo algo escasas las hojas con nervio, como de hecho también lo son las espadas de La Tène A o B con las que suelen asociarse. En algunos casos particulares²⁶⁶ el nervio viene a reducirse hasta convertirse en una arista longitudinal. Tampoco son desconocidas en el registro peninsular las secciones acanaladas, normalmente por relación con hojas de espadas de antenas que suelen llevarlas, pero

²⁶⁶ Sep. D de Quintanas de Gormaz (1093).

también entre las espadas tardías del noreste. En esta región, es muy raro ver una espada con nervio, de no ser por algún ejemplar también tardío del lote de la Neapolis²⁶⁷.

El tercer indicio relativo a las hojas se halla en las **puntas** de las espadas. Es este un indicativo algo menos preciso que otros dada la gran abundancia de puntas intermedias entre un tipo y otro. El patrón evolutivo básico es el ya expuesto por Déchelette (**Fig. 11**) sobre la tendencia a la desaparición de las puntas afiladas hacia otras algo más chatas en La Tène Media, hasta llegar a su abandono con las puntas romas de perfil redondeado de La Tène Tardía. En realidad, la secuencia es algo más compleja que la así expuesta, especialmente en lo que atañe a las puntas tardías, entre las que no es raro observar puntas incluso más punzantes que las de sus ascendentes de La Tène Antigua (Lejars, 1996: 90). Entre las variantes más típicas de la Península Ibérica destacamos dos como las más recurrentes: una más larga y estrecha y otra más corta y ancha. En la base de datos que hemos elaborado en este trabajo para las espadas²⁶⁸ peninsulares, usamos la terminología de “estrecha” o “ancha” como simplificación de estas variantes, que no tienen entre sí una forma tan contrastada como la que tendrían las puntas estrechas continentales de La Tène B frente a las más anchas de La Tène C. Dada la lógica diferenciación de longitudes de hoja entre los ejemplares estudiados, hemos definido estas categorías desde un punto de vista proporcional de la longitud que ocupa la punta en relación a la longitud total de la hoja. Para ello, utilizamos un valor que llamamos “longitud de carena”, tomado a partir de la perpendicular de la caída de la hoja en el momento en que se estrecha para constituir la punta, hasta su extremo último (**Fig. 21**). Este valor, a su vez, es tratado como un porcentaje con respecto a la hoja, de forma que: $\text{lg. carena} \times 100 \div \text{lg. hoja} = \% \text{ punta}$ (o valor numérico a contrastar para definir la proporción de la punta sobre el total de la hoja). Partiendo de estos datos, las puntas más estrechas y afiladas tienden a ocupar más del 20% de la hoja, generalmente empleando una proporción de la cuarta o la quinta parte de la misma (**Fig. 21,1**). Las más anchas, por el contrario, no llegan a alcanzar tales cotas, sino que suelen ocupar como máximo el 17% de la hoja (**Fig. 21, 2**). Por supuesto, estos valores no son siempre claros, y hay algunos ejemplares que se situarían en un punto intermedio que resultaría difícil de definir. Sin embargo, la tendencia hacia las puntas más delgadas o anchas es generalmente apreciable mediante un examen visual consciente, y resulta útil para

²⁶⁷ García Jiménez, 2006: inv. 10.

²⁶⁸ *Vide infra*, X.2.2

intentar discernir la antigüedad o modernidad de algunas piezas para las que no contamos con el apoyo de las vainas. Como en la Europa continental, parece que la tendencia es la derivación hacia las puntas anchas, aunque a diferencia del registro europeo, no abundan en la Península Ibérica las puntas cortas en “forma de ojiva”²⁶⁹ tan frecuentes en contextos de la fase avanzada de La Tène C1 y La Tène C2²⁷⁰ (**Fig. 21, 5**), con carenas del 10%. De igual forma, muchas de las puntas estrechas peninsulares tienen unos filos ligeramente convexos, lo que es un rasgo que, fuera de la Península Ibérica es frecuente en el siglo V a.C. pero no en los dos siglos posteriores (Rapin, 2000: 206).

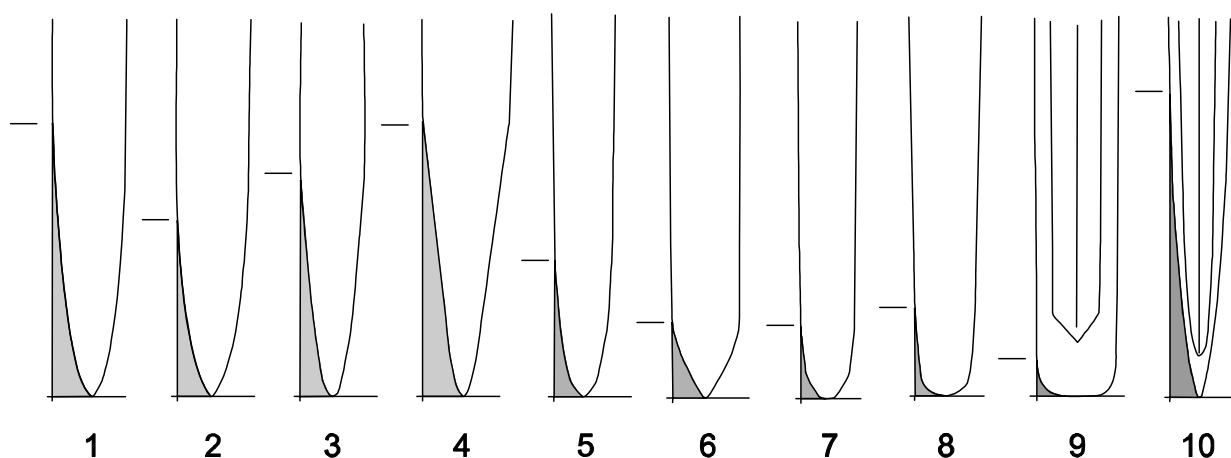


Fig. 21: Distintos tipos de punta para las espadas La Tène, con indicación de la carena. 1: Punta estrecha, con carena alta, típica de LT B y muy abundante en la Península Ibérica. Quintanas de Gormaz (sep.G) (inv.1098); 2: Punta corta y ancha de la Península Ibérica, con carena situada más baja que 1. Arcóbriga (sep. Desconocida), (inv. 1032); 3: Algunas puntas estrechas tienen perfiles de tendencia más rectilínea (semitriangular), y una carena bastante alta. Atance (sep. Desconocida), (inv. 1045); 4: Punta triangular alta de una espada tardía del lote de la Azucarera (inv. 1064). Obsérvese la mayor superficie del espacio que ocupa la carena debido al perfil recto de la punta; 5: Puntas anchas europeas (LT C2). Port (Nidau, Suiza), a partir de: Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 68; 6: Punta triangular baja, de Ville-sur-Retourne, sep. V3 (LT D1/D2), a partir de: Stead, Flouest y Rigby, 2006: Fig. 113); 7: Carena baja en una hoja con punta de tendencia roma. Procedencia desconocida (Champagne): Stead y Rigby, 1999: Fig. 161, 2932; 8: Punta roma del inv. n.º 8 del lote de la Neapolis de Ampurias (García Jiménez, 2006: 122); 9: La superficie de la carena es mínima en este tipo de espadas con punta roma de perfil cuadrangular. Port (Nidau, Suiza): Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 20; 10: No todas las espadas tardías tienen puntas romas. Las hay incluso con carenas más largas y estrechas que las de LT I (Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 1), también procedente de Port.

También existen algunos ejemplos de extremo triangulado largo entre las producciones hispánicas, probablemente ya romanas (**Fig. 21, 4**), con un perfil rectilíneo mucho más

²⁶⁹ Lejars, 1996: 87.

²⁷⁰ Multitud de ejemplos en este sentido podemos ver entre los ejemplares conservados en La Tène (De Navarro, 1972) o Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 42).

pronunciado. Algunas de las producciones autóctonas más características de la Meseta, que consideramos emparentadas con el *gladius hispaniensis*, tienden a una forma similar a aquella, que denominamos “semitriangular” (**Fig. 21, 3**), incentivada por la transición de la parte media de su hoja, normalmente de tendencia pistiliforme. Otras formas triangulares más cortas, como las que vemos entre las producciones galas del siglo II a.C. en adelante (**Fig. 21, 6**), no figuran por ahora entre los ejemplares peninsulares conservados, y tampoco son nada frecuentes las puntas con extremos romos como las del inv. nº 8 de la Neapolis (**Fig. 21, 8**). Este tipo de punta (o, en realidad, de ausencia de la misma) ocupa una proporción de la hoja muy similar a la de las puntas triangulares cortas (< 10%), cuya utilidad es en realidad escasa. En el extremo de esta corriente, hallaríamos los extremos cuadrangulares de algunas espadas tardías, cuya carena no llega a ocupar ni el 3% de la hoja (**Fig. 21, 9**), un valor muy lejano al de otras hojas contemporáneas con hojas estrechas y el extremo muy aguzado (**Fig. 21, 10**).

La **forma de los hombros** es probablemente el factor más útil entre los datos que pueden ofrecernos las espadas. Su vinculación con elementos de la empuñadura (guarda) y la vaina (embocadura) la hacen extremadamente valiosa en ausencia de estas, puesto que normalmente permite hacernos una idea de cómo pudieron ser.

Los hombros son la única parte originalmente no visible de la hoja de una espada, puesto que aparecen ocultos por la guarda o su protector metálico, pero contienen información útil sobre esta al ofrecer una base de descanso adaptada a su forma. Así, por ejemplo, los hombros que en este trabajo denominamos como curvos (**Fig. 22, 1-2**) se asocian a guardas y embocaduras curvas o en arista, aunque también es posible verlos a veces relacionados con embocaduras sinuosas muy bajas. El perfil curvo refiere a la forma convexa de su superficie, que enlaza de forma abrupta con la rectitud de los filos de la hoja. Este es, por tanto, el tipo de forma más frecuente en contextos antiguos, especialmente de La Tène A, aunque su uso perduraría durante todo el periodo siguiente (LT B1 y B2).

Otro tipo de hombros muy frecuentes en contextos peninsulares y, en general, en todos los contextos de esta última fase de La Tène Antigua, es el que llamamos “hombros semirectos”. El perfil de estos hombros es inverso al de los denominados “curvos”,

puesto que su tendencia es ligeramente cóncava. Cuando son muy bajos, estos hombros dan un aspecto de falsa rectitud que en realidad tiene relación con la base de las embocaduras sinuosas bajas (**Fig. 22, 4-5**). En muchas ocasiones, el perfil se halla desgastado o no es muy preciso en su fabricación, de modo que es fácil confundirlo con la forma curva, con la que a menudo aparece combinada en uno de sus hombros (**Fig. 22, 3**). Este es el tipo más recurrente a lo largo del periodo de La Tène B, pero su uso se extiende mucho más allá, hasta la última etapa de evolución de estas espadas, como tendremos ocasión de comentar más abajo.

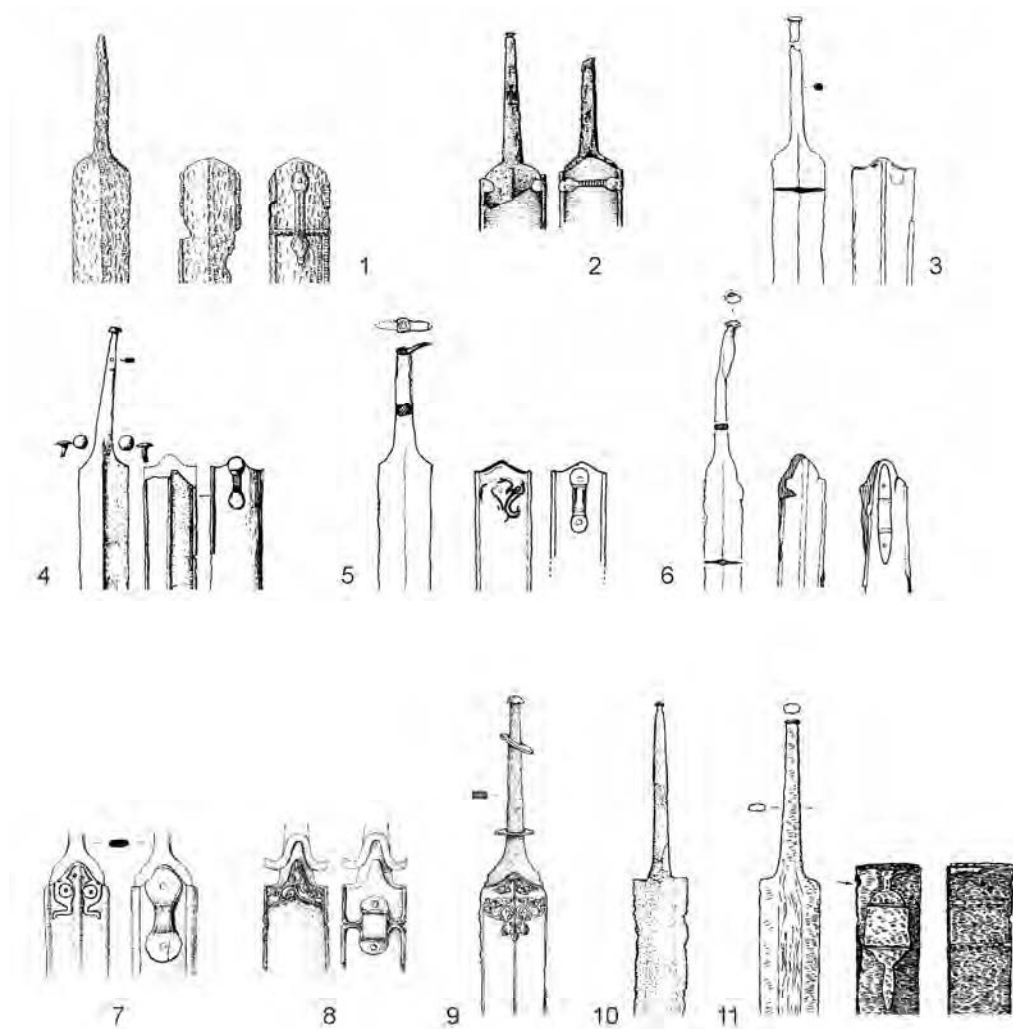


Fig. 22: Relación de la forma de los hombros en las espadas La Tène con las embocaduras de sus vainas. 1: Espada con hombros curvos y vaina con embocadura del mismo tipo. Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: fig. 148, 1522). Mediados del siglo V a.C.; 2: Hombros curvos en una vaina con embocadura de tendencia sinuosa, procedente de Sopron-Bécsidom (LT B), (según Szabó y Petres, 1992: lám. 58); 3: Hombros curvos/semirrectos junto a vaina de embocadura sinuosa baja. Dormans, “Les Varennes” sep. 62; según Charpy, 1991: inv. 259. Segunda mitad del s. III a.C.; 4: La asociación más frecuente: hombros semirrectos con vaina de embocadura sinuosa baja. Sep. 1 de Ecury-le-Repos (Marne), según Charpy, 1987: lám. XIII, 11; 5: *Idem*. Sep. 54 de Monte Bibelet (Lejars, 2008: 190). Mediados del siglo IV a.C.; 6: Hombros caídos asociados a vaina con embocadura alta. Monte Bibelet. Finales del s.IV-inicios del III a.C.; 7: Procedencia desconocida (Austria), según Szabó y Petres, 1992: lám. 77 (¿LT B2?); 8: Las embocaduras con formas altas y estrechas (“de gorro de gendarme”) se acompañan de guardas altas, pero a diferencia de las de hombros caídos, tienen una espiga muy ancha en la base. Sep. 23 de Dodova (Eslovenia), según Szabó y Petres, 1992: lám. 114 (LT C2); 9: Con la incorporación de los protectores metálicos para la guarda en el siglo III a.C., los hombros tienden a ser altos, y siempre incluyen un retranqueo o corte rectilíneo donde apoyar dicha pieza; en este caso, perdida. Sep. 63 de Magyarszedahely-Homokidulo (Hungria), según Szabó y Petres, 1992: lám. 51 (LT C1); 10: Los hombros perfectamente rectos van asociados por lo común a protectores de guarda y embocaduras rectilíneas. Ejemplar procedente del yacimiento lacustre de Port (Suiza), (LT D1/D2), según Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 29; 11: Hombros semirrectos bajos asociados a vaina de embocadura recta. Alèsia (Francia), según Sievers, 2001: lám. 49, 139.

Cuando los hombros curvos o semirrectos tienen una altura considerable, por encima de 1'5 cms., decimos que estos hombros son “caídos”. Aunque la frontera entre unos y otros tipos puede parecer arbitraria, en la mayoría de los casos la distinción es neta, y nos parece además especialmente importante, puesto que los hombros altos de este tipo se asocian a guardas y embocaduras muy altas, que en principio son más frecuentes a partir de finales del siglo IV a. C. (**Fig. 22, 6-7**). En las producciones catalanas, la abundancia de las vainas con embocaduras altas de tipo trapezoidal (García Jiménez, 2006: 144) iría asociada a la existencia de espadas con este tipo de hombros.

El origen y generalización de los protectores metálicos para la guarda en las producciones europeas del siglo III a.C. en adelante, conllevaría la presencia de hombros adaptados a estas mediante la rectificación de sus perfiles (en esta época normalmente altos), con un leve retranqueo donde reposaría la parte baja del protector (**Fig. 22, 9**). El aspecto resultante sería muy parecido al de los hombros caídos, aunque incluiría una pequeña “muesca” en la conexión de estos con el filo de la hoja. En ejemplares con embocaduras de vaina altas y una parte central muy estrecha (**Fig. 22, 8**), comúnmente denominadas “de gorro de gendarme”, los hombros caídos se verían sustituidos por un importante ensanchamiento de la parte baja de la espiga. No hemos hallado ningún ejemplo peninsular con estas características, así como tampoco hombro alguno con un perfil rectificado como el que se asocia a los protectores de guarda

sinuosos, puesto que, como ya hemos comentado anteriormente, el uso de este tipo de protectores no es nada habitual en estos contextos.

A partir de La Tène D, como sabemos, tendría lugar la difusión de las embocaduras de vaina rectas; y por tanto de las guardas y protectores horizontales. Los hombros completamente rectos no son excesivamente abundantes (**Fig. 22, 10**), y normalmente tienen esta forma cuando se asocian a protectores metálicos para guarda. En la mayor parte de los casos, las embocaduras rectas combinan con formas de hombros semirrectos, si bien algo más bajos que los de fases anteriores. En el noreste peninsular, hay un grupo de espadas tardías, aparecidas en el lote de la Neapolis emporitana²⁷¹, que tienen hombros perfectamente rectos, pero estos son los únicos ejemplos hallados hasta el momento.

III.A.2. Morfología de la vaina La Tène peninsular

Comparada con la espada, la vaina es con diferencia mucho más generosa en sus aportes tipológicos. Algunos fragmentos de vaina son suficientemente explícitos en sus rasgos morfotécnicos como para sugerir una fecha precisa de su fabricación, algo que no es habitual con las espadas, aun contando con ejemplares completos. La configuración de la vaina enteriza La Tène contiene toda una serie de elementos diferenciadores muy sensibles a los cambios estructurales en la tecnología, la evolución estética y los condicionantes tácticos a los que se iría adaptando la espada que guardaría.

El propósito de la vaina, para el que fuera fabricado, es el de proteger la hoja de la espada cuando no se está usando, de modo que su forma será una extensión, algo más ancha y larga, de la forma de aquella. El principio básico de la vaina La Tène es su fabricación enteriza en hierro a partir de dos placas que cubrirían la anchura y longitud de la hoja y se unirían entre sí, su suspensión mediante una hembra vertical fijada a la parte alta de la placa de reverso, y su protección en la punta a través de una contera con carriles laterales. En origen, la vaina La Tène no es completamente de hierro, sino que

²⁷¹ García Jiménez, 2006: inv. 9 y 10.

incluye algunos elementos fabricados en metal blando (normalmente bronce o cobre) o materiales orgánicos. Prácticamente todo lo que sabemos sobre la génesis de la vaina La Tène procede del material recuperado en las necrópolis de las regiones de Champagne y Marne, en Francia septentrional (Rapin, 1999: 42-46); lugar desde donde podemos seguir su transición a partir del material hallstático. En oposición al típico patrón del puñal hallstático, con empuñadura metálica compleja, el desarrollo local de las armas champagnianas, de fabricación más modesta que las de aquellas ricas producciones centroeuropeas, conllevaría la creación de nuevos modelos, de empuñadura orgánica, en los que se combinarían ejemplares con hojas estrechas, denominados “dagas” en la bibliografía específica de este territorio, con otros de hoja más ancha, normalmente citados como “puñales” (*Ibid.*: 41)²⁷². Al principio, la concepción de la vaina concierne sólo a la parte proximal (embocadura y suspensión) y a la contera (o protección para la punta), y se concibe como una simple envoltura de la verdadera vaina, todavía orgánica, a la que protege. A lo largo del siglo V a.C., las placas metálicas irán ganando terreno en las vainas en detrimento de los materiales orgánicos, primero combinando placas de hierro con placas bronceas y más tarde abandonando estas últimas. Las mejoras tecnológicas en el tratamiento del hierro permitirían el rechace de los sistemas mixtos y la fabricación de placas muy finas y sólidas, capaces de doblarse de forma que una de las placas de la vaina abrazaría la otra mediante un sistema de pinza con carriles tubulares que impedirían la fricción de los filos de la hoja con el perfil interior de la vaina destinada a protegerlos. Paralelamente, el modo de suspensión evolucionaría desde un sistema de hembrilla horizontal fijada al anverso de la vaina hacia otro con hembrilla vertical unida a la placa del reverso mediante remaches (Rapin, 1999: 42-44).

Los distintos elementos con información tipológica de las vainas La Tène podemos dividirlos en tres bloques: forma de la vaina (perfil de sus ejes, embocadura y puntas), partes relativas al ensamblaje (forma de ensamblaje, solapas, conteras y refuerzos) y partes destinadas a la suspensión (hembrilla y, en el caso hispánico, anclajes horizontales).

²⁷² A menudo, la arbitrariedad de la denominación entre dagas, puñales y espadas cortas es importante para estos casos; en especial en lo concerniente a ciertos ejemplares intermedios (*cf.* Bretz-Mahler, 1971: 91-99).

La forma de la vaina y sus placas

Este es un atributo cuya utilidad se reduce a un uso cronológico dilatado, sólo capaz de orientarnos hacia horizontes cronológicos genéricos, pero algo insuficiente para intentar concretar algo más²⁷³. La **forma de la vaina** depende, como hemos dicho, de la forma de la hoja que cubre, así que su estructura será la misma, a excepción lógicamente de la forma pistiliforme, cuya estrechez en el centro longitudinal en una vaina haría imposible la penetración de la hoja, que es más ancha en la punta. De todas formas, en la Península Ibérica, y exceptuando los ejemplares nororientales y algunos ejemplares antiguos del resto de este territorio, la mayor parte de las vainas no se han conservado a causa de su fabricación mediante materiales orgánicos²⁷⁴, y resulta imposible determinar la forma de sus ejes. El apoyo de algunas placas de suspensión con anclaje lateral, de “tipo envolvente”²⁷⁵ podría ofrecer alguna vaga orientación sobre el aspecto original de estas vainas orgánicas, pero la mayor parte de estas piezas se hallan incompletas, con lo que resulta vano utilizar estos elementos como un recurso fidedigno.

En los casos en los que sí se ha conservado vaina entera, no cabe insistir en el hecho de que es necesario contar con la longitud completa de al menos una de las placas o, en su defecto, de la hoja de la espada. Según J.M. de Navarro (De Navarro, 1972: 21 y fig. 2), en los estadios antiguos de La Tène las vainas tienden a estrecharse a partir del primer tercio de su longitud total, mientras que las de La Tène Media y posteriores seguirían un desarrollo prácticamente paralelo hasta la punta. Aunque esta apreciación es correcta hasta cierto punto (en las vainas de La Tène, que son casi todas de La Tène C2), el patrón no es válido para La Tène C1, etapa para la que preferimos usar la expresión de “ejes semiparalelos” como los que caracterizan las espadas que contienen. Al igual que para las hojas de espada, un grupo de piezas de producción propia del noreste peninsular incluyen un repertorio único de forma, con “ejes convergentes” que se estrechan de forma progresiva desde su embocadura²⁷⁶. En ocasiones, la pérdida de la contera o de la parte baja de la vaina evoca una sensación de falsa convergencia de los ejes que en ejemplares no muy bien conservados puede llegar a confundirnos (García Jiménez, 2006: 142).

²⁷³ Su escaso alcance quedaría patente, por ejemplo, en su exclusión de los patrones tecno-morfológicos del estudio de Thierry Lejars para las vainas de Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 17-31), cuya minuciosidad en el trato de los distintos atributos es bien reconocida.

²⁷⁴ *Vide supra*, I.B.

²⁷⁵ *Vide infra*, al final de este mismo capítulo.

²⁷⁶ *Vide infra*, III.B: tipo IIB del noreste.

La forma de la **punta** de una vaina La Tène es un criterio también secundario. La existencia de las conteras, en caso de conservarse, supliría con creces cualquier aporte tipocronológico capaz de desprenderse de la morfología de la punta, aunque continúa siendo vigente el ya conocido esquema sobre la transición de formas más apuntadas hacia otras de tendencia triangular corta en los estadios avanzados de La Tène C, y redondeada o cuadrangular en La Tène D.

El último referente relativo a la forma de la vaina es su **embocadura**. Ya hemos visto con detenimiento cuando hablábamos de las guardas y los hombros de la espada la estrecha relación que hay entre estos elementos. Desde el ya clásico trabajo de Déchelette (**Fig. 11**) la embocadura de la vaina es considerada un criterio útil para establecer una evolución en los tres principales estadios de La Tène. Así, las embocaduras de tipo curvo o en arista serían las más habituales en contextos de La Tène I, mientras que las formas acampanadas lo serían de La Tène II y las rectas de La Tène III. El patrón evolutivo es válido en líneas generales, aunque presta a confusión por lo estático del planteamiento. Hoy día sabemos que la mayoría de los tipos conviven en muchos periodos con otros: que las formas acampanadas bajas se conocen ya desde el siglo V a.C.²⁷⁷ (aunque es cierto que las embocaduras curvas o en arista son más frecuentes en La Tène A), que en La Tène B la opción dominante es la forma sinuosa (o acampanada) baja, que conviviría con las acampanadas altas durante todo el siglo III a.C., y que estas formas altas perdurarán hasta el final del periodo tardío de La Tène, en perfecta armonía con las embocaduras rectas (Rapin, 1999: 63). Por tanto, la secuencia tiene en cuenta efectivamente el descarte de formas antiguas con la generalización de las nuevas propuestas, pero siempre coexistiendo con las formas más típicas del periodo anterior.

En su estudio sobre el material de La Tène, De Navarro propuso una tipología de embocaduras basado en la forma y altura de su contorno. Su tipo AI incluiría las dos variantes más antiguas (convexa y de perfiles rectos) (**Fig. 23, A, 1 y 2**), mientras que el tipo A2 se subdividiría en tres variantes (subacampanada, acampanada simple y acampanada alta) (**Fig. 23, A, 3, 4 y 5**) y el tipo B tendría en cuenta la forma

²⁷⁷ Véase, por ejemplo: Rapin, 2008, con gran cantidad de ejemplos en dicho sentido.

acampanada con punta delgada (**Fig. 23, A, 6**) y una variante de tendencia subtriangular (**Fig. 23, A, 7**). El mismo De Navarro reconocería las dificultades en diferenciar unos tipos de otros en algunos ejemplares (De Navarro, 1972: 23), lo que nos recordaría más adelante Thierry Lejars (Lejars, 1994: 31). La propuesta de De Navarro no acabó de cuajar entre los especialistas, que considerarían especialmente complicado el discernir entre formas acampanadas y subacampanadas (*Cfr.* Rapin, 2002b: 163), y el propio Lejars tomaría el testigo de aquel autor en su trabajo sobre las vainas de Gournay-sur-Aronde advirtiéndole que el sistema “*se révèle vite inopérant en dehors de son strict domaine d’application*” (Lejars, 1994: 31), aunque se mostraría favorable a añadir una versión simplificada de la propuesta de De Navarro como complemento a sus índices tipológicos (**Fig. 23, B**).

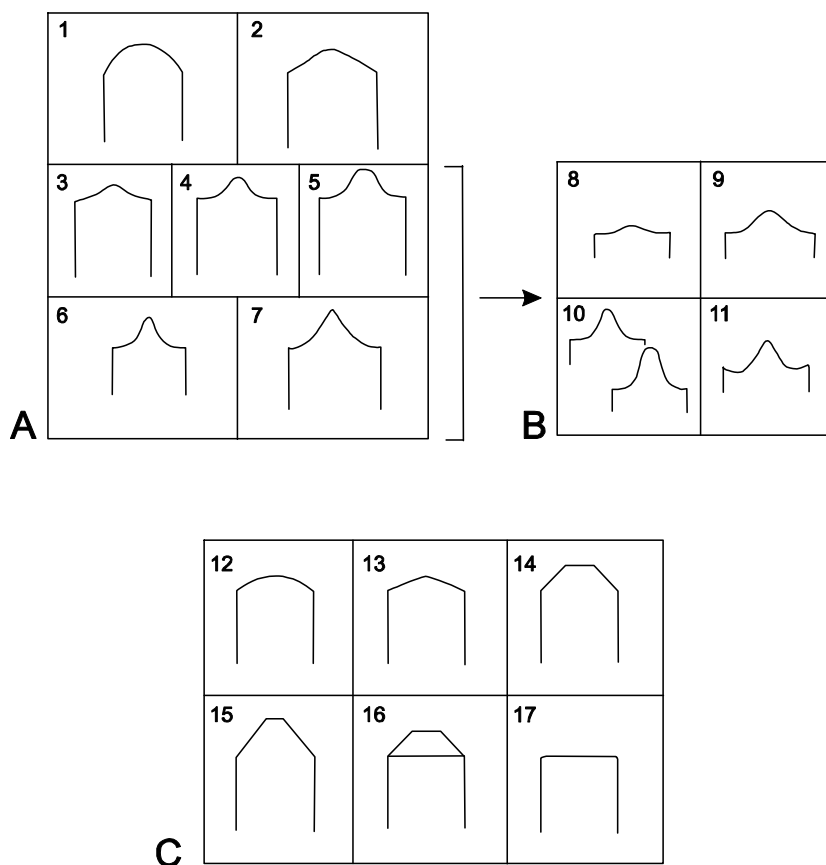


Fig. 23: Tipos de embocadura. A: según De Navarro, 1972: 23-24 y figs. 3 y 4, para las vainas de La Tène; B: según Lejars, 1994: 31, para las vainas de Gournay-sur-Aronde; C: según García Jiménez, 2006: Fig. 54, para las vainas del noreste de la Península Ibérica.

1: Tipo AI, variante convexa; 2: Tipo AI, variante de perfiles rectos; 3: Tipo A2, variante subacampanada; 4: Tipo A2, variante acampanada simple; 5: Tipo A2, variante acampanada alta; 6: Tipo B, acampanada con punta delgada; 7: Variante subtriangular; 8-11=1-4 Lejars; 12: Curva; 13: En arista; 14: Trapezoidal baja; 15: Trapezoidal alta; 16: Mixta Trapezoidal/Recta; 17: Recta.

Como estamos de acuerdo con estos autores, no vamos a contradecir aquí su opinión, aunque sí creemos razonable incidir en el hecho de que el carácter general de estas embocaduras (si se quiere, las formas A y B de De Navarro o las dos primeras y dos últimas de Lejars) sí es provechoso, y especialmente lo va a ser en el contexto en el que vamos a aplicarlo, puesto que la existencia de modelos alternativos en el noreste peninsular nos va a permitir distinguir en la mayoría de los casos las piezas allí fabricadas de las producidas en otras regiones peninsulares o en el resto de Europa. Además, el fuerte conservadurismo de las hojas de espada La Tène hispánicas y la ausencia de vainas enterizas en una parte importante de sus producciones, va a otorgar a los distintos tipos de embocadura (a partir de sus negativos en la forma de sus hombros) un papel de primer orden: faltos de embocaduras (y de vainas) para estos casos, nos conformaremos con indicios como su forma alta o baja, que si bien son indicativos de horizontes cronológicos amplios, constituyen uno de los pocos atributos inducibles en muchas de estas armas.

Los tipos del noreste (García Jiménez, 2006: 143-145) incluyen, además de las formas típicas de tendencia curva, en arista y recta, otras con perfiles trapezoidales que a su vez se subdividen en altas (por encima del centímetro y medio de altura) y bajas (por debajo de este valor). Una tercera posibilidad consiste en combinar la forma trapezoidal en una de las placas (generalmente el reverso), con la recta en la otra (**Fig. 23, C**). La forma trapezoidal, tan característica de las producciones del área nororiental peninsular, viene a substituir las embocaduras sinuosas en este territorio, y es probable que haya que buscar su origen en la rectitud de los hombros de las embocaduras en arista, cuya perduración es mayor en esta región de la Península Ibérica y cuyo perfil es a veces muy parecido a las trapezoidales altas con extremo corto. En algunos casos²⁷⁸, se observa incluso una importante influencia de las embocaduras sinuosas europeas en las concavidades de los hombros mezcladas con los característicos extremos planos de las formas trapezoidales.

En el resto de la Península, sí existen las formas acampanadas, que en este trabajo vamos a definir como “sinuosas bajas” (incluyendo en este criterio las formas 8 y 9 de Lejars o 3 y 4 de De Navarro) o “sinuosas altas” (formas 10 y 11 de Lejars / 5 a 7 de

²⁷⁸ Véase por ejemplo la vaina de Mas Castellar (inv. 52; García Jiménez, 2006) o uno de los ejemplares de la zona 14 del Puig de Sant Andreu (97) que presentamos en el siguiente capítulo.

De Navarro), que en realidad no existen en el registro peninsular más que de forma teórica, a juzgar por la forma de los hombros de algunas hojas de espada.

Ensamblaje de las vainas

Dado que las vainas La Tène se conforman a partir de dos delgadas placas de hierro que protegen cada una de las caras de la hoja de una espada, estas deben unirse de algún modo y reforzarse en los puntos más débiles.



A



B



C



D

Fig. 24: Tipos de ensamblaje de las placas de una vaina. A: Simple, Anverso sobre Reverso; B: Simple, Reverso sobre Anverso; C: Anverso sobre Reverso con carriles; D: Reverso sobre Anverso sobre carriles.

La forma en que las dos placas se abrazan entre sí para constituir un cuerpo único es lo que llamamos **ensamblaje**. El método más antiguo de ensamblaje consiste en la fabricación de una de las placas más ancha que la otra de forma que sus costados se plieguen sobre ella. Este sistema, que tiene su origen ya en la Primera Edad del Hierro, es el que llamamos “ensamblaje simple” (**Fig. 24, A y B**), por oposición a otro sistema más complejo consistente en el abultamiento de los pliegues en los bordes para darles forma de carril, cuyos extremos pinzarían sobre la placa opuesta, protegiendo así los filos de la espada en una especie de tubo (“ensamblaje con carril”) (**Fig. 24, C y D**). El sistema de ensamblaje con carriles es

uno de los principales logros de la tecnología armamentística celta en el siglo V a.C. (Rapin, 1999: 44), y de él derivaría la estructura morfológica de la contera, otro de los elementos de ensamblaje más característicos de este tipo de vaina. No existe en la cultura La Tène la unión de las dos placas mediante carriles exentos (Lejars, 1994: 27), un método muy usado en el mundo mediterráneo, y en la Península Ibérica en particular, en conjunción con placas orgánicas o a partir de materiales mixtos.

Existen a su vez dos tipos de ensamblaje según cuál de las placas abraza la otra: cuando es la placa de anverso la que abraza el reverso (Anverso sobre Reverso) (**Fig. 24, A y C**) o cuando, por el contrario, es el reverso el que abraza el anverso (Reverso sobre Anverso) (**Fig. 24, B y D**). A la parte de la placa más ancha que es visible en los lados

de la placa abrazada la llamamos “solapa”. En la mayor parte del continente europeo, lo más frecuente, con diferencia, es el ensamblaje de anverso sobre reverso y con carriles. Muchas de las producciones antiguas, formadas a partir de placas de anverso en bronce y placas de reverso en hierro, incluirían el sistema inverso, de reverso sobre anverso²⁷⁹, con o sin carriles, aunque su uso parece desaparecer con posterioridad a mediados del siglo IV a.C. para reaparecer en un horizonte reciente de La Tène C1 (Lejars, 1994: 27). Los ensamblajes con carril son la nota absolutamente dominante a lo largo de los siglos IV y III a.C., hasta que la estrechez de los carriles irá aumentando en muchos ejemplares, llegando casi desaparecer y dejando sólo algunos trazos en la forma de finas incisiones longitudinales (*Ibid.*). En La Tène D, un periodo de gran simplificación estética en las vainas, no es raro por tanto ver grandes cantidades de armas con ensamblajes simples y pliegues indistintamente de reverso sobre anverso o anverso sobre reverso²⁸⁰.

La forma de ensamblaje es un criterio muy válido para el análisis de las vainas peninsulares, puesto que una de las principales características en el ensamblaje de las vainas del noreste es su constante fabricación a base de pliegues simples de la placa de reverso sobre el anverso; justamente la opción contraria a la de sus contemporáneos europeos (García Jiménez, 2006: 207 y fig. 101). La existencia de un patrón primitivo como este en las producciones nororientales durante al menos cuatro siglos, avalada por el retorno de este sistema en las producciones galas tardías, nos alerta sobre la utilidad contrastada del método. Pese a la aparente gracilidad del ensamblaje con carriles, supuestamente menos agresivo con los filos de la espada, el uso reiterado del sistema simple no deja de parecer así una fórmula igualmente válida.

En el resto de la Península Ibérica, el patrón sigue la tendencia europea, con una mayoría importantísima de ensamblajes a base del pliegue del anverso sobre el reverso con la ayuda de carriles, como los que podemos observar en algunos ejemplares de Arcóbriga (1003, 1012), Echauri (1091) Gormaz (1093) o Renieblas (1146).

²⁷⁹ Frecuentes desde la segunda mitad del siglo V a.C. hasta mediados del siglo IV a.C. según Lejars, 2003: 15, de modo que sería más adecuado hablar de La Tène A que de La Tène B1 como hace este mismo autor años antes (Lejars, 1994: 27) por la relación de estas armas con el estilo decorativo de *Waldalgesheim*. Sobre la reorientación hacia una fecha antigua, de finales del siglo V a.C. o inicios del siguiente para las vainas decoradas con este estilo, véase Rapin, 2003: 272-274 y 2008: 243-246).

²⁸⁰ Ejemplos abundantes en el repertorio procedente de Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 27 y 28).

Otro sistema auxiliar del ensamblaje es el añadido de ciertos **refuerzos** que abracen las placas de anverso y reverso (de forma envolvente o sólo pinzando sus laterales) para reforzar su unión. Dejaremos de lado por el momento la contera, que es algo así como un gran refuerzo para la punta de la vaina, y nos centraremos tan sólo en los refuerzos existentes en el cuerpo de la misma.

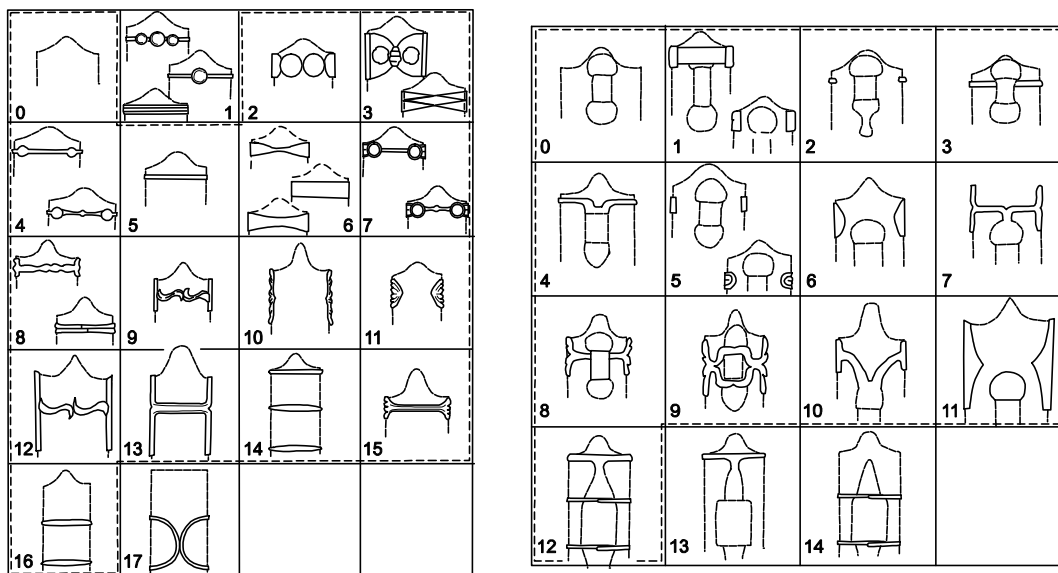


Fig. 25: Tipos de refuerzo según Lejars, 1994: 30. Izquierda: anversos; derecha: reversos. En trama discontinua, ejemplares documentados en Gournay-sur-Aronde.

En general, es raro ver refuerzos fuera de la zona de la embocadura o formando parte del ensamblaje de la contera. Los ejemplos más frecuentes se sitúan a la altura de la hembrilla de suspensión, y suelen tener formas más complejas en el anverso, que es el lado destinado a ser visto. En la **figura 25**, procedente del catálogo de refuerzos de Thierry Lejars en su obra sobre las vainas de Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 30), vemos todo un repertorio diverso de formas para anverso y reverso. Los refuerzos más antiguos son los más simples, consistentes en sencillas tiras de hierro que envuelven ambas placas de la vaina (**Fig. 25, A5/B3**), aunque a veces no es raro ver algún motivo circular en ellas (**Fig. 25, A1, 4 y 7**). Algunas veces, el refuerzo en anverso es continuo, mientras que el de reverso incluye sólo sendas pinzas laterales (**Fig. 25, B1, 2, 5, 6 y 11**), lo que en ocasiones ocurre a la inversa (**Fig. 25, A10 y 11**) o reforzando sólo los laterales en ambas placas. Entre las espadas del tipo Hatvan-Boldog, muy frecuentes en La Tène B2, el tipo más habitual es el de la **fig. 25, A2**: doubles círculos sobresalientes con forma hemisférica, muchas veces decorados (Rapin, 2000: 195). En fases más

recientes, a partir de LT C, abundan los refuerzos en bandas anchas (**Fig. 25, A6**), posteriormente los tipos en doble “S” (**Fig. 25, A9 y 12**) (Lejars, 2003: 33-35) y los refuerzos múltiples con formas entrelazadas con la hembrilla (**Fig. 25, A13, 14, 16 y 17 y B7-14**), también muy populares en LT D. No es raro tampoco ver en estas fases refuerzos situados muy cerca de la embocadura, especialmente en la placa del reverso. En realidad, las combinaciones entre refuerzos de anverso y reverso son muchas y muy variables, aunque poco a poco se van identificando aquellos más habituales en los distintos tipos de vaina. Las vainas más largas, como las de La Tène C o D, o alguna de La Tène A, suelen tener mayor cantidad de refuerzos por la mayor inestabilidad del conjunto, mientras que las vainas de La Tène B van muchas veces sin refuerzos o sólo con finos refuerzos en la embocadura, a excepción quizás de las de tipo Hatvan-Boldog, probablemente por una cuestión de juego estético entre la hipertrofia de los refuerzos, las solapas y carriles, y las pesadas conteras que las acompañan.

En el noreste peninsular hay una cantidad considerable de vainas con refuerzos, la mayoría de ellos de tipo simple (inv. 11, 23, 40, 46, 49, 57, 71, 78), otros de este mismo tipo con ensanches laterales (inv. 47, 75 o 92), y algunas variantes simplificadas del tipo 4 de Lejars (inv. 74 y 100). Como ya hemos notado con anterioridad (García Jiménez, 2006: 200 y fig. 101), la abundancia de refuerzos simples y el rechazo de otros más complejos en las vainas del noreste es otro rasgo de conservadurismo en las producciones de La Tène Media de este territorio. En el resto de la Península Ibérica, es muy raro ver refuerzos de cualquier tipo, sobretodo porque las piezas más abundantes con vaina enteriza pertenecen a La Tène B y porque en muchos casos la zona de la embocadura está muy afectada y no se conserva.

El último de los elementos destinados a preservar la unión de la vaina es la **contera**, sin duda uno de los más relevantes tipológicamente hablando. La contera no es otra cosa que una pieza destinada a proteger la punta de la vaina, y su forma y características constituyen uno de los indicios más fiables de la evolución de las vainas y espadas a las que acompañan. Muchas de las tipologías existentes en el estudio de las vainas La Tène, como por ejemplo el de Thierry Lejars sobre Gournay-sur-Aronde, asientan su base precisamente en las conteras, un elemento que ya fuera muy valorado en el estudio de De Navarro sobre la colección del yacimiento epónimo de La Tène (De Navarro, 1972:

28-33). La morfología de la contera es de por sí bastante compleja, de modo que empezaremos por una definición de las partes de la misma para mayor familiaridad en su terminología. En la **fig. 26, 1**, extraída del mencionado trabajo de Lejars, vemos un ejemplo de las distintas partes que conforman la contera y sus atributos. La embocadura de la contera es una de las partes que comprime las placas de la vaina para sujetarse a ella, ya sea mediante un sistema de pinza o bien con un sistema de abrazadera, como ya comentaremos más adelante. El cuerpo de la contera se constituye a partir de un carril en forma de medio tubo cuyos costados ejercen presión sobre las placas de la vaina, mejorando el agarre en todo su recorrido. Por debajo del cuerpo, se sitúa el remate, uno de los indicativos morfotécnicos más sensibles de la contera, cuyo agarre puede ejercerse mediante los discos y el extremo distal, o bien en todo su recorrido (**Fig. 26, 2**). Para evitar deslizamientos hacia abajo en su uso continuado, la contera se enganchaba a la vaina con la ayuda de algún tipo de cola o resina (Lejars, 2003: 11) y, a veces, en especial en las conteras más pesadas, añadiendo un remache en la placa del reverso justo por debajo de su embocadura (Rapin, 2000: 197).

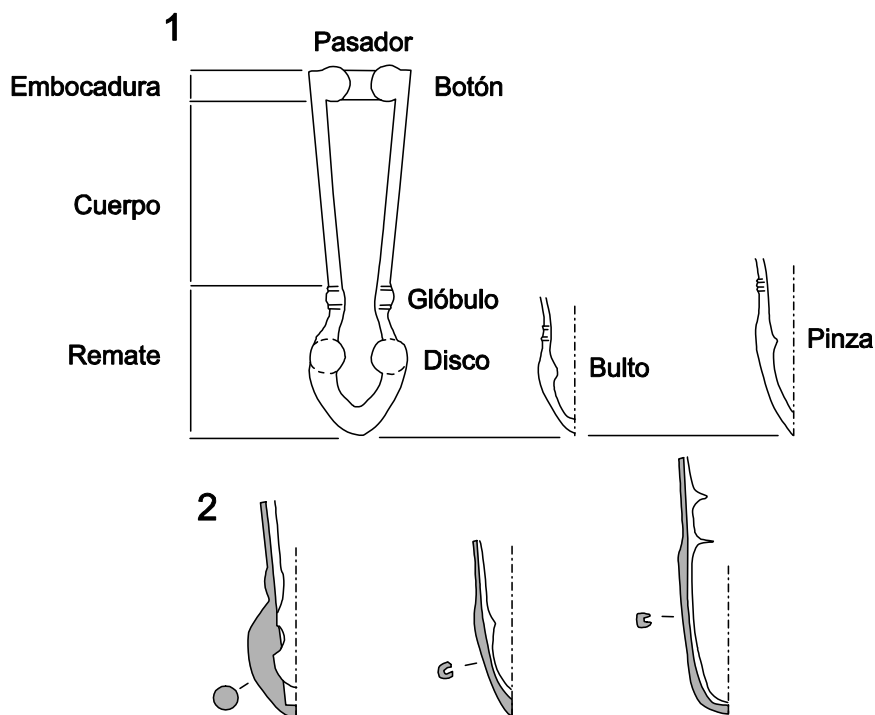


Fig. 26: Partes de una contera y sujeción de sus remates, según Lejars, 1994: 19; 1: Nomenclatura; 2: Remates calados y desaparición de los orificios.

La embocadura es uno de los principales medios de sujeción de la contera a la vaina. En origen, las conteras se fabricaron a dos piezas: cuerpo y remate constituyendo un conjunto, y embocadura exenta, al modo de un refuerzo simple, abrazando la parte alta de los carriles como un elemento ajeno (**Fig. 27, A**). Este tipo de conteras es la opción dominante durante La Tène A, pero a partir del segundo cuarto del siglo IV a.C. vendría a aparecer un nuevo sistema en el que la contera se fabricaría de forma unitaria, con un tirante horizontal en el reverso y dos botones, cuyo objeto es ejercer presión sobre la placa delantera y mejorar la estabilidad (**Fig. 27, C**). Cuando referimos al primero de los sistemas mencionados, lo hacemos denominándolo embocadura “con abrazadera”, mientras que para el segundo usamos la expresión “embocadura con tirante”. En un momento intermedio, desde finales del siglo V a.C. hasta inicios del siglo IV a.C. se dan algunos casos en los que el pasador para la sujeción es también exento pero funciona con el sistema de pinza a dos botones característico

de la etapa posterior (**Fig. 27, B**). A este otro sistema, lo llamamos “embocadura con broche”²⁸¹. El sistema de sujeción con tirante y botones²⁸² será el más habitual durante los siglos IV y III a.C., aunque más adelante, ya en La Tène D, la desaparición de los discos dará lugar a un verdadero sistema de ajuste con tirantes en ambas caras.

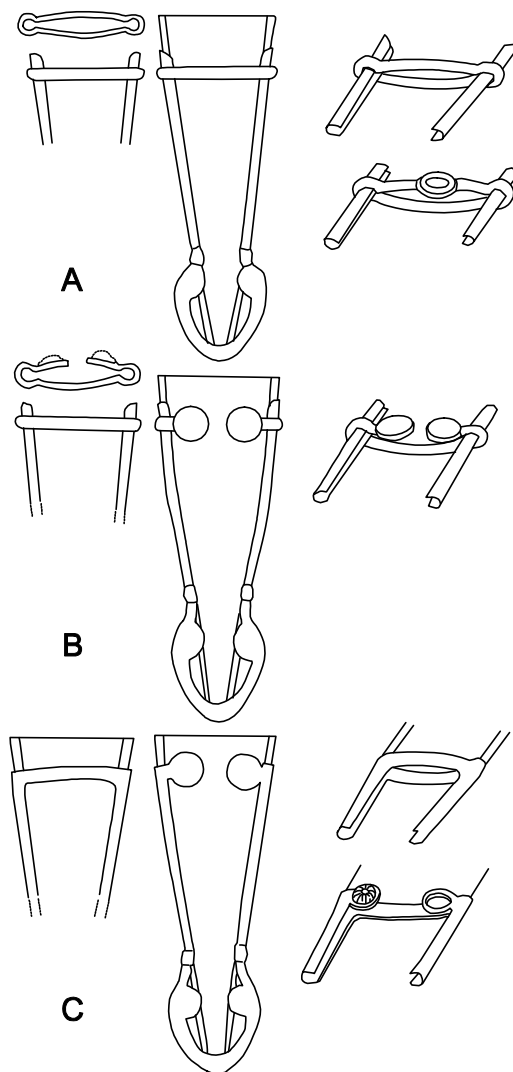


Fig. 27: Evolución de las embocaduras de las conteras y los orificios en sus remates, según Rapin, 2008: Fig. 4; A: Embocadura en abrazadera y remate a dos orificios (s. V a.C.); B: Embocadura con broche y remate a cuatro orificios (finales s. V a.C.-inicios IV a.C.); C: Embocadura con tirante y botones (siglos IV y III a.C.).

²⁸¹ En muchos casos, cuando la vaina está muy oxidada y no ha sido fruto de restauración, no es fácil distinguir entre un tipo y otro, y no es raro caer en confusiones (Rapin, 1999: 49 y fig. 6 y 2008: fig. 4).

²⁸² Una curiosa variante de botones con formas de cabezas de pájaro u otros animales es muy común en algunas producciones de La Tène C2, como las del propio yacimiento de La Tène (De Navarro, 1972: 28-30) o las del grupo 6 de GSA (Lejars, 1994: 24).

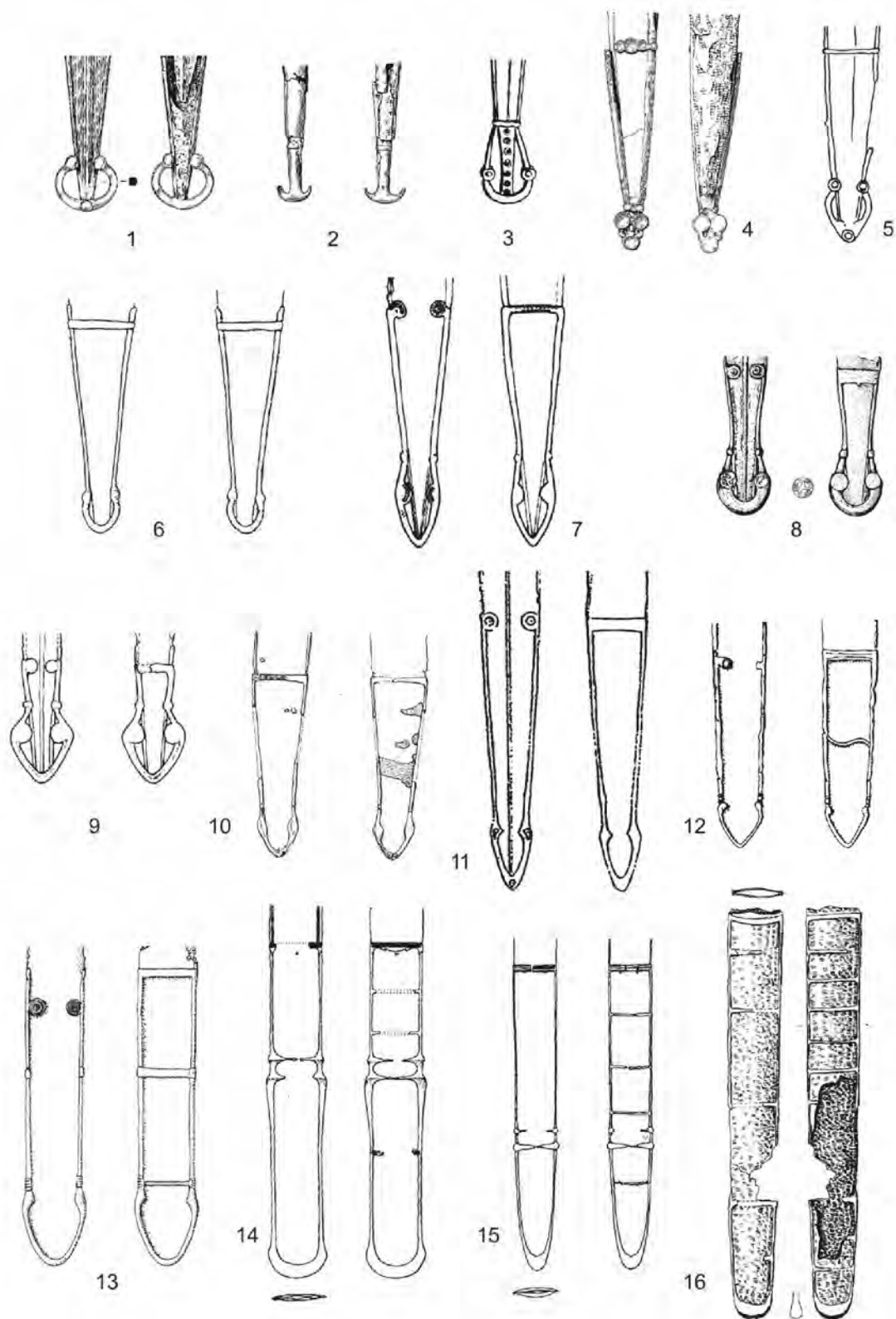


Fig. 28: Tipos de remate y evolución de las conteras (sin escala); 1: Contera anular de un puñal hallstático de la Champagne (Colección Morel; Stead y Rigby, 1999: lám. 142, 2401), en una vaina con placa de anverso en bronce y placa de reverso de hierro. La contera (que sólo es un remate) forma parte aquí de la placa frontal, cuya fabricación en bronce es más sencilla; 2: Contera exenta, de tipo tubular (en bronce), con remate en forma de ancla. De una vaina de Hallstatt Final/La Tène inicial de la Champagne, con anverso en bronce y reverso en hierro, para espada corta. Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: lám. 144, 2395); 3: Contera de remate en forma de ancla con dos tiras en forma de tallo embutidas en el remate y uniéndolo con su embocadura, de tipo abrazadera simple (Bretz-Mahler, 1972: lám. 86, 5), (segundo cuarto s. V a.C.). Procedente de St. Jean-sur-Tourbe (Champagne); 4: Contera con remate tridiscoidal y sujeción por abrazadera, decorada, de la vaina de Somme-Bionne. Placa frontal de bronce. Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: lám. 147, 1349); 5: Contera de la vaina de Chouilly “Les Jogasses” (Marne), segunda mitad del siglo V a.C. Vaina de hierro y contera horadada de tipo cordiforme, con incrustaciones de coral (Charpy, 1991: 86); 6: Sep. 25A de Amedgia (Liguria), de tipo circular calada con sujeción por abrazadera, típica del s. V a.C. e inicios del IV a.C. (Rapin, 2008: Fig. 2,2); 7: Un ejemplo típico del módulo largo de La Tène B1 con contera con tirante y botones y remate ojival estrecho, a cuatro orificios. Sep. 107 de Monte Bibebe (Lejars, 2008: 210); 8: Contera circular calada y cuatro orificios. Este tipo de contera se asocia frecuentemente a las vainas llamadas “de tipo Hatvan-Boldog” (LT B2). Ejemplar procedente de Drna (según Szabó y Petres, 1992: lám. 83); 9: Contera muy pesada y corta, del tipo Kosd D de Petres y Szabó, 1986, también emparentada con las vainas de tipo Hatvan-Boldog. Procedente de la sep. 135 de Monte Bibebe (Lejars, 2008: 221), inicios del siglo III a.C.; 10: En las conteras de la fase final de LT C1, los orificios son ya tan delgados que apenas son apreciables. Tipo 4 de GSA (GSA 1342, según Lejars, 1994: 180); 11: Fase final de LT C1, con contera larga y sin orificios, remate triangular largo y pinzas. Tipo 5 de Lejars. Procedente de Giengen (Alemania), según Ginoux, 2007: lám. 79; 12: Contera del tipo 6 de Lejars, corta y con remate triangular (GSA 1480, según Lejars, 1994: 182), (LT C2); 13: GSA 1020A, del tipo 7A de Lejars, con ejes paralelos y sin orificios (LT C2), (Lejars, 1994: 175); 14: Contera de bronce (en vaina del mismo material), del tipo llamado “Ludwigshafen” (LT D1), con remate muy largo de base redondeada y reverso muy reforzado. Río Sâone, en Pouilly-sur-Sâone (según Guillaumet y Szabó, 2002: Fig. 8, 1); 15: El remate ya casi no existe, quedando sólo las pinzas camufladas como refuerzos, en esta contera de tipo “Ormes” procedente precisamente del río Sâone, en su paso por dicha localidad francesa. Bronce sobre vaina de bronce, LT D1 (según Guillaumet y Szabó, 2002: Fig. 8, 2); 16: Las conteras más tardías (LT D2) incluyen ya numerosos refuerzos (6 delante, 12 detrás) que les dan un aspecto de “escala” y ocupan buena parte de las largas vainas a las que acompañan. El remate ya ha desaparecido por completo. Ejemplar procedente de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 52, 147).

Los cambios en el cuerpo de la contera son algo menos significativos, y no es raro hallar piezas coetáneas con recorridos cortos o largos y formas más o menos convergentes. Quizás la única característica importante, asociada al progresivo alargamiento de las vainas en las fases finales de La Tène, es el propio alargamiento del cuerpo de la contera, el añadido de múltiples refuerzos en forma de tirantes (en especial en el reverso) y la tendencia perfectamente paralela de sus ejes.

El remate es quizás la parte más característica de la filiación tipológica de una contera. Este es el único elemento de la contera que sobresale respecto a su propio cuerpo y el de la vaina, y siempre, sin excepción, rodea la punta para protegerla, como si fuera un

tapón. Su evolución es compleja, y va unida al desarrollo del cuerpo y la embocadura, de modo que comentaremos sus distintas variantes con la ayuda de la **fig. 28**, que resume algunas de las formas más características de todo el periodo de La Tène, al tiempo que nos extendemos sobre sus otros atributos asociados a ellos:

Hay muchas familias de remates, los más habituales anulares (**Fig. 28, 1**), en forma de ancla (**Fig. 28, 2 y 3**), tridiscoidales (**Fig. 28, 4 y 5**), circulares calados (**Fig. 28, 6 y 8**), ojivales²⁸³ (**Fig. 28, 7**), romboidales (**Fig. 28, 9**), triangulares (**Fig. 28, 10-12**), de base rectangular (**Fig. 28, 14**) o redondeada (**Fig. 28, 15**), o sin remate (**Fig. 28, 16**).

Puesto que las vainas de los siglos VI-V a.C. se fabricaban con anversos de bronce y reversos de hierro, las conteras hallstáticas, como las de la **fig. 28, 1**, funcionan con remates asociados a la placa de anverso, que es de manufactura más sencilla. Otras opciones incluyen conteras de bronce de una pieza, con enmangues tubulares fijados por remaches (**Fig. 28, 2**). Las versiones más avanzadas de este patrón incluirán ya un cuerpo primitivo, en forma de tallos embutidos en el remate y sujetos a la vaina mediante una abrazadera simple (**Fig. 28, 3**). El mayor avance en la tecnología de las conteras acompaña al alargamiento de las vainas durante la segunda mitad del siglo V a.C. con la realización de un cuerpo en forma de carriles asociado a sujeciones con abrazadera. Es frecuente en estos casos la asociación con remates de tipo tridiscoidal, como el de la vaina de Somme-Bionne (**Fig. 28,4**). Otras formas más recientes, derivadas de esta, alargan la distancia entre los discos y tienden a integrar el disco distal entre los perfiles del remate, originando así una de las variantes primitivas de los remates cordiformes (**Fig. 28, 5**). El siguiente paso incluye la desaparición de dicho disco y el origen de los remates circulares calados (**Fig. 28, 6**), probablemente también emparentados con los remates anulares clásicos.

Uno de los principales indicadores tipocronológicos relacionados con los remates de contera se deriva de los orificios existentes entre la punta de la vaina y el contorno del remate, que normalmente sobresale con respecto a esta. En las vainas antiguas, de La Tène A, los glóbulos están pegados a los discos del remate y sólo hay espacio para dos orificios (**Fig. 27, A**). Hacia finales del siglo V a.C. e inicios del siguiente, los glóbulos tienden a separarse, originando así dos orificios más entre el espacio de estos y los

²⁸³ También conocidas como cordiformes o con forma de corazón (“heart-shaped”) (*p.e.* en Stead, 2005: 11 y fig. 6).

discos (**Fig. 27, B y C**). A lo largo de La Tène C1, la distancia entre los remates tiende a debilitarse cada vez más, hasta hacerse casi imperceptibles, como los del tipo 4 de GSA (Lejars, 1994: 34-35, 48-49) (**Fig. 28, 10**) y desaparecer por completo más adelante (**Fig. 28, 11-16**).

El siglo IV a.C., un periodo con numerosos datos arqueológicos sobre las vainas, está marcado por la coexistencia de los remates en ojiva (**Fig. 28, 7**) y los circulares calados (**Fig. 28, 8**). En La Tène B2, algunas vainas del módulo pequeño, del tipo conocido como “Hatvan-Boldog”, normalmente asociadas a remates circulares, usarán conteras cortas muy pesadas con remates romboidales (**Fig. 28, 9**), aunque estos no gozarán de continuidad. El periodo de La Tène C comprende la transición de los remates ojivales hacia tipos con perfiles rectos de tendencia triangular, y la transformación de los discos en bultos y pinzas (**Fig. 28, 10-12**). El progresivo alargamiento de las conteras conllevará la necesidad de aportar mayor estabilidad a las mismas, normalmente mediante refuerzos en el reverso (**Fig. 28, 12 y 13**), que se irán multiplicando con el tiempo (**Fig. 28, 14-16**). Asimismo, las pinzas del remate y su perfil sobresaliente, se irán perdiendo (**Fig. 28, 14-15**) hasta su completa desaparición en La Tène D (**Fig. 28, 16**).

El noreste de la Península Ibérica es un territorio verdaderamente excepcional en cuanto al patrón de comportamiento respecto a sus conteras. En esta región, no es raro ver conteras de contextos muy avanzados, de LT C o incluso más adelante²⁸⁴, con embocaduras a base de abrazaderas (un sistema por completo desaparecido en el segundo cuarto del siglo IV a.C.), o ejemplos con remates atípicos. Un tipo de remate bastante habitual en el noreste es el que llamamos lobulado o ultracircular, caracterizado por su posición muy baja, por debajo de la punta de la vaina y por lo tanto excediendo el límite de la misma, algo que no ocurre en contextos europeos desde el siglo V a.C. El remate así “cuelga” de la contera, y en general de la vaina. Este tipo de remate raramente incluye glóbulos o discos, y sólo en ocasiones pequeños bultos. En general, las conteras de estos tipos están mal conservadas, y sería importante llegar a realizar una campaña de restauración adecuada en algunas de estas piezas para poder desvelar con mayor seguridad sus perfiles y variantes.

²⁸⁴ García Jiménez, 2006: inv. 9, 13, 56, 71 y 84, por ejemplo.

Más allá de los tipos más puramente autóctonos, existen otro tipo de remates, como los triangulares cortos o los ojivales de tradición europea²⁸⁵, o incluso los más tardíos de los tipos Ludwigshafen y variantes sin remate²⁸⁶. Nos ocuparemos de las especificidades de las conteras catalanas más adelante por su carácter netamente diferenciado del de otras producciones dentro y fuera de la Península Ibérica. El resto del territorio peninsular responde por lo general, en los escasos ejemplos conservados, a la tendencia habitual de la cultura La Tène, a los que cabría añadir otros ejemplares, normalmente asociados a vainas orgánicas con armazón metálico de producción romana que también ocuparán nuestra atención en los capítulos siguientes.

Elementos de suspensión

El último bloque de elementos relativos a la constitución de la vaina está en sus piezas destinadas a la suspensión. En la mayor parte del territorio europeo, no existe excepción en cuanto al sistema de suspensión de las vainas: una hembra situada en el reverso, cerca de la embocadura²⁸⁷ y en sentido vertical, unida mediante remaches o por soldadura a través de unos ensanchamientos en los extremos superior e inferior que llamamos placas de sujeción. La hembra articularía con sendas anillas situadas a ambos lados de la misma que enlazarían con el cinturón y permitirían la suspensión de la vaina en vertical, descansando siempre sobre la pierna derecha (Rapin, 1987: *passim* y 1991: 354).

La fórmula así descrita apenas cuenta con excepciones, y estas hay que buscarlas precisamente en la Península Ibérica, donde no es raro que las vainas enterizas, o incluso algunas de las orgánicas, cuenten con placas o tiras horizontales con anclajes laterales para anillas que permitirían una suspensión distinta, no tan vertical y con la ayuda de un tahalí sobre el costado izquierdo, entre el abdomen y la cadera; un sistema

²⁸⁵ Triangulares cortos sólo están documentados en una vaina de Mas Castellar (García Jiménez, 2006: inv. 52), mientras que los ejemplares con remate ojival conocidos son detallados en el capítulo siguiente (*infra*, III.B.) por tratarse de hallazgos muy recientes. Es posible que la vaina de Cabrera de Mar catalogada con el número 68 incluyera asimismo este tipo de remate.

²⁸⁶ Respectivamente números 11 y 5, 13 y 14 del catálogo de García Jiménez, 2006.

²⁸⁷ Algunas producciones autóctonas del norte de Gran Bretaña inspiradas en las vainas La Tène sitúan la hembra de suspensión en una posición mucho más baja, normalmente en el centro de la misma y utilizando placas de suspensión muy largas, que pueden incluso llegar a ocupar la totalidad de la longitud de la vaina (Stead, 2005: grupos E y F, 55, 65 y fig. 85-103).

muy parecido al de las otras producciones peninsulares y, en general, mediterráneas (Quesada, 1997: 250-254).

La **hembrilla de suspensión** es un elemento recurrente en la tradición investigadora de las vainas, y su evolución puede seguirse a través de la forma de las placas y del tirante o pasador que las une. Por ejemplo, sabemos que la evolución del pasador tiene que ver con la transición progresiva de las formas estrechas y alargadas más típicas de La Tène Antigua a las formas más anchas y cortas de La Tène Tardía. A medida que el pasador se ensancha, también lo hacen las placas de sujeción, que necesitan de un mayor apoyo para suspender las pesadas espadas de La Tène D y tienden a ocupar toda la anchura de la vaina (a veces únicamente en su placa superior, combinándose con placas inferiores largas; y otras en ambas placas). La temprana tipología de hembrillas propuesta por De Navarro para las vainas del depósito de La Tène (De Navarro, 1972: 28) tenía en cuenta únicamente la forma del pasador como criterio tipológico, aunque en algunos casos la distinción entre algunas de las formas más o menos anchas y alargadas resulta dificultosa. Otras tipologías consideran especialmente la forma de las placas en conjunción a la del pasador, lo que en general permite afinar mucho más en la cronología de las hembrillas. Esta propuesta, inspirada en el trabajo de Lejars sobre las vainas de Gournay (Lejars, 1994: 27) es precisamente la que utilizáramos para describir las piezas del noreste en nuestro trabajo de 2006 (García Jiménez, 2006:136-141). Para el trabajo actual, vamos a utilizar la misma tipología (**Fig. 29**), a la que hemos añadido dos nuevas variantes: una aún perteneciente a la forma A4, caracterizada por la hipertrofia de la placa inferior y que podemos hallar en una vaina del Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola del Vallés)²⁸⁸ y otra, procedente del campamento III de Renieblas²⁸⁹, que podemos catalogar como tipo B3 y cuya variación en la forma respecto a su pariente B1 depende de la tendencia triangular de sus placas.

Las primeras formas de las hembrillas incluyen siempre placas iguales en la parte alta y baja del tirante, que es muy delgado y largo. Las placas suelen ser redondeadas, como nuestro tipo A1, y en ocasiones algo apuntadas sobre una base igualmente circular. Este tipo de placas es el más exitoso, y puede alcanzar incluso a asociarse con las vainas más modernas del periodo La Tène C2 (Lejars, 1994: 38). Otras versiones asimétricas, con placa superior circular e inferior apuntada (A4), pueden verse como mínimo desde el

²⁸⁸ Inv. n° 92 de este mismo trabajo.

²⁸⁹ Inv. n° 1146.

periodo temprano La Tène C1 (*Ibid.*: 34). El perfil de placa alargada y respetando la anchura del pasador (B) suele estar asociado a vainas de La Tène B2²⁹⁰, aunque existen versiones emparentadas más anchas, con placas más cortas, trianguladas o en forma de pica, que son bastante populares en la transición de La Tène C1 y C2. A partir del siglo II a.C., los anchos tirantes cuadrangulares empiezan a incluir versiones de cabeza triangulada y placa inferior alargada (parecidos a B2), para más tarde incorporar placas trapezoidales invertidas en su extremo superior (C1-C2). El proceso de “invasión” de la anchura total del reverso de la vaina tendrá su culminación en los tipos de génesis más tardía, con placas cuadrangulares muy grandes (D) como las que vemos asociadas frecuentemente a las vainas de tipo “Ormes” (Lejars, 1996: 92-93).

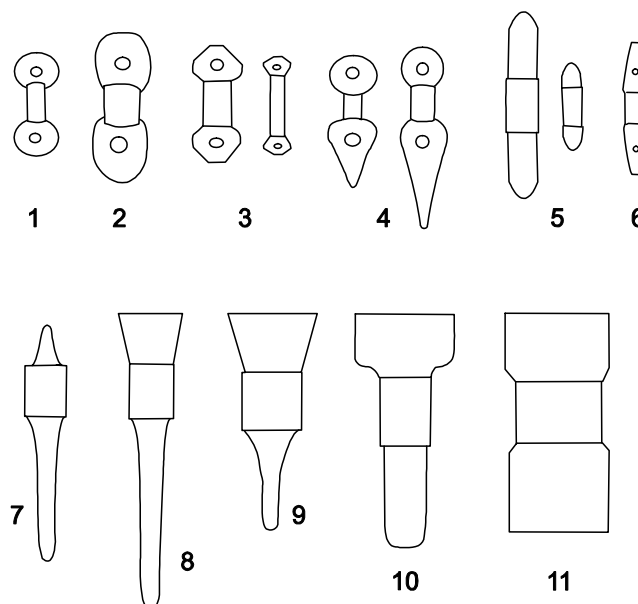


Fig. 29: Tipos de hembrilla en la Península Ibérica. A partir de: García Jiménez, 2006: Fig. 49, modificado; 1: Tipo A1; 2: Tipo A2; 3: Tipo A3; 4: Tipo A4; 5: Tipo B1; 6: Tipo B3; 7: Tipo B2; 8: Tipo B-C; 9: Tipo C1; 10: Tipo C2; 11: Tipo D1.

El pasador estrecho es común a los periodos La Tène A y B, aunque en La Tène B2 pueden verse pasadores bastante anchos asociados a hembrillas con placas hipertrofiadas un poco a juego con la escasa longitud de sus vainas y la hipertrofia general de sus atributos en los módulos pequeños. El pasador de tamaño rectangular, mediano, es el más habitual desde este periodo hasta La Tène C2, momento en que el ensanchamiento genera ya formas de tendencia cuadrada. En las vainas tardías, de La

²⁹⁰ Muchos ejemplos en: Szabó y Petres, 1992: 119-245

Tène D, ya con pasadores permanentemente cuadrados, el crecimiento en volumen de las vainas tiene su efecto sobre estos, que llegan a alcanzar los extremos.

En la Península Ibérica no existen los tipos muy ornamentados ni las hembrillas con placa superior sustituida por un refuerzo unido a ella²⁹¹ (García Jiménez, 2006: 208), pero en general se observa una incorporación de los patrones típicos al menos en las vainas del noreste (*Ibid.*: 208-212). En el resto del territorio peninsular, donde las vainas enterizas son sólo de periodos antiguos, es raro ver hembrillas distintas a las tradicionales de placas circulares, aunque el estado de conservación de las partes proximales de muchas de estas vainas es a veces tan malo que se ha perdido todo rastro de la hembrilla.

Como ya hemos advertido repetidamente con anterioridad, las vainas La Tène peninsulares, a excepción de las del noreste, contienen habitualmente un sistema de suspensión que incluye algunas placas o tiras horizontales con anclajes para anillas laterales. Este sistema, que denominamos **suspensión lateral** es mal conocido debido a la fragmentación de muchas de las piezas que lo utilizaron, siendo a veces difícil distinguir si este tipo de suspensión combinó siempre con hembrillas o lo hizo sólo marginalmente, o si siempre se usaron un mínimo de dos anillas o, por el contrario, fue suficiente con el uso de una añadida al sistema clásico de la hembrilla. En el capítulo III.D. nos ocuparemos con detenimiento de estas cuestiones más puramente funcionales, y nos limitaremos ahora a describir los distintos tipos de suspensión lateral para entender cómo han sido catalogadas en las bases de datos relativas a las vainas que aparecen en este trabajo.

Distinguimos cuatro tipos básicos de suspensión lateral (**Fig. 30**): El primer tipo es el que llamamos “lateral envolvente”, precisamente por tratarse de un sistema que agarra horizontalmente toda la vaina, dándole la vuelta. Normalmente, este tipo de suspensión se efectúa a partir de una tira de hierro de distinto grueso según el caso, que deja un espacio libre en un lateral (el derecho visto desde el anverso) para el anclaje de la anilla. Sabemos muy poco sobre la sujeción de estas abrazaderas a las placas de la vaina, pero no parece haber trazos de remaches en los ejemplares conocidos, de modo que es posible que su unión se realizara por soldadura. Una variante tardía de este tipo es el

²⁹¹ *P.e.*, en Gournay-sur-Aronde el ejemplar GSA 1778 (Lejars, 1994: 190). Véase también tipos que enlazan la placa superior con refuerzos en forma de “T” o “Y” en: De Navarro, 1972: 24-27 y fig. 7.

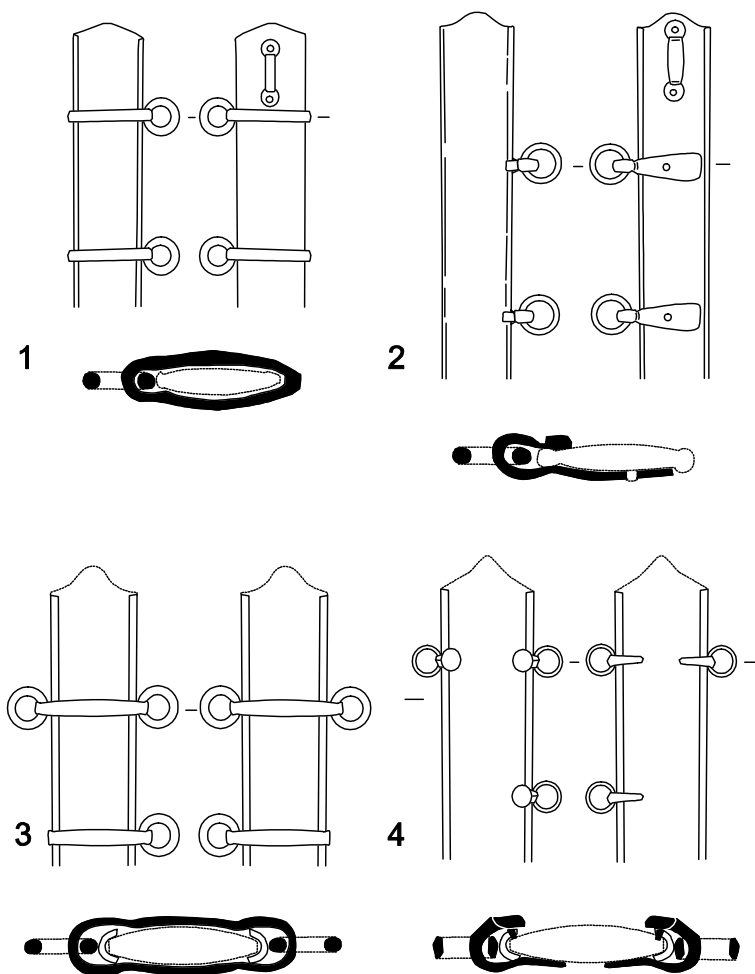


Fig. 30: Tipos de suspensión lateral (sección a doble escala); 1: Envolvente; 2: En pinza; 3: Bilateral envolvente; 4: En forma de garfio; 1 y 2: vainas La Tène, enterizas; 3 y 4: Vainas orgánicas de armazón metálico, *gladius hispaniense* y otros gladii tardorepublicanos.

que llamamos “bilateral envolvente”; normalmente relacionado con ejemplares muy tardíos, de tradición romana, y que sigue el mismo patrón que su pariente anterior, aunque presentando anclajes para anillas a ambos lados. Por el momento, no existen ejemplos peninsulares claros en relación con el sistema bilateral, pero ciertas evidencias apuntan a la posibilidad de su existencia o, cuanto menos, a su existencia contrastada entre los materiales republicanos tardíos emparentados con el *gladius hispaniense*

(Poux, 2008: 323-324 y fig. 13). Lo habitual es relacionar este tipo de suspensión con vainas orgánicas sin hembra, de modo que su forma es de placa en vez de de tira, y en muchas ocasiones se fabrica en bronce en vez de hierro. Muchas de las espadas que utilizan este sistema incluyen sólo la placa superior de este tipo, combinada con una inferior a sólo una anilla. Otro tipo de suspensión lateral es el “lateral en pinza”, con un funcionamiento distinto a los anteriores, a partir de una placa fina de forma triangular unida al reverso por uno o más remaches que transita a un anclaje sujetado al anverso mediante una pinza que presiona sobre el relieve de los carriles de la vaina. Esta solución es una de las más características de las vainas de La Tène B en la Península Ibérica, y a la vez la más elegante de las opciones. El método sugiere una relación tecnológica con la fórmula adoptada para la sujeción de las conteras con tirantes y

anverso con botones²⁹², lo que constituye una evidencia de la capacidad artesanal de los herreros hispánicos al alcance de las producciones laténicas típicas.

El último de los tipos de suspensión lateral es un sistema autónomo, no asociado a pasadores sino sólo a pequeños botones sujetos a las vainas orgánicas con un remache o clavo en el anverso y un simple anclaje que remataría cerrándose en la propia placa del reverso por presión. Este sistema es el que llamamos “lateral en garfio” por la morfología de su anclaje y su remate algo apuntado. Como el “bilateral”, este es un método utilizado en vainas tardías, de tipo orgánico con armazón y ya muy relacionado con las producciones romanas del llamado *gladius hispaniensis*.

Balance morfotécnico de las variables

Muchos de los indicios arriba expuestos son relativos; a veces es difícil decir si unos hombros son semirrectos o curvos, si una hoja es semiparalela o paralela, si una embocadura es sinuosa alta o baja, una punta ancha o estrecha, etcétera. Pero lo importante de la definición de los distintos atributos es su funcionamiento conjunto. Una serie de indicios coincidentes pueden orientarnos hacia patrones constantes que podemos agrupar en tipos, y a menudo la presencia de algunos elementos en ejemplares sólo parcialmente conservados pueden también ser indicios que apunten hacia uno u otro horizonte cronológico, lo que no siempre es fácil en contextos con un peso importante de elementos arcaizantes como son las producciones peninsulares. Veremos, pues, en los siguientes apartados cuál es el rendimiento de tales atributos morfotécnicos en la elaboración de unas tipologías para las espadas de influencia La Tène de la Península Ibérica.

²⁹² *Vide supra*, en este mismo capítulo.

III.B. LAS ESPADAS DEL NORESTE: NUEVOS DATOS Y NUEVOS PLANTEAMIENTOS

Como ya hemos indicado en repetidas ocasiones, en el año 2006 llevamos a cabo un trabajo de investigación dedicado a las espadas de tipo La Tène en el noreste de la Península Ibérica (García Jiménez, 2006). Como resultado de tal esfuerzo, concluíamos entre otras cosas que la caracterización tipológica de estas espadas las apartaba de forma clara de los patrones europeos generales que las inspiraron. Aunque dichas diferenciaciones son en la mayoría de sus aspectos bastante superficiales, nos parecen suficientes como para otorgarles un cierto grado de especificidad que justifican su clasificación tipológica al margen de otras producciones.

El trabajo actual, sin embargo, engloba dichas producciones además de otras pertenecientes a territorios culturalmente bien distintos (al menos en cuanto a sus panoplias) dentro de la Península Ibérica. De los estudios previos sobre las espadas La Tène peninsulares, y en especial de su principal publicación como parte del estudio de Fernando Quesada sobre el armamento ibérico (Quesada, 1997: 243-260), sabemos que dichas producciones fueron también en su mayor parte bien distintas de sus contemporáneas fabricadas en otras regiones europeas y que siguieron patrones de producción mucho más estables.

Con estas premisas, nos vemos empujados a proponer nuevas tipologías para el área recién incorporada, respetando a su vez la anterior tipología sobre las espadas del noreste. Es decir: dada la autonomía existente en las producciones peninsulares, mantendremos la tipología del noreste como propia de aquel lugar (puesto que apenas aparece dispersa fuera de su territorio) y elaboraremos una tipología distinta para el resto de producciones, cuyo único foco de producción por ahora bien evidente es el de la Celtiberia. Ello significa que no vamos a distinguir entre espadas La Tène celtibéricas y espadas La Tène del sureste o vettonas, puesto que sus pautas de diferenciación entre sí no son tan claras, de modo que una misma tipología deberá bastar, por ahora, para toda el área peninsular a excepción del noreste. Con respecto a las espadas de contextos nororientales, se mantendrá la misma nomenclatura propuesta en nuestra anterior publicación, añadiendo para mayor claridad las siglas NE (refiriendo a: “noreste”). El resto de producciones peninsulares se citarán además en orden inverso, refiriendo en

primer lugar a una letra mayúscula relativa a su grupo tipológico y en segundo lugar a un numeral simple indicativo de su variante. Así, los tipos del noreste serán: NE-I, NE-II, NE-III, NE-IV, NE-V y NE-VI, mientras que los tipos del resto de la península serán A, B, C y D, ambos con sus respectivas variantes. El grupo NE-VII equivale al grupo D, y es con toda seguridad una producción de origen ajeno al noreste, de modo que en adelante se relacionará con este y dejará de utilizarse su anterior nomenclatura.

Dicho esto, nos disponemos en el siguiente capítulo a recapitular sobre nuestras conclusiones anteriores respecto a las producciones nororientales añadiendo nuevos datos fruto de la incorporación de algunas piezas que nos pasaron desapercibidas al realizar el catálogo de nuestro anterior estudio o que han sido accesibles sólo con posterioridad a la publicación de este. Del añadido de estas nuevas piezas alcanzaremos uno de nuestros objetivos allí planteados (García Jiménez, 2006: 216) al gozar de nuevos datos susceptibles de sugerir modificaciones y obtener mayor precisión en cuestiones de orden tipológico o cronológico.

III.B.1. Precedentes

Puesto que en el ya citado trabajo desarrollábamos una argumentación completa sobre el origen, dispersión y evolución de los tipos resultantes, no vamos a repetir aquí tamaña empresa, sino que nos limitaremos a apuntar un breve resumen de la tipología propuesta entonces para mayor claridad en las referencias futuras. Para el resto de referencias, remitimos a las páginas del volumen nº 10 de *Anejos de Gladius*, donde aparece expuesto un análisis completo de estas armas a partir de las 89 piezas que conforman el catálogo.

La tipología que proponíamos entonces constaba de siete tipos distintos, algunos de ellos con distintas variantes, numerados del I al VII. Es importante constatar aquí que la existencia de los tipos no es secuencial (no derivan unos tipos de otros diacrónicamente, sino que conviven en un mismo periodo en la mayoría de los casos), y que además los

tipos se hibridan entre sí adoptando a veces características que más bien pertenecen a otros, dando lugar a todo un sinfín de posibilidades morfológicas. Sin embargo, y pese a esta variabilidad, está claro que existen patrones estáticos repetitivos que llevaron a los herreros del noreste a proyectar armas de distintos usos tácticos combinándolos con sus propios recursos estéticos basados en modelos ideales de inspiración.

Otro aspecto que consideramos importante adelantar es el que refiere al sesgo cronológico existente en una parte muy considerable del material estudiado en el noreste. La procedencia en muchos casos de estas armas como parte de trofeos exhibidos en los poblados ibéricos²⁹³ añade un periodo de tiempo de difícil precisión anterior a su amortización en un determinado estrato arqueológico. El tiempo transcurrido entre la fabricación de una espada, su uso más o menos prolongado por parte de su propietario hasta que es vencido y despojado de esta, su periodo de exhibición pública o privada y su posterior deposición en un silo, hoyo o en un simple suelo de abandono, pudo ser tan dilatado (o tan corto) según las circunstancias, que resulta prácticamente impensable afianzar cronológicamente las características tipológicas de algunas de estas espadas en base a estos contextos. El fenómeno se agrava considerablemente si tenemos en cuenta la tendencia al conservadurismo de algunos rasgos típicos de estas espadas y sus vainas, sólo contrastables con otros atributos concretos fruto de su actualización morfotécnica en base a patrones de inspiración galos (García Jiménez, 2006: 200-215). En consecuencia, resultarán mucho más válidas las dataciones procedentes de los escasos contextos funerarios con los que contamos, y aunque otros estudios sobre el material La Tène europeo concluyen la existencia de ciertos sesgos tipológicos en relación a la edad del difunto (Rapin, 2003: *passim*), muchas más incertidumbres derivan del análisis de los contextos rituales como los que nos atañen para una parte importante del material del noreste.

Por el momento, no vamos a detenernos en este tema, que será desarrollado extensamente en futuros capítulos²⁹⁴, pero deberemos tenerlo en cuenta para atender como es debido al análisis tipológico de las espadas del noreste.

²⁹³ En última instancia: García Jiménez, 2006: 82-91, con la bibliografía anterior.

²⁹⁴ *Vide infra*, III.B.3, VII.B Y VIII.D.

Clasificación tipológica (Fig. 31)

El primer tipo al que referiremos es el que definíamos como **tipo NE-I** en nuestro anterior trabajo (*Ibid.*: 149-152). Se trata de un tipo claramente relacionado con los módulos medios de La Tène B, aunque su herencia se constata hasta contextos muy avanzados del noreste peninsular, dentro de un periodo equivalente a La Tène C2. Los atributos de sus vainas revelan una longitud media de entre 65 a 73 cm, alcanzando mayores proporciones en ejemplares más modernos, y una anchura media de entre 5 y 5'4 cm. Se asocian siempre a estas vainas embocaduras erguidas de los tipos más clásicos, como los curvos o en arista, además de los trapezoidales, y hembrillas de suspensión del tipo A (basados en patrones de placas de sujeción circulares). Sus conteras son largas, habitualmente de 17 a 20 cm, con sujeciones por abrazadera o, más raramente, por tirantes, y remates lobulados en los casos bien conocidos. El ensamblaje de sus placas es siempre sobre el modelo autóctono, mediante el pliegue simple de reverso sobre anverso y solapas estrechas. Distinguimos tres variantes de estas vainas, que en realidad corresponden a tres estadios de evolución bien diferenciados: el tipo NE-IA, que vendría a representar la opción más claramente autóctona, el tipo NE-IB, que parece conservar rasgos más afines a los ejemplares continentales de La Tène B, y el tipo NE-IC, que probablemente represente una versión tardía en conexión con el tipo NE-V. Sólo conocemos un ejemplar de los tipos NE-IB y IC. El primero de estos, junto con algunos ejemplares parciales o desaparecidos del tipo NE-IA, pueden enlazar con la tradición gala y ser meras importaciones, pero es precisamente su estado de conservación el que supone las mayores incógnitas en dicho sentido.

Las espadas que acompañan a estas vainas son peor conocidas por hallarse frecuentemente dentro de sus vainas y no haberse estudiado mediante radiografías. Sus hojas rondan los 60-68 cm de longitud, con puntas estrechas y un perfil de filos claramente semiparalelos. Los hombros son a indistintamente bajos (curvos o semirectos), o altos (caídos), puesto que estas espadas mezclan tradiciones de influencias de La Tène Antigua y Media, y la sección de la hoja es siempre lenticular o a cuatro mesas, siendo por ahora desconocidos los ejemplares con nervio. La espiga es de tamaño medio y rematada con todo tipo de soluciones, siempre que existan dichos remates.

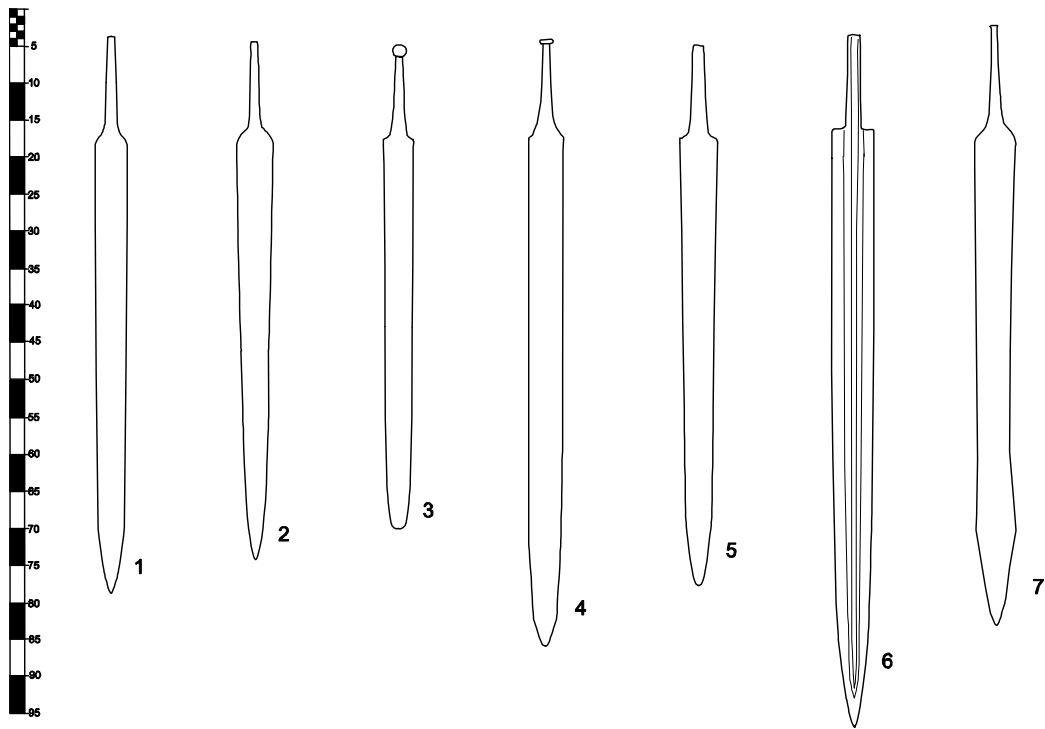
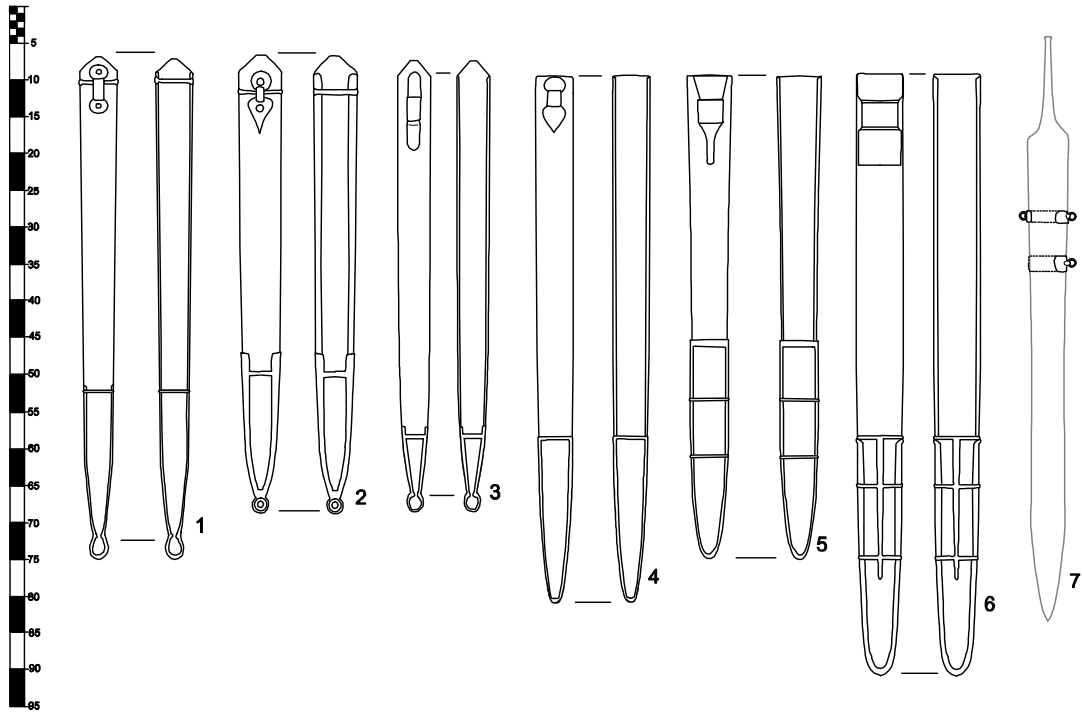


Fig. 31: Restitución ideal de los tipos de vaina (arriba) y espada (abajo) del noreste peninsular, según García Jiménez, 2006: Figs. 71 y 72. 1: Tipo NE-I; 2: Tipo NE-II; 3: Tipo NE-III; 4: Tipo NE-IV; 5: Tipo NE-V; 6: Tipo NE-VI; 7: Tipo NE-VII

El **tipo NE-II** (*Ibid.*: 152-154) es un tipo claramente emparentado con el anterior. Sus vainas son muy parecidas a él, aunque con una anchura máxima notablemente mayor (de 5'5 a 6 cm en su embocadura). La longitud de estas es ligeramente inferior, de entre 60 y 65 cm, aunque muy desconocida por el momento debido al estado de conservación de la mayoría de estos ejemplares. La tradición de este tipo de espadas revela una tecnología prácticamente idéntica al tipo NE-I, aunque quizás inspirada a su vez sobre ejemplares de contera circular calada del primer cuarto del siglo III a.C.²⁹⁵. Como el tipo autóctono precedente, el tipo NE-II utiliza exclusivamente hembrillas de tipo A1 o A4 con tirante mediano, embocaduras de los mismos tipos y ensamblajes idénticos, de reverso sobre anverso, aunque en este caso exhibiendo solapas muy anchas (por encima de 1 cm), y fácilmente identificables. Poco sabemos de sus conteras, que parecen ir acompañadas de remates lobulados o discoidales de producción autóctona.

La espada del tipo NE-II es una de las peores conocidas del territorio nororiental debido a su mal estado de conservación. Sin la vaina, puede resultar complicado distinguir estos ejemplares de sus parientes del tipo NE-I, de no ser por su mayor anchura y, quizás su perfil algo más convergente.

A diferencia de los anteriores, las espadas del **tipo NE-III** (*Ibid.*: 154-156) tienen un módulo de hoja más corto y estrecho, que las relaciona con las espadas de pequeño módulo de La Tène B2, como argumentaremos más adelante. Buena parte de los rasgos morfotécnicos de sus vainas tienen que ver con su carácter autóctono (embocaduras trapezoidales, ensamblaje de reverso sobre anverso con solapas estrechas...), pero sus conteras parecen acompañarse de remates algo más dilatados, de tipo ultracircular o lobulado y con sujeción por tirantes, y sus hembrillas suelen ser del tipo B1, aunque es muy probable que también las haya del tipo A1. Tenemos por ahora poca información acerca de estas vainas, en su mayoría en bastante mal estado. Una política de recuperación de las conteras ocultas bajo el óxido combinada con un estudio

²⁹⁵ En especial por el módulo ancho y medio-corto, aunque en ocasiones también por las solapas anchas de algunos ejemplares. Véase grupo I de Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 39-42 y cuadro pág. 59), con un estudio comparativo completo. Véase también la influencia de este modelo sobre otros algo más característicos de La Tène C1, como los de los grupos 2 (*Ibid.*: 43; *p.e.* en la vaina de Cernon-sur-Coole), 3 (*Ibid.*: 44-46) y 4 (*Ibid.*: GSA 2116).

radiográfico sería de gran ayuda para definir con mayor detalle algunos de sus rasgos fundamentales que pueden diferenciarla del resto de producciones autóctonas.

La espada del tipo NE-III es mucho más fácilmente identificable. Su corto módulo, que apenas alcanza los 58 cm de largo y los 4-4'2 cm de ancho, les da un aire muy característico que enlaza con las espadas de tradición europea con ellas emparentadas. Otro rasgo singular es el remate del pomo en forma esférica, que no suele aparecer en piezas de otros tipos. Las secciones de hoja documentadas son indistintamente a cuatro mesas o lenticulares, y sus hombros mixtos (caídos-semirrectos). Uno de los ejemplares de este tipo de espada, asociado al lote de la Neapolis de Ampurias²⁹⁶, atestigua su presencia en contextos avanzados, tal como también lo confirma la punta roma que la acompaña.

El **tipo NE-IV** es un tipo claramente derivado de la adaptación del tipo NE-I a los módulos largos de la fase reciente de La Tène C1 y su transición a La Tène C2 (*Ibid.*: 157-158 y fig. 106), con vainas de 72 a 75 cm y largas conteras de más de 20 cm, puede que con remates lobulados de pequeñas dimensiones. Los escasos ejemplares conservados de este tipo contienen embocaduras rectas, posiblemente en un inicio más por su evolución autóctona paralela que por una influencia europea, que debió ser ligeramente más tardía. También los tirantes de las hembrillas de suspensión, de tipo ancho y cuadrado, son evidencias de su cronología avanzada.

Las espadas asociadas a este tipo tienen rasgos muy parecidos a los del tipo NE-I, con hojas más largas y embocaduras más bajas, de tipo semirrecto encajando con la embocadura rectilínea de sus vainas. Como resultado de este alargamiento de la hoja, sus filos toman formas de tendencia más paralela que la de sus parientes.

El primer tipo ya claramente relacionado con la tradición de La Tène D es el **tipo NE-V** (*Ibid.*: 159-160), aunque con un módulo curiosamente corto en relación a sus parientes europeos. La longitud de dicho módulo está con toda seguridad conectada con otras espadas de tradición autóctona, probablemente las del tipo NE-II (que es el tipo al parecer más frecuente en la primera mitad del siglo II a.C.), o las variantes tardías del

²⁹⁶ Inv. 8 (García Jiménez, 2006: fig. 115, 8).

tipo NE-I (IC). Las vainas de este tipo tienen embocaduras anchas (5'4-6 cm), de tipo rectilíneo, hembrillas con pasador ancho y cuadrado (tipos B2-B/C y C), y conteras muy largas y reforzadas (20-30 cm), sin remates conocidos. Distinguimos dos variantes de estas vainas: una estándar (NE-VA) y otra (NE-VB) con clara influencia de las vainas de tipo "Ludwisghaffen", características de La Tène D1.

La espada del tipo NE-V es, como hemos dicho, extrañamente corta (en torno a 65 cm). Poco sabemos del aspecto de esta, debido a que está siempre envainada en todos los ejemplares conservados, pero según la forma de sus vainas parece que los ejes pudieron tener formas progresivas (quizás enlazando con algunas hojas del tipo NE-II) y puntas estrechas. Sus espigas, sin embargo, son muy características por su gran anchura y su ausencia de remate.

El **tipo NE-VI** es el representante autóctono de los módulos largos de La Tène D. Sus vainas alcanzan longitudes de hasta 83 cm y grandes anchuras de entre 5'8 y 6'2 cm. Como sus antecedentes europeos, sus embocaduras son rectas y sus hembrillas extremadamente anchas (tipo D), ocupando toda la parte alta de la vaina. La larga longitud de su módulo condiciona la forma de sus costados, de tendencia claramente paralela, y la propia longitud de la contera, que puede llegar hasta los 35 cm. En este tipo de vaina, ya no existen los remates de contera, y los refuerzos se multiplican.

Las espadas son lógicamente muy largas y anchas, con filos paralelos y, al parecer, puntas delgadas. Los hombros de estas espadas son completamente rectos, y sus hojas con nervios y, en ocasiones, se acompañan de acanaladuras en sus lados. La espiga de estas espadas es tremendamente larga y muy ancha, sin ningún tipo de remate.

El último tipo identificado en el noreste es un modelo por completo ajeno a la tradición autóctona. En efecto, el tipo **NE-VII** (*Ibid.*: 164-168), con hojas ligeramente pistiliformes y vainas de tipo orgánico y suspensiones laterales por anillas, enlaza con la tradición meseteña relacionada con el *gladius hispaniensis*, y por ello vamos a realizar su análisis detallado en consonancia con otros tipos peninsulares que definiremos en el próximo capítulo.

III.B.2. Actualización del catálogo

Desde la publicación de nuestro trabajo sobre las espadas del noreste en 2006, un total de doce espadas o vainas han venido a incrementar nuestro catálogo. Detallamos a continuación las características más importantes de estos ejemplares y sus correspondencias tipológicas más probables:

L'Esquerda (Roda de Ter)

Dos ejemplares nuevos vienen a incorporarse a la espada ya conocida de este yacimiento (García Jiménez, 2006: inv. 81):

El primer ejemplar (**90**), corresponde a la placa de reverso de una vaina, conservada completa. El origen autóctono del noreste peninsular queda evidenciado en la embocadura de arista y el ensamblaje de su placa conservada, que abrazaría al anverso de forma simple, sin carriles longitudinales. Junto a la hembrilla, de pasador mediano y forma del tipo A4, se conservan sendas anillas de hierro que prueban su suspensión mediante cinturón de cuero y no mediante cadenas semirrígidas como sería lo habitual en los tipos europeos (*Ibid.*: 147-148). Parcialmente oculto bajo estas anillas, se halla un refuerzo de tipo simple con laterales dilatados, que debió envolver por completo la embocadura por debajo de la hembrilla.

El módulo de la vaina (68'7 cm de longitud y 5'4 cm de anchura máxima), sus ejes semiparalelos, las solapas estrechas y los rasgos de su embocadura y hembrilla de suspensión, enlazan a la perfección con los patrones morfotécnicos del tipo NE-IA, el modelo hasta ahora más habitual en el noreste peninsular (*Ibid.*: Figs. 77 y 78). No conocemos el anverso de la vaina, completamente perdido, pero sus rasgos se deducen por completo de la placa de reverso. La contera, también perdida, debió tener algo más de 13'3 cm de longitud, a juzgar por la distancia donde se interrumpen las solapas. Un fragmento de carriles, relacionado por sus excavadores con fragmentos de orla de un escudo oval hallados cerca de la vaina (Ollich *et alii*, 2006: 164-165), pudo ser en realidad la parte distal de la contera, tal como parecen revelar la menor anchura de su cuerpo y su extremo lobulado sujeto por un refuerzo, un sistema muy habitual en las

vainas del noreste de este tipo. Para mayor claridad, ofrecemos una restitución virtual de este ejemplar en la **fig. 32**.

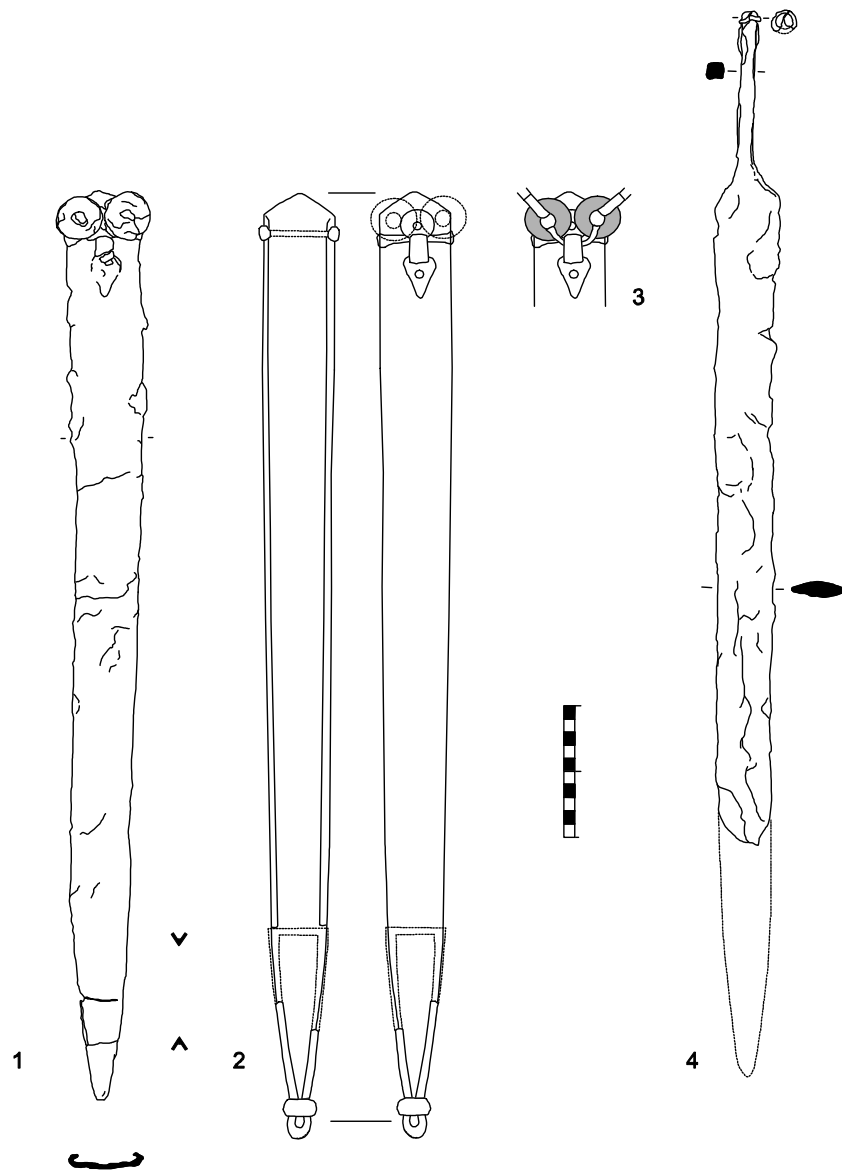


Fig. 32: La vaina de l'Esquerda (90) y su restitución ideal. 1: Placa de reverso de la vaina de l'Esquerda (90); 2: Restitución del aspecto ideal de la vaina, con el añadido de la contera; 3: Forma de suspensión con las anillas conservadas; 4: La espada del tipo NE-I ya anteriormente conocida de l'Esquerda (81), perfectamente compatible con la vaina anterior.

La relación de este ejemplar como parte de trofeos militares (*spolia hostium*) es muy probable dada su procedencia en contexto de poblado y los restos de su inutilización ritual en el pliegue de la parte distal de la placa conservada.

El segundo ejemplar (91) añadido en l'Esquerda es mucho más parcial que el anterior. Se trata de dos fragmentos pertenecientes a la parte distal de una vaina, también doblada ritualmente, en la que se han conservado parte de las dos placas, que ensamblan de forma simple (probablemente de Reverso sobre Anverso, como es habitual en las producciones del noreste). La punta no aparece, como tampoco resto alguno de su contera. La estrechez relativa del fragmento podría encajar con las vainas del mismo tipo anteriormente comentado (NE-IA), y al igual que este, podría corresponderse con la espada documentada con anterioridad (81).

Ambas piezas son tremendamente útiles para nuestro propósito, puesto que permiten documentar en el interior de Cataluña la existencia de rituales de guerra semejantes a los existentes en los poblados litorales. Además, la fortuna de la presencia de las anillas de suspensión en el ejemplar nº 90 nos ilustra perfectamente sobre la forma de llevar la vaina en este territorio²⁹⁷.

Molí d'en Rovira (Vilafranca del Penedès)

El ejemplar que detallamos a continuación no es un añadido real al catálogo de 2006 sino la revisión de una pieza por entonces considerada desaparecida y que hemos conseguido localizar en los almacenes del Vinseum de Vilafranca del Penedès. Nos referimos, como no, a la espada catalogada con el nº 80 de nuestro anterior inventario, procedente de un hallazgo en sepultura del Molí d'en Rovira. En este caso, la ausencia de vaina viene a representar casi un golpe de fortuna teniendo en cuenta que la mayoría de las espadas están parcialmente ocultas bajo sus vainas y son difícilmente apreciables sin la ayuda de radiografías. Lo más claramente llamativo de la espada es la forma de su hoja, con clara tendencia convergente de sus filos de forma progresiva, desde el mismo arranque de sus hombros. Dichos hombros, además, son muy anchos y le dan un aspecto algo dilatado a su parte proximal. La punta es muy larga y delgada, de claro efecto punzante, y la hoja mide una longitud nada desdeñable, que podría alcanzar (reconstruyendo su extremo fragmentado), los 71 cm. No vamos a entrar por ahora en otros detalles tipológicos, puesto que este ejemplar es a nuestro juicio básico para la comprensión de una nueva variante tipológica que vamos a proponer en las líneas venideras (**Fig. 33**).

²⁹⁷ *Vide infra*, III.D.



Fig. 33: Espada del Molí d'en Rovira (80), conservada en el Vinseum (Vilafranca del Penedès). Nótese la forma convergente de sus filos.

Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola del Vallès)

Nos han llegado a las manos durante la realización de esta Tesis Doctoral dos piezas procedentes del yacimiento laietano del Turó de Ca n'Oliver²⁹⁸, aún inéditas, que representan, al menos en uno de los dos casos, un punto de referencia clave en el estudio de este tipo de armas. En efecto, la información que podemos extraer de las dos piezas es verdaderamente desigual. La primera (92) es una vaina completa que incluso ha conservado *in situ* el remate de su contera. La segunda, sin embargo (93) es sólo un fragmento de punta de una espada de hoja de muy poco grosor, con sección lenticular muy estrecha y una anchura muy considerable (5 cm) para pertenecer a un extremo. Nos detendremos, pues, en el primer ejemplar por su mayor rendimiento tipológico:

La vaina es bastante larga (72 cm), con una embocadura muy ancha que supera ampliamente los 6 cm pero que sin embargo se estrecha de forma progresiva hasta la punta. La embocadura es mixta, en trapecio alto para el anverso y forma recta para el reverso²⁹⁹. Su hembra de suspensión es del tipo A4, aunque de una variante con placa inferior mucho más alargada (A4b) y pasador mediano bajo el cual se conserva un refuerzo simple, con ensanchamientos laterales³⁰⁰, que se ha perdido en la parte

²⁹⁸ Debemos a la amabilidad de José Miguel Gallego el darnos a conocer estas armas, así como el umbo procedente del mismo yacimiento (inv. 2051) y la espada de Can Xercavins (94), en el Museu de Cerdanyola. Asimismo, agradecemos al equipo directivo del propio museo el habernos permitido el estudio de dichos elementos.

²⁹⁹ No es esta una fórmula nada habitual en contextos galos, pero hay ejemplos en el noreste (1, de la Neapolis de Ampurias, 40 de l'Illa d'en Reixach) con el patrón invertido (trapezoide en reverso y recta en anverso). Este sistema parecería obligar a la fabricación de guardas bipartitas desiguales, cuya funcionalidad no alcanzamos a adivinar. No parece que el mayor campo para la existencia de algún motivo ornamental en la madera de la guarda tuviera mucho sentido teniendo en cuenta que en el ejemplar de Ca n'Oliver se encuentra en el reverso.

³⁰⁰ Este tipo de refuerzos está bien documentado en el noreste peninsular (*Vide supra*, III.A) y en las necrópolis celtas continentales, como por ejemplo en la sep. 2 de Saint-Maur-des-Fossés, fechada en el horizonte La Tène C2 (Leconte, 1991: 53 y fig. 8), que es también la fecha más probable para el ejemplar de Ca n'Oliver.

central del anverso. Otro rasgo llamativo es la anchura de solapa de esta vaina, que supera el cm, un detalle que recuerda claramente las producciones del tipo NE-II. En cuanto a la contera, destaca su larga longitud, el remate lobulado (cuyos rasgos precisos, ocultos bajo el óxido, desconocemos) y la sujeción por tirante exento; esto es: soldado a los carriles del cuerpo en ambas caras. Muchos de sus rasgos tipológicos coinciden, pues, con las variantes de finales del siglo III a.C. del tipo NE-I y con las producciones del tipo NE-II. Por sus peculiares características, especialmente en lo que atañe a la forma de sus ejes, creemos que es un ejemplar muy estrechamente relacionado con espadas como la del Molí del Rovira³⁰¹ (80), que debemos clasificar en una variante aparte.

Can Xercavins (Cerdanyola del Vallès)

Del asentamiento ibérico de Can Xercavins, en la misma localidad que el Turó de Can Oliver, procede un fragmento de la parte proximal de una espada con restos de su vaina (94) que fue hallada amortizada en el fondo de un pozo asociada a un contexto de mediados del siglo III a.C. (Francès y Carlús, 1995: 50-53); una forma de deposición que coincide con los contextos de hallazgo habituales para las armas previamente exhibidas como *spolia hostium* (García Jiménez, 2006: 82-91)³⁰². Pese a la pérdida del remate de la espiga y el estado lamentable de la vaina, algunos indicios morfológicos como la estrechez de la hoja (4'2 cm) conducen inevitablemente a los ejemplares del módulo pequeño o tipo NE-III. Algunas partes de la hoja delatan la sección a cuatro mesas. Pocos indicios se derivan de su deteriorada vaina, aparte de la aparente forma trapezoidal baja de la embocadura en una de sus caras.

Puig de Sant Andreu (Ullastret)

Del *oppidum* del Puig de Sant Andreu procede un conjunto todavía inédito de espadas, una de ellas (95) recientemente recuperada de los almacenes y procedente de las antiguas excavaciones de Miquel Oliva en 1964, con localización imprecisa. Se trata de una vaina y restos de una espada muy deterioradas y fragmentadas. Su estado de

³⁰¹ *Vide supra*.

³⁰² Como probaría también el pliegue en "U" del extremo conservado.

conservación apenas alcanza para adivinar un ensamblaje simple para las placas de la vaina (sin la existencia de carriles), y una anchura para la misma en torno a los 5 cm, lo que acercaría el ejemplar a las producciones autóctonas del módulo medio, probablemente del tipo NE-I o sus precedentes³⁰³.

El resto de las espadas procede de un contexto mucho más preciso, recuperado en las recientes excavaciones de los años 1997 a 2008 en la zona antiguamente conocida como “campo triangular” (Martín, 2000; Martín *et alii*, 2000 y 2002; Casas *et alii*, 2004; Codina *et alii*, 2006). La zona excavada consiste en una calle (zona 13) a cuyo entorno se articulan dos islas de casas; una de ellas dominada por un edificio complejo que limita con la muralla oeste, de claro corte residencial aristocrático y organizado en torno a un gran patio (Casas *et alii*, 2004: 117). Tanto en la calle como en el propio patio y en algunas de las dependencias de este edificio, aparecen restos de armas, mayoritariamente espadas y vainas, que conservan indicios de su inutilización ritual (perforaciones o pliegues), relacionados con su carácter propagandístico en forma de trofeos exhibidos supuestamente capturados en el campo de batalla y relacionados con los numerosos restos craneales documentados en los mismos niveles arqueológicos (*Ibid.*: 118).

Uno de los ejemplares más completos, pese a su fragmentación, es la espada con vaina hallada en el sector 30 **(96)**. La inutilización del conjunto se produjo con la espada envainada³⁰⁴ y mediante su perforación en dos puntos distintos: uno, más visible, bajo el cuarto proximal; y otro, inducible a partir de los fragmentos conservados, ligeramente por encima del cuarto distal. Al realizar esta perforación, se produjo el pliegue hacia adelante sobre el anverso, de alcance difícil de valorar debido al estado de conservación de este espacio. La espada es de hoja larga, de 74 cm de longitud, con una espiga conservada de algo más de 10 cm, de los cuales faltarían probablemente dos más. Un detalle muy interesante de su empuñadura son los restos de madera conservados en su puño y la marca del negativo en su guarda, que nos orienta hacia una forma de tendencia curva, quizás en arista. Justo por encima de uno de los laterales de estas marcas, se intuye una cabeza de remache o clavo de sujeción de las placas de madera de

³⁰³ En sí el tipo de espada mayoritario en el Puig de Sant Andreu. Otras producciones compatibles con la cronología del yacimiento, como el tipo NE-II, quedarían descartadas por la inferior anchura de la solapa de esta pieza.

³⁰⁴ Así fue recuperada en su hallazgo. Sólo la fragmentación de la vaina ha permitido su reconstrucción por separado de la espada.

la guarda. Entre el material asociado al conjunto, se hallan al menos dos remaches más, que pueden relacionarse con la guarda o con el también desaparecido (por su configuración a partir de materiales orgánicos) pomo. Una de las cabezas de remache es más ancha, quizás combinando con una menor en el otro extremo, al modo de algunas empuñaduras de espada continentales (*supra*).

La vaina, bastante deteriorada en sus atributos básicos, es sin embargo muy útil para algunas apreciaciones tipológicas concretas sobre su sistema de suspensión o ensamblaje. La embocadura no se conserva, pero los restos de la guarda en la espada indican que muy probablemente estemos hablando de una forma curva o en arista, modelos muy característicos de las producciones latenienses antiguas (La Tène A o B1) o de las más conservadoras del noreste peninsular. La hembra de suspensión se halla afortunadamente completa, y pertenece a nuestro tipo A4, con placa de sujeción superior de forma circular y placa inferior apuntada, un sistema muy típico de las producciones del siglo III a.C. en el territorio nororiental. Lo más interesante, sin embargo, es su tirante o pasador, de tipo corto y ancho, lo que nos advierte sin duda de su relación con contextos avanzados (de LT C2). El ensamblaje coincide también con las producciones autóctonas con forma simple sin carril y pliegue de reverso sobre anverso. El desarrollo de su perfil se encuentra desgraciadamente demasiado alterado, aunque parece intuirse una tendencia paralela producto de la longitud de la hoja de espada, muy acorde con la cronología avanzada de la pieza. La ausencia de contera es lo más lamentable, y desconocemos tanto su longitud (que debió ser superior a los 14 cm conservados) como su sujeción y remate. La opción más verosímil, teniendo en cuenta las constantes tipológicas de la pieza, sería la de una contera de longitud por encima de los 18 cm, sujeción con tirante o refuerzo exento y remate lobulado de los tipos más habituales en las producciones autóctonas.

El conjunto de los indicios tipológicos coinciden en clasificar el ejemplar en el tipo NE-IA tardío (García Jiménez, 2006: 149-152). Aunque la gran longitud de la hoja no es un rasgo habitual de estas producciones, que difícilmente sobrepasan los 70 cm, algunos ejemplares como el de la sep. 178 de Ensérune³⁰⁵ nos alertan de la existencia de módulos largos compatibles con estas características. En efecto, tanto la longitud de hoja como los ejes de tendencia paralela o la anchura de la hembra acercarían este

³⁰⁵ Aún inédita y sin duda atribuible a este tipo (*Cfr.* García Jiménez, 2006: 189). Agradecemos a Thierry Lejars los datos relativos a esta pieza y sus valiosísimos comentarios.

ejemplar a las piezas más representativas del tipo NE-IV, un modelo ligeramente posterior y fuertemente emparentado con el NE-IA. Únicamente su embocadura alta separaría la pieza de las vainas con embocadura recta más propias del grupo NE-IV. Este ejemplo pone de manifiesto las limitaciones de este tipo de clasificación tipológica, puesto que los rasgos coinciden a definir un patrón intermedio que tanto podría ser considerado un NE-IA tardío como un NE-IV, cuestión que por supuesto no estaba en mente de sus artesanos cuando la fabricaron. No obstante, las diferencias de módulo entre los dos tipos nos reafirman en la necesidad de diferenciarlos más allá de su designación como variantes de un mismo tipo, de modo que preferiríamos definir la pieza como un tipo NE-I/IV o incluso NE-IV a secas, mejor que un NE-IA.

Teniendo en cuenta el hallazgo de esta pieza en contexto de abandono del poblado, es muy probable que perteneciera a uno de los trofeos más recientemente obtenidos, con toda seguridad ya en el momento de ocupación romana. Este hecho es significativo, puesto que probablemente nos esté probando el desarrollo práctico de la “guerra de baja intensidad”³⁰⁶ en este periodo, considerando que se trata de un arma de claro origen autóctono y no de una captura de armas púnicas o romanas obtenida en alguna de las campañas que enfrentaron a estas potencias.

Otra pieza incluso más interesante que la anterior es una de las vainas aparecidas en la calle frente a la residencia compleja de la zona 14 (97) e inutilizada para su exhibición mediante diversos pliegues agresivos. Se trata de una vaina de corta anchura (máximo de 4’7 cm), con embocadura trapezoidal baja y hombros cóncavos. La hembrilla de suspensión sólo conserva parte del pasador y la placa inferior, aunque es evidente que perteneció al tipo A1, un modelo muy frecuente a lo largo de La Tène Antigua y Media en contextos europeos. El pasador estrecho apunta a una cronología alta, como así lo hace también su refuerzo bidiscoidal de gran anchura. Aunque muy maltrecho, este refuerzo puede reconstruirse para darnos una idea de su aspecto original, muy parecido a las vainas de tipo “Hatvan-Boldog” tan características de La Tène B2: dos protuberancias hemisféricas que ocupan la anchura total de la vaina y agarran en sus costados sin enlazar en el reverso. Si bien el refuerzo del Puig de Sant Andreu no es hemisférico, sino que es llano y decorado mediante círculos concéntricos incisos con algún material aparentemente no metálico de tonalidad verdosa dispuesto como

³⁰⁶ Véase, en síntesis: Quesada, 2003, con la bibliografía anterior. Tales prácticas están bien contrastadas en la literatura clásica refiriendo a tribus emparentadas, como la de los ilergetes (Quesada, 1997d: 66-67).

ornamento en el círculo central, no cabe duda de tal relación estética³⁰⁷. La inseguridad del herrero al sujetar el refuerzo a la vaina quedaría manifiesta con el añadido de una especie de cabeza de remache muy sobresaliente en la base, como para evitar el deslizamiento de la pieza hacia abajo. El ensamblaje de las placas de la vaina revela una vez más la tradición más arcaica, a base del pliegue de la placa del reverso sobre la de anverso sin carriles, con una solapa bastante ancha. Poco sabemos de la contera, dado el estado tan alterado y doblado de la parte distal de la vaina. Desconocemos tanto su remate como su recorrido, pero quedan restos de su embocadura, en negativo y positivo, que dejan intuir un sistema de abrazadera con refuerzo exento, una fórmula de nuevo fuertemente arcaizante (**Fig. 34**).

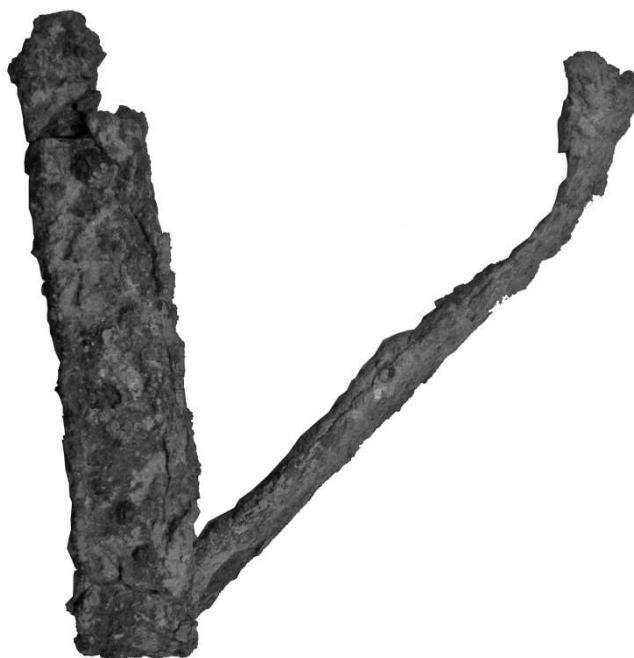


Fig. 34: Vaina de la zona 13 del Puig de Sant Andreu (Ullastret), doblada ritualmente, de tipo autóctono influenciado por el módulo europeo de las espadas de tipo Hatvan-Boldog (97). MAC-Ullastret.

Dos cosas llaman la atención sobre esta vaina: en primer lugar, su carácter autóctono, bien atestiguado por la embocadura, la versión del refuerzo y el ensamblaje de las placas y la sujeción de la contera; en segundo lugar, su parecido a los módulos cortos de la segunda mitad del siglo IV a.C. e inicios del siguiente: el tipo conocido como Hatvan-Boldog. La relación con estas producciones quedaría patente con el tipo de

³⁰⁷ Cabe incluso la posibilidad de que estas protuberancias se perdieran y que el resultado sólo fuera el negativo de la base de estos botones hemisféricos en el refuerzo, tal y como ocurre por ejemplo en una vaina de tipo Hatvan-Boldog procedente de Gáva-Katóhalom (Hungría) que ha perdido uno de los botones (Petres y Szabó, 1986: fig. 4).

refuerzo utilizado, la anchura considerable de la solapa y, sobre todo, el módulo estrecho y corto asociado a esta vaina. Las vainas de estos tipos europeos ocultan hojas cortas y estrechas, de unos 60 cm de longitud y 4 de anchura³⁰⁸ (Rapin, 2000: 193), existiendo dos variantes básicas según el análisis de André Rapin y siendo el ejemplar detallado más próximo a la variante A, con ausencia de nervio en el anverso y presencia de refuerzo hipertrofiado en su suspensión. Está claro, pues, que se trata de un ejemplar de clara inspiración a finales del siglo IV a.C., cuya relación con las producciones autóctonas del tipo NE-III con las que también enlaza el ejemplar, será examinada con detalle más adelante³⁰⁹.

La espada aparecida en el mismo contexto **(101)** pertenecería sin duda a la vaina precedente. Su módulo encaja a la perfección en el espacio interior de la vaina, mientras que sus hombros también lo hacen con una guarda baja, compatible con la embocadura de aquella. Un rasgo ya claramente definitivo en el mismo sentido sería la presencia de un remate de pomo de tipo esférico, un recurso muy utilizado en las espadas con pomo bipartito del tipo Hatvan-Boldog-A de Rapin (Rapin, 2000: 195 y fig. 15) y también repetido en los ejemplares conservados del tipo NE-III. El único elemento discrepante en cuanto a su filiación entre las espadas de tipo Hatvan-Boldog es la sección de su hoja, que en vez de ser romboidal (a cuatro mesas) es de tipo lenticular. Sin embargo, y recordando la fuerte influencia del componente autóctono en su vaina, el rasgo es perfectamente compatible con sus homólogas del tipo NE-III relacionadas con estos módulos.

La inutilización de esta espada se produjo por separado de su vaina, incidiendo con especial hincapié en el pliegue de la placa central de su hoja y en su parte distal, que aparece retorcida sobre pivote lateral. Desgraciadamente, no se ha conservado la punta de la espada, pero la tendencia a la estrechez en la parte conservada parecen indicar una longitud de hoja en torno a los 58 cm.

³⁰⁸ Lo habitual es que la vaina mida de 0'3 a 0'6 cm más que la espada (Charpy, 1987: 72), con lo que el ejemplar del Puig de Sant Andreu correspondería a los valores más altos (0'7 cm), detalle por otra parte casi imperceptible. De todos modos, cabe añadir también que no todas las espadas alcanzaban los 4 cm de anchura, de modo que el valor es verdaderamente alto dentro de este módulo.

³⁰⁹ *Vide infra*, III.B.3.

También en la misma calle fueron hallados fragmentos aislados de dos remates de contera, por completo distintos, de un valor testimonial muy importante (98 y 99). El primero de ellos (**98**), pudo ser contrastado mediante su cuidadosa limpieza mecánica en el laboratorio de restauración. En efecto, el estado de oxidación y deterioro de la mayoría de las conteras conocidas de este tipo nos ha ocultado durante mucho tiempo su perfil real, que no obstante es claramente diferenciado de las producciones habituales al otro lado de los Pirineos, puesto que en los casos locales (que llamamos “de remate lobulado”) el remate empieza más allá de la punta; una vez sobrepasada esta pero no envolviéndola, como sería más normal. El fragmento es pequeño, y sólo incluye el propio remate y una pequeña parte del cuerpo, cuyo perfil puede haberse deformado al desprenderse de la vaina. El pequeño remate, en forma de lóbulo, es probablemente la simple continuación de los carriles que conforman su cuerpo y abrazados por una especie de refuerzo que los aprieta. Una de las caras del remate revela un pequeño orificio vacío fruto de este pliegue, que no es visible en el reverso. Este sistema de grapa o refuerzo lo hallamos también en la vaina de la sep. 178 de Ensérune³¹⁰, así como en la de la sep. 64 del Turó dels Dos Pins³¹¹ y en el ejemplar de l'Esquerda (90). Otras vainas con la contera desaparecida o no tan bien conservada podrían incluir asimismo este sistema. A juzgar por las medidas del remate, es probable que la contera se asociara a una vaina estrecha, pero difícilmente podríamos relacionarla con la anterior (97), puesto que este tipo de vaina suele ir acompañado de conteras con remate hipertrofiado. Los pequeños remates lobulados hallados hasta ahora, por el contrario, parecen relacionarse siempre con vainas de los tipos NE-I y NE-II, estos últimos los más anchos. Desconocemos si esta contera formó parte de una vaina en su día expuesta en la calle y retirada antes del abandono del poblado, como quizás ocurriera igualmente con el otro ejemplar identificado (**99**). En este caso, y pese a la aparente irrelevancia del fragmento del que hablamos, la forma apuntada, el tipo de sección y sus proporciones lo acercan a un remate de contera de tipo ojival o cordiforme, una de las producciones más características de las vainas La Tène europeas durante el siglo IV a.C. y parte del III a.C. y normalmente asociadas a módulos medios o largos. Asimismo, en el brazo más largo conservado de este fragmento, se observa un sensible ensanchamiento hacia el interior, dejando intuir la forma de los bultos o discos típicos de estos remates. Aunque la existencia de este tipo de contera en el territorio nororiental de la Península Ibérica no

³¹⁰ *Vide supra*, nota 305.

³¹¹ García Jiménez, 2006: inv. 61, fig. 130.

es todavía suficientemente conocida, creemos que este es muy probablemente el tipo de remate asociado a la desaparecida vaina de la “tumba A” de Can Rodon de l’Hort³¹², y sabemos por otra parte de su presencia en el Puig de Sant Andreu a partir de un ejemplar mejor conservado hallado en el sector 11, que corresponde al patio de la casa compleja, en la campaña de 2008.

El último de los ejemplares hallados en la calle (zona 13) corresponde a un fragmento de vaina de longitud considerable (33’2 cm conservados) en la que no se aprecian señales de su inutilización ritual, que probablemente se realizara en la parte desaparecida de la misma **(100)**. La parte que nos ha llegado consta de una embocadura en arista, una hembrilla de suspensión de tipo A1 cuyo tirante ha desaparecido, y de la presencia de un refuerzo simple, que envolvería la vaina totalmente (en el reverso sólo se conserva la huella), decorada con sencillez mediante dos pequeños discos vacíos situados en sus laterales. Este tipo de refuerzo es mucho más moderno que el anteriormente comentado de la vaina 97, y es bien conocido en contextos de La Tène C1³¹³. El resto de la vaina también aporta información importante, como es su ensamblaje al estilo clásico del noreste (reverso sobre anverso simple), o la tendencia paralela de sus ejes. No hay duda de que se trata, una vez más, de una vaina de producción autóctona. El ejemplo pertenece muy probablemente al tipo NE-IA, con una cierta tendencia hacia su hibridación con el tipo NE-II, manifiesta en su gran anchura y en la forma paralela de sus ejes. Otros detalles, como la estrechez de la solapa, el tipo de hembrilla o el refuerzo horadado, también documentado en un ejemplar del Puig Castellar (74), encajarían mejor con los ejemplares del tipo NE-IA.

La última pieza, hallada en una de las estancias de la casa compleja **(102)** es mucho menos generosa en cuanto a su información tipológica. Su estado muy fragmentario permite apenas identificar un pequeño detalle en el ensamblaje, de forma simple y solapa estrecha y una anchura máxima conservada de 4’5 cm. Teniendo en cuenta que la anchura refiere a la placa interior, es probable que la anchura real superara los 4’8 cm, un valor compatible con los módulos medios del tipo NE-I. A falta de elementos tipológicamente fiables, debemos fiarnos de la forma simple, sin carril lateral, de su ensamblaje, como un indicio posible de su fabricación autóctona.

³¹² García Jiménez, 2006: inv. 68. El único dibujo conocido de esta pieza procede de la antigua publicación de Sandars (Sandars, 1913: fig. 34).

³¹³ En una versión sin orificios centrales. Véase por ejemplo los grupos 3,4 y 5 de Lejars para las vainas de GSA (fig. 25, en este mismo volumen).

III.B.3. Algunas precisiones tipológicas y cronológicas

El examen del nuevo material incorporado al de 2006 junto al mayor acercamiento a las producciones europeas que inspiraron los prototipos del noreste peninsular, nos empuja a revisar algunos de los aspectos tipológicos y cronológicos anteriormente apuntados.

La mayor parte de los materiales recientemente añadidos al catálogo tiende a confirmar la conocida constante relativa a la procedencia mayoritaria de esas espadas en contextos de poblado con relación a rituales de exhibición de armas. Ya anteriormente³¹⁴ hemos hecho referencia a los estudios de Rapin sobre el carácter retardatario de algunas dataciones procedentes de necrópolis (en especial: Rapin, 2003). A menudo las cronologías apuntadas para espadas o vainas se ven condicionadas por el resto de los elementos del ajuar, que pudieron ser adquiridos en edad avanzada del difunto. La espada, en cambio, parece un elemento de prestigio precoz en la vida de un guerrero (*Ibid.*: 270), con lo que muchas veces se acaba “modernizando” artificialmente algunos de sus caracteres tipológicos. Para ser precisos en las cronologías, habría que considerar como elemento de peso la edad de defunción del individuo sepultado en una tumba, cuestión que depende de la realización de estudios antropológicos completos que sólo vienen siendo habituales en las excavaciones recientes. Cuando la práctica habitual es, como en la Península Ibérica, la incineración, la dificultad añadida a esta ecuación es mucho mayor. En el noreste peninsular, debemos tener en cuenta este tipo de sesgo más allá incluso de los contextos funerarios. En materiales procedentes de su uso como trofeo, intervienen factores como la edad del guerrero derrotado en el momento de captura de su espada (o el tiempo en que esta estuvo en uso), y el tiempo de exposición del trofeo (que pudo ser más o menos dilatado según la importancia de su anterior propietario u otros factores que se nos escapen) hasta el momento de deposición o abandono del mismo³¹⁵. Muchas de las armas así exhibidas aparecen en los niveles procedentes del abandono de los poblados, pero mientras que alguna de ellas denotan rasgos tipológicos avanzados (*p.e.* 96, del Puig de Sant Andreu), otras en cambio

³¹⁴ *Vide supra*, I.C.2 y III.B.1.

³¹⁵ Un tratamiento más exhaustivo en: *infra*, cap. VII.

parecen haber sido expuestas durante un periodo de tiempo mucho más prolongado (caso de 97/101, también del Puig de Sant Andreu).

Teniendo en cuenta estas premisas, las tipologías de las espadas y vainas pueden responder a patrones de influencia algo más antiguos en los casos en los que no hay atributos modernos añadidos. El aire autóctono y conservador de las producciones del noreste peninsular, contribuye a confundir todavía más este panorama, esta vez en orden inverso; es decir: dando una falsa sensación de mayor antigüedad. En este sentido, es importante intentar profundizar algo más en la posible influencia de los módulos europeos sobre los tipos catalanes, que, según creemos, se desarrollaron de forma autónoma respecto a aquellos y quizás llegaron a utilizarse más tiempo, hasta fechas en las que sus ascendentes galos ya habían quedado obsoletos. Prueba de estas perduraciones es la existencia de ejemplares de los tipos NE-I, II y III, tipos más bien característicos del siglo III a.C., en el lote de espadas de la Neapolis de Ampurias, fechable hacia finales del II a.C. o inicios del siguiente siglo.

En las siguientes líneas, pues, procuraremos ahondar en algunos detalles tipológicos de ciertos tipos y en sus posibles ascendentes europeos, procurando ir más allá de sus parientes sincrónicos y llegar hasta la raíz original de los módulos resultantes (*Cfr.* García Jiménez, 2006: 208-212 y fig. 109).

El tipo NE-II

Del conjunto de espadas y vainas incorporados a nuestro catálogo en este estudio, algunas llaman nuestra atención por su vinculación al tipo NE-II a la vez que por algunos rasgos específicos algo distintos del patrón habitual en estos. El mejor ejemplar en dicho sentido es sin duda la vaina del Turó de Ca n'Oliver (92), afortunadamente completa, que combina atributos estándar como la gran anchura de embocadura, las hembrillas con grandes placas y refuerzos adaptados a estas o sus anchas solapas, con otros no tan habituales como la forma convergente de sus ejes o su mayor longitud total. Este mismo esquema se repite o es compatible al menos con otros dos ejemplares: la espada del Molí d'en Rovira (80), y una de las vainas (en este caso con sólo el fragmento distal conservado) procedentes del Puig Castellar (75)³¹⁶. También otro

³¹⁶ García Jiménez, 2006: fig. 134.

ejemplar, este de un contexto muy alejado (1154, procedente de la sep. 556 de Villaricos) parece coincidir con el modelo expuesto, aunque su estado fragmentario no permite apreciar algunos detalles básicos como la anchura de solapa.

Proponemos, pues, diferenciar estas espadas como variantes distintas, que denominaríamos **NE-IIB** por oposición a la NE-IIA o variante estándar. Ciertamente es que no conocemos como es debido la longitud habitual de la variante NE-IIA, al margen de algunos ejemplares medio ocultos en el interior del lote de la Neapolis, pero los indicios disponibles parecen apuntar a longitudes cortas dentro del módulo medio (García Jiménez, 2006: 206 y fig. 106). La variante IIB, por su parte, es algo más larga, con frecuencias cercanas a los modelos avanzados del tipo NE-IA: *c.* 70 cm de hoja para la del Turó de Ca n'Oliver y 71 cm para la del Molí del Rovira. Otros rasgos, como la contera lobulada, pudieron ser también un préstamo del tipo NE-IA, de modo que parecería como si la nueva variante del tipo II hibridara los rasgos característicos de sus módulos estándar con los de aquél, encajando sus embocaduras anchas a los módulos medios/largos de estos.

Poco sabemos de la cronología del tipo NE-IIB, pues desconocemos, por su carácter inédito, el contexto concreto de la vaina de Ca n'Oliver, así como el de la desaparecida vaina del Puig Castellar (Serra Ràfols, 1942: lám. IV). La espada del Molí del Rovira, procedente de sepultura, se acompañaba en su ajuar de una hebilla de cinturón de placa damasquinada (Ferrer y Giró, 1943: 204-205; Ros, 2005: 159-160 y lám. 5) que encajaría con la serie 6^a, variante C de Cabré (Cabré, 1937: 107-112 y figs. 37 y 38), y que por tanto sería contemporánea de algunas piezas de Arcóbriga y Atance con espadas La Tène y puñales bidiscoidales fechables entre la segunda mitad del siglo III a.C. o incluso el siglo II a.C. (*Ibid.*: 108). El contexto es en sí demasiado impreciso como para tomarlo como referencia firme, pero posiblemente viniera a encajar con las producciones avanzadas del tipo NE-IA hacia finales del siglo III a.C. e inicios del siguiente.

Para conocer los prototipos europeos de inspiración del tipo NE-IIB es preciso remontarse a la variante estándar (NE-IIA) que es a su vez su fuente de influencia principal. En nuestro anterior trabajo (García Jiménez, 2006: 192), advertíamos la aparición tardía de este tipo de vaina, sólo documentada a partir de LT C2, y al parecer

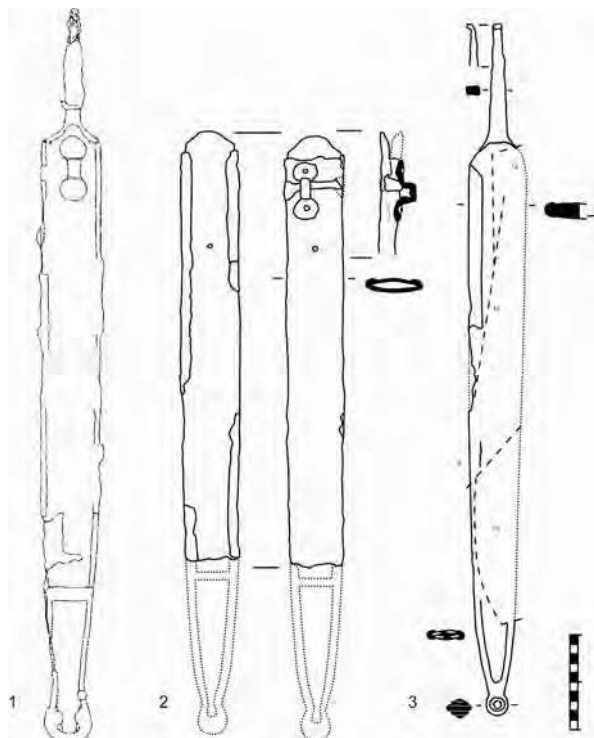


Fig. 35: Comparación del módulo europeo de algunas vainas con contera circular calada y el tipo NE-IIA. 1: Sep. 35 de Fère Champenoise, “Faubourg-de-Connantre” (Marne), según Charpy, 1991 : 207 ; 2 : Mas Castellar (Pontós) ; 3 : Neapolis (Ampurias). 2 y 3 : según García Jiménez, 2006 : inv. 47 y 4 ; fig. 125 y 114 respectivamente.

uno de los pocos tipos perdurables al siglo II a.C. (necrópolis de Les Corts). Por esta razón, buscábamos sus posibles patrones de inspiración entre algunas de las vainas del grupo 4 de Gournay-sur-Aronde contemporáneas a estas (*Ibid.*: 209 y fig. 109,2). No obstante, y pese a no contar con dataciones que sustenten fechas anteriores al último tercio del siglo III a.C., el módulo ancho y corto, más que el resto de los detalles tipológicos³¹⁷, que son más autóctonos, remonta sin duda a las vainas con contera circular calada de inicios del mismo siglo en Europa³¹⁸. Así, por ejemplo, la vaina de la sep. 62 de Dormans “Les Varennes” (Charpy, 1991: 205): 5’6 cm de ancho x 65’2 de largo; la de la sep. 35 de Fère Champenoise (Charpy, 1991: 206 y 207): 6’1 x 63; la de la sep. 30 de Dubnik/Csúz (Eslovaquia) (Szabó y Petres, 1992: lám. 87): 6’0 x 65; la de

³¹⁷ Aparte de los más clásicos de las producciones autóctonas como la forma de ensamblaje, las embocaduras o los refuerzos, hay que tener en cuenta la ausencia total de nervios en las placas de anverso de las vainas catalanas, que sin embargo son indisolubles de los módulos cortos y anchos europeos. Poco sabemos de las conteras, que no se han conservado bien en los ejemplares del noreste, pero la presencia de un remate discoidal en una de las vainas (4) de la Neapolis (García Jiménez, 2006: fig. 114) da qué pensar en relación a su asociación con remates hipertrofiados como los circulares horadados. Otro ejemplar muy parcial (61), este procedente de la sep. 64 del Turó dels Dos Pins (*Ibid.*: fig. 130) tiene en cambio un pequeño remate lobulado característico de las conteras autóctonas.

³¹⁸ *Vide supra*, nota 295.

la sep. 8 de St. Benoit-sur-Seine (Ginoux, 2007: 149 y lám. 27): 7'0 x 66; la de la sep. 30 de Piscolt (Rumanía) (Ginoux, 2007: 161 y lám. 45): 5'8 x 63'8, o la de la sep. 79 de Monte Bibele (Vitali, 2003: 272; Lejars, 2008: 201): 6'0 x 65 (esta última con contera romboidal pesada), encajan perfectamente con la tendencia de las vainas del tipo NE-IIA, que se mueven en torno a los 5'5-6 cm de ancho x 60-65 de largo (García Jiménez, 2006: fig. 81). Puesto que tal módulo europeo fue popularizado (aunque sin gozar de tanto éxito como otros módulos emparentados con ellas) hacia finales de LT B2 e inicios de LT C1, creemos que es muy posible que en el futuro aparezcan algunos ejemplares del noreste que enlacen con estas fechas y nos remonten a dichas tradiciones (Fig. 35).

Sobre el origen e influencia del tipo NE-III

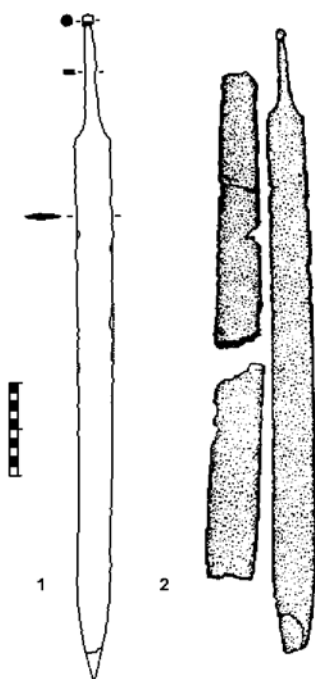


Fig. 36: 1: La espada de La Pedrera (Vallfogona de Balaguer) (García Jiménez, 2006: inv. 83). 2: La misma pieza según Lernerz, 1991: kat. 488 (sin escala).

Muchas más evidencias relucen de la revisión del módulo inferior del noreste: el tipo NE-III, y sus posibles ascendentes, que analizaremos partiendo de la controvertida clasificación de la ya conocida espada de la necrópolis de La Pedrera (García Jiménez, 2006: inv. 83).

La espada de La Pedrera es actualmente una de las piezas más complejas de interpretar del noreste peninsular. Pese a su conservación verdaderamente óptima, nos falta el elemento clave para su clasificación, que no es otro que la vaina. A falta de esta, es complicado orientarse hacia un horizonte u otro del armamento continental o local.

Cabe recordar que un dibujo de esta pieza publicado por Majolie Lernerz de Wilde (Lernerz, 1991: 78 y fig. 56,2) recoge, además de la espada, dos fragmentos de vaina asociados a ella³¹⁹. Por desgracia, el dibujo parece procedente de foto, y la orientación del mismo deja en

consecuencia mucho que desear; además del hecho de que no aparecen representados

³¹⁹ Tal como observa Fernando Quesada en su estudio sobre esta pieza (Quesada, 2002c: 197).

los detalles importantes (contera, embocadura, suspensión...). Tampoco se anota la procedencia de la foto, que desconocemos. A falta de estos recursos, debemos centrarnos, pues, en la morfología de la espada para extraer las conclusiones oportunas **(Fig. 36)**.

Afortunadamente, el módulo de hoja de la espada de La Pedrera es muy poco frecuente, y las constantes relativas a este son, *a priori*, diacrónicas y nos pueden hacer dudar entre dos influencias y dos momentos aparentemente diferenciados:

1) El módulo europeo de La Tène B2 (Hatvan-Boldog)

En primer lugar, y siguiendo la línea argumentativa más habitual, podríamos incluir la espada entre las producciones típicas de La Tène I, que se caracterizan efectivamente por su corta longitud de hoja. Hace algunos años, Fernando Quesada se decantaba, con reservas, hacia una datación de la primera mitad del siglo IV a.C. (Quesada, 2002c: 197) para esta pieza; básicamente por la forma y proporciones de la hoja. No obstante, la anchura de la pieza es algo estrecha para las producciones habituales en La Tène B1, y en cambio se ajustan perfectamente a un tipo de espada muy frecuente en el siguiente periodo y que se caracteriza por su pequeño módulo asociado a una vaina con característica contera pesada emparentada con la extensa familia de las conteras con remate circular calado: el tipo que ya hemos descrito repetidamente como “Hatvan-Boldog”. Recordando rápidamente sus rasgos fundamentales, mencionaremos que se trata de un tipo de espada que debe su nombre a un antiguo hallazgo en Hungría (Petres y Szabó, 1986: 9) y que constituye uno de los tipos más recurrentes del último cuarto del siglo IV a.C., aunque sus orígenes hay que buscarlos probablemente en el tercio de siglo anterior. Sus características básicas son su hoja corta y estrecha (3-4 cm de ancho x 50-60 de longitud) y sus vainas con contera de remate hipertrofiado³²⁰.

La presencia de este tipo de espadas en lugares tan dispares como Bohemia, Italia, Suiza, Francia, la cuenca carpática o la propia Península Ibérica, dejan la puerta abierta

³²⁰ Los trabajos más completos en: Charpy, 1987 para las de Champagne-Marne, Petres y Szabó, 1986 sobre los ejemplares orientales y, más recientemente: Rapin, 2000; este último fundamental al distinguir las espadas propiamente llamadas de “Hatvan-Boldog” sobre otras armas con contera circular calada con las que se confunden habitualmente y que recogen una cronología algo más amplia (entre ellas, principalmente el módulo corto y ancho que hemos descrito anteriormente al hablar de los patrones de influencia del tipo NE-II (*supra*)).

a su posible llegada a la Cataluña interior por la vía pirenaica aquitana³²¹ o por vía costera, sin que pueda descartarse la producción autóctona con patrones idénticos a las extranjeras. La inexistencia de nervio en la espada de La Pedrera parece acercarnos hacia la variante A de Rapin (Rapin, 2000: 195), la más antigua, con muy vaga presencia en el siglo III a.C. No obstante, es importante constatar que la sección de hoja del ejemplar de La Pedrera es lenticular y no a doble bisel como correspondería al estándar de la variante A de Rapin. La presencia del remate esférico en el pomo es también afín a estas espadas, aunque la gran longitud de espiga (13 cm) encajaría mejor con una empuñadura tripartita.

Así, y en síntesis, aunque el módulo coincide perfectamente con las espadas de tipo Hatvan-Boldog europeas, la sección lenticular de la hoja, la punta relativamente ancha y la importante longitud de la espiga son indicios de cierta modernidad que no se ajustan al cien por cien al patrón original. No obstante, estos atributos son bastante variables y en absoluto concluyentes para descartar tal influencia. Otro dato importante a tener en cuenta sobre su cronología es su compatibilidad con otras armas y arcos aparecidos en la necrópolis³²², sobre todo si valoramos la posible relación de la espada con la caballería³²³. En efecto, y pese a que la corta longitud de hoja parecería del todo inapropiada para un combate a caballo, las investigaciones de André Rapin sobre los condicionantes tácticos de la adopción del módulo corto de las espadas de tipo Hatvan-Boldog lo llevan a concluir que este modelo fue particularmente utilizado por un tipo de combatiente refractario a la incorporación de ciertas innovaciones relativas a la suspensión de las espadas³²⁴ y al uso de umbos metálicos en sus escudos. Este tipo de combatiente no sería otro que el caballero (Rapin, 2000: 201), a juzgar por la ligereza de la panoplia y el rechazo de las cadenas de suspensión destinadas a amortiguar el movimiento agresivo de la infantería en carrera. Por tanto, he aquí la primera posibilidad de clasificación para la espada de La Pedrera: una Hatvan-Boldog, quizás destinada a un caballero, y con cronología de la segunda mitad del siglo IV a.C. o inicios del siguiente.

³²¹ Sobre esta vía de penetración para el armamento La Tène y su justificación, véase los capítulos III.D y VIII.A.

³²² Agradecemos a Raimon Graells sus opiniones respecto a las combinaciones de armas y arcos en dichos ajueres. En especial, la cronología de la tumba con casco de hierro y falcata encajaría con una supuesta fecha del Hatvan-Boldog.

³²³ Entendida aquí en sentido amplio. Recordemos la argumentación de Fernando Quesada, que suscribimos aquí (Quesada, 1998) sobre la distinción entre “infantería montada” (que se ajustaría mejor al espacio y tiempo del que hablamos) y la verdadera “caballería”.

³²⁴ Nos referimos a las llamadas “cadenas semirrígidas” (*Vide infra*, cap. III.D).

2) El módulo autóctono del tipo NE-III (La Tène C2)

Si la clasificación de la espada de La Pedrera entre las producciones conocidas como Hatvan-Boldog es razonable, no es menos sugerente (aunque quizás encaje con mayor dificultad en el horizonte cronológico de esta necrópolis), su posible relación con el tipo NE-III (García Jiménez, 2006: 154-157). De hecho, los rasgos característicos de estas espadas sólo se diferencian de las Hatvan-Boldog en las vainas y algunos detalles menores de las espadas. No conocemos demasiados detalles sobre este tipo de espada, por ahora poco frecuentes y en muchos casos aun ocultas en el interior de sus vainas, pero al parecer las particularidades que separan la espada de La Pedrera de las producciones europeas son, en cambio, perfectamente afines a las constantes habituales en las espadas locales del siglo III a.C. Por desgracia, sólo contamos con un ejemplar completo de espada del tipo NE-III, y corresponde a un modelo ya muy avanzado (García Jiménez, 2006: inv. 8), prácticamente obsoleto en el momento de su amortización en el lote de la Neapolis hacia finales del siglo II a.C. o inicios del siglo I a.C., lo que nos obliga a trabajar con datos probablemente contaminados por la fabricación moderna de esta. Aún así, ciertos patrones modificados se revelan como significativos, como por ejemplo el remate esférico del pomo, muy poco habitual en el noreste. También la sección de hoja sería compatible con el tipo NE-III por afinidad a otros tipos más frecuentes en este territorio o a otros ejemplares fragmentados del mismo tipo, si bien la espada de la Neapolis, más moderna, tiene sección a cuatro mesas y no lenticular como cabría esperar. Por último, referiremos a la punta, que suele ser relativamente ancha y corta en las producciones europeas y que en el ejemplar de la Neapolis es completamente roma y redondeada, al modo de algunas espadas de la segunda mitad del siglo II a.C.

Por fortuna, los ejemplares recientemente recuperados de Can Xercavins (94) y, especialmente, del Puig de Sant Andreu (101) vienen a cubrir algunos de estos espacios. La primera de estas piezas coincide con la sección a cuatro mesas del ejemplar de la Neapolis, mientras que la segunda, con sección lenticular como la de La Pedrera, es mucho más explícita por la ausencia de vaina interrumpiendo sus detalles morfológicos y, sobre todo, por la presencia del característico remate esférico del pomo que constatan todos los ejemplares conservados del tipo NE-III (**Fig. 37**).

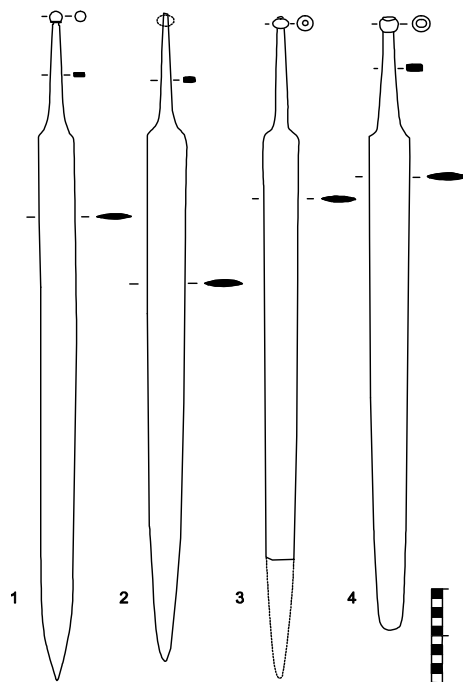


Fig. 37: Comparación de las hojas y módulo de espada del tipo NE-III. 1: La Pedrera (83); 2: L'Illa d'en Reixach (40), a partir de la forma de su vaina; 3: Puig de Sant Andreu (101); 4: Neapolis (8). Obsérvense las diferencias en las puntas debido a la diacronía de algunos de estos ejemplares.

El principal obstáculo, pues, para clasificar la espada de La Pedrera entre las producciones autóctonas del noreste peninsular, está en la cronología del tipo NE-III, que conviene revisar mediante una minuciosa relectura de sus patrones morfotécnicos:

Precisamente las dificultades de correlación entre las distintas posibilidades cronológicas son las que nos llevaron a alinear, de una forma no del todo satisfactoria (García Jiménez, 2006: 54 y 204), la espada de La Pedrera entre las producciones autóctonas del noreste, no sin preguntarnos antes sobre la posibilidad de que la necrópolis de La Pedrera alcanzara el siglo III a.C.³²⁵ No obstante, y replanteando el problema desde otra perspectiva, la cómoda situación de la hoja de La Pedrera entre los módulos del tipo NE-III y las espadas de tipo Hatvan-Boldog³²⁶ nos obliga a preguntarnos sobre la posibilidad de conciliar ambas alternativas. Dicho de otro modo: ¿Existe la posibilidad de que las vainas del tipo NE-III fueran influenciadas por el exitoso modelo continental de las espadas Hatvan-Boldog?

³²⁵ Sugerencia ya clásica derivada de su compatibilidad con el poblado asociado a esta necrópolis, con cronologías contrastadas que llegan al siglo III a.C. (Ripoll, 1959: 279; Sanmartí, 1991: 92).

³²⁶ Véase la tabla de relación entre anchuras máximas y longitudes de hoja en: García Jiménez, 2006: Figs. 79 y 104.

Algunas piezas procedentes de hallazgos conocidos en 2006 pueden aportar algo de información al respecto:

La vaina hallada en 1991 en el *oppidum* de Burriac³²⁷, por ejemplo, procede de un contexto que puede prestar a confusión, puesto que fue recuperada en un hoyo por debajo del empedrado correspondiente a la construcción de la puerta meridional de acceso al poblado (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 313-314), doblada en “V” y atestiguando así una acción de deposición ritual bien conocida en el litoral nororiental de época ibérica (Cfr. García Jiménez, 2006: 82-91). No existe fecha concreta para el hallazgo, y el único indicio seguro del que disponemos es el *terminus ante quem* que proporciona la remodelación de la entrada del *oppidum* hacia el tercer cuarto del siglo II a.C. Visto el sesgo cronológico que pudo existir en el patrón expuesto de: captura de armas-exposición como trofeo-deposición, cabe plantearse seriamente la posible correspondencia de la vaina a una fecha muy anterior al cubrimiento del hoyo donde fue amortizada:

Uno de los rasgos morfológicos más llamativos y evidentes de esta vaina es sin duda el remate de su contera. Su exagerada hipertrofia no es un detalle nada habitual entre las producciones locales de la costa catalana, que suelen caracterizarse más bien por los pequeños remates lobulados sin discos situados muy al extremo de la punta. Si abrimos en cambio todo el abanico de posibilidades a nuestro alcance, sí notamos que se trata de un atributo muy característico de las antiguas vainas del tipo Hatvan-Boldog³²⁸. La contera de la vaina de Burriac escondería de este modo algunos rasgos influenciados por las espadas continentales de este tipo disfrazados con añadidos propios de las producciones locales. Es de lamentar que el estado de conservación de la pieza no permita demasiadas precisiones, pero parece que bajo el óxido se intuyen de forma discreta los discos, mientras que de la transición abrupta del remate al cuerpo de la contera se deduce quizás la ausencia de glóbulos o bien la posición muy baja de los mismos. La simple observación de la vaina en una radiografía bastaría para comprobar estos detalles.

³²⁷ Catalogada con el nº inv. 66 en nuestro anterior trabajo (García Jiménez, 2006: Fig. 131).

³²⁸ La anchura del remate de contera (4'3 cm) la alinearía mejor en la variante A de Rapin (Kosd-A según Petres y Szabó, 1986: 263 y fig. 15). La variante B incluye generalmente conteras aún más voluminosas, a menudo superiores a los 6 cm de anchura (Rapin, 2000: 197).

Nos hallamos, por tanto, ante una hibridación de los rasgos procedentes de dos tradiciones bien distintas: atributos afines al comportamiento general de las vainas del noreste (suspensión, embocadura, ensamblaje, ausencia de nervio...) junto a peculiaridades como el módulo y la contera que nos recuerdan a primera vista las producciones europeas conocidas del tipo Hatvan-Boldog.

Otra vaina también conocida con anterioridad puede remontarnos de nuevo hacia fechas algo más altas de las asignadas a sus contextos de abandono. Hablamos en este caso del ejemplar recuperado en un edificio complejo³²⁹ de l'Illa d'en Reixach (Ullastret) con perforaciones rituales para su inutilización y asociada a restos de cráneos y mandíbulas humanos con signos de decapitación (Martín, Mataró y Caravaca, 1997: 51, 61 y 63; García Jiménez, 2006: inv. 40; fig. 123). La fecha propuesta para el conjunto del edificio es de la segunda mitad del siglo III a.C., con un abandono muy a finales del mismo o inicios del II a.C. (Martín, Mataró y Caravaca, 1997: 62), pero de nuevo esto nos arroja una fecha *ante quem* para la espada, que pudo haber sido expuesta en el edificio desde su creación a mediados del siglo III a.C. y haber sido fabricada algunas décadas antes. De hecho, la revisión de sus atributos puede remontarla hacia atrás y relacionarla con los módulos pequeños de La Tène B2. La sepultura nº 34 de la necrópolis picena (o senona) de Camerano (Lollini, 1979: 62 y lám. 1), contiene una vaina de tipo Hatvan-Boldog con hembra de suspensión idéntica a la de l'Illa d'en Reixach y unas proporciones muy parecidas. También en este caso se deja notar el carácter autóctono de la vaina de Ullastret en detalles como la ausencia de nervio y el ensamblaje, mientras que la pérdida de la contera no nos permite comprobar si el remate fue del tipo circular horadado y pesado o de los tipos locales. El conjunto de Camerano ha sido datado en la Fase "Piceno VI", entre inicios del siglo IV a.C. y mediados del III a.C. (Kruta-Poppi, 1986: 37), aunque las características tipológicas de la espada y su vaina permiten precisar algo más y asignarlas a un horizonte reciente dentro de La Tène B2, hacia inicios del siglo III a.C.³³⁰ (**Fig. 38**).

³²⁹ La llamada "Zona 15", calificado entonces por sus excavadores como "edificio cultural" por la abundancia de evidencias rituales halladas en su interior (Martín, Mataró y Caravaca, 1997: *passim*). Se trataría probablemente de una residencia aristocrática con disposición típica entorno a un patio central análoga a la de la zona 14 recientemente recuperada en el yacimiento vecino del Puig de Sant Andreu (*vide supra*, en este mismo capítulo).

³³⁰ Luego sí pudo ser acertada la definición de sus excavadores como una espada "*de tipus La Tène I*" (Martín, Mataró y Caravaca, 1997: 51; *Cfr.* García Jiménez, 2006: 282).

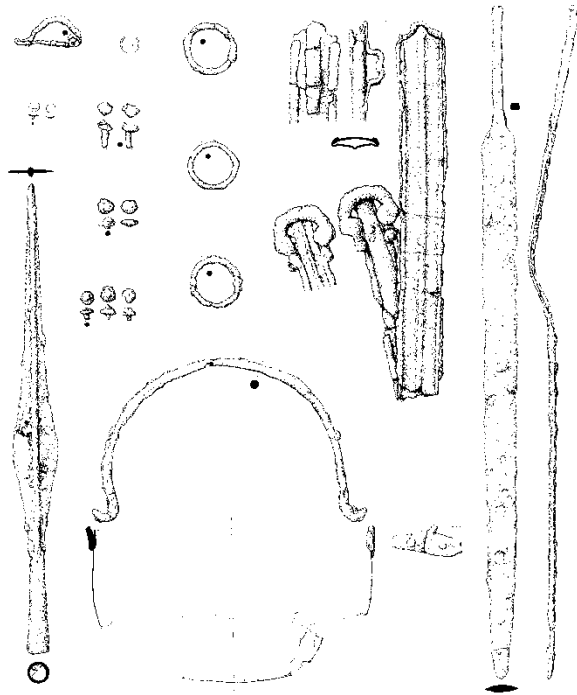


Fig. 38: Ajuar de la sepultura n° 34 de Camerano, cerca de Ancona (Italia), con espada y vaina de tipo Hatvan-Boldog. Las anillas pertenecen a la suspensión de la vaina. Según Lollini, 1979: lám. 1.

La misma constante argumentativa podría aplicarse al ejemplar de Can Xercavins (94) pese a su estado muy incompleto. El material asociado al nivel de amortización de la espada en un pozo sugiere fechas de mediados del siglo III a.C. (Francès y Carlús, 1995: 53), dando por tanto a su concepción un origen más antiguo.

Por su parte, la vaina de la zona 13 del Puig de Sant Andreu (97) vendría a corroborar, al menos tipológicamente³³¹ la fecha de La Tène B2 y su relación, transformada a los patrones autóctonos, con los ejemplares europeos del tipo Hatvan-Boldog³³².

Por tanto, creemos perfectamente plausible la hipótesis de que las espadas de tipo Hatvan-Boldog influenciaron a las producciones locales del noreste hasta el punto de generar un nuevo modelo de espada de hoja corta y estrecha que reconocemos en el tipo NE-III. Si algunos ejemplares, como los del lote de la Neapolis o el de la sep. 57 del Turó dels Dos Pins (García Jiménez, 2006: 193) pertenecen a contextos avanzados de La Tène C1 o La Tène C2, otros en cambio, como los de La Pedrera, Burriac, l'Illa d'en Reixach, Puig de Sant Andreu o Can Xercavins podrían enlazar perfectamente con cronologías anteriores, de La Tène B2, que convertirían el tipo NE-III en una versión adaptada del pequeño módulo europeo tan exitoso en dicho periodo y sólo rechazado en fases posteriores (Rapin, 1999: 55) (Fig. 39).

³³¹ *Vide supra*, III.B.2.

³³² La existencia de un ejemplar de umbo bivalvo con placa baja en el mismo contexto confirmaría asimismo su relación con dicho periodo (*vide infra*, cap. VII.B.2).

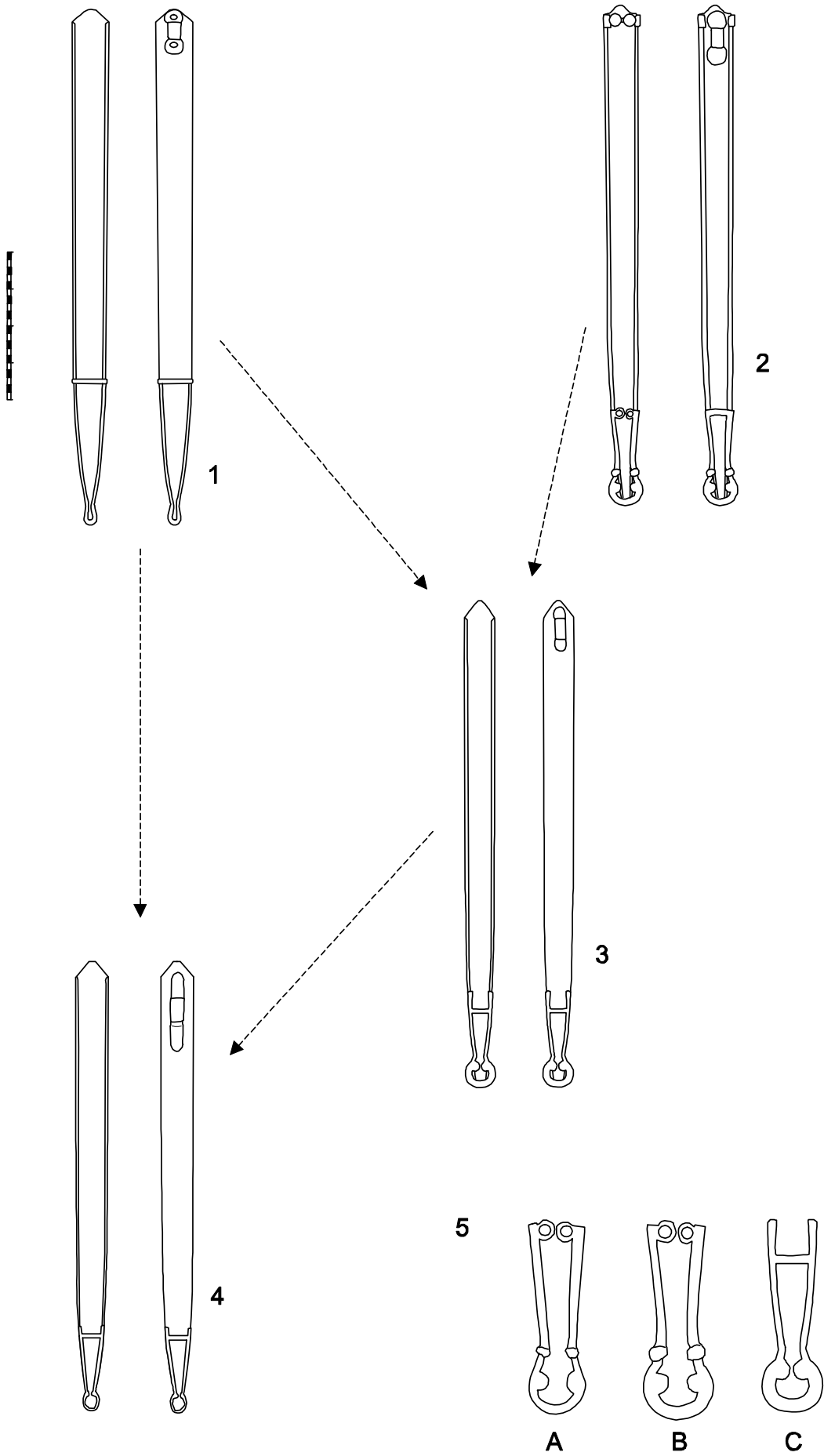


Fig. 39: Posibles influencias en la génesis de las vainas del tipo NE-III. 1: Prototipos de las vainas autóctonas en La Tène B1/B2 (tipo NE-IA); 2: Tumba 133 de Frécul (Aube), según Rapin, 2000: Fig. 16, F; 3: Restitución virtual de la vaina de Burriac (Cabrera de Mar) (66); 4: Restitución virtual de la vaina de l'Illa d'en Reixach (Ullastret) (40), con el añadido de la contera; 5: Detalle de la influencia de las conteras circulares caladas sobre la contera de la vaina de Burriac. A: Tumba 75 de Thuisy (Marne); B: Tumba 133 de Frécul (Aube); C: Posible aspecto de la contera de Burriac según examen directo (un examen radiográfico revelaría su forma exacta). En el cuerpo de la contera de Burriac se observa la estrechez de los carriles, otro detalle que podría indicar una influencia de las fases avanzadas de La Tène B2 hacia La Tène C1, en el primer tercio del siglo III a.C. A y B: según Rapin, 2000: fig. 16, D y F.

III. C.: TIPOLOGÍA DE LAS ESPADAS DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La problemática relativa a la caracterización tipológica de las espadas de influencia La Tène en el resto de la Península Ibérica es bien distinta a la del noreste, aunque en muchos casos sus patrones de influencia europeos fueron los mismos. Sabemos, gracias al estudio de Fernando Quesada (Quesada, 1997: 248-260), de la evolución genérica de sus vainas hacia un modelo autóctono con componentes orgánicos y armazón metálico, pero en este trabajo intentaremos preguntarnos también por las posibles constantes tipológicas de las espadas a partir de sus escasos atributos morfotécnicos conservados. La ausencia de vainas enterizas en la mayoría de los casos dificulta enormemente cualquier intento de clasificación, pero una atención detallada y directa a los detalles de cada uno de los ejemplares catalogados, puede darnos suficiente información como para proponer una tipología útil.

Un punto de conexión con el material del noreste peninsular es el fuerte conservadurismo de las producciones hispánicas del periodo equivalente a La Tène II y III, que, como ya notara Quesada (*Ibid.*: 250 y fig.149), dan continuidad a los módulos medios característicos de la etapa precedente. Obviamente, la fabricación de vainas orgánicas o las modificaciones en el sistema de suspensión de las enterizas, son un rasgo más que anotar en relación a la diferenciación de estas armas con respecto a la gran homogeneidad tipológica existente al norte de los Pirineos. Dentro de este patrón genérico, existe una cierta uniformidad en el material hallado en los distintos puntos de la Península Ibérica (a excepción de la región nororiental) donde este tipo de arma ha sido documentado, quizás porque su fuente original es una misma (con probabilidad, la Celtiberia), o quizás porque las necesidades tácticas o los recursos culturales de las regiones más prolíficas en estas espadas son coincidentes. En todo caso, baste como premisa inicial al capítulo taxonómico que sigue a continuación el insistir en el carácter “periférico” de estas armas y en la necesidad de elaborar una

tipología autónoma al margen de las empleadas en el noreste peninsular y las regiones continentales.

La tipología que proponemos para las espadas de influencia La Tène en el resto de la Península Ibérica seguirá una nomenclatura propia distinta a la del noreste, con una letra mayúscula refiriendo al "grupo" o conjunto principal y un numeral simple indicando las distintas variantes dentro de estos. En las ocasiones en las que se mantienen las constantes habituales en un grupo y variante pero hay variaciones sensibles en alguno de sus atributos, se incluye otro numeral seguido de un punto para definir lo que llamamos una "serie", que sintetiza las producciones más emparentadas. Así, por ejemplo, el tipo B1.2 refiere al grupo B, variante 1 y serie segunda. El hecho de utilizar tres escalas de valores distintas nos va a permitir concretar mucho más en la definición de los tipos para intentar distinguir talleres o evoluciones diacrónicas sin caer en la elaboración de una tipología en exceso descriptiva. No nos interesa en este caso proponer una nomenclatura que remita a la definición de uno u otro atributo morfológico (por ejemplo, la letra B significando un determinado tipo de hombros o el número 2 representando una hoja de sección acanalada o una punta ancha), sino más bien que el tipo remita a una forma, un uso y una estética concretos con una cierta repercusión en una época o un periodo determinados.

III.C.1: Los tipos peninsulares

Del análisis detallado de todas las singularidades de las espadas y vainas peninsulares hemos inducido un total de cuatro grupos distintos, nueve variantes y dieciocho series. Es preciso dejar claro que, como en la tipología de las espadas del noreste y, en general, en cualquier tipo de clasificación tipológica que refiera a las armas, no estamos hablando de compartimientos estancos e inamovibles, sino que frecuentemente hallamos mezclados algunos atributos característicos de un tipo concreto en otros tipos emparentados o morfológicamente más alejados, y habitualmente se encuentran tipos homólogos en su sentido táctico y sólo diferenciados por algunas cuestiones estéticas, tecnológicas o

culturales concretas conviviendo en un mismo periodo de tiempo aunque con comportamientos cronológicos autónomos. Veremos, pues, algunos préstamos de unos tipos a otros en algunos ejemplares concretos, sin llegar por ello a establecer un patrón fijo que nos haga pensar en una serie concreta.

El grupo A

El primer grupo que definiremos engloba las espadas de los módulos cortos y largos de La Tène Antigua, con vaina metálica enteriza y suspensión modificada, además de los modelos híbridos con espadas de antenas que derivan de estos. Distinguimos un total de cinco variantes distintas, cuyas diferencias básicas radican en el módulo y sus influencias.

Un ejemplar aislado: el “tipo” A-0

Coincidiendo con los criterios que engloban al grupo A de espadas en el territorio peninsular hallamos una espada con una serie de peculiaridades afines a algunas piezas tempranas del periodo La Tène en Europa, y que, por su carácter por ahora único en el territorio estudiado y su indudable antigüedad, hemos denominado: “tipo” A-0, entendiendo que es probable que en el futuro aparezcan otras piezas similares que conecten con esta misma tradición. El ejemplar al que referimos **(1104)** procede de la sepultura 167 de la necrópolis navarra de Castillo de Castejón (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 61), con una cronología relativa de c. 500-350 a.C. (*Ibid.*: 74). La espada, que fue doblada en “U”, conserva la mitad inferior de su vaina, pero se han perdido los detalles de su embocadura, su hembrilla y probablemente una de sus placas de suspensión para anillas laterales. El hallazgo incluía una gran moharra en la panoplia, que todavía se conserva pegada al interior de la espada. La particularidad más evidente de este ejemplar es sin duda su gran longitud, con una hoja que probablemente rebase los 75 cm³³³. La espiga, de sección cuadrada, se conserva completa, pero son los rasgos de su vaina enteriza los que resultan más esclarecedores en cuanto a su tipología:

³³³ La hoja se halla oculta por la parte distal de la vaina en el tramo de la punta. No se ha realizado ninguna radiografía para determinar el alcance de esta.

En primer lugar, la forma de ensamblaje, en pliegue con carril de la placa del reverso sobre la de anverso³³⁴, un sistema poco habitual fuera de las fases más antiguas; en segundo lugar, la contera con abrazadera exenta y remate tridiscoidal, otro rasgo claro relacionado con los módulos largos de La Tène A; y en última instancia un detalle que remite a los rasgos hispánicos autóctonos: la presencia de una abrazadera con anilla lateral de suspensión, probablemente del tipo envolvente. Es importante constatar que esta suspensión está situada en un punto muy bajo de la vaina, sólo por debajo de su mitad.

Hay otros detalles llamativos, como son la sección a cuatro mesas de la espada y la inexistencia de nervio en la placa frontal de la vaina, pero estos detalles son algo aleatorios, y no sabemos con certeza si dependen de un carácter exógeno o, por el contrario, de una preferencia local.

Obvia relacionar esta pieza, como ya hemos adelantado, con las espadas de módulo largo de La Tène A, típicas de la segunda mitad del siglo V a.C. y bien documentadas en la región champagniana y otras zonas del centro de Europa. El ejemplar mejor conocido de este tipo de espadas es el de la tumba de carro de Somme-Bionne (Stead y Rigby, 1999: inv. 1349, figs. 146 y 147), con una hoja de 77'9 cm y 4'4 de ancho, una frecuencia perfectamente acorde con la espada de Castejón. Encajan también con esta pieza la espiga con sección cuadrada y la larga contera (17 cm) con el mismo tipo de remate. Las diferencias son en cambio menores, como la fabricación en bronce de su anverso o el ensamblaje. El mismo patrón es válido también para la espada de la sep. 21 de Marson, también de la colección Morel del British Museum (Stead y Rigby, 1999: inv. 1522, fig. 148), en este caso fabricada enteramente en hierro y con 75'4 cm de longitud de hoja, ensamblaje de anverso sobre reverso con carril, hembrilla de suspensión delgada y espiga con sección rectangular.

La existencia de un disco decorativo en el centro de la abrazadera de la contera recuerda también la vaina de Somme-Bionne, que tiene tres discos, o mejor las más meridionales de Ciel o Vert-la-Gravelle, también de La Tène A (Guillaumet y Szabó, 2002: Fig. 1, 1 y 2). Un detalle curioso de la vaina de Castejón está en la configuración del remate. El disco inferior es en realidad una pinza anular, mientras que los discos laterales están

³³⁴ A falta de la hembrilla de suspensión, deducimos cuáles son sus placas mediante la presencia de la anilla lateral y la existencia de un pequeño disco en el centro del refuerzo de su contera.

representados sólo en el anverso y parecen enlazar con un refuerzo exento, cuyos glóbulos anchos son visibles, al modo de discos, en el reverso.

La parte desaparecida de la vaina deja varios interrogantes importantes, como la hembrilla (si existió) o la otra placa de suspensión con anilla. La forma de la embocadura es sin embargo deducible de los hombros de la espada, de tipo curvo e indicando por tanto una embocadura curva o en arista, como corresponde a una vaina tan antigua.

El tipo A1

De este tipo de espadas, del módulo corto y ancho de las fases iniciales de La Tène Antigua, diferenciamos dos series distintas:

La primera (**A1.1**), tiene tres representantes de dos orígenes distintos: dos del Ebro Medio (Huesca y Castejón), y uno del sureste (Cigarralejo). Aparentemente, las tres piezas responden a los mismos criterios: módulos idénticos, vainas de hierro enterizas con suspensiones modificadas y otros indicios menores además de sus cronologías compatibles. El problema básico de esta serie está en su conservación, que hace que se nos escapen algunos detalles importantísimos.

El primer ejemplar (**1084**), procedente de la sep. 11 de la propia necrópolis de Castillo de Castejón (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 69 y 71; García Paredes (coord.), 2002: 226) es un perfecto ejemplo de lo castigados que están estos ejemplares, puesto que en la mayor parte del recorrido de esta pieza no sabemos si la superficie vista corresponde a la espada o bien a la vaina fuertemente adherida a ella por efecto de la oxidación y, probablemente, de la incineración del conjunto. No hay pliegue ritual en esta pieza, que sólo incluye una leve inclinación de la espiga hacia un lado. De las fotos publicadas con anterioridad (*Ibid.*) parece desprenderse la existencia de una barrita horizontal situada en la zona proximal de la vaina, muy probablemente indicando la presencia de una placa envolvente para suspensión lateral, que se ha perdido o bien ha sido retirada durante su restauración. El aspecto robusto de esta pieza indica una hoja ancha y corta, con una punta también muy recia. La espiga es de sección cuadrada, igual que la mayoría de las producciones europeas de la segunda mitad del siglo V a.C e inicios del IV a.C., mientras que los hombros altos y quizás algunas

marcas de la vaina en una de las caras indican una embocadura en arista. Un poco por debajo de esta, hay unas improntas horizontales delimitando una pequeña depresión longitudinal, que podrían interpretarse como restos de una suspensión horizontal, probablemente de tipo tubular aquitano³³⁵. Aparte, pues, de su módulo y algunos detalles en la espiga o la embocadura bien compatibles con la cronología antigua de la necrópolis, son más las preguntas que formula que las respuestas que resuelve esta pieza, puesto que nada sabemos a ciencia cierta sobre su contera, su ensamblaje, su posible ornamentación o su suspensión.

Otro ejemplar que creemos emparentado con la misma tradición es la pieza procedente de la sepultura tumular nº4 de la Avenida Martínez de Velasco, en Huesca (Juste, 1989: 367)³³⁶ **(1103)**. El caso es similar al de Castejón en cuanto a su módulo ancho y corto (por debajo de los 60 cm de hoja) y a su estado de conservación confundiendo los rasgos de la espada con los de su vaina. En la espada de Huesca se aprecia también la falta de nervio longitudinal y la existencia de hombros altos, pero a diferencia del ejemplar navarro la espiga tiene sección rectangular y no cuadrada. Pese al mal estado de la vaina, hay ciertos elementos apreciables, como la presencia de una abrazadera para suspensión lateral desplazada en diagonal y sólo visible en una cara y un pequeño orificio circular de encaje justo en la punta del mismo lado. Por debajo de la mitad de la pieza, hay unos pliegues en las placas de la vaina, uno de los cuales, probablemente del reverso, deja entrever un espacio tubular que quizás sugiera una suspensión de tipo aquitano, aceptando que algo así sea posible en una posición tan baja. Los indicios en cuanto a su contera son leves y solamente perceptibles a través del mencionado orificio relacionado con el remate y una posible huella del refuerzo de su embocadura en el reverso, a unos 13'5 cm de la punta. En relación al remate, lo más probable es que se tratara de uno de tipo tridiscoidal o anular con botón central como los de algunas vainas de la Saône de cronología similar (Guillaumet y Szabó, 2002: Fig. 1).

³³⁵ *Vide infra*, III.D.

³³⁶ Aunque la autora menciona dos espadas, no hay tales restos ni en el depósito del Museo de Huesca ni en sus inventarios. La referencia al puñal es también errónea, puesto que se trata en realidad de un cuchillo afalcatado doblado.

El último de estos ejemplares (**1086**), ya en territorio ibérico, pertenece a la sep. 54 de Cigarralejo (Cuadrado, 1987: 167 y fig. 59,1). El conjunto ha sido fuertemente afectado por una restauración antigua, que ha rellenado los espacios incompletos en la embocadura y la punta de la vaina además de la hoja de la espada. En el estado actual de esta (**Fig. 40**), parece existir un nervio exageradamente ancho, que muy probablemente no sea más que una interpretación de la arista central de la hoja a cuatro mesas de la pieza original, probablemente estallada a causa de la oxidación. La inexistencia de nervio en la placa de anverso de la vaina explicaría tal ausencia, puesto que de otro modo resultaría imposible envainar la espada, mucho más gruesa que aquella. El ejemplar de Cigarralejo es de hoja más corta que la de sus homólogas, con sólo 53 cm de longitud, y el arranque de su espiga, el único tramo conservado, es muy grueso y aparentemente tendiendo hacia una forma cuadrada. En cuanto a la vaina, no se ha conservado la hembrilla debido a la ausencia del fragmento proximal de la placa de reverso, ni tampoco figura el remate de la contera. La embocadura de dicha contera está también algo deteriorada, y no es posible en su estado actual adivinar si la sujeción fue por abrazadera o por tirante. El refuerzo delgado, sin embargo, es un claro signo de antigüedad que quizás enlace mejor con el primer sistema o bien con las versiones primerizas del segundo. Sí se han conservado en cambio dos abrazaderas para suspensión lateral, del tipo envolvente, a los extremos de las cuales se mantienen sendas anillas. También persiste la embocadura de la vaina, en curva baja y concordando por tanto con las producciones europeas que con toda seguridad la inspiraron. En lo que respecta a su ensamblaje, esta es la única pieza de la serie cuyos rasgos son apreciables, revelando un sistema de reverso sobre anverso con carriles.

Las cronologías altas de los tres ejemplares, sus dimensiones y otras características encajan sin problemas con la variabilidad de los módulos de La Tène A e inicios de La Tène B1, y hallamos gran cantidad de ejemplares con esta misma frecuencia (hojas de 60 cm o inferiores y anchuras de más de 5 cm), como los de Chouilly “Les Jogasses” (Charpy, 1991: 85-86), Epiais-Rhus (Kruta *et alii*, 1984: 6 y fig. 3,A)³³⁷, Ciel y Vert-la-Gravelle (Guillaumet y Szabó, 2002: Fig. 1,1 y 2) o incluso la de Orton Meadows (Stead, 2005: Fig.

³³⁷ Fechable en el primer tercio del siglo IV a.C. según Rapin, 2008: 244, fig. 3, C.

47). Sin embargo, y a diferencia de los ejemplares franceses³³⁸, hay algunos rasgos de claro influjo peninsular en las suspensiones, ya sea en las anillas laterales o en las (posibles) hembrillas tubulares horizontales de los ejemplares de influencia aquitana del valle del Ebro. No obstante, las hojas de estas espadas son ya bastante más largas que los otros tipos peninsulares coetáneos como las de frontón o de antenas atrofiadas³³⁹.

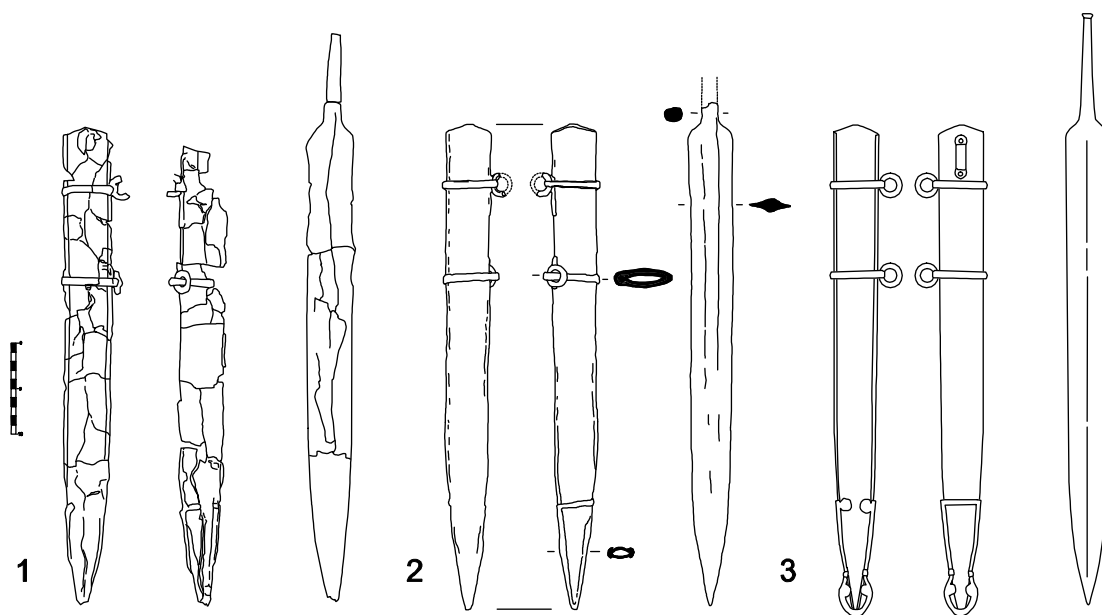


Fig. 40: Vaina y espada de la sepultura 54 de Cigarralejo (Mula), del tipo A1.1 (1086). 1: Aspecto previo a su restauración, según un dibujo de E. Cuadrado (Cuadrado, 1987: Fig. 59,1); 2: Aspecto actual según se conserva en el Museo de Arte Ibérico “El Cigarralejo”; 3: Restitución hipotética, añadiendo las partes no conservadas.

La segunda serie (**A1.2**) es mucho más uniforme en cuanto a sus módulos, pero sus vainas son algo peor conocidas, aunque, afortunadamente, los escasos datos conservados son lo bastante explícitos como para proponer un origen fiable. Los ejemplares mejor conservados son dos piezas gemelas pertenecientes a la necrópolis de Arcóbriga y depositadas en el Museo de Zaragoza (**1011 y 1013**), cuyas hojas están todavía completas. Ambos ejemplares fueron doblados por el centro y luego por su tercio distal hacia fuera. La hoja de estas espadas es muy característica (52 cm de longitud x 4'5 cm de ancho), con hombros de tipo semirecto muy bajos y un nervio longitudinal muy evidente. Las puntas son robustas pero

³³⁸ Pero no del británico, cuya hembrilla de suspensión situada en el centro delata las preferencias autóctonas (*Ibid.*).

³³⁹ *Vide infra*, III.G.

con la carena alta, y las espigas delgadas, con sección rectangular. Ninguna de las espigas se ha conservado completa, y una de las espadas (1013) contiene un orificio que la atraviesa de parte a parte, probablemente indicando algún tipo de reparación necesaria en una empuñadura tan débil. De las vainas de estos ejemplares tan sólo se ha conservado la parte distal de una de ellas (1011), que nos indica la existencia de un nervio en la placa de anverso y la existencia de una contera con remate anular con sendos bultos³⁴⁰ bien marcados de los tipos previos a los remates con discos, como los que suelen acompañar las conteras de transición entre La Tène A y La Tène B1 con remates cordiformes (Rapin, 2008: *passim*). En lo que refiere al ensamblaje de sus placas, parece producirse en ambos casos por pliegue simple, aunque en el primer ejemplar (1011) en anverso sobre reverso (tal como parece indicar el tramo final visible entre los orificios del remate) y en el segundo (1013) probablemente por el sistema contrario³⁴¹.

Dos ejemplares más parecen corresponder con los mismos patrones, aunque su estado parcial no nos permite ir más allá en la comprensión de este tipo de espada. Uno de estos ejemplares es el perteneciente a El Busal (**1076**), hallado en prospección en los años 70 (Burillo, 1977: 52 y 57). Sólo se conservan varios fragmentos de la hoja y la espiga de la espada (uno de ellos doblado ritualmente), y de una de las placas de su vaina, de tipo liso y de ensamblaje simple. La hoja de sección con nervio, muy probablemente de la parte cercana a la punta, y la anchura del conjunto permiten relacionarla con los ejemplares de Arcóbriga. Dichos indicios tipológicos son también afines a la cronología propuesta para esta pieza, siempre anterior al 300 a.C.³⁴²

El segundo ejemplar, procedente de una tumba desconocida de la necrópolis de La Olmeda (**1114**) (García Huerta, 1980: 18, fig. 6,5) tiene su hoja prácticamente completa, con nervio central y un módulo idéntico a los ejemplares de Arcóbriga, aunque quizás con un perfil de los filos ligeramente más convergente. Los hombros son también bajos, de tipo curvo en este caso; y la espiga de sección rectangular, como la de los ejemplares aragoneses. No se conserva fragmento alguno de vaina pegado a la hoja, aunque la inutilización de aquella

³⁴⁰ Aunque sin glóbulos, lo que quizás esté indicando una cronología alta o una perduración de ciertos patrones antiguos.

³⁴¹ *A priori*, la lógica apunta a que el único fragmento conservado de vaina en la parte central de la hoja corresponde al reverso, puesto que es liso y no con nervio.

³⁴² En última instancia, véase Farnié y Quesada, 2005: 117-120. Son estos mismos autores quienes ya hablan claramente de la relación de esta pieza con las espadas de tipo La Tène y no con la tradición típica de las espadas de la Primera Edad del Hierro (*Ibid.*: 118).

pudo realizarse aparte y haberse perdido entre los materiales de la colección Cerralbo, cuyos componentes son hoy prácticamente imposibles de reordenar en sus ajuares originales (*Ibid.*: 10-12).

El módulo de estos ejemplares es, pues, bastante corto y algo más delgado del de sus parientes del tipo A1.1, con hombros más bajos y hoja con nervio, que se extiende también a la placa de anverso de su vaina. Por desgracia, no sabemos nada acerca de su suspensión, puesto que ejemplar alguno ha conservado restos de su hembra o sus placas para suspensión lateral. Sin embargo, y por afinidad al tipo A1.1 y otros tipos coetáneos o posteriores, lo más probable es que existieran todavía ambos elementos.

Los paralelos más evidentes del tipo A1.2 los hallamos obviamente entre sus parientes de contera con remate anular³⁴³ a dos orificios de los contextos antiguos (La Tène A) mejor conocidos de la Champagne-Marne. Dos ejemplares de la colección Morel del British Museum, mucho más completos que los peninsulares, nos permiten hacernos una idea de su posible aspecto original: los números 1517 y 2942 (Stead y Rigby, 1999: fig. 149), y en especial el último, que tiene nervio en la hoja y en la vaina además de un módulo de 60'3 cm de longitud por 4'6 de ancho; un módulo algo más largo que los ejemplares de Arcóbriga pero perfectamente compatible con el mismo concepto tecnológico original.

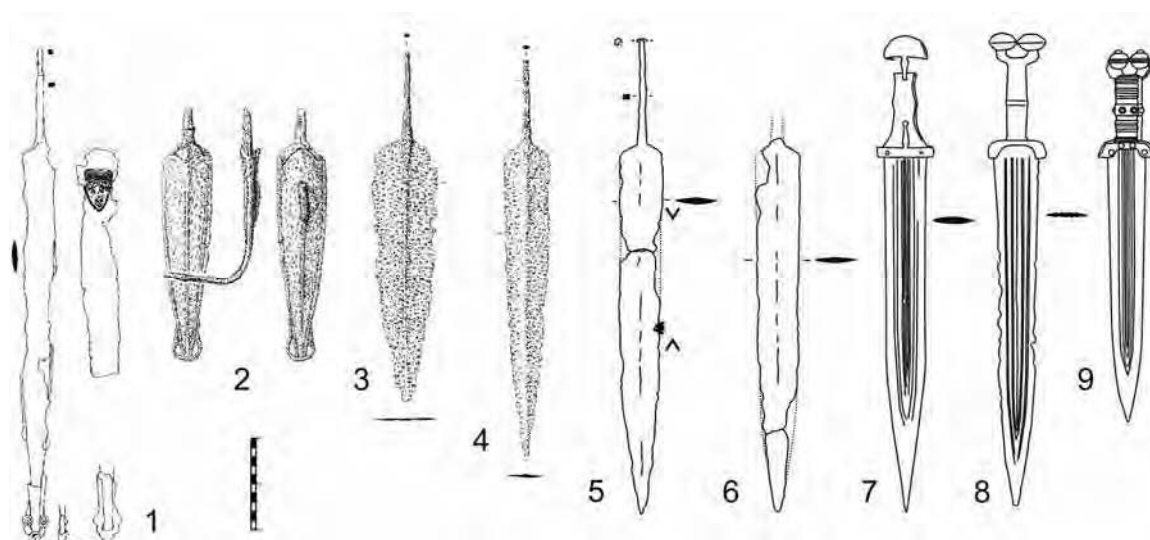
El tipo A2

El tipo A2 es de lejos el más corto de todos los tipos emparentados con las espadas La Tène en la Península Ibérica. Sólo dos ejemplares han llegado a localizarse hasta la actualidad: uno (**1001**) de la necrópolis de Aguilar de Anguita (Aguilera, 1911: lám. 28, 16) y otro del controvertido conjunto de materiales de hierro de Echauri (**1091**) (Castiella y Sesma, 1989: 386, fig. 2, 3-4). Tal módulo (*c.* 40 cm de longitud de hoja y 4'6-4'8 de anchura máxima) sólo es posible en espadas cortas de la transición del Hallstatt Final a La Tène A o bien, teniendo en cuenta algunos detalles de estos materiales y sus contextos,

³⁴³ Véase este tipo de denominación para las conteras champagnianas en: Stead, 1983: Fig. 6,4.

como efecto de una adaptación de las espadas La Tène a las cortas hojas de las espadas de antenas o de frontón frecuentes en los yacimientos meseteños:

El análisis de ambas espadas revela un patrón morfológico idéntico, con hombros bajos y perfiles rectos sólo juntándose en la punta. La sección de la hoja es a cuatro mesas o con un nervio muy débil, mientras que la espiga sólo se conserva en el ejemplar de Aguilar de Anguita, siendo muy estrecha y de sección cuadrada. En el lote de Echauri, se conserva un fragmento de la parte proximal de la placa de anverso de una vaina que creemos podría estar relacionada con la espada a la que referimos, puesto que su anchura y la forma de su embocadura encajan perfectamente. Se trata de una placa con carril, abrazando la desaparecida placa de reverso, que pudo ser de hierro mejor que de otro material. Este tipo de vainas es uno de los más frecuentes en La Tène I, desde la segunda mitad del siglo V a.C. hasta el primer tercio del siglo III a.C., con lo que resulta difícil afinar hacia qué tipos hay que mirar como referentes para estas piezas. Un rápido repaso hacia los ejemplares del Hallstatt D/ La Tène A³⁴⁴ basta para darse cuenta de que las posibles coincidencias en el nervio débil o la placa de anverso de la vaina no acaban de encajar con el patrón modular del tipo A2, puesto que en general la herencia de los puñales y espadas cortas hallstáticas son o bien más cortos y anchos (especialmente esto último), o bien igual de largos pero mucho más estrechos³⁴⁵ (**Fig. 41**).



³⁴⁴ Para esta región, Hallstatt final IIB / La Tène Antigua Ia-Ib según la secuencia cronológica de Hatt y Roualet, 1977; Aisne-Marne IB/IIA-IIIB según la periodización más reciente de: Demoule, 1999.

³⁴⁵ Por ejemplo el puñal de Bussy-le-Château (Charpy, 1991: 65) o muchos de los ejemplares de la colección Morel (Stead y Rigby, 1999: fig. 143 y 144).

Fig. 41: Posibles parentescos de las hojas de espada del tipo A2 peninsular. 1-4: Producciones La Tène tempranas de la Champagne-Marne, Hallstatt Final IIB-La Tène Antigua Ia-Ib. 1: Marson “La Vignette”, sep. 22 (según Charpy, 1991: 258, inv. 315); 2: Colección Morel, inv. 2601 (según Stead y Rigby, 1999: fig. 142); 3 y 4: Colección Morel, inv. 2950 y 2511 (según Stead y Rigby, 1999: Fig. 143); 5-6: Tipo A2. 5: Aguilar de Anguita (1001); 6: Echaury (1091). 7-9: Otras producciones peninsulares. 7: Espada de frontón, La Mercadera sep. 91 (según Taracena, 1932: lám. VII); 8: Espada de antenas de tipo Aguilar de Anguita/Quesada III, Prados Redondos, hallazgo sin contexto (según Cerdeño y Pérez, 1993: Fig. 32); 9: Espada de tipo Aguilar de Anguita/Quesada III, Atienza sep. 15 (según Cabré, 1930: lám. XV). Las espadas de tradición del Hallstatt Final son o bien muy estrechas (1) o bien en exceso cortas y anchas (2 y 3). Nº 4 es más parecida en su módulo al tipo A2, pero nótese la diferencia de longitud de hoja y espiga. Algunas hojas peninsulares, sin embargo, tienen forma y proporciones similares, aunque sólo en los ejemplares más largos (7 y 8).

Si comparamos en cambio con los módulos de las espadas de antenas del siglo IV a.C., apreciamos ciertas similitudes con los ejemplares más largos de los tipos Aguilar de Anguita/Quesada III (Quesada, 1997: 211 y fig. 134) o del tipo Atance/Quesada V (Quesada, 1997: 220-221) emparentado con aquellas³⁴⁶. Discrepan sin embargo algunos detalles como la forma de la hoja o, sobre todo, la corta punta, muy poco afín a los tipos de antenas y bien constatada en las espadas La Tène del grupo A.

La adaptación de los patrones La Tène a los intereses tácticos locales tiene lugar también en otras regiones “periféricas” de este armamento, como podemos ver por ejemplo en un caso cisalpino procedente de la necrópolis véneta de Capodaglio. En la sepultura nº 38 de dicha necrópolis (Vitali, 1996: 588-592 y fig. 3) apareció una espada aun más corta que las del tipo A2 (40’3 cm contando la empuñadura), con vaina enteriza de grandes solapas y contera horadada de forma ojival³⁴⁷, detalles que arrojan una cronología de fines del siglo IV a.C. o la primera mitad del siglo III a.C. (*Ibid.*: 592) y por tanto ya muy alejada de la influencia hallstática.

El cruce de detalles morfotécnicos entre las espadas La Tène y otros modelos peninsulares no es exclusivo del tipo A2, como tendremos ocasión de comprobar cuando analicemos el tipo A4; en este caso implicando ya opciones más claramente autóctonas en sus empuñaduras.

³⁴⁶ La espiga cuadrada y delgada de la espada de Aguilar de Anguita pudo tener también que ver con esta influencia.

³⁴⁷ Grupo 3 de Lejars para Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 44-47).

El tipo A3

El tercer tipo de espada del grupo A pertenece al más conocido patrón de los módulos pequeños de La Tène B2 y, más concretamente, al tipo Hatvan-Boldog y otras versiones emparentadas. Pese al gran éxito que obtuvieron estas espadas en todo el continente europeo, son pocos los ejemplares peninsulares (sin contar al tipo NE-III)³⁴⁸ atribuibles a esta influencia: dos de una primera serie (A3.1) o serie “tipo”, y otro más (A3.2), con pequeñas variaciones.

Las dos piezas de la serie **A3.1** proceden respectivamente de la llamada “sepultura i” de Arcóbriga (**1003**) (Cabré y Morán, 1982: fig. 21) y de la sepultura nº 7 de Baza (**1075**) (Presedo, 1982: 35 y fig. 7)³⁴⁹, dos contextos por completo distintos. El ejemplar de Arcóbriga está enrollado sobre sí mismo a causa de su inutilización ritual, lo que dificulta enormemente visualizar algunos de sus detalles básicos. Su estado incompleto, faltando casi por completo la placa de anverso de la vaina y la parte proximal del reverso, oculta ciertos detalles que no por ello evitan clasificarla dentro de la variante A de Rapin para las espadas de tipo Hatvan-Boldog, variante caracterizada entre otras cosas por la ausencia de nervio y otros atributos aquí inapreciables. Algunos indicios, como la estrecha solapa o el también estrecho remate de la contera parecen estar indicando una fecha de fabricación antigua dentro de la longevidad del tipo, o bien las licencias características de la manufactura autóctona; como podrían sugerir también su sección de hoja (lenticular y no a cuatro mesas como correspondería a la variante A de Rapin) y quizás la forma de sus hombros, además de los evidentes anclajes para su suspensión lateral.

La vaina de Baza, que no conserva su espada, es el caso contrario en este aspecto. Podría decirse que este es el único ejemplar hispánico perfectamente acorde con los tipos La Tène europeos, sin evidencia alguna o posibilidades que remitan a las producciones autóctonas. Se trata en efecto de la única vaina conservada completa con su hembra de suspensión y

³⁴⁸ *Vide supra*, III.B.3

³⁴⁹ Sobre este ejemplar, véase cap. IB y fig. 2.

sin elementos para su suspensión lateral en toda la Península Ibérica, a excepción de los tipos nororientales. Sus rasgos morfotécnicos remiten en este caso claramente a la variante B de Rapin (Rapin, 2000: 195), con nervio en la placa de anverso y solapas anchas.

Las vainas de tipo Hatvan-Boldog se identifican generalmente por su módulo (el más corto y estrecho de todas las producciones La Tène) y sus conteras circulares caladas. Estas conteras, contrariamente a la opinión generalizada hasta hace algunos años, no constituyen un elemento definitivo para la identificación de este tipo de espadas, puesto que son compartidas con otros tipos de distintos módulos y asociados a panoplias por completo distintas (Rapin, 2000: 193 y 199-201). Si analizamos con detalle las conteras de ambos ejemplares, vemos claros elementos de contraste en su longitud (en el ejemplar de Arcóbriga se intuye su parte proximal gracias a una marca de su tirante en el reverso) y en la anchura de su remate, pero por lo demás sus patrones son muy similares, probablemente de los tipos Kosd A1 y A2 de la clasificación de Eva Petres y Miklos Szabó (Petres y Szabó, 1986), respectivamente para las piezas de Arcóbriga y Baza.

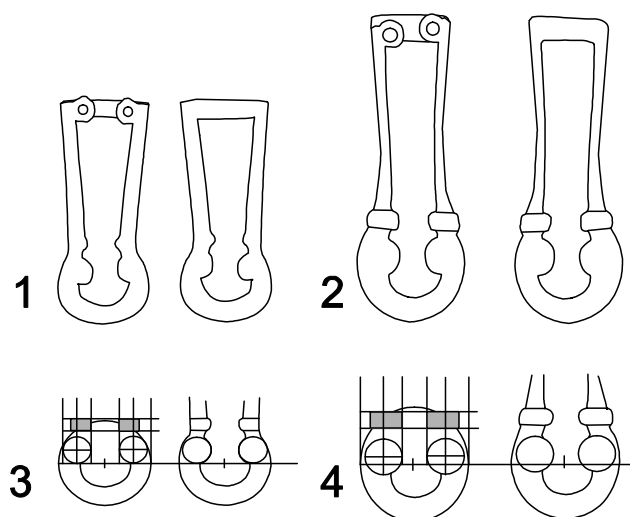


Fig. 42: Conteras de tipo circular calada peninsulares. Sepultura i de Arcóbriga (1; 1003) y sep. 7 de Baza (2; 1075), con sus respectivos estudios geométricos sobre la posición de los discos y los glóbulos (3 y 4) según el modelo de Charpy, 1987 para las vainas de la Champagne.

En la **fig. 42** comparamos las conteras de las dos vainas del tipo A3.1 partiendo para ello del análisis morfológico de J.J. Charpy para las conteras circulares caladas de la Champagne (Charpy, 1987). Reconstruyendo los remates según dicho patrón, observamos la posición más bien elevada de los discos, lo que unido a sus medidas encajaría con la variante 2B de este autor (*Ibid.*: 63 y fig. 5), aunque la posición de los glóbulos es algo baja para el tipo. La estrechez del remate de la contera de Arcóbriga recuerda los ejemplares

champagnianos de la sep. 1 de Saint-Memmie (*Ibid.*: nº 3, lám. XI, 3), Suippes (*Ibid.*: nº 6, lám. XII, 6) o Thuisy (*Ibid.*: nº 8, lám. XI, 8) (todas ellas en vainas de la variante A de Rapin) o incluso al ejemplar, ya de contexto ritual y exposición de trofeos de guerra, de Bourguignon-les-Morey (Dubreucq y Piningre, 2007: 672 y fig. 3, 2). La contera de Baza encajaría por el contrario con los ejemplares más anchos de esta variante, como los de Lailly “La Tournerie” (Charpy, 1987: nº 33, lám. X), la sep. 133 de Frécul (Rapin, 2000: fig. 6 y 16, F) o incluso muchos otros ejemplares relacionados con vainas de módulos distintos al Hatvan-Boldog: sep. 1 de Écury-le-Repos “Le Crayon” (Charpy, 1987: nº 11 y lám. XIII) o Marson “Le Voyer” (*Ibid.*: nº 37, lám. XIII).

Lo limitado en las dimensiones de las conteras del tipo A3.1 sugeriría, si partiéramos del análisis de Charpy, una fecha reciente dentro de La Tène B2, puesto que el autor pensaba que la tendencia de estas conteras es alargarse a la vez que las hojas de sus espadas se ensancharían (Charpy, 1987: 77-78). Sin embargo, y aunque las fechas recientes son válidas para la mayoría de los ejemplares anchos de hoja³⁵⁰, no es así para la evolución de las conteras, cuya tendencia es según Rapin (Rapin, 2000: 197) precisamente la inversa: acortar la longitud del cuerpo de la contera e hipertrofiar sus remates hasta alcanzar los tipos de inicios del siglo III a.C. De este modo, lo más apropiado para la cronología de los ejemplares peninsulares sería fechar tipológicamente la vaina de Baza en los primeros estadios de evolución del tipo B de Rapin a inicios del periodo La Tène B2³⁵¹, y la vaina de Arcóbriga mejor en la transición del siglo IV al III a.C. en base a su corta contera, cuyo estrecho remate habría que poner en relación con la fabricación autóctona de este ejemplar³⁵².

Hemos distinguido otra serie (**A3.2**) para las espadas del grupo A3 debido a ciertas especificidades existentes en el único ejemplar hasta ahora localizado de este tipo, procedente de la sep. 28 de Las Horazas, en Atance (**1048**) (Paz, 1980: 48 y fig. 2, 6), muy emparentado a su vez con la serie anterior y con el tipo A4, que mezcla ya atributos plenamente característicos de las producciones de antenas meseteñas. De hecho, este

³⁵⁰ *Vide supra*, III.B.3

³⁵¹ Datación acorde además con la sugerida por Adroher y Lopez, 1992: 16, *circa* 350-300 a.C. en base a la cerámica del ajuar, y si tenemos en cuenta además el sesgo cronológico que supone la deposición de esta vaina en la tumba.

³⁵² *Cfr. supra*, en este mismo capítulo.

ejemplar ha sido siempre relacionado con un tipo de espadas que el Marqués de Cerralbo creyó correspondiente a los tipos intermedios de la presunta transición de los modelos de antenas hacia los de La Tène (Aguilera, 1916: 27-30 y fig. 14) y que luego Schüle utilizara como base estructural de su “tipo Castilla”, que definiría en general las producciones La Tène meseteñas, bien distintas a las europeas más representativas (Schüle, 1969: 105 y lám. 12, 7). Más adelante, Encarnación Cabré incluiría el ejemplar en un grupo mucho más reducido que llamaría “espadas meseteñas de tipo inspirado en las de La Tène europeo” (Cabré, 1990: 218) y que sería distinguido como “tipo VII-D” en la tipología de las espadas La Tène peninsulares de Fernando Quesada (Quesada, 1997: 249-255)³⁵³. Aunque nos definimos partidarios de la clasificación más limitada de Cabré y Quesada para estos tipos híbridos, preferiremos incluir esta espada como una serie distinta dentro del tipo A3 por sus evidentes paralelismos con el ejemplar de la sep. i de Arcóbriga (1003) y en general con los módulos de las espadas de tipo Hatvan-Boldog europeo, además de la, para nosotros definitiva, ausencia de empuñadura de antenas en este ejemplar.

Se trata en sí de un ejemplar muy conocido por su difusión pero a la vez muy desconocido en algunos de sus principales detalles. La espada, doblada en “U” como parte de su ritual de deposición funerario, conserva una parte de la vaina enteriza de hierro justo en su pliegue, revelando ambas placas (la del reverso lisa y la del anverso con nervio) ensambladas mediante el pliegue del reverso sobre el anverso, con carriles. Justo en el fragmento conservado del reverso, vemos una placa de sujeción para anilla lateral, del tipo que denominamos “en pinza” y que relaciona la pieza inconfundiblemente con las producciones meseteñas del siglo IV a.C. La hoja de la espada es prácticamente idéntica a la de la sepultura i de Arcóbriga a excepción de su sección, con nervio y dos evidentes acanaladuras a sendos lados que se repiten en uno de los ejemplares híbridos del tipo A4 emparentado con el tipo Atance/Quesada V³⁵⁴. Como no contamos con radiografías publicadas sobre las empuñaduras de estas espadas de antenas y, al parecer, la transición de los hombros a la espiga en estas piezas se producía de forma abrupta, tal como parecen indicar sus guardas bajas (Cfr. García Lledó, 1986-1987: *passim*), creemos que los hombros altos del ejemplar de la sep. 28 de Atance no fueron acompañados de una empuñadura con pomo de antenas, sino probablemente de una orgánica como las de La Tène. La presencia

³⁵³ Una argumentación completa sobre estos tipos en: *supra*, cap. II.B.

³⁵⁴ Inv. 1047, de la misma necrópolis. *Vide infra*.

de un orificio en la espiga, actualmente invisible bajo el óxido, podría ir en dicho sentido o quizás incluso en el de su manufactura experimental propia de la mayoría de los ejemplares híbridos. Por otra parte, la perspectiva de las fotos hasta ahora publicadas de la espada, parecía estar indicando una punta en forma de “lengua de carpa”, lo que constituye un tremendo error que deriva en realidad del desgaste y fragmentación en la transición de su carena. La punta es más bien del tipo largo y estrecho, perfectamente acorde con sus parientes de los tipos A3 y A4.

Vemos por tanto un fuerte componente autóctono en esta pieza, unido a su relación funcional con los tipos originalmente La Tène de los módulos Hatvan-Boldog, cuya influencia se deja notar no sólo en las medidas y proporciones de la hoja, sino también en los pocos restos de vaina conservados; si bien incluso en estos detalles se percibe la huella de los herreros celtibéricos al incluir su propio tipo de suspensión³⁵⁵. (Fig. 43)

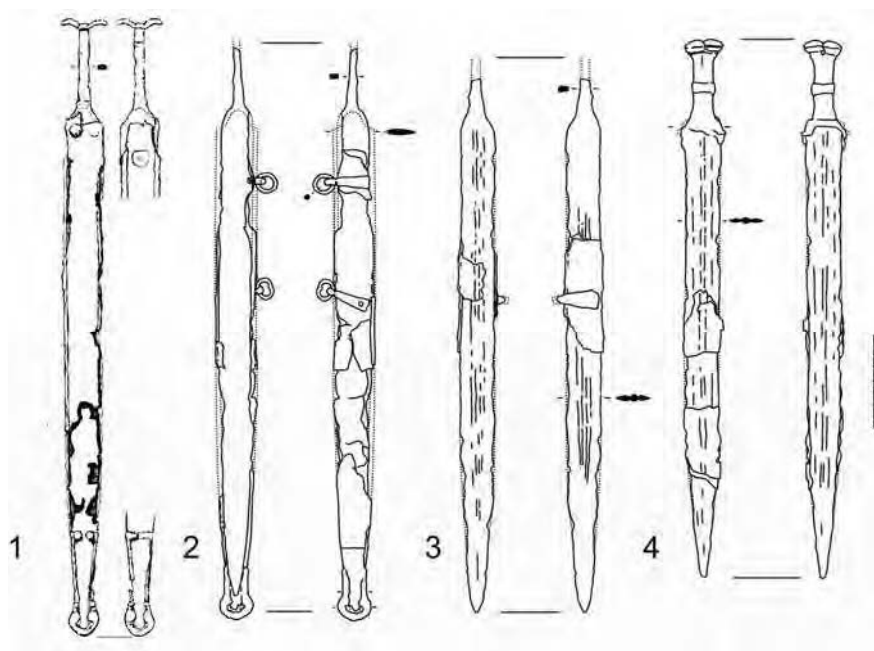


Fig. 43: Parentesco de la familia de espadas de tipo Hatvan-Boldog con algunas producciones celtibéricas. Las posiciones a la izquierda corresponden a los ejemplares más afines a los estándares europeos; las de la derecha a los más influenciados por las espadas de antenas locales. 1: Thuisy (Marne), según Charpy, 1987: lám. XI, 8; 2: Sep. i de Arcóbriga (1003), tipo A3.1; 3: Sep. 28 de Atance (1048), tipo A3.2; 4: Sep. 32 de Atance (1047), tipo A4.

³⁵⁵ La forma del ensamblaje, de reverso sobre anverso, es también algo insólito en las vainas del tipo Hatvan-Boldog.

El tipo A4

El tipo A4 es precisamente un claro ejemplo del hibridismo constante entre los distintos tipos de espada celtibéricos; en este caso afectando a las espadas de tipo La Tène y a las de antenas de distintos tipos. Este grupo de espadas corresponde casi por completo al que Fernando Quesada definió como su tipo VII-D (Quesada, 1997: 249-255), y representa una amalgama de variantes distintas, cada uno de los ejemplares representando una producción única. Por ello, no hemos considerado necesario distinguir series para este tipo, sino que nos limitaremos a estudiar por separado cada uno de los ejemplos, que no son muy numerosos. Lo que tienen en común estas espadas es, por un lado, su relación con las espadas de antenas, bien manifiesta en sus empuñaduras y otros detalles morfotécnicos, y su más o menos fuerte relación con los módulos cortos de La Tène Antigua que constituyen lo que hemos definido en este trabajo como “grupo A”.

El primero de los ejemplares que conforman este tipo procede de la sep. 32 de Atance (1047) (Cabré, 1990: fig. 21) y, como ya hemos mencionado cuando estudiábamos la segunda serie del tipo A3, está muy relacionado con otro ejemplar aparecido en esta misma necrópolis; en este caso en la tumba número 28 (1048).

Entre los detalles de su parentesco con las espadas de tipo Atance/Quesada V destaca especialmente su empuñadura, con remates de antenas muy atrofiadas y sección lenticular carenada, puño en forma tubular aplanado, formado de una sola lámina envolviendo la espiga, y guarda escalonada con pequeños gavilanes. En el centro del puño, hay un anillo de bronce que recuerda la tradición de las espadas de tipo Aguilar de Anguita/Quesada III, que según Encarnación Cabré es el que más influyó en la creación del tipo Atance/Quesada V (Cabré, 1990: 214). Las acanaladuras a los lados del nervio de la hoja son también claros indicios de la influencia del tipo Quesada V. La hoja en sí misma es una clara repetición de la de la sep.28, que es a su vez influida por prototipos laténicos. El módulo de hoja de una espada de tipo Quesada V es de 22'8 a 39'1 cm de longitud por 3'5 a 4'8 cm de anchura máxima, con 29'1 x 4'2 cm de media (Quesada, 1997: Fig. 134), mientras que en ejemplar que nos ocupa alcanza los 49 cm, una longitud compatible con los ejemplares más cortos

del tipo Hatvan-Boldog. Otros signos evidentes de la influencia La Tène se encuentran en la vaina, sólo conservada parcialmente en su anverso, de nervio central y ensamblando sobre el desaparecido reverso. La fórmula de estas vainas es un patrón que se repite a lo largo de todo el siglo IV y el primer tercio del III a.C. Como no contamos con otros indicios de datación en la tumba, pensamos que lo más acertado sería situar cronológicamente esta pieza en un periodo compatible con las espadas del módulo corto de la fase avanzada de La Tène Antigua, entre el último cuarto del siglo IV a.C. y el primero del siguiente siglo (LT B2).

Un segundo ejemplar (**1046**), pertenece ya a una corriente distinta, con patrones tecnológicos muy diferentes al anterior. Se trata de la espada hallada en la sep. 12 de la misma necrópolis de Atance (Paz, 1980: Fig. 2, 7), que en este sentido se perfila como una de las procedencias más activas en cuanto al hibridismo de los distintos formatos meseteños. Hasta el momento, el ejemplar a que referimos ha sido repetidamente relacionado con la influencia de las espadas La Tène³⁵⁶, pero dicha influencia es más bien escasa, relegada únicamente a su longitud de hoja, que es en general (Cabré, 1990: 215; Lorrio, 1997: 183; Quesada, 1997: 234) un préstamo aceptado para las espadas de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI, con las que sí tiene muy estrecho parentesco.

Un estudio detallado de este ejemplar revela en efecto esta influencia en detalles como las antenas, muy atrofiadas y lenticulares carenadas, la forma de la hoja, con punta dilatada, y la presencia de acanaladuras y estrías repartidas en su centro longitudinal aunque sin alcanzar su extremo distal.³⁵⁷ Otra influencia de orden tecnológico muy importante, que ya fuera advertida por Encarnación Cabré (Cabré, 1990: 218) es la de las espadas de frontón³⁵⁸ sobre su empuñadura, mejor apreciable en la restitución gráfica de esta pieza en: Cabré y Morán, 1992: fig. 1, A-B. La presencia de la lengüeta, cuando lo propio sería el uso de una espiga, o la guarda recta sujeta con remaches son asimismo rasgos habituales en las espadas de frontón. También lo es, al menos en la “serie 3” de Cabré, o mejor la “serie 4” (Cabré, 1990: 211), sin escotadura en la guarda, la existencia de una barra vertical uniendo remate y

³⁵⁶ Así en: Aguilera, 1916: 29; Paz, 1980: 52; Cabré, 1990: 218; Lorrio, 1997: 171; Quesada, 1997: 254. No sin embargo en: Schüle, 1969: 105 o Stary, 1994: II, 20.

³⁵⁷ Sobre la coincidencia de estos detalles con las espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI véase en especial: Quesada, 1997: 221-224.

³⁵⁸ Mejor que la de los puñales o la influencia de esta pieza sobre ellos (*Cfr.* Cabré y Morán, 1992: 392).

guarda como la que aparece en la pieza de Atance, en este caso sólo en uno de los lados y sirviendo de unión a una serie de cuatro anillas decorativas de hierro soldadas y remachadas a esta. Este tipo de barras podemos verlos en una o ambas caras de la lengüeta en ejemplares del tipo III de Quesada como los de La Mercadera, Alpasenque o Prados Redondos (Quesada, 1997: 186-187; inv. 4165, 4068 y 3591 respectivamente); un tipo claramente asociado en su dispersión a la Meseta Oriental.

Nos queda finalmente atender al módulo de la hoja. Como la forma de la misma es idéntica a la de algunas producciones del tipo Arcóbriga/Quesada VI, es importante ver en primer lugar hasta qué punto es compatible esta pieza con dicho tipo. En el estudio de Fernando Quesada sobre estas espadas, se aprecia un gran recorrido de la hoja, que abarca desde los 22'5 cm de la más corta hasta los 4'8 de la más larga, con una longitud media de 34'4 cm. Su anchura es también variable, de entre 3'6 y 5'4 cm, con 4'4 de media, siendo por tanto el tipo de antenas más esbelto de los que existieron en la Segunda Edad del Hierro (Quesada, 1997: 223 y fig. 134). Por su parte, un estudio anterior de Cabré (Cabré y Morán, 1984: 152-153 y fig. 1) con una muestra más amplia, incluyendo los ejemplares inéditos y por ahora inaccesibles de La Osera, anuncia alguna longitud excepcional de hasta 67 cm incluyendo la empuñadura (lo que serían unos 58 cm de hoja aproximadamente). No sabemos si esta longitud refiere precisamente al ejemplar de la sep. 12 de Atance, cuya longitud de 59 cm de hoja es coincidente, o a otro ejemplar que los autores consideraran más Arcóbriga y menos La Tène. En su trabajo de 1990, Cabré menciona sobre sus “espadas meseteñas de tipo inspirado en las de La Tène europeo” que su longitud de hoja alcanza hasta los 67 cm (Cabré, 1990: 218), quizás pensando en el ejemplar de Atance, con una longitud total de 67 cm y por tanto con una hoja inferior.

Sea como fuere, la longitud de hoja de la espada de Atance es muy superior a la media de las espadas de tipo Quesada VI, de modo que sí que es probable que el artesano que la fabricara quisiera imitar el efecto cortante de una espada La Tène en este ejemplar. Sin embargo, el peso tipológico de otras espadas es mucho mayor y más llamativo, y con toda probabilidad habría sobresaltado a cualquier galo si le hubieran dicho que esta espada se inspiraba en las que ellos utilizaban.



Fig. 44: Espada de la sepultura 12 de Atance, del tipo A4 (1046) (1940/27/HO/73-MAN). Foto: Archivo Fotográfico Museo Arqueológico Nacional.

El último ejemplar de este tipo, no tan bien conservado, es también sólo sutilmente influenciado por las espadas de nuestro grupo A. Se trata en este caso de una espada (**1151**) conservada en el MAN y procedente de la necrópolis del Tesoro de Carabias (Requejo, 1978b), de tumba desconocida y hasta ahora inédita.

La pieza, fragmentada e incompleta, conserva evidentes rasgos de parentesco con las espadas de tipo Echauri/Quesada II (Quesada, 1997: 207; García Jiménez, 2006b: *passim*) en la guarda, curva y envolvente, y su delgada espiga, que ha perdido los cilindros. El nervio pudo ser también un elemento relacionado con estas espadas o con las del grupo A de las espadas La Tène, pero el indicio que claramente la distancia de las espadas de antenas es la gran anchura de su hoja (5'3 cm), algo impensable incluso en los ejemplares del grupo IV (el más ancho de estas) (García Jiménez, 2006b: 45 y figs. 14-16 y 24). La

longitud conservada, de 23'3 cm está indicando asimismo una hoja más larga que las de este grupo, quizás sólo compatible con las del grupo II (*Ibid.*: 39-42 y figs. 10 y 11). La consulta directa de dos ejemplares de espada de este grupo pertenecientes a la necrópolis de Castillo de Castejón, hasta ahora inéditas a excepción de una foto y algunas anotaciones respecto a una de ellas (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 69; García Paredes (coord.), 2002: 221)³⁵⁹, decantan la balanza de hallazgos de este grupo, para nosotros originario de las variantes meseteñas (García Jiménez, 2006b: 56), hacia el Valle Medio del Ebro. Es

³⁵⁹ Cuya anchura máxima no es para nada de 6 cm (como aparece en: García Paredes (coord.), 2002: 221), ni siquiera en su guarda.

posible entonces que la pieza de Carabias se viera influida por las espadas La Tène de dicho territorio, con módulos igualmente anchos y hojas igualmente de filos paralelos, pero la ausencia de importantes detalles como podrían ser la hoja completa o la vaina nos deja, siendo honestos, demasiados interrogantes al respecto como para poder estar seguros de dicha influencia.

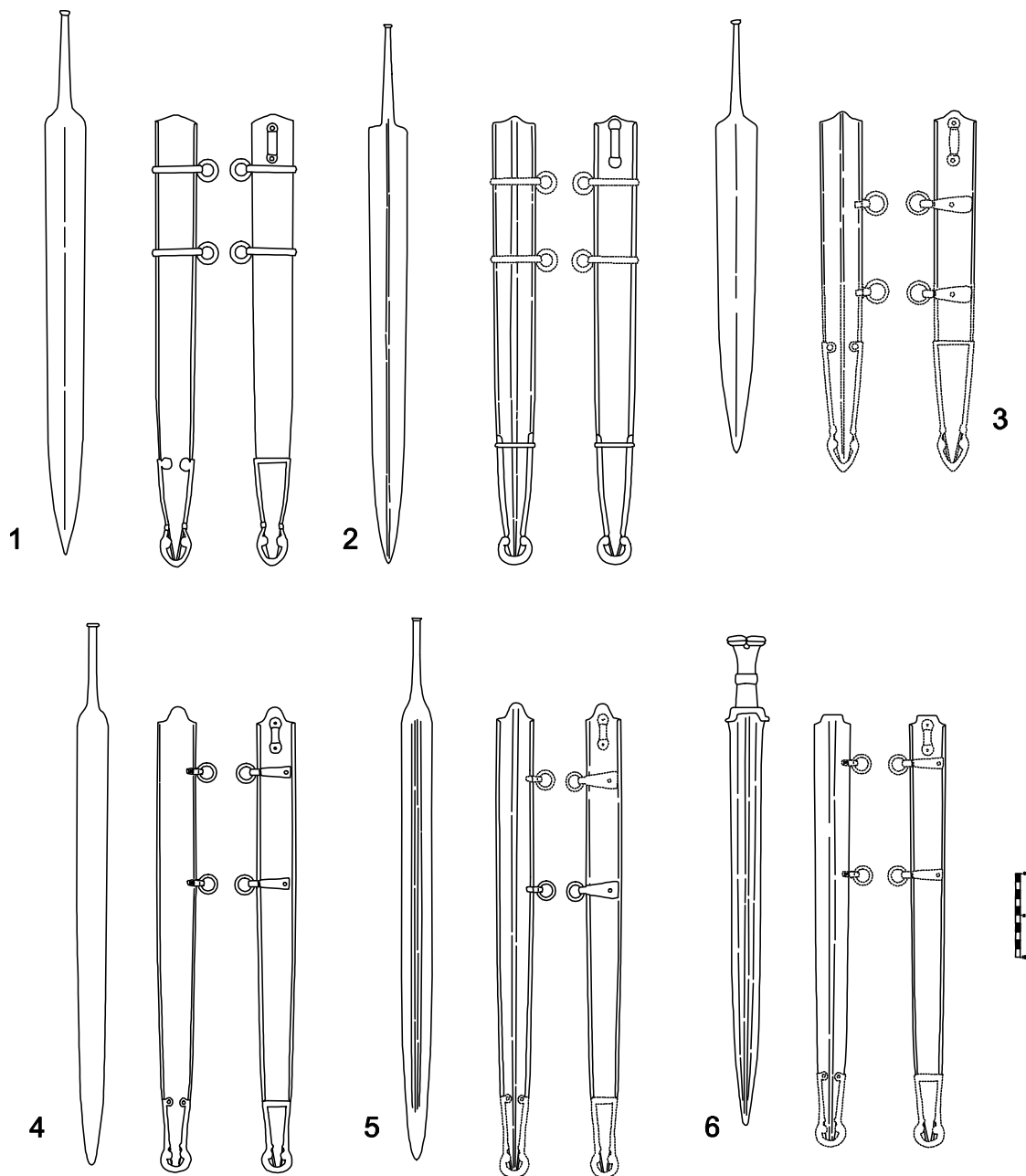


Fig. 45: Resumen del aspecto de las espadas y vainas del grupo A, a partir de la restitución gráfica de algunos ejemplares. 1: A1.1 (Cigarralejo, sep. 54; 1086); 2: A1.2 (Arcóbriga, sep. desconocida; 1011); 3: A2 (Echauri; 1091); 4: A3.1 (Arcóbriga, sep. i; 1003); 5: A3.2 (Atance, sep. 28; 1048); 6: A4 (Atance, sep. 32; 1047).

La vaina de Renieblas

Para terminar con los ejemplares del grupo A de espadas La Tène peninsulares, mencionaremos un caso aislado de vaina, sólo conservada parcialmente, que por varias razones nos parece emparentada con este grupo pero que no vamos a clasificar en ninguna de sus variantes precisamente por tratarse de un objeto único, que no corresponde con los tipos identificados pero sí comparte algunos de sus principales patrones de evolución. Nos estamos refiriendo a una vaina (1146) procedente del campamento III de Renieblas, muy cerca de Numancia (Luik, 2002: 219-221 y fig. 192) que no hemos podido examinar directamente pero cuyos atributos pueden adivinarse fácilmente gracias a los dibujos publicados. Se conservan tres fragmentos de la vaina: dos correspondientes a las dos placas en su embocadura y uno perteneciente al cuerpo de aquella. Del anverso destaca el nervio central, la embocadura sinuosa (de 5 cm de ancho) y su ensamblaje con carriles abrazando sobre la placa del reverso, además de un refuerzo bidiscoidal con círculos anchos. En el fragmento de reverso se aprecia la hembrilla, del tipo B3³⁶⁰ (caracterizado por sus placas triangulares) y con tirante más bien estrecho. En el fragmento del cuerpo de la vaina no se ven huellas del añadido de placas para suspensión lateral por anillas, que quizás se situaron fuera del área conservada.

De todos estos rasgos, se adivina una doble influencia de esta pieza: por una parte, de las espadas del módulo estrecho y corto de La Tène B2, que a veces tienen refuerzos y hembrillas similares (seps. 66, 121 y 135 de Monte Bibeles³⁶¹); y por otra, y de forma algo más determinante, de las vainas de los módulos cortos y anchos que suelen ir decoradas con liras zoomorfas del tipo avanzado, con decoraciones secundarias de motivos vegetales, como los de los ejemplares de Varennes-les-Maçon (Ginoux, 2007: cat. 34, 149 y lám. 26), que algunos autores relacionan también con vainas con remate romboidal pesado

³⁶⁰ *Vide supra*, fig. 29.

³⁶¹ Lejars, 2008: 193, 215 y 135.

emparentadas con las Hatvan-Boldog (Guillaumet y Szabó, 2002: 208 y figs. 8 y 9) y que suelen ir asociadas a este tipo de hembrilla. En cualquier caso, parece claro que los patrones de inspiración de esta pieza hay que buscarlos en la fase avanzada de La Tène B2 o inicios de La Tène C1, en la primera mitad del siglo III a.C. y los tipos anchos y cortos de escasa difusión en Europa. En cuanto a la compatibilidad de estos indicios tipológicos con su contexto de hallazgo, en uno de los campamentos de Renieblas al parecer fechable de mediados del siglo II a.C. en base a los hallazgos monetarios (Luik, 2002: 175; Dobson, 2008: 35), es posible que haya que relacionarla, al igual que algunas fibulas de datación antigua, con la presencia de un posible poblado de la Edad de Hierro al este del Campamento V (*Cfr.* Luik, 2002: 173), a su vez parcialmente superpuesto al III.

El grupo B

El grupo B de espadas es mucho más homogéneo que el A, incluyendo sólo dos tipos básicos muy estrechamente relacionados. Sus principales características son su mayor longitud de hoja con respecto al grupo anterior, su anchura media, el uso de hombros bajos (de los tipos semirectos o curvos), y de puntas delgadas según los patrones peninsulares. Se trata en definitiva de un módulo medio, el que representaría el verdadero detonante de las versiones autóctonas más independientes de la tradición europea. Contabilizamos un total de 54 ejemplares de este grupo, siendo de largo el más frecuente en la Península Ibérica; en buena medida gracias a su larga perduración entre las producciones de dicho territorio.

El tipo B1

El origen del grupo B hay que buscarlo sin duda en el siglo IV a.C. tal como demuestran los rasgos tipológicos de sus distintas variantes, en especial las dos primeras series del tipo B1. En concreto, es el tipo B1.1, el único cuyas vainas se fabricaran enterizas de hierro según la tradición más clásica de La Tène, el que puede resolver más dudas en cuanto a la

influencia de los patrones europeos sobre las espadas de este grupo y, en última instancia, sobre la definitiva escisión de los tipos hispánicos de sus ascendentes al otro lado de los Pirineos.

En sus imprescindibles trabajos sobre la evolución de la panoplia celta continental, André Rapin (1995: fig. 1; 1999: 51 y figs. 7 y 8; 2007: *passim* y 2008: 249-251 y fig. 6) distinguía tres tipos básicos de módulos estandarizados de espada para el siglo IV a.C., a sus vez asociados a sus panoplias características: uno, más pequeño, caracterizado por sus cortas y estrechas hojas (50-60 cm de longitud x 3-4 cm de ancho), que incluyen básicamente las exitosas espadas de tipo Hatvan-Boldog; un módulo medio, con 60-65 cms. de longitud de hoja y unas constantes mucho más variables y peor definidas; y un módulo grande caracterizado por sus vainas³⁶² de longitud superior a los 65 cm y anchuras de 5-6 cm, decoradas con “liras zoomorfas” y normalmente acompañadas de grandes moharras y largos regatones con embocadura en cubo. El grupo B1 deriva efectivamente de los dos últimos, y en especial del más largo de ellos, tal como viene a constatar la vaina de la sep. D de Quintanas de Gormaz (1093), que aún conserva su esquema decorativo en la embocadura de su anverso.

De las tres series que diferenciamos para este primer grupo, la primera (**B1.1**) se caracteriza, como ya hemos especificado más arriba, por la presencia de vainas metálicas enterizas asociadas a los patrones morfotécnicos que comparten las espadas de este grupo. Los rasgos característicos de las vainas del siglo IV a.C. se pueden entrever en detalles como el módulo, las embocaduras bajas (normalmente sinuosas), el ensamblaje en anverso sobre reverso con el uso de carriles, las conteras caladas de tipo ojival-cordiforme, las suspensiones del tipo A1 con tirantes estrechos o medianos y, en una sola ocasión, el nervio longitudinal en la placa de anverso.

Tres ejemplares de esta primera serie proceden de la necrópolis aragonesa de Arcóbriga, correspondiendo a las tumbas llamadas “D”, “K” y a una sepultura desconocida. Por desgracia, sólo se conserva actualmente la última de ellas, habiéndose perdido las dos primeras, para las que contamos tan sólo con sus imágenes publicadas en trabajos antiguos. En la sepultura D (**1005**) (Cabré Aguiló, 1939-40: lám. XXI; Lorrio y Sánchez de Prado,

³⁶² Rapin, 2007: 243. Nótese que para este caso se refiere a las vainas en vez de a las hojas de espada, por el hecho de que algunas de estas se confunden con el módulo medio pero se distinguen aun así por otros indicios como los patrones decorativos de sus vainas o el tipo de armas de las que se acompaña en sus panoplias.

2009: 60-62 y fig. 15)³⁶³ se inutilizaron vaina y espada por separado. Del dibujo publicado, se deducen los hombros bajos de la espada, de tipo curvo enlazando con la embocadura sinuosa de la vaina; el ensamblaje por carriles, probablemente de anverso sobre reverso; la hembrilla de suspensión con tirante más bien estrecho, del tipo A1; la contera ojival al parecer ancha, aunque no se aprecian pasadores o botones en su embocadura; y, obviamente, y tal como la bibliografía anterior se ha encargado de anotar³⁶⁴, sus placas de suspensión con anillas laterales, ambas conservadas y claramente pertenecientes al sistema de sujeción “en pinza”. No parece existir nervio en el anverso de la vaina (o bien no fue representado en el tramo distal del dibujo publicado), y la espada parece, por la línea longitudinal, contar con una sección de tipo aristada o bien a cuatro mesas y muy pronunciada. En conjunto, las características de esta espada nos recuerdan fielmente (aunque no contamos con medidas fiables) a las de la sep. D de Quintanas de Gormaz, que comentaremos más adelante.

Mucho más castigado está el ejemplar, también desaparecido, de la sepultura K de la misma necrópolis (**1007**), cuyos rasgos además sólo conocemos a través de la publicación de una foto del conjunto de su ajuar (Cabré y Morán, 1982: Fig. 23 y Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 78-80 y fig. 25). La misma perspectiva de la foto es engañosa, y parece otorgar una punta excesivamente ancha a la espada. De la vaina, poco es apreciable excepto la embocadura en arista y, en la foto, pero no en algunos dibujos publicados³⁶⁵, los restos de su solapa o carriles. Faltan, sin embargo, detalles básicos como la contera o la hembrilla de suspensión. Entre los fragmentos conservados, destaca uno con un pequeño orificio que probablemente pertenece a una de las placas para suspensión lateral en pinza.

El último ejemplar de Arcóbriga (**1012**) (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 130, 11), conserva su espada completa, aunque su vaina fragmentada carece de su parte proximal (y por tanto se ha perdido la embocadura y la hembrilla), además de su contera. Persisten otros detalles, como la existencia de un fuerte nervio en el anverso y las placas para anclaje lateral, de nuevo de sujeción en pinza. La vaina (probablemente 68'8 cm x 5'8 cm) corresponde sin duda al patrón del módulo grande del siglo IV a.C., en este caso

³⁶³ Véase fig. 15, en este mismo volumen.

³⁶⁴ *Vide supra*, notas 17 y 235.

³⁶⁵ Lenerz, 1991: lám. 216.

protegiendo a una hoja con nervio. La ausencia de la embocadura impide corroborar la existencia del típico esquema figurativo de la pareja de dragones afrontados que siempre acompaña a estas vainas en los registros europeos.

Dicho patrón iconográfico sí está presente en cambio en la conocida vaina de la sepultura D de Quintanas de Gormaz **(1093)** (Requejo, 1978: *passim*), algo más delgada que la anterior y sin nervio en la placa de anverso, pero por lo demás perfectamente compatible con sus estándares morfológicos. El motivo ornamental de la llamada “lira zoomorfa”, único en su conservación en la Península Ibérica, es sin duda el elemento más útil para su clasificación tipológica, y ha sido catalogado por Nathalie Ginoux (Ginoux, 2007: inv. 3; 39 y fig. 18) dentro de su Grupo 1A, variante 2, por referir el grupo 1 a la propia lira zoomorfa; la letra “A” al esquema original y la variante 2 a la inexistencia de un fondo piqueteado en el campo que rodea a los monstruos. Los estudios peninsulares han solido atender a los elementos asociados en el ajuar para intentar fechar el hallazgo, al que normalmente se asigna una datación entorno a la segunda mitad del siglo IV a.C. (Cabré, 1990: 216; Quesada, 1997: 252) debido a la presencia de una fíbula de cabeza de pato. El estudio específico de Ginoux sobre la decoración de los dragones afrontados le lleva, merced a la presencia de estas armas en tumbas fechables de La Tène B2 (Ginoux, 2007: 96-97), a resultados parecidos (ligeramente más modernos)³⁶⁶ para esta variante en concreto. Menciona esta autora un total de cinco ejemplares, además del de Gormaz, con lira zoomorfa sobre fondo liso y anverso sin nervio: sep. 23 de Muhi-Kocsmadomb (Hungría) (inv. 14, lám. 13); sep. 9 de Cortrat (inv. 6; lám. 2); sep. 107 de Monte Bibele (inv. 20; lám. 14); además de un ejemplar de Piobiccio (inv. 42) y otro de procedencia desconocida conservado en el Musée de Châlons-en-Champagne (inv. 4; lám. 9) (**fig. 46**). Estos ejemplares se relacionan también lógicamente con otros realizados sobre soportes con nervio y el mismo esquema asimismo catalogados en el citado trabajo, al que remitimos para mayor información: Ginoux, 2007: 39 y fig. 19.

No obstante, la datación baja de estos conjuntos de amortización no nos interesa tanto como su origen real (o la fecha de fabricación de estas vainas), que es en definitiva el que influyera sobre las producciones meseteñas. Para intentar alcanzar el patrón original de este

³⁶⁶ Fechas también de finales del siglo IV a.C. o incluso inicios del III a.C. para la tumba de Gormaz en: Lenerz, 1991: 83 y Lorrio, 1997: 180.

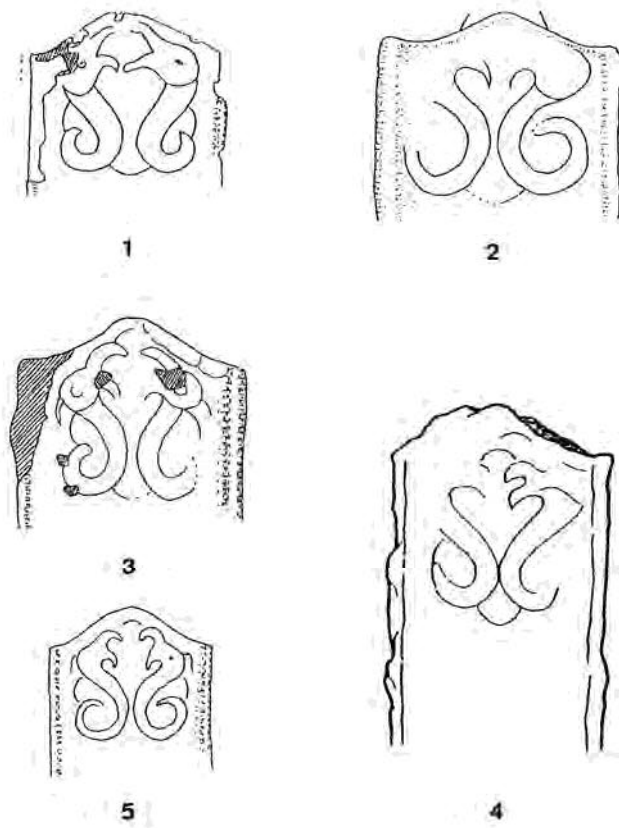


Fig. 46: La lira zoomorfa en composición heráldica sin fondo piqueteado. 1: Muhi-Koosmadomb; 2: Châlons-sur-Marne; 3: Cortrat, sep. 9; 4: Piobiccio; 5: Quintanas de Gormaz. Fuente : Ginoux, 2007 : fig. 18.

tipo de vainas, que representa a su vez el foco de influencia inicial de todo nuestro grupo B, es imprescindible tener en cuenta el sesgo cronológico que existiera en las deposiciones en conjuntos funerarios. Muy recientemente, algunos estudios tipológicos muy minuciosos tienden a remontar las cronologías de ciertos ejemplares que Ginoux cita como paralelos de la vaina de Gormaz y, en última instancia, del módulo grande del siglo IV a.C., hacia los primeros estadios de La Tène B1; y por tanto en una fecha anterior a mediados de dicho siglo:

En primer lugar, el ejemplar de la sep. 107 de Monte Bibele no es el

único caso de esta necrópolis boya con estos motivos ornamentales, que se repiten al menos en las vainas de las seps. 6 y 54³⁶⁷; el primero de ellos en el esquema más antiguo de Ginoux, sobre fondo piqueteado y anverso con nervio; y el segundo en patrón idéntico al de su homólogo de la sep. 107. El estudio de Thierry Lejars sobre la panoplia de esta importante necrópolis argumenta la inclusión de estas tres tumbas en la fase antigua de la misma (Lejars, 2008: 154), que la cerámica tiende a situar hacia la segunda mitad del siglo IV a.C. pero cuyas espadas, teniendo en cuenta el sesgo cronológico funerario, fueron elaboradas sin duda en la mitad de siglo anterior, tal como sugerirían los materiales recientemente estudiados de la sep. IB. 29 de Ensérune y de la sep. 6 de Casalecchio di

³⁶⁷ Con módulos de c. 68 x 5'3 cm para la vaina de la sep. 6 (Vitali, 2003: 56); c. 66 x 4'4 cm la de la sep. 54 (*Ibid.*: 186) y 66'3 x 4'8 cm la de la sep. 107 (*Ibid.*: 356). La vaina de Gormaz debió tener algo más de 66 cm de longitud cuando estaba completa y 5'1 cm de anchura en su embocadura.

Reno (*Ibid.*: 148-150). La misma opinión formula el propio André Rapin en relación a lo que él definiera como el “módulo grande” del siglo IV a.C., una de las producciones estandarizadas más sólidas de esta fase del armamento La Tène (Rapin, 2008: 246-253). La opinión de este autor es que algunas de estas vainas, como la de la sep. 9 de Cortrat o de la sep. 53 de Chouilly-les-Jogasses (*Ibid.*: Fig. 6), aun asociadas a sus respectivas panoplias, sugieren la existencia de una “panoplia tipo”, con espadas largas asociadas a grandes moharras y largos regatones, desde un periodo temprano, contemporáneo a las innovaciones en las conteras de inicios del siglo IV a.C., puesto que el motivo de la lira no ha sido descubierto nunca sobre vainas con tradiciones técnicas del siglo V a.C. ni sobre armas del módulo pequeño del siglo IV a.C.³⁶⁸, que son algo posteriores (*Ibid.*: 250).

El problema del déficit de hallazgos funerarios en La Tène B1 está, pues, sin duda, implicado en la dificultad de identificación de estas panoplias y en la genealogía de este tipo de armas, en la que se encuentra sin duda la clave sobre el origen de nuestro grupo B de las espadas de influencia La Tène peninsulares. Afortunadamente, las investigaciones más recientes empiezan a recuperar poco a poco un esquema lógico sobre el que apoyar una hipótesis concerniente a los patrones de influencia de este tipo de espada, que gozara de notable éxito en la Celtiberia durante al menos dos siglos.

El último ejemplar del tipo B1.1 hallado en las necrópolis celtibéricas es uno procedente de la sepultura 18A³⁶⁹ de Osma (**1124**) (Fuentes, 2004: 84-89 y figs. 23 y 24). Esta pieza es mucho menos generosa en su conservación que la de Gormaz, y sólo nos ha llegado parte de una placa de la vaina, probablemente la del anverso, y, eso sí, la espada completa. El caso de Osma es un caso complejo, con una hoja de corto módulo (59 x 4'8 cm) algo inferior a la de otros ejemplares del mismo tipo. Los hombros curvos y la embocadura en arista no son tampoco atributos típicos de los ascendentes europeos del grupo B, pero sí aparecen en algunos ejemplares de este mismo grupo en la Celtiberia (por ejemplo, en la

³⁶⁸ Aunque emparentado con la lira zoomorfa, el motivo habitual en las vainas del módulo pequeño no es el mismo, sino otro al que se suele referir como “pareja de grifos”, con el cuerpo curvado hacia el interior y un elemento parecido a una cola o pierna humana arrodillada doblada hacia el exterior. En última instancia: Ginoux, 2007: *passim*, con la bibliografía anterior.

³⁶⁹ Utilizamos en este trabajo la letra “A” para las tumbas de esta necrópolis conservadas en el Museo Arqueológico Nacional por no confundirlas con las tumbas habitualmente referidas con números repetidos del Museu d’Arqueologia de Catalunya-Barcelona, para las que utilizaremos la letra “B”.

sep. K de Arcóbriga, que hemos visto antes), y en otros con cronologías posteriores³⁷⁰, pudiendo estar indicando una opción autóctona de interpretación de estos modelos. Hay pocos indicios más en la vaina aparte de su ensamblaje con carriles y la presencia de una placa con anclaje en pinza y anilla para la suspensión lateral. En cualquier caso, son demasiados los interrogantes que formula esta pieza teniendo en cuenta la cronología del siglo III a.C. que se ha propuesto para su tumba (Fuentes, 2004: 152), que se fundamenta en la idea tradicional de que las espadas La Tène celtibéricas son más bien tardías y en la existencia de una fíbula con esquema de La Tène II. En nuestra opinión, el “sesgo cronológico” al que hemos aludido repetidamente para las amortizaciones en conjuntos funerarios, puede explicar la presencia de una espada con un esquema tipológico compatible con La Tène B2 en una tumba posterior, quizás de la primera fase de La Tène C1.

Además de estos ejemplos más completos, algunos restos fragmentarios de vainas enterizas compatibles con estas fórmulas pueden relacionarse también con el tipo B1.1. Así, por ejemplo, los restos de vaina de la sep. T de Arcóbriga (**1155**), conocida sólo recientemente (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 106-109 y fig. 38), pudieron corresponder a esta serie a juzgar por sus proporciones, aunque sólo han quedado restos de la parte distal de la placa de anverso (sin nervio y con una huella de botón de la embocadura de la contera), y parte del cuerpo de la misma. Algo más sugerente resulta otro fragmento de vaina correspondiente a la sep. 13 de Atance (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 523-526 y fig. II. 4), esta vez perteneciente a la mitad proximal, y en concreto conservando parte de las placas del anverso, con nervio, y el reverso, en el que todavía está encajada una placa de suspensión lateral del tipo “en pinza”. En cambio, otros detalles como los carriles, la embocadura o la hembrilla de suspensión, pertenecen a las partes perdidas de la vaina, y desconocemos cuál fue su aspecto.

Fuera del territorio celtibérico, otras dos espadas contienen patrones compatibles con el grupo B1.1, ambas aparecidas en tumbas del Sureste peninsular. El ejemplar de la sep. 20 de Cabecico del Tesoro (**1077**) (Quesada, 1989: II, 139) está fechado en torno a 380-300 a.C. (*Ibid.*: 245) y actualmente desaparecido. Se conservan dos dibujos distintos de esta

³⁷⁰ *Vide infra*, grupo D.

pieza, uno de ellos (Stary, 1994: lám. 8, 1a) algo más completo y mostrando una pieza rectangular cerca de sus hombros que sin duda corresponde a la hembrilla de suspensión, de modo que parece claro que existió vaina enteriza probablemente camuflada entre el óxido. Aparte de este detalle no hay nada más destacable, ni siquiera la presencia de placas de suspensión lateral, que no sabemos si estuvieron. Otro ejemplar de este mismo yacimiento, en este caso de la sepultura 265 (Quesada, 1989: I, 205, 276 y fig. 55), fechada en el mismo periodo³⁷¹, pudo también pertenecer a este mismo tipo o bien al grupo anterior, pero en esta ocasión no contamos con indicio alguno de sus características tipológicas al no haberse publicado ningún dibujo.

Algo más clara es la pieza inédita procedente de la sepultura 110 de la necrópolis de Los Nietos, en Cartagena (**1108**); al menos en sus atributos básicos. Lo más destacable es la conservación de la contera de la vaina, que no es algo habitual. El tipo es clarísimamente de la familia de los remates calados no-circulares, con su característica forma de ojiva o corazón. El problema resulta precisamente de su estado actual y la inexistencia de radiografías para esta pieza, puesto que permanecen en la incógnita sus orificios, que podrían estar arrojando fechas del siglo IV a.C. de ser más anchos, o bien fechas más recientes, dentro de un horizonte ya de La Tène C1 o la transición de La Tène B2/C1, de tratarse de espacios más débiles³⁷². Puesto que la datación propuesta para la tumba es compatible con ambas posibilidades³⁷³, resulta determinante fechar a partir de otros detalles como la hembrilla, el módulo u otros indicios. En dicho sentido, la hembrilla, del tipo A1, es aparentemente ancha, pero ello es probablemente un efecto engañoso causado por los pequeños discos de sujeción, inferiores en anchura al pasador. Este tipo de suspensión es en sí poco habitual, aunque conocemos algunos ejemplos antiguos, como el de la sepultura 25A de la necrópolis ligur de Ameglia, que Rapin fecha por sus rasgos tecnológicos en el siglo V a.C. (Rapin, 2008: 242 y fig. 2,2). Hay otros detalles que avalarían la pertenencia de esta espada a la transición de LT A a LT B1, como la embocadura muy baja, el corto módulo (ligeramente inferior a 60 cm), o la presencia de una especie de broche sujetando la embocadura de la contera, de la que desafortunadamente desconocemos su forma en el

³⁷¹ 370-320 a.C. según Quesada, 1989: II, 245.

³⁷² Y pertenecer por tanto este ejemplar al grupo 3 de Lejars para Gournay-sur-Aronde (Lejars, 1994: 44-47).

³⁷³ Nuestro más sincero agradecimiento a Carlos García Cano por todos los detalles relativos a esta pieza y su contexto, que fecha en torno al siglo IV a.C. y segunda mitad del III a.C. a falta de elementos más fiables.

anverso al no haberse conservado el fragmento. La espiga de sección cuadrada, al igual que el ensamblaje de reverso sobre anverso, son asimismo indicios compatibles con una cronología alta, pero persisten algunos interrogantes importantes, especialmente en el desconocimiento de sus patrones decorativos, si los hubo, y en las mencionadas lagunas en su contera.

Hay otros elementos en la tumba posiblemente relacionados con la vaina que valdría la pena comentar: uno de ellos consiste en una placa de hierro en forma de tira delgada fragmentada en un lado y atravesado en el otro por un pequeño clavo de bronce. El fragmento recuerda a las placas de suspensión lateral para anillas, en este caso quizás del tipo envolvente, que vendría a coincidir con la presencia de una anilla de bronce también conservada en el ajuar. Faltaría en todo caso una pieza gemela para poder funcionar al modo de las vainas hispánicas emparentadas con ella. Otro elemento desconcertante es la existencia de varios fragmentos de caña de hierro de sección delgada que en principio podrían atribuirse a la contera, pero que al estar esta al parecer completa, nos plantea un serio interrogante que quizás haya que poner en relación con la existencia de algún tipo de reparación para mejorar el ensamblaje.

En conclusión, y pese a todas las dudas que acarrea el trabajar con materiales sólo parcialmente restaurados, planteamos la hipótesis de la filiación de la espada de Los Nietos en los módulos medios del periodo de transición entre La Tène A y La Tène B1, emparentados con otros ejemplares de nuestro tipo B1 pero a su vez atribuibles a otras influencias distintas a las que hemos visto en la vaina de Gormaz y los módulos largos decorados con liras zoomorfas.

No muy distintas a las espadas del tipo B1.1 son las de la segunda serie (**B1.2**), que de hecho comparten todos sus atributos excepto uno verdaderamente destacable: su vaina enteriza. Es posible que algunos ejemplares catalogados en esta serie pertenezcan en realidad a la primera y hayan perdido sus vainas, pero creemos que la mayor parte de ellas no tienen restos de vaina metálica porque en realidad se fabricaron, como las de los grupos C y D, a partir de materiales orgánicos que no han dejado rastro en el registro

arqueológico³⁷⁴. La ausencia de este tipo de vainas nos parece un hecho relevante que podría ser motivo de la clasificación de estas espadas en un grupo distinto al anterior, pero lo cierto es que creemos que hay continuidad en la intención táctica y estética de la espada, que es en definitiva lo que reproduce el patrón original; de modo que lo más adecuado según nuestra opinión es recalcar esta continuidad mediante la inclusión de estas piezas dentro de un mismo tipo.

Los atributos localizados en las espadas son, como hemos dicho, idénticos a los de la serie precedente: un módulo medio en la hoja, que raramente supera los 66 cm de longitud, puntas generalmente delgadas, hombros bajos de los tipos semirrectos o curvos (aunque hay algunos ejemplos con hombros mixtos), y hojas con secciones a cuatro mesas.

Contamos con un total de siete ejemplares de esta serie (**1014, 1016, 1030, 1035, 1053, 1111 y 1145**), un número algo escaso si lo comparamos con los de la series B1.3 y B.2.1, que están muy estrechamente emparentadas con esta. Por desgracia, la mayoría de los ejemplares conservados carecen de asociaciones claras en sus panoplias y ajuares y resultan imposibles de fechar más allá de sus horizontes genéricos. Uno de los ejemplares de Arcóbriga (1014), que es de nuevo la necrópolis con más casos documentados, es algo más largo que la mayoría, como también lo es la espada de la sepultura 61 de Numancia (1111) (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 65a,4). Esta última espada cuenta además con una hoja muy recia y una punta muy ancha en relación a lo que suele ser habitual en esta serie; hecho que probablemente se explique por su datación tardía y la influencia de las espadas del grupo C. Un caso verdaderamente raro es el de Renieblas (**1145**), para el que contamos tan sólo con un dibujo publicado como referencia (Luik, 2002: fig. 191, 214). La hoja es aparentemente muy ancha, y la espiga en cambio muy delgada, pero los datos facilitados en su publicación resultan algo incongruentes³⁷⁵, de modo que resulta imposible contrastar con fiabilidad esta información. Es posible, de ser ciertos los datos aparentes, que se tratara en realidad de otro tipo de espada de patrón europeo, faltando en este caso la vaina enteriza que apoyaría su filiación en uno u otro tipo. Probablemente hubiera que clasificar esta espada dentro de otro

³⁷⁴ *Vide infra*, III.C.3.

³⁷⁵ Por ejemplo en el pie del dibujo (*Ibid.*) se cita una escala, imposible, de 1:4; que en realidad debió ser de 1:3, como el resto de espadas representadas en la lámina. Del mismo modo, el autor cita 63'5 cm de hoja para esta pieza (*Ibid.*: 232), cuando es obvio que no es tal la longitud conservada.

grupo, pero a falta de otros datos en los que basarnos, su inclusión en el grupo B1.2 nos parece lo más conveniente, teniendo en cuenta la permanencia de sus atributos básicos.

La tercera serie del tipo B1 (**B1.3**) se diferencia de la anterior tan solo por la sección de su hoja, que en vez de ser a cuatro mesas y corte a doble bisel es lenticular; un detalle que, pese a parecer insignificante, añade un grado más de distanciamiento respecto a su patrón europeo original del siglo IV a.C., que vemos bien representado en los ejemplares peninsulares de la serie B1.1.

Hay al menos catorce ejemplares documentados (**1004, 1015, 1069, 1070, 1079, 1099, 1110, 1125, 1128, 1137, 1141, 1142, 1147 y 1168**), la mayoría en la Celtiberia. A estas espadas, podrían añadirse probablemente otras, como las actualmente ilocalizables de la sepultura i de Gormaz (**1095**) (Schüle, 1969: lám. 33, 6) y una de las pertenecientes a la colección Perez Aguilar (**1161**) (Álvarez, Cebolla y Berlanga, 1990: 288 y fig. 3, 2), que hemos catalogado prudentemente como del tipo "B1". No conocemos piezas excesivamente largas, excepto quizás alguna de las del lote de La Azucarera; si bien esto último resulta difícil de confirmar debido a la gran fragmentación del grupo. En cambio, sí existen algunos ejemplares que, al igual que la espada de la sepultura 61 de Numancia en la serie anterior (sep. 4 (**1110**), en Numancia mismo, y La Peladilla (**1137**), con contexto desconocido), tienen puntas más dilatadas de lo que suele ser habitual en este tipo.

Las espadas de la serie B1.3 recuerdan intensamente a las del tipo NE-IA³⁷⁶ cuando están desprovistas de sus vainas³⁷⁷ (mismo módulo, mismo tipo de hombros, misma sección de hoja...). De todos modos, dicha asociación no es casual, puesto que ambos tipos proceden de una misma influencia en los módulos medios y largos del siglo IV a.C. y perduraron de forma paralela hacia hojas con secciones lenticulares en periodos más tardíos.

³⁷⁶ *Vide supra*, III.B.1 y García Jiménez, 2006: 149-152.

³⁷⁷ Y especialmente aquellas que tienen los hombros más bajos, como el ejemplar del Puig de Sant Andreu catalogado con el nº 26 de nuestro anterior trabajo: García Jiménez, 2006: Fig. 120, 26.

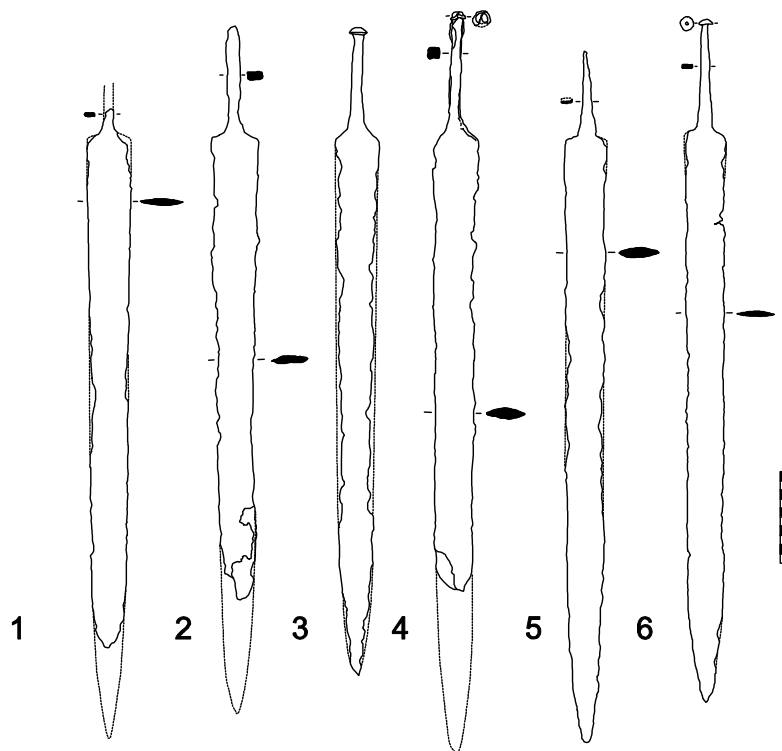


Fig. 47: El tipo B1.3 y su relación con el tipo NE-IA, ambos derivaciones locales evolucionadas a partir del módulo grande europeo del siglo IV a.C. 1: Arcóbriga (1004); 2: Puig de Sant Andreu (26); 3: Colección Pérez Aguilar (1161; a partir de Álvarez, Cebolla y Berlanga, 1990: fig. 3,2); 4: L'Esquerda (81); 5: Osma sep. 14 (1128); 6: Numancia sep. 4 (1110). 2 y 4: NE-IA; 1, 3, 5 y 6: tipo B1.3 celtibérico.

El tipo B2

El tipo B2 es prácticamente idéntico a las dos últimas series del tipo B1: hombros bajos o mixtos, hojas entre 60 y 66 cm de longitud y puntas normalmente estrechas, sin vainas enterizas, sólo en contadas ocasiones combinando partes orgánicas con algunas metálicas. La diferencia con el tipo anterior es sutil, centrada en la anchura de la hoja, que en el tipo B2 es inferior. Algunos de los ejemplares de anchura intermedia resultan difíciles de distinguir de sus parientes del tipo B1, por lo que hemos creado una barrera artificial en los 4'2 cm: los valores superiores correspondiendo a B1 y los iguales o inferiores a B2. Este

tipo de distinción arbitraria puede parecer cuanto menos discutible o innecesaria, pero lo cierto es que la diferencia entre unas hojas y las otras es en la mayoría de los casos apreciable a simple vista (por ejemplo, se individualizó en el grupo II de Arcóbriga en el estudio de Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 314-317), y, por otra parte, parece haber existido un premeditado interés por aligerar el peso de estas hojas en el momento de su forja. Añadiremos, además, que un módulo de estas proporciones, con hojas medias y estrechas, no fue nada habitual en La Tène I³⁷⁸ y sí en cambio en etapas posteriores; en especial en La Tène C1 y C2 y sobre todo en la región suiza, donde los módulos son al parecer algo más cortos de lo habitual para estas épocas (*Cfr.* García Jiménez, 2006: fig. 105 y 106 y Müller, 2007: fig. 7). De este modo, el estrechamiento de la hoja pudo ser una opción espontánea de los talleres de fabricación celtibéricos destinada a la fabricación de armas más esbeltas o ligeras; o bien una influencia de los módulos cortos inspirados en las espadas de tipo Hatvan-Boldog (cuya repercusión en la Península Ibérica, a excepción del noreste, no parece que fuera muy grande); o incluso quizás de otras espadas europeas más tardías. De estas tres posibilidades, sin duda la primera es la que nos parece más convincente.

Conocemos entre 21 y 24 espadas del tipo B2, repartidas en las tres series que identificamos. La primera serie, **B2.1 (1010, 1017, 1100, 1102, 1112, 1117, 1121, 1131, 1152, 1162, 1167 y 1171)**, es en sus atributos idéntica a B1.2 a excepción, lógicamente, de su diferencia de anchura. De entre sus doce ejemplares inventariados, dos incluyen elementos de suspensión: uno de ellos, de la sepultura 9A de Osma (**1131**) (Fuentes, 2004: Figs. 10 y 37, 5), una anilla de bronce con sección triangular más estrecha en el centro que en los bordes; y otro, de la sepultura 201 de La Osera (**1121**), en el que acompañan a la espada dos placas de hierro de tipo envolvente para la suspensión lateral por anillas, que conocemos gracias a su publicación (Cabré y Cabré de Morán, 1933: lám. 6) pero que no han podido ser localizadas en nuestras actuales pesquisas³⁷⁹.

³⁷⁸ Un ejemplo reuniendo varios los módulos más habituales de esta época en un gráfico en: García Jiménez, 2006: fig. 104, basándose en trabajos anteriores; en especial el de: Stead, 1983 para las hojas de espada de la región de la Champagne-Marne.

³⁷⁹ *Vide infra*, III.D.



Fig. 48: Espada del tipo B2.1 procedente de una tumba desconocida de Arcóbriga (1017) (1940/27/ARC/4640-MAN). Foto: Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

La serie segunda (**B2.2**) enlaza en este caso con el patrón morfológico, estrechado, del tipo B1.3, con sus secciones lenticulares sustituyendo a las habituales a cuatro mesas. Se conservan 8 ejemplares (**1054, 1071, 1098, 1109, 1113, 1132 y 1136**), todos ellos procedentes de tumbas celtibéricas y sin incidencias destacables.

La tercera serie (**B2.3**), con un solo ejemplar (**1025**) representado en una tumba sin contexto de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 122 y fig. 48, 6), se caracteriza por su hoja de sección acanalada y sin nervio; un rasgo muy poco habitual en la cultura La Tène y que sólo se repite en otro ejemplar, en este caso del grupo C³⁸⁰. Esta peculiaridad hay que interpretarla en un sentido experimental, quizás incentivado por la práctica en la forja de otros tipos de espada en los mismos talleres o en talleres vecinos, pero no en un sentido estructural, pues no parece que se llevara a la práctica en muchas ocasiones.

³⁸⁰ Sepultura 13B de Osma, catalogado con el nº 1127 de este inventario (*vide infra*).

No hay en el grupo B2 ejemplares con hojas más largas de lo común, a excepción de la espada de la sepultura N de Arcóbriga (**1010**) (Cabré y Morán, 1982: Fig. 27), pero sí se detectan, como en algunos ejemplares del tipo B1, algunos casos con puntas anchas poco frecuentes en el grupo B, como la espada inédita de la sepultura 23 de La Requijada de Gormaz (**1100**) y quizás una de las procedentes del yacimiento valenciano de La Peladilla (**1136**); pertenecientes a los tipos B2.1 y B2.2 respectivamente.

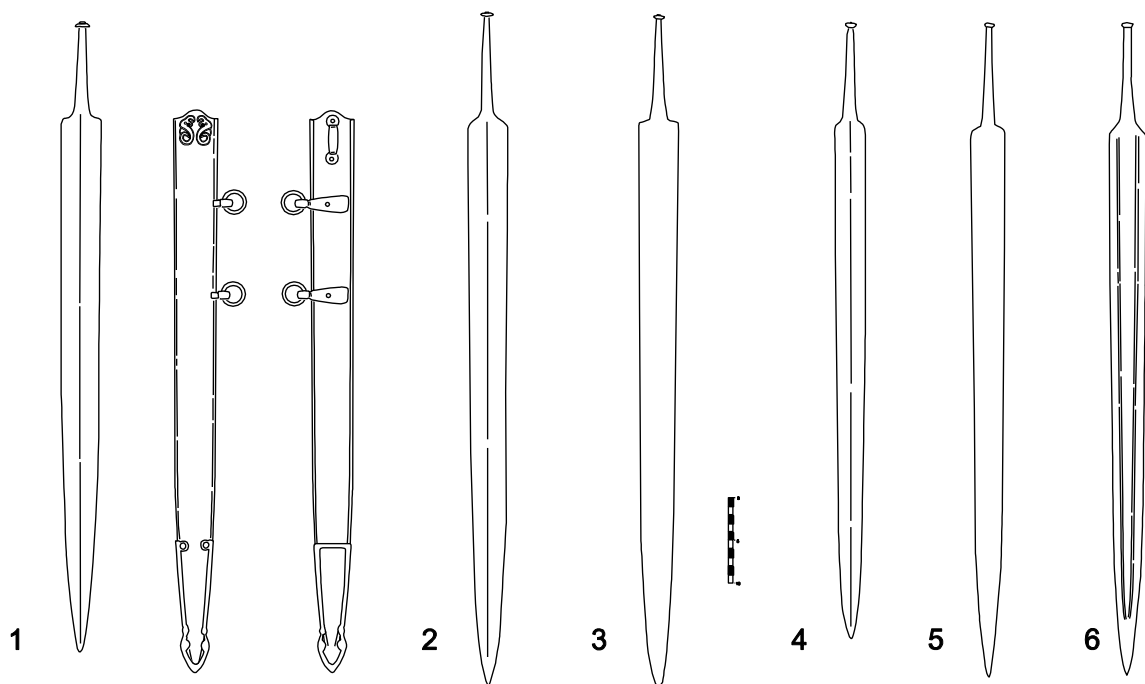


Fig. 49: Resumen del aspecto de las espadas y vainas del grupo B, a partir de la restitución gráfica de algunos ejemplares. 1: B1.1 (Quintanas de Gormaz, sep. D; 1093); 2: B1.2 (Arcóbriga, sep. desconocida; 1030); 3: B1.3 (Osma, sep. 14B; 1128); 4: B2.1 (La Requijada, sep. 23; 1100); 5: B2.2 (Osma, Colección Rus; 1130); 6: B2.3 (Arcóbriga, sep. desconocida; 1025).

El grupo C

El grupo C es el primer grupo de espadas La Tène de generación autóctona en la Península Ibérica, sin que sea apreciable influencia directa de ningún patrón europeo: no hay protectores de guarda, los módulos no encajan con los más habituales en La Tène II y la primera fase de La Tène III (que son los periodos en los que se documenta esta espada), y tampoco lo hacen con exactitud sus puntas; pero, por encima de todo, lo que distancia más este tipo de espadas de las producciones europeas es la ausencia de vaina enteriza, que es ya patente en todos sus ejemplares, sin que exista por ahora, a diferencia del grupo B, evidencia alguna de este tipo de asociación. Es posible entonces que la aparición de estas espadas se produjera una vez descartado el uso de este tipo de vainas (en la Meseta oriental) a favor de otras con materiales orgánicos³⁸¹.

En cuanto a sus características morfológicas, es este un grupo muy homogéneo, con sólo un tipo reconocible (C1) y tres series identificadas, dos de las cuales cuentan tan solo con un ejemplar cada una. Sus constantes más estables son sus hombros altos (caídos), sus puntas anchas y sus módulos medios, normalmente provistos de hojas con secciones lenticulares: Los hombros “caídos” de este grupo, que en este trabajo representan los valores superiores a 1’5 cm de altura, junto a unas espigas de igual longitud que las de otros grupos hispánicos, están indicando forzosamente el uso de guardas altas con formas presumiblemente bastante arqueadas. La forma de las espigas (que son igualmente delgadas), y la inexistencia de protectores de guarda, descartan la relación de estas empuñaduras con las guardas altas y estrechas del tipo conocido como “gorro de gendarme”³⁸², muy habitual en LT C2. Si hubo relación formal de este atributo con algún patrón morfológico europeo, habría que buscarlo quizás en algunas guardas y embocaduras altas de inicios del siglo III a.C.³⁸³ (LT B2); aunque bien es cierto que este tipo de alternativa no es en absoluto una constante en dicho periodo, sino más bien un hecho ocasional.

Algo parecido ocurre con las puntas, que son algo más anchas y cortas que las habituales en los otros grupos, con carenas representando valores bastante por debajo del 20% de su hoja,

³⁸¹ *Vide infra*, III.C.3, III.D y III.G.

³⁸² *Vide supra*, III.A y fig. 22, 8.

³⁸³ *Idem*, fig. 22, 6 y 7.

aunque sin llegar a las cotas de las puntas “en forma de ojiva” de la fase avanzada de La Tène C1 y La Tène C2³⁸⁴.

Los módulos de las hojas, por su parte, podrían resultar compatibles, como ocurre con el grupo B, con algunos ejemplares de la primera fase de La Tène C1, cuyas constantes en realidad derivan todavía de las del periodo precedente³⁸⁵; pero en absoluto con los de las fases siguientes, que son algo más largos³⁸⁶. De este modo, cabría pensar en todo caso en una génesis relacionada con estos módulos europeos, pero también sin duda en un estancamiento del mismo en las décadas posteriores a su creación.

En realidad, este conjunto de indicios: ausencia total de vainas enterizas, hombros altos, puntas anchas y módulos medios, apuntan hacia la fabricación autóctona de este grupo en base a una inspiración directa de las espadas celtibéricas del grupo B, pero no de otros tipos europeos con unas tendencias tácticas y culturales ya bien distintas, de no ser puntualmente en proyecciones remotas de algunos de sus atributos.

El tipo C1

Es este el único tipo identificado hasta el momento en el grupo C. La serie principal (**C1.1**), con 17 ejemplares documentados (**1002, 1022, 1028, 1032, 1036, 1044, 1052, 1062, 1073, 1090, 1092, 1097, 1115, 1119, 1123, 1135 y 1150**), representa la variable estándar del tipo y su grupo, con hojas de entre 4 y 4'5 cm de ancho y 60-65 cm de longitud. Estos valores son raramente superiores, aunque hay excepciones en una de las espadas del lote de La Azucarera (y por tanto, de fecha muy avanzada), con una anchura de 4'8 cm (**1073**); y quizás en el ejemplar de Arcos de la Frontera (**1044**), que alcanzaría una longitud de hasta 69 cm.

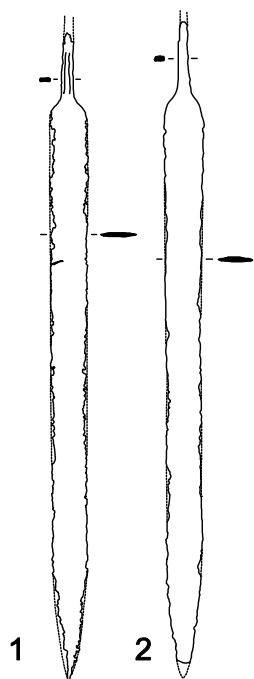
³⁸⁴ *Vide supra*, III.A. y fig. 20.

³⁸⁵ Por esta misma razón hay autores que prefieren separar el periodo de La Tène C1 en dos fases distintas, que también encajarían con las transformaciones artísticas realizadas sobre soportes armamentísticos. *Vide supra*, I.C.2.

³⁸⁶ Véase por ejemplo la tabla de Lejars, 1994: 59 para los ejemplares de Gournay; aunque hay que tener en cuenta que refieren a vainas y no hojas de espada, por lo que hay que pensar en un sesgo de hasta 3 cm a restar en los ejemplares con remates de contera más voluminosos. Los grupos 4 a 7, más tardíos, apenas incluyen vainas por debajo de los 70 cm.

En cambio, sí existieron algunos ejemplares de hoja más corta, como demuestran los hallazgos de Osma (sin contexto, colección Rus **(1123)**; Fuentes, 2004: Fig. 35) y Atance (sepultura desconocida **(1152)**, inédita); ambas con 57 cm, además de la espada de la sepultura 479 de La Osera **(1119)**. Este último ejemplar conserva junto a la espada una pieza de hierro perteneciente a uno de los anclajes laterales para suspensión, pero es el único elemento representado: no hay restos de la otra placa, de las anillas, de armazón metálico, contera o cualquier otro elemento de una vaina enteriza. La placa superviviente corresponde al tipo “de pinza”, que en todos los casos documentados acompaña a vainas enterizas de hierro. Lo cierto es que poco sabemos sobre esta tumba de La Osera, que permanece inédita, así que quedan importantes interrogantes por resolver, empezando por si su vaina fue o no orgánica. La propia forma de la espada es también confusa, puesto que además de su módulo excesivamente corto (53 cm), sus hombros, aunque caídos, son desiguales, y su punta en exceso estrecha (carena en 20%). Nos queda, pues, la duda razonable de si esta espada es en realidad perteneciente al grupo A mejor que al grupo C, pero ello equivaldría a admitir fechas antiguas para la aparición de espadas La Tène en el área vettona, lo que no es del todo claro. Sí sabemos, en cambio, de la escasa representación de este tipo de espadas en esta cultura (Lorrio, 2004: 267 y 2008: 263) en comparación con otras opciones de menor longitud de hoja, e incluso de otras fórmulas, como la del ejemplar de la sepultura 201 de la misma necrópolis de La Osera entre las espadas La Tène del grupo B, cuyas longitudes decrecen (o se estancan) en relación a sus patrones de influencia y cuyas vainas combinan elementos metálicos con elementos orgánicos casi como si se tratara de otro tipo de espadas. Nos decantamos, pues, por ahora, por la opción del hibridismo o la transformación local de los patrones celtibéricos originales para explicar las especiales particularidades de esta pieza.

Al contrario que el raro ejemplar de La Osera, hay dos piezas casi gemelas, aunque de contextos bien distintos: Arcóbriga **(1032)** y Fuente Tójar **(1092)**, que constituyen en nuestra opinión los mejores ejemplos del estándar de esta serie, con hojas muy equilibradas en sus proporciones y los atributos característicos de su grupo muy bien definidos (**Fig. 50**).



Una de las espadas de la urna 1 de La Peladilla (**1135**) (Martínez García, 1988: 82, lám. IV, 7 y fig. 9,2), doblada en dos mitades, parece tener una hoja con una ligera tendencia pistiliforme, que quizás sea préstamo de las formas coetáneas del grupo D. Lo mismo ocurre con otro ejemplar algo más fragmentado de la misma tumba (**1138**) (*Ibid.*: lám. IV, 5 y fig. 9,1) que por sus hombros algo más anchos y su mayor estrechez en el centro de la hoja, hemos clasificado como un tipo intermedio entre los grupos C y D.

Fig. 50: El estándar del grupo C (tipo C1.1). 1: Arcóbriga (sep. desconocida; 1032); 2: Fuente Tójar (sep. desconocida; 1092)

La espada de la sepultura 13B de Osma (**1127**) (Schüle, 1969: lám. 59,7) es el único ejemplar representando a la serie **C1.2**, caracterizada por su doble acanaladura en ausencia de nervio, fórmula que se repite en un ejemplar del tipo B2.3 del que ya hemos hablado con anterioridad. Esta espada ha sido puesta en relación con otras que hibridan rasgos típicos de las espadas de antenas (y que nosotros agrupamos en el tipo A4³⁸⁷), formando parte de lo que Encarnación Cabré (Cabré, 1990: 217-218) denominara “espadas meseteñas de tipo inspirado en las de La Tène europeo” (*sic.*). Sin embargo, los detalles morfológicos de la hoja y el fragmento de espiga conservado encajan a la perfección con los patrones laténicos peninsulares, incluida la ausencia de nervio, que es ya más comprometida para los tipos de antenas. Faltan en cambio elementos imprescindibles en su relación con las espadas de antenas, como su empuñadura o la forma y proporciones de la hoja, de modo que consideramos más acertado clasificar este ejemplar dentro de las espadas La Tène del grupo C, con el que es mucho más acorde.

La serie **C1.3** también está representada por un único ejemplo procedente de la necrópolis de Osma (**1133**); en este caso de una tumba desconocida e inédita conservada en el Museo

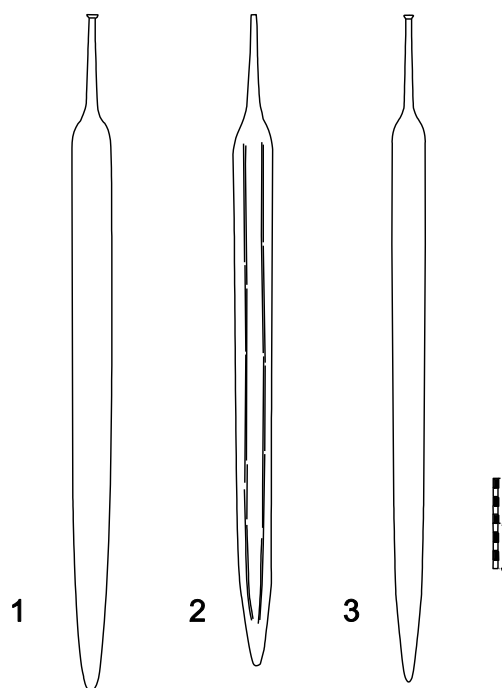
³⁸⁷ *Cfr. supra*, en este mismo capítulo.

Arqueológico Nacional. Su atributo distintivo frente a las otras series del mismo tipo tiene que ver esta vez con la estrechez de su hoja (3'7 cm), bien por debajo del estándar más frecuente en el grupo C. La asociación más rápida y evidente de esta fórmula es con las espadas del tipo B2, con las que creemos está relacionada más allá de toda duda.



Fig. 51: Espada del tipo C1.3 procedente de una sepultura desconocida de Osma (1133) y conservada en el MAN (inv. 24264). Foto: Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

Fig. 52: Resumen del aspecto de las espadas y vainas del grupo C, a partir de la restitución gráfica de algunos ejemplares. 1: C1.1 (Fuente Tójar; 1092); 2: C1.2 (Osma, sep. 13B; 1127); 3: C1.3 (Osma, sep. desconocida; 1133).



El grupo D

El grupo D es otro grupo de espadas de influencia La Tène de génesis autóctona en la Celtiberia. Sus raíces laténicas quedan ya lejos, y se centran en la repetición de algunos de los esquemas básicos de los otros grupos cuyas cronologías han logrado traspasar la barrera de La Tène I (grupos B y C). Fieles a las constantes más típicamente autónomas de las producciones hispánicas, las espadas del grupo D no van acompañadas de vainas enterizas en hierro, sino que en su día protegieron sus hojas con placas de materiales orgánicos (madera o cuero) aseguradas, en los tipos más evolucionados, con armazones de hierro y otros elementos de sujeción.

En este grupo reside según creemos la génesis del *gladius hispaniensis*, para el que ya hace años Fernando Quesada defendiera una derivación a partir de las variantes autóctonas de las espadas La Tène (Quesada, 1997: 260-270 y 1997f: *passim*). Basta una simple ojeada a las características morfológicas de estas espadas, de las que aquí presentamos un buen número de piezas inéditas (dibujadas en detalle y en despliegue para su mejor contrastación), para percatarse de su evidente relación con las hojas republicanas. Sin embargo, no vamos a

detenernos ahora sobre este aspecto, que será desarrollado extensamente en otro apartado de este mismo capítulo³⁸⁸, pero sí nos gustaría incidir en el hecho de que la nueva adopción romana arrojará un grado más de complejidad a la estructura tipológica de estas espadas, ahora en la confluencia de tres influjos distintos: el original laténico, el más directo celtibérico y el recientemente incorporado romano o mediterráneo.

En cuanto a los mencionados atributos morfológicos que más influyen en la definición de este grupo de espadas, destacan especialmente sus anchos hombros (que denotan guardas hipertrofiadas), las hojas largas en comparación con otros tipos autóctonos, y su forma pistiliforme, que es más estrecha en el centro que en los extremos proximal y distal.

Los hombros anchos estrechándose de forma inmediata dan un aspecto “cabezón” a la hoja, muy recio en el contacto con su guarda, para conseguir una apariencia algo más esbelta gracias al perfil pistiliforme de sus filos. La influencia de esta forma de hoja hay que buscarla sin duda en las otras espadas con las que compartieron escenario como foco original: las espadas de antenas, con toda probabilidad las del tipo Arcóbriga/Quesada VI, cuya reciprocidad de influjos quedaría manifiesta en el alargamiento de las hojas de estas espadas; un préstamo que definitivamente tiene que proceder de las versiones autóctonas de las espadas La Tène (Cabré, 1990: 215; Lorrio, 1997: 183 y Quesada, 1997: 234). En las espadas del grupo D, no obstante, el perfil sinuoso es más discreto, no tan marcado como el de las espadas de antenas y otros puñales contemporáneos.

Hemos referido también al fenómeno de los hombros como un indicativo del uso de guardas de grandes dimensiones, pero este aspecto es también matizable, puesto que sólo atañe a una parte de los ejemplares documentados, que hemos englobado en nuestro tipo D2. La mayoría de las espadas, que pertenecen al tipo D1, incluyen hombros normales, quizás algo más anchos en algunos casos; así que no sabemos si hubo o no una intención de “inflar” sus guardas para hacerlas más visibles. La información que deriva de sus espigas es también algo ambigua, puesto que suelen tener longitudes similares a las de otros grupos, rondando los 12 cm e indicando por tanto empuñaduras con pomos tripartitos o quizás con pomos bipartitos sobredimensionados. Esta última posibilidad la vemos representada en una espada de tumba desconocida procedente de la necrópolis emporitana de Les Corts

³⁸⁸ *Infra*, III.E.

(García Jiménez, 2006: inv. 25, fig. 120). Los rasgos de este ejemplar son perfectamente compatibles con los de las espadas del grupo D1, pero además incluye un pomo con forma piramidal invertida, realizado en plomo, que constituye a todas luces un ejemplo del interés por destacar visualmente estas empuñaduras.

Hemos distinguido dos tipos y cinco series distintas para definir el grupo D, del que conservamos no menos de una treintena de ejemplares identificados, repartidos en buena parte del territorio peninsular:

El tipo D1

El tipo D1 consta de tres series fuertemente emparentadas entre ellas y reconocibles especialmente por la forma de sus hombros. La primera serie (**D1.1**) está documentada en diez ocasiones (**1008, 1057, 1067, 1072, 1085, 1094, 1105, 1116, 1139 y 1160**) además del mencionado ejemplar de Les Corts (25). Los hombros caídos de estas espadas denotan una estrecha relación con las del grupo C, aunque sus longitudes de hoja son netamente superiores (65-70 cm) y sus perfiles claramente pistiliformes. En alguna ocasión (1008), esta forma es muy leve, casi inapreciable a simple vista. Las secciones de hoja son lenticulares la mayoría de las veces, y a cuatro mesas en el resto de los casos. También es apreciable en esta serie el uso indistinto de puntas más cortas y anchas parecidas a las habituales en el grupo C junto al de versiones más aguzadas como las que suelen rematar las hojas del grupo B.

Sin duda, el ejemplar más atípico de los once registrados es el de la llamada sepultura “Ñ” de Quintanas de Gormaz (**1094**) (Schüle, 1969: lám. 371), con una hoja en exceso corta (60 cm) y estrecha (4'5, cuando lo habitual sería 4'8-5'2) que parece resultar de la aplicación de un perfil pistiliforme (que es justamente más marcado de lo habitual) a la hoja de una espada del tipo C1.1.

Puede que la misma observación pueda hacerse extensible a otra pieza, peor conservada, procedente de Langa de Duero (**1105**), cuyo perfil de tendencia pistiliforme conocemos

gracias a un dibujo publicado (Taracena, 1929: 59, fig. 25,5) y cuya anchura de hombros es muy similar a la del ejemplar de la sepultura Ñ de Gormaz.

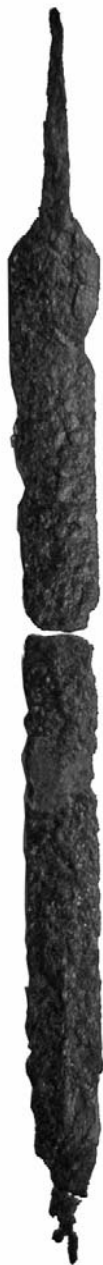


Fig. 53: Espada del tipo D1.1 procedente de una sepultura del Cerro de las Balas (1085) y conservada en el Museo de Écija.

En cuanto a la conservación de restos de vaina, una de las espadas del lote de La Azucarera (**1072**) incluye en su desaparecido fragmento proximal (Iriarte *et alii*, 1997: 238 y fig. 18, A.2.1) los restos de dos placas de suspensión de hierro de tipo envolvente con encajes para sendas anillas, de las que se conservan una *in situ* y otra, probablemente perteneciente a esta misma espada, aislada entre los restos del lote. Este es el único caso del tipo D1 con tal tipo de anclajes, que más bien suelen caracterizar a sus versiones emparentadas más tardías del tipo D2 o incluso a otros ejemplares de distintos tipo relacionados con vainas enterizas.

Las espadas de la serie **D1.2** son muy parecidas en sus rasgos a las hasta ahora descritas, a excepción de ligeros matices en la forma de sus hombros y de sus constantes algo más estables. La forma característica de los hombros es también caída, pero en este caso transitando de forma abrupta hacia los filos y dándoles un aspecto triangular distinto al semiovalado de sus parientes. Esta sencilla diferencia podría estar indicando el uso de guardas distintas, quizás con escotaduras trianguladas, como por ejemplo las que aparecen en el *gladius* del guerrero de la escultura provenzal de Vachères (Rapin, 2001: lám. X, 3; Pernet *et alii*, 2006: Fig. 2. 15)³⁸⁹; e incluso puede

corresponder a patrones más tardíos que los originales de la serie D1.1. Por lo demás cuatro de los cinco ejemplos documentados (**1063**, **1082**, **1149** y **1155**) incluyen secciones lenticulares y puntas anchas, mientras que la espada de Ucerro (**1153**) (Pérez Casas,

³⁸⁹ Con una fecha aproximada *circa* mediados del siglo I a.C. en base a la fibula de tipo Alèsia que porta el guerrero (Pernet *et alii*, 2006: 48).

1988:121) refleja un patrón distinto, con una hoja muy corta (*c.* 63 cm, cuando el resto rondan los 70 cm) y estrecha con sección a cuatro mesas. La punta es también muy delgada, acentuando el aspecto triangular de la hoja, que tiene unos hombros muy anchos (como corresponde a la serie en general).

Otro curioso ejemplar, desgraciadamente fragmentado e incompleto, es el de la sepultura 560 de Villaricos **(1155)** (Almagro-Gorbea, 1984: 46), cuyo aspecto muy oxidado y dilatado nos está ocultando información importante, como por ejemplo si su espiga es realmente así de ancha y gruesa o, por el contrario, quedan restos de su empuñadura y guarda ocultas bajo el óxido³⁹⁰. Igualmente, y aunque no hemos podido identificar sus restos entre los materiales de esta tumba, un dibujo publicado (*Ibid.*) muestra la existencia de un fragmento de placa con remache y anilla que, casi con seguridad, pertenece a la suspensión lateral de esta espada.

La última serie **(D.1.3)** tiene sus hombros muchos más bajos, de los tipos curvo o semirrecto, y hojas generalmente a cuatro mesas enlazando con puntas casi siempre estrechas. En algunos casos, como en el de un ejemplar de Atance **(1045)** (Aguilera, 1916: Fig. 15), los hombros son realmente bajos, casi rectos, y la hoja muy delgada en contraste con los dilatados hombros.

El módulo de estas espadas es algo distinto, ligeramente más corto (63-68 cm de longitud de hoja) y estrecho, con un importante recorrido de 4'4 a 5'2 cm de anchura en sus hombros. El patrón general de estas hojas recuerda al de los estándares autóctonos del tipo B1, y en especial a la serie B1.2, con la que comparte todos sus atributos a excepción del perfil pistiliforme. No cabe insistir en la evidente relación entre estos dos formatos, que quizás expliquen la escasez del tipo B1.2 con el complemento de estas espadas. De todos modos, la exclusividad de este modelo queda manifiesta en el hecho de que, de los doce ejemplares que nos constan para esta serie **(1006, 1045, 1050, 1051, 1055, 1056, 1059, 1060, 1061, 1118, 1129 y 1170)**, ocho pertenecen a tumbas de la necrópolis de Las Horazas en Atance, y todas ellas a la Celtiberia, algo que no ocurre en las restantes series del mismo tipo. **(Fig. 54)**

³⁹⁰ *Vide supra*, III.A.

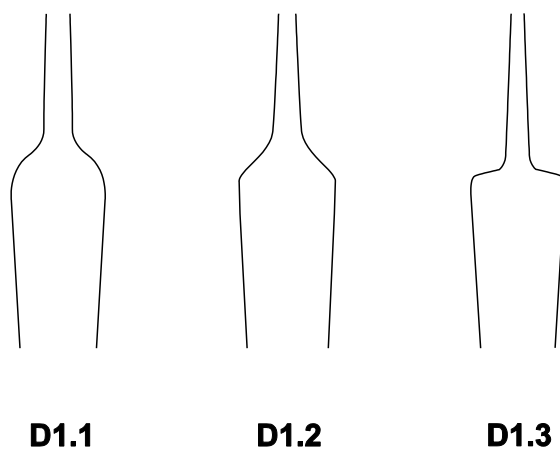


Fig. 54: Diferencias en los hombros de las espadas de las tres series del grupo D1.

El tipo D2

Los hallazgos de espadas del tipo D2 son algo más escasos, aunque sus recursos morfológicos exhiben una mayor dispersión geográfica y cultural, en cuanto que su estándar es ya de dominio romano y corresponde ya plenamente a los patrones que creemos definen al *gladius hispaniensis*³⁹¹.

La hoja de estas espadas es más robusta, como así lo son también sus puntas, mucho más dilatadas que las de sus parientes del tipo D1 y adoptando formas triangulares largas, bien reconocibles por sus filos convergentes perfectamente rectos. La otra constante más estable de este grupo está en la existencia de elementos metálicos estabilizando las vainas orgánicas, normalmente conteras (lo que es una novedad respecto a otros grupos), restos de armazón y elementos de sujeción y suspensión. El resto de sus elementos es mucho más variable, con el uso indistinto de hojas con secciones lenticulares y a cuatro mesas o de hombros de distintos tipos, normalmente caídos pero en algún caso (1134) de tipo semirrecto.

El módulo de estas espadas se centra en valores en torno a los 63 a 68 cm de longitud de hoja para una anchura máxima de 5'3 a 6'2 cm, distanciándose por tanto de las series más

³⁹¹ Vide *infra*, III.E.

largas con hoja pistiliforme (D1.1 y D1.2) y acercándose a las de los *gladii* republicanos tardíos, más recios y robustos que sus predecesores.

La primera serie (**D2.1**) es la que verdaderamente define el tipo, y está documentada en cuatro ocasiones, además de otra muy probable de la sepultura B de Mas de Barberán (**1107**) (Izquierdo, 1999: 105 y fig. 4), demasiado parcial como para incluirla con garantías dentro de esta serie. Como son pocos ejemplares y tienen sus propias peculiaridades, vale la pena comentarles caso por caso:

La primera pieza a considerar procede del rico lote de armas de La Azucarera (**1064**), y su composición tal como la presentamos se deduce a partir de la unión de varios fragmentos, algunos conservados y otros perdidos y reconocibles por sus publicaciones (Iriarte *et alii*, 1997: 240 y fig. 15, A.2.4, A.1.1, 21, D.1 y 17, D.2). Aparte de su ancha hoja y la punta triangular, probablemente pertenecen a esta misma pieza la sólida espiga y algunos fragmentos metálicos de vaina, como los restos de caña para su armazón, una contera muy simple, de forma arqueada y reducida únicamente a la parte baja del remate, así como los restos de abrazaderas o delgadas placas envolventes para la suspensión. Probablemente también pertenezcan a esta vaina el elemento decorativo de bronce, cuyas pestañas laterales podrían encajar bajo las solapas del armazón de hierro. Este tipo de adornos recuerdan al de otros tardorepublicanos³⁹² o incluso a la clásica palmeta de los *gladii* imperiales (Ulbert, 1969: lám. 2; Miks, 2007: lám. E, 44), y está en perfecta conformidad con el uso combinado de elementos de bronce y hierro en las vainas de tradición romana y La Tène a partir de la segunda mitad avanzada del siglo II a.C. Siguiendo esta misma premisa, no resultaría extraño que la anilla de bronce también aparecida entre los objetos del lote correspondiera a una de las suspensiones de esta misma vaina.

La espada de la sepultura 146 del Cabecico del Tesoro (**1080**), puede también clasificarse entre las de la serie D2.1 desde que hemos incluido al fragmento proximal previamente publicado (Quesada, 1989: II, 155) otro fragmento, correspondiente al desarrollo de la hoja, que evidencia su perfil pistiliforme. Otro dato definitivo es la existencia de una pequeña contera de cuerpo corto y remate semicircular, de factura muy sencilla y recordando

³⁹² Por ejemplo Le Titelberg (Poux, 2008: fig. 13). Respecto a la relación de la hoja de La Azucarera con el *gladius hispaniensis*, véase Iriarte *et alii*, 1997; Quesada, 1997f: 262; Bishop y Coulston, 1993: 56 y Fig. 25,1; Miks, 2007: 47 y lám. 12.

ligeramente a los remates lobulados de las vainas del noreste, aunque con una longitud muy inferior y una embocadura muy simple, con cortas pinzas y sin tirantes. Aunque no hay otros restos metálicos del armazón o la suspensión para la vaina, ya un trabajo anterior (Quesada, 1997: Fig. 156, 11) quiso ver la relación de este elemento con las vainas del *gladius hispaniensis*, lo que a la luz de su proximidad tipológica con otras espadas del mismo grupo queda, en nuestra opinión, perfectamente justificado (Fig. 55).



Fig. 55: Espada del tipo D2.1 y contera de vaina de la sepultura 146 de Cabecico del Tesoro (1080) conservada en el Museo de Murcia.

La siguiente pieza del repertorio pertenece a la llamada sepultura “A” de los dos conjuntos de ajuares hallados en Mas de Barberán (1106) (Izquierdo, 1999: 101-104 y figs. 2 y 3). El módulo es muy semejante al del ejemplar de Cabecico, pero en este caso contamos, afortunadamente, con la hoja completa. Los restos conservados de su vaina incluyen varios fragmentos de hierro de su armazón y otros elementos de la suspensión y de la contera, estos últimos en la característica forma de rejilla de los *gladii* republicanos³⁹³. Asimismo, el ajuar incluye dos pequeños clavos de cabeza piramidal que probablemente se emplearan para sujetar las cachas de madera de la guarda, tal como ocurría en las espadas de tipo La Tène de siglos anteriores³⁹⁴.

El último ejemplar es el más dispar de los cuatro, probablemente por su carácter tardío, en el extremo de la evolución de la serie D2.1. Se trata de una pieza recuperada en unas antiguas excavaciones en Osuna (1134) y que en la pasada década fue “rescatada” de los almacenes del Musée d’Archéologie National de Saint-Germain-en-Laye y reestudiada teniendo en cuenta su connotación de *gladius* republicano (Rouillard, 1997: 59 y 67;

³⁹³ Sobre este tipo de asociaciones, véase cap. III.E.

³⁹⁴ *Vide supra*, III.A.1 y fig. 19, 2-3.

Sievers, 1997: fig.3). Lo más curioso de la pieza de Osuna es que conserva en su superficie restos de su vaina de madera pegados por el óxido a la hoja de la espada, dejándonos un testimonio muy poco frecuente en estas armas. Aunque las anteriores publicaciones (*Ibid.*) insisten en asignar una forma triangular a la embocadura de la vaina en base a los citados restos de madera de uno de sus lados, el examen directo de la espada por el otro costado parece indicar la existencia de una pequeña protuberancia central que recuerda vagamente las tradicionales formas acampanadas de las espadas La Tène. En todo caso, dicha forma no parece extensible a su otra cara, o al menos no es posible apreciarlo en el estado de conservación actual de esta pieza. Sea como fuere, nos resulta curiosa la existencia de una embocadura alta para unos hombros tan bajos y con una forma tan distinta, que dejan un espacio muy limitado para la guarda, que debió ser muy delgada u ocupar un espacio importante en la empuñadura.

La hoja de este ejemplar es muy ancha, más incluso que la del lote de La Azucarera (1064) o cualquier otra con influencia La Tène documentada en la Península Ibérica, y su perfil nítidamente pistiliforme, anunciando una punta robusta, que no apareció en el momento de su hallazgo. Las constantes básicas de este ejemplar remiten sin duda a nuestro tipo D2.1 y a los *gladii* tardorrepublicanos, tal y como vienen a confirmar también los otros elementos (estos metálicos) relacionados con la vaina y su suspensión. Tales piezas consisten en una fina anilla en bronce, un enganche para la suspensión de esta, del tipo que hemos denominado “en forma de garfio”, con un botón en el anverso y un apéndice ejerciendo presión en el reverso³⁹⁵; y un elemento perteneciente a la unión de la vaina con el tahalí o cinturón consistente en un botón con enganche triangular, con paralelos bien documentados entre las espadas tardorrepublicanas o augusteas (Poux, 2008: 325-326 y figs. 16 y 17).

La segunda serie (**D2.2**), última en nuestra clasificación, incluye un único ejemplar procedente de la sepultura 36 de la necrópolis extremeña de El Romazal (**1148**) (Hernández y Galán, 1996: 119 y fig. 53), con un aspecto que claramente remite a las espadas del grupo C, de hombros caídos y hoja con perfil de tendencia paralela.

No dejará de resultar paradójica la clasificación de esta espada en el tipo D2 teniendo en cuenta los filos paralelos de su hoja (si acaso muy débilmente pistiliformes), pero el análisis

³⁹⁵ La misma fórmula en la espada de la sepultura B de Mas de Barberán (1107).

detallado de la pieza revela una clara influencia de este tipo de espadas en la longitud de la hoja³⁹⁶, la punta triangular y estrecha y, sobre todo, en la presencia de una contera metálica para la vaina. Dicha contera, desgraciadamente incompleta, es de un tipo bien simple basado en la sola prolongación de las cañas, sin un remate real. No hay otros elementos conservados de la vaina, pero la avanzada fecha de la necrópolis junto a la existencia de este elemento sugieren la confluencia de atributos de los grupos C y D, o bien una influencia de los tipos adoptados por los romanos sobre un ejemplar de tradición autóctona cuyo origen pudo estar en los talleres celtibéricos o bien en la absorción de sus sistemas de producción por parte de la logística militar del ejército romano (*Cfr.* Quesada, 2006).

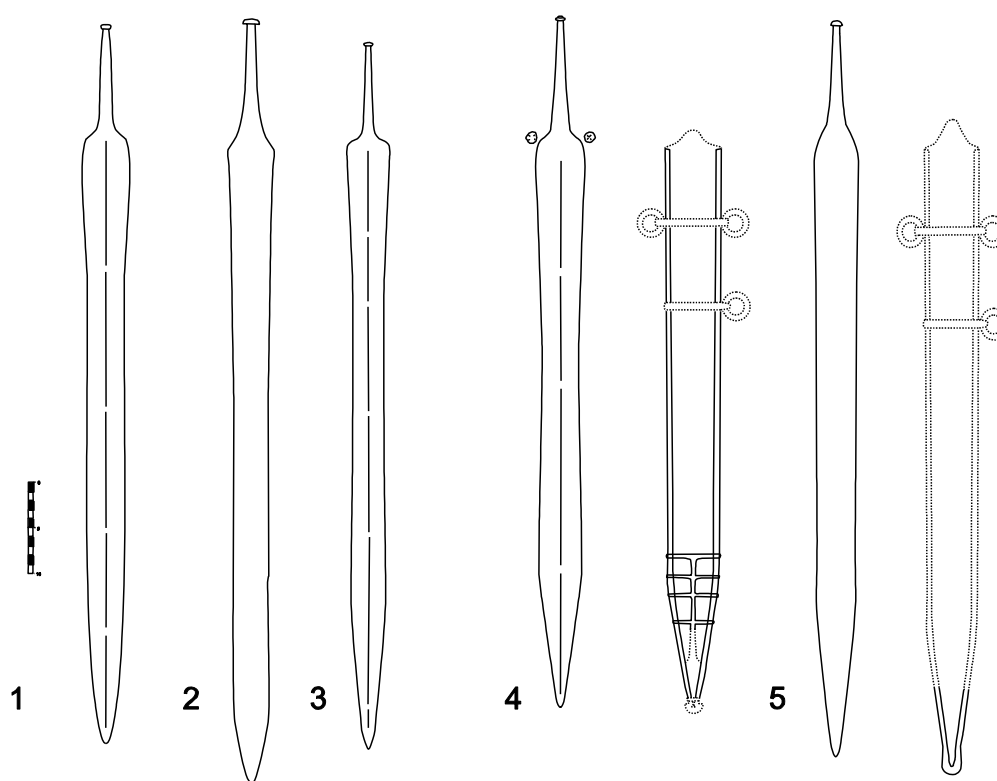


Fig. 56: Resumen del aspecto de las espadas y vainas del grupo D, a partir de la restitución gráfica de algunos ejemplares. 1: D1.1 (Pozo Moro, sep. 2; 1139); 2: D1.2 (La Caridad; 1082); 3: D1.3 (Osma, sep. 20A; 1129); 4: D2.1 (Mas de Barberán, sep. A; 1106); 5: D2.2 (El Romazal, sep. 36; 1148).

³⁹⁶ Su propia anchura máxima se encuentra también en el extremo alto de las habituales en el grupo C (*vide supra*).

Cuestiones abiertas

A partir del ordenamiento taxonómico de las espadas de influencia La Tène peninsulares, surgen nuevos interrogantes que tienen que ver con las especificidades de este tipo de producciones frente a los comportamientos generalmente más estables de las espadas continentales. Así, por ejemplo, se suscitan algunas cuestiones como las que atañen a las peculiaridades en las vainas, sus métodos de suspensión, el origen geográfico de los distintos tipos y su dispersión por el territorio peninsular, además de sus correspondientes cronologías o la relación de algunos tipos con las espadas romanas republicanas. Procuraremos resolver algunas de estas dudas a lo largo de lo que queda de este capítulo, pero otras cuestiones, estas relativas a las incertidumbres tipológicas de algunos grupos (como, por ejemplo, el origen del grupo C), quedarán en suspenso hasta que nuevos hallazgos con contextos más firmes vengán a esclarecer el todavía parcial panorama peninsular.

La tipología expuesta se basa en una muestra aun escasa, puesto que de los 173 ejemplares documentados fuera del territorio nororiental, 42 pertenecen a tipos inclasificables, y otro puñado a grupos dudosos. Algunas piezas importantes están fragmentadas o sencillamente desaparecidas, y muchas veces contamos sólo con información sesgada sobre su aspecto o su contexto de hallazgo. Además, algunas de las series identificadas cuentan con un solo ejemplar registrado, y por tanto es posible que pertenezcan a piezas únicas cuyo carácter manufacturado ha influido en la modificación más o menos caprichosa de uno o varios de sus rasgos.

De todas formas, y pese a algunas dificultades serias como la ausencia de vainas enterizas de hierro en la mayor parte de las espadas estudiadas, el análisis morfotécnico de la muestra permite la identificación de patrones estables y la consecuente identificación de tipologías útiles, cuyo carácter dinámico queda evidenciado mediante la constante interacción de los rasgos característicos de unos tipos sobre otros, la creación de fórmulas híbridas en ocasiones muy duraderas o, como veremos más adelante, la coexistencia de varios de estos tipos en un mismo periodo cronológico.

III.C.2: Distribución geográfica de los tipos

Una vez identificados los tipos de espada representados en el territorio peninsular ajeno al cuadrante nororiental, es menester indicar cuáles fueron sus lugares de hallazgo para tratar de conocer sus focos de producción y su expansión (si la hubo) hacia otras regiones. Como bien es obvio a juzgar por lo que hasta ahora venimos viendo, la mayoría de los tipos tiene una dispersión claramente celtibérica, pero si fijamos algo más nuestro “zoom” podemos ver algunos matices que quizás puedan estar dándonos pistas sobre sus posibles talleres de fabricación o, como mínimo, sobre las zonas en las que un determinado tipo tuvo más éxito que otros.

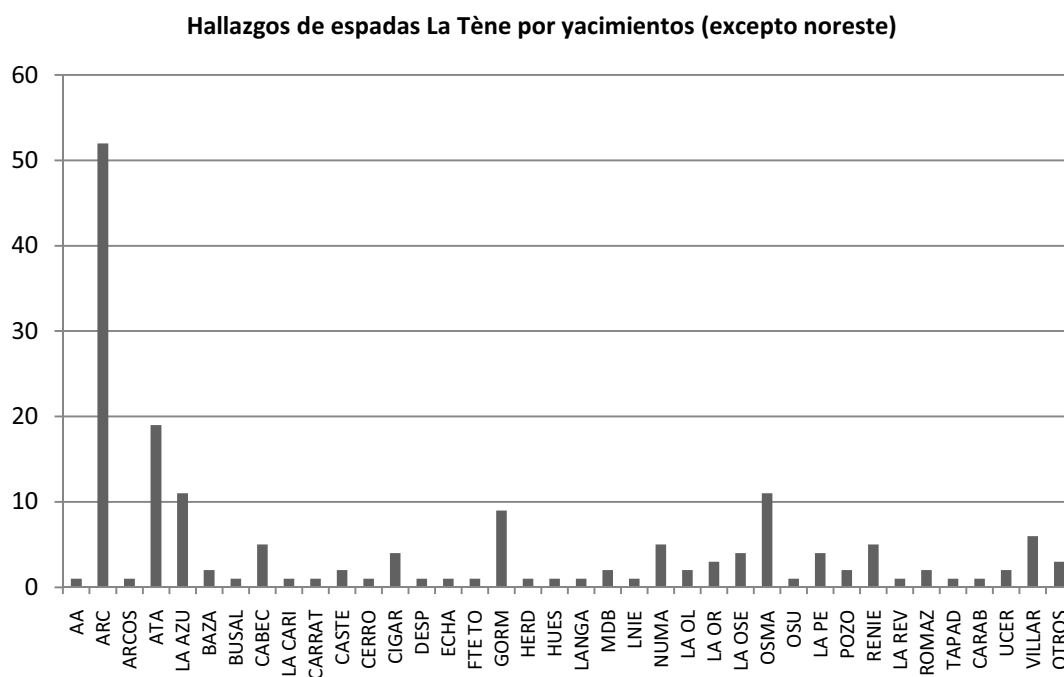


Fig. 57: Relación de hallazgos de espadas de influencia La Tène en los distintos yacimientos peninsulares fuera del ámbito territorial del noreste.

Si sospeamos la relación de hallazgos en una tabla diacrónica, es fácil apreciar la desigualdad en la repartición de las espadas La Tène en los distintos yacimientos peninsulares (**fig. 57**). La mayor parte de estos incluyen uno o dos ejemplares, y tan solo cuatro cuentan con más de diez. La nota discordante la ofrecen sin duda los 52

ejemplares de Arcóbriga, más del doble de los registrados en Atance, que es el segundo con más espadas documentadas. La **fig. 58**, por su parte, representa por regiones las proporciones de hallazgos que figuran en nuestro catálogo según están repartidos por el territorio peninsular. Como indicábamos unas líneas más arriba, el grupo más numeroso lo representan las espadas celtibéricas, que alcanzan el 47'8%. Le siguen muy de cerca las espadas del noreste, el territorio más “laténico” armamentísticamente hablando (37'5%), pero el resto de territorios se sitúan muy por debajo: el sureste con cerca del 7% y los demás con valores prácticamente testimoniales.

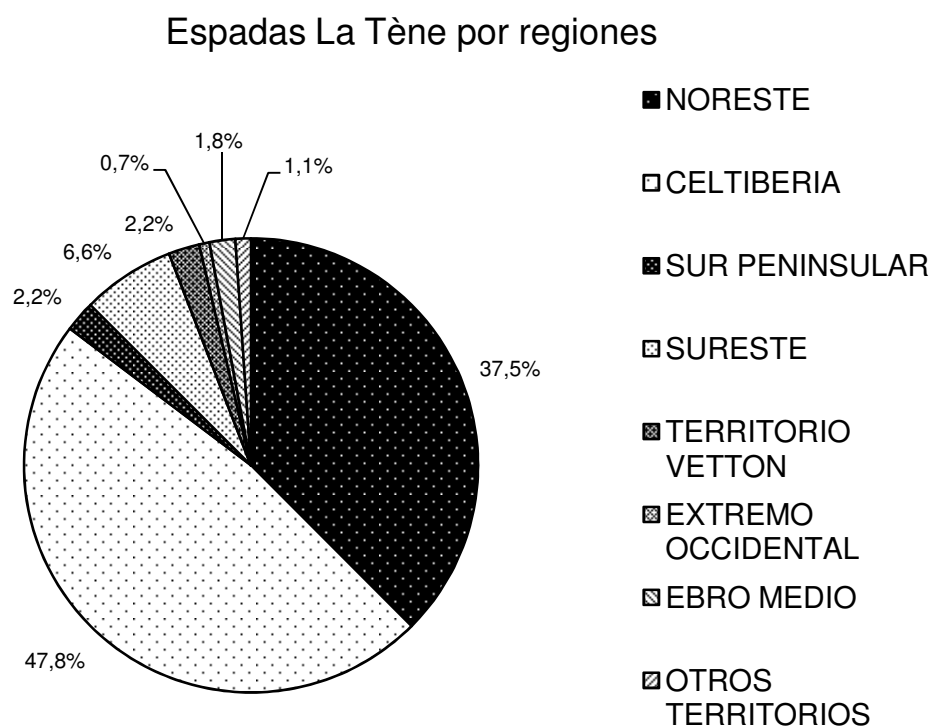


Fig. 58: Repartición de los distintos hallazgos de espadas La Tène en los distintos territorios geográficos y culturales de la Península Ibérica. El “sur peninsular” refiere a la región al sur del Guadalquivir.

El panorama es, pues, muy parecido al reconocido por la bibliografía anterior³⁹⁷, pero veamos un estudio detallado por tipos para comprobar si la dispersión a algunas de estas regiones cobra sentido:

³⁹⁷ En última instancia, véase Quesada, 1997: 255-257 y fig. 155.

El **grupo A** es el más antiguo de los cuatro, aunque abarcando formas que corresponden a un periodo de algo más de siglo y medio. De este modo, la imagen representada en el mapa de la **fig. 59** refleja, junto al del grupo B1.1, una radiografía más o menos fiel de los primeros focos de influjo de este tipo de espadas.

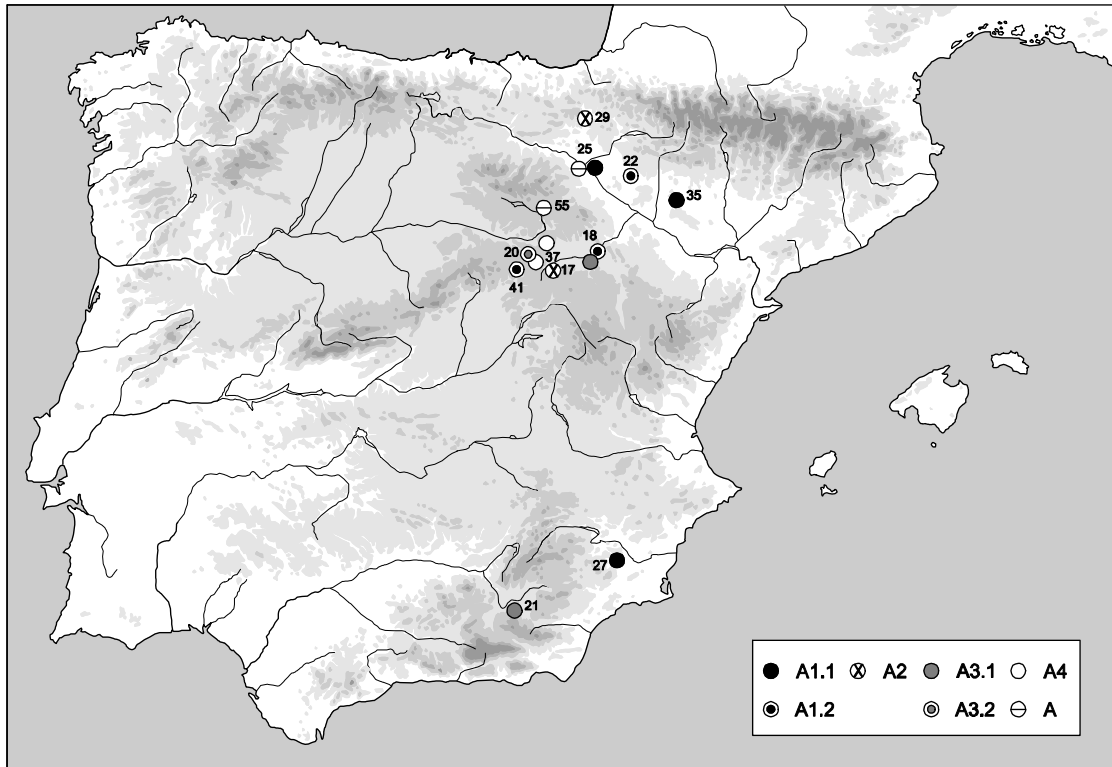
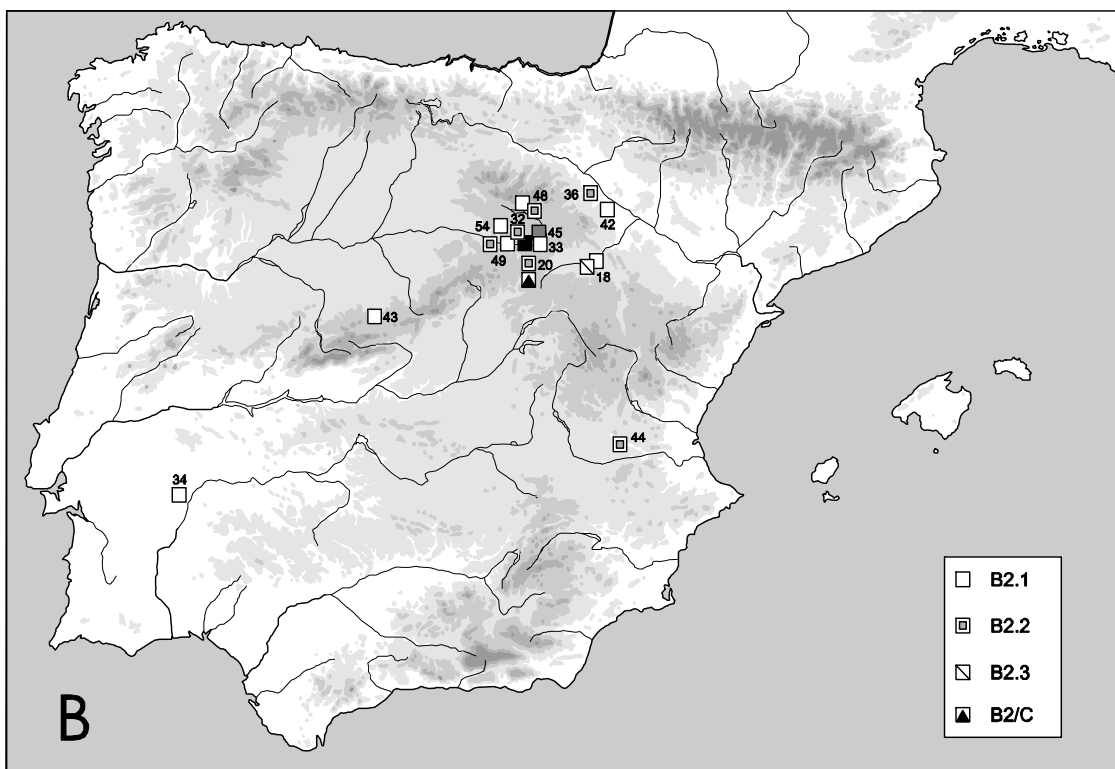
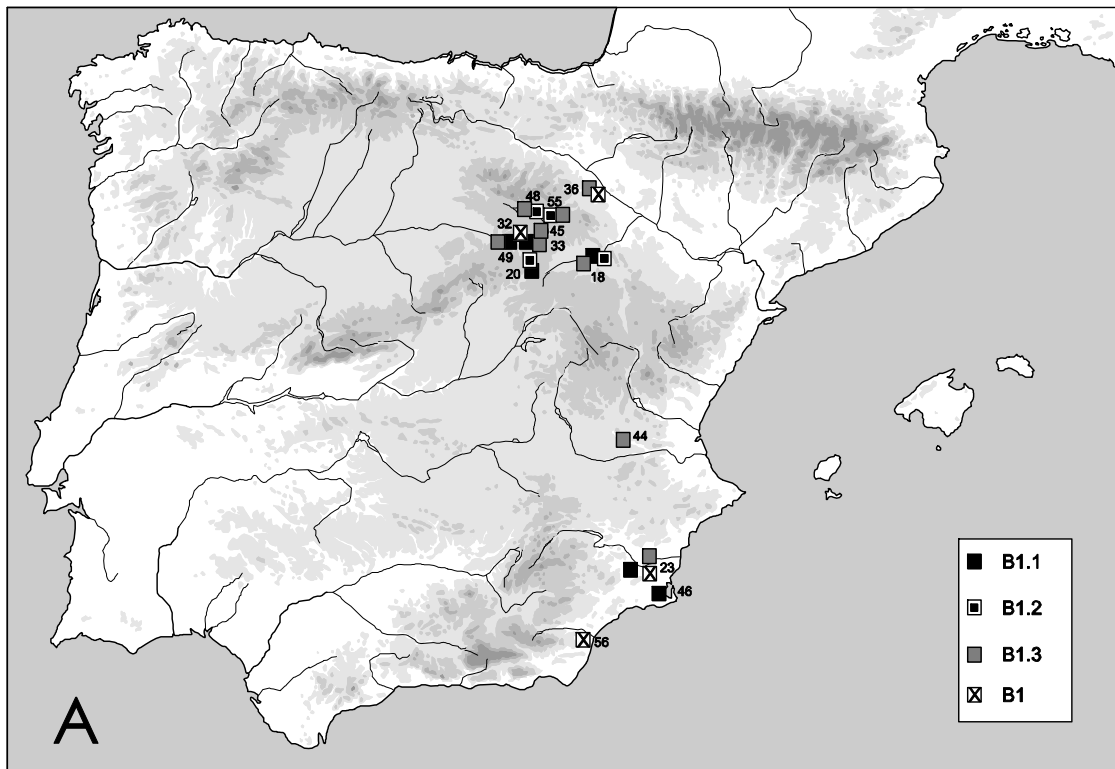


Fig. 59: Dispersión de las espadas del grupo A en la Península Ibérica. 17: Aguilar de Anguita; 18: Arcóbriga; 20: Atance; 21: Baza; 22: El Busal; 25: Castejón; 27: Cigarralejo; 29: Echauri; 35: Huesca; 37: Carabias; 41: La Olmeda; 55: Renieblas.

La concentración de hallazgos de espadas clasificados en este grupo se centra en tres puntos distintos: uno en el Valle Medio del Ebro, al norte del mismo, donde se encuentran las piezas más antiguas (del tipo A1, fechable principalmente en La Tène A); otro en la Celtiberia, donde abundan los ejemplares híbridos con las espadas de antenas, y un tercero en el sureste y el extremo oriental de la Alta Andalucía, con una espada en Cigarralejo y otra en Baza. En realidad, y aunque este foco parece poco importante, hay otros ejemplares parciales en el mismo Cigarralejo que pudieron pertenecer a este mismo grupo (1088), y algunas piezas emparentadas con el grupo B,

como la espada de Los Nietos (1108), tienen indicios tipológicos compatibles con la transición de La Tène A a La Tène B³⁹⁸.



³⁹⁸ *Vide supra*, III.C.1.

Fig. 60: Dispersión de las espadas del grupo B en la Península Ibérica. A: Tipo B1; B: Tipo B2. 18: Arcóbriga; 20: Atance; 23: Cabecico del Tesoro; 32: Quintanas de Gormaz; 33: La Requiñada de Gormaz; 34: Herdade das Casas; 36: La Azucarera; 42: La Oruña; 43: La Osera; 44: La Peladilla; 45: La Revilla; 46: Los Nietos; 48: Numancia; 49: Osma; 54: Uceró; 55: Renieblas; 56: Villaricos.

Desde luego, no faltan en este territorio espadas con cronologías de La Tène B coetáneas con algunos de los tipos del grupo A. El mapa de la **fig. 60A**, que muestra la dispersión de las espadas del **grupo B1**, incluye, además del ejemplar de Cigarralejo, al menos otro en Cabecico del Tesoro (1077). No es que sean muy numerosos, pero en conjunto indican una presencia considerable en este territorio de las espadas del siglo IV a.C., que es algo más limitada en momentos posteriores. La interpretación de estos hallazgos resulta algo compleja por el estado general en el que se encuentran todas estas piezas. Hace ya algunos años, Fernando Quesada (1990: 231-234) rompía con la visión tradicional que interpretaba los hallazgos con espadas La Tène en el sureste como importaciones llegadas de la Celtiberia advirtiendo una posible procedencia alternativa mediterránea, ya fuera desde el noreste como de otros lugares de fuera de la Península Ibérica. En realidad, en el estado actual de la investigación, todas las posibilidades son igualmente justificables, e incluso pudieron ser compatibles (*Ibid.*: 234). Así, por ejemplo, hay algunos indicios de la existencia de espadas del noreste en la vaina de la sepultura 556 de Villaricos³⁹⁹, y algunas de las vainas con suspensión lateral envolvente pudieron pertenecer a importaciones de otros lugares (periféricos o no) a los que se les añadieron abrazaderas con anillas para adaptarlas al sistema autóctono habitual (*Cfr.* Quesada, 1997: 252-253)⁴⁰⁰. Del mismo modo, hay otras espadas cuyo origen celtibérico es bastante probable (sep. 142 de Cabecico; 1079), o incluso otras que pudieron fabricarse en el mismo territorio suroriental (sep. 395 de Cigarralejo; 1087)⁴⁰¹. La cuestión del origen de las espadas La Tène del sureste resta por tanto abierta, y harán falta otros hallazgos que ayuden a definir qué territorios influyeron más a esta región y

³⁹⁹ *Supra*, III.B.

⁴⁰⁰ Por ejemplo en Cigarralejo 54 (1086) y Los Nietos 110 (1108), a diferencia de lo que ocurre con otras vainas celtibéricas con suspensión en pinza, cuya aplicación a una vaina prefabricada resulta mucho más compleja (*cfr. infra*, III.C.3). El caso de la sep. 7 de Baza (1075), el único ejemplar claro fuera del noreste sin suspensión modificada, es algo más claro en su procedencia ajena a este territorio (*idem*), que aunque no pertenece exactamente a la región del sureste, es plenamente compatible con esta armamentísticamente hablando (Quesada, 1997: 622).

⁴⁰¹ *Cfr.* III.C.3 para esta pieza. Hay otras singularidades importantes en la vaina de armazón de la sepultura 174 de Villaricos (1157) y los restos de caña del ejemplar de Los Nietos (*supra*, III.C.1); en este caso más verosíblemente un añadido.

por qué vías lo hicieron (intercambios comerciales, mercenariado, botines...); o incluso si hubo un peso significativo de las producciones locales en esta ecuación.

De todas formas, no es en el sureste donde se localizan la mayor parte de las espadas de tipo B1, sino en la propia Celtiberia. Aunque algunos de sus ejemplares pueden ser más bien tardíos (en especial los de la serie B1.3 y algunos de la serie B1.2), no faltan ejemplares del siglo IV a.C. en las necrópolis de Gormaz (1093), Osma (1124) y, sobre todo, Arcóbriga (1005, 1007 y 1012).

Lo interesante de la dispersión del grupo B1 es la inexistencia de hallazgos al norte del Ebro (lo que implica la desaparición del foco del Ebro Medio que advertíamos en las piezas más antiguas del grupo A), y su limitación a las regiones celtibérica y del sureste, con tan solo algún ejemplar documentado en la necrópolis de La Peladilla (Utiel) (1137), que se encuentra en un territorio fuertemente influido por la cultura celtibérica y a medio camino de la región suroriental (Lorrio, 1997: 402). Por el contrario, la dispersión del **grupo B2 (Fig. 60B)**, muy estrechamente emparentado con el anterior, parece indicar un patrón distinto, con un sólido núcleo en la Celtiberia y una muy leve orientación hacia el suroeste, en territorio vettón, y con alguna extensión hacia las regiones célticas meridionales. Sin embargo, y a diferencia del tipo B1, no llegaría al sureste, quedando sus hallazgos más cercanos en el límite con el territorio ibérico, con un ejemplar registrado en La Peladilla (1136).

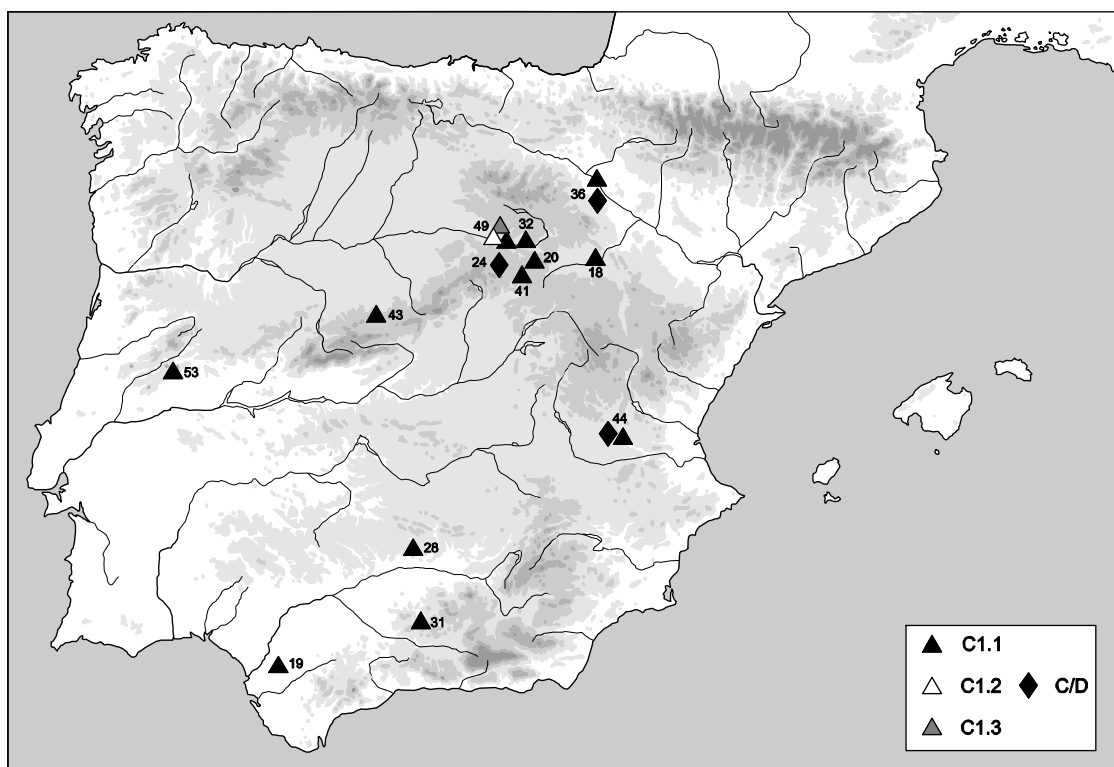


Fig. 61: Dispersión de las espadas del grupo C en la Península Ibérica. 18: Arcóbriga; 19: Arcos de la Frontera; 20: Atance; 24: Carratiermes; 28: Despeñaperros; 31: Fuente Tójar; 32: Quintanas de Gormaz; 36: La Azucarera; 41: La Olmeda; 43: La Osera; 44: La Peladilla; 49: Osma; 53: Tapada das Argolas.

La dispersión del **grupo C (Fig. 61)** es muy similar a la anterior, con cierto alcance hacia las regiones occidentales (incluida la Lusitania) y limitando igualmente por el sureste al norte del río Júcar, pero en esta ocasión se aprecia una cierta expansión hacia el sur, en pleno territorio ibérico.

De entre todos los grupos el **grupo D** es sin duda el de más amplia distribución en la Península Ibérica, en particular por el papel desempeñado por estas armas en relación con las conquistas púnica y romana. Al igual que los demás grupos, el foco principal se encuentra en la Celtiberia, especialmente en las versiones más tempranas (D1.1 y D1.3), aunque esta vez sus hallazgos alcanzan el suroeste, el territorio ibérico en el sureste y Alta Andalucía, e incluso Levante y Cataluña. Se nota sin embargo su ausencia en la región septentrional vettona, el territorio vacceo (al igual que los otros tipos) y el Ebro Norte.

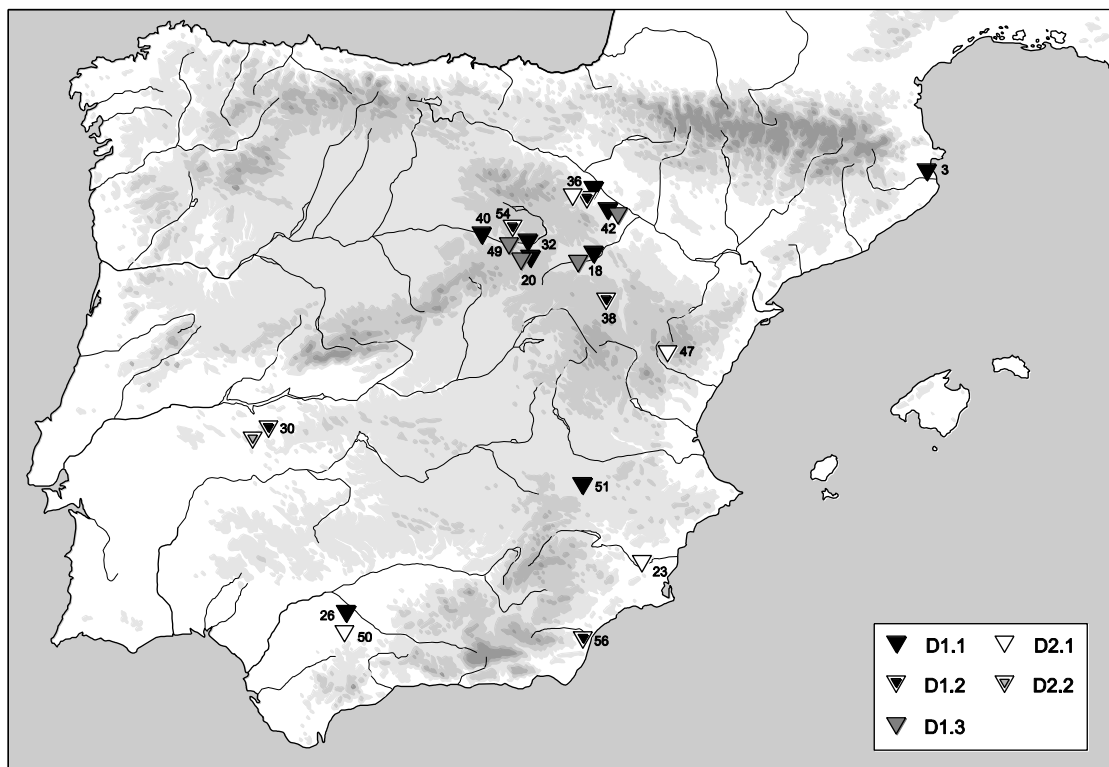


Fig. 62: Dispersión de las espadas del grupo D en la Península Ibérica. 3: Les Corts; 18: Arcóbriga; 20: Atance; 23: Cabecico del Tesoro; 30: El Romazal; 32: Quintanas de Gormaz; 36: La Azucarera; 38: La Caridad; 40: Langa de Duero; 42: La Oruña; 47: Mas de Barberán; 49: Osma; 50: Osuna; 51: Pozo Moro; 54: Ucero; 56: Villaricos.

La expansión de los grupos tardíos

Si los mapas de las figs. 59 y 60A reflejan, *grosso modo*, la dispersión de las espadas durante el periodo inicial de La Tène, el resto vienen a ofrecer una imagen más o menos precisa de lo que fuere la distribución de estas armas desde el inicio de los conflictos a gran escala durante la Segunda Guerra Púnica hasta las campañas de Augusto: un foco principal en la Celtiberia y toda una serie de ejemplares salpicados por el territorio peninsular. El periodo de máxima expansión de las espadas La Tène celtibéricas coincide pues con el de la propia expansión de los celtíberos hacia el suroeste y su implicación en conflictos bélicos de gran envergadura. Estos movimientos de población han sido objeto de estudio por parte de Martín Almagro-Gorbea en el marco de un trabajo más amplio dedicado a las migraciones célticas en la Península Ibérica (Almagro-Gorbea, 1995)⁴⁰². Basándose en indicios literarios, lingüísticos y arqueológicos en los que el armamento juega un papel destacado, Almagro-Gorbea advierte de lo tardío de los movimientos de población celtibéricos (*Ibid.*: 17), que podrían ser fruto de movilizaciones militares (ya fueran expediciones de fortuna encabezadas por jefes celtíberos, grupos de mercenarios empleados por los ejércitos romanos, púnicos o hispánicos, o contingentes en el cumplimiento de pactos de alianza o federaciones) o bien de desplazamientos pacíficos y colonizaciones (*Ibid.*: 15-17). Cualquiera de estas explicaciones podría justificar la presencia de espadas La Tène celtibéricas en uno u otro rincón de la península. De hecho, el mapa de dispersión de estas espadas en el Celtibérico Tardío es muy parecido al de los puñales bidiscoidales, que fueron precisamente las otras armas ofensivas que adoptó el ejército romano. La distribución de estos puñales es otro argumento repetidamente utilizado para apoyar la hipótesis de la celtización tardía de algunos territorios peninsulares⁴⁰³, pero, de cualquier modo, lo que nos interesa ahora es su paralelismo con las espadas La Tène como elemento alternativo y a veces complementario en las panoplias alrededor del

⁴⁰² Véase también: Lorrio y Ruiz, 2005, que reúne la bibliografía posterior al trabajo de Almagro.

⁴⁰³ Almagro-Gorbea y Torres, 1999; Lorrio, 1997: fig. 8, B.

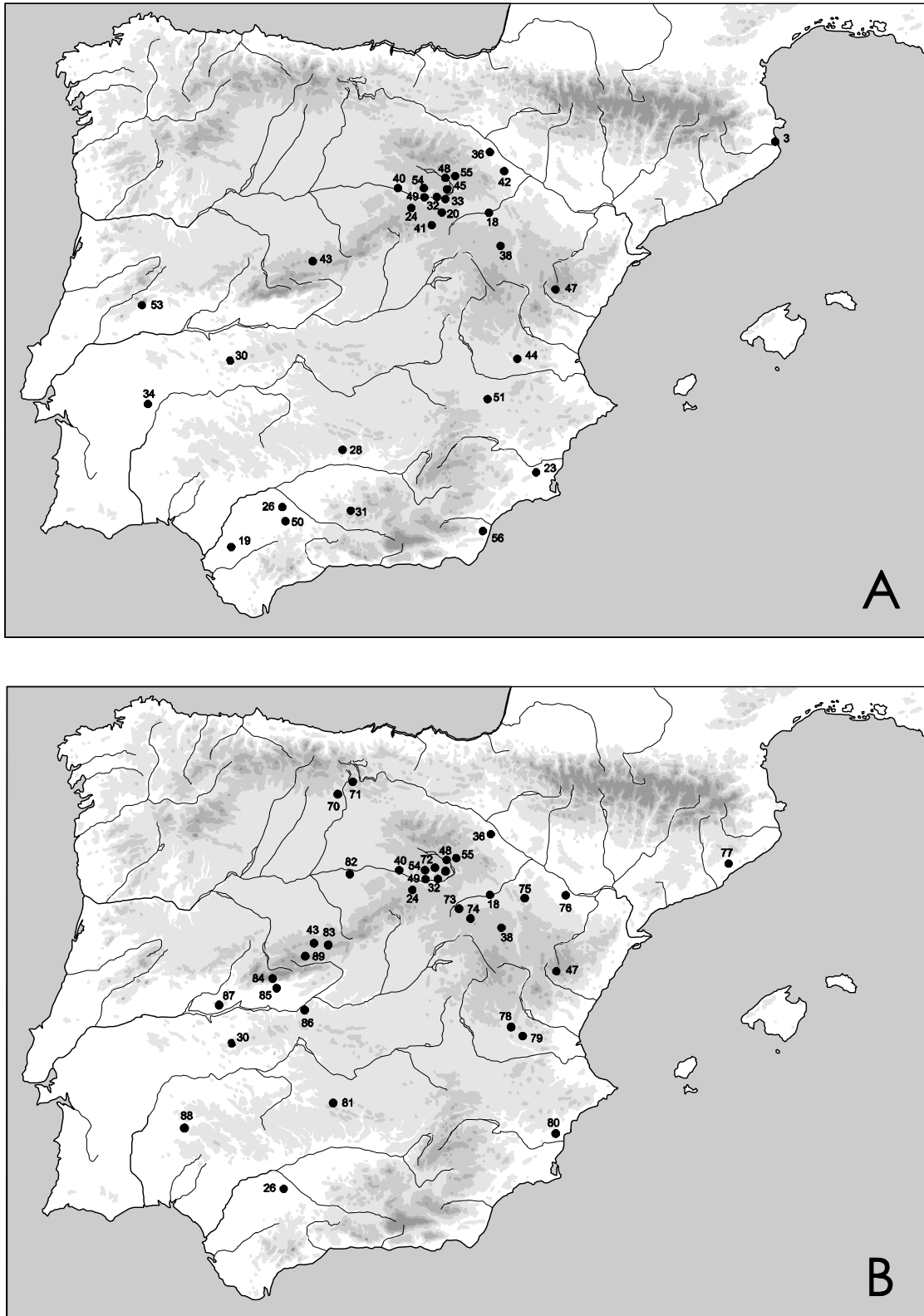


Fig. 63: A: Dispersión de las espadas La Tène celtibéricas desde inicios del siglo III a.C. hasta época augustea (todos los tipos excepto grupo A y tipo B1.1). B: Dispersión de los puñales bidiscoidales, a partir de Kavanagh, 2008: Fig. 2, omitiendo los hallazgos en contextos augústeos o posteriores (cuadrados en el original) y renumerando los yacimientos para adaptarlos a los mapas anteriores. (En negrita, yacimientos coincidentes en A y B).

3: Les Corts; **18: Arcóbriga**; 19: Arcos de la Frontera; 20: Atance; 23: Cabecico del Tesoro; **24: Carratiermes**; **26: Cerro de las Balas**; 28: Despeñaperros; **30: El Romazal**; 31: Fuente Tójar; **32: Quintanas de Gormaz**; 33: La Requijada de Gormaz; 34: Herdade das Casas; **36: La Azucarera**; **38: La Caridad**; **40: Langa de Duero**; 41: La Olmeda; 42: La Oruña; **43: La Osera**; 44: La Peladilla; 45: La Revilla; **47: Mas de Barberán**; **48: Numancia**; **49: Osma**; 50: Osuna; 51: Pozo Moro; 53: Tapada das Argolas; **54: Ucero**; **55: Renieblas**; 56: Villaricos; 70: Herrera de Pisuerga; 71: Monte Cildá; 72: Calatañazor; 73: Aguilar de Anguita; 74: Ciruelos; 75: Castellares de Herrera de los Navarros; 76: Azaila; 77: Turó del Vent; 78: El Molón; 79: Punto de Agua; 80: Elche; 81: La Bienvenida; 82: Las Ruedas; 83: Cogotas; 84: El Raso; 85: Dehesa del Rosarito; 86: Manzanas; 87: Cáceres el Viejo; 88: Castrejón de Capote; 89: Ulaca.

territorio hispánico. La **Fig. 63A** sintetiza los yacimientos con espadas La Tène desde el momento de su auge máximo a inicios del siglo III a.C. hasta la época augústea, incluyendo por tanto los que cuentan con hallazgos de los grupos B (a excepción del tipo B1.1, que es anterior)⁴⁰⁴, C y D. La **fig. 63B** procede de un detallado estudio recientemente publicado sobre el puñal bidiscoidal (Kavanagh, 2008) e incluye por tanto una imagen actualizada de la dispersión de estas armas, cuyo origen, cronología y desarrollo histórico es plenamente comparable al de la mayoría de espadas La Tène peninsulares. Si comparamos ambos mapas (teniendo en cuenta que la fig. 63A no refleja los hallazgos de espadas con tipologías del noreste), advertimos una dispersión muy similar entre las dos armas, a menudo coincidiendo en los mismos yacimientos e incluso en las mismas panoplias⁴⁰⁵. La diferencia más netamente apreciable la constituye sin duda la escasez de hallazgos de espadas La Tène en la Meseta occidental, con una presencia muy escasa en la región septentrional vettona y totalmente nula en el Duero Medio (ámbito vacceo) y Alto Ebro-Alto Pisuerga⁴⁰⁶. No hay duda de que tal escasez en estos territorios tiene mucho que ver con las preferencias tácticas de sus gentes, cuyo rechazo a las armas de hoja larga es bien patente en la constitución de sus panoplias. Otro indicio curioso en la comparación de ambos mapas podría intuirse en la presencia de espadas La Tène en los yacimientos tardíos del sureste, donde apenas llegaron los puñales bidiscoidales. Esta apreciación, aunque todavía débil a falta de otros hallazgos que la confirmen, podría tener relación con la adopción romana (y puede que también púnica) de la espada La Tène celtibérica en un periodo anterior a la

⁴⁰⁴ Véase una justificación detallada en: *infra*, III.C.3 y III.F.

⁴⁰⁵ Sobre este tipo de asociaciones, *vide infra*, VII.C.

⁴⁰⁶ Esta última región con amplias conexiones armamentísticas con el foco vacceo, aunque poco a poco vienen intuyéndose algunas peculiaridades. Sobre este particular, una visión sintética en: Sanz, 2002.

adopción del *pugio* y del desplazamiento de los principales escenarios bélicos de las regiones litorales hacia el interior⁴⁰⁷.

De este modo, la secuencia distributiva de las espadas La Tène peninsulares (a excepción de las del noreste), quedaría como sigue:

- 1) Un primer periodo, muy precoz, entre La Tène A y la transición a La Tène B1 centrado en tres focos distintos: Ebro Medio, Celtiberia y Sureste, no sabemos si como respectivos focos de origen o como receptores de las armas de otras regiones.
- 2) Un segundo periodo, durante La Tène B y La Tène C1, centrado en la Celtiberia y con un alcance limitado hacia el sureste, el área septentrional vettona y quizás, puntualmente, otras regiones más alejadas.
- 3) Un último periodo, entre La Tène C2 y La Tène D, marcado por una mayor dispersión de estas espadas, cuya repercusión territorial se explica, por una parte, por su adopción romana como *gladius hispaniensis* y, por otra, por la propia movilización de tropas y población celtibérica inmigrada a otras regiones peninsulares.

Posibles talleres de origen

Admitiendo el origen celtibérico de la mayoría de los tipos, cabe preguntarse sobre la existencia de posibles talleres de producción de estas armas merced a las aparentes preferencias de una u otra localidad o región de la Meseta oriental por algunos modelos concretos. Así, por ejemplo, llama la atención la predilección por las espadas de hoja recta en yacimientos que cuentan con cronologías avanzadas compatibles con las espadas La Tène de hoja pistiliforme, como Arcóbriga (un solo caso del tipo D, lo que es una proporción muy baja en un yacimiento tan rico) (**fig. 64**), Gormaz (*idem*) o Numancia; este último con exclusividad de las guardas con hombros bajos, de las distintas variantes del grupo B. A la inversa, resulta muy sugerente el fuerte peso de las deposiciones de espadas con hoja pistiliforme en la necrópolis de Las Horazas, en

⁴⁰⁷ *Vide infra*, III.E. En cuanto a la adopción del *pugio* durante las guerras celtibéricas, véase Kavanagh, 2008: 74-77, con una argumentación completa.

Atance; en especial igualmente las versiones con guarda baja (D1.3), que son casi inexistentes fuera de este yacimiento⁴⁰⁸. Atance es conocido precisamente por su costumbre de cruzar atributos propios de las espadas La Tène con los de las espadas de antenas, tal y como demuestran los hallazgos de espadas del tipo A4 y la serie A3.2. Este tipo de intercambios tipológicos está sin duda relacionado con el origen del grupo D a partir de prototipos del grupo B anteriormente existentes en la Celtiberia, a los que sencillamente se les aplica una forma distinta en la hoja. Es posible pues, dada la distribución de este tipo de espadas, que su foco original se centrara en territorio belo/tito, si no en el propio Atance, quizás sí en el Alto Henares.

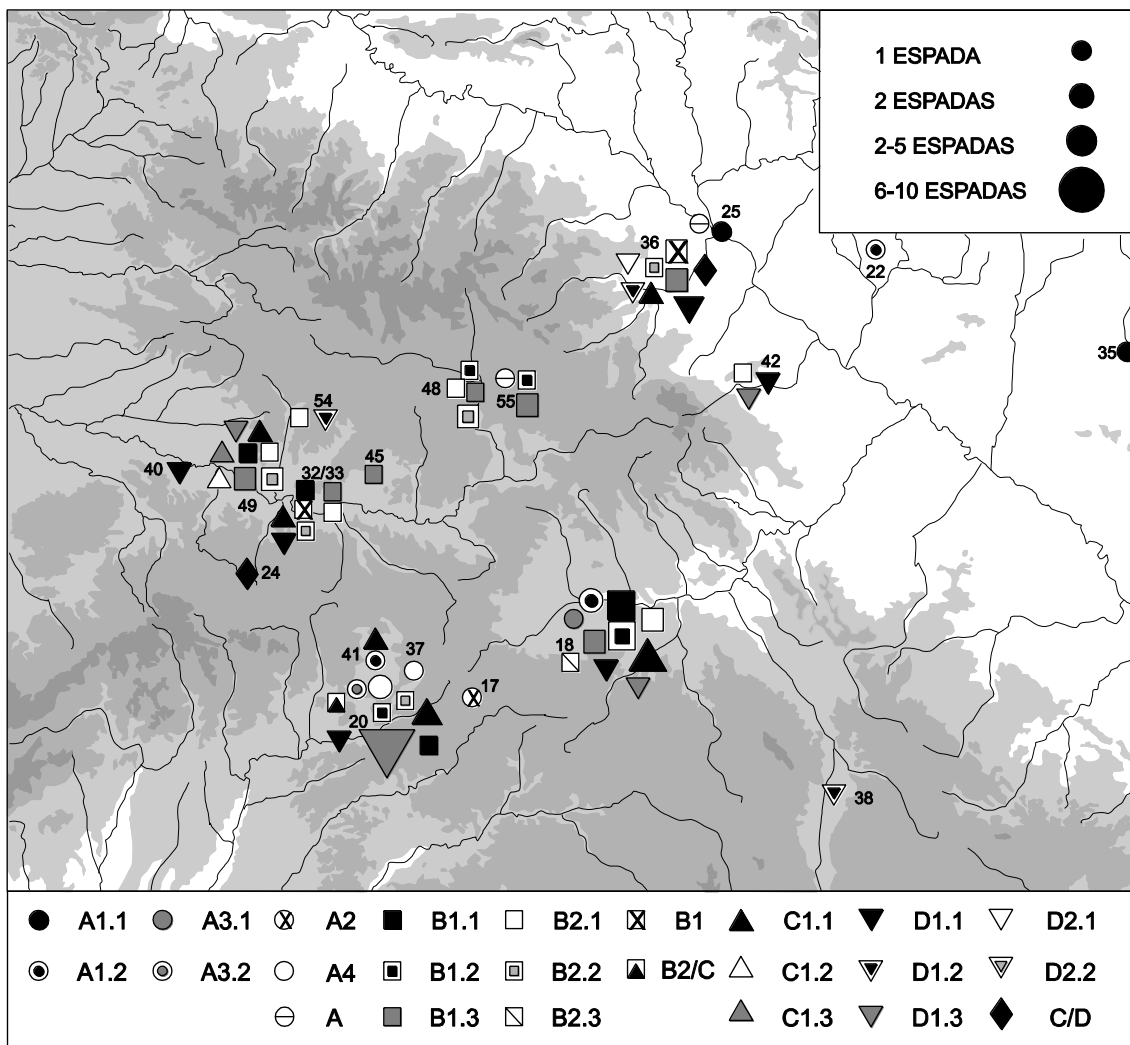


Fig. 64: Dispersión por tipos de los hallazgos en la Meseta Oriental. 17: Aguilar de Anguita; 18: Arcóbriga; 20: Atance; 22: El Busal; 24: Carratiermes; 25: Castillo de Castejón; 32: Quintanas de Gormaz; 33: La Requijada de Gormaz; 35: Huesca; 36: La Azucarera; 37: Tesoro de Carabias; 38: La Caridad; 45: La Revilla; 48: Numancia; 49: Osma; 54: Uceró; 55: Renieblas.

⁴⁰⁸ Vide supra, III.C.1.

Existe de hecho un hallazgo que deja constancia de la actividad metalúrgica de la región: se trata de un depósito ritual hallado casualmente en Atance en 1980 en el decurso de actividades agrícolas, y consistente en un grupo de herramientas e instrumental de herrero colocados en el interior de una caja de plomo enterrada (Arenas, 2000). Entre los objetos más destacables se encuentra un morillo de hierro con apéndices zoomorfos que ha sido utilizado como principal indicio para fechar el conjunto (*Ibid.*: 85). El autor de su publicación subraya la influencia de la cultura La Tène (que vendría evidenciada por el morillo) y concluye la presencia de artesanos itinerantes procedentes de otras regiones europeas para abastecer la demanda de las élites locales. Como veremos más adelante, en especial cuando hablemos de las implicaciones tipológicas de las vainas⁴⁰⁹, no nos parece necesaria la existencia de un vínculo directo con el mundo celta de La Tène para explicar la presencia de objetos con influencia de su cultura material en este territorio. De hecho, en las propias producciones armamentísticas celtibéricas se intuye más bien lo contrario, mostrando claros signos de la interpretación indígena de estas armas, que cuentan con evidentes huellas de conservadurismo tipológico. Tampoco estamos de acuerdo con la fecha propuesta para el conjunto, *c. s.* I a.C.- primera mitad del siglo I d.C., cuando uno de los paralelos más cercanos sugeridos en el mismo trabajo procede de la sepultura 514 de La Osera (*Ibid.*: 80 y fig. 6), que es fechable entre los siglos IV y III a.C. Una cronología similar (*s.* III a.C.) es también aceptada para el morillo del Puig Castellar (Sta. Coloma de Gramenet), con una decoración zoomorfa más compleja (Sanmartí, 1994: 344). Atendiendo a estos indicios, es posible que la datación del conjunto corresponda al siglo III a.C., un momento compatible con la producción de espadas La Tène tan abundantes en las deposiciones funerarias de la necrópolis de Las Horazas.

Existen además otras evidencias de la fabricación celtibérica de espadas La Tène; en esta ocasión en el poblado de Langa de Duero, en territorio arévaco. Entre el destacable conjunto de armas y herramientas agrícolas halladas en este yacimiento destacan dos lingotes de hierro con espiga y barra de sección rectangular preforjados para la fabricación de espadas La Tène (Taracena, 1929: 44 y fig. 25, 6-7). Este tipo de lingotes, que se conocen habitualmente con el nombre de “*currency bars*”, están muy bien documentados en contextos célticos continentales (Brunaux y Lambot, 1987: 29-30; Bonnamour, 2009: 139-143 y fig. 6), donde suelen aparecer en lotes. Uno de los

⁴⁰⁹ *Infra*, III.C.3.

ejemplares de Langa (Taracena, 1929: Fig. 25,6) es especialmente curioso, con una forma muy ancha en los hombros y muy estrecha en su parte distal, sin duda preparado para la forja de una espada del grupo D.

Complementando estos datos arqueológicos, contamos con algunas fuentes literarias antiguas que aluden de forma indirecta a las técnicas de fabricación y a la gran calidad de las espadas La Tène hispánicas. Así, por ejemplo, Diodoro (V, 33,4) mencionaba que los artesanos celtíberos *“esconden, en efecto, bajo tierra las láminas de hierro y las dejan allí hasta que, con el paso del tiempo, la herrumbre ha devorado la parte débil del hierro y ha dejado la más dura, con la que preparan excelentes espadas y los demás pertrechos de guerra. El arma preparada de este modo raja todo cuanto encuentra a su paso, dado que no hay escudo ni yelmo ni hueso que resista su golpe debido a la calidad excepcional del hierro”*. Por su parte, Filón de Bizancio refiere en su tratado sobre mecánica de mediados del siglo III a.C.⁴¹⁰, que los celtas e hispanos, para probar la flexibilidad de sus armas, colocaban la hoja sobre la cabeza y la doblaban con las manos hasta que tocaban los hombros (*Belopoeica*, 71, 5-35), lo que *a priori* sólo es posible con hojas largas (65-70 cm) como las de las espadas La Tène. Aunque bien es cierto que el comentario no deja de ser algo exagerado (*cf.* Quesada, 1997: 270-271), es interesante el interés del autor por explicar tal fenómeno a partir de las técnicas de fabricación empleadas, en lo que en sí constituye una lección bastante básica de la tecnología del hierro y su proporción ideal de flexibilidad y dureza: *“...los que lo investigaron, encontraron primero el hierro extraordinariamente puro, trabajado después al fuego de manera que no tenga ninguna paja ni ningún otro defecto, ni quede el hierro ni excesivamente duro ni demasiado blando, sino un término medio. Después de esto lo golpean repetidamente en frío, porque de esta manera le dan flexibilidad. Y no lo forjan con grandes martillos ni con golpes violentos, porque los golpes violentos y dados oblicuamente tuercen y endurecen demasiado las espadas en todo su grueso, de tal manera que, si se intentase torcer las espadas así forjadas, o no cederían en absoluto o, se romperían violentamente por lo compacto de todo el espacio endurecido por los golpes”*... *“Golpeábamos pues las láminas en frío por ambas caras, y se endurecían sí una y otra superficie, en tanto que la parte media quedaba blanda por no haber llegado a ella los golpes, que en el sentido de la profundidad eran ligeros. Y*

⁴¹⁰ μηχανική σύνταξις.

*como quedaban compuestas de tres cuerpos, dos duros, y uno en medio, más blando, por esta razón su flexibilidad era tal como arriba se ha indicado*⁴¹¹.

En conjunto, resulta curiosa la valoración positiva de las fuentes, contrastando de forma ostensible con la información relativa a las espadas La Tène de los galos, que resalta la mala calidad de las mismas. Según Polibio (II, 33, 3), una fuente muy influyente en la Roma republicana y altoimperial, *“se ha notado ya que, por su construcción, las espadas galas sólo tienen eficaz el primer golpe, después del cual se mellan rápidamente, y se tuercen de largo y de ancho de tal modo que si no se da tiempo a los que las usan de apoyarlas en el suelo y así enderezarlas con el pie, la segunda estocada resulta prácticamente inofensiva”*⁴¹². En realidad, el comentario es también una exageración que no hay que tomar al pie de la letra, puesto que resulta difícil de creer que los artesanos galos, con una larga tradición en la forja de espadas, fueran así de incompetentes, y que además los guerreros que las empleaban persistieran en el uso de estas armas (sin duda las más representativas de su panoplia) teniendo en cuenta los apuros que podían ocasionarles en el decurso de un enfrentamiento en el que se jugaban la vida y quizás algo más.

De cualquier modo, no hay pruebas concluyentes sobre la buena o mala calidad de las armas hispánicas y celtas⁴¹³, así que estas referencias pueden quedar en simples anécdotas hasta que contemos con una muestra numéricamente importante de análisis arqueometalúrgicos que nos orienten sobre la composición y las técnicas de forja de las hojas de uno y otro lado de los Pirineos.

⁴¹¹ *Fontes Hispaniae Antiquae*, 1925: frag. 46, 226-227.

⁴¹² En el mismo sentido otro fragmento del *Vidas Paralelas* de Plutarco (*Camilo*, 41, 5): *“Aquéllos [los celtas] se lanzaron a su encuentro con las espadas levantadas; éstos [la infantería romana] les hacían frente con sus jabalinas y ofrecían a los golpes sus piezas reforzadas de hierro, haciendo rebotar el hierro de aquéllos, que era blando y débilmente cincelado, de modo que sus espadas se doblaban enseguida y se partían en dos...”*.

⁴¹³ Sobre esta cuestión en las espadas La Tène continentales, véase Pleiner, 1993; especialmente págs. 157-164.

III.C.3: La problemática de las vainas en las espadas La Tène peninsulares

Como ya hemos insistido en repetidas ocasiones, la vaina de la espada La Tène es el elemento más útil para reconocer la tipología y la evolución cronológica y tecnológica de estas armas. En la Península Ibérica, al igual que venimos viendo hasta ahora en las espadas, hay dos comportamientos bien diferenciados tanto en la forma de suspensión como en la composición básica de las partes de sus vainas. A continuación, vamos a centrar nuestra atención en este segundo aspecto, para más adelante preguntarnos por el tema de las suspensiones⁴¹⁴, sin olvidar sin embargo en la presente argumentación el papel que jugaron estas en la caracterización regional de la evolución de las vainas, puesto que en algunos casos resultó ser determinante.

Pocos son los ejemplares de espadas en el noreste que no van acompañadas de vainas de hierro enterizas (García Jiménez, 2006: 101), y lo más probable es que, de ser así, se trate de piezas aisladas cuyo hallazgo fuera parcial. En todo caso, lo que sí está claro es que en este territorio las vainas responden a los mismos patrones y esquemas morfológicos que las espadas La Tène continentales. Aunque se observen algunos signos de transformación local en estos soportes, en ningún momento se traiciona la idiosincrasia original de su construcción a dos placas de hierro solapadas, contera y hembra⁴¹⁵. Por esta razón, y como ya nos hemos ocupado en otros capítulos de la morfología de este tipo de vainas, no vamos a insistir en las peculiaridades de las vainas del noreste, sino que vamos a centrarnos en el resto del territorio peninsular, cuyas divergencias y alternativas subyacentes resultan ser mucho más complejas.

Es algo sabido y aceptado que la mayoría de las espadas La Tène fuera del foco catalán, y especialmente las celtibéricas, aparecieron sin resto alguno de vaina enteriza, y sólo un puñado de ellas con este tipo de vaina o bien con algún escaso elemento metálico⁴¹⁶.

⁴¹⁴ *Vide infra*, III.D.

⁴¹⁵ Debido a las connotaciones de sus vainas, estas espadas figurarían en el trabajo de Schüle (1969: 105) como “verdaderas espadas La Tène” y serían clasificadas de forma casi exclusiva en el tipo VIIA de la obra de Quesada (1997: 254).

⁴¹⁶ Quesada, 1997: 253.

Del estudio que venimos realizando (**fig. 65**), se desprende que sólo el 22% (38 ejemplares) de las espadas registradas conservan algún tipo de resto de vaina. Aunque parecen proporcionalmente pocas, no son tan escasas como hasta ahora se viene considerando. De hecho, nada menos que 24 de esas espadas contaron indudablemente con vainas enterizas, un número ya bien alejado de las ocho que citara Alberto Lorrio en 1997 (Lorrio, 1997: 180), siendo el autor que más ejemplares mencionaba entonces (*cf.* Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 317-320).

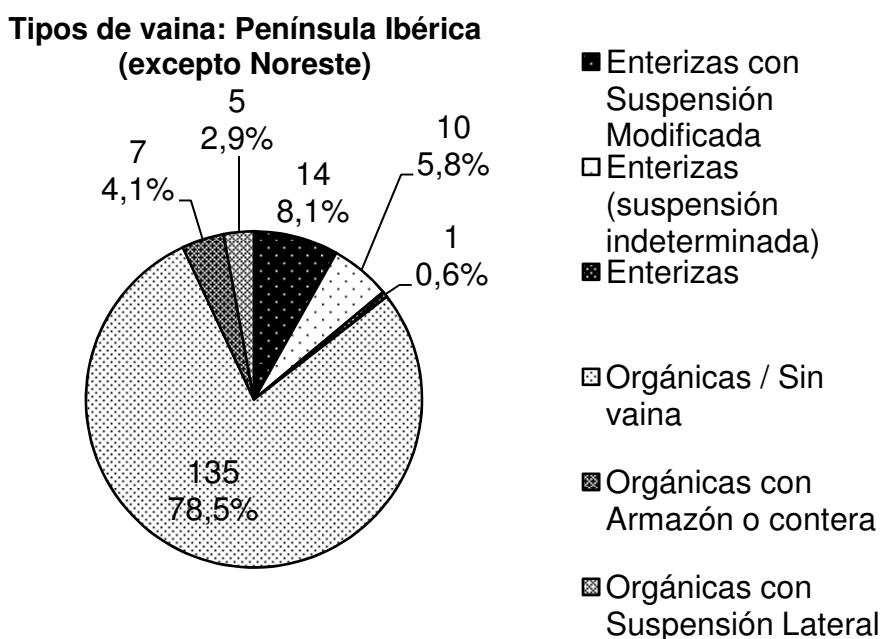


Fig. 65: Proporción del tipo de vainas empleadas en las espadas de influencia La Tène en la Península Ibérica a excepción del noreste.

En este estudio, diferenciamos las vainas enterizas que cuentan con suspensiones modificadas (esto es: con piezas para el anclaje de anillas laterales, que representamos en la base de datos con las siglas “SM”) de las que no han conservado resto alguno de estas (que designamos “(E)” por “enterizas”; el paréntesis indicando la posibilidad de pertenecer al grupo anterior). En realidad, lo más probable es que la mayor parte de las vainas de este último grupo pertenezcan al primero, pero al no haber quedado evidencias de la parte de la vaina donde se sujetan los goznes, no hay forma de demostrar tal cosa. Sólo un caso fuera del territorio nororiental tiene la vaina enteriza completa y no incorpora placas para la suspensión lateral por anillas: el ejemplar de la sepultura nº 7 de Baza (1075). El contexto de hallazgo en la necrópolis granadina, y por

tanto fuera del circuito habitual de este tipo de espadas, además del hecho de que la vaina apareciera despojada de su espada y junto a un puñal de antenas subraya el carácter singular de este hallazgo, quizás en relación con intercambios de prestigio.

Además de los 12 ejemplares con suspensión modificada, centrados en el grupo A y el tipo B1.1 y fundamentalmente en la región celtibérica, existe uno que trasciende las fronteras peninsulares para aparecer más allá de los Pirineos como parte del ajuar de una tumba inédita de la necrópolis de Ensérune (Hérault) (García Jiménez, 2006: 49 y nota 89; Rapin, 2008: 254)⁴¹⁷. La existencia de este ejemplar viene a confirmar la dinámica relación Norte-Sur de este tipo de armamento, que también está bien ejemplificada en las falcatas documentadas en otros conjuntos de la misma necrópolis (Jannoray, 1955: 397 y fig. 41).

El resto de las vainas con elementos metálicos es de más compleja clasificación. Aquí hemos utilizado dos valores distintos: uno para designar las vainas orgánicas con restos de suspensión lateral (OSL), que no creemos que necesariamente tuvieran armazón de hierro, y otro para designar precisamente aquellas que protegen sus ejes con cañas de hierro (AR), al estilo más habitual en la protohistoria peninsular. En el primer grupo incluimos ejemplares con contextos y cronologías muy distintos, como los dos ejemplares de La Osera (1119 y 1121) o el de la sepultura 560 de Villaricos (1155), pero sin duda el ejemplar más curioso corresponde al inédito de la sepultura 395 de Cigarralejo (1087)⁴¹⁸. Se trata de una pieza en exceso fragmentada, de tipo indeterminado, de la que se conservan varios fragmentos de la hoja de la espada, dos correspondientes a sus abrazaderas de suspensión, de tipo envolvente, además de los restos de una contera de hierro verdaderamente singular y de fabricación compleja. Al parecer, la ausencia del remate se supliría por una placa ovalada envuelta en una arandela, sobre la que enlazarían el cuerpo de la contera y unos refuerzos centrales en forma de simples tiras longitudinales que se encajarían mediante remaches en la parte distal y una especie de “botones” en la embocadura (**Fig. 66**). Esto vendría a representar un ejemplo idóneo de la distancia cultural de estas vainas con sus parientes europeas de La Tène, y la “libertad experimental” de algunos artesanos a la hora de producir estas

⁴¹⁷ Se trata de un fragmento de vaina con un anclaje conservado, sin anilla, correspondiente al sistema lateral “en pinza”. No se conoce fecha para esta tumba por pertenecer a conjuntos mezclados, procedentes de las antiguas excavaciones de Felix Mouret (Thierry Lejars, com. pers.).

⁴¹⁸ Citado en: Quesada, 1997: 855.

piezas para sus espadas. En cualquier caso, no hay duda de que la complejidad de este elemento es tan notable como innecesaria y chapucera.

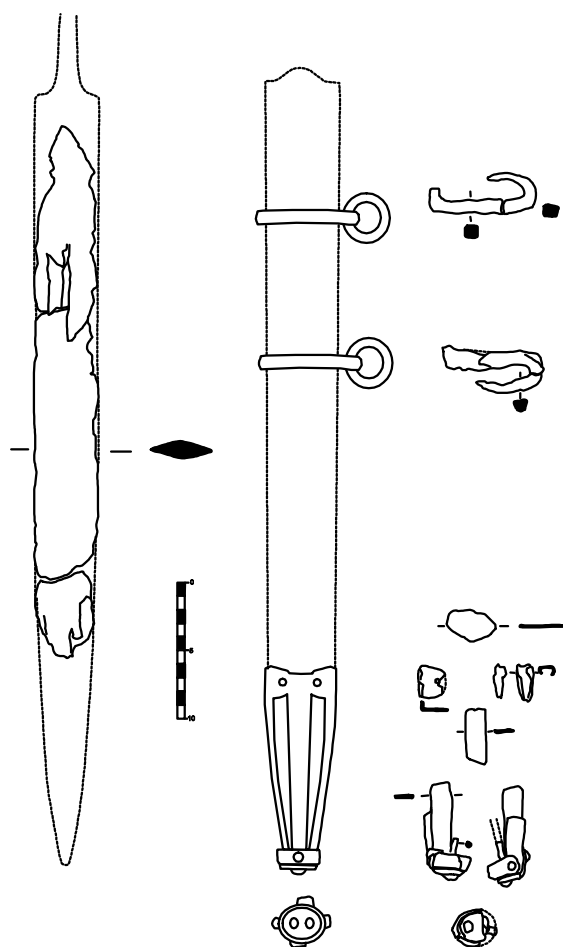


Fig. 66: Fragmentos de espada y vaina de la sepultura 395 de Cigarralejo (1087) y restitución de su posible aspecto original a partir de los elementos recuperados.

Respecto a los ejemplares clasificados en el grupo de las vainas con armazón de hierro, son en algunos casos dudosos, y engloban piezas que sólo cuentan con conteras (1080 y 1148) o elementos de la suspensión (1107 y 1134) pero no de su ensamblaje. Sin embargo, la relación de estas piezas con el tipo D2, a su vez relacionado con el *gladius hispaniensis* y, consecuentemente, con un tipo de vainas de distinto género, aconseja incluirlas provisionalmente en este grupo. De las piezas que sí han conservado restos de cañas del armazón, dos corresponden también a este mismo tipo, mientras que el otro parece ser más bien una rareza (1157, de la sepultura 174 de Villaricos) que su lamentable estado de oxidación no ayuda a descifrar. Sea como fuere, ninguno de los ejemplares documentados permanece completo, sino que su fragmentación

general es bastante importante, de modo que los detalles sobre su sujeción, embocadura o contera quedan lamentablemente oscurecidos.

El resto de vainas, sin fragmento metálico alguno conservado, las hemos clasificado como “orgánicas”, puesto que aunque una parte de ellas corresponda quizás a otros grupos habiendo perdido sus restos, no creemos probable que lo mismo haya ocurrido con todas ellas, sobre todo teniendo en cuenta que las halladas en excavaciones recientes⁴¹⁹, en principio más cuidadosas en la recuperación de pequeños fragmentos, no

⁴¹⁹ Por ejemplo las de la necrópolis de Numancia (Jimeno *et alii*, 2004) o Utero (García-Soto, 1988 y 1990).

han mejorado en mucho este panorama. En cuanto a la opinión de los distintos autores sobre este aspecto, no hay una visión unánime, aunque tiende a pesar más la hipótesis de la fabricación a partir de materiales orgánicos que otras alternativas. Así, por ejemplo, Quesada argumenta que estas espadas “*o se depositaron sin vaina – contrariamente a lo habitual en otros tipos de espada o puñal – o carecían de vaina enteriza, que hubiera dejado más restos*” (Quesada, 1997: 253), y menciona que su tipo VIIC consta de “*vainas de materia orgánica*” (*Ibid.*: 252), otorgando precisamente a las vainas un papel de primer orden en su clasificación. En el mismo sentido se manifiestan otros autores (Jimeno *et alii*, 2004: 236; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 317), pero la mayoría, aunque parecen coincidir en la misma idea, no lo mencionan de forma explícita y se limitan a insistir en que el grueso de los hallazgos no incluyen ningún tipo de resto (Schüle, 1969: 105; Cabré, 1990: 216; Lorrio, 1997: 180). En el extremo opuesto de esta corriente, Majolie Lenerz de Wilde se cuestiona la posibilidad de que las vainas fueran enterizas y se descartaran en el ritual funerario (Lenerz, 1991: 79), lo que no nos parece adecuado por las razones esgrimidas más arriba, que coinciden con las de Quesada (*supra*). Esta autora está además relacionada con otra idea que también rechazamos y que ha tenido una importante repercusión en la bibliografía reciente: que las vainas enterizas celtibéricas son en su mayoría importaciones europeas a las que se les ha añadido dos placas de suspensión con anillas para adaptarlas al gusto local (Lenerz, 1986: 273; 1991: 84 y 2000-2001: 324; Lorrio, 1997: 180; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 455)⁴²⁰. Dicha hipótesis se basa principalmente en el análisis tipológico de la vaina de la sepultura D de Gormaz⁴²¹ (1093) y su decoración con una lira zoomorfa, que es un patrón muy europeo. Sin embargo, y aunque aceptamos que este y otros muchos indicios en esta y otras vainas peninsulares son idénticos a sus contemporáneos del otro lado de los Pirineos, no vemos razón alguna para que tuvieran que ser producidas en el exterior, sobre todo teniendo en cuenta que tanto las constantes morfológicas como la decoración de la lira zoomorfa (Ginoux, 2007: *passim*) son esquemas que se repiten incesantemente en regiones europeas muy alejadas las unas de las otras, sin que ello signifique que todas ellas procedan de un foco único⁴²². De hecho,

⁴²⁰ Quesada, 1997: 255 admite la posibilidad que sus vainas del tipo VIIB sean “*una copia fiel de armas foráneas – incluyendo la decoración - , pero añadiendo al sistema galo de suspensión por hembrilla o “pontet” el tradicional sistema ibérico de anillas al que sin duda estaban más acostumbrados*”.

⁴²¹ *Vide supra*.

⁴²² La identificación de un taller original es cada vez más difícil de demostrar con el creciente incremento de hallazgos arqueológicos. En ocasiones, se ha hablado incluso de la circulación de patrones con las representaciones que servirían de modelo para estos dibujos (*Ibid.*: 117-118).

contamos con argumentos que nos parecen lo suficientemente sólidos como para rechazar el origen alóctono de estas vainas: Uno de ellos es precisamente el creciente número de ejemplares documentados: el peso relativo de las vainas enterizas con suspensión modificada (tipo Quesada VIIB) implicaría un flujo constante de importaciones durante un periodo de tiempo muy dilatado (de más de un siglo), lo que *a priori* no es muy práctico si se cuenta con la tecnología adecuada para fabricarlas, como está claro que ocurre en la Celtiberia. El segundo argumento tiene que ver con la propia estructura de las vainas. El sistema de suspensión lateral “en pinza” utilizado en la mayoría de ellas, implica el uso de remaches en la placa de reverso que no pueden sujetarse como es debido cuando la vaina está ensamblada, puesto que ello obligaría al desarme de las placas y la contera. La tercera razón está implícita en la propia argumentación de Lenerz al afirmar que las espadas autóctonas no pueden distinguirse de las importadas (Lenerz, 1991: 85)⁴²³, lo que a la práctica significaría una producción sobre los mismos patrones. La propia continuidad de algunos tipos de espada, como el B1.1 en versiones ya claramente autóctonas (B1.2, B1.3 y B2) vendría a reforzar la idea del empleo habitual de estas armas en épocas anteriores. Además, hay posibles indicios de la perduración de patrones todavía más antiguos en la fabricación de algunas vainas (visibles por ejemplo en las embocaduras en arista o curva en contextos en los que la fórmula exclusiva debió ser la acampanada), que apuntarían de nuevo hacia una tradición de forja muy anterior a la generalmente aceptada.

Estos leves indicios sugieren la fabricación autóctona de estos formatos sobre esquemas típicos de La Tène, mejor que una procedencia europea de los mismos, que, de existir, debió ser muy limitada. Lo cierto es que el trasfondo del problema de la visión de Lenerz es más cronológico que tipológico. En realidad, hasta la fecha se ha venido aceptando que las espadas La Tène llegarían a la Celtiberia en la segunda mitad del siglo IV a.C. en base a la pieza de Gormaz (Cabré, 1990: 216; Lenerz, 1991: 83; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 455), por lo que una corta fase de importaciones podría tener más sentido, pero ya hemos visto que algunos ejemplares del valle del Ebro y la Celtiberia remontan tipológicamente a La Tène A o a la transición de LT A a LT B1.

Siguiendo el hilo de esta hipótesis, la argumentación lógica nos lleva a pensar que, en un momento dado, tuvo lugar un importante cambio de rumbo en la fabricación de las

⁴²³ Aunque esta observación es sólo aplicable al grupo B de nuestra clasificación, pero no a los grupos C y D, que son morfológicamente distintos.

vainas celtibéricas: de su producción en hierro y según los criterios vigentes en todo el territorio europeo, al estancamiento en la evolución de sus espadas (desde un punto de vista de su proceso normal fuera de la Península Ibérica) y la sustitución del hierro de las vainas por materiales orgánicos (madera o cuero) sólo a veces reforzados por elementos metálicos. En nuestra opinión, la desaparición de las vainas metálicas en las producciones celtibéricas viene de la mano de su indiferencia respecto a las innovaciones más propiamente laténicas que tenían lugar simultáneamente en otras regiones europeas, puesto que incluso en los rasgos de sus espadas se adivina una ausencia prácticamente total de los esquemas típicos de La Tène II y III⁴²⁴. Así, el uso de vainas orgánicas en la Meseta y otros lugares de la Península se acompañaría esporádicamente de piezas metálicas (en especial las relacionadas con su suspensión), cuyo uso derivaría de la influencia de otros tipos de vaina autóctonos o de la puesta en práctica de una opción lógica en su manufactura artesanal. Sólo con la renovación de las influencias mediterráneas en las producciones hispanorromanas del *gladius hispaniensis* tendría lugar la generalización o, al menos, el uso reiterado de armazones metálicos envolviendo las partes orgánicas.

De metálicas a orgánicas

No es fácil adivinar las razones del abandono de las vainas metálicas en la Celtiberia, y sobre ello volveremos más adelante, cuando alcancemos mayor visión de conjunto respecto a las dinámicas culturales y sociales de la panoplia celtibérica, pero sí podemos intentar precisar en qué momento se produjo esta transición en base a las características tipológicas de sus espadas y de las escasas vainas metálicas recuperadas del periodo más clásico:

En primer lugar, las espadas del grupo B son las únicas que fosilizan los rasgos de una fase de desarrollo anterior con vainas metálicas en versiones posteriores con vaina orgánica. Ya hemos visto que la serie B1.1 responde a patrones tipológicos propios de la fase LT B1 (c. 380-325 a.C.), y que representa uno de los principales módulos del siglo IV a.C. Los grupos C y D, por el contrario, no cuentan con ejemplares dotados de

⁴²⁴ *Vide infra*, III.F.

vaina enteriza y se fechan en las tumbas celtibéricas e ibéricas siempre en momentos más avanzados⁴²⁵.

Sin embargo, con el grupo A ocurre justamente lo opuesto, pues no hay evidencias claras de su perduración en tipos locales sin vaina metálica en ninguno de sus tipos. El tipo A3, que representa otro de los estándares básicos del siglo IV a.C. (el “módulo pequeño”) parece que obtuvo, a la luz de los hallazgos hasta la fecha, escaso éxito en la Celtiberia, donde quizás no pudo competir con las espadas de antenas. Como bien sabemos, las espadas europeas del tipo “Hatvan-Boldog” que están detrás de la génesis del tipo A3 peninsular, arrojan fechas centradas en las últimas décadas de LT B1 y, sobre todo, a lo largo del periodo siguiente: LT B2, de modo que ahí tenemos un buen *terminus post quem*. El resto de los tipos del grupo A o bien son anteriores o tienen fechas dudosas, pero probablemente fueron ya descartados con anterioridad al abandono de las vainas metálicas.

A falta de más datos en otros elementos de la panoplia La Tène inexistentes en la Celtiberia (principalmente umbos y cadenas de suspensión), resulta complejo afinar el momento exacto en el que se produjo el rechazo de las vainas de hierro, pero quizás la cronología de algunas tumbas, como la sepultura 18A de Osma, puedan sugerirnos algo más, puesto que la espada de esta tumba es probablemente el ejemplar más moderno dotado de vaina enteriza. En efecto, la presencia de una fíbula de La Tène II⁴²⁶ en el ajuar avanza la cronología de su deposición al menos hasta los primeros estadios de La Tène C1, de modo que debemos pensar en una fabricación como mínimo en pleno periodo de LT B2 para este ejemplar y, por ende, para las últimas espadas celtibéricas con vaina metálica.

En consecuencia, y visto lo anteriormente referido, creemos que una fecha en torno a la transición del siglo IV al siglo III a.C. (hacia mediados de LT B2) sería la más adecuada para fechar el origen o, al menos, la generalización de las vainas orgánicas. Esa es precisamente la misma fecha aproximada que propone Lenerz para las primeras producciones autóctonas de la Meseta, que cree derivadas de las presuntas importaciones de la fase anterior (Lenerz, 1991: 85).

⁴²⁵ *Ibid.* nota anterior.

⁴²⁶ Según Fuentes, 2004: 84. Sin embargo, el tipo es más bien correspondiente a la transición de La Tène I y La Tène II, encajando con las características del Grupo 4, serie A de la clasificación de Cabré y Morán (Cabré y Morán, 1979: 17 y fig. 10; 1982: 17-19), que estos autores denominan “derivaciones locales evolucionadas del esquema de La Tène Antigua” y cuyos ejemplares más antiguos se fechan de inicios del siglo III a.C.

Las vainas orgánicas

Aunque hemos insistido repetidamente en la existencia de vainas orgánicas para la práctica totalidad de las espadas peninsulares fuera del territorio del noreste a partir del siglo III a.C., lo cierto es que apenas existen pruebas firmes en la pervivencia de fragmentos de estos materiales fosilizados entre el óxido de las hojas. En algunas (muy escasas) piezas, sí son evidentes estos restos, reconocibles por las líneas longitudinales de las estrías de la madera, pero como no contamos con datos sobre el análisis químico de ninguna hoja de espada, no existe información alguna sobre el tipo de madera usado o sobre el más que probable uso de otros materiales, como el cuero, para componer el cuerpo de las vainas o bien reforzarlo y dotarlo de elementos relacionados con su suspensión.



Fig. 67: Espada de Osuna, actualmente conservada en el Musée d'Archéologie National de Saint-Germain-en-Laye, en la que se aprecian restos de la madera de su vaina.

En particular, el caso de la espada de Osuna (1134) parece ser el más claro, mostrando en buena parte de su superficie evidentes indicios de la composición lignaria de su vaina (**fig. 67**). Huellas similares a estas aparecen pegadas a los fragmentos de espada del lote de La Azucarera (Iriarte *et alii*, 1997), pero en este caso no queda suficientemente claro, debido a la especial connotación de la deposición de este grupo de armas⁴²⁷, si pertenecieron a la vaina o bien a la madera de los escudos o de la leña con las que fueron apiladas y quemadas. Asimismo, es posible que algún otro ejemplar conserve otros restos, pero, si es así, no resulta igual de evidente. Lo que sí está claro es que ninguno de los ejemplares con algún resto observable

⁴²⁷ *Vide infra*, VII.B.

incluye información alguna sobre cómo se unían las planchas de madera o cómo se producía la suspensión de las vainas con anterioridad al *gladius hispaniensis*, cuyo sistema es ya reconocible a través de la espada de Osuna y otros muchos paralelos de fuera de la Península Ibérica.

No hay duda de que las causas de la ausencia de datos sobre las vainas orgánicas habría que buscarlas en el ritual funerario de incineración al que presuntamente fueron sometidas estas armas durante la cremación del cadáver al que acompañaban. Al igual que ocurriría con los escudos, cuyas evidencias arqueológicas quedan sólo reflejadas en sus elementos metálicos (umbos, orlas, manillas y otros), las vainas orgánicas y las empuñaduras de sus espadas se habrían perdido irremediabilmente en dicho proceso.

Sin embargo, lo que efectivamente llama la atención en el caso de las vainas celtibéricas es que su fabricación se produzca únicamente a base de materiales blandos, sin el concurso de refuerzos metálicos como los de la mayoría de las vainas de espadas y puñales peninsulares de origen autóctono.

La **fig. 68** representa un resumen de las distintas opciones utilizadas en la composición de las vainas de espadas y puñales hispánicos en la Segunda Edad del Hierro. De entre todas las opciones, la más habitual con diferencia es la de la vaina orgánica con armazón de hierro, que comparten la mayoría de las espadas meseteñas y algunas de origen ibérico, como las de frontón. Lo más sorprendente del caso es que la espada La Tène es la única en emplear preferiblemente vainas orgánicas sin el añadido de elementos metálicos, y, no sólo eso, sino que también es la única, que sepamos, en utilizar toda la gama de recursos disponibles: sólo hierro, sólo orgánicas y el uso combinado de ambas (armazón y otros elementos ocasionales). De todos modos, ya hemos visto que estas opciones son diacrónicas al menos en tres de estas fórmulas, solapándose en el tiempo sólo parcialmente: primero las enterizas con las orgánicas durante un corto periodo y, más adelante, las orgánicas con las vainas de armazón; esto último durante una fase quizás más prolongada, puesto que entonces dependen ya de dos focos de producción distintos.

Algo parecido a esto ocurre con otra arma celtibérica adoptada por los ejércitos romanos: el puñal bidiscoidal, cuya manufactura meseteña original se realizaría a partir de materiales orgánicos y cañas para el armazón, mientras que las versiones romanas imperiales usarían vainas de chapa metálica o bien completamente orgánicas

(Kavanagh, 2008: 56-63 y fig. 17). La trascendencia de este tipo de armas hacia otras culturas de distinto origen estaría sin duda implicada en la variedad de opciones manejadas. Así, la adaptación de la espada gala en un contexto celtibérico repercutiría a la larga en el uso de vainas orgánicas, mientras que su readopción por los ejércitos romanos tendría probablemente mucho que ver con el añadido de las cañas como refuerzos⁴²⁸.

ESPADAS Y PUÑALES	HIERRO ENTERIZA	ORGÁNICA	ORGÁNICA ARMAZÓN	ORGÁNICA ELEMENTOS METÁLICOS
ANTENAS (Tipo Echauri/Quesada II)				
ANTENAS (Tipo Aguilar de Anguita/Quesada III)				
ANTENAS (Tipo Alcacer do Sal/Quesada IV)				
ANTENAS (Tipo Atance/Quesada V)				
ANTENAS (Tipo Arcóbriga/Quesada VI)				
LA TÈNE (Noreste peninsular)				
LA TÈNE (Resto Península Ibérica)				
FALCATA				
FRONTÓN				
MIRAVECHE				
PUÑAL BIDISCOIDAL				
PUÑAL DE FRONTÓN				
PUÑAL DE ANTENAS				
PUÑAL MTE. BERNORIO				

Fig. 68: Síntesis de la estructura y composición de las vainas en los principales tipos de espada y puñal peninsulares a lo largo de la Segunda Edad del Hierro. Los rectángulos oscuros señalan la opción dominante. En gris, las opciones secundarias.

⁴²⁸ Aunque esta opción no fuera propiamente romana y procediera de la extensión de estos formatos comunes en distintas armas autóctonas (*vide infra*, III.E.).

Pero volvamos al territorio celtibérico y a la primacía de las vainas enteramente orgánicas durante la fase final del Celtibérico Pleno y la práctica totalidad del Celtibérico Tardío. Sólo las espadas de antenas de los tipos Atance/Quesada V y Arcóbriga/Quesada VI y los puñales bidiscoidales y de frontón comparten con las espadas La Tène el mismo foco de producción y el mismo contexto temporal, y en todos estos formatos la opción preferida es la de las placas orgánicas con armazón de hierro, a menudo reforzadas también con placas metálicas que dan un aspecto enterizo al conjunto⁴²⁹. La vaina orgánica es, pues, una opción extraña por lo poco habitual, pero desde luego se trata de un esquema que cuenta con importantes ventajas en sus costes de producción y en la mayor facilidad de reparación sin desmejorar necesariamente su aspecto. De este modo, es muy posible que precisamente la sustitución de las vainas metálicas por otras orgánicas menos costosas fuera una de las claves del éxito de las espadas La Tène en la Celtiberia a partir del siglo III a.C.

En cualquier caso, y pese a lo poco ortodoxo de este fenómeno, que contrasta fuertemente con la perfecta homogeneidad de los patrones típicos del territorio europeo continental, existen datos en otras regiones periféricas alejadas de los focos de innovación del armamento La Tène en los que también se combinaron espadas laténicas con vainas enteramente fabricadas con materiales orgánicos. Tal coincidencia tiene lugar en algunas producciones británicas, cuyas peculiaridades regionales han sido recientemente estudiadas en un trabajo de síntesis realizado por Ian Stead (Stead, 2005)⁴³⁰. En realidad, en este territorio existen versiones con elementos metálicos y versiones sin ellos; más frecuentes en el sur para periodos tardíos (*Ibid.*: 9) pero mejor conocidas en los ejemplares septentrionales (*Ibid.*: 13, grupos E y F de su clasificación). Sin duda, el conjunto de espadas que goza de mejor conservación es el de la necrópolis de inhumación de Rudston, con materiales fechables (aunque con escasas evidencias) en torno al siglo II a.C. Varias de las vainas depositadas con las espadas (inv. nº 184-186 y 209-211) han dejado suficientes restos como para conocer su forma de ensamblaje, realizado a partir de una única placa de madera doblada en sus laterales, en un sistema análogo al de las placas de las vainas enterizas sin carril. Sin embargo, en este caso las

⁴²⁹ Quesada, 1997: 223 para las espadas de tipo Arcóbriga y Cabré, 1990: 214 para las de tipo Atance.

⁴³⁰ En dicho trabajo se distinguen dos regiones con distintos comportamientos en los tipos de espada utilizados: uno al sur, más fiel a los patrones laténicos continentales y otro al norte con interpretaciones algo más libres de estos.

solapas no sujetan ninguna otra chapa de madera o metal, sino que se ven a su vez envueltas en una funda de cuero que protege todo el conjunto (**Fig. 69**).

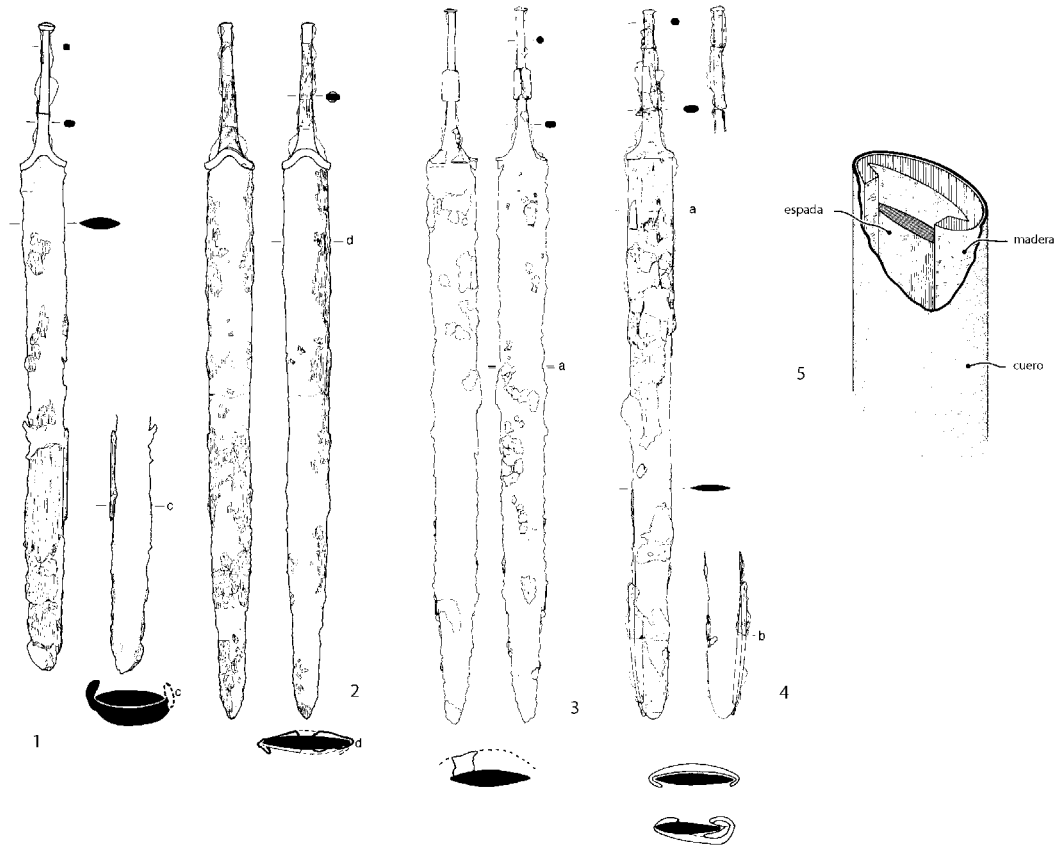


Fig. 69: Algunas de las espadas halladas en Rudston (Gran Bretaña) con restos de vaina orgánica, según Stead, 2005: Figs. 96 y 104. 1: inv. 186; 2: inv. 187; 3: inv. 210; 4: inv. 211. La nº 2 muestra una sección con ensamblaje a partir de dos delgadas planchas de madera solapadas. El resto cuentan con una sola plancha de madera mucho más gruesa y con los costados envolviendo la hoja y a su vez recubierta por una especie de funda de cuero, tal como demuestra el dibujo nº 5 (Stead, 2005: Fig. 12).

Otra de las espadas del mismo yacimiento (inv. 187) incluye restos de vaina con un funcionamiento distinto, esta vez más parecido al sistema tradicional laténico, con dos finas capas de madera ensambladas de forma simple y sin cobertura de cuero. Desgraciadamente, ninguno de los ejemplares muestra si hubo algún tipo de protección adicional en la punta sustituyendo a la contera o si existieron elementos de cuero o madera para su suspensión.

Paralelamente, también han sobrevivido algunos ejemplos europeos de *gladii* republicanos con vainas de fabricación idéntica a las peninsulares del tipo D2, a base de

materiales orgánicos cubiertos por un armazón de hierro. En la necrópolis alpina de Giubiasco, por ejemplo, se documentan un buen puñado de estas, la mayoría conservando sólo restos de madera (sepulturas 71, 119, 471 y 330), pero en un caso (sepultura 108) añadiendo también un recubrimiento de cuero por encima de las planchas (Pernet *et alii*, 2006: 45-53 y fig. 2.13) (**Fig. 70**). El *gladius* de Delos, en cambio, omite la madera como material de base, que es sustituida por el cuero. El ensamblaje de esta vaina incluye además en apoyo de algunas tiras de cuero enrolladas que actúan como refuerzos de las cañas de hierro del armazón (Bruneau y Fraisse, 1987: 637 y fig. 19). Por último, y con un sistema distinto, quizás más parecido al de Giubiasco 108, mencionaremos el caso de la espada hallada en el río Ljubljanica (Eslovenia), que constaba de una vaina orgánica protegida por una compleja estructura metálica. La composición de su cuerpo era en este caso lignaria, quizás también envuelta en cuero, como parece indicar algún resto de la parte proximal de su reverso (Istenic, 2000: 172).

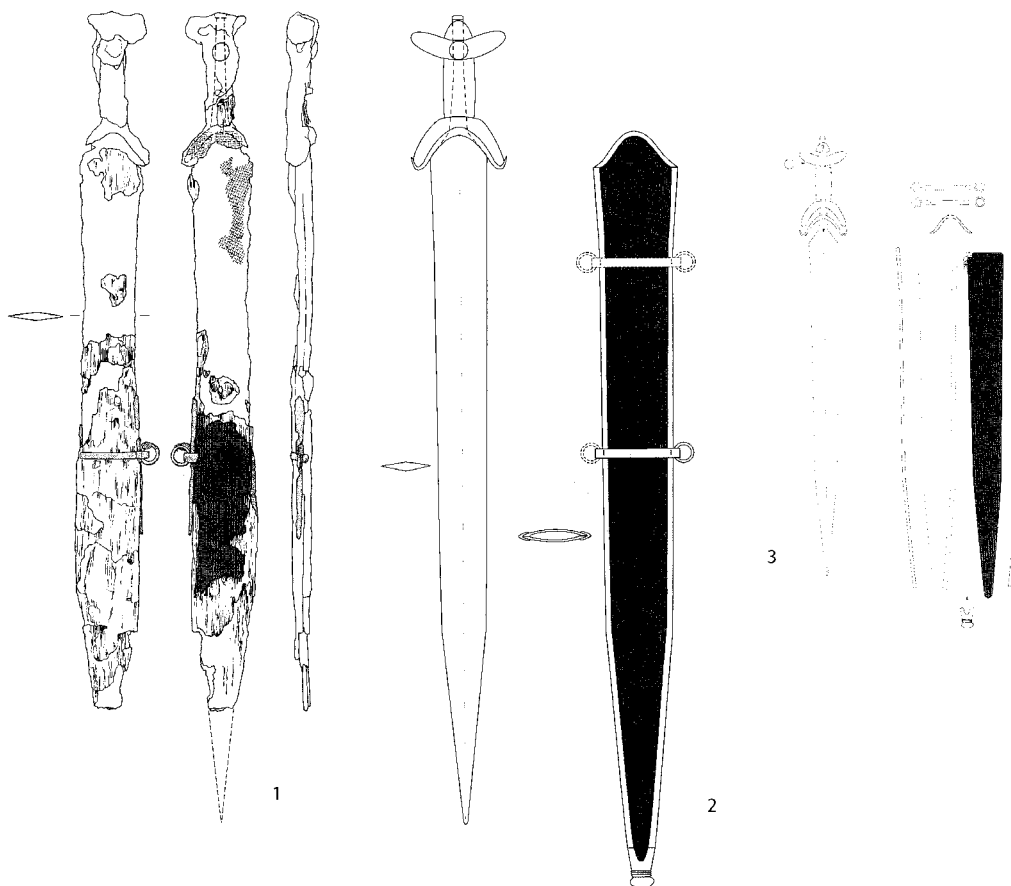


Fig. 70: 1: Espada de la sep. 108 de Giubiasco, según Pernet *et alii*, 2006. 2 y 3: Restitución de la espada y la vaina, según Pernet (*Ibid.*, 2006: Fig. 2.13). La composición de la vaina consta de cañas, suspensiones y contera de bronce, dos placas de madera y una envoltura de cuero.

III.D. LA SUSPENSIÓN DE LAS VAINAS. MODELOS Y ALTERNATIVAS

La cuestión de la suspensión de las vainas La Tène en la Península Ibérica tiene un interés especial debido a las peculiaridades intrínsecas en sus distintas adaptaciones locales. Tan solo el territorio nororiental, que como bien sabemos es el más fiel a las constantes estructurales del armamento La Tène europeo, contó con espadas suspendidas “al modo galo”; esto es: colgadas de la cintura con la ayuda de una hembrilla y descansando en vertical sobre la pierna derecha. Esta es en sí la opción dominante en la mayor parte del territorio europeo durante la Segunda Edad del Hierro, pero en el ámbito mediterráneo primó en cambio una fórmula distinta: la suspensión mediante tahalí sobre el costado izquierdo del abdomen y con la vaina en posición generalmente oblicua (**Fig. 71**).

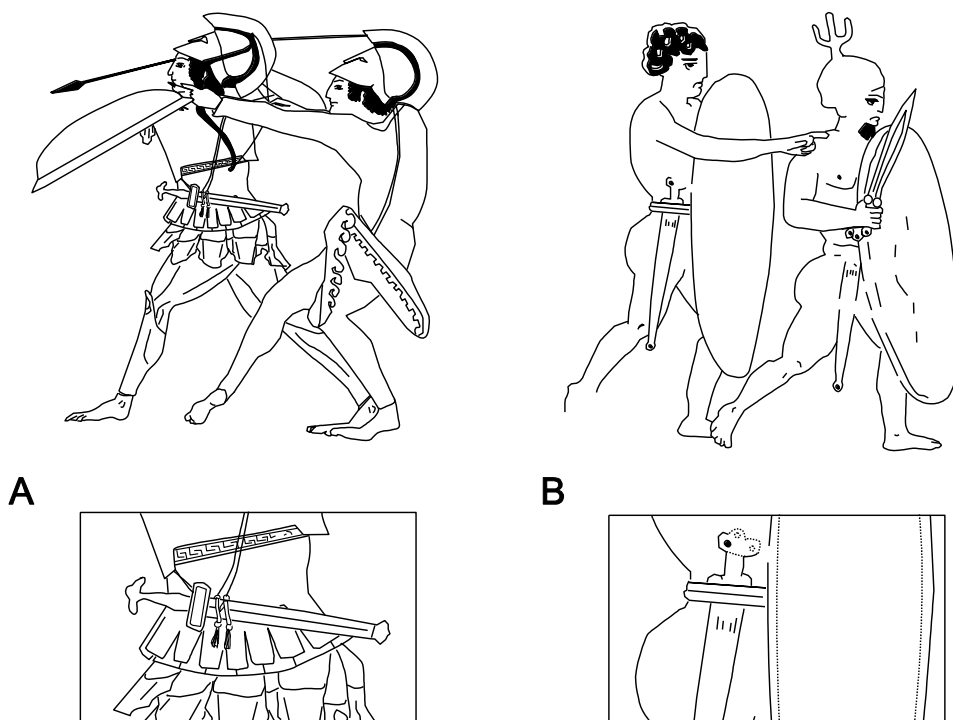


Fig. 71: A: El sistema de suspensión mediterráneo, en tahalí y al lado izquierdo. Sólo dos de las anillas son útiles. Crátera del pintor Euphronios representando amazonas en lucha contra Heracles. B: El sistema de suspensión celta, en vertical sobre la pierna derecha y sujeta al cinturón. Crátera del Louvre (fines IV-inicios del III a.C.), representando dos guerreros galos en combate. Las limitaciones artísticas se dejan notar en algunas imprecisiones, como el hecho de que el cinturón pase por delante y no a través de la hembrilla del reverso.

Las distintas preferencias sobre uno u otro sistema de suspensión han sido bien estudiadas por André Rapin en una serie de trabajos en los que contrasta las divergencias tácticas y culturales entre el modelo de panoplia mediterráneo y el centroeuropeo (Rapin, 1987, 1991, 1999, 2004 y 2008). Aparentemente, la territorialidad norte-sur de esta selección deriva más bien de condicionantes culturales (o, dicho de otro modo: del peso de la tradición), pero a juzgar por las distintas fórmulas de panoplia desarrolladas a uno y otro lado del territorio europeo, existieron además importantes diferencias en las formas de lucha explotadas por sus respectivos ejércitos. De este modo, en el mediterráneo predominó el combate estático de base hoplítica y equipamiento defensivo pesado, mientras que en el mundo céltico se empleó un tipo de combate mucho más dinámico en el que el uso de cargas rápidas y violentas de fuerte impacto inicial adquirió gran relevancia táctica. Este tipo de prioridades habrían afectado según Rapin a la estabilidad de la vaina durante la carrera, así que probablemente influyeron de forma determinante en el proceso de sustitución de las suspensiones galas por cadenas semirrígidas mejor adaptadas a los movimientos bruscos típicos del combate celta. En contextos meridionales, por el contrario, no importaría que la vaina “bailara”, puesto que la infantería pesada que le daría uso lucharía mucho más cerrada y compacta, y el propio brazo del escudo amortiguaría su movimiento (Rapin, 1991: 351-352).

No obstante, y como ya notara hace algunos años Fernando Quesada (Quesada, 1997: 251-252), esta hipótesis es difícilmente extrapolable a las tropas hispánicas, cuya preferencia fue la suspensión en tahalí de cuero, aunque combinada con un tipo de combate muy fluido propio de la infantería de línea con equipamiento semipesado⁴³¹. Por tanto, la suspensión mediterránea en bandolera, teóricamente sujeta a mayores oscilaciones, no debió afectar en exceso al desarrollo de la lucha hispánica, puesto que de lo contrario habría resultado absurdo continuar con el mismo sistema durante casi cinco siglos. De hecho, la propia alteración tecnológica de las vainas La Tène peninsulares viene a demostrar la compatibilidad del combate dinámico con las suspensiones de tipo mediterráneo.

⁴³¹ Tal como demuestran los estudios realizados por el propio Quesada sobre la panoplia ibérica (Quesada, 2002b y 2003). Respecto a las formas de lucha de los celtíberos, véase lo dicho por este mismo autor en: Quesada, 2006: 161-167).

Veamos pues cuál era el funcionamiento del sistema de suspensión característico del mundo céltico de La Tène para después interesarnos por sus modificaciones (más culturales que tácticas) emprendidas en el seno de las distintas regiones de la Península.

El sistema tradicional europeo

La vaina La Tène contiene un elemento solidario destinado a su suspensión: la hembrilla. La hembrilla no es otra cosa que una tira metálica unida al reverso de la vaina mediante remaches o por simple soldadura de sus extremos, que se ensanchan adoptando distintas formas. Esta pieza, situada casi siempre en posición muy alta, muy cerca de la embocadura, actúa como anclaje para las correas o cadenas que enlazan con el cinturón, normalmente con el concurso de dos anillas situadas a ambos lados del cuerpo de la hembrilla y unidas entre sí. El sistema emplea por tanto un único punto de fijación a la vaina, centrado y en alto, por lo que la posición de la misma debió ser perfectamente vertical y por debajo de la cintura si es que estuvo unida al cinturón y no a un tahalí. Tal fórmula se ve confirmada por la información literaria⁴³² e iconográfica, que además nos advierte de su colocación en la parte exterior de la pierna derecha (Rapin, 1991: 354, 356-357).

La evolución en el sistema de suspensión latenense (**Fig. 72**) sobre este mismo patrón es bien conocida merced a los trabajos publicados por Rapin desde finales de los 80 (Rapin, 1987 y 1991), y nos detendremos brevemente a comentarlos para poder compararla con su desarrollo en la Península Ibérica:

Durante la **primera fase** de la evolución de estas suspensiones (Rapin, 1991: 357-360), que tuvo lugar a lo largo de La Tène A y buena parte de La Tène B (hasta fines del siglo IV a.C.), se usaron materiales orgánicos (muy probablemente cuero) para unir la vaina a un cinturón del mismo material. El estudio de algunas tumbas con panoplias bien conservadas⁴³³ ha permitido la identificación de un patrón estable de funcionamiento del ensamblaje de las correas a la vaina y al cinturón mediante el empleo de tres simples anillas: dos del mismo diámetro destinadas a su fijación a la hembrilla y una, más

⁴³² “No llevan espadas cortas sino largas, sujetas con cadenas de hierro o de bronce y situadas en el lado derecho” (Diodoro, V, 30, 3), refiriendo a los galos.

⁴³³ Sepultura nº 1 de Ecury le Repos “Le Crayon”, por ejemplo, que es la base que utilizara Rapin (1987: 534) para reconstruir los elementos precederos de esta fase.

pequeña, que serviría para anudar la correa del cinturón por la parte delantera (**Fig 72, 1**). Esta última anilla evolucionaría con el tiempo hasta adoptar un extremo en forma de bola donde ajustar la presión del cinturón.

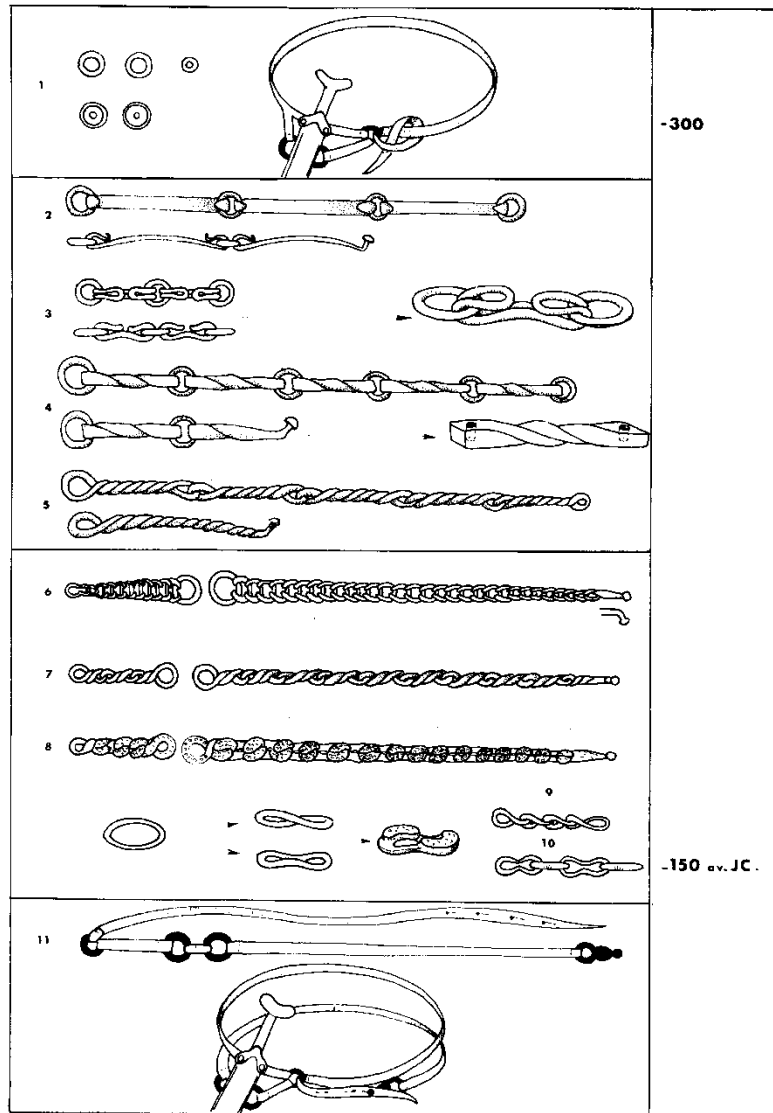


Fig. 72: Evolución del sistema de suspensión La Tène según Rapin, 1987: Fig. 9. 1: Fase primera; 2-10: Fase segunda; 11: Fase tercera. 1: Suspensión a tres anillas simples; 2: Cadenas a partir de barras; 3: Cadenas a partir del estrechamiento de una anilla; 4: Barras retorcidas; 5 y 7: Anillas retorcidas; 6: Cadena de tipo "escalera"; 8: Cadena de tipo "gourmette"; 9: Cadena "a 1/4 de vuelta"; 10: Cadena de anillos alternos. 11: Suspensión a tres anillas y broche.

La **segunda fase** se caracteriza por la sustitución de las dos correas que conectan vaina y cinturón por cadenas semirrígidas cuyo objetivo sería absorber el movimiento pendular y ascensional generado por el propio movimiento del guerrero. Esta fase se inició hacia finales del siglo IV a.C. y perduró todo un siglo, y en su transcurso se experimentó con muchos modelos de cadena distintos:

En un primer momento, las versiones fueron más sencillas y variadas, pero llegaron a concretarse en una fórmula de gran éxito europeo basado en la torsión de hilos metálicos, primero muy gruesos y más tarde más delgados y ligeros, ya normalmente en bronce (**Fig. 72, 6-7**). Posteriormente, se produjo el abandono del sistema de torsión a favor de la fabricación de cadenas con eslabones simples cada vez más complejas, culminando con la creación de las cadenas “*gourmette*”, todo un ejemplo de la maestría de los artesanos celtas (**Fig. 72, 8**).

El sistema de fijación de la vaina consistía en el empleo de dos cadenas de distinta longitud, una de unos 15 cm que debía situarse en la parte frontal y otra mucho más larga (55 cm) que daba una vuelta a la cintura y se unía al cinturón por la parte delantera.

La llegada de otra fase de agresividad celta y la renovación de los patrones armamentísticos de La Tène en el último cuarto del siglo III a.C. (LT C2) conllevaría el regreso de las correas orgánicas y el rechazo definitivo de las cadenas metálicas (**fase tercera**), supuestamente a causa del alargamiento de las espadas y el auge de la caballería, cuyo distinto movimiento explicaría lo innecesario de estos elementos. Los hallazgos arqueológicos revelan la continuidad del mismo sistema que en la fase anterior, con una tira corta en la parte anterior y otra más larga rodeando la cintura, puesto que esta vez aparecen en las tumbas cuatro anillas (tres más un broche) en vez de las tres de la fase inicial (**Fig. 72, 11**).

Pese a todas estas transformaciones, nunca a lo largo de sus cuatrocientos años de existencia cambió la costumbre de llevar la espada suspendida en vertical sobre la pierna derecha. Este método fue empleado en toda Europa y representó una de las constantes más firmes de la tradición La Tène, por lo que su rehúso en algunos lugares

de la Península Ibérica ha constituido uno de los puntos de interés más sugerentes para la investigación del armamento local⁴³⁴.

El modelo del noreste: vainas La Tène con suspensiones La Tène

No existe duda de que en el noreste peninsular se empleó un método de suspensión idéntico al patrón europeo. La propia existencia de hembrillas de suspensión en todas las vainas, junto a la ausencia de otros elementos como goznes o placas de suspensión lateral para anillas, da fe de la verticalidad efectiva del modelo nororiental. Lo que ocurre es que el registro arqueológico no alcanza a documentar ejemplo alguno de cadena semirrígida en el territorio catalán, y las únicas evidencias relacionadas con la suspensión consisten en algunas anillas simples halladas en el lote de la Neapolis de Ampurias (17-18) y en otros hallazgos como los de Mas Castellar (53) o Cabrera de Mar (87) sin relación directa con sus vainas (García Jiménez, 2006: 147-148). El ejemplo más explícito es el de la vaina de l'Esquerda (90), que conserva dos anillas colocadas a ambos lados de la hembrilla⁴³⁵, siguiendo la fórmula La Tène más típica, pero faltan el resto de sus anillas (una o dos) que debieran encajar con el cinturón. En este sentido, puede que el conjunto más completo proceda precisamente de una tumba sin vaina o espada, pero cuyo contexto, funerario y en una necrópolis con toda una serie de conjuntos de panoplias La Tène⁴³⁶, nos hace sospechar de su posible relación con una vaina desaparecida. Nos referimos a un conjunto de anillas aparecido en la sepultura 17 del Turó dels Dos Pins⁴³⁷ (García Roselló, 1993: 50-51): tres de ellas de hierro, con diámetros de 1'5 cm en dos casos (seguramente las dos de la hembrilla), y otra de diámetro inferior (1'3 cm), además de una cuarta en bronce, mucho más ancha (3 cm). Esta asociación puede estar indicándonos el uso de cuatro anillas y cinturones de cuero, como ocurre en la fase avanzada de las suspensiones La Tène europeas. La cronología de la necrópolis es de hecho compatible con este periodo, del mismo modo que lo son el

⁴³⁴ *Vide supra*, II.B.

⁴³⁵ *Supra*, III.B.

⁴³⁶ De hecho, la propia tumba, muy arrasada, contiene restos de una orla de escudo oval (*vide infra*, IVB y VII).

⁴³⁷ Debemos la identificación de este grupo de anillas como posible parte de la suspensión de una vaina a la percepción de José Miguel Gallego, a quien agradecemos sus comentarios al respecto.

resto de las anillas documentadas en el territorio, con la posible excepción del grupo de Cabrera de Mar, que pudo ser anterior.

Seguimos pues sin contar con ejemplos de suspensiones correspondientes a la fase clásica de la panoplia La Tène, pero el silencio de la arqueología respecto a las cadenas semirrígidas puede estar sugiriendo el rechazo de las mismas en el territorio catalán, quizás a causa de la tendencia conservadora de la panoplia La Tène local (García Jiménez, 2006: 148 y 208).

El modelo ibérico y celtibérico

Hay dos importantes variaciones en la forma de llevar colgada una vaina de espada: la primera refiere a su posición, por debajo o por encima de la cintura, colgada del cinturón o de un tahalí. La segunda tiene que ver con la inclinación de la vaina, en vertical o en posición oblicua, con uno o varios puntos de anclaje.

Ambas alternativas difieren totalmente en los modelos hispánicos respecto a los célticos continentales, con la única excepción de las vainas nororientales (*supra*). Existen también otras variaciones menores, como son por ejemplo la posición vertical u horizontal de la hembrilla (o su equivalente) o la situación de la misma y de los distintos puntos de anclaje más cerca o más lejos de la embocadura⁴³⁸. Se aprecia por tanto una cierta arbitrariedad cultural en la adopción peninsular de los patrones más homogéneos de La Tène, en buena medida debido a que la influencia mayor en este sentido fue la procedente del mediterráneo (en tahalí y posición oblicua, con anillas), que es la que se utilizó en exclusiva en el mundo ibérico.

Sabemos, pues, por la lógica funcional de la morfología de las vainas (dos anillas laterales), la relación tecnológica y cultural que se induce de su asociación con otras espadas autóctonas similares, y la escasa evidencia iconográfica conservada, que las espadas La Tène peninsulares ajenas al noreste se suspendieron de un tahalí de cuero apoyado en el hombro derecho, colgando en el lado izquierdo del abdomen con la ayuda de anillas sujetas a la vaina y en posición inclinada (o no exactamente vertical). Nos

⁴³⁸ En las vainas La Tène del norte de Gran Bretaña, por ejemplo, la hembrilla es vertical pero se sitúa muy baja, en el centro de la vaina (Stead, 2005: grupos E y F).

quedan, sin embargo, tres interrogantes a resolver; a saber: el empleo o no de la hembrilla como parte del sistema de sujeción, la presencia y número de anillas empleadas y el método de ajuste al correa auxiliar.

1) La hembrilla:

La presencia o no de hembrillas de suspensión de tipo céltico en las vainas celtibéricas es una de las cuestiones más inciertas de su morfología. En el estado actual de los hallazgos, sólo dos espadas (sep. D de Arcóbriga; 1005, y sep. D de Gormaz; 1093) combinan más allá de toda duda el uso de hembrillas con el de las anillas laterales. Un tercer ejemplar, de una sepultura desconocida de Ensérune, vendría a ratificar estas asociaciones⁴³⁹, pero la mayoría de las piezas que conservan fragmentos de vaina entera están fragmentadas o bien en su embocadura (perdiendo consecuentemente las pistas sobre su hembrilla), o bien en su desarrollo, habiendo desaparecido sus posibles anclajes laterales. De cualquier modo, y aunque los ejemplos son escasos, parece lógico que el empleo de hembrillas fue generalizado en las vainas enterizas, cuanto menos en los modelos celtibéricos del tipo B1.1, que es el estándar dominante en el siglo IV a.C. En ese caso, la hembrilla tendría que haber desempeñado un papel útil, si no único, sí al menos complementario con las anillas laterales⁴⁴⁰, quizás para ganar estabilidad en la sujeción, como veremos más adelante. Insistiendo en esta hipótesis, la siguiente pregunta a plantearse es si esta pieza perduró en un equivalente orgánico cuando se produjo el abandono de las vainas metálicas *circa* inicios del siglo III a.C.⁴⁴¹, pero esta cuestión queda ya fuera de nuestro alcance al menos que en el futuro aparezca alguna vaina orgánica bien conservada o un buen número de vainas enterizas con hembrilla y suspensión modificada que avalen la necesidad de esta continuidad.

2) Las anillas:

En las vainas metálicas enterizas del grupo A y el tipo B1.1, la constante de suspensión más clara está en la presencia de dos anillas laterales, ambas situadas en el lado derecho (visto por el anverso) y en una posición elevada: en la mitad superior de la vaina, excepto algún caso extraordinario. En sí, esta opción es más bien rara en la Celtiberia, donde lo normal es que aparezcan tres anillas en vez de dos; la tercera situándose en extremo opuesto de la anilla superior. Así ocurre por ejemplo con las vainas de las

⁴³⁹ *Vide supra*, III.C.3 y nota 417.

⁴⁴⁰ Agradecemos las opiniones y consejos de Thierry Lejars en este aspecto.

⁴⁴¹ *Vide supra*, III.C.3.

espadas de frontón o los modelos de antenas de los tipos Aguilar de Anguita/Quesada III, Alcácer do Sal/Quesada IV, Atance/Quesada V y Arcóbriga/Quesada VI. Las del tipo Echauri/Quesada II, que son las que guardan un paralelismo más estrecho con las de La Tène por su constitución en metal y algunos lazos de parentesco morfotécnico con los ejemplares latenienses del Ebro Medio, emplean un sistema semejante al de estas en su fase más clásica (García Jiménez, 2006b: 42-45 y 50), aunque a menudo combinando con un sistema de anclaje a tres puntos, añadiendo un gozne en la parte baja. **(Fig. 73)**



Fig. 73: Espada y vaina de la sepultura i de Arcóbriga (1003), mostrando sus dos anillas laterales para la suspensión. Archivo fotográfico Museo Arqueológico Nacional (MAN-1940/27/AA/2189).

Algunos ejemplares de espadas La Tène fuera de lo común, como el de la sepultura 201 de La Osera (1121) o uno de los pertenecientes al lote de La Azucarera (1072) cuentan con placas de suspensión envolventes de hierro asociadas a vainas presuntamente orgánicas cuyo cuerpo ha desaparecido. Este sistema tiene que ver con la continuidad de los periodos anteriores con vaina enteriza, o bien con un eco de sus homólogas de antenas, aunque en ese caso sigue resultando llamativa la ausencia de la tercera anilla. Por otra parte, lo mismo que hemos dicho para la hembra es extensible a las anillas: en vainas orgánicas, no es necesario el uso de anillas, pero sí deseable, teniendo en cuenta que facilitan la sujeción de las correas de cuero al ofrecer una superficie deslizante mejor que cualquier componente orgánico.

Sin embargo, no hay muchos casos documentados de anillas en el registro arqueológico de las tumbas con espada La Tène y vaina orgánica. Al margen de una anilla de bronce en la sepultura 9 de Osma (1131) y un grupo de cuatro de la sep. 20 de la misma necrópolis (1129), (de buen seguro repartidas con la vaina del bidiscoidal que la acompaña), tan sólo hay indicios dudosos en algunas tumbas de Arcóbriga (seps. M y N; Lenerz, 1991: lám. 217, 838i y lám. 218, 840e respectivamente). Desde luego, desconocemos cualquier pista sobre su posible posición, y algunos datos extrapolables de sus ascendentes con vaina metálica vienen a complicar más la interpretación al constatarse una tercera anilla aislada junto a las vainas enterizas con suspensión modificada y sendas anillas encajadas (Arcóbriga D e I; Lenerz, 1991: lám. 216, 836h y lám. 219, 842h). Desconocemos asimismo si la ausencia de estos elementos se debe a su omisión a la hora de publicar los ajuares en su conjunto (la mayoría son hallazgos muy antiguos y con asociaciones desconocidas) o a otras razones que ignoramos.

3) El correaje:

Si el panorama de hembrillas y anillas es desalentador, mucho más lo es el de las correas que se emplearon para su suspensión, puesto que en este caso no contamos con el apoyo de precedentes metálicos⁴⁴². La distancia que ya desde un principio separara las suspensiones hispánicas no-nororientales de las típicamente continentales constituye sin duda uno de los mejores argumentos para el descarte de las cadenas semirrígidas características de la fase clásica europea o de cualquier adaptación de las mismas al sistema de tahalí.

No obstante, contamos con algunas pistas que pueden ayudarnos a plantear hipótesis sobre las posibles formas de ajuste del correaje, como son la colocación de las anillas laterales, el (posible) uso de la hembrilla o la colocación de la vaina en posición transversal con la ayuda de una bandolera. Este último aspecto es quizás uno de los más interesantes, puesto que los anclajes son demasiado altos para poder ganar horizontalidad, así que habría que pensar en algún contrapeso o algún punto de unión más bajo que el hombro (y de hecho, más bajo que algunos de los soportes de la vaina) donde las correas ejercieran cierta tensión, como podría ser por ejemplo el propio cinturón, en un sistema inverso al galo.

⁴⁴² El único caso, totalmente excepcional, podría hallarse en la sep. 14B de Osma, que asocia una espada La Tène a un tahalí de hierro, desgraciadamente incompleto (Cfr. Schule, 1969: lám. 60, 1,2 y 4; Lorrio, 1997: fig. 76, E y Fuentes Mascarell, 2004: fig. 56, E).

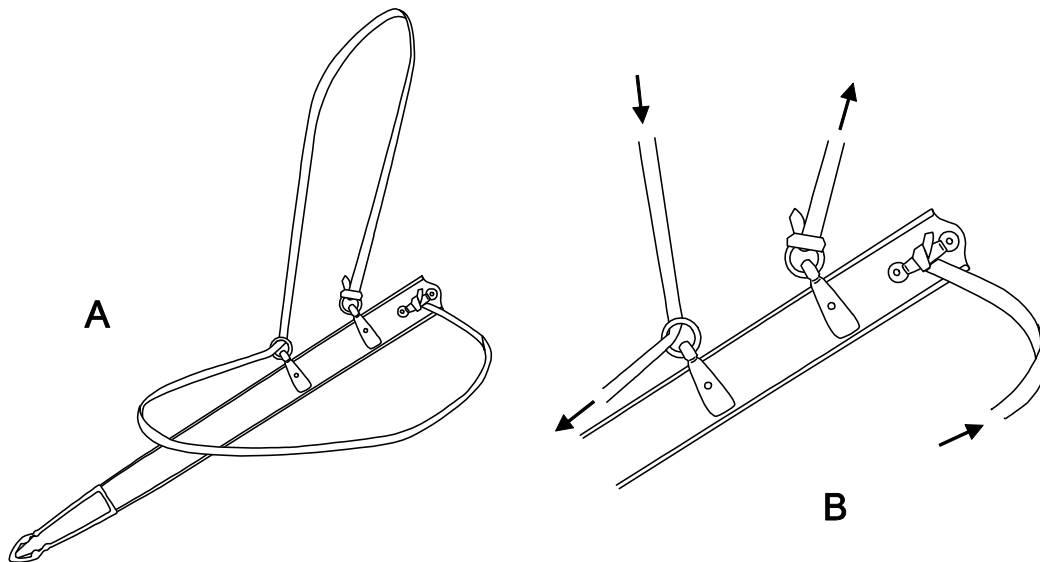


Fig. 74: Propuesta de reconstrucción de la sujeción de una vaina La Tène celtibérica del tipo B1.1, con dos anillas de suspensión y una hembrilla. A: Colocación del correa; B: Detalle.

En dicho sentido, resulta de gran ayuda recurrir a la arqueología experimental, que puede contribuir a desvelar algunos de estos interrogantes. Las pruebas realizadas por el grupo de reconstrucción histórica “*Ibercalafell*” con vainas de suspensión ibérica (incluyendo el *gladius hispaniensis*) constituyen una de las referencias clave sobre el posible sistema de suspensión La Tène celtibérico. Basándose en algunas fuentes iconográficas, se reconstruye una fórmula que repercute en la estabilidad de la vaina a partir de su sujeción por la cintura después de su suspensión del hombro. En los casos aplicados, con tres anillas de anclaje, la correa de cuero se anuda a la anilla superior, se pasa por el hombro opuesto atravesando en pecho para después deslizarse por la anilla inferior del mismo lado, rodear la cintura de atrás a adelante y sujetarse finalmente con un nudo a la anilla superior del extremo opuesto. La vaina así afianzada es mucho más estable, y no “sigue” en el movimiento de envainar y desenvainar, sino que su desplazamiento se neutraliza mediante la resistencia



Fig. 75: Restitución ideal de la posición de la vaina en su porte. La inclinación puede variar según se aprieten o aflojen las correas.

mecánica que supone la sujeción a la cintura⁴⁴³. En las vainas La Tène, que no cuentan con la anilla superior del costado opuesto, la hembrilla de suspensión debió actuar en su lugar como último punto de sujeción (**Fig. 74**). Si esto ocurrió de este modo, y los celtíberos utilizaron este sistema de triple anclaje, las vainas orgánicas debieron incorporar un elemento de fijación homólogo a la hembrilla para evitar que la vaina pivotara sobre las anillas laterales como sin duda ocurriría si se sujetara de nuevo la correa que pasa por la cintura en la anilla superior (**Fig. 75**).

El método de suspensión de las vainas La Tène celtibéricas constituye pues una excepción en el concepto europeo más tradicional, pero en realidad no es más que una de las muchas variaciones “periféricas” del patrón habitual. En efecto, además de los métodos hispánicos, los británicos⁴⁴⁴ o los germánicos⁴⁴⁵, por ejemplo, añadieron también modificaciones importantes. En el caso de las variantes germánicas y escandinavas, el patrón de algunas producciones recuerda algo más al peninsular, con dos anillas laterales situadas a distinta altura, una a cada lado, sobre el área central de la vaina (Déchelette, 1914: Fig. 467). La fabricación autóctona de estos ejemplares es reconocible asimismo en sus remates sin contera y con forma rectangular o trapezoidal.

En momentos más avanzados, algunas espadas influenciadas por las variantes latenenses peninsulares, en este caso *gladii* republicanos de la región Ticina como los de Giubiasco 108 (**Fig. 70**) (Pernet *et alii*, 2006) u Ornavasso-San Bernardo 31 (Graue, 1974: lám. 20, 4; Pernet, 2010: lám. 125), cuentan con elementos auxiliares para la suspensión al añadir una anilla con refuerzo en posición muy baja para ganar horizontalidad en su porte. Pero estos son ya casos culturalmente muy alejados de la tradición La Tène.

Mucho más raro resulta el observar alguna modificación en la suspensión de las vainas La Tène más típicas. En la sepultura I.14 de Acy-Romance (Ardenes) apareció un singular ejemplo tardío en el que se añadió una fina cadenilla sujeta a la parte baja de la vaina (Lejars, 1996: Fig. 3, C). No obstante, es poco probable que esta cadena, en exceso delgada, desempeñara un papel efectivo en la suspensión de la vaina, y

⁴⁴³ La mayor o menor tensión de la correa en este punto permite además colgar la vaina más vertical en reposo o más oblicua cuando se prevé su uso inmediato.

⁴⁴⁴ *Vide* nota 438.

⁴⁴⁵ Como ya notó Quesada (1997: 251).

posiblemente habría que pensar en su función ornamental mejor que en la más puramente funcional.

Un método alternativo: la suspensión aquitana

En la región norte del Ebro Medio, existen algunas vainas, muy probablemente correspondientes a fechas muy antiguas (LT A), que presentan un posible método alternativo en su suspensión. En concreto, nos referimos a tres ejemplares: dos procedentes de la necrópolis de Castillo de Castejón (1084 y 1104) y otro más recuperado en Huesca (1103)⁴⁴⁶. Por desgracia, el estado actual de conservación de estas piezas deja mucho que desear, y persisten algunos interrogantes importantes que dificultan seriamente su interpretación. Sin embargo, hay algunos indicios que apuntan a la existencia de hembrillas tubulares en posición horizontal como las que caracterizan las producciones de la Primera Edad del Hierro aquitana⁴⁴⁷. Estas piezas vendrían a suplir el papel de la hembrilla en las espadas La Tène normales, y están bien constatadas en las producciones más antiguas de las espadas de antenas de tipo Echauri/Quesada II (García Jiménez, 2006b: 40; grupo II), también características del norte del Ebro y que aparecen como alternativa a las espadas La Tène en algunas tumbas de Castejón (Faro, Cañada y Unzu, 2003: 25). En la vaina de la sepultura 11 de esta necrópolis (1084), tan solo aparece un leve signo de la presencia de suspensión tubular, muy deteriorado, pero el ejemplar de Huesca (1103) muestra lo que posiblemente fuera la pieza completa, extrañamente situada en una posición muy baja (en la mitad inferior de la vaina). Esta es en sí una opción extraña, porque sitúa el anclaje principal demasiado abajo, probablemente obligando a la anilla lateral superior a rectificar la horizontalidad de la vaina en vez de lo contrario, que sería lo más habitual. De todos modos, hay que recordar que otras piezas, como la vaina de la sepultura 167 de Castejón (1104) contienen también anclajes bajos (en este caso una anilla), y que además este tipo de soluciones tuvo lugar en un estadio muy primitivo de la influencia de las espadas La Tène, lo que sin duda significó la puesta en práctica de todo tipo de experimentos híbridos hasta que se impusiera el patrón europeo más típico. En la propia Aquitania, se

⁴⁴⁶ *Vide supra*, III.C.1.

⁴⁴⁷ Véase, por ejemplo: Dhennequin, 1999: Fig. 3, 1 y lám. 1, 3.

conocen algunos casos de vainas de tipo La Tène con este tipo de suspensiones horizontales, como por ejemplo en la necrópolis de Mont-de-Marsan (Mohen, 1980: lám. 124, 1-17), en la que figuran unos cuantos fragmentos de vaina y espada⁴⁴⁸; entre los cuales uno (*Ibid.*: lám. 124, 9) perteneciente a la embocadura en el que se aprecia esta suspensión asociada a un perfil campaniforme, bien característico de la cultura La Tène. En la espada que acompaña esta vaina, persiste también otro indicio de la producción local de la pieza, puesto que se conserva una guarda metálica que recuerda a la de las espadas de antenas de la Primera Edad del Hierro, aunque con una forma insólita en estas. Cabe señalar que la pieza es una auténtica guarda completa y no un delgado protector para guarda orgánica como las que abundan en las espadas continentales de La Tène C1 en adelante. La estructura de la vaina, que pudo ser a una placa metálica envolvente más una orgánica para el anverso según la opinión de Jean-Pierre Mohen (*Ibid.*: 65), podría ser otro indicativo del hibridismo autóctono.

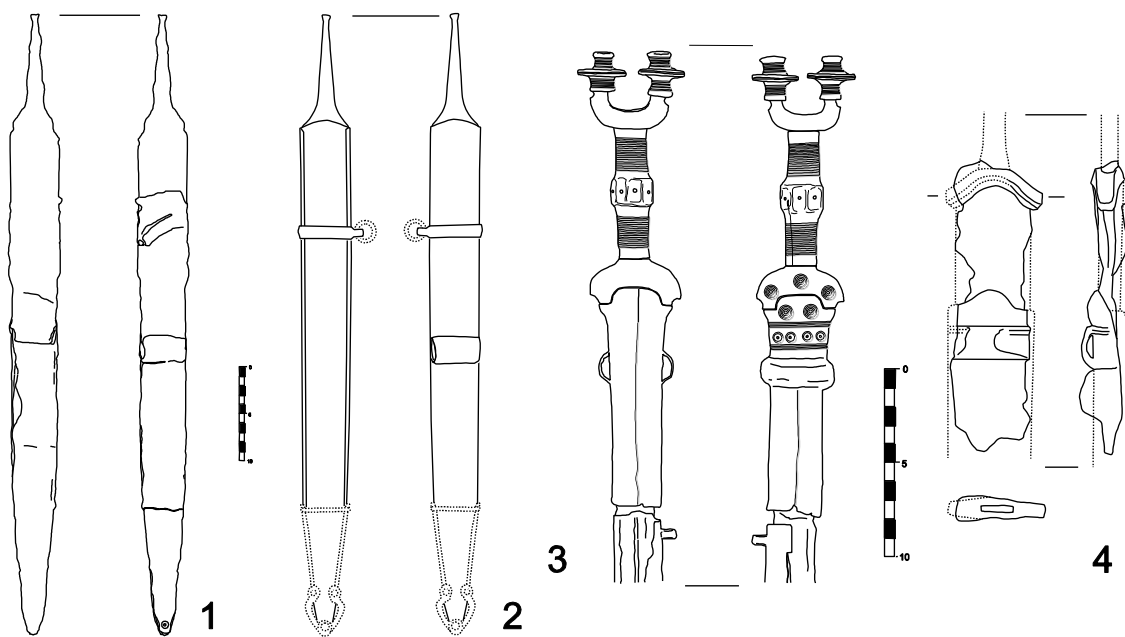


Fig. 76: Las suspensiones de tipo aquitano y su posible influencia sobre algunas espadas La Tène del Ebro Medio. 1: Espada La Tène de la Avda. Martínez de Velasco (Huesca) (1103); 2: Restitución ideal del aspecto original de la pieza anterior; 3: Parte proximal de una espada de tipo Echauri/Quesada II con vaina de suspensión con hembrilla horizontal y gozne lateral. Procedencia desconocida (MAN-2003/114/1), según García Jiménez, 2006b: Fig. 10, 3; 4: Espada híbrida de La Tène de Mont-de-Marsan y fragmento de vaina con suspensión horizontal; según Mohen, 1980: lám. 124, 9 (retocada).

⁴⁴⁸ Que el autor denomina: « *épées en fer à soie simple et à garde angulaire* » (*Ibid.* : 64).

Con estos datos, podemos plantear la hipótesis de la existencia de espadas híbridas de La Tène con el modelo aquitano de suspensión para algunas de las vainas más antiguas del Norte del Ebro. Este sistema alternativo empleó probablemente una hembrilla tubular horizontal con el concurso de una o dos anillas laterales, pero, una vez más, nos faltan evidencias suficientemente bien conservadas que nos confirmen los datos así inducidos (**Fig. 76**).

III.E. LA CUESTIÓN DEL “*GLADIUS HISPANIENSIS*”

Uno de los aspectos más controvertidos en la historiografía tradicional en relación a las espadas peninsulares es el del origen del llamado “*gladius hispaniensis*”. La aceptación, más o menos implícita, en las fuentes clásicas de la adopción por parte del ejército romano republicano de una espada de origen hispánico, ha llevado de cabeza a muchos especialistas desde que tuvieron lugar los primeros hallazgos arqueológicos de cierta envergadura en las primeras décadas del siglo XX. Cualquier espada hallada era susceptible de representar un precursor de los *gladii* imperiales; bien conocidos por la abundante iconografía y el constante flujo de *realia* que iría apareciendo por toda Europa. El fenómeno ha llegado a convertirse en un verdadero caos científico, hasta el punto de proponer parentescos verdaderamente inverosímiles, como la falcata, por el solo hecho de ser uno de los formatos más típicos de la protohistoria hispánica⁴⁴⁹.

Hace ya algo más de una década, tuvo lugar la publicación de la que hasta ahora nos parece la argumentación más convincente respecto al origen del *gladius hispaniensis*. Nos referimos, como no, al trabajo realizado por Fernando Quesada (Quesada, 1997: 260-273 y 1997f), que relaciona la génesis de la espada republicana a partir del desarrollo de las espadas La Tène en algunas regiones del territorio hispánico. Se habrá notado ya que esta es precisamente la opción que hemos desarrollado en este trabajo, puesto que creemos contar con suficientes datos inéditos, que se concretan en las distintas variantes de nuestro grupo D, como para confirmar más allá de toda duda esta filiación. Sin embargo, y teniendo en cuenta que posteriormente a la síntesis de Quesada han tenido lugar otros trabajos que apoyan o rechazan esta hipótesis, creemos necesario hacer un inciso en nuestra argumentación; más para tratar de desenredar algo más la complicada trama del origen morfotécnico de algunos ejemplares arqueológicos republicanos que para desentrañar el origen de estas armas, que, como hemos dicho, nos parece indisoluble del problema de las espadas de influencia La Tène en la Península Ibérica.

⁴⁴⁹ La mejor síntesis de las propuestas más tradicionales en: Quesada, 1997: 262-265.

III.E.1: Sobre el origen del *gladius hispaniensis* en las espadas La Tène celtibéricas

Muchos de los problemas relacionados con el origen del *gladius hispaniensis* tienen que ver con los datos arqueológicos empleados. En sí, muchos autores han fijado su atención en el único elemento firme en la secuencia, que vendría a representar el *gladius* imperial de tipo Mainz, supuestamente prototipo de lo que conceptualmente entendemos como “gladius”. Sin embargo, el “Mainz” no es sino un peldaño más en el escalafón de estas espadas, y ni siquiera es un peldaño fiable, puesto que deriva de un precedente no necesariamente muy parecido en sus proporciones o en su morfología. Para entendernos, buscar el precedente arqueológico del *gladius* de tipo Mainz podría resultar tan complicado como intentar alcanzar (en el caso hipotético de que contáramos con pocos ejemplares) el patrón típico de las espadas de La Tène I a partir de los datos recogidos en los santuarios de La Tène C2. Obviamente, nos hallaríamos con formas muy diversas: espadas de módulos cortos o largos, conteras o hembrillas de distintos tipos, distintas formas de ensamblaje y composición de las vainas, etcétera; pero sería muy complicado reconocer las distintas variantes estándar. Como bien sabemos, este tipo de armas es raramente estanco, y a menudo convivieron muchos tipos emparentados a la vez. Además, el “Mainz” no es el único tipo de *gladius* altoimperial, sino que la realidad arqueológica de esta época dibuja un panorama mucho más complejo, en el que intervinieron otros tipos muy poco parecidos a este (Miks, 2007: *passim*).

No obstante, la información más fiable con la que contamos a la hora de conocer el posible aspecto del *gladius hispaniensis* está en las escasas espadas republicanas halladas hasta la actualidad, y es ahí donde se centra el referido trabajo de Quesada. Como veremos, algunos de los detractores de la teoría del origen La Tène hispánico rechazan incluso estos hallazgos republicanos como verdaderos *gladii hispanienses*, o argumentan que su origen morfológico es otro, no necesariamente peninsular.

Quesada y el planteamiento arqueológico

Muchos de los investigadores que precedieron al estudio de Quesada sobre el *gladius hispaniensis* (Quesada, 1997: 260-273 y 1997f)⁴⁵⁰ hicieron hincapié en la información literaria, en general bastante ambigua y sesgada, para tratar de justificar la existencia de un precursor hispánico del arma romana (Fig. 77). El primer paso de Quesada consiste precisamente en recuperar esta información y contrastarla⁴⁵¹ debidamente para concluir con dos argumentos verdaderamente importantes: uno cronológico y el otro funcional o táctico.

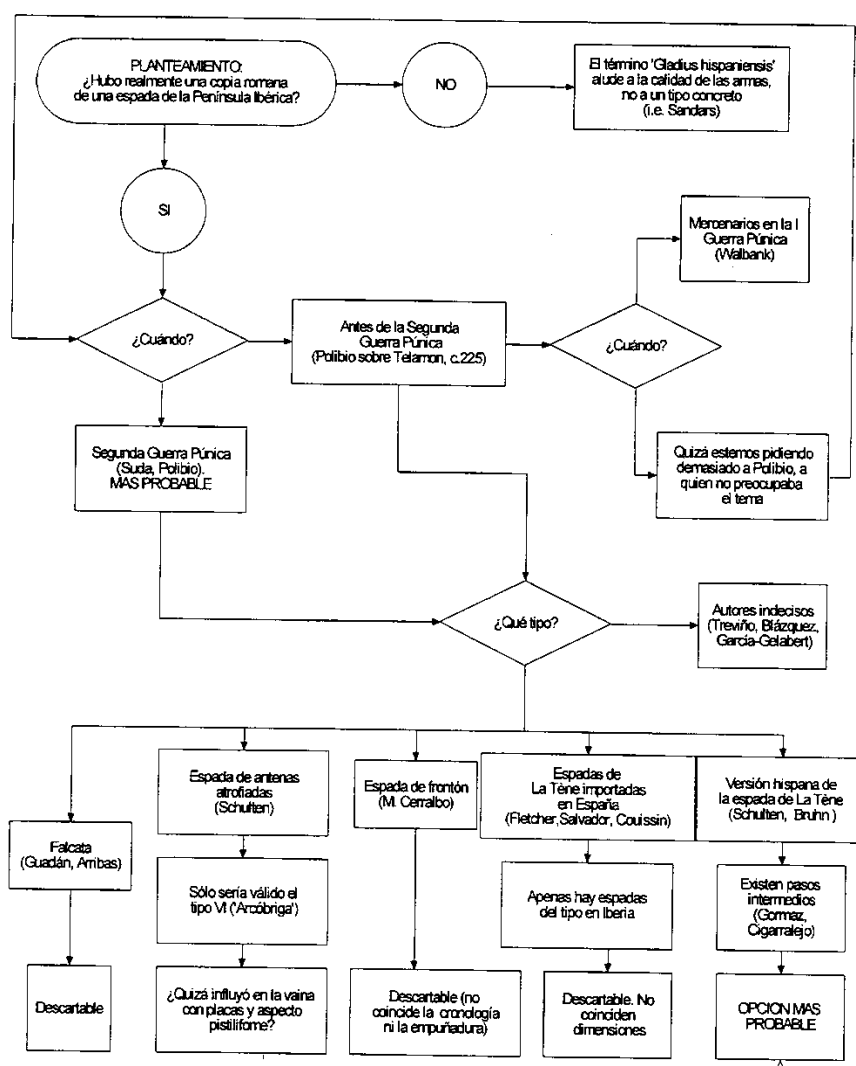


Fig. 77: Cuadro-resumen de la argumentación de F. Quesada sobre el origen del *gladius hispaniensis* (según Quesada, 1997: Fig. 158).

⁴⁵⁰ También posteriormente en: Quesada, 2004: 73 y 2007: 391-398.

⁴⁵¹ El mejor resumen en: Quesada, 1997f: Tabla I y 2007: tabla IV.

El primero de los argumentos pretende resolver en qué momento tuvo lugar tal imitación, y termina proponiendo la hipótesis de una adopción en torno a la Segunda Guerra Púnica (*Ibid.*: 1997: 270 y 1997f: 268), un momento históricamente muy verosímil y encajando perfectamente con las referencias literarias disponibles. Con posterioridad, este autor se mostraría partidario de aceptar una fecha mucho más concreta dentro de aquel episodio bélico: la toma de Cartagena por las tropas romanas en el año 209 a.C. (*Ibid.*: 2007: 398⁴⁵²). El segundo argumento es a nuestro juicio decisivo para la argumentación sobre fuentes arqueológicas de la evolución del *gladius hispaniensis* a partir de un prototipo hispánico, puesto que repercute en la funcionalidad táctica del arma, que es en definitiva el motivo principal por el que los romanos aceptaron el formato y lo explotaron durante siglos. En efecto, los ejércitos romanos utilizarían con anterioridad un *xiphos* de origen griego o una espada equivalente, sólo útil usada de punta, pero no de corte debido a las características morfológicas de sus hojas, demasiado cortas y delgadas para su empleo efectivo en dicho sentido. Posteriormente en cambio, las fuentes literarias insisten en el uso combinado de sus espadas tanto de filo como de punta (*Ibid.*: 1997f: 251-254), y es ahí donde reside la clave del origen de la espada republicana.

Partiendo de estos indicios, Quesada incide en una segunda fase de su trabajo en el descarte de algunos supuestos prototipos hispánicos (*Ibid.*: 254-258), empleando para ello una sólida argumentación basada en el buen conocimiento de este autor del armamento peninsular (*Cfr.* Quesada, 1997: *passim*). El siguiente paso, puntal del planteamiento científico que aquí esbozamos, consistiría en recurrir a la creciente información arqueológica relativa a las espadas romanas fechadas entre los siglos II y I a.C.; que muy probablemente fueran auténticos *gladii hispanienses*.

De este modo, se discuten hallazgos como los de Es Soumâa (en Numidia) (c. 130-110 a.C.), Delos (69 a.C.; *ante quem*), Mouriès (c. 100 a.C.) o Berry-Bouy (¿c. 20 a.C.?) para intentar percibir un patrón distintivo de la forma y características de los *gladii* republicanos. Todas estas piezas se caracterizan por sus hojas con módulos de 60-65 cm de longitud y por ir acompañadas por vainas orgánicas con armazón metálico y suspensión por anillas (*Ibid.*: 1997: 268-270), lo que irremediablemente nos conduce a un único modelo hispánico compatible: la versión celtibérica tardía de las espadas de La Tène I modificada al gusto local desde fines del siglo IV a.C. (*Ibid.*: 2007: 398). De

⁴⁵² *Cfr.* también: Quesada, 2006b: 81.

hecho, y tal como cita el propio Quesada (*Ibid.*: 263-265), algunos autores ya habían planteado en la primera mitad del siglo XX la posibilidad de que el *gladius hispaniensis* estuviera inspirado en las espadas de La Tène I o en una imitación local (Coussin, 1926: 224-232), pero carecían de los eslabones intermedios que demostraran con fiabilidad la continuidad de los patrones de La Tène I a estadios más tardíos, compatibles con su adopción romana.

En síntesis, la argumentación expuesta es perfectamente sólida y viene reforzándose con cada nuevo material que va apareciendo en la Península Ibérica. A partir del trabajo de Quesada, ejemplares recién recuperados como los de La Caridad (1082) (Vicente, Punter y Ezquerro, 1997: 194; Rapin, 2001: 48), el Cerro de las Balas (1085) (Nuñez y Quesada, 2000: 202) o Mas de Barberán (1106 y 1107) (Izquierdo, 1999: 101-105), o incluso hallazgos anteriores reestudiados como los de Osuna (1134) (Rouillard, 1997: 58; Sievers, 1997: Fig. 3), Les Corts (García Jiménez, 2006: 164-167) o La Azucarera (1063-1073) (Iriarte *et alii*, 1996 y 1997) han venido interpretándose bien como *gladii hispanienses* o bien como claros precedentes de estos.

Precisamente en esta distinción reside uno de los principales problemas en la investigación arqueológica de las espadas republicanas, puesto que a menudo resulta imposible saber si estos ejemplares son producciones locales de influencia La Tène o bien *gladii* republicanos. Así, por ejemplo, en el estudio de las espadas del lote de La Azucarera (Iriarte *et alii*, 1997: 234-246) se distinguían algunos fragmentos atribuibles a espadas La Tène y otros atribuibles a *gladii hispanienses*, mezclando algo arbitrariamente ejemplares de perfil recto y hombros desiguales con fragmentos de hoja pistiliforme y hombros caídos, que en principio deberían representar mejores candidatos a *gladii*. La investigación escéptica al planteamiento de Quesada se ha cebado especialmente en este tipo de desajustes (Rapin, 2001: 40; Miks, 2007: 46-47), en buena medida originados por la ausencia de tipologías concretas sobre las producciones latenienses peninsulares (que creemos haber contribuido a paliar), pero, sobre todo, ocasionados por un error de planteamiento que se deriva de la persistente idea de que ambas armas son distintas. En nuestra opinión, hay una falsa discordancia diacrónica en lo que entendemos por producciones indígenas locales y lo que entendemos por producciones romanas inspiradas en estas⁴⁵³. Muy probablemente, los romanos se limitaron a emplear aquello que les pareció más útil (en este caso, espadas de hoja larga

⁴⁵³ *Vide infra*, III.E.3.

y punta afilada) y reproducirlo (Quesada, 2006b: *passim*), así que es posible que espadas La Tène locales fueran depuestas en tumbas de auxiliares hispánicos (celtíberos o no) lo mismo que sus equivalentes en producciones romanas (hechas por romanos o por indicación de estos), puesto que durante un tiempo se emplearon indistintamente unas y otras. Ambas producciones pueden ser consideradas a nuestro entender como *gladii hispanienses*, y probablemente convivieron en su uso en los ejércitos de ambos bandos, en ocasiones enfrentados. En cuanto a sus características tipológicas, es bien cierto que el tipo local más afín al *gladius hispaniensis* se encuentra en las distintas variantes de nuestro grupo D1, pero aunque estas espadas fueron probablemente las que más influyeron en las producciones romanas posteriores por ser las más exitosas del momento, hubo otros contemporáneos, no necesariamente con perfiles de hoja pistiliformes, que también se emplearon con los mismos fines y que no tiene sentido distinguir de sus parientes romanas en su periodo formativo.

Pese a todo, es posible que existan algunos indicios que nos ayuden a diferenciar las producciones locales de las romanas, como por ejemplo las vainas de armazón, que aunque en la argumentación de Quesada representan un claro signo de su carácter hispánico (Quesada, 1997: 270; 1997f: 258-262; 2007: 397-398), pudieron ser también una herencia itálica, sobre todo teniendo en cuenta que las vainas La Tène peninsulares difieren del patrón básico peninsular y en su mayor parte se constituyen exclusivamente a partir de elementos orgánicos⁴⁵⁴. De todos modos, no vamos a desarrollar todavía esta idea (sobre la cual volveremos más adelante), pero sí nos servirá para recalcar que, a nuestro juicio, la piedra angular del planteamiento arqueológico de Quesada no está en estos elementos auxiliares, que como ya hemos visto en el caso de las vainas La Tène, son secundarios, sino en aquello que es verdaderamente útil: la espada y su módulo.

Planteamientos posteriores

Muchos autores han seguido la línea argumentativa de Quesada sobre el origen del *gladius hispaniensis* en las versiones peninsulares de la espada La Tène, normalmente incorporando este discurso o aceptándolo implícitamente en sus comentarios sobre una u otra espada en concreto (Istencic, 2000: 177; Stiebel, 2004: 230; Bishop y Coulston, 1993: 54-56; Poux, 2008: 316), pero hay otros que se han detenido a ponderar el peso

⁴⁵⁴ *Vide supra*, III.C.3 y fig. 68.

real de esta influencia o han intentado organizar los datos arqueológicos disponibles y establecer un patrón tipológico sobre la forma y características de la espada republicana.

En dicho sentido, el trabajo de Peter Connolly (Connolly, 1997), que se muestra de acuerdo con el planteamiento de Quesada (*Ibid.*: 56), nos parece fundamental al incorporar una síntesis de los hallazgos más significativos de espadas republicanas hallados hasta el momento, añadiendo al repertorio ejemplos como los de Giubiasco, Smihel, Port, Osuna o Renieblas. Connolly insiste en el perfil pistiliforme de sus hojas como uno de los mejores indicativos de su pertenencia a la categoría de *gladii hispanienses*, aunque efectivamente no todos sus ejemplos constan de tales rasgos. El otro indicio determinante estaría en la presencia de vainas de cuerpo orgánico y elementos metálicos, pero, una vez más, nos hallamos ante el problema de conservación de algunas piezas, que no siempre cuentan con pervivencias de sus vainas. Como veremos, las características morfológicas de estas armas son muy complejas, y la mayoría de los ejemplos conocidos contribuyen más a la confusión que a la sintonía de sus elementos en un patrón específico.

Con posterioridad al trabajo de Connolly, tendría lugar la publicación de dos armas procedentes de Alèsia con características de *gladii* republicanos (Rapin, 2001), donde André Rapin, uno de los mejores especialistas en armamento La Tène en la actualidad, se enzarza en un complejo debate sobre las características morfológicas de los *gladii hispanienses* y sus posibles ascendentes tipológicos. En la primera parte de este trabajo, que es la que nos interesa comentar aquí, el autor hace acopio de sus conocimientos científicos sobre las espadas de la Segunda Edad de Hierro celta para contrastar sus parámetros con los supuestamente distintivos de las armas romanas. El texto de Polibio (VI, 23,6) que refiere a la espada de los *hastati*, “que llevan colgada sobre la cadera derecha y que se llama “española”. Tiene una punta muy potente y hiere con eficacia por ambos filos, ya que su hoja es sólida y fuerte”, le sirve de base para reforzar la indefinición teórica de esta, puesto que el hecho de que se lleve colgada de la cadera derecha, de que tenga una punta potente [léase “afilada” o “remarquable”, como traduce el propio Rapin (2001: 36)], o de que hiera por ambos filos, puede estar aludiendo por igual a una espada La Tène contemporánea. Para este autor, pues, los criterios morfológicos verdaderamente importantes de la espada republicana están en la forma de su hoja y en la composición de su vaina (*Ibid.*: 40); de nuevo, pues, los mismos a los que refería Connolly (*supra*). Por lo tanto, según su opinión, muchos de

los ejemplares supuestamente atribuidos a *gladii hispanienses* son en realidad espadas La Tène (Smihel, La Azucarera y otras hispánicas) (*Ibid.*).

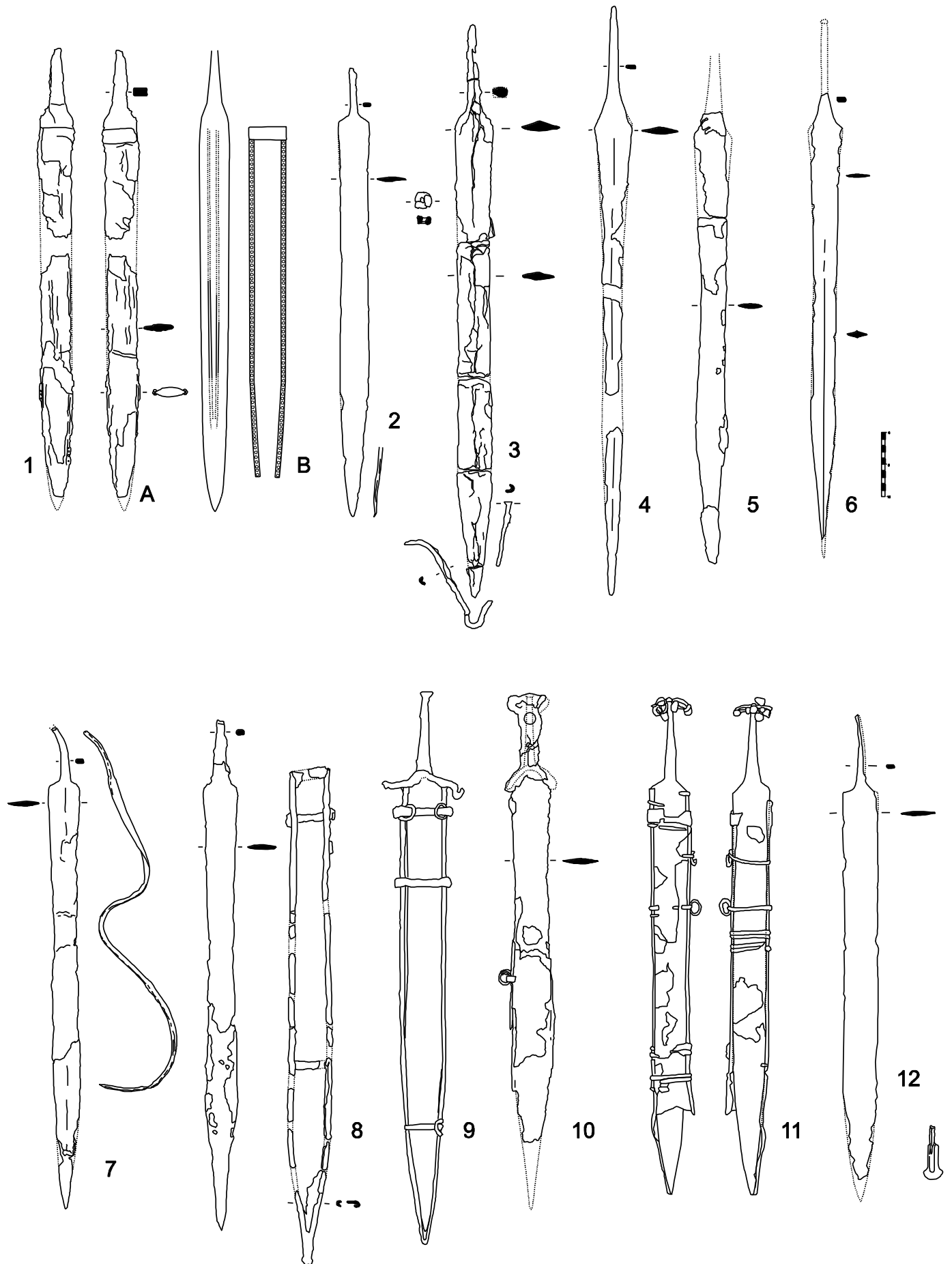
En realidad, coincidimos con Rapin en la mayoría de sus apreciaciones (podríamos añadir incluso los ejemplares de Renieblas a la misma premisa), aunque ya hemos visto que la percepción de la dualidad de las armas peninsulares es algo artificial, y hemos advertido de que el perfil pistiliforme no es un criterio tan claro como parece: ¿Cómo si no explicar los ejemplares de Delos o Mouriès, indudables *gladii hispanienses* en la opinión científica general?

Por estas mismas razones, nos manifestamos contrarios a la hipótesis de este autor sobre el origen del *gladius* republicano. Como para él las espadas La Tène y las espadas romanas tienen sus propios parámetros morfológicos autónomos, no duda en atribuir estas últimas a una herencia griega (*Ibid.*: 36) “*pour la suspension de l’étui*” (en eso estamos de acuerdo) “*comme pour la lame ou la poignée*” (en esto, rotundamente no). El calificativo “hispánico” de Polibio referiría pues, retomando la hipótesis que lanzara Sandars hacia inicios del siglo XX (Sandars, 1913: 58-61), a la calidad de las armas y sus técnicas de fabricación⁴⁵⁵, pero no a una forma concreta.

No vemos por qué ambas opciones son forzosamente excluyentes.

Opinamos pues que el problema del planteamiento de Rapin es que está demasiado centrado en la comparación con el armamento La Tène típico (por el hecho de estar hablando de dos piezas procedentes de Alèsia, donde la mayor parte de las espadas (Sievers, 2001) son de tipo La Tène); pero apenas contempla el armamento mediterráneo, en exceso esbozado en su argumentación pese a ser el supuesto candidato a ascendente del *gladius*; ni el celtibérico o La Tène peninsular, que es el candidato a rechazar. Nos quedamos, pues, con su referencia de que: “*malgré la différence marquée de leur conception, épées gauloises et romaines sembleraient suivre des évolutions parallèles. Les contacts de proximité, peuvent expliquer des « influences » reciproques*”. Tomamos nota y lo desarrollamos más adelante.

⁴⁵⁵ Sobre la reputación de las armas celtibéricas e hispánicas en general, véase *supra*, cap. III.C.2. En la cita presuntamente polibiánica de la Suda, por el contrario, se refiere a que “*también adoptaron (los romanos) la fabricación, pero la bondad del hierro y el esmero de los demás detalles apenas han podido imitarlo*”. Al parecer, los escasos datos paleometalúrgicos aplicados hasta la fecha dan la razón al texto, puesto que las espadas romanas analizadas son en general de hierro dulce, sin carburación, y por tanto de una discutible calidad (Quesada, 2007: 384).



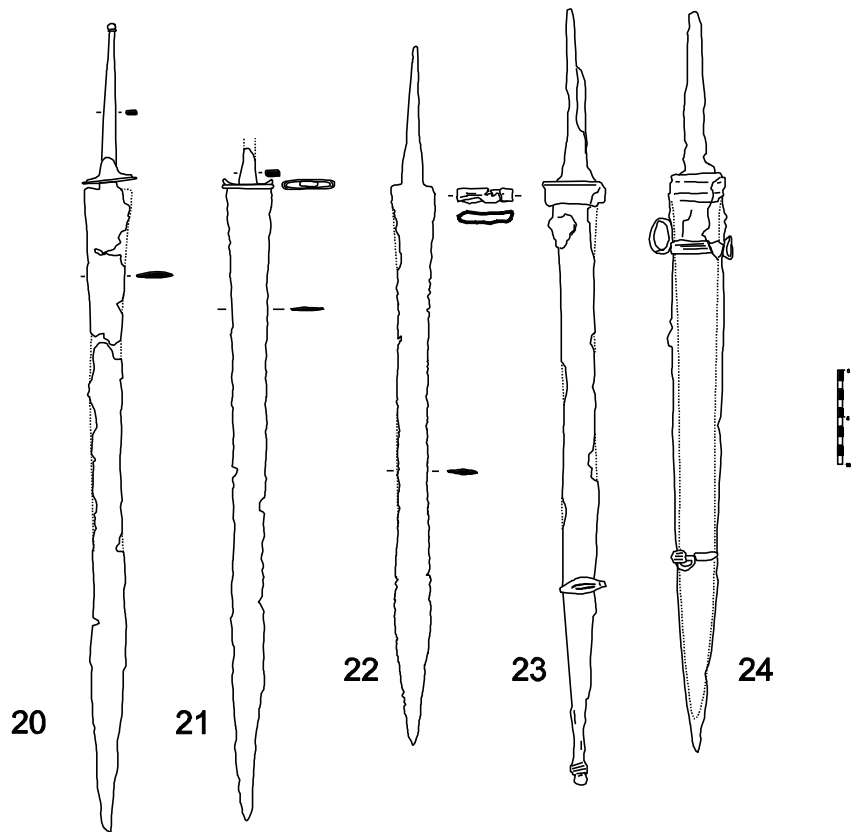
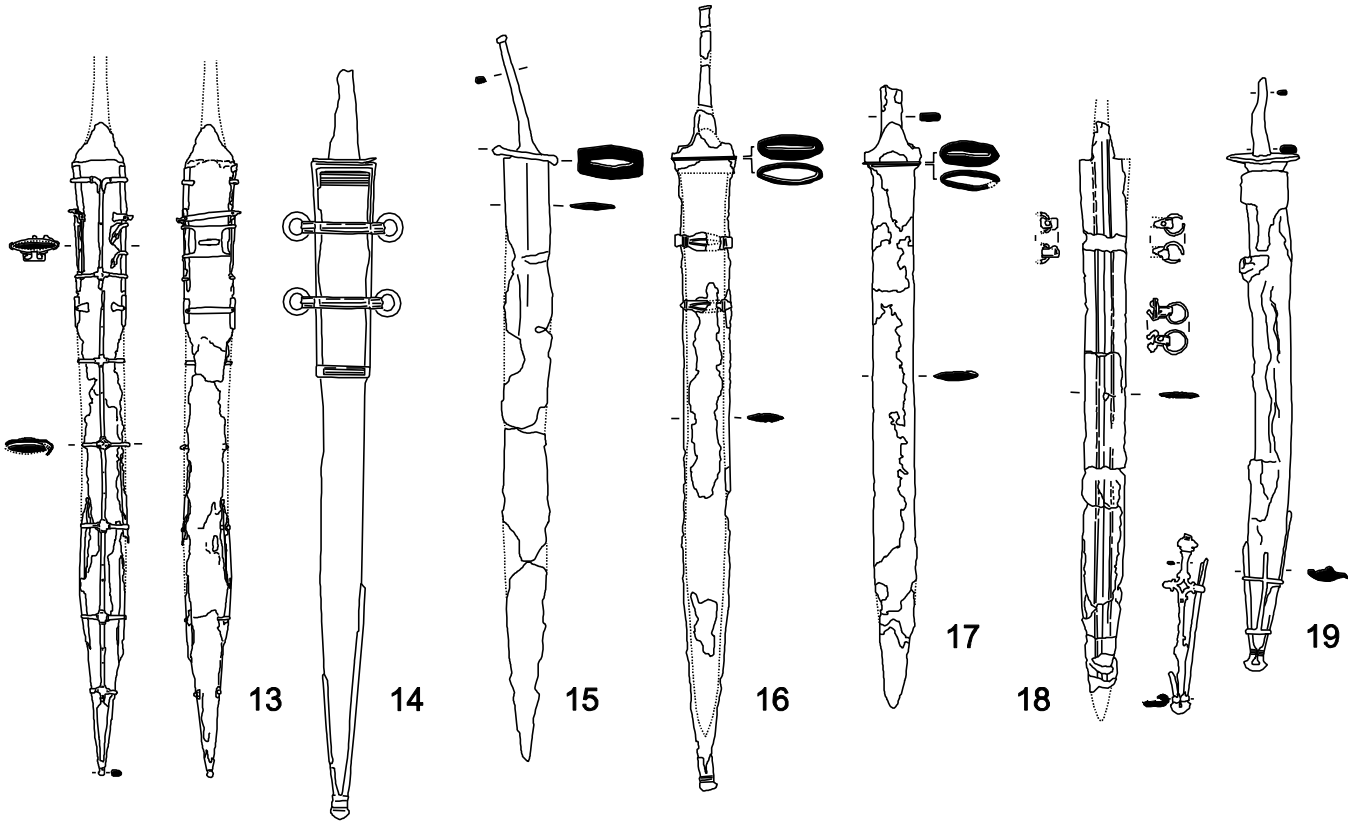


Fig. 78: Muestra comparativa de los principales *gladii* republicanos conocidos. 1: Es Soumâa (Algeria), A: según Ulbert, 1979: Fig. 200; B: propuesta de restitución, a partir del mismo autor (modificado); 2: Smihel 1 (Eslovenia), según Horvat, 1997: Fig. 10,1; 3: Jericó (Israel), según Stiebel, 2004: Fig. 266; 4: Alèsia 2 (Francia), según Rapin, 2001: lám. VI, 2; 5: Giubiasco, sep. 71 (Suiza), según Pernet *et alii*, 2006: T-71; 6: Vhrnika (Eslovenia), según Rapin, 2001: lám. IX, 3; 7: Smihel 2 (Horvat, 1997: Fig. 10, 2); 8: Giubiasco, sep. 471 (Pernet *et alii*, 2006: T-471); 9: Ornavasso-S. Bernardo, sep. 31 (Italia), según Graue, 1974: lám. 20, 4; 10: Giubiasco, sep. 108 (Pernet *et alii*, 2006: T-108); 11: Delos (Grecia), según Bruneau y Fraisse, 1987: Fig. 19; 12: Vienne (Francia), según Desbat y Maza, 2008: fig. 7; 13: río Ljulbjanica (Eslovenia), según Istenic, 2000: Fig. 4; 14: Fontillet/Berry-Bouy (Francia), según Feugère, 1994: Fig. 10, 2; 15: Mourières (Francia), según Marcadal y Féménias, 2001: Fig. 4; 16: Giubiasco, sep. 119 (Pernet *et alii*, 2006: T-119); 17: Pîtres (Francia), según Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008: Fig. 4 y 5, 2-3; 18: Magdalensberg, según Miks, 2007: lám. 8, A459; 20: Alèsia 1 (Rapin, 2001: lám. VI, 1); 21: Boyer (Francia), según Feugère, 1994: Fig. 11, 3; 22: Port (Suiza), según Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 26, 82; 23-24: Ornavasso-Persona, seps. 97 y 95 (Graue, 1979: lám. 73, 8 y 71, 2).

El siguiente trabajo al que referiremos corresponde a la publicación de los ajuares de la necrópolis alpina de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006), algunos de cuyos ejemplares están precisamente muy emparentados con los de Alèsia (Rapin, 2001: 45). En esta importante necrópolis destacan un grupo de cinco sepulturas que contienen espadas “de tradición romana” (Pernet *et alii*, 2006: 42-52), que Pernet divide en tres tipos distintos: uno con guarda campaniforme (que denomina “tipo Giubiasco”), otro con guarda recta y hoja larga y uno último con guarda recta y hoja corta, que corresponde al tipo “Mainz”; ya mucho más conocido. El primer tipo, del que sólo se conoce un ejemplar en la sepultura 108 (**Fig. 70**) y un paralelo de la vecina necrópolis de Ornavasso-S. Bernardo (sep. 31: Graue, 1974: fig. 20, 4; Pernet, 2008: Fig. 9, a) es especialmente interesante, porque, tal como reconoce el autor, contiene elementos que son claramente atributos La Tène, reflejando de nuevo la “influencia recíproca” que mencionaba Rapin. Asimismo, se repiten en el trabajo las dos constantes básicas de los *gladii* republicanos (forma pistiliforme y vaina orgánica) (*Ibid.*: 44) como si fueran leyes fiables que contraponen las espadas La Tène de las romanas, aunque una de las de Giubiasco (sep. 330) tiene hoja recta y una guarda que muchas veces se asocia a las espadas La Tène. Este tipo de anomalías deben entenderse según este autor como una mezcla de tradiciones romanas y celtas. Por tanto, las armas de Giubiasco no serían romanas (excepto quizás la del tipo 3) sino transformaciones locales adaptadas al gusto local de los habitantes de las regiones al pie de los Alpes (*Ibid.*: 51). Esto en sí nos parece muy acertado, puesto que hay otros atributos muy claramente autóctonos, como las

suspensiones bajas⁴⁵⁶, pero es precisamente en el mismo terreno en el que resbala Rapin donde Pernet incurre en lo que a nuestro juicio son los mayores errores de su argumentación:

Al poner el acento en las diferencias entre el “modelo mediterráneo” y el “continental”, termina afirmando que no existe espada alguna que sea verdaderamente romana (con la excepción del ejemplar de Delos⁴⁵⁷) porque en ningún caso está claro que pertenecieran a legionarios romanos⁴⁵⁸ (aunque sí a auxiliares). Por supuesto, con esta afirmación se alinea en el bando antagónico a la tesis de Quesada, como bien hace explícito en un comentario posterior (*Ibid.*: nota 12). De este modo, nos hallamos de nuevo ante un vacío de datos sobre la forma que debió tener el *gladius hispaniensis*, y contaríamos sólo con una idea vaga de su aspecto a través de un par de constantes estables y una supuesta similitud a sus herederos del tipo Mainz.

Obviamente, para nosotros, estas espadas, con o sin elementos La Tène; más o menos locales, son *gladii hispanienses*, puesto que no creemos lógico entender que estas armas fueran atributos exclusivos de legionarios⁴⁵⁹ pero no de auxiliares⁴⁶⁰. Tampoco parece sensato pensar que si unos tienen cañas de bronce o hierro, dos, tres o cuatro anillas o guardas de tal o cual aspecto no son *gladii hispanienses* sino simples versiones regionales, como si la producción de armas en época republicana fuera una maquinaria perfectamente ordenada y centralizada como lo pudo ser en época imperial, sin recurrir en ningún caso a talleres locales para abastecer a sus tropas (*cf.* Quesada, 2006: en especial 81-87).

En todo caso, en un trabajo posterior (Pernet, 2010: 53-62), Pernet se muestra ya mucho más receptivo a las tesis de Quesada, aunque guardando una cierta equidistancia con las opiniones de Rapin, sin llegar a profundizar demasiado en estos aspectos.

⁴⁵⁶ *Vide supra*, III.D.

⁴⁵⁷ *Ibid.* Aunque de nuevo habría que fijarse en su perfil de hoja, que no encaja con lo que Pernet entiende por un patrón mediterráneo.

⁴⁵⁸ « *Le gladius hispaniensis...ne peut pas servir de prototype aux armes de Giubiasco et d'Ornavasso, car aucune arme découverte en contexte archéologique ne peut être qualifiée avec certitude de gladius hispaniensis* »

⁴⁵⁹ Que sabemos utilizaban como mínimo los *hastati* (Polibio, VI, 23, 6; *supra*), los *velites* (Livio, 38, 21, 13) e incluso la caballería (Livio, 31, 34).

⁴⁶⁰ Aunque no hay referencias directas (*vide nota supra*), sí son inducibles de las fuentes que refieren a los auxiliares hispánicos (Polibio, III, 114, 2-4; Livio, 22, 46, 5).

Merece también la pena comentar las opiniones que nos llegan de la mano de Christian Miks en el marco de un trabajo verdaderamente mastodónico dedicado a las espadas romanas imperiales (Miks, 2007). Aunque obviamente no es el objetivo principal de este autor el fijarse en las espadas republicanas, dedica un importante espacio a discutir sobre el origen del *gladius* (*Ibid.*: 24-51) y, consecuentemente, a esbozar sus valoraciones respecto a la ascendencia hispánica este. El estudio de Miks difiere de los dos anteriores en algunas cuestiones, pero sigue una línea crítica muy parecida, que le conduce igualmente al rechazo de la mayoría de las espadas republicanas descubiertas en contextos arqueológicos (según él (*Ibid.*: 48), meras espadas híbridas influenciadas por el *gladius hispaniensis*, pero no verdaderos *gladii hispanienses*) y a la creencia de que el *gladius hispaniensis* es una espada derivada del *xyphos* itálico; sólo con algunos rasgos menores derivados de las espadas hispánicas (*Ibid.*: 29).

En su argumentación, Miks propone una continuidad funcional en las espadas republicanas independientemente de sus posibles modificaciones en la Segunda Guerra Púnica. Para este autor, la espada anterior serviría tanto de filo como de punta y habría ido alargándose con el tiempo hasta alcanzar proporciones similares a las que posteriormente ostentarían los *gladii* imperiales. Aunque confiesa explícitamente que no hay evidencias arqueológicas que confirmen esta hipótesis, y que la iconografía parece más bien indicar una persistencia en el uso de espadas cortas, apela a la falta de contextos armamentísticos clave, como lo serían los campamentos militares más estables (*Ibid.*: 24), y al conservadurismo artístico como causantes de esta aparente contradicción (*Ibid.*: 29 y 33). A su vez, el componente hispánico jugaría un papel bastante incierto, probablemente muy secundario (sin especificar qué elementos aportó), pero en todo caso atribuible no a las espadas La Tène hispánicas, cuya relación con el *gladius* juzga de absurda (*Ibid.*: 47), sino a las espadas de antenas atrofiadas características del siglo III a.C.⁴⁶¹ (*Ibid.*: 29, 43 y 50).

La postura expuesta es difícilmente sostenible, no sólo por la referida ausencia de datos arqueológicos e iconográficos, sino además porque pretende justificar su intuición mediante una interpretación bastante arbitraria de las fuentes literarias; que nos parece como mínimo discutible. Así, por ejemplo, Miks añade de su propia cosecha el uso de filo para las espadas anteriores a la Segunda Guerra Púnica merced a la interpretación

⁴⁶¹ Los tipos Atance/ Quesada V y Arcóbriga/Quesada VI, por tanto. Especialmente el último a juzgar por las referencias gráficas que utiliza Miks (*Ibid.*: lám. 8).

libre de una laguna existente en el texto polibíánico original (en su narración sobre la batalla de Telamón en 225 a.C.: Polibio, II, 30, 8⁴⁶²) y a otra controvertida opinión sobre el episodio del combate singular entre T. Manlio Torcuato y un guerrero galo (Livio, VII, 10, 5)⁴⁶³, cuya mención anacrónica de la espada hispánica considera una prueba del paralelismo táctico entre las espadas romanas del siglo IV a.C. y el II a.C. (Miks, 2007: 28-29).

En síntesis, la propuesta de Miks no ofrece una base argumental lo suficientemente sólida como para demostrar la continuidad del modelo itálico en las espadas republicanas, ni tampoco, como ocurría con las tesis de Rapin y Pernet (*supra*), ofrece información alguna con apoyo arqueológico sobre el aspecto que tendría el *gladius hispaniensis*. Asimismo, y pese a procurar atender a las tradiciones armamentísticas mediterráneas, continentales e hispánicas, incurre en graves errores metodológicos al comparar algunas armas republicanas con espadas La Tène⁴⁶⁴ o al depender casi exclusivamente de la bibliografía germánica, en buena parte muy desfasada, para la cuestión peninsular.

El último de los trabajos que vamos a citar (Poux, 2008: 316-327) es mucho menos “misterioso” en cuanto a su idea de la morfología y características del *gladius hispaniensis*, puesto que acepta explícitamente el planteamiento de Quesada (*Ibid.*: 316) y se limita a trabajar con los datos morfotécnicos de las espadas republicanas; en este caso, las de su periodo más tardío. El estudio de Poux se centra efectivamente en las espadas y otras armas tardorrepublicanas en contextos galos avanzados, incorporando

⁴⁶² “La espada gala sólo hiere de filo”... y luego la laguna, que Miks entre otros proponen continuar con algo así como: “...y la espada romana es eficaz en su punta y en el golpe por ambos filos” (traducción de M. Balasch; nota 168). Sin embargo, tal opción carece de sentido cuando unas líneas más adelante (II, 33, 6), Polibio nos dice textualmente que: “Los romanos, en cambio, que utilizan sus espadas **no de filo, sino de punta...**” [la negrita es nuestra] (*cf.* Quesada, 2007: tabla pág. 394).

⁴⁶³ En el que se menciona el uso de un *gladius hispaniensis* (“...toma el escudo del soldado de infantería, se ciñe la espada hispana (*gladio hispanico*), apropiada para la lucha cuerpo a cuerpo.”) en un contexto del año 361 a.C. Se trata de un episodio tomado de Claudio Cuadrigario (Fr. 10b) a su vez repetido por Aulo Gelio (13, 14) y posiblemente mítico; pero desde luego anacrónico en su referencia a la espada (*cf.* Quesada, 2007: tabla pág. 394). No es probable ni siquiera deducir el carácter cortante del arma cuando sus narradores sólo mencionan que Manlio “le atravesó el pecho” (Claudio Cuadrigario, Fr. 10b) o “le traspasó el vientre y la ingle” (Livio, 7, 10, 5) al galo, por lo que la interpretación de Miks carece de base.

⁴⁶⁴ Al relacionar por ejemplo la vaina de Es Soumâa, que es orgánica con cañas metálicas y fechable en el último tercio del siglo II a.C., y una vaina enteriza de la Saône con una tecnología de La Tène A (y por tanto tres siglos anterior) por el hecho de que ambas se decoran con motivos similares (Miks, 2007: y fig. 11, b-c).

un buen número de ejemplares inéditos, en su mayoría franceses, a la discusión tradicional. La propuesta nos parece muy oportuna, puesto que desglosa morfológicamente las espadas y sus vainas para tratar individualmente todos sus elementos. De este análisis tipológico se desprenden algunos datos interesantes respecto a ciertos elementos de estas armas que han tenido escasa relevancia en la bibliografía anterior, como por ejemplo los remates de contera o sus refuerzos en forma de rejilla, que parecen haber tenido un éxito importante en el siglo I a.C.

En cualquier caso, el de Poux, como el más reciente de Pernet (2010: 53-62) es un trabajo en el que el *gladius* republicano aparece como un arma muy poco homogénea, sujeta a muchas influencias distintas que se dejan notar en uno u otro de sus atributos, pero siempre sin romper un esquema básico dependiente de las proporciones de sus hojas, inferiores a sus contemporáneas de La Tène y superiores a las imperiales (*Ibid.*: 318-319 y fig. 11). Aunque no está exento de afirmaciones dudosas, como la que atribuye cronologías bajas (siempre a partir del 100 a.C.) a estas espadas (*Ibid.*: 316-318)⁴⁶⁵, nos parece una síntesis útil y muy compatible con la idea que aquí defendemos respecto al origen y evolución del *gladius hispaniensis*, que trataremos de exponer a continuación.

III.E.2: El difícil problema de las influencias

Ya hemos hablado repetidamente de la existencia de distintas vías de influencia en la caracterización morfológica de los *gladii* de época republicana, de la convivencia de distintas fórmulas compatibles con una misma intención táctica y de la necesidad de rehuir cualquier planteamiento estático basado en un patrón único válido para todas las espadas republicanas conocidas. Muchas de las hipótesis que hemos visto planteadas en las anteriores líneas sobre el posible origen y evolución del *gladius hispaniensis* son en realidad conciliables siempre que se acepte la confluencia de distintos tipos de influjo en estas espadas y sus vainas, lo que en definitiva es bastante lógico teniendo en cuenta

⁴⁶⁵ *Cfr.* Rapin, 2001: 45-53 respecto a los *gladii* de Alèsia y Giubiasco, para los que propone fechas muy anteriores.

las necesidades tácticas del ejército republicano, cuya constante evolución y adaptación es algo que resulta obvio en la opinión científica actual⁴⁶⁶. Sin embargo, y tal como pretendemos argumentar a continuación, la piedra angular sobre la que se basan todas las variantes es **la espada**, con un módulo bastante concreto destinado a una finalidad táctica específica (cortar y perforar) y sin lugar a dudas derivado de los modelos laténicos peninsulares. Por tanto, desde nuestro punto de vista no hay mayor sentido a su apelativo de “*hispaniensis*”, puesto que el resto de los atributos, incluida la vaina (que no es más que un envoltorio destinado a proteger a la espada), son siempre secundarios y muchas veces sólo ocasionales.

La influencia hispánica

La influencia hispánica es la principal de las influencias del *gladius hispaniensis*. Como ya trató de recalcar Fernando Quesada (Quesada, 1997: 260-273; 1997f: *passim* y 2007: 391-398), las proporciones de las hojas de las espadas republicanas documentadas son perfectamente compatibles con la mayoría de las espadas La Tène de la Península Ibérica inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Púnica⁴⁶⁷, porque a diferencia de otros lugares de Europa durante La Tène II, en este territorio no se procedió al alargamiento de sus hojas, sino que su evolución tomó un curso distinto, marcadamente autóctono. El uso táctico al que se destinara esta espada peninsular es la razón de ser de su adopción romana, puesto que es el mismo que pretendió explotar el ejército romano desde que empezara a emplearla sistemáticamente (Quesada, 2003c y 2006c).

Conforme al desarrollo tipológico que hemos planteado en el presente trabajo, podemos afirmar la perfecta concordancia entre los **módulos de hoja** de las espadas celtibéricas de los tipos B (4-4'8cm de anchura máxima por 60-68cm de longitud de hoja; el tipo B1.1 no contaría, porque es anterior), C (4-4'5cm x 60-65cm) y D⁴⁶⁸ (4'8-5'2 x 65-70cm para el tipo D1 y 5'3-6'2 x 63-68 cm para el tipo D2) con los *gladii hispanienses* conocidos, cuyas hojas oscilan entre los 4'5-6 cm de anchura máxima y los 60-70 cm de

⁴⁶⁶ Sobre este aspecto, véase Quesada, 2003c, contemplando importantes cuestiones tácticas y recogiendo las opiniones de distintos autores.

⁴⁶⁷ Véase un resumen de estas proporciones en Quesada, 1997: Fig. 157.

⁴⁶⁸ Aunque algunos ejemplares de nuestro grupo A clasificables dentro del tipo VIII de Quesada han sido asociados en alguna ocasión con el supuesto influjo de las espadas La Tène peninsulares sobre el *gladius hispaniensis* (Quesada, 1997: 270), no vemos factible tal proceso, puesto que creemos que estas espadas son en su mayoría muy anteriores a la Segunda Guerra Púnica (*vide infra*, III.F). Véase además lo relativo a sus empuñaduras en este mismo capítulo (*cfr. infra*).

longitud (Poux, 2008: 319 y fig. 11). El grupo D es el más similar al *gladius*, no sólo por el recorrido de la anchura de hoja, que es mayor que la de otros ejemplares, sino también por la forma de los hombros, las puntas estrechas y la forma general de la hoja, que es pistiliforme como en la mayoría de los *gladii* republicanos. Con respecto a la forma de los hombros, las tres variantes de las espadas del grupo D se repiten en ejemplares republicanos ajenos a la Península Ibérica. En algún caso, como el de los hombros de tendencia triangular de la serie D1.2, es probable que la influencia fuera inversa, y que fuera la espada republicana la que afectara a los ejemplares peninsulares.

El asunto de las formas pistiliformes es también complejo, puesto que no es una influencia directa de las espadas La Tène celtibéricas, sino un indicio heredado por algunas de estas a partir de otras espadas hispánicas; en este caso muy probablemente las de tipo Arcóbriga/Quesada. VI⁴⁶⁹. No está claro tampoco que todos los *gladii* republicanos tuvieran dicho perfil, que ni siquiera es una constante en época imperial (tipo “Pompeya” y otros tipos resumidos en Miks, 2007: lám. C). El ejemplar de Delos (Bruneau y Fraisse, 1987: 628-654), por ejemplo, es un claro representante de hoja recta, como también lo son los de Vienne (Poux, 2008: Fig. 10), Defeneh (Pernet, 2010: fig. 24) y Mouriès (Marcadal y Féménias, 2001: 188 y Fig. 4). De hecho, y como ya han constatado algunos autores (Rapin, 2001: 40-41; Pernet, 2006: 44 y 2010: 62), las hojas pistiliformes son un esquema habitual en todo el mediterráneo e incluso en las regiones continentales durante el Hallstatt. La verdadera ruptura de dicho patrón es La Tène, así que no es fácil adivinar si las hojas de estas piezas son rectas porque derivan de otros ejemplares hispánicos distintos al grupo D o bien porque lo hacen a partir de espadas de tipo La Tène ajenas a la península. En cualquier caso, lo más probable es que los artesanos romanos copiaran de la Celtiberia un patrón diverso, indistintamente con formas rectas o pistiliformes, aunque quizás pesara más la inspiración en estas últimas por su familiaridad con los tipos más frecuentes en Italia con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica.

Si la hoja pistiliforme es uno de los indicios en los que más han insistido los distintos autores (más incluso que otras características de estas como los módulos o los hombros y las puntas) a la hora de juzgar las influencias hispánicas en las espadas republicanas, la **empuñadura**, en cambio, ha corrido distinta suerte⁴⁷⁰; y no entendemos muy bien por

⁴⁶⁹ *Vide supra*, III.C.1.

⁴⁷⁰ La excepción en Quesada, 1997f: 257, quien ya insiste en este aspecto.

qué. Ninguna otra espada hispánica cuenta con empuñaduras de espiga con sección rectangular y composición orgánica. Ni siquiera las espadas de antenas, uno de los modelos más frecuentemente asociados por la opinión científica al *gladius hispaniensis*, tienen empuñaduras orgánicas, que son una norma perfectamente uniforme en todos los ejemplares de *gladii* republicanos que conocemos. Por lo tanto, he aquí uno de los elementos más significativos de la influencia de las espadas La Tène hispánicas en los modelos republicanos, hasta el punto que no existe excepción alguna.

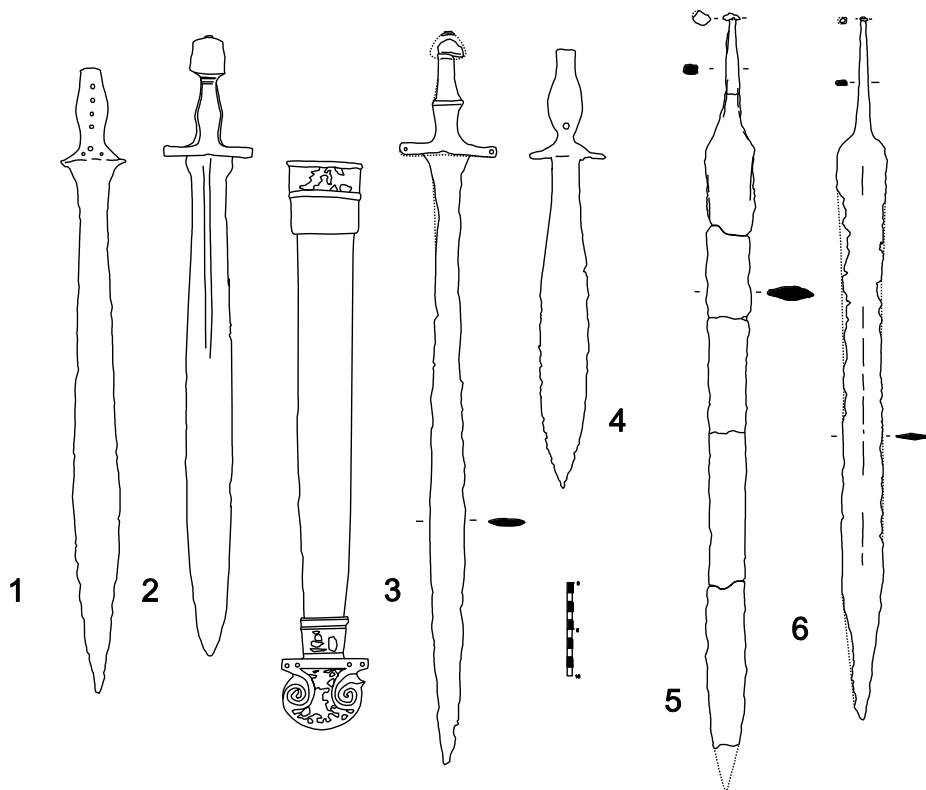


Fig. 79: Comparación de los módulos y empuñaduras del *xyphos* itálico (1-4) y el *gladius hispaniensis*. Aunque las longitudes de hoja puedan llegar a acercarse en algunos ejemplares antiguos, su forma y composición es otra muy distinta. 1: Offida; 2: Campovalano; 3: Campovalano, sep. 4; 4: Tolentino (1-4 según Miks, 2007: fig. 5, B-E); 5: La Caridad (1082); 6: Mas de Barberán (1106).

En contradicción pues con lo que algunos autores han defendido respecto al origen mediterráneo (itálico) del *gladius hispaniensis*⁴⁷¹, las hojas y las empuñaduras son indicios clave que se distancian indefectiblemente de los modelos anteriormente en uso por las tropas romanas. El *xyphos*, *a priori* mejor candidato itálico, tiene empuñaduras

⁴⁷¹ Vide supra, III.E.1.

en lengüeta y no en espiga como ocurre con los *gladii*, y sus hojas pistiliformes son mucho más cortas, siendo su longitud total (y por tanto incluyendo la empuñadura) de entre 50 y 60 cm. Sólo algunos ejemplares parecen contar con hojas algo más largas [por ejemplo: Campovalano sep. 4 (Miks, 2007: fig. 5, D; **Fig. 79, 3**), Alalia (Connolly, 1981: 98, fig. 6) o Capestrano (*Ibid.*: 103, fig. 31-32)], aunque son mucho más delgadas y pertenecen a modelos muy antiguos (*cf.* Miks, 2007: 30), de modo que su posible influjo sobre algunos *gladii* republicanos de hoja esbelta⁴⁷² es muy discutible. Otro indicio que sin duda se distancia de las hojas republicanas es la punta dilatada, una característica muy típica del *xiphos*, que es una espada pensada para perforar (**Fig. 79**).

Así pues, es la espada La Tène peninsular y no cualquier modelo itálico lo que claramente inspiró las producciones romanorrepublicanas. Sin embargo, cabe precisar este aspecto geográfico, puesto que en realidad se trata de una espada La Tène celtibérica (Quesada, 1997f: 266) y no “hispanica” en general. Por lo que hemos visto respecto a la dispersión de las espadas La Tène peninsulares desde el siglo III a.C.⁴⁷³, parece ser que su foco original se sitúa en la Meseta Oriental, mientras que los ejemplares del sureste son importados en esta fase, y los del noreste, pese a encajar en algunos de sus tipos algo conservadores en sus módulos (NE-IA), tienden a desaparecer con posterioridad a la Segunda Guerra Púnica (García Jiménez, 2006: 195-198).

La vaina: una influencia itálica

Pero, ¿hubo algún elemento más, además de la espada, cuya influencia pudiera relacionarse con las espadas La Tène u otras espadas peninsulares? ¿Fue la vaina otro atributo hispánico del *gladius hispaniensis*?

En realidad creemos que no, que la vaina del *gladius*, pese a su evidente paralelismo con la mayoría de las vainas hispánicas, representa una solución de continuidad respecto a las vainas itálicas (al menos en sus características y composición básicas: orgánicas y con armazón metálico); que quizás fuera corroborada por la presencia de fórmulas

⁴⁷² Por ejemplo los de Port (Connolly, 1997: Fig. 8,E; Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 25-26, 82), Ornavasso-Persona 97 (Graue, 1974: lám. 73, 8), Boyer (Feugère, 1994b: Fig. 11, 3) o Alèsia 1 (Rapin, 2001: Fig. 6, 1), entre otros muchos.

⁴⁷³ *Vide supra*, III.E.2.

homólogas en las producciones peninsulares contemporáneas a la adopción de la espada, pero que en cualquier caso no derivó de su territorio⁴⁷⁴. No obstante, es posible que algunos elementos complementarios de estas, que no constituyen un patrón generalizado y que podemos denominar: “influencias ocasionales”, sí procedieran del contacto habitual de las tropas romanas con auxiliares iberos o celtíberos durante los numerosos episodios bélicos en los que participaron:

El primer indicio de influencia ocasional es el de la suspensión. El modo de suspensión es uno de los patrones más variables del *gladius* republicano, siendo documentado en distintas versiones por la iconografía. Si aceptamos el empleo de suspensiones mediterráneas a cuatro anillas y suspensión lateral por tahalí por parte de las tropas romanas, como parece indicar la abundante información iconográfica anterior a la adopción del *gladius hispaniensis*, la existencia de dos o tres anillas podría ser un indicativo más o menos fiable de la influencia hispánica de algunos de estos (Quesada, 1997f: 268). El problema es que el estado de conservación de la mayoría de las espadas republicanas casi nunca permite comprobar cuantas anillas se incluyeron en la vaina. Probablemente el ejemplo más claramente similar a las espadas La Tène hispánicas sea el de Delos, que consta de sólo dos anillas laterales (Quesada, 1997: 268), sin espacio en sus refuerzos para sus réplicas en el costado opuesto⁴⁷⁵.

Sea como fuere, la suspensión nos parece, como veremos en otros casos, el menos constante de los atributos de las vainas del *gladius*, entendiéndolo que en muchas ocasiones se adaptó a las necesidades o a las preferencias de sus distintos lugares de origen. Así, en las representaciones artísticas de época republicana es fácil observar *gladii* suspendidos al modo mediterráneo (como en los torsos de Lavinium o el mausoleo de los *Iulii* en Glanum; Miks, 2007: lám. 295-299) o, indistintamente, al modo galo (con cinturón, como en el altar de Domitius Ahenobarbus (Bishop y Coulston, 1993: Fig. 21), la estela de *Minucius* de Padua (*Ibid.*: Fig. 22) o la estatua de Vachères; Pernet *et alii*, 2006: Fig. 2, 15), sin que parezca imponerse uno u otro patrón.

Una segunda influencia hispánica podría hallarse, tal como se ha propuesto anteriormente (Quesada, 1997f: 259, 262 y 268) en la presencia de placas metálicas decorativas complementando las vainas orgánicas con armazón. Este es un atributo

⁴⁷⁴ *Vide infra*, en este mismo capítulo.

⁴⁷⁵ Véase el dibujo original publicado en: Bruneau y Fraisse, 1987: Fig. 19, que incluye ambos lados (anverso y reverso) que no siempre aparecen en otras publicaciones.

bastante común en algunas de las espadas celtibéricas más compatibles con el módulo del *gladius hispaniensis*, como las de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI (Cabré y Morán, 1984: passim; Cabré, 1990: 215; Quesada, 1997: 221-227), y tiene su eco en un buen número de ejemplares de época imperial (Miks, 2007: lám. 186-187 y 206-207), aunque con motivos ornamentales completamente distintos, como es lógico. Sin embargo, este tipo de placado es desconocido en los ejemplares hasta ahora recuperados de *gladii hispanienses* de época republicana, que sólo cuentan en ocasiones con protectores de emboadura de tipo rectilíneo⁴⁷⁶; y estos ya son más probablemente una herencia itálica que hispánica⁴⁷⁷.

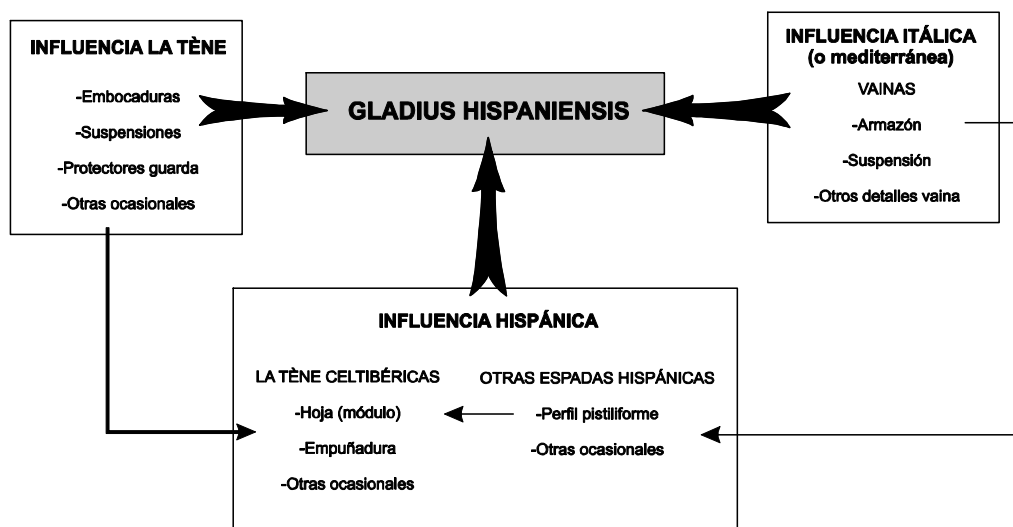


Fig. 80: Las distintas influencias del *gladius hispaniensis*. La influencia hispánica es primordial en la hoja, la itálica en la vaina, y la influencia La Tène, mucho más secundaria, se deja notar en caracteres que irán apareciendo de forma progresiva.

El último de los elementos a comentar es la contera. Algunas conteras de vainas republicanas (Poux, 2008: Fig. 15) tienen remates que recuerdan las típicas formas arriñonadas de las espadas de antenas (*Ibid.*: 322), aunque con aristas más apuntadas. Si bien el vínculo es débil porque en realidad hay muchos paralelos mediterráneos con las

⁴⁷⁶ Casi siempre en ejemplos con guardas rectas: Ornavasso-Persona 95 y 97 (Graue, 1974: lám. 71 2 y 97, 8); Giubiasco 119 (Pernet *et alii*, 2006: lám. 119), Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 26, 82), Es Soumâa (Ulbert, 1979: Fig. 200) o, en una versión más compleja, Fontillet (Feugère, 1994: Fig. 10, 2). Otros ejemplos más, aislados, en: Poux, 2008: Fig. 13.

⁴⁷⁷ Véanse los ejemplos arqueológicos de Campovalano (Miks, 2007: Fig. 5, C) o Capestrano (Connolly, 1981: 103, fig. 32) o las representaciones iconográficas de Volterra (Miks, 2007: lám. 292).

mismas formas, es posible que hubiera algo más, en la propia composición de las conteras, que pudo tener que ver con su influencia hispánica. En concreto nos referimos al hecho de que en la mayoría de las vainas republicanas las conteras no existen como tales, no son piezas exentas como las conteras de las vainas La Tène, sino que dan continuidad a las cañas del armazón y rematan con formas muy sencillas, en ocasiones sin remate alguno. Esto parece representar una ruptura con el patrón tradicional de las espadas itálicas, puesto que en las vainas con armazón que solemos ver asociadas (casi siempre en la iconografía) al *xyphos*, las conteras son muy hipertrofiadas (contrastando por tanto con la discreción del modelo del *gladius*) y se insertan en el cuerpo de la vaina, pero no forman parte del esqueleto metálico. De este modo, o bien la contera del *gladius* republicano deriva de otros modelos itálicos distintos al *xyphos*, o bien fue una incorporación hispánica surgida de la necesidad de limitar la hipertrofia de sus remates o facilitar su producción. En realidad, la primera posibilidad es tan probable como la segunda: si atendemos a la iconografía helenística en piedra, donde es más fácil representar el armazón debido al mayor formato del soporte, observamos sistemas idénticos a los hispánicos (Miks, 2007: lám. 289-291), tanto en sus remates como en la configuración de la contera como parte del esqueleto metálico. Aunque desconocemos el alcance de estos patrones mediterráneos en la Roma anterior a la Segunda Guerra Púnica, creemos que las vainas mediterráneas y las hispánicas desarrollaron una evolución muy similar (ciertamente bastante estanca y conservadora) que desembocó en la confluencia de dos fórmulas idénticas que lógicamente reiteraron la continuidad de su estructura original.

Por otra parte, y como ya hemos tratado de argumentar en capítulos anteriores⁴⁷⁸, la espada La Tène celtibérica anterior a la conquista romana no contó, que sepamos, con vainas de armazón metálico como las de otras producciones meseteñas, sino que sus vainas fueron compuestas enteramente a partir de elementos orgánicos. No coincidimos por tanto con la opinión de Quesada (Quesada, 1997f: 263-266; 2007: 397) respecto a la evolución de las vainas La Tène hispánicas en tres estadios que conllevarían la desaparición primero de la hembra y luego de la vaina metálica⁴⁷⁹ para terminar con

⁴⁷⁸ *Supra*, III.C.3.

⁴⁷⁹ Entre otras cosas porque la vaina de Gormaz (1093), que viene a representar el primer estadio, es posterior o como mucho contemporánea a la de la sepultura 53 de Cigarralejo (1086), que representa el segundo estadio pero que revela una tecnología muy anterior. Por lo demás, tampoco está muy claro que esta pieza no cuente con una hembra desaparecida al fragmentarse la parte proximal de la vaina (*vide supra*, III.C.1 y Fig. 40).

vainas orgánicas de armazón metálico y suspensión por anillas laterales con refuerzos. Creemos, al contrario, que las vainas de armazón que se hallan asociadas a espadas La Tène hispánicas son un signo de la influencia romana sobre estas producciones y no a la inversa, porque siempre se encuentran en contextos avanzados (tipo D2). La existencia de vainas completamente orgánicas en algunos *gladii* republicanos (Poux, 2008: 327) no hay que confundirla tampoco con aportaciones de las producciones laténicas meseteñas, sino que habría que interpretarla como un reflejo de las alternativas preexistentes en la Península Itálica con anterioridad a la incorporación de la espada hispánica.

En consecuencia, si la espada fue algo que los romanos adoptaron del modelo La Tène celtibérico, la vaina que la protegía era una versión de sus vainas tradicionales, alargada y adaptada al nuevo formato. Con todo, se modificó, versionó y retocó en varios de sus elementos a partir de las distintas influencias que fueron afectándola a lo largo de sus no menos de dos siglos de existencia.

La influencia La Tène

No es de extrañar que muchos de los principales inconvenientes en la interpretación tipológica del *gladius hispaniensis* hayan arrancado de sus problemas de confusión e identificación con las espadas La Tène y sus vainas. Al proceder ambas versiones de un mismo tronco original, aunque ramificado un siglo antes y culturalmente muy lejano, es comprensible que a veces nos planteemos dudas al distinguir unos patrones de otros. Entender entonces que la cuestión del *gladius hispaniensis* es una de las más complejas culturalmente hablando no sólo por la escasez de materiales arqueológicos recuperados sino sobre todo por la infinidad de variables añadidas sobre el patrón original, es de gran ayuda para tratar de alcanzar una percepción inteligible del fenómeno.

En efecto, paralelamente al armamento romano, con sus recientes incorporaciones a partir de las guerras en Hispania, el armamento La Tène continental seguiría un proceso de evolución propio que en algunas ocasiones quizá intercediera de forma puntual sobre las producciones republicanas contemporáneas. Veremos algunos ejemplos que van en dicho sentido:

Es sabido que los *gladii* republicanos utilizaron distintas formas de guarda y embocadura para sus vainas. En la pareja de Alèsia, por ejemplo (Rapin, 2001: *passim*), uno de los ejemplares (Alèsia 2) tiene hombros altos (y en consecuencia una guarda elevada) y el otro hombros rectos. Asimismo, en las necrópolis de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006) y Ornavasso (Graue, 1974), existen tumbas con ejemplares que emplean ambas alternativas, y que son la base de la clasificación tipológica de Pernet (Pernet *et alii*, 2006: 45-46; Pernet, 2008: 287-288). Aunque ya hemos visto que las distintas formas de hombros de las espadas La Tène celtibéricas pudieron afectar a la espada republicana, aquí la asociación va más allá, puesto que algunos de estos ejemplares cuentan con protectores metálicos de guarda, acampanados o rectos, que están por completo ausentes en la tradición de las espadas La Tène peninsulares. En los contextos La Tène “típicos”, ambas fórmulas conviven en espadas y vainas a lo largo de La Tène D (Rapin, 1999: 63), e incluso se dan ejemplos con protectores de guarda con base recta y perfil superior acampanado (Saint-Laurant-des-Arbres (Barruol y Sauzade, 1969: Fig. 23⁴⁸⁰); Pouilly-sur-Saône (Guillaumet y Szabó, 2002: 224, 3); Giubiasco 69 (Pernet *et alii*, 2006: lám. 69), que también tienen su reflejo en algunas de las espadas republicanas a las que hemos referido (Giubiasco 119 y 330, Alèsia 1).

Pernet propone que la relación de las espadas de tradición romana con las de tradición La Tène en las necrópolis del norte de la Cisalpina es fruto de su hibridación en un contexto marcadamente laténico, como bien demuestran las panoplias depositadas en sus tumbas, incluyendo aquellas que cuentan con *gladii* (Pernet *et alii*, 2006: 51). Este hecho, bien coherente con el territorio, encuentra escaso eco en otras regiones, donde es más difícil hallar ejemplares con protectores de guarda acampanados y hojas pistiliformes. Sin embargo, no ocurre lo mismo con los protectores metálicos rectos, que terminarían siendo la norma general en algunas producciones imperiales. Estas piezas son bastante abundantes en Francia y otros contextos septentrionales a partir de inicios del siglo I a.C. (Mouriès, Boyer, Fontillet, Magdalensberg⁴⁸¹), y constituyen un buen testimonio del repetido contacto entre el armamento celta y el romano. No es de extrañar, pues, que las escasas piezas campaniformes ajenas a las necrópolis cisalpinas

⁴⁸⁰ *Vide supra*, fig. 19, 15. Existen también versiones en hueso tardorrepublicanas en yacimientos de Lyon, como las del llamado pseudo-santuario de Cibeles: Desbat y Maza, 2008: 243, 38 y 39.

⁴⁸¹ Miks, 2007: A459.

procedan también de este territorio (Gondole; Deberge, 2008: Fig. 5, 1 y 2⁴⁸²; escultura de Vachères) y de fechas avanzadas, ya relacionadas con la Guerra de las Galias.

Otra influencia a analizar es de nuevo la de las suspensiones. De acuerdo con lo que ya hemos comentado en numerosas ocasiones, la forma de suspender una vaina es una cuestión cultural que no siempre es necesario modificar aunque se haya adoptado un arma de origen ajeno. El reciente reexamen del *gladius* que porta el guerrero de Vachères por parte de Lionel Pernet (Pernet *et alii*, 2006: 48 y fig. 2.15; Poux, 2008: 331) le ha llevado a resaltar este hecho en relación a las suspensiones galas. En efecto, la escultura muestra claramente como se rechazan las dos virolas envolventes destinadas a sujetar las anillas laterales y se coloca una pieza homóloga, mucho más ancha y probablemente realizada en cuero, que actúa como hembrilla en el reverso, por donde pasa una ancha correa que enlaza con el cinturón. El sistema es una adaptación clara de un *gladius* a la forma de suspensión gala, en vertical y con un único punto de anclaje.

También es posible que algunos ejemplares incluyeran hembrillas de suspensión en vez de las típicas virolas republicanas. Así, por ejemplo, un amuleto en bronce que representa una vaina de espada recientemente descubierto en las excavaciones de la catedral de Ginebra (Poux, 2008: 325 y fig. 16) cuenta con claros elementos de hibridación que combinan hembrilla y un remate de contera en botón que es frecuente en los *gladii hispanienses* tardíos.

Paralelamente, y teniendo en cuenta la abundante información iconográfica de época altoimperial (fundamentalmente estelas funerarias) representando auxiliares y legionarios que suspenden sus *gladii* mediante cinturón, en vertical y al lado derecho, sin que se aprecie su sujeción a las anillas (Connolly, 1991; Miks, 2007: lám. 306-309), habría que considerar seriamente el influjo de las tradicionales suspensiones La Tène entre las tropas del Alto Imperio; sobre todo si observamos que los cinturones parecen en ocasiones “flotar” y cogerse por detrás⁴⁸³, como si hubiera una hembrilla, que por otro lado es el único sistema que emplea la caballería en las *spathae*.

⁴⁸² Se trata de dos fragmentos proximales de sendas espadas. Aunque su autor las califica de *spatha* y espada corta “*a poignée pseudo-anthropoïde?*” (lo que es más probable en el primer caso debido a la presencia de una hembrilla de suspensión compatible con las espadas largas), su forma pistiliforme es un claro indicio de la influencia de los *gladii* republicanos.

⁴⁸³ Lo que no es muy comprensible, teniendo en cuenta la abundancia de detalles en estas estelas, si se pretende representar su sujeción a las anillas.

Hubo probablemente otras influencias puntuales de las espadas La Tène, que pudieron manifestarse en el alargamiento de las hojas de algunos *gladii* probablemente destinados a la caballería. Nos referimos conscientemente a “*gladii*” en vez de a “*spathae*” porque creemos que existe una diferencia entre ellos (que eludimos aquí a propósito para afrontarla más adelante), y que la influencia La Tène en las segundas es innegable, aunque sea a través de sus adaptaciones germánicas (Poux, 2008: 330-332).

Del mismo modo, la cuestión de la rectitud de los filos de algunas espadas republicanas (*supra*) pudo también ser una herencia gala, aunque su relación con los materiales latenienses peninsulares es asimismo perfectamente plausible.

En relación con este aspecto, el problema de distinción entre las panoplias gala y romana resulta a menudo tan complejo como el que plantea la diferenciación de las espadas hispánicas y las republicanas (*Ibid.*: 398-399). De hecho, la mayoría de los contextos tardorrepublicanos con armamento romano aparecen mezclados con armas de origen La Tène o de procedencia ambigua, pero esta confusión es especialmente aplicable al armamento defensivo (escudos, cascos, armas de asta, proyectiles...) y no tanto a las espadas, cuyo principal problema de distinción depende de la ascendencia laténica de sus precursores hispánicos⁴⁸⁴. Sin duda, es precisamente en el terreno de su cruce de influencias, por una parte itálicas o mediterráneas y por la otra La Tène hispánicas y La Tène continentales, que el *gladius hispaniensis* ha representado uno de los mayores y más controvertidos dilemas en el estudio del armamento republicano.

⁴⁸⁴ Así, por ejemplo, se interpretan algunas de las espadas de Smihel (Horvat, 1997: 114) como posibles *gladii* cuando sus características morfotécnicas apuntan a una tradición La Tène continental, pese a la ausencia de la vaina (Rapin, 2001: 40 y nota 3). Efectivamente, una de las espadas de hoja recta con espiga de sección cuadrada, nervio central y larga punta (Horvat, 1997: 113 y Fig. 10, 3), no encaja con la tradición hispánica del siglo III a.C. y pertenece muy probablemente a La Tène A; quizás de una necrópolis circundante (*Ibid.*: *cfr.* 106). También otro ejemplar, desaparecido, pertenece a La Tène Antigua según confirma su propia autora (*Ibid.*: 116). En consecuencia, de las cuatro espadas publicadas, sólo dos (*Ibid.*: Fig. 10, 1 y 2) pudieron pertenecer a posibles *gladii*; más el segundo, que pese a sus pliegues intencionados y el desgaste central evidencia claros signos de estrechamiento en su parte proximal (y por tanto de su perfil pistiliforme). En cuanto al primero, su módulo y su perfil recto es tan compatible con los ejemplares hispánicos del tipo B1 como de los laténicos de La Tène B, y por tanto es también susceptible de pertenecer al grupo de las intrusiones del lote.

Otro posible *gladius* también atribuible a una espada La Tène “típica” que ha perdido la vaina corresponde a una pieza procedente de Dodona (Grecia) (Völling, 1997: Fig. 13), cuya corta hoja (*c.* 48 cm) y nervio central denota una antigüedad anterior a los patrones de inspiración de los tipos hispánicos “clásicos”.

Influencias locales secundarias

De forma complementaria a las principales influencias en la estructura morfológica de los *gladii* republicanos y sus vainas, existen algunas modificaciones puntuales que sin duda tienen que ver con las intenciones locales de los pueblos que las emplearon.

Así, en el repetido terreno de las suspensiones, existen otras influencias alternativas, en este caso completamente alejadas de la tradición La Tène, que tienen lugar en las referidas necrópolis de Giubiasco y Ornavasso y que consisten en el añadido de una anilla en posición muy baja, destinada con toda probabilidad a anclar la vaina a la parte posterior del cinturón y llevarla más inclinada (Pernet *et alii*, 2006: 48).

Por el momento, desconocemos si otras influencias locales afectaron a las espadas republicanas, pero en cualquier caso entendemos que estas modificaciones debieron ser limitadas, en ningún caso alterando el verdadero propósito del *gladius hispaniensis* en su significado táctico tal y como fue absorbido por el ejército romano a partir de las espadas La Tène celtibéricas.

III.E.3: Algunas consideraciones tipológicas y cronológicas sobre el *gladius* republicano

Con lo dicho hasta el momento, hemos creído demostrar que el *gladius hispaniensis* o, como mínimo, las características morfológicas básicas de esta espada de origen celtibérico, forman un cuerpo sólido constante a lo largo del periodo republicano desde la Segunda Guerra Púnica. Pocas son las variaciones en su módulo y su funcionalidad táctica hasta que, con la llegada de los ejércitos imperiales, el patrón inicial se modificara hacia otro cuyas hojas serían manifiestamente más cortas, bien representadas por los tipos más conocidos como el “Mainz” o el “Pompeya” (Feugère, 1993: 140-148), y nuevamente reorientadas a su función punzante. Sin embargo, y al igual que ocurre con las espadas La Tène peninsulares que la inspiraron, en el seno de las espadas republicanas coexisten distintos tipos de adaptaciones, sólo diferenciadas en aspectos concretos, que pueden agruparse en variantes diferenciadas. No es nuestra intención aquí el establecer una tipología del *gladius* republicano, puesto que ello se distancia mucho de los principales objetivos de este trabajo, pero sí nos parece importante llamar

la atención sobre la continuidad de los patrones específicos de las espadas La Tène peninsulares en los modelos romanos y sus complicaciones de orden cronológico.

Una misma espada, pero distintos tipos

Los rasgos morfológicos de las espadas La Tène peninsulares del grupo D son bastante evidentes en otros formatos romanos, como por ejemplo los hombros bajos del **tipo D1.3** en ejemplares como los de Giubiasco 471 (Pernet *et alii*, 2006: sep. 471), Smihel 2 (Horvat, 1997: Fig. 10, 2) y puede que también los de Ljubljana (Istencic, 2000). Incluso las hojas delgadas de las que hacen gala algunas espadas celtibéricas del mismo tipo (Atance (1045 y 1050 y 1055) y La Oruña; 1118), posiblemente a su vez inspiradas por la variante **B2**, pudieron tener extensión hacia los modelos de hombros perfectamente rectos con guardas metálicas y protectores en la embocadura de la vaina (Boyer, Port, Alèsia 1, Ornavasso-Persona 95 y 97), que probablemente harían su aparición desde mediados del siglo II a.C., ya incorporando algunos rasgos propios de La Tène D.

El **tipo D1.1** encuentra escasos paralelos directos fuera de la Península Ibérica. Una de las excepciones más significativas es el *gladius* de Jericó (Stiebel, 2004), con una hoja verdaderamente larga (76 cm de longitud) y una vaina de armazón con remate distal muy simple, que recuerda ya a primera vista a la del ejemplar de la sepultura 36 de El Romazal (1148), así como la del ejemplar egipcio de Defeneh (Pernet, 2010: fig. 24). La influencia de este mismo tipo está asimismo detrás de los modelos de hoja robusta que caracterizan el **tipo D2** (Cabecico 146: 1080; La Azucarera: 1064; Mas de Barberán: 1106), también representadas en Giubiasco 108 y Ornavasso-S. Bernardo 31. La misma ascendencia tipológica podría extenderse también a otras producciones derivadas, como la **serie D1.2**, cuyos característicos hombros angulosos se aprecian también en los ejemplares de Vhrnika, Alèsia 2 o Giubiasco 71.

En cuanto al peso tipológico de los grupos peninsulares de hoja recta, algunos detalles de sus estándares podrían apreciarse en ejemplares como el de de Es Soumâa, en Algeria. Aunque su estado de conservación es bastante deficiente, esta espada parece tener mucho que ver con el **tipo C1** (perfil de hoja, punta ancha, mismo módulo⁴⁸⁵...). Sus hombros caídos, aparentemente en contradicción con el refuerzo de embocadura

⁴⁸⁵ Sobre todo si aceptamos, como lo hace Connolly (1997: Fig. 10) que falta un fragmento de espada en el centro como ocurre en ocasiones cuando hay un pliegue intencionado.

metálico de su vaina, que es recto, son otro signo totalmente compatible con el tipo C1, mientras que su sección acanalada en la hoja remite directamente a la serie C1.2.

Otros *gladii* de hoja recta, más o menos robusta (Smihel 1, Mouriès, Vienne o Delos), pudieron tener su ascendente en las versiones tardías del grupo **B1**, lo que, de ser así, daría otro significado tipológico a una de las hojas del campamento de Renieblas (1145; Luik, 2002: 232 y fig. 191), cuya anchura de hoja es perfectamente compatible con los ejemplares recios de producción romana.

De este modo, podemos distinguir al menos tres tipos básicos de *gladii* republicanos: uno que seguiría la tradición hispánica y que podríamos llamar “clásico”, afín a los rasgos morfotécnicos de las espadas celtibéricas; otro con hojas robustas derivadas de estas, cuya continuidad podríamos ver en las producciones altoimperiales del tipo “Mainz”; y otro último con guardas rectas y hojas delgadas cuya continuidad en época imperial es discutible, aunque podría tener que ver con el tipo “Pompeya”. La flexibilidad tipológica de la variante robusta, que a menudo toma prestados de sus parientes algunos atributos, como las guardas rectas y sus protectores metálicos (Magdalensberg, Pîtres), o incluso las embocaduras triangulares de sus vainas (¿Osuna?), pudo ser un indicio de su éxito en el periodo tardorrepublicano y, en consecuencia, un buen punto de partida hacia su extensión a los modelos imperiales.

El principal problema de estas variantes es que no contamos con dataciones fehacientes para ellas. La mayoría de las espadas extrapeninsulares han sido fechadas en momentos recientes⁴⁸⁶, generalmente dentro del siglo I a.C., y evidenciando por tanto un importante vacío entre la supuesta fecha de adopción por el ejército romano. Lo curioso del caso es que un sesgo documental parecido ocurre con el puñal bidiscoidal; otra de las producciones hispánicas incorporadas a la panoplia romana⁴⁸⁷. Sabiendo, pues, como sabemos por las fuentes literarias, que el uso del *gladius hispaniensis* estaba ya difundido con anterioridad al siglo I a.C., no podemos sino extrañarnos por este desfase. En nuestra opinión, el motivo de este aparente vacío es triple:

⁴⁸⁶ De la propuesta cronológica de Connolly (1997: fig. 11), los ejemplares más antiguos, de Smihel, han sido unos de los más cuestionados por los especialistas del armamento La Tène (*cf.* Rapin, 2001: 40). Los demás ejemplos indudablemente pertenecientes al siglo II a.C., como los de Jericó (¿primera mitad del siglo II a.C.?: Stiebel, 2004: 230) y el de Es Soumâa (130-110 a.C.: Miks, 2007: 43) son algo más firmes, y por tanto excepciones claras para este periodo.

⁴⁸⁷ En último lugar: Kavanagh, 2008: 74-80.

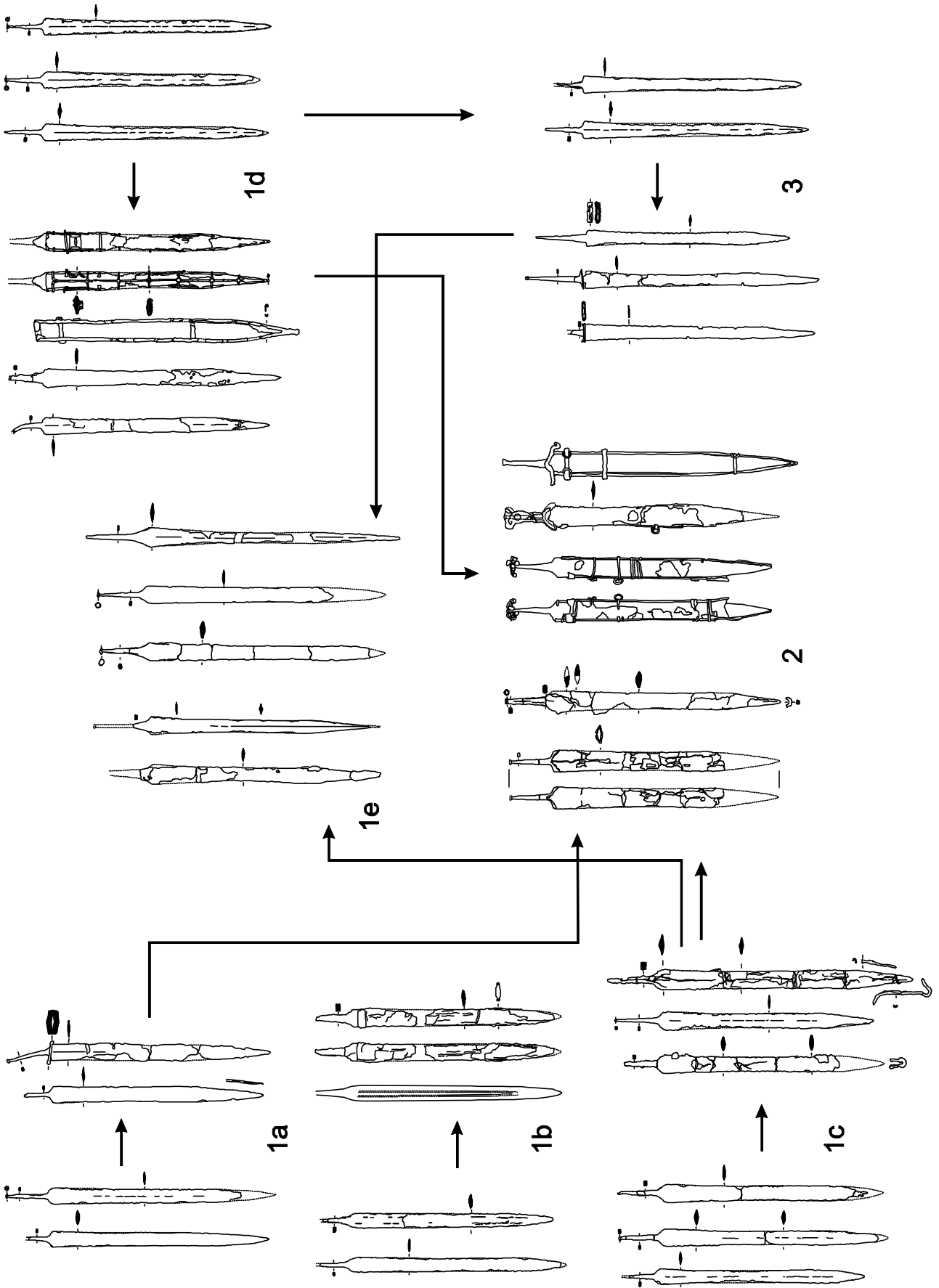


Fig. 81: Evolución e interacción entre las distintas variantes de *gladius* republicano y sus prototipos hispánicos. 1: tipos “clásicos”: 1A: tipo B1 y *gladii* de Smihel 1 y Mouriès; 1B: Tipo C1 y *gladius* de Es-Soumâa; 1C: tipo D1.1 y *gladii* de Cabecico, Mas de Barberán (D2.1) y Jericó; 1D: tipo D1.3 y *gladii* de Smihel 2, Giubiasco 471 y Ljulbjanica; 1E: Tipo D1.2 y *gladii* de Giubiasco 71, Vhrnika y Alèsia 2. 2: Variante robusta (Osuna, La Azucarera, Delos, Giubiasco 108 y Ornavasso 31). 3: Variante esbelta: tipo D1.3 y *gladii* de Boyer, Alèsia 1 y Port.

Por una parte, geográfico, puesto que la mayor parte de los escenarios bélicos del siglo II a.C. se centraron en la Península Ibérica, y aunque por supuesto no fue la única región donde hubo conflictos importantes, sí es casi la única cuyos campamentos militares de este periodo son conocidos; hasta el punto que la mayoría de los trabajos dedicados a la castramentación de época republicana siguen hablando casi exclusivamente de estos (Dobson, 2008; con la bibliografía anterior). Una vez empiezan a desarrollarse otros conflictos bélicos de gran envergadura, el ámbito geográfico se expande, como demuestran los hallazgos de la Galia desde la conquista de la *Provincia* (provincia narbonense) en el área meridional, o del resto del territorio galo occidental a partir de la Guerra de las Galias (*cf.* Pernet, 2010: *passim*).

El segundo motivo es tipológico. El mismo desconocimiento que aún tenemos de los *gladii* republicanos nos impide fechar a partir de sus rasgos morfológicos, por lo que hay que recurrir a otros objetos. Muchas veces estos elementos ni siquiera existen, y muchas otras consisten tan sólo en otras armas de la panoplia como umbos, cascos o moharras, que están sujetos a la misma problemática que las espadas.

La última razón, íntimamente relacionada con la anterior, tiene que ver con el típico sesgo cronológico de los contextos funerarios. En la necrópolis de Giubiasco, por ejemplo, todas las tumbas con espadas de tradición romana se fechan en La Tène D2 a partir de las propias espadas (lo que es un argumento circular peligroso) o a partir de materiales cerámicos. Así, la sepultura número 119 contiene un cubilete que arroja una fecha *post quem* de mediados del siglo I a.C. (Pernet *et alii*, 2006: 304). Sin embargo, ningún elemento de la panoplia parece tan tardío, hasta el punto que Rapin proponía años antes, en base a las armas, una fecha muy anterior, del segundo tercio del siglo II a.C. (transición La Tène C2-D1) (Rapin, 2001: 45 y 52). La comparación es exagerada, y quizás algunos datos como la guarda de la espada o el casco encajen mejor con una fecha ligeramente posterior, pero en cualquier caso dentro del siglo II a.C. La misma argumentación sería válida para otras tumbas, como la 108 (Pernet *et alii*, 2006: 303) o

la 71 (*Ibid.*: 294), esta última ya sin elemento cerámico alguno que defienda una datación tan baja.

Considerando estos atenuantes, creemos que es perfectamente plausible el fechar algunos ejemplares más en contextos anteriores a los aparentemente aceptados, sin duda desde mediados del siglo II a.C. como mínimo. No obstante, habrá que trabajar duro en el futuro para procurar hallar un camino sólido en la datación de estas armas, que dependerá en parte de su análisis tipológico y de la incorporación de nuevos hallazgos con contextos menos ambiguos.

El *gladius* y la *spatha*

Uno de los problemas derivados del estudio del *gladius* es su categoría táctica. En algunas ocasiones, las espadas republicanas cuentan con hojas verdaderamente largas, que le han valido su apelativo como *spathae* al creer que su longitud tuvo que ver con su uso por parte de tropas de caballería. En cierto modo, esto nos parece correcto: no hay duda de que hojas tan largas como las de Jericó o Alèsia 2, o incluso algunas de las de Giubiasco (seps. 71 y 471) sacarían mayor provecho táctico mediante su empleo en la caballería. Sin embargo, creemos que hay que ser prudentes con la terminología aplicada, puesto que la *spatha* tiene un diseño distinto al *gladius*; mucho más “La Tène” y mucho menos hispánico.

Algunos autores, como Christian Miks (2007: 19-23), han propuesto una distinción basada en la longitud de hoja, lo que siempre suele ser problemático. Así, habría que llamar *gladii* a los ejemplares con hojas inferiores a los 55 cm; *spathae* a las superiores a los 60 cm y *semispathae* a los valores intermedios (*Ibid.*: 23). Esta propuesta, que nos parece totalmente arbitraria y que se basa en las distintas frecuencias de longitud de hoja en ejemplares mayoritariamente de época imperial, supondría la práctica desaparición de los *gladii* republicanos como tales, lo que sin duda es absurdo. Rapin (2001: 48-49) y luego Pernet (Pernet *et alii*, 2006: 51), con algunas dudas, proponen calificar de *spathae* precoces sólo a los ejemplares más largos como los de Alèsia 2 o a aquellos que van acompañados de elementos relacionados con la caballería (Giubiasco 119, por ejemplo). Por su parte, el de Poux (2008: 330-332) parece el planteamiento más convincente, puesto que se limita a analizar el alcance de las espadas germánicas de tradición La Tène utilizadas por auxiliares galos o germánicos entendiendo su influencia sobre la

spatha imperial y tratando el problema de forma independiente al del *gladius*. Cualquier hallazgo de espada gala o germánica asociada a *militaria* romanos es susceptible de haberse usado como *spatha* (*Ibid.*: 331)⁴⁸⁸. Efectivamente, a las evidentes espadas germánicas con conteras rematadas en apéndice (Luczkiewicz, 2000: 362-379) cuya continuidad en época imperial parece indiscutible (Miks, 2007: 413-434), podríamos añadir otras propiamente galas perfectamente compatibles ya desde La Tène C2 (Lejars, 1996; Poux, 2008: 330; Pernet, 2010) (**Fig. 82**).

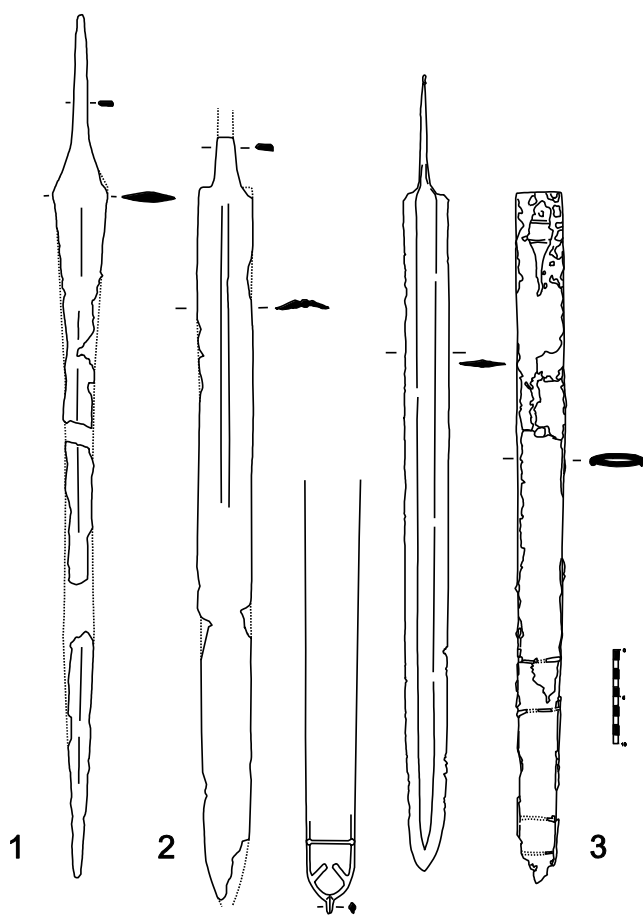


Fig. 82: El *gladius* largo (1) es perfectamente compatible con su empleo a caballo, al igual que la *spatha* tardorrepública (2) y la espada de La Tène D (3). Las tres fórmulas debieron usarse indistintamente por la caballería romana del ejército republicano; las fórmulas 2 y 3 especialmente por *auxilia*. 1: Alèsia 2 (Rapin, 2001: lám. VI, 2); 2: Feurs y Mesnil-sous-Jumièges, según Poux, 2008 : Fig. 21, 1 y 5 ; 3 : Port (Wyss, Rey y Müller, 2002 : lám. 8, 22).

La cuestión reside, pues, no en su uso por parte auxiliares, que tomaron sus propias armas ya adaptadas a su uso en la caballería, sino en su empleo por parte de legionarios romanos. Para nosotros, el *gladius* republicano tiene una forma distinta a las *spathae*, que sólo en casos muy extraordinarios puede llegar a confundirse. Pero no es en la forma sino en otro terreno donde hay que localizar el origen del problema: desde nuestro punto de vista, el error de planteamiento básico está en la asociación

spatha=caballería;
caballería=*spatha*, lo que no es en absoluto lo mismo. Por el contrario, hay evidencias literarias que encajarían perfectamente con el uso de *gladii* (y no *spathae*) por parte de la caballería republicana romana,

⁴⁸⁸ El dilema está entonces en distinguir qué elementos son autóctonos y cuáles no, lo que no siempre es fácil (*vide supra*, en este mismo capítulo).

como por ejemplo en Livio, 31, 34, quien cita explícitamente “*gladio hispaniensi*”. Esto es lo mismo que parece indicar la información arqueológica, dado que las hojas largas de algunos ejemplares perfectamente compatibles con las tipologías del *gladius hispaniensi* vienen a constatar la compatibilidad de estas espadas con las tropas a caballo. La iconografía tiende igualmente a confirmar el dato, como por ejemplo en el mausoleo de los *Iulii* en Glanum, donde aparecen representaciones de jinetes empuñando espadas largas con hojas pistiliformes y golpeando desde arriba, en claro efecto de filo (**Fig. 83, arriba**). Estas espadas son idénticas a las empleadas por la infantería en otro panel, con la única diferencia de su longitud de hoja, que es en este caso inferior (Miks, 2007: 35-36) (**Fig. 83, abajo**).

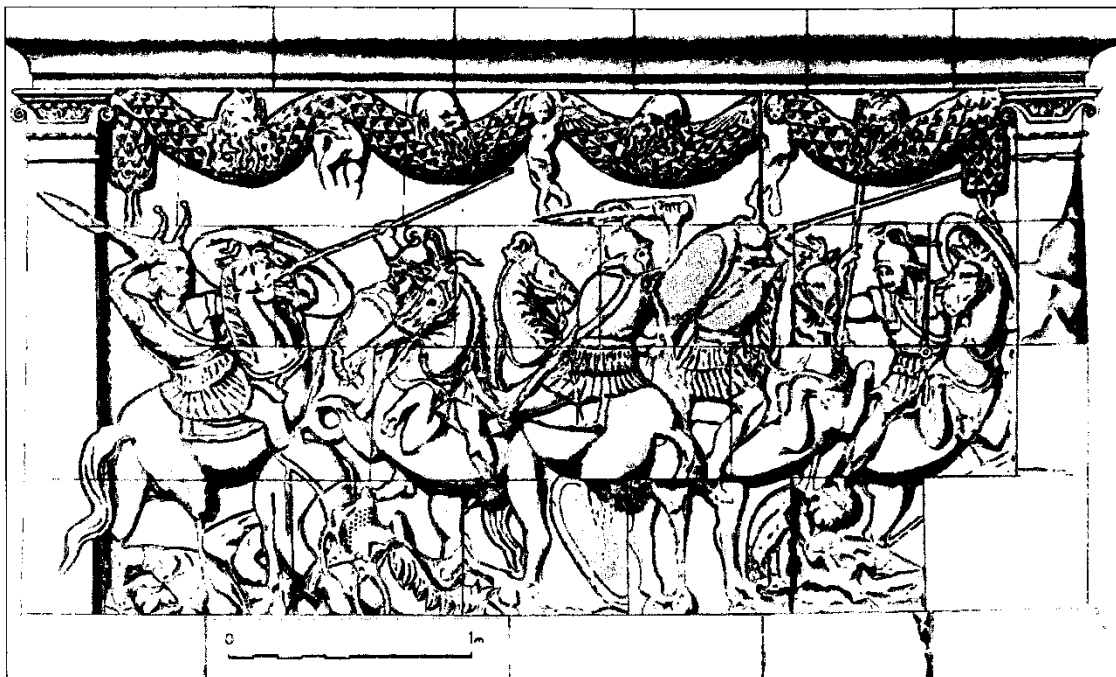


Fig. 83: Relieves del mausoleo de los *Iulii* en Glanum.

Arriba: representación de un enfrentamiento de caballería, con una de las facciones empuñando *gladii*, cuyas vainas cuelgan del lado izquierdo al modo mediterráneo.

Abajo: representación de un enfrentamiento de infantería. Uno de los legionarios utiliza un *gladius*, que blande por encima de su cabeza. Nótese la existencia de vainas con armazón suspendidas de un tahalí en varios de los contendientes.

Fuente: Miks, 2007: láms. 297 y 299.

Siguiendo con esta argumentación, la caballería auxiliar podría usar indistintamente espadas de producción romana (*gladii*) con hojas largas o bien, preferiblemente según su lugar de origen, otras compatibles con el mismo uso, normalmente celtas de La Tène o germánicas. Con las reformas militares de Mario y la supresión de la caballería romana (cuyo peso táctico recaería en las tropas auxiliares) (Keppie, 1984: 79) el uso de *gladii* en este ámbito iría dejando de tener sentido y daría paso a la paulatina imposición de los patrones exógenos en las producciones altoimperiales, que pronto recuperarían sus propios efectivos de caballería en la legión, aunque en un principio de forma discreta (120 hombres por legión (*equites legionis*); *Ibid.*: 173). El posterior éxito de la *spatha* en el Bajo Imperio tendría que ver con las nuevas necesidades tácticas y las consecuentes reformas militares del periodo, pero esa es ya otra cuestión que no procede desarrollar aquí.

Una posible secuencia evolutiva

1) El *gladius hispaniensis* en la Península Ibérica

Probablemente, la adopción y generalización del *gladius hispaniensis* entre las tropas romanas fue algo progresivo a partir de su incorporación en los últimos años del siglo III a.C. Aunque seguramente hubo una captación masiva de estas armas mediante la captura de botines, la entrega en forma de tributos o la reconversión de herrerías y talleres a la producción de armas destinadas a abastecer las tropas republicanas (Quesada, 2006b: 81-87), en una fase inicial debieron convivir las tradicionales espadas itálicas, más cortas, de función punzante y adquiridas por el legionario de su peculio, con las nuevas armas de mayor capacidad táctica. Del mismo modo, desde finales del siglo III a.C. hasta un momento incierto del periodo tardorrepublicano (probablemente en la primera mitad del siglo I a.C.), coexistieron en el mismo territorio espadas de producción autóctona con otras de producción romana de idénticas características. En el registro arqueológico, no hay forma de diferenciar unos ejemplares de otros, de no ser quizás por la presencia de elementos metálicos en las vainas, que pueden ser un signo de su filiación romana.

No está claro en qué momento preciso empezaron a producirse las espadas romanas, pero puede haber signos precoces de su identificación en algunos ejemplares, como el

de la sepultura 146 de Cabecico del Tesoro (1080), que cuenta con una contera muy simple con forma arriñonada que es una verdadera rareza en las espadas La Tène peninsulares. Dicha sepultura se fecha entre 220 y 175 a.C. (Quesada, 1989: II, 245), siendo uno de los escasos ejemplares hispánicos fechables⁴⁸⁹.

Las espadas de probable origen autóctono, sin restos de vaina conocidos, tienen en general dataciones imprecisas, que suelen oscilar entre el siglo III y el II a.C. Uno de los principales problemas a los que nos enfrentamos es precisamente esta imprecisión, que “cojea” especialmente desde que las espadas autóctonas pierden sus vainas metálicas (las cuales, de existir, contarían con más datos tipológicos). Sin embargo, algunos conjuntos con ejemplares sin vaina claramente relacionados con los *gladii hispanienses* pueden fecharse sin excesivos problemas en su periodo de adopción, hacia finales del III a.C. o inicios del II a.C. para la tumba 2 de Pozo Moro (1139; Alcalá-Zamora, 2003: 58) o en la fase reciente de este mismo periodo para la sepultura del Cerro de las Balas (1085; Núñez y Quesada, 2000: 217). Otras espadas, como las de Langa de Duero (1105) o las del lote de La Azucarera (1065-1073), permiten también considerar la perduración de los tipos “clásicos” de tradición hispánica como mínimo hasta inicios del siglo I a.C.

2) Los tipos evolucionados y la presencia del *gladius hispaniensis* fuera de la Península Ibérica

Los tipos “clásicos” también tienen una rápida dispersión fuera del territorio peninsular si atendemos a la fecha propuesta por Stiebel para la pieza de Jericó en la primera mitad del siglo II a.C. (Stiebel, 2004: 230)⁴⁹⁰. Es posible asimismo que alguno de los ejemplares de Smihel (Horvat, 1997: Fig. 10, 1 y 2), cuyas fechas han sido en alguna ocasión remontadas hasta el mismo periodo (segundo cuarto del siglo II a.C.; *Ibid.*: 117), testimonien igualmente la aparición de ejemplares hispánicos en territorios muy alejados. Poco sabemos de su perduración en la segunda mitad del siglo II a.C., pero es probable que sus patrones se fueran diluyendo a con la aparición de los nuevos formatos en sus variantes robusta y estilizada (esta última con guardas ya perfectamente rectas), que se irían abriendo paso a partir de La Tène D (*supra*).

⁴⁸⁹ *Vide infra*, III.F.

⁴⁹⁰ Aunque en realidad no está claro este dato, porque los ungüentarios que acompañan a la espada en la tumba se fechan, sin precisiones, dentro del siglo II a.C. Esta es asimismo la fecha que parece aceptar Quesada (2003c: 179).

Pese a esta lógica conversión, las constantes morfotécnicas básicas del tipo “clásico” continuarían especialmente en la serie con hombros triangulados que en la Península Ibérica conocemos como tipo D1.2, que llegaría a franquear la frontera cronológica del siglo I a.C. a juzgar por los casos de La Caridad (1082) y La Azucarera (1063).

Incluso el *gladius* de Ljulbjanica, cuya datación pudo ser posterior (Istenic, 2000: 179), muestra evidentes signos de la perdurabilidad de las hojas medias (con anchuras no superiores a los 5’3 cm) características de la serie “clásica”. La extinción de estos viejos esquemas no llegaría hasta que hubiera un cambio de orientación en la longitud de las hojas en la primera etapa del Alto Imperio; con seguridad a razón de una adaptación táctica distinta que favoreció el combate cuerpo a cuerpo muy trabado, que obligaría al uso de hojas más cortas (Quesada, 2003c: 180; *cf.* Hazell, 1981: 78-81).

Por su parte, la variante más delgada, cuyas hojas oscilan entre los 4’5 y los 5 cm en los hombros aunque estrechándose un tercio de su anchura en su cuarto proximal, parece arrojar también fechas muy tardías para su desaparición. Los rasgos básicos de estas espadas pueden llegar a alcanzar el periodo augústeo según las dataciones propuestas para sus deposiciones en tumbas como la de Ornavasso-Persona 97 (Pernet, 2008: 277 y 287), pero la mayor parte de ellas tienen dataciones confusas; en especial las de contextos fluviales (Boyer, Port), que han solido fecharse en este periodo (Poux, 2008: 214) a partir de criterios tipológicos dudosos (Pernet, 2009: 126).

Por último, nos queda comentar la continuidad de las espadas hispánicas en sus formas más anchas de hoja (siempre superiores a los 5’3 cm y alcanzando los 6 cm de anchura máxima). En este caso, no faltan referentes tardíos, que están bien representados en ejemplares del siglo I a.C. como los de Ornavasso-S. Bernardo 31 (Pernet, 2008: 277), Pîtres (Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008: 28-29), Fontillet (Poux, 2008: 316) y, sobre todo, Osuna (1134; Rouillard, 1997: 26); los tres últimos ya en la segunda mitad de dicho siglo.

III.F. CRONOLOGÍAS

En este capítulo pretendemos abordar algunos aspectos relativos a la cronología de las espadas de influencia La Tène en la Península Ibérica. Aunque en anteriores capítulos, cuando estudiábamos las peculiaridades de las espadas del noreste (*supra*, III.B), las del resto del territorio peninsular (*supra*, III.C.1 y C.3) o incluso las del *gladius hispaniensis* (*supra*, III.E), ya hemos tenido ocasión de discutir algunos pormenores de la evolución de estas armas y sus correspondientes espacios cronológicos, conviene ahora recuperar estos datos para dar un sentido lógico a su secuencia evolutiva; que es en definitiva el aspecto más útil de una tipología.

Discutiremos por tanto algunas cuestiones relevantes sobre la introducción de estas armas en el territorio peninsular y abordaremos la datación de los tipos no-nororientales que proponíamos en el capítulo III.C. Los ejemplares del noreste no van a gozar de la misma atención, puesto que sus particularidades cronológicas ya han sido debatidas en otros lugares⁴⁹¹ y no tiene sentido repetirlas aquí.

El problema de los contextos arqueológicos

Quizás el principal inconveniente a la hora de fechar las espadas La Tène hispánicas es el de la correspondencia de los datos arqueológicos con los datos tipológicos. Si nos fijamos en la muestra estudiada, la mayor parte de los ejemplares aparecen depositados en tumbas y contextos rituales que son muy posteriores al origen de sus patrones de inspiración y a veces incluso a su desaparición en los contextos La Tène típicos. Esto podría significar que los tipos fueron fabricados en un periodo de tiempo concreto y luego depositados mucho más tarde, habiendo transcurrido en algunos casos varias generaciones y en algunos otros ninguna. Sin embargo, no parece que esta sea la explicación más coherente, puesto que sí se observan innovaciones sobre los patrones originales que van teniendo lugar con el transcurso de las décadas, el abandono de otros y la ausencia de incorporaciones tipológicas decisivas que encajan mejor con su rechazo

⁴⁹¹ García Jiménez, 2006: 189-199 y *supra*, III.B.3.

táctico o estético que con la desaparición de contextos en los que estos se documentaran. En la Celtiberia, por ejemplo, pese a la supuesta escasez de sepulturas con armas del Alto Tajo-Alto Jalón a partir de finales del siglo IV a.C. (Ruiz-Gálvez, 1990: *passim*; Lorrio, 1997: 278, 315, 373), se viene aceptando la existencia de necrópolis con un importante número de panoplias que constituyen una clara excepción a esta idea (Lorrio, 2005: 277). Precisamente en estas necrópolis (Atance, Arcóbriga), la espada La Tène es una de las armas que nunca fallan, llegando a ser verdaderamente representativas en sus conjuntos.

En cualquier caso, la ausencia de contextos avanzados no es una realidad ni en la Celtiberia ni en ningún otro lugar de la Península Ibérica, aunque sí podemos aceptar una disminución o una escasez de datos en dicho sentido.

El desfase cronológico no es por tanto un tema de contextos, sino una cuestión bien distinta. Aquí estamos hablando de verdaderos saltos en el tiempo, donde es posible ver espadas con tipologías aparentemente afines a los esquemas de La Tène I en contextos que claramente corresponderían a La Tène III y cuya deposición en las tumbas se produjo a lo sumo unas décadas después de su fabricación, a razón de la edad del difunto. El motivo de estos desencajes está sin duda relacionado con el conservadurismo tipológico de estas armas, cuyos antiguos patrones continuarían en uso durante siglos, innovando a partir de estos por cuenta propia. Existe una larga tradición conservadora en la concepción de las armas hispánicas, que significan la continuidad de esquemas muy primitivos como las empuñaduras de antenas en algunas producciones celtibéricas e ibéricas, el frontón de algunos puñales o incluso la estructura morfológica de la falcata ibérica, que es un arma que apenas cambió a lo largo de cinco siglos (Quesada, 1997: *passim*). Pero estas armas en general evolucionan, no se estancan, por lo que hay que buscar sus patrones tipológicos en su desarrollo intrínseco y no en las innovaciones de sus contextos originales, aunque en estos lugares los esquemas antiguos ya estén por completo obsoletos.

La razón de estas desigualdades tiene que ver con la evolución de los modelos tácticos en las distintas culturas de las que hablamos. Está claro, por ejemplo, que los patrones tipológicos de las espadas de La Tène I cuajaron bien entre los pueblos hispánicos, pues los explotaron hasta que Roma los incorporara a su vez para sus propósitos tácticos.

En dicho sentido, el conservadurismo respecto a las espadas de influencia La Tène es mayor en la Celtiberia que en la región del noreste peninsular. Aunque en el noreste sí

existe una perduración similar que encaja hojas propias de La Tène Antigua en contextos muy avanzados como los del lote de la Neapolis (García Jiménez, 2006: 192-193), se incorporan a su vez esquemas nuevos también procedentes del continente y que son bien compatibles con las transformaciones de La Tène II (tipos NE-IIB y NE-IV y La Tène III (tipos NE-V y NE-VI). En la Meseta Oriental, en cambio, no hay tal renovación de las influencias, y no sólo no existen espadas compatibles con la evolución tipológica de La Tène III como quería Lenerz de Wilde (Lenerz, 1991: 85), sino que el vacío se extiende incluso a La Tène II.

En sí, el problema del conservadurismo de las espadas no es grave si se cuenta con dataciones precisas en conjuntos cerrados que avalen la continuidad de ciertos caracteres tipológicos. Sin embargo, eso no ocurre con frecuencia en el registro arqueológico peninsular, y en muchos casos hay que recurrir a las cronologías generales del yacimiento para fechar las piezas, con lo que nos vemos obligados a manejar intervalos cronológicos a menudo muy grandes, dando lugar a importantes imprecisiones tipológicas. Así, por ejemplo, la necrópolis de Atance cubre un periodo que va desde el siglo VI a.C. hasta bien entrado el II a.C. (Paz, 1980: 57), la de Aguilar de Anguita del V a.C. al II a.C. (Barril y Salve, 1998: 76), Arcóbriga del IV a.C. a inicios del I a.C. (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 429) o, La Olmeda, de fines del VII a.C. hasta el siglo III a.C. (García Huerta, 1980). Aunque obviamente estos yacimientos cuentan con sus respectivos periodos álgidos algo más concretos en donde es más verosímil situar las espadas (IV-II a.C. en Atance, V-IV a.C. para Aguilar de Anguita, III-II a.C. en Arcóbriga y segunda mitad del VI-IV a.C. para la Olmeda), los lapsos son todavía en exceso dilatados, ocupando lo que en Europa equivaldría a los periodos de La Tène B1, B2, C1, C2 y D1; es decir, casi toda la Segunda Edad del Hierro.

En realidad es este un problema más relevante en el ámbito celtibérico que en el ámbito ibérico. En este último, y pese a algún caso con mezclas de ajuares y datos imprecisos fruto de excavaciones antiguas, es más fácil fechar los conjuntos cerrados gracias a otros elementos del ajuar; en particular cerámicas de importación, que están generalmente ausentes en el territorio hispánico no-mediterráneo.

Cuando faltan estos elementos más fiables, hay que recurrir a otros y elaborar asimismo un patrón tipológico sobre el que fijar sus cronologías. Este proceso ha tenido efecto especialmente en los objetos de ornamento, en especial fibulas, que a menudo son el único objeto que acompaña a las armas en un ajuar celtibérico. El resultado es muy

parecido al del mundo La Tène continental, donde a menudo no es fácil fechar sin el concurso de materiales procedentes del mediterráneo, se recurre a las fibulas como soporte cronológico más sólido⁴⁹².

La presencia de objetos de adorno muy susceptibles a la moda, como fibulas o broches de cinturón, en los ajuares celtibéricos, constituye un importante dato cronológico desde que existen estudios sistemáticos de su tipología y evolución⁴⁹³, y en buena medida las necrópolis donde se depositan dichos ajuares deben sus dataciones a estos. A excepción de algunos tipos como los anulares hispánicos, cuyo marco cronológico es asimismo muy dilatado (Argente, 1994: 66-77 y 105-107), y aun a pesar de la tendencia a la perduración de algunas fibulas⁴⁹⁴, el hallar una espada La Tène junto a uno de estos objetos es siempre un golpe de fortuna. Pero, ¿qué ocurre cuando hemos perdido la relación del ajuar que acompañaba a las espadas como acontece a menudo en las necrópolis celtibéricas?

A partir de estas premisas se genera un problema circular muy difícil de resolver. Cuando no hay fechas absolutas ni elementos fiables para fechas relativas hay que recurrir a los tipos, pero para conocer los tipos más allá de espectros cronológicos amplios hay que contar con fechas fiables en sus paralelos, lo que a decir verdad es bastante excepcional. Empujados por las dataciones de otras tumbas con fibulas u otros elementos fechables, aceptamos que la mayor parte de las espadas La Tène de la Meseta Oriental proceden de contextos del siglo III a.C. en adelante y acabamos fechando todas las piezas inciertas entre los siglos III y II a.C. (Fuentes Mascarell, 2004: 151-152; *cf.* Lorrio, 1997: 171-173 y 183). Esto no es solo peligroso porque acaba cuestionando la presencia de espadas La Tène con anterioridad a la segunda mitad del siglo IV a.C. (lo que hoy sabemos que no es cierto⁴⁹⁵), sino también porque nos despoja de la posibilidad de fechar la aparición o desaparición de algunos tipos concretos.

Sólo los tipos con vaina metálica se pueden vincular tipológicamente a fechas precisas porque son los que se derivan directamente de tipos europeos bien conocidos. La ausencia de vainas metálicas, que es un fenómeno generalizado en la Celtiberia desde

⁴⁹² *Vide supra*, I.C.2.

⁴⁹³ Que a su vez se apoyan en paralelos del mundo ibérico más fácilmente fechables (Cabré y Morán, 1982: 6-7). En última instancia, véase Lorrio, 1997: 204-208 y 214-223, con la bibliografía anterior.

⁴⁹⁴ Sobre el carácter conservador de las producciones peninsulares de las fibulas de tipo La Tène, véase Cabré y Morán, 1979: 15-16.

⁴⁹⁵ *Vide infra*, III.F.1. Hay un claro ejemplo en la necrópolis de La Olmeda (1114), que creemos tipológicamente afín a los esquemas de La Tène A y que como mucho alcanzaría el segundo cuarto del siglo IV a.C. pero que, al haber perdido su vaina, aparece como un representante del siglo III a.C. (García Huerta, 1980: 28; Lorrio, 1997: 183).

inicios del siglo III a.C., complica enormemente la datación de los ejemplares a partir de ese momento.

Tomando, pues, plena consciencia de todas estas limitaciones, debemos conformarnos con proponer una aproximación cronológica lo más precisa posible y esperar a contar con nuevos datos en el futuro que nos ayuden a concretar estos datos con mayor seguridad o a refutarlos si es preciso.

III.F.1: Algunas notas sobre las primeras espadas La Tène peninsulares

En vistas de las dificultades de datación de algunas espadas La Tène peninsulares y el conocido “sesgo cronológico” de la deposición de estas armas en contextos funerarios o rituales⁴⁹⁶, debemos apelar a los indicios tipológicos para intentar obtener una imagen crítica sobre la aparición de las espadas La Tène en las distintas regiones peninsulares que explotaron este armamento.

Como es bien sabido, la opinión generalizada hasta el momento es que las espadas La Tène hacen su aparición en la Península en un momento avanzado, que puede ser el segundo cuarto del siglo IV a.C. si consideramos la fecha de amortización de la espada de la sepultura 54 de Cigarralejo⁴⁹⁷ (1086) o bien, si apuntamos a la Celtiberia, la de la sepultura D de Quintanas de Gormaz (1093), cuya deposición en la segunda mitad del mismo siglo es algo consensuado en la opinión científica⁴⁹⁸. Independientemente del hecho de su atribución a materiales de importación, que ya hemos discutido con anterioridad, la creencia comúnmente aceptada es que no hay espadas La Tène anteriores a estas fechas en ningún lugar de la Península y que los ejemplos del siglo IV a.C. son muy escasos (Schüle, 1969: cuadro resumen; Cabré, 1990: 216; Lenerz, 1991: 82-85; 122-126; Lorrio, 1997: 180-181; Quesada, 1990: 233 y 1997: 259). El noreste, que es el territorio donde el armamento La Tène tiene mayor peso cultural, no contaría con ejemplares remontables más allá del 300 a.C. (Lenerz, 1991: 85; Quesada, 1997: 258; Sanmartí, 1994: 333-340); con la posible excepción del ejemplar de La Pedrera de Vallfogona (83)(Quesada, 2002c).

⁴⁹⁶ *Vide supra*, III.B.

⁴⁹⁷ Aunque con posterioridad se ha revisado el contexto y se ha propuesto avanzarlo incluso hasta finales del siglo IV a.C. (Quesada, 1997f: 264), la tipología es claramente anterior y sin duda atribuible a LT A o su transición a La Tène B1 y por tanto perfectamente compatible con la primera fecha propuesta por Cuadrado (1987: 167) o con fechas inmediatamente posteriores si se acepta una leve perduración.

⁴⁹⁸ *Vide supra*, III.C.1.

No obstante, con los datos que manejamos en este trabajo, ya sean procedentes de datos arqueológicos no muy conocidos o bien de datos tipológicos inferidos de su contraste con las armas La Tène continentales, nos parece claro que la introducción de estas espadas es mucho más precoz, hasta el punto que los patrones laténicos parecen aceptarse nada más originados en su foco nuclear (esto es: desde la segunda mitad del siglo V a.C.), testimoniando la rápida difusión que tienen estas armas en la práctica totalidad del territorio europeo (Rapin, 2003 y 2004).

Como hemos visto anteriormente, los tipos más antiguos aparecen simultáneamente en tres regiones distintas: el Ebro Medio, la Celtiberia y el sureste peninsular⁴⁹⁹:

- En la primera de estas regiones, muy influenciada por los patrones aquitanos más primitivos, hay indicios arqueológicos, con contextos más o menos claros, de la presencia de espadas correspondientes al periodo de La Tène A, que se representan en nuestra clasificación con los tipos A-0 y A-1 (*supra*, III.C.1). No hay duda de que algunos de ellos, como el ejemplar de la sepultura 167 de Castejón (1104) fueron fabricados en la segunda mitad del siglo V a.C.
- Los escasos datos de la Celtiberia, que se limitan casi exclusivamente a la pareja de ejemplares del tipo A1.2 de Arcóbriga, revelan asimismo una tecnología claramente compatible con el mismo estadio cronológico (*Ibid.*).
- En el sureste, los datos se remontan sin duda como mínimo a la transición de La Tène A a La Tène B1, tal como indican la tecnología de algunos ejemplares del grupo A1 (en concreto el referido ejemplar de Cigarralejo 54) o incluso de los modelos más precoces del tipo B1.1 (Los Nietos 110; 1108) (*Ibid.*).

Las espadas de la segunda mitad del siglo IV a.C., cuya mención hasta ahora debíamos hacer en voz baja y siempre considerando su pertenencia a materiales de importación (*supra*, III.C.3), es en este momento perfectamente sólida y, según creemos, atribuible a producciones propias de la Celtiberia, contando con gran cantidad de ejemplos al respecto (tipos A2, A3, A4 y B1.1).

⁴⁹⁹ *Vide supra*, III.C.2.

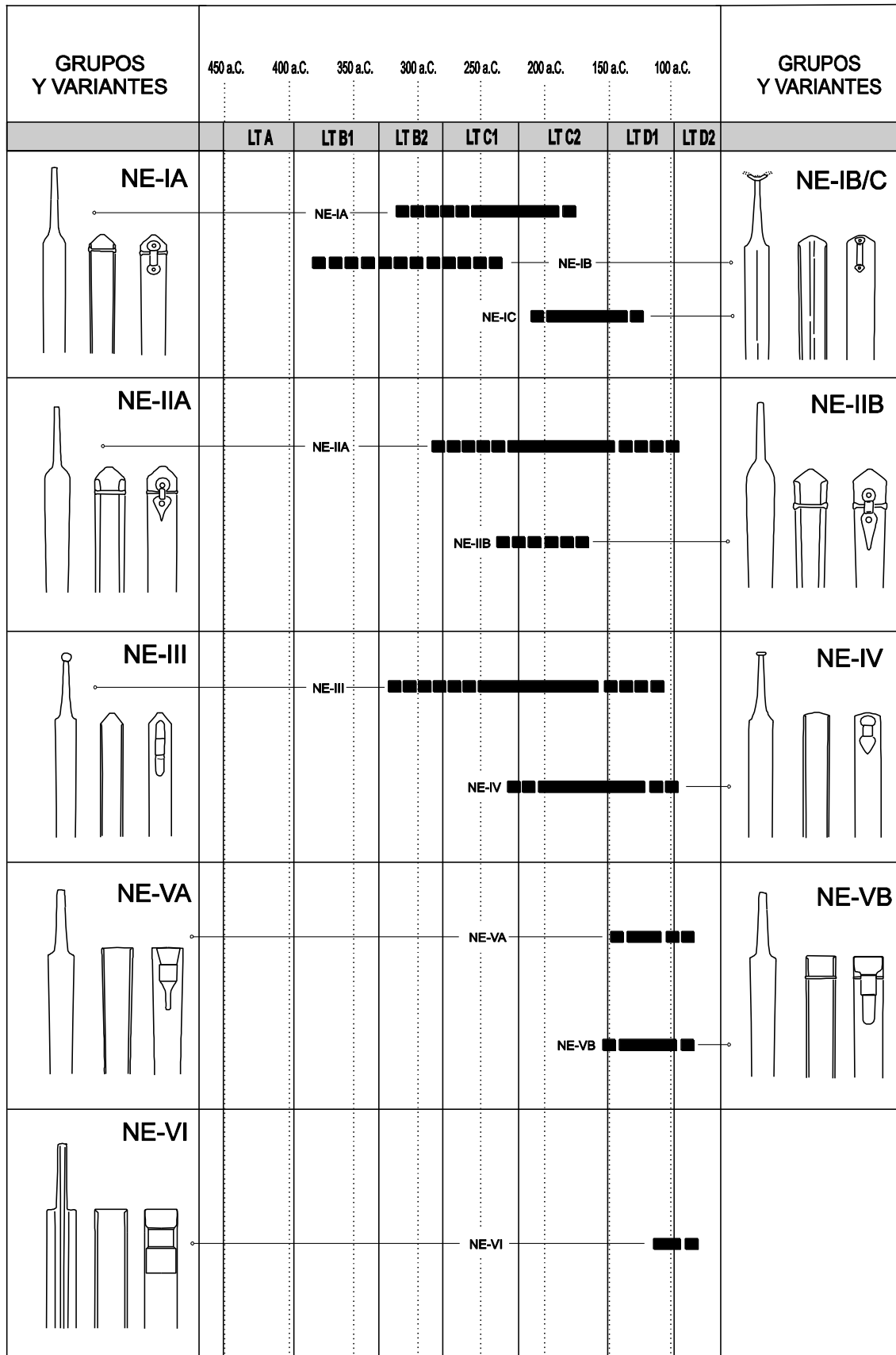


Fig. 84: Cuadro cronológico de los distintos tipos de espada del noreste peninsular. A partir de: García Jiménez, 2006: Fig. 100; actualizado.

En lo que atañe a la región del noreste peninsular, ya advertíamos hace años que los datos arqueológicos no eran lo suficientemente explícitos y quedaba una importante laguna que rellenar en el siglo IV a.C. y posiblemente una porción del siglo V a.C. (García Jiménez, 2006: 60-61 y 212-214). Con los datos recopilados con posterioridad, contamos con importantes elementos de contrastación que pueden contribuir a rellenar este vacío y completar el panorama mediante un análisis tipológico “retrospectivo”.

En la **figura 84** sintetizamos el periodo estimado de la vida de los distintos tipos nororientales a partir de la actualización de nuestro anterior trabajo (García Jiménez, 2006: Fig. 100). Como vemos, algunos de estos tipos han sido remontados en el tiempo debido a sus indicativos tipológicos y la inclusión de nuevos ejemplares. Así, el tipo NE-IIA puede haber tenido su origen a inicios del siglo III a.C. (*supra*, II.B.3), y el NE-III ya sin duda alguna en la segunda mitad del siglo IV a.C., en la transición de La Tène B1 y B2 (*Ibid.*).

El tipo NE-I, por su parte, aunque no ha recibido incorporaciones importantes que nos hagan reconsiderar su cronología, merece un comentario aparte, puesto que sus constantes morfotécnicas remiten de nuevo al conocido módulo largo (que en realidad es medio/largo) del siglo IV a.C. y que es también la fuente de influencia fundamental del tipo B1.1 de la Meseta y por tanto uno de los más explotados en la Península Ibérica. Recordemos que el origen de este módulo está en los ejemplares con vaina decorada con “lira zoomorfa” y conteras ojivales que se remontan al origen de La Tène B1, en el segundo cuarto del siglo IV a.C. En consecuencia, y conociendo la rápida difusión de otros tipos de espada tanto en el noreste peninsular como en general en todo el territorio europeo, sería posible inducir que los primeros ejemplares catalanes de este tipo, que hasta ahora no han podido ser documentados arqueológicamente, remontarían hasta dicha fecha.

En ese mismo sentido podría ser interpretado el ejemplar del silo 24 de Can Miralles (63) (en la órbita del poblado de Burriac), que es por el momento el único representante de nuestro tipo NE-IB (**Fig. 85**). Tal como ya hemos indicado en otra ocasión (García Jiménez, 2006: 212), este tipo nos parece el más antiguo documentado pese a su deposición muy retardataria en 225-175 a.C. (Pujol y García Roselló, 1982-1983: 119-120). El primer elemento de reflexión al respecto es la panoplia que la acompaña, que corresponde a un patrón muy típico de los módulos largos del siglo IV a.C. según

tendremos ocasión de ver más adelante⁵⁰⁰. Pero sus datos tipológicos también nos llevan al mismo lugar:

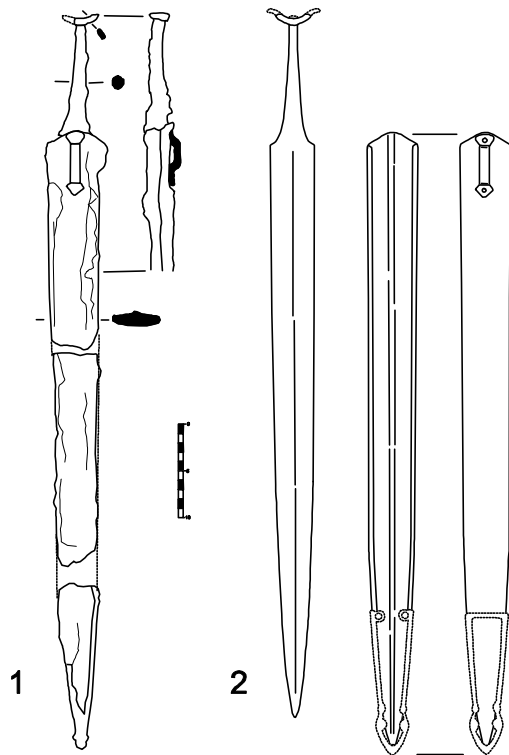


Fig. 85: La espada del silo 24 de Can Miralles (63). 1: A partir de Pujol y García Roselló, 1982-83: 73; 2: Propuesta de restitución de su aspecto original. Es posible que la contera fuera del tipo lobulado local en vez de ojival.

Por desgracia, no hemos conseguido localizar esta pieza pese a nuestros repetidos esfuerzos, de modo que algunos indicios significativos como podrían ser el ensamblaje de la vaina, los restos de su contera o su posible ornamentación con una pareja de dragones afrontados quedan por ahora completamente oscurecidos. Hay sin embargo otros signos, como la existencia de nervio en el anverso, a juzgar por la sección publicada, que sin duda apuntan a una producción en La Tène I. La existencia de nervios en las espadas La Tène del noreste es verdaderamente excepcional, en buena parte porque la mayoría de sus ejemplares conocidos son posteriores al abandono de estas o la generalización de las secciones a cuatro mesas o lenticulares. Que sepamos, aparte del ejemplar de Can Miralles, sólo una (Rubio, 1888: 703-704 y lám. V, 3) de la

vecina necrópolis de Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar), que también hoy se encuentra desaparecida, cuenta con nervio en la hoja, aunque por las medidas facilitadas en la publicación, bien pudo tratarse de una gran moharra.

Otros datos tipológicos como la embocadura son menos definitivos, puesto que las formas arqueadas son bien típicas de la tendencia conservadora de las vainas catalanas (García Jiménez, 2006: 202), pero en cambio sí resulta definitiva la existencia de un remate “en aletas” situado en lo alto de la espiga. En efecto, estos elementos arqueados destinados a sujetar el pomo lignario están muy bien documentados en contextos antiguos, como la necrópolis boia de Monte Bibele (Lejars, 2008: 135; sepulturas 8, 42, 54, 75, 76, 107 y 126), casi siempre en las tumbas correspondientes a su fase más

⁵⁰⁰ Vide infra, V.C, VI.B y VII.B.

antigua (primera mitad-mediados del siglo IV a.C.: *Ibid.*: 150) y asociadas a espadas del módulo grande.

Por otra parte, otra vaina igualmente muy mal conocida (1166), sólo publicada muy recientemente (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 288 y fig. 149) y procedente de una colección privada, pudo pertenecer a este mismo tipo. Su estado de conservación no es bueno, habiendo perdido datos muy significativos, como la parte proximal de la vaina (entre ellos, la suspensión) y la espada. Sí se conserva en cambio la parte distal, en la que se observa un ensamblaje de reverso sobre anverso simple, y un nervio en la placa frontal, que en la espada no es más que una fina arista. La contera es del tipo de tirantes, con dos sencillos botones y un cuerpo delgado, con un remate sin glóbulos o discos y del tipo anular o ultracircular. A falta de datos relevantes como los orificios del remate (sólo visibles en radiografía) y otros indicios de la vaina, no es fácil decantarse sobre su procedencia nororiental (que podría coincidir con el tipo NE-IB) o celtibérico (tipoA, como parecería indicar su procedencia de Arcóbriga), pero en todo caso sí es evidente la tecnología de los primeros estadios de LT B1 en los rasgos morfológicos de esta arma.

En definitiva, y más allá de las atribuciones cronológicas de un tipo concreto, existen en el noreste rasgos verdaderamente primitivos en la ejecución de algunas armas, por tardías que sean, que remiten a patrones por completo desfasados y atribuibles a La Tène A. En concreto, nos referimos tres puntos:

A) La forma del ensamblaje, en reverso sobre anverso mediante pliegue simple de los laterales. Este es un claro indicio de antigüedad que de hecho remonta más allá de La Tène. No es hasta inicios del siglo IV a.C. que el sistema, ya combinado con el de carriles en la segunda mitad del V a.C., acaba desapareciendo para sólo reaparecer en La Tène III⁵⁰¹.

B) Las embocaduras del noreste peninsular (García Jiménez, 2006: 143-145) combinan tipos con formas rectas ajenos al mundo La Tène continental con otros en forma de curva y arista, que son atributos muy frecuentes en los primeros estadios de La Tène Antigua, y muy especialmente en La Tène A, donde es dominante. No hay duda de que esta característica corresponde a la perduración de un patrón obsoleto en el mundo laténico al norte de los Pirineos.

C) La contera es probablemente el indicio más significativo. Aunque en el noreste existen otros tipos de contera, el modelo más habitual es el que llamamos contera “de

⁵⁰¹ *Vide supra*, III.A.

remate lobulado” (**Fig. 86**). Aunque el estado de conservación de la mayoría de estos remates no permite conocer con precisión sus características morfológicas, sabemos que se trata de un tipo de remate muy simple, que apenas significa la flexión del cuerpo de la contera, que en esta parte ya ha perdido su forma de caña, para adoptar una forma ovalada y a veces circular. Este remate puede ser muy pequeño, casi imperceptible como por ejemplo el del Puig de Sant Andreu (98) o el de la sepultura 64 del Turó dels Dos Pins (61), o algo más grande como los de Can Rodon de l’Hort (84), Turó dels Dos Pins 52 (62) o Turó de Ca n’Oliver (92). A menudo, el contacto del remate con la punta de la vaina se refuerza con una abrazadera.

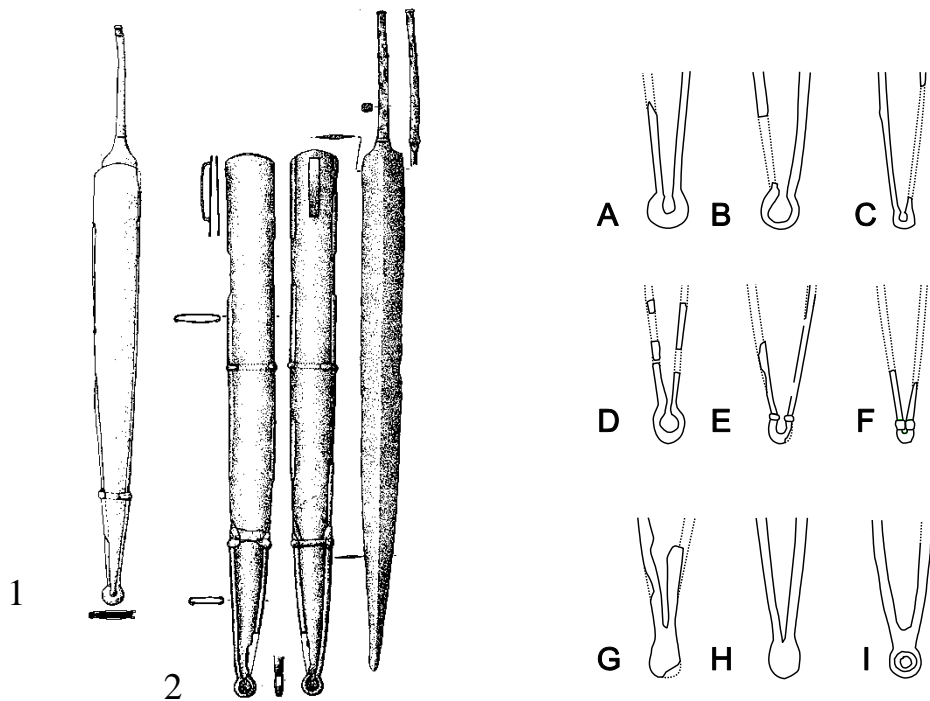


Fig. 86: Relación morfológica de las conteras de remate lobulado del noreste peninsular y algunas producciones latenenses de la segunda mitad del siglo V a.C. 1 y 2: Acy-Romance (sin escala), según Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 4, 2 y Lambot, 1995: Fig. 5, 5. A-I: Detalles de los remates. A: Acy-Romance 1; B: Acy-Romance 2; C: puñal de Les Jogasses, sep. 1 (Charpy, 1991: inv. 81); D: Turó dels Dos Pins 57 (58); E: Turó dels Dos Pins 64 (61); F: Puig de Sant Andreu (98); G: Turó dels Dos Pins 52 (62); H: Turó de Ca n’Oliver (92); I: Lote de la Neapolis (4).

En realidad no conocemos el origen de este tipo de remates, pero sin duda es característico de un estadio evolutivo muy primitivo, como indica asimismo la embocadura de estas conteras, que suele emplear el método de abrazadera (refuerzo simple) o bien el de broche; ambos característicos de La Tène A. El argumento más

probable en cuanto al origen morfológico de estas conteras sería el de su relación con algunas conteras circulares originales, correspondientes a la transición del Hallstatt Final y La Tène A. Este tipo de conteras, aunque algo escaso, tiene la particularidad de ser más discreta que otras conteras circulares posteriores más voluminosas, así como de arrancar sus remates a partir de la punta distal de la vaina, exactamente al igual que los ejemplares catalanes. Aunque con remates de contera de mayor tendencia circular que los del noreste peninsular, estos tipos, que podemos ver en algunas vainas de la necrópolis de Acy-Romance (Lambot, 1995: Fig. 5,5; Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 4, 2) con cronologías de entre 475 y 425 a.C. (Lambot, 1995: 162) o incluso en algunos puñales de Les Jogasses (sepultura 1; Charpy, 1991: inv. 81) con fechas ligeramente posteriores, nos parecen claros patrones de inspiración para los modelos autóctonos de la región nororiental de la Península Ibérica.

En consecuencia, y aunque todavía no hemos logrado documentar ejemplar alguno correspondiente al periodo de La Tène A en Cataluña ni arqueológica ni tipológicamente, los patrones morfotécnicos de esta fase se dejan notar de forma continuada hasta por lo menos el periodo correspondiente a La Tène C2 en este territorio; de modo que no es vano el afirmar la influencia de las espadas La Tène de forma muy precoz en este territorio.

III.F.2: La cronología de los tipos peninsulares ajenos al noreste

Como ya conocemos la cronología de los tipos autóctonos del noreste peninsular y ha sido debatida con anterioridad, nos centraremos ahora en los tipos ajenos a esta región para poder valorar sus periodos de existencia y sus respectivas incógnitas a nivel de documentación arqueológica en sus contextos correspondientes. Esta vez, el resumen de estas cronologías está representado en la **figura 87**, donde figuran los intervalos relativos a cada tipo en función de sus hallazgos arqueológicos y los datos inferidos de sus características tipológicas.

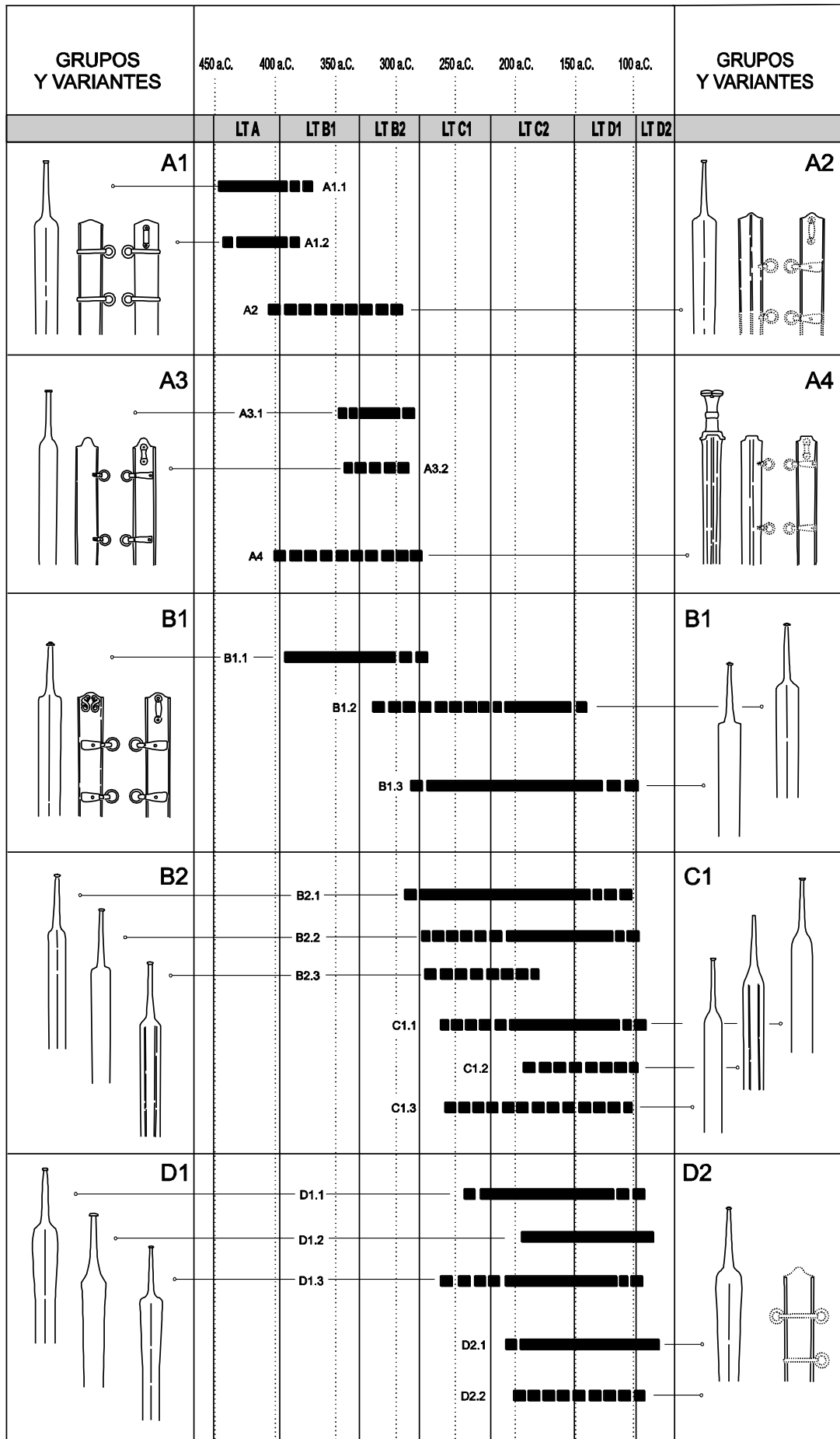


Fig. 87: Cuadro cronológico de los distintos tipos de espada de la Península Ibérica (a excepción del noreste). Los periodos cronológicos indicados (LT A-D2) no son aplicables a las culturas hispánicas y sólo aparecen a título de orientación.

Cronología del grupo A

El tipo A1 es el más antiguo junto al ejemplar de la sepultura 146 de Castejón (1104), que hemos catalogado dentro del “grupo A-0”. Al igual que esta espada, la de la sepultura 11 de Castejón (1084) puede corresponder, a falta de una publicación del ajuar de la misma, a una época entre el 500 y el 350 a.C. (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 30). Obviamente, hay que rechazar cualquier fecha de la primera mitad del siglo V a.C., puesto que por entonces no existen todavía las espadas La Tène. Una fecha similar puede aceptarse para el ejemplar de Huesca (1103), que se incluye según la responsable de su excavación, en un periodo perteneciente a los Campos de Urnas tardíos de la Primera Edad del Hierro (Juste, 1989: 367), que en la región hay que fechar con anterioridad al 350 a.C. (Royo, 1990: 127 y 134). En realidad, el tipo es tipológicamente correspondiente a La Tène A, por lo que hay que concretar su cronología entre la segunda mitad del siglo V a.C. y el primer tercio del siglo IV a.C.; de acuerdo también con la cronología del ejemplar de Cigarralejo (1086).

Ya hemos discutido con anterioridad la cronología de la serie A1.2 (*supra*, III.C.1), que subraya estas fechas tanto con los datos tipológicos de los ejemplares de Arcóbriga (1011 y 1013) como con su compatibilidad cronológica con los ejemplares de otros yacimientos: El Busal (1076) (300 a.C. *ante quem*) y La Olmeda (1114).

Algo más compleja es la datación del tipo A2. La pieza de Aguilar de Anguita (1001), si es que pertenece a la necrópolis de El Altillo, debió corresponder a su periodo álgido entre los siglos V y IV a.C., pero es imposible afinar más debido al desconocimiento actual de sus asociaciones. La otra pieza documentada, del lote de Echauri (1091), es todavía más difícil de fechar debido a la conocida polémica de este yacimiento, cuya interpretación es todavía hoy motivo de discusión a causa de la ignorancia de su lugar exacto de procedencia, las circunstancias del hallazgo y su posible atribución o no a una necrópolis (Bosch, 1921; Taracena y Vazquez, 1945: 52-56; Castiella, 1977: 17-22). En

todo caso, tomando en consideración los datos tipológicos del armamento de este lote (espadas de tipo Echauri/Quesada II de los grupos II y IV; García Jiménez, 2006b: 41 y 45), es bastante probable que haya que situarlo en la órbita de la influencia de las espadas de origen aquitano, como también ocurre en Castejón, y no ir más allá del último tercio del siglo IV a.C. El cruce de influencias en el módulo de la hoja podría ser asimismo compatible con el siglo IV a.C., aunque no hay que descartar una posible datación ligeramente anterior.

El tipo A3 es mucho más fácil de fechar. La clara relación de estas espadas con el módulo pequeño del siglo IV a.C., también conocido como “Hatvan-Boldog” implica una relación directa con el periodo de La Tène B2, que puede ser corroborado por la datación de la sepultura i de Arcóbriga⁵⁰² (1003) y la sepultura 7 de Baza (1075) (350-300 a.C. según Adroher y López, 1992: 16). El ejemplar híbrido del tipo A3.2, procedente de Atance, es también compatible con estas fechas por su correspondencia a la subfase IIB del Alto Tajo-Alto Jalón (Lorrio, 1997: 171).

Por extensión, lo mismo podría ser válido al menos para el otro ejemplar de Atance emparentado, este del tipo A4 (1047), cuya relación con las espadas de tipo Atance/Quesada V encaja también con el mismo patrón. Sin embargo, no es fácil pronunciarse sobre una fecha definitiva para el tipo A4. Al ser un grupo tan heterogéneo, existe la posibilidad que sus distintos representantes pertenezcan a momentos bien distintos. Así, por ejemplo, la espada con influencia de las de tipo Echauri/Quesada II (1151) perteneció probablemente al siglo IV a.C., mientras que la que hibrida sus rasgos con los de las espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI (1046), que no tiene vaina enteriza, pudo ser posterior. Sin embargo, teniendo en cuenta las afinidades de este ejemplar con algunas producciones de frontón⁵⁰³ cuya cronología no iría más allá de mediados del siglo IV a.C. si no es en sus versiones en puñales (Quesada, 1997: 178), las posibilidades se inclinan de nuevo hasta las mismas fechas dentro de un periodo que en Europa central equivaldría a La Tène B1 y B2. Por lo tanto, proponemos por el momento una fecha provisional dentro del amplio marco del siglo IV a.C. hasta inicios del III a.C., que es además el periodo más vivo en la hibridación de los rasgos de las espadas de antenas meseteñas (Cabré, 1990: 213).

⁵⁰² Salvando las incertidumbres que proponen fechas más bajas, que desde luego no aceptamos. Un razonamiento completo en: *infra*, VII.B.

⁵⁰³ *Vide supra*, III.C.1.

Cronología del grupo B

Dentro del grupo B, las espadas de la serie B1.1 son las más fácilmente datables. Contamos con ejemplares bien situados cronológica y tipológicamente que nos ayudan a colocar sus límites entre los primeros años de La Tène B1 y la transición de La Tène B2 a La Tène C1 para los ejemplares más modernos como el de la sepultura 18A de Osma⁵⁰⁴. El grueso de las espadas de este tipo subraya las mismas fechas, como la de la sepultura K de Arcóbriga (1007), que Cabré y Morán (1982: 13 y Fig. 23) fechan *circa* 325 a.C. merced a la fibula de tipo La Tène (grupo IIIa de Cabré y Morán, 1979: 16) o incluso la de la sepultura 20 de Cabecico del Tesoro (1077), cuyo ajuar correspondería a la segunda mitad del siglo IV a.C. a juzgar asimismo por otra fibula de idéntica tradición (Quesada, 1990: 231).

En cambio, proponer fechas para las otras series del grupo B1 es mucho más escurridizo. La ausencia de vainas metálicas en estos ejemplares es incompatible con la datación tipológica a partir de sus paralelos continentales, así que nuestra única orientación es la de las escasas tumbas fechables con estas variantes.

La serie B1.2, que da continuidad tipológica a la anterior, no cuenta con ejemplares fechables si no es en contextos avanzados, como por ejemplo en Numancia 61 (1111) (fines del III-133 a.C. según Jimeno *et alii*, 2004: 299) o Renieblas (1145⁵⁰⁵; mediados del siglo II a.C. según Luik, 2002: 171), mientras que el resto (1014, 1016, 1030, 1035 y 1053), sin ajuares conocidos, dependen de las fechas generales de las necrópolis de Arcóbriga y Atance, donde se centran todos estos ejemplares. Sin embargo, por lógica es inverosímil la existencia de un salto temporal entre los esquemas del tipo B1.1 y los ejemplares tardíos de Numancia, de modo que hay que pensar en una tradición anterior, que quizás incluso alcanzara las últimas décadas del siglo IV a.C., conviviendo con las series con vaina enteriza.

En cuanto a la serie con secciones de hoja lenticulares (B1.3), sugiere fechas similares, aunque sus constantes son ya perceptibles en el ejemplar de la sepultura C de La Revilla (1147), que podría pertenecer al primer cuarto del siglo III a.C. según indicaría el broche de cinturón que la acompaña (Ortego, 1983: 578). Otros datos del siglo III a.C. podrían hallarse en la pieza de la sepultura 14B de Osma (1128), con una fibula de La

⁵⁰⁴ *Vide supra*, III.C.3.

⁵⁰⁵ Aunque en este ejemplar puede verse una relación con el *gladius hispaniensis* que quizás alteraría ligeramente su asociación tipológica con los tipos originales. *Vide supra*, III.E.2.

Tène II, o la de la sepultura 142 de Cabecico del Tesoro (1079), cuyas cerámicas apuntan una fecha de la segunda mitad de siglo (Quesada, 1990: 232). El ejemplar de Numancia, por su parte (1110), indica asimismo una fecha a partir de finales del siglo III a.C., mientras que los ejemplares parciales de Renieblas (1141 y 1142) y el de la sepultura 14A de Osma (1125), con una fíbula en omega (Fuentes, 2004: 155), subrayan su continuidad durante todo el siglo II a.C. La perduración de estas armas durante todo el siglo vendría corroborada asimismo por la presencia de algunas piezas de esta serie en el lote de La Azucarera (1069 y 1079), correspondiente al periodo 150-75 a.C.⁵⁰⁶

En cuanto a la variante B2, de hojas más delgadas, el contexto es similar aunque de aparición posiblemente más tardía. La serie B2.1 contiene un ejemplar fechable en torno a finales del siglo IV e inicios del III a.C. en la sepultura 201 de La Osera (1121; Álvarez-Sanchís, 2003: 189), aunque la datación es dudosa porque se sustenta sobre todo en la espada La Tène⁵⁰⁷. Otros ejemplares remiten de forma genérica al siglo III a.C., como el de la sep. 9A de Osma (1131; Fuentes, 2004: 152); a su transición con el siglo II a.C. (Numancia 69; 1112⁵⁰⁸), o a una fecha relativa dentro de este mismo siglo (Herdade das Casas; 1102; según Berrocal, 1997: 131). La serie B2.2 no difiere de estas mismas cronologías, incluyendo ejemplares en contextos muy modernos como el del lote de La Azucarera (1079). Teniendo en cuenta estos datos, la espada con hoja de sección acanalada de la serie B2.3, cuya presencia en Arcóbriga implica una cronología *circa* los siglos IV y III a.C., comprendería una fecha en torno al siglo III a.C., adoptando algún rasgo tipológico de las espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI compatible con esta fecha.

Cronología del grupo C

El grupo C es uno de los más complejos de datar. La espada de la sepultura J de Arcóbriga (1102) ha sido fechada en alguna ocasión hacia finales del siglo III a.C. e inicios del II a.C. (Cabré y Morán, 1982: Fig. 22; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 74-78 y 443-444) a partir de un conjunto de materiales que incluyen un broche de cinturón

⁵⁰⁶ Sobre la datación de este lote, véanse los comentarios oportunos en: *infra*, VII.B.

⁵⁰⁷ Lorrio, 2004: 278.

⁵⁰⁸ Consideramos oportuna esta fecha teniendo en cuenta que en algunas publicaciones se refiere a que las espadas La Tène de esta necrópolis se localizan en el sector más antiguo de la misma (Martínez *et alii*, 2005: 250).

triangular de hierro, una fibula zoomorfa incompleta y una pequeña fibula del grupo II de Cabré y Morán (1979: 13-14 y fig. 4, 8), con esquema clásico de La Tène I. La fecha *post quem* la daría el ejemplar zoomorfo, pero aunque su estado fragmentario impide cualquier asociación tipológica, sabemos que por el momento no existen dataciones precisas en el siglo III a.C. para la mayoría de las series (Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 38-39), de modo que la datación pudo ser algo anterior teniendo en cuenta el resto de materiales y el posible sesgo cronológico en la deposición de los mismos, cuya consideración podría llevar la fabricación de la espada como mínimo hacia mediados de dicho siglo; si no algo antes.

Aunque la mayoría de ejemplares del tipo C1.1 no cuentan con dataciones precisas, sus lugares de procedencia apuntan sistemáticamente a los siglos III y II a.C. sin que sea posible por el momento demostrar su existencia en el siglo IV a.C. La presencia de una fibula en omega en el ajuar de la sepultura F de Quintanas de Gormaz (1097) parece apuntar una datación baja para su espada, aunque la asociación de armas en el mismo es sospechosa de mezcla. La fecha más moderna de la serie la ofrece una vez más el lote de la Azucarera, en la transición al siglo I a.C. (1073).

La espada de la serie C1.2 (1127), correspondiente a la sepultura 13B de Osma, incluye entre sus materiales de asociación una fibula de tipo La Tène III (Fuentes, 2004: 155) y por tanto posterior a 150 a.C., una fecha acorde con su posible influencia sobre la espada de Es-Soumâa, fechada *circa* 130-110 a.C.⁵⁰⁹

En lo que respecta al único ejemplar de la serie C1.3 (1133), su contexto no permite opinar sobre fecha alguna más allá de su relación con la necrópolis de Osma, pero su relación tipológica con los ejemplares del tipo B2 insinúan una fecha compatible con este tipo y el C1; esto es: entre mediados del siglo III a.C. y fines del II a.C.

Cronología del grupo D

Por último, nos queda reflexionar sobre el tipo D. Buena parte de la argumentación cronológica de este grupo de espadas ya ha sido expuesto con anterioridad debido a la estrecha relación de sus formatos con el fenómeno del *gladius hispaniensis*, de modo que remitimos a sus líneas para referir a la datación de sus distintas variantes⁵¹⁰. Sin

⁵⁰⁹ *Vide supra*, III.E.3.

⁵¹⁰ *Ibid.* nota anterior.

embargo, nos parece importante incidir en la posible fecha de creación de estos modelos de hoja pistiliforme en sus contextos de origen de la Meseta Oriental.

Las variantes más antiguas del grupo D las constituyen las series D1.1 y D1.3, que son en realidad unas derivaciones tipológicas de los grupos B y C. El ejemplar más precoz de la serie D1.1 parece ser el de la sepultura L de Arcóbriga (1008), con una fecha aproximada de finales del siglo III a.C. según Cabré y Morán (1982: Fig. 24). Sin embargo, dicha datación contrasta precisamente con la tipología de la fíbula que acompaña a la espada, que es de su tipo IIIa, de apéndice caudal rematado en adorno de bulto entero e incrustaciones (Cabré y Morán, 1979: 14-17). La cuestión es que la fecha propuesta para la tumba se avanza a causa de la espada, que es según estos autores de tipo La Tène II a razón de su longitud, y se considera que la fíbula tiene una perduración más dilatada. No obstante, la longitud de hoja es un criterio cronológico delicado, y por el momento no es posible inducir si es más propio de finales del siglo III a.C. o de la primera mitad del mismo siglo. En consecuencia, coincidiendo con la revisión más reciente de esta tumba (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 81-86 y 430-431) creemos que la cronología de esta pudiera ser otra, incluso setenta años anterior a la propuesta, en concordancia con la del grupo C, que ya sabemos tiene un origen dudoso.

El ejemplar de la sepultura Ñ de Quintanas de Gormaz (1094), por su parte, se asocia con un puñal bidiscoidal “de empuñadura calada”, cuya cronología estimada es muy concreta dada la escasez de este tipo y su asociación únicamente con este yacimiento: segundo cuarto a mediados del siglo III a.C. (Kavanagh, 2008: 24).

La datación de los primeros ejemplares de la serie D1.3 depende en exceso de la cronología de sus contextos en Atance, que es la necrópolis que abarca la mayor parte de estas espadas. Las restantes espadas tampoco tienen un contexto claro. Una de ellas, perteneciente a La Oruña (1118), podría pertenecer al siglo II a.C. a juzgar por los restos cerámicos más abundantes en el yacimiento (Quesada, 1997: 750). La otra, perteneciente a la sepultura 20A de Osma (1129), corresponde asimismo al siglo III a.C., sin precisiones (Fuentes, 2004: 152). Su cronología se apoya en este caso en un fragmento de placa de cinturón con aletas y decoración damasquinada en plata y en la existencia de un puñal bidiscoidal entre los elementos del ajuar.

Por tanto, los únicos indicios disponibles del origen del grupo D deben situarse en torno al ecuador del siglo III a.C., para alcanzar su mayor dispersión fuera del territorio celtibérico a partir de finales de dicha centuria.

Sin duda, pues, aun contando con algunos interrogantes importantes en determinados tipos de espada, queda constancia de la gran variabilidad de tipos y variantes que convivieron en un mismo periodo, en especial a partir del siglo III a.C., momento en el que se diversifican los patrones aunque utilizando un módulo prácticamente idéntico en todas sus ramificaciones. Todo parece indicar que hasta bien entrado el siglo IV a.C. la espada La Tène era, fuera del territorio nororiental de la Península Ibérica, un arma poco frecuente aunque empleada con continuidad. A partir de la reestructuración de la panoplia celtibérica en la Fase IIB de Lorrio (introducción de puñales bidiscoidales, desaparición de los arreos en las tumbas, empobrecimiento de los ajuares: Lorrio, 1993: 228 y 234-236), la espada La Tène tomara impulso en la Meseta Oriental y constituirá uno de los patrones ofensivos básicos para terminar siéndolo en buena parte de la Península Ibérica.

III.G. EVOLUCIÓN DE LAS ESPADAS LA TÈNE EN EL TERRITORIO PENINSULAR: ASPECTOS MORFO-TÁCTICOS Y COMPETENCIA DE LOS FORMATOS

Hasta el momento hemos visto como la espada La Tène se manifiesta de formas distintas en el territorio peninsular. Existen regiones donde se aceptan la mayor parte de las innovaciones morfológicas que tienen que ver con la evolución de estas espadas en sus contextos europeos originales, otras donde se aceptan algunas de las fórmulas más antiguas pero parecen reticentes a adoptar incorporaciones posteriores y, finalmente, otros en los que ni siquiera se considera el hecho de explotar tales armas. Entre toda esta variedad de posibilidades, llama la atención la inexistencia de un territorio donde la espada La Tène y sus complementos sean incorporadas tal cual, sin variaciones en uno u otro sentido. Este hecho, que no debería ser extraordinario cuando hablamos de armas de tan amplia dispersión, sí resulta sorprendente en las espadas La Tène, puesto que la amplísima homogeneidad de este tipo de armas en contextos europeos es de sobras conocida (Rapin, 1999: *passim*; 2003: 269-270; 2004: 25-26; 2007: 241 y 2008: *passim*). Cuando hablamos del territorio peninsular, pues, contemplamos un tipo de desarrollo verdaderamente “periférico”, donde tienen lugar un sinnúmero de posibilidades alternativas en los formatos explotados.

En las líneas que siguen, intentaremos reseñar las informaciones inducidas en capítulos anteriores para ofrecer un panorama contrastado en el que podamos vislumbrar las distintas opciones asumidas en las regiones donde este tipo de espada fue fabricada. La continuidad y seguimiento del desarrollo europeo de la espada La Tène en el noreste o la ruptura de las influencias en la Celtiberia a partir de La Tène II centrarán nuestra atención en el actual capítulo, con el convencimiento de que tales comportamientos dependen siempre de la incorporación o el rechazo de innovaciones tácticas que pudieron ser afines o no al territorio afectado.

III.G.1: El módulo de la hoja

El secreto de la adopción de una espada está siempre en su hoja. Esta es la parte funcional del arma, y en su estructura y morfología radica la clave de su uso táctico: más o menos ligera, más o menos larga, más o menos apuntada, más o menos recia, etcétera.

En consecuencia, el empleo de la espada La Tène en la Península Ibérica está directamente relacionado con su utilidad táctica y su mayor o menor adaptación a las necesidades de las etnias que las explotan; pero no tanto a la afinidad cultural de estas sociedades con la cultura La Tène del otro lado de los Pirineos. De este modo, en el noreste peninsular, que es un territorio ibérico, tuvo lugar la que fuera la adaptación más fiel al empleo táctico de estas armas, mientras que en algunos territorios célticos del interior, con una ascendencia cultural común a las regiones europeas en las que estas espadas fueron la única alternativa táctica, se desestimó esta opción de buen principio.

En el seno de la cultura La Tène se fueron desarrollando distintas variantes de módulos de hoja dentro de unos patrones más o menos estables que definirían sus espadas características. Hay que recordar que la verdadera particularidad de las espadas La Tène frente a otras espadas de la Segunda Edad del Hierro tiene que ver con la longitud de sus hojas, que es verdaderamente excepcional en la Antigüedad. Pese a ello, desde sus inicios, las espadas La Tène desarrollaron distintos formatos que convivían en un mismo periodo (Lejars, 2003: *passim*). Así, durante La Tène A se fabricaron cortas espadas de herencia hallstática, larguísimas espadas como la de la conocida sepultura de Somme-Bionne (Stead y Rigby, 1999: Fig. 147) y versiones intermedias bastante más frecuentes que el resto (Stead, 1983: 488-499). El grueso del siglo IV a.C. fue asimismo ocupado por los tres módulos característicos de la tipología de Rapin (Rapin, 1999: 48-54; 2000; 2007 y 2008: 246-255): uno corto y estrecho, que comúnmente conocemos como “Hatvan-Boldog”, otro mediano dominado por las vainas con contera de remate circular, y otro algo más largo (aunque sin alcanzar las cotas de los módulos largos de etapas anteriores y posteriores), caracterizado por la ornamentación exclusiva de sus vainas y su asociación a un tipo de panoplia muy concreto. Los módulos medios de esta etapa seguirían su desarrollo en el periodo siguiente, ocupando buena parte de La Tène C1, pero irían dando paso a versiones cada vez más largas que dominarían la horquilla

cronológica de La Tène C2 (Lejars, 1994: *passim*) y las siguientes etapas de La Tène D1 y D2 (Lejars, 1996).

Algunos investigadores consideran que los distintos formatos corresponderían a distintas categorías de combatientes (Rapin, 2000: 200-201; 2007: 243 y 248), y que la renovación estos y de las panoplias que los acompañan son el resultado de importantes fases de agresividad que culminarían con la expansión de algunas tribus célticas a otros territorios europeos: hacia Italia en la transición de La Tène A a La Tène B, hacia oriente en la transición de La Tène B y La Tène C y de nuevo hacia Italia entre La Tène C1 y C2 (Rapin, 1995, 1999, 2004, 2007 y 2008). Con el cese de las hostilidades, tendría lugar la asimilación de los nuevos patrones y la estabilización de sus resultados morfo-tácticos (Rapin, 2003: 272-274), e incluso sería posible que la propuesta de los nuevos esquemas fuera fruto de una política táctica premeditada, originada precisamente para afrontar dichas fases de agresividad (Rapin, 2004: 34).

En la Península Ibérica también convivieron distintos módulos de espada como lo hicieron en la Europa continental, pero ello ocurrió casi exclusivamente en el noreste, mientras que en otros territorios el comportamiento fue distinto:

En la **fig. 88** observamos la comparación de los módulos de hoja de los tipos definidos para la Península Ibérica a excepción de los tipos nororientales. Como vemos, los módulos pequeños y grandes, representados respectivamente por los tipos A1, A2 y A3 y A-0, pertenecen todos a un periodo que equivale a La Tène I. No hay en cambio representante alguno de módulo largo (por encima de los 70 cm) para los periodos de La Tène II y La Tène III. De hecho, aunque sabemos que la Celtiberia vivió un importante momento de apogeo en la producción de espadas de influencia La Tène a partir de inicios del siglo III a.C., dicho fenómeno afectó exclusivamente al módulo medio derivado de los formatos habituales en La Tène B1 y B2 de Europa (grupos B, C y D), pero no trascendió más allá. Por tanto, podemos afirmar que existió una clara ruptura en la intención táctica de los celtíberos en relación a la desarrollada en el territorio europeo. Mientras que los celtas del continente tendieron a subrayar el papel cortante de sus hojas, obligando con ello a manejarlas en un espacio mayor, en buena parte del territorio peninsular se dio continuidad a las versiones medianas, aunque se rechazó igualmente el uso de espadas más cortas como las que habían convivido con aquellas en

el periodo anterior. La intención táctica de esta progresión no está lejos de la que en su momento valorara el ejército romano al adoptar el *gladius hispaniensis*, que constantemente aparecería como una solución más versátil, capaz de pinchar y cortar y de ser manejada en espacios más abiertos o cerrados según conviniera (Quesada, 2000; 2003c; 2006c y 2007).

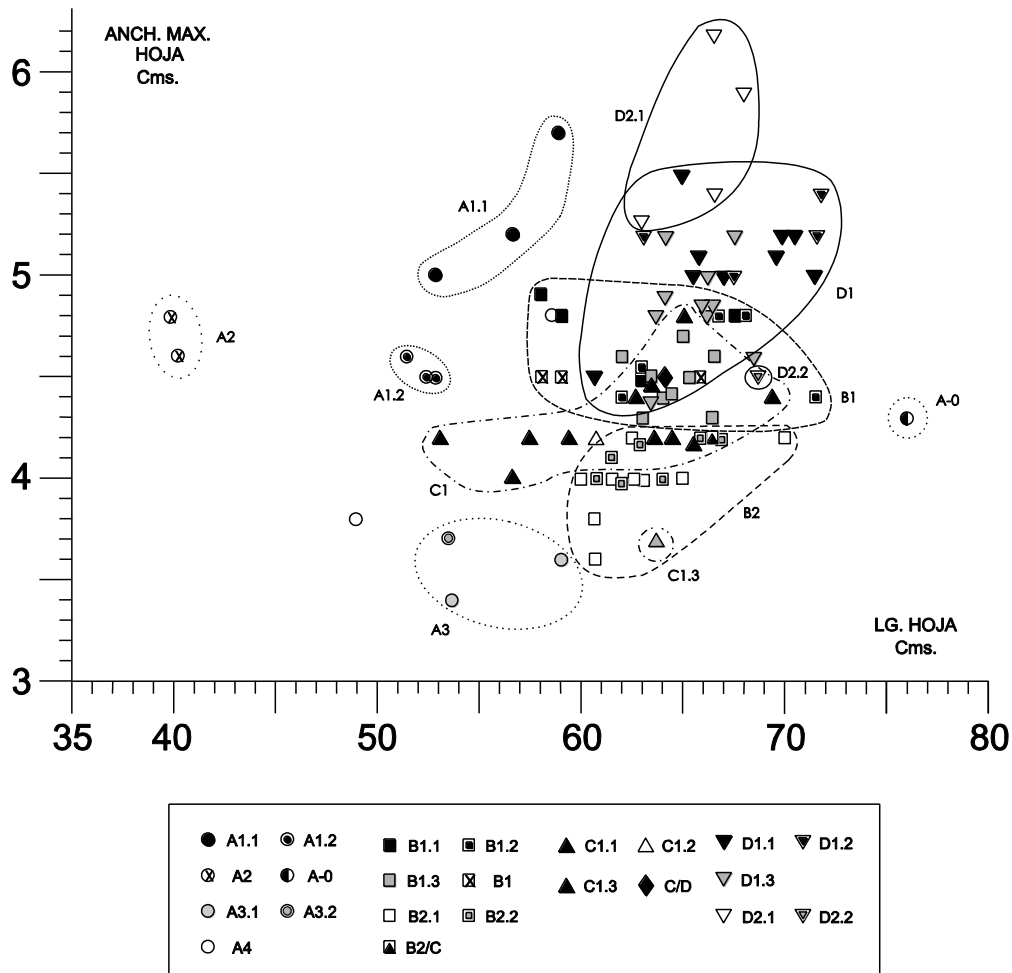


Fig. 88: Relación de los módulos de las hojas de espada La Tène de la Península Ibérica (a excepción del noreste). El formato se basa en el de Stead, 1983.

En la región del noreste, en cambio, sí se incorporaron las novedades propias de los módulos de La Tène II y La Tène III, aunque también es cierto que los demás módulos, lejos de ser abandonados, siguieron explotándose durante un tiempo prolongado. La **figura 89** representa conjuntamente los módulos de hoja de las espadas del noreste (círculos negros) y los del resto de la Península Ibérica (círculos blancos) a título de comparación. El espacio representado en gris indica *grosso modo* la separación de los

módulos cortos (inferiores a 60 cm de hoja), los módulos medios (60-70 cm de hoja) y los módulos largos (superiores a 70 cm de hoja). La **fig. 89-A** indica la coincidencia de módulos cortos de algunas versiones del noreste y otras regiones peninsulares, especialmente en las hojas superiores a los 55 cm de longitud. Así, el tipo NE-III concuerda plenamente con el tipo A3, puesto que en realidad ambos son fruto de la influencia del módulo corto de La Tène B2 en Europa. El espacio que ocupa el grupo A1 es también parecido al del tipo NE-II, aunque en este caso se trata de una coincidencia diacrónica fruto de la explotación tardía de patrones de La Tène B2-C1 en las regiones ibéricas de Cataluña. En cualquier caso, la intención de explotar hojas manejables es patente en ambos territorios hasta bien entrado el siglo I a.C. Así, la **fig. 89-B**⁵¹¹ representa el claro éxito de los módulos medios en la Península Ibérica, con producciones correspondientes a los periodos

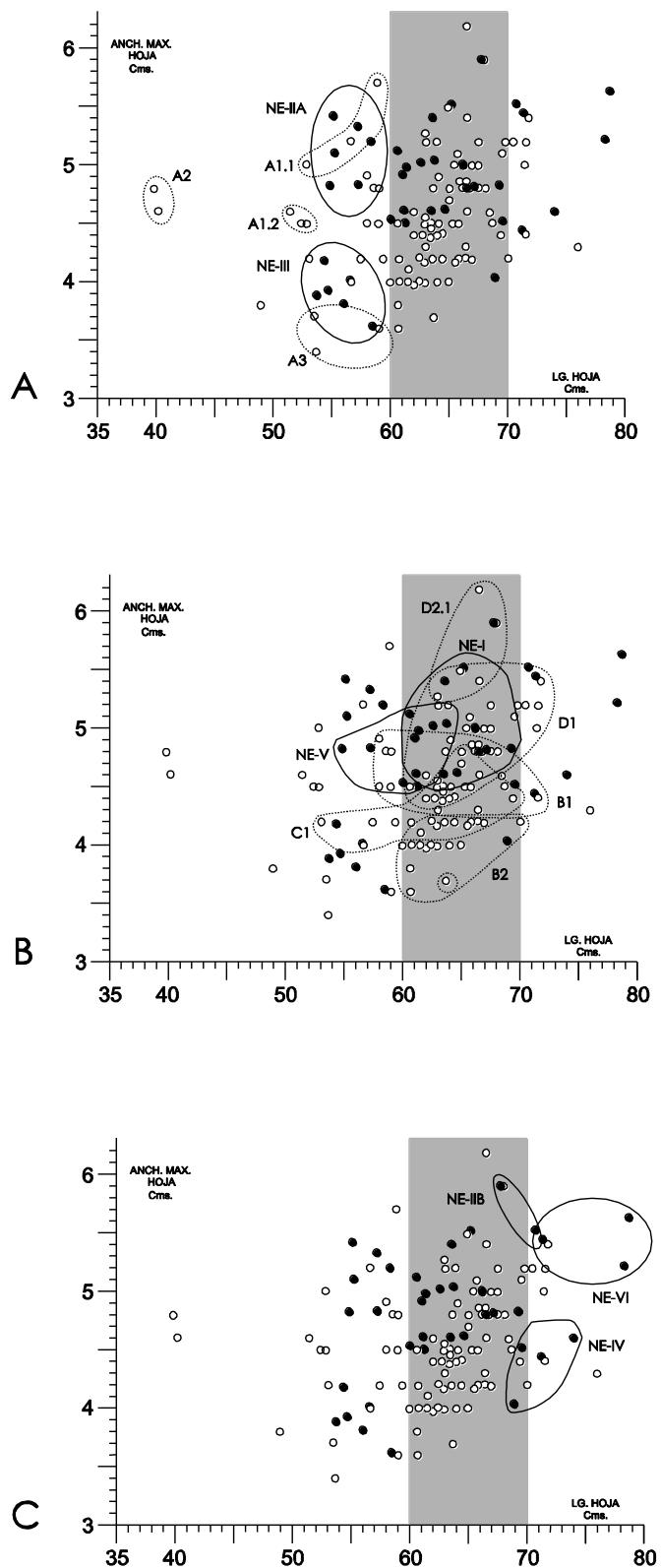


Fig. 89: Relación de los módulos de las hojas del noreste peninsular (en negro) y el resto de la Península Ibérica (en blanco) y sus preferencias.

⁵¹¹ Véase asimismo García Jiménez, 2006: Fig. 79, donde aparecen los tipos nororientales diferenciados por variantes.

de La Tène I (tipos NE-IB y B1.1), La Tène II (tipos B1, B2 y grupos C y D además del tipo NE-I) e incluso La Tène III (tipo NE-IC y NE-V y tipo D2), cuando estos formatos ya están por completo obsoletos en Europa.

En cambio, los módulos largos sólo afectaron al noreste peninsular, como demuestra la gráfica de la **fig. 89-C** (tipos NE-IIB, NE-IV y NE-VI). Tan sólo algunos ejemplares tardíos de los grupos B y D1.2, además del solitario espécimen del grupo A-0, trascienden a estos parámetros en el resto de la Península Ibérica; pero sólo en contadas excepciones.

En conclusión, podemos considerar seriamente la preferencia de las distintas etnias peninsulares que produjeron o emplearon las espadas de influencia La Tène por un tipo de hoja mediano, de antigua tradición, que llegaron a utilizar incluso en etapas muy avanzadas en las que estos esquemas ya no formaban parte de los intereses tácticos de las tribus célticas continentales.

Sin embargo, y antes de abandonar el tema de las hojas, debemos volver a la Celtiberia para intentar comprender por qué, además de no incorporar los módulos largos en LT C2, se rechazaron los cortos, que habían tenido cierta repercusión con anterioridad al siglo III a. C. Tal acontecimiento es quizás más comprensible teniendo en cuenta las peculiaridades del armamento celtibérico (y en general de otras regiones como el sureste y Andalucía), que por analogía a los territorios La Tène más típicos. En realidad, el módulo habitual en las espadas La Tène peninsulares es notablemente más largo que la de otros formatos, pero los módulos cortos (a la práctica algo más cortos que los habituales en estas espadas) ya tuvieron sus representantes mucho más exitosos: espadas de antenas, de frontón, falcatas...

En la **fig. 90** representamos el alcance de los módulos de las principales espadas de hoja recta de la Segunda Edad del Hierro en la Península Ibérica a excepción del noreste, donde la espada La Tène fue casi exclusiva. A simple vista puede apreciarse que la intención táctica de la espada La Tène es otra muy distinta al resto de los formatos. La media de sus módulos, expresada mediante pequeños cuadrados, es completamente dispar: unos 63 cm para las espadas La Tène, mientras que en todas las producciones de antenas y frontón se centran en torno a los 30-40 cm de hoja. En la gráfica se representa asimismo mediante círculos negros los ejemplares híbridos de las espadas La Tène y las de antenas, correspondientes a los grupos A2, A3 y A4. La afinidad de estos grupos (todos ellos atribuibles a un periodo perteneciente al siglo IV a.C. o inicios del III a.C.)

con las producciones alternativas indica la proximidad relativa de los módulos cortos con las versiones más largas de antenas y de frontón. La aparición de formatos largos como los de las espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI, que convivió con las espadas La Tène en la Meseta Oriental ya desde la segunda mitad del siglo IV a.C., repercutió probablemente en la desaparición del módulo corto, cuya función táctica podían desempeñar estas espadas y las de Atance /Quesada V, y en la especialización de las hojas de La Tène hacia los módulos medios.

De este modo, la funcionalidad de estas espadas quedaría separada de sus modelos coetáneos, unos representando unos intereses tácticos más claramente punzantes y otros, cuyo papel desempeñaría la espada La Tène, pudiendo alcanzar un mayor efecto en su uso de filo, como bien ilustraría Livio (31, 34)⁵¹² al relatar las terribles heridas causada por el *gladius hispaniensis* romano, heredado del módulo medio celtibérico⁵¹³.

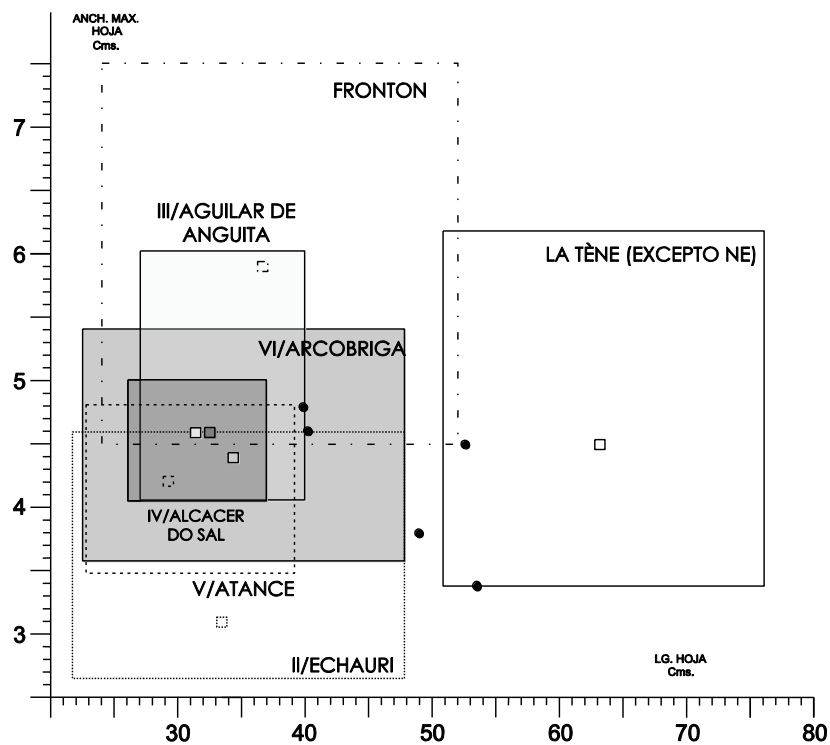


Fig. 90: Comparación del alcance de los módulos de hoja de las espadas rectas de uso más frecuente en la Península Ibérica. No figuran las espadas La Tène del noreste, que no tienen competidores directos. Los cuadrados pequeños representan el valor medio de cada tipo. Los círculos negros indican los ejemplares La Tène híbridos o muy influenciados por otros formatos. Valores de las espadas de antenas: Quesada, 1997: Fig. 134; excepto II/Echauri, tomado de García Jiménez, 2006b. Espadas de frontón: Quesada, 1997: 184.

⁵¹² "...los cuerpos despedazados por la espada hispana, brazos cortados del hombro, los cuellos seccionados por completo con las cabezas separadas del tronco, las entrañas al descubierto, y toda clase de heridas...". Todo ello claramente resaltando el papel cortante de estas armas.

⁵¹³ Vide supra, III.E.

Para terminar con la representatividad de los módulos de hoja en las espadas La Tène peninsulares, incluimos un cuadro-resumen de las principales influencias de los formatos europeos sobre las mismas (**Fig. 91**). En la muestra puede observarse que la interacción de los tipos no-nororientales es mayor y más estanca (sus tipos se influyen más a sí mismos que lo que lo hacen las espadas europeas sobre ellos). A su vez, el flujo de influencias europeas hacia la Celtiberia se paraliza en La Tène C y no se retoma más adelante. En el noreste, sin embargo, la permeabilidad a los influjos europeos es mucho mayor, y se reproduce en todos los periodos. La única diferencia en el sentido táctico hay que buscarla pues en la perduración de algunos módulos en estadios más avanzados a los que les corresponde en Europa. Así, es posible ver hojas del tipo NE-I o NE-III durante toda La Tène C o incluso más allá y apreciar su continuidad en los formatos del tipo NE-V, ya claramente característicos de La Tène D.

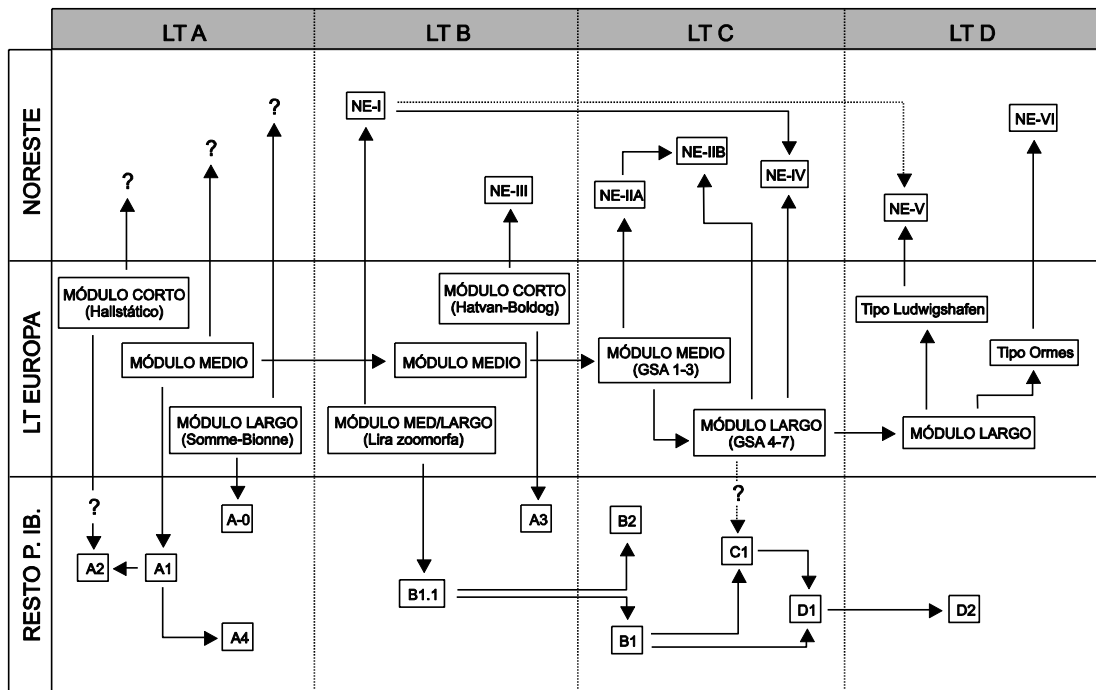


Fig. 91: Cuadro-resumen de las influencias de los principales módulos de espada vigentes en Europa sobre el territorio nororiental y otras regiones peninsulares.

III.G.2: Los complementos a la hoja: vainas, suspensiones y valoración general

Lo que hemos visto representado en la Fig. 91 es también un ejemplo que repercute en otros elementos complementarios a las hojas. En efecto, vainas y suspensiones tienen también su relación de dependencia o rechazo respecto a las fórmulas europeas originales. Al igual que ocurre con las hojas, estos elementos son mayoritariamente aceptados (con matices) en el noreste y sólo contemplados marginalmente en otros territorios peninsulares. En realidad, este proceso de proximidad puede verse relacionado también con algunos aspectos relativos al culto que tienen cabida entre las tribus indígenas del noreste (García Jiménez, 2006: 72-92), pero sin duda tiene que ver especialmente con la relación de elementos de la panoplia que acompañan a estas espadas, que implicaban una mayor dependencia de las innovaciones desarrolladas al norte de los Pirineos.

En la **figura 92** tenemos otro cuadro-resumen de las influencias de las espadas La Tène en sus parientes peninsulares; esta vez incluyendo de forma independiente los tres elementos básicos que constituyen el complejo que comúnmente denominamos espada: la hoja, la vaina y su suspensión.

El empleo de los esquemas europeos es bien patente en el noreste peninsular, donde apenas se rehúsa el empleo de suspensiones con cadena semirrígida típicas de La Tène B2 y La Tène C1. En cambio, en el resto de la Península Ibérica la independencia respecto a estos criterios es evidente: las hojas y las vainas se aceptan durante los periodos de La Tène A y La Tène B, y además lo hacen de forma perfectamente “canónica”, con el empleo de nervios, decoraciones, embocaduras y ensamblajes con carril que no están presentes en el repertorio nororiental⁵¹⁴, pero la suspensión en cinturón es rechazada inmediatamente y no tiene repercusión alguna en su territorio. Además, el periodo de La Tène C coincide con la ruptura definitiva de todo tipo de influjos en las espadas autóctonas, que a partir de entonces emplearán exclusivamente hojas con módulos anticuados y vainas de tipo orgánico, que serán la norma en adelante.

⁵¹⁴ Vide supra, III.C.1 y García Jiménez, 2006: 200-212.

	NORESTE	LT EUROPA	RESTO P. IB.
LTA		HOJAS	
		VAINAS	
		SUSPENSIONES	
LTB		HOJAS	
		VAINAS	
		SUSPENSIONES	
LTC		HOJAS	
		VAINAS	
		SUSPENSIONES	
LTD		HOJAS	
		VAINAS	
		SUSPENSIONES	

Fig. 92: Cuadro-resumen de las influencias de la espada La Tène y sus elementos percibidas en el noreste peninsular y el resto de la Península Ibérica (fundamentalmente Celtiberia). Las casillas oscurecidas representan los elementos adoptados y las blancas los rechazados.

En síntesis, podemos afirmar que la realidad de la espada La Tène peninsular es muy heterogénea. Aunque hemos centrado nuestra atención en el territorio celtibérico y el del noreste, que llevan el mayor peso de los hallazgos de estas espadas ya sea en su propio territorio o en su expansión a territorios ajenos, sabemos que con anterioridad al siglo III a.C. existieron otras regiones donde abundaron este tipo de armas⁵¹⁵: en particular, nos referimos a la región del Ebro Medio y el sureste peninsular.

Poco sabemos acerca de la primera de estas, donde los hallazgos de armas, siempre que hablemos de su presencia en la orilla norte, son verdaderamente escasos. En concreto, sólo una espada La Tène parece atribuible a su territorio, y además se trata de un ejemplar de procedencia desconocida (1162; depositada en el Museo de Navarra), pero es probable que el desarrollo cultural de la Meseta Oriental en el Celtibérico Pleno influyera en la difusión de estas armas, aunque sólo fuera de forma ocasional. De todos modos, hasta el momento las panoplias típicas de la región media del Ebro son toda una incógnita para las fases que equivaldrían a La Tène II y III, así que no deja de resultar curiosa la desaparición de armas bien representadas en anteriores estadios, como las espadas La Tène.

En cuanto a la región del sureste peninsular, los datos son todavía escasos y confusos, pero parece haber un retroceso significativo en el mismo periodo. Si hubo producciones propias para este territorio, debieron ser marginales y no llegaron en ningún caso a ser

⁵¹⁵ Vide supra, III.C.2.

una competencia seria para otros formatos más comunes. La panoplia del sureste es una panoplia muy completa, y el armamento La Tène apenas juega un papel marginal, pero parece claro que la mayor parte de las espadas de este tipo llegaron de la Celtiberia o imitando a las espadas celtibéricas al menos desde inicios del siglo III a. C.

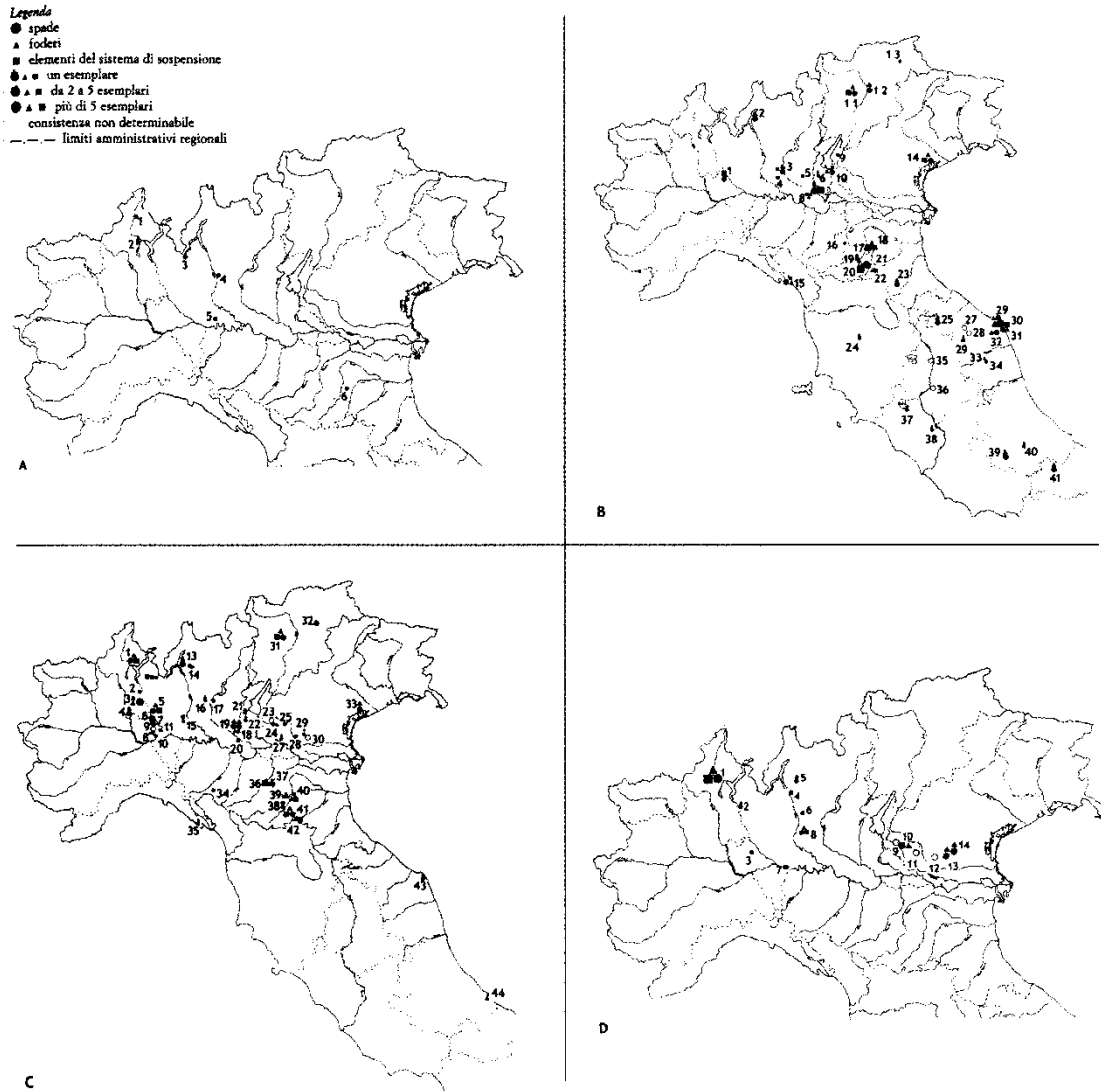


Fig. 93: Mapas de distribución de las espadas, vainas y elementos de suspensión en Italia según Dore, 1995: fig. 1-4. A: La Tène A; B: La Tène B; C: La Tène C ; D : La Tène D.

En consecuencia, la influencia de las espadas La Tène en la Península Ibérica dibuja un panorama diverso, que incluye varios focos de representación con sólo pequeñas alteraciones durante La Tène A y una mayor dispersión durante La Tène B, incluyendo

las regiones del noreste, la Celtiberia y el sureste peninsular con un número de ejemplares bastante importante. El periodo posterior, La Tène C, vive un claro rechazo en la percepción de sus patrones europeos habituales, que quedan ya relegados en este y en el siguiente periodo (La Tène D) únicamente a la región del noreste. Aunque es cierto que durante estas fases se vive el mayor periodo de esplendor de las espadas La Tène celtibéricas, sus patrones son antiguos y no incluyen nuevas actualizaciones llegadas del continente.

Si nos fijamos en la serie de mapas publicados por Anna Dore hace ya más de una década (Dore, 1995: Fig. 1-4) para la región itálica, apreciamos una secuencia similar a la hispánica (**Fig. 93**). La Península Itálica es otro territorio periférico del armamento La Tène, donde sus panoplias aparecen frecuentemente combinadas con elementos propios de las culturas mediterráneas autóctonas. En La Tène A (fig. 93, A), los datos son escasos, pero el repertorio manejado por Dore está algo desfasado e incluye ejemplares de esta fase como correspondientes a la fase posterior (*cf.* Rapin, 2007: 251 y 2008: *passim*), por lo que la dispersión es mayor a la expresada, alcanzando cotas similares a los de la fig. 93, B aunque con menor cantidad de ejemplares. La Tène B es sin duda el periodo de máximo apogeo, y las espadas rebasan incluso las fronteras ocupadas por las tribus celtas (fig. 93, B). Sin embargo, a partir de La Tène C (fig. 93, C), se vive un evidente retroceso hacia la región cispadana (Lejars, 2006: 85-86) que se repliega de nuevo hacia el norte con la romanización de la región en La Tène D (fig. 93, D). Todo ello resulta extrañamente familiar a lo ocurrido en el territorio peninsular, donde la región del noreste lleva el peso casi exclusivo del seguimiento en las renovaciones de los patrones morfotécnicos de las espadas. El caso itálico, como el hispánico, pertenece a la órbita externa del armamento La Tène, y sus influencias autóctonas se dejan notar de forma creciente a medida que se van conociendo mejor sus materiales (*Ibid.*: 86). Es precisamente el carácter periférico de este armamento, que se superpone al de otras espadas de distinta influencia, el que marca el carácter peculiar de estas armas y el abandono de sus ventajas cuando no pueden competir con otras espadas cultural o tácticamente más oportunas.

III.H. ICONOGRAFÍA DE LA ESPADA LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

A diferencia de los datos arqueológicos, la información iconográfica sobre la espada La Tène en la Península Ibérica es más bien pobre y confusa. Como bien sabemos, la iconografía es una expresión artística que frecuentemente va ligada a connotaciones simbólicas y en ocasiones religiosas que implican un cierto sesgo en la representatividad de algunas armas (Quesada, 1997: 23-26). Esta distorsión se acompaña a su vez de un reflejo más o menos fiel de la realidad en cuanto al interés narrativo de la escena que quiera representarse. No es ningún secreto que la espada La Tène es un arma más bien secundaria en su uso práctico, que casi siempre va supeditado a la lanza y otras armas de asta, convirtiéndose en un recurso circunstancial sólo útil cuando las armas principales han sido inutilizadas por la razón que sea. En consecuencia, resulta lógico que los artistas encargados de escenificar un episodio real o mítico en el soporte que sea, acostumbren a representar esta y otras espadas envainadas o bien se limiten a representar las armas que están siendo empleadas, prescindiendo de aquellas cuyo uso narrativo resulta inútil.

En este sentido, el principal problema que se deriva de la iconografía de la espada La Tène procede de su ausencia en aquellos territorios donde esta arma tiene un significado simbólico más importante: nos referimos, como no, a la región del noreste peninsular.

En general, las representaciones de armas en dicho territorio son manifiestamente reducidas y en su mayoría asociadas a algunos problemas de etnicidad (Quesada, 1999-2000). Ni siquiera el conocido monumento de Sant Martí Sarroca, que representa un personaje sedente asociado a cabezas cortadas y que frecuentemente ha sido relacionada con las esculturas de la región galo-ligur⁵¹⁶ (Guitart, 1975; Lenerz, 1991:137-138; Almagro-Gorbea, 2003: 151-152; Ros, 2005: 168-172), cuenta con arma alguna en su repertorio, cuestión que contrasta fuertemente con lo habitual en sus presuntos patrones de inspiración (Rapin, 2000b, 2003b y 2008: 261-266; Salviat, 1987).

La ausencia de representaciones artísticas de ningún tipo en la región nororiental enlazaría en nuestra opinión con la sustitución de estos esquemas propagandísticos o simbólicos de carácter guerrero con cierto afán de resaltar el heroísmo de las élites, por

⁵¹⁶ Y que un análisis directo de la pieza tiende a rechazar por completo. Agradecemos las opiniones y consejos de David Vivó y Marc Lamuà en dicho sentido.

otros igualmente efectivos como son la exposición de trofeos de armas y cabezas capturadas en espacios estratégicos de sus poblados (García Jiménez, 2006: 82-91).

Además de los problemas de protagonismo de nuestras espadas, se añade un segundo inconveniente en la distinción de representaciones iconográficas de estas, que tiene que ver con las limitaciones de los soportes utilizados y su calidad técnica. En efecto, a menudo resulta imposible distinguir una espada La Tène de otra espada recta cualquiera, de modo que muchas de las representaciones que siguen han sido en ocasiones atribuidas a espadas de antenas o de frontón, sin que parezca existir una solución a esta ambigüedad. Por supuesto, a lo largo de este capítulo, que subdividiremos en tres apartados: pintura vascular, numismática y toréutica y escultura, argumentaremos las razones que nos llevan a incluirlas o rechazarlas como posibles candidatos a espadas de influencia La Tène.

III.H.1: La espada La Tène en la pintura vascular

La pintura vascular hispánica es técnicamente pobre al lado de las acostumbradas representaciones griegas donde a menudo aparecen armas y armaduras con todo lujo de detalles. En general, se muestra la figura humana en contorno, habitualmente muy esquematizada y con escasa atención a los detalles. Ello obviamente repercute en la imagen que proyectan sus armas, cuya distinción tipológica es a menudo imposible. Una de las dificultades básicas consiste en distinguir si se está queriendo representar una hoja recta en un espacio y perspectiva no del todo favorables o por el contrario se pretende pintar una falcata. En los casos en los que está claro que se trata de una espada recta, la indefinición de sus rasgos es tal que muchas veces nos vemos incapaces de discernir a qué tipo de espada representa, puesto que las proporciones de longitud y forma de la hoja se supedita en muchos casos a las limitaciones de su espacio o a las estilizaciones artísticas, mientras las empuñaduras tienen en ocasiones aspectos que no figuran en ninguno de los repertorios arqueológicos conocidos. A esta dificultad se añade la posible existencia de anacronismos artísticos que a menudo están presentes en toda iconografía, lo que implica una nueva incertidumbre al intentar definir a qué clase pertenece cada espada, puesto que hay que incorporar la posibilidad de que trate de representarse algún modelo obsoleto.



Fig. 94: Algunas representaciones de posibles espadas La Tène en la pintura vascular hispánica (distintas escalas). 1: Vaso de los guerreros (Numancia), según Stary, 1994: lám. 90,1; 2-3: Numancia, según Stary, 1994: lám. 90, 2-3; 4-5: Numancia, según Lorrio, 1997: Fig. 79, 2 y 8; 7: Sant Miquel de Lliria, según Stary, 1994: lám. 80, 8; 8: Cova Foradada; 9: La Monravana. 9 y 10: según Quesada, 1997: 951-952, inv. 30-31.

Pese a estos obstáculos, tenemos la fortuna de conocer relativamente bien los contextos de hallazgo de la mayoría de estos soportes cerámicos y, en consecuencia, sus cronologías (Quesada, 1997: 24). Por lo general, las piezas conocidas proceden de dos regiones básicas: por un lado el levante y sureste peninsular y por el otro la región numantina, pero hay algún caso procedente de una zona intermedia, en el Bajo Aragón. Todos los casos son de cronología avanzada, atribuibles a la Baja Época, desde finales del siglo III a.C. hasta bien entrado el siglo I a.C. o incluso inicios del Imperio para el caso numantino (Lorrio, 1997: 255; Almagro-Gorbea y Lorrio: 1992: 432).

La **fig. 94** corresponde a una selección de los principales candidatos a representaciones de espadas La Tène sobre soporte vascular:

En primer lugar, está el conocido vaso polícromo numantino “de los guerreros” (**fig. 94, 1**), que representa una *monomachia* entre dos combatiente empleando distintas panoplias (Olmos, 1986: 218-219). El guerrero de la izquierda empuña una larga lanza con la mano derecha y un escudo circular de tipo *caetra* con la izquierda, y va protegido por unas grebas y un casco tocado con la figura de un gallo, con un posible sentido apotropaico o propiciatorio (Sopeña, 1987: 112-113). El segundo guerrero va ataviado igualmente con grebas y un casco aparentemente fabricado con materiales orgánicos, y también lleva *caetra* o bien un protector circular que aparece cubriendo el torso. En este caso, no emplea lanza de mano, sino que aparecen sendas jabalinas clavadas a su lado, cuyo uso parece haber sido rechazado a favor de su lucha cuerpo a cuerpo con una espada, que el personaje empuña en posición de guardia. Aunque la forma de la hoja de la espada es esquemática y con una curvatura poco realista, puede sugerirse una intención de representar una forma pistiliforme; si bien ello no es del todo claro. Lo que sí destaca es la presencia de una línea longitudinal que marca la existencia de un nervio o una sección a cuatro mesas para el arma, sin representación de estrías como las que sí aparecen en las moharras de las jabalinas. Este hecho en particular y, sobre todo, la composición de su empuñadura, es lo que nos parece más significativamente afín a una espada La Tène (Jimeno *et alii*, 2004: 237 y fig. 168, b) que a una espada de antenas (Quesada, 1997: 240). En efecto, tanto el pomo trilobulado característico de las formas tripartitas (tanto si quiere representar esto como la existencia de un botón terminal), como la guarda en doble forma esférica y no en ángulos rectos como correspondería a la representación de una espada de antenas compatible con la cronología del vaso, tienden a confirmar su correspondencia con una espada de influencia La Tène. Por otra parte, la

escasa longitud de la hoja es más aparente que cierta, puesto que la curvatura es engañosa y se representa una punta excesivamente larga. En cualquier caso, basta con echar un vistazo a la proporción del brazo que la empuña para percatarse de la escasa fiabilidad de tales atributos. Lo que sí es sorprendente es la inexistencia de vaina que, por razones artísticas, ha desaparecido del registro.

Otro vaso numantino (**Fig. 94, 2**) contiene la representación de un extraño personaje que sujeta una palma en alto y lleva ceñida una espada de la cintura, colgada en diagonal en un gesto imposible si no es con la ayuda de un tahalí, que no aparece debido al esquematismo de la figuración. En la posición de la guarda, se observa un ensanchamiento en forma ovalada. En este caso, el interés por representar una vaina larga puede apuntar hacia una espada La Tène, pero podría pertenecer igualmente a un modelo largo de antenas, como el de tipo Arcóbriga/Quesada VI.

De nuevo, en otra figuración numantina, una espada suspendida en su vaina en rara inclinación hacia adelante (**Fig. 94, 4**) es fruto de la misma ambigüedad que la anterior, mientras que otro fragmento parecido (**Fig. 94, 3**), con vaina en horizontal sobre la cintura, nos parece mucho mejor candidato a espada de antenas; más por la existencia de una contera con remate ancho en el extremo distal de la vaina que por la forma de su pomo o guarda.

El último de los fragmentos procedentes de Numancia (**Fig. 94, 5**) corresponde a otro guerrero con el cuerpo esquematizado en un doble triángulo al estilo característico de este taller celtibérico. En este caso, el cuerpo del guerrero está yacente, obviamente muerto, y es pasto de un ave carroñera, probablemente un buitre, como suele ocurrir en otras figuraciones del imaginario celta⁵¹⁷. La espada que empuña en la mano izquierda es muy esquemática, con una hoja muy parecida a la del vaso de los guerreros y un pomo aparentemente trilobulado o tripartito que encaja mejor con los de las espadas latenienses que con las de otros modelos contemporáneos. La misma composición del cadáver expuesto devorado por un buitre se repite en otro ejemplar numantino muy parecido (Jimeno *et alii*, 2004: 237 y fig. 168, a, izquierda). En este caso, sin embargo, la espada empuñada es de compleja interpretación, en tanto que en algunas de sus reproducciones publicadas (*Ibid.*; Wattenberg, 1963: inv. 1; Lorrio, 1997: Fig. 79, 1;

⁵¹⁷ Por ejemplo en la estela cántabra de Zurita (Almagro-Gorbea, 1997: 214) o en la de El Palao (Stary, 1994: lám. 70, 3). Este proceso es igualmente registrado por las fuentes literarias. En dicho sentido, véase García Huerta, 1997: 224 citando a Eliano y Silio Itálico; en ambos casos hablando de buitres. Sobre el sentido divino y simbólico de estas aves, consideradas como mediadores hacia el Más Allá, véase Sopeña, 1987: 118-121 para el mundo celtibérico y Brunaux, 2000c: 244-246 para sus paralelismos en el mundo galo.

Quesada, 1997: 960, inv. 65) aparece con un extraño dorso que significaría que la hoja es de un solo filo, lo que sólo es posible si está representando una falcata (curiosamente sin curvatura); una opción más bien rara para acompañar a un guerrero celtibérico. La cuestión es fácil de resolver si consideramos el hecho de que otras publicaciones (Sopeña, 1987: lám. VA; Negueruela, 1990: fig. 39, derecha) ofrecen una alternativa más coherente al representar una espada casi idéntica a la anterior (Fig. 94, 5); esta vez con un pomo claramente trilobulado.

Otra representación ambigua corresponde al enfrentamiento entre dos guerreros equipados con *scuta* en un vaso procedente del Castellido de Alloza (Teruel) (fig. 94, 6). Uno de los guerreros, que parece correr hacia la derecha, empuña una espada larga de la que únicamente son visibles su pomo y su punta. En ambos casos, los rasgos podrían apuntar a una espada de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI, como opina Quesada (1997: 240), pero en realidad existe también la posibilidad de que intentara representar una espada La Tène o *gladius hispaniensis*, cuya punta puede ser asimismo bastante larga, mientras que sus pomos son frecuentemente arriñonados y pueden parecerse en su silueta a una pareja de antenas muy atrofiadas⁵¹⁸.

Del bloque de las cerámicas levantinas nos llegan muchos menos casos, puesto que en esta región tiene mucha mayor tradición el empleo de otro tipo de espadas, en especial falcatas, que sí son ampliamente representadas en su pintura vascular (Quesada, 1997: 71-72). No obstante, hay que tener en cuenta que las cerámicas de Lliria y en general las cerámicas figuradas de este mismo estilo proceden de contextos a partir de la Segunda Guerra Púnica (Aranegui, Mata y Ballester, 1997: 24-25 y 47-48), con lo que la presencia de espadas largas de influencia La Tène (en este caso más propiamente *gladii hispanienses*) pudo darse en este territorio o bien intervenir en los episodios narrados por sus representaciones artísticas⁵¹⁹.

El volumen de hallazgos susceptibles de pertenecer a esta categoría de espadas se reduce a tres (Fig. 94, 7-9): uno de ellos procedente del Tossal de Sant Miquel (fig. 94, 7), otro de Cova Foradada (fig. 94, 8) y uno más recuperado en La Monravana (fig. 94, 9); todos en la órbita de la antigua *Edeta* (*Ibid.*: 45-47 y fig. I.17). Los tres casos

⁵¹⁸ Véase por ejemplo los pomos bipartitos de: *supra*, Fig. 19; cap. III.A.

⁵¹⁹ En el mismo sentido, algunos autores han propuesto interesantes vías de interpretación de algunas de esta cerámica como narraciones de episodios reales, probablemente vividos a lo largo de la Segunda Guerra Púnica (Gracia, 2003: 59-65).

documentados son dudosos por la única razón de su empuñadura, con un corto puño y dos espirales orientadas hacia la hoja (fig. 94, 7 y 8) o bien un simple remate en forma de “T” (fig. 94, 9). Los primeros casos podrían pertenecer a espadas de antenas (Quesada, 1997: 240), mientras que el tercero correspondería más verosímilmente a un modelo de frontón (*Ibid.*). Sin embargo, la longitud de las hojas y la posición de las vainas en las que se encuentran, que se suspenden del lado derecho y en vertical⁵²⁰ como suele ocurrir con las espadas La Tène y algunos *gladii* republicanos, parecen sugerir mejor otras alternativas. Asimismo, la cuestión de la territorialidad y la cronología que apuntan estas representaciones artísticas encajan mejor con los *gladii hispanienses* de inspiración La Tène que con cualquier modelo de antenas o la figuración arcaizante de otras armas.

III.H.2: Numismática y toréutica

Este es sin duda alguna el más desalentador de los recursos artísticos que vamos a tener ocasión de comentar. La numismática es obviamente el soporte más incierto en sus detalles debido a las evidentes limitaciones de espacio que conlleva. En una moneda, es prácticamente imposible representar un tipo concreto de arma, y a menudo hay que contentarse con saber que se trata de un arma de asta, una espada o puñal o un casco. En consecuencia, no resulta demasiado útil indagar en ellas a la búsqueda de una representación de espada La Tène. De todos modos, plantearemos estos ejemplos como una posibilidad entre otras de la voluntad de simbolizar estas armas.

Por tradición, la mejor candidata a poder representar espadas de tipo La Tène es la moneda celtibérica. Sin embargo, la mayoría de cecas celtibéricas representan en sus reversos a jinetes empuñando lanzas, mientras que otras armas o elementos son bastante raros (Lorrio, 1995). En concreto, sólo se conocen cuatro acuñaciones representando espadas, procedentes de los talleres de *barískunes*, *bentian*, *uarákoś* y *olkairun* (*Ibid.*: 77)⁵²¹; todos ellos de localización incierta pero presumiblemente correspondientes al

⁵²⁰ En la misma dirección otra espada, que en este caso parece claramente suspendida de un tahalí en vertical, con una suerte de pomo en “V” que recordaría unas antenas (Quesada, 1997: 240, inv. 2) pero que del mismo modo podría sugerir un parentesco con la pieza del Tossal de Sant Miquel (fig. 94, 7) y la de Cova Foradada (fig. 94, 7).

⁵²¹ Véase Vilaronga, 1994: 259-252; 257-258; 297-298 y 260 respectivamente.

Alto Ebro, un territorio que no es precisamente muy generoso en cuanto a espadas de tradición lateniense. Algunas de las acuñaciones parecen representar espadas cortas, pero esta apreciación es discutible teniendo en cuenta que otras producciones (por ejemplo: *bařskunes*; Almagro-Gorbea y Torres, 1999: lám. 15, 2) reproducen más bien hojas medianas que incluso parecen acortadas por su posición muy arriba al ser empuñadas por el jinete blandiéndolas por encima de su cabeza. En ocasiones, la espada aparece doblada para adaptarse al contorno de la moneda (**Fig. 95**).



Fig. 95: Espadas largas en la numismática celtibérica. 1, 2 y 4: *Bařskunes* (a partir de foto en: Villaronga, 1994: n° 6, 5 y 12; 3: *Uařakoř* (idem: n° 2); 5: *Bentian* (idem: n° 3).

Sea como fuere, creemos que al igual que ocurre con las cerámicas de Lliria, por cuestiones geográficas y cronológicas, la posibilidad de que representen espadas La Tène es mayor que cualquier otra, a excepción quizás de otros ejemplares de hoja larga como las espadas de antenas del tipo Arcóbriga/Quesada VI.

En el campo de la toréutica, existen algunos exvotos ibéricos que pudieron representar espadas La Tène, aunque las limitaciones subyacentes en estos casos son también muy grandes, si bien en esta ocasión más por cuestiones derivadas de la baja calidad y escaso interés por el detalle que por las verdaderas posibilidades del soporte (Quesada, 1997: 25). Dado que este tipo de exvotos se adscribe exclusivamente a la cultura ibérica, la mayor parte de las espadas que llevan los guerreros son falcatas, siendo las espadas rectas un recurso muy minoritario. El hecho es lógico, puesto que proyecta unas proporciones similares a las que podrían derivarse del registro arqueológico y suponer un reflejo bastante fiel a la realidad en los contextos en los que nos movemos, siempre atribuibles al sureste y Andalucía. Hay que considerar igualmente el hecho de que muchas de estas espadas puedan representar piezas de frontón cuyos rasgos en la empuñadura hayan sido muy poco cuidados, apareciendo en general con una simple

espiga. De todos modos, y sin ánimo de ser exhaustivos, apuntamos un par de referencias que quizás, por su longitud, puedan ser espadas de influencia La Tène: una que representa un jinete con casco del Santuario de la Luz (Murcia) (Quesada, 1997: lám. XVI, D), otra igualmente correspondiente a un jinete perteneciente a un hallazgo desconocido de la provincia de Jaen (Stary, 1994: lám. 120, 1) y una última representando un infante en actitud de usar una lanza que lleva una vaina en la izquierda, *scutum* con umbo de aletas rectangulares y casco tocado con una pluma o crin y que sin duda representa un soldado romano o un auxiliar indígena equipado a su misma usanza (santuario de Los Jardines en Despeñaperros: Stary, 1994: lám. 121, 1).

III.H.3: La espada La Tène en la escultura hispánica

La escultura en piedra es un formato mucho más preciso en general a la hora de representar ciertos detalles, sobre todo porque el soporte es mucho más voluminoso y permite un tratamiento más cuidado en ciertos aspectos que como mínimo son en general indicativos más firmes de si se trata de espadas de origen La Tène o por el contrario pretenden captar los rasgos de espadas de antenas o de frontón (Quesada, 1997: 24). No obstante, el estado de conservación de muchas de estas estatuas y relieves deja mucho que desear, y a menudo están talladas en bloques de fácil erosión y han sido objeto de destrucciones, reutilizaciones como material de sillería o extracciones violentas por parte de sus descubridores. Asimismo, no faltan las representaciones toscas en la línea de las pinturas vasculares, y, en el caso de la escultura exenta, es evidente la dificultad que representa esculpir elementos largos y anchos como son las espadas y sus vainas, que a menudo forzosamente deben ajustarse al cuerpo de los guerreros para evitar que se rompan.

En primer lugar referiremos a un ejemplar verdaderamente dudoso pero cuyas características podrían encajar con los patrones latenenses hispánicos, aunque lo cierto es que más por descarte que por paralelismo efectivo. El ejemplar del que hablamos corresponde a uno de los guerreros del grupo escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna, conocido como guerrero nº 5 (Negueruela, 1990: 71-74 y lám. XXI-XXII). En cuanto a su espada, apenas aparece su parte proximal con la empuñadura completa pero desgraciadamente alterada por una fragmentación en su guarda, y un trozo de la vaina

en la que se observan dos anillas laterales sujetas a un tahalí. El origen de sus problemas de clasificación está en su empuñadura, que tiene un pomo arriñonado orientado hacia abajo, un puño cilíndrico liso y una guarda ancha y recta en su parte superior. Fernando Quesada (Quesada, 1997: 238-239) ya opinaba que los rasgos de su empuñadura difícilmente podían representar una espada de antenas teniendo en cuenta la atención a los detalles de estas esculturas, y proponía a su vez su atribución a una rara variante de espada de frontón con pomos similares, aunque reconocía las limitaciones del hecho que el puño de Porcuna no representa el típico ensanchamiento de la lengüeta. Este hecho es para nosotros significativo, y descartaría asimismo otros patrones mediterráneos como el *xiphos*. Para buscar el origen de los tipos con espiga, hay que mirar hacia el norte, y si no se trataba de una espada de antenas, sólo podemos atribuir la empuñadura a una espada La Tène o un híbrido de estas⁵²². En sí, la propia incapacidad de hallar un ejemplo arqueológico idóneo que justifique la clasificación tipológica de esta espada es el mejor argumento a favor de una espada La Tène, puesto que desconocemos el aspecto que debían tener los ejemplares peninsulares, de los que sólo se conserva la espiga. La fabricación de las empuñaduras de estas espadas a partir de materiales orgánicos justificaría todo tipo de formas más o menos difundidas. De hecho, los paralelismos en el pomo propuestos por Quesada (1997: lám. VI, C, derecha y lám. VII, C, izquierda) pertenecen sin lugar a dudas a influencias de los pomos arriñonados latenienses que conocemos bien en algunos ejemplares europeos⁵²³, pero que igualmente no acaban de ajustarse a lo representado en Porcuna, donde aparece invertido (**Fig. 96, 1**).

Los argumentos definitivamente dudosos en cuanto a esta propuesta son la etnicidad y la cronología del grupo escultórico. En cuanto al primero de estos aspectos, es bien cierto que en Jaen es difícil representar una espada La Tène si no es en contexto de romanización, pero hay que recordar que el personaje que lleva la espada pertenece al grupo vencido, por lo que no hay que descartar una procedencia ajena del mismo, quizás más oriental, donde ya encajaría con los datos arqueológicos registrados. Mucho más significativo y podríamos decir que definitivo resulta el asunto de la cronología. Como sabemos, la fecha propuesta para el grupo de los guerreros del Cerrillo Blanco es de la primera mitad del siglo V a.C. (Negueruela, 1990: 301-304). Dicha fecha es del todo

⁵²² Aunque esto no significa para nada que esté representando el armamento meseteño, puesto que sabemos que las espadas La Tène estuvieron presentes en el sureste desde La Tène A (*vide supra*, III.C.2; *cfr.* Quesada, 1990: *passim*).

⁵²³ *Vide supra*, Fig. 19, 2-3 y en general, por lógica, cualquiera con los característicos topes metálicos en forma de aletas (fig. 19, 8).

incompatible con la posibilidad de reflejar una espada La Tène o un híbrido de estas, que forzosamente implicaría una datación como mínimo en la segunda mitad de dicho siglo. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la datación del conjunto ha sido propuesta a partir de datos estilísticos y el análisis de la panoplia de los guerreros (especialmente los cascos; *Ibid.*: 129-139), pero la única fecha firme es el *ante quem* de su destrucción y amortización en torno al 400 a.C. o inicios del siglo IV a.C. (Zoffó y Chapa, 2005: 100 y 119) por lo que, con todas las reservas posibles, hay que mantener una duda razonable al respecto. Aún así, ni la forma del pomo, que debió ser al revés, ni la guarda recta encajan con los patrones La Tène conocidos, si bien estos atributos, además de la vaina (aparentemente orgánica), pudieron derivar de sus modificaciones locales o de algunas imprecisiones artísticas: ¿estaría representando el artista patrones algo menos familiares para él que las típicas falcatas y armas de frontón que empuña el bando vencedor?

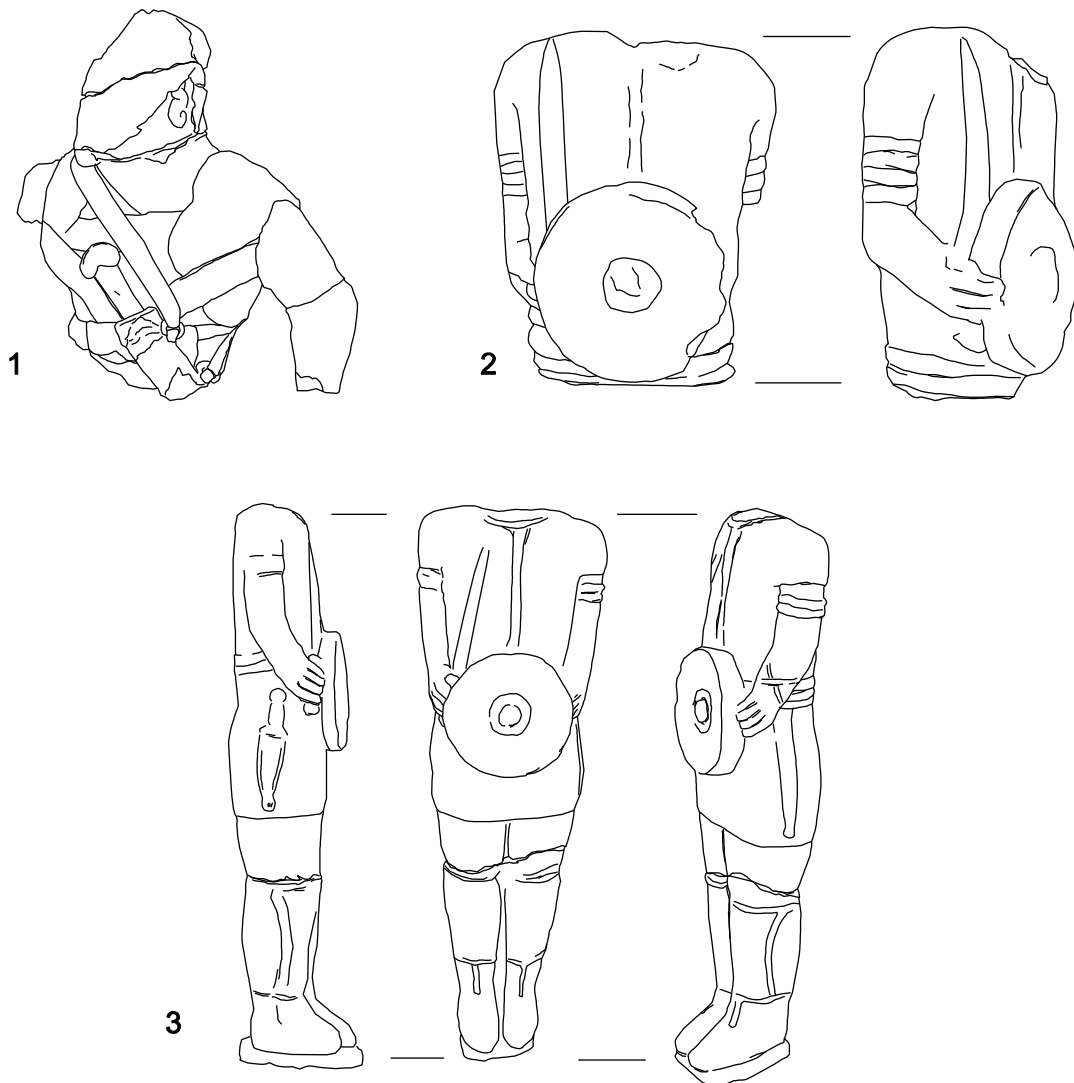


Fig. 96: 1: Guerrero nº 5 del Cerrillo Blanco de Porcuna (a partir de foto en: Quesada, 1997: lám. XII, B); 2-3: Estatuas galaico-lusitanas. 2: Guerrero de Armeá (a partir de foto en: Calo, 2003: lám. 2); 3: Guerrero de Santa Comba (idem: lám. 40-41). Escalas distintas.

La siguiente pieza que tomaremos en consideración pertenece a un contexto completamente distinto, esta vez correspondiendo a un hallazgo verdaderamente excepcional en el noreste y que consiste en una estela grabada procedente de Tona (en la provincia de Barcelona) que ha sido objeto de un reestudio reciente (Garcès y Cebrià, 2002-2003). La nueva documentación gráfica de esta estela (**Fig. 97**) revela algunos datos que pueden ser considerados como ejemplos de posibles representaciones de espadas La Tène. En este caso, la escena representa dos guerreros en liza con espadas rectas bajo los que destaca la presencia de un lobo mirando hacia la derecha. Los guerreros visten túnicas cortas con escotadura en V y cinturones anchos. El personaje de la derecha parece coger la cabeza de su rival agarrándole del pelo en clara actitud de superioridad, pero este no parece del todo vencido, sino que también empuña una espada en alto y quizás un pequeñísimo escudo o protección (*Ibid.*: 221) en su mano izquierda, más parecido a un bulto que a otra cosa. Ambos guerreros cuentan con vainas que cuelgan en diagonal de sus cintos, siendo mucho más evidente la del personaje de la derecha que la de su oponente. En la parte superior e inferior aparecen dos tiras largas que probablemente representen armas arrojadizas lanzadas con anterioridad a la lucha cuerpo a cuerpo.

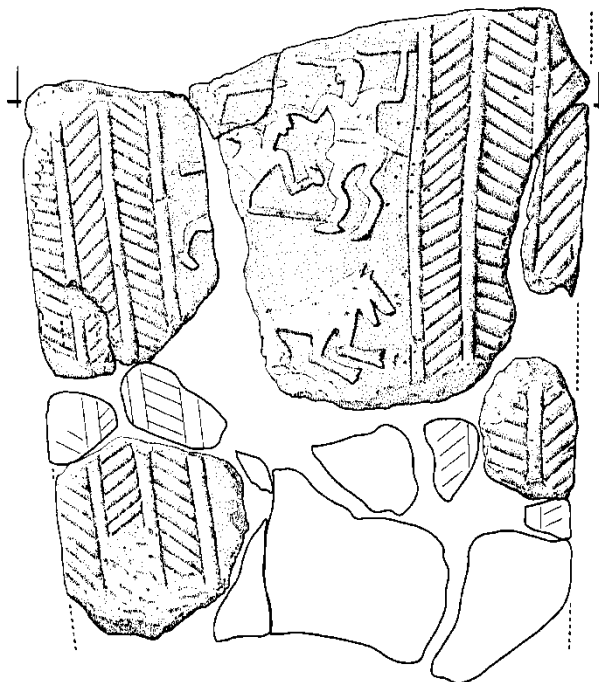


Fig. 97: Estela de Tona según el dibujo de Ramón Álvarez Arza publicado en: Garcès y Cebrià, 2002-2003: Fig. 7.

En el relieve aparecen dos guerreros luchando con espadas largas, cuyas vainas cuelgan en diagonal al lado de los cinturones.

Pese al esquematismo de la escena, resaltan dos cuestiones que no acaban de encajar con la territorialidad del hallazgo: en primer lugar, la supuesta *caetra* y en segundo lugar, la suspensión de su vaina.

La atribución del “bulto” del guerrero de la izquierda a una *caetra* es totalmente discutible, pero es bien evidente que la escena omite los escudos ovales que serían esperables en el noreste y pudieron representarse alrededor de la escena como se hizo con las jabalinas. En cuanto a la suspensión de la vaina a la izquierda y en ángulo oblicuo, resulta un argumento definitivo, puesto que tal cuestión es imposible en las vainas catalanas, que sólo cuentan con la ayuda de la hembrilla para ser sujetadas⁵²⁴.

Teniendo en cuenta estas premisas, resulta de gran relevancia el estudio realizado por Fernando Quesada sobre esta y otras estelas catalanas cuyo vínculo con las estelas bajoaragonesas parece perfectamente claro (Quesada, 1999-2000). De este modo, no resultaría extraño que estas estelas acompañaran algunos grupos de población (probablemente guerreros) desplazados con motivo de los acontecimientos bélicos que alteraron el desarrollo normal de estos territorios a partir de la Segunda Guerra Púnica (*Ibid.*: 104)⁵²⁵; encajando entonces con las discrepancias existentes en la panoplia.

Una tercera referencia la hallamos en el otro extremo de la península, en las llamadas estatuas galaico-lusitanas. El equipo ofensivo habitual en estas estatuas de guerrero se limita a los puñales de la familia de los bidiscoidales y alguna ocasional espada (Quesada, 2003b). En tres ocasiones (*Ibid.*: 101-103 y tabla 2) aparecen espadas largas que sin duda hay que interpretar como *gladii hispanienses* a juzgar por las cronologías apuntadas por estas esculturas *circa* mediados del s. II a.C. hasta mediados del I d.C. (*Ibid.*: 104).

Dos de estas espadas aparecen empuñadas por las diestras de sendos guerreros en las estatuas de Armeá, en la provincia de Ourense (Calo, 2003: 6-7; n° cat.: 2 y 3 y lám. 2 y 3), la primera mucho mejor conservada y pegada al torso del guerrero (**Fig. 96, 2**) y la segunda sólo representada por su empuñadura y habiendo perdido todo rastro de su hoja. El tercer ejemplar, procedente de Santa Comba (Braga) (Calo, 2003: 23-24 y lám. 40 y 41) es mucho más explícito, y se conserva de cuerpo entero (a excepción de la cabeza) (**Fig. 96, 3**). Además de la espada, cuya hoja aparece cruzada sobre el pecho,

⁵²⁴ *Vide supra*, III.D.

⁵²⁵ En cuanto a la cronología de la escena, compatible con esta argumentación: véase Garcès y Cebrià, 2002-2003: 227-228.

conserva la vaina de la misma en el costado izquierdo y al lado del cinturón. Se observa un remate de la contera terminado en un disco, aunque no hay detalles sobre la constitución en armazón de la vaina, que sí están presentes en la vaina del puñal con empuñadura discoidal que pende de su costado derecho. La distribución de sus armas como la inscripción en latín que figura en uno de los bordes del escudo, remiten directamente al mundo romano y concretamente a un personaje de cierto rango militar (probablemente un personaje de la élite local), que como ya ha notado Quesada (2003b: 103) son los únicos que llevan la espada a la izquierda. En cuanto a la propia espada, no hay duda de que sus filos son rectos⁵²⁶, mientras que su empuñadura remata en un pomo en doble disco similar al del guerrero de Osuna (*infra*).

Precisamente es esta pieza de Osuna, también fechable en época avanzada (siglo II a.C.) es la siguiente que va a llamar nuestra atención (**Fig. 98, 1**). Se trata de la representación de un guerrero visto de perfil correspondiente a uno de los altorelieves reutilizados en la muralla construida a toda prisa por las tropas pompeyanas durante la Guerra Civil contra Cesar (Rouillard, 1997: 26-57 e inv. 5). El guerrero viste una túnica corta y está defendido únicamente por un largo *scutum* oval que oculta buena parte de la parte anterior de la figura. En la parte superior de este escudo se aprecia bien la mano diestra del guerrero, que empuña una espada larga que pasa por detrás de la cabeza y se pierde en el límite superior de la piedra donde está tallada. El pomo de la espada está rematado por un botón, que es muy evidente, y constituido por dos adornos esféricos situados por debajo de aquél (y por tanto bien distintos de los remates en antenas). Estos mismos ornamentos aparecen igualmente como terminales de la guarda, que a pesar del desgaste parece claramente arqueada. Curiosamente, no hay rastro de la vaina, que hemos de suponer quedaría oculta por el cuerpo del guerrero y su escudo.

El gesto del guerrero, llevando la espada en alto sobre el hombro destaca el efecto cortante de la hoja, en claro contraste con las representaciones de otros guerreros del mismo conjunto con falcatas o puñales (Rouillard, 1997: 30, arriba e inv. 6). Naturalmente, y como ya quería Quesada (1997: 242), el tipo representado no es otro que un *gladius hispaniensis*, cuya ascendencia en las espadas latenienses meseteñas está cada vez más clara y cuyos hallazgos arqueológicos están bien representados en la

⁵²⁶ Lo que repercute en la idea de que el *gladius hispaniensis* no tuvo que ir necesariamente provisto de hojas pistiliformes (*vide supra*, III.E.2).

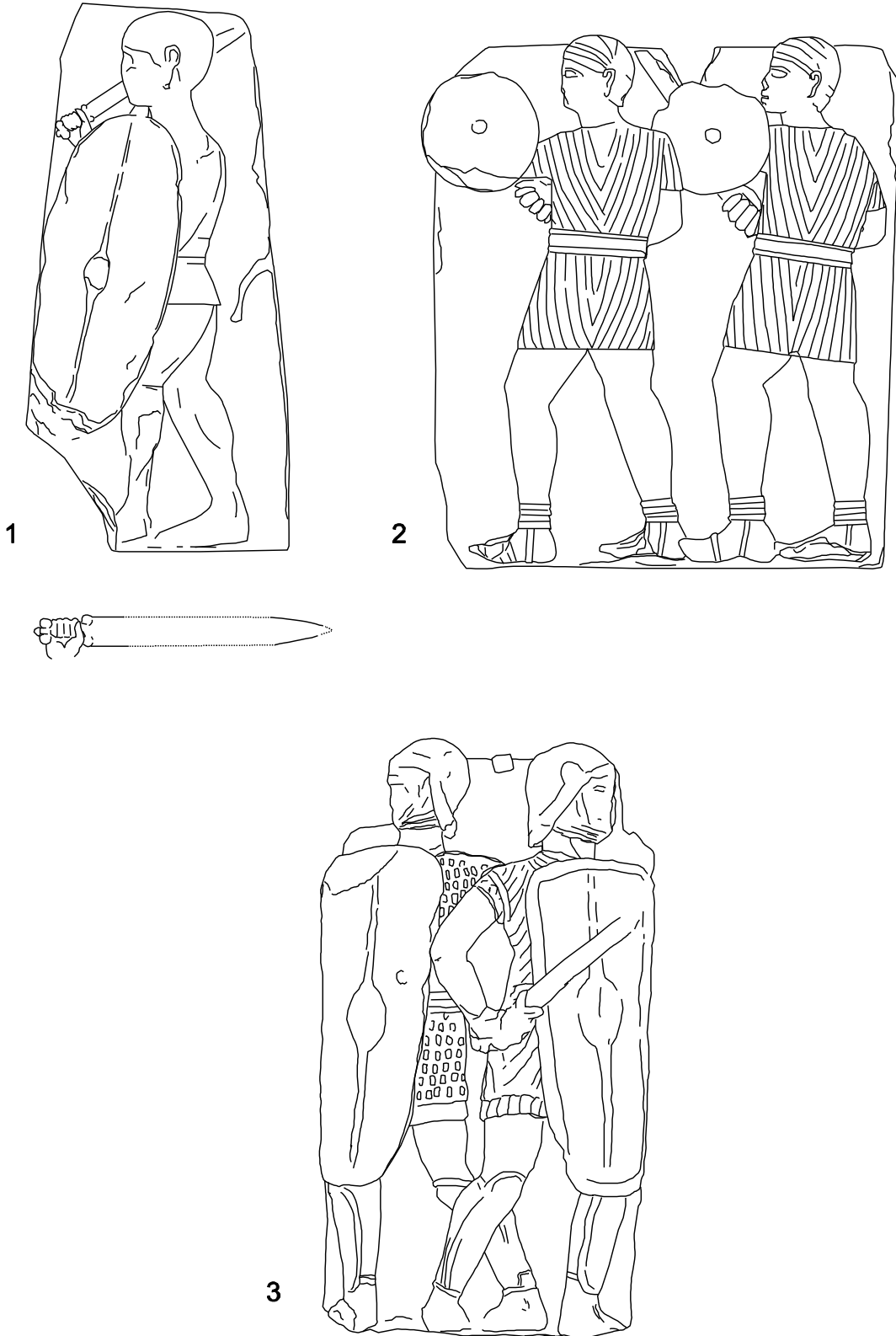
propia Osuna (en un ejemplar más tardío: 1134) y en una tumba del vecino yacimiento del Cerro de las Balas (1085; Núñez y Quesada, 2000).

Sin salir de los relieves de la muralla de Osuna, referiremos a otro en el cual es posible observar una espada similar. Se trata en este caso de uno de los bloques pertenecientes a un conjunto posterior (primera mitad del siglo I a.C.) y conocido como “conjunto B” o de “las dos bandas armadas” en el que parece tener lugar un enfrentamiento entre dos grupos de combatientes (Rouillard, 1997: 33-37). En concreto, el bloque en cuestión representa dos de estos guerreros armados con pequeñas *caetrae* que avanzan hacia la izquierda (*Ibid.*: inv. 7) (**Fig. 98, 2**). Aunque estos elementos tapan las armas ofensivas de estos personajes, ambos empuñan lo que parecen ser espadas largas a juzgar por la punta que aparece en lo alto del escudo de uno de ellos. Al igual que en el caso anterior, parece claro que el relieve está representando auxiliares autóctonos o bien indígenas que combinan el armamento propio con el romano.

La última de nuestras representaciones es muy cercana al grupo escultórico de Osuna, pero en este caso los personajes que se representan parecen más bien legionarios romanos armados ya al modo de la República Tardía. En el relieve de Estepa (provincia de Sevilla) (**Fig. 98, 3**), uno de los legionarios (que a diferencia de su compañero no lleva cota de mallas) blande una larga espada de hoja recta sobre la parte delantera del *scutum* rectangular que agarra con la izquierda. De nuevo no hay rastro de la vaina, y un cierto desgaste en la mano de este personaje no permite ver algunos detalles de la empuñadura, pero está claro que se trata de una empuñadura con guarda alta de forma triangular como la que sin duda podría ir asociada a algunas espadas de nuestro tipo D⁵²⁷. Tras la mano, asoma un pomo algo afectado cuya hipertrofia, en la línea habitual de los *gladii* tardorrepublicanos, es bastante evidente.

Fig. 98: 1: Uno de los relieves del conjunto A de Osuna (a partir de: Rouillard, 1997: 30; inv. 5; retocado). Abajo: detalle de la espada según aparece en un dibujo de García y Bellido publicado en: Quesada, 1997: fig. 141; 2: Relieve del conjunto B de Osuna (a partir de: Rouillard, 1997: 34; inv. 7; retocado); 3: Relieve de Estepa (a partir de foto en: Stary, 1994: lám. 115, 1). Escalas distintas.

⁵²⁷ Vide supra, III.C.1 y III.E.2-3.



Para concluir con el tema de la iconografía de la espada La Tène y dar por acabado el capítulo dedicado a estas espadas, debemos ser conscientes de que, pese a las evidentes limitaciones en muchos de los formatos artísticos que hemos empleado y la ambigüedad

de muchas de las representaciones, la mayoría de estos ejemplos, correspondan o no a espadas de influencia La Tène, testimonian el fuerte protagonismo de las hojas largas en la Península Ibérica a partir del siglo III a.C. En dicho terreno, la espada La Tène hispánica fue una de las opciones más claramente dominantes y llegó a repercutir de forma decisiva en el *gladius hispaniensis* que emplearían las tropas romanas y que aparecería de forma ostensible en la iconografía peninsular desde finales de dicho siglo hasta el cambio de era.



Universitat de Girona

TESIS DOCTORAL

**EL ARMAMENTO DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA
PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS V-I a.C.)**

VOL. II

Gustavo García Jiménez

2011

CIÈNCIES HUMANES I DE LA CULTURA: INVESTIGACIÓ ARQUEOLÒGICA

Dirigida por: David Vivó i Codina y Fernando Quesada Sanz

Memoria presentada para optar al título de doctor por la Universitat de Girona

IV. LOS ESCUDOS

Una vez examinadas las espadas de influencia La Tène en la Península Ibérica, nos centraremos en los escudos, puesto que, al margen de las espadas, son los elementos de la panoplia que más claramente identificamos y asociamos con la tradición La Tène a primera vista. Lógicamente, como uno de los principales elementos defensivos (y a menudo único) de la panoplia, el escudo oval de tipo La Tène reviste de una importancia táctica fundamental, aunque su prestigio ideológico no fuera comparable al de las espadas, que parecen ostentar el protagonismo en su representatividad selectiva en contextos rituales⁵²⁸.

El escudo La Tène, como la espada, es un arma bien conocida por la investigación actual. Sin embargo, y al igual que ocurre con aquellas, lo es mucho más en sus estadios intermedios (en especial desde La Tène B2 a La Tène C2) que en los más antiguos (LT A-B1) o recientes (LT D1-D2). Este sesgo cognitivo se debe una vez más a las distorsiones en la documentación arqueológica de sus contextos originales de la Europa continental, donde los hallazgos funerarios con armas oscilaron de unos cuantos miles de tumbas a escasos centenares, de modo que a menudo hay que apoyarse en los datos ofrecidos por los santuarios, cuyos hallazgos armamentísticos son muy superiores numéricamente.

Junto a este problema más concreto, existe otro mucho mayor que enlaza con la problemática del material hispánico y que tiene que ver con la interculturalidad del escudo oval, que a diferencia de lo que ocurre con las espadas, es un elemento afín a la cultura itálica, la céltica de La Tène e incluso la griega a partir de un determinado momento (Eichberg, 1987: *passim*; Quesada, 1997: 532-534). En consecuencia, puede resultar complejo el distinguir si algunos restos concretos pertenecen de verdad a una “influencia La Tène” o por el contrario estaríamos hablando mejor de una influencia romana o quizás incluso púnica (*cf.* Quesada, 2004: 75)⁵²⁹.

⁵²⁸ *Vide supra*, I.A.1.

⁵²⁹ Precisamente de esta indefinición se deriva la inclusión de estas armas como claros referentes de la cultura La Tène en algunos trabajos (Stary, 1982).

En efecto, el problema de la adscripción cultural del escudo oval ha sido una de las principales preocupaciones de los investigadores al intentar precisar el foco original de este tipo de arma defensiva. Hoy en día, todavía no existe una posición clara al respecto, si bien la opinión tácita⁵³⁰ que parece prevalecer es la de su origen itálico, aunque su dispersión en la cultura céltica lateniense es mucho mejor conocida. Los estudios de Peter Sary (Sary, 1981) y Michael Eichberg (Eichberg, 1987) son todavía hoy los más explícitos al respecto y coinciden en documentar por primera vez los escudos ovales en la iconografía itálica desde el siglo VIII a.C. (Sary, 1981: 290-298; Eichberg, 1987: 171-177; Connolly, 1981: 94 y 96). De la cultura villanoviana y etrusca serían adoptados según estos autores por los pueblos célticos continentales como mínimo desde el siglo V a.C., momento en el que aparece representado en la conocida vaina de Hallstatt (Sary, 1981: 294 y lám. 1, 8) (Fig. 8). En realidad, hay ya muchos testimonios arqueológicos y no meramente iconográficos que certifican la existencia de estos escudos en dicho siglo gracias a la costumbre céltica de aplicar elementos metálicos a los puramente orgánicos que los precedieron desde un momento temprano de la Segunda Edad del Hierro (Rapin, 1999: 36-37 y 46-47). De hecho, la procedencia itálica de este modelo de escudo caracterizado por su forma alargada, su empuñadura de mano y la existencia de una *spina* longitudinal solidaria a un umbo de madera, pudo ser tan viable como parecen serlo algunos tipos de coraza orgánica adoptados del mundo mediterráneo en esta misma época.

A partir de su uso como modelo exclusivo por los pueblos célticos centroeuropeos, estos escudos llegaron a difundirse hacia el mundo helenístico merced al uso recurrente de mercenariado y a las migraciones que tuvieron lugar en la transición del siglo IV y el III a.C. Los griegos adoptarían este tipo de escudo fundamentalmente para sus tropas de peltastas, que progresivamente irían sustituyendo su ligera *pelta* por el también manejable y mucho más versátil *thureos* (o escudo oval), siendo este tipo de infantería de creciente importancia en los ejércitos helenísticos (Quesada, 1997: 532-533; 2004: 74).

En realidad el escudo al que referimos (*scutum* para los romanos y *thureos* para los griegos), comprende distintas versiones y formas, incluyendo algunas que no son siquiera alargadas pero que igualmente combinan *spina* y umbo en una misma pieza de madera. Eichberg (1987: 157-169 y fig. 1) proponía hace ya dos décadas una

⁵³⁰ Cfr. Rapin, 2001: 280-286.

clasificación tipológica en seis grupos referentes a su adscripción cultural: el romano (A), el circular (B)⁵³¹, el etrusco (C), el helenístico (D), el celta (E) y el gladiatorio (F). Aunque esta clasificación dista mucho de ser útil más allá del hecho de incidir en la amplia repercusión de estas armas en el mediterráneo y el mundo céltico continental, nos da una idea de lo problemático del estudio de este tipo de escudo, que nos obliga forzosamente a recurrir a elementos iconográficos para rellenar los espacios dejados por los materiales orgánicos desaparecidos en el registro arqueológico⁵³².

En nuestro trabajo, como es obvio, perseguimos en concreto aquellos escudos cuya influencia última pertenece a la cultura de La Tène. Afortunadamente, este es uno de los casos culturalmente más claros, puesto que muchas veces es posible identificar estos escudos gracias al hecho de que, a diferencia de otros tipos como los itálicos o helenísticos, los artesanos celtas incluyeron elementos metálicos como umbos, orlas o manillas que sí han sobrevivido al paso de los siglos y han dejado su huella arqueológica. No obstante, y aunque estas premisas son ciertas en términos genéricos, existen otros problemas potenciales, como la posible coexistencia con escudos completamente orgánicos⁵³³ o incluso la pertenencia de algunos de los umbos metálicos a contextos romanos, puesto que estos elementos probablemente fueron incorporados por los ejércitos romanos desde la segunda mitad del siglo III a.C. o algo después⁵³⁴. De todos modos, no resulta vano incluir en nuestro repertorio aquellos ejemplares que en realidad proceden de la cultura romana, puesto que ello es de suponer que nos permitirá distinguir unos patrones de otros. Además, la procedencia romana de estas piezas no excluye el hecho de que su patrón de influencia último fuera laténico.

En la Península Ibérica, aunque hay excepciones, el escudo de tradición La Tène es menos peculiar que las espadas, y sigue con bastante fidelidad las evoluciones en sus patrones de inspiración europeos, sin que apenas se aprecien modificaciones sustanciales en sus tipos o en su estructura. Como veremos en este capítulo, los tipos

⁵³¹ Este tipo de escudo es la única excepción en la clasificación “cultural” de Eichberg, puesto que refiere a su forma en vez de a su origen (que es también itálico), pero hay que recordar que para este autor sería posible diferenciar todos los tipos por su morfología a partir de datos como la forma de la *spina*, las decoraciones del cuerpo o la existencia de elementos metálicos; lo que a menudo es discutible.

⁵³² Del mismo modo, el trabajo de Stary (1981) se basa casi exclusivamente en las fuentes iconográficas.

⁵³³ Ello podría explicar las desproporciones entre moharras y umbos de escudo en algunos santuarios considerados como reflejos plausibles de las panoplias reales (Lejars, 2000: 241, tabla 1) o la inexistencia umbos u otros elementos metálicos del escudo en multitud de tumbas. Cuesta de creer que armas defensivas tan útiles no acompañaran estas panoplias cuando su fabricación es relativamente sencilla y al alcance de las capas sociales más modestas.

⁵³⁴ *Vide infra*, IV.D.1.

siguen las fórmulas básicas de sus prototipos europeos desde inicios de su adopción (que es muy temprana al igual que las espadas), si bien se aprecia asimismo una cierta tendencia al conservadurismo de algunas de sus producciones, que en ningún caso son tan generalizadas como las que tienen lugar en las espadas y sus vainas.

El presente capítulo, que dedicaremos íntegramente a los escudos ovales con *spina* y *umbo*, seguirá una estructura parecida al anterior, aunque con una problemática considerablemente inferior habida cuenta de su menor complejidad comparado con la de las vainas y espadas de su misma tradición. Así, trataremos en un primer bloque de atender a las características morfológicas de los escudos que pretendemos estudiar para posteriormente proponer una tipología relativa a los materiales peninsulares y preguntarnos por sus cronologías, su dispersión y sus peculiaridades culturales. En última instancia, y más a título complementario que como una parte estructural de nuestro planteamiento, haremos un pequeño inciso en la información iconográfica disponible para el área estudiada.

IV. A. MORFOLOGÍA DEL ESCUDO OVAL DE TRADICIÓN LA TÈNE

Nuevamente, y como ya ocurría cuando nos encargábamos de hablar sobre la morfología de las espadas y sus vainas, es preciso comprender cuál era el aspecto y los rasgos característicos de los patrones europeos para poder afrontar con ciertas garantías una tipología lógica para el material hispánico. Como ya hemos advertido en la introducción, el carácter laténico de los elementos que conservan los escudos ovales peninsulares aparece a menudo disfrazado de connotaciones romanas, que a veces son su verdadero origen inmediato. La dificultad que representa diferenciar unas piezas de otras es especialmente importante en la Península Ibérica, puesto que este es un territorio ocupado con cierta precocidad por los ejércitos republicanos, de modo que en ocasiones es este territorio el más propicio para encontrar umbos metálicos de adscripción incierta, que del mismo modo pudieron pertenecer a tropas romanas que a tropas auxiliares locales empleadas por estos o incluso a ejércitos rivales. Todo eso no nos interesa ahora, porque en cualquier caso el aspecto de unas y otras piezas sólo difiere muy sensiblemente en los elementos metálicos y algo más en la forma del cuerpo

del escudo, pero no altera el concepto global de lo que significa este tipo de escudo morfológica y tácticamente.

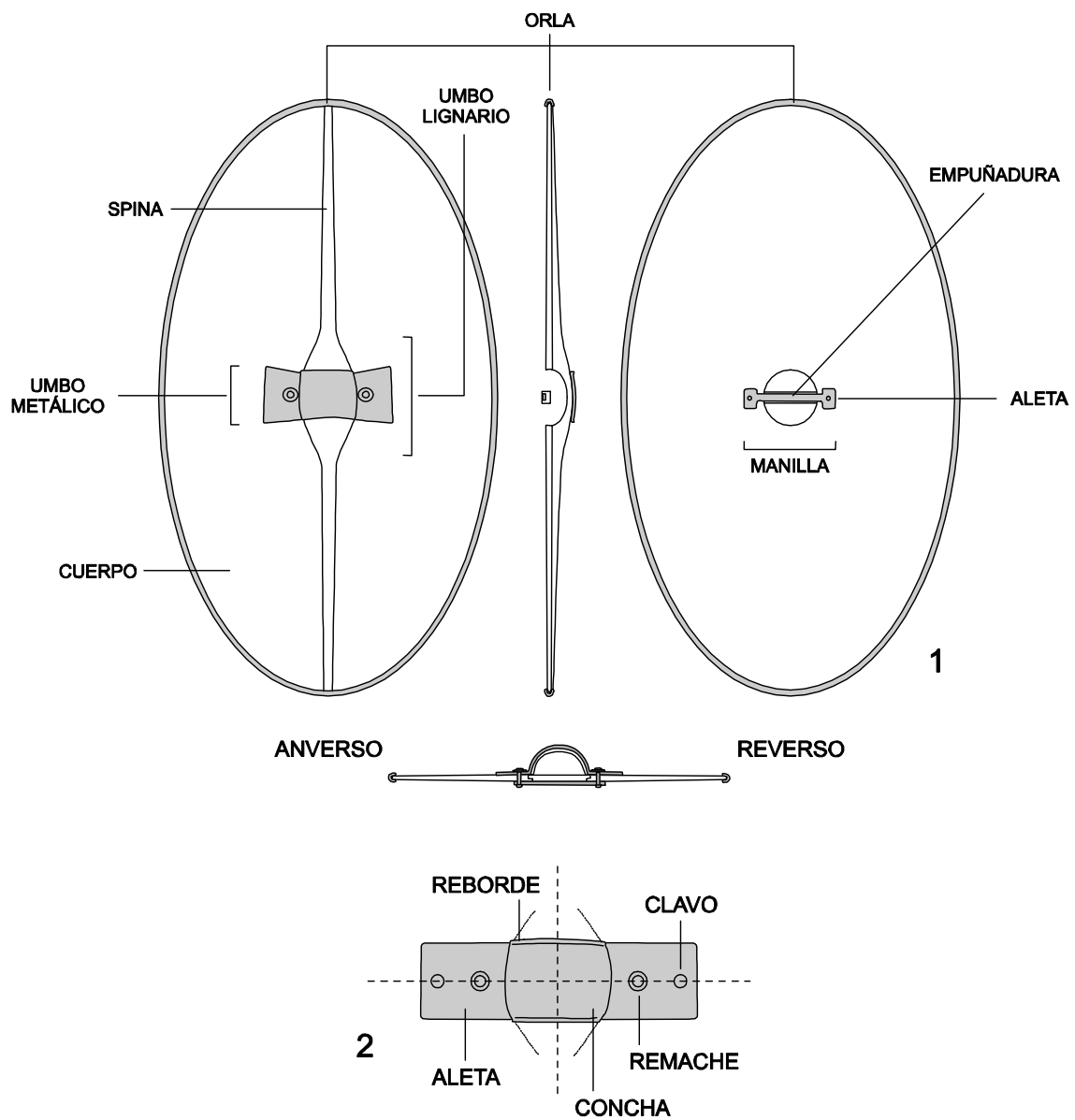


Fig. 99: Morfología del escudo oval de tradición La Tène y sus distintas partes y elementos. 1: Partes del escudo; 2: Partes del umbo metálico. En gris, elementos metálicos.

En realidad existen muchos indicios morfotécnicos en la evolución de los escudos ovales, pero desgraciadamente la mayoría de ellos dependen de su constitución orgánica y no han dejado rastro con el paso de los siglos. En los casos de los atributos orgánicos, que casi siempre refieren a materiales lignarios, debemos recurrir al auxilio de la

iconografía y algunos escasos datos literarios para completar nuestra imagen imperfecta de esta arma. Igualmente, algunos de los elementos metálicos asociados a los escudos La Tène son mal conocidos (como las manillas) o bien corresponden a patrones de larga duración que apenas varían con el tiempo (como las orlas). Sin embargo, afortunadamente contamos con un indicador perfectamente preciso de la evolución cronológica de las distintas fases de La Tène tal como las conocemos: los umbos (Brunaux, 1990: 169-170). Dotados entonces de este elemento tan sensible a los cambios tecnológicos y las modas vigentes, centraremos nuestra atención en especial en ellos como objeto de estudio.

Hasta el momento, el mejor resumen explícito de los distintas partes del escudo oval y sus distintos atributos tipológicamente útiles procede del completísimo trabajo de André Rapin sobre los escudos de Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: 13-16). En consecuencia, vamos a basarnos en esas páginas, ampliando y detallando en lo conveniente, para tratar de explicar cuál era el aspecto general de estos escudos y cómo hay que nombrar sus partes. La **fig. 99** representa un resumen de las partes orgánicas y metálicas del escudo oval y de los principales atributos de sus umbos y manillas.

Al igual que con las espadas, contaremos con la ayuda de dos tipos de fichas tipológicas: una de carácter genérico de funcionamiento idéntico a todas las armas y otra⁵³⁵, exclusiva en este caso de los escudos, que iremos comentando a medida que repasemos cada uno de las partes de los mismos.

Para esbozar de forma simplificada y clara la estructura compositiva de un escudo oval, diremos que estas armas se dividen básicamente en dos partes fundamentales: una que se destina a la protección del guerrero y el propio escudo, que conforman el cuerpo del mismo, las orlas, la *spina* y el umbo; y otro que refiere a su empuñadura y que se representa únicamente por las manillas.

El cuerpo del escudo

El escudo oval de tradición La Tène es un escudo largo, cuyo objetivo principal es cubrir una parte importante del cuerpo que protege. El cuerpo humano es un cuerpo

⁵³⁵ *Vide supra*, III.A. para la definición de los campos de estas fichas.

vertical, largo y estrecho, y en consecuencia este escudo se adapta a ocupar un espacio relativamente amplio del mismo, protegiendo una superficie importante y a la vez permitiendo una cierta autonomía de movimientos. Pese a estas premisas que son más o menos constantes en estas armas, los datos iconográficos parecen apuntar ciertas oscilaciones en sus medidas, que parecen ser algo inferiores (más parecidas a los prototipos etruscos e itálicos) en las primeras fases de La Tène⁵³⁶ (Brunaux y Rapin, 1988: 14). Las medidas de longitud estándares de estos escudos oscilarían entre los 110 y los 120 cm pero podrían alcanzar en casos extremos los 160 cm (*Ibid.*)⁵³⁷, mientras que sus anchuras habituales rondarían los 60 o 70 cm (Rapin, 2001: 274). Algunos casos de la periferia que han conservado su superficie completa son algo más reducidos, como los de Hjortspring (Dinamarca) (**Fig. 100, 4**), con una datación radiocarbónica de mediados del siglo IV a.C. (Rapin, 2001: 288), o el ejemplar algo chato de Clonoura (Irlanda), cuya estructura es ya más distinta de los ejemplares europeos (Brunaux y Rapin, 1988: 21 y fig. 8).

Como bien sabemos, la mayoría de los escudos laténicos tenían formas ovales, aunque tampoco es raro que alcancen perfiles algo más rectangulares, como bien demuestran los anteriores casos citados. Las formas circulares itálicas con *spina* y umbo integrado pertenecientes al grupo B de la clasificación de Eichberg (1987: 159-161), aunque emparentados con los escudos ovales de la cultura La Tène, pertenecen por completo a otro tipo de tradición de influencia itálica y nunca están presentes en la iconografía céltica. En cambio, sí lo están los escudos en forma hexagonal con umbo circular sin *spina* típico de las fases muy tardías, muy probablemente ya en la órbita de la influencia romana. Ejemplos en este sentido podemos verlos en los monumentos triunfales del sur

⁵³⁶ En ocasiones incluso exageradas por la composición iconográfica, como en la estatua de Glauberg (**fig. 100, 1**), fechada en torno a la segunda mitad del siglo V a.C. (Rapin, 2001: 287), o los relieves en terracota de Civita Alba (Brunaux y Rapin, 1988: 17-18). Del mismo modo, algunas fuentes literarias parecen incidir en este aspecto incluso en épocas avanzadas como en plena batalla de Telamón (225 a.C.): "...y esta contrariedad les puso [a los galos] en grave apuro e incertidumbre, porque el escudo galo no alcanza a proteger todo el cuerpo, y los tiros de los romanos acertaban tanto más cuanto más corpulentos y desnudos encontraban a los adversarios" (Polibio, II. 30. 3; *cfr.* Rapin, 1988: 18). No obstante, habría que ver hasta qué punto este dato es válido, puesto que los galos implicados en dicha batalla pertenecían a una coalición de tribus cisalpinas, y sus escudos eran más probablemente de tradición itálica que de tradición laténica (*cfr. infra*, IV.D). La misma idea en: Livio, XXXVIII, 21, aunque esta vez para las tropas gálatas orientales.

⁵³⁷ "Como armas [los galos] usan grandes escudos de la altura de un hombre, cincelados de un modo particular; algunos escudos incluso llevan en relieve figuras de animales de bronce bien trabajadas, no sólo como adorno, sino también como protección" (Diodoro, V. 30. 2). Este último particular parece referir en concreto a algunos escudos británicos, puesto que el uso del bronce en los escudos no es habitual en la región continental.

de Francia, como el arco de Orange (Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 6, abajo; Sievers, 2001: 146).

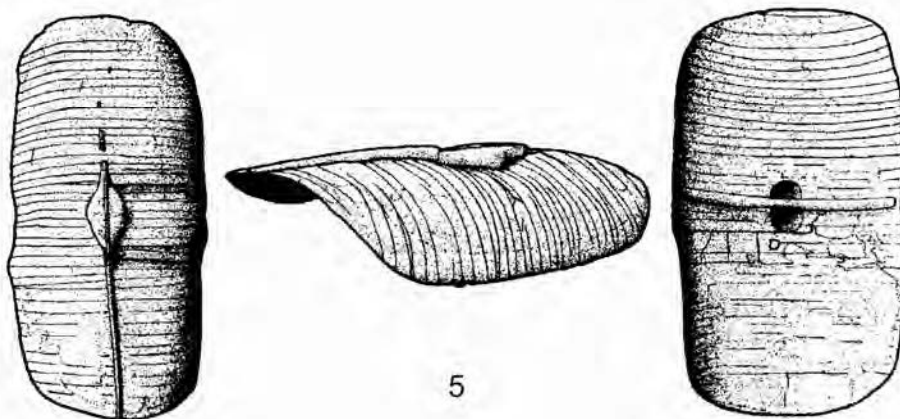
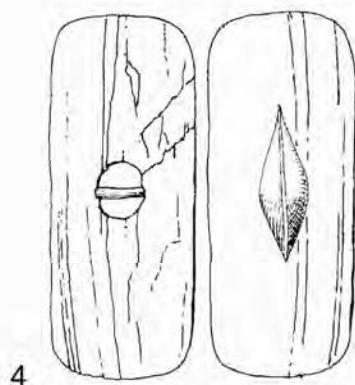
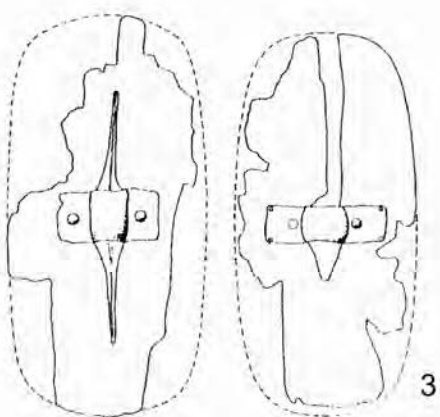


Fig. 100: El cuerpo del escudo oval La Tène y romano (distintas escalas). 1: Estatua de Glauberg (Hesse), con un escudo de pequeñas dimensiones, mal proporcionado, de forma larga y estrecha, con orla y corta *spina* con nervio y umbo fusiforme. Segunda mitad del siglo V a.C., según Rapin, 2008: fig. 15, B; 2: Dos de los legionarios del altar de Domitius Ahenobarbus, hoy depositado en el Museo del Louvre. El de la derecha, visto de perfil, es uno de los pocos ejemplos iconográficos donde es apreciable el perfil convexo del cuerpo del escudo. Fuente: Bishop y Coulston, 1993: Fig. 21, 5 y 6. Siglo I a.C.; 3: Dos escudos de La Tène (Suiza) que han conservado el cuerpo y restos de la *spina* y el umbo metálico. El cuerpo de estos escudos, fechados por dendrocronología en 229 a.C., es bastante más ancho y voluminoso que el de los ejemplares de La Tène I. Fuente: Kaenel, 1990b: Fig. 1, 4 y 5; 4: Uno de los escudos de Hjortspring (Dinamarca), sin elementos metálicos. Umbo lignario ancho y con nervio central y *spina* muy corta. Mediados del siglo IV a.C. (según Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 7B; 5: Escudo de Kas al-Harit (El Fayum, Egipto), de cuerpo convexo compuesto a partir de tres capas de madera con planchas encoladas. La *spina* ocupa toda la longitud del cuerpo y tiene un nervio que se prolonga al umbo. En el reverso, es visible una larga manilla de madera sin aletas terminales ni sujeciones metálicas apreciables. Bishop y Coulston, 1993: Fig. 30, 1.

Por otra parte, el que los celtas utilizaran escudos con superficies planas a diferencia del modelo romano de superficie convexa está bien probado en todos los sentidos por la iconografía, la arqueología y las fuentes clásicas. En primer lugar, tanto los ejemplos del relieve de Camarina (Rapin, 2001: 274 y fig. 1) como las series de Pérgamo (*Ibid.*: 280; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 5) reflejan claramente esta tendencia, como efectivamente lo hacen también los escasos ejemplares donde se ha conservado el cuerpo del escudo: casos ya mencionados de Hjortspring y Clonoura o incluso otros pertenecientes a la región nuclear del armamento La Tène como son los ejemplares de su yacimiento epónimo (**Fig. 100, 3**), que se fechan con dataciones absolutas *circa* 229 a.C. (Brunaux, 1990: 178; Kaenel, 1990b: 322). En el mismo sentido, las fuentes romanas citan el uso entre los *hastati* de “un escudo de superficie convexa” (Polibio, VI, 23, 2) que es sin duda el precedente de los escudos en forma de teja de época imperial. Este tipo de escudos de época republicana cuenta también con su representación en algunas representaciones iconográficas, como el que empuña un legionario del Altar de Domitius Ahenobarbus (Bishop y Coulston, 1993: 61 y fig. 21, 6; Rapin, 2001: 282 y fig. 3, 1), en uno de los pocos ejemplos donde no resulta difícil esclarecer el perfil del mismo, normalmente alterado por los planos figurativos utilizados en el arte (**Fig. 100, 2**). Por su parte, la evidencia arqueológica también incide en este particular en el conocido hallazgo de Kas-al-Harit en El Fayum (Egipto), con el mismo perfil curvo envolvente (Bishop y Coulston, 1993: 61-62) (**Fig. 100, 5**).

Según la opinión de Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 15), el tipo de superficie utilizado pudo repercutir o derivar de una necesidad táctica concreta. Así, en los ejemplares

célticos planos, el manejo del escudo se produciría preferentemente a cierta distancia del cuerpo, y su morfología estaría probablemente encaminada a absorber los golpes cortantes. El *scutum* romano, en cambio, estaría mejor preparado para resistir los golpes de estoque y empujar desde detrás con el cuerpo en un tipo de combate más trabado. La culminación de este modelo tendría lugar con la elaboración del modelo imperial en forma de teja y un modelo de combate algo distinto al empleado en época tardorrepública (Quesada, 2003c: 172-173, nota 8). Como testimonio de la mayor flexibilidad en el manejo del escudo plano, tenemos constancia de que el uso de las superficies convexas apenas tuvo repercusión en las tropas de caballería, que incluso en los ejércitos romanos emplearon sistemáticamente los primeros.

El problema arqueológico de los escudos se resume especialmente en la utilización de elementos perecederos para la constitución de su cuerpo y, en ocasiones, de todas sus partes. Todos los escudos ovales conservados parcial o totalmente coinciden en su constitución a base de materiales lignarios, a veces combinados con cuero o pieles a modo de refuerzo o cobertura. Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 15) cita el uso de maderas blandas como la tila o el abedul y otras duras como el roble, dependiendo si se enfatiza la ligereza o la dureza y resistencia del escudo. En los pocos ejemplares peninsulares con restos conservados identificables, se documenta el uso de maderas pesadas, duras y compactas como la encina (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 317).

Aunque no conocemos muy bien la constitución del cuerpo del escudo La Tène, se cree que se combinarían distintas capas con planchas de madera entrelazadas y encoladas entre sí en concordancia con el sistema empleado en el escudo republicano de El Fayum, cuya estructura es bien conocida⁵³⁸. En este caso, el sistema empleado incluye tres capas de madera de abedul compuestas a partir de planchas encoladas de 6 a 10 cm de ancho. Las capas exteriores exhibirían las planchas en horizontal, mientras que la interior estaría en vertical. El conjunto se recubriría en última instancia con fieltro por ambas caras (Bishop y Coulston, 1993: 61-62). Este tipo de fabricación compleja está bien descrito en un pasaje de Polibio (VI, 23) en el que se describe el *scutum* de los *hastati*, en este caso mencionando tan sólo dos planchas circulares (*sic.*) encoladas con pez de buey y recubiertas por una capa de lino en la superficie exterior y una de cuero de ternera por la interior.

⁵³⁸ Véase por ejemplo el escudo de la estatua de Montdragon, donde se aprecia la disposición de las tiras de madera en un complejo dibujo por su cara exterior (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 3, c).

De los ejemplares conservados y la comparación entre el espacio existente entre las aletas de los umbos y las manillas y, por otra parte, la anchura interior de las orlas, se deduce que el grueso del cuerpo del escudo es mayor en el centro e inferior en los bordes, donde es preciso ganar en flexibilidad. En concreto, parece ser que las medidas en el centro rondarían los valores ligeramente superiores al centímetro de grosor mientras que en los extremos representarían siempre valores inferiores (Quesada, 1997: 535), mientras que en algunos ejemplares catalanes podría concretarse en valores en torno a 1'5 cm alrededor del umbo y 0'8 cm en los laterales.

La *spina*

Uno de los rasgos más característicos del escudo oval es la pieza de madera que atraviesa longitudinalmente el eje central de su cuerpo ensanchándose hacia el centro, donde actúa como umbo dejando un espacio abierto en su parte interior destinado a dar cabida a la mano a la que protege. Esta pieza singular es lo que llamamos *spina* en consonancia con su carácter de auténtica columna vertebral del cuerpo del escudo.

En realidad, la *spina* no es otra cosa que un delgado refuerzo de madera destinado a dar consistencia y dureza al conjunto, protegiéndolo asimismo de los golpes procedentes del choque del escudo con objetos punzantes o cortantes. Este elemento está omnipresente en todos los escudos ovales, ya sean La Tène, itálicos o helenísticos, hasta su paulatina desaparición en el siglo I a.C., momento en que sería desplazado por los escudos con umbo circular, cuya estructura es incompatible con la existencia de una pieza de estas características (Brunaux y Rapin, 1988: 15-16).

La *spina* se sujetaría al cuerpo del escudo con un sistema similar al de las distintas capas del mismo, aunque en ocasiones se ha apreciado la ayuda de clavos de sujeción en sus extremos⁵³⁹. La mayoría de las veces la iconografía se ha encargado de mostrarnos como la *spina* llega a alcanzar toda la longitud del escudo, atravesándolo de arriba abajo. Existen unas piezas de hierro destinadas a proteger estos elementos que son frecuentes en La Tène I y que conocemos con el nombre de “cubre-*spina*” que igualmente manifiestan de forma clara la existencia de patrones con estas características. Aun sin ser mayoritarios, ejemplares como los de Horath, Bránov y Franz-Hausen (Rapin, 2001: 289 y fig. 5, 2, 5-6) testifican su presencia al menos desde la segunda mitad del siglo V a.C. Sin embargo, parece como si la mayoría de las piezas

⁵³⁹ Así ocurre por ejemplo en el ejemplar de El Fayum (Bishop y Coulston, 1993: 61).

de tamaña antigüedad no irían acompañadas de elementos metálicos, y muchas veces sus *spinae* no serían tan largas y ocuparían tan sólo los dos cuartos centrales del cuerpo del escudo⁵⁴⁰. Este fenómeno no sólo ocurre en las fases más antiguas, sino que también pudo ser frecuente en épocas avanzadas, en las que los umbos suelen ser más anchos y las *spinae* se adaptan a fórmulas más cortas y robustas. En dicho sentido, contamos con el testimonio de los umbos de La Tène (Kaenel, 1990b: 322) (**fig. 100, 3**), cuya deposición en el lago de Neuchâtel ha permitido la conservación de sus detalles en extraordinarias condiciones.

Muchas veces, la *spina* cuenta con un nervio central cuyo objeto es darle mayor resistencia a los golpes cortantes. Este tipo de solución es habitual en los escudos dotados de umbos bivalvos, y así consta en su composición (a dos piezas: una a cada lado del nervio), como en la forma de algunos cobre-*spina* que cuentan con rebordes destinados a adaptarse a ellos (Domaradzki, 1977: grupo I, A y C; Rapin, 1982-83: lám. V, c-e; 1995: fig. 4, 1 y 3 y fig. 6; 2000: fig. 20, 3 y 6; Szabó, 1995: fig. 4, 6, fig. 6, 4 y fig. 7, 11; Dubreucq y Piningre, 2008: Fig. 5, 2) (**fig. 101, 1-3**). No obstante, el sistema no parece combinarse con los umbos monovalvos, que son la norma preponderante a partir del siglo III a. C. y nunca tienen nervio longitudinal⁵⁴¹. Lo más parecido a ello es la existencia de una arista o nervio muy débil en la *spina* como la que aparece en los ejemplares del lago de Neuchâtel, pero esta se interrumpe sin continuidad al alcanzar la superficie ocupada por el umbo metálico⁵⁴².

A diferencia de estos casos, los escudos ovales enteramente orgánicos, que no incluyen umbos de hierro, suelen utilizar nervios incluso en épocas avanzadas a juzgar por las imágenes iconográficas recogidas en uno de los relieves de Pérgamo (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 5, c), el gálata moribundo de los Museos Capitolinos (*Ibid.*: fig. 6; 2001: fig. 6, 5) e incluso en los ejemplos romanos del monumento de Aemilius Paulus (Connolly, 1981: 132, 7) y El Fayum (**fig. 100, 5**). No obstante, somos conscientes que ninguno de estos ejemplos corresponde a la órbita de la cultura La Tène, por lo que habría que preguntarse si en realidad se trata de un recurso de especial repercusión en el ámbito mediterráneo.

⁵⁴⁰ P.e. en Camarina, Glauberg, la estela de Certosa o el vaso del Louvre (Rapin, 2001: fig. 3 y 4, 1).

⁵⁴¹ Hasta el punto de que Rapin (2001: 289) habla de la « *disparition au IIIe siècle du bourrelet central de la spina* ».

⁵⁴² También el mismo recurso en la *spina* del escudo de Montdragon (Rapin, 1991b: 320).

Las orlas

La orla es el primer elemento metálico del escudo que vamos a comentar. En realidad, no es estrictamente necesario que la presencia de una orla indique siempre la utilización de hierro u otros metales para su fabricación, sino que igualmente es posible hacerlo con cuero u otros materiales blandos. No obstante, y como suele ocurrir con las armas célticas en general, es bastante habitual que se escoja el hierro para estos propósitos. La finalidad de la orla es reforzar y proteger los bordes del escudo, que son una de las partes más propensas a recibir golpes en el desarrollo de una lucha con armamento La Tène, donde los impactos del corte de espadas o moharras anchas debieron ser habituales. El uso de orlas es, como ocurre con otros materiales metálicos de los escudos ovales de tradición La Tène, bastante precoz, y se documenta ya desde la segunda mitad del siglo V a.C., en el periodo que conocemos como La Tène A (Rapin, 2001: 289). Aceptando la procedencia itálica de los escudos ovales, es posible que el origen de estas orlas en versiones orgánicas estuviera ya presente en los prototipos etruscos más antiguos según es posible interpretar a partir de algunas imágenes iconográficas (Stary, 1981: lám. 1 y Eichberg, 1987: 161-162).

El aspecto de las orlas es bastante simple. La mayoría de los casos corresponden a las variantes más sencillas consistentes en carriles en perfil de media caña muy similares a los que sirven de cuerpo a las conteras de las vainas o constituyen el esqueleto de una vaina orgánica con armazón. Aparte de este método, que es con diferencia el más extendido en el mundo La Tène, existen otras versiones, muchas veces coetáneas con aquellas, que incluyen la presencia esporádica de una serie de “pestañas” semicirculares pinzando a su vez sobre las dos caras del escudo y a menudo remachadas para mejorar su sujeción. Así, por ejemplo, se documenta en ejemplares champagnianos como los de la sepultura 20 de Les Rouliers (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 23) o en algunos ejemplares de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 45, 86-87), aunque tampoco faltan ejemplos peninsulares. Si bien estos modelos parecen convivir con la tradicional fórmula de caña simple, es muy probable que su aparición fuera algo posterior en el tiempo, quizás en el siglo III a.C., aunque no hay pruebas claras en dicho sentido. Desde luego, se trata de un patrón mucho menos exitoso que el otro, probablemente debido a la correlación de intereses entre economía de esfuerzos y utilidad efectiva del recurso.

No es preciso que todo el cuerpo del escudo aparezca protegido por una orla metálica. En muchos casos, basta con reforzar sólo la parte superior del escudo (o también la inferior, puesto que su orientación arriba y abajo es indistinta), que es sin duda la que más golpes descendentes recibe con los ataques de filo de las largas espadas de La Tène (Brunaux y Rapin, 1988: 15).

Pese a que la orla metálica es un indicio poco útil en el sentido tipológico, su sola presencia denota la existencia de un escudo oval, puesto que este tipo de refuerzos metálicos es inexistente en otros modelos de escudo hispánicos. En consecuencia, hemos añadido en nuestra base de datos sobre los escudos un campo relativo a la existencia de este tipo de fragmentos, adjudicándoles incluso un número de registro en los casos en que están aislados de otras partes metálicas como umbos o manillas. Asimismo, la anchura interior de la orla ha sido incorporada a la base de datos de las medidas de los escudos porque puede ser un buen indicativo del grosor del cuerpo del escudo, aunque en muchos casos alterado por la acción del fuego y otros rituales de inutilización funerarios (Rapin y Schwaller, 1987: 174)

Los umbos

El umbo es la parte tipológicamente más importante del escudo La Tène. Y no sólo lo es porque se trate de piezas habitualmente metálicas, sino sobre todo por el hecho de que, a diferencia de otros atributos de fabricación orgánica (como el cuerpo del escudo o la *spina*), o metálica (como las orlas), no es tan constante o anárquico, sino que es mucho más sensible a sus variaciones en el tiempo. Como ocurre con las vainas de espada, los umbos metálicos pueden convivir en muchas variantes durante largos periodos de tiempo, pero en general son susceptibles a cambios genéricos en las transiciones de los distintos periodos de La Tène, y sus fórmulas acostumbran a desaparecer cuando devienen obsoletas y adquieren menor relevancia en la moda vigente en cada momento. Por esta razón, los umbos han sido los elementos más estudiados de los escudos La Tène, y muchas veces el único al que prestamos atención, pasando a ser la parte científicamente más representativa del escudo, como lo es la vaina en el caso de las espadas.

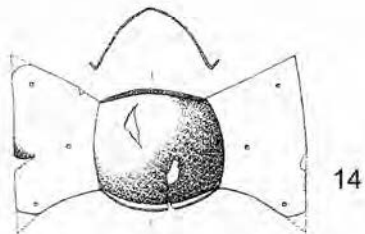
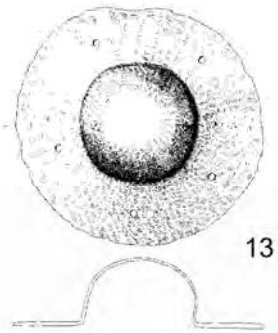
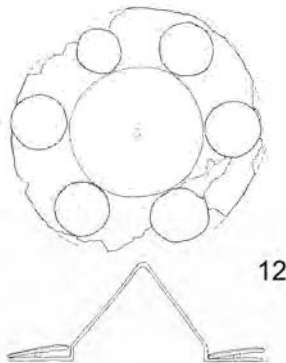
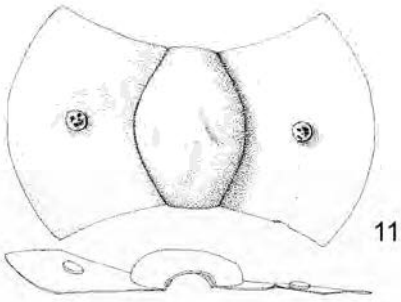
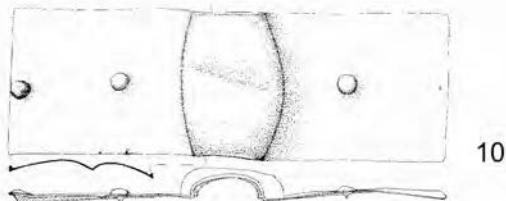
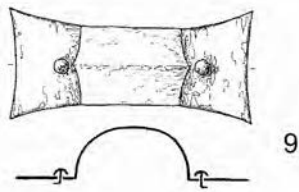
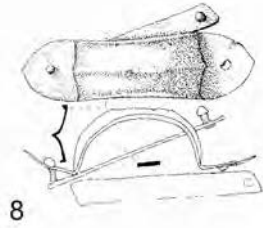
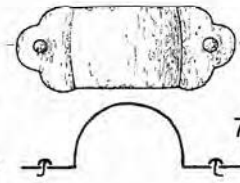
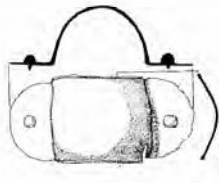
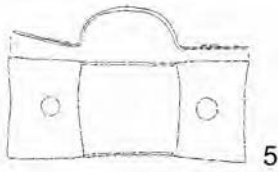
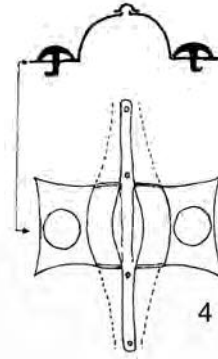
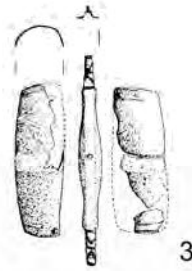
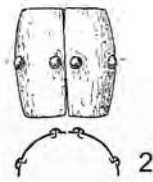
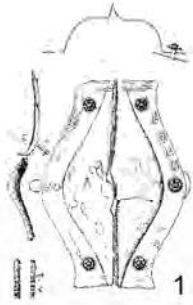


Fig. 101: Morfología diacrónica del umbo La Tène. Conchas, aletas y sujeciones (sin escala). 1: Umbo bivalvo de Bránov (Bohemia), según Sankot, 1996: Fig. 7e. La concha doble ocupa toda la longitud del umbo lignario y cuenta con rebordes en el centro que se ajustarían al nervio de la *spina*, a su vez protegido por un cubre-*spina* de hierro del que se conservan algunos fragmentos. Las aletas son cortas y bordean toda la superficie de la concha, ajustándose con la ayuda de tres remaches cada una. El tipo es muy característico de La Tène A; 2: Umbo bivalvo de la primera serie de La Tène B2 (estadio Belgrado 1 de Bozic), procedente de una tumba de Batina (Croacia) (según Bozic, 1981: lám. 1, 5). El patrón de esta serie es de concha baja, sólo ocupando una parte de la superficie del umbo lignario. En ausencia de aletas, los clavos se sujetan directamente sobre la concha; 3: Versión posterior, de la segunda serie de LT B2. En esta ocasión los clavos se sitúan en los bordes, y la concha, también sin aletas, es más alargada. Una pieza exenta se destina a la protección del nervio de la *spina*. El ejemplar procede de la sep. 30 de Magyarszerdahely-Homoki dűlő (Hungría) (Kóvacs, Petres y Szabó, 1987: lám. XIII, 5); 4: Restitución gráfica de un umbo bivalvo con aletas de inicios del siglo III a.C. procedente de la región marniana; según Rapin, 1982-83: lám. V, e. Un cubre-*spina* central envuelve los rebordes de las dos conchas y protege el nervio. Los remaches de cabeza grande subrayan su cronología antigua. Estos modelos de concha baja son los prototipos de los umbos monoalvos clásicos de las primeras fases de La Tène II; 5: Umbo monoalvo de aletas rectangulares, con reborde simple (LT C1/C2). Sep. 63 de Fère-Champenoise (Marne), según Charpy, 1991: 211c; 6: Umbo con aletas curvas semicirculares procedente de Saint-Maur-des-Fossés, también con reborde en la concha (Leconte, 1991: fig. 21, 1). Estos modelos son característicos de La Tène C1; 7: Otra versión con aletas curvas, esta vez trilobuladas. En este ejemplar ya es apreciable una ligera disminución en la altura de la concha. Osijek (Serbia), sep. 37; según Bozic, 1981: lám. 1, 7 (LT C1-estadio Belgrado 1); 8: Umbo de aletas ojivales y concha baja, reforzada por una fuerte arista longitudinal. En estas versiones, la cobertura de la concha es mínima. GSA-2153 (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XXV); transición LT C1/C2; 9: Ejemplar de aletas trapezoidales del estándar de LT C2 (estadio Belgrado-2), aunque con una arista central en la concha que no es habitual en estos tipos. Sep. 26 de Karaburma (Belgrado), según Bozic, 1981: lám. 2, 23; 10: La hipertrofia de las aletas y el aumento en la cobertura de la concha son dos de los rasgos más apreciables de las innovaciones en LT C2. Umbo de aletas rectangulares largas de Gournay-sur-Aronde (GSA-5b), según Brunaux y Rapin, 1988: lám. II; 11: Umbo de aletas “de mariposa” o “*bipenne*”, de concha alta y cerrada y aletas muy voluminosas, sin apéndices angulares. LT C2. GSA-497 (Brunaux y Rapin, 1988: lám. VIII); 12: Umbo circular de concha cónica procedente de la sep. 96 de Giubiasco (Suiza) (Pernet *et alii*, 2006: T-96, 7). La base del umbo, que deriva de las aletas de los umbos con *spina*, es ancha y cubierta de clavos de cabeza ancha y plana, en un patrón muy característico de LT D1/D2; 13: Variante de umbo circular con sección hemisférica de la concha, correspondiente al periodo de LT D2. Alèsia (Sievers, 2001: lám. 44, 47); 14: Umbo con aletas trapezoidales altas, con tres sujeciones por aleta y concha cónica de rebordes solapados anchos, una combinación típica de LT D1. Ribemont-sur-Ancre (Lejars, 2000: fig. 62, 3); 15: Umbo del tipo llamado “de aletas convergentes”, una variante tardía de las formas rectangulares coetánea del modelo de aletas trapezoidales altas (nº 14). Ejemplar de la sep. 1216 de Wederath-Belginum (Alemania), según Haffner, 1978: lám. 309, 5.

El umbo es una pieza abombada que sirve para proteger la mano que empuña el escudo y a su vez servir como objeto contundente con el que golpear al rival al avanzar. A diferencia de algunos escudos convexos muy profundos como el *aspis* griego, que permite “esconder” la mano bajo su superficie, el cuerpo del escudo oval de La Tène es perfectamente plano y contiene un orificio circular en el que se sitúa la mano, que se

protege del exterior mediante una pieza exenta que denominamos umbo. En realidad, el umbo de estos escudos es siempre de madera, y da continuidad a la *spina*, que se ensancha en forma de huso en su centro longitudinal. Esta parte central es hueca en su interior ajustándose al orificio del cuerpo del escudo y presentando un espacio idóneo donde colocar la mano y amortiguarla de los golpes. Lo que ocurre con los escudos La Tène es que además de este, suele haber un umbo adicional de hierro placándolo por encima. Estos objetos datan también de las primeras fases de La Tène, aunque tienden a desaparecer hacia inicios del siglo IV a.C. para reaparecer con más fuerza en la segunda mitad avanzada del mismo siglo (Rapin, 1999: 46-47, 55, 59 y 63-65; 2000: 203-205; 2001: 289-294).

La morfología del umbo metálico es en sí misma compleja y podemos dividirla en dos partes: una relativa a la protección, que es la más importante por el propósito mismo del umbo, y otra relativa a su sujeción al cuerpo del escudo:

El primer bloque está constituido únicamente por la concha, que es la parte destinada a la protección del umbo de madera. La sujeción, por su parte, se produce mediante la combinación de dos aletas situadas a ambos extremos de la concha (que no son imprescindibles y no están siempre) y algunos elementos de fijación como clavos y remaches.

La **concha** es uno de los atributos del umbo más sensibles a los cambios estructurales y menos sensibles a las mutaciones concretas. Las diferencias que podemos distinguir en esta refieren por una parte a su estructura básica (a una o dos piezas) y a sus medidas o capacidad de cobertura. El primero de los casos representa un indicativo *a priori* infalible de la antigüedad o modernidad de los umbos. Los umbos con concha a dos piezas, que llamamos comúnmente **bivalvos**, fueron los primeros en aparecer, ya en el periodo de La Tène A, pero gozarían de su mayor éxito en La Tène B2 (Rapin, 1995: *passim*) (**fig. 101, 1-4**). Esta fórmula, que significa la partición de la concha en dos mitades idénticas, tiene su lógica en combinación con las *spinae* nerviadas, pues las placas se reparten a uno y otro lado del nervio y se sujetan de forma autónoma. Considerando este tipo de asociaciones, es frecuente que los umbos bivalvos se asocien con cubre-*spina* metálicos o bien que una de sus conchas contenga un reborde envolvente destinado a proteger el sector central. A partir del segundo cuarto del siglo

III a.C. (LT C1), tendrá lugar la desaparición definitiva de los modelos bivalvos y su sustitución por modelos monovalvos a una sola pieza (**fig. 101, 5-15**). En este caso, la concha ocupa toda la anchura del umbo de madera, y en todos los casos conocidos se acompaña de aletas de distintos diseños. Lo que ocurre es que se aprecian importantes variaciones en la superficie ocupada debido a la altura de estas conchas, que puede ser muy reducida en algunos casos y total en otros, como sería el caso de los umbos circulares. Los umbos más habituales en La Tène II suelen tener generalmente conchas intermedias que oscilan entre los 7 y los 12 cm de altura, aunque hay casos mayores (Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 23 y 24) (**fig. 101, 5-6 y 9**). A partir de LT C2, los valores se incrementan de forma notable y es habitual ver como los umbos metálicos invaden buena parte de la superficie del umbo lignario y parecen “cerrarse” en sus extremos superior e inferior, donde se ajustan a la delgada *spina* (Lejars, 1996: 94; tipos VB, VI y VII de GSA: Brunaux y Rapin, 1988: 81-82) (**fig. 101, 10-11**). En la corriente contraria a esta tendencia, algunos umbos con amplia dispersión europea comprenden alturas ínfimas, de entre 3 y 7 cm de altura (grupos a, b y h de Gournay; tipos III y IV: Brunaux y Rapin, 1988: 80)⁵⁴³. Este tipo de umbos se centra en un periodo cronológico muy concreto, que podemos situar en torno a las últimas décadas de LT C1 y las primeras de LT C2, entre los años 250 y 170 a. C. aproximadamente (*Ibid.*: 70-72) (**fig. 101, 7-8**). Otra concha extremadamente delgada de un tipo muy raro sin aletas apareció en el escudo de la tumba 14 de Ménfőcsanak (Hungría) (Uzsoki, 1987: 38-39 y lám. XV-XVI; Rapin, 2001: 290 y fig. 6, 1), un ejemplar muy precoz que es aún hoy uno de los pocos umbos fechables en La Tène B1; periodo donde los umbos metálicos documentados son verdaderamente escasísimos.

También los umbos bivalvos incluyen variaciones notables en su superficie ocupada, que cubren todo el umbo lignario en los casos más antiguos como los ejemplares de Bránov (Sankot, 1996: Fig. 7) (**fig. 101, 1**) o Récy (Rapin, 2001: fig. 5, 6), con buenos paralelos en el sureste peninsular, (*Ibid.*: Fig. 5, 4; Quesada, 2004: 77 y fig. 7, arriba) y en las versiones recientes de La Tène B2 (Rapin, 1995: Fig. 4 y 2000: Fig. 20, B), pero que en otros modelos más tempranos de esta misma época son tan cortos como suelen serlo los monovalvos del siguiente periodo (*Ibid.*: Fig. 10, B y 203 y fig. 20, B) (**fig. 101, 2**).

⁵⁴³ En la región oriental de Europa, tipos III D de Domaradzki (1997: 86).

A razón de la importancia de estos detalles, hemos incluido el valor de altura máxima de la concha en nuestra base de datos de las medidas de los escudos, además de un campo relativo a la anchura de la misma, que si bien es menos útil, puede resultar indicativo del perfil fusiforme más o menos acusado en los umbos de madera a los que cubren.

Otro particular a señalar en el caso de las conchas es su sección. Muchos ejemplares europeos cuentan con aristas horizontales (a no confundir con las verticales, que tienen que ver con la *spina*), destinadas a dar mayor solidez al umbo (**fig. 101, 8-9**). Normalmente, este tipo de perfil se asocia a los umbos de concha baja de La Tène C1/C2 (Brunaux y Rapin, 1988: 41 y 70), pero tampoco es raro verlo en otros modelos de concha mediana. Otros modelos mucho más tardíos, de La Tène D2, comprenden perfiles de concha cónica; en especial las exitosas versiones circulares de tradición germánica (Domaradzki, 1977: 88; Lejars, 1996: 94 y fig. 9, 5), muy frecuentes en las tumbas de Wederath (Alemania) (seps. 163, 314, 400, 697, 800, 966, 967, 982 o 1082; Haffner, 1971: lám. 36, 80 y 99; 1974: lám. 184 y 203; 1978: lám. 254, 253, 257 y 277), donde a veces cuentan con un apéndice central sobresaliente (sep. 805; Haffner, 1974: lám. 206; Lejars, 1996: 95 y fig. 9, 8; Sievers, 2001: 145). Aunque más frecuente en estos tipos, estas formas de concha levantada también tienen cierta extensión a modelos igualmente tardíos de aletas trapezoidales altas, como los ejemplares de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 43-44) o Ribemont-sur-Ancre (Viand, Pernet y Delestrée, 2008: 73 y fig. 18) (**fig. 101, 14**), aunque con remates menos apuntados. Como ocurre con las aristas, el perfil apuntado-cónico de estas conchas de umbo tardías se destina a ofrecer una superficie que tiende a rechazar los golpes cortantes y los proyectiles hacia los lados.

La última de las variaciones de la concha a considerar tiene que ver con la existencia de rebordes destinados a proteger los extremos no afectados por las aletas para evitar su resquebrajamiento con los golpes. En efecto, dicho espacio (normalmente en la parte superior e inferior de la concha) es un punto débil que es importante reforzar, de modo que muchas veces aparece un cierto engrosamiento de estos espacios o bien un pequeño retranqueo supuestamente ajustable a unos encajes del umbo de madera que a su vez darían mayor estabilidad a la concha metálica. El uso de este tipo de soluciones no es en absoluto generalizado a todos los umbos, sino que depende de los casos, siendo su comportamiento al parecer totalmente anárquico en cuanto a los modelos reforzados y sus cronologías. Los umbos bivalvos no suelen contar con rebordes, pero muchas veces

tienen retranqueos simples en las partes internas de sus conchas dobles⁵⁴⁴, ajustándose al nervio central de la *spina* y en ocasiones incluso cubriéndolo con uno de estos rebordes sobrepasado. Este último caso es lo que hemos llamado en nuestra base de datos “reborde envolvente”.

Aparte de estos casos más singulares, gran cantidad de umbos monovalvos cuentan con rebordes “típicos” con sencillas molduras o ensanchamientos de los bordes, pero en algunas producciones de época avanzada que hay que situar a lo largo del periodo La Tène D1, se observa una tendencia a hipertrofiar estos rebordes, que adquieren una forma sobresaliente hacia afuera sobre el plano del umbo (Lejars, 1996: 94 y fig. 9, 6). En este caso, la fórmula se ajusta generalmente a un modelo concreto de umbo de aletas trapezoidales y sujeciones múltiples que suele coincidir con las conchas más abultadas.

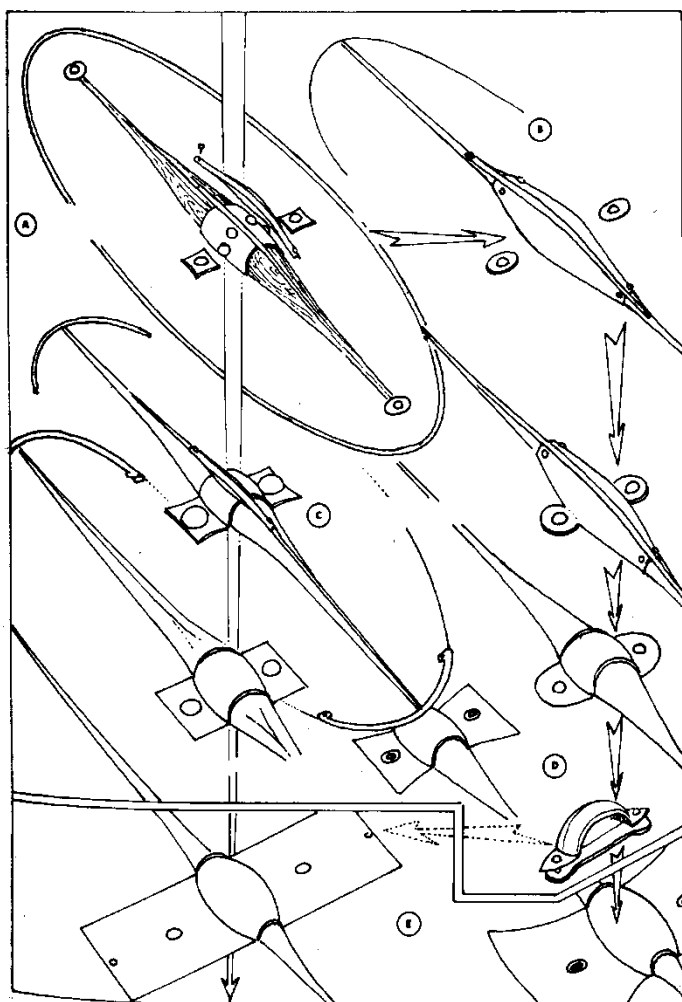


Fig. 102: Evolución tipológica de los umbos de escudo La Tène a partir del siglo III a.C., según Rapin, 1991b: 325.

También muy orientativas en cuestiones tipo-cronológicas, las **aletas**, que sirven como plano de sujeción para las conchas, son quizás las características más reconocidas y reconocibles en los umbos metálicos de los escudos ovales de La Tène. En realidad, las aletas son superficies simplemente decorativas en cuanto a sus formas, que pueden ser muy diversas pero que en general se ajustan a unos cuantos patrones geométricos básicos: semicirculares, rectangulares, trapezoidales, triangulares, *bipennes*... (Fig. 102)

⁵⁴⁴ P.e. en Bránov (Sankot, 1996: fig. 7), y en general en algunos ejemplares champagnianos de distintas versiones (Rapin, 1982-83: lám. V, a, c, d y e).

Los umbos bivalvos del siglo V a.C. incluyeron aletas en casi todos los casos (Rapin, 2001: Fig. 5), pero normalmente muy cortas y siguiendo el contorno curvo del umbo lignario, aunque dotándolo de cierta ondulación (**fig. 101, 1**). Las versiones más recientes de LT B2, en cambio, son casi siempre constituidas a partir de conchas exentas, sin aleta alguna (**fig. 101, 2-3**) y, en casos excepcionales con pequeños apéndices en forma de patas como los de la sepultura nº 7 de Bromeilles (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 31; Rapin, 1982-83: lám. IV, b). Las aletas “típicas” empiezan a hacer su aparición en los últimos estadios de este mismo periodo, cuando poco a poco van mutando hacia versiones de una sola concha (Rapin, 1995: *passim*). Así, por ejemplo, en la sepultura nº 35 de Fère-Champenoise (Marne) o la sep. 14 de Radovesice (Bohemia) (*Ibid.*: fig. 6), en ambos casos con aletas de tendencia rectangular (**fig. 101,4**).

Las aletas rectangulares son precisamente unas de las variantes más antiguas y de mayor duración en los umbos monovalvos, hasta el punto que existen en los contextos más tempranos y en los más tardíos indistintamente (**fig. 101, 5 y 10**). Para conocer la evolución y el solapamiento cronológico de los distintos tipos de aletas desde La Tène C1 hasta La Tène D, basta con observar la deposición de los umbos en los fosos del santuario de Gournay-sur-Aronde, que han sido objeto de un minucioso estudio por parte de André Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 55-84). En los depósitos de la fase inicial, aparecen ya los tradicionales umbos con aletas rectangulares, pero los modelos más numerosos, coetáneos con aquellos desde el inicio de LT C1, son sin duda los curvilíneos (**fig. 101, 5-8**). Entre las fórmulas más típicas de este estilo se encuentran las aletas curvas simples (que se corresponden con el grupo II 2IC de la región continental oriental; Domaradzki, 1977: 86) y sus distintas variantes ojivales, trilobuladas y con apéndices complejos, además de algún modelo híbrido combinando formas curvas y rectas. Los umbos con aletas trapezoidales (Domaradzki II 2IB; *Ibid.*), que también tendrían gran repercusión en toda la región europea, no aparecerían sino más tarde, en los últimos estadios de la fase 1 de GSA, ya en la transición entre LT C1 y LT C2 (**fig. 101, 9**). A partir de este momento, los modelos puramente curvilíneos tienden a desaparecer, y se asiste a una modificación en el volumen de las aletas, que tiende a crecer de forma espectacular en consonancia al crecimiento en la cobertura de las conchas. Uno de los puntos culminantes de esta hipertrofia es bien patente en los denominados umbos de aletas rectangulares largas (uno de los más importantes numéricamente en Gournay), que alcanzan longitudes de hasta 17 cm por aleta,

invadiendo por tanto casi toda la anchura de la superficie del escudo (**fig. 101, 10**). Los umbos de este tipo parecen desaparecer totalmente hacia finales del siglo II a. C. (Brunaux y Rapin, 1988: 81), y conviven casi todo el tiempo en que están en uso (LT C2-LT D1) con otro modelo muy característico de los contextos tardíos: el de las aletas de “mariposa” (o aletas *bipennes*) (**fig. 101, 11**). El formato de estas aletas es muy peculiar, combinando la forma trapezoidal tan habitual en estos periodos con unas terminaciones en curva y también ocupando un espacio considerable en el plano del escudo. En el área oriental de Europa, y en especial en la región balcánica (Domaradzki, 1977: grupo II 2A y II 2B; Božič, 1981: lám. 3, 38 y lám. 8, 6) y el véneto (Arslan, 1978: 465-466; Calzavara y Ruta, 1987: Fig. 1 y fig. 8; Gamba, 1987: Fig. 11 y fig. 20), estos umbos son especialmente abundantes y traen consigo un proceso de evolución que tiende a la acentuación de los extremos de sus aletas en apéndices y su unión progresiva, cerrándose hacia el centro, hasta mutar a los umbos circulares (**fig. 103**).

El punto final de los umbos con aletas coincide precisamente con la popularización de los umbos metálicos circulares y la desaparición de la *spina*, aunque coincidiendo con los últimos coletazos de algunas versiones tardías como las aletas trapezoidales altas, que son las únicas en alcanzar el estadio de LT D2 (Lejars, 1996: 94-95).

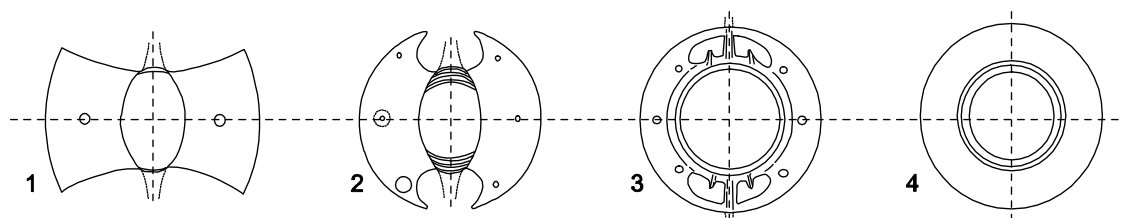


Fig. 103: Posible evolución del umbo circular a partir de los modelos de concha cerrada de La Tène C2, según Rapin en: Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 33 (modificado). 1: Umbo de aletas de mariposa. Sep. 16 de Vevey (Suiza); 2: Variante de altea *bipennes* desarrolladas. Clusone (Bergamo); 3: Umbo circular precoz. Sep. 92 de Karaburma (Serbia); 4: Umbo circular, sep. 3 de Sotin (Croacia). El cierre progresivo de la concha y los extremos de las aletas sobre sí mismos comporta la desaparición progresiva de la *spina*, que culmina en 4.

Los últimos elementos a considerar entre los umbos son las sujeciones. Nos referimos concretamente a **clavos** y **remaches** cuya función es afianzar el umbo al cuerpo del escudo y evitar que se desprenda del mismo. El sistema más comúnmente utilizado entre los umbos, especialmente en las versiones de una sola concha, es el de su sujeción mediante dos remaches (uno por cada aleta) que enlazan en el reverso del escudo con

los extremos de las manillas (**fig. 101, 4-9**). Entre los umbos bivalvos, sin embargo, lo habitual es que la sujeción se produzca mediante clavos situados en la concha, en especial en aquellos modelos que no cuentan con aletas y que son tan frecuentes en La Tène B2 (**fig. 101, 2-3**).

Las sujeciones no son un indicativo tipológico muy importante, puesto que en general son poco variables en el tiempo o muy peculiares en sus formas y proporciones según su lugar de origen.

Los primeros remaches de los umbos monovalvos con aletas tienden a tener cabezas muy grandes, que a veces llegan incluso a sobrepasar la longitud de las aletas cuando estas son muy cortas (Brunaux y Rapin, 1988: 79) (**fig. 101, 4**). En la región continental, abundan los casos con remaches de cabeza hemisférica, hueca por dentro salvo en algunos ejemplares muy decorados con esmaltes como los que aparecen asociados a ciertos umbos de aletas trapezoidales en Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: 34 y fig. 20) (**fig. 104, 1A**). Otros umbos utilizan preferentemente remaches con cabezas discoidales (*Ibid.*), pero no parece haber un patrón fijo a la hora de asociar uno u otro tipo con modelos concretos de aletas. Cuando existe manilla metálica, que no es excesivamente frecuente en los escudos La Tène⁵⁴⁵, se sujeta mediante el remate del remache en cabeza simple, algo más discreta en sus medidas que la expuesta en el exterior del escudo (**fig. 104, 1B**). En otras ocasiones, en cambio, la punta del clavo se dobla en L para evitar que se desclave y dar mayor estabilidad a la sujeción (**fig. 104, 1A**). No hay que olvidar que el umbo y la manilla son una de las partes más delicadas del escudo oval, puesto que absorben buena parte de los impactos bien directamente o bien por efecto mecánico del retroceso del mismo. La evolución de las aletas del umbo hacia formas muy voluminosas a partir de LT C2 comportará la necesidad de mejorar las sujeciones, que ya no pueden limitarse a un único elemento por aleta. El resultado implica la multiplicación de los clavos en auxilio del remache principal, en números discretos como un ejemplar extra por aleta en modelos largos y bajos como los de aletas rectangulares largas (Brunaux y Rapin, 1988: 81, tipo VI de GSA)⁵⁴⁶ (**fig. 104, 1C**); o más importantes en otros casos, como los de las aletas trapezoidales altas, que suelen emplear un clavo por cada extremo de las puntas y a veces otro adicional en el centro

⁵⁴⁵ Una proporción de menos del 10% en los casos de Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 36) y una cifra similar (20 de un total de 200) en los ejemplares orientales catalogados por Domaradzki (1977: 87).

⁵⁴⁶ Aunque es la tendencia habitual en algunas regiones como la Picardie, donde es especialmente abundante, no faltan casos en los que el número de sujeciones es mucho mayor, en número de hasta cinco piezas, como ocurre en la variante 2b de la necrópolis de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 601 y fig. 2.23)

(Lejars, 1996: 94) (**fig. 101, 14**). Curiosamente, algunos ejemplares cuyas aletas ocupan una parte importante de la superficie del escudo como son algunos de los modelos *bipennes*, respetan la sujeción tradicional a un remache simple⁵⁴⁷ (Brunaux y Rapin, 1988: 82, tipo VII de GSA) (**fig. 101, 11**). De forma contraria, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, da la sensación que los parientes romanos de umbos metálicos de los distintos tipos, tienden a utilizar gran cantidad de clavos en todo tipo de aletas independientemente de si su volumen es grande o no.

En consecuencia, creemos importante valorar la presencia de dos o más sujeciones por aleta por su importancia cronológica, de modo que introducimos un campo relativo a este dato en nuestra base de datos sobre los escudos como información útil en la finalidad tipológica de nuestro análisis.

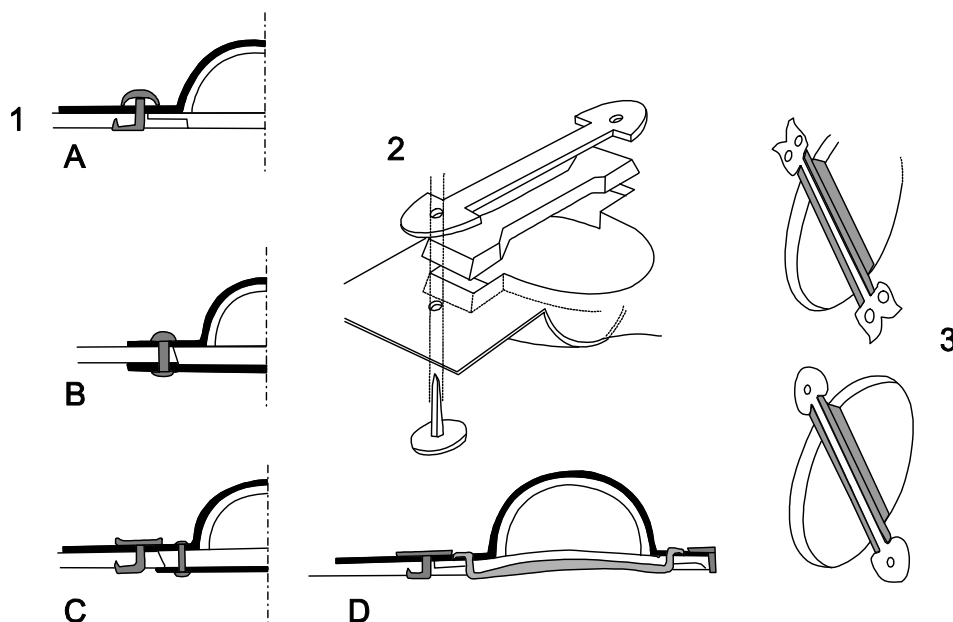


Fig. 104: Manillas y sujeciones según Rapin en: Brunaux y Rapin, 1988: fig. 22 (modificado). 1: Distintos sistemas de fijación de las manillas y umbos al cuerpo del escudo. A: Método simple, con manilla orgánica; B: Remache uniendo la manilla metálica al umbo metálico (la manilla orgánica queda encajada en el cuerpo del escudo); C: Aletas de umbo largas, que requieren sujeciones adicionales; D: Sistema específico de algunos casos con raras manillas metálicas (en gris claro) sujetándose al umbo mediante sus extremos apuntados. La restitución se basa en el ejemplar de GSA-3607. 2: Las aletas de la manilla sobrepasan la longitud de la manilla orgánica y se ajustan directamente sobre el cuerpo del escudo. 3: Algunas versiones de manilla metálica con empuñadura delgada, que se ajusta en el interior de una manilla de madera (resaltada en gris).

⁵⁴⁷ Al menos así ocurre en los modelos estándar; si bien los tipos orientales con bordes pronunciados en apéndice emplean siempre tres clavos por cada aleta, lo que constituye otro argumento a favor de su evolución hacia los umbos circulares (*vide supra*, en este mismo capítulo, y **fig. 103, 2**).

Las manillas

Ya en la parte relativa al manejo del escudo, nos centraremos en las características de las empuñaduras del modelo oval de tradición La Tène. Se ha insistido mucho en la diferencia de movilidad que representa el escudo oval respecto a otros modelos mediterráneos como el *aspis* hoplita que emplean además de la manilla una sujeción para el brazo, implicando un tipo de defensa mucho más pasiva y estática que la que permite un escudo empuñado sólo con la mano (Brunaux y Rapin, 1988: 17; Quesada, 1997: 535).

La composición de las manillas del escudo oval de La Tène es siempre de madera, sin que se conozcan ejemplares enteramente de hierro. Lo que sí ocurre es que muchas de estas manillas lignarias cuentan con placas de hierro (que llamamos también “manilla metálica”) que refuerzan el conjunto y se unen a la parte posterior del escudo mediante clavos o remaches situados en sus extremos. Precisamente a los extremos terminales de estas manillas, que se ensanchan para ganar superficie para las sujeciones, los llamamos “aletas” (porque así se denominan genéricamente estos elementos en otros modelos de manilla⁵⁴⁸), pese a la confusión que puede entrañar con las aletas del umbo. La parte interior, destinada a ser empuñada, es la que denominamos precisamente “empuñadura” (Fig. 99). Está claro que las manillas metálicas no son susceptibles de ser empuñadas por sí solas y constituyen únicamente una parte destinada a reforzar el componente fundamentalmente lignario de la empuñadura. El uso independiente de este tipo de manillas tendría como efecto inmediato el dañar constantemente la mano con cualquier golpe sobre el cuerpo del escudo y fracturar irreversiblemente su empuñadura con relativa sencillez.

Los escasísimos trabajos dedicados al estudio de las manillas (Brunaux y Rapin, 1988: 36-37) tienden a coincidir en valores en torno a los 10-11 cm de empuñadura y 14 a 15 cm de longitud total. En la ficha tipológica de nuestro estudio sobre estas piezas, incluimos estas medidas (longitud de empuñadura y longitud total de la manilla) a efecto de contrastar posibles diferencias respecto a los ejemplares extrapeninsulares o incluso de ser empleados en la tipología que propondremos para los casos hispánicos.

⁵⁴⁸ Véase por ejemplo el típico modelo ibérico que se caracteriza precisamente por sus largas aletas con formas triangulares (Quesada, 1997: 494-508).

Existen distintos sistemas de encaje de las manillas metálicas y orgánicas al cuerpo del escudo y a sus distintos elementos. Lo habitual es que la manilla orgánica quede encajada mediante rebordes o cortes en bisel al espacio dejado por el cuerpo del escudo para colocar la mano (**fig. 104, 1 y 2**). En estos casos, la manilla orgánica no suele sobresalir del plano del escudo a menos que se asocie con una manilla metálica erguida, y normalmente las aletas de esta se prolongan sólo a partir de la interrupción de la empuñadura orgánica y se ajustan directamente sobre el cuerpo del escudo. Las aletas de las manillas metálicas se sujetan normalmente, como ya hemos mencionado con anterioridad, mediante el mismo remache que enlaza con el umbo metálico. En los casos con largas aletas de umbo, estas piezas no suelen coincidir porque harían necesaria una manilla demasiado larga que restaría estabilidad y sólo es productiva en algunos ejemplares muy desarrollados como los que vemos asociados a umbos de aletas rectangulares largas en algunos ejemplos de Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 221) (**fig. 104, 1C**). Hay otro raro método sin aletas en la manilla que viene a representar la utilización de los terminales de la misma como puntas rematadas en ángulo en la cara frontal del escudo (GSA-3607); un método que no parece demasiado convincente y debe ser interpretado como un caso poco representativo (**fig. 104, 1D**).

Las variaciones en los tipos de empuñadura y aletas pueden ser muy significativas; en especial en el segundo caso. La mayoría de las empuñaduras en manillas metálicas constituye una placa de anchura equivalente a la de la manilla de madera, de alrededor de 2 cm de altura (Brunaux y Rapin, 1988: 36)⁵⁴⁹. Sin embargo, algunos modelos también frecuentes presentan placas muy delgadas en su empuñadura, que está claro debían ir encajadas en la manilla lignaria o dejarían de ser efectivas como refuerzo (**fig. 104, 3**). Así, por ejemplo, aparte de los ejemplares de Gournay, conocemos algunos casos en los Balcanes con este tipo de estructura (tipos A y C-F de Domaradzki, 1977: lám. 1), que suelen coincidir con las aletas con formas más decorativas.

Aparte de estas posibilidades, existen también variables en el plano de la manilla, que puede ser recta como ocurre en la mayoría de los casos, o bien erguida, sobresaliendo hacia afuera respecto a la parte interior del cuerpo del escudo. Los ejemplos con estas

⁵⁴⁹ En algún caso (sep. 1 de Ecuyl-le-Repos: "Le Crayon") incluso envolviendo la manilla orgánica mediante dos solapas centrales (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 20, 1).

características son escasos, pero pueden verse en piezas excepcionales como las de La Tène (Kaenel, 1990b: Fig. 1, 12-13; Connolly, 1981: 118, fig. 2).

El último aspecto morfológico a considerar tiene que ver con los terminales o aletas de las manillas metálicas. La mayoría de los casos, como bien ha indicado Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 36-37), comprenden formas más funcionales que ornamentales; en particular circulares, semicirculares o cuadrangulares, pero hay toda una variedad de recursos que constituyen auténticos patrones decorativos con mayor o menor éxito. La mayoría de las formas básicas se asocian a umbos antiguos; en especial bivalvos o con aletas rectangulares, mientras que las versiones más ornamentadas parecen más afines a formas más complejas y a su vez más decoradas de umbos; aunque esto no deja de ser una posibilidad entre otras. Igualmente, la poca atención en general hacia los detalles en la mayoría de las versiones de aletas es extensible también a una de las fórmulas más exitosas y duraderas de manilla metálica: la manilla sin aletas, cuya forma deriva de la prolongación sin más de la placa que constituye la empuñadura hasta la zona en que se ajusta al escudo.

Balance morfotécnico de las variables

El escudo oval de tipo La Tène es por tanto un arma todavía mal conocida en comparación con las vainas o espadas de la misma tradición. En el estudio de estas armas, se da por perdida una parte fundamental de la información, que se encontraría principalmente en el cuerpo del escudo y el conjunto de la *spina* y el umbo de madera. Sin embargo, gracias al hecho de que los celtas de la Segunda Edad del Hierro europea fueron, desde tiempos precoces, grandes maestros en la manufactura del hierro, contamos con ciertos componentes metálicos como son los umbos que son susceptibles de representar buenos indicativos cronológicos respecto a su propia evolución y, a veces, respecto a la propia evolución del escudo. Los umbos de concha alta y cerrada de La Tène C2, por ejemplo, parecen indicar la disminución de la anchura de la *spina*, a su vez suponiendo cambios estructurales en el aspecto de los escudos. Asimismo, la aparición y el éxito repentino de los umbos circulares a finales del siglo II a.C. e inicios

del I a. C., confirma la desaparición de la propia *spina* lignaria, cuya asociación con los escudos ovales había permanecido intacta durante más de cinco siglos.

Otros elementos metálicos como las manillas no son por ahora tan útiles como podría parecer, sobre todo porque no hay apenas estudios relativos a estas piezas ni tampoco de sus asociaciones con los distintos tipos de umbo metálico, pero creemos que, en un futuro, la síntesis de sus rasgos morfotécnicos y su relación tipocronológica pueden resultar de gran ayuda en la comprensión de la evolución de algunos modelos de umbo de gran duración.

En los siguientes capítulos, veremos cuál es el provecho que podemos sacar a los ejemplares documentados en la Península Ibérica y si es posible elaborar (y hasta qué punto), una tipología propia para estos materiales que nos ayude a comprender cuáles fueron sus vías de influencia efectiva y cuáles sus focos de desarrollo en este territorio.

IV. B. TIPOLOGÍA DE LOS UMBOS Y MANILLAS DE ESCUDO OVAL EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Nuevamente el cuidado de la investigación anterior sobre la cuestión del escudo oval en la Península Ibérica lo debemos a los trabajos de Fernando Quesada al respecto (en especial: Quesada, 1997: 532-545 y 2004: 74-84). La visión global del autor lo llevaría a clasificar la información arqueológica de estos escudos (que se hallaría fundamentalmente en sus umbos) en tres grupos tipo-cronológicos: uno que referiría a los umbos bivalvos y cuya problemática se centraría en un puñado de ejemplares del sur peninsular, otro relativo a los umbos monovalvos con aletas, y un último grupo en el que habría que incluir los umbos circulares tardíos. De todos ellos, el grupo más abundante pertenecería al de los umbos de aletas, que a su vez habría que distinguir entre sus versiones más laténicas, pertenecientes a la tradición del noreste peninsular, y las de clara relación con contextos romanos, de mayor dispersión y con cronologías algo más avanzadas.

Como ocurre con las espadas, esta clasificación es sólida y perfectamente vigente. Sin embargo, para lo que pretendemos con este estudio, es preciso intentar incidir algo más en algunos de los detalles tipológicos de estos umbos (y de otros elementos metálicos como las manillas) para tratar de precisar sus cronologías y ahondar en lo posible en sus peculiaridades territoriales y sus respectivos patrones de inspiración.

Uno de los principales obstáculos en este sentido depende de la muestra existente. El número de elementos de escudo del que disponemos es muy inferior al de las espadas, y ello dificulta en cierto sentido el extrapolar hipótesis sobre el carácter “periférico” de las producciones peninsulares con respecto a la tradición La Tène. Así, por ejemplo, existen casos flagrantes del conservadurismo hispánico en algunas producciones puntuales, pero en general es complicado establecer patrones de continuidad en los tipos cuando no conocemos bien las cronologías de la muestra o cuando esta es demasiado escasa. Tampoco existen en la Península Ibérica grandes cambios en la estructura general del umbo ni opciones híbridas que nos induzcan a pensar en un tratamiento distinto al que recibieron estos elementos en sus contextos ajenos a este territorio. En consecuencia, resulta fundamental el proyectar hacia afuera para establecer correspondencias

morfotécnicas que resuelvan algunos de nuestros interrogantes y nos permitan fechar con mayor fiabilidad tal o cual de los atributos o tipos concretos que vamos a tener ocasión de estudiar. Las tipologías que propondremos, lejos probablemente de solucionar estas cuestiones de forma definitiva, puede ser más un principio estructural sobre el que ir añadiendo materiales conforme vayan apareciendo en sus contextos arqueológicos que una solución a corto plazo, pero, pese a todo, creemos firmemente en sus posibilidades de actuar como materiales arqueológicos útiles. Hay que recordar que los umbos, y quizás también otros elementos metálicos del escudo oval, se encuentran a menudo acompañando panoplias a veces muy complejas de datar, y el conocimiento de sus pormenores concretos puede resultar decisivo a la hora de proponer una fecha más allá de un horizonte cronológico demasiado amplio.

Para afrontar el estudio tipológico de los escudos ovales, dividiremos este capítulo en tres partes concernientes a sus distintos elementos metálicos por orden de importancia tipológica: umbos, manillas y orlas. En el proceso de definición tipológica de los umbos, utilizaremos un sistema de nomenclatura similar al de las espadas, con un “grupo” (A-Z) definiendo sus características y afinidades principales (especialmente patentes en las conchas y aletas), un numeral relativo a sus características secundarias (variante) y un tercer criterio, establecido a partir de otro numeral seguido de un punto, que es el que denominamos “serie” y atañe a diferenciaciones menores como pueden ser alteraciones en las proporciones de algunas piezas o la existencia de algunos atributos específicos. No va a ser necesario distinguir esta vez entre tipos del noreste y tipos del resto de la Península Ibérica por el hecho de hallarse en ambos territorios algunos ejemplos de umbos de idéntica tipología. Las manillas, por su parte, aun son dominio exclusivo del territorio nororiental, y fuera de este no ha aparecido por el momento ejemplar alguno.

IV.B.1: Tipología de los umbos peninsulares

Vista la trascendencia tipológica del umbo metálico en el estudio de la evolución del escudo oval, planteamos aquí la síntesis de sus ejemplares peninsulares en ocho grupos distintos (A-I) a partir de sus características coincidentes. Conocemos un total de 42 umbos en la Península Ibérica, algunos de ellos tipológicamente irreconocibles. Este hecho significa que muchos de los grupos que hemos distinguido en realidad cuentan sólo con un puñado de piezas cada uno, que en algunos casos se limita a un solo ejemplar (caso del grupo B) y en otros a un máximo de ocho, pero incluso en este supuesto se trata de una proporción bastante pobre. Sólo el incremento en los hallazgos de este tipo de armas nos dará una noción acerca del alcance de estas producciones, pues no hay que olvidar que muchos (quizás la mayoría) de los escudos ovales peninsulares debieron fabricarse enteramente a partir de materiales lignarios y otros compuestos orgánicos y nunca se acompañaron de umbos metálicos como los que vamos a estudiar. El uso de este tipo de protecciones, aunque útil, es prescindible, por lo que su mayor o menor difusión puede variar según las características culturales de cada región y su valoración particular de la economía de esfuerzos que supone dotar a sus escudos de estos elementos.

Es importante insistir en la contemporaneidad de algunas de estas producciones. El hecho de que un umbo tenga un tipo de aletas determinadas no equivale a que sea el único modelo vigente en un determinado periodo cronológico, sino que puede convivir con muchos otros modelos sin que uno u otro predomine necesariamente. A la inversa, los tipos concretos pueden perdurar largo tiempo y no ajustarse exclusivamente a una fase determinada, de manera que el solapamiento de distintas fórmulas adquiere mayor relevancia.

El grupo A

El grupo que abre nuestra clasificación tipológica pertenece a un patrón muy antiguo, que remonta a La Tène A, y que podemos definir como umbos bivalvos con aletas. Las características de estas aletas son distintas a las que suelen caracterizar a los umbos

monovalvos del siglo III a.C. en adelante, siempre mucho más voluminosas. En los casos que vamos a tratar, las aletas son muy delgadas; tanto que en algunos ejemplares son más parecidas a simples rebordes que a verdaderas aletas.

Este grupo, compuesto por dos variantes distintas, cuenta con siete ejemplares y es por tanto uno de los más numerosos.

El tipo A1

La primera de las variantes del grupo A es de lejos la más numerosa. Se trata de una de las variantes que más interés ha despertado en la bibliografía anterior (Rapin, 2001: 289-291; Quesada, 2004: 77) por las connotaciones geográficas y culturales de sus hallazgos, algo de lo que no nos vamos a ocupar por el momento. Baste decir por ahora que se trata de un modelo únicamente representado en las regiones meridionales de la Península Ibérica y cuyas atribuciones cronológicas se remontan al siglo IV a.C. (como bien suele corresponder a buena parte de los ejemplares bivalvos) pero derivan de prototipos europeos anteriores.

Las connotaciones morfológicas de esta variante (**A1.1**) comprenden una larga concha doble, que cubriría la totalidad del umbo lignario, y unas cortas aletas bordeándola y rematando en sus ángulos superiores e inferiores en sendos apéndices apuntados.

Entre los seis ejemplares de este tipo, hemos distinguido asimismo dos series, por lo que vale la pena comentarlos por separado. La serie **A1.1** es, podríamos decirlo así, la serie “clásica”, aunque bien es cierto que sólo uno de los ejemplares de este grupo pertenece sin lugar a dudas a ella. Esta serie, cuyo único representante procede de la sepultura 395 de Cigarralejo (**2029**) (Quesada, 1997: 540 y fig. 313; 2004: 77 y fig. 7) se caracteriza por la total simetría de las dos conchas. Ambas cuentan con ligeros rebordes cuyo objetivo es adaptarse a la perpendicularidad del nervio de la *spina* y flanquearla por ambos lados. Las sujeciones de este ejemplar, como ocurre con todos sus parientes del mismo tipo, se sitúan en la propia concha y no en las aletas; en este caso muy cerca o en el interior de las solapas que rematan el reborde.

La otra serie (**A1.2**) es casi idéntica a esta. Su única diferencia estriba en la existencia de una prolongación ondulada en uno de los rebordes destinada a actuar como protector o cubre-*spina* integrado, recubriendo el nervio de la *spina* y luego encajando con el reborde común de la concha gemela, contra el que presumiblemente se ajustaría por presión. De este modo, el reborde de una de las conchas “envuelve” el nervio y enlaza

con el otro reborde, mientras que sus conchas adquieren un aire distinto la una de la otra gracias a la incorporación de este protector en una de ellas.

Por el momento, documentamos tres ejemplares de esta serie: uno de ellos procedente de la sepultura 2 de Pozo Moro (2036) (Alcalá-Zamora, 2003: 57 y fig. 29d, 4; Quesada, 2004: fig. 7), que pese a su estado fragmentario tiene restos de su solapa envolvente; otro de la sepultura 143 de El Romazal (2040) (Hernández, Galán y Bravo, 2008: 332 y fig. 11)⁵⁵⁰; y otro, completo, de una tumba de El Hinojal (Arcos de la Frontera) (2013) (Stary, 1994: lám. 13, 2a) que se halló acompañando a una espada La Tène del tipo C1.1⁵⁵¹.



Fig. 105: Aspecto del conjunto de las dos conchas del umbo de El Hinojal (2013), hoy en el Museo de Cadiz. Nótese la cobertura de una de las placas sobre la otra.

Además de estos umbos, hay otros dos que hemos clasificado como “A1” a secas porque sólo han conservado una de las conchas, con rebordes simples en ambos casos, y que por tanto no podemos estar seguros de si pertenecen a la serie 1 o a la 2. Nos referimos a los ejemplares de la sep. 483 de Cigarralejo (2030), conservado en un avanzado estado de deterioro y hasta ahora inédito⁵⁵², y el hipogeo nº 5 de Villaricos (2053) (Almagro-Gorbea, 1984: 91 y fig. 43), que está completo. Este último ejemplar junto con el de Arcos de la Frontera son manifiestamente más voluminosos que el resto de

los ejemplares del mismo grupo, siendo hasta 6 cm más altos en su concha. No sabemos si este patrón es indicativo de alguna evolución en el seno de los umbos lignarios que

⁵⁵⁰ Existe una posible confusión en la publicación de esta pieza (*Ibid.*) en el que se cita al pie de la foto: “procedente del ajuar del enterramiento 126” (*sic.*), y se insiste en el texto en que hay umbos bivalvos en esta sepultura y también en la 143. Sin embargo, en el Museo de Cáceres no aparece fragmento alguno procedente de la sep. 126 y los restos que aparecen en la fotografía publicada se corresponden con los atribuidos a la sepultura 143.

⁵⁵¹ Nº 1044 de nuestro inventario. *Vide supra*, III.C.1.

⁵⁵² En su aspecto; pero conocíamos de su existencia gracias a las citas de Fernando Quesada (1997: 540 y 2004: 77).

acompañan a estos escudos o bien se trata de una casualidad fruto de su producción manufacturada, pero vale la pena tenerlo en cuenta por si fuera preciso en el futuro.

La concha de los umbos peninsulares del grupo A1 muestra una tendencia fusiforme muy poco pronunciada, que cabría distinguir frente a otros parientes europeos más anchos en su centro y estrechos en los márgenes. Pese a ello, la mayor singularidad es su sujeción, puesto que no hay clavos que se hayan constatado en ninguno de los casos. Dada la posición de los orificios muy cerca del nervio, ¿podría realizarse la sujeción de las conchas mediante la unión de los dos orificios con tendones u otros materiales flexibles? Independientemente de este hecho, puramente hipotético, la sensación es que la posición excesivamente centrada de estos orificios parece ofrecer poca solidez en la unión del umbo con el cuerpo del escudo.

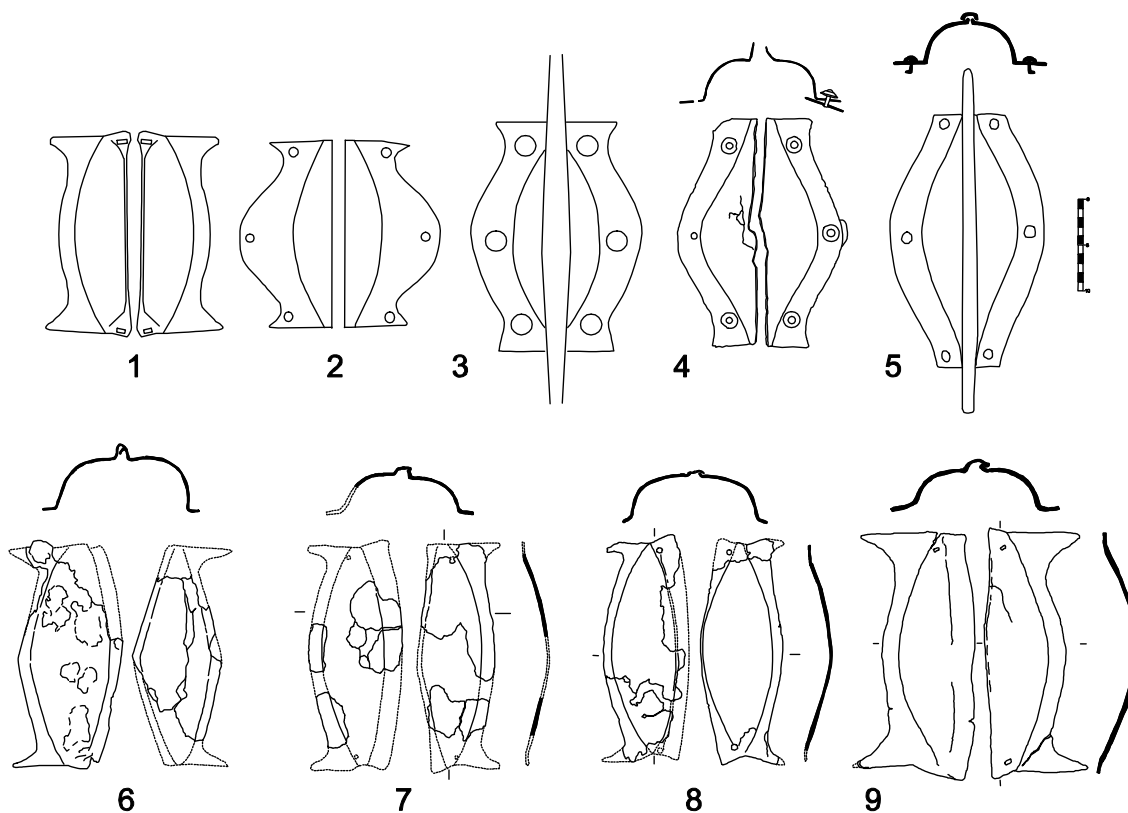


Fig. 106: Comparación de algunos umbos bivalvos del tipo A1 (1, 7-9) y las producciones europeas que probablemente las inspiraron (2-6). 1: Cigarralejo, sep. 395 (2029), restitución; 2-3: Nantes y Franz-Hausen (con cobre-*spina* metálico), a partir de Rapin, 2001: Fig. 5, 3 y 6; 4: Bránov (Sankot, 1996: Fig. 7); 5: Procedencia desconocida (Rapin, 1982-83: lám. V, d), escala desconocida; 6-9: Ejemplares con protector: 6: Novo Mesto (Knez, 1966: lám. 3, 1-2), modificado; 7: Pozo Moro, sep. 2 (2036); 8: El Romazal, sep. 143 (2040); 9: Arcos de la Frontera, con mayor volumen (2013). Nótese que sólo las piezas hispanas y quizás el ejemplar de Novo Mesto no tienen sujeciones en las aletas.

El origen de estos umbos bivalvos no tiene especial misterio. En la actualidad, no hay dudas respecto a su ascendencia La Tène, puesto que algunos ejemplares de procedencias muy distintas como los de Nantes, Franz-Hausen, Récy (Rapin, 2001: 290, fig. 5, 3, 6-7 y fig. 7) o Bránov (*Ibid.*: fig. 5, 5; Sankot, 1996: fig. 7) (fig. 101, 1) comparten sus principales rasgos con los parientes peninsulares. También relacionado con estos mismos patrones, existe un ejemplar de origen desconocido y sin las aletas apuntadas que fue publicado hace más de dos décadas por André Rapin (Rapin, 1982-83: lám. V, d). Precisamente en la intensidad de los ángulos de estas aletas (**fig. 106**) radica una de las diferencias más notables entre los ejemplares europeos y los peninsulares. En las piezas hispánicas, la terminación de estos apéndices es más acentuada, mientras que la sujeción de las conchas a partir de orificios en el interior de las mismas y no en sus aletas son indicios que claramente se apartan de los otros ejemplares conocidos. En cambio, incluso estos rasgos son idénticos a los de una pieza procedente de la necrópolis de Novo Mesto (Eslovenia) (Knez, 1966: lám. 3, 1-2)⁵⁵³, que además cuenta con un protector para el nervio de la *spina* en cada una de las conchas, en un sistema muy parecido al de la serie A1.2. En consecuencia, quizás habría que considerar ese eje adriático-sureste peninsular como una posible vía de entrada para estos patrones, probablemente – tal como quieren Rapin (2001: 290) y Quesada (2004: 77) – vía el mercenariado; habida cuenta de su aparente relación con los centros de reclutamiento de la región meridional de la Península Ibérica.

No es mucho lo que sabemos acerca de las cronologías de estos esquemas:

Aunque Domaradzki (1977: 84) insiste en que no hay elementos metálicos para escudos ovales con anterioridad a La Tène B1, Rapin (2001: 289-291) refiere a la existencia de estos desde La Tène A y al hecho que precisamente las constantes definidas en nuestro grupo A1 coinciden con estas fechas y se abandonan con posterioridad. En cualquier caso, se trataría sin duda del modelo de aparición más temprana en la cultura La Tène y habría que aceptar su influencia sobre los materiales hispánicos ya en el periodo de LT A, aunque parece claro que los ejemplares peninsulares tienen mayor perduración. De todas formas, no vamos a ocuparnos todavía del problema de las cronologías de estos materiales⁵⁵⁴, puesto que lo que pretendemos por ahora es tan solo preguntarnos sobre la procedencia cultural del patrón original de estos umbos.

⁵⁵³ Que luego sería incluida en el grupo IB de la tipología de Domaradzki (1977: 79, 85 y lám. 1).

⁵⁵⁴ *Vide infra*, IV.C.

El tipo A2

En la Península Ibérica, es raro ver umbos bivalvos si no se trata del tipo anterior. Ni siquiera en Cataluña, un territorio donde los umbos metálicos abundan, es muy habitual hallar ejemplares de concha doble. El hecho no es difícil de explicar a tenor de la escasez de contextos con armas del siglo IV a.C. e inicios del III a.C. en el noreste⁵⁵⁵, que es el periodo en el que estos modelos eran los predominantes. Sin embargo, hay un motivo añadido que tiene que ver con la propia composición de estos umbos, cuya interpretación como tales en un contexto arqueológico es compleja incluso cuando están completos, lo que no es para nada habitual. Al contrario, suele ocurrir que los umbos bivalvos sufran en el proceso de incineración del ajuar de una tumba o bien en su deposición como trofeos en casas aristocráticas, y es fácil que aparezcan muy fragmentados por estos motivos o por la simple presión de los estratos de tierra en los que se encuentra enterrado. Asimismo, el proceso de interpretación y reconocimiento de los umbos bivalvos como tales ha sido largo y complejo en la investigación del armamento La Tène (Brunaux y Rapin, 1988: 21), de modo que no es raro que muchas de estas piezas hayan pasado desapercibidas y todavía esperen en los almacenes de distintos museos a ser identificados.

El caso que nos ocupa ahora (**2038**), del que hemos definido como **tipo A2**, procede al igual que el ejemplar del tipo B1 que veremos a continuación, de contextos de deposición de trofeos en el poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret), y es uno de los pocos casos que no han pasado desapercibidos pese a su mal estado de conservación en el momento de su hallazgo. Se trata por tanto del único de su tipo, y fue hallado entre otros restos de armas ritualmente amortizadas (en especial espadas La Tène) en una de las calles (zona 13) que distribuye a lado y lado sendos edificios complejos probablemente pertenecientes a las élites del *oppidum* (Martín *et alii*, 2000 y 2002; Casas *et alii*, 2004).

Las características morfológicas de esta pieza son muy distintas a las del tipo anterior, aunque comparte con este algunos de sus criterios básicos como son su constitución a dos conchas, la existencia de aletas bordeando su contorno e incluso la presencia de un protector para el nervio de la *spina* integrado en una de las conchas. El ejemplar está

⁵⁵⁵ *Vide supra*, III.B.

muy fragmentado, pero la concha principal conserva los dos extremos opuestos y por tanto nos permite restituir su aspecto original, que es mucho más bajo (tan sólo 8'7 cm en su concha) que sus compañeros meridionales de grupo. El reborde envolvente de esta concha es poco pronunciado, denotando un nervio muy débil, y se prolonga en una solapa que cubriría parcialmente la otra concha o bien sería cubierta por esta. La concha gemela no cuenta con reborde alguno para su parte interior, y ambas mitades cuentan con fragmentos de sus aletas, que son realmente cortas (< 1 cm); casi imperceptibles. Precisamente esta sencillez en su composición es lo que más dificulta su interpretación a diferencia de los ejemplares del tipo A1, cuyas aletas con extremos apuntados constituyen un patrón de identificación bastante claro.

Los detalles de la sujeción de estas conchas también permanecen oscuros⁵⁵⁶, pero es presumible que se produciría en el interior de las propias conchas, pues las aletas son demasiado delgadas para contribuir a su estabilidad. De hecho, se conserva un pequeño fragmento de una de las conchas que tiene un orificio para un clavo, y en el mismo estrato se halló uno de estos clavos, de cabeza discoidal hipertrofiada, que podría haber pertenecido a esta pieza. No obstante, y aunque este era el único umbo que apareció entre las armas de la calle, no podemos estar seguros de que se tratara de una misma pieza, y el clavo pudo pertenecer a otro ejemplar desaparecido (**fig. 107**).

Otra cuestión de difícil interpretación sobre este umbo es su patrón de influencia. Algunos datos como la concha baja y rectangular o incluso el clavo si es que se tratara de la misma pieza, nos orientan a los estadios transicionales del siglo IV al III a.C., a lo que llamamos comúnmente “estándar antiguo de LT B2” (Rapin, 2000: 201-204; Domaradzki, 1977: grupo IA) (fig. 101, 2). Sin embargo, y a pesar de esta similitud, otros rasgos como las cortas aletas o el protector del nervio remiten a periodos más antiguos, como los que influyeron sobre el tipo A1. En efecto, los bivalvos con concha baja y aletas suelen tener aletas muy distintas; apenas apliques cuadrados o circulares pegados a la parte central de la concha y ofreciendo un plano para la sujeción de remaches (*p.e.* Ensérune: Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 37A, 2). En consecuencia, podemos pensar en una síntesis de estas dos tradiciones en la segunda mitad avanzada del siglo IV a.C., aunque dicha propuesta es sólo una opinión forzada por la escasez de datos sobre los umbos bivalvos de La Tène B1.

⁵⁵⁶ Quizás todavía ocultos por el óxido, pues la pieza se hallaba en proceso de limpieza mecánica en el momento de nuestra inspección.

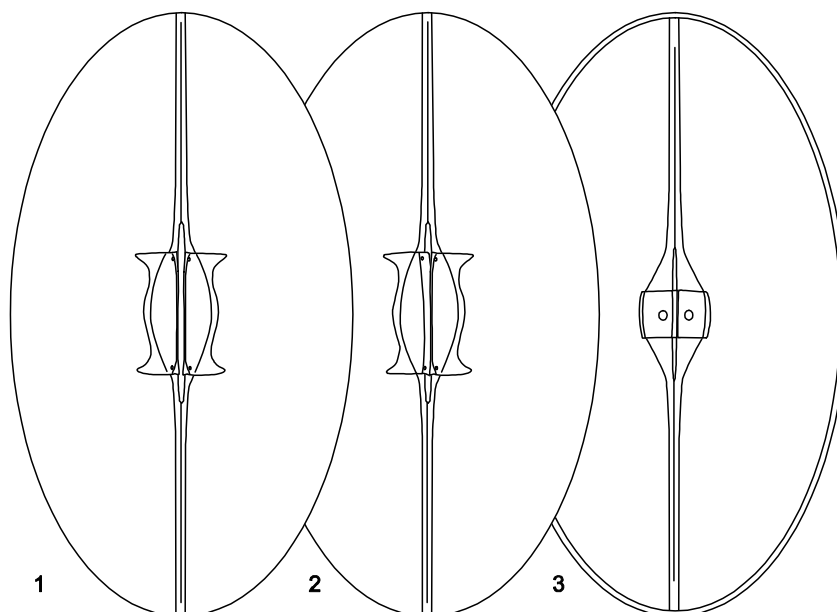


Fig. 107: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos del grupo A. 1: Tipo A1.1; 2: Tipo A1.2; 3: Tipo A2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

El grupo B

El grupo B es un pariente cercano del A, puesto que su concha también es a dos placas como corresponde a los bivalvos, pero a diferencia de este, no cuenta con aleta alguna que descansa sobre el plano del cuerpo del escudo.

En realidad sólo nos consta un ejemplar perteneciente a este grupo, que hemos clasificado dentro de un tipo “**B1**” cuyas connotaciones no están todavía claras pero que presumiblemente debió ser muy parecido al tipo A2 (con concha baja a dos piezas) pero sin aletas ni protectores para el nervio central. El ejemplar del que hablamos (**2039**) pertenece igualmente al Puig de Sant Andreu y también está inédito. En este caso, sin embargo, se halló en otro lugar correspondiente a una de las estancias de la casa aristocrática situada en la zona 14.

El estado de esta pieza es lamentablemente fragmentario, y sólo se han conservado dos trozos pertenecientes a una de las conchas. En cualquier caso, ambos fragmentos corresponden a ángulos que terminan planos y que por tanto nos indican la ausencia de aletas asociadas a ellos. Como los fragmentos que nos han llegado no encajan, es difícil

saber si pertenecería a los modelos de concha baja como correspondería a esta variante o bien a los de concha alta, en cuyo caso habría que considerarlo como “**tipo B2**”. Otros indicios también se nos escapan debido a la mala conservación del umbo, como la existencia de clavos o remaches de sujeción, forzosamente relegados a la propia concha al representar la única superficie de la pieza (**fig. 108**).

Todo esto puede parecer una retahíla de suposiciones excesivas, pero lo cierto es que este tipo de umbos es el de mayor difusión a lo largo del periodo La Tène B2, y se conocen ejemplares con estas características desde las regiones de la Champagne (Rapin, 1982-83 y 1995: *passim*) hasta las más orientales (Domaradzki, 1977: 85 y mapa 2; Szabó, 1995: 51-54 y figs. 1-11), donde aparecen asociadas a panoplias completas (**fig. 109**). Además, parece impensable que este tipo de umbos estuviera ausente en el territorio nororiental de la Península cuando sabemos que existen espadas compatibles con estas cronologías y que una buena cantidad de umbos de este mismo tipo están presentes en la vecina necrópolis de Ensérune, cuyos ajuares permanecen aun inéditos.

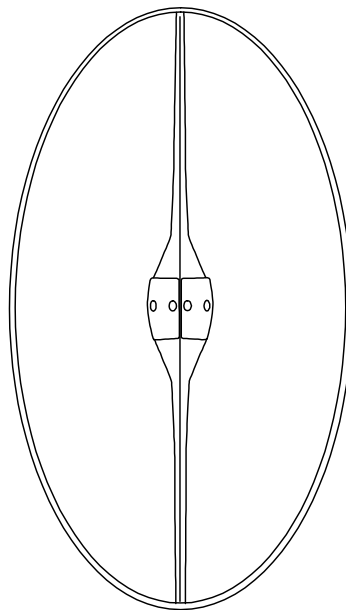


Fig. 108: Restitución del aspecto aproximado de un escudo oval con umbo metálico del grupo B1. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

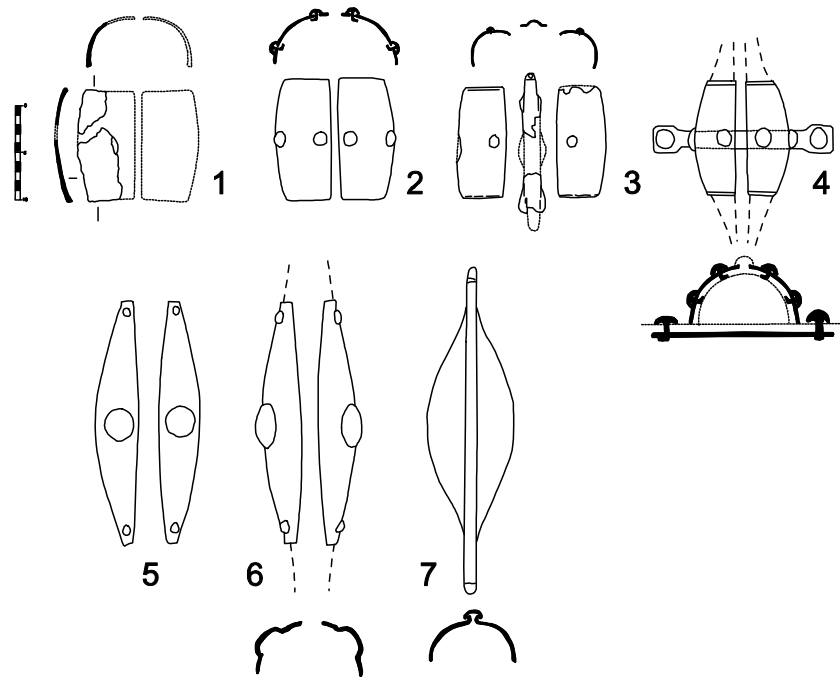


Fig. 109: Comparación de los umbos bivalvos peninsulares sin aletas y algunas piezas europeas emparentadas con ellos. 1: Puig de Sant Andreu (2039); 2: Bozic, 1981: lám. 1, 5; 3: Osijek, sep. 29 (Bozic, 1981: lám. 6, 4; modificado); 4: Reconstrucción del funcionamiento de uno de estos umbos (Rapin, 1982-83: lám. 5, a); 5-7: Procedencia desconocida (*Ibid.*: lám. 5, b-c). 1-4: Estándar antiguo de LT B2; 5-7: Estándar moderno de LT B2. Los últimos ejemplares, de conchas más altas, representarían, de ser documentados en la Península Ibérica, tipos distintos dentro del mismo grupo.

El grupo C

El grupo C es el primero de la larga lista de umbos monovalvos que constituyen nuestra tipología. En esta ocasión, la peculiaridad de este grupo depende de sus aletas de tipo curvo, en semicírculo o sección de círculo, que flanquean los lados de la concha. Sólo tenemos dos ejemplares clasificables dentro de este grupo, cada uno de ellos representando una serie distinta, puesto que sólo se diferencian por sus proporciones y algún detalle secundario. Con todo, se trata de un grupo muy bien conocido en el resto de Europa y no vamos a tener problemas a la hora de hallar posibles paralelos e indagar en sus patrones de influencia.

El tipo C1

Los dos ejemplares de que disponemos pertenecen a este mismo tipo, que podríamos definir como “variante típica”. A diferencia de lo que ocurre con otros grupos de umbos monovalvos como los que tendremos ocasión de ver más adelante, el grupo C no incluye variantes romanas homólogas, lo que sin duda se explica por el hecho de que la llegada de los romanos en el 218 a.C. ocurrió cuando este modelo de umbo de aletas, que es uno de los más antiguos, ya estaba obsoleto.

Por tanto, de los dos umbos peninsulares conocidos escindimos dos series diferenciadas entroncando con un tipo común (el **C1**) que engloba las principales características del grupo C (concha única y aletas curvas), en ejemplares de clara ascendencia La Tène; como bien indica su presencia al noreste del Ebro.

La **serie C1.1** está representada por un ejemplar inédito (**2037**) procedente de una de las torres (la nº 2) del poblado ibérico del Puig de Sant Andreu. Este es probablemente uno de los ejemplares más antiguos de umbo monovalvo de toda la Península Ibérica, pero por desgracia su hallazgo en excavaciones antiguas no ha dejado huellas sobre su ubicación y contexto originales. La pieza es muy pequeña, con una concha de 8 x 9cm bastante afectada por la fragmentación. Ninguno de los fragmentos parece dar señales de la existencia de un reborde. Además de la concha, lo que llama la atención de este umbo son sus cortas aletas, que apenas alcanzan los 3 cm de longitud. Una de estas aletas contiene todavía *in situ* un remache de cabeza discoidal algo alterado que enlaza con las sujeciones de la manilla, que es bastante ancha y muy simple en su fabricación, puesto que no cuenta con aletas.

El ejemplar de la **serie C1.2** es mucho más elegante en su factura. La concha es mucho más alta que la anterior y bastante curva, mientras que sus aletas son muy voluminosas y terminan con sendos apéndices en forma de flecha en la parte más exterior del semicírculo. Esta pieza (**2023**) procede de un antiguo hallazgo de Rubio de la Serna en la necrópolis de Can Rodon de l’Hort-Cabrera de Mar (1888: 710 y lám. 7) y es bastante conocida al ser uno de los primeros umbos identificados en la Península Ibérica (Sandars, 1913: fig. 34; Cabré, 1939-40: lám. XIX, 2; Quesada, 1997: fig. 313; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 1). Las aletas se sujetan con grandes remaches de cabeza hemisférica, en un patrón muy europeo, y el reverso muestra todavía los restos

de una manilla metálica de la que sólo subsisten sus aletas rectangulares, que emplean un clavo adicional.

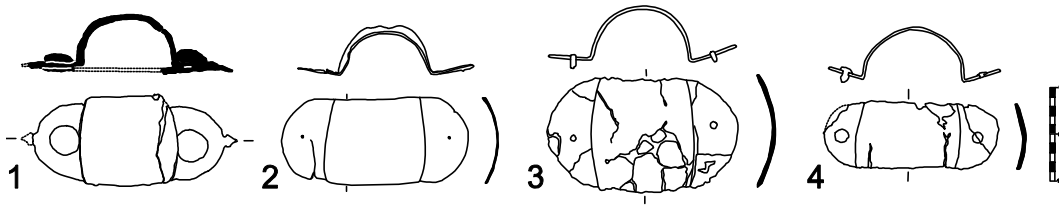


Fig. 110: Umbos monovalvos peninsulares de aletas curvas (grupo C) y sus prototipos europeos. 1: Cabrera de Mar, sep. A (2023); 2: GSA-2290 (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XXVI); 3-4: Colección Morel 1659 y 1728 (Stead y Rigby, 1999: fig. 180). Nótese la gran variabilidad en la cobertura de las conchas.

No hay mucho misterio en la ascendencia de estos umbos, que pertenecen a uno de los patrones más explotados durante La Tène C1. El formato, que corresponde al tipo II de Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: 79), cuenta con 36 ejemplares documentado en el santuario, y tampoco faltan entre los ejemplares de la Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: fig. 180, 1659 y 1728), en otras tumbas champagnianas como Liry 3 (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 33), Fère-Champenoise 58 (Charpy, 1991: 208-209) o Saint-Maur-des-Fossés (Leconte, 1991: fig. 21, 1) (fig. 101, 5). También está bien representada en la región oriental de Europa (Domaradzki, 1977: tipo II 1C), combinando siempre ejemplares con conchas más altas y otros con conchas muy bajas (incluso más que C1.1)⁵⁵⁷ que derivarían hacia las variantes estrechas del tipo III de Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 80) (**fig. 110**). En Ensérune, muy cerca del territorio catalán, se conocen asimismo ejemplares inéditos de concha media/alta además de uno asociado a una panoplia completa (sep. 163; Rapin y Schwaller, 1987: 174 y fig. 13) con proporciones muy parecidas al ejemplar de Cabrera de Mar (2023) (**fig. 111**).

En cuanto a los apéndices decorativos de esta pieza laietana no tienen parangón claro en ningún ejemplar europeo conocido, pero su existencia sugiere cierta concordancia con algunas piezas de las variantes estrechas y conchas aristadas con terminales hiperdesarrollados (Brunaux y Rapin, 1988: 70-71 y GSA 1699, 3972).

⁵⁵⁷ Cfr. Domaradzki, 1977: 86.

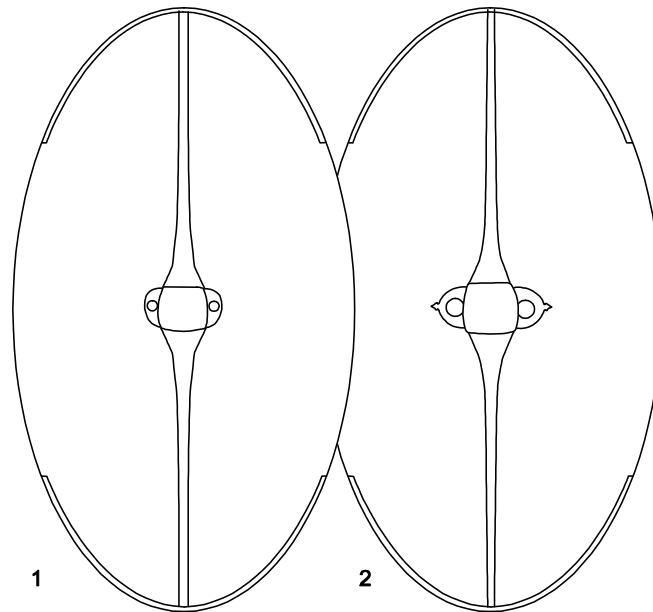


Fig. 111: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos del grupo C. 1: Tipo C1.1; 2: Tipo C1.2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

El grupo D

Otro de los más representativos de la cultura La Tène y uno de los de mayor repercusión cronológica, el grupo D refiere a la extensa familia de los umbos monovalvos con aletas rectangulares. Distinguiremos dos tipos relacionados con sus distintas influencias y otras tantas series para cada uno de ellos a partir de los seis ejemplares que nos han llegado hasta la actualidad (**fig. 112**).

El tipo D1

Al igual que ocurre con el grupo anterior y en los siguientes, la primera de las variantes en las que se divide este grupo refiere a su versión “típica” derivada de los prototipos laténicos europeos, que también en esta ocasión nos son bien conocidos. En esta ocasión, la constante serán todos aquellos detalles que remitan a su ascendencia celta y no romana, como la existencia de manillas metálicas acompañando a los umbos (que puede ser que no se hayan conservado en algunos ejemplares) o su procedencia del

noreste en relación con panoplias muy influidas por la cultura La Tène. Algún otro atributo, como la inexistencia de rebordes en la concha o la sujeción simple a partir de un solo remache pueden participar de la misma tradición pero no son condicionantes implícitos, puesto que conocemos ejemplares europeos con rebordes⁵⁵⁸ e incluso con sujeciones múltiples⁵⁵⁹.

El **tipo D1** comprende dos series distintas dependiendo de la forma de sus aletas y sus conchas. La **serie D1.1** es un caso peculiar, hasta ahora sólo identificado en un ejemplar **(2025)** procedente del poblado del Turó de Ca n'Oliver (Cerdanyola), en la región laietana. Se trata de un modelo de concha alta (11 cm) y aletas cortas, dando por tanto una impresión invertida de su forma rectangular, que es más corta que alta a diferencia de las series habituales. El umbo se conserva completo, con uno de los remaches posicionados y el otro desaparecido. El remache es alto y poco voluminoso en su cabeza, algo que no es demasiado frecuente en el noreste peninsular. Junto con el umbo, se conserva la mitad de la manilla de hierro, del tipo de aletas lanceoladas.

La serie de aletas cortas es muy poco común, pero el aire de su estructura de concha alta y aletas no muy pronunciadas puede recordar otras producciones que quizás sean coetáneas o procedan de los mismos talleres, como algunos de los ejemplares de aletas trapezoidales (2022) o curvas (2023).

La otra serie del mismo grupo (**D1.2**) es mucho más “clásica” en sus características, con conchas relativamente bajas (8-9 cm) y largas (c. 12 cm) y aletas bastante cuadradas. Uno de los ejemplares conservados, que viene del Tossal de les Tenalles **(2042)** (Colominas y Duran, 1920: 613-614 y fig. 393; Quesada, 1997: 540 y fig. 313), conserva todavía los dos remaches de sujeción, que son del tipo de cabeza discoidal plana y muy voluminosa tan propio de los umbos del noreste. En el reverso se aprecian los restos de una manilla, del que se ha perdido la empuñadura, que claramente pertenecía a los tipos delgados. La otra pieza, algo más alterada pero también bastante completa **(2032)** (Rovira, 2002: fig. 11.28.7), procede del yacimiento ibérico de Mas Castellar (Pontós); en concreto de un contexto de posible exposición de trofeos en una calle que distribuye dos espacios aristocráticos complejos en los que también se han localizado algunas espadas amortizadas. Aunque han desaparecido los remaches y la

⁵⁵⁸ Un buen número de estos en Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: tipo I).

⁵⁵⁹ Por ejemplo entre los escasos umbos que conocemos del yacimiento de La Tène en el lago de Neuchâtel. Algunos, entre los que se cuenta uno de los que conservan buena parte del cuerpo del escudo (fig. 100, 3), tienen clavos adicionales que se emplean para reforzar los ángulos de las aletas (Kaenel, 1990b: fig. 1, 5; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 15).

manilla, que pudo ser alguna de las que se hallaron sueltas en el mismo yacimiento (2034, 2035 o 2054), la concha está bastante completa, y los fragmentos de las aletas evidencian su forma cuadrangular.

Otro ejemplar, del que sólo se conserva uno de los ángulos de las aletas, podría pertenecer a este mismo grupo, pero a falta de la mayoría de los datos sobre su morfología original, hemos preferido clasificarlo como tipo “D” a secas. Este fragmento (2051) procede de la sepultura 64 del Turó dels Dos Pins (García Roselló, 1993: 143-144), donde también se hallaron algunos restos de la orla metálica del escudo. Precisamente en el extremo del ángulo se conserva una cabeza de clavo que recuerda las sujeciones adicionales de algunos umbos europeos de la misma tradición⁵⁶⁰.

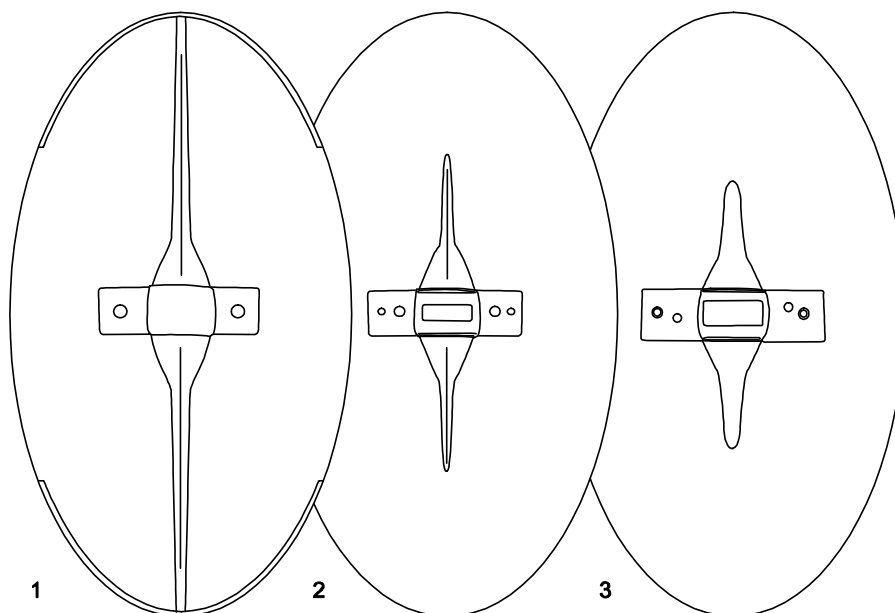


Fig. 112: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos del grupo D. 1: Tipo D1; 2: Tipo D2.1; 3: Tipo D2.2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

El tipo D2

El tipo **D2** pertenecería a la familia de los umbos de aletas rectangulares largas, aunque los ejemplares hispánicos que nos han llegado no sean del todo ortodoxos. Contamos con dos ejemplares procedentes del lote de armas de La Azucarera (Alfaro)⁵⁶¹ (2015,

⁵⁶⁰ *Ibid.* nota *supra*.

⁵⁶¹ La restitución de los umbos de escudo de este lote de armas se ha producido a partir de multitud de fragmentos desordenados existentes en el Museo de La Rioja y siguiendo la lógica de simetría de la aletas

2018) además de otro posible ejemplar (**2017**) bastante incompleto que podría pertenecer a este grupo o bien al de aletas trapezoidales (E2) y que viene del mismo contexto. En todos estos casos, la composición de la concha es la misma (al igual que ocurre con todos los ejemplares de La Azucarera), con rebordes bastante prominentes y una protuberancia central en sentido horizontal sobresaliendo del eje normal de aquella. Sin embargo, hay diferencias importantes en los dos ejemplares mejor conservados que tienen que ver con el volumen de sus aletas y quizás con el de las conchas y que les han valido la distinción de dos series distintas en nuestra clasificación:

La primera de estas series (**D2.1**) refiere al ejemplar inventariado con el número **2015**. En realidad, el patrón general es muy parecido (prescindiendo de los detalles de su concha) al de la serie D1.2, pero en este caso las sujeciones son lineales y no situadas en los extremos como ocurriría con la mayoría de los umbos de aletas cortas de ascendencia La Tène. Este tipo de recurso, que está muy bien constatado en las producciones de aletas largas y conchas cerradas (Brunaux y Rapin, 1988: 72-73 y 81) (fig. 101, 10), denota una fabricación que como mínimo habría que situar en La Tène C2 y que por tanto pertenecería a patrones más avanzados que los de la variante D1.

El ejemplar nº **2018**, de la **serie D2.2**, no cuenta con una concha cerrada, pero sí es muy alta en consonancia con sus aletas, que son muy desarrolladas (10 x 10 cm) pero no lo son tanto como algunos ejemplares europeos (casi 18 cm de longitud por aleta en GSA-5b; *Ibid.*: 173). En cualquier caso, su ascendencia de estos patrones (aunque sea vía su interpretación romana) parece clara y justifica su clasificación en el tipo D2.

Un hecho curioso es que las variantes rectangulares con aletas convergentes (fig. 101, 15) no están presentes en La Azucarera pese a la compatibilidad de sus cronologías y su importante frecuencia en contextos de La Tène D1. Aun así, la influencia de estas fórmulas pudo dejar su huella en aspectos como el esquema reducido (para tratarse de un umbo de época avanzada) del conjunto de 2015, y también es posible que el ejemplar del que desconocemos el aspecto de sus aletas (2017) perteneciera en realidad a esta variante, aunque hoy por hoy, a falta de documentación precisa relativa a sus hallazgos

y sus correspondencias con las conchas. En casi todos los casos, la restitución de su aspecto original ha sido posible y ha revelado una importante diversidad de formas compartiendo ciertos rasgos morfotécnicos característicos de un mismo taller de producción.

(*cfr.* Iriarte *et alii*, 1996 y 1997; Marcos, 1996), no podemos terminar de comprobar esta hipótesis.

Tal como ya hemos comentado en distintas ocasiones, el esquema típico de los umbos de aletas rectangulares es muy conocido en el ámbito La Tène europeo; en especial los de las variantes estándar equivalentes a D1.2 (que ocupan el amplio espectro cronológico entre LT C1 y LT C2 o incluso LT D1) y a los modelos de aletas largas (que se restringen al segundo periodo). En Gournay, un total de 33 umbos pertenecen al grupo de aletas medias o cortas (Brunaux y Rapin, 1988: 45) y otros 45 al grupo de las aletas largas; el más habitual en el santuario (Ibid.: 45-46)⁵⁶². Los modelos de aletas altas parecidos a la serie D1.1 tampoco son raros, aunque normalmente tienen a sobrepasar ligeramente el ángulo recto de sus aletas mostrando una cierta tendencia a las formas trapezoidales. El parentesco con estos patrones (que aquí reconocemos en el grupo E) parece claro en el ejemplar de Ca n'Oliver, que cuenta con una concha algo más alta que las propias aletas, pero la cronología propuesta para este umbo *circa* 275-225 a.C. es anterior a la difusión de las aletas trapezoidales.

En la región oriental de Europa, estos umbos son también frecuentes según el catálogo de Domaradzki (1977: 85-86) (que está algo desfasado pero sigue siendo el más completo), aunque lo son especialmente en sus variantes estándar y no en las versiones alargadas. En la región marniana, donde las tumbas de La Tène II no son demasiado frecuentes, no faltan ejemplos como los de la seps. 58 y 63 de Fère-Champenoise (Charpy, 1991: 211) o el grupo de la Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: fig. 179), mientras que en la necrópolis de Ensérune, que ya pertenece al ámbito ibérico, es uno de los formatos de monovalvos más repetidos (seps. 14, 50, 127, 151, 157, 175 y 178, además de dos ejemplares sin contexto procedentes de las excavaciones de Mouret). En la vecina región de Nîmes, también abundan estos umbos en contextos avanzados (Bel *et alii*, 2008: 450-451), con no menos de cinco ejemplares (**fig. 113**).

⁵⁶² Añadiendo a estos ejemplos los de aletas rectilíneas con concha baja, que pertenecen a otro tipo que no está documentado en la Península Ibérica, la proporción de estos umbos representa un 62% de los 214 de Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 46).

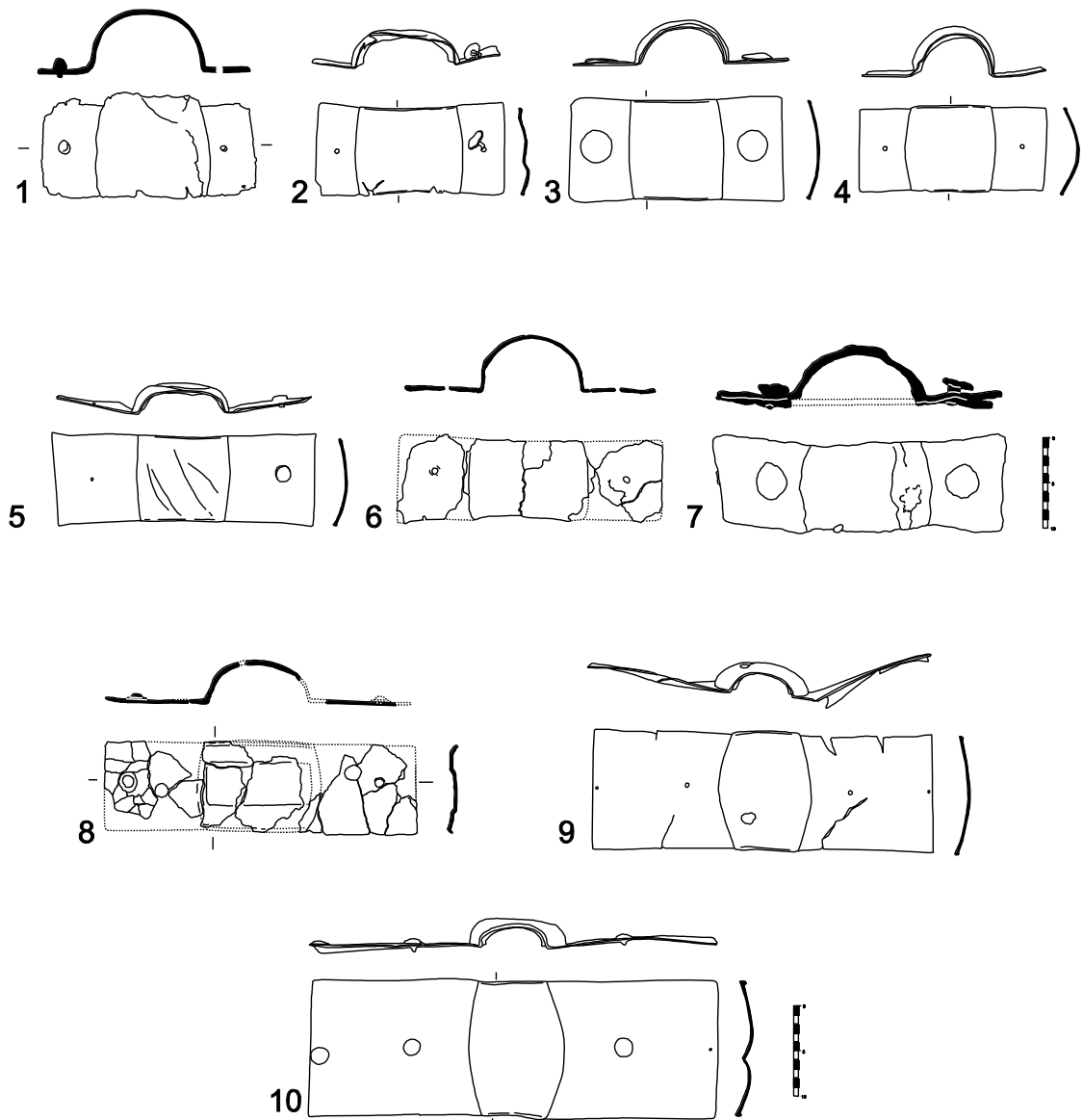


Fig. 113: Comparación de algunos umbos hispánicos con aletas rectangulares (1, 6-8) y algunos de sus prototipos europeos. 1: Turó de Ca n'Oliver (2025); 2-5: GSA-1016, 204, 2661 y 118 (Brunaux y Rapin, 1988: láms. X, XXVI, XXX y IV); 6: Mas Castellar (2032); 7: Tossal de les Tenalles (2042); 8: La Azucarera (2018); 9-10: GSA-1561 y 5b (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XVIII y II). 1: Tipo D1.1; 6-7: Tipo D1.2; 8: Tipo D2, de aletas rectangulares largas. Las diferencias respecto a las piezas europeas son notables en la concha y la hipertrofia de sus aletas, que pueden llegar a duplicar su volumen.

El grupo E

Este es otro de los grupos clásicos del esquema La Tène, en este caso representando una progresión de las aletas rectilíneas hacia formas trapezoidales más bajas en su contacto con la concha y más altas en la parte exterior, siempre asociándose con umbos monovalvos. La tradición de este tipo de umbos es también bastante duradera, arrancando en la transición a La Tène C2 y perdurando incluso hasta La Tène D2, aunque ya en variantes con un mayor desarrollo de las aletas.

Contamos con un total de siete ejemplares de este grupo, que distribuimos en dos variantes y cuatro series distintas.

El tipo E1

Siguiendo la misma premisa que en anteriores grupos, el tipo inicial viene a representar la tradición estándar u original a partir de la que derivarían los otros formatos (aunque estos puedan llegar a ser coetáneos y convivir en algunos casos). Por tanto, las características morfológicas del **tipo E1** consistirán en su concha mediana, sus aletas de un desarrollo corto o normal y su sujeción a un solo remache por aleta, normalmente asociándose a una manilla metálica.

Dos ejemplares procedentes de las excavaciones de J. Barberà en Cabrera de Mar hacia finales de los años 60 son los que actualmente representan la primera de las series del tipo E1 (**E1.1**). La diferenciación respecto a la serie segunda depende de la longitud de las aletas, que es netamente inferior en estas piezas. El umbo de la sepultura II (**2021**) (Barberà, 1970: 181 y fig. 9; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 3) es el más paradigmático de los representantes de esta serie. Sus aletas son especialmente cortas (4 cm); un detalle cuya sensación es mayor a causa de la gran anchura en el diámetro de sus remaches, que prácticamente se salen de las aletas. La concha es elegante en su confección, con una importante curvatura que indica un pequeño umbo lignario. En la parte superior e inferior de esta, se pueden ver sendos rebordes bastante salientes, mientras que el reverso del umbo revela los extremos de la manilla pero no su empuñadura, que se ha perdido. Su compañero, procedente en este caso de la sepultura IV (**2022**) (Barberà, 1970: 188 y fig. 15) es algo más tosco en sus detalles y se conserva en peor estado, con una de las aletas desaparecida. La concha de este ejemplar es más alta y el reborde menos prominente y de factura más simple, sin ondulaciones. La

manilla metálica, de la que sólo nos queda una de las aletas y el arranque de la empuñadura, es del mismo tipo que la del ejemplar de la tumba II, mientras que el remache que sujeta el umbo y la manilla al cuerpo del escudo es netamente más discreto que aquél.

La **serie E1.2**, por su parte, representa un estándar medio, donde las aletas son relativamente voluminosas o más prolongadas hacia el exterior. Dentro de este patrón específico, existen notables diferencias en el comportamiento de sus distintos ejemplares. Su versión más fiel a los estándares europeos más habituales sería la del ejemplar de procedencia desconocida del MAC-Barcelona (**2024**) que se cree procedente de las excavaciones de Rubio de la Serna en Cabrera de Mar (Quesada, 1997: 540 y fig. 313; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 2; Quesada, 2004: 77 y fig. 7). La concha de esta pieza es de una medida coherente dentro del estándar de los monovalvos de La Tène II, con unas proporciones de unos 10 x 8'5 cm. Las aletas, bien conservadas, se sujetan mediante dos remaches de cabeza mediana de tipo de botón a doble circunferencia, y por la forma que está doblada una de sus puntas, es probable que no existiera manilla metálica, de la que desde luego no se ha conservado fragmento alguno. Uno de los ejemplares del ajuar doble de la sepultura nº 51 del Turó dels Dos Pins (**2048**) (García Roselló, 1993: 125; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 6 y 8) ha sido también clasificado dentro de esta serie pese a las peculiaridades de sus aletas y todos los interrogantes que plantea su mal estado de conservación. Al parecer, hubo en la fabricación de este umbo una intención de ornamentar sus aletas mediante la realización de incisiones estrechas y alargadas dispuestas en aparente desorden que quizás hubiera que poner en relación con alguna combinación de pinturas o diseños en el cuerpo del escudo. Como no se conserva el remache principal, no sabemos si su sujeción se produciría según el método tradicional o bien con la ayuda de otro sistema experimental. También cabe la posibilidad de que el aspecto de las aletas dependiera de algún tipo de reparación o bien fuera resultado de su inutilización ritual previa a su deposición en la tumba, pero la ausencia de la aleta compañera nos impide comprobar su simetría y ver hasta qué punto pueden ser ciertas estas suposiciones.

El último de los ejemplares del grupo está ya en la órbita de las versiones más avanzadas de los umbos con aletas trapezoidales, como vienen a indicar la clara tendencia a la hipertrofia de sus aletas y la ligera tendencia curva de sus prolongaciones longitudinales; indicios ambos que tienden al hibridismo con los ejemplares de nuestro

grupo G, con aletas de mariposa desarrolladas. El ejemplar al que nos referimos (**2049**) procede de otra de las tumbas de la necrópolis laietana del Turó dels Dos Pins, en este caso de la sepultura 52 (García Roselló, 1993: 129-132; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 5). Su mala conservación no nos permite añadir datos sobre la morfología de la concha, que no sabemos con certeza si es tan estrecha como indica su restauración actual. Lo que sí sabemos es que existió un ligero reborde de tipo simple en sus extremos y que la sujeción de sus aletas se producía mediante el uso de un remache simple de botón y proporciones importantes, del que sólo nos ha llegado una cabeza.

El tipo E2

La variante E2 tiene menos representantes que la anterior pero es igualmente característica de un estadio particular en la evolución de los umbos de aletas trapezoidales; esta vez más avanzado. Las características de este tipo se refieren especialmente a la forma de sus aletas, que son mucho más altas que las otras variantes y que emplean múltiples sujeciones en su superficie en vez del remache único habitual en los tipos más antiguos. Tanto estos indicios morfotécnicos algo vagos como sus contextos arqueológicos, revelan la correspondencia de esta variante con las versiones romanas inspiradas en los patrones latenenses tardíos.

En la Península Ibérica hemos documentado sólo dos ejemplares con estos atributos, cada uno de ellos perteneciente a una serie distinta únicamente diferenciada por los rebordes de su concha:

Uno de los ejemplares procedentes de La Caridad (**2027**) (Vicente, Pilar y Ezquerro, 1997: fig. 41 y 42; Quesada, 1997: 540 y fig. 313) representa la **serie E2.1**, una serie que podríamos denominar “simple” porque engloba todos los rasgos morfológicos del tipo sin añadidos o modificaciones significativas. Se trata una pieza de rasgos y simetría muy equilibrados, con una concha bastante alta (11 cm) sin reborde alguno y con una importante curvatura. Las aletas conservan los clavos de los ángulos exteriores en su sitio, pero además se aprecian tres orificios más dispuestos en triángulo; dos de ellos muy próximos a los clavos conservados y otro completamente centrado y en una posición muy cercana a la concha. Ningún rastro de manilla u otro elemento metálico parece asociarse con esta pieza.

El umbo de Alvarelhos (**2004**) (Soeiro, 1980: 242), único en el territorio lusitano, pertenece a la que llamamos **serie E2.2**. Los rasgos de esta serie repiten el patrón

unitario de su tipo pero añadiendo dos grandes solapas muy salientes en la parte alta y baja de la concha, de la que nos falta su parte central. El uso de este tipo de rebordes hipertrofiados debió de ir acompañado de algún tipo de encaje en la madera del umbo lignario que contribuyera a la solidez del umbo metálico, aparentemente frágil en este punto. Las amplias aletas se ajustan en este caso mediante tres sujeciones cada una, aunque no se han conservado ninguno de los clavos.

Además de estos ejemplos, el anteriormente referido del lote de La Azucarera (2017) pudo pertenecer a este grupo junto con otra posible pieza procedente de La Caridad, cuyas características ignoramos al no haberlo hallado en el Museo de Teruel, pero que se cita en un trabajo como en fase de restauración (Vicente, Punter y Ezquerro, 1997: 195).



Fig. 114: Umbo de aletas trapezoidales altas (tipo E2.1) procedente de La Caridad (2027); hoy conservado en el Museo de Teruel.

Pese a las singularidades de algunos de los ejemplares hispánicos, los patrones básicos de las dos variantes del grupo E están bien ejemplificadas en sus prototipos de inspiración europeo. El umbo de aletas trapezoidales es un modelo de gran repercusión en el mundo La Tène, tanto en sus versiones originales con aletas medianas como en las más tardías con aletas altas y sujeciones múltiples. El repertorio de Gournay-sur-Aronde es también generoso en este tipo de materiales, con un total de 35 casos (Brunaux y Rapin, 1988: 45). Los ejemplares con aletas cortas como la serie hispánica E1.1 parecen asociarse a conchas bastante bajas como las del tipo IVC de Gournay-sur-Aronde (*Ibid.*: 80), aunque en estos casos su forma es menos pronunciada y se relaciona con los tipos

de aletas rectangulares, de los que a menudo no es fácil distinguirlos cuando sus extremos están ligeramente sobrepasados. El parentesco de estas formas es también extensible con los prototipos de inspiración de la variante E1.2 con aletas más proporcionadas. En Europa Oriental, los umbos de aletas trapezoidales son los más numerosos de la clasificación de Domaradzki (1977: 85-86; grupo II-1B), con los mismos representantes que en Gournay pero repartidos entre las regiones eslovaca (Holiare, sep. 70; Ipel'ské Predmostie 6; Iža), húngara (Radostyán, Miskolk o Balsa 2), rumana (Curtuiseni, Apahida 7), serbia (Surčin, Kupinovo, Mislodin 29 y Karaburma 79), croata (Osijek 35, Erdut, Dalj) y eslovena (Dodova, Mihovo, Brežice) (*Ibid.*: mapa 3) (**fig. 115**).

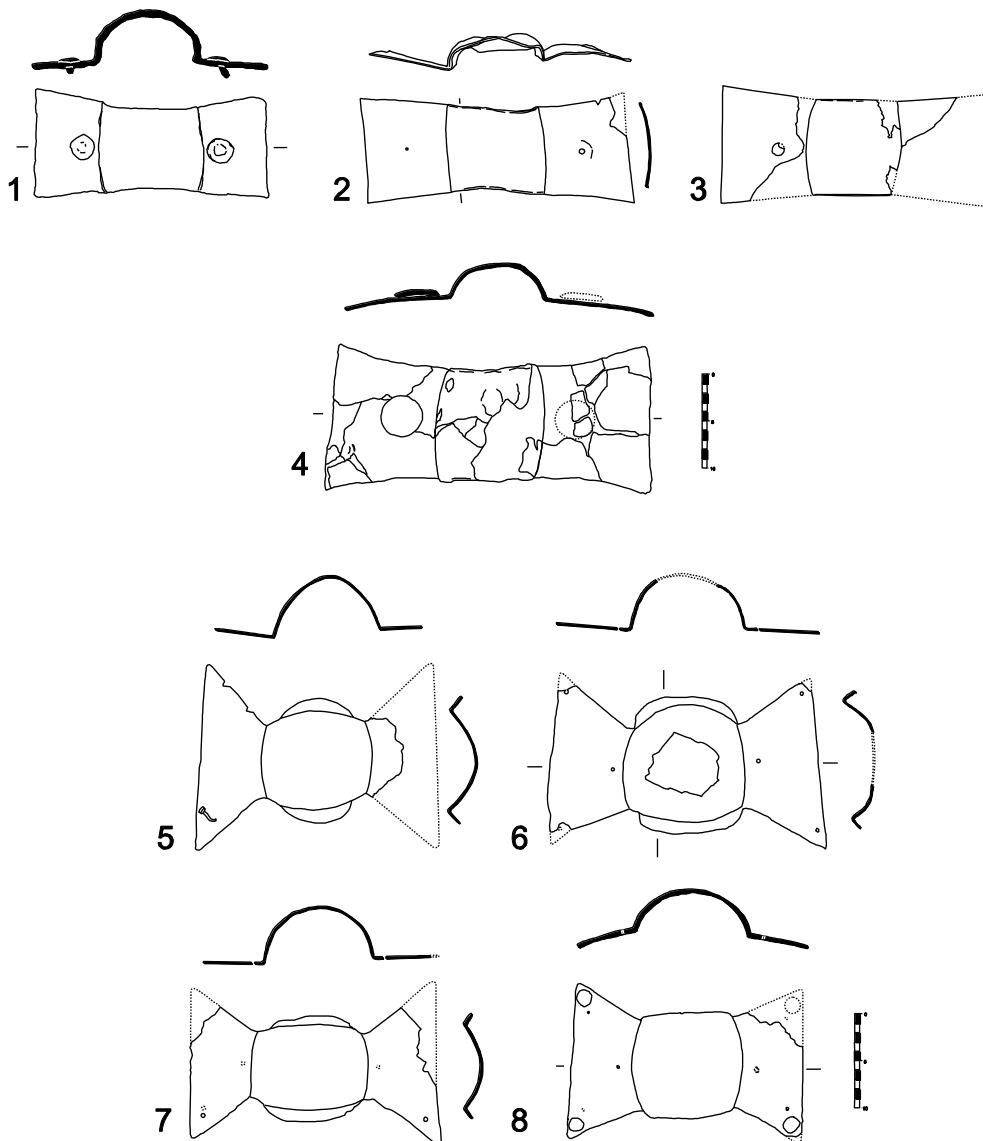


Fig. 115: Los tipos E1.2 (1 y 4) (de aletas trapezoidales medias) y E2 (6 y 8) (de aletas altas y sujeciones múltiples; más tardía) y sus prototipos europeos. 1: Cabrera de Mar (2024); 2-3: GSA-1556 y 5a (lám. XVIII y I); 4: Turó dels Dos Pins, sep. 52 (2049); 5 y 7: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 43 y 42; modificados); 6: Alvarehos (2004); 4: La Caridad (2027). Normalmente, las piezas del tipo E2 se acompañan de rebordes prominentes en la tradición europea.

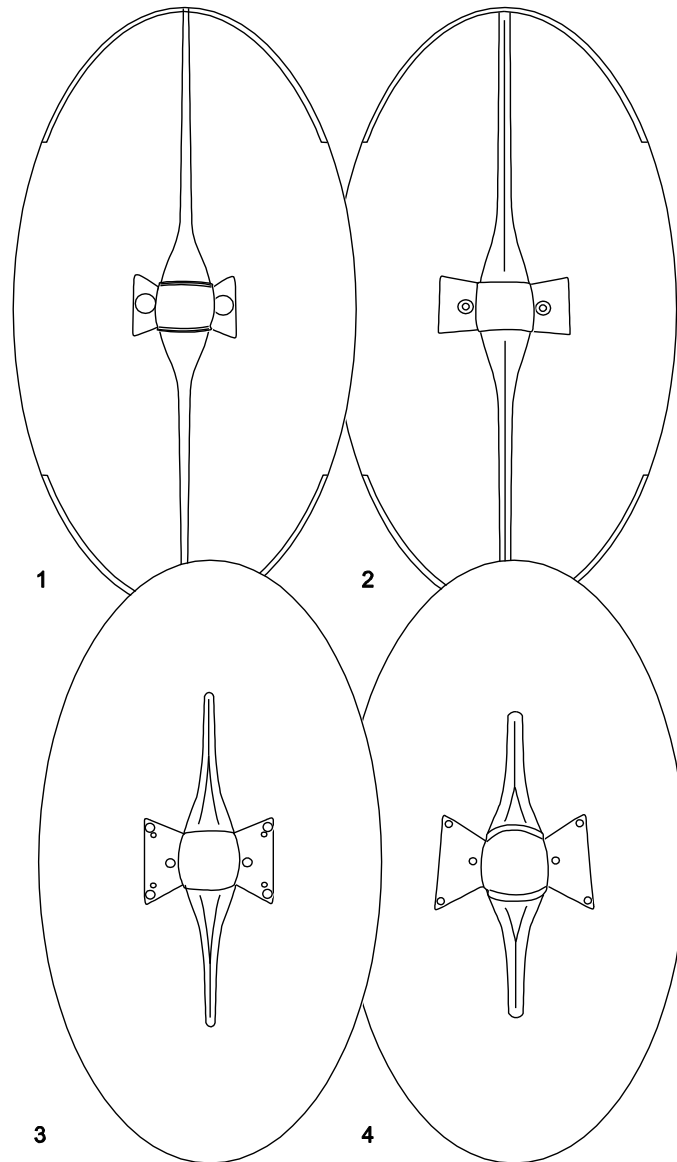


Fig. 116: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos del grupo E. 1: Tipo E1.1; 2: Tipo E1.2; 3: Tipo E2.1; 4: Tipo E2.2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

Las versiones tardías emparentadas con la variante E2 también son bien conocidas, especialmente en el ámbito occidental, en ejemplares como los de Ribemont-sur-Ancre (Viand, Pernet y Delestrée, 2008: fig. 14, 1), Alèsia (Sievers, 2001: lams. 42, 43 y 44), la sep. 27 de Les Baux-de-Provence (Bel *et alii*, 2008: fig. 366, 1) o la sep. 5 de Feurs (Loire) (Riquier, 2008: fig. 13), casi siempre con los característicos rebordes de la serie E2.2 y acompañados de conchas de tendencia cónica, que no sabemos si es el caso de Alvarehos porque está fragmentada en toda su parte central. La supuesta fabricación en bronce de este ejemplar (Soeiro, 1980: 237), aunque plantea ciertas dudas por lo raro del formato (Quesada, 2003b: 97) no sería del todo contradictoria con esta fórmula, pues se dan algunos casos en Alèsia o la sepultura 39 de Owslebury (Sievers, 2001: 143-144, fig. 6 y lám. 42, 31). En el caso de la tumba británica, existe un apéndice en forma de espuela situado en el centro de la concha que recuerda al de algunos ejemplares de umbo circular de origen germánico (Lejars, 1996: 95 y fig. 9, 8) y cuya posible presencia en el ejemplar de Alvarehos es una vez más imposible de confirmar debido a su mala conservación en este punto (**fig. 116**).

El grupo F

Fuertemente emparentado con el grupo E, del que derivan sus aletas y estructura general, el grupo F es, con ocho ejemplares, el hasta ahora más numeroso de la Península Ibérica, pero también uno de los más raros de ver en contextos laténicos o romanos fuera de este territorio. La peculiaridad de estos umbos corresponde a la forma de sus aletas en forma de “mariposa”, que es una evolución curvilínea de las aletas trapezoidales. Sin embargo, y pese al parentesco evidente con las fórmulas de La Tène C2 de concha alta y cerrada y aletas hipertrofiadas, el caso que presentamos es mucho más discreto, siempre acompañándose de conchas de tipo medio (como las de los grupos C-E) y con dimensiones de aletas parecidas a las de sus parientes trapezoidales, sin llegar a alcanzar el volumen de las fórmulas del tipo VII de Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 82) (fig. 101, 11), que en el presente estudio hemos clasificado como “grupo G”.

Dentro del grupo F, hemos distinguido tres variantes y un total de cinco series repartidas entre estas (**fig. 117**).

El tipo F1

El **tipo F1** contiene una única serie que representa, al igual que ocurre en los grupos D y E, la variante estándar de su grupo. En este caso, las aletas de mariposa tienen una forma cóncava en su extremo, entrando hacia adentro en vez de prolongarse en una curva hacia el exterior como ocurre en sus parientes del grupo G. Fiel a su ascendencia morfológica en los umbos de aletas trapezoidales de La Tène C2, su aspecto recuerda la estructura de estos pero es a su vez inconfundible gracias a las curvaturas hacia el interior de los tres lados de sus aletas. La concha de estos ejemplares es de dimensiones medias, de unos 9-10 cm de altura. Las sujeciones, siempre típicas de la fase intermedia de la tradición La Tène, con un único remache bastante voluminoso en su cabeza para cada una de sus aletas.

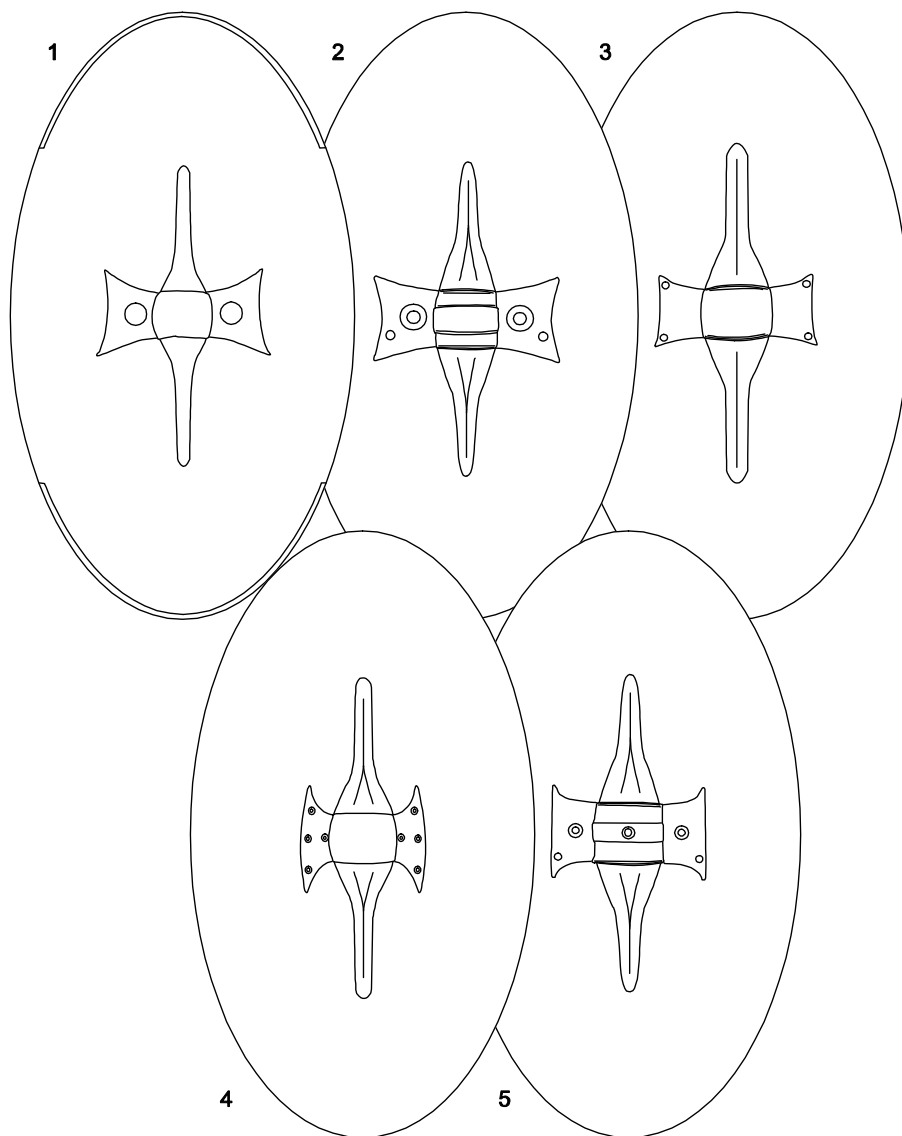


Fig. 117: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos del grupo F. 1: Tipo F1; 2: Tipo F2.1; 3: Tipo F2.2; 4: Tipo F3.1; 5: Tipo F3.2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

Sólo dos ejemplares se han conservado pertenecientes al tipo F1, con características prácticamente idénticas y que, por tanto, no requieren de su diferenciación en series separadas:



Fig. 118: Umbo de aletas cóncavas procedente de la sepultura nº 51 del Turó dels Dos Pins (2047). Tipo F1. Las aletas incluyen una única sujeción en cada caso, y la concha no tiene reborde alguno. Ejemplar actualmente conservado en el Museu de Mataró.

El primero de los ejemplares (2044) procede de la sepultura 26 de la necrópolis del Turó dels Dos Pins (Cabrera de Mar) (García Roselló, 1993: 56-57; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 7) y se conserva sólo en una de sus mitades, aunque ello es suficiente para reconstruir su aspecto original mediante la simetría. Los extremos de las aletas, estrechados entre las curvaturas de sus lados, son bastante prominentes y apuntados. La sujeción al cuerpo del escudo se efectuaba mediante un remache único, de cabeza discoidal ancha como es muy típico en la región nororiental de la Península Ibérica. En el reverso, el remache encaja con una manilla metálica, de la que sólo se conserva una aleta y el arranque de la empuñadura, que es del tipo delgado.

La otra pieza del grupo está completa a excepción de las puntas de sus aletas, que se han fracturado en el proceso de incineración o amortización en la tumba debido a su gran fragilidad. La concha es del tipo estándar, sin rebordes, y el remache de sus aletas es en este caso de los de doble cabeza discoidal para enlazar con una manilla metálica también de empuñadura delgada pero con otro diseño en sus aletas. Este ejemplar **(2047)**, procedente del otro ajuar de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (García Roselló, 1993: 124; Quesada, 1997: 540 y fig. 313) es hasta el momento el mejor conservado de todo el grupo F.

El tipo F2

El **tipo F2** representa, más que la evolución en patrones más tardíos, su adaptación a formato romano (o en la órbita del ejército romano), que es la constante más característica de sus hallazgos, siempre ajenos al noreste peninsular.

La **serie F2.1** cuenta con dos ejemplares procedentes del lote de armas de La Azucarera: **2014** y **2016** (Iriarte *et alii*, 1997: 247 y fig 14). Los dos casos cuentan con las constantes habituales en las conchas de este conjunto, con rebordes relativamente pronunciados y una protuberancia longitudinal atravesando el centro de la concha. La diferencia entre los dos umbos radica en sus proporciones, que son mayores en el caso de 2014 tanto en la propia concha, que es significativamente más alta, como en las aletas (que se adaptan a esta mayor superficie), y en los remaches principales, también mayores en este caso. Ambas piezas comparten las características del grupo F1 en sus aletas, que son curvas en vez de lineales y cóncavas en todos sus planos. Las sujeciones se limitan a dos por aletas: una más sólida con doble cabeza y otras más pequeñas de cabeza plana, distribuidas de forma distinta en los dos ejemplares.

Si la existencia de sujeciones adicionales es la única nota discordante entre los representantes de la serie F2.1 y los del tipo F1, la discrepancia básica de los ejemplares de la **serie F2.2** está en la levedad de sus concavidades. Los umbos de esta serie comprenden aletas muy parecidas a las fórmulas trapezoidales típicas del tipo E1.2, pero sus ligeras concavidades se aprecian a simple vista.

Una vez más, sólo dos ejemplares pertenecen a este conjunto, los dos procedentes del mismo contexto, en un nivel de destrucción de la *Valentia* romana en el que se hallaron

algunas panoplias junto a cuerpos humanos con signos de tortura y mutilación (Ribera, 1995: *passim*):

El primero de ellos (**2001**) (*Ibid.*: 32 y fig. 16, 4; Quesada, 2004: 77 y fig. 7) está mejor conservado en sus aletas y posibilita la reconstrucción del otro (**2002**) (Ribera, 1995: 32 y fig. 16, 2), que está muy incompleto en su parte exterior. La concha, que está aplastada por los golpes en 2001, es del tipo medio, con una altura de alrededor de 10 cm y rebordes leves. Las sujeciones se disponen en un número de dos por aletas, siempre situadas en las puntas de las aletas y empleando clavos simples con cabezas muy pequeñas. Además, ninguna de las piezas conservadas, como suele ocurrir con todas las que proceden de contextos romanos, incluyen restos de manilla metálica.

El tipo F3

El último de los tipos en los que dividimos el grupo F representa una clara diferencia con los dos anteriores en la forma convexa de los extremos de sus aletas, que en vez de curvarse hacia adentro se curvan hacia afuera, en una tendencia típica de las aletas *bipennes* que vemos reproducidas en mayores proporciones en el grupo G.

La primera serie, **F3.1**, consta de un solo ejemplar conocido que viene a ser un híbrido de los atributos de las fórmulas de aletas *bipennes* orientales (fig. 103, 2) combinada con el soporte limitado que supone su arranque a partir de una concha baja que conserva los patrones característicos de etapas anteriores. El único umbo perteneciente a esta tradición (**2026**) procede de un contexto doméstico en La Caridad (Teruel) (Vicente, Punter y Ezquerro, 1997: fig. 40 y 42; Quesada, 1997: 540 y fig. 313). La concha de este ejemplar es simple, sin reborde alguno, mientras que las aletas, que son muy pronunciadas en sus extremos, se sujetan mediante el empleo de tres clavos dispuestos en los bordes exteriores y uno centrado y situado casi a la altura de la concha. Lo curioso de estas sujeciones son las cabezas de estos clavos, que son troncocónicas y muy elevadas; un recurso muy poco habitual en las producciones hispánicas.

La **serie F3.2** podríamos calificarla de “pseudorectangular” partiendo de la forma de sus aletas, que a excepción de sus ángulos apuntados tiene una tendencia parecida a la de los ejemplares del grupo D. La concavidad en los extremos inferiores y superiores de las aletas es leve e influida por la existencia de apéndices angulares, mientras que la cara exterior de las mismas es recta y no curvada hacia afuera como ocurre con los ejemplares de la serie F3.1. El tipo parece poco corriente y sólo cuenta con una

representación en una de las piezas de La Azucarera (2019) (Marcos, 1996: fig. 12; Iriarte *et alii*, 1997: 247; Quesada, 2004: 77 y fig. 7). Se trata de una pieza con una concha bastante alta (11'4 cm) pero completamente abierta, indicando su asociación a un umbo lignario muy recio. Como ocurre con los demás ejemplares de La Azucarera, la concha consta de un reborde bien inclinado hacia el exterior y una ancha protuberancia atravesando la parte central de la concha de lado a lado. En el croquis original de Marcos Pous (Marcos, 1996: fig. 12), que es el único dibujo publicado de esta pieza cuando aún se hallaba completa, aparece un botón con moldura circular idéntico a los remaches de las aletas pero situado en la parte central de la concha, para añadir estabilidad al conjunto. Las aletas, por su parte, emplean un segundo clavo cerca de su ángulo inferior externo, que pudo tener su equivalente simétrico en el extremo superior, que no se ha conservado (fig. 120).



Fig. 119: Umbo de aletas convexas (de mariposa) del tipo peninsular F3.1. La Caridad (Caminreal) (2026). Pieza depositada en el Museo de Teruel.

A diferencia de lo que ocurre con otros grupos de umbos coetáneos o emparentados con este, el formato de sus aletas en combinación con conchas cortas no es muy habitual en otros contextos europeos. El empleo de aletas cóncavas no es de uso extendido en la cultura La Tène, y sólo se conocen pocos ejemplares tardíos como los de la sepultura

222 de Giubiasco⁵⁶³ (Pernet *et alii*, 2006: 60, fig. 2. 22 y T-222, 4) o algún fragmento aislado de aleta (de bronce) en el conjunto de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 44, 46). Las versiones compatibles con una inspiración sobre el tipo F3 hay que buscarlas, como ya hemos indicado, en modelos emparentados con aletas hipertrofiadas y conchas cerradas, que en realidad hay que poner en relación con el grupo G.

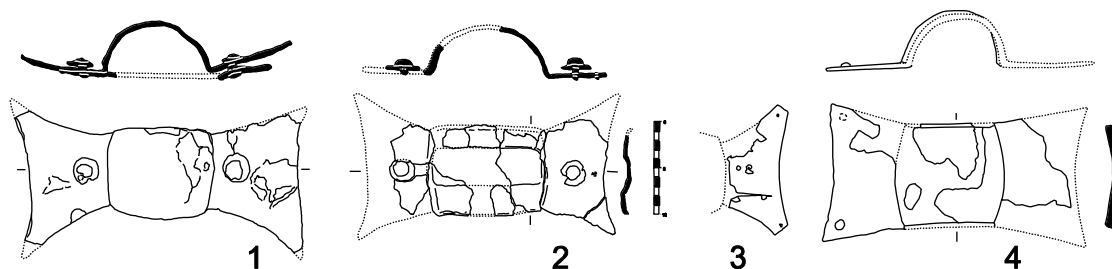


Fig. 120: Umbos de aletas cóncavas de los tipos F1 (1) y F2 (2) y algunas piezas europeas con las mismas formas. 1: Turó dels Dos Pins, sep. 51 (2047); 2: La Azucarera (2016); 3: Alèsia (en bronce) (Sievers, 2001: lám. 44, 46); 4: Giubiasco, sep. 222 (Pernet *et alii*, 2006: T-222,4).

El grupo G

Precisamente el grupo G corresponde a uno de los patrones más característicos de La Tène C2, aunque no es especialmente abundante en la Península Ibérica. Las aletas de estos umbos son muy voluminosas (más que la propia concha) y sin apéndices apuntados en sus extremos. Las conchas, por su parte, tienden a ser muy altas (siempre por encima de los 15 cm), y cerrarse hasta cubrir el grosor de la *spina*, protegiendo por tanto toda o casi toda la superficie del umbo lignario.

No hay más que una variante asignada a este tipo de umbos, puesto que las diferencias en sus representantes es apenas apreciable en el estado actual de los hallazgos.

El tipo G1

Como único tipo en el grupo, el **G1** representa la variante estándar, con las características que hemos definido para la totalidad del mismo. Lamentablemente, sólo

⁵⁶³ En un ejemplar que los autores consideran directamente “de aletas trapezoidales” (*Ibid.*). Es curioso que la forma cóncava de la cara exterior de las aletas, tan poco frecuente en contextos europeos, se repite en un ejemplar de la misma necrópolis (sep. 119) con aletas rectangulares largas por lo demás perfectamente canónicas respecto a los patrones habituales de su tipo (*Ibid.*: 60-61 y fig. 2.23).

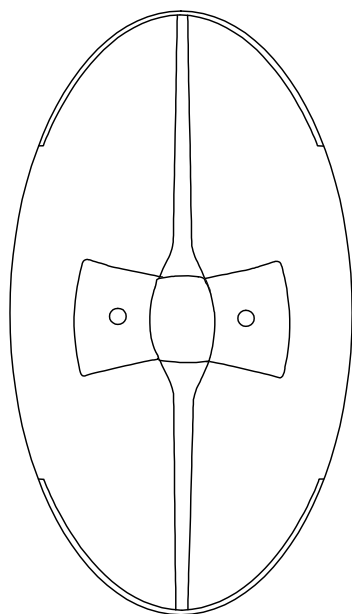


Fig. 121: Restitución del aspecto aproximado de un escudo oval con umbo metálico del grupo G1. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

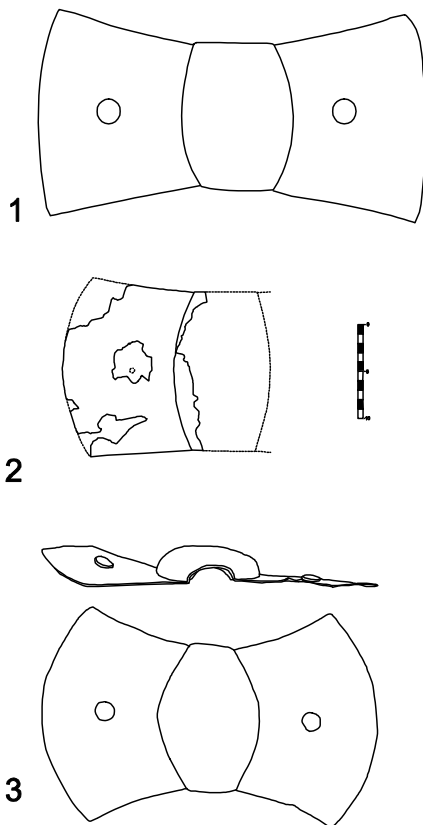
contamos con tres ejemplares inventariados: uno de ellos en un estado de conservación bastante precario y parcialmente desaparecido y otros dos totalmente ilocalizables en los museos respectivos. El caso más completo pertenece a la sepultura nº 45 de la necrópolis ampuritana de Les Corts (2007) (Almagro, 1953: 310 y fig. 268, 8). Actualmente, sólo se conserva una de las aletas pegada a la vaina de la espada La Tène que la acompaña en el ajuar, pero su aspecto general puede reconstruirse gracias a una foto publicada (*Ibid.*: lám. XVIII, 11) en la que se aprecia la concha completa y parte de la otra aleta. El estado de conservación de estos fragmentos no permite sin embargo hacernos alguna idea sobre si existió reborde o cuantas fueron sus sujeciones. Sin embargo, y a juzgar por paralelos europeos bien conocidos (fig. 101, 11), lo más frecuente es que no exista reborde (que no tiene tanta razón de ser al cerrarse la concha) y que se emplee un único remache por aleta pese a su gran superficie⁵⁶⁴. Otro de los ejemplares catalogados (2008), igualmente procedente de una tumba de Les Corts (sep. 57) (Almagro, 1953: 319 y fig. 281, 9), nos es peor conocida todavía, y sólo contamos con un sencillo croquis publicado que nos oriente sobre su aspecto original. Puesto que se trata de un dibujo en exceso esquemático, no otorgamos gran credibilidad a sus rasgos y nos limitamos a subrayar su pertenencia a este tipo merced a su alta concha y la hipertrofia de sus aletas, de tendencia similar al ejemplar de la sepultura 45.

El tercer y último caso es todavía peor. Se trata de un ejemplar (2009) que no hemos podido localizar y que parece atribuirse igualmente a la necrópolis de Les Corts, pero que se cuenta entre los materiales cuya tumba es desconocida (Almagro, 1953: 383 y fig. 386, 6). El dibujo publicado, lamentablemente visto de perfil, sólo indica la presencia de una concha sin restos de aletas. Sin embargo, las medidas de longitud (20 cm; que en realidad refieren a su altura) y el aspecto casi esférico de la misma, parecen indicar su pertenencia a los modelos de concha cerrada y aletas hipertrofiadas que pueden relacionarse con el grupo G (fig. 121).

⁵⁶⁴ *Vide supra*, IV.A.

Los patrones europeos de inspiración de estos umbos son perfectamente conocidos por la investigación científica del armamento La Tène. En Gournay, el formato pertenece al tipo VII de Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 82), del que se conservan un total de cinco ejemplares. Del conjunto, cabe resaltar el hecho que Rapin distingue distintas variantes que difieren en la forma algo más trapezoidal de las aletas, lo que probablemente podría ponerse en relación con el ejemplar de la sepultura 57 de Les Corts (2008) si nos atenemos a la fiabilidad de su croquis.

Asimismo, la región central de Europa también ha registrado algunos de estos umbos, como el conocido ejemplar de la sepultura 26 de Vevey⁵⁶⁵ (Suiza) (Martin-Kilcher, 1981: 121-122 y figs. 15 y 33, 3).



En el Este de Europa, también es un tipo conocido y no especialmente abundante, con ejemplos como los de Mokronog (sep. 1; Gustin, 1984: fig. 22, 4), Malunje, Skorba o Hainburg (Domaradzki, 1977: 77, 79-80 y 86).

Por otra parte, las variantes suralpinas con aletas desarrolladas en alto y estrecho (fig. 103, 2) también están emparentadas con estos umbos, aunque pertenecen a una tradición distinta a la documentada en el noreste peninsular, que podría enlazar mejor con raros ejemplares del tipo F3 como el de La Caridad (2026) (**fig. 122**).

Fig. 122: El grupo G1 (1) y parientes europeos (2-3). 1: Les Corts, sep. 45 (restitución) (2007); 2-3: GSA-4007 y 497 (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XXXVII y VIII). Las aletas pueden ser más o menos curvas según el caso.

El grupo H

El grupo H es un grupo muy poco habitual en la Península Ibérica y en el ámbito céltico en general, y está fuertemente emparentado con los umbos de aletas de mariposa del grupo G, con los de aletas trapezoidales del grupo E y quizás incluso con los de aletas

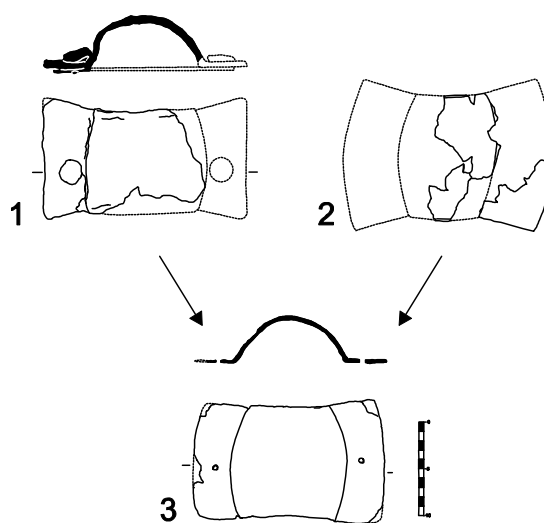
⁵⁶⁵ Que en Brunaux y Rapin, 1988: 68 y fig. 35, aparece erróneamente como “T. 16”.

rectangulares cortas del tipo D1.1. Como ocurre con la mayoría de los grupos pertenecientes a monovalvos, la distinción básica de este modelo reside en la forma de sus aletas, que son muy cortas y de un estilo híbrido que combina los lados rectos y ligeramente elevados de algunas producciones con formas trapezoidales con un lado exterior curvado hacia afuera como los que tienen formas de alas de mariposa. El sentido experimental de este grupo es patente en esta combinación de atributos y explicaría su poca repercusión en el ámbito estudiado, que sólo cuenta con un ejemplar registrado.

El tipo H1

El ejemplo único de este tipo pertenece a un contexto desconocido del yacimiento aragonés de Castilsabás (2028). Se trata de una pieza del todo inédita y de la que sólo contamos con sus características morfológicas como fuente de información. La concha de este umbo, que carece de rebordes, es bastante alta dentro de unas proporciones medianas (casi 12 cm de altura) muy regulares, con una importante curvatura que recuerda otras producciones romanas de aletas trapezoidales altas como las de La Caridad (2027) o Alvarelhos (2004). Las propias aletas no son mucho más altas (c. 13 cm) que la concha y denotan una cierta sobriedad en su aspecto, que es del todo funcional. Persisten dos orificios correspondientes a sus sujeciones, dispuestas una por cada aleta y en el centro de las mismas, que es el método más tradicional de ajustar el umbo metálico al cuerpo del escudo.

Fig. 123: Posible influencia de algunos tipos de umbos monovalvos sobre el grupo peninsular H1. 1: Cabrera de Mar, sep. IV (2022), tipo E1.1 (aletas trapezoidales cortas); 2: GSA-210 (Brunaux y Rapin, 1988: lám. V) (aletas *bipennes*). 3: Castilsabás (2008), tipo H1.



Es muy difícil hallar ejemplos paralelos para esta pieza, que es un claro experimento híbrido que podría ser incluso un ejemplo aislado de escasa producción. Sin embargo, sí podemos aportar algunos datos sobre su posible ascendencia morfológica entre los modelos de aletas de mariposa poco desarrolladas como algunos ejemplares del tipo VIIA de Gournay-sur-Aronde con laterales rectos de tendencia trapezoidal (GSA-210; Brunaux y Rapin, 1988: lám. V) o incluso en las variantes de aletas rectangulares algo sobrepasadas (GSA-1687; *Ibid.*: lám. XX). Un umbo de concha baja bastante fragmentado procedente de *Bibracte* (Pernet, Poux y Teegen, 2008: fig. 7) parece incluir asimismo un tipo de aletas muy similares a las del ejemplar de Castilsabás, aunque la altura de la concha condiciona en última instancia la comparación con esta pieza (**fig. 123 y 124**).

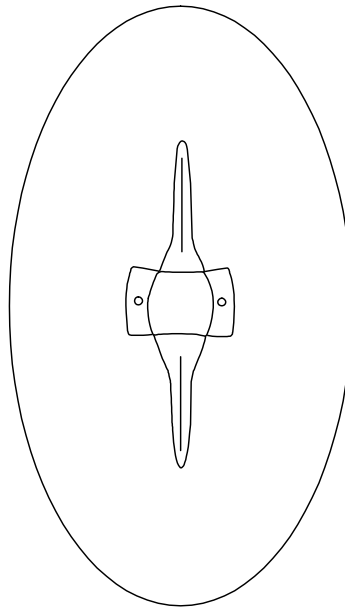


Fig. 124: Restitución del aspecto aproximado de un escudo oval con umbo metálico del grupo H1. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

El grupo I

El grupo I (i) pertenece a otro formato por completo distinto a los anteriores, que podríamos definir como “umbos circulares de concha hemisférica”. La tradición de los umbos circulares implica una notable diferencia en el concepto clásico del escudo La

Tène porque conlleva cambios estructurales en su morfología como son la desaparición de la *spina* longitudinal y la incorporación subsiguiente de umbos lignarios exentos. En este caso, el umbo metálico cubre por completo al umbo de madera al que placaría, y las aletas tan comúnmente ligadas a los monovalvos a partir del siglo III a.C., desaparecen substituidas por una base circular única más o menos estrecha que rodea la concha y sirve de superficie sobre la que encajar los numerosos clavos que suelen acompañarla.

En otro lugar, el estudio de los umbos circulares no plantearía otro problema que el de su pertenencia a la cultura La Tène o bien a la cultura romana, que comparten el mismo patrón durante buena parte del siglo I a.C. En cambio, cualquier clasificación tipológica de estos umbos en la Península Ibérica pasa por su inclusión en una compleja problemática que ya fuera planteada por Juan Cabré (1939-40: 78-80) y, posteriormente, Fernando Quesada (1997: 515 y 538-539; 2004: 79) y que tiene que ver con la coincidencia de estos formatos con otros de claro origen autóctono.

Veamos entonces cuál es este planteamiento y cómo podemos diferenciar (si es que podemos) los patrones La Tène-romanos de nuestro grupo I de los umbos circulares de origen celtibérico.

El umbo circular hispánico y el problema de la coincidencia de formatos

En 1940, el siempre perspicaz Juan Cabré (Cabré, 1940: 79-80 y láms. XX-XXIII) advirtió por primera vez la relación formal entre algunos umbos circulares aparecidos en una serie de tumbas celtibéricas (sepultura R de Quintanas de Gormaz, sep. 5B de Osma y sep. D de Arcóbriga; además de un puñado de piezas más procedentes de esta misma necrópolis) y los umbos circulares de tradición gala. El suceso plantearía una importante paradoja en cuanto al tipo de escudo al que acompañarían estos umbos, puesto que la tradición celtibérica autóctona emplearía preferentemente escudos de tipo *caetra*, que son circulares, mientras que una presunta influencia gala significaría que probablemente vendrían asociados a escudos ovales, que también se emplearon en la Celtiberia al menos desde finales del siglo III a. C. (Lorrio, 1997: 192-194). La ausencia de nuevos materiales parecidos dejó la cuestión en suspenso hasta que la retomara Fernando Quesada en el marco de su extensísimo trabajo sobre el armamento ibérico (Quesada, 1997: 538-539). Las aportaciones de este autor respecto a estas piezas son de especial trascendencia para nuestro estudio, puesto que abren una vía de interpretación que

puede permitirnos diferenciar entre umbos circulares celtibéricos para *caetra* y umbos circulares para escudo oval, o, cuanto menos, rechazar algunos de los ejemplos de Cabré como piezas de la órbita del influjo La Tène. En primer lugar, Quesada insiste en el descarte de algunos umbos demasiado pequeños (sep. R de Gormaz; *Ibid.*: 514-515) (**fig. 125, 10**), con valores inferiores a los 15 cm de diámetro, que hay que relacionar con otros tipos meseteños de influencia vaccea o vettona; siempre asociados a caetras⁵⁶⁶. En segundo lugar, y de forma mucho más determinante, existe una ineludible contrariedad en la cuestión cronológica, puesto que los umbos circulares no aparecen en el ámbito La Tène hasta el siglo I a.C. (Quesada, 1997: 538)⁵⁶⁷, lo que a la práctica supone la imposibilidad de que los ejemplares celtibéricos (que en general son anteriores) deriven de los modelos continentales. En efecto, el ejemplar de la sepultura D de Arcobriga (**fig. 125, 11**) habría que fecharlo en el siglo IV a.C. a juzgar por la espada La Tène que la acompaña (*Ibid.*)⁵⁶⁸ y no encajaría por tanto con los modelos habituales en LTB1-B2, que siempre son bivalvos.

Otros signos incompatibles con los umbos de escudos ovales como la existencia de anillas para el telamón (que aparecen claramente reflejados en el repertorio registrado por Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 60-61 y fig. 15, 2b), o incluso la distribución de las sujeciones del umbo en el borde de la base, pueden ser elementos que subrayen la pertenencia de esta pieza a una tradición por completo distinta.

El mismo argumento, aunque con datos menos sólidos, es probable que sea extensible a otras piezas como las de la sep. 5B de Osma y quizás la mayoría de las de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 339) y la práctica totalidad de los ejemplares celtibéricos. Sea como fuere, está claro que estos umbos no proceden de influencia La Tène alguna y, en consecuencia, no tiene sentido incluirlos en este estudio. No obstante, y aunque la cuestión anacrónica impide esta vía de flujo, no niega el planteamiento inverso; o sea, que el umbo circular de los escudos ovales procediera de una influencia

⁵⁶⁶ Tanto en el ámbito ibérico (*cf.* Quesada, 1997: 518-524 y 541-544) como en el celtibérico (Lorrio, 1997: 193), la iconografía tiende a representar casi siempre guerreros armados con caetras, normalmente provistos de umbos circulares (quieran representar estos ejemplares de madera o ejemplares metálicos). En los escudos ovales, lo habitual es representar el conjunto de spina y umbo fusiforme cuando el componente es orgánico y umbos con aletas cuando es metálico. Si se representara un umbo circular, es que probablemente sería metálico (*vide infra*, IV. E).

⁵⁶⁷ En este mismo sentido, véase Lejars, 1996: 94-95, que fecha este tipo de umbos en la transición entre LT D1 y LT D2, generalizándose sólo en esta última fase.

⁵⁶⁸ *Vide* asimismo *supra*, III.C.1 y III.E; inv. 1005. Lorrio y Sánchez de Prado (2009: 60 y 433) otorgan a esta tumba una cronología del siglo III a.C. basándose casi exclusivamente en la espada y sobre datos en exceso retardatarios. Pese a esta discordancia, en este caso insignificante, los autores se muestran de acuerdo con la correspondencia de estos umbos a escudos circulares y no ovales (*Ibid.*: 335).

de la *caetra* celtibérica vía los ejércitos romanos (en un proceso similar al de la adopción del *gladius* o el *pugio*). Esta posibilidad, que ya ha sido planteada en ocasiones sin resultados concluyentes (Poux, 2008: 347), choca directamente con otros planteamientos, como el de la referida hipótesis de la autogénesis que proponía Rapin partiendo de los umbos de aletas de mariposa (Brunaux y Rapin, 1988: 67) (Fig. 103), pero podría ser compatible con la perduración de los umbos circulares hispánicos hasta el siglo I a.C. como indicarían las piezas de Numancia (Jimeno *et alii*, 2006: 256-259)⁵⁶⁹ o la sepultura 1A de Osma (Fuentes, 2004: fig. 4, 6)⁵⁷⁰.

Como no es nuestra intención aquí desarrollar estas teorías porque ello implicaría un estudio pormenorizado de las piezas peninsulares y europeas, nos centraremos, como ya hiciera Quesada (2004: 79) en aquellos umbos cuyo contexto cronológico abarca el periodo de fines del siglo II a. C. a finales del siguiente, que son en última instancia los únicos que pudieron tener una influencia La Tène. No obstante, prescindiremos de aquellos con diámetros de base excesivamente cortos o aquellos que incluyen clavos en la concha o en el borde, puesto que consideramos estos rasgos como evidencias de su pertenencia a caetras. De este modo, ninguno de los ejemplares de Numancia, Arcóbriga, Gormaz u Osma van a ser incorporados a nuestro catálogo.

El tipo I1

Ciñéndonos pues a los ejemplares de la fase equivalente a LT D1 y LT D2 sin estas características, son muy pocos los umbos circulares documentados en la Península Ibérica. El primero de los tipos en los que dividimos el grupo de los circulares de concha hemisférica (a contrastar con los de concha cónica, que pertenecerían, de existir, a otro grupo), se caracteriza por la corta longitud de su base, de un valor ligeramente inferior a los 20 cm y por tanto en una rama morfológica distinta a la del tipo I2, que cuenta con bases bastante más anchas. La diferenciación en dos patrones opuestos nace de una clasificación anterior propuesta por M. Domaradzki para los umbos circulares de la región oriental de Europa (Domaradzki, 1977: 87) en los que se hace eco del mayor diámetro de algunas de las piezas. En realidad, un buen número de piezas europeas pueden incluirse en el repertorio de influencias sobre este grupo, como por ejemplo la de la sepultura 223 de Wederath (Haffner, 1971: 51-52 y lám. 54, 5) o las de Bibracte

⁵⁶⁹ En opinión de sus autores, también pertenecientes a caetras y no *scuta* (*Ibid.*: 259).

⁵⁷⁰ Asociada a una fibula en omega (*Ibid.* y Lorrio y Sánchez, 2009: 339).

(Pernet, Poux y Teegen, 2008: fig. 6, 62) y Pîtres (Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008: fig. 7) (**fig. 125, 1-3**), equipados con distintos esquemas de número y disposición de los clavos.

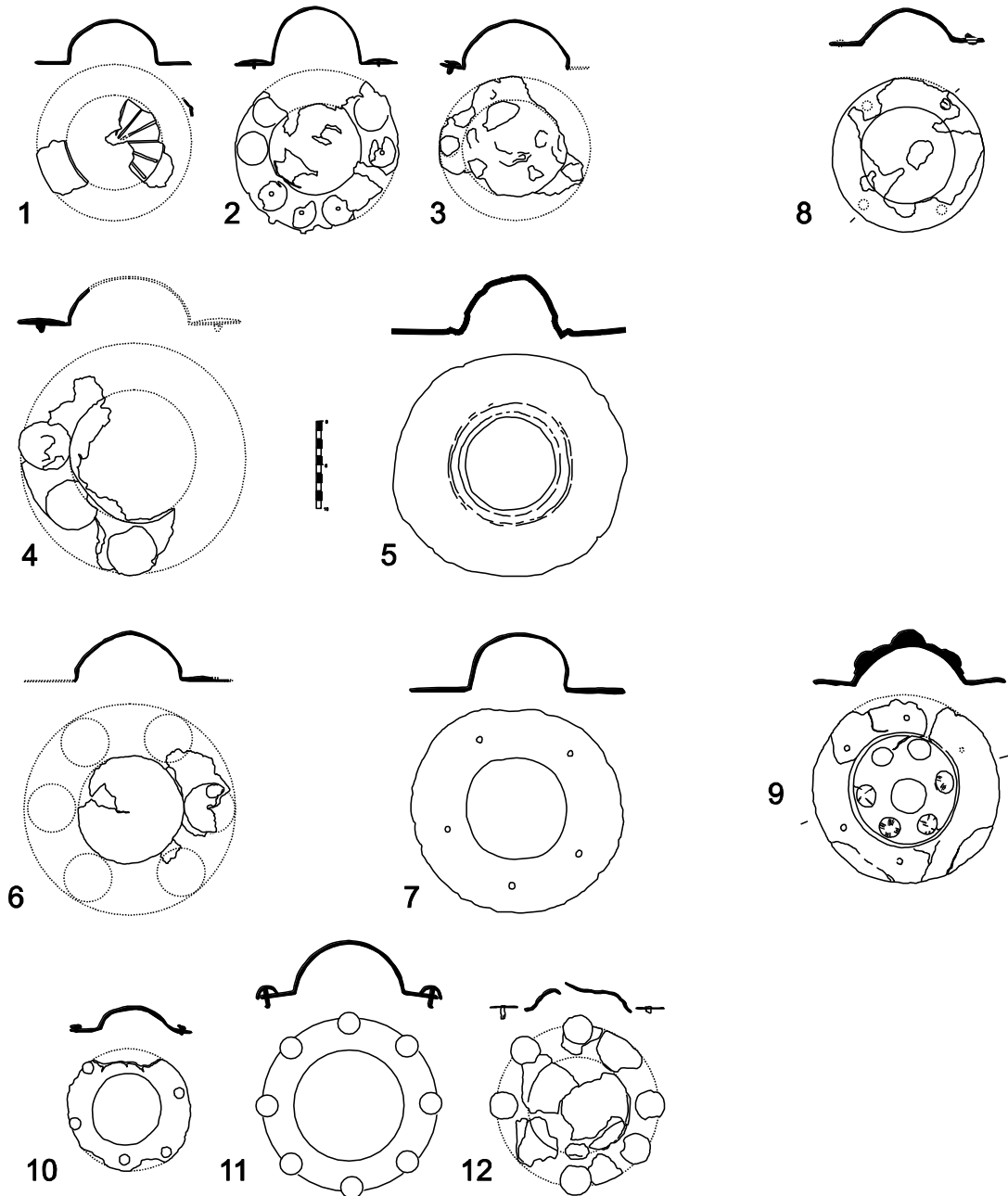


Fig. 125: Umbos circulares europeos (1-7) y posibles piezas hispánicas inspiradas en estos (8-9), también comparadas con producciones celtibéricas con formas comunes. 1: Bibracte (Pernet, Poux y Teegen, 2008: fig. 6, 62); 2: Pîtres (Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008: fig. 7); 3: Wederath, sep. 223 (Haffner, 1971: 51-52 y lám. 54, 5); 4: Wederath, sep. 242 (*Ibid.*: 55 y lám. 58, 9); 5: Sotin, sep. 3 (Bozic, 1981: lám. 7, 4); 6: Wederath, sep. 312 (Haffner, 1971: 69 y lám. 79, 9); 7: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 44, 47); 8: St. Miquel de Lliria (2041); 9: Alto Chacón (2003); 10: Gormaz, sep. R (Schüle, 1969: lám. 40, 4); 11: Arcóbriga, sep. D (Cabré, 1939-40: lám. XXI); 12: Numancia, sep. 18 (Jimeno *et alii*, 2004: Fig. 38, 4).

El único ejemplar hispánico compatible con este tipo y una cronología avanzada es el umbo procedente del poblado ibérico de Sant Miquel de Lliria (2041) (Bonet, 1995: 298 y fig. 149; Quesada, 2004: 79 y fig. 7). Aunque mal conservado en la base, comprende buena parte de la concha y puede restituirse su aspecto original sin demasiado esfuerzo, tal como demuestra el estado actual de la pieza, completamente restaurada. La casualidad ha dejado a la vista tan sólo uno de los clavos, del que ni siquiera se ha conservado la cabeza. A falta de otros signos, ignoramos cuántos clavos se utilizaron para su sujeción al escudo y cómo estaban repartidos en la base.

El tipo I2

La tradición de los umbos circulares de concha hemisférica comprende igualmente una versión de base ancha en la que suelen figurar habitualmente clavos de cabezas



Fig. 126: Umbo circular del Alto Chacón (2003; tipo I2), hoy depositado en el Museo de Teruel.

discoidales de gran diámetro (5-6 cm)⁵⁷¹. El único umbo peninsular que puede ajustarse a estos patrones es el de Alto Chacón (2003) (Atrian, 1976: 76 y fig. 43, h; Quesada, 1997: fig. 298), si bien con proporciones más discretas que las habituales en el resto de Europa. El umbo de Alto Chacón es bastante peculiar en cualquier repertorio de umbos metálicos para escudo oval debido a la ornamentación de su concha mediante el empleo de seis elementos hemisféricos

radiales dispuestos en torno a otro central de mayores dimensiones. No se trata de repujados similares a los del umbo de Bibracte (fig. 125, 1) puesto que el reverso de la concha es liso en contra de lo que muestra la sección del dibujo originalmente publicado

⁵⁷¹ Un patrón que curiosamente también aparece en algunas piezas celtibéricas, como la de la sepultura 18 de Numancia (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 38).

(*Ibid.*), sino más bien de clavos o apliques soldados, puesto que tampoco se aprecian distorsiones en el lado opuesto de la concha. Los apliques exteriores están asimismo decorados mediante tres líneas incisas dispuestas en aspa, que se han perdido en algunos casos. El aplique central, mucho más ancho, no muestra signos de haber estado decorado. Las peculiaridades de la concha no acaban en su patrón ornamental, sino que incluyen una especie de retranqueo en su contacto con la base, donde se aprecia una especie de encaje. Este atributo coincide con muchos de sus parientes europeos, tanto de base ancha como de base estrecha (**fig. 125,1-6**); otro dato que contribuye a relacionar esta pieza con los umbos de escudos ovales.

En cuanto a la propia base, su diámetro es, como ya hemos dicho antes, no excesivamente ancho, hallándose más próximo a los ejemplares de Alèsia (Sievers, 2001: lám. 44) o sus parientes de concha cónica que a los tipos orientales, que suelen rondar los 28 cm (Domaradzki, 1977: 87) (**fig. 127**).

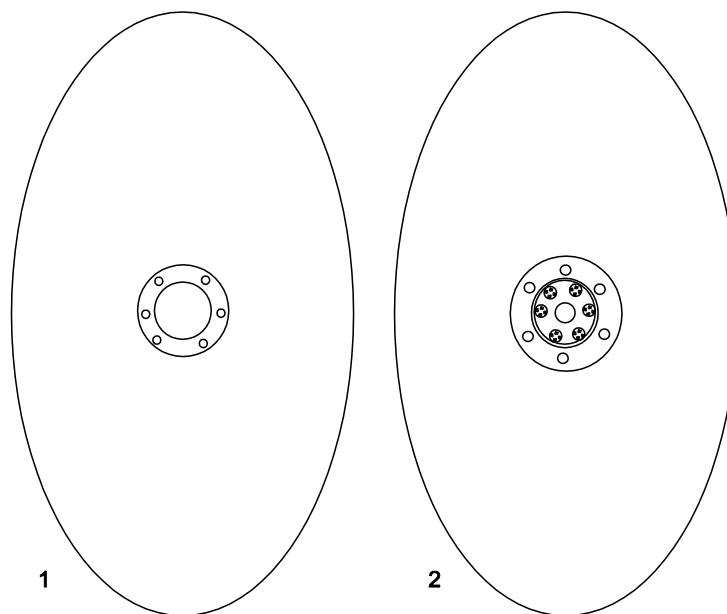


Fig. 127: Restitución del aspecto aproximado de los escudos ovales con umbos metálicos circulares del grupo I. 1: Tipo I1; 2: Tipo I2. Las formas y proporciones de los elementos orgánicos son hipotéticas.

Umbos circulares incompletos

Además de los ejemplares comentados, existen dos piezas más que tienen indicios de pertenecer a la familia de los umbos circulares pero cuyo estado de conservación no nos

permite valorar si habría que incluirlos dentro del grupo I o bien pertenecerían a las variantes de concha cónica con o sin apéndice, que habría que clasificar en un hipotético “grupo J” que hasta el momento no cuenta con representación en la Península Ibérica.

El primero de estos ejemplares (2020) pertenece al lote de armas de La Azucarera, y desconocemos su aspecto por hallarse desaparecido. Pese a que el resto de los umbos de la misma procedencia formaban parte de los materiales depositados en el Museo de La Rioja, no ha sido posible hallar fragmento alguno atribuible a esta pieza. Sin embargo, los autores de las publicaciones relacionadas con este lote de armas insisten en la existencia de un umbo con estas características (Iriarte *et alii*, 1997: 234 y fig. 14), del que desgraciadamente no contamos con descripción alguna de su concha o base. En todo caso, la cronología de este grupo de armas, que podemos fechar sin problemas entre 150 a.C. y 75 a.C.⁵⁷², no ofrece dudas sobre su relación con los escudos ovales, que además están perfectamente representados en otros siete ejemplares del lote que contaban con umbos metálicos con aletas.

El siguiente interrogante refiere a un pequeño fragmento de umbo de hierro (2055) publicado por Martin Luik (Luik, 2002: 226 y lám. 179, 124) y procedente de uno de los campamentos romanos de Renieblas; en concreto del campamento III. Sabido es que la cronología de este recinto es de mediados del siglo II a.C. (*Ibid.*: 171; Dobson, 2008: 32-41) a raíz de su reciente reestudio de materiales. Una fecha tan alta no es del todo compatible con la de los umbos circulares de contextos galos o romanos, pero no hay que olvidar que, en primer lugar, en Renieblas acamparon las legiones romanas en varias ocasiones y existe una importante superposición de algunos de los campamentos; pero además, que el repertorio de objetos asignados al campamento III incluye piezas mucho más tardías como fibulas con esquema de La Tène III de los tipos de arco con charnela conocidos en Alèsia (con fechas de 80-70 a.C. en adelante) o del tipo Telamon-Gorica, datables *circa* 100 a. C. En consecuencia, la datación de este elemento en el último cuarto del siglo II a.C. o más adelante, no sería descabellada.

Dicho esto, no ganamos gran cosa al incorporar esta pieza a nuestro repertorio, puesto que su estado de conservación es muy parcial. En realidad, sólo contamos con un fragmento de 8 cm de longitud que incluye una parte de la base y el arranque de la concha, con una tendencia curva claramente circular y sin retranqueo, y desconocemos cualquier detalle sobre sus bordes y elementos de sujeción. De este modo, el ejemplo es

⁵⁷² Vide infra, VII. B.

tan incierto que igualmente pudo pertenecer al grupo de los circulares celtibéricos contemporáneos a la conquista romana (*supra*).

Reflexiones e interrogantes

El repertorio de formas representadas en la Península Ibérica es realmente bastante completo. Existen ejemplos de prácticamente todas las variantes habituales en contextos europeos y romanos, dando fe de la continuidad en el uso de estas protecciones para los escudos ovales. También salta a la vista que la mayoría de piezas registradas en nuestro catálogo han sido susceptibles de clasificarse en uno u otro grupo, y no es frecuente que hablemos de piezas de tipo indeterminado si no es que se han conservado otros restos metálicos distintos al umbo. Al contrario que ocurre con las espadas, la mayoría de las veces los umbos incluyen restos suficientemente explícitos como sus aletas que pueden clasificarse a partir de pequeños fragmentos. Sólo casos singulares como algún raro ejemplar de Pontós **(2033)** (Rovira, 2002: 365), cuyo estado fragmentario y sus signos de deformación ritual no permiten identificar con certeza si se trataría de una extraña versión con aletas trapezoidales o bien de algún tipo de tosca reparación, se incluyen entre los tipos dudosos. El supuesto umbo de l'Esquerda (Ollich *et alii*, 2006: 164-165), que acompaña los restos de orla de un escudo oval **(2031)** es también muy dudoso (con un grosor y peso excesivos y ningún signo de transición a la concha), de modo que hemos optado por descartarlo de nuestro repertorio.

Sin embargo, no es sólo la variedad lo que importa, y es también cierto que la mayoría de las series que hemos definido son muy cortas, casi siempre con uno o dos ejemplares cada una. Este es un factor que debe hacernos reflexionar, puesto que significa que este tipo de protecciones no es excesivamente habitual entre los escudos ovales peninsulares, y que nos hallamos deficitarios de contextos tales como necrópolis en el área nororiental que nos enriquezcan con hallazgos que nos permitan valorar sus proporciones de una forma algo más realista. No hay que olvidar que el territorio del noreste, que es donde se concentra la mayor parte de los umbos de influencia La Tène, cuenta con muchas más espadas y vainas porque estas parecen representar un papel de mayor relevancia en la exhibición de trofeos de guerra, nuestra principal fuente de información respecto a estas armas⁵⁷³.

⁵⁷³ García Jiménez, 2006: 102-107. Véase también *supra*, cap. III.B.

IV.B.2: Tipología de las manillas metálicas peninsulares

Si los umbos metálicos escasean en el registro arqueológico peninsular, peor aún es el panorama de las manillas metálicas que los acompañan. Sólo un total de 13 piezas han sido catalogadas para el conjunto del territorio estudiado. Todas y cada una de estas piezas corresponden a la región nororiental de la península, lo que en última instancia viene a indicarnos la clara relación de estas piezas con los patrones de influencia La Tène, que no parece tener extensión a los formatos romanos. Ello no significa que todos los escudos del noreste tengan forzosamente que incluir manillas metálicas, pero parece que la proporción es importante, quizás incluso más de lo que suele serlo en sus contextos de inspiración europeos⁵⁷⁴. De hecho, el número de ejemplares registrados para el territorio nororiental ha crecido notablemente en este estudio, sobre todo por el hecho de que, al ser objetos más bien mal conocidos en la investigación académica europea, tienden a llamar poco la atención y pueden pasar desapercibidos por su estado fragmentario, que a menudo se limita a las aletas todavía pegadas al reverso de las aletas del umbo mediante sus remaches de unión. Asimismo, y aunque hoy en día parece mucho menos habitual, muchas veces carecemos de cualquier información relativa a la existencia de este tipo de elementos, que permanecen ocultos debido a la costumbre de publicar dibujos o fotografías del anverso del umbo y prescindir de los detalles del reverso, donde normalmente hay algún signo de la manilla⁵⁷⁵. Estos déficits de precisión repercuten igualmente en la identificación de sus patrones morfológicos cuando la pieza está exenta y aparece separada del umbo metálico. En relación a este aspecto, hemos identificado un total de cuatro manillas sueltas, cuyas correspondencias con los umbos se han perdido. Curiosamente, tres de estas proceden del yacimiento indikete de Mas Castellar (Pontós) (2034, 2035 y 2054), cuyos umbos (2032 y 2033) aparecen despojados de estas piezas.

Hemos dispuesto de una propuesta de clasificación tipológica para las manillas metálicas peninsulares, que pese a presentar todavía importantes sesgos de correlación con los distintos tipos de umbo, pueden llegar a ser de ayuda en el futuro, conforme se vayan incrementando los hallazgos de este tipo de objetos. Para representar estos tipos,

⁵⁷⁴ *Vide supra*, IV.A.

⁵⁷⁵ Así ocurre por ejemplo con las de Cabrera de Mar: 2021, 2022 (Barberà, 1970: fig. 9 y fig. 15) y 2023 (Sandars, 1913: fig. 34) o con el ejemplar del Tossal de les Tenalles (2042) (Colominas y Duran, 1920: fig. 393).

hemos utilizado un sistema simple que emplea como criterios de distinción básicos la forma de las aletas y la de sus empuñaduras. Se empleará un método en el que un numeral represente al grupo tipológico y una letra mayúscula las singularidades de cada variante. Este método de nomenclatura, inverso al utilizado para los umbos metálicos, pretende precisamente distanciarse de aquella otra tipología por no confundirla al discurrir sobre sus correspondencias concretas (**fig. 128**).

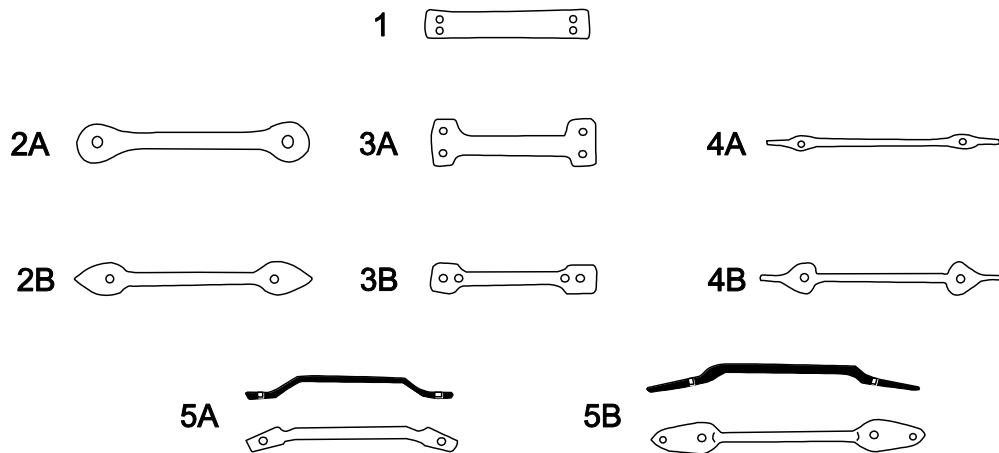


Fig. 128: Resumen de los distintos tipos de manilla documentados en el noreste de la Península Ibérica. 1-4B: Empuñaduras rectas; 5A-5B: Empuñaduras erguidas. 1: Sin aletas.

Grupo 1

Este grupo engloba las manillas simples, sin aletas, cuyos terminales son por tanto la simple extensión de la empuñadura. Se trata de ejemplares con empuñadura bastante ancha, que pueden alcanzar los 2'5 cm.

Conservamos dos ejemplares con estas características, procedentes de Mas Castellar (**2034**) (Rovira, 2002: fig. 11.17) y Puig de Sant Andreu (**2037**). Los modelos son ligeramente distintos; el primero con empuñadura más delgada y con unos ligerísimos ensanchamientos en los extremos, allí donde se encaja la manilla al cuerpo del escudo. Se trata en ambos casos de ejemplares de longitud estándar (unos 17'6 cm) y con sujeciones separadas por unos 14 cm, lo que implica que si compartieron el remache del umbo se trataba de remaches muy próximos a la concha. Esto es precisamente lo que

ocurre con el ejemplar de Ullastret, que se asocia a un umbo de aletas muy cortas del tipo C1.1.

La sobriedad en los rasgos meramente funcionales de estas manillas deriva de otras fórmulas europeas conocidas a lo largo de La Tène C1 y C2, como bien atestigua el registro de Gournay, donde vemos piezas algo más elegantes como el ejemplar de Pontós (GSA 1013; Brunaux y Rapin, 1988: lám. X)⁵⁷⁶, algunas veces con terminales algo más anchos, tendiendo a los del grupo 2 (GSA 1885 y 3121; *Ibid.*: lám. XXII y XXXII), y otras más toscas y con los bordes angulosos como los de la manilla de Ullastret (GSA 2153; *Ibid.*: lám. XXV). En los primeros casos, las manillas acompañan a umbos de aletas rectangulares, mientras que el último de ellos se relaciona con un umbo de concha baja y aletas ojivales (fig. 101, 8). Si proyectamos este patrón, vemos ciertas afinidades en la pieza de Ullastret, que también se asocia a un umbo de aletas curvas, pero la relación es más difícil en el caso de Pontós, donde el umbo de aletas rectangulares que conocemos (2032) tiene una concha muy ancha para esta manilla (**fig. 129**).

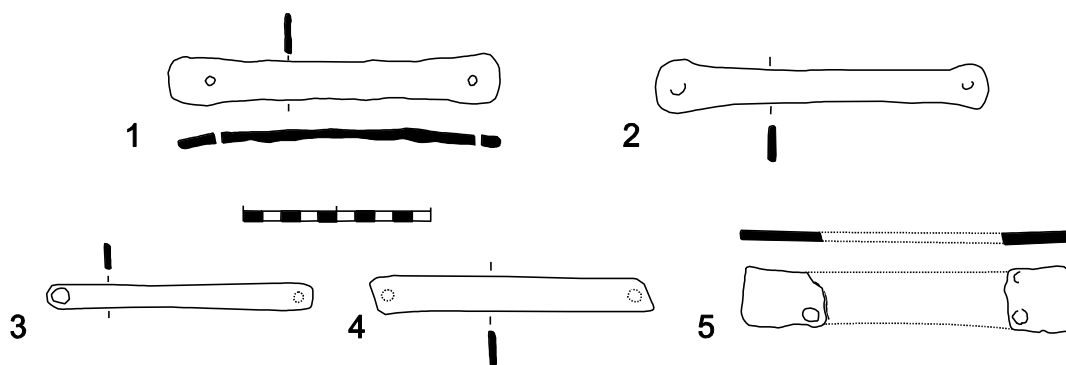


Fig. 129: Manillas sin aletas del grupo 1 (1 y 5) y otras piezas europeas con las mismas características. 1: Mas Castellar (2034); 2-4: GSA-1885, 1013 y 2153 (Brunaux y Rapin, 1988: láms. XXII, X y XXV; 5: Puig de Sant Andreu (2037).

Grupo 2

El grupo 2 representa las manillas con aletas curvas. Las empuñaduras de estas manillas son de una medida mediana, de entre 1'3 y 1'7 cm de anchura, muy parecidas por tanto

⁵⁷⁶ Otro ejemplar similar en Alèsia (Sievers, 2001: lám. 46, 113), cuyo contexto pudo ser mucho más avanzado.

al patrón del grupo 3. La mayoría de estas piezas emplean un sistema simple en sus aletas, que tienen formas de tendencia circular y son las más habituales de ver en contextos occidentales. Sin embargo, hay otras posibilidades que también tienen su representación en el repertorio del noreste peninsular, de modo que hemos escindido el grupo en dos variantes diferenciadas.

Así, la **variante 2A** constituiría el tipo básico, con sus aletas discoidales. Hay dos ejemplares registrados, no muy bien conservados. El primer ejemplar, que incluye una de las aletas junto al arranque de la empuñadura además de otro fragmento del desarrollo de la misma, procede igualmente de un contexto aislado en Mas Castellar **(2054)** (Rovira, 2002: fig. 11.17.3). El segundo y último de los hasta ahora inventariados es incluso peor, puesto que se reduce a una de las aletas todavía encajada en un umbo muy parcial de la sepultura 83 del Turó dels Dos Pins **(2052)** (García Roselló, 1993: 143-144, 6).

La **variante 2B**, por su parte, supone una transformación en su forma que indica una tendencia lanceolada en las aletas. Esta fórmula, que tiene lugar en una manilla del Turó de Ca n'Oliver **(2025)** recuerda la de otros ejemplares laietanos, como el de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins, que clasificamos en la variante B del grupo 4. Aunque no sabemos muy bien si hubo o no un pequeño apéndice en el extremo de las aletas, tenemos suficiente información de esta manilla gracias a la parte conservada de la empuñadura y su relación con el umbo, que pertenece a nuestro tipo D1.1, de aletas rectangulares.

La procedencia de los patrones de nuestro grupo 2 del territorio europeo está repleta de evidencias. En especial, el formato de las aletas circulares es muy exitoso y duradero en contextos célticos, constatándose en piezas verdaderamente antiguas como el umbo bivalvo de Bránov (Sankot, 1996: fig. 7) y en otros modelos bivalvos más avanzados como algunos ejemplares inéditos de la necrópolis de Ensérune. Asimismo, un buen conjunto de manillas de este tipo ha sido documentado entre los restos de la Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: fig. 178), donde aparecen normalmente desprovistas de su asociación con sus umbos. Algunos de estos ejemplos (Ibid.: inv. 1493) **(fig. 125, 2)**, que también aparecen en Ensérune o La Tène, muestran una clara hipertrofia en las aletas, que parecen descomunales al lado de las delgadas empuñaduras. Otros ejemplos mucho más discretos, en Gournay (GSA 1042 y 1896; Brunaux y Rapin, 1988: lám. XI,

XII), aparecen acompañando a umbos de concha baja o de aletas rectangulares⁵⁷⁷, mientras que también se documentan variantes de manillas con aletas semicirculares (GSA 3646; *Ibid.* lám. XXXVI) y empuñaduras medias; a no confundir con los mismos diseños en empuñaduras delgadas (GSA 3906-3487; *Ibid.*), que tienen su eco en la región oriental de Europa (Domaradzki, 1977: tipo IC; Szabó, 1995: fig. 4, 26) (**fig. 130**).

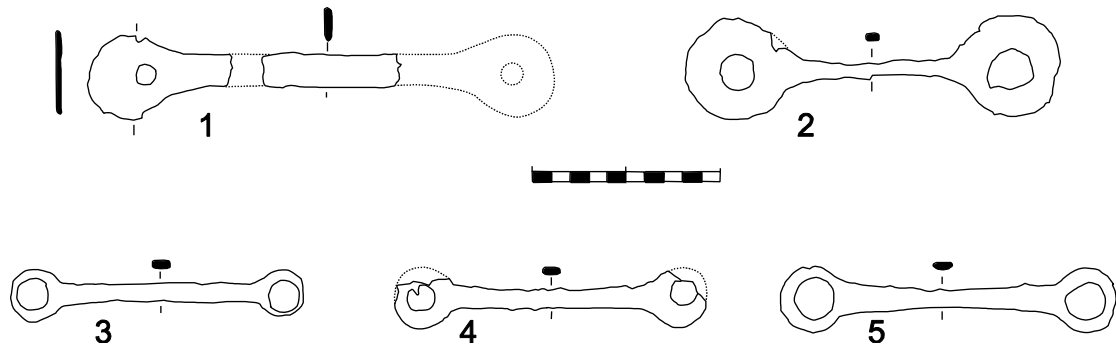


Fig. 130: Manillas con aletas circulares del tipo 2A (1) y otras piezas europeas con las mismas características. 1: Mas Castellar (2054); 2-5: Colección Morel, inv. 1493, 1495, 1691 y 1494 (Stead y Rigby, 1999: Fig. 178).

El grupo 3

El grupo 3 es también uno de los de mayor repercusión entre los escudos ovales de La Tène. Sus características son muy similares a las del grupo 2 en su empuñadura, que puede oscilar entre anchuras de 1'3 cm hasta un máximo de 2 cm. En cambio, sus aletas son netamente distintas, empleando esta vez formas rectangulares o cuadrangulares, que pueden orientarse con los lados largos en vertical (**variante 3A**) o en horizontal (**variante 3B**).

La primera de estas variantes se documenta en dos ocasiones, ambas procedentes de idénticos contextos en las tumbas II y IV de Cabrera de Mar (**2021, 2022**) y todavía encajadas en el reverso de umbos con aletas trapezoidales cortas (tipo E1.1). Ambas manillas han perdido su empuñadura, que sin embargo podemos conocer gracias a sus arranques y a la longitud de la concha del umbo.

⁵⁷⁷ Otros ejemplos de un periodo similar del siglo III a.C. avanzado en Manching (Sievers, 1989: fig. 1,1) o la sep. 5 de Dodova (Lejars, 1994: 52, 2).

El representante en solitario de la variante 3B también procede de una de las sepulturas de Cabrera de Mar, pero en este caso de las campañas decimonónicas de Rubio de la Serna (2023) (Rubio, 1888: lám. 7; Sandars, 1913: fig. 34; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: fig. 4, 1). En esta ocasión el formato se asocia a un umbo de aletas curvas y apéndices (C1.2), y cuenta con dos clavos de sujeción en vez del remache habitual; no sabemos si dispuestos aleatoriamente de forma intencionada o bien a efecto de algún tipo de reparación. El ejemplar catalogado con el nº 2021, de la variante anterior, también emplea dos sujeciones, esta vez en sentido vertical.

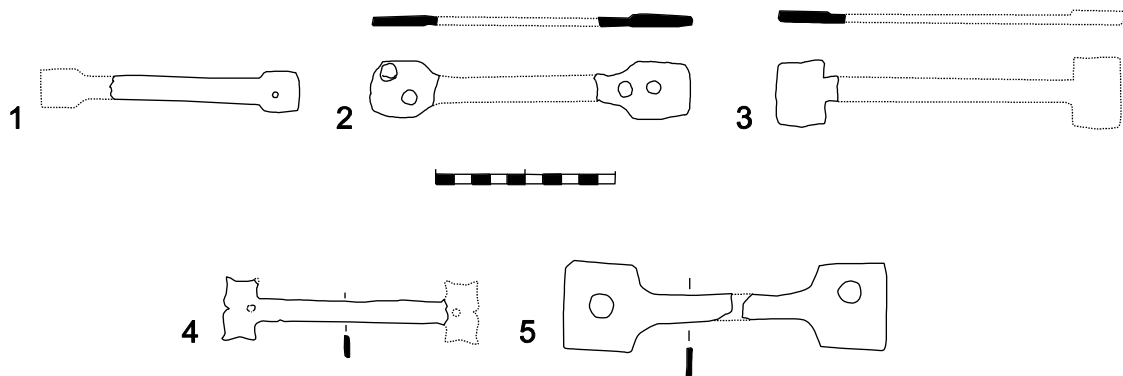


Fig. 131: Manillas con aletas rectangulares del grupo 3 (2-3) y otras piezas europeas con las mismas características. 1 y 4: GSA- 5a y 3758 (Brunaux y Rapin, 1988: láms. I y XXXVII; 5: Osijek, sep. 29 (Bozic, 1981: lám. 6, 4). La asociación de esta pieza a un umbo bivalvo sin aletas explica la hipertrofia de sus extremos, que superarían la longitud de la superficie ocupada por las conchas.

La combinación de manillas con aletas rectangulares y empuñaduras medias es un recurso también muy antiguo, que remonta como mínimo a La Tène B2, momento en que las vemos asociadas a umbos bivalvos, como sería el caso de algunos ejemplares marnianos como la sepultura 1 de Ecury-le Repos (Charpy, 1991: 204, e) u otros cuya procedencia desconocemos (Rapin, 1982-83: lám. V, a). La misma asociación se documenta en algunas tumbas orientales como la sep. 29 de Osijek (Szabó, 1995: Fig. 6, 5), que encajaría en el grupo B de Domaradzki (1977: 88). En contextos de La Tène C1 o La Tène C2 acostumbra a disociarse de las empuñaduras medias y es más fácil verlo aparecer en formatos de empuñadura delgada (Kaenel, 1990b: fig. 1, 8), pero aún así se conocen algunos ejemplos concretos, como la pareja de Gournay (GSA 4 y 1559; Brunaux y Rapin, 1988: lám. I y XIX) (fig. 131).

El grupo 4

Precisamente las manillas con empuñadura delgada (<1 cm ancho) son las que vienen a definir el grupo 4 de los conocidos para el noreste peninsular. Ya hemos dicho anteriormente⁵⁷⁸ que la delgadez de estas empuñaduras requiere de un sistema de unión de la manilla metálica a la manilla lignaria en el que esta envolvería parcialmente la superficie de aquella (fig. 104, 3).



Fig. 132: Reverso del umbo de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (2047), en el que se observan las dos aletas y el arranque de la empuñadura de la manilla metálica. Pieza conservada en el Museu de Mataró.

Aunque las variaciones en el diseño de las aletas de este tipo de manillas son muy grandes en contextos La Tène típicos (circulares, curvas, rectangulares, triangulares, romboidales y con cualquier tipo de fórmula ornamental), los ejemplares documentados en el territorio peninsular emplean en los tres casos conocidos un sistema muy parecido entre ellos, a partir del ensanchamiento en las aletas y la prolongación de la anchura de la empuñadura en una tira vertical que actúa como una suerte de apéndice.

La **variante 4A** constituye la forma más sencilla de ensanche de las aletas, que se limita a escasos milímetros, lo justo para representar una superficie susceptible de ser atravesada por un clavo de sujeción. Esta fórmula está representada por dos piezas

⁵⁷⁸ En: *supra*, IV.A.

procedentes de contextos distintos: una del Tossal de les Tenalles (2042) (Colominas y Duran, 1920: 613-14 y fig. 393; Quesada, 1997: 540 y fig. 313) y otra de la sepultura 26 del Turó dels Dos Pins (2044) (García Roselló, 1993: 56-57; Quesada, 2004: 77 y fig. 7).

En otra tumba (sep. 51) de la misma necrópolis (García Roselló, 1993: 124), aparecieron los restos de una manilla con aletas más desarrolladas (2047), en forma de punta de lanza de base dilatada (o “as de picas”), que representa a la **variante 4B**. En este caso, el funcionamiento es similar al anterior, pero se aprecia un cierto interés por lo estético en el equilibrio de formas entre empuñadura, aletas y apéndices (**fig. 133**).

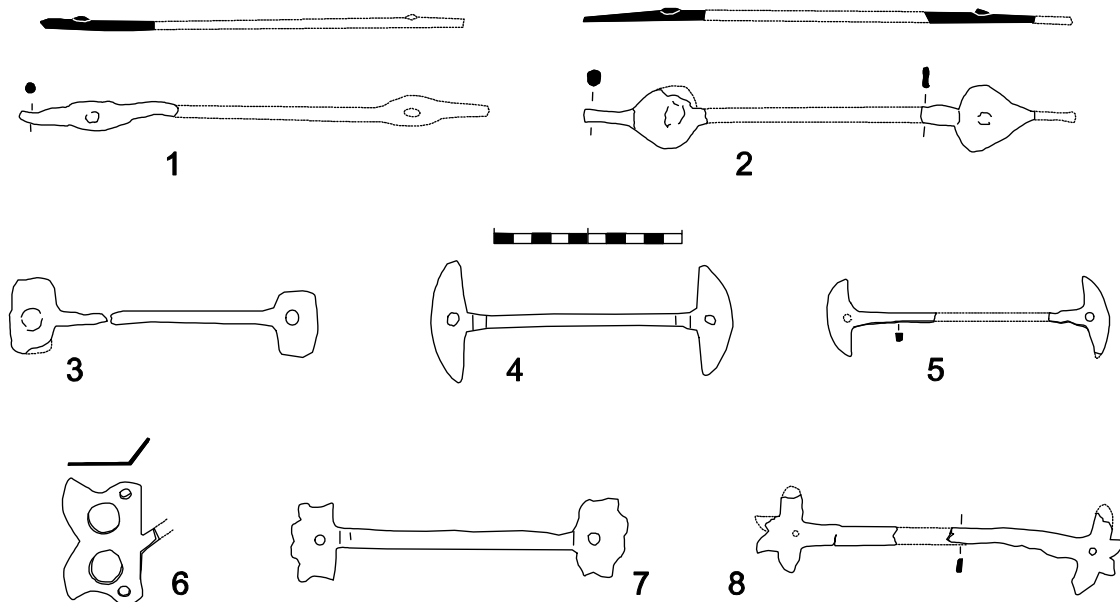


Fig. 133: Manillas con empuñaduras delgadas del grupo 4 (1 y 2) y otras piezas europeas con las mismas características. 1: Turó dels Dos Pins, sep. 26 (2044); 2: Turó dels Dos Pins, sep. 51 (2047); 3-4 y 7: La Tène (Kaenel, 1990b: Fig. 1: 9, 8 y 10); 5-6 y 8: GSA-3487/3906, 457 y 119 (Brunaux y Rapin, 1988: láms. XXXVI, VIII y IV).

La procedencia del patrón de influencia de estas manillas parece remontarse a algunas piezas con empuñadura delgada que pueden verse acompañando a umbos bivalvos de inicios del siglo III a.C. (sep. 31 de “La Perriere”; Ginoux, 2007: lám. 11, sep. 30 de Magyarszerdahely; Szabó, 1994: fig. 5) en piezas con aletas circulares o semicirculares, aunque siempre oscilando en valores no demasiado estrechos. Sin embargo, el éxito de este formato parece ser algo más tardío, siendo una fórmula especialmente abundante en

La Tène C2. Así, por ejemplo en La Tène (Kaenel, 1990b: fig. 1, 6-10), Fère-Champenoise (Charpy, 1991: 211) o Gournay-sur-Aronde (GSA 119, 457, 691, 1681 4575 y 5040; Brunaux y Rapin, 1988: lám. IV, VIII, IX, XIX y XXXVIII).

El grupo 5

El último grupo de manillas metálicas engloba un tipo bastante singular que es el que llamamos: “manillas con empuñadura erguida”, a razón de la separación de esta respecto al plano de sus aletas. Se trata de un tipo poco habitual, del que sólo contamos con dos ejemplares desprovistos de toda relación con sus umbos.

Uno de estos ejemplares procede del asentamiento de Mas Castellar (**2035**) (Rovira, 2002: fig. 11.28.7) y representa la primera de sus variantes (**5A**), que se caracteriza por sus aletas inclinadas y con forma rectangular. Es este un ejemplar con una empuñadura algo delgada pero dentro de los parámetros habituales en otros tipos de La Tène Media. En cambio, el ejemplar inédito y totalmente desprovisto de contexto supuestamente procedente de Ampurias (**2005**), pertenece a una tradición distinta (**variante 5B**) en la que la empuñadura, que es muy delgada, tiene sección circular maciza, lo que es una auténtica rareza en las manillas de escudo La Tène. Las aletas son bastante prominentes, de forma lanceolada y con dos sujeciones repartidas en la proximidad de la empuñadura y el extremo. Este no es un patrón muy habitual entre las manillas estudiadas si no es por la similitud de las aletas con el ejemplar del tipo 2B de Ca n’Oliver (2025).

El sistema de empuñadura erguida es muy minoritario en la cultura La Tène, y apenas conocemos un par de paralelos del yacimiento epónimo del lago de Neuchâtel en los que la empuñadura se curva (Kaenel, 1990b: fig. 1, 12-13; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 21, c) en vez de inclinarse en distintos planos como ocurre con los ejemplares peninsulares. En cualquier caso, parece que su aparición en La Tène tiene que ver con la introducción tardía (LT C2) de este sistema, lo que sería compatible con la última etapa de ocupación de Mas Castellar (Pons *et alii*, 2002: *passim*) (**fig. 134**).

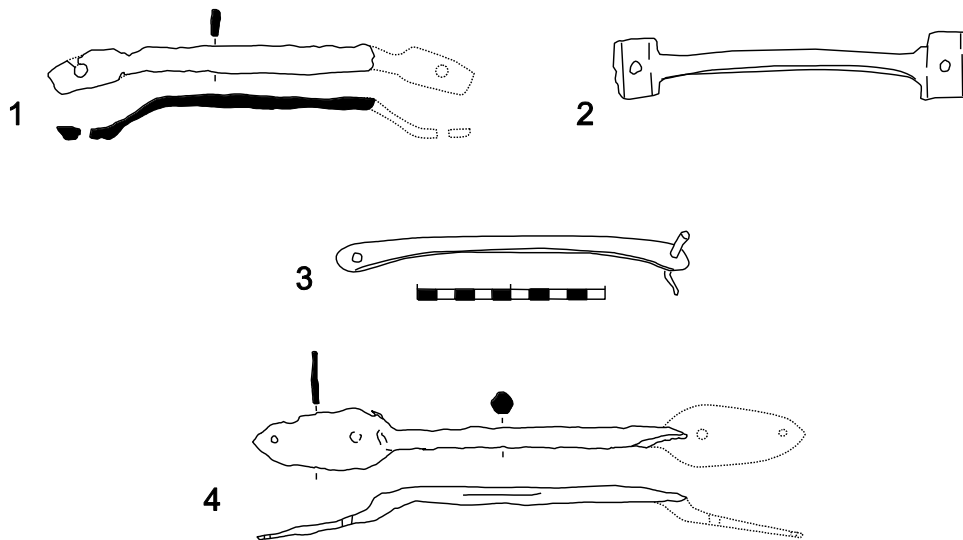


Fig. 134: Manillas con aletas y empuñadura erguida del grupo 5 (1 y 4) y otras piezas europeas con las mismas características. 1: Mas Castellar (2035); 2-3: La Tène (Kaenel, 1990b: Fig. 1, 12 y 13);4 : Ampurias (2005).

Correspondencias entre manillas y umbos

La escasez de manillas metálicas es el peor de los obstáculos a salvar en relación al estudio de las correspondencias entre umbos y manillas, que hasta el momento ha dado muy pocos resultados. En su estudio sobre los umbos de la región oriental de Europa, Domaradzki catalogó y comparó las manillas metálicas y sus coincidencias con ellos con resultados verdaderamente desalentadores (Domaradzki, 1977: tabla 3) en los que en ninguna ocasión se daban las mismas coincidencias más de una vez. El experimento le llevó a concluir que no existirían regularidades en el patrón empleado, y que uno u otro tipo de manilla se utilizaría de forma completamente aleatoria.

En realidad, esta idea es razonable, y por otro lado no deja de ser bastante inútil el asignar unos tipos a otros cuando estamos hablando de verdaderas excepciones dentro de la excepción que representa el que el escudo oval cuente con umbos metálicos. Sin embargo, los distintos tipos de manilla constituyen un elemento más de la evolución de los escudos ovales, de forma que puede usarse como otro indicio con el que datar o ayudar a datar ciertos umbos de cronología dilatada; o incluso como elemento autónomo con una atribución cronológica propia.

TIPOS DE UMBO

	A1	A2	B1	C1	D1	D2	E1	E2	F1	F2	F3	G1	H1	I1	I2	INDET
1				■												■
2A																■
2B					■											
3A							■									
3B				■												
4A					■				■							
4B									■							
5A																■
5B																■
SR/ORG	■	■	■			■		■		■	■	■	■	■	■	■

Fig. 135: Tabla de relación de los distintos tipos de umbo (columnas) y manillas metálicas peninsulares (filas). La mayor parte de los umbos conocidos no tienen asociación alguna con manillas, a excepción de los tipos nororientales. Sólo los umbos del tipo E1 repiten en dos ocasiones su asociación a manillas del tipo 3A.

En vías de su uso a tales efectos, creemos necesario el contrastar dichas correspondencias para las piezas peninsulares, con la esperanza que futuras implementaciones de este tipo con mayor número de materiales puedan resultar útiles.

En la **fig. 135**, pues, comparamos las correspondencias de las manillas con sus umbos, sin siquiera obviar aquellos que debieron contar siempre con manillas orgánicas o cuya relación con las manillas metálicas no está claramente constatada. Lo primero que salta a la vista es la decantación de las relaciones hacia los laterales, en los espacios que asocian las manillas a umbos de tipo indeterminado y, especialmente, en los que relacionan una importante cantidad de umbos con la ausencia de registros de manillas metálicas, que en algunos casos podría interpretarse como su fabricación enteramente orgánica. Nos interesa especialmente este último punto.

Parece claro que ninguno de los umbos más antiguos, de los grupos de bivalvos A y B, cuentan con manillas metálicas. Este hecho puede ser algo relativo en los casos de las variantes A2 y B1, cuyos representantes son excesivamente escasos y sesgados, pero resulta bastante indicativa en el de la variante A1, que en ninguno de sus seis ejemplos ha conservado resto alguno. Tomamos nota de este hecho independientemente de que sus patrones de influencia cuenten con excepciones al respecto (*supra*), puesto que no creemos que este tipo de umbos procedan necesariamente de importaciones.

Por otra parte, la inexistencia de manillas metálicas se repite intermitentemente en todas las variantes no-nororientales de cada tipo de umbo hasta que se hace constante en los tipos G a I. De este modo, las variantes D2, E2, F2 y F3; esto es, sus versiones procedentes de contextos de influencia romanos, nunca tienen manilla metálica. Asimismo, los umbos con fórmulas de desarrollo en el siglo II a.C. (incluyendo las versiones de aletas hipertrofiadas), parecen emplear permanentemente manillas orgánicas.

Esto puede tener dos tipos de lectura: una cultural o territorial y otra cronológica:

- Si es territorial, los umbos del noreste tendrían manillas metálicas porque ahí la cultura ibérica es más afín a la tradición La Tène. En cambio, otros territorios, ya en la órbita de la intervención púnica o romana, se mostrarían refractarios a estos elementos y los rechazarían. En realidad, el uso de estos refuerzos (que es lo que a la práctica son), no es necesario si se ha usado una madera fuerte para la empuñadura.
- En el caso contrario, que se trate de una cuestión cronológica, sencillamente los escudos del noreste tanto como los del resto de la Península, dejarían de reforzarse con manillas metálicas a partir de cierto momento, a contar desde la primera mitad del siglo II a.C. Ello explicaría por qué los ejemplares pertenecientes a esta época, que se concentran mayoritariamente en el territorio extranororiental, nunca incluyen estos restos.

Aunque el problema es complejo, parte de la respuesta puede hallarse en el comportamiento de los umbos fuera de la Península Ibérica. De hecho, no conocemos ejemplar alguno de umbo circular que cuente con este tipo de manillas (*p.e.*, en Pernet, 2010, sólo en contadas excepciones, ya de época imperial). De forma parecida, tampoco conocemos relación alguna de los umbos de aletas convergentes y de aletas trapezoidales altas de la fase La Tène D. Sin embargo, sí existen un buen puñado de ejemplos en relación con los umbos de los tipos de aletas de mariposa o aletas rectangulares largas y conchas cerradas característicos de la última fase de La Tène C2 (Darmsheim 6, Dodova 5, Manching 34, München-Obermenzing 12; Lejars, 1994: 52-53; o Gournay-sur-Aronde; Brunaux y Rapin, 1988: lám. XXXIX). De este modo, la opción territorial parece cobrar sentido, y la ausencia de manillas metálicas en los

ejemplares de nuestro grupo G1 (del que sólo contamos con dos umbos) debe ser interpretada como casual. No obstante, tampoco deja de ser cierto que, aparentemente, estas piezas tienden a desaparecer de los escudos ovales de tradición La Tène desde la segunda mitad del siglo II a.C. (LT D1); aunque no con anterioridad.

Por tanto, y para concluir con lo que pretendemos plantear al comparar las combinaciones de las manillas metálicas con los umbos peninsulares, creemos que las dos posibilidades (cultural y cronológica) no tienen por qué ser excluyentes; y ello es un indicio más de la complejidad del fenómeno del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica y sus modificaciones y alteraciones a partir de la ocupación romana.

IV.B.3: Las orlas

Mucho menos compleja es la problemática de las orlas, precisamente porque su calidad informativa es muy inferior a la de los umbos y manillas. Como bien sabemos, el uso de orlas metálicas tampoco es imprescindible, y puede obviarse o bien sustituirse por algún material orgánico flexible como el cuero, que es fácil de reparar. En el territorio europeo, es bien aceptado el fuerte déficit de hallazgos de orlas tanto en el registro funerario como en el de los santuarios (Brunaux y Rapin, 1988: 37). Según Rapin (2001: 289), el uso de orlas metálicas puede remontarse al siglo V a.C., pero no ofrece detalles al respecto, que sin embargo sí tenemos en escudos de La Tène B1 como el de Ménfőcsanak (Hungria) (*Ibid.*: 290; Uszoki, 1987: lám. XV-XVI).

Como suele ocurrir en otros territorios, las orlas de los escudos peninsulares aparecen siempre muy fragmentadas e incompletas. Al igual que ocurre con las manillas, las orlas metálicas son muy poco frecuentes en la Península Ibérica, con sólo 16 casos documentados, también curiosamente relegados a la región nororiental.

Carece de sentido proponer una tipología concreta para estos elementos, puesto que sus variaciones son muy limitadas. Sin embargo, reconocemos ciertas diferencias respecto al patrón más simple y habitual (una sencilla media caña), en algunos ejemplares que incorporan pestañas semicirculares normalmente ajustadas mediante pequeños clavos. Esta tendencia se da en cuatro casos, pertenecientes a l'Esquerda (**2031**) (Ollich *et alii*, 2006: 164-165) y a las sepulturas nº 51, 62 y 64 del Turó dels Dos Pins (**2047-48, 2050 y 2051**) (García Roselló, 1993: 122-128, 140 y 144). Aunque parecen pocos, cuatro casos son una proporción importante teniendo en cuenta lo poco habitual de esta fórmula en contextos latenienses fuera de la Península Ibérica.

La otra variación importante está en el grosor de la pieza metálica y en su apertura interior, que delata las medidas del cuerpo del escudo en sus bordes. La opción más claramente dominante es la de 0'3-0'5 cm de espacio interior, acompañándose de placas muy delgadas⁵⁷⁹. Este sistema es también el más utilizado en Gournay, representando un 62% de los fragmentos catalogados (Brunaux y Rapin, 1988: 38).

⁵⁷⁹ Que en ocasiones puede llegar a confundirse con las cañas del armazón de una vaina, como en el caso de La Azucarera (*vide supra*, cap. III.C.1).

En cambio, algunas piezas de Ampurias (**2006, 2056, 2011 y 2012**) procedentes de contextos desconocidos y las tumbas 7 y 110 de Les Corts (Almagro, 1953: 354 y fig. 336, 4) y Mateu 1 (Ibid.: 230 y fig. 194, 4), cuentan con placas mucho más gruesas y un espacio interior también mayor, de 0'7-0'9. Estas orlas encajan con las versiones medianas de las agrupaciones de Rapin sobre Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 38), y se emplearían en escudos más pesados, aunque no sabemos si su limitación a Ampurias tiene que ver con una cuestión cronológica o bien con una preferencia de su taller de fabricación, puesto que estos son los únicos ejemplares que conocemos en el área indikete.

En cuanto a la concordancia en las asociaciones de orlas y umbos, no parece existir un esquema concreto, y vemos orlas relacionadas con casi todos los tipos de umbo. Tampoco hay una relación con la existencia de manillas metálicas, que no siempre coinciden, aunque debemos confesar un cierto déficit en las asociaciones de panoplia de la mayoría de las orlas documentadas. En todo caso, lo que sí es bastante claro es que ocurre algo parecido al comportamiento de las manillas metálicas, puesto que no aparece orla alguna fuera del noreste o en contextos avanzados. Así, si comparamos la presencia de orlas metálicas con la de umbos, el resultado sería muy similar al de la fig. 129, sólo coincidiendo con los tipos D1, E1, F1 y, en este caso, también con G1.

En consecuencia, puede que la problemática de estos y aquellos elementos en contexto peninsular, obedezca a un mismo patrón de comportamiento derivado de las distintas ramificaciones de la influencia La Tène en estos objetos.

IV. C. DISPERSIÓN Y CRONOLOGÍA DE LOS ELEMENTOS METÁLICOS DEL ESCUDO OVAL

IV.C.1: Dispersión de los tipos

La cuestión de la distribución de los escudos ovales en el territorio peninsular apenas ha presentado cambios desde la síntesis de Fernando Quesada al respecto (Quesada, 2004: 74-84). Como bien sabemos gracias a dicho trabajo, los escudos responden a una dispersión distinta a razón de las peculiaridades tipológicas de sus umbos. Así, los umbos con concha a dos piezas se concentran extrañamente en el sur peninsular, mientras que los monovalvos con aletas son especialmente abundantes en el noreste, aunque se dejan ver ocasionalmente en otras regiones. Las piezas circulares, por su parte, son todavía escasas en la península y se confunden habitualmente con otras de origen celtibérico de similares características, que están fundamentalmente relegadas a la Meseta Oriental y que raramente traspasan sus fronteras culturales.

Un aspecto que debemos considerar en el estudio de la dispersión geográfica de estos elementos es su escasez relativa respecto a los hallazgos de espadas de origen La Tène. Dicha cuestión nos plantea un problema al darnos una idea sesgada del radio de difusión de los escudos, que en algunos lugares pueden parecer menos representativos de lo que fueron en realidad. Lo cierto es que nuestras limitaciones son muchas en este tipo de estudio, porque debemos conformarnos con datos mínimos, que siempre parten de la conservación de algunos elementos metálicos. En cambio, la difusión del escudo oval debió ser mucho mayor de lo que podemos extrapolar en base a estos elementos, puesto que en muchas ocasiones debió primar la realización de estas armas a partir de materiales orgánicos de carácter perecedero. Esto es así hasta el punto que, casi con seguridad, debió tratarse de un arma más frecuente que la espada La Tène, aunque en la actualidad el volumen de sus hallazgos apenas represente la quinta parte de los de aquellas.

La **fig. 136** representa la localización por yacimientos de las 55 piezas de escudo inventariadas hasta el momento. En este caso, no hay lugares que destaquen

espectacularmente como ocurre en el caso del medio centenar de espadas en Arcóbriga, sino que el volumen de hallazgos está mucho más repartido; casi siempre relegado a una o dos piezas por yacimiento. El caso con mayor representación es el de la necrópolis catalana del Turó dels Dos Pins, con un total de diez piezas. Las distintas necrópolis de Ampurias y algún hallazgo fuera de contexto en su entorno inmediato ocupan el segundo lugar en la lista, que comprende nueve ejemplares. El siguiente yacimiento hay que buscarlo ya en la Celtiberia, y en concreto en el lote de armas de La Azucarera, donde aparecieron siete ejemplares reunidos en el mismo conjunto. La propia excepcionalidad del hallazgo no lo es menos en cuanto a su representación en la gráfica, puesto que la mayor parte de los yacimientos con un importante volumen de ejemplares registrados pertenecen al noreste y no a la Celtiberia. De este modo, la necrópolis laietana de Can Rodon de l'Hort, en Cabrera de Mar, reúne un mínimo de cuatro piezas, mientras que el poblado de Mas Castellar dejó evidencias de cinco, aunque probablemente algunas de ellas correspondieran a los mismos escudos.

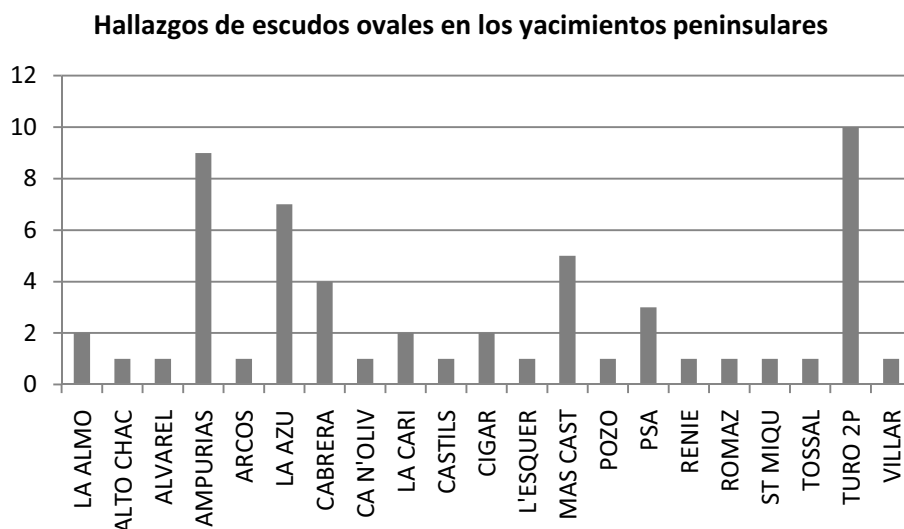


Fig. 136: Relación de hallazgos de elementos metálicos de escudo oval en los distintos yacimientos peninsulares.

La desproporción de hallazgos en este territorio queda destacada con especial relevancia en la gráfica representada en la **fig. 137**, donde vemos una relación porcentual de los distintos volúmenes de hallazgos en algunas regiones peninsulares. En efecto, el 60% de las piezas (un total de 33) corresponden a la citada región nororiental, mientras que la

Celtiberia contiene tan solo el 18% (10 ejemplares) y ocupa el segundo lugar gracias principalmente a los hallazgos del lote de Alfaro. Las siguientes regiones incluyen ya proporciones menores, con cuatro ejemplares (7'1%) en el sureste, tres en la región levantina (5'4%) y uno (1'8%) en el extremo occidental, el territorio vettón y el sur peninsular.

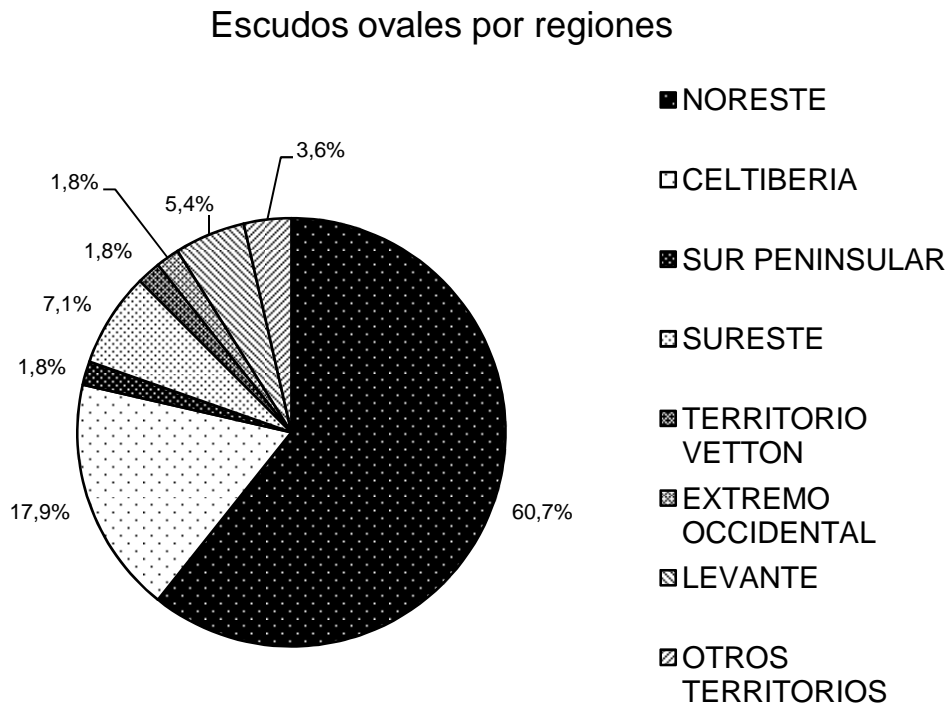


Fig. 137: Repartición regional de los hallazgos de elementos metálicos de escudo oval en los distintos territorios geográficos y culturales de la Península Ibérica.

El planteamiento es, pues, parecido al de las espadas La Tène, que se concentran mayoritariamente en noreste y Meseta Oriental, pero la diferencia es grande en cuanto a la influencia de sus patrones, que en el caso catalán procede efectivamente del territorio europeo y sigue una tradición centenaria y en el celtibérico es mucho más tardío y con toda probabilidad derivado de la influencia romana, que ni siquiera habría reemplazado por completo a los escudos circulares típicos de este territorio.

Obviaremos por el momento estas cuestiones para retomarlas más adelante mientras nos centramos en la dispersión concreta de los modelos que hemos clasificado en nuestro análisis tipológico, viendo si los distintos tipos corresponden a zonas concretas o por el contrario existe algún patrón de difusión distinto al planteado anteriormente:

La **fig. 138** comprende una síntesis de la dispersión de los umbos bivalvos, que en este caso representan los tipos A y B de nuestra tipología. La variante A1 es la más abundante, centrándose, como ya hemos dicho en repetidas ocasiones, en la región meridional de la Península. Esta localización es realmente sorprendente, en cuanto que se trata de los umbos de tipología más antigua y se sitúan en contextos que en general tienen poco que ver con el armamento La Tène. Lo curioso del fenómeno es que en algunos de estos hallazgos hay paradojas cronológicas importantes, que trataremos de explicitar más adelante. En cualquier caso, estos umbos se localizan sobretudo en el sureste: dos tumbas de Cigarralejo (2030 y 2029), que parecen las más antiguas, otra de Pozo Moro (2036), y una cuarta en Villaricos (2053). Las otras dos piezas (2013 y 2040) se localizan respectivamente en una tumba de El Hinojal, en Arcos de la Frontera, y en otra de El Romazal. Culturalmente, el ejemplar gaditano puede relacionarse con la órbita del mercenariado, al igual que el de Villaricos, que es un conocido centro de reclutamiento (Quesada, 1994b: 204). La misma hipótesis podría ser extensible a las piezas de Cigarralejo, necrópolis donde también se documentan algunas espadas La Tène de antigua tradición, aunque reorientadas al gusto hispánico en su método de suspensión⁵⁸⁰. No obstante, dicho patrón de dispersión es menos evidente en los casos de Pozo Moro, donde acompaña a un ajuar no exento de cierta polémica (Quesada, 1997: 540-541; Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 23; Alcalá-Zamora, 2003: 310) y, sobre todo, El Romazal, una necrópolis de cronología avanzada (Hernández y Galán, 2008: 333-334) situada en pleno territorio vettón. Dejando al margen el problema de la cronología, dicho territorio parece un contexto extraño para este tipo de piezas, especialmente por lo poco que tiene en común no ya con el armamento La Tène, cuyas evidencias, aunque algo escasas, nos han llegado, sino con la región ibérica del sureste peninsular, que es donde parece concentrarse la mayor parte de los hallazgos de este tipo de umbo. La localización de esta pieza tan al interior posiblemente haya que relacionarla con los acontecimientos bélicos de gran envergadura que tuvieron lugar durante el periodo cronológico que abarca la necrópolis cacereña: esto es, la Segunda Guerra Púnica y, especialmente, las Guerras Lusitanas⁵⁸¹, que supusieron el repetido

⁵⁸⁰ *Vide supra*, III.C.1; inv. 1086.

⁵⁸¹ *Ibid.*: 334; Berrocal, 1997: *passim*. Por otra parte, la relación con las guerras celtibéricas o el desplazamiento de tropas o población de este origen (Almagro-Gorbea, 1995: 15-17; Álvarez-Sanchís, 2003: 196), que pudo explicar la presencia de algunos tipos de armas en el territorio, no parece tener que ver con la de esta pieza en la citada necrópolis, fundamentalmente porque ni este ni otros tipos de umbos

contacto de las tribus occidentales con el territorio ibérico meridional. Un cierto enlace en dicho sentido podemos hallarlo entre las armas de El Romazal y las de la tumba aislada de El Hinojal: nos referimos, en concreto, a la existencia de una espada La Tène acompañando el ajuar de Arcos de la Frontera y, en especial, de una punta de lanza que completa la panoplia y cuya ascendencia vettona nos parece indudable⁵⁸².

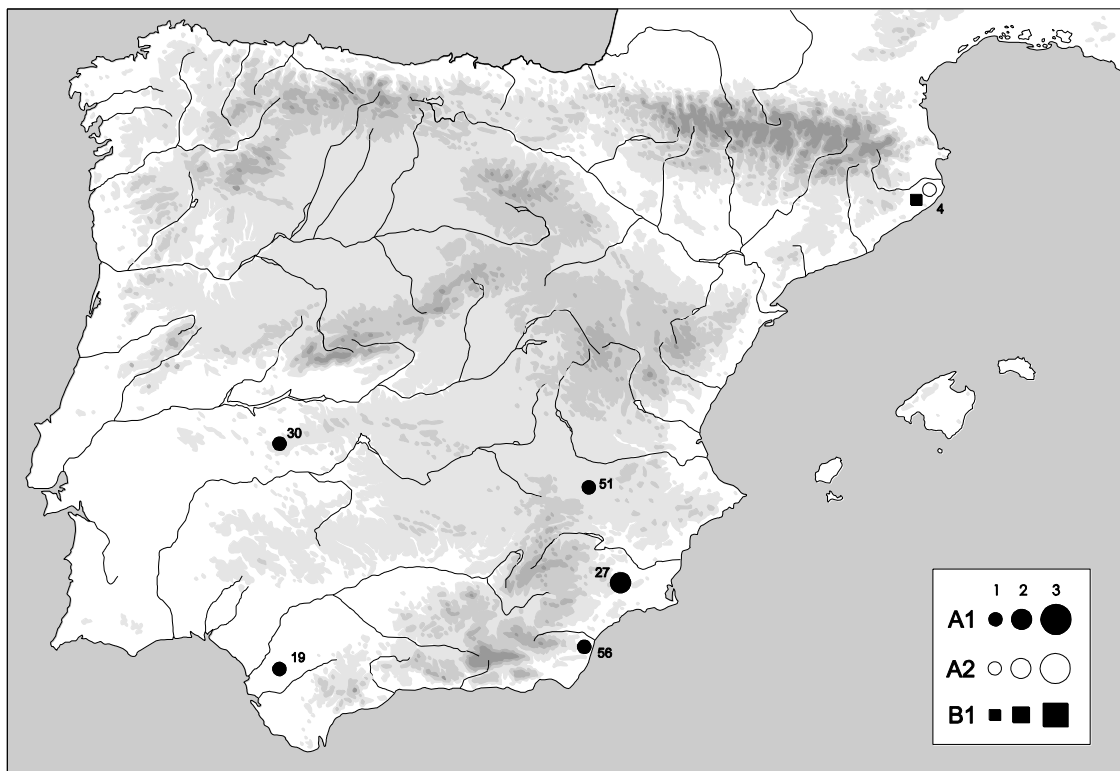


Fig. 138: Dispersión de los umbos bivalvos en la Península Ibérica (grupos A y B). 4: Puig de Sant Andreu; 19: Arcos de la Frontera; 27: Cigarralejo; 30: El Romazal; 51: Pozo Moro; 56: Villaricos.

A diferencia de los ejemplares del tipo A1, otras versiones de umbos bivalvos se dejan notar en territorios bien distintos: en este caso el noreste peninsular, cuyo vínculo con el armamento La Tène es bien conocido. Hasta el momento, sólo dos ejemplares con estas características han sido documentados, ambos en el poblado del Puig de Sant Andreu (Ullastret) y pertenecientes a dos versiones distintas, con (2038; tipo A2) y sin aletas (2039; tipo B1). La rareza de estos umbos en la región nororiental es más aparente que

bivalvos han sido hasta ahora documentados en la Celtiberia; de no ser por un posible ejemplar en Renieblas (*cf. infra*, IV.C.2).

⁵⁸² El ejemplar pertenece al tipo 9A (variante morfológica VIICb) de la clasificación de Quesada (1997: 377). Estas puntas están perfectamente documentadas en territorio vetton, donde son uno de los formatos más abundantes (*Ibid.*; Álvarez-Sanchís, 2003: 187-197).

cierta, en buena medida debido a la escasez de necrópolis (Sanmartí, 1991: 92-96; García Jiménez, 2006: 58-61) con cronologías del siglo IV o inicios del III a.C.⁵⁸³ (que es cuanto tiene de vida la tecnología del umbo a doble concha) en este área, así como de trofeos o *spolia hostium* conocidos en este mismo periodo cronológico. La extraña forma de estos umbos y su gran fragilidad, al no contar con soportes sólidos como las aletas (que en el caso del tipo A2 son pequeñísimas), sería probablemente otro de los factores a tener en cuenta en relación a la exigüidad de los ejemplares que nos han llegado, sobre todo por su dificultad de identificación como parte de un escudo.

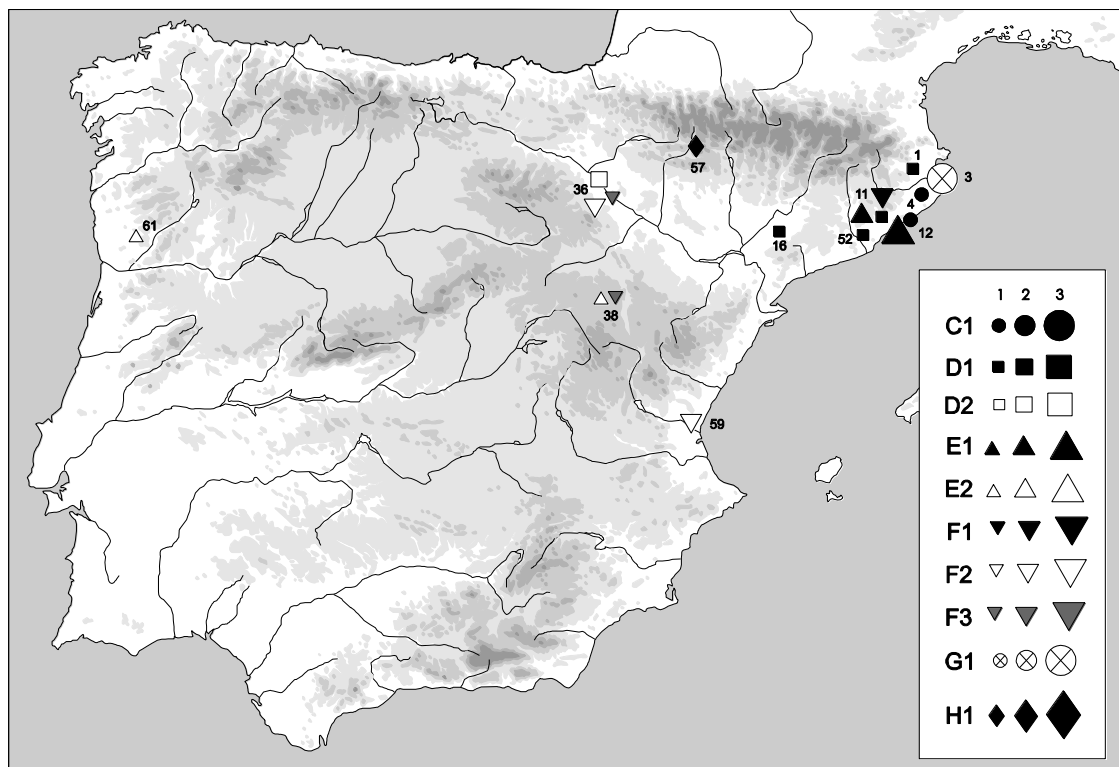


Fig. 139: Dispersión de los umbos monoalvos con aletas en la Península Ibérica (grupos C-H). 1: Mas Castellar; 3: Necrópolis de Ampurias; 4: Puig de Sant Andreu; 11: Turó dels Dos Pins; 12: Can Rodon de l'Hort; 16: Tossal de les Tenalles; 36: La Azucarera; 38: La Caridad; 52: Turó de Can'Oliver; 57: Castilsabás; 59: La Almoina; 61: Alvarellhos.

El segundo mapa que representamos (**fig. 139**) corresponde a la dispersión conocida para los umbos con aletas, que incluyen los grupos C a H de nuestra clasificación. Como vemos, la localización de los tipos básicos inspirados en los modelos latenienses,

⁵⁸³ La excepción del noreste se encuentra sin duda en las inmediaciones del *oppidum* de Burriac, del que actualmente se conocen tres necrópolis distintas: Can Rodon de l'Hort (Rubio, 1888; Barberà, 1968 y 1969-70), Turó dels Dos Pins (García Rosselló, 1993) y la recientemente incorporada de Can Ros (Zamora, 2008).

que suelen responder a las variantes con la sigla “1” detrás de la letra que refiere a su grupo, se concentran casi exclusivamente en el noreste, mientras que los tipos derivados (generalmente más tardíos) aparecen en un ámbito mucho mayor.

Otra de las cosas que llama más la atención de esta figura es la completa ausencia de representantes metálicos en la mitad sur de la Península, algo que contrasta fuertemente con la figura anterior. Pese a ello, sabemos gracias a los escasos datos que nos han sobrevivido, que sí contamos con representaciones iconográficas que podrían estar demostrando su empleo en este territorio (Quesada, 1997: 541)⁵⁸⁴. Probablemente, la información sobre la dispersión en este y otros lugares ajenos a la región nororiental venga algo más desdibujada debido a su más que probable relación con la reintroducción del escudo oval por parte de las tropas romanas. Recordemos que el modelo itálico en el que se basa esta ascendencia es principalmente de madera y sin elementos metálicos⁵⁸⁵, de modo que ignoramos cuál sería su repartición real en el territorio peninsular.

El tipo C1 (de aletas curvas) está únicamente representado en dos yacimientos, ambos del noreste (2037 del Puig de Sant Andreu y 2023 de Cabrera de Mar), siguiendo la lógica evolutiva de sus influencias para un caso que se cuenta entre los tipos más antiguos de las piezas de concha única. El despliegue de los umbos del tipo D1 (de aletas rectangulares) sigue una lógica similar, aunque algo más generosa en sus representantes; probablemente por tratarse de modelos de cronología más dilatada. Se conservan no más de cuatro piezas de este tipo, repartidas entre la región indikete (2032, de Mas Castellar), ilergeta (2042; Tossal de les Tenalles), y laietana (2025, del Turó de Ca n'Oliver y quizás 2051, del Turó dels Dos Pins). Sus versiones tardías (D2), probablemente ya pasadas por la interpretación romana de los mismos, se reducen a dos ejemplares del lote de La Azucarera, en territorio celtibérico. Sobre estos ejemplares hay que llamar la atención de su aparente conservadurismo tipológico, siendo sus aletas no demasiado grandes para lo que nos tienen acostumbrados las versiones más tardías de este tipo de umbos.

Un trato de difusión similar reciben los umbos del grupo E (de aletas trapezoidales), cuyos modelos originales (E1) remiten de nuevo al noreste para dispersarse mucho más allá en sus versiones posteriores (E2). Los cinco representantes del primer tipo se concentran exclusivamente en territorio laietano y, más concretamente, en el contexto

⁵⁸⁴ Véase también *infra*, cap. IV.E.

⁵⁸⁵ Sobre esta cuestión, véase *infra*, cap. IV.D.

inmediato del *oppidum* de Burriac, apareciendo en dos de sus necrópolis repartidas en tres (2021, 2022 y 2024) y dos ejemplares (2048 y 2049) respectivamente para Can Rodon de l'Hort y Turó dels Dos Pins.

Mucho más diversa es la localización geográfica de los dos ejemplares documentados para el tipo E2, puesto que uno de ellos se halla en la órbita del mundo celtibérico meridional, entre las armas de La Caridad (2027), mientras que el otro (2004) se sitúa en una región muy alejada de este punto: nada menos que en Alvarelhos, en pleno territorio lusitano. Dadas las circunstancias, y considerando el conocido contexto de al menos la primera de las piezas, creemos que su presencia en el ámbito occidental responde, como ya sugirió F. Quesada hace algunos años (Quesada, 2003b: 97), a su empleo por parte de los ejércitos romanos de ocupación.

El grupo F se reparte de forma similar a los dos anteriores, con cierta prioridad en la región nororiental para las fórmulas más antiguas (tipo F1, que vemos en dos ejemplares del Turó del Dos Pins: 2044 y 2047) y cierto alcance hacia la Celtiberia, donde se conocen dos ejemplares del tipo F2 (2014 y 2016) y otro más del tipo F3 (2019) en La Azucarera, además de un último ejemplar en La Caridad 2026). Por vez primera, se documentan umbos con aletas en la región levantina, donde conocemos dos piezas (2001 y 2002, de la variante F2) que proceden de La Almoína, en pleno corazón de la *Valentia* romana.

Los ejemplares que representan el grupo G están por el momento relegados al ámbito ibérico del noreste, y en exclusiva a la necrópolis ampuritana de Les Corts (2007, 2008 y 2009), que es de hecho una de las pocas conocidas en el noreste con cronologías compatibles con el formato.

El último modelo de umbo monovalvo con aletas (H1) procede de un único hallazgo en contexto desconocido que, según creemos, pertenece al poblado de Castilsabás (2028), localizado en la provincia de Huesca. En este caso, la marginación de su foco a este único ejemplar puede responder al carácter experimental del tipo, para el que no se conocen paralelos exactos dentro o fuera de la Península. Esta apreciación, que puede parecer baladí, contrasta con la dispersión de otros modelos raros, como el de aletas cóncavas (F1-F2), que pese a constituir igualmente una fórmula excepcional dentro de lo que acostumbramos a ver en contextos galos, es bastante numerosa en el territorio peninsular.

El hallazgo de umbos circulares (**fig. 140**) en la península es mucho menos frecuente que el de los umbos de aletas, y en casi todos los casos es dudoso, confundándose con

otras producciones celtibéricas que se emplearon más probablemente para escudos circulares. La dispersión parece abandonar el territorio nororiental, donde hasta el momento no conocemos ejemplar alguno. Como en otro momento tendremos tiempo de abordar esta supuesta ausencia, vamos a centrarnos ahora en aquellas regiones en las que sí se documentan los escasos ejemplares posiblemente pertenecientes a escudos ovales:

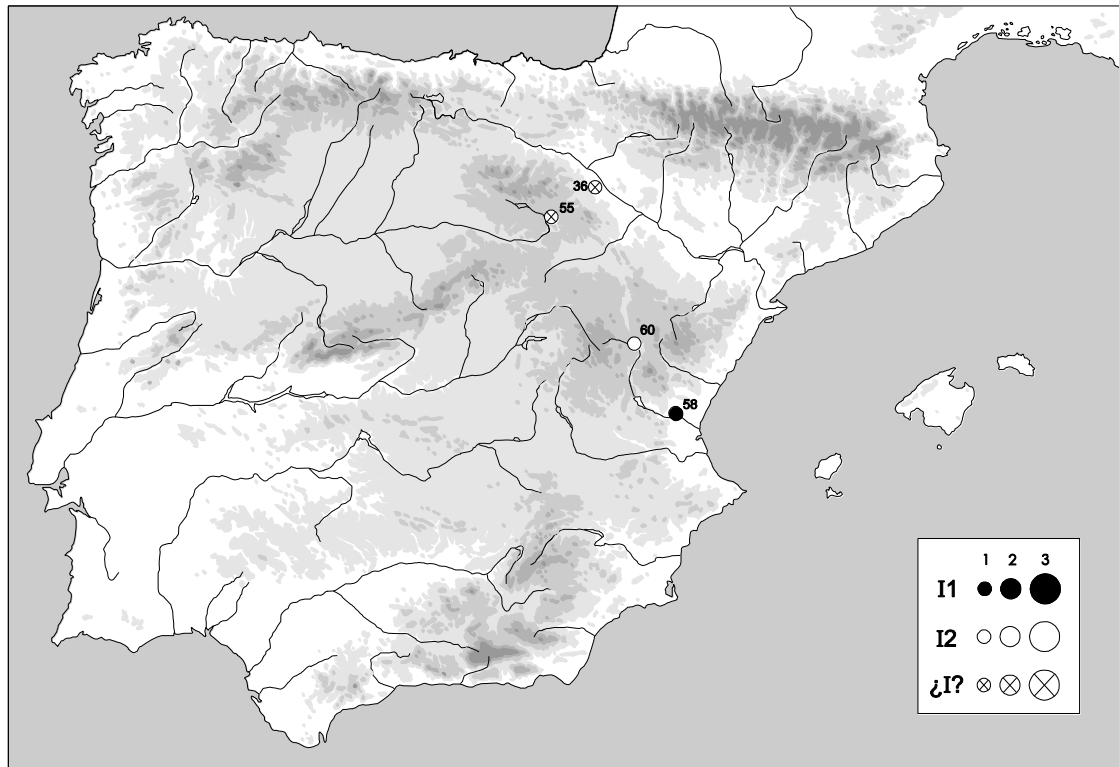


Fig. 140: Dispersión de los umbos circulares de posible influencia La Tène en la Península Ibérica (grupo I). 36: La Azucarera; 55: Renieblas; 58: St. Miquel de Lliria; 60: Alto Chacón.

El tipo I1 está únicamente registrado en el Tossal de Sant Miquel (2041), en la región levantina, mientras que el I2, de base ancha, aparece en un territorio no muy alejado de este, con un solitario ejemplar del poblado de Alto Chacón (2003). El resto de las piezas proceden de la Celtiberia, y por ello debemos considerarlas discutibles, pudiendo pertenecer a los modelos asociados a *caetrae*. Dentro de las posibilidades, y aún pese a no conservarse, nos inclinamos por una pertenencia más o menos clara del ejemplar de La Azucarera (2020) a un *scutum* romano debido a las características de sus homólogos con aletas depositados conjuntamente en el lote, y a su compatibilidad cronológica con los modelos itálicos evolucionados. El umbo de Renieblas (2055), excesivamente

parcial, es candidato más por su contexto (*a priori* relacionado con el equipamiento militar legionario) que por su presunta datación, que encajaría mejor con la de las producciones celtibéricas anteriores a estas.

Ya hemos insistido en otras ocasiones en la dispersión de los otros elementos metálicos del escudo oval (fig. 141 y 142), relegada por ahora al noreste peninsular. Las manillas (fig. 141) no siguen un patrón concreto y aparecen dispersas por todo el territorio catalán, en contextos normalmente relacionados con las escasas necrópolis conocidas y con los poblados en los que se ha documentado la práctica de ritos de exposición de armas. Los modelos más básicos, del grupo 1, se concentran en el área *indikete* (2034 de Mas Castellar y 2037 del Puig de Sant Andreu). El grupo 2, que es también uno de los clásicos en las regiones nucleares del armamento La Tène, aparece simultáneamente en aquella misma área (2054, también de Pontós) y en la laietana (2052 del Turó dels Dos Pins y 2025 del Turó de Ca n'Oliver). El grupo 3, por su parte, se localiza únicamente en este último foco, con los tres ejemplares conocidos (2021, 2022 y 2023) pertenecientes al

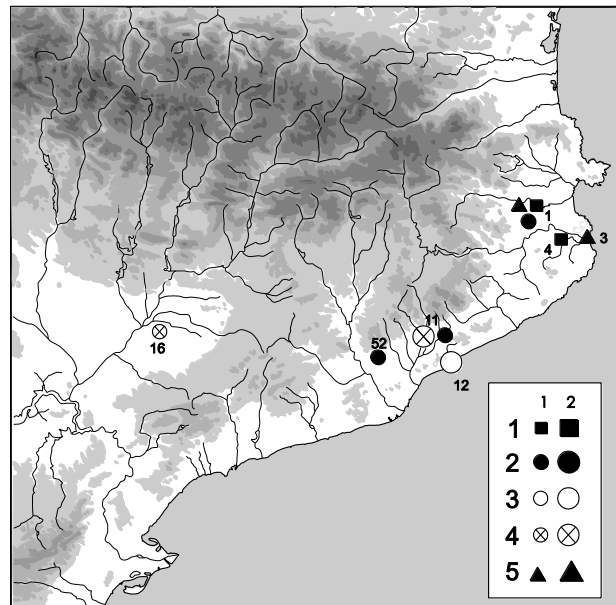


Fig. 141: Dispersión de las manillas metálicas en la Península Ibérica (noreste). 1: Mas Castellar; 3: Necrópolis de Ampurias; 4: Puig de Sant Andreu; 11: Turó dels Dos Pins; 12: Can Rodon de l'Hort; 16: Tossal de les Tenalles; 52: Turó de Ca n'Oliver.

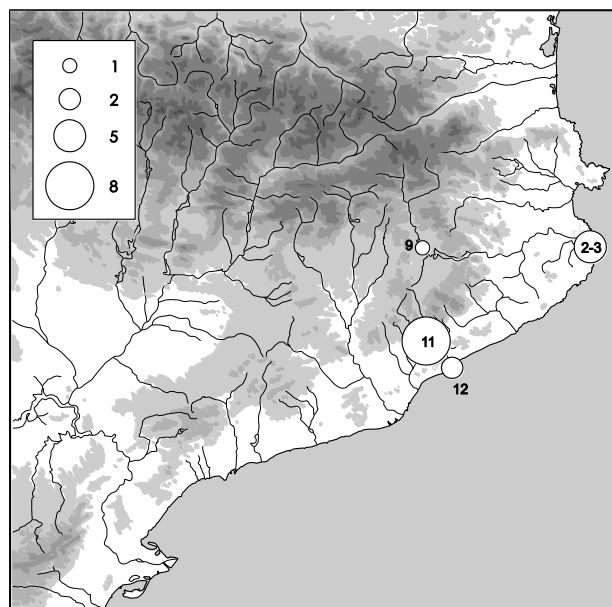


Fig. 142: Dispersión de las orlas metálicas documentadas en la Península Ibérica. 2-3: Ampurias; 9: L'Esquerda; 11: Turó dels Dos Pins; 12: Can Rodon de l'Hort.

mismo yacimiento: la necrópolis de Can Rodon de l'Hort, en Cabrera de Mar. Mientras tanto, el tipo de empuñaduras delgadas (grupo 4), se reduce a dos piezas documentadas en la misma región (2044 y 2047; esta vez en Turó dels Dos Pins) y otra en territorio ilergete, en el poblado del Tossal de les Tenalles (2042). El último de los grupos (5), de empuñadura erguida, está únicamente documentado en Ampurias y Mas Castellar, de donde proceden los dos ejemplares registrados (2035 y 2005 respectivamente).

La dispersión de las orlas metálicas (fig. 142) ofrece un panorama similar al de las manillas, con algunos esporádicos restos dispersos de forma anárquica, revelando un patrón de espontaneidad en el que parece claro que estos elementos acompañaban a los escudos ovales sólo de forma ocasional.

Como vemos, la repartición territorial de manillas y orlas no ofrece otra información que la de reducirse a la región nororiental de la Península, algo que sin duda hay que poner en relación con el patrón de influencia lateniense que inspira este tipo de producciones. Sin duda, es significativo que tales refuerzos no se emplearan en los ejércitos romanos peninsulares u otras tropas indígenas a su vez inspiradas por el modelo itálico. Como veremos más adelante, es posible que el propio modelo itálico fuera reactio a este tipo de defensas, que no parecen documentarse en otros territorios europeos⁵⁸⁶.

Otro aspecto a tener en cuenta, ya considerando el conjunto de materiales estudiado en este apartado, es que los mapas que hemos representado (figs. 138-142) reflejan en todos los casos una dispersión diacrónica, en la que aparecen los distintos modelos independientemente de su datación, que puede ser muy distinta en algunos de los casos. Si estructuramos los hallazgos en función de distintas fases, puede parecer por ejemplo que los elementos metálicos del noreste son sólo los pertenecientes a fases medias o antiguas, mientras que el resto del territorio peninsular, con la salvedad de algunos ejemplares del tipo A1 en el sureste, mostraría exclusivamente ejemplos tardíos, del siglo II a.C. en adelante. Si bien es cierto que la dispersión de los umbos a partir del siglo II a.C. podría ser similar a las espadas de La Tène (con muchos menos

⁵⁸⁶ Véanse por ejemplo algunos conjuntos tardorrepublicanos de las galias como los de Pîtres (Dechezleprêtre, Adrian y Roudié, 2008) o Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 60-64) (cfr. Poux, 2008: 344-348) en los que los umbos son casi las únicas piezas metálicas documentadas. No obstante, no hay que ocultar que en muchos de estos casos, y en otros en los que sí hay manillas metálicas, persiste el problema de la atribución del propietario a un romano o a un indígena vinculado a la órbita militar romana. En dicho sentido, véase Pernet, 2010: *passim*.

representantes y salvando las distancias con el área celtibérica)⁵⁸⁷, creemos que la aparente ausencia en el noreste de ejemplares modernos como los circulares o los modelos avanzados de aletas rectangulares (aletas largas y convergentes) no es real, sino que depende de falta de contextos⁵⁸⁸, mientras que su presencia en otros territorios responde a la concentración de actividad militar en ciertas regiones (aunque a su vez también hay sesgo por falta de contextos funerarios). Algo parecido ocurriría con los tipos más antiguos en el mismo territorio: nada parece impedir que existan umbos bivalvos en Cataluña, aunque por ahora son poco frecuentes; incluso más de lo que deberían. La explicación a esta escasez tiene forzosamente que ver (además de los problemas de identificación de estas piezas)⁵⁸⁹ con el mismo problema contextual que se extiende igualmente a las espadas La Tène, de las que contamos con un buen número de ejemplares reflejando una larga tradición, pero cuyos representantes del siglo V a.C. son inexistentes, mientras que los del siglo IV a.C., verdaderamente escasos.

En el extremo opuesto del territorio, puede argumentarse que tipo A1 (que es el único que aparece en el sur) es antiguo, pero hay piezas cuyo contexto de deposición no lo es, y existen posibilidades de que no se trate de perduraciones sino de una continuidad en la producción de ciertos tipos de umbo en un periodo de tiempo bastante dilatado y aun pese a estar estos modelos por completo obsoletos en otros territorios.

Por otra parte, y aunque nos ocuparemos con mayor detalle de los pormenores de cada uno de sus contextos en el capítulo relativo a las panoplias, los datos de dispersión de las partes metálicas de los escudos ovales sugieren ciertas posibilidades a considerar en lo referente a su producción e influencia. En todos los casos (de nuevo a excepción quizás del tipo A1, cuya complejidad es mucho mayor), parece claro que se trata de producciones propias y no meras evidencias del paso de guerreros celtas procedentes del continente y enrolados como mercenarios o auxiliares en los ejércitos indígenas, púnicos o romanos. Su frecuente posición, acompañando a panoplias indígenas en el noreste o contextos de ocupación romana en el resto del ámbito peninsular, subrayaría esta hipótesis. Si en la región nororiental asistimos claramente al desarrollo normal de una influencia laténica, resulta sorprendente el extraño comportamiento de la Celtiberia

⁵⁸⁷ *Vide supra*, fig. 63, A.

⁵⁸⁸ En especial de los de tipo funerario, que son los que suelen ir acompañados de armas. De sobras conocida es la ausencia de este tipo de contextos (por ausencia de tumbas, no de armas en las mismas) en Cataluña (Sanmartí, 1991 y 1995) y en general en el territorio peninsular (Quesada, 1997: 651-652).

⁵⁸⁹ *Vide supra*, IV.B.

y el Ebro Medio; territorios en los que hemos visto (especialmente en el primero) un importantísimo influjo de las espadas de la Segunda Edad del Hierro europea. Da la impresión que la permeabilidad que muestran estos territorios a la adopción de espadas no es extensible a los escudos ovales, de los que no se documentan elementos metálicos hasta bien avanzado el siglo II a.C. Este hecho, en apariencia chocante, puede estar indicándonos que la fuente de procedencia de estos influjos no es la misma que para el noreste, y que probablemente hay que remitir al territorio aquitano para explicarnos tal ausencia. Este territorio es, efectivamente, y en contra de lo que se ha venido diciendo hasta hace poco, un ejemplo de precocidad en la adopción de ciertos patrones laténicos (Rapin, 2004: 28; Gómez de Soto *et alii*, 2007: 69-71 y fig. 1), pero al parecer la presencia de umbos u otros elementos metálicos del escudo es desconocida a lo largo de buena parte de la Segunda Edad del Hierro (Boudet, 1994: *passim*), si no es en contextos de romanización⁵⁹⁰. Es posible, pues, que la Meseta Oriental fuera influida también en el mismo sentido.

No obstante, el interrogante que se nos plantea a continuación es si existieron en este territorio escudos ovales sin elementos metálicos conviviendo con la conocida *caetra* o bien habría que esperar (como parece ocurrir en otras regiones) a las invasiones romanas para que las tribus celtibéricas decidieran emplear dicho tipo de escudo⁵⁹¹.

Por último, nos queda por resolver la cuestión del extraño comportamiento geográfico-cultural de los umbos bivalvos del tipo A1. Tomando en consideración el hecho de sus peculiaridades cronológicas, ¿se trataría de un tipo importado, o acaso de producciones autóctonas ibéricas en base a un antiguo patrón latenense? Mucho nos tememos que esta incógnita dista mucho de poder resolverse en el estado actual de los hallazgos, pero, en cualquier caso, cualquier consideración al respecto pasa por preguntarnos primero cuál es exactamente la problemática cronológica relacionada con estas producciones; y eso es precisamente lo que vamos a hacer a continuación.

⁵⁹⁰ Por ejemplo en casos como la tumba de carro de Boé (Corques y Schönfelder, 2008: 255).

⁵⁹¹ Así se desprende por ejemplo de las fuentes clásicas (Diodoro, V, 33, 3).

IV.C.2: Cronologías de los umbos

Aun estando sujetos a un problema parecido al de las espadas en contextos de poblado del noreste, la mayoría de los umbos metálicos proceden de contextos funerarios y, *a priori*, no están sujetos a los mismos problemas de perduración. Sin embargo, algunos de ellos parecen hallarse en contextos de deposición muy avanzados que contrastan con las cronologías que apuntan sus rasgos tipológicos. En tales casos, no siempre es fácil adivinar si se trata de simples perduraciones de aquellos objetos o bien de una continuidad en la producción de sus mismos patrones; algo que recordaría más bien al conservadurismo inherente en ciertos formatos armamentísticos como los de las falcatas o algunas espadas La Tène de la región nororiental. En dicho sentido, uno de los mayores problemas de la cronología de los umbos procede precisamente del primero de los tipos de nuestra clasificación (A1), que, ya hemos visto, tiene también una curiosa dispersión geográfica:

Los bivalvos meridionales. Cronologías e hipótesis de evolución.

Pese a que este tipo de umbos no es especialmente abundante, su media docena de representantes incurren en ciertas paradojas cronológicas que no podemos dejar de comentar:

Según hemos visto en el anterior capítulo, la variante A1 procede, en el sentido tipológico, de los umbos bivalvos europeos de más antigua tradición, que remiten al origen de la Segunda Edad del Hierro: el estadio La Tène A. Aunque los ejemplares peninsulares no comprenden en ningún caso cronologías dentro de ese mismo estadio, algunos de ellos, como la pareja de Cigarralejo (2029 y 2030), pudieron ser compatibles con tales fechas teniendo en cuenta su amortización en un momento impreciso del siglo IV a.C. (Quesada, 1997: 540), que bien pudo haber sido (desconociendo por ahora los detalles acerca de los materiales asociados a ellos en el ajuar) de la primera mitad del mismo⁵⁹².

El resto de los ejemplares no tiene una datación del todo clara, pero encajarían mejor con momentos algo posteriores en los casos de Villaricos (2053) y Arcos de la Frontera

⁵⁹² Y por tanto dentro de dicho estadio o bien inmediatamente después si contemplamos un cierto margen de tiempo entre su fabricación y su amortización en la tumba.

(2013), pero sobre todo en el de Pozo Moro (2036) y el de El Romazal (2040). Este último es el ejemplo más claro de todos, puesto que en la necrópolis no hay evidencias que remonten más allá de finales del siglo III a.C., e incluso sus excavadores admiten que la mayor parte de los ajuares pertenece al periodo de las guerras lusitanas; desde mediados del siglo siguiente (Hernández, Galan y Martín, 2008: 334). Tal datación representa sin duda un auténtico desfase en cuanto a las cronologías típicas del modelo, pero si leemos bien el resto de contextos a los que hemos referido, quizás algún otro umbo pueda resultar compatible con ella. Así, por ejemplo, podemos retomar el debate acerca del conflictivo ajuar de la sepultura 2 de Pozo Moro, en el que se incluyen materiales como el *kantharos* y, presuntamente, el umbo bivalvo, que arrojarían fechas muy antiguas; junto a otros como la espada La Tène (1139) o el casco de tipo Montefortino, con una inscripción en latín, que avanzarían la fecha de amortización a finales del siglo III o inicios del siglo II a.C. Con anterioridad, algunos especialistas (Quesada, 1997: 540-541 y 2004: 77) han propuesto una datación doble para la tumba, en la que se mezclarían dos ajuares completos: el uno más antiguo (primera mitad del siglo IV a.C.), en el que se contaría el *kantharos* junto al umbo y quizás la falcata; y el otro más moderno (en el que se incluirían el casco y la espada La Tène), que vendría a coincidir con la datación sugerida con anterioridad (Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 24; Alcalá-Zamora, 2003: 57), con fecha *ante quem* de finales del III o inicios del II a.C. La argumentación cobra una lógica distinta si tenemos en cuenta el nuevo ejemplar de El Romazal, que plantea la posibilidad de que el único objeto realmente perdurado sea el *kantharos* de barniz negro ático, mientras que el umbo puede atribuirse a la misma fecha que el resto del ajuar, que es plenamente compatible con la propuesta para la amortización de la tumba.

Por otra parte, ni el umbo de Villaricos ni el de Arcos de la Frontera contribuyen demasiado a aclarar este panorama, pero tanto las fechas más abundantes en la necrópolis almeriense (*circa* III-II a.C. según Almagro-Gorbea, 1984: 91) como la presencia de una espada La Tène (1044) sin vaina enteriza acompañando al umbo bivalvo en la tumba gaditana, sugieren una vez más una fecha de amortización poco acorde con la lógica pertenencia de estos elementos a La Tène A. Además, en un trabajo reciente, Matthieu Poux (2008: 344) menciona un posible ejemplar procedente del campamento de Renieblas que quizás corresponda con un fragmento dudoso publicado con el número 123 del inventario de Luik (Luik, 2002: 226 y fig. 179) para los campamentos numantinos. El aspecto de la pieza podría en efecto coincidir con el de

una de las conchas de un umbo bivalvo con protector para el nervio de la *spina* (A1.2), pero su estado excesivamente incompleto no permite demasiadas apreciaciones, y por ello ha sido excluido de nuestro propio catálogo. Recordemos sin embargo que la fecha de construcción del campamento III es de mediados del siglo II a.C., sólo ligeramente posterior al *terminus post quem* de la tumba de El Romazal.

Teniendo en cuenta estos datos, la pregunta obvia es si estamos ante una larguísima perduración de ciertas piezas (ya sea sólo de los umbos o de los escudos al completo), que alcanzaría como mínimo el centenar y medio de años⁵⁹³, o bien estamos de nuevo ante otro caso de “fosilización” efectiva de un patrón concreto en la región meridional de la península. La repetición de formatos conservadores en algunas armas hispánicas no es rara, y de hecho la hallamos fácilmente en modelos de larga duración y un cierto estancamiento como las falcatas (Quesada, 1997: 108), las espadas de antenas o incluso las espadas de tipo La Tène del noreste (García Jiménez, 2006: 212-214; *supra*).

Cierto es también que los ejemplares hoy conocidos de umbos bivalvos del tipo A1 son muy escasos, y que ello va en detrimento de la hipótesis de preservación de los rasgos morfológicos de estos umbos, pero, de hecho, no es esta una hipótesis que hayamos creado *ex novo*, sino que ya fuera implícitamente planteada por Matthieu Poux (2008: 344-345) muy recientemente al proponer una ascendencia tipológica para cierto tipo de umbos monovalvos tardorrepublicanos bastante desconocidos hasta el momento:

Se trata en concreto de un puñado de ejemplares de perfil fusiforme y aletas cortas procedentes en su mayoría de contextos militares de época cesariana o augústea (Pernet, 2010: 69-71) como los de Oberaden, Mainz, Magdalensberg o Gergovia⁵⁹⁴. Un

⁵⁹³ Bien conocida es la habitual perduración del armamento defensivo en los ejércitos romanos (Quesada, 2006: 83), que hasta el siglo I a.C. debían costearse sus propias armas, pero tal costumbre afectaría especialmente a armaduras y cascos (esto es; a las armas pasivas), que son mucho más costosos, y no encaja muy bien con los escudos, cuya base es de madera. A diferencia de los umbos, las protecciones corporales, que suelen ser de bronce, pueden repararse fácilmente (Gabaldón, 2004: 162) y reutilizarse con ciertas garantías.

Por otra parte, poco sabemos de momento sobre las posibles atribuciones apotropaicas que pudieron tener los escudos, que a lo mejor expliquen tales perduraciones si no en su empleo, sí al menos a través de la conservación simbólica de estos objetos (*cf.* Gabaldón, 2004: 126-130 sobre los griegos; salvando las distancias). En tal caso, no dejaría de ser sorprendente su inclusión como parte de una panoplia común en la tumba de El Romazal.

⁵⁹⁴ Algunos autores (Poux, 2008: 345 y fig. 32; Pernet, 2010: 70 y fig. 33) han sugerido la existencia de este tipo de umbos en alguno de los escudos representados en el altar de Domitius Ahenobarbus. Sin embargo, el estado de conservación de dicho monumento iconográfico apenas permite percibir los restos de una base para las aletas, que incluso ha llegado a ser representado por otros autores (Rapin, 2001: fig. 3, 1) con otras formas distintas. El estado actual de la pieza, conservada en el Musée du Louvre, no permite en este momento subsanar tales ambigüedades, por lo que debemos cuestionar la hipótesis.

vistazo rápido a estos umbos, basta para percatarse de su similitud con las producciones hispánicas de las que estamos hablando, mientras que las fechas que proponemos para los ejemplares autóctonos de El Romazal o Pozo Moro, otorgan cierta credibilidad a la conexión entre ambos patrones y nos permite por tanto subsanar el gran problema que plantearía la asociación de Poux entre las fórmulas republicanas y las laténicas antiguas⁵⁹⁵.

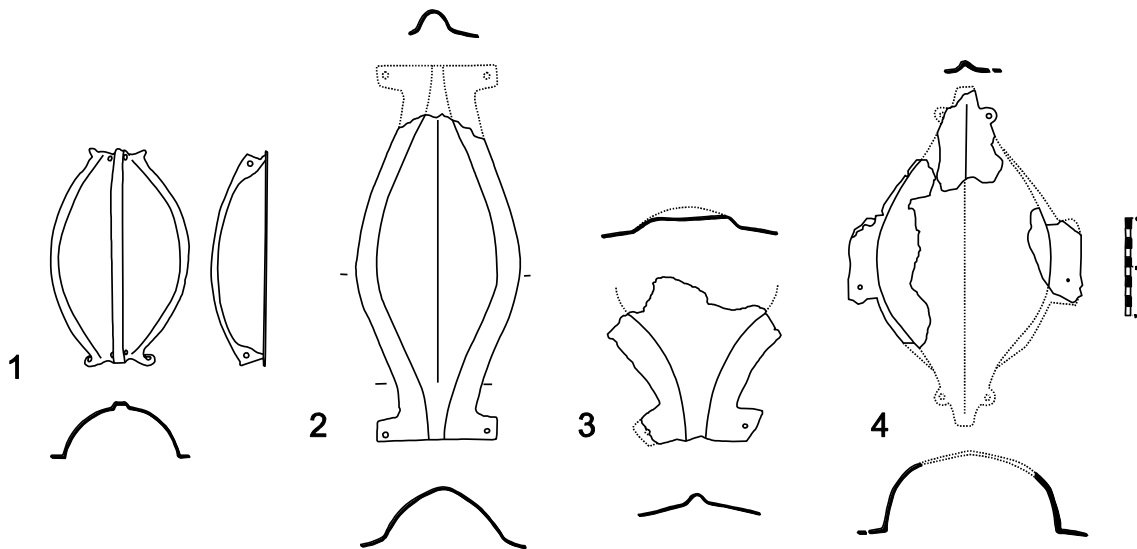


Fig. 143: Algunos umbos tardorrepublicanos de perfil fusiforme. 1: Sainte-Anastasié (Bel *et alii*, 2008: Fig. 360, 1; 2: Magdalensberg (Poux, 2008 : 31) (modificado); 3: Gergovia (*Ibid.*); 4: Lyon (Desbat y Maza, 2008: Fig. 1, 1) (modificado).

En la **fig. 143** hemos recopilado algunos de los ejemplos más representativos de aquél tipo de umbo, entre los que podemos ver algunos detalles que parecen remitir a las producciones que conocemos de la Península Ibérica. El primero de ellos (fig. 143, 1) es un ejemplar procedente de Sainte-Anastasié (Campagnac, en el entorno de Nîmes)⁵⁹⁶, y fechado entre los siglos II y I a.C. (Bel *et alii*, 2008: fig. 368). La forma de su concha, que puede recordarnos la de algunos de sus contemporáneos de cuerpo cerrado y aletas de mariposa (Gamba, 1987: fig. 11, 2 y 20,1) es a su vez parecida a las dos piezas que conforman la de los bivalvos hispánicos, sobre todo porque además de unas cortas

⁵⁹⁵ Poux apunta precisamente a las piezas hispánicas pese a desconocer la existencia de ejemplares tan modernos, pero la asociación de estas formas con las de los bivalvos de La Tène A o incluso de La Tène B2 (fig. 106 y fig. 109, 7) ha sonado más de una vez (Bel *et alii*, 2008: 448-449) pese a la aparente imposibilidad del salto cronológico.

⁵⁹⁶ Que ya fuera documentado por Déchelette en los albores de la historiografía del armamento La Tène (Déchelette, 1914: fig. 435).

aletas, cuenta con un nervio central que actúa de forma homóloga a la de los protectores de la *spina* que vemos en algunas piezas tardías como las de Pozo Moro o El Romazal. Al igual que estos, nos parece igualmente relevante el hecho de que la sujeción de la concha no se produce en el extremo de sus apéndices como ocurre con otras piezas emparentadas que veremos a continuación, sino que lo hace a partir de pequeños orificios situados a sendos lados del protector de la *spina*. Aparte de estas convergencias, los rasgos que definitivamente se alejan de sus parientes hispanos, de los que probablemente representa una evolución, son sin duda su fabricación a una sola pieza, la forma de sus aletas (que toman un aspecto enroscado en vez de apuntado), y el volumen netamente inferior de estas.

Algunas de estas disparidades están sin embargo ausentes en otro de los ejemplares que destacamos (fig. 143, 2), en este caso originario de Magdalensberg. Este umbo, contiene en las características de sus aletas un principio idéntico al de las producciones de La Tène A, con bases estrechas y apéndices terminales si bien no apuntados, sí al menos insinuados. La concha es en cambio algo distinta, alcanzando un mayor volumen longitudinal y adaptándose ya a cubrir una porción mayor de la *spina* del escudo. Asimismo, el caso de Magdalensberg, como ocurre con la mayoría de sus parientes, no incluye ya una protección para el nervio, que ahora se ha convertido en una arista. Estos signos de evolución se hacen también patentes en otros ejemplares como los de Gergovia (fig. 143, 3) o Lyon (fig. 143, 4), cuyas conchas se ensanchan notablemente, exagerando su perfil.

En cuanto a la sujeción de los remaches, los dos ejemplares centrales (fig. 143, 2-3) explotan un sistema idéntico con sujeciones en los apéndices, que repite algunas fórmulas antiguas⁵⁹⁷ desconocidas en la Península Ibérica. El ejemplar de Lyon (fig. 143, 4), por su parte, ofrece una singular alternativa a base de interrumpir sus aletas, que se limitan al sector central, y emplear pequeñas pestañas cerca de los extremos longitudinales.

En conjunto, todos los ejemplares descritos, a excepción del de Sainte-Anastasie, son muy voluminosos en su superficie total, pero no lo son tanto en particular en sus conchas, que en realidad sólo ocupan mayor superficie de la *spina* (pero no del umbo lignario) que sus posibles parientes hispanos. Sin embargo, no deja de parecer sugerente el hecho de que se observan, como ocurre con aquellos, dos módulos distintos: uno más

⁵⁹⁷ *Vide supra*, fig. 106, 2-5.

reducido, que englobaría los ejemplares de Nîmes y otros como los de El Romazal; y otro mayor en el que incluiríamos grandes umbos como los de Magdalensberg, Gergovia y Lyon junto con ejemplares igualmente desarrollados como los de Villaricos o Arcos de la Frontera (**fig. 144**).

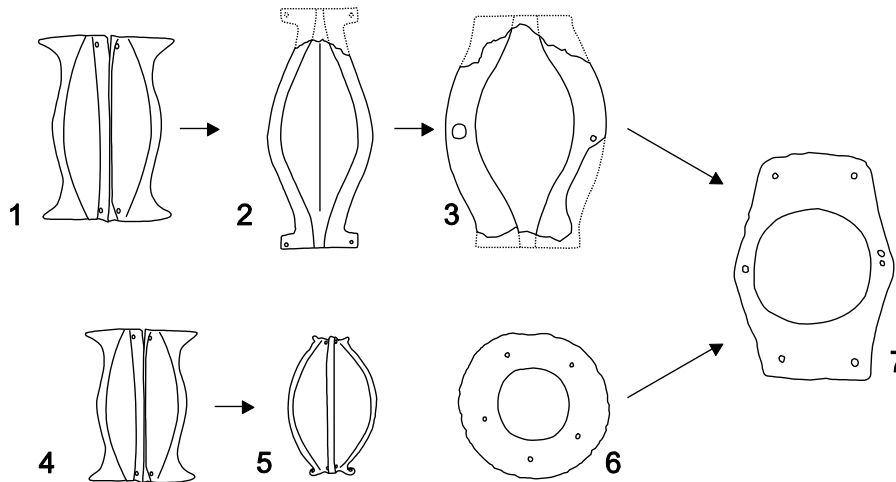


Fig. 144: Asociaciones tipológicas de algunos formatos de umbo bivalvo tardíos con ejemplares monovalvos tardorrepblicanos. 1: Villaricos, hipogeo 5 (2053); 2: Magdalensberg (Poux, 2008: Fig. 31); 3: Mainz (Connolly, 1981: 231, fig. 6); 4: El Romazal, sep. 143 (2040); 5: Sainte-Anastasie (Bel *et alii*, 2008: Fig. 360, 1); 6: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 44, 47); 7: Mainz (Connolly, 1981: 231, fig. 7).

En el sentido evolutivo, ambos módulos parecen coexistir, pero, por otra parte, quizás podemos apreciar otro eslabón en la pervivencia de sus patrones morfológicos comunes si añadimos algunos ejemplares augustales a nuestra ecuación:

Contamos, por ejemplo, con dos ejemplares de Mainz (fig. 144, 3 y 7) que conocemos gracias a una publicación divulgativa de P. Connolly (1981: 231, fig. 6-7) y cuyos detalles métricos lamentablemente ignoramos. En síntesis, se trata de un ejemplar de finales del siglo I a.C. dotado de una característica forma abultada propia de las producciones republicanas (fig. 144, 3) (Pernet, 2010: lám. 222), y otro más de inicios del siglo I d.C. (fig. 144, 7) con concha circular aunque con evidentes signos de familiaridad con las aletas del anterior. El primero de estos ejemplares incluye todavía un par de aletas, confinadas a ambos lados de la *spina* y la concha pero perceptiblemente más anchas que sus familiares anteriores y efectivamente perforadas también en el centro, algo que sólo observábamos en el ejemplar de Lyon. Desconocemos (a causa de la conservación de la pieza) si los terminales de dichas aletas

incluían sendos apéndices o bien tomaban la forma de la restitución de Connolly, más parecida a la pieza de concha circular. En dicho caso, nos hallaríamos ante la confluencia de formas entre las producciones de concha alargada y sus coetáneas de concha circular, que llegarían a alterar la forma de su base a partir de dichas influencias. No está demasiado claro si se trata de evolución o hibridismo, pero, en todo caso, no hay duda de que los signos de la imposición del patrón circular van dejándose notar, contribuyendo sin quererlo a nuestro desconocimiento de los monovalvos fusiformes tardorrepublicanos, que parecen desaparecer con el cambio de era o poco más allá (Poux, 2008: 344-345).

Llegados a este punto, cabe recordar que pudo existir algún tipo de conexión entre la producción de bivalvos meridionales con cronologías tardías y la de ejemplares romanos de mayor dispersión. Tal influencia sólo pudo darse en el caso de que los romanos adoptaran (y adaptaran, construyéndolos de una sola pieza) tales patrones (Poux, 2008: 344)⁵⁹⁸ tomándolos de los pueblos ibéricos meridionales, y siempre que estos contribuyeran a su empleo repetido a lo largo de doscientos años, lo que no sabremos nunca con certeza si no hallamos otras piezas en contextos avanzados. Terminando con esta hipótesis, la influencia, de producirse, probablemente lo hizo durante el periodo de mayor contacto entre los ejércitos romanos y los autóctonos: esto es, a partir de la Segunda Guerra Púnica, y, en especial, a partir de las Guerras Lusitanas, que encajan mejor con el sesgo cronológico entre estos y los ejemplares republicanos conocidos.

Otros umbos

El resto de los umbos documentado en la Península Ibérica no incurre en las mismas ambigüedades que el tipo A1 y pueden explicarse fácilmente mediante la correlación de cronologías relativas procedentes de sus contextos arqueológicos junto con dataciones tipológicas que relacionan los tipos con otras producciones europeas en las que se basan.

En la **fig. 145**, mostramos un resumen de las dataciones de los distintos tipos peninsulares basándonos en un formato inicialmente propuesto por André Rapin

⁵⁹⁸ Quien ya acierta a recordar que hay otros precedentes, como el *gladius* o el *pugio* cuyo origen hispánico ya está ampliamente consensuado (*Ibid.*: 347).

respecto a las cronologías de los umbos de Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 39). Como vemos, el **tipo A1** de nuestra clasificación podría remontar tipológicamente a las primeras décadas de La Tène A, y lo tenemos documentado en la península hasta como mínimo finales del siglo III e inicios del II a.C. Por su posible asociación con los tipos tardorrepublicanos comentados anteriormente, es factible que su patrón se prolongara incluso algo más, quizás hasta mediados del siglo II a.C., en la transición virtual de LT C2 y LT D1.

El único ejemplo documentado de la **variante A2** es un mal ejemplo a fechar, ya que su contexto en un nivel de amortización de trofeos capturados en la zona 14 del Puig de Sant Andreu lo hace susceptible de perduración. La fecha de amortización del nivel de la calle donde se halló la pieza corresponde al intervalo de 225 a 195 a.C.; el periodo final del *oppidum*. Salta a la vista que tal datación es *a priori* demasiado avanzada para un umbo bivalvo, puesto que los contextos europeos de estos umbos no superan en ningún caso la transición a LT C1, en torno al segundo cuarto del siglo III a.C. Además de este hecho, recordaremos lo dicho anteriormente sobre sus estrechas aletas y su formato de concha corta, que remite a las producciones de LT B2 o ligeramente anteriores. En tal caso, creemos que se trata de una pieza de larga perduración en su amortización como *spolia hostium*, coincidiendo con lo que ocurre con otros objetos que la acompañaban, como la espada del tipo NE-III (97 y 101) con clara inspiración de las producciones del módulo corto del siglo IV a.C. En consecuencia, preferimos fechar por el momento este tipo entre la segunda mitad de dicho siglo y el primer cuarto del siguiente (LT B2), a sabiendas de que nuevos hallazgos (si los hubiera) nos indicarían si efectivamente se trata de perduraciones o bien del uso continuado del patrón hasta fechas avanzadas.

El solitario y deteriorado ejemplar del **tipo B1** es algo más claro que el anterior, y no incurre en contradicciones entre su periodo de uso y el de su amortización. En este caso, la pieza se halló no muy lejos de la anterior, aunque en un contexto distinto dentro de una habitación y en un nivel fechado *circa* 350-300 a.C. Como ya hemos indicado anteriormente⁵⁹⁹, tal dato concuerda con los rasgos tipológicos del umbo, que corresponden al estándar reciente de LT B2 en contextos europeos; es decir: entre finales del siglo III e inicios del II a.C.

⁵⁹⁹ *Vide supra*, IV.B.

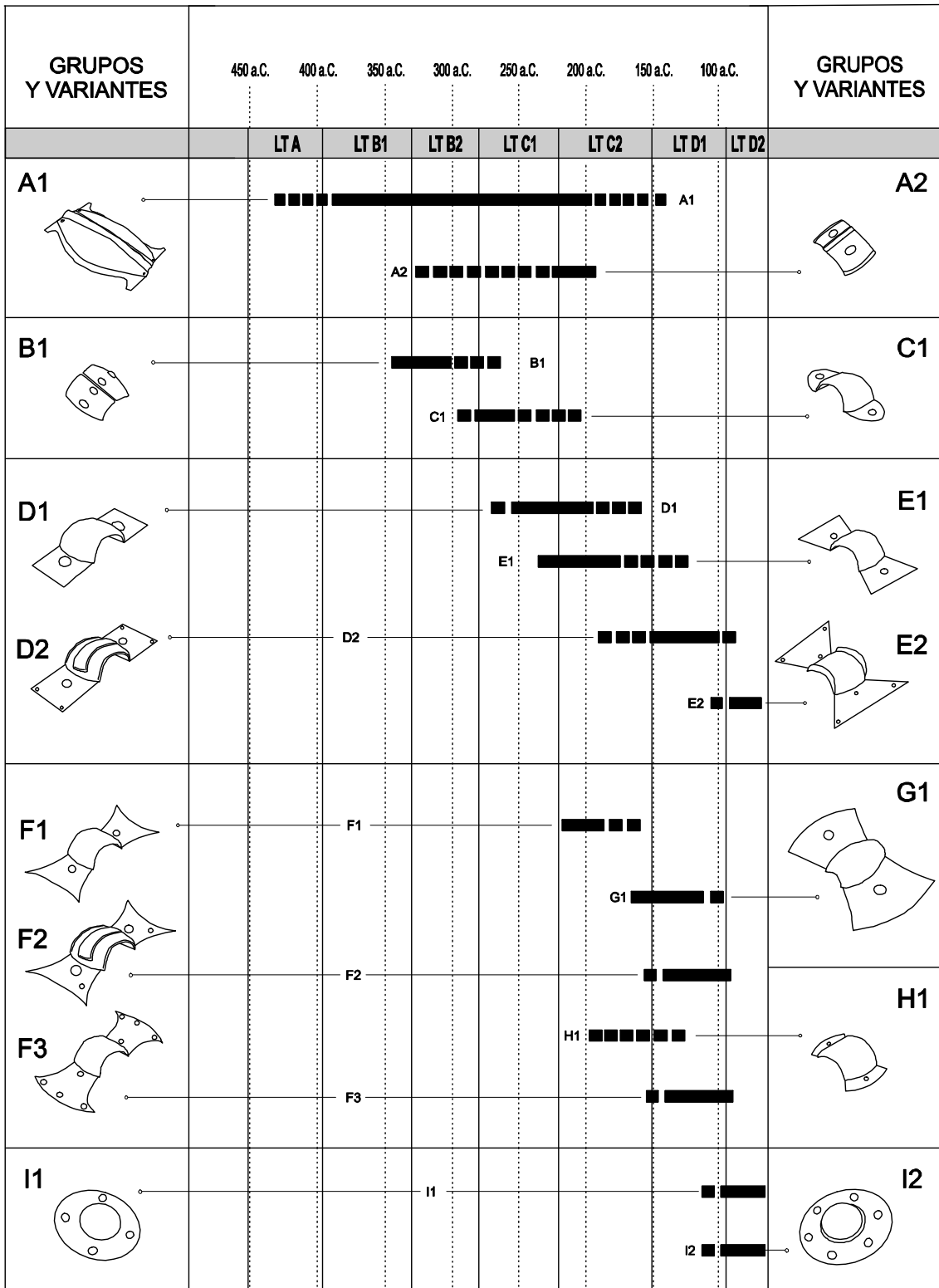


Fig. 145: Cuadro cronológico de los distintos tipos de umbo de la Península Ibérica. Los periodos cronológicos indicados (LT A-D2) no son aplicables a las culturas hispánicas y sólo aparecen a título comparativo.

El **tipo C1** corresponde también a un patrón, bien conocido en las galias, que inicia su andadura justo a partir de la transición de LTB2 y LTC1 y marca el comienzo de las producciones a una sola concha. No tenemos una datación precisa para la pieza del Puig de Sant Andreu, cuyo contexto nos es desconocido, pero el ejemplar de la sepultura A de Cabrera de Mar se incluye en un ajuar bastante completo en el que destacan algunas cerámicas precampanienses (Barberà, 1968: 103-105, figs. 3 y 4) que pueden encajar bien en la primera mitad del siglo III a.C. El momento final de este tipo de umbos tampoco es difícil de adivinar teniendo en cuenta que es uno de los pocos formatos que no sobrevive durante el estadio LT C2.

También originarios de las primeras fases de producción de los formatos monovalvos, los prototipos de influencia de los umbos del **tipo D1** tienen una vida mucho más larga que el anterior en Europa, de modo que, tipológicamente, su abanico cronológico es mucho más amplio, llegando incluso a convivir parcialmente con sus propios formatos evolucionados con aletas largas durante LT D1 (Brunaux y Rapin, 1988: 63). Los ejemplares peninsulares, siempre localizados en el noreste, corresponden siempre a sus estadios inicial o intermedio, en ningún caso sobrepasando las primeras décadas del siglo II a.C. Los ejemplares con contextos de poblado como el del Tossal de les Tenalles (fechado en el s. III a.C. sin más precisiones⁶⁰⁰), Mas Castellar (con un *ante quem* de muy a inicios del II a.C.) o el Turó de Ca n'Oliver (c. 275-225 a.C.)⁶⁰¹ conforman la mayoría de los hallazgos de este tipo, y vienen a coincidir con la información que deriva del ejemplar de la sepultura 64 del Turó dels Dos Pins, que hay que fechar, a falta de un ajuar más generoso, con la cronología general de la necrópolis: 250-175 a.C. (García Roselló, 1993: 143).

La variante más moderna (**D2**), documentada en dos ejemplares del lote riojano de La Azucarera, incluye ciertos rasgos novedosos en su tipología como son la distribución de sus clavos o la tendencia a ensanchar sus aletas. En consonancia con los otros materiales del lote, donde destacan especialmente los umbos de aletas trapezoidales y derivados tardíos, creemos que una fecha entre 150 y 75 a.C. resultaría apropiada para estos umbos; especialmente las más altas del intervalo.

⁶⁰⁰ Colominas y Duran, 1920: 615.

⁶⁰¹ Agradecemos a Joan Francès y el Museu de Cerdanyola la información proporcionada sobre la cronología de esta pieza.

El recorrido cronológico de los umbos con aletas trapezoidales es similar al de los anteriores, aunque su aparición es posterior a la de estos debido a que su origen se encuentra precisamente en las formas rectangulares de sus parientes. En concreto, podemos fechar la mayoría de este tipo de umbos a partir de la segunda mitad avanzada del siglo III a.C. (LTC1/LT C2) teniendo en cuenta su habitual asociación a cadenas de suspensión semirrígidas de tipo plano, que son las versiones más tardías entre los tipos metálicos (Brunaux y Rapin, 1988: 72).

La fecha inicial para este tipo de umbos coincide con la de la variante hispánica original (**E1**) en contextos nororientales. Las tumbas II y IV de Cabrera de Mar (Barberà, 1969-70: 181 y 188), con abundante material bélico y cerámico, podrían encajar bien con fechas de la segunda mitad del siglo III a.C. (*Ibid.*: 189), al igual que otras piezas de la misma necrópolis (2024) o de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (García Roselló, 1993: 107). El umbo de la sepultura 52, por su parte, podría ser ligeramente posterior, quizás de inicios del siglo II a.C. (*Ibid.*: 129), coincidiendo con lo que sugiere la evidente hipertrofia de sus aletas.

Las fechas finales de estos umbos, que coinciden con lo que sabemos de sus parientes europeos, vienen de la mano de la **variante E2**, que es mucho más tardía y ya por completo diferenciada en su entorno geográfico. En realidad, no tenemos una fecha clara para el umbo de Alvarelhos, pero sus características tipológicas coinciden plenamente con un buen puñado de paralelos galos⁶⁰² que se encuadran en un periodo cronológico que abarca la parte final de LT D1 y LT D2, siendo por tanto uno de los últimos formatos de origen céltico conocidos. El ejemplar de La Caridad, por su parte, sí cuenta con una datación firme en torno al primer tercio del último siglo antes de nuestra era (Vicente, Punter y Ezquerro, 1997: 196), lo que viene a subrayar lo dicho al respecto.

Las constantes tipológicas de nuestro grupo F son poco frecuentes fuera de la Península Ibérica, lo que dificulta hasta cierto punto el proponer dataciones para el mismo. Sin embargo, los datos de los que disponemos para los umbos hispánicos de este tipo son bastante explícitos, y juegan a favor de su correlación con otras fórmulas morfológicamente emparentadas con ellas que sí disponen de dataciones conocidas. El **tipo F1**, que es el más antiguo de los umbos de este grupo, apunta a cronologías

⁶⁰² *Vide supra*, IV.B.

bastante antiguas teniendo en cuenta lo evolucionado del patrón. Los dos ejemplares conocidos hasta el momento corresponden a sendas tumbas (26 y 51) de la necrópolis laietana del Turó dels Dos Pins. Como hemos visto con una de las piezas anteriores, la sepultura 51 corresponde a la segunda mitad del siglo III a.C., mientras que la sepultura 26, que únicamente cuenta con la panoplia en su ajuar, no tiene una datación definitiva y se encuadra por tanto en la general de la necrópolis: 250-175 a.C. (García Roselló, 1993: 57). Nos interesa destacar especialmente el primer caso, porque el umbo se asocia directamente con otro de aletas trapezoidales que resulta ser uno de los más antiguos documentados (*supra*) pero cuya estructura, a su vez, es el principal prototipo de influencia de la variante F1. Este dato nos da una idea de la precocidad de estos formatos, que contrasta fuertemente con las otras variantes documentadas fuera del territorio nororiental.

En efecto, los ejemplares de los **tipos F2 y F3** pertenecen ya a otros contextos mucho más tardíos, que esta vez sí tienen sus correspondencias tipológicas, aunque escasas, en algunos yacimientos galos⁶⁰³. Para empezar, los cuatro ejemplares del tipo F2 corresponden al grupo de La Azucarera, en dos casos, y a los de La Almoina en el resto. Probablemente los umbos de La Azucarera fueran ligeramente anteriores al siglo I a.C. como parece indicar el grueso de sus panoplias, pero no cabe duda que los de La Almoina pertenecieron a fechas en torno al año 75 a.C., pese a lo que pudiera parecer por su aspecto muy afín a los formatos trapezoidales clásicos. Los ejemplares del tipo F3 pertenecen a momentos idénticos: uno por su idéntica inclusión en el lote de armas de La Azucarera y otro por su hallazgo en La Caridad, que, como su homólogo de aletas trapezoidales altas, hay que fechar en el primer tercio del s. I a.C. Este último umbo en particular comprende asimismo evidentes conexiones con los umbos de aletas *bipennes* y concha cerrada tan habituales en la región adriática y balcánica del mismo periodo.

Las tres piezas documentadas del **tipo G1** proceden de una misma necrópolis catalana: Les Corts, y no cuentan con ajuares susceptibles de datación precisa. Sin embargo, su asociación en la sepultura 45 con una espada La Tène del tipo NE-II (23; García Jiménez, 2006: fig. 119) junto con la conocida cronología de este tipo de umbos fuera de la Península Ibérica, bien encasillada entre el periodo final de LT C2 y LT D1, nos indica que su datación podría concretarse en un intervalo que no excedería los dos

⁶⁰³ Vide *supra*, IV.B., fig. 120.

últimos tercios del siglo II a.C.; algo perfectamente compatible con la fecha absoluta de la necrópolis (*cf.* Almagro, 1953: 270).

El carácter híbrido del único ejemplar del **tipo H1** conservado, precisamente en relación con el tipo anterior, es todo lo que podemos aportar en relación a su cronología, puesto que no contamos con una datación conocida para los materiales totalmente descontextualizados de Castilsabás. En este sentido, creemos que la fórmula puede pertenecer a un momento impreciso del siglo II a.C. o, como mucho, principios del I a.C. Por otra parte, hemos llegado a conocer la existencia de una falcata de empuñadura rectangular entre los materiales de este yacimiento, lo que apunta a que otras armas son compatibles con dicha propuesta (*cf.* Quesada, 1997: 102).

Ya en el ámbito de los umbos circulares, no podemos añadir gran cosa a lo argumentado con anterioridad sobre la problemática de estos formatos en contextos peninsulares y su coincidencia con los tipos celtibéricos. La tradición de los umbos circulares en Europa arranca en los estadios finales de LT D1 para ser ampliamente mayoritaria durante LT D2 (Lejars, 1996: 94). En cuanto a la datación de los ejemplares hispánicos catalogados en los **tipos I1 e I2** (Alto Chacón y Tossal de Sant Miquel), remitimos a lo argumentado por Fernando Quesada con anterioridad (Quesada, 2004: 79) sobre su probable pertenencia al siglo I a.C.

Algunos apuntes sobre la cronología de las manillas y las orlas

El análisis cronológico de las manillas metálicas apenas resulta más ilustrativo que sus aportaciones tipológicas, en particular por el hecho de hallarse confinadas a la región del noreste y tratarse de un número bastante escaso y anárquico de ejemplares.

Ya hemos insistido anteriormente en el hecho que no existe un esquema lógico en el comportamiento de las manillas y su asociación con determinados tipos de umbo. En apariencia, las manillas del grupo 1, que son mucho más sencillas, deberían corresponder a los estadios más tempranos, pero las evidencias de las que disponemos por ahora son escasas, limitándose a un ejemplar asociado a un umbo monovalvo de aletas curvas (que ciertamente se halla entre los más antiguos con este formato) y a otro

aislado. Este último ejemplar, que procede del poblado de Mas Castellar, corresponde a uno de los niveles de abandono del poblado, en torno a finales del siglo III a.C. o inicios del II a.C. (Rovira, 2002: 367). Aunque tenemos en cuenta el hecho de que las armas halladas en este poblado proceden en su mayoría de contextos rituales de exposición de armas, con la consecuente postergación de fechas que conlleva, no observamos entre las otras armas indicios definitivos de ningún sesgo importante entre sus fechas de creación y abandono, por lo que es posible que este tipo de manillas se alarguen hasta la fecha.

Las manillas de empuñadura plana (grupos 2 a 5) parecen abarcar todo el siglo III a.C. a juzgar por sus contextos de Cabrera de Mar, Turó dels Dos Pins o el propio Mas Castellar entre otros. Sin embargo, los modelos delgados (grupo 4) aparecen especialmente relegados a la porción más avanzada del mismo, si es que el ejemplar de Tossal de les Tenalles no remonta a la primera mitad de siglo (lo que parece poco probable dado el perceptible alargamiento de las aletas de su umbo).

Por último, nos queda recordar lo argumentado respecto a las manillas con empuñadura erguida. Al parecer, los escasos datos de los que disponemos tienden a apuntar una datación a partir de La Tène C2, correspondiendo con lo que sabemos sobre sus hallazgos en Mas Castellar y Ampurias, donde, pese a hallarse fuera de contexto, es probable que pertenezca al periodo republicano.

En cuanto a la observación de la pauta cronológica de las orlas metálicas, ocurre algo parecido a lo que advertimos para las manillas, estando presentes sobre todo en un periodo intermedio entre los siglos III y II a.C., más por el hecho de que prácticamente no contamos con otros datos en época anterior y posterior que por tratarse de un periodo real en el empleo de estos refuerzos.

Algunos autores (Bel *et alii*, 2008: 445) han hablado de una cierta mengua en el hallazgo de orlas metálicas después del siglo III a.C., pero tal fenómeno no parece observarse con claridad en el noreste peninsular, donde los hallazgos posteriores, que son muy escasos, incluyen algunos ejemplares con este tipo de protección, tal como evidencian los hallazgos en las sepulturas 7, 45 y 110 de Les Corts (Almagro, 1953: 261), la sep. 1 de Mateu (*Ibid.*: 354) o incluso los restos descontextualizados de Ampurias (2006). Es posible entonces que la inexistencia de orlas metálicas fuera de la región nororiental responda más a un hecho cultural (por el hecho de tratarse de una

influencia romana y no céltica⁶⁰⁴) que a uno cronológico, aunque por ahora no contamos con suficiente información respecto al comportamiento de las orlas de origen romano como para afirmar tal planteamiento con seguridad.

⁶⁰⁴ Recordemos que pese a lo que se ha dicho en ocasiones respecto al origen romano o itálico de las panoplias de Les Corts, está claro que las armas son perfectamente afines al armamento autóctono de la época (*cfr.* García Jiménez, 2006: 198).

IV. D. EVOLUCIÓN DE LOS ESCUDOS. ZONAS E INFLUENCIAS

Uno de los problemas básicos de la evolución de los escudos ovales y sus elementos metálicos en la Península Ibérica tiene que ver con la ascendencia cultural de sus influencias. A lo largo de este capítulo, hemos insistido repetidamente en la existencia de dos focos de influencia distintos (Quesada, 1997: 544-545), procedentes en primer lugar de las panoplias latenienses sobre la región nororiental; y de otros territorios (fundamentalmente el itálico), sobre el territorio peninsular al completo. Este último foco de influencia quizás sea en realidad más mediterráneo que itálico, puesto que no podemos estar del todo seguros de su origen exclusivamente itálico o de su procedencia simultánea de la cultura púnica, tal como comentaremos más adelante. Si insistimos en su relación con la influencia romana es por el hecho de que, con independencia de su origen, su evidencia arqueológica se reduce a contextos de plena ocupación romana de los territorios en los que aparecen restos identificables.

En cualquier caso, el uso compartido de este tipo de escudos entre la cultura La Tène y la cultura romana representa un obstáculo en nuestra búsqueda del armamento “de influencia La Tène” *strictu sensu*. Sin embargo, y como ya apuntábamos al inicio de este capítulo, creemos que el origen de los elementos metálicos que acompañan al escudo oval (umbos, manillas, orlas y otros ocasionales) sí tienen un claro origen La Tène aunque, como trataremos de argumentar en lo próximo, hayan sido adoptados a su vez por los ejércitos romanos a partir de cierto momento. Por consiguiente, también los umbos metálicos de contextos romanos como los que podemos hallar en la región levantina, el sureste y otros territorios, tienen una “influencia La Tène”; aunque sea “de rebote”. Dicho fenómeno es algo parecido a lo que ocurriera con el *gladius hispaniensis*, cuyos hallazgos peninsulares se relacionan en ocasiones con su fabricación romana, mientras que su patrón de influencia es laténico, si bien pasado por el filtro celtibérico.

Veamos, pues, cuál es el comportamiento evolutivo de los distintos influjos del escudo oval peninsular en sus distintos bloques, comenzando por aquél cuyo origen sería

plenamente La Tène y cuyo foco principal se sitúa en el noreste. Antes de proceder a ello, creemos conveniente hacer una puntualización sobre la funcionalidad de estos escudos, puesto que en este caso la forma o incluso la existencia de piezas metálicas como refuerzo no afectan al uso general del mismo, que puede ser idéntico independientemente de si se emplearon tal o cual tipo de umbo o si se añadieron o no orlas. En consecuencia, gran parte de la utilidad efectiva de este capítulo se verá afectada por la ausencia de los componentes orgánicos de estos escudos, que son los que en última instancia determinan su verdadero uso táctico.

Por otra parte, advertimos también que, al margen del origen de cada una de las influencias esbozadas a continuación, no hay duda de que la producción de la mayor parte de los umbos hallados en contexto arqueológico en la península perteneció a producciones autóctonas y no a importaciones.

IV.D.1: La influencia gala

No nos cabe duda alguna acerca de la procedencia lateniense del influjo de los escudos ovales en el noreste peninsular. Dicha influencia queda manifiesta en primer lugar por la aparición de umbos metálicos con mucha anterioridad a la ocupación romana, y viene confirmada por la correspondencia de otros elementos de la panoplia como las espadas, los cascos, y, en menor medida, las lanzas.

El umbo habitual en el noreste peninsular es un umbo muy corriente en relación a su evolución general. A grandes rasgos, los umbos que hallamos en los yacimientos catalanes no difieren de lo que podríamos encontrar en otras regiones europeas como la francesa, la alpina o la balcánica; por mencionar las más conocidas. Si prestamos atención a la clasificación de los tipos y sus respectivas cronologías, nos encontramos con una sucesión lógica de ejemplares que comienzan y acaban su recorrido en el mismo momento en el que lo hacen sus propios patrones de influencia europeos. Sólo existe un sesgo en su evolución, o, mejor, en nuestro conocimiento sobre su evolución, en las etapas inicial y final de su desarrollo, coincidiendo con los grandes vacíos de documentación de los siglos V-IV a.C. y I a.C. en la región. Por lo demás, el umbo del noreste es coherente con su desarrollo en el seno de la cultura La Tène. En este caso, por tanto, no nos hallamos ante un formato “periférico” donde, como ocurre con las espadas

del mismo contexto, se conservan ciertos rasgos y se renuevan otros. No hay por ahora signo alguno de la perduración de ciertos patrones o la preferencia de unos formatos sobre otros.

Este mismo comportamiento se hace extensible a otros elementos metálicos como las manillas o las orlas, que aparecen ocasionalmente y sin un esquema fijo, al igual que ocurre en el resto de Europa. La única apreciación al respecto puede observarse quizás en la elevada proporción de estos otros elementos secundarios entre los escudos nororientales, que parece superior a la media habitual:

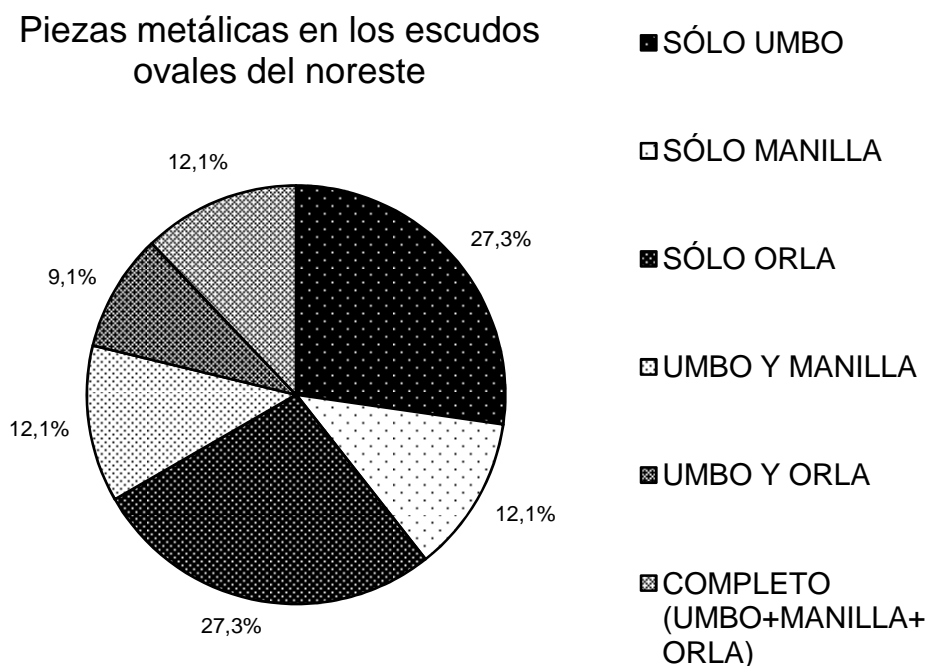


Fig. 146: Los elementos metálicos del escudo oval del noreste peninsular. Combinaciones según los hallazgos conocidos.

Si proyectamos en una gráfica simple (**fig. 146**) los ejemplares registrados con algún elemento metálico, nos encontramos con una clara superioridad de los escudos que incluyen orlas o manillas, representando un 72% del total. En particular, las manillas tienen presencia en el 36% de los hallazgos, mientras que las orlas lo hacen en el 48%. Por tanto, se trata de una proporción muy alta para este tipo de protecciones, sobre todo si tenemos en cuenta que la mayor parte de los umbos que no van acompañados de otros

refuerzos proceden de contextos desconocidos⁶⁰⁵ y, por tanto, podrían haber incluido en algún caso fragmentos de piezas no recogidos. No tenemos otras referencias del territorio nuclear de la panoplia La Tène donde comparar, pero la sensación general es que algunos de estos elementos, en especial las orlas, no son tan frecuentes como lo son en Cataluña.

Si la desproporción de refuerzos metálicos puede ser un leve indicio de la singularidad de las producciones nororientales, también lo es en la forma de sujeción de algunas de las orlas, que a menudo incluyen pequeñas pestañas remachadas como las de l'Esquerda (2031) o Turó dels Dos Pins 51, 6 y 64 (2047-48, 2050-51), asegurando su estabilidad en concurso con la habitual sección en caña de estas protecciones. Este sistema no es exclusivo ni originario del noreste peninsular, pero sin embargo, da la sensación que también es más abundante de lo común en este territorio⁶⁰⁶.

Por otra parte, la fuerte presencia de elementos metálicos es un hecho de evidente contraste con respecto a las producciones hispánicas derivadas de la influencia romana, pero también lo son los botones de sujeción, cuyo número y disposición raramente supera la frecuencia de uno por aleta, normalmente bien centrado respecto al plano de esta. Este es un rasgo de tradicionalismo que enlaza con el comportamiento clásico de los umbos latenienses no peninsulares, en los que es raro de ver más de una sujeción por aleta con anterioridad a La Tène C2.

Simplificando al máximo sus características, pues, el escudo oval de tradición La Tène del noreste es aquel que va acompañado de manillas metálicas u orlas y que se sujeta al cuerpo del escudo mediante un único clavo por aleta, a excepción probablemente de los tipos más tardíos. Por el contrario, el umbo de tradición romana que podríamos hallar en el conjunto del territorio peninsular, aparece normalmente solo (sin otros refuerzos metálicos), y habitualmente en combinación con varios clavos y remaches distribuidos de forma simétrica en las aletas.

⁶⁰⁵ Habría con seguridad otros datos igualmente sesgados, puesto que no sabemos hasta qué punto la presencia de orlas en solitario dependen del estado de conservación de las tumbas, que al menos en el caso del Turó dels Dos Pins es bastante pobre. Podría ser, entonces, que algunas de estas piezas fueran acompañadas de umbos, que representan un 63% del total. Por otra parte, la presencia de manillas puede ser bastante fiable, puesto que suelen conservarse sus aletas pegadas a las del umbo, y es poco probable que existieran manillas sin umbos (independientemente del hecho de que se hayan encontrado o no) si observamos su comportamiento en contextos funerarios de dentro y fuera de la península.

⁶⁰⁶ *Vide supra*, IV.B.3.

De todos modos, el umbo nororiental no es el único cuya ascendencia directa pertenece a la cultura de La Tène. La cronología de algunos de los umbos bivalvos de la región meridional de la península remonta hacia las primeras etapas de la influencia lateniense en este territorio, de modo que el influjo directo es, como mínimo, compatible con sus primeros casos (Rapin, 2008: 254). En particular, creemos perfectamente factible que algunos ejemplares del sureste, como los de las seps. 395 y 483 de Cigarralejo, pudieran pertenecer a producciones puramente europeas (quizás importadas o relacionadas con el paso de mercenarios) o bien a unas de las primeras imitaciones de estos patrones. La forma de su doble concha gemela, sin protector para el nervio, podría ser un signo de antigüedad que avalara tal idea.

La posible perduración del modelo en generaciones posteriores, implicaría una producción autóctona de carácter conservador y, en consecuencia, el uso continuado de escudos ovales en el sur peninsular desde el siglo V a.C., lo que disiente de forma relevante con lo que hasta ahora sabíamos de las panoplias de este territorio, donde la *caetra* parecía ser el escudo exclusivo hasta la invasión púnica (Quesada, 1997: 545). Si existieron umbos metálicos con anterioridad a esta invasión, entonces es probable que también se emplearan otros escudos ovales de composición lignaria; que no habrían dejado rastro arqueológico y habrían contribuido a esta confusión. No obstante, la información iconográfica de la que disponemos hasta el momento⁶⁰⁷, no permite confirmar tal presencia, e insiste en el uso preferente de la *caetra*. Este dato es probablemente muy significativo, y casi con seguridad nos esté indicando que, de darse el empleo de escudos ovales en este territorio, este debió de ser muy marginal, quizás incluso exótico.

Otra posibilidad, quizás remota, es que la producción de estos umbos procediera de otras regiones culturales: en concreto, la localización geográfica de los distintos hallazgos de este tipo remiten a una relación con la cultura púnica en algunos de sus ejemplares, como los de Arcos o Villaricos. En tal caso, el escudo oval no habría sido un arma empleada con asiduidad por los pueblos hispánicos, pero sí a lo mejor por los púnicos, quienes habrían perpetuado el uso de los umbos bivalvos tomados por influencia de su empleo por parte del mercenariado celta. Sin embargo, como veremos en este mismo capítulo, el presunto uso de escudos ovales en los ejércitos púnicos con anterioridad a la Segunda Guerra Púnica no es fácil de demostrar, por lo que las

⁶⁰⁷ *Vide infra*, IV.E. Véase también la argumentación de Quesada (2004: 79; nota 22) en relación a posibles representaciones más antiguas sobre pintura vascular.

vicisitudes de la vida de estos umbos bivalvos continuarán siendo un misterio difícil de descifrar hasta que contemos con datos más precisos sobre su evolución.

IV.D.2: La influencia itálica

El decir que buena parte de los umbos peninsulares tienen una influencia itálica entraña más complicaciones de lo que parece. La procedencia de contextos romanos de un alto porcentaje de los umbos catalogados en este trabajo implica forzosamente el preguntarse acerca de su correspondencia tipológica (que se extiende a otros territorios europeos) con otros formatos de claro origen La Tène. Lo que queremos decir con ello es que no es casual que los modelos de umbo romanos sean tan parecidos a los celtas, sino que tal confluencia sólo puede estar ocultando una procedencia laténica de los patrones, que son más antiguos en la franja central del continente europeo que en Italia.

En la reciente investigación de la panoplia La Tène itálica, subyace una sensación de vacuidad en el hallazgo de umbos metálicos (Brunaux y Rapin, 1988: 73-74; Lejars, 2008: 131 y 154; Rapin, 2008: 254) que sin duda puede estar sugiriendo el rechazo al empleo de piezas metálicas de escudo oval durante buena parte de la Segunda Edad del Hierro. En efecto, y pese a la ocupación (desde inicios del siglo IV a.C.) del territorio septentrional de la Península Itálica por parte de tribus celtas que emplearon armamento La Tène, son muy pocos los ejemplares conocidos (arqueológica o iconográficamente) de umbo⁶⁰⁸, manilla u orla metálica, hasta el punto que estos objetos nunca aparecen en los mapas de distribución del armamento La Tène en Italia (*cfr.* Stary, 1979: Fig. 1; Dore, 1995: figs. 1-4⁶⁰⁹). Los ejemplares conocidos apenas se refieren a tres sepulturas boyas y algún ejemplar aislado de Umbria:

El caso del umbo de Gualdo Tadino (Eichberg, 1987: cat. 4; Rapin, 2001: Fig. 5) es verdaderamente polémico: se trata de un ejemplar fabricado en bronce a una sola pieza y posiblemente fechado en el último cuarto del siglo V a.C.; una fecha muy precoz en

⁶⁰⁸ La rara excepción iconográfica es el relieve de Civita Alba (Dobesch, 1991: 37; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 6), en el que se observan dos guerreros celtas con escudos equipados con umbos metálicos. En este caso, sin embargo, la fecha de la representación es avanzada (inicios s. II a.C.), por lo que es probable que este tipo de refuerzos ya estuviera difundido en Italia (*vide infra*, en este mismo capítulo).

⁶⁰⁹ *Vide supra*, fig. 93.

principio afín a las características de su concha, que recuerda las producciones de bivalvos de La Tène A (Rapin, 2001: 290). El perfil fusiforme abultado de la misma, junto con el protector longitudinal del nervio (¿en arista?) y las cortas aletas se ajustan al esquema típico de dichas producciones, pero su composición a una sola pieza contrasta con lo habitual en esa época, en la que todos los umbos conocidos son bivalvos. La fabricación en bronce pudo ser un motivo que facilitara su estructura a una pieza, pero la fórmula es rara, y el contexto de la pieza no está exento de ciertos problemas cronológicos (*Ibid.*), por lo que bien podría tratarse de uno de los ejemplares tardorrepublicanos como los que hemos visto con anterioridad.

Aparte de este raro ejemplar, los restantes datos (Lejars, 2008: 131 y 154) pertenecen a umbos de aletas cuadrangulares de La Tène C1 procedentes de la sep. 942 de Benacci (Bologna) y de la conocida sepultura de Ceretolo (Kruta-Poppi, 1979: Fig. 2, 3) (**fig. 147**). Los restos de la sepultura 107 de Monte Bibele (Lejars, 2008: 131; Vitali, 2003: lám. 181, 11) incluyen algunos fragmentos de orla metálica, mientras que la sepultura 132 (*Ibid.*; Vitali, 2003: 421) (una de las más ricas de la necrópolis), contaba sólo con restos de madera documentados durante su excavación, pero con ningún elemento metálico.

Como vemos, estas piezas son muy escasas incluso en las regiones célticas de Italia, y por ahora no hay datos sólidos de su aparición en territorio senón pese a la abundancia de panoplias latenenses documentadas en la región. Sólo a partir de La Tène D1 empiezan a ser abundantes los umbos metálicos en la región véneta⁶¹⁰ (Calzavara y Ruta, 1987: 290-292 y figs. 1 y 8), mientras que en el territorio boyo, en el que tradicionalmente hay más panoplias La Tène, es muy raro ver tumbas con armas con posterioridad a finales del siglo III a.C. (Vitali, 1986: 310; Lejars, 2006: 10).

De hecho, no es nada raro el que la panoplia celtoitalica sea en realidad eso: una mezcla de armas originarias de la tradición celta y la itálica (Vitali, 1986: 315-316; Lejars, 2006: 11). Así, por ejemplo, en el apartado de las armas de asta, es muy frecuente el uso de moharras de tipo autóctono y *pila* (Lejars, 2008: 138-142), mientras que la espada (en este caso perfectamente “canónica”, con sus vainas enterizas y suspensiones semirrígidas incluidas), es la pieza más representativa de la panoplia céltica y la más

⁶¹⁰ Compárese por ejemplo la proporción de tumbas con estos restos en Arquà (Gamba, 1987), cuya Fase I correspondería a LT D1, con los de la necrópolis de Altino (Tombolani, 1987), también en el territorio véneta pero con panoplias de fases anteriores, y sin ningún resto de escudo documentado.

importante desde el punto de vista simbólico (*Ibid.*: 134; 2006: 15). No sería raro, por tanto, que los celtas cisalpinos se dejaran influir por una tradición autóctona de escudos lignarios sin refuerzos y prescindieran del uso de estos elementos tan habituales en las regiones noralpinas.

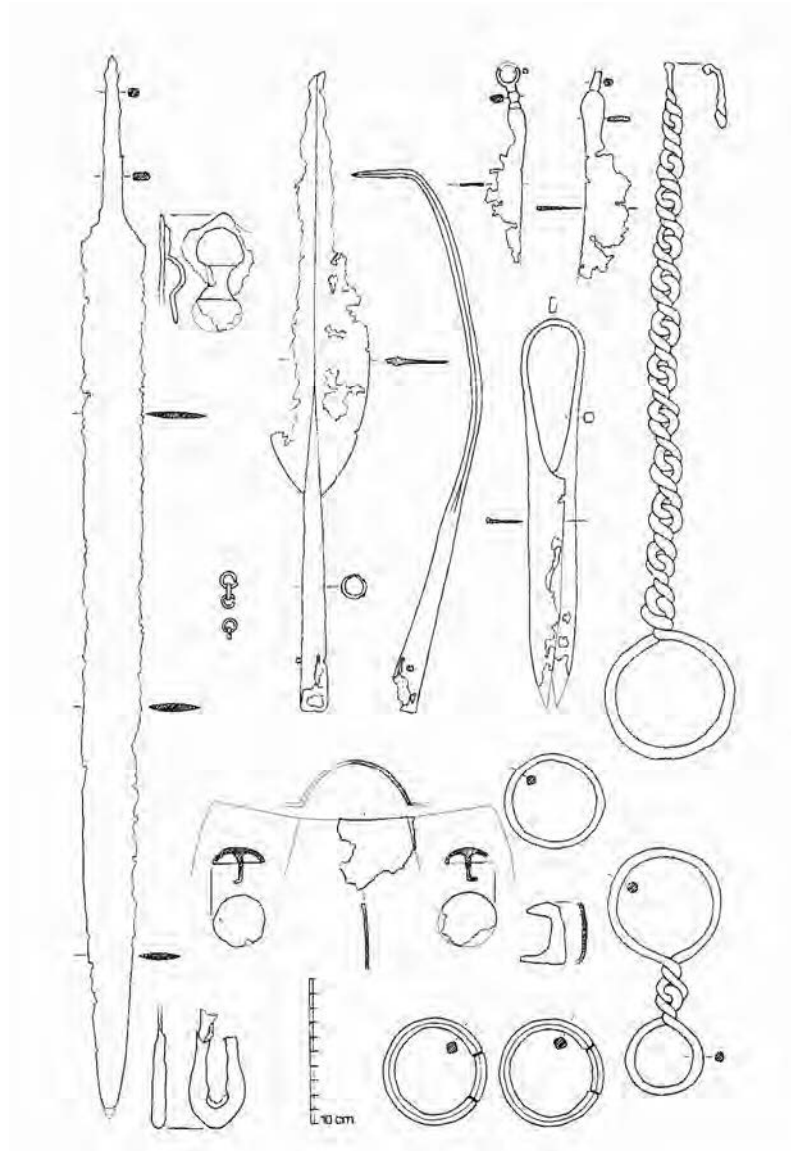


Fig. 147: Ajuar de la sepultura boya de Ceretolo (Italia), según Kruta-Poppi, 1979: fig. 2; con panoplia de tipo La Tène completa. Primera mitad del siglo III a.C. La restitución propuesta para las aletas del umbo es probablemente incorrecta por razones de orden cronológico, y encajaría mejor con las formas rectangulares.

Paralelamente, la tradición itálica no-céltica del escudo oval sin refuerzos metálicos no sólo es posible sino que viene avalada por una ingente documentación iconográfica (Eichberg, 1987: 157-164; Stary, 1981: 290-298). Por desgracia, el abandono de la deposición de armas en las tumbas a partir del siglo V a.C. (Lejars, 2008: 15) nos impide conocer muchos de los pormenores de este y otros componentes de la panoplia itálica, así que las referencias iconográficas son a menudo las más fiables al respecto.

En cuanto al uso del escudo oval por parte de las tropas romanas, las fuentes clásicas tienden a atribuir una adopción antigua del mismo; normalmente desde época de Servio

Tulio (Quesada, 2007: 379-380)⁶¹¹. No obstante, y tal como ha advertido recientemente Fernando Quesada (*Ibid.*), la opinión de algunos especialistas es que tal adopción debió ser algo más tardía (quizás desde finales del siglo IV a.C. y por influencia samnita) a juzgar por las referencias de las fuentes sobre el abandono de la falange y los cambios tácticos derivados de ello. En todo caso, las opiniones son contradictorias incluso entre las propias fuentes romanas, pero considerando lo antiguo del patrón en las regiones itálicas septentrionales, nos parece más juicioso admitir un origen antiguo para el uso (aunque sea combinado con el *clipeus*) de estas armas defensivas por parte de los legionarios⁶¹².

Por otra parte, aun aceptando que los romanos emplearan escudos ovales, el formato de los mismos, de tradición itálica, probablemente suponía la inexistencia de elementos metálicos añadidos. La información de las fuentes literarias es bastante reservada en lo que refiere a la composición enteramente orgánica de los escudos romanos. Así, por ejemplo, el testimonio de Plutarco (Camilo, 40, 5) remonta hasta las reformas del siglo IV a.C. el origen de las orlas metálicas del *scutum*, supuestamente como respuesta a los problemas surgidos del tipo de combate galo (Brunaux y Rapin, 1988: 16). Otros datos más fiables proceden de Polibio (VI, 23, 4), quien ponía en manos de los *hastati* escudos con orlas y umbos metálicos al menos desde el siglo II a.C., aunque no sabemos si desde hacía mucho tiempo o por adquisición reciente.

Los datos arqueológicos son de escasa ayuda para descifrar este momento, puesto que en general tienden a confundir las armas galas con las romanas. Probablemente las primeras piezas romanas haya que buscarlas en la propia Península Ibérica, aunque las cronologías de las mismas son vagas y generalmente tienden a la baja, sin datos anteriores a la segunda mitad del siglo II a.C.⁶¹³

De todo lo dicho hasta el momento se induce que la presencia de umbos u otros refuerzos metálicos para el escudo oval es marginal en la Península Itálica probablemente hasta que los romanos los adoptaran por influjo céltico en un momento

⁶¹¹ Así por ejemplo en: Livio, I, 34 y Diodoro, IV, 16.

⁶¹² Una discusión completa sobre el rechazo a la tesis samnita en: Briquel, 1986 y Rouveret, 1986. Otra cosa es que la difusión a gran escala de este tipo de escudo en las legiones romanas derivó o no de las reformas manipulares, lo que es más probable.

⁶¹³ *Vide supra*, IV.C.2.

por ahora muy oscuro, pero que tal vez no fuera anterior a finales del siglo III a.C.⁶¹⁴ (Eicherg, 1987: 157-159). No sabemos con certeza de donde tomaron los romanos estas piezas metálicas, pero parece poco probable que lo hicieran partiendo de los celtas cisalpinos, teniendo en cuenta lo escasos que son estos elementos en la cultura celtoitálica.

En relación con esta problemática, como ya hemos adelantado anteriormente, el escudo oval hispánico de contextos ajenos al noreste difícilmente pudo ser itálico en el sentido estricto de la palabra, puesto que en todo caso fue romano y, consecuentemente, céltico al menos en sus atributos metálicos. Se trata, pues, de una influencia de reflujo, y no de una influencia directa. Ninguno de los umbos hispánicos supuestamente procedentes de la influencia romana puede fecharse desde su precoz aparición en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica, y por ahora estamos faltos de ejemplares de la primera mitad del siglo II a.C. Sin embargo, bien es cierto que esto es algo extensible a otras armas de la panoplia.

En cualquier caso, el escudo romano disenta del céltico en el aspecto táctico por la forma de su cuerpo y no por la de sus elementos metálicos. Su perfil convexo, con los lados rebatidos hacia la persona que lo empuñaba, hace del *scutum* un arma muy activa, idónea para empujar y desequilibrar al enemigo o incluso golpearle directamente (Quesada, 2003c: 175). Otro de los rasgos a considerar sobre el cuerpo del *scutum* romano es su supuesta superficie mayor que la del escudo oval de los celtas:

Nos dice Polibio (II, 30, 2-3) que “*el escudo galo no alcanza a proteger todo el cuerpo*” en referencia a los gesatos durante la batalla de Telamón, como planteando una distinción con el *scutum* romano, que consideraba superior a nivel táctico (*cfr.* Polibio, VI, 23, 6-7)⁶¹⁵. En realidad, no hay pruebas palpables para confirmar estas diferencias de tamaño, pero sí para desmentirlas al menos en su sentido genérico. Aunque las evidencias iconográficas en escultura o pintura vascular no son menos ambiguas que las fuentes literarias⁶¹⁶, llegan a documentar sin lugar a dudas grandes escudos empuñados

⁶¹⁴ De hecho, no se conoce umbo alguno de claro contexto romano con tipologías anteriores a dicha fecha.

⁶¹⁵ La referencia recuerda a la similar oposición propagandística sobre la mala calidad de las espadas galas frente a las romanas (Polibio, II, 33, 3-6). La misma idea sobre los escudos en: Livio, XXXVIII, 21, 4, quien añade que los escudos celtas son “*largos pero demasiado estrechos para su corpulencia y además planos*”.

⁶¹⁶ De nuevo con este tema nos hallamos ante la dualidad de atribuir ciertas imágenes iconográficas de contextos galos tardíos, como las esculturas de Montdragon (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 3, C) (con un

por personajes que indudablemente representan a celtas. Además, los escasos datos de *realia* de contextos puramente célticos como en el caso de los ejemplares de La Tène (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 7; Connolly, 1981: 118, fig. 1-2; Kaenel, 1990: fig. 1, 4-5) tienden a rechazar igualmente esta idea (el cuerpo de los escudos mide algo más de un metro de largo), mientras que los datos arqueológicos confirman igualmente la existencia de grandes escudos en contextos celtas (Brunaux y Rapin, 1988: 15 y nota 6). Lo más probable, teniendo en cuenta la gran variedad de conceptos tácticos de las regiones periféricas del armamento La Tène respecto al esquema básico, es que se emplearan escudos mayores y menores según el caso, dependiendo de si interesaba potenciar la movilidad o la protección más estática.

Hemos comentado ya con anterioridad que el aspecto de los umbos de influencia romana que documentamos en la Península Ibérica es ligeramente distinto al que hallamos en el noreste, normalmente con mayor cantidad de sujeciones aunque siguiendo una misma pauta tipológica. Los contextos romanos (ya sean pertenecientes a auxiliares de origen autóctono, itálico o a legionarios) son fácilmente identificables en conjuntos como los de La Almoina de Valencia o La Caridad de Caminreal, mientras que pueden deducirse en otros como los de Alvarellhos o La Azucarera (Quesada, 2004: 77). Los umbos de este último conjunto son especialmente curiosos en dicho sentido, porque todos ellos cuentan con una protuberancia en sentido horizontal en mitad de la concha aun tratándose de distintos tipos. Tal peculiaridad está sin duda indicándonos que todos ellos proceden de un mismo taller de fabricación, probablemente gestionado por los propios romanos para abastecer sus tropas o las de sus auxiliares (*cf.* Quesada, 2006b).

enorme escudo) o Vachères (Poux, 2008: 313) (con uno notablemente inferior), a personajes con panoplias romanizadas o con panoplias autóctonas. Por otra parte, el relieve itálico de Civita Alba (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 6) o la estela de Certosa (Rapin, 2001: fig. 3, 3) representan pequeños escudos en manos de personajes galos, aunque es muy probable que por cuestiones de preferencias iconográficas, con intención de resaltar el desnudo de los personajes. Otros ejemplos, como el de Camarina (Rapin, 2001: figs. 1 y 4) son en cambio muy grandes: 60 cm de ancho x 110 cm de alto, lo que efectivamente sí alcanzaría a “proteger todo el cuerpo” en un sentido táctico y no literal. Algo parecido sucede con la pintura vascular, donde vemos representaciones de todo tipo. Un resumen acerca de estos soportes en: Adam y Jolivet, 1986.

IV.D.3: La posible influencia púnica

Otra de las posibilidades interpretativas sin duda muy sugerentes es la de la introducción del escudo oval en el territorio meridional de la Península Ibérica por parte de las tropas cartaginesas que invadirían la región durante la etapa anterior a la Segunda Guerra Púnica. Dicha posibilidad, en absoluto excluyente con su introducción paralela por parte de los romanos desde finales del siglo III a.C., ya fue planteada por Fernando Quesada con anterioridad (Quesada, 2004: 75-77) y no cuenta por ahora con otros datos que modifiquen sustancialmente su argumentación, por lo que remitimos a ella para su consulta, y tan sólo esbozaremos aquí de forma sintética:

Lo que hemos visto hasta ahora acerca de los umbos localizados en contextos ajenos al noreste peninsular nos revela la inexistencia de datos compatibles con la ocupación púnica. Con todo, la información de origen iconográfico (Quesada, 1997: 541-543; 2004: 79-83) demuestra el empleo de escudos ovales en el área levantina y meridional desde mediados-finales del siglo III a.C. y, conjuntamente con los datos literarios de los que disponemos, nos confirma que la proyección del escudo oval en estos territorios es enorme desde la Segunda Guerra Púnica. La clave de la cuestión consiste en dilucidar si la introducción fue inicialmente bárquida, romana o una combinación de ambas, pero tal ejercicio resulta imposible a menos que se consiga fechar con seguridad los soportes cerámicos con representaciones figuradas de *scuta* (*cf. Ibid.*: nota 23) o se hallen algunas evidencias arqueológicas más determinantes.

El caso es que, por ahora, se desconoce si los cartagineses utilizaron escudos ovales de forma generalizada con anterioridad a la conquista bárquida (*Ibid.*: 76), puesto que sin duda los conocían desde hacía siglos a través de los mercenarios celtas que a menudo empleaban en sus empresas bélicas.

IV.D.4: Valoración general

Para terminar con el capítulo sobre la evolución de los escudos ovales peninsulares, recordaremos el recorrido efectuado por los atributos metálicos de los mismos y su

relación de dependencia o autonomía respecto a los patrones generales en la cultura La Tène. Todos estos cambios y características, en algún caso muy significativos, apenas aportan información relevante acerca de la funcionalidad táctica de estos escudos, pero en conjunto pueden resultar sugerentes en algunas regiones por el solo hecho de su existencia frente a otros modelos de escudo no relacionados con el mundo La Tène.

Las **figs. 148 y 149** sintetizan el comportamiento de los umbos y otros refuerzos metálicos en las regiones nucleares del armamento La Tène y sus correspondencias en el noreste y el resto de la Península Ibérica:

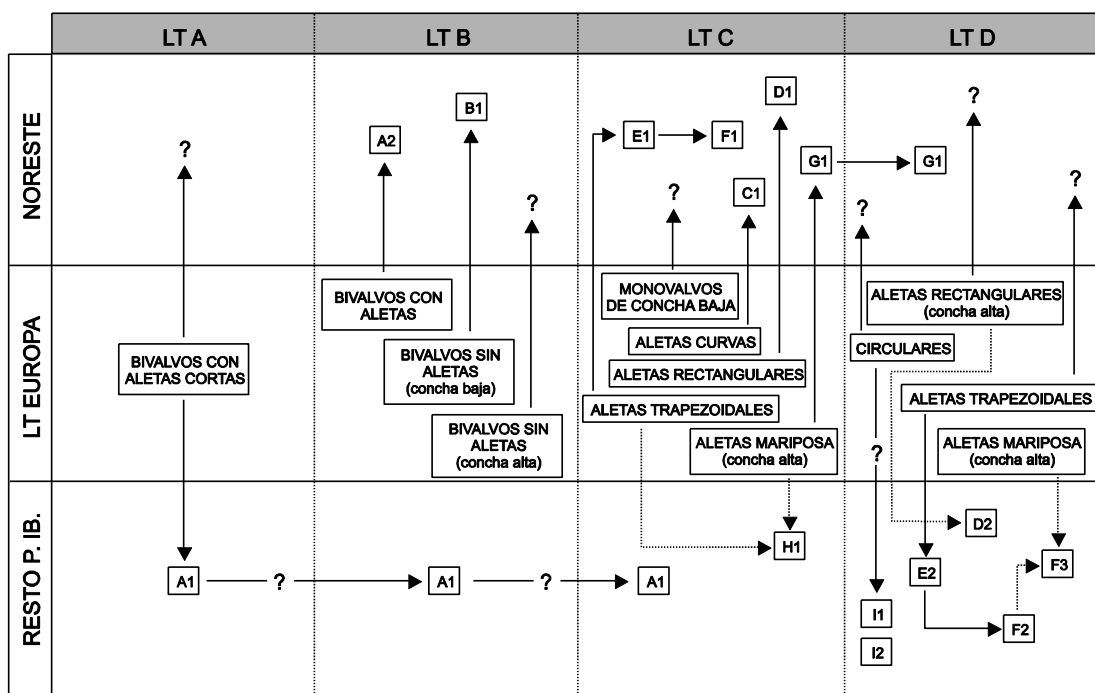


Fig. 148: Cuadro-resumen de las influencias directas o indirectas de los principales modelos de umbo vigentes en Europa durante el periodo La Tène sobre el territorio nororiental y otras regiones peninsulares.

Como vemos, los bivalvos con aletas estrechas típicos de **La Tène A** sólo tienen extensión, por ahora, a la región del sureste (**tipo A1**), pero igualmente pudieron estar presentes en el noreste si nos atenemos a la conducta global del armamento La Tène en la región, en la que reconocemos signos de su temprana adopción. En realidad, en esta época es poco frecuente el uso de umbos metálicos, y probablemente es más fácil que existieran escudos con umbos lignarios sin reforzar que no han dejado rastro

arqueológico ninguno. Llama la atención el hecho de que ninguno de los casos hallados en contexto peninsular cuenta con otros refuerzos complementarios como las orlas, las manillas o incluso el clásico cubre-*spina* que ocasionalmente acompaña estos umbos en este periodo (Rapin, 2001: 287-289).

Durante **La Tène B** existen importantes contradicciones en el uso de refuerzos metálicos, que parecen extinguirse durante el primer periodo (LT B1) y reaparecer con muchísima fuerza en el segundo (LT B2). Los formatos más habituales en este último momento corresponden a los bivalvos sin aletas, de los que el **tipo B1** del noreste peninsular es el único documentado hasta el momento. Las series más modernas del periodo, con conchas altas, están por ahora ausentes del territorio peninsular, pero es muy probable que se den algunos casos en el futuro. Otro tipo de formato, de transición a los monovalvos, es el del bivalvo con aletas desarrolladas, tampoco documentado en la Península Ibérica. Sin embargo, sí está presente un curioso espécimen de bivalvo con aletas que hemos catalogado como “**tipo A2**” que recuerda las producciones más tempranas del periodo anterior pero con evidentes modificaciones en la concha. Como no hay una datación clara para esta pieza, es posible que su origen tipológico pueda remontarse a LT B1 como mínimo a nivel de su influencia morfológica, habida cuenta de lo anómalo de sus estrechas aletas en periodos posteriores a La Tène A.

Al igual que ocurre con anterioridad, tampoco hay evidencias de esta fase sobre la presencia de orlas o manillas, pero su existencia es inducible a partir de los paralelos europeos, que normalmente cuentan con estas protecciones sólo de forma ocasional.

Fuera del noreste, no hay datos claros que puedan apuntar a la fabricación de umbos durante este periodo, pero la continuidad del tipo A1 parece evidente a juzgar por la datación de algunos de estos umbos en fases subsiguientes.

El periodo de máximo apogeo de los umbos metálicos en contexto La Tène implicaría la generalización de los monovalvos y la proliferación de distintos formatos de aletas (curvas, rectangulares o trapezoidales) durante **La Tène C**. Todos estos conceptos serían rápidamente asimilados en el noreste, con sus correspondencias en los **tipos C1, D1 y E1**. Los esquemas más avanzados del periodo, ya correspondientes a LT C2, también tendrán cierta repercusión a través de los umbos con concha alta-cerrada y aletas de mariposa, que efectivamente documentamos en el **tipo G1** del noreste. En cambio, los modelos con concha baja que son tan habituales en ambos extremos del

continente durante LT C1 y C2 (Brunaux y Rapin, 1988: 70-71 y 80), no tienen ningún representante en los yacimientos catalanes. Es posible que estos umbos, en principio más dados a la ornamentación de sus aletas, fueran rechazados por cuestiones funcionales debido a su inferior capacidad protectora y quizás también por la tendencia a la simplificación técnica del armamento La Tène del noreste (*cfr.* García Jiménez, 2006: 214-215), donde es muy raro ver ornamentaciones de cualquier tipo; con la excepción de los pequeños apéndices del ejemplar de la sepultura A de Cabrera de Mar (2023).

Por otra parte, algunas fórmulas alternativas de umbo son probablemente fruto de la propia evolución autóctona de los tipos, como por ejemplo la que afectaría a las aletas trapezoidales del tipo E1 hasta su desarrollo en el **tipo F1**, con formas cóncavas.

Durante este periodo, destaca además la gran abundancia de refuerzos metálicos como las orlas o las manillas, que están presentes en porcentajes altos entre los restos documentados en el noreste.

	NORESTE	LT EUROPA	RESTO P. IB.
LTA		ORGÁNICOS	
		UMBOS METAL	
		MANILLAS METAL	
		ORLAS METAL	
LTB		ORGÁNICOS	
		UMBOS METAL	
		MANILLAS METAL	
		ORLAS METAL	
LTC		ORGÁNICOS	
		UMBOS METAL	
		MANILLAS METAL	
		ORLAS METAL	
LTD		ORGÁNICOS	
		UMBOS METAL	
		MANILLAS METAL	
		ORLAS METAL	

Fig. 149: Cuadro-resumen de las influencias del escudo oval de tradición La Tène percibidas en el noreste peninsular y el resto de la Península Ibérica. Las casillas oscuras representan los elementos adoptados, las claras los rechazados o no-documentados y las grises las probablemente existentes aunque sin registro arqueológico.

En contraste, el panorama del resto del territorio peninsular es mucho más desolador. La continuidad del viejo patrón bivalvo del **tipo A1** parece ser efectiva a cuentagotas, llegando posiblemente a influir sobre los nuevos patrones de influencia púnicos o

romanos, que deberían estar ocupando ya las regiones meridionales y orientales de la península. Los restos arqueológicos, sin embargo, se reducen al ejemplar tardío del **tipo H1** de Castilsabás, cuya ascendencia morfológica remite a las producciones de aletas bipennes o trapezoidales, aunque no sabemos si por la vía romana o por la céltica.

No es hasta el siguiente estadio (**La Tène D**), que los umbos de origen romano se expanden de forma contrastada por casi todo el territorio peninsular. La continuidad de los formatos de aletas de mariposa se constata en el **tipo F3**, mientras que los esquemas evolucionados de los umbos con aletas rectangulares y trapezoidales tienen su eco en los **tipos D2 y E2/F2** respectivamente. Lo curioso de este comportamiento es que parece intuirse un cierto rechazo al empleo de conchas altas y cerradas, puesto que ni siquiera las fórmulas donde este tipo de conchas deberían ser más habituales (tipos D2 y F3) prescinden del esquema clásico con conchas medianas, que dejan buena parte del umbo lignario a la vista (**fig. 150**). En realidad este esquema parece una constante estable en las producciones hispanorromanas de este tipo de umbos, de no ser por la excepción documentada iconográficamente en los relieves de Osuna (Stary, 1994: lám. 110, 1; Quesada, 1997: lám. XIII, A-B; Rouillard, 1997: 30), donde vemos un personaje indudablemente autóctono combinando una panoplia ibérica con falcata y casco orgánico de cresta junto con un escudo oval equipado con umbo de aletas muy desarrolladas y concha alta.

Los umbos circulares, que hacen su aparición en un momento avanzado de La Tène D1, también tienen representación en la Península Ibérica (aunque limitada y no exenta de cierta polémica⁶¹⁷) mediante el **grupo I** de nuestra clasificación, que representa las variantes más clásicas de concha hemisférica. En cambio, los modelos con concha apuntada no están por ahora documentados pese a su importante peso en otras regiones europeas también muy influidas por el armamento tardorrepublicano. De forma similar, otra ausencia significativa es la de los umbos fusiformes con aletas cortas, que hallamos en contextos del siglo I a.C. y que desconocemos en nuestro territorio pese a tratarse de una posible herencia morfológica de los umbos del tipo A1.

En cuanto a la inexistencia de orlas en el registro arqueológico ajeno al noreste, es preciso notar que la representación de orlas en imágenes iconográficas como la anterior no implica su tipología metálica, puesto que también es posible fabricar estas

⁶¹⁷ *Vide supra*, IV.B.1.

protecciones con otros materiales como el cuero. No obstante, cuando Polibio nos habla sobre la estructura de la legión romana, nos indica claramente que el *scutum* de los *hastati* tiene, “en los bordes superior e inferior”, “una orla de hierro que defiende contra golpes de espada” (Polibio, VI, 23, 4), con lo que es probable que, como mínimo entre las tropas legionarias, este tipo de refuerzos fuera habitual. En consecuencia, no podemos descartar que en un futuro puedan hallarse este tipo de defensas en cualquier punto del territorio peninsular.

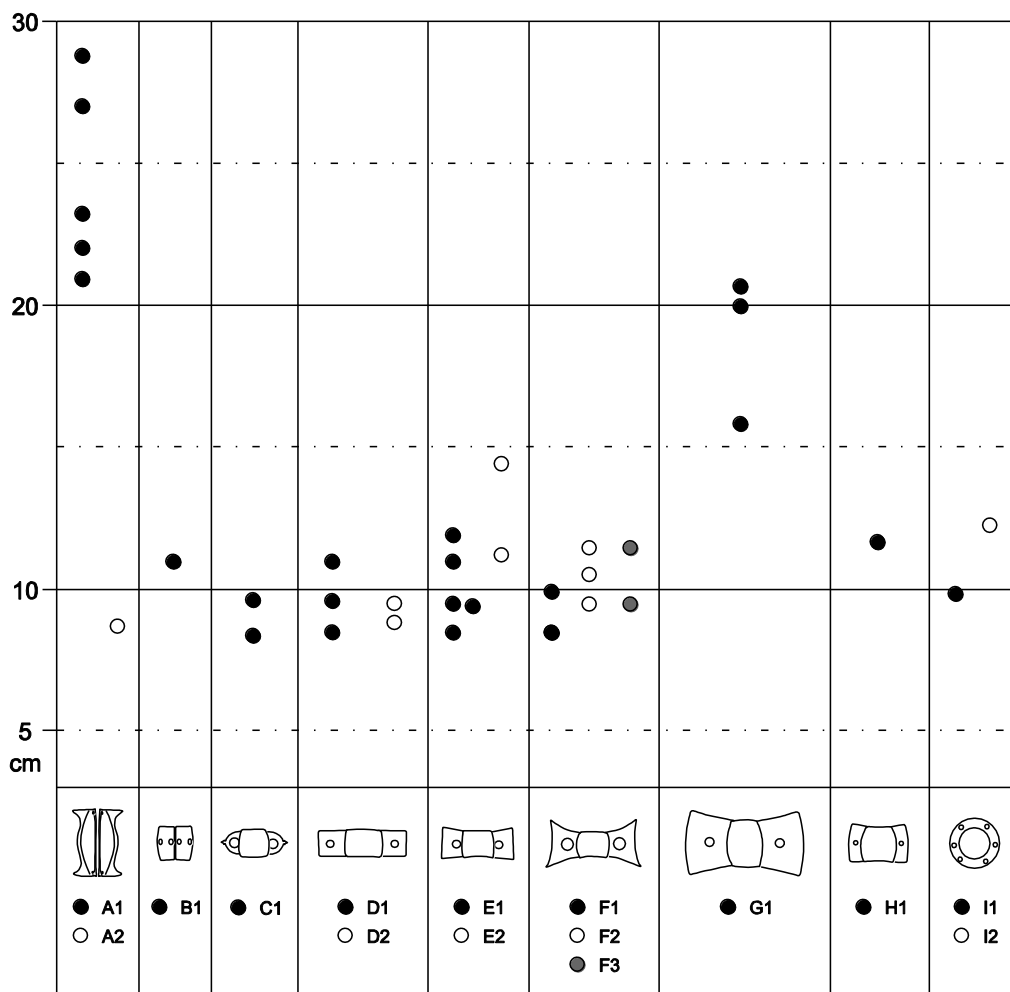


Fig. 150: Altura de las conchas de los tipos peninsulares identificados. La mayoría de los formatos (a excepción de A1 y G1) contienen conchas de tamaño medio; incluyendo algunas de las variantes más tardías.

El horizonte evolutivo de este periodo sufre precisamente un vuelco en relación a la región nororiental, puesto que, en contraste con el resto del mapa peninsular, apenas hay umbos documentados en el noreste. Tan sólo la continuidad del **tipo G1** de aletas de

mariposa hipertrofiadas nos advierte de la presencia de umbos en esta fase. Ninguno de los otros patrones está presente de forma contrastada, pero es probable que el vacío de datos arqueológicos sea el responsable de estas ausencias, tal como ocurriera en las etapas más tempranas. La misma explicación es potencialmente extensible a las manillas metálicas, que posiblemente existieron, al igual que ocurre en el resto del territorio europeo, en menor proporción.

Para terminar, como resumen de lo expuesto con anterioridad, es preciso añadir que identificamos dos grandes fases de influjo del escudo de tradición La Tène en la Península Ibérica:

-En la **primera fase** (mediados s. V a.C.-mediados s. III a.C.), observamos un predominio absoluto de la influencia del escudo oval céltico sobre la región nororiental de la Península Ibérica. Otros territorios, como el del sureste, también parecen afectados en las primeras décadas de esta fase por influjos de menor envergadura probablemente procedentes del mercenariado galo.

Una de las cuestiones más destacables de esta fase consiste en la ausencia de escudos ovales (que sin duda habrían dejado rastro arqueológico) en la Celtiberia. Aceptamos que tal ausencia es cuestionable en los formatos completamente lignarios de escudo, pero en todo caso no existen pruebas palpables del empleo de elementos metálicos. Independientemente, pues, del uso o no del escudo oval en la Meseta Oriental, sí queda claro que no se añadieron en ellos las innovaciones en los umbos que observamos al norte de los Pirineos, de lo que deducimos que el contacto con la cultura La Tène fue más cerrado en este aspecto que con las espadas.

En realidad, el uso o rechazo de los escudos ovales tiene una clara orientación táctica. El rechazo celtibérico se debió probablemente a la preferencia de esta cultura por las espadas cortas o medias, cuyo empuje podía frenarse de forma eficaz con la tradicional *caetra*⁶¹⁸. Del mismo modo, el comportamiento de las regiones ibéricas, vettona, vaccea o lusitana (por mencionar las que cuentan con panoplias más dinámicas) debió ser similar, mientras que entre los iberos del noreste, se compensaba el empleo de largas

⁶¹⁸ Estamos hablando, por lo tanto, de pequeñas diferencias tácticas, pero en absoluto del viejo *topos* del combate “de guerrilla” de los contingentes hispánicos frente al combate en formación del ejército romano. En relación con el uso de *caetra* o *scutum* a nivel táctico, véase Quesada, 1997: 545-546.

espadas de filo con el de escudos altos como el oval. Con todo, el peso del influjo de estas armas parece más cultural que táctico en la mayoría de los casos, y el contacto con las tribus más al alcance de la cultura La Tène determinaba de forma importante el concepto de la panoplia propia.

-La **segunda fase** (mediados s. III-época augústea) corresponde a la influencia “de reflujo” del escudo oval desde los ámbitos púnico o romano. Durante la Segunda Guerra Púnica y quizás con anterioridad pero, sobre todo, después de esta, se generaliza el uso del escudo oval (*scutum* para los romanos) en buena parte del territorio peninsular; en principio conviviendo con el escudo circular autóctono y poco a poco desplazándolo a medida que la panoplia romana iba haciendo mella entre las tropas aliadas y auxiliares. El paulatino control efectivo de las provincias hispánicas implicaría la subsiguiente preponderancia del armamento romano y, en consecuencia, del escudo oval, que llegaría a imponerse incluso en aquellos territorios donde la panoplia autóctona no lo contemplaba como opción principal (Quesada, 2004: 79).

En el territorio nororiental, parece observarse una cierta continuidad del patrón laténico durante el siglo II a.C., aunque perdemos la pista de lo que acontece a partir del siglo siguiente. En todo caso, la llegada de los ejércitos romanos probablemente traería consigo la convivencia de la panoplia romana y las autóctonas, que a nivel táctico eran perfectamente compatibles (Quesada, 2003c y 2006b); especialmente en el caso del escudo oval del noreste (García Jiménez, 2006: 67-68).

IV. E. ICONOGRAFÍA DEL ESCUDO OVAL EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Como ya hiciéramos con las espadas, terminamos el capítulo de los escudos ovales con un apartado relativo a la iconografía del mismo en contextos peninsulares. Tal empresa está destinada a ofrecer un soporte argumentativo a lo expuesto con anterioridad, pero aunque el tratamiento iconográfico es especialmente útil para constatar el alcance de este tipo de escudos cuando todos sus componentes son orgánicos, resulta en general bastante pobre en detalles acerca de los mismos debido a la mala calidad de la mayoría de los soportes. Así, por ejemplo, del importante conjunto de datos iconográficos procedentes de la cerámica del estilo de Lliria, muy pocos son los escudos representados con cierto rigor tipológico, y la mayoría están tan solo esbozados en su forma externa, a veces de manera muy simple o exagerada. Los artistas suelen atender en general a los patrones decorativos del vaso más que a los de los propios escudos, en los que a menudo se refleja un esquema similar que el del fondo, ajustándolo al campo del cuerpo del escudo. En estos casos, ni siquiera la decoración de este, que podríamos considerar como un blasón o un signo de identidad del personaje o grupo al que pertenece, parece tener un carácter literal, y posiblemente fuera más ornamental que simbólico.

La iconografía del escudo oval ya ha sido tratada en detalle con anterioridad, empezando por el trabajo pionero de Cabré (1939-40) y terminando por los mucho más detallados de Stary (1982 y 1994) y Quesada (1997: 541-544 y 2004: 80-84). Estos últimos autores destacaron ya en su momento que, al contrario de lo que ocurre con los datos arqueológicos, fundamentalmente relegados al noreste, la mayoría de las representaciones de escudos ovales en contexto peninsular procede de las regiones de Levante y Andalucía (Stary, 1982: 119; Quesada, 1997: 541 y 2004: 79). Este dato, que puede parecer *a priori* sorprendente, no es nada raro si consideramos la cronología de estas representaciones, siempre coetáneas o posteriores a los conflictos con Cartago y Roma (Quesada, 2004: 79 y 83-84).

De cualquier modo, no hay novedades que incorporar a los completísimos catálogos de estos autores, pero, aún así, veamos algunos de los ejemplos más representativos de cada uno de los formatos para intentar dar mejor forma a lo argumentado en el presente capítulo.

IV.E.1: Representaciones en la pintura vascular

Este es sin ninguna duda el soporte más frecuente de las representaciones iconográficas del escudo oval peninsular. La inmensa mayoría de los ejemplos registrados corresponde a las cerámicas con decoración figurada del llamado “estilo de Lliria” (Aranegui (ed.), 1997), y en concreto de los propios hallazgos de la ciudad de *Edeta*. Este estilo artístico hay que situarlo principalmente entre la mitad avanzada del siglo III a.C. e inicios del siglo II a.C. a juzgar por sus contextos en el Tossal de Sant Miquel, con estratos atribuibles a un periodo comprendido entre 175 y 150 a.C. (*Ibid.*: 25; Quesada, 1997: 543 y 2004: 79). Las mismas fechas pueden repetirse en otras piezas, como la procedente de Castellar de Oliva (Quesada, 2004: 79) o incluso las más meridionales de La Serreta de Alcoi o Cigarralejo. Para la cratera de Cigarralejo, se han propuesto muy distintas dataciones que han llegado a remontarla hasta el siglo IV a.C.⁶¹⁹, pero en la actualidad tienden a pesar más las dataciones dentro del siglo III a.C. y por tanto en una corriente estilística similar a la de la cerámica de Lliria. Sea como fuere, el problema de las dataciones de estos vasos sobrepasa el alcance de nuestro trabajo, por lo que nos sumamos a la *communis opinio* de la correspondencia a la Baja Época de este tipo de representaciones.

En el sentido propiamente iconográfico, las representaciones de escudos ovales en la cerámica de Lliria tienden a la imagen escorzada de estos, sin llegar a ser vistos de perfil porque ello supondría la pérdida de un campo destacable de ornamentación. Por otra parte, su plasmación es a menudo muy pobre a pesar de estar habitualmente decorados. En general, este hecho engaña o parece ocultar que la (evidente) escasa fiabilidad tipológica de otras armas como las falcatas o las armas de asta se extiende igualmente a los escudos, en ocasiones muy recargados ornamentalmente pero apenas definidos más que en su contorno. En dicho sentido, ponemos en duda cualquier posibilidad de orientación tipológica a partir de estos soportes a excepción de algunos casos especiales.

Tampoco nos parece factible alcanzar a conocer si la influencia de estos escudos es itálica, helenística o céltica partiendo del análisis de estas imágenes. Algunos autores

⁶¹⁹ Una visión sintética del conjunto de opiniones sobre esta pieza en: Quesada, 2004: *Ibid.*; nota 22.

(Quesada, 1997: 542; 2004: 80) han sugerido por ejemplo que la mayoría de los escudos representados en la cerámica de Lliria tienden a las formas más rectangulares (con las esquinas redondeadas) que ovaladas, lo que podría indicar una influencia itálica más que celta o helenística, pero lo cierto es que los escudos celtas con cuerpo conocido (Brunaux y Rapin, 1988: 18-21) tienden igualmente a las mismas formas, mientras que muchas de las representaciones de la cerámica de Levante son perfectamente afines a otras de contextos La Tène.

En cambio, lo que sí nos parece importante destacar de este tipo de representaciones es que, como ya han indicado la mayoría de los autores, vienen siempre empuñadas por personajes ataviados con indumentaria y panoplias ibéricas, y que por tanto, son más bien atribuibles a tropas ibéricas que a romanas o cartaginesas, pese a que estas tropas probablemente se emplearan como apoyo a uno u otro ejército (Quesada, 1997: 543).



Fig. 151: Imagen en despliegue del *lebes* 129 del Tossal de Sant Miquel de Lliria (distintas escalas), según Stary, 1994: lám. 73, 1.

Muchas de las imágenes de la cerámica levantina incluyen movimientos de tropas o tropas en liza, a veces de difícil composición por los problemas de la perspectiva y el soporte, pero en ocasiones bastante claras. Una de las más interesantes corresponde al *lebes* 129 del Tossal de Sant Miquel (Aranegui (ed.), 1997: 61-62 y fig. II. 9) (**fig. 151**),

para el que se han propuesto interpretaciones dispares como la de una escena de exhibición (*Ibid.*) o un combate real (Gracia, 2003: 121). Desde luego lo más destacable de este vaso es el sentido de uniformidad de los combatientes con *scutum*, que van ataviados de forma idéntica y llevan idénticas panoplias, incluyendo el diseño del escudo, que podría ser un blasón de unidad o de tribu (*Ibid.*). La escena completa muestra una serie de seis jinetes armados con lanzas o jabalinas que siguen a dos personajes a pie que se enfrentan a los cuatro infantes equipados con los escudos ovales. De los dos guerreros de la izquierda, destacan ciertos aspectos distintos de sus oponentes, como el uso de falcatas en vez de escudo y el empleo de distintos cascos, uno de ellos mucho más vistoso y rematado en una cresta con penacho. El conjunto de escudos, uno de los pintados con mayor calidad, dibuja un diseño en rombo con una banda central y decoraciones en “S” a los lados del polígono. Pese a la buena definición del dibujo, no hay rastro de la representación de la *spina* o el umbo si no es de una forma muy esquemática (*cf.* Quesada, 2004: 80).

Otra representación de un enfrentamiento, en este caso más importante, corresponde al vaso de Castellar de Oliva (**fig. 152, 2**), de un contexto muy cercano a *Edeta*. En este caso, la fórmula adoptada es escénicamente más detallada e incluye toda una serie de guerreros separados “en cartelas” que según la interpretación de Francesc Gracia (2003: 62-63) representan distintas tropas de coalición bajo el mando de un caudillo militar que figura en mayor tamaño. En cualquier caso, la ordenación en cartelas parece responder a las necesidades de representación de una formación ordenada, en la que el escudo oval está presente de manera rotunda, al menos entre las tropas de infantería. En realidad, la imagen de los escudos es bastante simple y varía en tamaño ostensiblemente según el personaje que la empuña, desde algunos que apenas parecen alcanzar a cubrir poco más que una *caetra* hasta otros evidentemente exagerados cuyo manejo resultaría imposible. Este tipo de escudos, rellenos en negro y sin decoraciones o elementos visibles, está también representado en la llamada “crátera del desfile” de Cigarralejo (**fig. 152, 1**), aunque con piezas menores a las documentadas en el vaso de Oliva⁶²⁰.

⁶²⁰ Un paso adelante más en cuanto a este tipo de representaciones podemos hallarlo en el vaso del Castellillo de Alloza (Teruel) (fig. 94, 6), ya en un contexto iconográfico distinto al de la cerámica del estilo de Llíria pero con afinidades cronológicas. En este caso, el relleno simple del escudo, que aparece en cinco ocasiones, incluye espacios vacíos en el centro que deben interpretarse como umbos, aunque resulta imposible determinar de qué tipo pudieron ser sin riesgo a forzar demasiado la intención del artista.

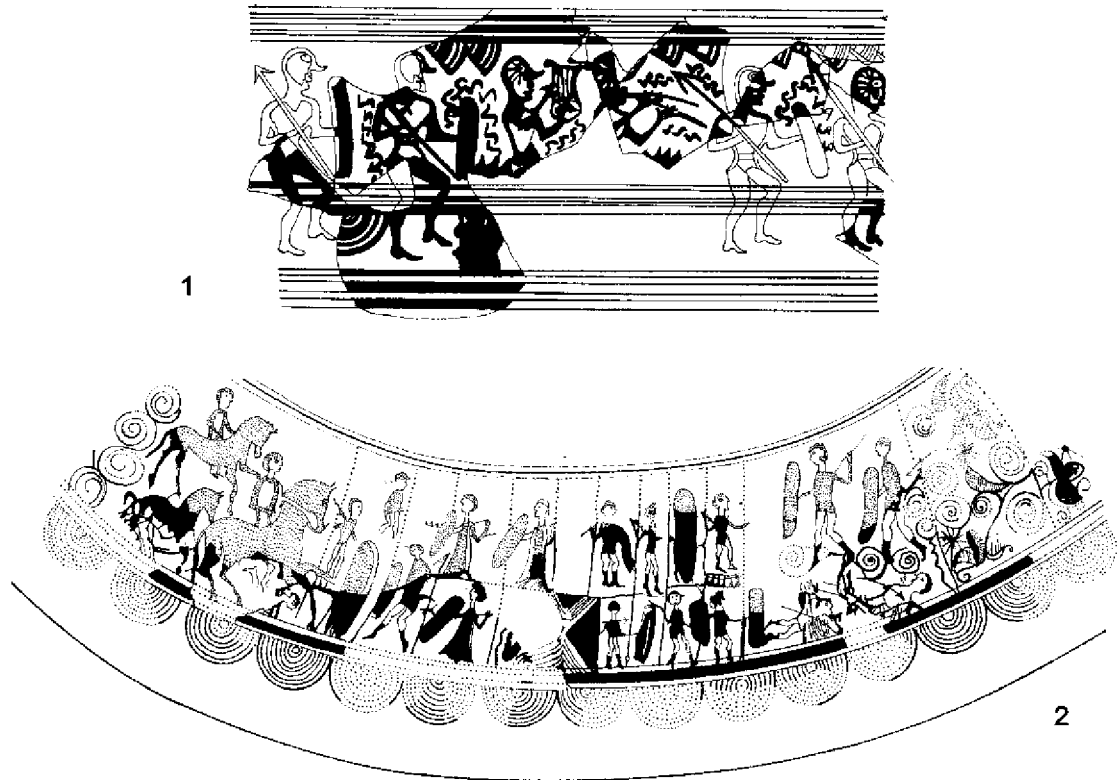


Fig. 152: Representaciones de escudo con relleno simple. 1: Crátera de Cigarralejo (según Stary, 1994: lám. 83, 4); 2: Castellar de Oliva (Stary, 1994: lám. 82, 2). Distintas escalas.

El carácter funerario de la escena de esta crátera ya ha sido planteado en ocasiones (Aranegui (ed.), 1997: 101 y fig. II. 56), probablemente por la presencia de dos músicos en mitad de los guerreros que flanquean la imagen, pero otras interpretaciones menos simbólicas son asimismo factibles, como la que propone su relación con un desfile militar o un avance de tropas (Gracia, 2003: 121).

Otras representaciones de escudos, según ha notado ya Fernando Quesada (1997: 542; 2004: 79) muestran un formato distinto, mucho más rectangular y anguloso y provisto de curiosas empuñaduras en forma de aspa o “X” del todo desconocidas en los habituales escudos ovales de contextos continentales o mediterráneos. Este tipo de escudos, que aparecen en un vaso de Archena (Quesada, 1997: 955, 44) y el enócoe 113 del Tossal de Sant Miquel (Aranegui (ed.), 1997: 94 y fig. II. 53) (**fig. 153, 1-2**), es quizás el único formato realmente diferenciado y diferenciable entre los escudos de cuerpo alto de las cerámicas levantinas. Este autor ha insistido en resaltar estas diferenciaciones argumentando a partir de las empuñaduras (supuestamente fabricadas

con cuero o algún otro material blando) la posible existencia de un tipo de escudo más ligero⁶²¹. Independientemente del tipo de material del que estaría compuesto este escudo, nos parece razonable admitir un patrón distinto cuanto menos en su sujeción. El vaso de Archena, que puede estar representando una o varias escenas de una batalla a juzgar por los cadáveres que aparecen en la parte baja del cuadro, es mucho más simple en sus detalles, pero la pieza de Lliria (cuya interpretación es más concreta, quizás en relación con algún episodio mítico), añade ciertos elementos curiosos como las extrañas orlas con adornos salientes que están por completo ausentes en otras representaciones. En cuanto al relleno de estos escudos, sigue, al igual que en otros casos, el mismo esquema simplificado que vemos aparecer en los espacios “vacíos” de la escena, y por tanto nuevamente resultan inútiles en su sentido tipológico o estructural.



Fig. 153: Escudos rectangulares con empuñadura en aspa (a partir de Quesada, 1997: 542). 1: Archena (Stary, 1994: lám. 83, 1); 2: Enócoe 113 del Tossal de Sant Miquel de Lliria (Stary, 1994: lám. 76, 2). Escalas diferentes.

⁶²¹ En concreto, refiere a su posible pertenencia a escudos de mimbre (Quesada, 1997: 542), aunque en ocasiones posteriores admite ciertas dudas (Quesada, 2004: 81).

Otro grupo importante dentro de las representaciones de escudos ovales en la cerámica levantina se centra o bien incluye escenas agonísticas de monomaquias o luchas individuales (míticas o históricas) entre dos personajes a pie⁶²². En todos los casos que conocemos, al menos uno de los personajes lleva escudo oval (**fig. 154, 2 y 4**), y a menudo son ambos los que lo llevan (**fig. 154, 1, 3 y 5-6**). En este tipo de escenas, generalmente el escudo y otras piezas de la panoplia son los elementos clave para la contraposición de los oponentes, que suelen ir vestidos igual o muy parecidos, normalmente con túnicas o armaduras cortas dotadas de *pteruges* o flecos y cascos de cuero u otros materiales de carácter perecedero. En todo caso, lo que sí es bastante evidente es que quieren representar a iberos más que a cartagineses o romanos, y en el caso de querer representar a estos, lo hacen desde una perspectiva muy indígena y demostrando un total desconocimiento de sus panoplias o atuendos.

En la escena central del *lebes* 149 (Aranegui (ed.), 1997: 91 y fig. II. 49) (fig. 154, 1) se enfrentan dos guerreros vestidos de forma idéntica. Uno de ellos empuña una larga lanza, mientras que el otro blande una falcata cuya vaina cuelga de un costado. El personaje de la izquierda empuña igualmente un escudo del que son claramente apreciables la *spina* y el umbo lignario fusiforme. Su contrincante, en cambio, emplea un escudo más simple, en el que, extrañamente, no aparece umbo⁶²³. Esta singular ausencia no tiene una explicación coherente más allá del puro capricho del artista, puesto que la estructura del escudo puede obviar la *spina* (como ocurre por ejemplo cuando hay umbos circulares), pero difícilmente puede prescindir del umbo. Por otra parte, las decoraciones que aparecen en el cuerpo de los escudos son similares en ambos casos, pero algo más rebuscadas en el primero.

El entorno que rodea los combatientes es también significativo al contar con la aparición de dos músicos rodeando la escena y dotándola de un evidente sentido ritual o religioso.

La fórmula del guerrero que cuenta con falcata u otra espada enfrentándose a otro sin ella se repite en todos los ejemplos suficientemente completos como los de la tinaja de La Serreta 1, Puntal dels Llops o el fragmento 73 del Tossal de Sant Miquel (fig. 154, 2,

⁶²² Un patrón parecido al que hemos visto en capítulos anteriores respecto al “vaso de los guerreros” de Numancia (fig. 94, 1).

⁶²³ El mismo esquema con una línea simple en el *lebes* 127 de Sant Miquel de Lliria (Aranegui (ed.), 1997: fig. II. 39) (fig. 155, 3).

3 y 6). El primero de ellos, enfrenta a dos guerreros con ligeras diferencias en su ropaje y protecciones. El de la izquierda, que sujeta un escudo circular con la diestra, se parece mucho al personaje que aparece en la primera escena del vaso, en la que ataca por sorpresa a un gran lobo o *carnassier*⁶²⁴, por lo que su participación en la narración de algún episodio épico es bastante probable⁶²⁵. El guerrero al que se enfrenta este supuesto héroe es en este caso el que nos interesa, al llevar, empuñado con la diestra, un escudo oval. Este escudo es aparentemente muy simple, pero un examen detallado permite apreciar un ligero bulto en la parte central del perfil exterior y una línea oscura envolviendo este mismo lado que probablemente corresponden al umbo y la *spina*; como si el escudo se viera sólo de lado.

Por su parte, la imagen del vaso del Puntal dels Llops es mucho más tosca en sus detalles, aunque nuevamente muestra un combate singular entre dos guerreros con escudo oval y uniformes distintos. El ave que aparece en el centro es probablemente un buitre, que dotaría a la escena de un carácter funerario.

Los otros tres ejemplares que recogemos (fig. 154, 4-6) incluyen escudos exageradamente altos, dos de ellos (fig. 154, 5 y 6) decorados con “olas” y roleos; y otro (fig. 154, 4) con los recurrentes motivos en “S”⁶²⁶. Sólo uno de los escudos, del fragmento nº 73 de Lliria, contiene una representación de umbo alargado y *spina* central que tiende a prolongarse en un nervio por encima del umbo.

Otra curiosidad puede apreciarse en la tinaja 142 del Tossal de Sant Miquel, en la que el *scutum* de la izquierda sólo está decorado en parte, dando la sensación de que la parte “vacía” del mismo es el interior, y que por tanto se trata de un escudo oblongo o convexo, de tradición romana⁶²⁷.

⁶²⁴ La escena, aunque no del todo “canónica”, recuerda el ciclo del héroe que se enfrenta al lobo (Kurtz, 1993) que aparece en otros registros como los de La Alcuia, el Tossal de Manises, Alloza o incluso Lliria (tinaja 38; Aranegui (ed.), 1997: fig. II. 21. Respecto al papel simbólico del lobo en la cultura ibérica, véase Almagro-Gorbea, 1996; que incluye un estudio paleoantropológico muy completo.

⁶²⁵ La narración se desarrolla en tres escenas distintas, que se corresponden con los tres campos separados en Aranegui (ed.), 1997; fig. II. 54; a saber: 1) Enfrentamiento con la fiera; 2) Escena de caza; 3) Combate singular.

⁶²⁶ Los motivos en “S” son curiosamente muy típicos del arte céltico en las fases avanzadas de LT C (Lejars, 2003: 33), que coincide plenamente con la orientación cronológica de la plástica ibérica levantina. Sin embargo, dado que las conexiones de enlace entre estas culturas está muy mal constatada durante esta época, es probable que la coincidencia fuera casual o, en todo caso, superficial. Con todo, nótese también la aparición de algún curioso “trísquelo” en la cerámica del Tossal de Sant Miquel (Aranegui (ed.), 1997: 151 y fig. III. 22).

⁶²⁷ Bien conocido por la iconografía de monumentos como el de Domitius Ahenobarbus o el de Emilius Paulus (Eichberg, 1987: láms. 16 y 17).



Fig. 154: Representaciones de combates singulares con escudo oval en la cerámica levantina. 1: *lebes* 149 (Llíria), detalle; 2: La Serreta de Alcoi (según Quesada, 1997: 954, 38), detalle; 3: Puntal dels Llops (Quesada, 1997: 951, 29), detalle; 4-6: Fragmento 73, detalle de la tinaja 142 y fragmento 9 del Tossal de Sant Miquel. 1 y 4-6 a partir de Stary, 1994: lám. 72, 1; lám. 80, 5; lám. 79, 1 y lám. 80, 8 respectivamente. Escalas distintas.



Fig. 155: Algunas representaciones de guerreros a pie y/o a caballo en la cerámica levantina. 1, 3 y 6: Tinaja 150 (detalle), lebes 127 (detalle) y tinajilla 156 (detalle), según Stary, 1994: lám. 77, 2; lám. 75, 1 y lám. 77, 1. 2, 4 y 5: La Serreta (según Quesada, 1997: 953, 40 y 962, 76). Distintas escalas.

Otra cuestión interesante a valorar es la del empleo del escudo oval por parte de la infantería o también por la caballería. La mayoría de autores constatan su uso por parte de ambos tipos de tropa en cualquier contexto (Eichberg, 1987: 201-205), ya sea celta (Brunaux y Lambot, 1987: 97-98), romano (Poux, 2008: 397-418) o hispánico (Quesada, 2004: 81). Esta postura tiene su refrendo en la cerámica levantina, donde aparecen simultáneamente usados por unos y por otros (**fig. 155**). En la cultura ibérica, es frecuente la tradición del combate a pie por parte de los jinetes (Quesada, 1997b: 186-190 y 1998: 171-173), por lo que es posible que algunos de los infantes no lo sean, como quizás ocurra con uno de los guerreros del citado *lebes* 149 de Lliria, cuyo caballo parece esperar al lado de uno de los músicos.

En la tabla de la **fig. 156** comparamos las series conocidas con uno u otro tipo de representación. La gran mayoría de los registros refieren a combatientes a pie por el hecho de ser mucho más abundantes que las representaciones de guerreros a caballo, pero resulta cuanto menos curioso que casi nunca aparece más de un representante en el mismo vaso, como si fuera un arma conocida por la caballería pero apenas empleada. Sólo el fragmento nº 2 de La Serreta (**fig. 155, 4**) incluye al menos dos jinetes con escudo oval.

La tinajilla 156 del grupo de Sant Miquel de Lliria (Aranegui (ed.), 1997: 62 y **fig. II, 10**) (**fig. 155, 6**) es, junto con el vaso de Archena⁶²⁸, la única representación de una ¿lucha? entre un infante con escudo oval y un caballero con o sin este escudo en sus ejemplos respectivos. El guerrero a pie del primero de estos ejemplos parece ser un personaje destacable a juzgar por su ornado casco con cimera en forma de cabeza de jabalí (Quesada, 1997: 568 y **fig. 324, 368**). El escudo que lleva no es muy alto, y podría corresponder en realidad a una *caetra*, pero su perfil permite intuir un umbo. El del jinete con casco de cuernos al que se enfrenta es, si cabe, más pequeño incluso, pero en este caso ya claramente de forma oval, sin elementos explícitos.

En consecuencia, son muy pocos los datos tipológicos apreciables en los escudos representados en la pintura vascular. Las orlas son ambiguas (**fig. 155, 3 y 5; fig. 154, 1**) si es que las hubo, mientras que las imágenes de umbo y *spina*, que lógicamente

⁶²⁸ Quizás también en el jarro 113 del Tossal de Sant Miquel (**fig. 153, 2**), aunque de forma no tan explícita. Nótese también el parecido de las escenas narrada en este vaso y la referida tinajilla 156. En ambos casos, hay una conversación entre un guerrero a pie y dos jinetes mientras un personaje parece atacar por la espalda a uno de ellos, cuyo caballo está claramente en reposo.

deberían haber sido universales, tan solo aparecen en tres o cuatro casos. Ninguno, y subrayamos, ninguno de los ejemplos conocidos en la cerámica levantina evidencia el empleo de umbos metálicos, aunque esta cuestión quizás dependa también de la escasa presencia de otros detalles igualmente significativos.

NUM.	YACIMIENTO	QUESADA, 1997	STARY, 1994	JINETES	INFANTERÍA	FIG.
1	ST. MIQUEL LLIRIA	945, 4	lám. 72, 1	(1)*	1	154, 1
2	ST. MIQUEL LLIRIA	943, 1	lám. 73, 1	0	4	151
3	ST. MIQUEL LLIRIA	944, 3	lám. 75, 1	(1)*	0	155, 3
4	ST. MIQUEL LLIRIA	947, 8	lám. 76, 2	0	2	153, 2
5	ST. MIQUEL LLIRIA	948, 13	lám. 77, 1	1	1	155, 5
6	ST. MIQUEL LLIRIA	946, 2	lám. 77, 2	0	3	155, 1
7	ST. MIQUEL LLIRIA	947, 9	lám. 79, 1	0	2	154, 5
8	ST. MIQUEL LLIRIA	950, 18	lám. 80, 5	0	1	154, 4
9	ST. MIQUEL LLIRIA	950, 19	lám. 80, 8	0	2	154, 6
10	OLIVA	952, 33	lám. 82, 2	0	8	152, 2
11	ARCHENA	955, 44	lám. 83, 1	0	3	153, 1
12	CIGARRALEJO	956, 47	lám. 83, 4	0	3	152, 1
13	PUNTAL DELS LLOPS	951, 29		0	2	154, 3
14	LA SERRETA	953, 37		2	0	155, 4
15	LA SERRETA	953, 40		0	1	155, 2
16	LA SERRETA	954, 38		0	1	154, 2
17	LA SERRETA	962, 76		0	1	155, 5
18	ALLOZA	957, 50	lám. 69, 2	0	5	94, 6
19	OSUNA	lám. XIII, A-B	lám. 110-111	0	2	157, 3
20	OSUNA	inv. 57	lám. 114, 2	0	1	98, 1
21	ESTEPA	inv. 62	lám. 115, 1	0	2	98, 3
22	TARRACO			---	---	157, 4
23	CASPE	inv. 101	lám. 70, 5	---	---	157, 1
24	CASPE (PALERMO)	inv. 65	lám. 70, 2	1	0	157, 2
25	LARA DE LOS INFANTES		lám. 124, 2	1	0	
26	CALACEITE	inv. 70	lám. 98, 2	1	0	
27	TIVISSA	544 (cita)	lám. 66	1	0	157, 5
28	LOS JARDINES		lám. 121, 1	0	1	
29	"FLANNERY BROOCH"	2004: fig. 10		0	1	
30	ARCOBRIGA	544 (cita)		---	---	

Fig. 156: Cuadro-resumen de las principales fuentes iconográficas del escudo oval y su relación con combatientes a pie o a caballo. (*): No del todo explícito, pero probable.

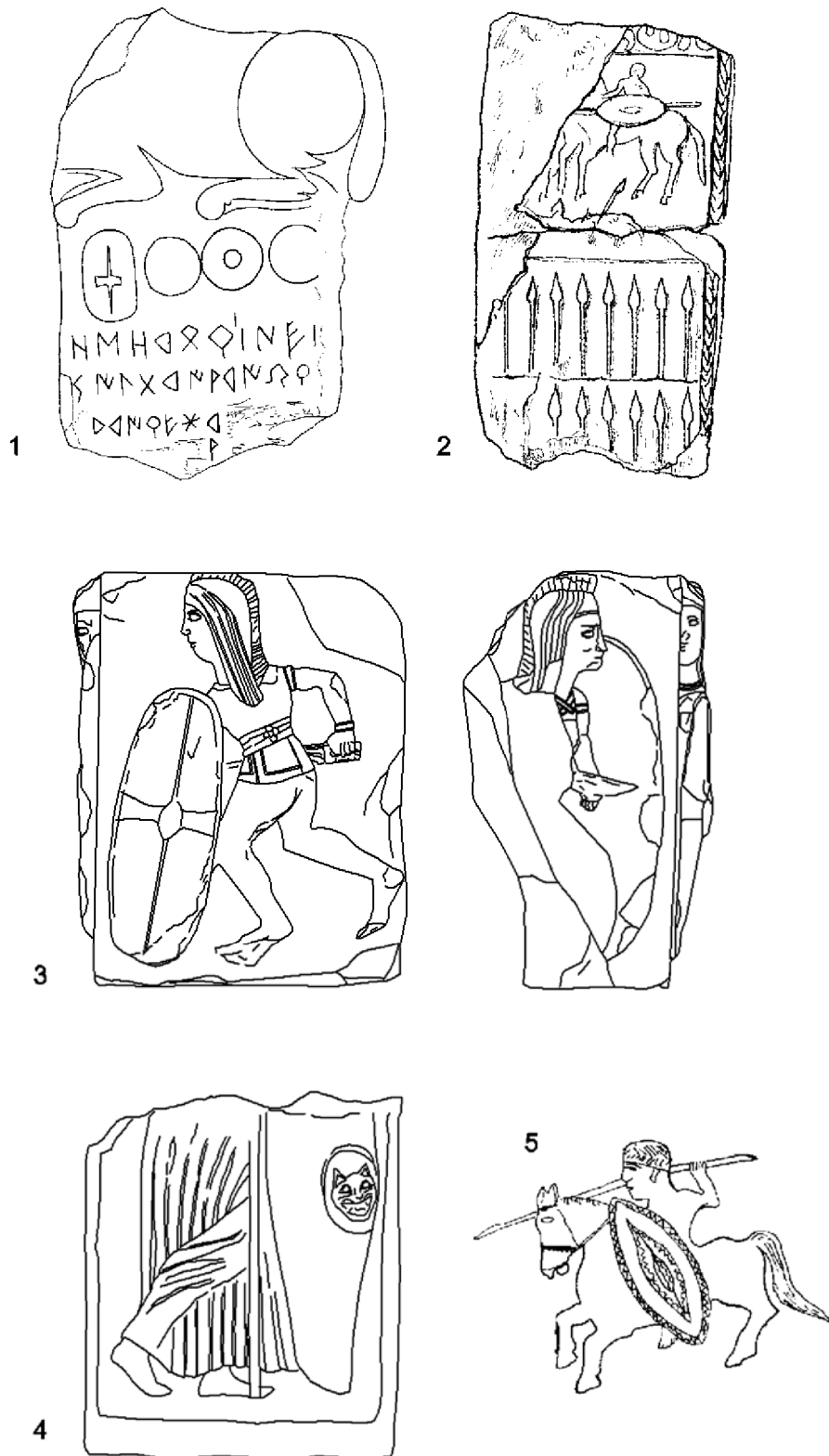


Fig. 157: Algunas representaciones de escudo oval en escultura (1-4) y orfebrería (5). 1-2: Estelas de Caspe (Acampador y Palermo), según Stary, 1994: lám. 70, 2 y 5; 3: Relieve de Osuna (a partir de Rouillard, 1997: 30; modificado); 4: Minerva de Tarragona (dibujo a partir de foto); 5: Detalle del jinete de la pátera de Tivissa (Stary, 1994: lám. 66). Sin escala.

IV.E.2: Representaciones escultóricas

La mayor superficie del soporte de la escultura y los relieves es en principio terreno más propicio a la atención a ciertos detalles típicos del escudo oval, y lo es efectivamente a la práctica, porque raro es el ejemplo en el que no se aprecian los elementos más importantes de este tipo de arma.

Un grupo significativo en el que aparecen algunos de estos escudos ovales es el de las estelas del Bajo Aragón. El contenido militar o guerrero de estas representaciones es bien patente en su iconografía básica, en la que el elemento más repetitivo es el de las series de lanzas dispuestas en vertical ocupando los campos secundarios (o principales, según se vea) de estas estelas⁶²⁹.

Al igual que con la cerámica levantina, estas piezas se fechan sistemáticamente en la Baja Época (Stary, 1994: 116; Quesada, 1997: 411 y 541; 2004: 81), desde finales del siglo III a.C. y, sobre todo, durante todo el siglo siguiente.

En cualquier caso, algunas de estas estelas incluyen figuraciones esquemáticas de escudos de tipo oval (**fig. 157**). La estela de Caspe (fig. 157, 1) contiene una de ellas acompañando a tres escudos circulares. No sabemos hasta qué punto la proporción es significativa y puede estar alertándonos de la mayor frecuencia de caetras en el territorio, pero sí nos parece destacable que el escudo oval refleje no sólo una *spina* ocupando buena parte del cuerpo del mismo, sino también unos encajes en la parte central que no pueden ser otra cosa que las aletas de un umbo metálico; en este caso de tipo rectangulares.

Aunque la sencillez de la pieza es manifiesta, la ausencia de orla es quizás sintomática, y podría tener que ver con la influencia romana del patrón si tenemos en cuenta el comportamiento de estos escudos en el registro arqueológico⁶³⁰.

El vecino hallazgo de Palermo (fig. 157, 2) (Quesada, 1997: 413 y fig. 250, 65; Eichberg, 1987: 85-86) sigue un esquema distinto, en el que aparece, sobre un campo de lanzas hincadas, un jinete armado con una lanza y un escudo oval. El escudo es algo apuntado en sus extremos (como un balón de rugby) y en su centro se aprecia una forma

⁶²⁹ Para algunos autores (resumen en: Quesada 1997: 424-425), siguiendo la argumentación de un pasaje aristotélico, estas lanzas podrían estar sustituyendo simbólicamente a los guerreros derrotados por el muerto al que está dedicada la estela.

⁶³⁰ *Vide supra*, IV.D.

similar, de menores dimensiones, que corresponde al umbo lignario, pero no hay evidencias ni de la *spina* ni de orla alguna. La estela de Calaceite (Quesada, 1997: fig. 250, 70), por su parte, repite el mismo patrón, con resultados idénticos.

Ya lejos del Bajo Aragón y en fechas más recientes⁶³¹, otras representaciones siguen un esquema parecido, como en la estela de Lara de Los Infantes (Burgos) (Cabré, 1939-40: 81-82), en la que se percibe, muy sintéticamente, un jinete asistido por un peón y empuñando un pequeño escudo pseudorectangular en el que destaca una ancha orla. Este tipo de estela, encuadrable dentro del grupo de las llamadas “estelas de Clunia”, suele preferir habitualmente las representaciones de escudos circulares pese a su contexto ya plenamente romano (Lorrio, 1997: 194).

Otras representaciones escultóricas, en este caso de Andalucía, son mucho más precisas en sus formas, aunque sin llegar a la calidad de otras obras de ámbito más puramente romano. La primera de ellas corresponde a una pieza que ya conocíamos de cuando hablábamos de las espadas (fig. 98, 1) y que pertenece al grupo de Osuna. Como sabemos, estas piezas aparecieron formando parte de la muralla pompeyana, y se fechan en torno al siglo II a.C. (Quesada, 1997: 541 y 2004: 81)⁶³², de nuevo en el mismo periodo que el resto de representaciones conocidas.

El sillar que citamos corresponde a un guerrero a pie con un gran escudo oval completamente lignario a juzgar por la ausencia de elementos forzosamente metálicos en el mismo. El trabajo de la pieza permite apreciar perfectamente la forma de la larga *spina* y el umbo pegado a ella. Este ejemplo, al igual que muchos otros que hemos visto, resalta la idea de la gran abundancia de ejemplares enteramente orgánicos que constituyen el negativo de la imagen percibida a partir de la información arqueológica.

En contraposición a esta, otra de las piezas de Osuna, mucho más conocida (Rouillard, 1997: 30-32) (**fig. 157, 3**), reúne en el mismo bloque dos perspectivas distintas de un mismo personaje ataviado con una túnica corta de tipo ibérico con el característico cuello en “V” a dos tiras entrecruzadas y cinturón ancho. El personaje, que parece correr, avanza sosteniendo una falcata desenvainada y lleva un curioso gorro (o casco

⁶³¹ Ya de época augústea según Quesada, 1997: 411.

⁶³² Otras propuestas (Rouillard, 1997: 29 y 33) remontan hasta el siglo III a.C., dentro de una fase avanzada del mismo, aunque esto es poco probable a juzgar por la tipología de algunas de las armas (*infra*).

orgánico) con cresta. No hay ninguna duda acerca de la adscripción cultural de esta figura, que evidentemente representa un ibero (*Ibid.*: 29). El escudo que lleva, está bien proporcionado en relación a la figura del guerrero, y muestra, además de la *spina*, un umbo de aletas trapezoidales muy hipertrofiadas que con seguridad pretende representar un umbo metálico de aletas de mariposa de nuestro tipo G1 o una variante de este, que se encuadra perfectamente en el tercio central del siglo II a.C.⁶³³.

Igualmente, la presencia de una orla es también destacable y bien visible, en especial en su parte superior. La figura que representa el escudo visto por el interior está peor conservada, pero da la sensación de que intenta reflejar un cuerpo convexo, como exige el patrón romano coetáneo.

Por su parte, el relieve de Estepa (fig. 98, 3), algo más tardío (Quesada, 2004: 82), incluye dos escudos sin soportes metálicos y con cuerpo rectangular, evidentemente romanos. Además del tándem *spina*-umbo, la fórmula incluye también anchas orlas o bien exageradas o bien refiriendo a ejemplos no-metálicos. La moderada calidad del relieve, que se permite ciertas precisiones en la plasmación de la cota de mallas, no llega sin embargo a reflejar el perfil del escudo, que aparece sólo ligeramente curvado.

En cambio, la conocida figura de la torre de Minerva en la muralla de *Tarraco*, muestra claramente la forma oblonga del escudo. Sin embargo, no es esta su principal curiosidad, sino que lo es el umbo, en el que aparece la ruda imagen de una cabeza de lobo. El relieve, que es bajo, no llega a plasmar el perfil sobresaliente del mismo, pero en cualquier caso la impresión es que se trataría de un umbo y no de un blasón pintado. Este hecho es llamativo, puesto que de ser cierto estaría colocando un umbo circular (u homólogo) en un *scutum* con un contexto de finales del siglo III a.C., cuando en realidad sabemos que esta fórmula sólo es habitual desde los últimos años de la centuria siguiente. ¿Estará este escudo atestiguando la presencia de umbos circulares en *scuta* hispánicos desde una época anterior que en las galias?⁶³⁴ En realidad no es probable: la presencia del lobo en el escudo parece una trasposición directa de un elemento muy común en la cultura ibérica, que vemos representado directamente en algunas esculturas muy conocidas como la del torso de la Alcudia (Stary, 1994: lám. 99; Quesada, 1997: lám. XII,D). El mismo patrón del escudo de la Minerva de *Tarraco* aparece asimismo

⁶³³ *Vide supra*, IV.C.2.

⁶³⁴ Véase lo dicho con anterioridad sobre los umbos circulares celtibéricos y sus problemas de asignación a escudos circulares u ovals (*supra*, IV.B.1).

adornando el umbo de una *caetra* en el grupo de Osuna (Rouillard, 1997: 39-40), lo que probablemente signifique que se trata de un recurso habitual para simbolizar alguna cualidad concreta, probablemente apotropaica. El sincretismo de la representación del escudo de la Minerva es, como ya notara Kurtz (1993: 243 y nota 4), evidente: por una parte sustituyendo la habitual Gorgona por un símbolo autóctono y por otra remitiendo a su vez a otro símbolo más propiamente romano como es el de la loba.

IV.E.3: Otros soportes

El escudo oval aparece de forma mucho más dispersa en otro tipo de soportes. Así, por ejemplo, y al contrario de lo que ocurre con las *caetras*, que están generosamente representadas en los exvotos (Quesada, 1997: 543), sólo se conoce una pieza en la que aparece un escudo oval. La figura pertenece a uno de los exvotos del Collado de los Jardines (Despeñaperros), y ya fue recogida en 1940 por Juan Cabré en su trabajo pionero sobre la *caetra* y el *scutum* (Cabré, 1939-40). Las limitaciones técnicas del formato de los exvotos tienen su repercusión en esta pieza, donde los detalles están presentes, aunque de manera muy brusca. Pese a ello, se observa en el escudo una gruesa *spina* y una orla, e incluso la presencia de un umbo metálico con aletas rectangulares muy esquemáticamente esbozado. Según el atento examen de F. Quesada (2004: 82), esta pieza corresponde a una época avanzada, quizás sertoriana, y refleja un escudo de tipo romano, con una cierta curvatura.

En el campo de la orfebrería, destaca la representación de un escudo oval en uno de los personajes (en este caso un jinete) de una de las páteras argéneas de Tivissa (Olmos, 1996: *passim*) (fig. 157, 5). Además del curioso perfil del escudo, que puede recordar algunas representaciones antiguas de la región itálica (Quesada, 1997: 544 y 2004: 82), destacan algunas delgadas líneas que configuran la orla, la *spina* (que no llega a los extremos) y el umbo lignario de perfil alargado. El contenido fuertemente simbólico de la pátera, de una complejísima interpretación iconográfica, tiene también su repercusión en la figura central en relieve del propio plato, representando una cabeza de lobo como

ocurre en el escudo de la Minerva de *Tarraco*; encuadrado en un mismo contexto histórico-geográfico⁶³⁵.

Otro raro representante en orfebrería corresponde al llamado “flannery brooch” del British Museum (Lenerz, 1991: 157 y fig. 115, 2; Quesada, 2004: 82y fig. 10), una fíbula aurea de procedencia presuntamente hispánica. La pieza representa la lucha de un guerrero contra (de nuevo) un lobo o *carnassier*. La panoplia que lleva el guerrero es muy completa, e incluye un escudo oval perfectamente representado con todos sus detalles, incluyendo un umbo metálico de tipo de aletas rectangulares en el que se aprecian las sujeciones y los rebordes. Sin embargo, y aunque la escena (y quizás la tipología de la fíbula), parece típicamente hispana, ni el desnudo del guerrero ni la combinación de la panoplia con escudo plano y espada *La Tène* cuya vaina (dotada incluso de una contera con remate ojival) pende en vertical del lado derecho del cinturón, encajan con tal procedencia, y sólo se explicarían en un contexto del noreste⁶³⁶ o directamente galo; aunque no hay paralelos en otras fíbulas que lo confirmen.

Ya en el terreno numismático, el escudo oval brilla por su ausencia, incluyendo las monedas celtibéricas (Lorrio, 1995: 79) o las emisiones de Carisio (Quesada, 2004: 83), en las que es habitual representar las panoplias autóctonas. Es posible que este silencio, que nos parece sintomático, se deba a un doble motivo simbólico y funcional, que por una parte obedezca a la intención de destacar las armas más puramente autóctonas o tradicionales (*cf. Ibid.*); y por otra evite el entorpecimiento que suponen los grandes escudos, que actuarían como pantalla tapando a los jinetes que los empuñarían.

Para terminar, mencionaremos también la existencia de una pintura mural ya plenamente romana localizada en la ciudad de Arcóbriga y que conocemos gracias a los datos publicados por Cabré (1939-40: 80-81)⁶³⁷. Se trata de la posible representación en estuco policromo de un trofeo en el que aparece un gran escudo de contorno perfectamente oval del que se aprecia la orla, la ausencia de *spina*, y la presencia en cambio de una serie de diseños concéntricos en su parte central que, junto con una

⁶³⁵ Las cronologías serían similares al menos respecto a la fecha de amortización de las páteras (Olmos, 1996: 94; en especial nota 19), pero su evidente contexto ritual podría indicar una fecha de fabricación algo más antigua. La existencia de escudos ovales en este periodo sería compatible teniendo en cuenta que estamos hablando de un contexto del noreste.

⁶³⁶ O el sureste de Francia, donde regirían las mismas normas de sincretismo entre panoplias galas y simbolismo ibérico.

⁶³⁷ Véase asimismo Quesada, 1997: 544.

representación de puñal bidiscoidal muy esquemática, consiguen ocultar el espacio en el que debió figurar el umbo.

V. LAS LANZAS

Quizás el elemento de la panoplia La Tène (o de cualquier otra panoplia) con mayor desequilibrio entre su sencillez estructural o formal y sus posibilidades de abstracción tipológica sean las lanzas. Las propias características morfológicas de estas armas constituyen un todo uniforme y a la vez un sinfín de posibilidades que han llevado de cabeza (con escaso éxito) durante décadas a los estudiosos del armamento protohistórico y, en definitiva, a otros que han dedicado sus esfuerzos a la investigación del armamento clásico o incluso medieval. Nuestro caso no va a ser una excepción.

El problema básico del estudio de las lanzas⁶³⁸ (que afecta especialmente a los elementos metálicos de las mismas al ser los únicos perdurables) es su pobreza tipológica en el sentido útil de la misma: su agrupación morfológica apenas es factible al aparecer muchísimas variantes de una misma forma o manifestarse distintos modelos durante periodos de tiempo muy dilatados (Brunaux y Rapin, 1988: 85). Decía Fernando Quesada en su preciso estudio de las lanzas hispánicas de la Segunda Edad del Hierro que *“una vez alcanzado un estadio evolutivo que encuentra en el sistema de empuje por cubo la técnica ideal, y en el hierro el material más adecuado, la posibilidad de variación es a la vez muy limitada e infinita. Limitada porque las variantes sólo pueden referirse a las dimensiones, a la longitud y a la anchura relativas de la hoja y a la longitud relativa del cubo; infinita, porque la cantidad de formas geométricas posibles con estas variables es casi ilimitada, sobre todo en ausencia de una fabricación industrial y estandarizada”* (Quesada, 1997: 353). En realidad, el problema de la forja individual de las piezas tiene un peso importantísimo en estas armas pese a que, obviamente, no fueran las únicas que no se producían en masa. Esto puede tener que ver con la universalidad de estas armas en el sentido táctico, puesto que es posible que otros tipos de arma quizás más complejas tiendan a ser más exclusivistas; más relacionadas con segmentos sociales con mayor capacidad adquisitiva y, por tanto, más fieles a unos patrones morfotécnicos ideales⁶³⁹ que hay que copiar para mantener el estatus.

⁶³⁸ Para este particular, véase una discusión detallada en: Quesada, 1997: 352-353.

⁶³⁹ La lanza es en efecto el arma tácticamente más importante, y al ser relativamente asequible por sus costes de producción y, por tanto, mucho más numerosa que otras armas, es fácil descuidar algunos detalles concretos de su aspecto y provocar así la creación de numerosas variantes.

En cualquier caso, no resulta nada sencillo establecer una tipología útil a partir de las formas de las moharras o los regatones de hierro, porque estos son generalmente muy distintos los unos de los otros en los detalles concretos, pero demasiado iguales en su concepto.

Si esto (la escasa información ordenable a partir de las formas) es ya de por sí un problema, añadamos ahora a la ecuación el factor cultural:

En cualquier estudio de las lanzas de la Edad del Hierro, el análisis tipológico se acaba reduciendo a las moharras, que son el único elemento conservado que incluye una serie de variables diferenciales suficientemente extensa como para plantearse su interrelación con fines de observar su evolución cronológica. Cuando esto ocurre, se acaban sintetizando las variantes en un gran número de grupos que son moderadamente útiles en su entorno concreto, pero que si se comparan con otros estudios de similares características, parecen repetir los mismos patrones independientemente de que su contexto sea muy lejano o incluso muy distinto diacrónicamente hablando. Este fenómeno, que llamamos “coincidencia formal”, parte de un principio lógico según el cual es más fácil la convergencia de las invenciones locales que la llegada de estos objetos (tan fáciles de fabricar) vía importación, y explicaría por qué algunas de las lanzas ibéricas, itálicas, griegas o célticas se parecen entre sí sin tener aparentemente relación alguna (Quesada, 1997: 352).

En este terreno radica precisamente el verdadero problema de nuestro estudio particular, puesto que la indefinición cultural de las puntas de lanza repercute directamente en nuestro intento de buscar aquellas armas que tienen una “influencia La Tène”: por una parte, porque no sabemos exactamente qué formas son las que hay que entender como “laténicas”; y, por otra, porque no sabemos hasta qué punto tales formas son coincidentes o sencillamente auténticas adaptaciones a una panoplia “periférica” con distintas necesidades tácticas.

En parte, no es que las lanzas La Tène no tengan ciertas singularidades evidentes, porque sí es cierto que algunos de los tipos más habituales en la Segunda Edad del Hierro celta son muy definatorios de esta cultura, pero el problema es que esto no ocurre con todas las lanzas, y en general no existe en la cultura La Tène una homogeneidad tan grande para estas armas como la que se da, por ejemplo, con las espadas, umbos o cadenas de suspensión.

Estas discrepancias redundan en nuestro problema de forma que no nos es posible definir (como hemos hecho en otros capítulos), la morfología de la lanza La Tène en todo su contenido, y forzosamente nos vemos obligados a sintetizar sus variaciones limitándonos a los formatos más conocidos y de mayor difusión; sin atender a otras fórmulas quizás menos influyentes o bien menos exclusivas.

Asimismo, la combinación de todos estos problemas metodológicos va a significar la supresión de una parte importantísima de las moharras que inicialmente fueran incluidas en nuestro estudio preliminar, bien porque no hayamos conseguido demostrar con suficientes garantías su evolución a partir de patrones latenenses, o bien porque hayamos conseguido rechazarlos y relegarlos al nutrido grupo de las “formas comunes”.

V. A. MORFOLOGÍA DE LAS LANZAS Y SUS COMPONENTES METÁLICOS DE TRADICIÓN LA TÈNE

Aunque tendemos a sintetizar las funcionalidades de las armas de asta entre tipos empuñados (destinados al cuerpo a cuerpo) y tipos arrojadizos (destinados a ser lanzados), las posibilidades intermedias son inmensas según se valore la longitud del arma, su peso, su aerodinámica o su capacidad penetrante o desgarrante.

Todas estas opciones fueron sin duda contempladas en su día por los pueblos celtas de la Segunda Edad del Hierro europea. El uso de jabalinas, por ejemplo, está bien documentado en el ámbito La Tène durante las fases antiguas y tardías, aunque no son muy habituales en La Tène Media (Brunaux y Lambot, 1987: 91; Brunaux y Rapin, 1988: 88). Entre los formatos arrojadizos, también se documenta el empleo de moharras con cubo largo, de tipo *pilum*, que los galos cisalpinos conocían como *gaesum*, pero que es desconocido en las regiones transalpinas (*Ibid.*)⁶⁴⁰.

Las fuentes literarias insisten en cambio en los grandes formatos: lanzas empuñadas de gran tamaño cuyo manejo implicaría forzosamente cierto espacio en la formación⁶⁴¹. Así, Diodoro (V, 30, 4) cita en su descripción etnográfica de los galos que estos “*enarbolan picas, que ellos llaman lanzas (langkias), con puntas de hierro de un codo de largo, e incluso de más, y de un poco menos de dos palmos de anchura*” y que “*sus jabalinas tienen puntas más largas que las espadas de otros (pueblos)*”. Como bien han notado primero Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 89) y luego Quesada (1997: 406-407), la descripción es notablemente exagerada, porque haría su manejo muy complicado o casi inútil, pero lo importante es que pretende resaltar el gran formato de las moharras respecto a las de otras culturas coetáneas, y eso es algo que tiene su constatación en el registro arqueológico.

⁶⁴⁰ Y que por tanto es más itálica que propiamente céltica. En relación a la utilización de armas de asta de tipo itálico entre los celtas cisalpinos, véase el trabajo de Thierry Lejars sobre las panoplias de Monte Bibele (Lejars, 2008: 140-142), con una visión genérica de esta problemática.

⁶⁴¹ Según la opinión de Brunaux y Lambot (1987: 93), es probable que estas armas fueran inicialmente concebidas para el combate en carro, evolucionando posteriormente a modelos algo más ligeros empleados a caballo o incluso en la lucha en formación.

Por tanto, dado que esto es una singularidad conocida en el ámbito céltico continental, vamos a hacer especial hincapié en la morfología de este tipo de lanzas, cuyo ascendente La Tène es mucho más fiable que el de la gran cantidad de tipos intermedios que también fueron empleados y que probablemente coincidieron con las formas comunes de otras culturas. Asimismo, asumimos el importante sesgo metodológico que esto provoca, dado que, en general, se conocen mejor estos modelos empuñados que los arrojadizos por el hecho de que normalmente se asocian a panoplias más completas y ajuares más ricos⁶⁴² (*cf.* Quesada, 1997: 347) y, por tanto, son objeto de mayor difusión científica.

Hasta este momento, el único trabajo que trasciende la tipología de un único yacimiento e incluye un estudio comparativo con los principales hallazgos europeos relacionados, sigue siendo el de André Rapin (Brunaux y Rapin, 1988) sobre el santuario de Gournay-sur-Aronde⁶⁴³. En este trabajo, se atiende a los aspectos morfológicos de las lanzas La Tène como anticipo a un minucioso análisis tipológico que concluye con la identificación de cinco tipos básicos de moharra y dos de regatones. En consecuencia, esta va a ser nuestra principal fuente de información acerca del aspecto de estas peculiares lanzas y de sus componentes.

Partes de la lanza

Como la inmensa mayoría de las armas de asta empuñadas de la protohistoria, las lanzas de tradición La Tène constan de tres partes básicas: el **asta**, destinada a ser empuñada y acercar su parte ofensiva al objetivo, la **moharra** o punta, que constituye efectivamente esta parte ofensiva, y el **regatón** o contera, cuyas atribuciones incluyen entre otras la protección del asta y el contrapeso del conjunto. En los formatos arrojadizos, el propósito del asta es más bien aerodinámico, mientras que las conteras no suelen emplearse (**fig. 158**).

⁶⁴² Esta cuestión responde a un principio lógico, dado que los guerreros más ricos irían mejor equipados y en general mejor defendidos para el cuerpo a cuerpo y, por tanto, preparados para enfrentarse a armas de similar condición.

⁶⁴³ A diferencia de lo que ocurre con los umbos, para los que hemos visto otros trabajos específicos de la región oriental, no hay equivalentes conocidos en lo relativo a las lanzas y sí algunos estudios parciales o catálogos: Monte Bibele (Lejars, 2008: 138-142), Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 56-60), Alèsia (Sievers, 2001: 155-169), Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: 58-68) o la Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: 119-121).

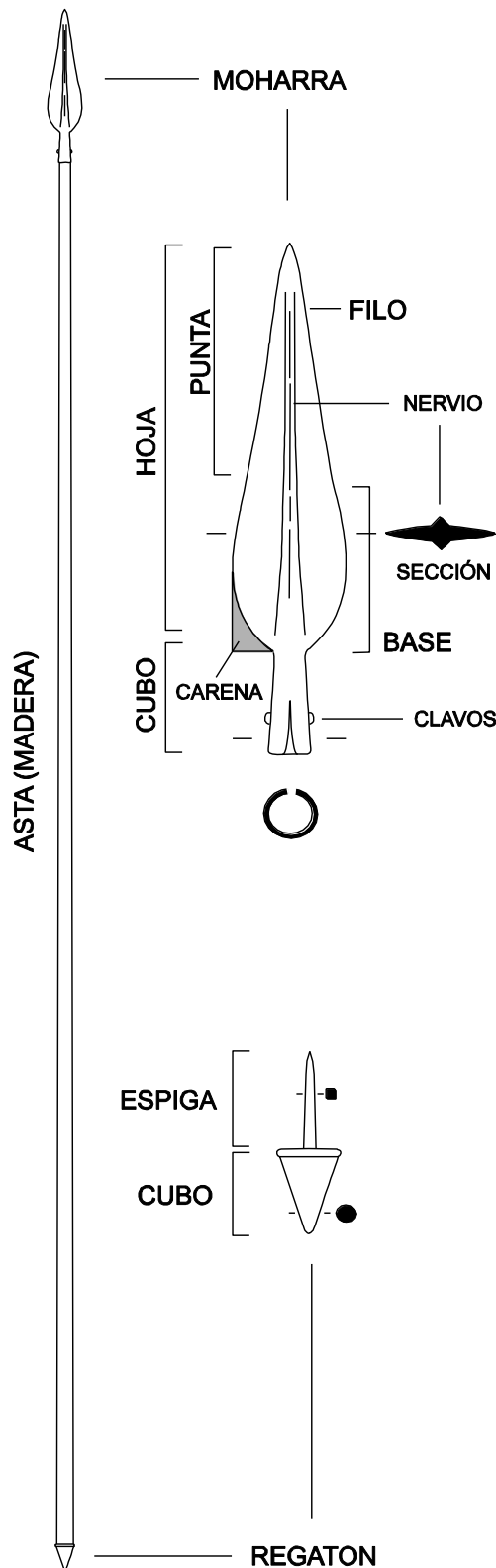


Fig. 158: Morfología de la lanza de tradición La Tène y sus partes metálicas (moharra y regatón).

El asta

El asta es la parte más importante de la lanza, puesto que los otros elementos son sencillamente mejoras a su concepto básico, para el que es suficiente contar con un extremo apuntado sin que el arma pierda por completo su finalidad ofensiva (Quesada, 1997: 346). Dado su papel preponderante en estas armas, debería ser el punto de partida de cualquier clasificación tipológica, pero su fabricación en madera⁶⁴⁴ imposibilita su conservación a largo plazo si no es en condiciones verdaderamente excepcionales. En todo caso, y aunque el habitual rito de incineración hispánico impide corroborar sus correspondencias, algunos datos (no del todo fiables) derivados del estudio de ciertas tumbas galas de inhumación⁶⁴⁵ han sugerido la utilización de astas de considerable longitud (c. 2'40 - 3 m) (*cfr.* Brunaux y Rapin, 1988: 93 y fig. 46), mientras que la excepcional conservación de una lanza completa durante las excavaciones de P. Vouga en La Tène (*Ibid.* y fig. 47), ratifica la

⁶⁴⁴ De fresno en los ejemplares conocidos por su conservación parcial (Brunaux y Rapin, 1988: 88), pero en realidad cualquier otra madera recta y resistente podía servir.

⁶⁴⁵ Los índices resultantes de esta iniciativa tenían en cuenta la posición de la moharra y el regatón en relación a la tumba. Si estos no se hallaban en línea, se entiende que el asta fue quebrada para colocarla y que por tanto era más larga que la longitud de la tumba. Lo malo es que el intervalo entre esta longitud mínima y la longitud máxima posible es muy grande, porque no sabemos si el asta ocupó todo el espacio o quedaron márgenes en sus extremos partidos.

existencia de una lanza con un asta de 2'50 m; una cifra nada desdeñable.

El empleo de astas de gran longitud para ciertas armas empuñadas es probablemente un caso poco común en la Segunda Edad del Hierro. En opinión de Quesada, las lanzas ibéricas, por ejemplo, debieron ser ligeramente más cortas a juzgar por las características de sus piezas metálicas y el análisis iconográfico, moviéndose en intervalos de entre 1'70 y 2'50 m (Quesada, 1997: 346-347); pero, de todos modos, estos valores no son tan dispares y reflejan un uso probablemente similar, desde luego muy alejado de lo que cabría esperar de otras fórmulas mucho más exageradas, como la *sarissa* macedónica, cuya asta podía alcanzar los 4'60 m (Markle, 1999: 151).

En cualquier caso, las largas lanzas de mano de la cultura La Tène denotan una predisposición para su uso cuerpo a cuerpo pero a su vez la posibilidad de ser arrojadas si se quiebra el asta y se da tal necesidad. Como los datos de los que disponemos para conocer las longitudes de las astas de la mayor parte de las lanzas son más bien escasos, desconocemos el papel de los modelos intermedios o mixtos (preparados para la lucha cuerpo a cuerpo y a la vez para su lanzamiento), que sin duda debieron ser los más abundantes.

Lógicamente, el asta de las jabalinas es más corta y probablemente más delgada que la de las lanzas, porque ello contribuye por una parte a aligerar su peso (haciéndola más manejable y permitiendo el transporte de varias a la vez), y, por otra, a facilitar su vuelo y hacerla más penetrante a las protecciones del enemigo.

Otro factor, quizás no tan relevante como la longitud del asta, es precisamente el grosor de la misma. Para conocer este valor, basta con atender a los **diámetros de embocadura** de los cubos en moharras de hierro (para los que contamos con un campo en nuestra base de datos) y sus respectivos regatones. En Gournay-sur-Aronde, los diámetros de embocadura se sitúan en torno a los 2 cm (1'5-2'5; sobre todo: 2-2'2 cm) (Brunaux y Rapin, 1988: 97), pero el hallazgo masivo de lanzas en los fosos del santuario no permite establecer sus correspondencias con los regatones, que en general parecen más anchos.

En función de este tipo de correspondencias, podemos inducir si el asta tenía una forma cilíndrica o fusiforme (con un grosor idéntico en la punta y la contera), o bien ligeramente cónica. En principio, la primera opción es la más lógica, pero el uso habitual de regatones con espiga en el ámbito La Tène probablemente implicaría la

existencia de astas cónicas más anchas en su base que en la punta, porque ello evitaría el astillado de la madera al clavar la espiga o al golpear la zona (Quesada, 1997: 347).

Para empuñar el asta, basta con cogerla por cualquier punto de su superficie, aunque probablemente la mitad inferior de la misma fuera la más empleada para el ataque en alto (con la lanza en posición oblicua por encima del hombro) o en bajo (más o menos a la altura de la cintura), que son las dos posiciones más habituales del ataque a juzgar por la información iconográfica de ámbito griego y céltico (Brunaux y Rapin, 1988: 90-92 y figs. 43 y 44). Por otra parte, es posible que estos puntos de sujeción más comunes contaran con cuerdas enrolladas en el astil para facilitar el agarre e impedir que la mano resbalara al golpear (Quesada, 1997: 349).

Las moharras

La moharra es lo que conocemos comúnmente como la “punta de lanza”, y su función es obviamente la de clavarse en el enemigo o sus defensas y ocasionar el máximo daño posible. Para ello, es preciso que esté hecha de un material duro y resistente (como el hierro) y a la vez que cuente con una forma apuntada, incisiva y más o menos abierta según el interés de ensanchar las heridas o acentuar su capacidad de perforación. Esta forma es lo que solemos llamar “**hoja**” por analogía a las hojas de los árboles, mientras que la parte que se destina a sujetarse al astil es lo que llamamos “**cubo**”, al ir ensartada el asta en su espacio a tal efecto. Estas dos partes: hoja y cubo, son las fundamentales de la moharra, y por ello vamos a comentarlas por separado:

El enmangue por presión del **cubo** sobre el astil es la fórmula más común y prácticamente única de sujeción de la moharra⁶⁴⁶. La unión de moharra y asta se produciría por simple presión, en ocasiones con la ayuda de clavos, pasadores u otros elementos que contribuirían a la estabilidad del enmangue.

El cubo es en sí mismo una especie de tubo de distintas proporciones que se fabrica mediante su forja en una matriz apuntada, doblando la lámina de hierro en sentido circular hasta unir sus dos costados (**fig. 159**). En ocasiones, la realización de esta unión

⁶⁴⁶ Una excepción a esta regla podrían ser los *pila* romanos con lengüeta, que se insertan en el asta de madera y se sujetan mediante remaches que los atraviesan (Connolly, 1997: 44-49).

es algo descuidada y se observa perfectamente una pequeña abertura longitudinal o una delgada línea que ocupa la parte hueca del cubo y delata precisamente el uso de esta técnica de fabricación.

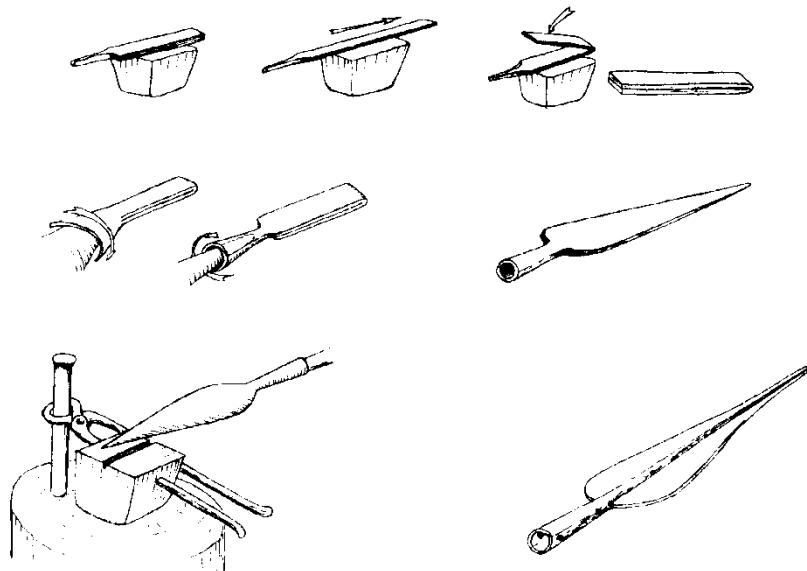


Fig. 159: Fabricación de una moharra. Fuente: Brunaux y Lambot, 1987: 92.

Hay varios indicios tipológicamente representativos en la forma y proporciones del cubo que pueden resultar de utilidad. La primera de ellas ya la hemos considerado al hablar de las astas y el diámetro de embocadura del cubo, que nos indica el grosor de la madera en este punto. Asimismo, existen otros atributos útiles como pueden ser su **longitud** (también contemplada en nuestra base de datos) o incluso su relación proporcional con la hoja, que comentaremos cuando hablemos de estas.

El principio útil de la longitud del cubo es aparentemente claro: a cubos más largos, mayor recorrido de sujeción y, consecuentemente, mayor estabilidad. Sin embargo, hay otras causas para el alargamiento del cubo, como el dotar de mayor resistencia a la parte distal de la lanza sustituyendo parte del asta por una pieza de hierro, como ocurre con el *pilum* y un buen puñado de armas arrojadizas.

Para las lanzas empuñadas o mixtas, en cambio, la parte de la moharra ocupada por el cubo suele ser muy inferior a la de la hoja. El estudio de Rapin sobre las lanzas de Gournay muestra tendencias que lo hacen más largo o más corto dependiendo del tipo de hoja al que acompaña, aunque muchas veces se dan versiones con ambas

posibilidades (Brunaux y Rapin, 1988: 102-103 y fig. 50). La longitud habitual de los cubos en el santuario belga oscila entre los 3'4 y los 13 cm, existiendo por tanto ejemplares casi insignificantes y otros de importante longitud relativa, normalmente asociados a armas mixtas o arrojadizas (GSA-424, 513, 1122, 1913, *p.e.*; *Ibid.*: láms., XLII, XLIII y XLVII). (**fig. 160**). Según este autor, el alargamiento del cubo es frecuente a partir de LT B2 para las formas clásicas y anchas de moharra, pero tiende a acortarse en la fase avanzada de LT C2 (*Ibid.*: 134).

Otro factor a tomar en consideración es el del empleo de **sujeciones adicionales** en el cubo. Normalmente, la embocadura por presión no es suficientemente sólida como para aguantar la mecánica del movimiento de los golpes violentos a los que se somete la moharra, por lo que habitualmente se asegura la unión añadiendo pequeñas perforaciones a los lados del cubo que luego son atravesadas por clavos, remaches o pasadores metálicos (Quesada, 1997: 345). Estas piezas de refuerzo suelen conservarse en contextos arqueológicos, en ocasiones dejando vistos únicamente los orificios de entrada y salida. En general, las lanzas de tipo La Tène suelen llevar este tipo de sujeciones (Brunaux y Rapin, 1988: 87), pero existen también otras variantes que incluyen el añadido de anillas o incluso hilos metálicos enrollados en espiral para asegurar la junta del asta y la moharra, como ocurre en algunas piezas de Monte Bibele (Lejars, 2008: 140-141 y fig. 4). Este sistema, como ya ha notado Lejars, podría ser la adaptación de un sistema de ataduras con cuero, del que no se han conservado restos visibles (*Ibid.*) (fig. 160, 10).

La última variable importante de los cubos refiere a su **forma**. En general, la forma casi universal es la cónica más o menos pronunciada, pero hay algunos casos donde la tendencia es más claramente cilíndrica (fig. 160, 2). En otros casos, la transición a la hoja se hace de forma abrupta, con marcados estrangulamientos y secciones cambiantes que pueden ser romboidales, trapezoidales o poligonales de otros tipos. La mayoría de las veces que esto ocurre es porque el nervio de la hoja tiende a alargarse y afecta al propio cubo.

En cualquier caso, estas formas apenas afectan al contenido tipológico de las moharras si no es de forma muy limitada, y no constituyen variables excesivamente importantes de caras a definir grupos, sobre todo porque la mayoría emplean la misma fórmula.

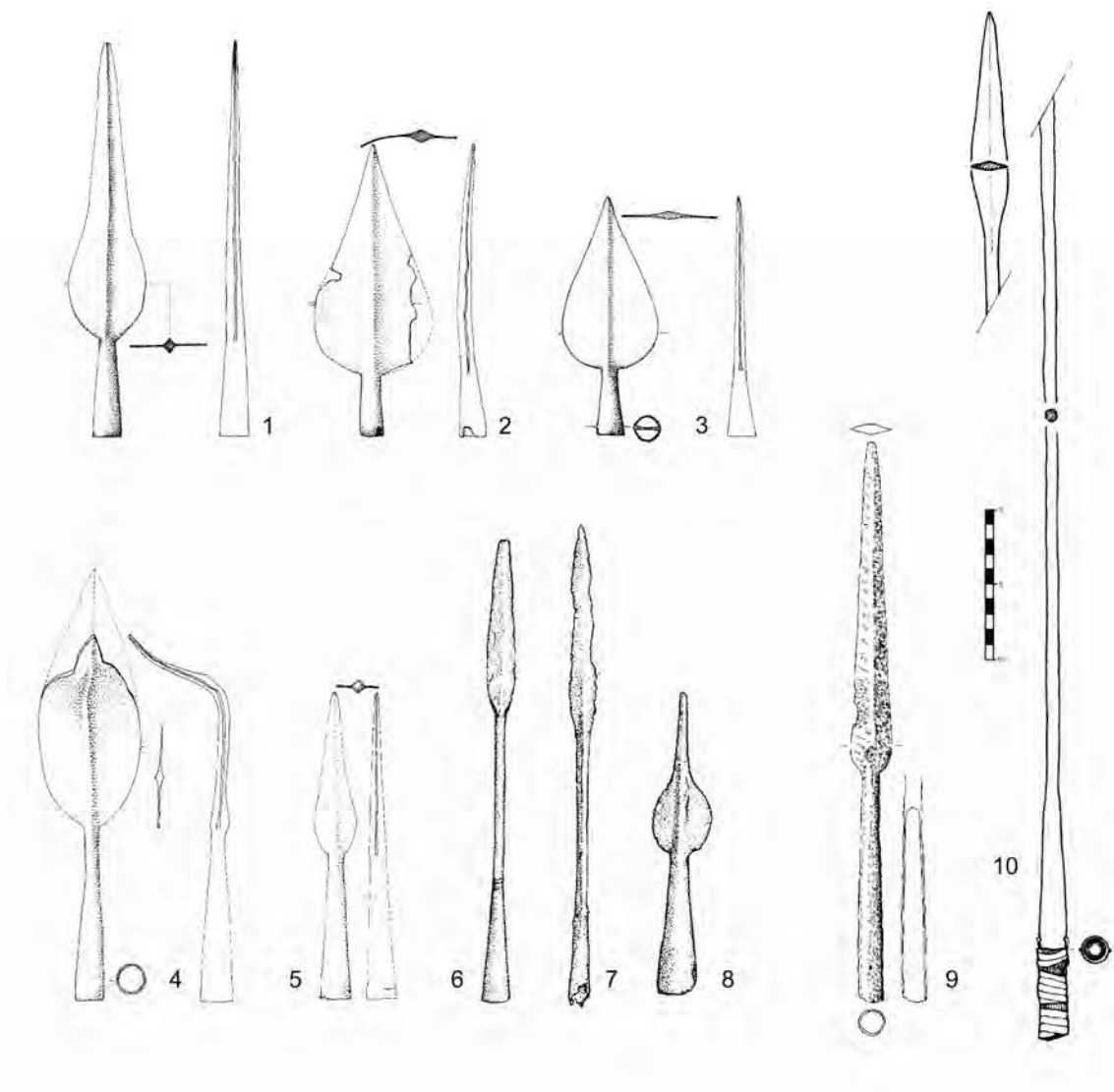


Fig. 160: Longitud de los cubos. La mayoría de las moharras pertenecientes a lanzas empuñadas tienen cubos de tamaño medio, como nº1 (GSA-3602), pero hay modelos en los que destacan los cubos cortos (nº 2-3; GSA-3261 y 1987), especialmente los tipos de hoja ancha. Los cubos largos suelen corresponder a lanzas arrojadas (5-9), incluso con tamaños similares a los de las hojas, pero ocasionalmente también se dan en moharras de mayor volumen de LT C1, como este caso de Gournay-sur-Aronde (nº4: GSA-1122). El extremo de esta corriente lo hallamos en los cubos de las moharras de tipo *pilum*, como el excepcional ejemplar de 66 cm de la sepultura 79 de Monte Bibebe (nº 10), que apareció asociado a una panoplia de tipo La Tène. 1-5: según Brunaux y Rapin, 1988: láms. L (1 y 2), XLVII (3), XLIII (4) y XLII (5); 6-8: Port; según Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 46, 146-148; 9: Alèsia; según Sievers, 2001: lám. 61, 269; 10: según Lejars, 2008: 201.

La parte más activa de la moharra es **la hoja**.

La **forma de la hoja** es foliácea, con importantes variaciones en su perfil y en su proporción de longitud y anchura. La geometría básica de las hojas de moharra se basa

en la combinación de una base de tendencia circular u ovalada y una punta de forma triangular (**fig. 161**). Cuanto más corta es la base, tanto más importante es la punta, de modo que la hoja toma su aspecto (hoja triangular). En cambio, cuando la base es algo más alargada el aspecto es distinto: en forma de hoja de sauce si la punta es muy larga, o en forma de laurel si esta es algo más corta. Existen otras muchas fórmulas, que incluyen variantes de estas formas básicas o incluso otras, como las romboidales (con una estructura geométrica más compleja) o las totalmente convexas, en las que las puntas son casi inexistentes.

Las moharras más características de la cultura La Tène suelen tener bases muy anchas, generalmente con una curvatura importante y un perfil inferior casi semicircular.

Dado que la forma de la hoja es uno de los criterios tipológicos más firmes para establecer asociaciones entre las muchas versiones de moharras de influencia La Tène, hemos considerado como un atributo determinante en nuestra base de datos la posición de la **carena**. El cálculo de este valor, que determina el alcance del radio de la base de la hoja, sigue el mismo principio que ya aplicáramos con las puntas de las espadas⁶⁴⁷ y compara de forma relativa la distancia desde la parte más ancha de la hoja hasta la unión de esta con el cubo. Como no resulta útil comparar este valor sin más porque puede variar mucho si la punta es más larga o más corta, el valor que emplearemos es porcentual respecto a la longitud de la hoja, y se calcula mediante una sencilla regla de tres: $Lg. \text{ carena} \times 100 \div Lg. \text{ hoja}$. Un valor del 50%, por ejemplo, nos estaría indicando que la carena se sitúa en mitad de la hoja y que por tanto su forma es forzosamente convexa o contiene un retranqueo (**fig. 162**).

También resulta de gran interés el discernir si una hoja es más ancha que larga o viceversa; o si por el contrario sus proporciones son muy equilibradas. Para calcular esta tendencia, seguiremos el mismo procedimiento que aplicara Quesada (1997: 357) para las moharras ibéricas y que llamara “**índice 1**” ($Lg. \text{ de hoja} \div Anch. \text{ Máx. Hoja}$; de modo que cuanto más alto es este valor, tanto más larga y estrecha la hoja⁶⁴⁸). Este valor numérico es un indicativo importante para establecer patrones de distinción de algunos tipos de hoja de gran anchura, que es algo que suele darse en las moharras de tipo La

⁶⁴⁷ *Vide supra*, III.A.1.

⁶⁴⁸ Se entiende que ninguna hoja es más ancha que larga, porque esto la haría inútil. De este modo, no existen valores por debajo de 1.

Tène (*p.e.* tipo III de GSA; Brunaux y Rapin, 1988: 133-134), en las que se valora la acción de desgarrar y el uso de filo de estas armas en movimientos laterales o de retroceso.

Aparentemente, la aplicación de este tipo de índices para determinar la morfología de la hoja puede parecer poco práctica, porque es redundante con el aspecto de esta, que en general podemos apreciar a simple vista. Sin embargo, no debemos desdeñar su papel, puesto que sí resultan tremendamente útiles para arbitrar en el grave problema que supone la fabricación individual de este tipo de armas y la frecuencia de tipos intermedios cuya clasificación es a menudo muy dudosa⁶⁴⁹.

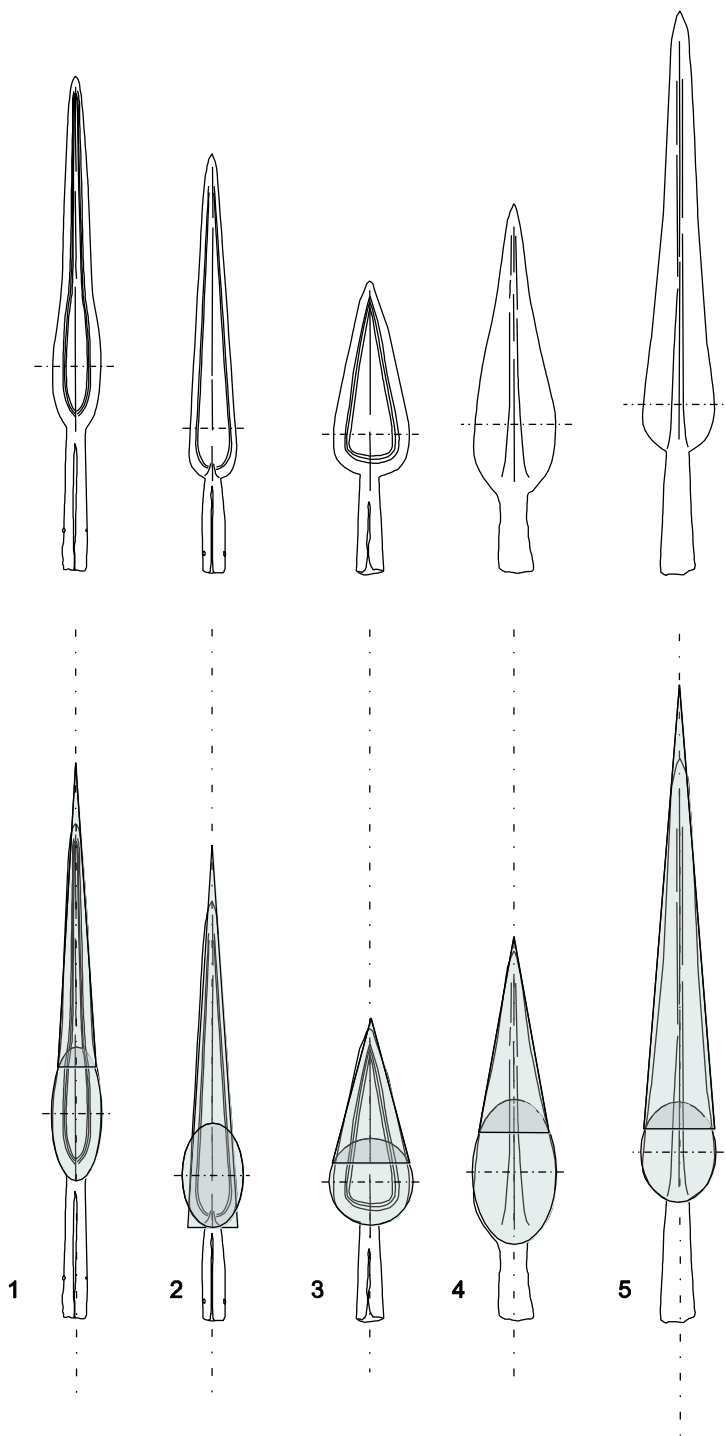
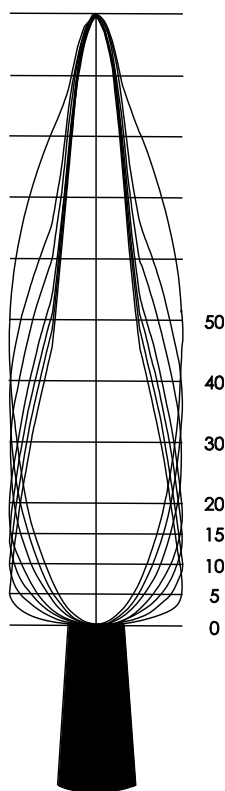


Fig. 161: Principio geométrico de las bases y puntas de algunas moharras hispánicas con formas comunes a las de La Tène. Las bases pueden ser ovaladas (1, 4) o más bien redondeadas (3, 5). Normalmente, la punta arranca en la parte superior de la base (1, 4 y 5), pero en los casos de hojas con perfiles triangulares, estas no existen como tales o bien se solapan con la propia punta.

⁶⁴⁹ Vide *infra*, V.B.1.

mayoría de las moharras de tradición La Tène incluyen algún tipo de estos para añadir resistencia a los golpes y evitar que el hierro de la hoja se doble resultando inútil.

El nervio puede tomar formas muy diversas, en general basadas en formatos circulares, cuadrangulares o triangulares-romboidales (Quesada, 1997: 356-357 y fig. 208). En este último caso, que denominamos nervio **en arista**, pueden darse versiones con costados



rectos y muy pronunciados o versiones más delicadas en las que estos cuentan con ligeras concavidades. El nervio en arista es una de las fórmulas más útiles, al facilitar una perforación limpia con su forma incisiva, y es con diferencia el patrón más explotado en el ámbito La Tène. En los formatos de hoja de grandes dimensiones, es habitual que el nervio sea bastante pronunciado, como vemos por ejemplo en Gournay, donde el grosor de algunas piezas alcanza los 1'5 cm (Brunaux y Rapin, 1988: 98).

De todos modos, aunque el nervio en arista sea el más frecuente, también se dan otros tipos de sección en la cultura celta, sobre todo entre las moharras de hoja más corta pertenecientes a jabalinas, en las que no es raro que se utilicen secciones sin nervio (**lenticulares**) o bien secciones a **cuatro mesas**, puesto que la relación entre tensión y estabilidad de estas armas no tiene que ser la misma que la de las lanzas empuñadas.

Fig. 162: La localización de la carena de la hoja condiciona la forma de esta de manera determinante. Por lógica, no existirían carenas más altas del 50% de la hoja, porque haría las puntas inofensivas.

No existe un patrón de evolución estable para las secciones de hoja porque todas las versiones existen desde momentos precoces (Rapin, 1999: 48), pero sí hay oscilaciones en sus frecuencias como resultado de la mayor abundancia de jabalinas en LT A/B y LT D y su habitual relación con las secciones sin nervio⁶⁵⁰. No obstante, no es esta la principal cualidad de las secciones, sino su relación cultural entre determinados tipos de hoja y determinados tipos de sección (en particular: grandes hojas onduladas con secciones aristadas muy marcadas), que pueden ser excelentes indicativos de la influencia La Tène de algunas moharras (*cf.* Quesada, 1997: 396).

⁶⁵⁰ Un ejemplo claro en la colección de Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: láms. 42-49; inv. 106-107, 123-125, 128-131 y 135-139 entre otros).

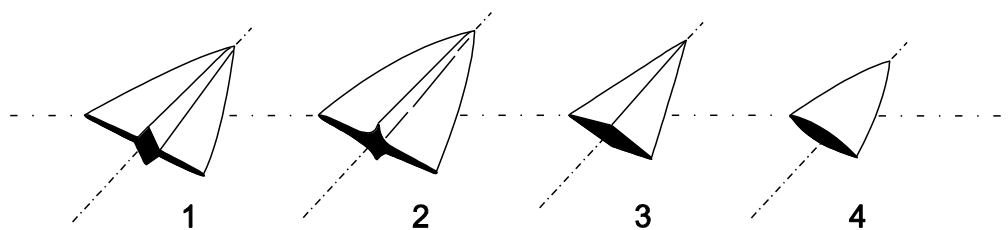


Fig. 163: Principales secciones de la hoja en las moharras de tipo La Tène (según Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 48b; modificado). 1-2: Nervio en arista; 3: A cuatro mesas; 4: Lenticulares.

El último pero no menos importante atributo que vamos a tener en cuenta es el **perfil de la hoja (fig. 164)**. Este indicio es igualmente uno de los que más afecta a las moharras de influencia La Tène, puesto que sus perfiles tienden a trascender las formas rectas y estrechas comunes en otras culturas.

Podemos dividir los perfiles de hoja en cuatro tipos básicos: los perfiles con filos rectos, los de filos ondulados, los de filos curvos, y los de filos asimétricos. Todos ellos tienen incidencia en la cultura La Tène, pero los tres últimos son especialmente característicos de esta.

Las hojas con los filos rectos se determinan por la convergencia progresiva de los mismos hasta el extremo de su punta, acrecentando la forma triangular (más o menos larga) de la hoja. Esta es la que Rapin denomina “**forma clásica**” (fig. 164, 1-3), puesto que es la más habitual en cualquier cultura (Brunaux y Rapin, 1988: 103), y lo que solemos entender por “perfil lanceolado” (precisamente por lo común del formato).

Las formas clásicas son eso: clásicas, y se documentan sin interrupción desde la Primera Edad del Hierro (*Ibid.*: 120-122) hasta periodos muy tardíos, como por ejemplo en la sepultura F2 de Arquà (Gamba, 1987: 250 y fig. 11) las seps. 82 y 526 de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 57-58 y fig. 2.20) o alguno de los ejemplares de Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: inv. 110). Esta es sin duda una de las fórmulas más estables dentro de la cultura La Tène, y cuenta con una amplia documentación arqueológica especialmente desde LT B2 hasta el siglo I a.C., con múltiples variantes (Brunaux y Rapin, 1988: 122).

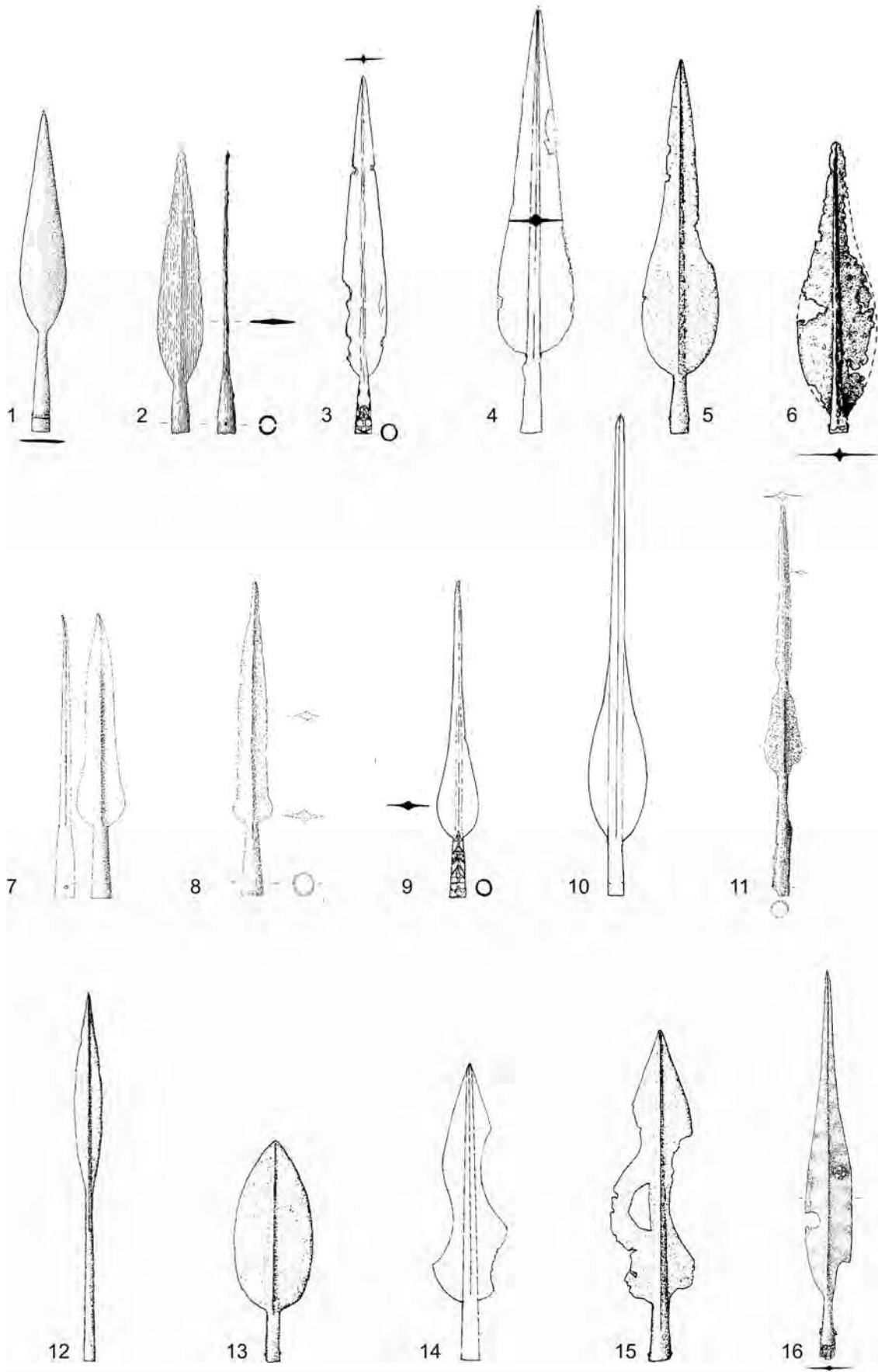


Fig. 164: Perfiles de hoja (sin escala). 1-3: formas “clásicas”; 4-6: formas onduladas; 7-8: formas biconvexas; 9-11: formas “en bayoneta”; 12-13: formas curvas (convexas); 14-16: formas asimétricas. 1: Acy-Romance (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 2) (LT A); 2: Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: Fig. 168, 3840); 3: Dodova, sep. 2 (Szabó y Petres, 1992: lám. 108) (LT C1); 4: Fère-Champenoise, sep. 63 (Charpy y Roualet, 1990: 211, d) (LT C1); 5, 12, 13 y 15: La Tène (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 39) (LT C1/C2); 6: Káloz-Felsőtöbörzsók (Szabó y Petres, 1992: lám. 25); 7: GSA (Brunaux y Rapin, 1988: lám. LI, 4681) (LTC2); 8: Mirebeau (Brunaux *et alii*, 1985: Fig. 12, 55) (LT D); 9: Dodova, sep. 6 (Szabó y Petres, 1992: lám. 113) (LT C2); 10: St-Denis-les-Sens (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 62, 3); 11: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 55, 187); 14: Ribemont-sur-Ancre (Brunaux y Rapin, 1988: Fig. 60, 4) (LT C1); 16: Gumefens, sep. 2 (Schwab, 1995: Fig. 13).

El **perfil ondulado** o sinuoso (fig. 164, 4-6) es otro de los recursos habituales en estas hojas, y se caracteriza por la más o menos marcada transición de la base a la punta con una ligera concavidad simétrica en los dos alerones de la hoja. Por tanto, en estas moharras la base es generalmente redondeada, pero sus filos no convergen rectos hasta el extremo sino que se “desgastan” en algún punto de su recorrido para volver a juntarse de forma progresiva. Una variante algo más tardía de esta hoja es la que llamamos de “**perfil biconvexo**” (fig. 164, 7-8) (Brunaux y Rapin, 1988: 126; aunque englobando algunos ejemplos del grupo anterior), que difiere de las formas onduladas en ese último tramo, donde los filos no se juntan de forma progresiva sino que tienden a hacerlo en paralelo (o con ligerísimas convexidades) para luego transitar a una punta muy corta, en una forma que recuerda mucho a la hoja de un puñal.

En ocasiones, el diseño de la punta es muy distinto, y se estrecha tanto que deja el nervio prácticamente desnudo. Esta es la que se conoce, a partir de la terminología de Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 124; tipo IV), como forma “**en bayoneta**” (fig. 164, 9-11), que constituye uno de los formatos más curiosos del mundo La Tène y es característica de sus etapas avanzadas, sobre todo LT C2 (*Ibid.*: 126).

En cuanto a los perfiles ondulados de hoja, son también muy representativos de la Segunda Edad del Hierro celta en todo su recorrido, mientras que las variantes biconvexas, por su parte, parecen algo más tardías, documentándose desde LT C1 pero, sobre todo, conociendo su máxima difusión mucho más tarde, desde fines de LT C2.

Otra de las variantes que hemos distinguido es la de **perfiles curvos** (fig. 164, 12-13). Con esta denominación nos referimos a los filos convexos (GSA tipo II; Brunaux y Rapin, 1988: 133), en los que la hoja equivale a dos secciones de círculo solapadas en forma de huso. No se trata en sí mismo de un patrón exclusivo de la tradición La Tène,

pero en su habitual combinación con hojas de gran anchura, sí definen una forma muy característica del siglo III a.C., a veces con una pequeña punta en forma de apéndice en su extremo distal. Otras versiones más ligeras se documentan en fechas más avanzadas, dentro del siglo II a.C. (variante IIc de GSA).

Por último, quizás la forma más peculiar de las hojas de moharra de tipo La Tène es la de los **perfiles asimétricos** (fig. 164, 14-16). La característica de estos perfiles es precisamente su comportamiento anárquico, con uno de los filos distinto del otro; bien porque están perfilados así, o bien porque se efectúan cortes en hojas de distintas formas⁶⁵¹.

Huelga añadir que la intención de estas hojas “flameantes” es la de agravar las heridas⁶⁵², aunque es posible que algunos modelos arrojadizos como los de Ocroi de Beaucaire (Bel *et alii*, 2008: fig. 345, 1-2), cuyos extremos no son triangulados sino ondulados, ofrezcan también una resistencia extra que dificulte su penetración.

Respecto a la cronología de este tipo de moharras, por ahora se limita a la etapa plena del desarrollo de las grandes hojas, con las que suele combinarse: siglos III y II a.C. (Brunaux y Rapin, 1988: 122 y fig. 60).

No hay pautas concretas respecto al comportamiento de las **asociaciones entre tipos de hoja y tipos de cubo**. Generalmente, es posible ver la mayoría de los tipos de hoja asociados a cubos cortos, largos o medios, pero, si se estudia con detalle, pueden apreciarse ciertas preferencias (*cf.* Brunaux y Rapin, 1988: 102-103 y fig. 50).

Dado que la utilidad de las moharras puede ser muy distinta (empuñada, arrojadiza o mixta) y a la vez contar con formas similares, hemos distinguido un valor en nuestra base de datos que nos ayuda a calcular la longitud relativa de la hoja respecto a su cubo. Este valor, que llamamos **porcentaje (%) de hoja**, suele ser inferior en las jabalinas (acercándose al 50%) y mayor para otros tipos de lanza.

⁶⁵¹ Es posible que un pasaje de Diodoro (V, 30, 4) refiera a estas puntas (salvando las distancias): “Algunas jabalinas han sido forjadas con la punta recta, mientras que otras se curvan en espiral en toda su punta, a fin de no sólo cortar por efecto del golpe, sino también destrozarse la carne y, al retirar el asta, desgarrar la herida”... aunque no se curvan “en espiral”.

⁶⁵² *Cfr.* nota anterior.

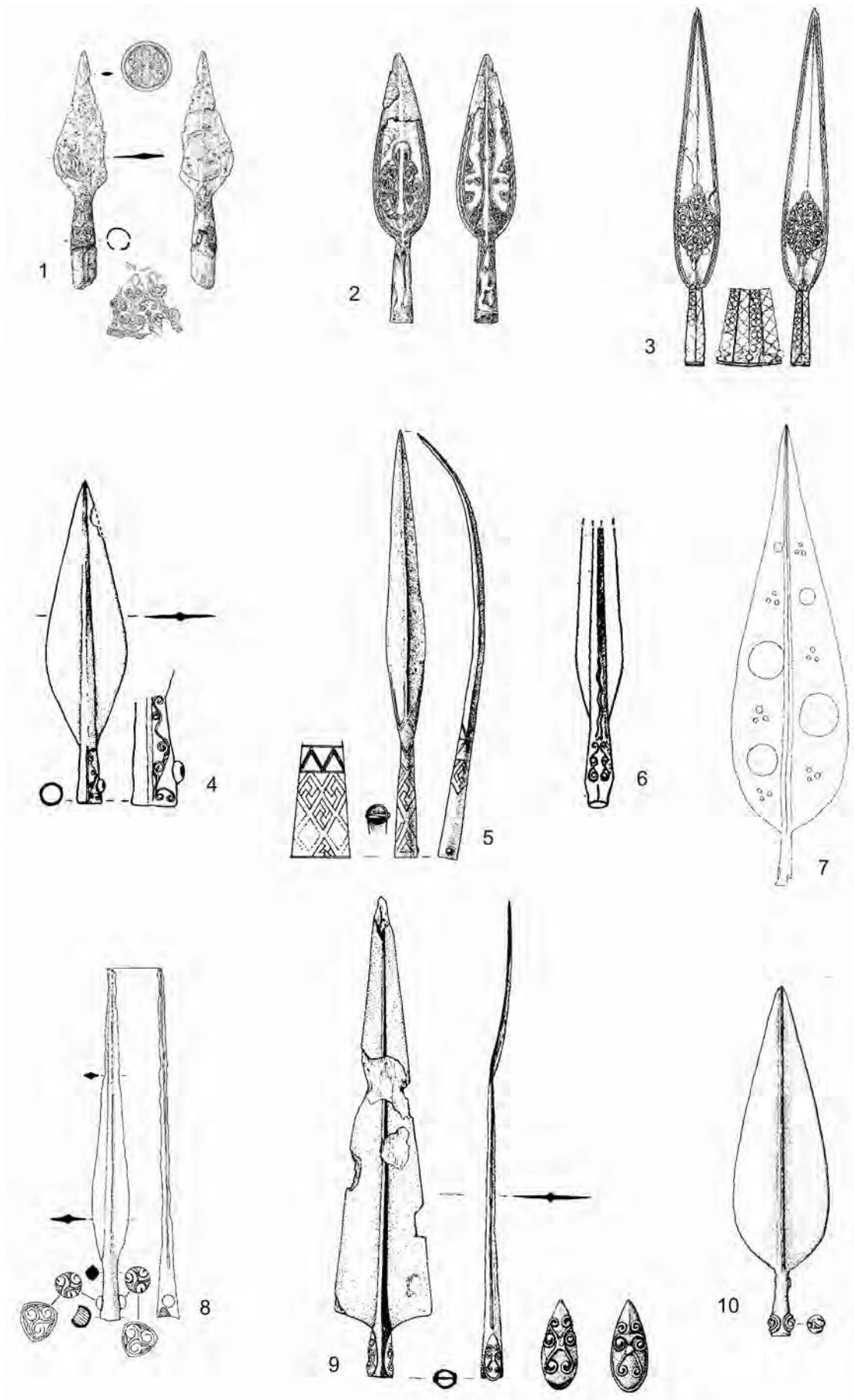


Fig. 165: Lanzas decoradas (sin escala). 1-3: Decoraciones en hoja y cubo. 1: Saint-Sulpice, sep. 57 (Kaenel, 1990: lám. 49, 8); 2: Csabrendek; 3: Budapest; 4-5: Decoraciones en el cubo. 4: Dubnik; 5: Sopron-Bécsidomb. 6: Moharra hispánica decorada (Castillar de Santisteban; Quesada, 1997: fig. 254, 1909); 7: Fère-Champenoise (Charpy y Roualet, 1991: 213), con decoración calada; 8-10: Apliques ornamentales en los clavos de sujeción del cubo. 8: Saint-Maur-des-Fossés (Leconte, 1991: fig. 20, 5); 9: Kosd; 10: Dubnik, sep. 17. 2, 3-5 y 9-10 según Szabó y Petres, 1992 : lám. 9, 78, 87, 59, 27 y 86.

Existen también otros atributos menos definitivos en las moharras, como pueden ser las **ornamentaciones**, que se reparten según sus tipos en la hoja o en el cubo (**fig. 165**):

Las ornamentaciones del cubo suelen ser las más complejas, sólo en raras ocasiones invadiendo la propia hoja (*p.e.* en Saint-Sulpice 57, Csabrendek o la llamada moharra de Budapest, de procedencia desconocida; Kaenel, 1990: lám. 49 y Szabó y Petres, 1992: fig. 25 y láms. 9 y 78 respectivamente⁶⁵³) (fig. 165, 1-3) y algunas veces afectando sólo a los clavos, que tienden a hipertrofiarse (*p.e.* en la lanza de Velké Čičovice; Sankot, 1996: fig. 2; o la de Holubice; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 48) (fig. 165, 8-10). Sin embargo, no vamos a entrar en detalles sobre este tipo de ornamentaciones porque no afectan a nuestro estudio del territorio peninsular, donde también se dan algunas decoraciones similares (en damasquinado) aunque con motivos estilísticos distintos (Quesada, 1997: 421-424; *contra* Lenerz, 1991: 105-106).

Quizás también relacionada con las ornamentaciones, la existencia ocasional de **orificios circulares** (fig. 165, 7) repartidos en las hojas de algunas moharras galas constituye otra de las curiosidades más llamativas de este tipo de moharras (Brunaux y Rapin, 1988: 126 y fig. 62 bis). La disposición de estas decoraciones caladas parece guardar cierta relación con la técnica del corte de las hojas asimétricas, con las que a veces se combina. Pese a su aspecto singular, nada impide la utilización normal de este tipo de moharras, de modo que no hay razón para pensar en su uso como emblema o como arma de parada.

Algo más común es la presencia de **estriás** o pequeñas **acanaladuras** surcando la hoja y siguiendo su contorno (**fig. 166**). Este tipo de soluciones, que suelen aparecer básicamente en las jabalinas antiguas (LT A: finales V a.C.-inicios IV a.C.; *p.e.*: Acy-Romance, Hamipre; Brunaux y Lambot, 1987: fig. 2 y 9, 8-9, 10; o un buen puñado de

⁶⁵³ Véase asimismo Jacobsthal, 1944: 177-178; inv. 128-130 y Brunaux y Lambot, 1987: fig. 38; y, en otros tipos distintos, que siguen la ornamentación a “*chagrinage*” de las espadas, en algunas piezas de Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 47, derecha).

la colección Morel: Stead y Rigby, 1999: fig. 169, inv. 2406-2411)⁶⁵⁴, se destinan, en opinión de Rapin (1999: 48) a ofrecer una discontinuidad a la estructura de la hoja que garantice su pliegue en sus partes débiles y repercuta negativamente en su reutilización inmediata.

En las moharras de tipo La Tène, las estrías aparecen ajustadas al centro longitudinal de la hoja, mientras que algunas piezas hispánicas *a priori* relacionadas formalmente con algunos tipos de moharra La Tène de mayor formato (Quesada, 1997: 399-404), suelen aparecer más ajustadas a los márgenes, y generalmente en mayor número (*p.e.* La Osera 200 y 270; Schüle, 1969: lám. 124 y 12, La Mercadera 16 y 19; Taracena, 1931: lám. II y III; o algunas piezas de Miraveche y Monte Bernorio; Schüle, 1969: lám. 150, 1 y 162, 4, 5 y 17; entre otros muchos). En realidad, no está nada claro que las estrías de las moharras del ámbito vacceo-celtibérico, generalmente bastante posteriores a las de ámbito continental, deriven de patrones latenienses⁶⁵⁵, pero existe algún raro ejemplo oriental (Sopron-Bécsidomb; Szabó y Petres, 1992: lám. 58) que emplea un sistema parecido al de estos y corresponde a un estadio cronológico más compatible.

Los regatones

La última de las piezas de la que consta la lanza es el regatón o contera. Ya hemos visto con anterioridad que la existencia de regatón no es esencial en las lanzas, y no son raros los hallazgos en sepultura que no cuentan con estos elementos y sí en cambio con moharras de hierro⁶⁵⁶. Según ha definido muy bien F. Quesada (1997: 429-431), estas piezas cumplen con distintas funciones: actuar como punta de reserva (cuando se rompe el asta y se pierde la moharra o se ha lanzado), permitir clavar la lanza en el suelo en reposo y a su vez proteger el asta de golpes o rozaduras, rematar a enemigos caídos sin

⁶⁵⁴ Aunque hay algún caso algo más avanzado, dentro de LT B2, como la pareja de jabalinas de Caurel (Charpy, 1987: lám. III, c-d).

⁶⁵⁵ *Vide infra*, V.B.1 y Apéndice 1, X.1.2.

⁶⁵⁶ De hecho, sorprende incluso lo poco a menudo que aparecen: véase por ejemplo la larga lista de láminas en Brunaux y Lambot, 1987: 137-198 o incluso su escasa presencia en algunos de los grandes santuarios: sólo unos 50 ejemplares en Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 104), y un solitario ejemplar tanto en Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: 60) como en Tiefenau (Müller, 1990: 50); aunque en estos casos debió influir el sesgo ritual en el que se valora más la deposición de unas armas que de otras (pudo darse el caso además que las astas se partieran y sólo se depositaran las moharras). En dicho sentido, puede resultar sintomático el registro de Ribemont-sur-Ancre; un santuario con fama de contener panoplias reales (sin sesgo) en el que se documentan nada menos que 521 regatones, siendo de largo el arma más documentada (incluso más que las propias moharras) (Lejars, 2000: 241 y tabla I).

necesidad de dar la vuelta a la lanza para golpear con la moharra, y actuar como contrapeso, equilibrando las lanzas de gran longitud para su mejor manejo.

Si el estudio de las moharras de tipo La Tène es más bien escaso, mucho peor es el panorama de los regatones, cuyos comentarios científicos se reducen habitualmente a unas líneas aquí y allá y a una atención algo más detenida por parte del siempre audaz Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 104-107). La explicación a este hecho es muy simple: la escasa variabilidad de estas piezas.

Existen en efecto sólo dos tipos básicos de regatón en la cultura La Tène: el **tipo de cubo** y el **tipo de espiga (fig. 167)**. Aunque parece poco donde cogerse, en realidad es una suerte, porque el formato con espiga es prácticamente exclusivo de esta cultura, y por ello vamos a centrarnos en especial en esta variante.

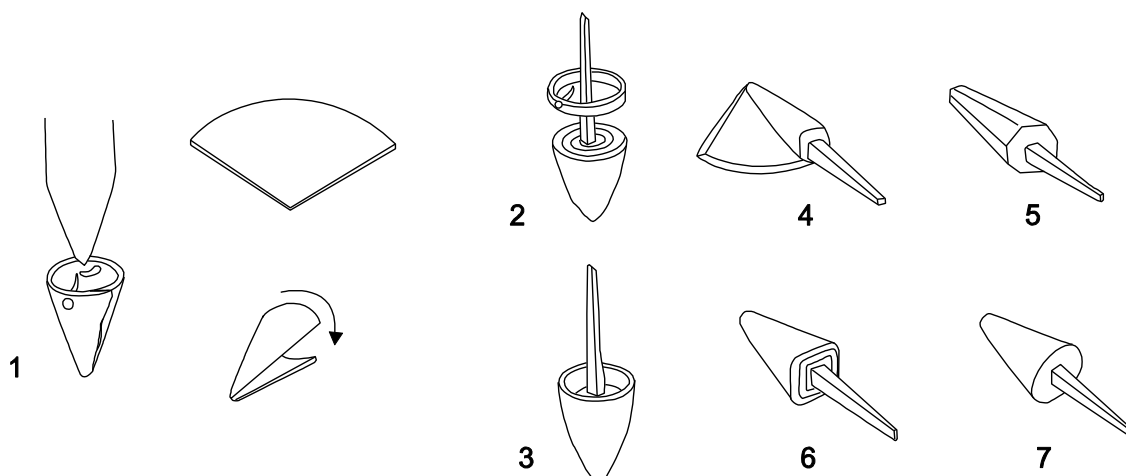


Fig. 167: Estructura de los regatones y modo de fabricación, según Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 51). 1: Regatón de cubo. Sujeción al asta y fabricación a partir de una lámina de hierro enrollada. 2-7: Regatones con espiga. 2: Con anilla de sujeción; 3: Con espiga y cubo; 4: Elaboración, enrollando la espiga; 5: Sección poligonal; 6: Piramidal; 7: Cónico.

El regatón **de cubo** es el más universal de todos los tipos. Su principio es idéntico al de la embocadura de la moharra: forma cónica que se inserta en el asta por presión, y distintos tipos de ayuda a esta sujeción. Las longitudes de estos regatones pueden ser muy variables, dependiendo de la propia asta y, de paso, de la moharra. Como el formato de los regatones en cubo coincide plenamente con la inmensa mayoría de los tipos coetáneos a estos (incluidos los hispánicos), no vamos a insistir en ellos porque

pertenecen a las que denominamos “formas comunes” y son indistinguibles los unos de los otros ya con anterioridad a su posible influjo La Tène. Por otra parte, algunos esquemas que combinan el sistema de embocadura de cubo con una parte inferior maciza (como la que suele aparecer en los modelos de espiga) (*Ibid.*: 106) son muy difíciles de identificar en el registro arqueológico peninsular, porque requieren de la ayuda de radiografías, y estas no son precisamente abundantes por estos parajes.

Mucho más característico es el **regatón con espiga**. El aspecto externo de estos regatones puede ser muy parecido al anterior (cónico; más o menos alargado) o adoptar una forma más redondeada (*p.e.* GSA 3098; Brunaux y Rapin, 1988: lám. IV), pero difieren de ellos en su forma de sujeción al astil, que se realiza a partir de una espiga o clavo que se inserta dentro del asta y que, por tanto, queda envuelto por esta. La sujeción con este sistema es aparentemente débil, y en opinión de Rapin (*Ibid.*: 105) debió ir acompañada de algún tipo de ligadura de apoyo que evitara la rotura del asta con la violencia de los golpes, pero es posible que lo que parece una solución absurda derive en realidad de una finalidad concreta, como por ejemplo ayudar a evitar que la contera se deslice y se pierda, teniendo en cuenta su mayor peso al ser maciza.

El interior de la contera con espiga es efectivamente macizo, de hierro, puesto que su fabricación se produce enrollando una lámina de este metal sobre la espiga, en espiral, hasta alcanzar el grueso que convenga (fig. 167, 4). El conjunto puede a su vez ser revestido por otra lámina más ancha que sobresalga por encima del macizado y actúe como un regatón de tipo cónico; pero esto no siempre ocurre, siendo predominante el primer modelo (fig. 167, 3 y 168, 3).

En lo referente a la funcionalidad de estas piezas, el mayor peso de los regatones con espiga (entre 50 y 150 grs. según Brunaux y Rapin, 1988: 105) debió ser significativo, y se entiende generalmente como una mejora que acentúa el efecto de contrapeso para las grandes moharras. Esta hipótesis viene avalada también por la forma de la mayoría de estos regatones, que sólo son vagamente apuntados y generalmente muy cortos (fig. 168).

Otra de las variables relativas a los regatones con espiga es su forma. Generalmente, esta no difiere de las conocidas en los regatones de cubo: la más habitual de ellas es la

forma cónica (también mayoritaria en Gournay), pero se dan igualmente versiones piramidales (de sección cuadrangular), semicirculares, como hemos visto antes, o incluso híbridas que combinan secciones poligonales o circulares con una punta esférica (*p.e.* en Morains “les Terres Rouges”; Charpy y Roualet, 1991: 19, e).

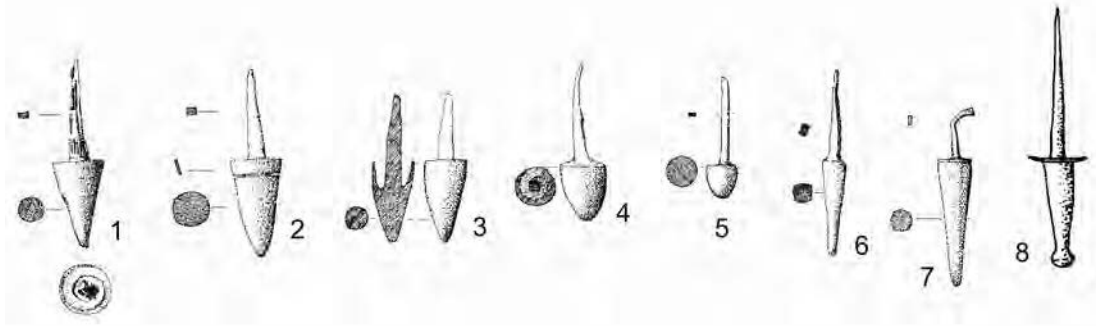


Fig. 168: Algunos regatones con espiga. 1-3: Cónicos. 1: Simple; 2: con anilla; 3: con extremo en forma de cubo; 4-5: Regatones romos; 6: sección piramidal, apuntada; 7: sección poligonal apuntada; 8: cónico con remate esférico. 1-7: Gournay-sur-Aronde, según Brunaux y Rapin, 1988: lám. LIII, LIV y LV, 3956, 2132, 1663, 2086, 3098, 1883 y 3839 respectivamente; 8: Morains (según Charpy y Rapin, 2001: 19, e). Nótese que la mayoría de estos regatones son poco útiles como armas ofensivas.

Poco sabemos acerca del comportamiento cronológico de los regatones con espiga. Los conjuntos funerarios pertenecientes a LT A son escasos y normalmente aparecen en publicados sólo parcialmente; en especial destacando sus espadas y vainas, que son las piezas más significativas y ostentosas de la panoplia. Aún así, ninguno de estos conjuntos cuenta que sepamos con regatones con espiga de datación contrastada, por lo que es probable que no existieran todavía. Tampoco las grandes moharras que acompañan las panoplias con espadas del módulo grande del siglo IV a.C. incluyen este tipo de conteras, sino que se equipan con largos regatones de cubo (Rapin, 2007: 243 y fig. 2), mientras los formatos de panoplia con vainas del módulo corto también parecen refractarios a ellas, aunque raramente se relacionan con moharras grandes, que es con las que deberían combinarse.

En cambio, estos elementos sí tienden a aparecer entre las panoplias con tipologías compatibles con fechas en torno al segundo cuarto del siglo III a.C. (Bologna-Benacci 176; Kruta-Poppi, 1979: fig. 7, 7; Morains; Charpy y Roualet, 1991: 19; o Saint-Maur-

des-Fossés 1; Leconte, 1991: fig. 5, 3), por lo que entendemos que debió de ser una de las innovaciones de la última etapa de LT B2 o ya de LT C1.

A partir de este momento, estos regatones aparecen ampliamente representados en los santuarios, constituyendo sin ninguna duda el formato más habitual del siglo III a.C. y buena parte del II a.C. (LT C1 y C2).

En cuanto al declive de este formato parece tener lugar en las fases tardías de La Tène. Ni un solo caso se documenta en Alèsia (Sievers, 2001: 168-169) (donde sin embargo abundan los tipos con embocadura de cubo), ni en Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 58). Este fenómeno de retroceso puede deberse al hecho de que la mayoría de las moharras de periodos tardíos pertenecen a jabalinas y, en consecuencia:

1º: No es tan necesario el uso de regatones en las jabalinas, y menos de unos tan pesados.

2º: La espiga puede perjudicar más a las astas finas⁶⁵⁷ hasta estallarlas, y es más compatible con las astas más gruesas como las que acompañan a las lanzas mixtas o empuñadas de la fase intermedia de La Tène.

⁶⁵⁷ Existen excepciones a esta regla en algunos regatones con espiga de formato muy pequeño, como por ejemplo algunos de los ejemplares del santuario de Faye-l'Abasse (Lejars, 1989: fig. 9, 25-28).

V. B. FORMAS Y TIPOS DE MOHARRAS Y REGATONES DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

V.B.1: Premisas al estudio tipológico

Atendiendo a las dificultades que entraña el estudio de las lanzas en contextos protohistóricos, y al problema añadido de la interculturalidad de la mayoría de los formatos (del que ya hemos hablado extensamente), afrontamos ahora la espinosa tarea de tratar de indagar acerca de la influencia de las lanzas características de la cultura La Tène europea sobre las hispánicas. Esta labor, que no desdeñamos desde el punto de vista del esfuerzo que supone, incurre sin embargo en un complicado problema metodológico que ha repercutido directamente en la selección del material que va a formar parte de nuestro catálogo, que será mucho más estricta de lo que consideráramos en las fases preliminares de nuestro estudio.

Conociendo lo complejo del panorama tipológico que se asocia a las lanzas, con su gran variabilidad y su tendencia a coincidir formalmente entre distintas culturas, valorábamos con especial optimismo una selección exhaustiva que tuviera en cuenta no sólo las formas probables sino también las posibles por sus concordancias formales, y basábamos nuestra metodología en un doble principio:

-Por una parte, considerando qué formas hispánicas se repiten en yacimientos galos o típicamente La Tène. Para ello, es fundamental el contar con todos los hallazgos, no solamente aquellos más sobresalientes en los que se destacan las moharras de grandes formatos y que son las más características de esta cultura.

Este hecho ya implica de por sí un grave problema de recursos, puesto que, como hemos visto en el apartado anterior, apenas hay estudios tipológicos sobre las lanzas celtas, y es realmente muy raro que en cualquier discusión científica acerca de la panoplia La Tène aparezcan estas armas pese a su papel táctico predominante. Normalmente, son otras piezas, como las espadas, vainas, cadenas de suspensión o umbos de escudo las

que se utilizan como objetos determinantes para conocer el desarrollo de la panoplia, y ello ocurre sencillamente porque su valor tipológico (esto es: su sensibilidad a los cambios tácticos, culturales o de la propia moda) es mucho más alto que el de las lanzas. En consecuencia, es difícil que su repercusión al ámbito peninsular fuera más esperanzadora; pero además el valor tipológico de las piezas hispánicas resulta poco útil, porque hereda los problemas de su comportamiento en la región continental.

Por otra parte, partiendo de este principio de valoración del contenido formal de las piezas metálicas de las lanzas, caería por su propio peso una buena parte de este material: los regatones de cubo, que son tan propios de la cultura ibérica, celtibérica o vaccea como de la gala, y que por tanto no tiene sentido incluir en los formatos “de influencia La Tène”, porque no son tales.

-En segundo lugar, teniendo en cuenta tipologías anteriores sobre las lanzas del territorio hispánico. En este caso, centrábamos nuestra atención en la tipología de Quesada (1997: 399-404), que es la que tiene en cuenta mayor número de piezas y a su vez la que atiende a los ámbitos ibérico y celtibérico, que es donde se concentran el mayor número de hallazgos de este tipo de armas. En especial, consideramos como punto de partida todas aquellas piezas que fueran catalogadas dentro de los tipos 4b y 7 de Quesada; tipos que este autor creía influenciados, al menos en parte, por la cultura La Tène (*Ibid.*: 399, 404 y 405): El tipo 4b comprende hojas muy anchas de base semicircular y nervios en arista, mientras que el 7 es más bien de ámbito meseteño, y su característica más explícita es su perfil ondulado o “llameante”. Ambos casos, por tanto, son *a priori* coincidentes con lo que hemos visto sobre las moharras latenienses en el capítulo anterior.

Como refuerzo a la base estructural en la tipología de Quesada, hemos considerado también otras cuyo ámbito geográfico está más localizado en las regiones occidentales de la Meseta, como por ejemplo el trabajo de Sanz Mínguez (Sanz, 2002: 100-104) sobre las lanzas vacceas, que habitualmente incluyen también este tipo de formas.

Una vez seleccionados los posibles candidatos, que extraíamos conjuntamente de los tipos 4 y 7 del catálogo de Quesada y de otras formas que entendíamos comunes al ámbito La Tène (y que figuraban en otros tipos o no se incluían en este catálogo por ser publicados con posterioridad a él o exceder su ámbito geográfico), procedíamos a su

estudio tipológico, como ya hiciéramos con otras piezas de la panoplia como las espadas o los escudos.

Para establecer una clasificación inteligible de estas lanzas, contemplábamos una serie de criterios morfológicos básicos: la forma de la pieza, su tamaño y su sección.

Nada cabe añadir al criterio morfológico, puesto que este es la base fundamental de cualquier clasificación tipológica. En cuanto al tamaño, este es importante siempre que se considere a dos niveles: como tal, para diferenciar moharras o regatones de gran formato o piezas claramente clasificables como arrojadizas, y como proporción, considerando porcentajes del tamaño de las partes sobre el total; que es lo que a nivel comparativo de las variables resulta más válido. Por último, la sección es un criterio básico en este caso, puesto que permite desechar piezas con secciones poco propias del ámbito La Tène, como las hojas con nervio a tres mesas, y destacar las que cuentan con nervios en arista, que son las más habituales en contextos galos.

En cualquier caso, hemos empleado todos los recursos tipológicos disponibles (porcentaje de la hoja, medidas, carena, forma de las hojas, secciones, índice 1, cubos...) y los hemos aplicado al total de 203 moharras que formaban parte de nuestra selección preliminar para concluir con la distinción de nueve tipos y quince variables distintas de moharra que dividíamos en cuatro grandes grupos a partir de la forma genérica de sus hojas: onduladas, biconvexas, de perfiles rectos y romboidales.

Sin embargo, una vez diferenciados los tipos y sus respectivas variantes, constatábamos ciertos problemas con un buen número de piezas, que debíamos considerar como “tipos intermedios” que podrían clasificarse en uno u otro lugar dependiendo únicamente de criterios subjetivos y arbitrarios.

En segundo lugar, al indagar sobre la correspondencia cronológica de los tipos definidos con el material galo, advertíamos que muchos de ellos no era posible clasificarlos como materiales de influencia La Tène por la sencilla razón de que aparecían en contextos hispánicos con anterioridad a ellos (y por tanto eran “formas comunes”) o su raíz es anterior a la propia cultura La Tène u ofrece serias dudas sobre su posible ascendencia.

Sólo tres de los tipos identificados pueden considerarse una herencia clara de esta cultura, y aún así algunos de ellos coinciden con otras piezas de contextos hispánicos.

En todo caso, el volumen de tipos inciertos (ya no de objetos) o descartables que ha resultado de nuestro análisis es demasiado grande para incluirlo en este estudio de

forma explícita sin que resulte confuso y ofrezca una idea equivocada de lo que es o no es de influencia La Tène. En consecuencia, hemos considerado oportuno el discriminar estas piezas, que representan un porcentaje realmente elevado del total, y rechazarlas para diferenciarlas del núcleo de este estudio y añadirlas en un apéndice aparte. El resto, que incluye sólo diez moharras, es el que vamos a comentar en este capítulo y el que, por tanto, consideramos de influencia La Tène de forma clara.

V.B.2: Moharras de clara influencia La Tène

De la decena de moharras que hemos acabado catalogando, sólo seis de ellas son susceptibles de integrarse dentro de un “grupo” tipológico a partir de sus características, mientras que el resto representa casos aislados que por ahora sólo cuentan con un ejemplar conocido y que, por tanto, formaran parte de un análisis concreto para cada una de las piezas.

El grupo A

El grupo más llamativo de las moharras estudiadas, que pertenecen casi exclusivamente a la región del noreste peninsular, es el que llamamos **grupo A**. Este conjunto engloba las que podríamos llamar “moharras de gran formato”, y son las piezas más destacables de todo el repertorio de moharras de tradición La Tène. En capítulos anteriores, ya hemos visto que este tipo de piezas se cuentan entre las más representativas de la panoplia europea, pero en concreto vamos a referirnos a un grupo que se caracteriza por su perfil de hoja apenas ligeramente ondulado combinando con una sección en arista viva, muy pronunciada, y distintos módulos o proporciones. Sin duda estamos hablando de combinaciones de hojas que integran en sus atributos los patrones más conocidos de las moharras de tipo clásico y las algo más recientes de perfiles ondulados, aunque este último rasgo es tan sutil que apenas destaca como las de sus homólogos galos. Dentro de nuestra clasificación, distinguimos tres variantes distintas, que son bastantes teniendo en cuenta que hablamos de cinco ejemplares escasos, pero que, como veremos, tienen ciertas afinidades que nos inducen a incluirlas dentro de un mismo grupo.



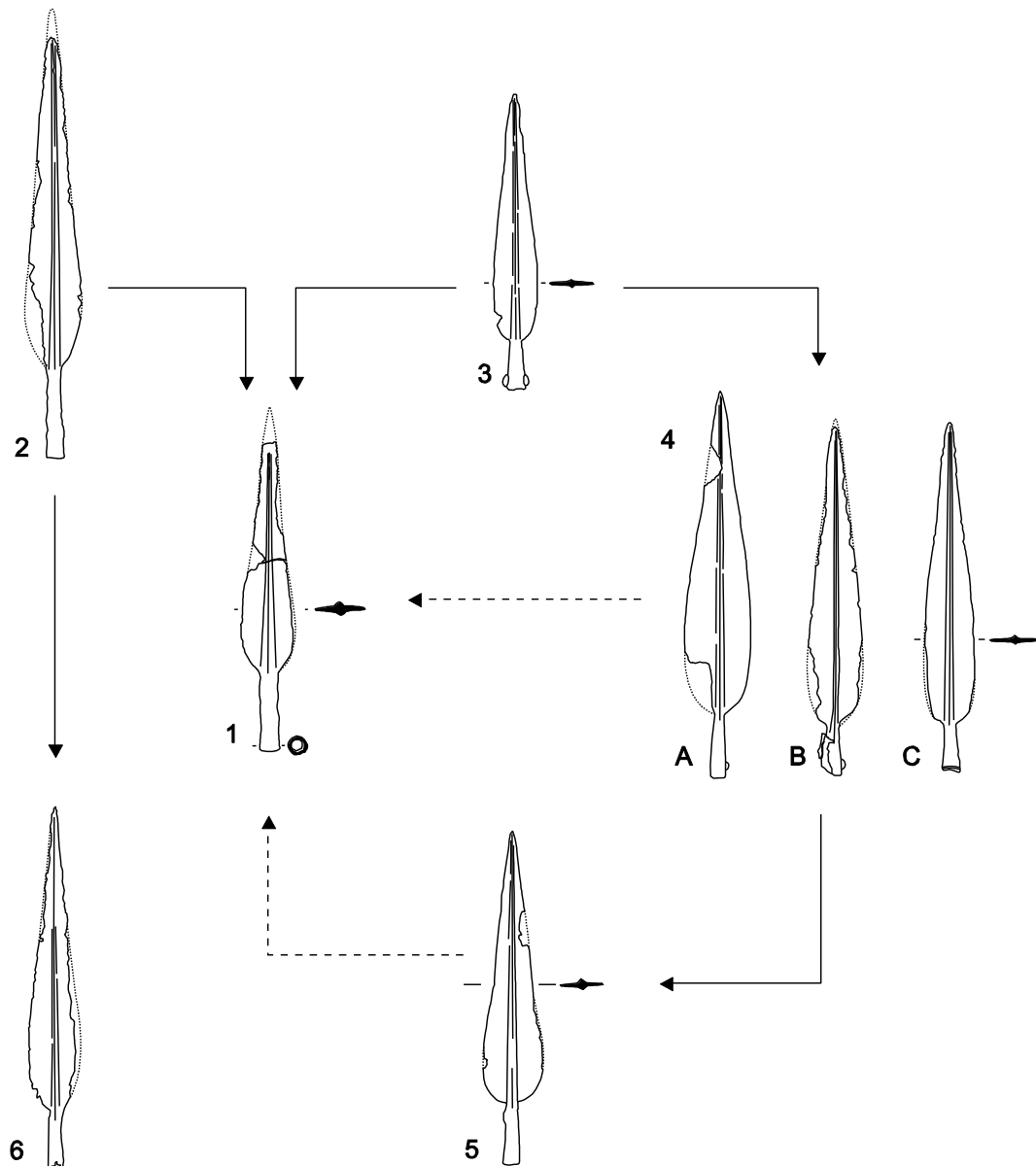
Fig. 169: Gran moharra del silo 24 de Can Miralles (3005), conservada en el Museu de Mataró. Tipo A1.

El **tipo A1** corresponde a las moharras más voluminosas, de gran longitud y anchura, con un índice 1 (proporción longitud y anchura) cercano a los 5 puntos. En realidad, sólo conocemos un ejemplar de estas características (3005) (**fig. 169**) que procede del silo 24 de Can Miralles (Pujol y García, 1982-83: 73 y 75; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: Fig. 5, 7), cercano al *oppidum* de Burriac y conocido por su completa panoplia que cuenta, además de la moharra, con una espada y un casco de hierro⁶⁵⁸. Se trata de una gran moharra de más de 40 cm de longitud, doblada ritualmente cerca del contacto de su base con la punta. Consta de un gran nervio en arista y un cubo relativamente largo (9'8 cm) para tratarse de una pieza tan abultada, y el contorno de su hoja refleja por una parte una carena bastante baja con base muy alargada y un perfil de sus filos ligeramente ondulados, que podrían parecer casi rectos a simple vista⁶⁵⁹.

Fig. 170: Relación morfotécnica de las moharras del tipo A1 con algunas producciones europeas. 1: Can Miralles (3005); 2 y 6: Formas clásicas (sep. 9 de Cortrat y Port-112); 3-4: Formas onduladas; 3: St. Remy-sur-Bussy; 4A: Gravon; 4B: Fère Champenoise 35; 4C: St. Benoit; 5: Formas de tendencia biconvexa; Fère-Champenoise 63.

⁶⁵⁸ *Vide supra*, III. F.1; e *infra*, VI. B y VII.B. Véase asimismo: García Jiménez, 2006: 89-90.

⁶⁵⁹ Otra moharra de similares características se halló en la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita y se conserva en el MAN con la sigla 1940/27/AA/1147. No obstante, su omisión en las fotos del inédito del Marqués de Cerralbo (Aguilera, 1911) resulta sospechosa en cuanto a su procedencia, puesto que el catálogo de lanzas de este yacimiento parece sistemático. En todo caso, se trata de una gran moharra de proporciones compatibles con el tipo A1 pero con una punta algo más corta y una sección con nervio a tres mesas, lo que ha resultado definitivo a la hora de descartarla de nuestro catálogo.



La tendencia de las proporciones de esta moharra recuerda en primera instancia a las formas clásicas del siglo IV a.C. que suelen ir asociadas a las espadas de gran módulo con vainas decoradas con lira zoomorfa (Rapin, 2007: 242-243). En concreto, podríamos citar alguna de las más anchas, como por ejemplo la de la sepultura 9 de Cortrat (*Ibid.*: fig. 2, A; Ginoux, 2007: lám. 2) (**fig 170, 2**), pese a que es algo más larga que la pieza que nos interesa. Por otra parte, también son similares a este ejemplar algunos ejemplares galos más recientes, de LT B2-C1, de bases más anchas y ondulaciones más evidentes, como los de St. Remy-sur-Bussy (Stead y Rigby, 1999: Fig. 170, 2422) o Gravon (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 26) (**fig. 170, 3 y 4A**), que se cuentan entre las más antiguas de la serie, y de otras como la de la sepultura 35 de Fère Champenoise (Charpy y Rapin, 2001: 19, 1), Saint-Maur-des-Fossés (Leconte, 1991:

Fig. 20, 2), la de la conocida tumba de Cernon-sur-Coole (Lejars, 1994: 43, 1) o algunas de la colección de La Tène (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 39) (fig. 170, 4) que demuestran lo abundante de este patrón durante la primera mitad o los dos primeros tercios del siglo III a.C. Otros patrones más modernos, ya con una clara tendencia a las fórmulas biconvexas (Fère-Champenoise 63; Lejars, 1994: 50, 4), podrían situar las influencias de esta pieza en la transición a LT C2, pero se alejan algo más de la estructura general del ejemplar de Can Miralles. En consecuencia, pensamos que, pese a la datación del *terminus ante quem* de su deposición en el silo *circa* 225-175 a.C. (Pujol y García, 1982-83: 119-120), esta moharra podría ser muy anterior, en consonancia con los atributos de la espada que la acompaña, que remontan sin ninguna duda al siglo IV a.C.

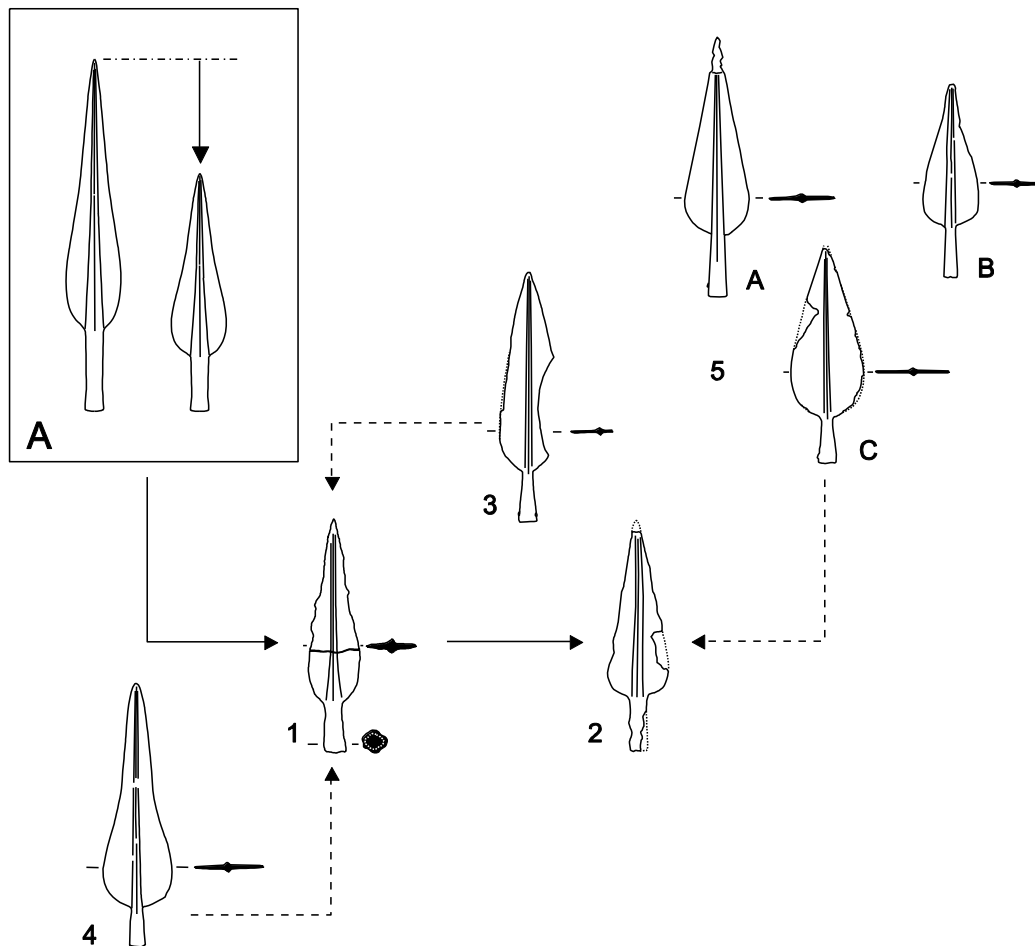


Fig. 171: Relación morfológica de las moharras del tipo A2 con algunas producciones europeas. A: Adaptación del tipo A1 a formas más bajas; 1-2: Cabrera de Mar (3001 y 3003) tipos A2.1 y A2.2; 3: Formas clásicas (GSA-1130); 4: Biconvexas anchas (Manching 10); 5: Derivadas de las clásicas y anchas; 5A: Villeperrot; 5B: St-Maur-des-Fossés; 5C: GSA-4565.

El **tipo A2** es con diferencia el más abundante de los identificados. El patrón básico de estas moharras sigue el mismo esquema de las anteriores pero en una versión mucho más corta (con un índice 1 rondando los 3'5 cm), que sería idéntica al aspecto resultante de su virtual aplastamiento reduciendo su longitud (**fig. 171, A**). Los cubos de estas piezas son asimismo algo más cortos, aunque su proporción es parecida, con hojas representando entre el 76 y el 79% de su longitud total; un valor muy similar al que pudo tener la moharra de Can Miralles.

Contamos con cuatro ejemplares de este tipo de moharras, que dividimos en dos series distintas: A2.1 y A2.2, en función de algunos detalles menores en la base de sus hojas.

La primera serie (**A2.1**) es la más frecuente, con tres ejemplares documentados, incluyendo uno de contexto celtibérico, lo que es completamente excepcional en este tipo de moharras. Esta variante representa el estándar de este esquema, cuyas diferencias con otras series dependen de la carena, que en este caso es bastante alta, cercana a intervalos del 17 al 19% respecto al total de la hoja.

El ejemplar más bien conservado (3001) (**fig. 172**) corresponde a una pieza procedente de una tumba desconocida de la necrópolis de Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar) que se conserva en el MAC-Barcelona y apareció soldada a un fragmento perteneciente a la contera de una vaina de espada del tipo NE-IA (García Jiménez, 2006: Figs. 12 y 136, 84). Otra tumba de la misma necrópolis (la número IV de Barberà; 1969-70: 188 y fig. 15) es la fuente del segundo de nuestros ejemplares (3002), que es algo más pequeño que el anterior y está fragmentado en la punta. No obstante, los patrones definidos para la pieza anterior son idénticos en este caso, por lo que no cabe duda que el sentido de su fabricación es el mismo. Más similar a este ejemplar es otro (3006) de un ámbito cultural y geográfico completamente distinto: la sepultura 41 de la



Fig. 172: Moharra de Cabrera de Mar (3001), conservada en el MAC-Barcelona. Tipo A2.1.

necrópolis de Numancia (Jimeno *et alii*, 2004: 89, fig. 53, 3). Se trata de una moharra muy doblada por la acción ritual de su amortización en la tumba pero que respeta las constantes básicas de esta serie, aunque con una hoja ligeramente más reducida que las anteriores. Algún otro ejemplar localizado entre los hallazgos descontextualizados de Felix Mouret en la necrópolis de Ensérune podría igualmente clasificarse dentro de esta serie, pero en vistas de que trasciende nuestro ámbito geográfico, no vamos a incluirlo en nuestro catálogo; aunque sí a tenerlo en cuenta para conocer el posible origen y dispersión de este tipo de armas.

La segunda serie (**A2.2**) es también muy similar, pero el ensanchamiento de su base se nota más al contar con una carena algo más baja, que tiende a perder el perfil semicircular y ofrecer uno algo más cuadrangular. En sí, sólo contamos con un ejemplar perteneciente a esta serie (3003), y por desgracia se ha perdido, de modo que la única constancia de su existencia es un sencillo dibujo publicado por Rubio de la Serna desde hace algo más de un siglo, cuando diera a conocer sus hallazgos en la necrópolis de Can Rodon de l'Hort (Rubio, 1888: lám. VII, 2). Algunas otras moharras, como un curioso ejemplar (recogido en superficie) de La Mercadera (Schüle, 1969: lám. 53, 3; Taracena, 1931: lám. XXIII, arriba-derecha) tienen un aspecto muy similar al de estas moharras, pero algunos rasgos representados en ella como su inferior módulo o la presencia de estrías apuntan a una fuerte influencia local para este tipo de hojas, por lo que no hemos considerado oportuno recogerlas en nuestro catálogo definitivo.

La influencia de los patrones morfotécnicos de las moharras del tipo A2 (**fig. 171**) no es difícil de rastrear. Por una parte, la más evidente nos parece la propia vía de la adaptación de las moharras de gran módulo del tipo A1 a un formato más manejable y versátil tácticamente hablando. Sin embargo, también podemos apuntar otras vías de influjo, como podrían ser las resultantes de la hibridación de las formas clásicas con las moharras de hoja ancha, que veríamos bien representados en Gournay (GSA-1130; Brunaux y Rapin, 1988: lám. XLIII), Villeperrot 26 (Ginoux, 2007: lám. 62, 2) o Saint-Maur-des Fossés (Leconte, 1991: Fig. 20, 4), por poner algunos ejemplos. Otras piezas más anchas, que suelen tener carenas bajas, pueden guardar también cierto parentesco con la serie A2.2, como algún otro ejemplo de Gournay-sur-Aronde (GSA-4565; Brunaux y Rapin, 1988: lám. LI) u otros más orientales como los de Geislingen (Lejars, 1994: 51, 2) o la sepultura 16 de Dubník (Ginoux, 2007: lám. 53). Todos estos ejemplos

muestran la compatibilidad del formato con las moharras de gran tamaño de los periodos de LT B2 a LT C2, que coinciden con las cronologías de los ejemplares hispánicos documentados y con su posible derivación de las moharras del tipo A1. Asimismo, otras fórmulas coetáneas con hojas anchas de tipo biconvexo muestran las mismas tendencias, aunque exagerando mucho más sus características ondulaciones (*p.e.* sep. 10 de Manching; Lejars, 1994: 61, 1).

Fig. 173: Moharra de la sepultura II de Cabrera de Mar (3004), conservada en el Museu de Mataró. Tipo A3.

Por último, la tercera variante de este grupo es la que denominamos **tipo A3**, del que nuevamente contamos con un único representante (3004) (**fig. 173**), también de la misma necrópolis de Cabrera de Mar: la sepultura II de Barberà (1969: 181 y fig. 9). La morfología de esta pieza refleja un interés similar al del tipo A1, aunque con un menor volumen en su base, que es más delgada y baja. En general, sus características subrayan el uso de estoque de esta moharra, cuya gran envergadura revela asimismo una fuerte potencia de desgarre. Como parece lógico, la ascendencia de este tipo de moharras hay que buscarlas entre los patrones más clásicos, aunque no únicamente en los célticos, con los que quizás compartiría su nervio en arista y su robustez, sino también en otros formatos ibéricos compatibles, como por ejemplo los del tipo 2 de Quesada (1997: 399 y fig. 245); aunque en general estos parecen más antiguos.

Otras moharras de tradiciones por completo



distintas, reflejan asimismo ciertas afinidades con el patrón morfológico de este tipo, como por ejemplo en algunas moharras celtoetruscas documentadas en Monte Bibele en contextos del siglo IV a.C. avanzado (seps. 107, 99 y 59; Lejars, 2008: grupo 4; 139 y figs. 3, 192, 208 y 210), que tienen proporciones similares y un perfil ligeramente ondulado en una base aún más corta (**fig. 174**). Sin embargo, somos más bien partidarios de valorar el comportamiento autónomo de este tipo de armas, y por tanto consideramos sus afinidades como coincidencias formales mejor que como influencias de parentesco. En cambio, sí tiene sentido que haya cierto tipo de coincidencias entre las moharras catalanas y las cisalpinas, puesto que el tipo de panoplia del que se acompañan es bastante similar y, por tanto, cubre objetivos tácticos análogos.

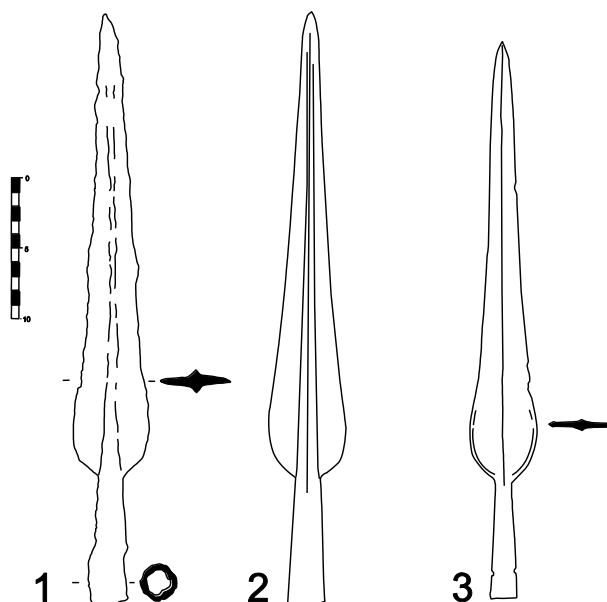


Fig. 174: 1: Moharra del tipo A3, de la sep. II de Cabrera de Mar (3004); 2: Restitución de la misma pieza; 3: sep. 107 de Monte Bibele. Aunque probablemente no se trate de piezas emparentadas, coinciden completamente en su intencionalidad táctica.

Otras moharras

Fuera del grupo A, el resto de las moharras corresponden por ahora a casos únicos que no pueden llegar a asociarse a un tipo concreto sino que serían susceptibles de pertenecer a grupos particulares para cada uno de ellos. No obstante, considerando que no hay asociaciones claras con otros ejemplares, creemos más acertado el realizar un

estudio comparativo de estas piezas de forma independiente. Hemos dudado especialmente en agrupar dos de las moharras (Puig de Sant Andreu y Turó dels Dos Pins 51: 3010 y 3008) por las características de su funcionalidad, su asociación con las moharras de tipo “bayoneta” y por las proporciones del cubo respecto a la hoja, pero finalmente hemos descartado tal asociación por las discrepancias en sus puntas, que en el ejemplar de Ullastret es considerablemente más corta y se separa algo más de las características fórmulas europeas.

De entre los cuatro ejemplos que vamos a comentar, destaca la diferencia de volumen respecto a las moharras del grupo A y, en consecuencia, el distinto objetivo de su empleo, probablemente más orientado a su utilización como armas empuñadas más ligeras o, en algunos casos, quizás como armas arrojadas pesadas.

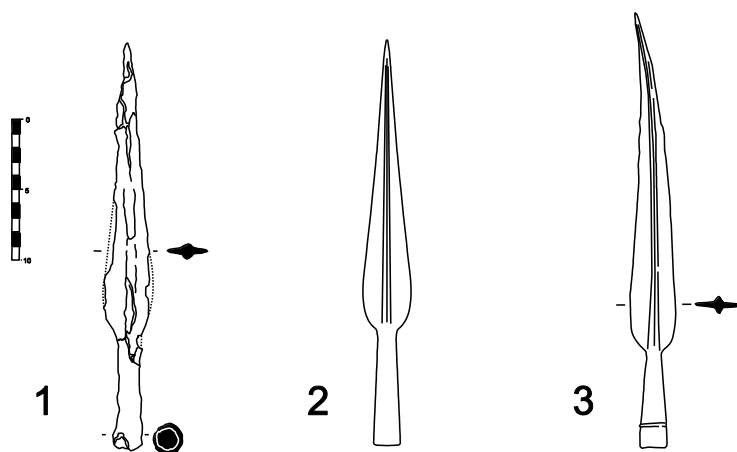


Fig. 175: 1: Moharra de la sepultura 64 del Turó dels Dos Pins (3009); 2: Restitución de la misma pieza; 3: sep. 10 de Dodova. Ambas piezas corresponden a derivaciones de las formas clásicas habituales en contextos galos o hispánicos por igual.

Probablemente el ejemplar más sencillo de interpretar es el de la **sepultura 64 del Turó dels Dos Pins** (3009) (García Roselló, 1993: 143-144; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: Fig. 5, 6), cuya fórmula es muy simple y cumple con el propósito probablemente más extendido en el mundo ibérico desde el siglo IV a.C. (Quesada, 1997: 432), que no es otro que el de su utilización mixta o bifuncional como lanza empuñada y a la vez arrojada. Aunque es una punta un tanto deteriorada, en sus características se observa con facilidad una forma triangular con una carena mediana, y unos perfiles rectos de su hoja que remiten sin duda a las formas clásicas de La Tène, que suelen llegar a alcanzar el siglo I a.C. Al igual que ocurre con la mayoría de este tipo de piezas, subyace el viejo

problema de su adaptación “de” o “a” formatos plenamente autóctonos, puesto que el único elemento que podría diferenciar esta pieza de otras de marcada tradición ibérica sería la sección en arista viva, que bien podría ser una herencia europea (**fig. 175**) o un sencillo arreglo a los patrones comunes en algunos talleres del noreste peninsular.

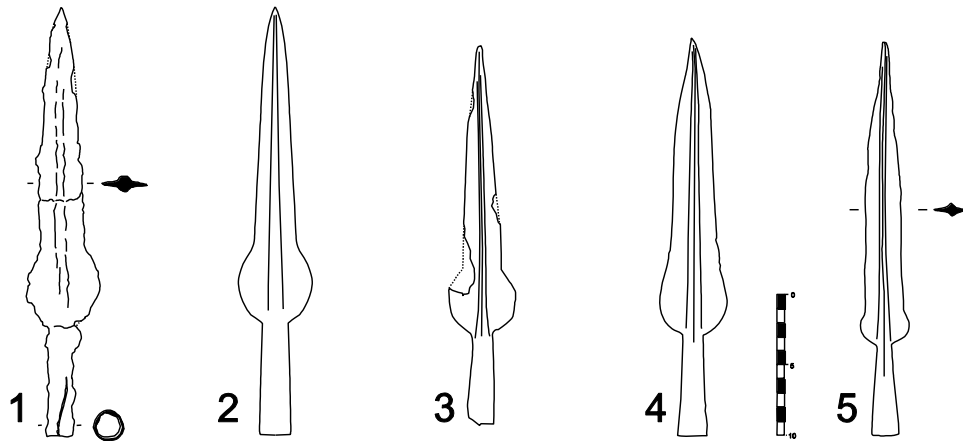


Fig. 176: 1: Moharra del silo nº 6 de Porqueres (3007); 2: Restitución de la misma pieza; 3: Nages “Les Terres Rouges”; 4: GSA-4681; 5: Santuario de Mirebeau. El formato de este tipo de moharras arranca de la tradición de las puntas biconvexas.

Otra moharra ya algo más voluminosa pertenece a uno de los silos de **Porqueres** (Pujol, 1989: II, 180 y lám. 237. 163) (3007). Esta pieza cuenta con un nervio prominente de tipo redondeado y un cubo de tipo cilíndrico combinado con una hoja de gran robustez cuya característica más evidente es su perfil de base circular y punta alargada con filos de tendencia paralela.

Las asociaciones de este patrón morfotécnico son bien evidentes (**fig. 176**), y remiten a las formas biconvexas tardías de la tradición La Tène sobre un formato de hoja mediano. André Rapin opina que este tipo de hojas aparecen desde LT C2 o LT D1 (Brunaux y Rapin, 1988: tipo Vb; 126, 134 y fig. 63, 4-6), a menudo combinando con umbos de aletas *bipennes* y perdurando hasta LT D2. Su distinción respecto a las moharras de gran módulo queda patente en los ejemplares de Gournay (GSA-4681; *Ibid.*: lám. LI) como en otros más tardíos, ya con una base circular más prominente, como ocurre en un ejemplar del santuario de Mirebeau (Brunaux *et alii*, 1985: fig. 12) o en una de las tumbas de la periferia de Nîmes localizada en Nages (“Les Terres Rouges”; Bel *et alii*, 2008: Fig. 350), que es la que guarda mayor parentesco con el

ejemplar de Porqueres. Aún así, persiste en esta pieza un cierto sabor autóctono en la forma de su sección, que no es nada habitual en sus homólogos galos.



Fig. 177: Moharra de la sep. 51 del Turó dels Dos Pins (3008), conservada en el Museu de Mataró.

El tercero de los ejemplares en los que nos vamos a detener pertenece a la **sepultura 51 del Turó dels Dos Pins** (García Roselló, 1993: 106 y 125) (**fig. 177**); una de las más completas del noreste peninsular. El aspecto de esta moharra (3008) es peculiar a simple vista, destacando por una parte su largo cubo y por otra la forma de su punta, muy delgada y larga. La proporción de la hoja es del 65%, lo que resalta la longitud de su cubo teniendo en cuenta la forma alargada de aquella. La base tiene tendencia romboidal, con una carena media a la que se llega mediante un ensanchamiento de tendencia rectilínea. A partir de la carena, la punta triangulada se interrumpe cerca de su contacto para alargarse en una forma incisiva, con los filos paralelos muy cercanos al nervio.

Este tipo de perfiles de hoja es, como hemos visto, bastante característico de la fase inicial de LT C2 y remite a las que llamamos “formas en bayoneta” (Brunaux y Rapin, 1988: 124 y fig. 62). Estos formatos suelen incluir versiones muy largas, como ocurre con algunos ejemplares de Gournay (GSA-2281; *Ibid.*: lám. XLVIII) y otras más afines a la longitud de la moharra del Turó dels Dos Pins (*p.e.* sep. 6 de Dodova; Szabó y

Petres, 1992: lám. 113) (**fig. 178**), pero es sobre todo con aquellas de punta más corta con las que mejor se relaciona el ejemplar catalán. Así, por ejemplo, alguno de los hallazgos del yacimiento lacustre alpino de Port (Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 46, 126) concuerdan especialmente con su misma funcionalidad tal como revelan su base (aunque con carena más alta), su punta, y aparentemente su cubo.

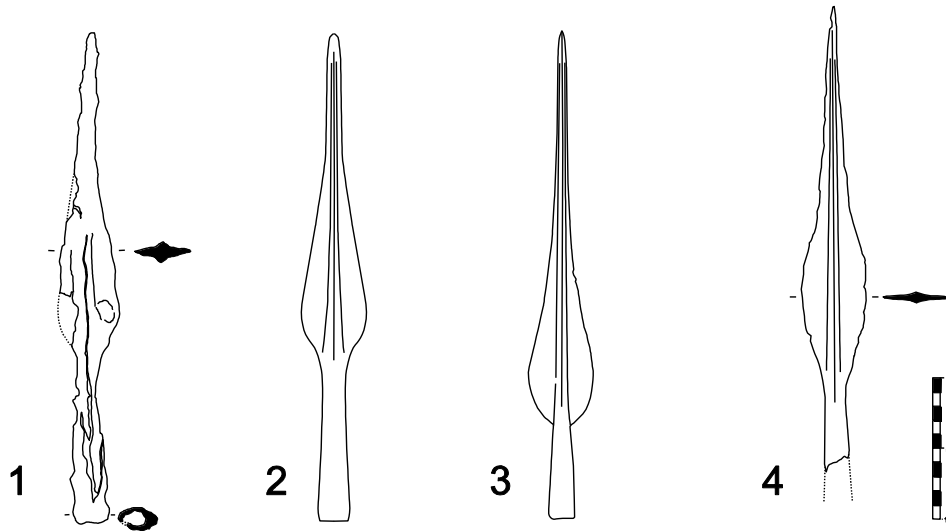


Fig. 178: 1: Moharra de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (3008); 2: Restitución de la misma pieza; 3: sep. 6 de Dodova; 4: Port-126. La característica principal de este tipo de piezas es la punta larga y estrecha, relacionada con las producciones de moharras con hoja “en bayoneta”.

La última de las moharras que vamos a considerar corresponde a un hallazgo ritual en el *oppidum* del **Puig de Sant Andreu** (Ullastret) (3010) (**fig. 179**). Las características de este ejemplar, hasta ahora inédito, pasan en primer lugar por su manipulación intencional como efecto de su inutilización ritual, que llevó a los iberos del lugar a doblar la hoja más o menos por el centro y efectuar asimismo varios cortes y pliegues de sus filos hacia dentro que disfrazan su aspecto original. La pieza apareció clavada en uno de los muros de la zona 25 del poblado; un sector todavía explorado de forma superficial y por tanto carente de cronología clara.

Las características de la pieza son muy parecidas a las de la moharra anterior (3008), con un cubo largo (64% de hoja) y un perfil romboidal de la base transitando a una punta de filos paralelos. La diferencia básica entre estas piezas se deriva sin embargo de esta misma punta, que en el caso de la moharra de Ullastret es mucho más corta y algo más



-Fig. 179: Moharra de la zona 25 del Puig de Sant Andreu (3010), doblada ritualmente. MAC-Ullastret.

ancha, rompiendo con el clásico perfil en bayoneta. En tal caso, más que en este tipo de formas, cuyas analogías son igualmente patentes (**fig. 180**), el patrón morfotécnico en el que se basan es más bien el precedente morfológico de estas: las formas onduladas de tendencia biconvexa que podemos hallar en algunos casos en formatos de módulo medianos, como en algún ejemplar de Gournay (GSA-3602; Brunaux y Rapin, 1988: lám. L). No obstante, ocurre igual que con otras moharras catalanas, y los intereses de su adaptación a la panoplia autóctona se dejan notar en el largo cubo y en la reducción del formato de su hoja, más claramente orientada a su sentido arrojadizo que las de sus antecedentes europeos (**fig. 181**).

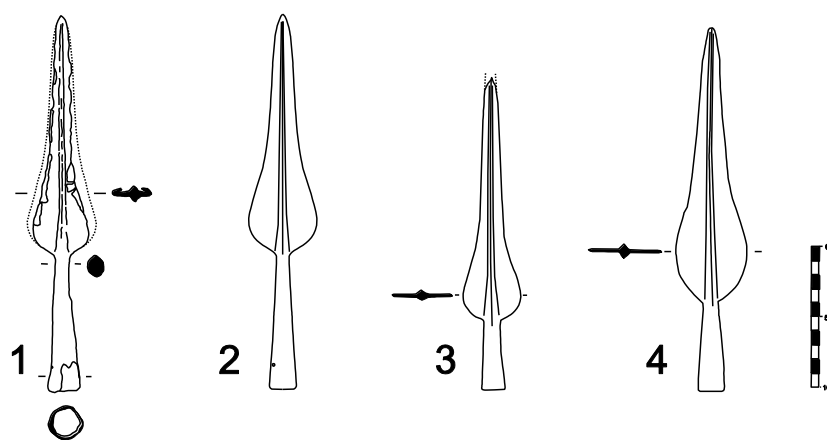


Fig. 180: 1: Moharra de la zona 25 del Puig de Sant Andreu (3010); 2: Restitución de la misma pieza; 3: Modelo en bayoneta de Gournay (GSA-3184); 4: Formato de tendencia biconvexa, del mismo santuario que la anterior (GSA-3602).

Algunas valoraciones sobre las moharras de influencia La Tène peninsulares

Pese a lo escueto de la muestra, la referencia formal de este tipo de moharras comprende distintas necesidades tácticas y una transformación de los patrones más exitosos de la panoplia La Tène a formatos más compatibles con la panoplia autóctona del noreste peninsular. Puesto que apenas hemos identificado ejemplares fuera del ámbito nororiental, podemos hasta cierto punto apuntar a un carácter “periférico” de este tipo de armas dada su asociación con otras armas de clara influencia gala. Sobre ello volveremos más adelante.

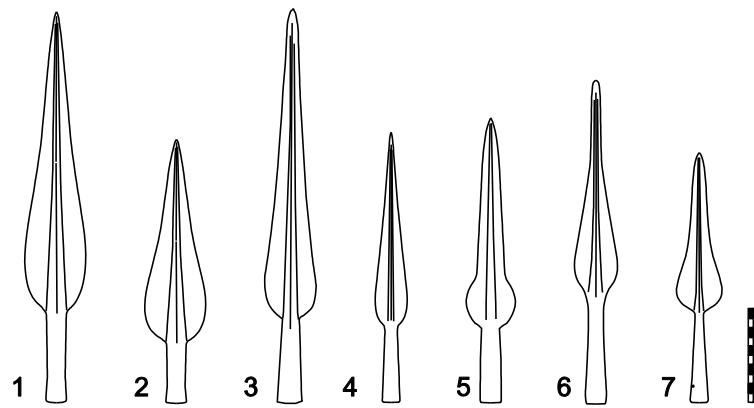


Fig. 181: Restitución del aspecto ideal de las moharras de influencia La Tène (resumen de las formas). 1: Tipo A1; 2: Tipo A2; 3: Tipo A3; 4: Sep. 64 del Turó dels Dos Pins (3009); 5: Silo nº 6 de Porqueres (3007); 6: Sep. 51 del Turó dels Dos Pins (3008); 7: Puig de Sant Andreu (zona 25) (3010).

V.B.3: Regatones con espiga

Aún menos abundantes, si cabe, son los ejemplares de regatón con espiga documentados en la Península Ibérica. En su estudio del armamento ibérico, en el que se incluían buena parte de las armas de la panoplia celtibérica, Fernando Quesada (1997: 428) mencionaba tan solo dos regatones con espiga; ambos correspondientes a necrópolis celtibéricas: Aguilar de Anguita y La Revilla. Nuestra actualización de los datos no es que sea mucho más generosa, incrementándose con la pobre cifra de dos ejemplares más, pero el problema es que además la calidad de la muestra disponible es muy deficiente, y ello repercute directamente en nuestro conocimiento de ciertos aspectos de su contenido tecnológico. Así, sólo una de las cuatro piezas documentadas ha podido ser localizada pese a nuestros esfuerzos por consultar de forma directa este material con la intención de no perder detalle sobre sus particularidades y, en última instancia, sobre su mayor o menor influencia de los regatones latenienses.

En vistas de su conocimiento sesgado y el distinto aspecto externo de las piezas catalogadas, emplearemos un sistema parecido al de las moharras, describiendo cada uno de los ejemplos por separado:

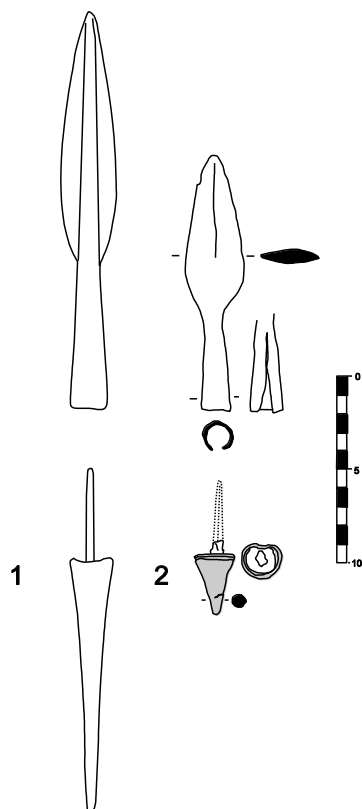


Fig. 182: Regatones con espiga que han conservado la asociación con sus moharras. 1: Aguilar de Anguita (4001); a partir de Sandars, 1913: Fig. 421, 12; 2: La Revilla (4004).

La primera de las piezas que vamos a comentar es una de las que mencionaba Quesada y, a la vez, una de las conocidas desde hace más tiempo. Nos referimos en concreto a un regatón largo procedente de la denominada **“sepultura H” de Aguilar de Anguita** (Aguilera, 1911: lám. XVII, 2 y 1916: 36; Sandars, 1913: Fig. 42, 12; Fernández-Galiano, 1979: lám. V, 2) (4001). El hallazgo de esta pieza remonta a las excavaciones del Marqués de Cerralbo a inicios del siglo XX, quien ya se percatara de la existencia de este sistema de enmangue, aunque no llegó a relacionarlo con los regatones de tipo céltico. De hecho, no es hasta el trabajo de Quesada (1997: 428) que tal asociación se toma en consideración, aunque trabajos posteriores como los de Lorrio y Sánchez de Prado (2009: 355) tienden a añadir cierta confusión al respecto al interpretar que la existencia de la espiga dentro del cubo es casual, y quizás correspondiera a la introducción accidental de uno de los llamados “dobles punzones”⁶⁶⁰, cuya funcionalidad no es del todo clara pese a ser un objeto repetidamente hallado en las necrópolis celtibéricas. Esta posición no es del todo descabellada, y

habría que tenerla muy en cuenta, pero por ahora resulta imposible de confirmar o desmentir en ausencia de esta pieza, puesto que la hipótesis descansa sobre la idea de que el regatón no es macizo en su interior, lo que no está del todo claro. Con todo, quizás en última instancia la cronología del regatón resulte determinante⁶⁶¹, aunque, por otra parte, tampoco hay que descartar la posible coincidencia de formatos (en paralelo) entre el ejemplar anguiteño y los pesados regatones latenienses.

De hecho, la propia forma del cubo de este regatón no contribuye demasiado a aclarar este punto, puesto que en vez de tratarse de una pieza corta de los modelos habituales desde LT C, es considerablemente larga (en torno a los 13 cm de longitud). La

⁶⁶⁰ El propio Cerralbo creyó que estos objetos, que en ocasiones aparecían sueltos, eran en realidad parte de la sujeción de algunos regatones que habían llegado a desprenderse por accidente (*cf.* Aguilera, 1916 y Quesada, 1997: *Ibid.*).

⁶⁶¹ Dependiendo si es más antigua que la difusión de este tipo de regatones en ámbito La Tène o bien coetánea a esta (*cf. infra*, V.C.1).

desde LT C, es considerablemente larga (en torno a los 13 cm de longitud). La proporción de la anchura del cubo junto a la correspondencia con su moharra (**fig. 182, 1**) revela la relación de estas piezas con una lanza de tipo empuñado o mixto, lo que sería compatible con algunos regatones galos del mismo formato, como algunos ejemplares de Gournay (GSA-1883 y 3839; Brunaux y Rapin, 1988: láms. LIII y LV)⁶⁶²; que sin embargo son algo más tardíos. El hecho de que no lleguen a ser tan largos, no impide que este caso particular sea una adaptación local de tales patrones.

La pieza de **La Revilla** (4004) (Ortego, 1983: lám. I) es mucho menos discutible al menos desde el punto de vista tipológico. En este caso estamos hablando de un regatón pequeño, formado a partir de una lámina de bronce y un interior de hierro, macizo, del que sobresale una espiga, que actualmente está fragmentada. La forma de su cubo es perfectamente cónica, con sección circular y un pequeño engrosamiento en forma de doble moldura en su parte proximal, que supera sensiblemente la parte maciza interior y contribuye a la sujeción al asta.

Aparte de la decisión del bronce como recubrimiento exterior, el resto de sus rasgos son perfectamente compatibles con las conteras con espiga típicas de la fase media de La Tène en contextos europeos, donde se conocen paralelos a docenas. El módulo de esta pieza, corto y no muy ancho, encaja con la moharra que la acompaña en el ajuar (**fig. 182, 2**), cuya estructura y proporciones parecen orientadas a su uso como arma arrojadiza.

La siguiente pieza es por desgracia otra de las poco conocidas. El hallazgo forma parte de los materiales recogidos en superficie durante las excavaciones de la necrópolis de **Numancia** (4003). Este ejemplar no fue reconocido como tal, y su publicación (Jimeno *et alii*, 2004: Fig. 118, d; *cfr.* 252-253) omitió algún dato importante, como el de la sección de su cubo o su macizado interior, que ahora nos es imposible conocer debido a la desaparición del objeto. En cualquier caso, el aspecto de la pieza es bastante robusto, con una cierta longitud de cubo (que rondaría los 10 cm) y una espiga bastante ancha. El aspecto del cubo, que es la parte vista, es bastante sencillo, sin resaltes o molduras, aunque parece observarse parte de un pequeño orificio para clavo muy cerca de su extremo proximal. Como no conocemos la moharra correspondiente a esta contera, sólo podemos imaginar su asociación, probablemente, con una lanza de tipo empuñado

⁶⁶² *Vide supra*, fig. 168, 6-7.

bastante pesada, aunque no sabemos si el macizado era completo, parcial o sencillamente no existía.

Por último, nos queda referir a un cuarto ejemplar del que ya prácticamente desconocemos todo detalle, puesto que sólo contamos con una antigua cita que da testimonio de su existencia. De todos modos, esta cita es de una gran importancia, porque refiere a un ejemplar de la necrópolis de **Can Rodon de l'Hort** (Cabrera de Mar) (4002) y por tanto nos permite desplazarnos de la región celtibérica hasta la del noreste y constatar por vez primera la existencia de regatones con espiga en este territorio, lo que no deja de ser lógico teniendo en cuenta el fuerte peso de la influencia de la cultura La Tène en sus panoplias. El texto al que aludimos procede de la temprana publicación de Rubio de la Serna sobre sus hallazgos en la necrópolis laietana, y aunque no contamos con dibujo alguno de sus características, sí podemos deducir algunos datos a partir de sus líneas:

“Para concluir con esta materia, en lo que atañe á la Necrópolis de Cabrera, debo manifestar que en mitad de una de las buenas espadas con su vaina encontradas allí, se halla adherido un umbo hecho pedazos ex-profeso, y envuelta con éstos una pieza de hierro á manera de piña alargada y cónica, con una espiga como para fijar la pieza en otra. La longitud total de aquélla es de 15 centímetros, de los que 8 corresponden á la espiga. No acierto cuál podría ser su destino; pero no considero aventurado suponer que formaría parte del mismo escudo, como accesorio de mero adorno ú ofensivo á guisa de espolón (sic.)” (Rubio, 1888: 712).

Aunque se equivocaba con la funcionalidad del objeto, el relato no pudo ser más preciso, pues menciona la forma cónica de su cubo e incluso su proporción, ligeramente inferior a la de su espiga. Puesto que omite cualquier mención a una posible parte hueca en el interior, hay que entender que este era macizo, de modo creemos que se trata de un ejemplo perfectamente canónico de regatón con espiga como los que podemos ver en Europa central durante los siglos III y II a.C. y, en menor proporción, en territorios vecinos también con panoplias “periféricas”, como la necrópolis de Ensérune.

V. C. CRONOLOGÍAS, EVOLUCIÓN Y ZONAS DE INFLUENCIA

V.C.1: Cronología de las moharras y regatones estudiados

La estricta selección de los elementos de las lanzas hispánicas que creemos en mayor o menor medida influenciados por las armas de asta propias de la cultura La Tène nos deja poco margen al estudio cronológico de las mismas o, cuanto menos, a la utilidad práctica de un estudio de este tipo, puesto que en general pensamos que se trata de influjos secundarios incluso en el territorio nororiental de la península.

En consecuencia, la trascendencia de las secuencias cronológicas que vamos a presentar aquí afecta más a objetos concretos que a tipos bien contrastados arqueológicamente hablando, de modo que, aunque pueden servirnos como guía para futuros hallazgos parecidos, carecen de la relevancia intrínseca que podemos hallar en otro tipo de armas como las espadas o los escudos (**fig. 183**).

La cronología de las moharras del **grupo A** no es difícil de conocer a grandes rasgos si nuestro objetivo es conformarnos con señalar a horizontes cronológicos concretos y no buscar dataciones algo más específicas. El **tipo A1** es el más controvertido de las tres variantes de este grupo debido a la deposición secundaria en un silo de su único ejemplar documentado. Como ya hemos advertido en más de una ocasión, este tipo de deposiciones, cuando estamos hablando de contextos del litoral nororiental dentro o en las inmediaciones de un poblado ibérico, es susceptible de grandes perduraciones; y eso es precisamente lo que parece ocurrir con la pieza de Can Miralles. En el capítulo anterior ya advertíamos de su filiación morfotécnica afín a los patrones galos de La Tène C1, aunque también notábamos cierta compatibilidad con algunos ejemplares de tipo clásico propios del siglo IV a.C. Debido a las incertidumbres de esta pieza, que por un lado tienen que ver con su conservación y por el otro con su ausencia de paralelos directos en el ámbito peninsular, no es fácil decantarse en uno u otro sentido, de modo que podríamos aceptar para este tipo cualquier fecha entre mediados del siglo IV a.C. y finales del III a.C. dependiendo de si valoramos la datación tipológica de las armas que

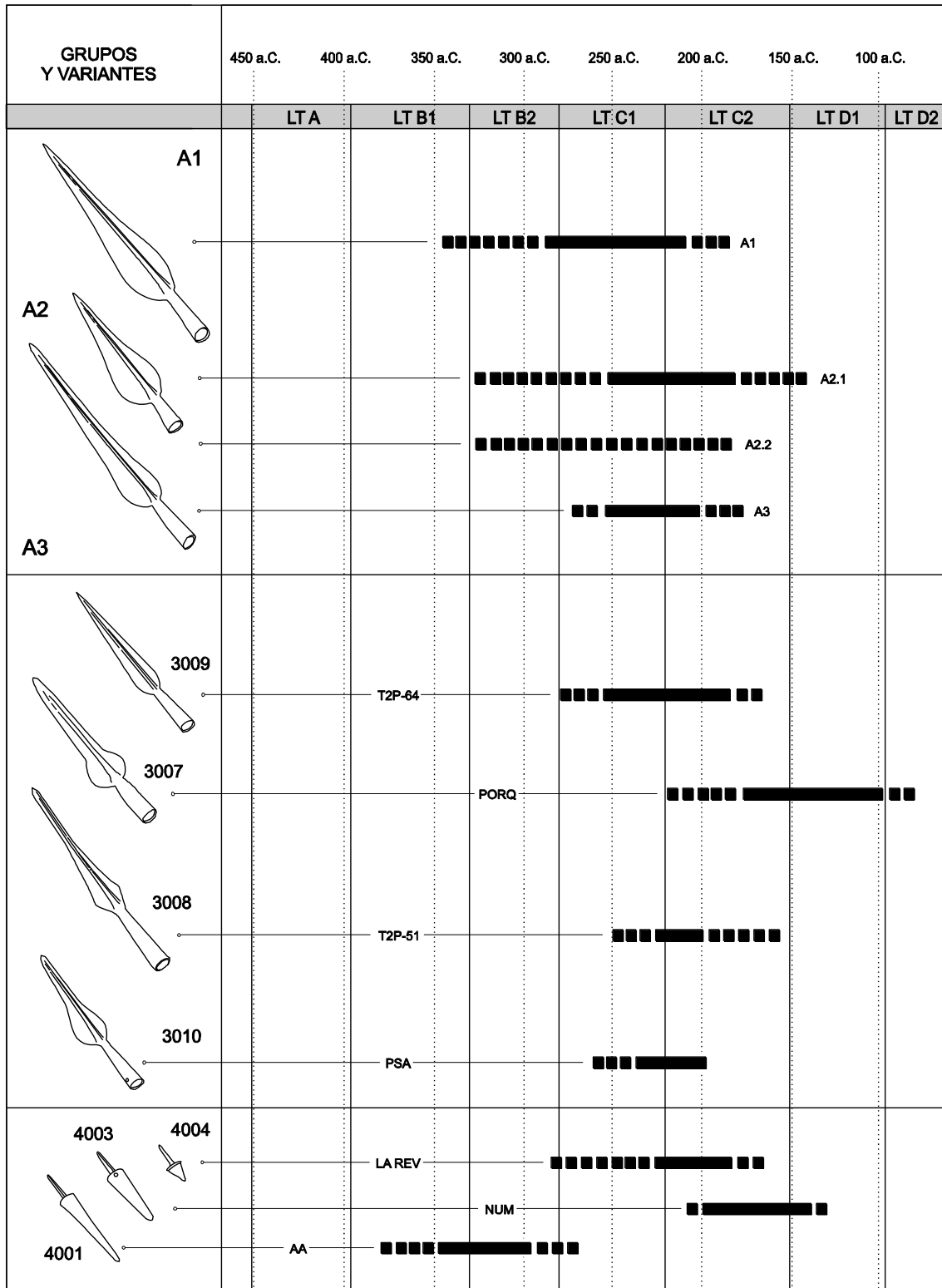


Fig. 183: Cuadro cronológico de los distintos tipos y ejemplares de moharras de influencia La Tène y regatones con espiga de la Península Ibérica. Los periodos cronológicos indicados (LT A-D2) no son aplicables a las culturas hispánicas y sólo aparecen a título comparativo.

la acompañan o bien nos mostramos partidarios de su proximidad cronológica a la amortización del conjunto. Dicho de otro modo: considerando que creemos que se trata de la deposición secundaria de *spolia* (García Jiménez, 2006: 89-90), la cuestión fundamental es saber si se trata de un trofeo (en cuyo caso la datación sería más alta) o de varios de estos (pudiendo por tanto la lanza ser posterior al resto de las armas). Nuestra opinión al respecto es más afín a la primera de las posibilidades si tenemos en cuenta que el perfil de la hoja muestra una base alargada pero también una larga punta (más en el tono de las formas clásicas de La Tène B), y que el conjunto de las armas del silo conforman una panoplia que tiene sentido como conjunto⁶⁶³. En consecuencia, seríamos más partidarios de fechar el tipo en la segunda mitad del siglo IV o muy a inicios del siglo III a.C. que de proponer fechas más bajas.

El **tipo A2**, algo más generoso en su representación, depende en buena medida de la cronología del tipo anterior, con el que está fuertemente emparentado. Sin embargo, el formato es algo más cercano a tipos posteriores, por lo que es poco probable que remonte más allá de LT B2. Tal fecha es compatible con alguno de los ejemplares registrados, como la moharra de sepultura desconocida de Can Rodon de l'Hort (3001), pero lo más probable es que la datación fuera algo posterior; quizás como su homólogo de la sepultura IV (3002), que habría que fechar desde 250 a.C., sin que sobrepase en mucho el siglo III a.C. El ejemplar de la sepultura 41 de Numancia (3006), de tratarse de una pieza del mismo tipo y no de una coincidencia formal, arrojaría la fecha *ante quem* del tipo. En concreto, esta moharra corresponde al área periférica de la necrópolis (Jimeno *et alii*, 2004: 339) y, en consecuencia, a la fase II de la misma (*Ibid.*: 302), por lo que es probable que haya que situarla entre los dos primeros tercios del siglo II a. C. En cuanto a la otra pieza descontextualizada de Cabrera (3003), del tipo A2.2, sólo podemos intuir su cronología a partir de la general de la necrópolis, aunque sus analogías con los tipos anchos sugieren mejor su correspondencia al siglo III a.C.

En cuanto al **tipo A3**, su datación se reduce al único ejemplar que lo representa: el de la sepultura II de Cabrera de Mar, cuya cronología corresponde a la segunda mitad del

⁶⁶³ *Vide infra*, cap. VII.B.

siglo III a.C. De todos modos, el formato largo puede hallarse en ejemplares más antiguos, tanto por su relación con las moharras célticas como por la de otras versiones autóctonas de ámbito ibérico (Quesada, 1997: 406).

Ya en el terreno de las piezas aisladas, la factura de algunas de estas, como la de la sepultura 64 del Turó dels Dos Pins (3009), podría encajar en cualquier época y lugar, pero la deposición en su tumba refleja su uso en la segunda mitad del siglo III a.C. o inicios del II a.C.

Otros ejemplos, como el de Mas Castell de Porqueres (3007) son tipológicamente posteriores, aunque no tengamos evidencias concretas sobre su cronología. Así, por una parte, contamos con los datos tipológicos, que según Rapin (Brunaux y Rapin, 1988: 126 y figs. 63 y 66) corresponderían a estadios dentro de LT D1 en los formatos de base circular sobrepasada. Asimismo, aunque la datación del ejemplar de Nages (fig. 176, 3) no es tampoco bien conocida, los hallazgos de este territorio tienden a las fechas tardías, del siglo II a.C. en adelante (Bel *et alii*, 2008: *passim*). Por otra parte, contamos también con otros datos de tipo contextual que atañen directamente a la pieza de Porqueres, como el hecho de que los materiales metálicos de este silo incluían un fragmento de vaina de espada que probablemente correspondiera a nuestro tipo NE-VI (García Jiménez, 2006: inv. 42) y que, por tanto, sería compatible con una fecha tardía, también dentro de la segunda mitad del siglo II a.C. (*Ibid.*: 194-195).

Los ejemplares influenciados por las hojas en forma de bayoneta corresponden a fechas compatibles con LT C2, como confirma en efecto la datación de la sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (3008) en la segunda mitad del siglo III a.C. Los tipos afines a este modelo, como el ejemplar de Port que hemos visto con anterioridad (fig. 178, 4) situarían la barrera de su perduración, de producirse en el noreste, en LT D; un siglo más tarde. En cuanto a la moharra del Puig de Sant Andreu, las características del tipo⁶⁶⁴ y la fecha de abandono del poblado en el año 195 a.C. sitúan forzosamente la pieza en las últimas décadas del siglo III a.C.

Los escasos **regatones con espiga** documentados en la península reflejan un panorama complejo en alguno de los casos, pero en general se ajustan (o eso creemos) con lo que cabría esperar de este tipo de formatos.

⁶⁶⁴ *Vide supra*, cap. V.B.2 y fig. 180.

En particular, el ejemplar más polémico es el de la sepultura H de Aguilar de Anguita (4001). Como sabemos, la necrópolis contiene por lo general panoplias pertenecientes a fechas antiguas (*cf.* Barril y Salve, 1998: 76). En concreto, la de la sepultura H ha sido catalogada por Alberto Lorrio dentro de su fase IIA del Alto Tajo-Alto Jalón (Lorrio, 1997: tabla 1), cuyo espectro cronológico superaría a duras penas los últimos años del siglo IV a.C. De confirmarse tal datación, difícilmente podríamos estar hablando de un regatón con espiga de tipo céltico, y tendríamos que aceptar su relación con una unión accidental de contera de cubo y doble punzón o bien con una producción alternativa que implicaría su autogénesis en la Celtiberia⁶⁶⁵.

Analizando la panoplia en cuestión, resulta tremendamente difícil contradecir la opinión de Lorrio, puesto que la combinación de espada de antenas del tipo Quesada III/Aguilar de Anguita y arreos de caballo suele atribuirse al siglo IV a.C., pero en todo caso habría que dejar un cierto margen de duda por lo desconocidas que son en general estas armas, para las que haría falta un estudio pormenorizado⁶⁶⁶.

Proponemos por tanto conservar la duda razonable por el hecho de que hay otras piezas celtibéricas como la de La Revilla (4004) que sí parecen derivadas de los modelos latenienses, y por lo mal conocida que es todavía la evolución de estos regatones en contextos La Tène. Aún así, reconocemos la precocidad del caso y la posibilidad de que se trate de modelos alternativos.

La cronología de la necrópolis de Can Rodon de l'Hort, que incluye la totalidad del siglo III a.C., sí es compatible con la mayoría de los hallazgos célticos fuera de la Península Ibérica, como también lo sería la de Numancia en la Celtiberia, ya dentro del siglo II a.C. En cambio, la propuesta de interpretación cronológica del ejemplar de La Revilla merece un comentario al respecto en vistas de nuestro desacuerdo rotundo con la datación de T. Ortego (1983: 575), quien la incluye dentro del siglo IV a.C.⁶⁶⁷ (**fig. 184**):

La fig. 184 representa el ajuar de la llamada “sepultura A” (o sepultura “del puñal de frontón”; *Ibid.*: 574-576). Además de algunos objetos funcionales y la propia lanza, se incluyen en este ajuar un bocado de caballo muy completo, un puñal y una hebilla de

⁶⁶⁵ Sobre la datación de estos regatones en los contextos nucleares de La Tène, véase *supra*, V.A. En cuanto a la problemática sobre la pieza anguiteña y su interpretación, véase cap. V.B.3.

⁶⁶⁶ Quesada, 1997: 212, aceptaría fechas de hasta inicios del siglo III a.C. con reservas para este tipo de espadas (*p.e.* La Osera), pero de cualquier modo tal datación seguiría siendo problemática; aunque por poco.

⁶⁶⁷ Véase asimismo su confirmación en Lorrio, 1997: tabla 2, en la que aparece formando parte de su fase IIA (*cf. supra*).

tipo ibérico. El peso cronológico de la deposición parece descansar, en opinión de su autor, en la hebilla de cinturón, que sitúa a mediados del siglo IV a.C., pero igualmente puede depender del puñal, que denomina “de frontón” (aunque no es tal). Se trata en cambio de un ejemplar híbrido del tipo “bidiscoidal-de frontón” (tipo Quesada IV), cuya cronología alcanzaría fechas muy posteriores a las del tipo “de frontón” (tipo Quesada I), que no llega a documentarse con posterioridad al siglo IV a.C. (Quesada, 1997: 279 y 291). Lo mismo vale para el bocado de caballo, que aunque es más típico de la fase IIA de Lorrio⁶⁶⁸ (1993: 233), puede hallarse sin problemas en contextos arévacos del siglo II a.C. Tales combinaciones existen y están bien documentadas en la necrópolis de Numancia, cuya publicación (Jimeno *et alii*, 2004) es posterior a estos trabajos. Así, por ejemplo, se conocen asociaciones similares en la fase I de la necrópolis, que se caracteriza entre otras cosas por la abundancia de puñales de este tipo (seps. 41, 47, 54 y 61, con hebillas de tipo ibérico), o sepulturas (53 y 135) que combinan hebillas y arrees en el mismo ajuar.

En consecuencia, creemos fundamentada la datación de esta sepultura como mínimo un siglo más tarde de la planteada y, esta vez sí, confirmándose con la tipología del regatón en cuestión, que es de tipo indiscutiblemente céltico en cuanto a su concepción.

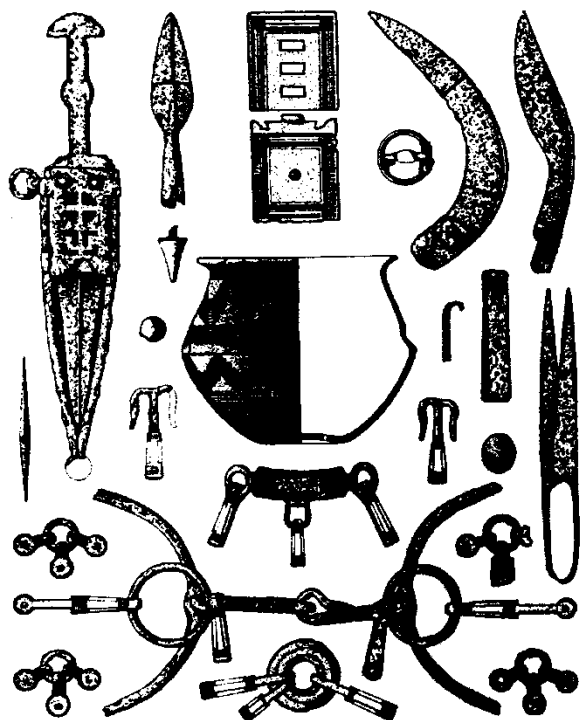


Fig. 184: Ajuar de la sepultura “A” de la Revilla (o “sepultura del puñal de frontón”) según Ortego, 1983: lám. I. Entre los elementos del ajuar se encuentra uno de los escasos regatones con espiga de la Península Ibérica (4004).

⁶⁶⁸ *Cfr. supra*, nota anterior.

V.C.2: Dispersión de la muestra

Nuestra visión de la dispersión de las lanzas de influencia La Tène está evidentemente sesgada por los problemas metodológicos derivados del análisis de las moharras, pero aun así nos puede dar una idea aproximada de los territorios donde esta influencia es más clara.

Desde luego, no tiene sentido esbozar una muestra comparativa de las regiones más afectadas, porque estas se limitan a dos: el noreste y, en menor medida, la Celtiberia.

La **fig. 185** muestra la repartición geográfica de las moharras referidas en el texto. En este caso, la práctica totalidad de las piezas corresponden a la región nororiental, lo que de por sí no es sorprendente, porque por una parte hemos tendido a valorar los hallazgos de este territorio por encima de otros menos influenciados por la panoplia La Tène y, por la otra, porque los hallazgos de este territorio son los que más fácilmente manifiestan la disparidad entre formatos autóctonos (o más propiamente ibéricos) y formatos de influencia norpirenaica.

En su estudio sobre las lanzas ibéricas y celtibéricas, Fernando Quesada (1997: 395 y figs. 238-243) alertaba sobre la distinta repartición regional de los distintos tipos de sección de las moharras: las secciones con nervio redondeado o a tres mesas serían especialmente abundantes en el Sur y el Sureste peninsular, las secciones sin nervio de la Meseta y Levante septentrional, y las secciones con nervio en arista de la Meseta Norte y Cataluña. Esta peculiar dispersión, en la que obviamente se dan excepciones, es significativa para este autor, puesto que en la mayoría de los casos las secciones en arista no sólo se documentan en aquellos territorios más influidos por la panoplia La Tène, sino que también se asocian por lo común con formas de tipo galo (*Ibid.*: 396); esto es: con formas de hoja de tipo ondulado o “flameante”.

Este tipo de relación nos ha llevado de cabeza a lo largo de nuestro trabajo sobre las lanzas de influencia La Tène porque es aparentemente cierto al menos en los formatos más peculiares. Así, si las piezas catalanas con estas características apenas ofrecen problemas y han sido integradas en su totalidad en nuestro estudio, otros modelos que emplean tipos de combinaciones parecidos no han corrido la misma suerte, y son partícipes de una gran ambigüedad interpretativa:

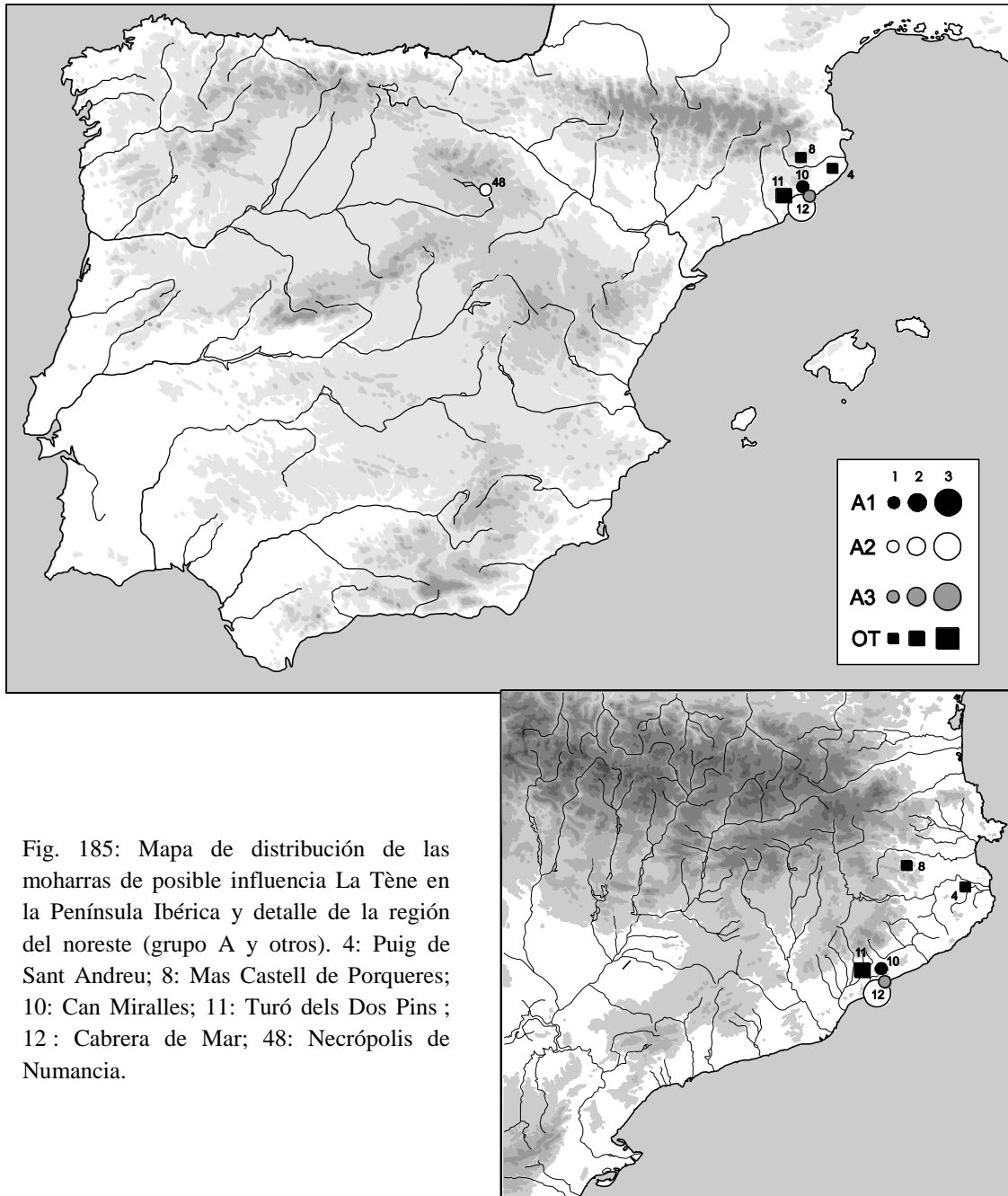


Fig. 185: Mapa de distribución de las moharras de posible influencia La Tène en la Península Ibérica y detalle de la región del noreste (grupo A y otros). 4: Puig de Sant Andreu; 8: Mas Castell de Porqueres; 10: Can Miralles; 11: Turó dels Dos Pins ; 12 : Cabrera de Mar; 48: Necrópolis de Numancia.

El caso más flagrante es el de las moharras con nervio en arista y perfil ondulado propias de la Celtiberia y la Meseta occidental. Se trata de un tipo de formas (**fig. 186**) que parecen indisolubles de sus correspondencias en el ámbito La Tène, que coinciden con lo que para Rapin son las formas biconvexas más antiguas (Brunaux y Rapin, 1988: tipo Va; 134). Existen numerosos ejemplos de este tipo de moharras en el ámbito vacceo y Alto Ebro (Monte Bernorio, Miraveche, Las Ruedas, La Hoya), vettón (Las Cogotas, La Osera) y celtibérico (La Mercadera, Atienza, Arcóbriga)⁶⁶⁹, normalmente

⁶⁶⁹ Véase una relación completa en Apéndice 1, cap. X.1.2.

provistas de distintos juegos de estrías decorando la hoja. No todos estos ejemplares emplean el mismo tipo de módulo. Algunas de estas moharras pueden ser medianas o incluso pequeñas, como una de las piezas de Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 4), ya claramente arrojadiza. Sin embargo, también existen formatos grandes (Las Cogotas 476; Miraveche ¿77?; La Hoya; Stary, 1994: lám. 37, 2i; Schüle, 1969: lám. 150, 1 y Llanos, 1990: 141 y fig. 2) o muy grandes, que alcanzarían incluso las proporciones de las moharras nororientales del tipo A1 o A3 (*p.e.* La Osera 30 y 270; Lenerz, 1991: lám. 10, 53e y lám. 23, 70f respectivamente).



Fig. 186: Moharra de hoja biconvexa procedente de la sepultura 270 de La Osera (MAN-1986/81/VI/270/6). No es probable que este tipo de moharras tuvieran una influencia La Tène.

Foto: Archivo Fotográfico. Museo Arqueológico Nacional.

Este grupo de moharras es, por tanto, morfológicamente idéntico a algunas producciones latenienses, pero sin embargo, no llega a coincidir cronológicamente con una posible influencia por esta vía, puesto que en general se documentan con anterioridad en el territorio peninsular. Así, por ejemplo, los ejemplares de la sepultura 28 de la necrópolis vallisoletana de Las Ruedas cuentan con una fecha firme en torno a la segunda mitad del siglo IV a.C. (Sanz, 1998: 425), compartiéndola probablemente con otras moharras como la de la sepultura 200 de La Osera (Fase I de Álvarez-Sanchís, 2003: 182-184 y fig. 74, D). En cambio, la aparición de las primeras moharras de este tipo en contextos galos se produce más tarde: en LT C2, con una larga lista de representantes que incluyen la sepultura 1 de Saint-Maur-des-Fossés (Leconte, 1991: 52 y fig. 5, 2; quizás el ejemplar más precoz: de transición entre LT B2 y LT C1), algunos ejemplares de La Tène (Brunaux y Lambot, 1987: Fig. 39) y

Gournay (*p.e.* GSA-1210, 1443, 2118 o 3602; Brunaux y Rapin, 1988: lám. XLIV, XLV, XLVIII y L), además de otros contextos avanzados dentro de este periodo, como la de la sep. 23 de Vevey (Martin-Kilcher, 1981: 146 y fig. 33, 2). En consecuencia, no parece que esta vía fuera una posibilidad de influjo clara, por lo que habría que mirar hacia otros territorios para explicar su procedencia.

La opción más clara también procede del norte de los Pirineos, pero en este caso de una de las regiones “periféricas” de la cultura La Tène, con una antigua tradición en la panoplia autóctona que arranca desde la Primera Edad del Hierro y tiene un gran influjo en las panoplias meseteñas: el territorio aquitano en el suroeste francés.

Cierto es que las moharras de esta región no son muy bien conocidas por la investigación actual, pero contamos con algunos indicios que atestiguarían la existencia de ejemplares con las mismas características que aquí consideramos:

Uno de los escasos estudios globales sobre la panoplia de la Primera Edad del Hierro aquitana incorpora entre su tipología de formas de las armas de asta una de estas fórmulas (Dhennequin, 1999: 165 y fig. 5), que clasifica como “tipo V”. El patrón de este tipo de moharras se asemeja mucho a los ejemplares de punta convergente de la región vaccea, que se cuentan entre los más precoces. Por su parte, también Mohen (1980: lám. 43, 6-8 y 19⁶⁷⁰) recoge algunos ejemplares mucho más parecidos a las producciones con hoja biconvexa más típicas de la Meseta, aunque no todos con nervio aristado. La cronología de estas armas dista mucho de estar clara, pero en su mayor parte corresponden a la Fase IV de Mohen, que cabría situar entre el 550 y el 400 a.C. (*Ibid.*: 159-169 y fig. 99), dentro por tanto del siglo V a.C. y en contextos compatibles a su influencia sobre las regiones peninsulares.

La procedencia del suroeste francés de este tipo de producciones no resultaría sorprendente si tenemos en cuenta la llegada por esta vía de una buena parte de las armas habituales en las panoplias meseteñas, como algunos tipos de espadas de antenas (Cabré, 1990: 208-209; García Jiménez, 2006b: *passim*; Farnié y Quesada, 2005: 160-162) o incluso de armas de asta, como el clásico *soliferreum* (Quesada, 1997: 320-322); ambas igualmente desde épocas precoces.

⁶⁷⁰ Las piezas corresponden a sepulturas de Avezac-Prat, Ossun (túmulo L.17), Ger (túmulo X, sep. 2) y Barzum (túmulo p-2, sep. 13) respectivamente.

Fuera del ámbito meseteño también se dan algunos casos que coinciden con el mismo patrón. Se trata de casos bastante excepcionales, como por ejemplo el de la sepultura 170 de Cigarralejo (Cuadrado, 1989: Fig. 30, 4; Quesada, 1990: 239 y fig. 2, 4), en el sureste peninsular; un territorio que ya hemos visto influido con un cierto “goteo” de materiales de la tradición La Tène hispánica. El ejemplar de esta tumba contiene un largo cubo (10’5 cm) y una hoja bastante voluminosa, que representa el 67 % del total de la longitud de la moharra. El dibujo de Cuadrado refleja una sección semicircular en el nervio de la hoja, pero nuestro análisis directo determina más bien una arista prominente. En vistas de que la sepultura data igualmente del siglo IV a.C. (Cuadrado, 1987: 330)⁶⁷¹, es poco probable que se trate de una pieza de procedencia gala o catalana, y encajaría mejor con su procedencia meseteña, como ya propusiera Quesada (1990: 239).

Aparte de este raro caso, no es frecuente observar este tipo de piezas en el sureste o Andalucía, pero, siguiendo con nuestra hipótesis sobre la introducción de este tipo de armas por la vía meridional francesa, sería igualmente factible su llegada desde la región languedociense acompañando los mucho más habituales *soliferrea*. De cualquier modo, importados de uno u otro lado, la posible fabricación ibérica de este tipo de moharras parece (al contrario de lo que ocurre con el *soliferreum*) bastante dudosa, y probablemente habría dejado más rastro en el registro armamentístico de este territorio.

Volviendo ahora a los espacios “llenos” del mapa de nuestra fig. 185, la ausencia de moharras de influencia La Tène en un ámbito tan vasto resulta algo más inteligible. Sin embargo, no es hasta que incorporamos los regatones con espiga a esta ecuación (**fig. 187**) cuando nos percatamos de que el fenómeno de este tipo de influjos en la Celtiberia es limitado, pero no tan excepcional como pudiere parecer en primera instancia.

El número de regatones con espiga localizados en la Celtiberia es todavía muy escaso, sobre todo si tuviéramos ocasión de compararlo con los regatones de cubo de larga tradición. Sin embargo, su presencia está ahí; y ello, unido quizás a la existencia de algún raro tipo de moharra como el de la sepultura 41 de Numancia (3006), puede alertarnos sobre la existencia de algún tipo de contacto, aunque sea mínimo, con el ámbito La Tène del noreste o, más probablemente, de la región aquitana o languedociense.

⁶⁷¹Aunque es cierto que con argumentos pobres (*Ibid.*).

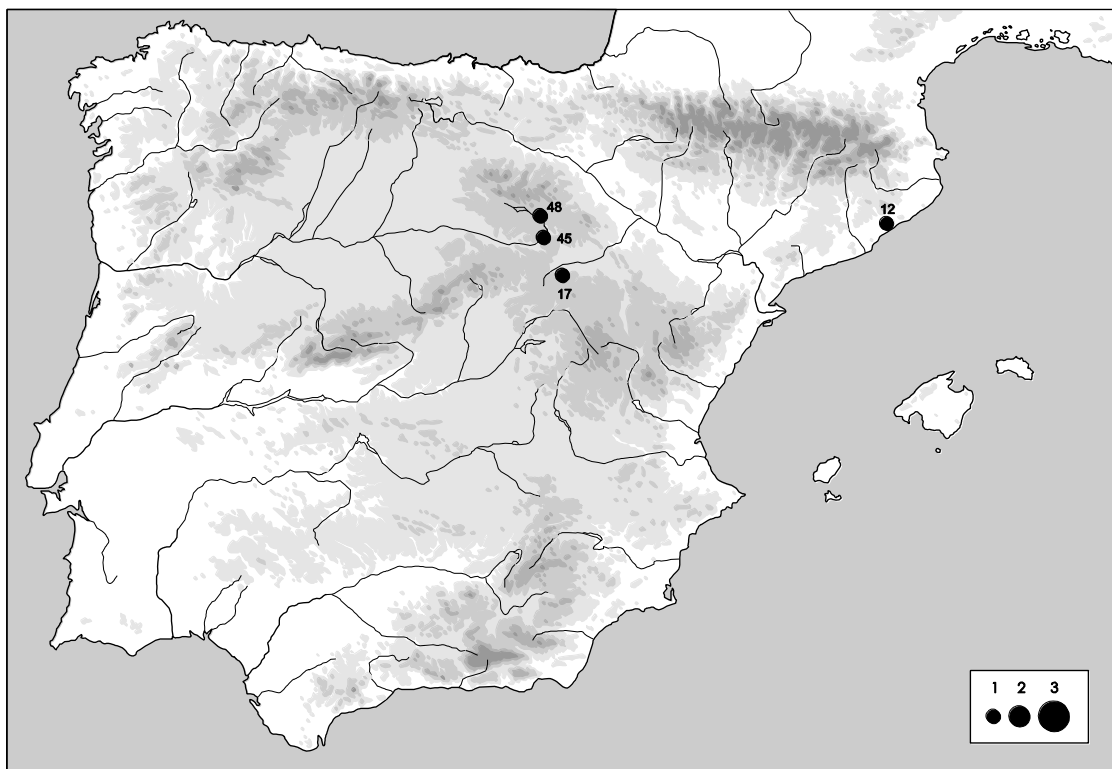


Fig. 187: Mapa de distribución de los regatones con espiga en la Península Ibérica. 12: Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar); 17: Aguilar de Anguita; 45: La Revilla; 48: Necrópolis de Numancia.

En dicho sentido, cabe recordar por ejemplo la existencia de una espada La Tène con vaina alterada del tipo B1.1 de la Celtiberia en la necrópolis de Ensérune⁶⁷², muy cerca de la costa suroriental francesa (Rapin, 2008: 254).

En cuanto a la región del suroeste francés, está claro que en un ámbito posterior a la de las panoplias de tipo autóctono heredadas de la Primera Edad del Hierro, primó la adopción de patrones armamentísticos latenios de origen galo (Boudet, 1994: *passim*). Entre estos influjos, se documentan algunos casos de regatones con espiga (*Ibid.*: fig. 10, 8-10) que pueden estar sugiriendo el origen de su repercusión hacia la esfera celtibérica. El problema es que por ahora, a la luz de tan pocas evidencias, resulta imposible afirmar con certeza si se trataron de importaciones puntuales llegadas mediante el intercambio de objetos o bien de producciones autóctonas limitadas que trataban de imitar este tipo de armas.

⁶⁷² *Vide supra*, III.C.3.

La misma discusión resultaría válida para el noreste peninsular; en este caso con una evidente (para nosotros) procedencia desde el ámbito languedociense, para el que existen claros paralelismos en sus contextos más característicos, apenas conocidos gracias a los materiales de la necrópolis de Ensérune. De todos modos, trataremos este punto con mayor detalle acto seguido, cuando nos ocupemos de la evolución de las lanzas con este tipo de influencia.

V.C.3: La evolución de las lanzas hispánicas de tradición La Tène

Nuevamente aquí nos vemos condicionados por lo limitado de la base documental de la que partimos. Lo primero que hay que comprender y aceptar, por tanto, es esta propia limitación, que significa el escaso influjo que las moharras de tradición La Tène tuvieron sobre las panoplias hispánicas. En la **fig. 188** reflejamos un resumen esquemático de la adopción de ciertos tipos de origen latenense sobre el noreste peninsular (que a lo largo de este trabajo vamos viendo como el más receptivo a estas innovaciones), y el resto de la Península Ibérica. En realidad, este “resto” se limita a la Celtiberia, y aún así a muy escasos ejemplares. Por otra parte, en el cuadro se señalan “regatones” para los periodos de LT A, B y D que forzosamente no han sido adoptados en el territorio peninsular, porque en realidad no suponen variaciones significativas al concepto propio con empuñadura de cubo. Sólo en LT C, periodo en el que se documentan sin duda la mayoría de los regatones con espiga de contextos galos, tiene sentido preguntarse sobre la incorporación de estos patrones en el contexto geográfico que nos interesa.

En esta cuestión reside precisamente la clave de la interpretación de la escasez de moharras de tipo La Tène en el territorio hispánico; y es que por esa misma razón (porque las fórmulas europeas no suponen en general una mejora real respecto a las propuestas autóctonas) las distintas culturas peninsulares rechazaron la incorporación de estas lanzas y se limitaron a explotar las suyas propias, que eran igual de útiles.

La propia relevancia de los cuadros blancos de la fig. 188 (que reflejan la ausencia de datos) nos está indicando justamente eso, pero cabría preguntarse asimismo por qué razón algunas moharras se vinieron empleando en el ámbito nororiental y hasta qué

punto supusieron un volumen importante dentro de la panoplia característica de los iberos de este territorio.

	NORESTE	LT EUROPA	RESTO P. IB.
LTA		MOHARRAS	
		REGATONES	
LTB		MOHARRAS	
		REGATONES	
LTC		MOHARRAS	
		REGATONES ESPIGA	
LTD		MOHARRAS	
		REGATONES	

Fig. 188: Cuadro-resumen de la adopción y desarrollo de las moharras de influencia La Tène y los regatones con espiga. La opción “regatones” refiere a los formatos de embocadura en cubo, que no pueden distinguirse de los autóctonos. La mayoría de los espacios oscuros están muy mal representados, a veces con un único ejemplar.

La segunda parte de este interrogante no es fácil de responder debido a la ausencia de estudios actualizados que registren todas las moharras catalanas y nos permitan comparar sus datos con las piezas con influencia La Tène que nosotros mismos hemos destacado. De todos modos, persiste una cierta sensación de que la mayoría de las lanzas de este territorio son de tipos comunes, que nada tienen que ver con su procedencia del ámbito galo. Así, por ejemplo, ocurre con su ausencia en buena parte de los poblados con armas del ámbito laietano e indikete, como Mas Castellar, Ampurias, Sant Julià de Ramis, Puig Castellar..., o su clara escasez en Burriac o Ullastret, donde no faltan lanzas de otros tipos. En cambio, su peso se deja notar en el ámbito funerario, normalmente en conjunción con panoplias bastante completas, como ocurre en las piezas de Cabrera de Mar y Turó dels Dos Pins en las que se documentan este tipo de armas (sobre todo las de gran formato). La impresión, por tanto, es que la utilización de estas lanzas es limitada incluso en este territorio, y quizás sólo afecte a ciertos sectores sociales donde se valore en especial el uso táctico de lanzas con moharras voluminosas.

En relación con este panorama que aquí esbozamos muy superficialmente, podemos fijarnos en lo que ocurre en el ámbito ibérico norpirenaico, y en concreto en la necrópolis de Ensérune:

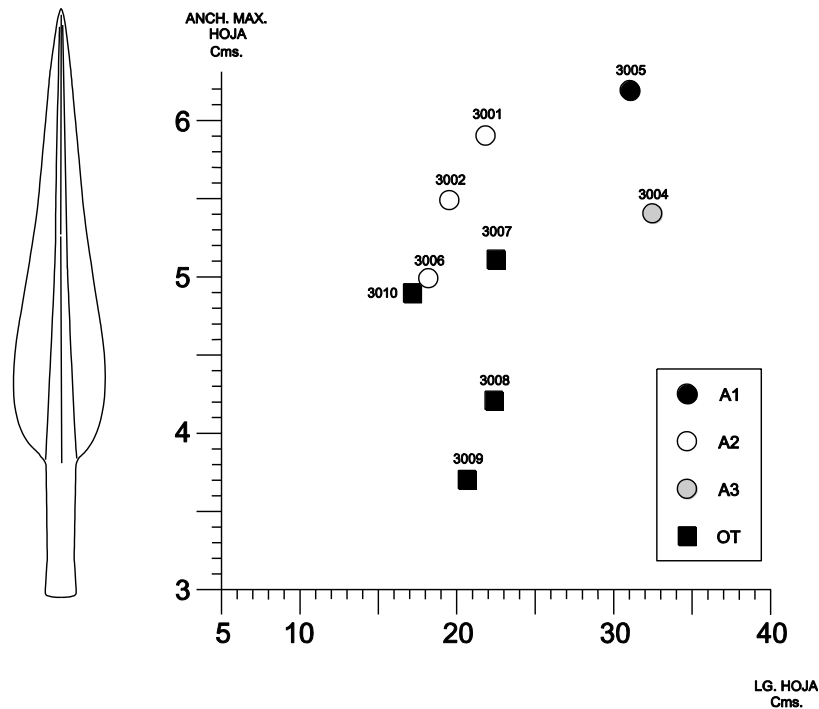


Fig. 189: Gráfica que representa la relación de anchura máxima y la longitud de las hojas de las moharras estudiadas. Las piezas correspondientes al grupo A suelen ser más anchas y voluminosas, pero en la figura no se representa la anchura de la punta, que es mayor en estos casos, y otras moharras parecen igual de anchas, aunque sólo lo son en su base.

En las panoplias de esta necrópolis (una de las de mayor perduración de la “periferia” de la cultura La Tène), se aprecian las más claras combinaciones del armamento del Norte y el Sur europeo (Rapin, 2008: 251-255). Entre las armas de procedencia autóctona, destacan precisamente las armas de asta, que para los especialistas franceses se derivan de una herencia ibérica (*Ibid.*: 252 y Schwaller *et alii*, 2001: *passim*)⁶⁷³; algo en lo que estamos completamente de acuerdo. Rapin (2008: 251) sugiere asimismo que esta combinación de armas en las que prima la producción autóctona sobre patrones plenamente latenenses junto a otras de procedencia languedociense, celtibérica o ibérica, parecen conferir una imagen de plaza fuerte del mercenariado al *oppidum* de Ensérune. Obviando este punto, la perspectiva puede asemejarse mucho a lo que ocurre en el noreste peninsular: una panoplia La Tène “periférica” en las que las armas de asta son generalmente las autóctonas, aunque desde el siglo IV y, sobre todo, el siglo III a.C., empiezan a ganar relevancia las lanzas de tradición La Tène.

⁶⁷³ Véase por ejemplo el ajuar de las sepulturas IB 71 y 13 (Schwaller *et alii*, 2001: 177-178 y figs. 5 y 6), aunque existen muchas otras que por ahora no han sido publicadas.

El por qué estas lanzas gana cierta repercusión en un momento tan avanzado tiene una explicación simple: al igual que la conservación de los formatos propios, la introducción de los nuevos tiene como objetivo su empleo táctico para unos fines concretos que habrá que procurar determinar.

En la **fig. 189** presentamos una gráfica comparativa en la que aparecen las escasas moharras nororientales seleccionadas en nuestro estudio. Enseguida salta a la vista la mayor anchura de los ejemplares del grupo A por encima de los otros. La sensación no es tan evidente como debería a causa de que el gráfico no alcanza a representar el volumen de la punta y se atañe a la anchura máxima de la hoja. En consecuencia, algunas fórmulas menores, como las puntas del Puig de Sant Andreu (3010) y Porqueres (3007), alcanzan las mismas cotas que las moharras del grupo A. Sin embargo, estas piezas no incluyen en ningún caso puntas anchas como las del resto. En este punto concreto reside lo que a nuestro juicio sí representa una innovación con una cierta repercusión en la esfera táctica.

En efecto, el uso de moharras con puntas anchas sugiere una intencionalidad distinta a las clásicas fórmulas con puntas alargadas destinadas a su uso de estoque, y nos está indicando una preferencia sobre el desgarre resultante de una estocada efectiva. Este tipo de moharras, que en contextos europeos es incluso más exagerada que en el noreste peninsular, confieren un aspecto más voluminoso al extremo de la lanza, que adquiere una mayor contundencia al golpear. Es posible que esta mayor capacidad de desgarre repercutiera a su vez en la inutilización de las defensas del enemigo y en la realización de cortes sobre su cuerpo con mayor facilidad aunque el golpe hubiera fallado su objetivo de herir de punta, que es lo más deseable desde el punto de vista táctico.

En cualquier caso, nuestro parecer es que la introducción de los formatos latenenses de moharra en el noreste peninsular llegó de la mano de este tipo de producciones que añadían otras posibilidades tácticas para luego difundirse o adaptarse a otros formatos menores, como podrían ser los ejemplares del Turó dels Dos Pins (3008-3009) o el Puig de Sant Andreu (3010) y Porqueres (3007). El uso de regatones con espiga, que hasta ahora está mal atestiguado, se explicaría asimismo por la incorporación de esquemas tácticos en los que se valoraría el uso de estos objetos como contrapeso por encima de su capacidad ofensiva.

En cuanto a la procedencia concreta de las piezas documentadas en el noreste, como siempre, nos mostramos partidarios de que su fabricación se produjera en el mismo

territorio donde serían explotadas, sobre todo si tenemos en cuenta la facilidad de fabricación de este tipo de armas, que no implica grandes problemas tecnológicos. La propia morfología de algunas de las moharras puede estar sugiriéndonos precisamente su adaptación a esquemas autónomos, mientras que otros rasgos particulares como podrían ser la tendencia cilíndrica de algunos de los cubos (en vez de la tradicional forma cónica) o la inexistencia de clavos en la mayoría de ellos⁶⁷⁴ podrían ser otras señales características de algunos talleres de este territorio.

Fases de influencia

Ya a modo de conclusión, trataremos de esbozar un pequeño resumen de las fases de influjo básicas de estas armas de influencia La Tène sobre el territorio peninsular:

-Para el territorio del noreste peninsular, pensamos en un influjo constante por la vía mediterránea con el Languedoc quizás desde mediados del siglo IV a.C. y sobre todo, a partir del III a.C., en relación con las moharras de gran formato y los regatones con espiga. Estos esquemas afectarían a la panoplia autóctona sólo de forma muy parcial, puede que limitándose a ciertos ámbitos sociales o a intereses particulares para explotar armas de mayor formato. Paralelamente, se produciría la adaptación de estos patrones a otro tipo de moharras más livianas, de la misma tradición o bien de una más autóctona.

-Para la Celtiberia, el influjo sería mucho menor y sucedería a una fase anterior en la que se adoptarían fórmulas parecidas a formatos latenienses tardíos procedentes del suroeste francés. En este caso, la región de influencia sería esta misma, pero con una panoplia ya transformada en la que el peso de las armas de tradición La Tène es mucho mayor. Estaríamos hablando por tanto de una época plena, que con toda probabilidad sería posterior a LT B2 y probablemente se limitara a unas cuantas piezas esporádicamente representadas a lo largo del siglo III a.C. y parte del II a.C. En todo caso, tales esquemas nunca llegarían a competir con los formatos autóctonos, que llevarían el peso casi exclusivo de las armas de asta en ambas mesetas.

⁶⁷⁴ Aunque este último particular puede deberse a la mala conservación de las piezas, en general muy oxidadas o deterioradas en este punto.

VI. LOS CASCOS

La última de las piezas de la panoplia que vamos a estudiar no es un arma como tal, sino parte del equipamiento defensivo del guerrero.

En la Península Ibérica, las protecciones corporales metálicas son muy poco abundantes (Quesada, 1997: 572), y no hay rastro de fragmento alguno de cota de mallas, que es la única defensa pasiva de origen La Tène (Rapin, 2008: 262) que cumple con estas características y es por tanto susceptible de su conservación en la actualidad. En cambio, el empleo de cascos metálicos no es tan raro en contextos peninsulares, y existen unas pocas piezas que pueden ser clasificadas sin problemas dentro de los elementos de la más pura tradición lateniense (Quesada, 1997: 558-559).

No obstante, al igual que ocurriera con los escudos ovales o con el *gladius hispaniensis*, los patrones característicos de los cascos de tipo La Tène tienden a confundirse con otros que pertenecen a adaptaciones itálicas de estos, que en general atañen a un único gran grupo que en el ámbito académico conocemos como cascos “etrusco-romanos” o, mejor, como “de tipo Montefortino”. Por fortuna, en esta ocasión las diferencias entre un tipo de producción y otro son muy claras si se tienen en cuenta sus constantes básicas, de modo que nos desmarcaremos de estas derivaciones aunque lleguen a la Península Ibérica como una influencia La Tène “de reflujó” (pero que es en realidad itálica), y atenderemos únicamente a aquellas piezas que pertenecen a la tradición céltica original.

Este tipo de problemas de adscripción cultural (que esperaremos tratar más específicamente en el siguiente capítulo) ha sido una de las lacras más significativas de la investigación armamentística protohistórica durante muchos años, pero existen asimismo otro tipo de problemas de distinta índole que han marcado el desarrollo de este tipo de estudios de forma determinante y que vale la pena comentar:

En primer lugar, está el problema de la muestra:

Lógicamente, cuando hablamos de cascos metálicos de la Segunda Edad del Hierro hablamos de un tipo de producción muy escaso e infrecuente; lo que indudablemente se

debe a las fuertes complicaciones de tipo tecnológico que conlleva la fabricación de estos objetos.

Las implicaciones negativas del hecho de trabajar con una muestra escasa son muy notables, sobre todo si se trata, como es el caso, de materiales con un gran alcance geográfico y una relativa homogeneidad tipológica. En efecto, ciertos tipos de casco llegan a documentarse desde la región alpina hasta las más occidentales del litoral atlántico, los Balcanes, la región carpática o incluso el mediterráneo (Schaaf, 1988: fig. 11), aunque su número no llegue a la treintena de ejemplares conocidos. A su vez, la escasez de este tipo de armas es un indicio de su propia naturaleza extraordinaria. En el caso de los cascos de tipo La Tène (aunque también de muchos otros del Mediterráneo), podríamos hablar incluso de producciones de lujo, como sugiere su hallazgo en contextos funerarios, donde suele documentarse en tumbas de gran riqueza o con panoplias muy completas (*p.e.* Berru, Ciumesti, Monte Bibele o Boé, entre otros)⁶⁷⁵.

La calidad de los propios cascos es también otro síntoma de lo elitista de este tipo de protección. Muchos de ellos, especialmente los del área itálica y algunas de la región occidental, están profundamente decorados con placas de bronce y detalles de filigranas realizadas con oro, plata, coral y esmaltes de todo tipo.

En consecuencia, el hecho de que se trate de bienes de prestigio incrementa su complejidad a la hora de comprender la presencia de estos objetos en las regiones “periféricas” de la cultura La Tène, puesto que a veces puede resultar confuso determinar si se trata de materiales importados o manufacturados en el área autóctona, llegados de la mano de mercenarios, o como objeto de intercambios de prestigio.

Por otra parte, los cascos de tipo La Tène, como ocurre en general con otras armas más frecuentes, son mejor conocidos en algunas fases de su desarrollo que en otras. Por ejemplo, la costumbre es contar con pocos datos (aunque significativos) en La Tène A para el resto de las armas, pero sin embargo los cascos son relativamente abundantes en proporción con otras fases menos conocidas. En cambio, la mayor escasez de datos se

⁶⁷⁵ La tumba de Berru, al igual que ocurre en general con todas las champagnianas provistas de cascos, se asocia a una tumba de carro de tipo excepcional (Demoule, 1999: 187 y 271). La conocida tumba de Ciumesti con el casco rematado en ave articulada (Zirra, 1991) incluía un equipamiento defensivo muy completo entre el que se contaba una cota de mallas de hierro y unas grebas de bronce, así como otros objetos suntuosos como algunas cerámicas y un bocado de caballo. Por su parte, las sepulturas de Monte Bibele que contienen cascos, que se conocen en un número de seis, han puesto de manifiesto la relación de sus ocupantes con grupos socialmente significativos (Lejars, 2008: 172), mientras que la pieza de Boé se cuenta entre las tumbas tardías de mayor suntuosidad del periodo tardío en Europa occidental (Boudet, 1990-1991; Gomez de Soto *et alii*, 1994: 175-178).

da en LT B y LTC, porque en general, quizás con la excepción de Italia (Vitali, 1988: *passim*), suelen faltar en los contextos funerarios y documentarse tan solo en santuarios y lugares de culto (Agris, Amfreville, Förker Laas-Riegel, o algunos ejemplos de la Saône y el Rin). Aun así, nunca lo hacen en los grandes santuarios, como demuestra su ausencia en Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: 146-157), La Tène (Lejars, 2007: fig. 5) o las fases clásicas de Ribemont-sur-Ancre (Lejars, 2000: 247). La marginalidad a los contextos funerarios conlleva implícita la pérdida de su relación contextual con otras panoplias y elementos tipológicamente datables, lo que a su vez es una de las principales fuentes de incertidumbre respecto a la evolución de estas armas.

En segundo lugar, mencionaremos los problemas de tipo “tipo-tecnológico” que han afectado a la investigación de los cascos célticos hasta fechas muy recientes. Es este un problema muy relacionado con la adscripción cultural de estos objetos y su dicotomía entre el origen céltico o itálico de algunos de los tipos, pero existen también otras cuestiones relacionadas con la forma o el tipo de materiales empleados que acaban afectando otros formatos y que quizás haya que tener en cuenta:

Desde el excelente trabajo de síntesis de Ulbert Schaaf (1988), contamos con una importante herramienta de distinción tecnológica respecto a algunos tipos de casco de origen céltico, que en contextos europeos en general tienden a ser fabricados a partir de varias piezas (capacete y guardanuca separados), mientras que en la región itálica su fabricación se realiza generalmente a una sola pieza. Nuestra cautela respecto a esta afirmación recae no en su propia formulación por parte de Schaaf (que es acertada), sino de su posible mala interpretación o generalización peligrosa, puesto que creemos que este hecho hay que tomarlo más como una premisa que como una ley estanca. Veremos la importancia de este particular cuando analicemos alguno de los cascos hispánicos.

En cuanto al tema del material de fabricación del casco, es sabido que los contextos continentales priman por encima de los itálicos el predominio del hierro como base estructural durante las fases clásicas de La Tène, pero ello no significa que todos los cascos de esta época en contextos extraitálicos tengan que ser forzosamente de hierro o, si no, importaciones itálicas. De igual forma, no todos los cascos de bronce itálicos deben ser considerados “etrusco-romanos” por el solo hecho de ser en bronce, puesto que existen muchos ejemplares en contextos senones que implican unos patrones idénticos a los célticos en hierro con su mismo origen (*p.e.* Filottrano 12; Baumgärtel, 1937: lám. XXIII, 3-5, que incluye otros ejemplos del territorio limítrofe). La evidencia

arqueológica muestra, al contrario, que ambos formatos (hierro y bronce) están igualmente presentes en los mismos esquemas (tipos Berru y Böckweiller) desde La Tène A, lo que significa que en etapas posteriores pudo ocurrir lo mismo.

La decisión sobre uno u otro material o uno u otro tipo de composición del casco es, pues, más cultural que propiamente tecnológica, porque la tecnología de las primeras etapas de su desarrollo ya permitía cualquiera de estas opciones por igual.

El tercer problema es de conservación; uno de los clásicos. Aunque esta cuestión clave ha sido objeto de grandes mejoras en los últimos treinta años gracias a una ávida política de restauración (Vitali, 1996: *passim*) de piezas tipológicamente significativas (a veces destinadas a su exposición en salas de museos, donde son uno de los objetos más vistosos), no sabemos hasta qué punto nos estamos perdiendo datos importantes debido a la fragmentación de muchas de las piezas, de las que probablemente han sobrevivido sólo algunas partes, que quizás no hayan tenido la repercusión divulgativa que sería necesaria. Ciertos datos, como la existencia de un remate fuertemente ornamentado en Montlaurès (en la región narbonense; Feugère, 1994: 60) pueden ser de gran trascendencia para la comprensión de la presencia de estos cascos en las regiones periféricas.

Con todo, el estudio de los cascos cuenta con importantes ventajas que no tienen su equivalencia en otras armas mucho más abundantes o menos vistosas. Así, por ejemplo, existen trabajos de síntesis (Schaaf, 1988; Feugère, 1994) que han logrado estructurar una evolución inteligible para el desarrollo de estos cascos, aunque bien es cierto que algunos puntos concretos relativos a algunas de las producciones están apenas esbozados, y sería deseable contar con una sistematización y actualización de los datos, que no es inviable dado lo limitado de la muestra.

En la Península Ibérica, el papel del casco de tipo La Tène (prescindiendo de los formatos de tipo Montefortino y derivados) es muy limitado, quizás en consonancia de lo limitada que es la propia panoplia La Tène en este territorio y lo escaso de este tipo de protecciones en otros contextos menos periféricos. Dadas estas circunstancias,

realizaremos un estudio más escueto que para otros tipos de armas (a excepción quizás de las lanzas), entendiendo que unas pocas piezas no son suficientes para elaborar una tipología propia. En consecuencia, trataremos los casos por separado; pero antes esbozaremos algunos datos sobre la forma de este tipo de cascos y sus distintos elementos útiles para distinguir sus respectivas correspondencias de orden tipológico (con el resto de cascos de fuera del territorio peninsular) y cronológico.

VI.A. MORFOLOGÍA Y CARACTERÍSTICAS DEL CASCO CÉLTICO DE TIPO LA TÈNE

La función del casco no se le escapa a nadie. Su trabajo consiste concretamente en proteger la cabeza, que no es poco. Recogemos aquí unas líneas del trabajo de Quesada sobre el armamento ibérico en las que se narra a la perfección el por qué los cascos se cuentan entre las protecciones pasivas más frecuentes:

“a. Protege una parte vital del cuerpo, en la que una herida, incluso ligera, incapacita para combatir, mientras que una herida seria significa con toda probabilidad la muerte.

b. Mientras que el torso está protegido, al menos parcialmente, por el escudo, la cabeza debe estar visible para permitir la observación; por tanto, ese órgano vital está más desprotegido que el torso.

c. En comparación con una coraza, el casco es más ligero, limita menos la movilidad, y es menos costoso” (Quesada, 1997: 550).

La morfología del casco de tipo La Tène cumple con estos términos a la perfección. Aunque hay algunos modelos concretos más aparatosos, que sobre todo se destinan a la ostentación, en general los tipos célticos se caracterizan por su gran simplicidad compositiva, que permite una perfecta movilidad y una perfecta visión gracias sobre todo al hecho de contar con capacetes sencillos y carrilleras articuladas. A su vez, la tradición céltica cuenta con una larga costumbre de rematar sus cascos con sencillos botones que, llegado el caso, pueden convertirse en perfectos campos de ornamentación

donde desarrollar vistosas fórmulas muy llamativas destinadas a magnificar el propio casco y el personaje que lo porta, incluyendo a menudo crines, plumas u otros elementos peculiares.

Uno de los aspectos más importantes de la composición de los cascos de tipo La Tène es su **material** de fabricación. Como ocurre con otras armas y elementos complementarios como las vainas, las cadenas de suspensión, los umbos o las corazas, los pueblos célticos de las regiones nucleares desarrollaron para los cascos un patrón compositivo distinto al típicamente orgánico o bronceo más característico de las regiones mediterráneas (Rapin, 1999: 35-48; 2008: 266-267), y optaron por fabricarlos en hierro. La manufacturación de un casco de hierro no es nada fácil si se tiene en cuenta que se emplea la técnica del martilleado, que es la misma que se utilizaría para el bronce pero con un material mucho más duro y complejo de trabajar. En sí, esta técnica es la misma que estos mismos pueblos utilizaron para fabricar calderos, que son objetos de gran importancia ritual para los galos⁶⁷⁶.

Pero no es sólo el hierro el material que utilizaron para la fabricación del casco, puesto que también se produjeron cascos de bronce; sobre todo durante LT A, aunque con posterioridad tienden a desaparecer y limitarse a la región itálica, donde se combinan con los de hierro.

Por lo general, la tradición La Tène tiende a respetar los mismos formatos independientemente de su fabricación en hierro o bronce. Así, por ejemplo, entre los típicos cascos de capacete alto de tipo Berru, se conocen versiones de bronce (Somme-Tourbe, Berru, Saône, Main⁶⁷⁷), que son más abundantes, y versiones de hierro (Dürrenberg)⁶⁷⁸. Además, si nos fiamos de algunas citas antiguas (que lo cierto es que ponemos en duda), incluso hubo cascos de este tipo que se fabricaron de cuero (Feugère, 1994: 56), como en el ejemplar de Cuperly (*Ibid.*: 55; Jacobsthal, 1944: 116; Bretz-Mahler, 1971: lám. 98, 1).

⁶⁷⁶ No es de extrañar que algunos cascos fueran reutilizados como ollas o cazos (*p.e.* St-Jean-de-Castex o Bibracte; Feugère, 1994: 68 y Deyber, 2009: 182; Pernet, Poux y Teegen, 2008: Fig. 8, 79 respectivamente).

⁶⁷⁷ Somme-Tourbe: Jacobsthal, 1944: inv. 135; Bretz-Mahler, 1971: lám. 98, 3; Feugère, 1994: 53. Berru: Schaaf, 1988: fig. 34; Feugère, 1994: 53. Saône: Wirth, 2007: fig. 3 y Schönfelder, 2007: fig. 1, 3. Main: *Ibid.*: fig. 1, 1.

⁶⁷⁸ Schaaf, 1988: 293 y fig. 2-3

En general las tipologías más recientes de casco rechazan el bronce a favor del hierro, pero en Italia muchos ejemplares repitieron los mismos esquemas compositivos con versiones indistintamente de bronce y hierro. Así ocurre por ejemplo con una buena parte de los cascos dotados de disco temporal de las regiones boya, senona y picena⁶⁷⁹, como en los ejemplares de hierro de Nonsberg (Schaaf, 1988: K102), Ameglia 11 (Durante, 1987: fig. 9, 9) Montefortino 2 (Landolfi, 1978: 170), Filottrano 19 y 10 (Baumgärtel, 1937: lám. XXII, 2 y 7) y Monte Bibele 85 y 127 (Lejars, 2008: 205 y 218); y de bronce de Moscano Fabriano (Landolfi, 1991: 287), Monterenzio Vecchia (Lejars, 2006: fig. 7), Montefortino 17 y 18 (Schaaf, 1988: fig. 39, 1-2) y Filottrano 12 (Baumgärtel, 1937: lám. XXIII, 3).

En LT D, perdida ya la tradición celtoitálica a favor de otras producciones derivadas de esta, los tipos propiamente célticos conocidos son fabricados en hierro, como ocurre con los formatos de tipo “céltico occidental”, “céltico oriental” o “Port” (Schaaf, 1988: 302-309; Feugère, 1994: 65-76). Sin embargo, recientes hallazgos en el santuario de Tintignac (Limousin) (Maniquet (dir.), 2009: 21-24; Deyber, 2009: 288) han puesto al descubierto toda una serie de cascos de bronce de los más curiosos formatos, hasta hoy desconocidos por la investigación.

Partes y elementos del casco

El casco de tipo La Tène consta de cinco partes básicas (**fig. 190**): el capacete, el guardanuca, el remate, las carrilleras y los elementos orgánicos. La mayoría de estas partes se destinan a la propia protección, mientras que el remate y algunos de los elementos orgánicos como el barboquejo son las únicas con otro tipo de objetivos. En general, la manufactura de este tipo de cascos tiende a la fabricación por separado de cada una de estas partes, con la sola excepción de algunos tipos (sobre todo los antiguos y los celtoitálicos) que componen de una sola pieza el capacete y el guardanuca.

Vamos a entrar especialmente en los elementos metálicos (que son los que suelen conservarse en el registro arqueológico), y prescindir de los orgánicos, muy mal

⁶⁷⁹ Aunque en realidad tienen una dispersión mayor. Véase por ejemplo el ejemplar de la necrópolis alpina de Giubiasco (sep. 425; Pernet *et alii*, 2006: T-425).

conocidos, que consisten sólo en el acolchado interior del capacete (que suele ser de algún tipo de tejido vegetal) y las correas de sujeción al mentón (barboquejo).

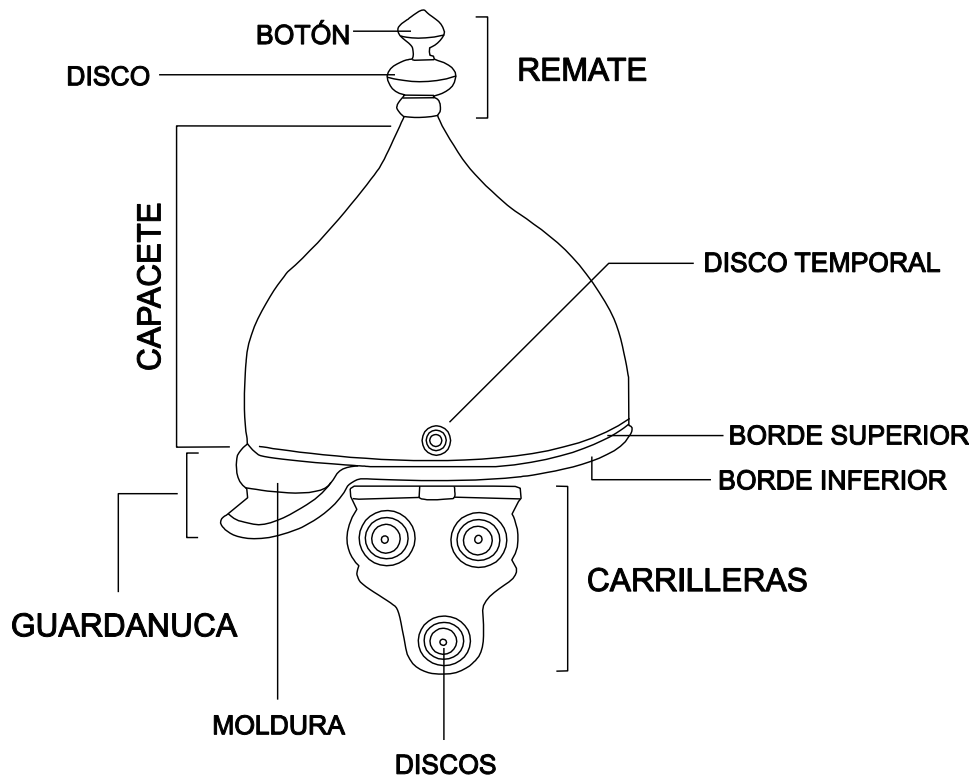


Fig. 190: Morfología del casco de tradición La Tène y sus distintas partes y elementos.

El capacete

La parte más importante del casco es el capacete, que constituye a resumidas cuentas lo que es un casco: un protector con la forma básica de la parte superior del cráneo. La tendencia natural, pues, es que estas piezas tomen una forma hemisférica, pero en realidad es suficiente con que la base tenga una forma ovalada ajustada a la cabeza, por lo que no faltan otro tipo de soluciones, como las cónicas.

En efecto, la **forma del capacete (fig. 191)** es uno de los criterios tipológicos más importantes para determinados tipos de casco. Desde La Tène A, se combinan capacetes muy altos, como los del tipo Berru (fig. 191, 1-2) con otros de tipo hemisférico; en el

tipo Böckweiller (fig. 191, 3). Precisamente algunas de las formas de este último tipo representan la reducción del casco a su mínima expresión, puesto que sólo cuentan con capacete; sin guardanuca, carrilleras o remates.

A partir de LT B, la tendencia habitual es que los tipos celtoitálicos se limiten casi exclusivamente a las formas hemisféricas (fig. 191, 4-5 y 7-8), mientras que los tipos alpinos o en general de la franja continental europea conservan ambas tendencias, aunque con capacetes ya mucho más bajos que en los antiguos esquemas del tipo Berru. La coexistencia de los dos tipos de capacete (cónico y hemisférico) se constata incluso en los mismos contextos, como bien confirma la gran colección de cascos de Förker Laas-Riegel (Feugère, 1994: 57), en Austria, donde se hallaron hasta 14 ejemplares, de los cuales al menos tres eran de forma cónica y otros seis de forma hemisférica.

De todos modos, la forma cónica rebajada parece ir perdiendo fuelle en las fases avanzadas de La Tène y desaparecer en LT D, donde muy pocos de los patrones conocidos incluyen este tipo de fórmula. Aún así, algunos raros casos derivados de los tipos occidentales tardíos (Fôret de Rouvray, Fôret de Louviers⁶⁸⁰) recuperan la tendencia a los capacetes cónicos y se cuentan entre los escasos formatos de esta época con remates apuntados.

No obstante, la mayor o menor altura del capacete es a veces relativa y caprichosa. En la opinión de Daniele Vitali, uno de los mayores especialistas de la panoplia celtoitálica, los cascos de Monte Bibele tienden a una forma más o menos alargada dependiendo básicamente de su acabado en el momento de su manufactura en caliente durante el martilleado (Vitali, 1988: 262-264), por lo que advierte razonablemente de la peligrosidad de este tipo de criterios tipológicos.

Uno de los atributos importantes de la base del capacete es lo que llamamos **borde inferior**. Este borde no es otra cosa que una protección al roce o los golpes recibidos en la frente por el propio casco al recibir un impacto. Algunos de los bordes pueden llegar a ser muy finos, y suelen estar realizados mediante el simple pliegue o ensanchamiento de la parte inferior del capacete. Sin embargo, existen otro tipo de bordes muy característicos de la tradición continental en el que se emplean secciones de láminas en media caña (en forma de “U”) que sirven como borde del capacete y a su vez como enlace de este con el guardanuca, cuando este se fabrica por separado (fig. 191, 5).

⁶⁸⁰ Schaaf, 1988: figs. 29-30 y 31-33 respectivamente.

Los formatos celtoitálicos a medio camino de su evolución hacia los tipos llamados “Montefortino” (*p.e.* Filottrano 12), incluyen también una característica fórmula decorativa en el borde inferior que consiste en la incisión de una serie de líneas intermitentes que dan a este elemento un aspecto como de cordón o sogueado.

Por encima del borde inferior se sitúa a menudo otro (**borde superior**) que generalmente arranca hacia la mitad del casco para prolongarse hacia el guardanuca. En muchas ocasiones, este otro borde no es más que una o varias líneas longitudinales incisas que no tienen un especial significado tipológico, por lo que no vamos a detenernos en ellas.

Otro de los puntos importantes del capacete es la articulación de este con las carrilleras en los laterales. Para garantizar bien el movimiento de las carrilleras, es imprescindible contar con un punto de apoyo en el capacete que sujete uno de los cilindros de la bisagra. Para ello, es necesario remachar una pequeña placa escondida en el interior del capacete de la que sobresalen, en el lado externo, una o varias cabezas de estos remaches. En los cascos más antiguos, que no tienen carrilleras, se disponen igualmente sujeciones para un botón o una anilla de anclaje para el barboquejo (fig. 191, 1 y 3).

Muchos de estos clavos, que son bien visibles en el lateral del casco, son la base para complejas ornamentaciones dependiendo de la disposición de los mismos⁶⁸¹. Uno de los esquemas más habituales de los cascos célticos es el que llamamos de “**disco temporal**”, por la existencia de un gran remache único (normalmente rodeado de otros discos en disposición concéntrica) situado sobre el hueso temporal del cráneo. Los más bellos de estos discos suelen hallarse entre las producciones celtoitálicas (fig. 191, 6-7), que destacan este campo entre los más habituales para su ornamentación, tanto si se trata de capacetes de hierro como de bronce⁶⁸². No obstante, no se trata en absoluto de una costumbre itálica, porque los mismos patrones algo más simplificados pueden observarse entre los antiguos ejemplares del tipo Berru (La Gorge-Meillet, Cuperly) o incluso entre las producciones alpinas de LT B/C (Förker Laas, Castelrotto, Mokronog, Sanzeno⁶⁸³). Para los tipos más modernos, de LT D, este patrón parece obsoleto y se limita a la sola presencia de una o dos cabezas simples dispuestas en horizontal y bastante sobresalientes.

⁶⁸¹ Que en la bibliografía europea tienden a denominar “cucardas” o “escarapelas”, aunque no somos muy partidarios de esta nomenclatura.

⁶⁸² *Vide supra*, en este mismo capítulo.

⁶⁸³ Castelrotto: Connolly, 1983: 121, 12. Trbinc (Mokronog): Schaaf, 1988: fig. 7-8; Gustin, 1984: fig. 3.

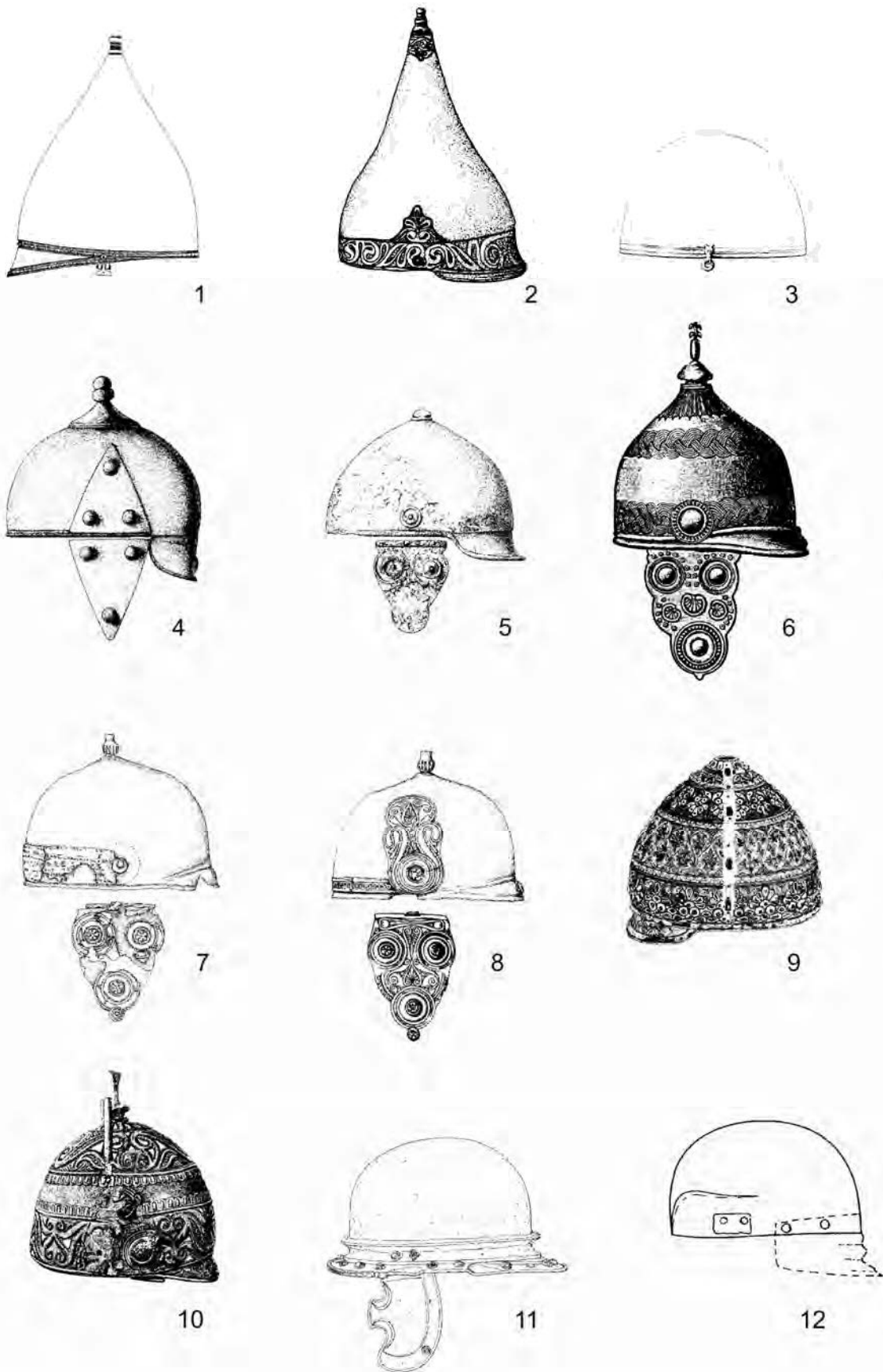


Fig. 191: Forma y componentes del capacete. 1: Casco de bronce de tipo Berru, procedente del río Main en Garstadt (Alemania), según Schönfelder, 2007: Fig. 1,1. Capacete y guardanuca son forjados en una misma pieza (LT A); 2: Casco de bronce de Berru (Marne), que da nombre a este tipo tan característico con capacete cónico muy alto. La decoración es incisa (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 12) (LT A); 3: Casco del sitio epónimo de Böckweiler, de hierro. El casco se reduce únicamente al capacete con borde inferior. No hay carrilleras ni remates (Schaaf, 1988: fig. 4) (LT A); 4: Casco de hierro de Batina (Eslovenia), con placa triangulada en el lateral adornada y sujeta con tres remaches (Schaaf, 1988: fig. 12) (LT B/C); 5: Casco de hierro de Trbinc (Mokronog, Eslovenia), según Gustin, 1984: fig. 3. Contiene remache o disco temporal bastante discreto (LT B); 6: Casco de bronce de la sepultura 18 de Montefortino (Italia), con decoraciones incisas y disco temporal hipertrofiado (Schaaf, 1988: fig. 39). El capacete es muy alto y forma parte de la misma pieza que el guardanuca. La carrillera es inmensa incluso para los tipos celtoitálicos (LT B2); 7: Casco de hierro con adornos de bronce de la sepultura 85 de Monte Bibele (Italia), según Vitali, 1988: fig. 3. Nótese el disco temporal con impronta de su decoración broncea. Lleva una característica banda de bronce en la parte frontal (LT C1); 8: Sepultura 116 de Monte Bibele, del mismo formato que el anterior pero con el disco temporal adornado con una “lira” de bronce (Vitali, 2003: lám. 191); 9: Capacete del casco ornamentado de Agris, de hierro con placas de bronce y otros metales y esmaltes. Se trata de un capacete bastante alto, con guardanuca exento (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 14) (LT B2); 10: Casco de hierro decorado de Canosa, con placas de bronce con incrustaciones de esmalte. En el lateral del casco, se aprecian las marcas de una placa trilobulada temporal que ha desaparecido (Schaaf, 1988: K104) (LT B2); 11: Casco de hierro de la sepultura 32 de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: T-32), correspondiente al tipo “céltico occidental” tardío. Capacete y guardanuca son una misma pieza. El borde inferior sobresale hacia afuera como las alas de un sombrero (LT D); 12: Casco de hierro de tipo Port procedente del santuario de Ribemont-sur-Ancre, con capacete hemisférico y otros adornos típicos de esta serie. Capacete y guardanuca separados (Lejars, 1996: fig. 10, 3).

Otro tipo de esquemas utiliza la disposición tripartita de los clavos, colocados en triángulo sobre una placa con esta misma forma (Batina; Gustin, 1984: fig. 31 y Schaaf, 1988: fig. 12) (fig. 191, 4) o con una forma similar a la de las carrilleras (Ciumesti; Brunaux, 2004: fig. 20, b). En opinión de Schaaf (1988: 300), este patrón es supuestamente oriental y constituye un refuerzo para el lateral del casco, aunque el empleo de formatos parecidos en contextos cisalpinos parece indicar su compaginación con lo estético.

En cuanto a este tipo de **ornamentaciones plásticas** complejas de la región itálica, contamos con varios ejemplos bien característicos en los que se aplica al disco temporal una suerte de “lira” (fig. 191, 8) en una placa de bronce gravada que remata en motivos vegetales (Monte Bibele 14 y 116; Lejars, 2008: 116 y 212) o en otros motivos que incluyen una cabeza humana estilizada (Monte Bibele 120 (*Ibid.*: 214) y Umbria; Schaaf, 1988: K103⁶⁸⁴) (**fig. 192**).

⁶⁸⁴ Probablemente de la necrópolis de Montefortino según la opinión de Vitali, 1988: 267.

Otra serie de cascos completamente distinta, más lujosa si cabe, incluye la decoración completa de todo el capacete (y en definitiva de la pieza entera) con bandas de bronce con relieves en formas de meandros, motivos florales y trísquelas a veces adornados con calados recubiertos de coral y otros esmaltes, además de ocasionales bandas de oro y plata. Los cascos más representativos de esta serie corresponden a los hallazgos e Amfreville, Agris (que se cuenta entre los más bellos ejemplos del arte céltico) (Duval y Gomez de Soto, 1986: *passim*), Canosa⁶⁸⁵ (Jacobsthal, 1944: inv. 143; Schaaf, 1988: fig. 15 y lám. 104) y un ejemplar fragmentado de St. Jean-Trolimon (Jacobsthal, 1944: inv. 141; Brunaux y Lambot, 1987: 146) (fig. 191, 9-10). Probablemente, como quiere Vitali (1988: 277-281) habría que diferenciar dos talleres de producción distintos: uno itálico para las piezas de lira y disco temporal que hemos visto antes y otro transalpino para las de ornamentación compleja.

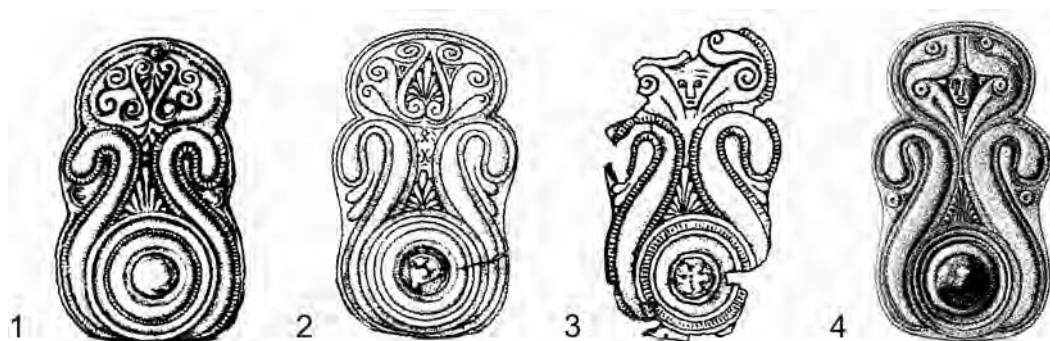


Fig. 192: Detalle de los adornos en “lira” del disco temporal de algunos cascos celtoitálicos. Las placas son de bronce y se aplican sobre capacetes de hierro. 1: Sepultura 14 de Monte Bibele, según Vitali, 2003: lám. 12; 2: Sepultura 116 de Monte Bibele (Vitali, 2003: lám. 191); 3: Sepultura 120 de Monte Bibele (Vitali, 2003: lám. 199); 4: Casco de Umbria sin procedencia conocida (probablemente Montefortino). Según Schaaf, 1988: 514, K103a. 1 y 2 rematan en motivos vegetales. 3 y 4 en adornos con figuraciones de cabezas humanas. No hay duda de que estos cascos proceden de los mismos talleres itálicos.

⁶⁸⁵ Aunque se discute si este ejemplar pertenecería a la misma serie o bien a otra inspirada por ella. En opinión de Feugère (1994: 61), la fabricación del capacete y cubrenuca a una sola pieza y su contexto de hallazgo supondrían su procedencia de un taller itálico. Por el contrario, para Vitali (1988: 281) se trataría mejor de una producción champagniana llegada a Italia como importación o a través del mercenariado. Nuestra opinión es más afín a esta segunda posibilidad dadas las evidentes similitudes con las otras piezas de esta serie, que son consideradas galas pero no itálicas (Duval y Gomez de Soto, 1986). Además, la fabricación a una sola pieza no es *per se* un motivo de su filiación celtoitálica, porque igualmente es posible en otros formatos europeos (*supra*). Con todo, nótese la confluencia (o influencia) de ciertos rasgos de esta pieza y la de Amfreville con algunos patrones itálicos, como la existencia de liras temporales (desaparecidas en ambos casos pero visibles en negativo).

El guardanuca

El guardanuca o cubrenuca es una pieza que sobresale hacia abajo y hacia atrás respecto al borde inferior del capacete y que se destina a la protección de la parte posterior del cuello, que es una de las más comprometidas de cuantas deben salvaguardarse.

El primer principio compositivo del guardanuca depende de su **fabricación** conjunta o por separado respecto al capacete (**fig. 193**). Cuando ocurre esto último, que es lo más frecuente entre las producciones de La Tène B en adelante, esta pieza se solda al capacete o se ajusta mediante varios remaches que a menudo quedan ocultos por las molduras o los bordes (fig. 193, 3-6).

Los patrones básicos de La Tène A, que contemplan en general los tipos Berru y Böckweiler, suelen forjar el guardanuca y el capacete de una sola pieza. Si uno observa el segundo de estos tipos, puede parecer que esta práctica se deba al hecho o bien no usan guardanuca (Böckweiler, Varena⁶⁸⁶) (fig. 193, 2) o bien este es muy poco pronunciado (Prunay, Dürrnberg 145)⁶⁸⁷, pero lo cierto es que los cascos de tipo Berru, que comparten el mismo espacio cronológico que los anteriores, sí cuentan a veces con guardanucas bastante prominentes (Somme-Tourbe, Dürrnberg 28/4)⁶⁸⁸.

Por otra parte, los tipos “clásicos” (LT B/C) de la región continental apenas conocen otra fórmula que las compuestas. Sin embargo, en el territorio cisalpino lo común es todo lo contrario. A partir de LT D, sólo los cascos de tipo “céltico occidental” (Schaaf, 1988: 303-304; Feugère, 1994: 67-72) y sus derivados emplean la segunda de estas fórmulas, pues todos los demás tendrían guardanucas exentos; incluyendo los tipos bronceos hallados en Tintignac (Maniquet (dir.), 2009: 22).

Otra de las características variables del guardanuca es su **forma**. Hasta las fases avanzadas de La Tène, prácticamente todas los cascos conocidos tienen una forma similar (más o menos pronunciada), de sección de círculo. A partir de este momento, sin embargo, estas piezas acostumbran a ser mucho más voluminosas y sobre todo más

⁶⁸⁶ Schaaf, 1988: fig. 5-6 y K100.

⁶⁸⁷ Jacobsthal, 1944: inv. 139 y Schaaf, 1988: fig. 35-36 respectivamente.

⁶⁸⁸ Feugère, 1994: 53 y Schaaf, 1988: fig. 2-3 respectivamente.

altas, como ocurre con los ejemplares de tipo Port (Feugère, 1994: 74-76)⁶⁸⁹ o “céltico oriental” (fig. 193, 5-6). Los patrones del tipo céltico occidental, en cambio, constituyen una excepción en este sentido, porque el guardanuca no es sino la extensión de un ancho borde inferior que se asemeja a las alas de un sombrero. En ocasiones (Giubiasco 32, Port)⁶⁹⁰, estas alas se proyectan hacia atrás de forma importante, pero en otras (Alèsia; Sievers, 2001: lám. 46) apenas hay diferencia con su parte anterior.

Además, estos mismos esquemas modernos suelen contemplar la existencia de toda una serie de molduras longitudinales superpuestas en el guardanuca (fig. 193, 6). El propósito de estas molduras (al igual que el de los pronunciados bordes superiores del capacete) es el de proteger esta zona de los golpes cortantes descendentes, que son los habituales en el combate con espada.

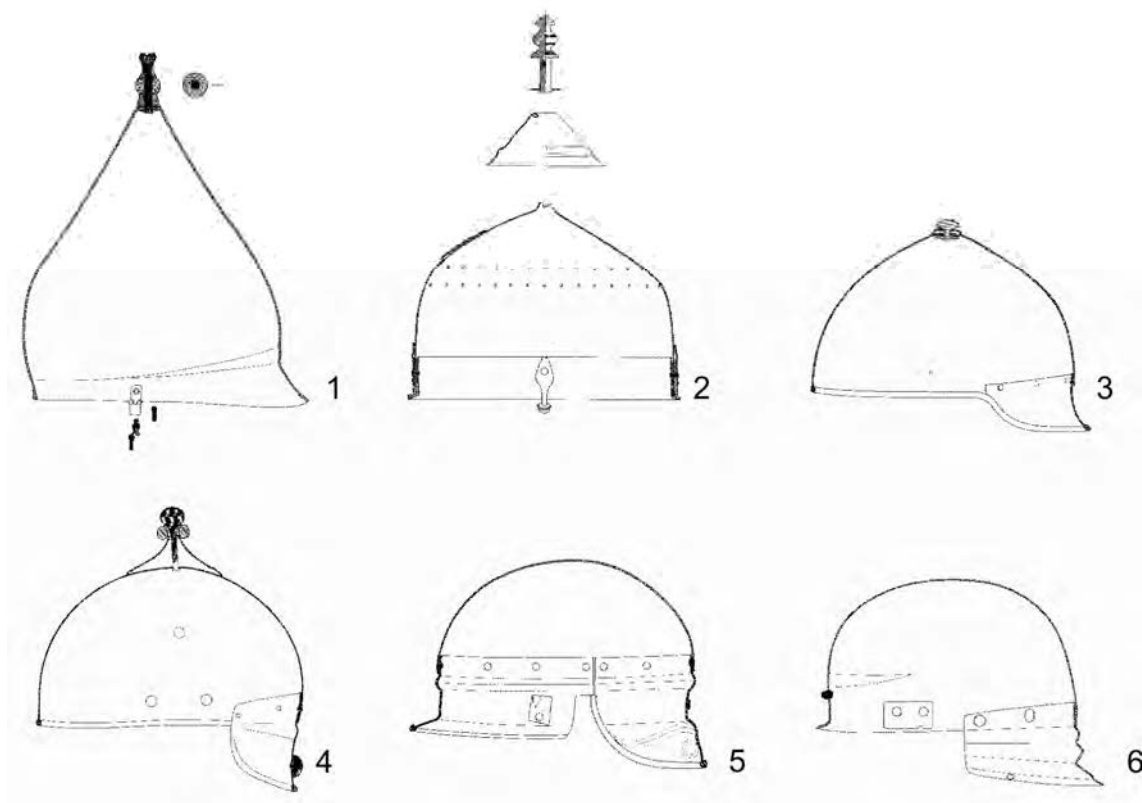


Fig. 193: El guardanuca y su composición respecto al capacete. 1: Capacete y guardanuca a una sola pieza; 2: Cascos sin guardanuca; 3-6: Guardanuca separado y remachado al capacete. 1: Dürrnberg 28/4; 2: Varena; 3: Trbinc; 4: Batina; 5: Mihovo 1656/27; 6: Port. Según Schaaf, 1988: figs. 3, 6, 8, 13, 22 y 28 respectivamente.

⁶⁸⁹ Este principio perdurará en algunas formas ya de producción romana y realizadas a una sola pieza, como el casco de tipo Weisenau (Schaaf, 1988: 307).

⁶⁹⁰ Giubiasco: Schaaf, 1988: fig. 16-18; Pernet *et alii*, 2006: T-32. Port: Wyss, Rey y Müller, 2002: lám. 50, 159.

Los remates

Otro de los rasgos más peculiares de las producciones célticas de la Segunda Edad del Hierro son los remates. El modelo más paradigmático de la cultura La Tène consiste en la existencia de un sencillo apéndice formado por un botón cónico o cilíndrico o bien una serie de discos dispuestos uno encima de otro⁶⁹¹. Una de las constantes básicas en la realización de estos cascos es su fabricación por separado respecto a las otras piezas, algo que ocurre incluso entre las producciones celtoitálicas que emplean capacetes con guardanuca integrado. Para ajustar el remate a la parte alta del capacete, se emplea un sistema sencillo que consiste en remachar por el interior de este un clavo o perno que conforma el eje sobre el que se disponen los botones o discos decorativos u otro tipo de ornamentaciones (fig. 193, 1-4). El propio capacete ya está preparado para ello, dejando un pequeño orificio en su extremo a tal fin.

Junto a los tipos más frecuentes con botones o discos⁶⁹², destacan otros que llamamos “de remate complejo” en los que tiene lugar toda una serie de versiones a cuál más fantástica. En su descripción sobre los guerreros galos, Diodoro (V, 30,2-3) es bastante explícito en cuanto a estas suntuosas fórmulas:

“Se ponen en la cabeza yelmos de bronce adornados con grandes y salientes figuras, que proporcionan un aspecto sobrecogedor a quien los lleva; en algunos casos se han unido unos cuernos a los yelmos formando un todo, y en otros se han representado las partes superiores de pájaros y cuadrúpedos”.

La alusión a los cuernos no es del todo desconocida en contextos periféricos si contamos con las ornamentaciones de algunos cascos británicos (río Támesis: Stead, 1985: fig. 76; Connolly, 1981: 121, 18) o ciertos ejemplares derivados de la influencia céltica, ya probablemente de producción etrusca⁶⁹³ (Monte Bibele 132; Lejars, 2008: 220) (ambos efectivamente en bronce). Si consideramos estos “cuernos” como de

⁶⁹¹ Aunque el origen de este diseño dista mucho de ser La Tène. En realidad, remonta mucho más allá y se aprecia incluso entre las producciones de la Edad del Bronce europea. En dicho sentido, véase Born y Hansen, 2001: *passim* y Feugère, 1994: 10 (tabla-resumen).

⁶⁹² Exagerando este esquema, hallamos algunos ejemplares con botones o discos completamente hipertrofiados, como por ejemplo en el único casco de hierro hallado en Tintignac (Maniquet (dir.), 2009: fig. 71; Deyber, 2009: 288).

⁶⁹³ La ornamentación sogueada en el borde inferior, su fabricación a una pieza (incluyendo el remate en botón cónico) y sus carrilleras anatómicas no dejan lugar a dudas en este aspecto y deben considerarse parte del grupo C de Coarelli (Coarelli, 1976: 166-167; Lejars, 2008: 144).

cérvido, entonces la referencia podría incluso afectar a otros ejemplos itálicos como el de la sepultura 12 de Filottrano (Baumgärtel, 1937: fig. XXIII, 3-5; Jacobsthal, 1944: inv. 147).

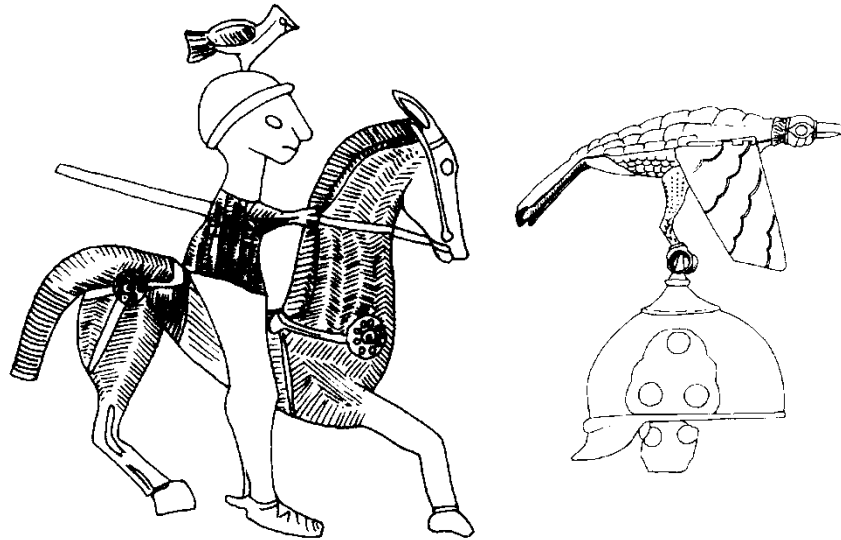


Fig. 194: Cascos con adornos complejos de aves, según Brunaux, 2004: Fig. 20. A la izquierda, representación de uno de los personajes del caldero de Gundestrup (Dinamarca). A la derecha, casco de la “tumba del jefe” de Ciumesti (Rumanía).

Sin embargo, quizás los más llamativos de entre los remates se cuentan entre los raros ejemplos en los que se han conservado figuras de aves verdaderamente complejas. Entre los más conocidos con estas características, está el casco de Ciumesti (**fig. 194**), en cuyo remate descansa la enorme figura de un ave de presa cuyas alas están articuladas y probablemente oscilaban hacia arriba y hacia abajo en la carrera, dando una impresión verdaderamente “sobrecogedora”, si adoptamos la expresión de Diodoro. Tal como ya han observado distintos autores (Brunaux, 2004: fig. 20, a), el empleo de este tipo de cascos aparece igualmente representado entre los relieves del caldero de Gundestrup, una de las piezas más enigmáticas del arte céltico⁶⁹⁴. Asimismo, entre los hallazgos recientes de Tintignac (Maniquet (dir.), 2009: *passim*) se cuenta un espléndido casco bronceo cuyo capacete está tocado con una preciosa representación, muy voluminosa, de un ave con distintas connotaciones simbólicas respecto a la anterior; en este caso: un ánade (probablemente un cisne) (**fig. 195**).

⁶⁹⁴ Que también cuenta precisamente con representaciones de “cuadrúpedos”, como el jabalí que figura en uno de los guerreros que avanza ante un grupo de músicos equipados con el tradicional *carnyx* galo y en otro de los jinetes que acompaña al que lleva el casco tocado con la figura de un ave (*Ibid.*: fig. 27).

Otros formatos no figurativos contienen fórmulas familiares a las que vemos aparecer en otras partes del casco, como por ejemplo el inmenso remate a tres discos de 28 cm de diámetro de otro de los cascos de Tintignac (*Ibid.*: fig. 22; Deyber, 2009: 288), que recuerda la clásica ornamentación de las carrilleras y adornos temporales de las fases LT B y LT C.

Pero no todos estos ejemplos tienen los remates en la parte alta. Algunos de ellos cuentan en vez de ello con encajes en el lateral del capacete que se utilizan para estas ornamentaciones más aparatosas. Varios de estos encajes son visibles por ejemplo en el casco de Agris, que presumiblemente contaría con alguna de estas representaciones. En otros ejemplares (*p.e.* Canosa), unos tubos situados a ambos lados de la parte alta del capacete actúan como receptores para plumas, de forma similar a las que utilizaron los *hastati* romanos según nos cuenta Polibio (VI, 23, 12).

Pese a lo habitual de estas estructuras (más o menos complejas), no todos los cascos de La Tène contienen remates. Precisamente la ausencia de este tipo de ornamentaciones es una de las características más curiosas de los ejemplares del tipo Böckweiler (fig. 191, 3). A partir del abandono de estos cascos, es raro ver capacetes desnudos hasta momentos muy avanzados, en los que estas ausencias se generalizan para contarse entre las más abundantes y casi únicas. Formatos como el céltico occidental y el oriental (fig. 191, 11 y 193, 5), el tipo Port o incluso otros tipos menos frecuentes (*p.e.* el del pozo votivo PF 9 de Toulouse; Feugère, 1994: 73) abandonan el empleo de remates, como igualmente lo hacen algunos de las series en bronce, según parecen indicar algunos ejemplares de Tintignac (Maniquet (dir.), 2009: fig. 18) o los más conocidos de tipo Coolus, en el caso de que se trate de producciones célticas y no romanas (Pernet, 2010: 116-122).

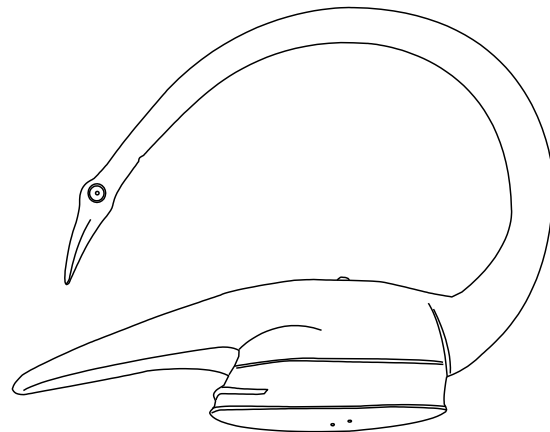


Fig. 195: Capacete de uno de los cascos de bronce de Tintignac (Limousin), con un remate muy complejo en forma de ave. Dibujo a partir de foto en: Maniquet (dir.), 2009: 16.

En todo caso, son muchas las variaciones y también las constantes, pero no parece existir una lógica evolutiva en el empleo de uno u otro tipo de remate. Por el contrario, y quizás con la excepción de los capacetes sin remate de La Tène D, la utilización de estos adornos parece ser libre y en relación con el propósito de ostentación del que harán gala sus propietarios.

Las carrilleras

La última de las piezas que forman parte del casco son las carrilleras (**fig. 196**). La intención de estos objetos, que se colocan uno a cada lado del capacete, colgando del borde inferior, es proteger los costados de la cara. Entre las producciones de tipo La Tène, las carrilleras son siempre articuladas, lo que evita la molestia que supone llevarlas bajadas cuando se está en reposo o son innecesarias. En la Península Ibérica, los cascos tardíos de tipo Montefortino aparecen casi sistemáticamente sin carrilleras (Quesada, 1997: 564), lo que puede interpretarse precisamente en este sentido, por lo incómodas que pudieran llegar a ser para el gusto local.

Los primeros cascos de La Tène no emplean carrilleras. Así ocurre por ejemplo con los tipos Berru, Böckweiler y los de capacete hemisférico derivados de estos (Dürnberg 145, Prunay). En su lugar, subsisten unos pequeños encajes con botones o anillas para sujetar el barboquejo o, quizás, algún tipo de carrillera de cuero menos aparatosa. Desde LT B1/B2, todas las carrilleras son ya articuladas y pertenecen a un único tipo, cuya forma se fundamenta en un principio decorativo a base de tres discos dispuestos dos en la parte alta y uno más abajo, en el centro relativo de estos dos últimos, como si se tratara de un triángulo (fig. 196, 1-3). Lo habitual de estos formatos es hallarlos en Italia, donde han sido comparados reiteradamente con las corazas (*kardiophylakes*) samnitas trilobuladas, que son casi idénticas (Connolly, 1981: 107-108). Sin embargo, no sólo se trata de esquemas itálicos, sino que se hallan igualmente entre los cascos de la Europa continental. Asimismo, otros autores (Lejars, 2008: 143)⁶⁹⁵ han observado la similitud de estos formatos con otros más antiguos, como las conteras trilobuladas de las vainas de LT A⁶⁹⁶.

⁶⁹⁵ Retomando la antigua idea de Jacobsthal (1944: 118), que ya consideraría este motivo como plenamente céltico y no itálico.

⁶⁹⁶ *Vide supra*, III.A.2.

Si observamos con detalle este tipo de carrilleras, vemos como ciertos ejemplares de la región transalpina se caracterizan por su distinto contorno, más apuntado o triangulado (Mokronog, Castelrotto, Batina, Agris) que el de los ejemplares cisalpinos, cuyo perfil es sin excepción convexo entre los discos superiores y el inferior. Aún así, no es esta una constante que pueda diferenciar ambos tipos de producciones, puesto que las convexas se cuentan a pares entre los hallazgos de Förker Laas-Riegel en Austria (Ramsl, 2007: fig. 6).

A partir de LT C2, las carrilleras trilobuladas tienden a desaparecer, progresivamente sustituidas por las llamadas “anatómicas”, que tienen una forma curva por la parte de atrás y con doble escotadura por la de adelante, creando un espacio para los ojos y otro para la boca (fig. 196, 4). La diferencia entre las carrilleras trilobuladas y las anatómicas parece ser más cronológica que cultural, puesto que las primeras desaparecen por completo en los formatos recientes, de LT D.



Fig. 196: Algunas carrilleras de cascos de tipo La Tène y variantes. 1: “Giubiasco” 263 (Schaaf, 1988: fig. 9). Una sola placa de hierro doblada y repujada, con remaches en los discos; 2: Monte Bibele, sep. 116 (Vitali, 2003: lám. 191). Hierro con placado de bronce decorado con relieves, grabados y esmaltes. Nótese la fórmula de unión del clavo para la sujeción del barboquejo; 3: Umbria (Schaaf, 1988: K103d), con un esquema de fabricación idéntico al anterior; 4: Carrillera de tipo anatómico procedente de la sepultura 169 de Novo Mesto, según Schaaf, 1988: fig. 23, 2. Una sola placa de hierro repujado con remaches decorativos. Nótese de nuevo la aparición de tres remaches en disposición triangular, como ocurre en las carrilleras de tipo trilobulado (1-3).

Existen también algunas otras variaciones entre las carrilleras, como por ejemplo el número de cilindros para las bisagras, que son más numerosos en algunos cascos de tipos modernos (Novo Mesto 169, Mihovo 1656/58 o Vinji vrh; Schaaf, 1988: fig. 23) (fig. 196, 4), o el tipo de sujeción para las correas del barboquejo, que normalmente se realiza mediante un botón o anilla sujeto a la parte baja de la carrillera.

Asimismo, la carrillera presenta un campo espléndido para la ornamentación. Muchas de las carrilleras itálicas se construyen mediante una base de hierro y un revestimiento a partir de una placa broncea decorada. La sujeción de ambas placas se realiza mediante remaches de bronce a veces esmaltados situados en el centro de los discos, que se disponen en diseños concéntricos gravados y repujados (fig. 196, 2-3).

Fuera del territorio itálico, es más raro ver carrilleras decoradas, aunque existen también ejemplos de gran exquisitez artística, como la única pieza conservada del casco de Agris (Gomez de Soto, 1991: 292), que cuenta con complicados diseños entre los que se pueden apreciar dos serpientes enroscadas, que constituyen las únicas figuraciones conocidas en estos soportes.

VI.B. ESTUDIO TIPOLOGICO DE LOS CASCOS DE INFLUENCIA LA TÈNE PENINSULARES

VI.B.1: Premisas al estudio tipológico

Con anterioridad hemos tocado superficialmente el problema de la procedencia de algunos cascos comúnmente llamados “etrusco-romanos”, “etrusco-itálicos” o “de tipo Montefortino”. Este tipo de cascos, que casi siempre se producen en bronce, se basan ellos mismos en series anteriores que tienen un claro origen celtoitálico y que se fabrican indistintamente en bronce o en hierro. Como estos tienen a su vez una clara influencia transalpina, bien encuadrada en el ámbito de la cultura La Tène “nuclear”, podríamos entender que también se trata de producciones de influencia La Tène; aunque remota.

Pero este tipo de cascos no va a tener cabida en este estudio.

El motivo de tal decisión metodológica es sencillo, y se explica por el solo hecho de que ambos tipos de producción son claramente diferenciables entre sí, lo que nos permite separar limpiamente lo que fuera una influencia La Tène directa sobre un territorio periférico como el de la Península Ibérica (algo que no ocurre por ejemplo con los umbos de escudo oval, cuyas producciones latenienses y romanas son mucho más parecidas entre sí), de lo que consistió en una influencia “de reflujó” que sin embargo no tuvo origen en la propia Península Ibérica (como sería el caso del *gladius hispaniensis*). Por otra parte, los cascos de tipo Montefortino hallados en este contexto ya han sido ampliamente estudiados por parte de autores como J. García-Mauriño (1993) o Fernando Quesada (1997: 554-564 y 1997e) y su análisis detallado implicaría adentrarse en una problemática mucho más compleja que afectaría un territorio muy extenso y un volumen documental para nada equiparable con el de las producciones de origen céltico. Precisamente la amplia difusión de este tipo de cascos y sus distintas variantes es otra de las razones más evidentes de su distinción respecto a sus antepasados galos, que fueron mucho menos comunes.

Para comprender mejor las diferencias entre las dos tradiciones, veremos brevemente algunos apuntes sobre el origen y las características de estos cascos de origen etrusco o itálico:

El origen de los cascos de tipo Montefortino y variantes

Ha corrido mucha tinta en cuanto al origen de las producciones de tipo Montefortino y sus variantes, pero en la actualidad, los estudios tipológicos realizados han logrado llegar a un cierto entendimiento que en realidad no deja de ser bastante evidente al menos en sus líneas básicas⁶⁹⁷. Hoy en día, se acepta ya que el origen de estos cascos se encuentra entre las producciones itálicas de origen céltico cisalpino (Schaaf, 1974: 189 y 1988b: 318; Feugère, 1994: 37; Quesada, 1997: 556 y 1997e: 152; Junkelmann, 2000: 56), cuyos patrones morfológicos derivan sin duda de las producciones célticas que estamos tratando en este trabajo. El motivo de la confusión tradicional radica en la separación de los cascos de tipo Montefortino y los de sus parientes inmediatos con los que convive durante algo más de un siglo: los cascos celtoitálicos.

En el capítulo anterior ya hemos visto parcialmente algunas de las características habituales de estas protecciones, entre las que se cuentan series distintas que contemplan básicamente los tipos ornamentados con discos temporales y los que ostentan otras decoraciones más complejas. En 1976, Coarelli distinguía cuatro tipos de casco en la genealogía y el desarrollo de los cascos de tipo Montefortino (fig. 12), y reconocía la mayor antigüedad de las series con carrilleras trilobuladas y capacetes altos con remates complejos, muchas veces realizados en hierro (Coarelli, 1976: 163-164). Aunque cuando habla de estos cascos en particular (tipo A de su clasificación) se refiere a producciones propiamente celtoitálicas, tiende a confundir sus esquemas con otros más avanzados en su tipo B, que englobaba simultáneamente algunas fórmulas en realidad emparentadas con el anterior y otras que corresponden a las otras series (C y D; que son ya las de tipo Montefortino) pero que incluyen carrilleras trilobuladas en vez de las anatómicas habituales en estos cascos. El problema básico de este tipo de confusiones, depende en realidad de dos aspectos: por una parte, la separación artificial entre series célticas con capacetes de tendencia cónica y tendencia hemisférica; y, por la

⁶⁹⁷ De hecho algunos autores de los inicios de la investigación del armamento hispánico (Sandars, Schulten) catalogaban erróneamente estos cascos como galos (*cf.* Quesada, 1997: 554), lo que en sí ya nos da una idea de lo cercanos que están a las producciones más típicamente La Tène.

otra, por la sincronía de estas series con las etrusco-itálicas (B, C-D), con las que conviven desde tiempos precoces. Así, muchos de los cascos del tipo A de Coarelli pueden fecharse dentro del siglo IV a.C.⁶⁹⁸, pero lo mismo ocurre con los de su tipo B (para los que reconoce fechas entre la mitad y el tercer cuarto del siglo IV a.C.) y el tipo C (último cuarto del s. IV a.C.)⁶⁹⁹ (*Ibid.*: 164-167).

El patrón básico de las producciones celtoitálicas es simple y por lo general basado en un principio constructivo distinto al de sus parientes transalpinos contemporáneos. En efecto, la fabricación de capacete y cubrenuca a una sola pieza puede tener que ver con su origen antiguo, derivado directamente de las producciones de La Tène A. En general (*p.e.* Schaaf, 1988b: 318), se refiere al tipo Berru como fuente inicial de la influencia sobre las producciones itálicas, pero sin duda hay que contar también con otras series igualmente antiguas con capacete hemisférico y remate emparentadas con el tipo Böckweiler (Dürrenberg 145, Hallstatt 994, Prunay⁷⁰⁰). Hacia inicios del siglo IV a.C., se produjo la llegada de las influencias de origen La Tène a través de los pueblos célticos que alcanzaron a la Península Itálica y ocuparon la región cisalpina y una parte importante del territorio noradriático. Desde entonces, se documentan toda una serie de cascos de hierro y bronce con una serie de peculiaridades intrínsecas que, paralelamente, denotan su afinidad a las producciones alpinas y transalpinas con las que están emparentadas. En ocasiones, los hallazgos de estos cascos se documentan en necrópolis (Montefortino, Monte Bibele) en las que igualmente aparecen series en bronce derivadas de estas y adscritas ya a una fabricación más puramente itálica, con un probable origen etrusco.

Sobre la diferenciación de las ramas celtoitálicas y etrusco-itálicas

Ya en 1937, E. Baumgärtel sentó las bases para lo que posteriormente representaría la distinción morfotécnica entre las distintas variantes de producción celtoitálica y etrusco-itálica, que él llamaba en ese primitivo estadio de investigación: tipos “Filottrano” y

⁶⁹⁸ Aunque Vitali admite que su pervivencia alcanza como mínimo hasta mediados del siglo III a.C. (Vitali, 1988: 275).

⁶⁹⁹ Uno de los hallazgos más bien fechados de este tipo de cascos procede de la sepultura 132 de Monte Bibele, cuya datación corresponde inconfundiblemente al estadio LT B2 (Lejars, 2008: 172, 220 y fig. 9). El casco cuenta con todos los atributos propios de las producciones de tipo etrusco-itálico, con capacete y remate en una misma pieza, borde inferior con decoración en cordón y carrilleras anatómicas.

⁷⁰⁰ Respectivamente: Schaaf, 1988: fig. 35-36; Schaaf, 1974: fig. 38 y Jacobsthal, 1944: inv. 139.

“Montefortino” señalando las respectivas diferencias entre los hallazgos de ambas necrópolis (Baumgärtel, 1937: 276). En la actualidad, sólo la última de las denominaciones ha sido respetada para referir popularmente a los tipos derivados de estas producciones autóctonas, aunque en el terreno académico tiende a rechazarse o a utilizarse únicamente como indicativo de ciertas series antiguas (Junkelmann, 2000: 52-65) para distinguirlas de otras más recientes con una mayor simplificación del mismo concepto (*p.e.* el tipo “Buggenum”).

Para Baumgärtel, incluso ciertas producciones en bronce de las que él denominaba “de tipo Filottrano” eran una herencia directa de las mismas técnicas aplicadas en los cascos de hierro, en las que el remate siempre se fabricaba por separado del capacete. En las producciones “de tipo Montefortino”, en cambio, no existen discos temporales u otras ornamentaciones laterales, mientras que el remate es forjado de una misma pieza con el capacete y el guardanuca. Por otra parte, mientras que en la primera de las familias sólo se emplearon carrilleras de tipo trilobulado, en la segunda se utilizaron especialmente las de tipo anatómico, aunque reconoce algunos casos que suponen una excepción.

Esta descripción simple es ya de por sí muy fiel a la realidad, y subraya la principal característica de las producciones itálicas, que consiste en la simplificación del patrón céltico. No obstante, la definición más clara y concisa es muy posterior y corresponde a las investigaciones de Ulbert Schaaf (1988b), uno de los mejores especialistas sobre los cascos de tipo La Tène y sus derivaciones:

En la descripción de Schaaf (**fig. 197**), la cuestión constructiva es la más importante, del mismo modo que ocurre cuando se refiere a los cascos célticos en general (Schaaf, 1974 y 1988: *passim*). Por una parte, se insiste en la manufactura del remate conjunta respecto al capacete y cubrenuca a la que hemos referido con anterioridad. Por la otra, se aprecian ciertos rasgos diferenciables en la construcción de las carrilleras, que sólo son del tipo trilobulado en la región etrusca y entre los ejemplares más antiguos (Schaaf, 1988b: 318). En estos casos, la construcción típica de las carrilleras célticas a dos placas sujetadas mediante los pequeños remaches que conforman el centro de los discos, se substituirá por un sistema de soldadura simple, a veces con una delgada placa de plomo entre las dos de bronce. A su vez, las bisagras que articulan con la del capacete se fabrican en una pieza aparte que irá remachada a la parte superior de las carrilleras.

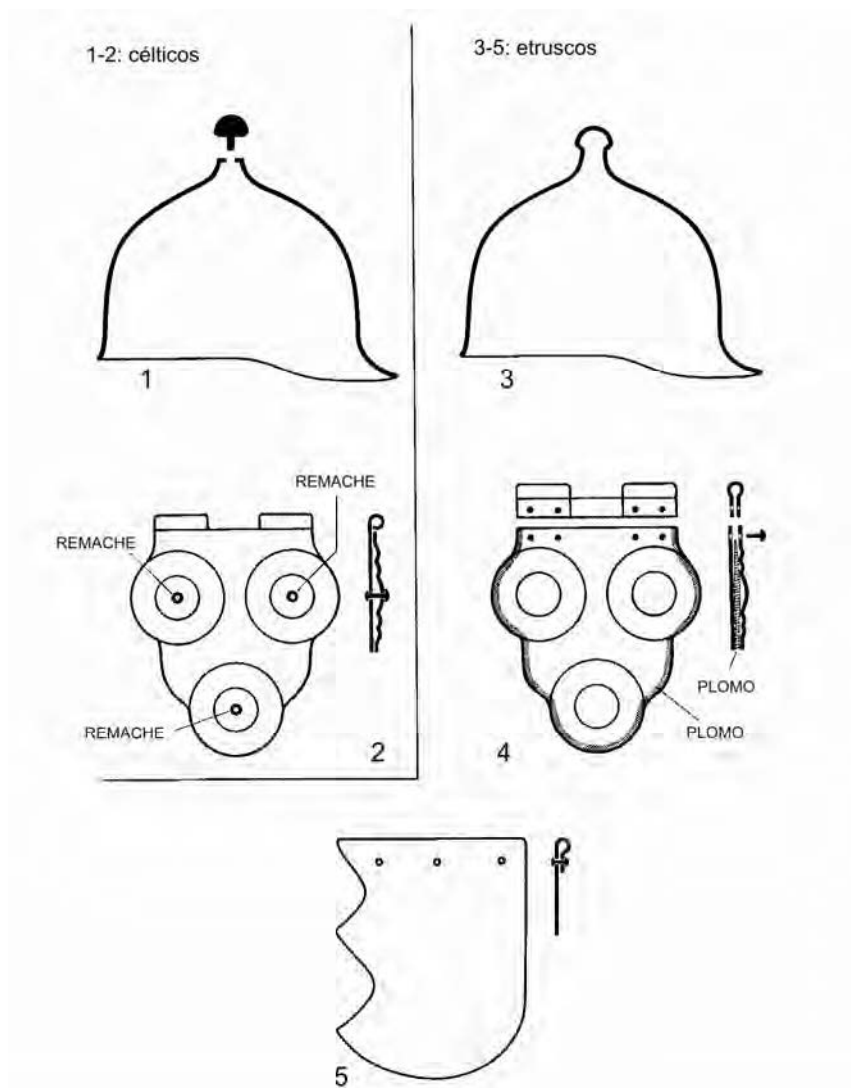


Fig. 197: Comparación de los criterios constructivos de los cascos celtoitálicos y etrusco-itálicos, según Schaaf, 1988b: Fig. 1.

Esta es en sí la síntesis de lo que representan las producciones etrusco-itálicas respecto a las celtoitálicas: una simplificación técnica; simplificación que repercutirá ya en el siglo III a.C. avanzado en su difusión a gran escala en el ejército romano y hacia otros territorios mediterráneos (Feugère, 1994: 39). La fabricación siempre en bronce es uno de los motivos de su mayor repercusión, puesto que no es lo mismo elaborar una pieza de hierro que una de bronce por martilleado. Por otra parte, no hay que olvidar lo que nos advertía E. Baumgärtel acerca de la ornamentación de estos cascos: en ningún caso existen ornamentaciones complejas con apliques como las que atañen a las producciones de tipo céltico, sino que estas se limitan al grabado del borde inferior con motivos sogueados y algunas líneas incisas en el borde superior, el guardanuca o el

remate. Del mismo modo, las carrilleras siguen este mismo patrón, siempre con diseños muy simples para nada equiparables a las de sus ascendentes cisalpinos.

Esta tendencia a la mayor sencillez de los patrones básicos tendrá continuidad en algunas de las variantes más tardías de esta serie que se verán afectadas por las reformas militares romanas del siglo I a.C. (*Ibid.*: 42), fecha que marcará la desaparición del borde, las decoraciones en el remate y en general cualquier línea ornamental que afecte al capacete o el guardanuca (tipo Buggenum). En otras producciones coetáneas, el propio remate se ve afectado por la profunda simplificación de estos esquemas y llega a desaparecer por completo (tipo Coolus/Mannheim) (Robinson, 1975: 18-21 y 26-41; Schaaf, 1988b: 322-326; Feugère, 1994: 41-50).

En el mismo sentido, en su estudio sobre la absorción de la producción de las antiguas formas etruscas por parte del ejército romano, John Paddock (1985: 145-146) diferencia dos momentos de cambio en las formas de producción que certifican la multiplicación de este tipo de cascos a partir de finales del siglo II a.C.: el primero en la propia síntesis de los patrones clásicos y la noticia de algunos acabados de mala calidad (como el remate descentrado o añadido por soldadura), y el segundo, ya en época augustal, en la fabricación de los capacetes a torno y no por martilleado.

VI.B.2: Los cascos hispánicos

Vistas las posibles herramientas para diferenciar las producciones de tipo celtoitálicas y etrusco-itálicas, el distinguir entre este último tipo de cascos y las posibles piezas hispánicas de origen transalpino resulta tarea mucho más fácil. Para empezar, y pese a que ambas ramas tienen aspectos muy similares en la forma de su guardanuca, su borde y su capacete más o menos hemisférico, contamos con elementos definitivos como lo son la fabricación del casco en varias piezas (como mínimo dos para capacete y remate o tres si el guardanuca es exento), su manufacturación en hierro, o la presencia de elementos decorativos distintos al típico borde a cordón.

No vamos a entrar aquí en detalles acerca de la investigación del casco de tipo Montefortino en la Península Ibérica porque ello se aleja de nuestras intenciones inmediatas. Nos basta con remitirnos a las investigaciones de Fernando Quesada al

respecto (Quesada, 1997: 554-558), que cuentan con un análisis detallado de lo que hasta ahora han sido las distintas versiones acerca de esta problemática y su eventual repercusión hacia los ejemplares de inspiración La Tène directa⁷⁰¹.

Desde hace ya dos décadas, tiende a estar bastante claro que los cascos de hierro con guardanuca independiente y los de bronce con remate integrado pertenecen a orígenes distintos y deben ser estudiados por separado. Ya Majolie Lenerz de Wilde (1991: 179-181) aprovecharía las investigaciones de Schaaf al respecto y catalogaría el casco de La Pedrera (5004) entre las producciones de tipo céltico independientemente de otras mucho más numerosas que entrarían en la categoría de los cascos de tipo Montefortino. El mismo camino seguiría J. García-Mauriño en su estudio de los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica (García-Mauriño, 1993) al no dar cabida al ejemplar de La Pedrera y otros como el del silo 24 de Can Miralles (5001), que ya era conocido por entonces (Pujol y García Roselló, 1982-83: 70-72). Con posterioridad, Joan Sanmartí (1994: 341 y fig. 7) integraría estas dos piezas en lo que para él eran cascos célticos “*strictu sensu*” (*sic.*), pero no sería hasta el estudio de Fernando Quesada (1997: 559-560 y 1997e: 154-155 y 160) que se añadirían a este círculo otros ejemplares no adscritos al territorio nororiental, como el ejemplar de la sepultura 478 de Cigarralejo (5002), que también discutiremos más adelante. En su clasificación de los cascos de tipo Montefortino y sus variantes, Quesada ya distinguió un primer grupo con estos tres ejemplares (1997e: tabla I) de los que descolgaba el ejemplar de Cigarralejo al pertenecer a una tradición igualmente céltica pero a una composición distinta, a partir de la manufactura de capacete y guardanuca en una misma pieza⁷⁰². Igualmente, nos manifestamos por completo de acuerdo con este autor cuando considera que los tres ejemplares de tipo etrusco-itálico de la necrópolis ampuritana de Les Corts (seps. 7, 31 y 110; Almagro, 1953: 279, 299, 354 y figs. 227, 5; 253 y 336, 1) no deben ser integrados en el grupo de cascos célticos porque su tipología es distinta y su cronología del siglo II a.C., por lo que pertenecen a contextos de influencia romana (Quesada, 1997e: 154 y fig. 2) o, más propiamente, a su grupo de “cascos en contextos indígenas”

⁷⁰¹ En especial en los trabajos de Stary (1982: 117-119, 132-134 y mapa 1; 1994: 94-97 y mapa 3) donde ambos tipos de casco aparecen integrando lo que a su juicio son evidencias de la presencia de armas de tipo céltico, lo que no es en absoluto así, dado el origen itálico de la mayoría de estas. Esta línea de confusión sigue la que ya empleara en su estudio sobre las armas célticas de la Península Itálica, en la que también estudiaba de forma conjunta los cascos de tipo celtoitálico y los de tipo etrusco-itálico (Stary, 1979: 101-104, 107-109 y fig. 1).

⁷⁰² *Vide infra*, en este mismo capítulo.

(porque las panoplias de las que se acompaña son plenamente autóctonas pese a su influencia La Tène).

En consecuencia, nuestro estudio tipológico particular afectará tan solo a los ejemplares que Quesada considerara como de tipo céltico, añadiendo además un cuarto casco que hemos identificado como perteneciente a esta misma serie y que hasta el momento ha pasado desapercibido al haber sido catalogado erróneamente dentro de la tradición etrusco-italica (García-Mauriño, 1993: 107-108): el de la sepultura 27 de Galera (5003). Como es lógico, nuestro estudio afectará a cada uno de los cascos independientemente, porque carece de sentido establecer una nueva tipología para tan escaso número de piezas.

Estudio tipológico de los cascos

El primero de los cascos que vamos a estudiar corresponde al ejemplar de la sepultura 478 de Cigarralejo (**5002**) (Cuadrado, 1989: 111 y fig. 52; Quesada, 1997e: fig. 1), porque pertenece a una tradición más antigua que el resto (**fig. 198**).

Se trata de un casco no excesivamente bien conservado, del que destacan su capacete hemisférico con un perfil bastante abombado, la ausencia de borde inferior (que se suple con un engrosamiento simple), y su pequeño cubrenuca, que apenas se separa del plano del capacete. Se conservan varios fragmentos de este casco, que en la actualidad está restaurado. Entre los fragmentos pertenecientes a la parte superior del capacete se hallan varias abolladuras fruto de su inutilización ritual al ser depositado en la tumba, pero lo que destaca por encima de todo es su total ausencia de remate. Este hecho es en sí algo extraño para las producciones de tipo céltico a las que estamos acostumbrados, pero encuentran algún paralelo, como tendremos ocasión de ver.

En la parte baja, se aprecia una línea longitudinal incisa que tiene continuidad hacia la junta del guardanuca y que, llegado a este punto, se divide en dos líneas situadas justo por encima de este. Ninguno de los fragmentos ha permitido identificar un disco temporal o algún tipo de remache o pieza para la sujeción de las carrilleras (si es que las hubo). Por otra parte, lo que sí está claro es que se trata de un casco hecho de una sola pieza (en la que no hay división entre capacete y guardanuca) y, como ha notado

Quesada (1997e: 154), de una factura bastante rudimentaria teniendo en cuenta el grueso del mismo, que hace de este un ejemplar verdaderamente pesado.



Fig. 198: Casco de la sepultura 478 de Cigarralejo (5002), según se conserva en el Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo (Mula).

Siguiendo la propia argumentación de Quesada, esta pieza puede parecer *a priori* un ejemplar de tipo Coolus (*Ibid.*) por su ausencia de remate, la forma hemisférica del capacete y la sobriedad en su ornamentación, pero en cambio tanto la datación de la tumba como la propia morfología de la pieza sugiere una datación mucho más antigua y una afinidad con los modelos típicos de LT A y su transición a LT B:

En primer lugar, los cascos de tipo Coolus (fig. 199, 4) se fechan siempre desde época cesariana (Feugère, 1994: 43-45; Gorgues y Schönfelder, 2008: 259) o ligeramente anterior (Poux, 2008: 342; Pernet, 2010: 119)⁷⁰³, y serían por tanto incompatibles con el resto de elementos que conforman el ajuar de la tumba⁷⁰⁴. Por otra parte, ninguno de los ejemplos conocidos con este patrón se realizó en hierro, que es un material casi por completo inexistente en las producciones tardorrepublicanas. Otros rasgos apartan también este casco de las producciones de tipo Coolus, porque de tratarse de la variante

⁷⁰³ En relación al ejemplar del pozo 41 de Agen, cuya datación se sostiene a partir de las marcas en las ánforas vinarias (c. 120-104 a.C.) (*Ibid.*). Sobre la atribución del casco c. 80/60 a.C., véase Feugère, 1994: 45. Asimismo, véanse fechas similares para la tumba de Sigoyer (Pernet, 2010: 119).

⁷⁰⁴ *Vide infra*, VI.C. para más detalles.

pesada (Gorgues, 2005: fig. 3A) (que es lo lógico teniendo en cuenta la realización en hierro y el grueso de este), debería contar al menos con una ornamentación sogueada en su borde inferior, que ni siquiera existe como tal.

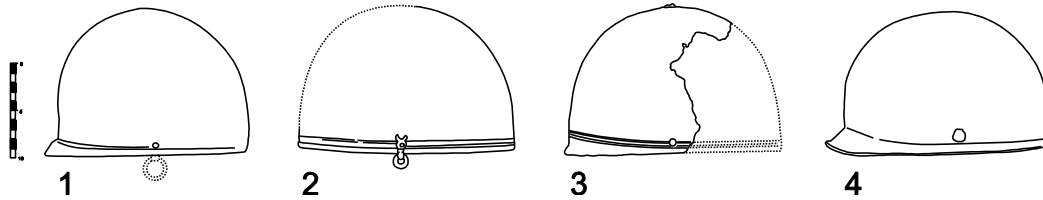


Fig. 199: Restitución del casco de la sepultura 478 de Cigarralejo (5002); 2: Casco de Böckweiler, que da nombre a la serie (a partir de: Schaaf, 1988: fig. 4; modificado); 3: Casco de la sep. 994 de la necrópolis de Hallstatt (síntesis a partir de: Schaaf, 1974: fig. 38 y Connolly, 1981: 121, 3); 4: Casco de bronce del pozo ritual 41 de Agen. Tipo Coolus (variante ligera), a partir de: Gorgues y Schönfelder, 2008: fig. 7. Este tipo de cascos pertenecen a formas comunes *a priori* no emparentadas con las anteriores (son mucho más tardías y nunca se fabrican en hierro).

Si analizamos en cambio este patrón desde otra perspectiva más acorde a la cronología de la tumba (Quesada, 1997e: 154), hallamos escaso eco en los esquemas del tipo Berru en cuanto a la forma del capacete, pero sí ciertas concordancias en cambio la elaboración del capacete y el cubrenuca a una sola pieza. En dicho sentido, resulta mucho más sólido el buscar correspondencias entre las formas antiguas con capacete hemisférico, que son en general muy mal conocidas en la investigación actual:

Por lo general, se tiende a dividir las primeras series de cascos La Tène entre los tipos Berru y Böckweiler, pero este último tipo es todavía muy enigmático y se sustenta casi únicamente por el ejemplar que le da nombre (fig. 199, 2) (Schaaf, 1988: fig. 4), cuyos rasgos son bastante extraordinarios para lo que es la propia tradición La Tène: ausencia de remates, ausencia de guardanuca... Este ejemplar en concreto, que es el ejemplar “tipo” contiene efectivamente ciertas afinidades con el casco de la sepultura 478 de Cigarralejo, que tampoco tiene remates y cuenta con un capacete muy similar igualmente decorado con sobrias líneas incisas en su borde superior. Sin embargo, la diferencia es clara en cuanto a la inexistencia de guardanuca, que viene contriada por el ejemplar hispánico. No obstante, y como decíamos, el ejemplar alemán no es el único con capacete hemisférico fechable en LT A, y de hecho existen otros (tanto en bronce como en hierro) que coinciden en algunos rasgos con este ejemplar “tipo” pero que a su vez lo relegan a un terreno de excepcionalidad dentro de lo que son estas producciones.

Así, por ejemplo, el casco de Varena (Schaaf, 1988: figs. 5-6) o el de Arbedo (Schaaf, 1974: fig. 36) cuentan con capacetes sin guardanuca pero van en cambio equipados con remates exentos. Otros, en cambio, se guarnecen asimismo con cubrenucas integrados generalmente poco pronunciados, como ocurre por ejemplo con el ejemplar de la sepultura 994 de Hallstatt (Schaaf, 1974: fig. 38), de hierro, o los cascos bronceos de Prunay (Jacobsthal, 1944: inv. 139) o la sep. 145 de Dürrnberg (Schaaf, 1988: fig. 35-36). El casco de Hallstatt (fig. 199, 3) es probablemente uno de los más cercanos tipológicamente al de Cigarralejo de no ser por la presencia de un remate del que sólo se conserva la parte baja. Igualmente, el cubrenuca poco pronunciado del ejemplar austríaco no resulta problemático, puesto que la profundidad de estos elementos fluctúa bastante como resultado de la fabricación totalmente manual de estos objetos. En la pieza de Prunay, por ejemplo, ocurre lo contrario, y el cubrenuca se proyecta hacia abajo de forma notable.

En cualquier caso, independientemente de cuál sería el paralelo más cercano al ejemplar de Cigarralejo, nos interesa destacar el hecho de que la moda centroeuropea de La Tène A contemplaba la posibilidad nada remota de poder fabricar un casco como este: de hierro, con guardanuca poco pronunciado integrado a un capacete hemisférico, sin remate y sin reborde, y con una sobria decoración. Estos patrones, que nunca incluyen carrilleras (siempre sustituidas por simples botones o anillas para sujetar el barboquejo) tienen coincidencia formal con ciertas producciones tardías de origen itálico o céltico (tipo Coolus) que *a priori* nada tienen que ver con las piezas célticas tempranas⁷⁰⁵. En consecuencia, nos alineamos con la opinión de Quesada respecto a la procedencia europea antigua del patrón morfológico del casco de Cigarralejo y rechazamos igualmente su vinculación con las producciones romanas del siglo I a.C.

La segunda pieza que vamos a comentar corresponde a los hallazgos del silo nº 24 de Can Miralles/Can Molodell, vinculados al poblado de Burriac. Este casco (**5001**) es estructuralmente mucho más complejo que el anterior, y se conserva lamentablemente

⁷⁰⁵ Aunque efectivamente llama la atención que el tipo Coolus se cuente entre los únicos patrones tardorrepúblicanos que precisamente cuentan con un sistema de sujeción de anillas (Feugère, 1994: 45-46) en vez de las características carrilleras anatómicas comunes en los otros tipos (tanto galos como romanos). Este tipo de afinidades no deja de ser sugerente, pero la distancia cronológica es muy grande (en torno a tres siglos) y no se conocen puntos de conexión. Sobre el origen céltico o itálico del Coolus, véase una síntesis en: Pernet, 2010: 116-122, en la que el autor se decanta, con buenos argumentos, por la primera posibilidad.

en un estado bastante fragmentario que oscurece alguno de sus detalles más representativos. El ejemplar, que fue hallado en el decurso de unas excavaciones realizadas en 1968, no ha sido reconstruido y dado a conocer hasta años más tarde, cuando Jaume Pujol y Joaquim García Roselló realizaran un análisis detallado de los distintos fragmentos y propusieran una primera reconstrucción de su aspecto aproximado (Pujol y García, 1982-83: 67-73). Con posterioridad, estos mismos autores revisarían esta reconstrucción y realizarían una nueva, más acertada (García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 320-321 y fig. 6), con un capacete más alto, el hallazgo de otras piezas del cubrenuca y la propuesta de algún patrón alternativo en la ornamentación de sus laterales.

Nuestro propio análisis morfológico de la pieza ha respetado en lo básico esta reconstrucción, aunque añadiendo ciertos detalles y rectificando otros que nos han parecido menos verosímiles.

En resumen, se trata de una pieza que ha sido objeto de inutilización ritual (al igual que lo fueron las otras armas que la acompañaban), pero cuyo aspecto original es fácilmente comprensible. La forma del capacete tiene tendencia hemisférica, aunque bastante alta y acrecentada por un complejo remate formado a partir de dos discos de tendencia cónica (el inferior de mayor diámetro que el superior), y un apéndice terminal en forma de cilindro. Este apéndice no está hueco a excepción de su parte más alta, que se proyecta hacia el exterior en forma de un pequeño reborde. Parte de la composición de este remate es visible a partir de la existencia de pequeños remaches que unen el disco inferior al capacete por el interior.

El guardanuca, no muy voluminoso, corresponde a una pieza exenta cuya unión con el capacete está perfectamente disimulada bajo la pequeña moldura que representa el saliente del borde inferior en forma de “U” proyectado a la parte posterior. El propio borde del guardanuca cuenta asimismo con una protección similar, que constituye uno de los patrones más típicos de las producciones europeas de LT B y C. Justo en el centro de este reborde existe una pequeña pieza de hierro soldada a él que actúa como una anilla, probablemente para la sujeción de las correas de barboquejo o de un penacho o crin. En uno de los fragmentos conservados se aprecia asimismo la presencia de un orificio quizás relacionado con el mismo fin. Finalmente, cerca del borde superior del cubrenuca se conservan las marcas de una decoración incisa que probablemente recorrió esta pieza de lado a lado y que consiste en dos líneas longitudinales paralelas con un relleno basado en un patrón de sucesivas líneas verticales (**fig. 200**).

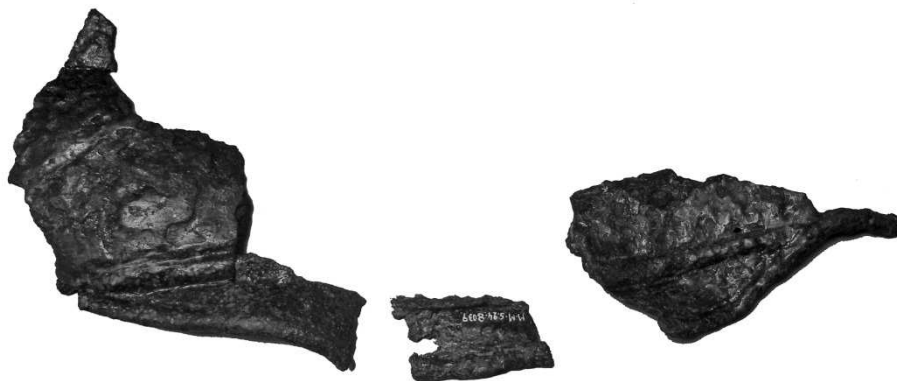


Fig. 200: Detalle de los tres fragmentos del guardanuca del casco del silo 24 de Can Miralles (5001), conservado en el Museu de Mataró.

Este mismo esquema decorativo se repite en la parte delantera del capacete a juzgar por sus trazas en alguno de los fragmentos conservados, pero se interrumpe en los laterales, donde un diseño mucho más complejo tiene lugar; sus indicios levemente conservados en el repujado del capacete o las débiles huellas de elementos exentos a este ajustados. El diseño en cuestión corresponde a lo que llamamos ornamentaciones temporales, que en este caso pertenecen a la serie de los esquemas trilobulados. En concreto, se trata de dos discos inferiores y uno superior, centrado respecto a estos y unido a ellos por una orla triangulada que también cuenta con una decoración imprecisa, aparentemente sencilla.

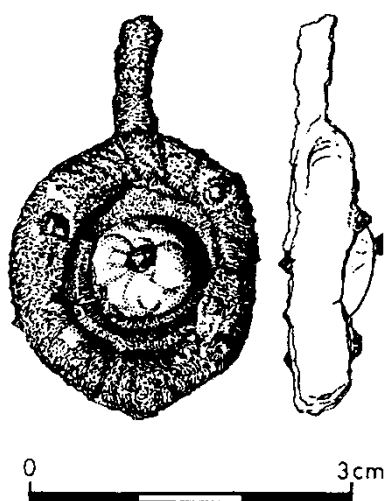


Fig. 201: Fragmento 8021 del silo 24 de Can Miralles (Pujol y García, 1982-83: 76)

Este curioso patrón está repitiendo en sí el diseño invertido de las carrilleras, de las que conocemos su forma aproximada gracias a la conservación de algunos fragmentos que creemos atribuibles a ellas. En concreto, tres de ellos pertenecen a los clásicos discos repujados típicos del formato trilobulado de la mayoría de las producciones La Tène de época plena, mientras que otro conserva un remache muy sobresaliente que sin duda hay que relacionar con la sujeción del correa. Uno de los discos laterales contiene asimismo los restos de un anclaje de apariencia cordiforme atravesado por un pequeño remache que no puede

tener otra función que la de asistir o reparar la articulación de las bisagras o bien unir la placa con otra inferior de tipo plano.

Además de todos estos rasgos, nos llama la atención también la presencia de un pequeño fragmento aparecido entre los restos del silo e inicialmente publicado por Pujol y García Roselló (1982-83: 73 y 76) sin relación con el casco⁷⁰⁶, pero que probablemente tenga que ver con la ornamentación del mismo. Nos referimos en concreto al fragmento S-24 ref. 8021 (**fig. 201**), que actualmente no hemos logrado localizar entre los materiales del Museu de Mataró y que consiste en, citamos textualmente: *“una forma circular amb un apèndix perpendicular fragmentat. Es compona d’un casquet semiesfèric central de ferro al qual s’ha aplicat, amb pinzell, una pasta de coloració rosada. El casquet està aguantat per un clau de bronze que travessa la peça. Aquesta part central sembla portar una decoració imprecisa. Rodeijant (sic.) la part central hi ha una línia circular fragmentada. Tota la peça està envoltada per una vora en la qual encara són visibles, en algunes zones, restes de la decoració en forma de trenes. La vora està travessada per tres claus de bronze...”* (Ibid.).

Las medidas de esta pieza coinciden con el adorno del disco temporal superior, al cual creemos que pertenece. El arranque de una tira de hierro, encajaría asimismo con la forma triangular que enmarca el adorno trilobulado. Es importante destacar el hecho de que la parte central esté esmaltada, porque esto mismo es lo que ocurre con algunas producciones itálicas y europeas que destacan por su gran calidad.

De hecho, tanto este rasgo como otros parecen remitir a la manufactura de esta pieza en relación con ciertos patrones conocidos pero a su vez característicos de una elaboración única (**fig. 202**):

El capacete, por una parte, recuerda el estilo del casco de Agris (Duval y Gómez de Soto, 1986: 242 y fig. 2), que pertenece a la serie de cascos sobreornamentados de producción probablemente transalpina (fig. 202, 2). Esta misma pieza incluye asimismo un patrón idéntico en la sujeción del guardanuca, de acuerdo con una tradición igualmente alejada de los esquemas itálicos en su aspecto compositivo pero a su vez cercana en su aspecto visual.

⁷⁰⁶ El fragmento sería interpretado como parte de una pieza de orfebrería relacionada con un colgante o aplique para cinturón (Pujol y García Roselló, 1982-83: 73).

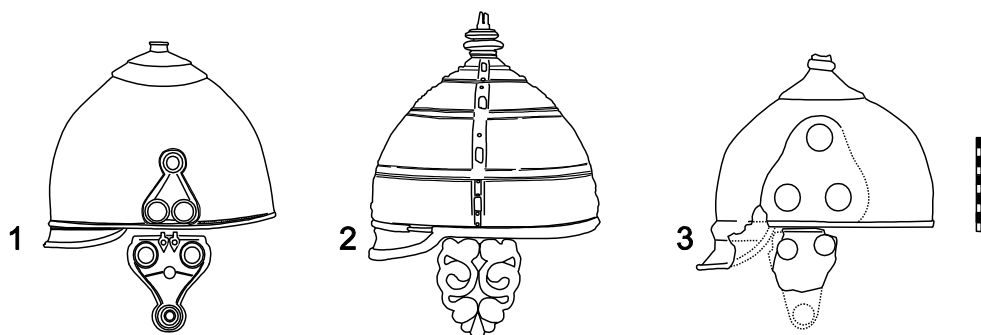


Fig. 202: 1: Restitución del casco del silo 24 de Can Miralles (5001); 2: Aspecto general del casco de Agris, sin sus elementos decorativos (a partir de: Schaaf, 1988: fig. 10) (escala estimada); 3: Ciumesti, “sepultura del jefe”. Aspecto básico sin el remate (a partir de Schaaf, 1974: fig. 24; modificada). El adorno temporal trilobulado es mucho más voluminoso que el de Cabrera.

No conocemos muy bien todos los detalles acerca de las carrilleras del ejemplar de Can Miralles, pero la sensación es que el patrón tiende a las formas de tendencia triangular, al parecer bastante estrecha en la punta, que remite de nuevo a los cascos transalpinos. En los cascos itálicos, la tendencia habitual es la de la existencia de carrilleras más voluminosas y por lo general provistas de formas convexas entre los espacios que quedan entre los discos superiores y el inferior. De todas formas, carrilleras como las del casco de Agris (fig. 202, 2) nos dan una idea acerca de lo aleatorios que pueden llegar a ser los diseños de estas piezas entre los cascos adornados.

Por otra parte, quizás el atributo más curioso del casco de Can Miralles se encuentre precisamente en su adorno temporal. La existencia de este elemento recuerda en primera instancia a los cascos con adornos temporales trilobulados que Schaaf (1974: 171-173; 1988: 300 y fig. 14) definía como “reforzados” al tratarse de piezas exentas sujetas mediante los remaches que representaban los propios discos. En dicho sentido, la pieza de Burriac estaría en cierto modo emparentada con algunas producciones de dispersión oriental, como podrían ser las de Batina (fig. 191, 4) o Ciumesti (fig. 202, 3). Sin embargo, el esquema básico de la pieza que nos atañe es mucho más reducido y, al parecer, bastante ornamentado, lo que recuerda también vagamente a los adornos temporales complejos de ciertos contextos itálicos (Umbria, Monte Bibele)⁷⁰⁷, pese a que en estos casos sólo hay un disco central. Asimismo, existen otros cascos mucho peor conocidos que pudieron estar emparentados con el ejemplar de Can Miralles, al disponer de adornos temporales de hierro con apliques de bronce: nos referimos en

⁷⁰⁷ Vide supra, VI.A. y fig. 192.

concreto al ejemplar de la necrópolis de Ensérune (Shaaf, 1988: 299 y nota 14) y a otro procedente de Selinus⁷⁰⁸ (Jacobsthal, 1944: 180, inv. 149)⁷⁰⁹, ambos con un diseño muy similar entre sí⁷¹⁰ a partir de una especie de lira en la que el componente principal no es el disco temporal sino otro más alto equivalente a lo que sería el disco superior en una disposición trilobulada. Si bien el diseño no es igual al de Can Miralles, parece haber cierta afinidad entre estos esquemas, pero además coinciden con otro atributo singular: el remate a dos discos.

En efecto, la disposición del remate del casco de Can Miralles no es del todo desconocida, y pueden hallarse piezas cónicas en muchos ejemplares europeos como precisamente los de Batina o Ciumesti (fig. 202, 3), pero en general estas piezas suelen contar con discos más estirados o proyectados hacia arriba. Otros patrones incluyen discos más similares, como el del ejemplar de Pfatten (Schaaf, 1974: fig. 11), pero sólo las piezas de Ensérune y Selinus cuentan con dobles discos, pese a que su remate terminal es discoidal y no en apéndice.

En resumen, parece como si hubiera que integrar el casco de Can Miralles en una tradición que podríamos llamar “mediterránea” a juzgar por la dispersión de sus ejemplares. En esta tradición tiene lugar una síntesis de varios patrones distintos, que por un lado abarcan fórmulas transalpinas como los diseños trilobulados del adorno temporal, la composición del casco⁷¹¹ o la forma de su remate, y por otro los esquemas itálicos quizás en la lira temporal o la estructura del guardanuca de ciertos ejemplares⁷¹². La posible ornamentación del fragmento 8021 iría en dicho sentido, concordando con otro tipo de cascos con decoraciones mucho más complejas (Agris, Canosa, St. Jean-Trolimon, Narbonne o Amfreville)⁷¹³ que también cuentan con afinidades propias de la tradición cisalpina y transalpina.

⁷⁰⁸ Igualmente reapareciendo en el reciente trabajo de Lionel Pernet (2010: fig. 4).

⁷⁰⁹ La publicación de Jacobsthal incluye una foto en la que este casco va provisto de unas carrilleras anatómicas, pero en el texto (*Ibid.*: 180) el autor advierte de que estas tienen otro tipo de pátina que no es acorde con la del capacete, y debió en consecuencia pertenecer a otro casco (y su montaje a una reconstrucción moderna).

⁷¹⁰ Del casco de Ensérune sólo conocemos una foto inédita no demasiado precisa en sus detalles, pero el patrón parece coincidir con el de la pieza de Selinus, aunque en un capacete muy alterado por su inutilización ritual.

⁷¹¹ Aunque en el caso de Selinus capacete y guardanuca parecen pertenecer claramente a una misma pieza, lo que quizás iría en relación con su afinidad a las fórmulas itálicas. Sin embargo, nótese también lo dicho acerca de lo peligroso de atribuir ciertos esquemas constructivos a patrones estancos (*supra*, introducción cap. VI).

⁷¹² *Cfr.* nota *supra*.

⁷¹³ *Vide supra*, VI.A.

Nuestro tercer casco, también de hierro, procede de un contexto muy distinto: la sepultura 27 de la necrópolis granadina de Galera (5003) (Cabré y Motos, 1918: 31, 49 y 66). Aunque el casco está completo a excepción de las carrilleras⁷¹⁴, su estado de conservación es mucho peor que los anteriores, puesto que en la actualidad muchos de sus rasgos quedan ocultos bajo el óxido y una capa de protección correspondiente a una antigua consolidación (**fig. 203**).



Fig. 203: Casco de la sepultura 27 de la necrópolis de Tütugi (Galera) (5003), conservado en el Museo Juan Cabré de Calaceite.

El capacete de esta pieza es notablemente más bajo que el de la anterior, y su alteración fruto posiblemente de una inutilización ritual que afectó especialmente uno de los laterales parece repercutir en una forma un tanto desequilibrada del mismo que quizás tuviera ya un origen en una composición algo deficiente. Así, por ejemplo, los encajes tubulares para las carrilleras parecen en exceso retrasados para corresponder a la conexión central, mientras que el remate, que suele estar centrado o retrasado en la mayoría de los cascos conocidos, está ligeramente desplazado hacia adelante. En la

⁷¹⁴ Sobre la ausencia de carrilleras en los contextos funerarios ibéricos, véase Quesada, 1997: 564 y 1997e: 156. El hecho de no llevar carrilleras no resulta extraordinario si se consideran muchos de los tipos de la tradición griega o itálica (Pilos, Apulo-corintio, Negau o algunas variantes del Ático-calcídico, *p.e.*), pero lo que sí resulta llamativo es el hecho de despojarse de estas cuando ya existen previamente.

parte baja del capacete, se observa claramente la presencia de un grueso borde inferior en forma de media caña o “U” que se prolonga hacia el guardanuca. En la parte delantera, se aprecian los restos de una sencilla decoración del borde superior consistente en sendas líneas grabadas en sentido longitudinal. La mala conservación del casco no permite apreciar la existencia de un disco temporal o remache simple, pero en uno de los laterales sí se distingue, a un lado de la sujeción para la carrillera, un remache moldurado aparentemente tocado en el centro con una cabeza de bronce u otro metal. Justo al otro lado de la misma sujeción, un espacio vacío revela la presencia de un pequeño orificio que atraviesa el capacete y que probablemente se destinaba a albergar otro remache del mismo tipo.

El guardanuca es uno de los elementos más peculiares de este casco, porque apenas sobresale respecto al plano del borde inferior del capacete. Este rasgo es poco habitual en las fórmulas construidas a dos piezas, y normalmente se vincula a los cascos con guardanuca integrado (forjado en la misma pieza que el capacete) como es frecuente entre algunos cascos itálicos (*p.e.* Monte Bibele; fig.191, 7-8). No obstante, la composición bajo este patrón no está del todo clara para esta pieza, porque por una parte cuenta con un reborde a media caña muy grueso que sólo es habitual en los ejemplares con cubrenuca exento; y por la otra, cuenta con un evidente resalte entre la conexión del capacete y el guardanuca, que está más adentro, como formando parte de una pieza aparte. Del mismo modo, en el interior del capacete se observan, en posición muy alta, lo que pudieron ser unos encajes con remache para el guardanuca (en la parte posterior y en uno de los lados); aunque en esta parte la oxidación es importante y parece faltar algún fragmento desprendido.

Nuestra impresión es, pues, que se trata de un casco con cubrenuca exento. En este tipo de composiciones, ocurre a menudo que la parte posterior del capacete, que irá protegida por el guardanuca, sea algo más corta que la delantera, como por ejemplo ocurre en el ejemplar de Trbinc (fig. 193, 3) o el de Castelrotto (fig. 204, 3). No obstante, en el ejemplar de Galera esta proporción está algo más desequilibrada de lo normal, mientras que el guardanuca parece colocado algo inclinado y sujeto muy arriba. En apariencia, pues, el sistema empleado fue el habitual, aunque en el caso de Galera la habilidad del herrero falló por la razón que fuera y no logró colocar el guardanuca en una posición más recta, que habría sido la más conveniente.

Aparte de estas ambigüedades, hay otras rodeando esta pieza, como la existencia de delgadas líneas de incisión longitudinal dispuestas de forma intermitente, que son apenas visibles bajo el óxido.

Nada sabemos acerca de las carrilleras de este casco. Sólo el encaje, muy retrasado y conservando aún la forma tubular, nos indica la existencia de carrilleras articuladas, que presumiblemente debieron ser de tipo trilobulado a juzgar por las otras características de este ejemplar.

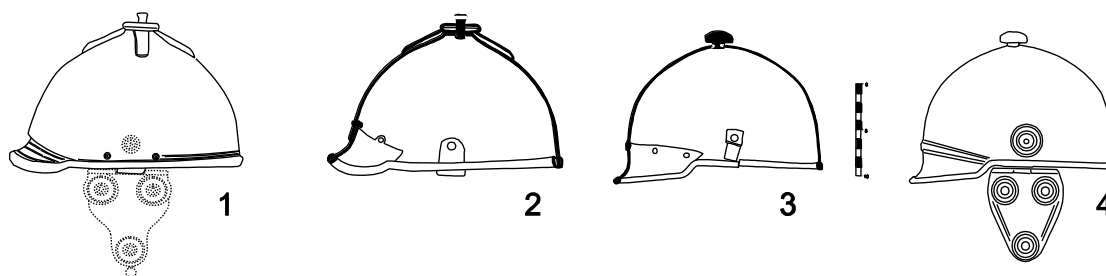


Fig. 204: 1: Restitución ideal del casco de la sep. 27 de Galera (5003); 2: Propuesta de restitución de la composición del casco; 3: Composición del casco de Castelrotto, según Schaaf, 1974: fig. 8 (modificado); 4: Casco de Castelrotto (síntesis a partir de la fig. anterior y Connolly, 1981: 121, 12).

En lo concerniente al remate, se trata de un elemento bastante complejo en contraste con su apariencia discreta con disco y apéndice: En primer lugar, el apéndice terminal, que tiene un ligero engrosamiento en la parte alta, está calado para permitir la sujeción de una crin u ornamento orgánico similar. En segundo lugar, en uno de los laterales y la parte delantera del capacete (aunque presumiblemente también en el otro lado y la parte posterior, en los que se observan algunas huellas más difusas), se aprecian sendas piezas de hierro bastante mal conservadas que igualmente debieron pertenecer a la sujeción de algún tipo de cresta o adorno.

En consecuencia, el casco de Galera es, según nuestra opinión, un casco de tipo La Tène clásico, con todos los elementos de su fabricación en talleres transalpinos: El capacete, hemisférico, recuerda las producciones típicas ampliamente repetidas en estos contextos

(Trbinc, Castelrotto, Ciumesti, Batina, Nebringen⁷¹⁵, Pfatten, y un largo etcétera que incluye la mayoría de las producciones tardías). Lo mismo ocurre con su borde inferior y la fabricación por separado del guardanuca. El remate, por su parte, repite un diseño habitual que puede verse en otras versiones, como la del casco de Canosa (fig. 191, 10), el de Agris (fig. 202, 2) o incluso el propio casco de La Pedrera (*infra*).

De lo que no nos cabe duda es de que no se trata de una pieza de producción etrusco-italica (*contra* García-Mauriño, 1993: 107-108), porque, además de estar fabricada en hierro, no tiene ornamentación sogueada en el borde inferior (que en cambio pertenece a una pieza exenta en “U”) y cuenta con un remate discoidal exento en vez del característico apéndice en botón.



Fig. 205: Casco de La Pedrera de Vallfogona (5004), conservado en el Museu de Lleida. Foto: Museu de Lleida.

Por último, nos queda referir al más conocido de todos los ejemplares que conforman nuestro breve catálogo: el casco de La Pedrera (**5004**) (Schaaf, 1974: 151 y fig. 1; Schüle, 1969: lám. 180, 1-2; Quesada, 1997e: fig. 7a; Quesada, 2002d) (**fig. 205**).

⁷¹⁵ Schaaf, 1974: fig. 2.

El contenido de este ejemplar incluye nuevamente los restos, bastante bien conservados, del capacete y el guardanuca; sin rastro de sus carrilleras.

La forma del capacete, que fue golpeado para su inutilización (Quesada, 2002d: 203), tiende a las clásicas formas hemisféricas (fig. 206, 1), aunque cuenta con una evidente tendencia cónica que recuerda, en versión corta, las de los cascos de tipo Berru. La parte inferior del casco no tiene reborde, que presumiblemente se ha perdido o se suplió por un acolchado orgánico. Por encima del borde, son visibles dos patrones de dobles líneas incisas que igualmente se repiten en la parte superior del capacete, no lejos del remate.

En el lateral del casco aparece un remache central lógicamente destinado a las sujeciones de la carrillera, que no se adorna con ningún disco. Flanqueándolo, otros dos orificios o remaches, de menores dimensiones, se destinan quizás al mismo fin, aunque no hay ningún elemento unido a estos por el interior. La sucesión de remaches tiene continuidad en la parte posterior del capacete, en este caso con el objeto de acoplar el guardanuca, que es completamente exento.

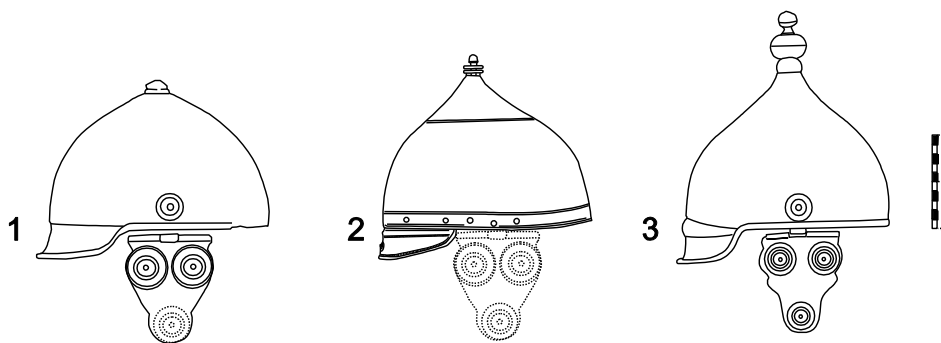


Fig. 206: 1: Casco de Trbinc (a partir de: Gustin, 1984: fig. 3; modificado); 2: Restitución del casco de la sepultura “A” de La Pedrera (5004); 3: Casco de Sanzeno (síntesis a partir de: Schaaf, 1974: fig. 13 y Connolly, 1981: 121, 14).

El propio guardanuca tiene un borde inferior a media caña, bastante delgado, y una moldura no excesivamente ancha. En el centro, situado en su mitad inferior, se conserva en perfecto estado un remache de bronce con decoración repujada a base de círculos concéntricos. Por encima de él, y atravesando longitudinalmente el cubrenuca de parte a parte, un motivo decorativo inciso recuerda el mismo patrón esquemático del casco de

Can Miralles y se repite asimismo en su parte baja, bordeando el recorrido inferior del guardanuca.

El remate del casco de La Pedrera es también sencillo, muy parecido al diseño central del ejemplar de Galera pero algo más estilizado, con un doble disco y un apéndice delgado ligeramente engrosado en la punta. Este patrón, que como ya hemos dicho antes es bastante usual, recuerda especialmente al remate del casco de Agris, con el que no tiene otros elementos comunes.

En cuanto a las afinidades tipológicas de esta pieza, no cabe añadir mucho más a lo que ya han expuesto otros autores (Schaaf, 1974: 150-171) y lo que hemos venido viendo a lo largo de este capítulo. Todos los atributos coinciden con lo habitual en las producciones transalpinas de La Tène B. El capacete algo troncocónico, por su parte, puede acercarse algo más a los tipos más propiamente alpinos de tendencia alargada, como el ejemplar de Sanzeno (fig. 206, 3), aunque no llega a alcanzar sus proporciones o las de su gemelo de la supuesta sepultura 263 de Giubiasco (Schaaf, 1974: 153 y figs. 4-5; Pernet *et alii*, 2006: fig. 2.24), ni la de algunas de las piezas del lote de Förker-Laas Riegel con la misma apariencia (Ramsl, 2007: fig. 6).

VI.C. CRONOLOGÍAS, ALCANCE GEOGRÁFICO Y POSIBLES INFLUENCIAS

VI.C.1: Cronología de los cascos estudiados

Partiendo del análisis tipológico de las piezas implicadas en este estudio, contamos ya con una orientación acerca de sus atribuciones cronológicas: por una parte, el ejemplar de Cigarralejo, único representante de los cascos con capacete y guardanuca conjunto, caracterizará las etapas evolutivas más precoces (LT A); por la otra, los otros tres ejemplares, con guardanuca exento y remates, un periodo más amplio y mucho más vago a situar en las etapas antigua avanzada y media (LT B-C) de la evolución del armamento La Tène.

Procuraremos no obstante ajustar al máximo el horizonte cronológico de cada una de estas piezas con la ayuda de las evidencias derivadas de sus contextos particulares y un análisis pormenorizado de las cronologías de sus posibles paralelos. Sin embargo, anunciamos ya que esta tarea va a resultar algo compleja y no del todo satisfactoria, porque estamos heredando un problema genérico que rodea la datación de la mayoría de los cascos europeos comparables a los nuestros: su propia escasez de contextos datables. Esta escasez se debe, en parte, a la singularidad de este tipo de protecciones a la que aludíamos al inicio del capítulo. Su misma correspondencia a materiales que podríamos llamar “de lujo”, cuya fabricación implica el uso de técnicas complejas al alcance de pocos, nos priva de una herramienta básica para establecer cronologías e interpretar su evolución, que no es otra que la del análisis comparativo. A su vez, la producción artesana de estos objetos, fabricados uno a uno combinando toda una serie de atributos más o menos complejos y una parte de azar, nos impide relacionar unas piezas con otras de forma clara, porque en toda la Segunda Edad del Hierro europea, no hay dos cascos La Tène idénticos; aunque sí con el mismo esquema compositivo. Este hecho no es del todo sorprendente, porque ya hemos visto que en la mayoría de los casos, se busca un cierto “toque personal” que resulte exclusivo de su portador: ya sea mediante un remate, una ornamentación compleja o algún pequeño atributo distintivo.

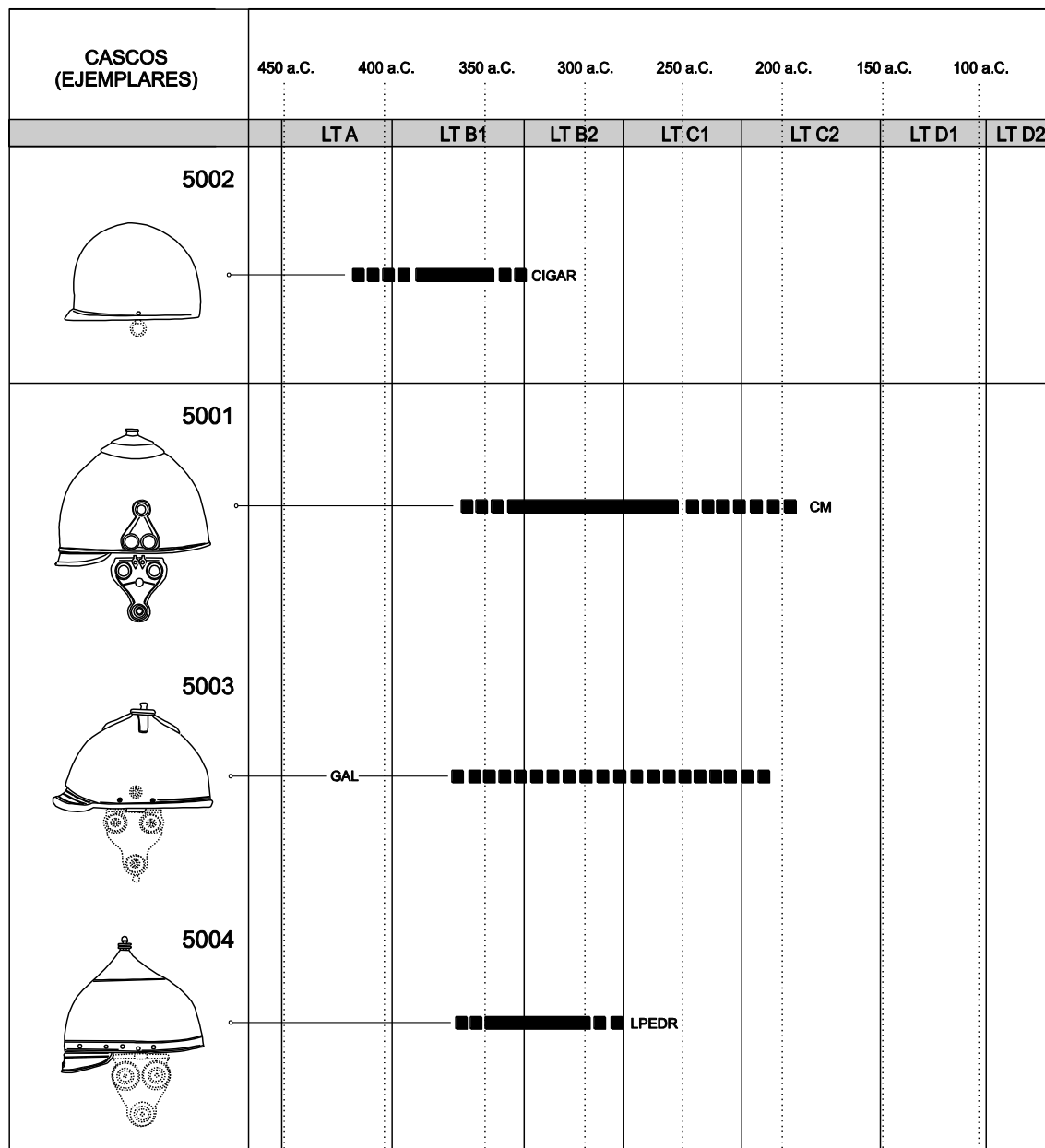


Fig. 207: Cuadro cronológico de los ejemplares de casco de influencia La Tène documentados en la Península Ibérica. Los periodos indicados (LTA-D2) no son aplicables a las culturas hispánicas y sólo aparecen a título comparativo.

Del mismo modo, puede que esto repercute en su comportamiento ritual, puesto que la deposición de este tipo de cascos no es nada frecuente en las sepulturas galas (quizás precisamente por su alto coste) o los grandes santuarios, pero sí en cambio en contextos fluviales o pequeños lugares de culto, en los que estas protecciones parecen tener un papel destacado.

El patrón que hemos expuesto aquí esquemáticamente no es del todo estático, y parece cambiar conforme se avanza en el tiempo o en determinadas regiones quizás más “periféricas”, pero en general define bien cuál es la problemática subyacente en la atribución cronológica de estos suntuosos objetos. Así, por ejemplo, el área itálica y la región mediterránea en general cederán con mayor ímpetu a la llegada de las producciones etrusco-itálicas, mucho más sencillas de fabricar y, en general, menos vistosas y más prácticas.

La mayor incertidumbre a nuestro juicio afecta a las piezas pertenecientes a los periodos cronológicos comprendidos entre La Tène B1 y La Tène C2. Pese a contar con el fabuloso esquema evolutivo de Schaaf (1974 y 1988), que nos sitúa en un horizonte cronológico en el que se comprenden dos fórmulas constructivas básicas: una afectando a los hallazgos continentales y la otra a los itálicos fundamentalmente, la investigación actual no ha llegado a precisar con éxito cuáles de los atributos básicos de estos cascos fueron objeto de cambios significativos a lo largo de este periodo de algo más de siglo y medio de duración. Parece inverosímil que el mismo patrón afectara a todas las piezas europeas sin que se notara, como efectivamente lo hace entre otras piezas de la panoplia, una cierta transformación de sus esquemas como mínimo en LT B2 y LT C2, que son los periodos en los que tienen lugar mayores cambios en la panoplia La Tène.

Aunque bien es cierto que entre este tipo de producciones de calidad pudo existir un cierto regusto por el arcaísmo de sus detalles⁷¹⁶, creemos que el fondo del problema radica en la falta de contextos precisos en muchos de los ejemplares más bien conservados, ya sea porque proceden de contextos fluviales o bien porque formaron parte de excavaciones muy antiguas o incontroladas que pasaron a engrosar las colecciones privadas de finales del siglo XIX e inicios del XX.

De cualquier modo, ocurre a menudo que los cascos pertenecientes a este periodo cronológico acaban fechándose de forma muy vaga y, normalmente por asociación a otros con contextos algo más claros⁷¹⁷, centrándose en un intervalo concreto que especialmente atañe a LT B2, hacia finales del siglo IV a.C. e inicios del III a.C.

⁷¹⁶ Nótese por ejemplo la opinión de Duval y Gómez de Soto (1986: 239) en cuanto a las producciones fuertemente ornamentadas características de la “periferia” occidental europea.

⁷¹⁷ Como por ejemplo el de Batina, cuya asociación con una espada ornamentada al “estilo húngaro”, un umbo bivalvo y otro monovalvo con aletas curvas, y una cadena de suspensión de torsión simple y gruesa nos indican un horizonte de deposición claro dentro de las primeras décadas del siglo III a.C. (Szabó y Petres, 1992: lám. 99).

Entre los hallazgos itálicos, para los que generalmente se cuenta con mayor número de ejemplares procedentes de contextos funerarios, el panorama es algo más positivo, puesto que a la vez las propias tumbas cuentan con mayor número de objetos fechables. No obstante, incluso en este territorio da la sensación de que se repiten patrones idénticos desde mediados del siglo IV a.C. o incluso algo antes hasta bien avanzado el siglo III a.C., como por ejemplo entre los cascos con adorno de disco temporal, cuyos esquemas se repiten en ciertas tumbas de Montefortino y Filottrano (Coarelli, 1976: 164; Lejars, 2008: 173) y se llegan a documentar en contextos muy tardíos del extrarradio itálico, como la sep. 425 de Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: 65).

Visto este planteamiento general no del todo alentador teniendo en cuenta la asociación de la mayoría de las piezas hispánicas a este mismo esquema de LTB/C, procederemos al análisis cronológico de cada uno de los cascos peninsulares documentados en este trabajo (**fig. 207**):

De entre todos ellos, quizás el ejemplar de Cigarralejo (5002) es el más fácil de fechar tanto por su contexto relativo en una tumba con ajuar abundante como por la asociación de sus patrones morfotécnicos con las producciones que, ya hemos visto antes, apuntan hacia LT A.

La sepultura 478 contempla por una parte una serie de recipientes cerámicos y de bronce que remiten sin duda a una fecha entre 375 y 350 a.C. (Quesada, 1997e: 154). Por otra parte, entre los restos del ajuar⁷¹⁸ se cuentan también otras piezas de la panoplia compatibles con la misma fecha, como dos falcatas, dos manillas de escudo, dos puntas de lanza con sus respectivos regatones, un *soliferreum* y varias piezas del arreo de un caballo. Asimismo, un torques y tres fíbulas encajan también con fechas altas, dentro del siglo IV a.C.⁷¹⁹ En cuanto a sus correspondencias tipológicas, ninguno de los tipos originales con capacete hemisférico escapa a una cronología similar. Así, por ejemplo, el ejemplar de la sep. 201 de Dürrenberg abarca una fecha de la segunda mitad del siglo V a.C. (Feugère, 1994: 56), los hallazgos de Prunay (Schaaf, 1988: 315) al mismo siglo o al IV a.C. (Charpy, 2009: tabla II) y, en general, el resto, a un horizonte de La Tène A

⁷¹⁸ Agradecemos la información que nos ha facilitado Virginia Page (Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo) al respecto.

⁷¹⁹ Las fíbulas corresponden a esquemas de La Tène I, que en sus correspondencias meseteñas se incluirían dentro de los grupos I y IIa de Cabré y Morán (1979: 13 y fig. 1).

(Hallstatt 994; Schaaf, 1974: 197) o incluso LT B1 (Siebeneich, Varenna; Schaaf, 1988: 295).

Por su parte, el ejemplar del silo 24 de Can Miralles (5001) es objeto de una problemática distinta. En este caso, su contexto de deposición también parece claro (c. 225-175 a.C.; Pujol y García, 1982-83: 120), aunque resulta en exceso avanzado para los datos que aportan otros elementos de la panoplia asociados a este, como la espada o la gran moharra⁷²⁰. Como ocurre con estas armas, el casco contiene signos de una mayor antigüedad que se explica por un sesgo de amortización que vino progresivamente incrementado mediante la exposición como trofeo a la que probablemente fuera sometido, y a su posterior deposición, décadas más tarde, en el fondo del silo.

A juzgar por las evidencias tipológicas del casco, hay que remitir ciertos de sus rasgos como el alto capacete hemisférico o la estructura y composición de sus partes, incluyendo el complejo remate y la ornamentación del lateral del capacete a las producciones de finales del siglo IV a.C. o inicios del siguiente. La fecha más alta del intervalo correspondería a la de la fabricación del guardanuca por separado respecto al capacete, lo que puede remontarse a mediados del siglo IV a.C. como mínimo. Sin embargo, ciertos paralelismos con patrones de origen vario como los de Agris, cuya fecha de fabricación se sitúa cómodamente a finales del siglo IV a.C. (Duval y Gómez de Soto, 1986: 243), u otros como los de Batina⁷²¹ y Ciumesti (finales del IV-inicios del III a.C.; Zirra, 1991: 383), aconsejan corregir a la baja esta datación. La misma estructura tipológica de la espada depuesta junto al casco es compatible con esta fecha, como también lo son las decoraciones con esmaltes, que según Duval y Gómez de Soto (1986: 241) hay que situar dentro del siglo III a.C.; opinión que también respalda Vitali (1988: 278) en base a los hallazgos de Monte Bibele y otros de procedencia itálica. Otros elementos de apoyo privilegiado, como serían el casco de Ensérune o el de Selinunte, se cuentan entre los ejemplos de cronología imprecisa debido a su hallazgo en excavaciones carentes de contextos conocidos, por lo que su posible datación dentro del siglo IV a.C. no deja de ser una conjetura (Pernet, 2010: 25).

En consecuencia, creemos que lo más acertado es fechar el casco dentro del periodo LT B2; probablemente en una fecha cercana al 300 a.C. si consideramos su correspondencia a una misma panoplia junto con la espada y la moharra del mismo silo.

⁷²⁰ Vide respectivamente *supra*, III.F.1 y V.C.1.

⁷²¹ Vide *supra*, nota 717.

El ejemplar de Galera (5003) es el que cuenta con menos datos firmes sobre su posible atribución cronológica. Por una parte, contamos con escasa información a partir de los materiales depositados en la sepultura 27: estos incluyen, además del casco (García-Mauriño, 1993: 107), varios recipientes cerámicos de cronología no determinada, que comprenden dos urnas y un plato empleado como tapadera, dos falcatas, una moharra corta y probablemente un *soliferreum*. Según figura en la ficha del Museo Juan Cabré que fuera entregada por Encarnación Cabré junto con el ingreso del casco, la propuesta cronológica del mismo se centraría en los siglos IV y III a.C., pero tales fechas vienen determinadas por su creencia de que se trataba de un casco de tipo etrusco-italico, lo que no creemos acertado. Sin embargo, nuestra propia propuesta es bastante similar, puesto que por una parte consideramos la composición del casco y su remate característico dentro de un periodo con un *post quem* aproximado en el 370/50 a.C., y, por el otro, no nos parece que sus características morfológicas superen la barrera de LT C1 a LT C2, porque para esta época no hay cascos conocidos con dichos esquemas.

Finalmente, el ejemplar de La Pedrera (5004) correspondería, en la opinión de Quesada (2002d: 203) al siglo IV a.C. o las primeras décadas del III a.C. Su contexto es impreciso debido a su procedencia de un yacimiento muy mal conocido, con fuerte presencia de materiales recuperados durante excavaciones descontroladas y una importante mezcla de ajuares que dificultan la correlación cronológica de la mayoría de estos. En todo caso, una antigua cita de Eduard Ripoll (Ripoll, 1959: 276) nos indica que el casco se encontraba en una de las pocas tumbas con ajuar conocido, que incluía el enterramiento de un caballo, la conocida falcata damasquinada y restos de su vaina, varias fibulas, brazaletes y adornos, una pátera, una figurita de cierva y una cabeza humana esculpida en piedra. Sin duda, todo un ajuar de auténtico lujo que cabe situar en un momento impreciso del siglo IV a.C., probablemente no muy avanzado el mismo⁷²². La estructura del propio casco no difiere de tal fecha dados su composición con guardanuca exento y otros rasgos como el remache central del guardanuca o el remate con doble disco y apéndice, muy parecido al del casco de Agris. En concreto, creemos

⁷²² Así ocurre por ejemplo con la falcata (Quesada, 2002e: 206), cuyos atributos parecen coincidir con fechas antiguas dentro de dicho siglo. Por otra parte, el minucioso análisis tipológico de Raimon Graells en el Anejo 1 de su Tesis Doctoral aún inédita titulada: “*Análisis de las manifestaciones funerarias en Cataluña durante los ss. VII y VI a.C.*”, coincide también con dicha apreciación para el resto de los objetos que conforman el ajuar. (Nuestro agradecimiento a Raimon por brindarnos el acceso a estas líneas).

que hay que fechar el casco dentro del horizonte cronológico de LT B1, especialmente en una época situada entre mediados y el tercer cuarto del siglo IV a.C. De corresponder esta tumba a una misma fase que la que incluye una espada La Tène⁷²³, podría considerarse su correspondencia a una fecha algo más avanzada dentro del mismo siglo o, más raramente, a inicios del siguiente, pero nuestra impresión es que el formato es ligeramente anterior coincidiendo con la mayoría de los ejemplares conocidos con capacete troncocónico.

VI.C.2: Dispersión y vías de influencia

El escaso éxito de los cascos de influencia La Tène (obviando los de tipo etrusco-italico) en la Península Ibérica es probablemente el mejor indicio en cuanto a la procedencia alóctona de sus representantes. La compleja fabricación de este tipo de objetos unida a su carácter de bienes de prestigio y ostentación explica su perceptible escasez en un territorio periférico como es el peninsular y su independencia respecto a una eventual producción propia sobre estos mismos patrones, que sin duda habría dejado mayor rastro en forma de hallazgos.

Observando el mapa de la **fig. 208** nos percatamos fácilmente de lo que estamos anunciando, y es que en todo el territorio hispánico sólo se documentan cuatro ejemplares de este tipo de casco: dos en el noreste y dos más en el sureste peninsular.

La presencia de los cascos nororientales no es sorprendente a ningún nivel, puesto que ya hace décadas que distintos investigadores (Stary, 1994: 247-249; Sanmartí, 1994: 341; Quesada, 1997: 623-624; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: 321) han asociado estos hallazgos a un territorio de reconocida permeabilidad hacia los patrones armamentísticos de la panoplia La Tène. Esta misma proximidad garantizaría la llegada, probablemente por la vía de la importación, de algunos cascos que, pese a parecer pocos, no son tan escasos si se compara con otros territorios también “periféricos” de la cultura La Tène.

⁷²³ *Vide supra*, inv. 83, cap. III.B.3 y García Jiménez, 2006: 56.

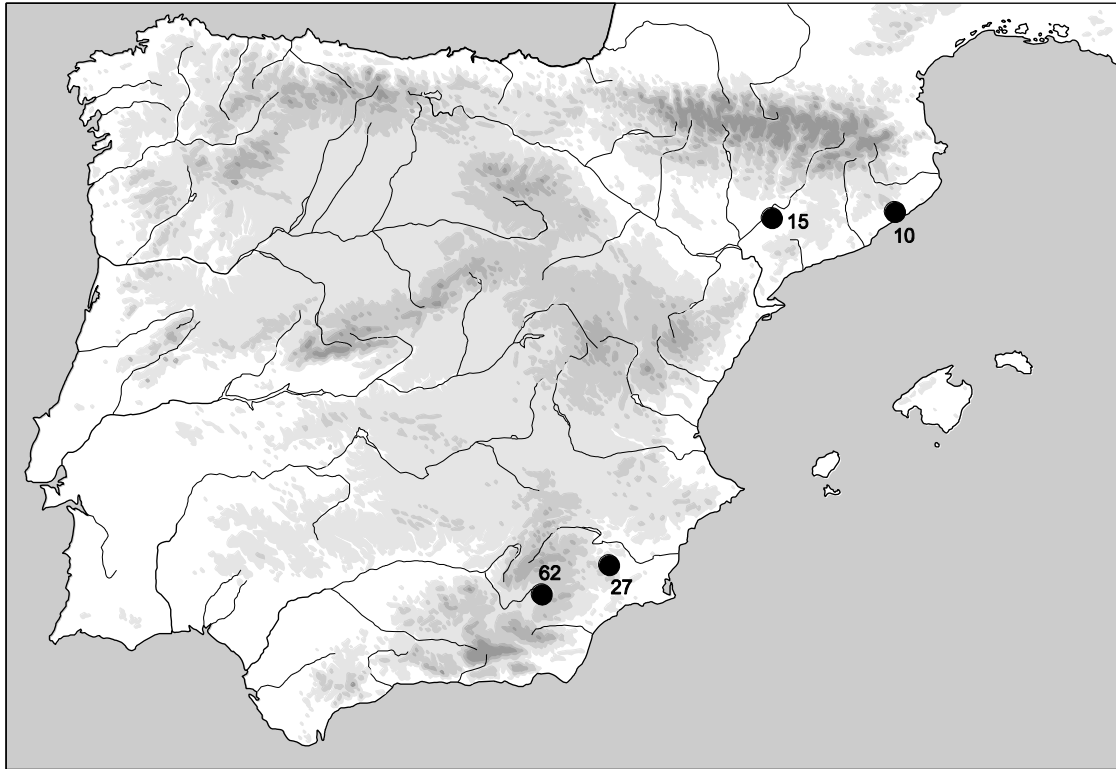


Fig. 208: Mapa de distribución de los cascos de influencia La Tène en la Península Ibérica (no se incluyen los de tipo etrusco-italico y variantes). 10: Silos de Can Miralles; 15: La Pedrera de Vallfogona; 27: Cigarralejo; 62: Galera.

En el sureste, en cambio, la llegada de armas de procedencia La Tène es más rara, porque en ningún caso llegó a desplazar a la panoplia local (como sí ocurrió en el noreste). Sin embargo, el hallazgo del casco de Cigarralejo no es tan excepcional si tenemos en cuenta la presencia en este mismo yacimiento de otras armas muy singulares de la cultura La Tène en el mismo momento. Así, por ejemplo, contamos con algunas espadas, como la de la sepultura 54 (1086), o umbos bivalvos de escudo (2029 y 2030) que atestiguan la entrada de este tipo de influencias en el territorio.

Del mismo modo, el casco de la sepultura 27 de Galera, perteneciente al ámbito bastetano, es algo posterior al de Cigarralejo (como hemos tenido ocasión de ver), pero recordemos que no se trata de un hallazgo exclusivo de su mismo horizonte cronológico, porque la sepultura 7 de la vecina necrópolis de Baza ya dio muestras de receptividad a otras armas de tipo La Tène, como la espada de tipo Hatvan-Boldog que fue hallada entre los elementos del ajuar de dicha tumba. Este tipo de objetos, verdaderamente singulares en dicho territorio, deben ser interpretados como parte de un botín, o, más probablemente, como intercambios de prestigio realizados entre

personajes de alto rango social con otros de origen galo o de algún lugar de la periferia de la cultura La Tène⁷²⁴.

El aporte de objetos de lujo como los cascos tiene relación, por tanto, con la capacidad adquisitiva de su propietario (que viene evidenciada por las propias tumbas en las que se fueron exhumados estos restos), y con la posibilidad de captación de este tipo de armas; lo que significa un cierto contacto con el mundo La Tène (ya sea de forma directa o a través del mercenariado).

Esto probablemente explique a su vez algo que también apreciamos en el mapa de la fig. 208: la ausencia de datos en el interior de la Península.

Efectivamente, llama la atención en este mapa la decantación de todos estos hallazgos hacia el litoral o su territorio limítrofe inmediato. Sin duda, este hecho nos alerta de la forma de introducción de estos objetos, pero a su vez nos indica otra cosa más importante si cabe, que es la inexistencia de una producción autóctona sobre los mismos patrones de la cultura La Tène. De hecho, no hay que olvidar que los cascos metálicos son precisamente eso: piezas de lujo que no son estrictamente necesarias para la panoplia hispánica, puesto que no suponen una diferencia táctica respecto a otros modelos como pueden representarlo, por ejemplo, las largas espadas La Tène o los escudos ovales frente a los circulares. Así, de forma parecida a lo que ocurre con la mayoría de las moharras o los regatones de las lanzas, estas piezas representan una posibilidad más en su sentido táctico. Sólo la mayor accesibilidad de los patrones etrusco-itálicos y su producción simplificada supondrá un cambio significativo en las distintas panoplias peninsulares respecto al incremento del empleo de protecciones metálicas para la cabeza.

Admitiendo, pues, hipotéticamente, el origen foráneo de los cascos de influencia La Tène documentados en la Península Ibérica, cabe preguntarse acerca de sus vías de procedencia, si es que ello es posible.

En las figuras **209** y **210** esbozamos un análisis territorial diacrónico respecto a la dispersión de los cascos de tipo La Tène de LT A y LT B/C respectivamente. El primero de ellos nos va a resultar útil para indagar acerca de la posible procedencia o influencia

⁷²⁴ Otros hallazgos mucho más parciales (y dudosos) y por tanto complejos de determinar en cuanto a su origen, pudieron pertenecer igualmente a cascos de influencia La Tène. Así, por ejemplo, entre los cascos de tipo Montefortino que documentara García-Mauriño, se cuentan algunos de hierro que podrían ir en dicho sentido; a saber: Castellones de Ceal-2, Toya-2 y Galera 111 (García-Mauriño, 1993: 105, 119 y 120; inv. 15, 45 y 48 respectivamente).

de los patrones morfotécnicos representados en el ejemplar de la sepultura 478 de Cigarralejo (5002), mientras que el otro tiene como objeto el acercarse a la posible filiación de los otros tres ejemplares documentados en nuestro territorio de estudio:

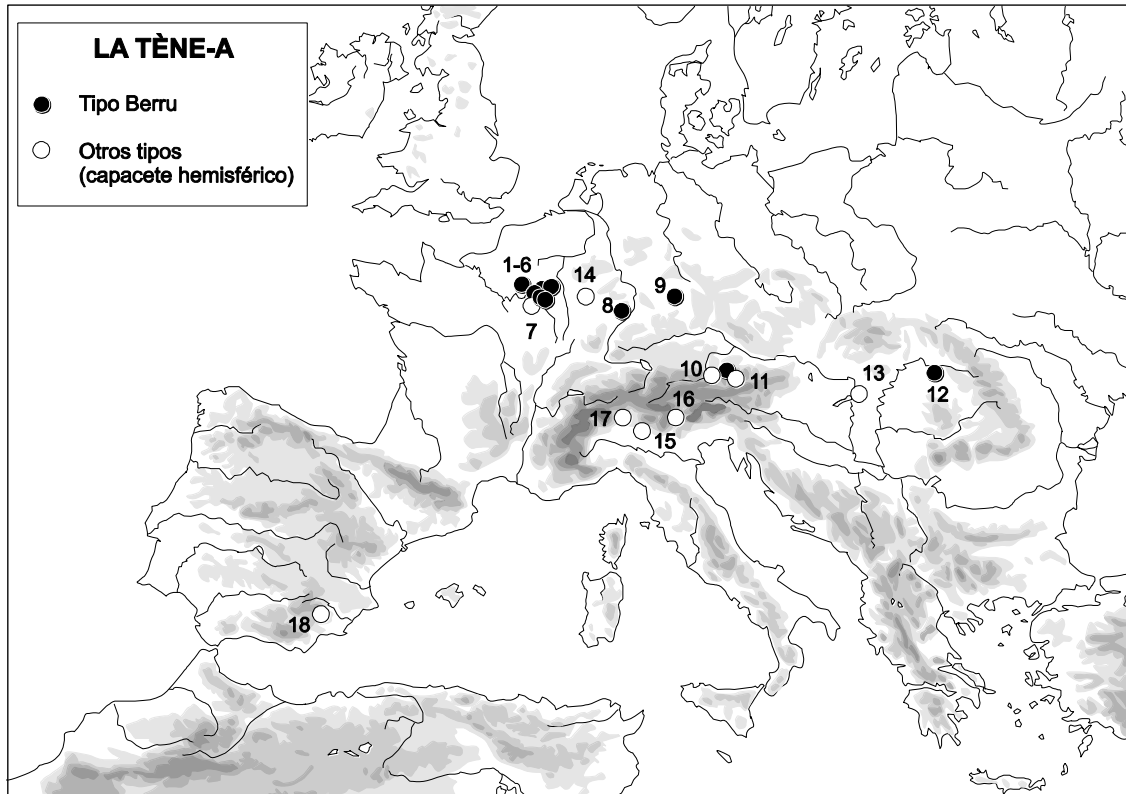


Fig. 209: Mapa de distribución de los hallazgos de cascos de La Tène A en Europa; a partir de: Feugère, 1994: 56 y Schaaf, 1974: fig. 40 (modificado). 1: Berru; 2: Châlons-sur-Marne; 3: Cuperly; 4: Ecury-le-Repos; 5: Sept-Saulz; 6: Somme-Tourbe; 7: Prunay; 8: Wörth; 9: Gasatdt; 10: Dürnberg; 11: Hallstatt; 12: Kom. Turócz; 13: Budapest (proc. Desconocida); 14: Böckweiler; 15: Varenna; 16: Siebeneich; 17: Arbedo; 18: Cigarralejo.

La **fig. 209** representa la dispersión de los modelos habituales en la primera etapa del desarrollo de los cascos La Tène, que, recordemos, se caracteriza por la realización de los mismos en hierro o bronce indistintamente, la elaboración del guardanuca en la misma pieza que el capacete, la inexistencia de carrilleras y, en general, una cierta sobriedad en los patrones decorativos representados.

El tipo más conocido de esta fase cronológica es el llamado “tipo Berru”, un tipo de producción de gran singularidad cuya constante básica radica en la existencia de capacetes cónicos normalmente muy altos. A juzgar por la información de la que

disponemos en la actualidad, la dispersión de este tipo de cascos se centra básicamente en un espacio geográfico que puede considerarse la “cuna” de la cultura La Tène, localizándose en el área comprendida en la región de la Champagne-Marne y el territorio occidental de Alemania, lo que para la mayoría de los especialistas en la materia se conoce como el foco inicial de la cultura material de tipo La Tène (Rapin, 2004: 21-24). El rastro de estos cascos se deja notar asimismo en una región más meridional como es la austríaca o incluso algo más hacia el este, dispersándose ya hacia territorios que, por entonces, eran periféricos.

Pero no es este tipo el que nos concierne aquí, sino otros cuya característica común está en su capacete de tipo hemisférico, ya sea con o sin cubrenuca o remate. En este caso, observamos una dispersión que viene a ser el negativo de la anterior respecto a lo que en La Tène A era el territorio de influencia nuclear de la cultura La Tène. Las regiones alpina occidental y oriental son el punto focal de este tipo de producciones, cuya dispersión alcanza asimismo la región marniana y la Rhenania. Es, pues, este territorio centroeuropeo, más meridional respecto al área de influencia de los cascos de tipo Berru, el que debió representar el punto de procedencia del casco de Cigarralejo, ya fuera de forma directa o bien a partir del movimiento de artesanos itinerantes o la reorientación de los circuitos comerciales hacia el Mediterráneo.

A todo ello, cabe recordar el hecho de que este tipo de conexiones (desde la región alpina o la marniana) está bien documentado como mínimo en la costa meridional francesa, donde se conocen un buen número de objetos con la misma procedencia, como los broches de cinturón calados (Frey, 1991: 144-145; Leconte, 1995: *passim*). Por otra parte, la llegada de patrones latenienses en la forma de objetos de ornamento como las fibulas, tiene su propio eco incluso en la propia tumba 478 de Cigarralejo.

Centrándonos ahora en la **fig. 210**, observamos en primera instancia una mayor dispersión de las formas corrientes en LT B y C hacia las regiones periféricas, incluyendo la Península Ibérica y la región occidental francesa. Los patrones más típicos, que no incluyen otros atributos destacables a excepción del guardanuca exento, se concentran en especial en la región central de Europa, sin proyección hacia los grandes santuarios belgas. Esta forma básica es la que atañe a los ejemplares hispánicos de La Pedrera (5004) y Galera (5003), constituyendo ambos ejemplares los hasta ahora más occidentales con estas características, exceptuando naturalmente los tipos más ornamentados, cuya orientación es incluso más dispersa.

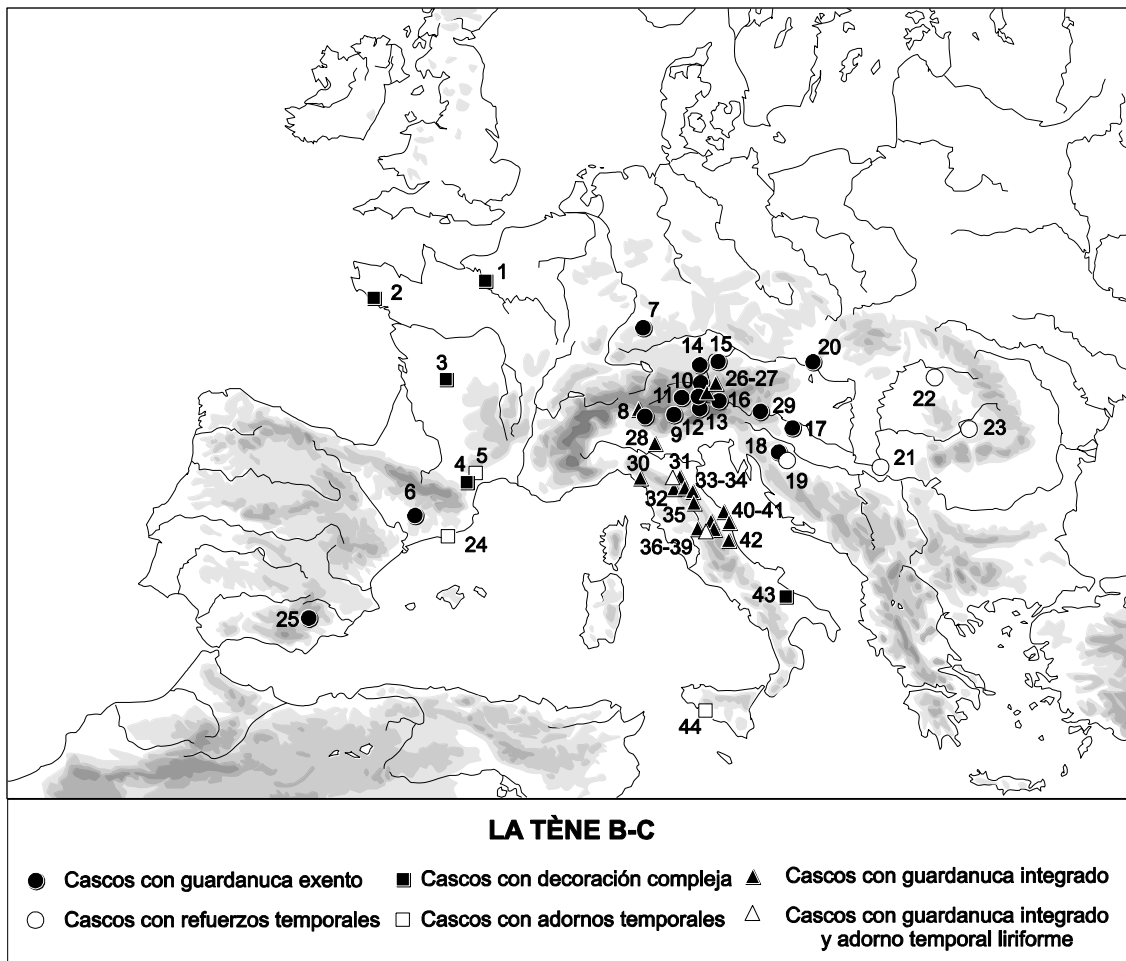


Fig. 210: Mapa de distribución de los hallazgos de cascos correspondientes a las fases LT B y LT C; a partir de Feugère, 1994: 65 (modificado). 1: Amfreville; 2: St-Jean-Trolimon; 3: Agris; 4: Montlaurès; 5: Ensérune; 6: La Pedrera; 7: Nebringen; 8: Giubiasco; 9: Sanzeno; 10: Pfatten; 11: “Südtirol”; 12: Castelrotto; 13: “Südtirol-2”; 14: Wattens; 15: Kundl; 16: Calalzo; 17: Gurina; 18: Trbinc; 19: Mihovo; 20: Holiare; 21: Batina; 22: Ciumesti; 23: Silivas; 24: Can Miralles; 25: Galera; 26: Nonsberg; 27: Moritzing; 28: Gottolengo; 29: Förk; 30: Ameglia; 31: Monte Bibele y Monterenzio; 32: Catel del Rio; 33: Casalfiumanes; 34: Riolo; 35: Rocca-San Cassiano; 36: Perugia; 37: Umbria; 38: Montefortino; 39: Serra San Quirico; 40: Osimo; 41: Filottrano; 42: San Ginesio; 43: Canosa; 44: Selinus.

Los tipos con capacete y guardanuca conjunto pertenecen casi en exclusiva al territorio itálico, aunque se dan a conocer también en la región alpina, la más rica en hallazgos de todo tipo. No obstante, resulta curioso que en la Península Ibérica no se haya documentado hasta el momento ningún ejemplar de este tipo, y sí en cambio varios de ellos cuya filiación transpirenaica es evidente.

En consecuencia, el nexo de unión entre las producciones centroeuropeas y los hallazgos hispánicos debe hallarse forzosamente en dos vías alternativas: una

procedente de la Galia Transalpina, que probablemente fue la más activa y la que más influenció al noreste peninsular; y otra itálica que probablemente procediera de la vertiente adriática y su contacto con la región alpina. La procedencia vía Etruria o la costa itálica occidental de algunos de estos materiales, quizás incluyendo algunas producciones cisalpinas, tiene su constatación por medio de otro tipo de hallazgos de tipo itálico y grecoitálico coetáneos a ellos y documentados en el noreste peninsular, como los que corresponden al pecio de Gavà, en el que se hallaron dos cascos de bronce completos (Izquierdo y Solias, 1991). Con todo, ya se ha planteado que los barcos son de tipo romano y pertenecientes al siglo II a.C. (*Ibid.*: 609; Quesada, 1997: 553), por lo que sin duda se trata de piezas perduradas y un tipo de contactos comerciales de distinto calibre.

Por último, nos queda referirnos brevemente a la influencia del casco de Can Miralles (5001). Las características morfológicas de esta pieza (en especial por el adorno temporal) revelan, por una parte, una cierta afinidad con las producciones orientales europeas, pero igualmente una relación con otros tipos decorados de clara dispersión occidental. Entre ellos, cabe preguntarse por la relación de confluencia de los patrones más claramente continentales e itálicos de estas piezas (Duval y Gómez de Soto, 1986: 241), cuestión que probablemente tenga ciertas afinidades en cuanto a los talleres o las regiones de producción de los ejemplares con adornos temporales con o sin guardanuca exento como los de Can Miralles, Ensérune y Selinus. No nos cabe duda de que estos tres cascos pertenecen a una misma tradición, emparentada con la de los adornos complejos de clara dispersión occidental, y cuya propia distribución se centra en los territorios periféricos de la cultura La Tène en el Mediterráneo.

Algunas notas sobre las fases de influencia

Cronológicamente hablando, somos testigos, pues, de un cierto “goteo” de cascos de influencia La Tène a lo largo de los siglos V/IV y parte del III a.C. Como ya hemos advertido, la ausencia de algunos tipos de casco como el Berru o las producciones itálicas con guardanuca integrado, pueden ser casuales y no resultaría sorprendente hallarlas en el futuro; especialmente en Cataluña. Abiertas estas vías de contacto, sólo el azar nos impide constatar la presencia de estos tipos en el territorio peninsular.

No obstante, el panorama parece cambiar con respecto a las producciones más tardías, de La Tène D, que también están por completo ausentes en la Península Ibérica. Ningún ejemplar de los documentados permite su asociación con los tipos básicos de esta fase, que se centran especialmente en las distintas variantes de los tipos “céltico occidental”, el tipo “Port” y, más raramente, el “céltico oriental”⁷²⁵. Este hecho tiene una explicación clara: la llegada precoz de las tropas púnicas y romanas a la península coincidiendo con la de las series de cascos bronceos de tipo etrusco-itálico producidos en masa (*cf.* Quesada, 2004: 72-73).

El carácter simplificado de estos objetos permitió sin duda su difusión en los ejércitos invasores y a su vez en la propia población indígena, que no desdeñó en absoluto su empleo, tal como demuestra la gran abundancia de este tipo de cascos en contextos funerarios autóctonos (Quesada, 1997e: 155-159). A partir de mediados del siglo III a.C., conseguir un casco metálico era mucho más sencillo e incluso más barato, por lo que es muy posible que los ejércitos hispánicos peninsulares recurrieran a su empleo en detrimento de otras producciones que, anteriormente, se consideraban de lujo. Como ya nos ha alertado Fernando Quesada repetidamente (1997: 615-618; 2002b: 49-60), esta época marca el origen de lo que él definía como “panoplia simplificada”, mucho más práctica que ideológica, y claramente orientada a un tipo de combate más constante y duradero (Quesada, 2005b: *passim*).

Con todo, la eventual presencia de otro tipo de cascos de influencia La Tène como los que hemos enumerado unas líneas más arriba, no es en absoluto descartable, porque, a su vez, el desarrollo de conflictos a gran escala durante cerca de dos siglos permitiría la llegada de este tipo de objetos introducidos por parte de mercenarios, auxiliares o aliados galos que estuvieran combatiendo por alguno de los bandos implicados.

⁷²⁵ *Vide supra*, VI.A.

PARTE III: LAS PANOPLIAS

VII. LAS ARMAS LA TÈNE EN LAS PANOPLIAS PENINSULARES

Una vez llevada a cabo la tarea de indagar acerca de la evolución de cada una de las armas La Tène con representación en la Península Ibérica, nuestra labor consistirá en evaluarlas en su conjunto, tanto en lo concerniente a su interrelación con otras armas de tipo La Tène como a su combinación con otras armas propias de las panoplias autóctonas de las distintas regiones culturales de la propia península.

El objeto de nuestro interés es ahora, por tanto, la panoplia entendida como el conjunto de armas perteneciente a un único individuo. Del análisis de cada una de las panoplias documentadas, esbozaremos una visión de conjunto con las asociaciones más significativas, lo que nos va a permitir en definitiva hacernos una idea más concreta respecto al creciente peso del armamento de influencia La Tène en el territorio que nos ocupa. Asimismo, este mismo análisis nos aportará ciertos indicios acerca del rol, “periférico” o “adaptado”, que desempeñaron estas armas a nivel táctico en la Península Ibérica. En el fondo, el objetivo de este estudio no es otro que el de valorar hasta qué punto este tipo de armamento tuvo repercusión en las formas de combatir autóctonas de un territorio tan complejo culturalmente y, en definitiva, preguntarnos por la interacción de estas distintas culturas en el campo de la concepción, adaptación y utilización de unos objetos tan significativos a nivel social como son las armas.

VII. A. LAS PANOPLIAS CON ARMAMENTO LA TÈNE EN SUS CONTEXTOS

Precisamente el contexto de las armas es el elemento clave para la comprensión de las asociaciones de armas de influencia La Tène con otras similares o complementarias con o sin esta misma influencia. En consecuencia, las limitaciones de este trabajo se hallarán en las propias limitaciones de estos contextos, puesto que no siempre se hallan en buen estado, y eventualmente pueden faltar determinados elementos de la panoplia que nos den una visión sesgada de su composición primaria. Cuando esto ocurre, no sabemos si la ausencia de algunas armas tácticamente significativas en un conjunto *a priori*

completo como puede ser el del ajuar de una tumba, es real y refleja una auténtica ausencia en la panoplia original, o se debe por el contrario a algún tipo de sesgo ritual o a la pérdida u omisión del material en el registro arqueológico (a consecuencia del hallazgo de la tumba en mal estado o a causa de algunas lagunas en su documentación; siempre que se trate de una excavación antigua). Esta incógnita se agrava especialmente en aquellos elementos cuya fabricación pudo realizarse íntegramente a partir de materiales orgánicos (en especial madera y cuero o pieles) que no han dejado rastro arqueológico desde su amortización milenaria o su cremación junto al cadáver al que acompañaría. En particular, para el caso que nos ocupa, este principio afecta sobre todo a los escudos, que en muchos casos no contaron con elementos metálicos como umbos, manillas u orlas que permitan su identificación. En tales circunstancias, y en especial para determinados casos fuera del territorio nororiental, no es fácil adivinar si la panoplia en cuestión incluyó un escudo oval o bien uno circular de tipo *caetra*; o incluso si no llegó a emplear escudo, aunque esto es para nosotros difícil de creer siendo estas protecciones tan básicas para el cuerpo a cuerpo y tan fáciles y baratas de fabricar. El problema es en cambio menos importante para otros elementos como pueden ser las vainas o las suspensiones de las espadas La Tène de tipo celtibérico, puesto que su ausencia no es determinante a nivel táctico y su presencia viene suplida por las espadas, pero afecta sin embargo a otras armas ofensivas, como son las lanzas.

El rito de la cremación e inutilización de las armas es efectivamente uno de los principales problemas metodológicos que debemos afrontar (*cf.* Lorrio, 2002: 69-70), pero ello es especialmente evidente cuando comparamos nuestros materiales resultantes de las transformaciones sufridas mediante estos ritos con las de otros territorios igualmente afectados por la panoplia La Tène pero cuyo rito funerario principal fue el de la inhumación. En efecto, la mayor parte del territorio galo disfrutó de este tipo de rituales durante al menos las etapas antigua y media de su desarrollo, lo que a la práctica ha repercutido notablemente en la conservación de sus partes, que generalmente se encuentran más completas y en mejor estado (Rapin, 1993: 295).

No obstante, lo que sí comparten el territorio peninsular con el conjunto de los territorios galos y, en general, cualquier contexto arqueológico, es el de su falta de documentación por omisión o pérdida a causa de la recuperación de sus materiales en una etapa “primitiva” de la investigación arqueológica. Este es concretamente el principal obstáculo al que habremos de enfrentarnos al estudiar las panoplias, puesto

que cualquier conjunto de armas, y en general, cualquier conjunto de objetos que conformen el ajuar, es útil sólo en cuanto a su asociación en un contexto cerrado. De nada nos sirve a tales efectos el contar con una gran cantidad de armas descontextualizadas que ignoramos a qué otras armas se asociaron en origen.

Por fortuna, algunos trabajos recientes⁷²⁶ han logrado recuperar buena parte de la documentación inédita de algunas necrópolis significativas y reestructurar así algunas de las asociaciones originales, aunque persisten una cantidad importantísima de lagunas.

Con todo, a lo largo de los anteriores capítulos, en los que analizábamos por separado las armas de influencia La Tène, hemos sido testigos de hasta qué punto las limitaciones contextuales pueden oscurecer nuestro conocimiento preciso de su evolución particular, pero ello no ha impedido hacernos una idea bastante firme de lo que creemos un comportamiento sintético bastante aproximado a la realidad protohistórica. De este modo, estamos convencidos de que lo mismo puede ocurrir con las panoplias, y las evidencias de las que disponemos, aunque parciales y sesgadas, pueden ser buenas premisas para discernir los aspectos básicos de la evolución de las panoplias hispánicas con componentes latenienses.

Armas La Tène y sus contextos de hallazgo

Nótese que hasta ahora venimos refiriendo únicamente al contexto funerario como fuente de nuestras más importantes incertidumbres sobre las panoplias, pero ello se debe a una razón simple que poco tiene que ver con lo inútil o complejo que pueda resultar este tipo de contextos. Más bien a todo lo contrario, puesto que este es prácticamente el único contexto realmente fiable para el conocimiento de una panoplia sin distorsiones. Esto es así por varias razones: en primer lugar, porque la tumba es un lugar en el que se depositó expresamente una panoplia funcional como parte de un ajuar ideológicamente significativo para el guerrero que allí fuera enterrado. En segundo lugar, porque otros contextos como pueden ser los de poblado raramente incluyen conjuntos completos, y en general sólo son fuente de hallazgos parciales: un arma aquí y otra allá, casi siempre sin puntos de conexión claros. En tercer lugar, porque los contextos de tipo ritual son

⁷²⁶ *Vide supra*, cap. II.B.

mucho más complejos de interpretar, y pueden incluir armas previamente seleccionadas por su especial contenido simbólico o incluso contener en el mismo espacio varias panoplias (o partes de ella) mezcladas, como ocurre frecuentemente en las deposiciones de tipo trofeo, tanto en el ámbito hispánico como en el galo. En consecuencia, sólo el ámbito funerario, con algunas excepciones de otras procedencias, supone un entorno hermético y seguro en el que las armas recuperadas son (con algunos matices) las que se emplearon de forma conjunta por los guerreros hispánicos de la etapa cronológica que nos concierne.

Obviamente, existe una importante diferencia cuantitativa entre el número de armas que hemos analizado y el de panoplias de las que disponemos, puesto que además de la problemática subyacente en los contextos extrafunerarios, contamos con una importante cantidad de materiales procedentes de necrópolis cuya adscripción particular a una tumba concreta nos es desconocida. Por poner un ejemplo, del total de más de medio centenar de espadas La Tène recuperadas en la necrópolis aragonesa de Arcóbriga, sólo 14 de ellas han podido ser reconstruidas con todos sus componentes; y ello aún después de un gran esfuerzo de investigación por parte de Alberto Lorrio y M^a Dolores Sánchez de Prado (Lorrio y Sánchez, 2009: 27-32).

Para comparar el tipo de documentación del que disponemos, veamos primero cómo se reparten los distintos tipos de arma en sus respectivos contextos y cuáles son las peculiaridades de estos, para después contrastar estos datos con los que refieren a las panoplias, que van a constituir nuestra principal fuente analítica en este capítulo:

En la **fig. 211**, vemos una comparación gráfica entre las armas de influencia La Tène documentadas en la Península Ibérica y separadas por contextos. Los gráficos parten del análisis realizado en las bases de datos generales para las armas⁷²⁷, en las que distinguíamos un campo relativo al contexto de hallazgo que dividíamos en cinco ramas básicas: de poblado, campamento, de tumbas, de otros rituales no funerarios y de procedencia indeterminada. En general la línea divisoria entre unos y otros es bastante clara, pero ocurren ciertos conflictos entre algunos hallazgos que hemos catalogado como procedentes de contextos “rituales” y otros pertenecientes al grupo de los de

⁷²⁷ *Vide infra*, X.2.2.

“poblado”. Nos referimos en concreto a una importante cantidad de materiales procedente del noreste peninsular, cuyo hallazgo se produjo efectivamente en el interior de algún núcleo de población (grande o pequeño), pero a su vez en un contexto concreto de deposición o abandono en un ambiente ritual, evidenciado por la deformación o inutilización ritual de las armas u otros datos relativos a su pertenencia a casas aristocráticas en las que suponemos se practicaban ritos de exposición de trofeos o *spolia hostium*⁷²⁸. Estas armas en concreto han sido catalogadas dentro de la categoría de “rituales”, pero existieron muchas otras también documentadas en los mismos poblados del noreste, sólo parcialmente conservadas, en las que no es posible observar signos de inutilización como podrían ser el pliegue forzado o la perforación mediante clavos⁷²⁹. En estos casos, las armas catalogadas han pasado a integrar el campo de “contextos de poblado”, porque igualmente pudieron corresponder a piezas pertenecientes a los propietarios de las casas y no a trofeos capturados⁷³⁰.

Las armas más claramente afectadas por la cuestión esbozada son las espadas, que aparecen muchas veces fragmentadas e incompletas (con la consecuente pérdida de información acerca de su eventual inutilización), y, sobre todo, los umbos, que además de padecer de este mismo mal, no tuvieron que ser necesariamente inutilizados para ser expuestos, puesto que para ello bastaría con inutilizar el cuerpo del escudo sin necesidad de alterar todos sus componentes.

Aparte del contexto **ritual** referido a la amortización o el abandono de *spolia hostium* en el noreste (suponiendo que esta interpretación fuera correcta), los datos relativos a este campo se reducen a la única excepción del lote de armas de La Azucarera (Iriarte *et alii*, 1996 y 1997: *passim*). Este caso, verdaderamente singular en la Celtiberia, constata un hecho por lo demás casi desconocido en esta región, quizás relacionado con otras deposiciones excepcionales como la de un lote de una veintena de cascos de tipo itálico presuntamente hallados en unas grietas de la roca en la provincia de Soria (Quesada, 2006: 164). Por otra parte, en otras regiones hispánicas, la deposición de armas en

⁷²⁸ Sobre estas cuestiones, ver lo dicho con anterioridad en especial en el capítulo III.B.1, donde se incluye la bibliografía relativa.

⁷²⁹ Sobre este tipo de perforaciones, véase en particular Rovira, 1998 y 1999; aunque ya hemos indicado con anterioridad que no es el único método de inutilización documentado (*vide nota supra* y García Jiménez, 2006: 82-91).

⁷³⁰ En un trabajo anterior (García Jiménez, 2006: 105-107) catalogábamos el lote de espadas de la Neapolis de Ampurias fuera de un contexto ritual por varias razones, que mantenemos hoy día, y que tienen que ver con su aparición en una casa corriente de la ciudad griega y no de un poblado ibérico, y con la total ausencia de signos de inutilización en todas y cada una de las armas conservadas.

santuarios indígenas extraurbanos es muy poco habitual (Gabaldón, 2004: 337-348), mientras que su constatación en lugares de culto de tipo urbano es a menudo bastante ambigua.

Enlazando con esta idea, nos parece tremendamente sugerente el estudio realizado por Fernando Quesada en torno a una presunta acumulación de armas en algunos de los llamados “santuarios urbanos” y otros contextos de **poblado** (Quesada, 2009: 143-162). El autor, interesado en indagar acerca de un posible control de las armas por parte de la aristocracia, se pregunta acerca de la dispersión de las armas en algunos poblados abandonados de forma precipitada o violenta (que son los que pueden presentar materiales de este tipo *in situ*). En su recorrido por algunos de estos contextos, Quesada constata la inexistencia, a partir de inicios del siglo IV a.C., de un patrón específico de dispersión que presuponga la concentración de estas en casas señoriales o, lo que es lo mismo, el control de las armas por parte de un determinado grupo social; ya sea monárquico, senatorial o aristocrático. Al contrario, ocurre, como en el ámbito funerario, que las armas se disponen en proporciones muy repartidas y repercuten sobre un amplio sector social que probablemente caracterizaría a los hombres libres (*Ibid.*: 162). Sólo en los siglos VII-V a.C. pudo existir un cierto control de las armas y una concentración en manos de algunos sectores privilegiados.

El estudio de Quesada nos parece significativo en cuanto a que documenta toda una serie de armas dispersas aparentemente de forma aleatoria o incluso (como en la Bastida de Mogente; *Ibid.*: 159-160) de forma generalizada (en muchas de las casas identificadas en el poblado). Asimismo, algunos espacios muestran la presencia de asociaciones lógicas como pueden ser las de moharras con sus regatones o, como en el Puntal dels Llops (*Ibid.*: 155-156), un lote de 41 glandes bicónicos (que pudieron ser la “carga” de munición de un guerrero), o el conjunto de espada, lanza y arreos en otro de los departamentos (que estaría reflejando la existencia de un jefe bien armado). Este particular nos parece interesante, porque pone de manifiesto, extrapolando hacia otros territorios, la posibilidad de la existencia de panoplias reales en contextos de poblado, como tendremos ocasión de ver en algún ejemplo excepcional.

Un comportamiento muy similar al de los poblados destruidos o abandonados de forma precipitada cabría esperar de los **campamentos** militares. En realidad, tan solo contamos con un campamento en el que hayan sido documentadas armas de influencia

La Tène: el de Renieblas III (Luik, 2002: *passim*), y éstas lo hacen aparentemente de forma dispersa, mientras que las noticias de su contexto de hallazgo no permiten la reconstrucción de panoplias (aunque sí de los tipos de armas que se emplearon).

Por último, cabe referirnos brevemente a los contextos de tipo **funerario**. Como esta va a ser la principal fuente de la que vamos a ocuparnos a lo largo de este capítulo, no vamos a insistir demasiado en ella por el momento. Tan solo cabe recordar que, en este caso, se trata de un contexto claro, en el que su misma procedencia en un determinado yacimiento de tipo necrópolis basta para inducir su evidente correspondencia al ajuar de una de las tumbas. El hecho de que conozcamos o no las otras armas u objetos que lo acompañaban es ya otra cuestión.

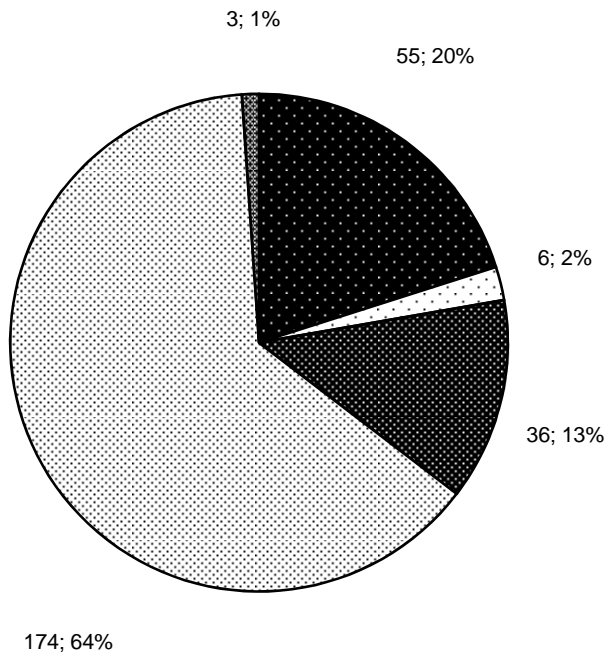
Volviendo a la fig. 211, una simple ojeada a las gráficas nos da una cierta idea del fuerte predominio de las armas en contexto funerario. Esto es un hecho en sí poco sorprendente, puesto que en la Segunda Edad del Hierro hispánica, y en general en el ámbito europeo continental (si exceptuamos el importante papel de los grandes santuarios galos), el ámbito funerario es prácticamente el único donde se pueden hallar armas con frecuencia.

En el capítulo de los escudos, la proporción de hallazgos en contexto funerario decrece de forma notable en beneficio de los hallazgos en poblado. Esta disparidad se explica por la mayor presencia de este tipo de armas en contextos cronológicamente avanzados, en los que el número de tumbas conocidas es mucho menor (*cf.* Fuentes Domínguez, 1991) La presencia de escudos ovales bajo el influjo de los ejércitos púnicos y romanos, es en buena parte responsable de decantar buena parte del peso de estas armas hacia los contextos de hábitat.

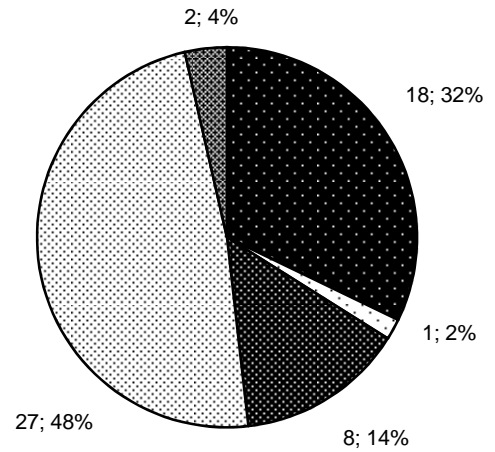
Por último, para las lanzas y los cascos, con una muestra mucho menos importante, los hallazgos se reducen a los contextos de tumba y rituales, en este caso por la influencia de los materiales procedentes del noreste, donde este tipo de armas es a menudo fruto de su captura y exhibición como trofeo de guerra.

Fig. 211: Proporciones de armas según sus contextos de hallazgo. Los números indican la cantidad de piezas seguida del porcentaje sobre el total. En realidad, el tipo de hallazgos varía notablemente según su repartición regional y su distinta atribución cronológica. Las armas en contextos funerarios, por ejemplo, son escasas en los periodos tardíos.

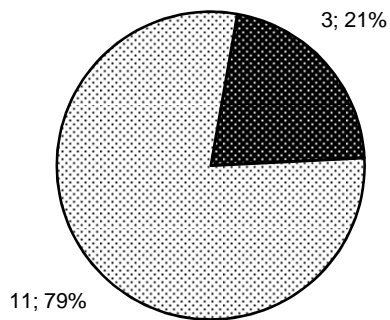
Espadas



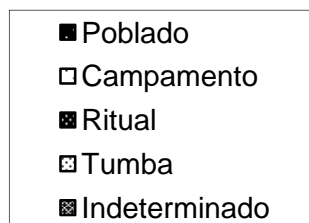
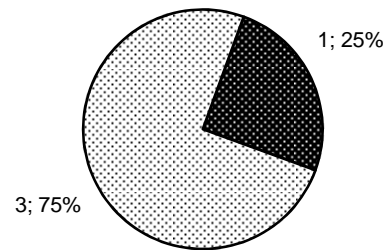
Escudos



Lanzas



Cascos



Contextos de las panoplias

Las incertidumbres relativas a buena parte de los contextos comentados nos han llevado a descartar de nuestro catálogo de panoplias algunos conjuntos de armas procedentes de poblado o de entornos de tipo ritual. Sólo algunos casos más evidentes y verdaderamente excepcionales van a ser considerados en nuestro análisis comparativo de las panoplias y sus composiciones⁷³¹; y ello aún con ciertas reservas. Así, por ejemplo, algunos contextos “cerrados” en los que aparecen grupos coherentes (en los que no se repiten ciertas armas redundantes como las espadas, los escudos o los cascos, que indicarían con toda probabilidad la presencia de dos o más panoplias o combinaciones de varios de sus componentes) como el silo 24 de Can Miralles (panoplia nº 31) o una de las casas del poblado ibérico de Sant Julià de Ramis (panoplia nº 83)⁷³², sí han sido contemplados como ejemplos firmes, mientras que otros más complejos como los conjuntos de La Azucarera o la zona 13 del Puig de Sant Andreu no van a ser incluidos por su carácter ambiguo; aunque sí merecen un comentario aparte⁷³³.

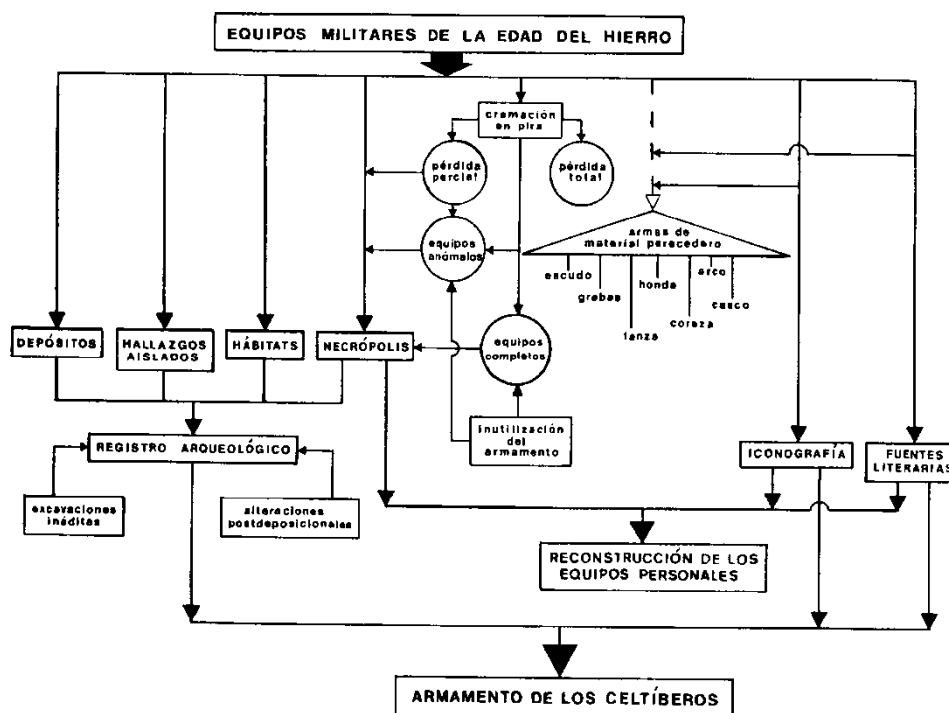


Fig. 212: El estudio del armamento celtibérico según Lorrio, 1997: Fig. 157. Cuando se estudian armas, el sesgo informativo es notable, y crece todavía más cuando se pretende reconstruir las panoplias originales.

⁷³¹ *Vide infra*, VII.C.

⁷³² En adelante: “P-nº panoplia”.

⁷³³ *Vide infra*, VII.B.2.

En consecuencia, la inmensa mayoría de las panoplias analizadas serán las que procedan de contextos funerarios, en los que las tumbas sí ejercen el papel de contenedores fiables de deposición de una panoplia; aunque, como veremos, en ocasiones incluyen varias. Del total de 103 panoplias catalogadas, por tanto, nada menos que un centenar procederá de sus hallazgos en tumbas (**fig. 212**).

VII. B. CONJUNTOS COMPLEJOS. JUSTIFICACIÓN DE LAS CRONOLOGÍAS

Antes de afrontar el análisis de la composición de las panoplias hispánicas con elementos La Tène y su posible uso táctico, conviene hacer ciertas apreciaciones explícitas respecto a las cronologías propuestas para algunos conjuntos significativos.

VII.B.1: Panoplias en contextos funerarios

Cualquier cuestión cronológica referida a las armas y panoplias amortizadas en una tumba pasa necesariamente por el análisis tipológico de su ajuar. Como hemos venido viendo, las propias armas son en sí indicativos cronológicos bastante fiables siempre que conozcamos bien sus detalles, pero en general abarcan (especialmente en el territorio peninsular) periodos cronológicos que pueden ser muy amplios, mermando de este modo nuestra capacidad de fechar por asociaciones.

En determinadas circunstancias, como ocurre en general en el mundo ibérico (tanto en las regiones septentrionales como en las meridionales), las propias armas van acompañadas de otros materiales algo más explícitos cronológicamente hablando, como pueden ser las cerámicas (especialmente si estas son de importación). La propia datación relativa de una tumba a partir del material cerámico deriva en sí misma de un conocimiento más o menos exhaustivo de estas producciones, pero en este caso contamos con la ventaja de su gran abundancia y, en general, su amplia dispersión, que facilitan su fiabilidad como objetos susceptibles de datación. Sin embargo, hay que recordar que las tumbas así fechadas deben contar con una cantidad de objetos cuanto mayor mejor para así esbozar un margen claro entre su *terminus post quem* y su *terminus ante quem*. Cuantos menos elementos fechables existan en un ajuar, menor es nuestra capacidad para concretar una datación, de modo que muchas veces, cuando los datos son escasos, nos vemos obligados a fechar a partir de la cronología general de la necrópolis, que obtenemos del mismo modo aplicado a una mayor escala. La consecuencia de esta práctica es compleja, porque a veces resulta un tanto incómoda para discernir a su vez las connotaciones cronológicas de determinados tipos de objeto raramente hallados fuera del ámbito funerario como son las armas. Por poner un ejemplo significativo, el hecho de que las tumbas del Turó dels Dos Pins, que es un yacimiento clásico del mundo ibérico, se fechen entre 250 y 175 a.C. (García Roselló,

1993: *passim*), nos da un margen demasiado amplio para algunas de sus armas, puesto que no es lo mismo que ciertas espadas, como las del tipo NE-III, procedan de las tumbas más antiguas o lo hagan de las más modernas (lo que equivaldría a una mayor perduración del patrón). En contextos tan marcadamente arcaizantes o “conservadores” a nivel armamentístico como los hispánicos, este tipo de obstáculos pueden llegar a marcar la diferencia en el desarrollo de una u otra fase de la panoplia con elementos de influencia La Tène.

Pero existen además otros problemas mayores cuando hablamos de contextos funerarios en los que es difícil y hasta rarísimo hallar cerámicas que no sean la propia urna donde fueran depositados los restos cinerarios, que normalmente son de tipo local y bastante pobres a nivel cronológico. Este comportamiento paradigmático es el habitual en una buena parte del territorio peninsular del interior, pero aquí nos interesa en especial por su efecto en las regiones celtibérica y, en menor medida, vettona:

En contextos funerarios celtibéricos, es muy raro contar con objetos no metálicos. Cuando no son armas, se trata de otro tipo de objetos; en especial aquellos que refieren al adorno personal o a la vestimenta. Los más habituales y más empleados como fósiles directores son las fíbulas o los broches de cinturón, puesto que se cuentan entre los materiales con mayor dispersión y (con ciertas reservas) mayor variabilidad en el tiempo. No obstante, como es lógico, no es suficiente con fechar a partir de los hallazgos celtibéricos, que en general cuentan con el mismo problema, por lo que lo más frecuente es extrapolar a partir de su comportamiento en otros territorios con contextos cronológicos más firmes, como son los ibéricos. Sin embargo, el comportamiento de los arqueólogos (entre los que nos contamos), está a menudo marcado por ciertas concepciones apriorísticas que poco facilitan este tipo de tareas, y en ocasiones tiende a manifestarse conservador, considerando por ejemplo que la llegada y transformación de ciertos esquemas tipológicos de las fíbulas de La Tène pasó primero por la región ibérica para después alcanzar, pasado un cierto margen de tiempo, la Celtiberia (Cabré y Morán, 1982: 13; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 379); lo que no es para nada forzosamente así. Bajo esta percepción, es fácil caer en el error de adelantar las dataciones de algunas armas halladas en los mismos conjuntos que estos otros objetos.

Asimismo, tampoco estas producciones metálicas están libres de su perduración tipológica en márgenes cronológicos muy amplios. Al contrario, y como han puesto de

manifiesto muchos de los hallazgos realizados en la necrópolis de Numancia (cuya propia datación se ancla en la del origen de su poblado *c.* finales del III a.C. y en la fecha absoluta de su destrucción en 133 a.C.; Jimeno, 2006: 264), gran parte de los objetos conocidos en contextos de los siglos IV y III a.C. se repiten en otros mucho más tardíos, de bien entrado el siglo II a.C. (Jimeno *et alii*, 2004: *passim*).

En ocasiones, las fechas dilatadas de estos objetos, entre los que contamos las armas, tienden igualmente a “arrastrar” hacia adelante las cronologías de las tumbas de forma artificial, como dando arbitrariamente al *terminus post quem* una fecha más compatible con la del *ante quem* y sugerir periodos más cortos⁷³⁴.

Estas trampas metodológicas comunes en regiones como la Celtiberia siempre repercuten sobre las cronologías absolutas de las armas, que suelen oscilar en función de sus estimaciones más o menos genéricas. En tal sentido advertía Alberto Lorrio muy acertadamente, en un trabajo que titulaba de forma muy explícita: “*Problemas de cronología en la panoplia celtibérica*” (Lorrio, 2002), de la “*poca fiabilidad de las dataciones absolutas de los elementos metálicos, que con frecuencia son los únicos conservados, habiendo de contar en este sentido con las cronologías aportadas por contextos generalmente extraceltibéricos*” (*Ibid.*: 70).

En cierto modo, la propia periodización que Lorrio proponía para la cultura material celtibérica (1993, 1994, 1997: 152-198; 2002: 71-80) se basa en el análisis de los ajueres funerarios (y en especial de las armas), con lo que los márgenes cronológicos para algunas de las panoplias no son demasiado concretos, y algunas de ellas tienden a solaparse entre sí en fases distintas. Así, por ejemplo, para el caso concreto de las panoplias con espada de tipo La Tène, su momento inicial se remonta al final de la subfase IIA₂⁷³⁵ o IIA (Lorrio, 1993: 227-228 y 1997: 180; sep. D de Gormaz), pero las mismas asociaciones de armas se hallan con posterioridad, en sus subfases IIB (sep. D de Arcóbriga; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 433-444⁷³⁶), o incluso la fase III (sep. 105 de Numancia; Jimeno *et alii*, 2004: fig. 89), lo que supone frecuentes superposiciones de distintos formatos de panoplia en los mismos periodos cronológicos.

⁷³⁴ El mismo comportamiento que observamos en la Celtiberia también se da en otros contextos extrapeninsulares con armamento La Tène. En dicho sentido: véase Rapin, 2003, donde se discute este tema de forma extensa.

⁷³⁵ Aunque ya hemos visto que para nosotros es muy anterior (*supra*, III.F.1).

⁷³⁶ En esta fase según la opinión explícita de este mismo autor, aunque no coincidimos del todo con su opinión (*infra*).

Finalmente, cabe incluir entre los problemas de datación de las tumbas el hecho de que no todos los elementos del ajuar corresponden a una adquisición unitaria, sino que igualmente pueden reflejar la incorporación de uno u otro elemento en varios momentos de la vida del personaje incinerado. Subsiguientemente, el periodo de vida de este personaje resulta determinante, y supone un posible sesgo cronológico⁷³⁷ que vendría a retrasar levemente la datación de las armas. Lo que ocurre es que a menudo no contamos con análisis antropológicos para todas las tumbas, y en realidad estos datos son difícilmente alcanzables en contextos de incineración.

A todo ello, creemos que es importante argumentar de forma explícita nuestra opinión acerca de algunas dataciones, aunque a lo largo de los capítulos anteriores ya hemos venido refiriendo a ellas en relación con algunas armas en concreto.

En especial, pondremos un cierto énfasis en las tumbas procedentes de la necrópolis de Arcóbriga, no porque pensemos que su reciente publicación (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009) no sea acertada en la mayoría de sus aspectos, sino porque, afortunadamente, ésta cuenta con una extensa y detallada argumentación acerca de los motivos que han llevado a sus autores a fecharlas en uno u otro momento de la vida de la necrópolis; y, por ello, es susceptible de contrastación:

Arcóbriga representa para nosotros una fuente clave para la comprensión del comportamiento evolutivo de las espadas La Tène de tipo celtibérico y, por ende, de sus panoplias asociadas. Por este motivo, resulta importante aclarar ciertas opiniones respecto a la datación de algunas de las tumbas, puesto que el lector de estas líneas puede sorprenderse por la diferencia de datación existente entre nuestra propia propuesta y la que en su día sugirieran los autores de su publicación (*Ibid.*).

En primer lugar, expresaríamos nuestro ligero desacuerdo en cuanto al momento original de la necrópolis:

El minucioso y excelente análisis de cada uno de los materiales procedentes de la necrópolis ha llevado a situar este momento en torno a una fecha de finales del siglo IV a.C. (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 429). Sin embargo, no existe razón aparente para retrasar el *terminus post quem* que ofrecen una nada desdeñable parte de las fíbulas, con modelos documentados desde, como mínimo, mediados del mismo siglo (*Ibid.*: tabla 13). De hecho, la fecha inicial de la necrópolis ya fue propuesta por Cabré y

⁷³⁷ *Vide supra*, en varios apartados de los capítulos III a VI.

Morán (1982: 13) *circa* 375 a.C. en base a estos mismos criterios. Por otra parte, ya hemos visto que las espadas La Tène de la necrópolis evidencian signos de gran antigüedad, como ocurre con algunas de las piezas de la colección del Museo de Zaragoza (1011 y 1013), que podrían pertenecer a estos primeros estadios. Otras espadas, con tipologías que enlazan con el módulo grande del siglo IV a.C. (1012) son también proclives a fechas desde mediados de la misma centúria. Otros datos, como la presencia de una vaina de espada de tipo Echaury/Quesada II (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 60; inv. 49-51 del M.A.N.) resaltan asimismo la posibilidad de la presencia de conjuntos pertenecientes a estas fechas más altas⁷³⁸.

La misma línea algo conservadora se aprecia en las dataciones de ciertas tumbas en concreto, siempre a causa de la tendencia arcaizante de las producciones metálicas, que tienden a acostumbrarnos a su presencia en contextos algo más avanzados. En especial, uno de los problemas que ha podido generar mayor confusión es la comparación de las espadas La Tène de Arcóbriga a partir de las producciones del noreste peninsular (García Jiménez, 2006), que en general se documentan en sus propios contextos en momentos muy avanzados, pero que, por una parte, corresponden a una línea evolutiva distinta a la de la Celtiberia y, por la otra, no dejan de ser (pese a su conservadurismo) inspiraciones de piezas célticas más antiguas, aunque no estén representadas en el noreste en sus momentos de asimilación (*Ibid.*: 208-216).

La sep. B (**P-2**), por ejemplo, es una de las que a nuestro juicio ofrece una cronología excesivamente avanzada sin motivo aparente, porque el único criterio que llevaría a su datación en el grupo de finales del siglo III o inicios del II a.C. es su comparación con las espadas de tipo NE-I que, si bien están documentadas en el registro arqueológico principalmente desde la segunda mitad del siglo III a.C., proceden de un patrón anterior en un siglo. De este modo, creemos que la tumba puede pertenecer a cualquier momento del siglo III a.C. (incluso a principios) o a inicios del siglo II a.C. si consideramos su relación con los materiales aparecidos en la necrópolis de Numancia.

Lo mismo ocurre con la datación de las seps. M, N o W (P-8, 9 y 15 respectivamente) (*Ibid.*: 445-447 y 436), en las que se acepta explícitamente la presencia de materiales con un *terminus post quem* anterior al de la cronología asignada pero se termina ajustando a momentos más tardíos a consecuencia de las espadas.

⁷³⁸ Véase García Jiménez, 2006b: 54-57.

Asimismo, existen otras sepulturas con mayor posibilidad de pertenecer a fases más antiguas dentro de la necrópolis, bien dentro del siglo IV a.C. (normalmente a finales del mismo) o bien a inicios del siglo III a.C. Esto tiene lugar por ejemplo en las sepulturas D, I, K o T: La primera de ellas (**P-3**) se avanza en concreto por el mismo problema de asociación con las espadas del noreste, pese a los buenos datos explícitos de otros materiales paralelos de finales del siglo IV a.C. (*Ibid.*: 433-434). En cambio, la sepultura I (**P-4**) es algo más compleja, porque ya fuera en su momento fechada por Cabré y Morán (1982: 11 y fig. 21) en un momento en exceso tardío (finales III-inicios del II a.C.) sobre la base de una supuesta (aunque a nuestro juicio infundamentada) perduración de la fíbula, además de otros criterios no explícitos. Por su parte, Lorrio y Sánchez de Prado (2009: 441-442) secundan esta misma datación, aunque no descartan la posibilidad que fuera anterior y, en este caso, sí argumentan algo más el por qué de esta opinión. En lo que nos concierne, todos y cada uno de los materiales de la tumba sugieren una fecha anterior en un siglo a lo que han planteado estos autores:

En primer lugar, la propia espada, cuya vaina es uno de los escasos ejemplos celtibéricos con claras connotaciones de las producciones de LT B2⁷³⁹, y en especial con los patrones más antiguos de estas. En segundo lugar, la discutida fíbula, que los autores anteriormente citados aceptan como originaria de la segunda mitad del siglo IV a.C. (*Ibid.*). En tercer lugar, la moharra. Respecto a esta pieza, Lorrio y Sánchez de Prado (2009: 442) apuntan una relación con la variante 5 de Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: 134), pero nuestra opinión es que se trata en realidad de una de esas producciones meseteñas del ámbito celtibérico-vacceo tan parecidas a las formas biconvexas galas, aunque muy anteriores en el tiempo a las que hemos referido en anteriores capítulos⁷⁴⁰. Estas formas, tienen su origen como mínimo en el último cuarto del siglo IV a.C. o quizás con anterioridad, y por tanto no pueden ser esgrimidas como argumento de la datación tardía de la tumba. Por último, está el puñal bidiscoidal. Como es bien sabido, estas producciones se han venido fechando generalmente a partir del siglo III a.C., normalmente desde mediados del mismo (Quesada, 1997: 292-294; con una síntesis de los anteriores trabajos), pero recientemente ha sido objeto de una revisión detallada (Kavanagh, 2008) que nos propone fechas anteriores para su aparición, desde finales del siglo IV a.C. En consecuencia, nada nos autoriza a retrasar la datación de la sepultura I hasta finales del siglo III a.C., puesto que todos los signos

⁷³⁹ *Vide supra*, III.C.1.

⁷⁴⁰ *Vide supra*, V.B.1 y V.C.2.

coinciden en fechas muy anteriores, desde fines del IV a inicios del III a.C.; encajando plenamente con la información tipológica de la espada.

En cuanto a la sepultura K (**P-6**), el motivo de su corrección es distinto. Ya en la opinión de Cabré y Morán (1982: fig. 23), la tumba debería fecharse en torno al 325 a.C. a razón de sus abundantes fíbulas. Sin embargo, posteriores trabajos (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 444-445) han sugerido fechas más tardías por la supuesta presencia de una fíbula con anillo sobre el puente y resorte con remate a dos discos entre los restos del ajuar (*Ibid.*: 81 y fig. 25, 9). Sinceramente, no compartimos dicha visión porque se basa en la observación de una pieza actualmente desaparecida que parte de una fotografía en la que sólo vemos parte de una fíbula bastante deteriorada. Al mismo tiempo, la fórmula de la espada (1007), con vaina enteriza y un módulo compatible con nuestro tipo B1.1, apunta a fechas compatibles con las de Cabré y Morán. Con todo, hay cierto margen de duda que incluye la propia tipología de la espada y su vaina, puesto que el patrón en ella apreciable revela importantes similitudes con la de la sepultura 18A de Osma (1124), por lo que no descartamos su posible amortización hasta mediados del siglo III a.C.; aunque no con posterioridad.

La propia argumentación que esgrimiremos para comentar la datación de la sepultura T (**P-12**) tiene mucho que ver con la anterior. Esta tumba, que se cuenta entre las inéditas recientemente publicadas por el espléndido trabajo de Lorrio y Sánchez de Prado sobre la necrópolis, cuenta con un fragmento de la parte distal de una vaina enteriza. Lamentablemente, no nos han llegado restos de su embocadura, hembrilla o remate de contera, con lo que nuestros limitados recursos tipológicos nos son de poca ayuda. En cualquier caso, aunque el resto del ajuar sería compatible con la fecha que proponen estos autores, la propia vaina (si es que no se trata de una importación) se movería con más comodidad en un periodo ligeramente anterior, dentro de la primera mitad del mismo siglo; algo que también es posible para el ajuar al completo.

Lógicamente, no todas las sepulturas con espadas La Tène fechadas por Lorrio y Sánchez de Prado son susceptibles de este tipo de comentarios, sino que una buena cantidad de ellas (seps. J, L, Ñ, S, U y V; P-5, 7, 10, 11, 13 y 14) son perfectamente válidas con los datos disponibles. De todos modos, la mayoría de las dataciones a las que nos es posible llegar continúan teniendo márgenes importantes de duración, por lo que nos vemos obligados a fechar mediante horizontes cronológicos más que mediante fechas concretas.

Muchas otras tumbas celtibéricas con espadas La Tène y vaina orgánica de otras muchas necrópolis, son firmes candidatas a este tipo de errores o imprecisiones, de modo que difícilmente nos podemos anclar en sucesivas fases estáticas en las que tiene lugar uno u otro comportamiento en la deposición de estas panoplias. Al contrario, debemos contentarnos con saber que todos estos contextos se sitúan en momentos más o menos inciertos que abarcan como mínimo todo el siglo III a.C. y buena parte del II a.C. En consecuencia, creemos que es preciso llevar a cabo estudios de gran envergadura sobre cada uno de los tipos de armas y otros objetos de la cultura material celtibérica, puesto que todavía queda mucho por hacer en este campo. Quizás en el futuro nos hará falta recapitular en base a todos estos estudios parciales y comprender así de mejor fuente los patrones de deposición típicos de estas famosas (aunque mal conocidas) necrópolis meseteñas. Sirva esto como *caveat* hasta entonces.

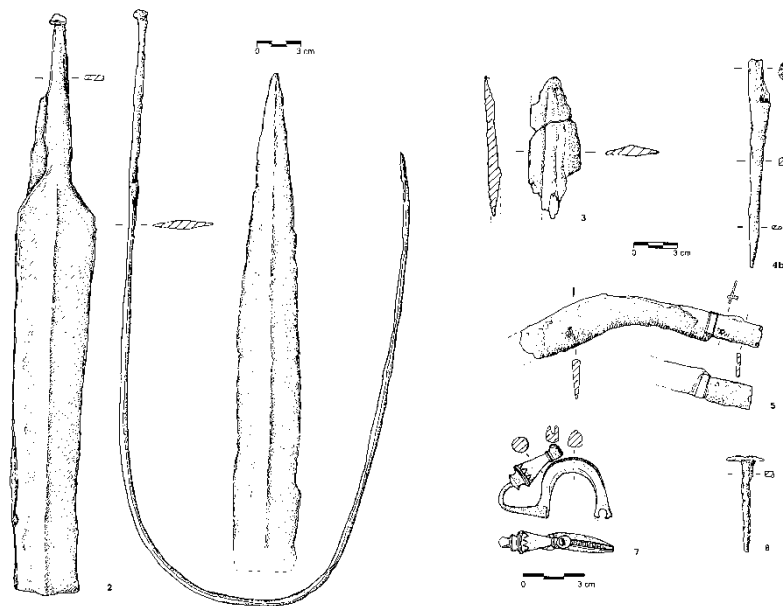


Fig. 213: Ajuar de la sepultura L de Arcóbriga (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: Figs. 27 y 28), con espada La Tène, moharra, regatón, cuchillo, clavo y fibula de bronce.

VII.B.2: Panoplias en contextos singulares

Seguidamente, comentaremos los pormenores cronológicos y compositivos de algunos de los conjuntos más complejos correspondientes a ámbitos contextuales distintos a los de tipo funerario. En estas circunstancias, nos interesa particularmente hacer hincapié en dos aspectos concretos: la cronología del conjunto y la posible existencia e identificación de algunas panoplias entre las combinaciones lógicas de sus elementos.

De todas las combinaciones posibles, que incluirían la mayor parte de los contextos rituales del noreste y otros entornos singulares menos previsibles, hemos seleccionado tan solo un puñado por su mayor complejidad y sus probabilidades de repercutir sobre un número concreto de individuos. En otros casos, como ocurre en el conjunto de La Almoina (Ribera, 1995), en el que se documentaron armas junto con restos humanos, se hallan asociaciones coherentes como la del *scutum* con umbo metálico y uno o más *pila*, pero su relación con el número de cadáveres documentados es dispar (al menos siete individuos frente a sólo 2-4 armas ofensivas⁷⁴¹), mientras que su dispersión (*Ibid.*: Fig. 5) tampoco permite esclarecer cuáles de estas armas se asociaron a uno u otro individuo. No obstante, incluso en este caso el contexto resulta tremendamente útil a la hora de constatar asociaciones tardías bien conocidas.

El lote de La Azucarera

Quizás uno de los conjuntos de armas a la vez más notables y más confusos de los hallados en la Península Ibérica con armamento de influencia La Tène sea el lote de La Azucarera (Alfaro). Se trata del hallazgo de una estructura de deposición consistente en la amortización de un importante lote de armas en apariencia afectadas por la acción del fuego y cubiertas por un amontonamiento de cantos rodados con planta circular (Marcos, 1996 e Iriarte *et alii*, 1996 y 1997). Por desgracia, y pese al interés que reviste este importante conjunto, la publicación del mismo (*Ibid.*) ha sido siempre parcial, recogiendo sólo una parte de este, que, además, ha sido fruto de su tratamiento algo

⁷⁴¹ Cuatro si aceptamos los dos podones como armas, lo que parece confirmado a partir del análisis antropológico, que revela el efecto de estos objetos sobre algunos huesos. El empleo de armas como instrumentos de tortura y ejecución en este mismo contexto, viene también avalado por los *pila*, que son ya indiscutiblemente armas.

desafortunado y ha terminado por desaparecer, habiendo resultado vano todo esfuerzo por recuperarlas. De todos modos, y como ya hemos advertido al tratar algunas de las armas del lote por separado, contamos con la fortuna de la conservación de una parte importante del mismo conjunto en el Museo de La Rioja, en el que precisamente se hallan los restos que faltan en las publicaciones anteriormente citadas. En concreto, se incluyen numerosos fragmentos de espada, de umbos de escudo, un casco de bronce de tipo etrusco-italico, restos de un *pilum*, un cuchillo afalcado, una punta de lanza arrojadiza, una fibula incompleta y tres regatones. En consecuencia, tenemos la ventaja del análisis directo de una parte del material que constituye, de algún modo, el negativo de otro que ya conocíamos a partir de su publicación en la década de los noventa, lo que nos ha permitido su reconstrucción virtual aproximada. En total, las evidencias disponibles permiten reconstruir hasta 11 espadas de tipo La Tène celtibérico y derivados, 7 umbos de escudo, uno (¿o dos?) cascos, un *pilum*, un puñal (Iriarte *et alii*, 1997: 244 y fig. 21, B; probablemente bidiscoidal) y un mínimo de tres lanzas si aceptamos la combinación de los regatones con las dos puntas disponibles (**fig. 214**).

No vamos a entrar aquí en detalles acerca de la tipología de las espadas o los escudos, pero sí a valorar algunos de sus indicios relacionados con la posible fuente de origen de sus componentes:

Uno de los detalles más significativos y curiosos de estas armas se halla en el grupo de umbos localizados. Al parecer, todos ellos contienen una protuberancia longitudinal en la concha, más ancha o estrecha según el caso, que les configura un carácter bastante singular dentro de lo que son las producciones hispánicas y extrapeninsulares. Sobre este particular, no hay piezas conocidas con los mismos rasgos, a excepción quizás de dos ejemplares bastante más antiguos procedentes de la necrópolis de Saint-Maur-des-Fossés (Leconte, 1991: Fig. 21, 3) y de un yacimiento desconocido de la zona de Marne (Connolly, 1981: 119, 8). Sin embargo, un examen detallado del umbo publicado de Saint-Maur-des-Fossés revela que la protuberancia de su concha es un añadido y no un efecto de repujado como en el caso de los umbos de La Azucarera, por lo que no hay una asociación clara entre unos y otros, aunque sí una misma intencionalidad que tiene que ver con el refuerzo de esa zona y que ya tiene su constatación en otras fórmulas como los nervios o resaltes en arista habituales en las producciones precoces de los modelos monovalvos⁷⁴². Sea como fuere, la repetición de la protección de la concha en

⁷⁴² Vide *supra*, IV.A.

todos los formatos de La Azucarera (que incluyen distintas variantes) nos parece indicativa de su procedencia de un mismo foco o taller de producción. Tomamos nota para más adelante.

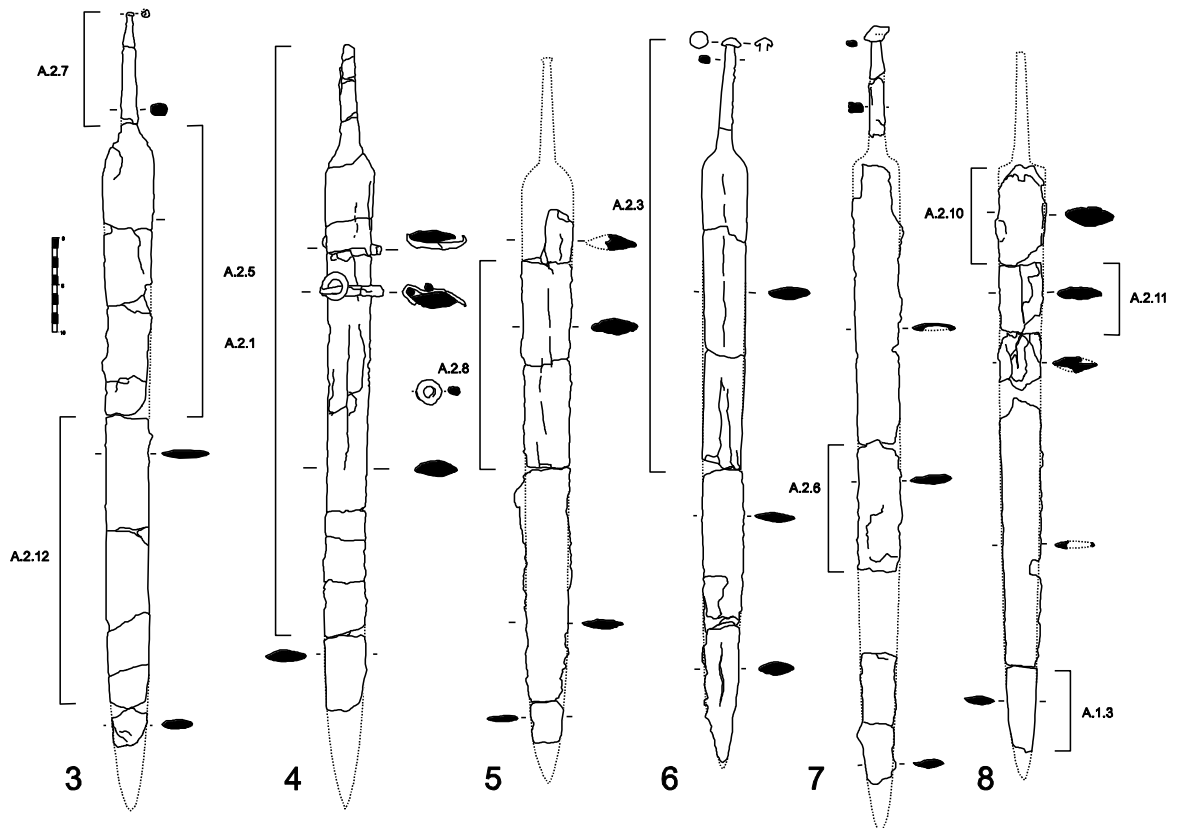
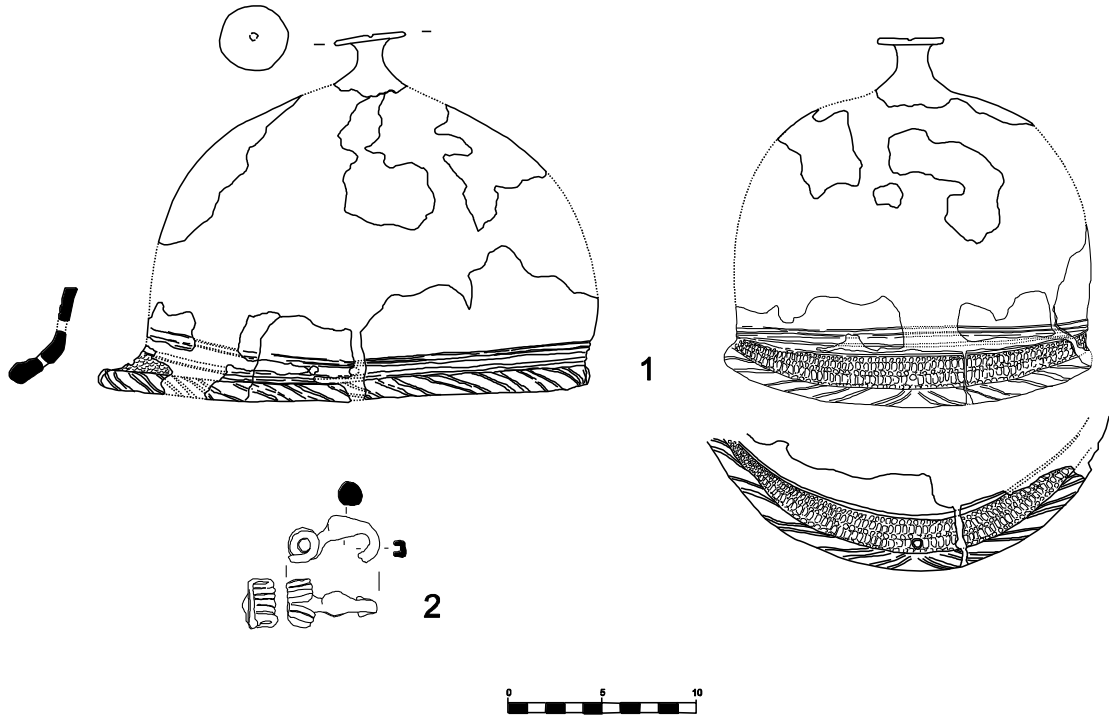
La propia tipología de los umbos es también sugerente a nivel cronológico, como también lo son la existencia de rebordes prominentes en la concha, que aunque no llegan a los extremos de otras fórmulas, nos orientan a un horizonte coetáneo a ellas, que debemos encuadrar en la segunda mitad del siglo II a.C. hasta mediados del siguiente. En dicho sentido, también complementa esta idea la presencia de un umbo circular cuyos rasgos tipológicos concretos nos son, desgraciadamente, desconocidos (2020, esta vez efectivamente desaparecido; Iriarte *et alii*, 1997: 234)⁷⁴³.

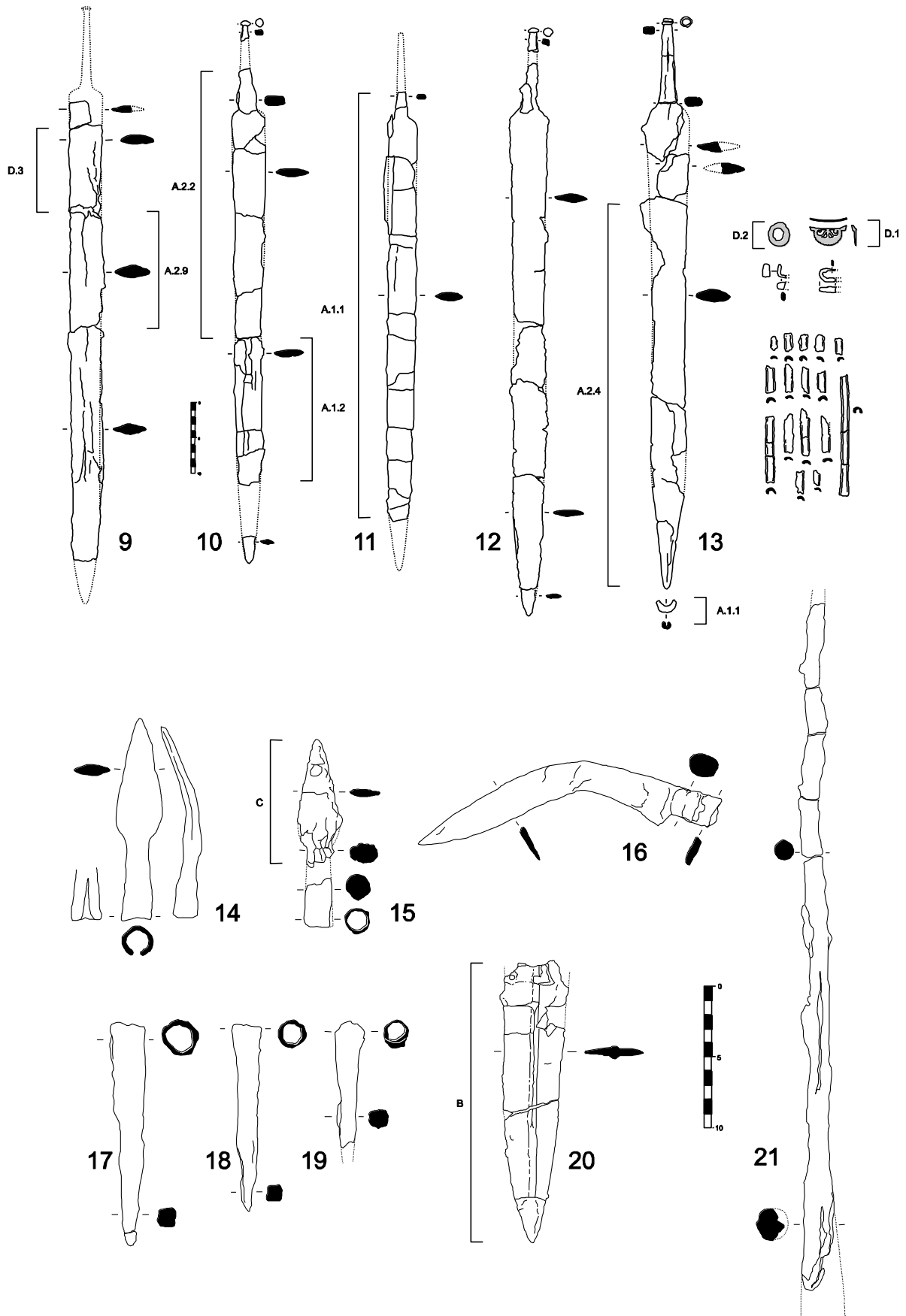
El origen de los restos es asimismo un tema clave que hay que considerar en relación con su atribución cronológica y las posibilidades compositivas del lote:

Por una parte, nos mostramos de acuerdo con los autores que dieron a conocer el conjunto cuando defienden el carácter ritual del mismo (Iriarte *et alii*, 1996 y 1997). A su vez, la propia hipótesis de su deposición ritual en relación con *spolia* o trofeos de guerra, probablemente tras un corto periodo de exposición a la intemperie, encaja con la estructura de los materiales en ella aparecidos. En cambio, no podemos aceptar la sugerencia de su cronología sertoriana (*Ibid.*: 249) si no es con algunas reservas, que pasaremos a detallar a continuación. No obstante, cabe antes plantearse un par de preguntas fundamentales:

- 1) Si se trata de restos representativos de una batalla (o, simplemente, una *razzia*), ¿existen conjuntos coherentes en su sentido táctico dentro de esta representación?; es decir: ¿hay panoplias identificables?
- 2) En tal caso, ¿son dichas panoplias coetáneas o, por el contrario, manifiestan tipologías diacrónicas?

⁷⁴³ No estamos sin embargo de acuerdo con la opinión de algunos autores (Iriarte *et alii*, 1997: 244, fig. 21, D.3) en cuanto a la posible atribución de un fragmento, que nosotros consideramos perteneciente a una espada, como manilla del escudo oval; sobre todo por el hecho de que, de ser una manilla, cortaría las manos del que la sujetara a juzgar por la sección que aparece en el dibujo publicado. Por otra parte, los fragmentos de media caña conservados en el Museo de La Rioja también pudieron pertenecer a una orla de escudo, pero ello no parece demasiado coherente al tratarse de pocos fragmentos, que sólo alcanzarían a cubrir parte de un escudo oval. Además, la inexistencia de fragmentos curvos entre los restos va en el mismo sentido, y por ello hemos clasificado estas piezas como correspondientes a la estructura metálica del armazón del *gladius hispaniensis* (1064).





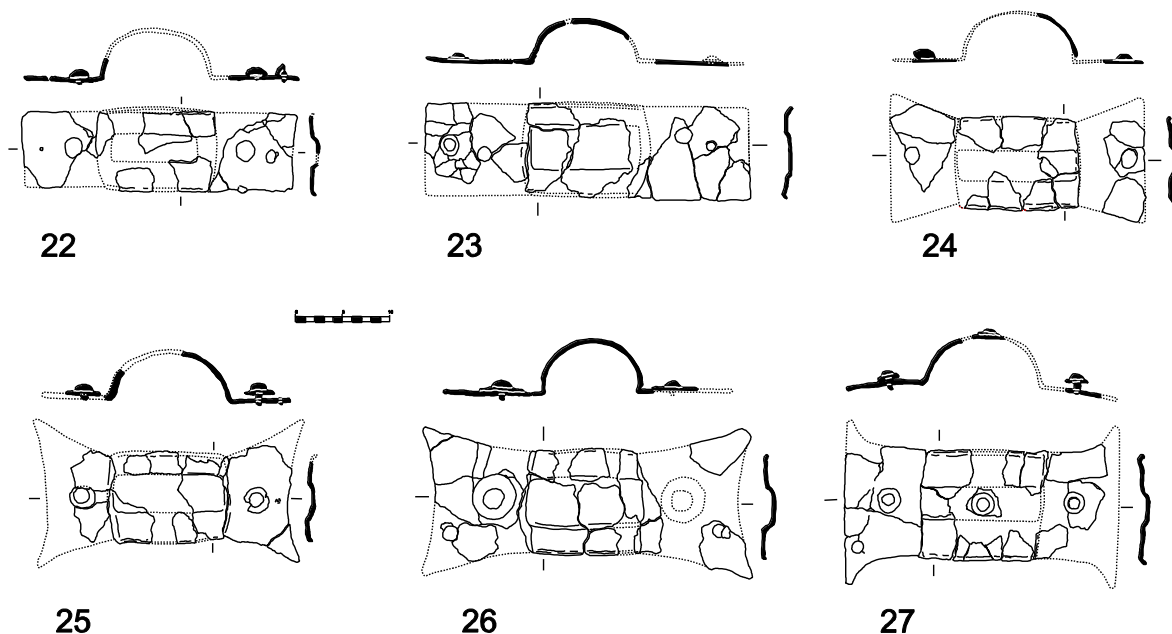


Fig. 214: Restos conservados del depósito votivo de La Azucarera (Alfaro). 1: Casco de bronce de tipo etrusco-itálico; 2: Fíbula de hierro; 3-13: Espadas (1065, 1072, 1066, 1073, 1067, 1069, 1070, 1071, 1063 y 1064 del catálogo); 14-15: Moharras; 16: Cuchillo; 17-19: Regatones; 20: Puñal; 21: *Pilum*; 22-27: Umbos de escudo (2015, 2018, 2017, 2016, 2014 y 2019 del catálogo). Las referencias numéricas aluden al origen de algunos de los dibujos en: Iriarte *et alii*, 1997, hallándose todos estos fragmentos actualmente desaparecidos. Los dibujos del material que no forma parte de nuestro catálogo aparecen a otra escala, para mayor claridad.

La primera pregunta resulta relativamente sencilla de responder, debido a la presencia de armas ofensivas (espadas, lanzas, puñal) y defensivas (escudos, casco) por igual. Sin embargo, nos parece ilustrativa la sobrerrepresentación de algunas de las armas ofensivas (espadas) respecto a otras (lanzas, jabalinas, *pila* o arrojadizas en general), que debieron ser mucho más numerosas en las panoplias originales.

Este hecho se explica probablemente por una selección de las armas ofensivas en el plano ideológico. Dicho de otro modo: las espadas resultarían más importantes o representativas en el ritual de exposición o la entrega votiva a las divinidades⁷⁴⁴ que las lanzas o jabalinas, de forma que se produciría un descarte selectivo de las armas, bien en el momento de exposición del trofeo o bien en el momento de su deposición bajo un túmulo de piedras. No obstante, nada descarta otro tipo de interpretaciones mucho más simples, como la posible dispersión de las armas arrojadizas en el campo de batalla y su

⁷⁴⁴ Del mismo modo que ocurre en las exposiciones rituales de espadas en los poblados del noreste peninsular (García Jiménez, 2006: 82-91).

consecuente separación de la panoplia que empuñaban los guerreros vencidos (siempre que nuestra hipótesis de partida fuera acertada).

Del mismo modo, resulta también significativo el parecido tecnológico (que no tipológico) de los umbos de aletas del lote, al que hemos referido antes. La constancia de esta característica, por lo demás ajena a otros contextos, nos lleva a pensar en una misma fuente de origen, quizás un taller al servicio del abastecimiento de las tropas romanas.

Por otro lado, la asociación de espadas-escudos es también discordante, en tanto que se depositaron al menos 11 espadas por tan solo 7 escudos. Aunque en las necrópolis celtibéricas tardías no suelen aparecer escudos de tipo oval, sí se advierten repetidamente panoplias formadas a partir de la asociación de espada y puñal bidiscoidal, de armas arrojadizas sin escudo, etc... Es posible que la recolección de los *spolia* se produjera de forma simbólica, sin atender al número de panoplias completas que se representaban, pero lo más probable es que algunos de los escudos ovales no tuvieran umbo metálico, como así parece revelar la iconografía de época tardorrepública⁷⁴⁵.

Asistimos así a una combinación de elementos de claro origen o herencia celtibérica (espadas, puñal) asociado a producciones indudablemente romanas (escudos, *gladius*; 1064). Sin embargo, y dado que el ejército romano llevaba décadas utilizando armamento de procedencia autóctona (especialmente las mencionadas espadas de influencia La Tène y los puñales bidiscoidales⁷⁴⁶) y que la participación de tropas celtibéricas entre los auxiliares romanos era cada vez mayor, resulta complicado decantarse sobre el origen de las panoplias, a las que habría que catalogar, prudentemente, y sobre todo a la luz de la panoplia más moderna del lote, como perteneciente o, como mínimo, en la órbita de la confluencia del armamento republicano romano con el celtibérico.

Existe en efecto un conjunto discrepante en cuanto a la cronología general del lote. Si la mayor parte de los elementos que conforman el conjunto puede fecharse con comodidad dentro de un horizonte temprano de La Tène D1 (segunda mitad del siglo II a.C.), hay unas armas que despuntan, por su modernidad relativa, respecto a las demás.

Se trata de un conjunto que pudieron formar la espada que hemos catalogado con el número 1064 de nuestro inventario, que es un *gladius hispaniensis* de tipo robusto

⁷⁴⁵ *Vide supra*, IV.E.

⁷⁴⁶ Véase Quesada, 1997: 260-270 y 292-295; e *infra*, VII.C.1 y C.2.

(adscrito a nuestro tipo D2.1), el desaparecido umbo circular (2020) y el casco de tipo Montefortino⁷⁴⁷.

Poco sabemos sobre las cronologías absolutas para este tipo de *gladius*⁷⁴⁸. Sin embargo, la robustez del mismo unido a la presencia de elementos de bronce y suspensiones con barras delgadas parece acercar el ejemplar de La Azucarera a algunas producciones halladas recientemente en las galias y atribuibles a inicios del siglo I a.C.⁷⁴⁹ Por otro lado, tal como hemos comentado con anterioridad, otros rasgos como la forma de los hombros, la sobriedad de la contera y la ausencia de refuerzos entrelazados, nos inclina hacia tipos más propios del siglo II a.C. que del posterior. Por tanto, una fecha de fabricación en torno a las últimas décadas del siglo II a.C. (c. 120-100 a.C.), nos parecería la más verosímil.

Al mismo tiempo, el umbo circular ya existe en La Tène D1, especialmente en sus variantes de concha cónica, pero no es hasta finales de este periodo o inicios de La Tène D2a (c. 80-50 a.C.) cuando se generaliza (Lejars, 1996: 94).

En cuanto al casco, si bien se trata de una producción al parecer típica del siglo II a.C. como revelan sus rebordes y la decoración sogueada del borde inferior, contiene una decoración muy inusual en su guardanuca (los motivos de tipo ondulado o triangulares serían mucho más normales; Quesada, 1997e: 156) y una simplificación verdaderamente singular en su remate. Dicha simplificación, que convierte el habitual remate troncocónico en un sencillo disco, no es frecuente en contextos tempranos. En realidad, tan solo conocemos un ejemplar con un remate parecido que perteneció a una conocida colección particular alemana (Junkelmann, 2000: 102) y que se asocia con las producciones de tipo Buggenum, que son una evolución mucho más simple del clásico formato etrusco-italico⁷⁵⁰.

Generalmente, se acepta una cronología cesariana para los cascos de este tipo, pero dicha tipología es incompatible con el borde y el guardanuca del casco de La Azucarera, que revisten de una especie de hibridismo que pudo pertenecer a una fase intermedia entre la superación del tipo clásico y su evolución al tipo Buggenum.

⁷⁴⁷ Siempre que se trate de un solo casco. Iriarte *et alii*, 1996: 174 mencionan la posible existencia de dos cascos, aunque los fragmentos existentes, reconstruidos en un solo ejemplar en el Museo de La Rioja, no son suficientes para afirmar la presencia de dos ejemplares.

⁷⁴⁸ *Vide supra*, III. E.3 y III.F.2.

⁷⁴⁹ Pitres (Poux, 2008: 322). Véase asimismo el *gladius* de Delos, con un *terminus ante quem* de 69 a.C. (Connolly, 1997: 49).

⁷⁵⁰ Sobre este tipo de casco, véase Schaaf, 1988b: 325-326 y Feugère, 1994: 79-81. En cuanto a su repercusión en la Península Ibérica, nótese la diferenciación de estas fórmulas sobre el patrón más antiguo que ha venido advirtiendo Fernando Quesada (1997: 562-563; 1997e: 159).

En conclusión, pues, creemos que en el lote de La Azucarera se mezclan aproximadamente unas diez panoplias de la segunda mitad del siglo II a.C. con una más completa y ligeramente más tardía, quizás de un periodo muy cercano al 100 a.C. De todos modos, dado que hablamos de un *terminus post quem* cuando nos referimos a la fabricación de las armas, no existe pues argumento que pueda rechazar la hipótesis de la deposición del conjunto en época sertoriana (Iriarte *et alii*, 1997: 249), aunque tampoco hay razón para pensar que se produjera en un momento tan avanzado. Una fecha en relación con la desconocida Segunda Guerra Celtibérica a inicios del siglo I a.C. o cualquier conflicto menor correspondiente a dicha época, sería igualmente válida.

En todo caso, en este particular tiene lugar la confluencia de dos tradiciones distintas con unos propósitos tácticos similares y muy compatibles (Quesada, 2003c: 188-193 y 2006c: *passim*), por lo que hay algunos aspectos como la posible perduración de la mayoría de las panoplias del lote que tampoco resultan del todo definitivas. Por lo general, la información que se induce del estudio de las panoplias celtibéricas en las necrópolis parecen demostrar (al igual que en las necrópolis celtas europeas o incluso las ibéricas) que el uso de armas (y en especial de espadas) terminaba junto con la vida del propietario; esto es: que las armas eran intransferibles y no se heredaban a sucesores. Sin embargo, para las tropas romanas, se admiten generalmente importantes perduraciones siempre que las armas se encuentren en buen estado, y no hay enterramientos con armamento que nos permitan discrepar sobre este asunto; aunque tampoco existen necrópolis celtibéricas con armas lo suficientemente tardías como para probar un cambio de costumbres entre las tropas indígenas.

En último lugar, nada impide que la panoplia aparentemente más tardía perteneciera a un personaje de mayor rango y mayor poder adquisitivo que el resto, lo que le habría permitido hacerse con una panoplia más “a la última”.

La zona 13 del Puig de Sant Andreu

Otro conjunto complejo perteneciente a un ámbito completamente distinto aunque quizás relacionado con el mismo tipo de prácticas simbólicas, se encuentra entre los restos aparecidos en la llamada zona 13 del *oppidum indikete* del Puig de Sant Andreu

(Ullastret). En este caso, se trata de un grupo de armas muy inferior en número al de La Azucarera, y en su mayor parte bastante alterados e incompletos como resultado de su manipulación y exhibición durante un periodo prolongado y su posterior amortización como consecuencia del abandono del poblado a inicios del siglo II a.C. Los restos incluyen en concreto dos vainas, una espada, un umbo bivalvo, dos fragmentos de contera de estas u otras vainas, y una cabeza de remache en botón perteneciente a un umbo (¿de aletas?). El interés de su contexto, en una calle en la que se han hallado no menos de dos casas de estructura compleja atribuibles a grupos de corte aristocrático del *oppidum* (Casas *et alii*, 2004; Ropiot y Mazière, 2007: 740-741), radica por una parte en su cronología de deposición muy concreta y, por otra, en su asociación con un entorno en el que la exposición de *spolia hostium* como propaganda de prestigio es habitual y conocida⁷⁵¹.

Lo que en sí nos llama la atención de este conjunto es la aparente diacronía de algunas de las armas; algo que ya hemos visto, a otra escala, en el lote de Alfaro. Por una parte, ciertos elementos como alguna contera (98) o una de las vainas (100), pudieron pertenecer a un periodo cercano a su definitivo abandono en la calle, pero en cambio otras, como la espada y vaina del tipo NE-III que hemos catalogado con los números 97 y 101 de nuestro inventario, o el umbo bivalvo en cuestión (2038), delatan una importante distorsión en sus rasgos tipológicos que, en este caso, no creemos fruto de la pervivencia de sus patrones en un contexto tan marcadamente arcaizante armamentísticamente hablando como el del noreste peninsular. Ya hemos esbozado con anterioridad los motivos que nos llevan a pensar en una fabricación de ambas piezas en un periodo correspondiente al último cuarto del siglo IV a.C. o, como máximo, inicios del siguiente siglo. Dicho esto, sorprende por una parte la larguísima perduración del trofeo, cercana a un siglo, que nos remite a otros conjuntos como el del silo 24 de Can Miralles (*infra*) o piezas aisladas como la vaina del mismo tipo de Burriac (García Jiménez, 2006: 88-91; inv. 66).

Por otra parte, y en relación con lo que nos ocupa en este momento, cabe preguntarse por la coherencia de estas dos armas como pertenecientes a un mismo conjunto original o, lo que es lo mismo, a una panoplia concreta. En el conjunto de los hallazgos europeos, no es nada habitual que las espadas de tipo “Hatvan-Boldog”, en las que se inspira nuestro ejemplar, se asocien a cadenas de suspensión o umbos bivalvos (Rapin, 2000: 200-201), presuntamente por la relación de este módulo con un estilo de combate

⁷⁵¹ Sobre este contexto particular, véase *supra*, cap. III.B.

distinto, que quizás tenga que ver con la caballería. Para el caso que nos ocupa, hay que tener en cuenta que estamos hablando de producciones autóctonas en un contexto muy marcadamente “periférico” de la cultura La Tène europea, de modo que la compatibilidad de ambos elementos entra dentro de lo posible apelando a la autonomía funcional de las panoplias autóctonas, sobre todo si se considera el pobre papel que en estas desarrolló la caballería. Si así fuera, y se tratara de un conjunto real capturado a un guerrero rival y posteriormente exhibido en el poblado, es muy posible que su largo periodo de exhibición tuviera que ver con la categoría social o militar del vencido. De todos modos, y aunque se tratara de armas conectadas, nada nos autoriza a pensar que se tratara de panoplias completas, porque pueden faltar otros elementos fundamentales como pueden ser las armas de asta. Precisamente por su ambigüedad en dicho sentido, esta posible panoplia, al igual que las que conforman el lote de La Azucarera, no ha sido incorporada en nuestra base de datos para el estudio de sus asociaciones, pero sí va a ser empleada a nivel comparativo.

El silo 24 de Can Miralles

Probablemente el conjunto más completo de armas en contexto cerrado de todo el noreste peninsular se halle en entre los abundantes restos materiales depositados en el silo 24 de Can Miralles. Para situarnos en contexto, hablamos de una serie de silos localizados en los alrededores del *oppidum* ibérico de Burriac, en Cabrera de Mar (Pujol y García Roselló, 1982-83); una región muy bien conocida en cuanto a su armamento (García Roselló, Pujol y Zamora, 1998) gracias principalmente a las necrópolis localizadas en su entorno (Sanmartí, 1991 y 1995).

Ya hemos insistido en otros lugares (García Jiménez, 2006: 89) sobre la posible interpretación de esta deposición, que creemos fruto de una larga exhibición a la intemperie y su posterior amortización y no como perteneciente a una tumba, que es lo que proponen los autores de su publicación (Pujol y García Roselló, 1982-83: 77). Entre los motivos más obvios para esta hipótesis alternativa están la propia amortización (en un silo y no en una tumba), o la larga pervivencia de las armas, que se remontan sistemáticamente a un periodo en torno al 300 a.C.⁷⁵², mientras que las cerámicas arrojan fechas de 225-175 a. C. (*Ibid.*: 120). En cambio, las razones esgrimidas para defender la pertenencia de este conjunto de materiales a un enterramiento, como son la

⁷⁵² *Vide supra*, III.F.1, V.B.2 y VI.B.2.

inutilización de las armas o su correspondencia a una panoplia coherente, son igualmente compatibles con la fórmula de la exhibición con fines propagandísticos de estas piezas y su posterior deposición ritual en un silo⁷⁵³.

Lo que nos interesa destacar ahora es precisamente esta última razón, sobre la que redonda el sentido último de la amortización del conjunto: la correspondencia de las armas a una panoplia única.

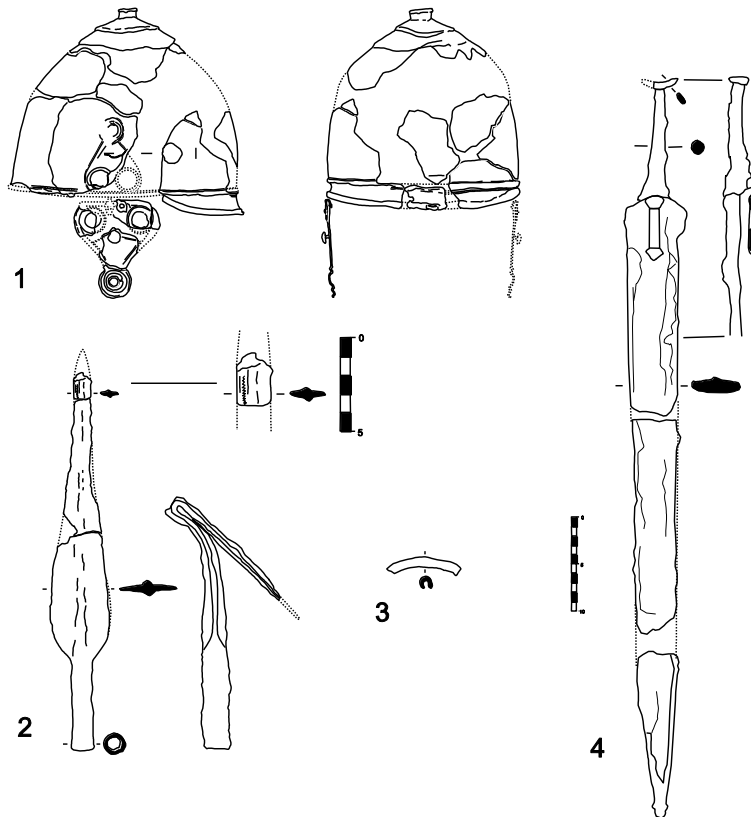


Fig. 215: Panoplia del silo 24 de Can Miralles. 1: Casco (5001); 2: Moharra (3005) (el fragmento decorado 8680 del Museu de Mataró pudo pertenecer a esta misma pieza); 3: Posible fragmento de orla de escudo oval; 4: Espada y vaina (63).

Uno de los aspectos que no debe pasarnos por alto es la noticia del hallazgo del silo 24 en un estado incompleto, faltando casi la mitad de la misma y una de sus paredes laterales, afectada por los rebajes realizados al abrir un camino lindante (*Ibid.*: 66). La ausencia de una parte del silo es probablemente significativa, puesto que quizás haya ocasionado la pérdida de algunas piezas razonablemente presumibles en el conjunto,

⁷⁵³ Existen una importante cantidad de paralelos con este mismo patrón de comportamiento. En particular, véase García Jiménez, 2006: 89-91 y *supra*, III.B.3 para una síntesis de los mismos.

como es el escudo. En efecto, la coherencia de este notable conjunto, en el que están representadas una espada, una o dos lanzas y un casco, evidencia la ausencia de un escudo de tipo oval (que es el habitual en el noreste). En realidad, puede que uno de los fragmentos originalmente asignados al guardanuca del casco (Pujol y García Roselló, 1982-83: 70; ref. 8039-6) pertenezca mejor a la orla de un escudo, puesto que su anchura es mayor que la protección del borde inferior del casco. En tal caso, podríamos pensar que el escudo original, que si no tuvo elementos metálicos debió ser lignario, es uno de los elementos perdidos a consecuencia de la mala conservación del silo en el momento de su hallazgo.

Por otra parte, conocemos bien la espada, el casco y una de las lanzas, pero hay que notar también la presencia de otra moharra, que viene delatada por un pequeño fragmento que ha sido malinterpretado como parte de la hoja de un puñal (*Ibid.*: 73-74; ref. 8680). El fragmento es corto, pero conserva la evidencia de un nervio en arista y los restos de una decoración incisa en zig-zag, algo por ahora desconocido en el material de influencia La Tène. Con todo, sus medidas coinciden con el espacio faltante en la punta de la moharra 3005, a la que pudo pertenecer (**fig. 215**).

En resumidas cuentas, nos hallamos ante el notable hallazgo de lo que pudo ser una panoplia completa de finales del siglo IV o inicios del III a.C. (P-31), con todos sus componentes. La calidad de la misma, que incluye un excepcional casco y una lanza decorada, nos induce a relacionar el hallazgo con algún personaje de cierta relevancia social, de forma similar a lo que ocurriría con las armas de la zona 13 del Puig de Sant Andreu.

Conjunto singular del poblado de Sant Julià de Ramis

El último de los conjuntos en el que vamos a detenernos corresponde a un curioso y afortunado hallazgo en el poblado ibérico de la localidad gerundense de Sant Julià de Ramis (Burch *et alii*, 2001: 20):

Durante la excavación de algunas de las casas del poblado llevada a cabo en la década de los 40, tuvo lugar la identificación de una en la que un incendio accidental provocó la caída del tejado y la conservación de sus pertenencias *in situ*, bajo un nivel carbonizado que actuaría como sello de estos materiales (Pericot *et alii*, 1952: 99-101). Además de la constatación de la técnica constructiva del propio tejado, se documentaron en la casa un notable conjunto de cerámicas y objeto metálicos, entre los que se contarían una espada,

una punta de lanza, dos puntas de *pilum* y una punta de flecha de bronce. La mayoría de estos hallazgos aparecen hoy descontextualizados entre los materiales del MAC-Girona, pero tenemos constancia como mínimo de la espada, nuestro inventario 44 (García Jiménez, 2006: fig. 124) y, probablemente, los *pila* (en realidad, conocemos tres) (**fig. 216**).

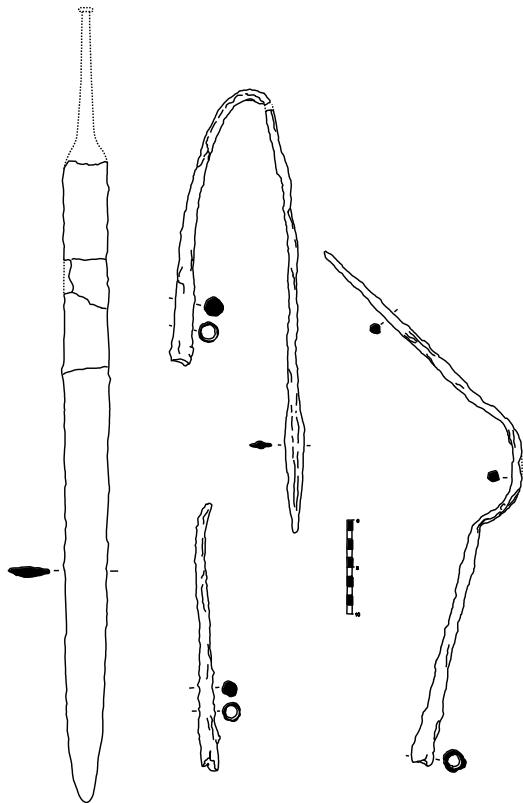
La cronología del conjunto no parece problemática y se sitúa, gracias al material cerámico, en un entorno de inicios del siglo II a.C., hasta el punto que el incendio de esta dependencia fue utilizado durante años como pretexto para argumentar una hipotética (y después desmentida) destrucción del poblado durante la campaña ofensiva de Catón en 195 a.C. (*cfr.* Burch *et alii*, 2001: 28). En cambio, la coherencia contextual del conjunto de las armas y otros materiales sí precisa de ciertas aclaraciones, porque por una parte cabe preguntarse por el posible sentido de la panoplia documentada y, por otra, es posible que la interpretación de su abandono suscite algunos interrogantes.

En primer lugar, se perciben ciertas ausencias que de nuevo atañen al escudo (que pudo ser completamente lignario o bien no existir siquiera), y, sobre todo, la vaina. La ausencia de vaina metálica en el noreste es algo bastante extraordinario de por sí, aunque a la práctica podemos imaginar muchas razones para su ausencia en el momento del derrumbe del tejado. En contraste, la presencia de una sola punta de flecha es extraña, y quizás sólo encaje en el plano simbólico.

Además, uno se pregunta hasta qué punto es lógico que se produzca un incendio presuntamente accidental en el que se pierden bienes tan valiosos material e ideológicamente como es una panoplia completa y no se procure la recuperación de los mismos. Una explicación plausible podría estar en la interpretación de los restos como pertenecientes a rituales de exhibición como los que hemos visto en abundancia en otros lugares del noreste. No en vano, se documentan junto a las armas algunos objetos que pueden resultar sugerentes en dicho sentido, como la colección de 17 vasitos cerámicos⁷⁵⁴ o la presencia de un misterioso colgante de bronce “en forma de *bulla*” que conservaba en su interior restos de cereales carbonizados (*Ibid.*: 20). Otros objetos, en cambio, son algo más ambiguos. Así, la espada, por una parte, aparece recta, aunque incompleta, y no contiene restos de inutilización, pero los *pila* documentados están muy

⁷⁵⁴ Igualmente documentados, por ejemplo, en una de las casas de l’Illa d’en Reixach donde también fue hallada una espada La Tène, así como en otros lugares del Puig de Sant Andreu, también con entornos rituales (Martín, Mataró y Caravaca, 1997: 59). El mismo contexto también se repite en una de las casas singulares de Mas Castellar (Pontós), en la que fueron recuperados toda una serie de materiales de clara orientación ritual (Pons, 1997). Precisamente, la orientación cultural de estos vasitos es evidente, puesto que en su interior han sido identificadas sustancias alucinógenas (Ropiot y Mazière, 2007: 743).

doblados, lo que no es frecuente en este tipo de materiales⁷⁵⁵ pero puede explicarse por la acción del peso de las paredes y el techo durante el derrumbe. Por último, lo que hoy nos parece un extraño abandono no es óbice de su constatación en numerosas ocasiones en el registro arqueológico. Para muestra, recuérdese por ejemplo la existencia del importante lote de espadas documentado bajo una de las casas de la Neapolis de Ampurias y abandonado sin razón aparente (García Jiménez, 2006: 105-107).



En consecuencia, las incertidumbres relativas a este conjunto distan mucho de estar resueltas, aunque sugieren por una parte la reiteración de la agrupación de armas como pertenecientes a una panoplia (P-83; sea del propietario de la casa o adquirida por otras vías) y, por la otra, nos evoca las complicaciones implícitas en el estudio de los conjuntos procedentes de ámbitos contextuales ajenos a los ajuares funerarios.

Fig. 216: Espada La Tène y *pila* del poblado ibérico de Sant Julià de Ramis. Al menos dos de estos *pila* aparecieron junto con la espada y otras armas en una casa cuyo techo se derrumbó a causa de un incendio accidental.

⁷⁵⁵ Véase por ejemplo el conjunto de los hallazgos en los campamentos numantinos (Luik, 2002: láms. 85-86 y 181-185) o los más cercanos procedentes del poblado de Castellruf (Álvarez y Cubero, 1999: *passim*), que no tienen indicios de pliegue.

VII.C. ASOCIACIONES DE ARMAS Y EVOLUCIÓN DE LAS PANOPLIAS

Al proceder la práctica totalidad de las panoplias de contextos funerarios, aceptamos como punto de partida algunas premisas o supuestos que están presentes de forma intrínseca en nuestra argumentación y que tienen que ver con el sesgo informativo que suponen este tipo de contextos.

En primer lugar, es algo asumido por la opinión científica actual que las necrópolis de la Segunda Edad del Hierro peninsular no reflejan una imagen fiel de la realidad social a la que representan (Quesada, 1997: 632), sino que existe un importante sesgo en el que sólo una parte de la población perteneciente a un determinado segmento social (que puede variar según la época y el lugar) tiene derecho a ser, a su modo, “inmortalizado” en un espacio funerario⁷⁵⁶. Con respecto a ello, buena parte de la población con la posibilidad de adquirir y emplear armas participó de este tipo de privilegios, pero debemos pensar que otra no gozó de la misma suerte, sobre todo aquellos que morían en combate, puesto que en estos casos probablemente influirían otro tipo de factores, como por ejemplo la imposibilidad de recuperar los cadáveres o el distinto tratamiento simbólico de este tipo de restos en algunas culturas⁷⁵⁷.

Por otra parte, partimos también del presupuesto que las panoplias incluidas en los ajuares de las tumbas sí son, al contrario, un reflejo real de las panoplias empleadas en vida por sus propietarios⁷⁵⁸. En la mayoría de los casos, como ya hemos observado anteriormente, los objetos depositados en las tumbas, y en particular las armas, se agrupan en conjunto funcionalmente coherentes, lo que significa que son

⁷⁵⁶ Lo que no implica que estemos hablando de una aristocracia. Como ya ha subrayado Quesada (en última instancia: Quesada, 2009: 148), los datos disponibles parecen más bien sugerir una extensión a los individuos libres y propietarios.

⁷⁵⁷ Así, por ejemplo, para la Celtiberia se habla de la distinción de los muertos en dos clases: los que caen en combate y el resto (Sopeña, 1987: 142). Los primeros serían expuestos a la intemperie donde serían devorados por los buitres, facilitando así su tránsito hacia el otro mundo de una forma más directa y, supuestamente, más cercana a las divinidades (*Ibid.*: 119-121; Almagro-Gorbea, 1997: 214; García Huerta, 1997: 224; *Vide* también algún ejemplo iconográfico en: *supra*, III.H.1 y Fig. 94, 5). Este tipo de tratamiento distintivo, heroizante, también ha sido defendido para los pueblos galos por J.-L. Brunaux (2000c: *passim*), en parte por los extraordinarios ritos de exposición de los cadáveres documentados en Ribemont-sur-Ancre (Brunaux, 2004: 103-118). Véase también Daubigney, 2003: 323-324.

⁷⁵⁸ En algunas regiones de las Galias, sin embargo, se ha defendido la existencia de importantes sesgos representativos (Lorenz, 1986), que igualmente aceptamos en cierta medida para la Península Ibérica, aunque en otros términos (*infra*).

potencialmente muy válidas como elementos de análisis de las formas de combate empleadas en sus respectivos contextos culturales. Igualmente, y con independencia de su valor simbólico, que pudo ser mayor o menor según el caso, estos conjuntos serán indicativos de la forma en la que se combinarían ciertos objetos derivados de la tradición La Tène (que son los que nos interesan en este momento) con otros correspondientes a otras tradiciones, incluyendo por supuesto la más autóctona.

Por último, existe también otra premisa que nos gustaría comentar aquí de forma explícita: la posibilidad (o imposibilidad) de que algunas de estas armas perduraran más de la cuenta y estuvieran reflejando la transmisión por medios hereditarios de unas generaciones a otras. En general, las tumbas que ofrecen algunos signos cronológicamente relevantes y que pueden ser fechadas con razonable fiabilidad, muestran una atención bastante inmediata a las innovaciones tecnológicas o estéticas de cada momento. En los contextos más típicamente galos, por ejemplo, se aprecia una notabilísima homogeneidad territorial en algunos de los patrones armamentísticos más sensibles como son las vainas, las cadenas de suspensión o los umbos de escudo oval (Rapin, 2004: 26). Conjuntamente, también se constata que estos mismos patrones, que viajan de uno a otro lugar para ser imitados con gran fiabilidad, lo hacen a gran velocidad, dificultando de este modo nuestra percepción de cuál de las distintas regiones donde fuera empleado este armamento fue su foco original (*Ibid.*: 21-26). Desde esta perspectiva, resulta de gran relevancia el atender a las propias diacronías de los distintos elementos que conforman el ajuar y su correlación con la edad del difunto. Así, algunos autores han insistido en que ciertas armas, como las arrojadizas, son por lógica renovadas a lo largo de la vida del guerrero porque su propia naturaleza participa de su posible pérdida, mientras que otras (sobre todo la espada) se cuentan siempre entre las pertenencias más rápidamente adquiridas, lo que parece estar indicando algún tipo de rito de paso entre la adolescencia y la edad adulta (Rapin, 2003: 270). Del mismo modo, no existe evidencia alguna de la transmisión de estos bienes de una generación a otra (*Ibid.*).

En la Península Ibérica, a menudo resulta más complejo argumentar sobre las mismas premisas, porque, por una parte, la incineración dificulta seriamente esclarecer la edad del difunto, mientras que, por otra, la tendencia conservadora o arcaizante de algunos patrones armamentísticos desdibuja nuestro juicio sobre la posible correspondencia de estos objetos a bienes heredados de anteriores generaciones. Con todo, no deja de ser

relevante el hecho de la misma deposición de las armas en general en todas las fases de las necrópolis con un periodo de duración prolongado: si las armas se depositan cuando culmina la vida del guerrero, entendemos que *a priori* eso mismo es lo que hicieron sus antepasados con sus propias panoplias, porque de otro modo no existirían este tipo de deposiciones, y estas mismas armas, u otras renovadas, se transmitirían a la generación siguiente, pero no serían amortizadas. En las culturas griega y romana, por ejemplo, no existen este tipo de deposiciones, y sabemos en cambio que las panoplias eran frecuentemente transmitidas de unas generaciones a otras⁷⁵⁹.

Por otra parte, la evidente relación de las armas con la suntuosidad del ajuar de las tumbas es un hecho sintomático al respecto, puesto que demuestra las posibilidades económicas del individuo sepultado, convirtiendo el espacio funerario en una suerte de prolongación del poder ostentado en vida, lo que tiene más sentido en las competitivas sociedades de tipo preestatal o protoestatal (*cf.* Baray, 2009: 203-204).

En el sentido contrario, algunas observaciones han llamado la atención acerca de la posibilidad de que determinadas armas de mayor coste económico o simbólico sí fueran heredadas y no participaran del ritual funerario. Ello podría ocurrir por ejemplo cuando aparece en el ajuar sólo algún elemento de la panoplia, como un escudo aislado o una vaina sin espada (Argente, Díaz y Bescós, 2000: 57). En tal caso, la constatación de espadas La Tène de tipo celtibérico sería bastante problemática, puesto que su fabricación únicamente a partir de materiales orgánicos significaría la ausencia de restos en numerosas ocasiones y el subsiguiente sesgo en la representatividad de este tipo de armas.

VII.C.1: Las armas y sus combinaciones

El análisis de las panoplias con contenido laténico y sus distintas frecuencias tiene su anclaje metodológico en una nueva base de datos que hemos diseñado a tal efecto⁷⁶⁰. En esta ocasión, como ya conocemos las principales armas de los conjuntos al haber sido

⁷⁵⁹ O al menos las armas defensivas más caras, como las armaduras o los cascos (*cf.* Quesada, 2006b: 83).

⁷⁶⁰ *Vide infra*, X.2.2.

analizadas con detalle en sus respectivos capítulos, nos interesa observar de forma gráfica cuáles de estos elementos procedentes de una influencia de la cultura La Tène se combinaron entre sí y respecto a otras armas de distinta tradición. En consecuencia, el campo principal ofrece una imagen sintética de las armas La Tène con sus correspondientes referencias a los números de catálogo y los tipos propuestos en nuestro trabajo. En segundo lugar, figuran distintos campos relativos a las armas no contempladas en este estudio por pertenecer a otros tipos, sean estos ibéricos, celtibéricos, vettones, vacceos, lusitanos o importados de otras culturas no peninsulares. Reservamos para ello campos relativos a la tipología de sus espadas, puñales, lanzas, escudos, cascos, armas indudablemente arrojadas (*pila* o *soliferrea*), arreos y otros objetos complementarios relacionados con las armas. Para el objetivo que nos hemos propuesto, no han sido añadidos otros objetos igualmente hallados en los mismos ajuares pese a ser indicativos a nivel cronológico, y serán tratados puntualmente cuando se considere oportuno.

Finalmente, se incluye en la base de datos la información básica acerca de la procedencia de la panoplia (yacimiento y tumba), su cronología y un número correlativo que identifica cada uno de los conjuntos.

El estudio de las distintas combinaciones de armas a partir de esta base de datos arroja una cantidad de variables demasiado amplia como para resultar útil en sí misma, pero el recurso cobra interés siempre que estructuramos nuestro análisis en base a una perspectiva espacial y temporal. En concreto, centraremos nuestra atención en primer lugar en las variaciones regionales de los distintos formatos de panoplia con componentes La Tène, para atender posteriormente a la evolución en sentido cronológico y estructural de las mismas. Por tanto, perseguimos aquí las combinaciones de armas más repetidas en cada territorio: las panoplias “tipo” que emplearon las distintas etnias peninsulares aprovechando las cualidades del armamento La Tène en sus distintas formas.

Tipos de panoplia

El comportamiento regional de las panoplias que estudiamos revela como es lógico una distinta forma de explotar las armas de influencia La Tène, en ocasiones incorporando sólo un arma (a distintos niveles) y en otras asimilando una influencia de este armamento en su conjunto, sólo con pequeñas excepciones no decisivas desde el punto de vista táctico. En dicho sentido, la Península Ibérica es una vez más el marco idóneo a la interculturalidad y a las distintas respuestas a estímulos externos. Así, por ejemplo, en el noreste se emplearía una panoplia que podríamos llamar “La Tène periférica” sin ningún apuro, mientras que en otras regiones hablaríamos más propiamente de “panoplias autóctonas con componentes de influencia La Tène”.

El Valle Medio del Ebro y las panoplias antiguas

La región del Ebro Medio es una de las más precoces en la adopción de armamento La Tène, y afortunadamente cuenta con algunos contextos en los que se ha conservado la asociación de sus armas y otros elementos del ajuar. En concreto, contamos con dos tumbas procedentes de Castillo de Castejón (P-34 y 35) y otra de la necrópolis de la Avenida Martínez de Velasco, en Huesca (P-53).

El patrón de relación de armas en estas tumbas es muy parecido, relegada su participación prácticamente a una espada La Tène y poco más. Así, en el túmulo 4 de Huesca (P-53) la espada es el único representante de las armas, puesto que la otra espada citada en su publicación original (Juste, 1989: 367) no existe como tal en el inventario del Museo, mientras que el supuesto puñal no es otra cosa que un cuchillo de hoja curva. En cualquier caso, no existen otras armas asociadas a ella, ni siquiera lanzas o un escudo, que debemos imaginar existió aunque fuera en su formato simple, sin elementos metálicos. La sepultura 11 de Castillo de Castejón (P-34) repite este mismo esquema, pero en este caso se documenta igualmente una falcata con empuñadura de cabeza de caballo. La procedencia ibérica meridional de esta espada, junto a la evidente riqueza de la tumba, que incluye objetos relacionados con el banquete funerario (Faro,

Cañada y Unzu, 2002-2003: 62-63 y 72) sugiere su relación con una fórmula de ostentación mejor que con una funcional, puesto que el empleo de dos espadas resulta inverosímil desde el punto de vista táctico. Probablemente, pues, existiera una panoplia de tipo autóctono bastante simple, con una espada La Tène de tipo aquitano y quizás un escudo circular; la misma fórmula que en Huesca.

Finalmente, la sepultura 167 de la misma necrópolis (P-35) incorpora esta vez junto a la larga espada una gran moharra con una longitud en torno a los 46 cm. La presencia de este tipo de armas, con fuertes nervios diseñados para perforar escudos y corazas, es frecuente en las sepulturas hispánicas del siglo V a.C. (Quesada, 1997: 609), e igualmente tiene su repercusión en las tumbas aquitanas de la misma época (Mohen, 1980: 65 y lám. 42), con las que el territorio del Ebro parece compartir una fuerte afinidad.

Resumiendo, pues, documentamos en este territorio una incipiente aparición de espadas de influencia La Tène actuando como elementos aislados, probablemente relacionados con escudos de tipo orgánico y en alguna ocasión con grandes lanzas de estoque, pero en ningún caso, por ahora, en relación con pesadas panoplias defensivas como las que podemos ver en el territorio ibérico septentrional o algunas tumbas de la Celtiberia. Por otra parte, cabe preguntarse, con vistas a posteriores hallazgos, hasta qué punto pudo influir el distinto módulo de las espadas (más corto y ancho en las dos primeras tumbas; tipo A1.1, y más largo y estrecho en la tercera; tipo A-0) en su asociación con las grandes moharras con nervio o su autonomía respecto a ellas.

Del mismo modo, tampoco cabe olvidar que la todavía prácticamente inédita necrópolis de Castillo de Castejón ofreció en las primeras actuaciones de salvamento un ajuar con una panoplia compuesta por espada La Tène, *soliferreum*, puñal (probablemente de nuevo un cuchillo) y una punta de lanza (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 46); un conjunto ya más acorde con lo que veremos en las sepulturas de la región celtibérica.

El Sureste peninsular y el territorio ibérico meridional

En esta región ocurre algo similar a la del Ebro en cuanto a la participación de elementos de influencia La Tène normalmente de forma aislada, asociándose a otras armas más propias de la panoplia autóctona y casi siempre incluyendo exclusivamente

espadas; aunque en ocasiones se documentan otras armas, como los escudos ovales (representados mediante umbos bivalvos) o incluso cascos. Contamos con un total de 21 conjuntos correspondientes a esta amplia región; un número verdaderamente significativo con respecto al conjunto de los hallazgos peninsulares.

Si observamos las tumbas más antiguas, normalmente ya incluidas en contextos cronológicos de la primera mitad del siglo IV a.C. pero con elementos relacionados con la etapa de La Tène A, percibimos una inclinación hacia fórmulas más afines con la llamada “Fase Plena” de la panoplia ibérica (“panoplia generalizada”; Quesada, 1997: 611-615 y 2002b: 42-49) que con lo que cabría esperar del periodo anterior, del que *a priori* derivan las armas en cuestión. Así, por ejemplo, los ajuares de las sepulturas 54 de Cigarralejo (P-37), 110 de Los Nietos (P-57) y 265 de Cabecico (P-39) contemplan panoplias que podemos incluir en nuestro grupo de “panoplias básicas”, mientras que la sepultura 478 de Cigarralejo (P-39) encajaría del todo en el grupo de las panoplias más completas o “panoplias dobles”.

1) Panoplia básica:

Una de las asociaciones más frecuentes en el sureste y el territorio ibérico meridional es la formada por una espada La Tène, una o dos lanzas y un escudo. Se trata de conjuntos por lo general muy variables, en los que a veces falta alguno de los elementos, principalmente el escudo, presumiblemente por su composición orgánica. Muchas veces, en vez de la clásica *caetra*, que a menudo viene representada por las manillas de tipo ibérico, el escudo empleado es de tipo oval reforzado con umbos bivalvos de nuestro grupo A1.

Así, en Arcos de la Frontera (P-16) y Cigarralejo 395 (P-38) se emplearon de forma conjunta espadas La Tène y escudos ovales, pero en el hipogeo 5 de Villaricos (P-102) y la sepultura 483 de Cigarralejo (P-66) no hay rastro de espadas algunas, y por tanto estaríamos hablando de formatos más simples desde el punto de vista táctico.

El formato más típico, sin embargo, debió de ser el que contó con escudos circulares, el recurso más difundido en la panoplia autóctona. Pese a ello, sólo dos tumbas contienen este tipo de conjuntos: la sepultura 54 de Cigarralejo (P-37) y la 142 de Cabecico del Tesoro (P-25). Otras, como la sep. 265 de la misma necrópolis (P-27), la sep. 110 de Los Nietos (P-57), las seps. 472 y 488 de Cigarralejo (P-65 y 103) o las seps. 394 y 556

de Villaricos (P-98 y 99), al no haber dejado restos metálicos, pudieron haber empleado estos escudos o bien modelos ovales sin umbo de hierro. En principio, debemos pensar que la mayoría de estos adoptaron el primer recurso, mientras que los formatos con escudo oval debieron ser más frecuentes a partir de la Segunda Guerra Púnica.

Algunas de las panoplias mencionadas emplearían como arma de choque una lanza, mientras que otras utilizarían *soliferrea* como armas mixtas o combinarían ambos recursos (**fig. 217**).

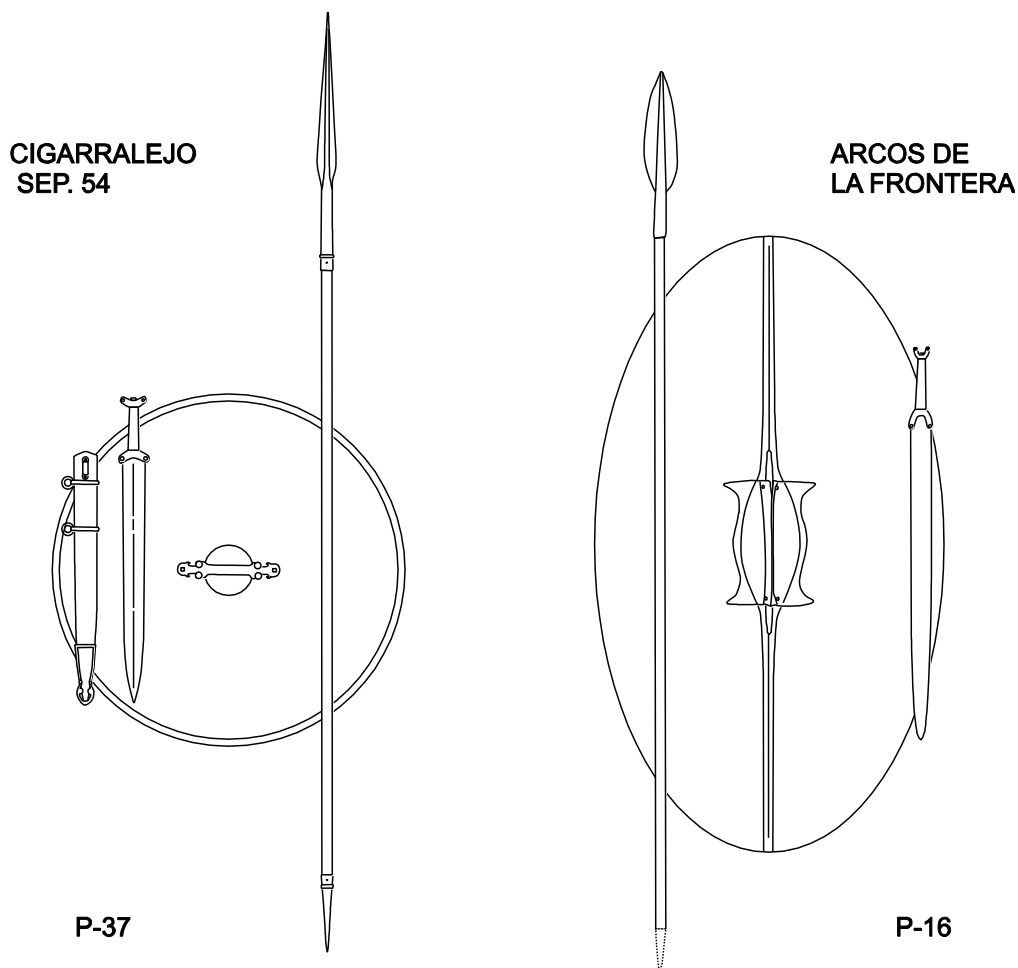


Fig. 217: Restitución ideal de los dos formatos distintos de la “panoplia básica” de la región ibérica meridional. La sep. 54 de Cigarralejo (P-37) con caetra y la sepultura de El Hinojal (Arcos de la Frontera; P-16) con escudo oval y espada con vaina orgánica. Ambas posibilidades son equivalentes a nivel táctico, aunque revelan distintas tradiciones en sus componentes.

2) Panoplia renovada:

Una fórmula muy similar a la esbozada para las panoplias básicas con componentes de influencia La Tène es lo que hemos llamado “panoplias renovadas” siguiendo la denominación que propusiera Fernando Quesada para los conjuntos de armas de la fase avanzada del armamento ibérico, en el que las influencias púnica y romana dejaron su huella en la incorporación o generalización de algunas armas como la propia espada La Tène o *gladius hispaniensis*, el escudo oval o los cascos de bronce de tipo etrusco-italico (Quesada, 1997: 615-618).

Como ejemplo de estas asociaciones, contamos con la sepultura 146 de Cabecico del Tesoro (P-26), que combina un *gladius hispaniensis* con lanza, *soliferreum*, elementos de *caetra* y un casco de tipo Montefortino; o la sep. 560 de Villaricos (P-100), con una combinación similar. A su vez, otras panoplias, como la del Cerro de las Balas (P-36), incorporan a la ecuación el puñal bidiscoidal, olvidando los elementos defensivos. En los dos primeros casos, el esquema explota claramente la tradición autóctona, pero, en el tercero, la fórmula sigue el patrón de las panoplias romanizadas con influencia celtibérica⁷⁶¹.

3) Panoplias dobles y panoplias redundantes:

Lo que hemos definido como la panoplia básica con componentes de influencia La Tène en el área ibérica meridional, tiene una repercusión mayor a la que hemos esbozado hasta ahora. Además de la prolongación de este mismo papel en los conjuntos tardíos, en algunos casos parece como si la espada La Tène acompañara a una panoplia autóctona completa, homóloga estructuralmente a este grupo pero añadiendo además una o dos falcatas o bien un puñal de tipo ibérico, siendo estas armas por tanto redundantes desde el punto de vista táctico. El elemento “ajeno”, en consecuencia, es la propia espada La Tène o bien un casco de la misma tradición, incrementando la imagen de poder del guerrero sepultado mediante la inclusión de armas exóticas o la simple acumulación de las mismas (*cf.* Quesada, 1997: 632-636).

⁷⁶¹ *Vide infra*, en este mismo capítulo.

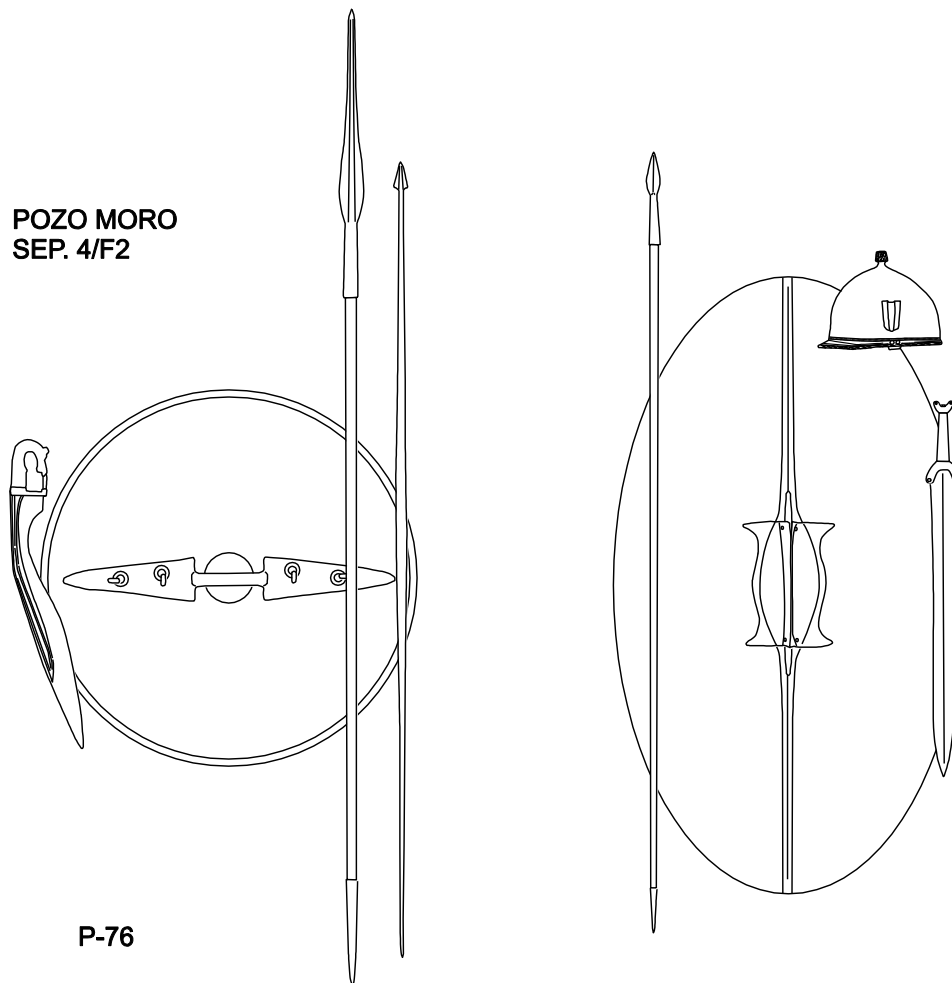


Fig. 218: Restitución ideal de la panoplia doble de la sep. 4/F2 de Pozo Moro (P-76). Los distintos componentes armamentísticos de este ajuar revelan una división lógica en dos panoplias bien diferenciadas: una de tipo clásico del sureste, con todos sus elementos, y otra del tipo “renovado”, con armas influenciadas por la tradición itálica y la celtibérica.

Entre los conjuntos incluidos en este grupo, contamos con los testimonios de las seps. 20 y 27 de Cabecico del Tesoro (P-23 y 24), combinando espadas La Tène y falcatas, la sepultura 7 de Baza (P-22), con espada La Tène y puñal autóctono, y la sep. 27 de Galera (P-44), en la que aparece un casco acompañando a dos falcatas, una lanza y un *soliferreum*.

Como extensión de esta fórmula, hallamos una serie de tumbas extremadamente ricas en las que aparecen dos panoplias; una de ellas contando con espadas o cascos de tradición La Tène. La más antigua de estas asociaciones corresponde a la sep. 478 de Cigarralejo

(P-39), cuya combinación lógica comprendería dos panoplias completas con falcata, dos lanzas (o lanza y *soliferreum*), *caetra* y arreos de caballo, mejorándose una de ellas con el incremento de un casco de hierro. Las otras dos, procedentes de Pozo Moro (seps. 5E y 4/F2; P-77 y 76), comprenden por una parte una panoplia básica con espada La Tène junto a otra de las mismas características pero con falcata y, por otra, una panoplia renovada muy completa (con *gladius hispaniensis*, escudo oval con umbo bivalvo, jabalina y casco de tipo Montefortino), asociada a otra de tradición autóctona con un mismo valor táctico (Quesada, 2004: 77) (**fig. 218**).

4) Panoplia reducida:

Sólo en una ocasión tiene lugar la simplificación máxima de las posibilidades tácticas de una panoplia con componentes procedentes de la tradición La Tène hispánica. Efectivamente, en la sep. 174 de Villaricos (P-97) aparece una espada con vaina de armazón que constituye la única arma del ajuar. Presumiblemente, esta panoplia “reducida” debió contar también con otros complementos; especialmente el escudo. La pregunta, pues, es si nos falta también alguna lanza que incluir en el conjunto y que se haya perdido o bien si la panoplia original era simplemente así. Considerando el papel táctico de primer orden de las armas de asta, parece difícil sostener esta ausencia, por lo que es posible que originalmente se tratara de una panoplia “básica”.

El noreste peninsular

La región nororiental de la Península Ibérica es donde las armas de influencia La Tène interactúan de forma más activa. Sólo en este territorio es frecuente hallar asociaciones de más de un arma de este tipo en los mismos contextos cerrados. Las combinaciones más habituales afectan a las espadas La Tène, siempre provistas de vaina enteriza, y los escudos ovales con umbo u orla metálica. En cambio, las lanzas que se asocian a estos conjuntos suelen ser en su mayoría de tipo autóctono (o como mínimo de tipo ibérico), aunque no faltan las moharras que hibridan rasgos de tipología La Tène con los formatos indígenas tradicionales. Por otra parte, también los cascos hacen acto de presencia en este territorio, siempre como complemento de prestigio para las panoplias a las que acompaña.

En definitiva, no falta ningún tipo de arma derivada del influjo La Tène en este territorio, y además sus componentes son casi omnipresentes en cualquier contexto en el que aparecen armas. Pese a ello, sólo contamos con 25 conjuntos susceptibles de análisis, lo que no es mucho comparado con otros territorios donde el impacto de este armamento no fue tan importante.

En síntesis, la mayoría de los tipos de panoplia que hemos logrado identificar, guardan grandes similitudes con lo que hemos visto para el territorio ibérico del sur peninsular, aunque con la diferencia del mayor peso de las armas de influencia lateniense, y, en especial, del escudo oval:

La única panoplia algo discordante con las constantes habituales en el noreste es la de la sepultura “A” de La Pedrera (P-74), quizás la más antigua de las documentadas hasta ahora. La característica más llamativa de esta panoplia es la presencia del casco de tipo céltico continental (5004), pero igualmente resulta chocante que esta pieza se acompañe de una falcata en vez de la lógica espada La Tène, que sería lo más razonable en este contexto. Con todo, destacan en segundo plano las ausencias, que afectan al escudo (si lo hubo, tuvo que ser orgánico) y las armas de asta; ambos elementos los más importantes desde el punto de vista práctico. La sensación, pues, es que la deposición funeraria afectó con especial énfasis a los elementos más suntuosos de la panoplia (un casco de hierro y una falcata con sus elementos de suspensión damasquinados) con el fin de resaltar la riqueza del guerrero sepultado. Cabe recordar además que entre los restos del ajuar se contó con el hallazgo de un caballo (Ripoll, 1959: 276) y quizás también sus arreos, lo que sin duda resalta la excepcionalidad de la tumba.

1) Panoplia básica:

La panoplia básica del noreste repite los mismos patrones tácticos de otros territorios aunque con algunos elementos diferenciales tipológicamente o incluso funcionalmente, pero no conceptualmente. Así, en vez de la *caetra* clásica en los territorios del sureste y la Celtiberia, la panoplia defensiva afecta al escudo oval, mientras que las lanzas a menudo proceden de la tradición europea o de una síntesis de esta con las autóctonas. La estructura de la panoplia, por tanto, consiste en la combinación de espada La Tène, escudo oval y una lanza. Hasta el momento, no conocemos ejemplo alguno con

características similares y el empleo de dos lanzas, pero sí una posible combinación de estos elementos y dos *pila* en la panoplia de Sant Julià de Ramis (P-83) que, por otra parte, no cuenta con signos de la presencia de escudo⁷⁶².

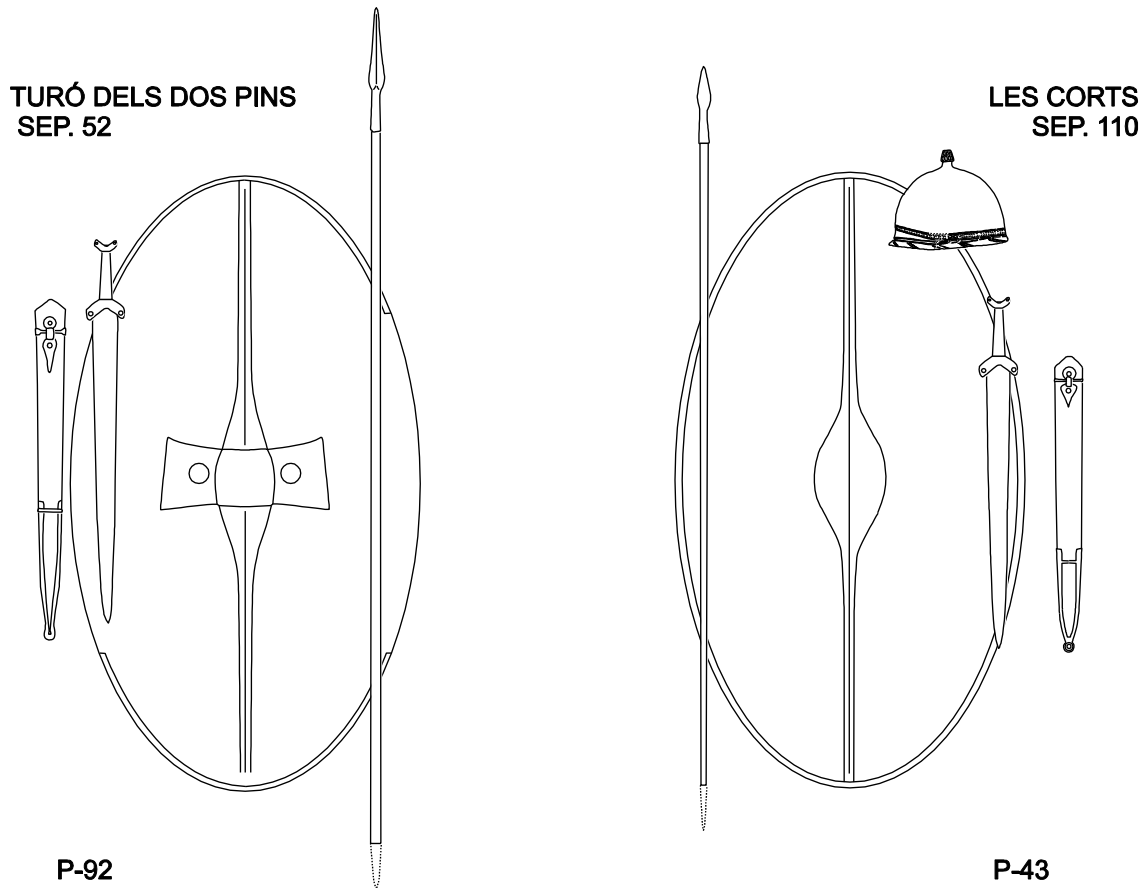


Fig. 219: Restitución ideal de una panoplia “básica” del noreste (Turó dels Dos Pins 52; P-92) y una evolucionada o “renovada” en la que se nota la introducción de los cascos etrusco-itálicos y la popularización de las armas arrojadizas en el territorio (Les Corts 110; P-43).

El formato simple y llano de estas panoplias tiene escasa representación como tal, pero a la práctica constituye la fuente principal sobre la que se nutren otros tipos de panoplia derivados de esta, que son, en conjunto, ya ampliamente mayoritarios. Por ahora, son seis los ejemplos pertenecientes a esta categoría; casi todos procedentes de la región laietana, que es la más rica en contextos funerarios:

⁷⁶² *Vide supra*, VII.B.2.

Así, la sep. A de Cabrera de Mar (P-28), con un *soliferreum* cumpliendo las funciones de lanza, la sep. 45 de Les Corts (P-41), la desconocida sep. 1 de Can Ros (P-32), y las seps. 47, 52 y 64 del Turó del Dos Pins (P-90, 92 y 95) (considerando la ausencia de elementos metálicos del escudo en la primera de estas), se incluyen en este grupo. Junto a ellos, podemos añadir el caso, excepcional, del silo 24 de Can Miralles (P-31), con la presencia de un casco de hierro, también de influencia La Tène (5001) (**fig. 219**).

2) Panoplia renovada:

La introducción de nuevos elementos procedentes de otras tradiciones apenas implicó en el noreste la renovación de los patrones básicos de la panoplia típica, puesto que ella era en sí misma perfectamente compatible con los formatos adoptados y explotados durante las invasiones púnica y romana. La innovación, pues, se reduce a la participación de los cascos de bronce de tipo Montefortino y, en algún caso, la introducción de armas arrojadas en un territorio donde no eran demasiado habituales con anterioridad. De este modo, las sepulturas 7 y 110 de Les Corts (P-40 y 43) (**fig. 219**) cuentan con panoplias básicas mejoradas con un casco etrusco-italico (la segunda de ellas también con una jabalina). Por su parte, la popularización de las armas arrojadas de tipo *pila* tendrá su propio eco en las panoplias de Sant Julià de Ramis (P-83), basada en un formato similar, y en la sep. 1 de la necrópolis Mateu (P-54), plenamente integrada en las fórmulas que denominamos “panoplias simplificadas”.

3) Panoplias dobles y panoplias redundantes:

También en el noreste, como en otras regiones, tiene lugar la multiplicación de las espadas o incluso la de panoplias completas en una misma tumba.

Un caso verdaderamente paradigmático por su perfecta analogía es el de las tumbas II y IV de Can Rodon de l’Hort (P-29 y 30), que documentan sendas panoplias básicas con el añadido de una espada La Tène “extra”. En la rica sepultura 51 del Turó dels Dos Pins (P-91), en cambio, se señalan hasta dos panoplias con las mismas características y sin elementos ausentes. No obstante, la tumba parece haber pertenecido a dos guerreros y no a uno solo (García Roselló, 1993: 106), por lo que en realidad habría que hablar de dos panoplias básicas mejor que de una doble.

4) Panoplia simplificada:

Existe en el noreste peninsular un tipo distinto de panoplia en el que un arma procedente de la influencia La Tène (el escudo) se asocia a una panoplia muy simple, con la única presencia de armas de asta como elementos ofensivos. La ausencia de espada repercute por tanto en la estructura “simplificada” del conjunto, en la que se emplean tan solo las armas imprescindibles.

Las seps. 26 y 83 del Turó dels Dos Pins (P-87 y 96) corresponden a esta categoría, al igual que la 1 de Mateu (P-54), que hemos visto posiblemente afectada por la influencia itálica en la renovación de los patrones armamentísticos. Con todo, es posible que algunas panoplias imposibles, como las que sólo logran documentar un escudo oval sin armas ofensivas (seps. 17, 41, 43 y 62; P-86, 88, 89 y 94), pertenecieran a este grupo, porque lógicamente están incompletas (**fig. 220**).

5) Panoplia reducida:

El último grupo de panoplias es el que tiene la espada La Tène como único representante (seps. 4, 9 y 57 del Turó dels Dos Pins; P-84, 85 y 93). En estos casos, el ajuar es ambiguo, porque no permite discernir si la espada actuó como *pars pro toto* o

TURÓ DELS DOS PINS
SEP. 26

P-87

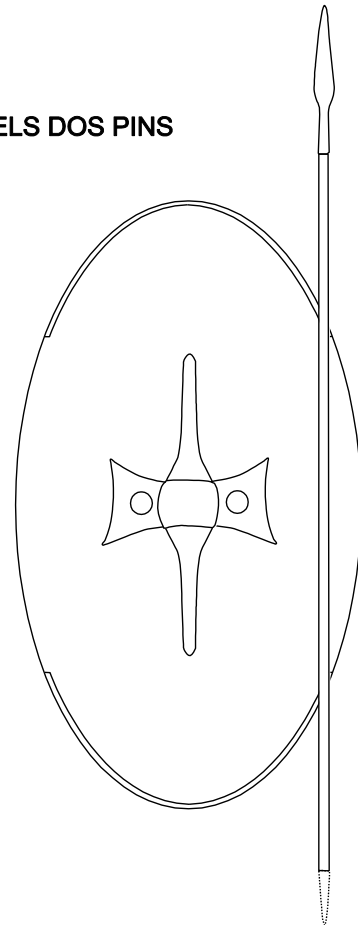


Fig. 220: Una posible panoplia simple del noreste, sin espada La Tène. Es posible que esta panoplia esté incompleta a causa de la mala conservación de la tumba. Turó dels Dos Pins 26 (P-87).

bien si es que faltan algunos restos⁷⁶³ complementarios que se han perdido. De este modo, la panoplia original pudo ser del tipo básico (si faltaran el escudo y una lanza) o bien otro recurso sencillo en la combinación de espada y escudo oval, que también es posible (aunque poco lógico) desde el punto de vista táctico.

En conclusión, constatamos en el noreste una amplia repercusión de las panoplias formadas por espada, escudo y lanza, pero además una gran importancia de la combinación de dos o más armas de influencia La Tène. Por ejemplo, hasta seis panoplias incluyen dos armas de este tipo (P-28, 32, 40, 41 91 y 92), y otras cuatro hasta tres elementos (P-29, 30, 91 y 95). Un solo ejemplo (P-31; Can Miralles) pudo ofrecer una panoplia La Tène verdaderamente completa, con los cuatro tipos de armas que hemos trabajado en anteriores capítulos.

La Celtiberia

El territorio celtibérico es el mejor representante de cómo explotar al máximo las capacidades tácticas de un arma original de la tradición La Tène e incorporarla a la panoplia autóctona conservando a su vez una personalidad única, sin necesidad de abandonar posibilidades alternativas. De nuevo, es la espada la que representará tal papel en la ecuación.

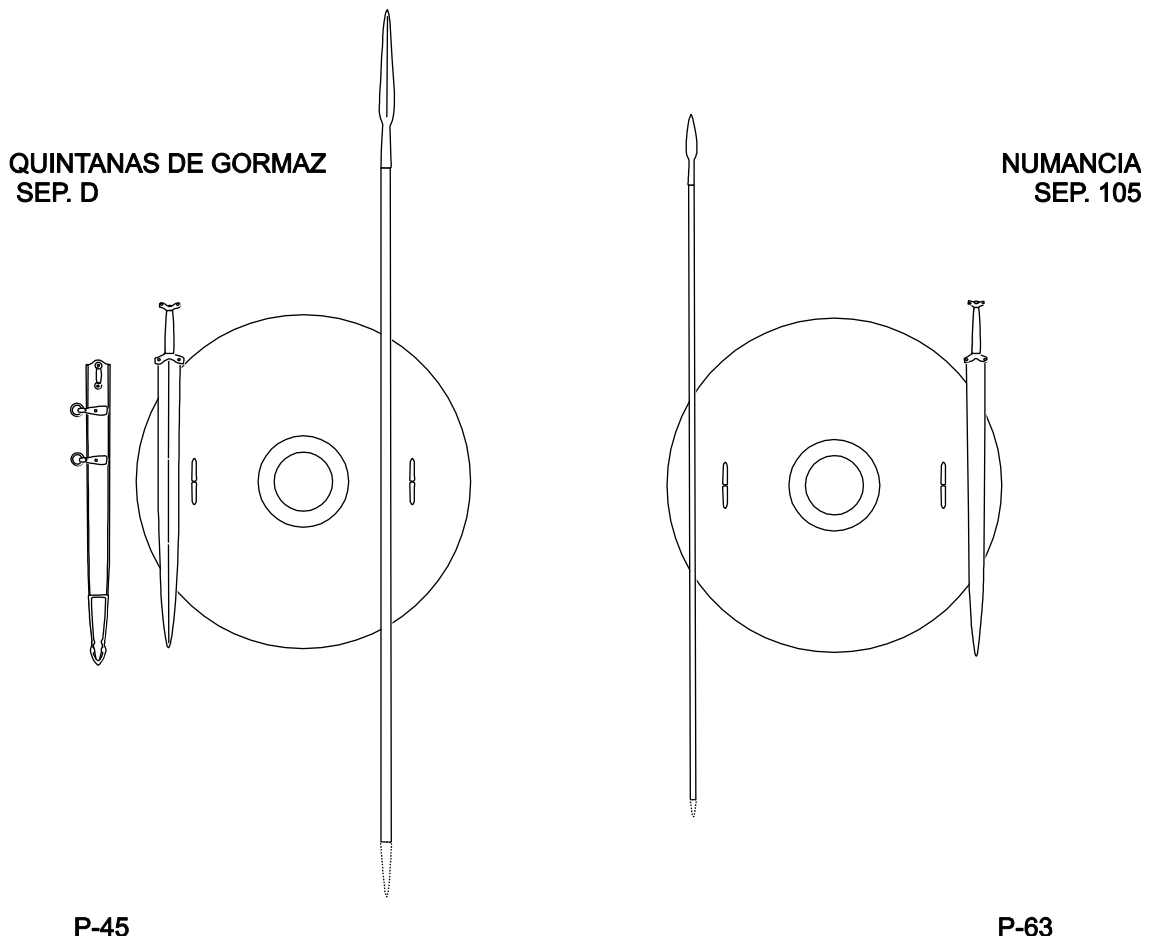
A su vez, y a diferencia de lo que ocurre en la región meridional de la península, las panoplias celtibéricas con espada La Tène son mucho menos variables que las del sureste, lo que contribuye en cierto modo a una imagen “estudiada” de las distintas categorías de combatiente en la aparentemente compleja estructura militar de la sociedad celtibérica.

Del total de las panoplias peninsulares individualizadas, 45 proceden de la región celtibérica, siendo por tanto fuertemente mayoritarias respecto a las de otros territorios. Hasta cierto punto, ello es relevante desde la perspectiva de la repercusión a nivel táctico de estas armas, que sólo tiene parangón en el territorio nororiental de la península. De entre todos estos restos, distinguimos hasta cuatro fórmulas de asociación distintas:

⁷⁶³ Lo que no sería de extrañar, dado que en la necrópolis del Turó dels Dos Pins, de donde proceden todos los ejemplos, muchas tumbas están incompletas y los restos en cuestión, bastante fragmentados (García Roselló, 1993: 34, 39 y 136).

1) Panoplia básica:

La panoplia básica o estándar repite el mismo formato que hemos visto en la región meridional del ámbito ibérico, con una espada La Tène y, en este caso, una sola lanza o, en su defecto, un arma de asta de tipo arrojadizo. Igualmente, la cuestión de la presencia de panoplia defensiva quedaría oscurecida por la posible existencia de escudos completamente orgánicos en aquellos casos en los que no se han conservado elementos féreos. En el contexto que nos ocupa, estos elementos están siempre en relación con escudos circulares, y no hay evidencias en la región del uso de escudos ovales hasta la invasión romana⁷⁶⁴, por lo que debemos inducir que en la mayoría de los casos lo que falta es una *caetra*.



⁷⁶⁴ Vide supra, cap. IV.C.1.

Fig. 221: Restitución ideal de dos panoplias “básicas” de la Celtiberia, con lanza y jabalina respectivamente. La segunda de ellas (Numancia 105; P-63) es en este caso mucho más tardía que la primera.

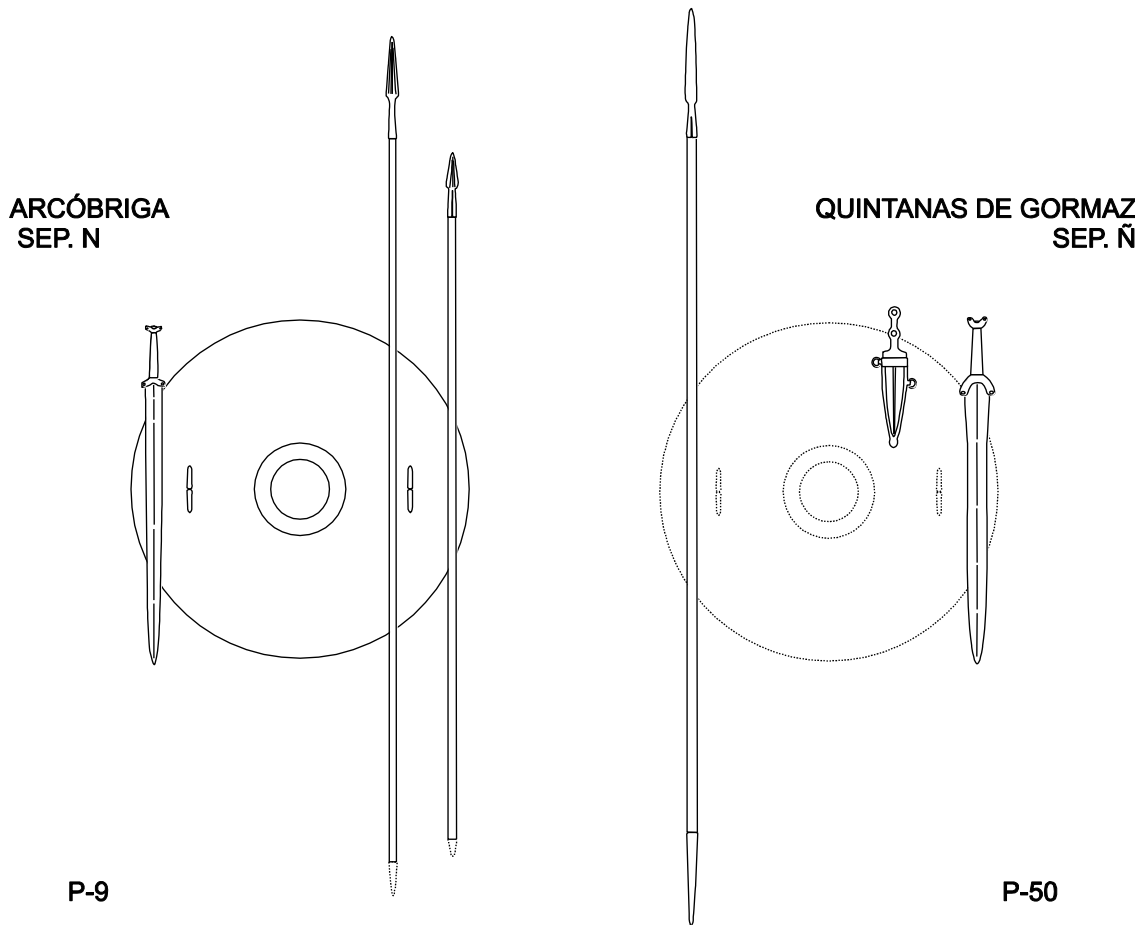


Fig. 222: Restitución ideal de dos panoplias celtibéricas mejoradas sobre el esquema básico. La primera con dos armas de asta (Arcóbriga N; P-9), y la segunda (Quintanas de Gormaz, sep. Ñ; P-50) del tipo “completo”, con puñal bidiscoidal. Esta última sepultura no contiene restos de escudo, que suponemos de estructura orgánica.

En contadas ocasiones, las deposiciones reflejan la presencia de dos o más lanzas de uso mixto, pero cuando la combinación se produce a partir de una lanza de estas características junto a una jabalina o un arma arrojada de tipo *soliferreum* o *pilum*, consideramos el conjunto como una constante distinta, que denominamos “panoplia mejorada”.

En total, once panoplias reflejan la variante estándar de la Celtiberia sin restos metálicos de escudo, y otras dos lo hacen con estos elementos. Del primer grupo, contamos con

cuatro tumbas de la necrópolis de Arcóbriga (seps. B, J, S y W; P-2, 5, 11 y 15), tres más de Atance (seps. 13, 28 y 32; P-18 a 20), dos de Gormaz (La Requijada 23 y 28; P-51 y 52) y otras dos de Osma (14A y 14B; P-70 y 71). De entre ellas, destacan las distorsiones de Arcóbriga S (con dos espadas) y Atance 28 y Osma 14B, que emplean *pilum* y jabalina en vez de lanzas empuñadas.

En cuanto al segundo grupo, los respectivos ejemplos proceden de la famosa sepultura D de Gormaz (P-45) y la mucho más tardía sep. 105 de Numancia (P-63) (**fig. 221**).

2) Panoplia mejorada:

La versión mejorada de esta misma panoplia, que añade un arma arrojadiza a la combinación básica para el cuerpo a cuerpo, cuenta con nueve representantes, la mayoría de los cuales proceden de la necrópolis de Arcóbriga.

Así, las sepulturas L, T y U de Arcóbriga (P-7, 12 y 13), la sep. C de La Revilla (P-79) y las seps. 18A de Osma (P-72) y F y H de Quintanas de Gormaz (P-46 y 48), se hallan en el grupo de las panoplias sin restos de escudo, mientras que Arcóbriga M (P-8) y Arcóbriga N (P-9) sí comprenden estas piezas. En el caso de Quintanas de Gormaz H, de tratarse de un conjunto veraz, sorprende el hecho de que existan hasta cinco regatones y ninguna moharra, lo que desde luego supone una excepción en la composición o, como mínimo, la deposición de este tipo de panoplias (**fig. 222**).

3) Panoplia completa:

Llamamos “panoplia completa” a una evolución táctica de las dos anteriores a partir de la inclusión de un puñal o una espada corta como complemento a la espada La Tène. La sensación de redundancia funcional es manifiesta, y recuerda precisamente a algunos de los conjuntos del sureste, pero en este caso repercute especialmente sobre cortos puñales de tipo bidiscoidal o híbridos de bidiscoidal y frontón (*cf.* Lorrio, 1997: 178), con lo que existe la posibilidad de explotar la espada en los espacios más abiertos y el puñal en los enfrentamientos más trabados, en los que la mayor longitud de las hojas laténicas dificultaría su manejo al nivel deseado. No en vano, el mismísimo ejército romano adoptaría esta disciplina táctica basándose al parecer sobre este patrón en concreto.

El grupo de panoplias con estas características es muy representativo a nivel numérico, alcanzando nada menos que 15 conjuntos⁷⁶⁵, un volumen parecido al que representan las panoplias más simplificadas a las cuales acaba completando el puñal característico de esta serie.

En la sepultura K de Arcóbriga (P-6), se conserva sólo los restos de una vaina de armazón que parece pertenecer a una espada de antenas, muy corta a juzgar por los fragmentos conservados (Lorrio y Sánchez, 2009: 80), junto a un conjunto de tipo básico, con espada La Tène con vaina enteriza y una jabalina, sin fragmentos metálicos atribuibles a escudo. Asimismo, en la sepultura G de Gormaz (P-47) se combinó una panoplia de idénticas características, con una espada de antenas de tipo Atance/Quesada VI, también de un módulo de hoja muy corto.

Entre las incorporaciones de puñales a panoplias básicas, con una sola lanza, contamos con los ejemplos de la sep. I de Arcóbriga (P-4) (probablemente el más antiguo de todos ellos), la sep. Ñ de Gormaz (P-50), las seps. 9A, 13B y 20A de Osma (P-67, 69 y 73), y la sep. 1 de La Peladilla (P-75), que duplica las espadas. Por su parte, la panoplia procedente de Carratiermes y conservada en colección particular (Ruiz Zapatero y Núñez, 1981: *passim*) (P-33), la sep. I de Gormaz (P-49), la sep. 10B de Osma (P-68), y las de las tumbas 1, 4 y 61 de Numancia (P-58-61) incrementan el mismo contenido a partir de panoplias mejoradas, siempre con dos lanzas (normalmente una mayor que la otra).

La única variación leve a estos formatos corresponde a la sep. 69 de la necrópolis arévaca de Numancia (P-62), en la que se echa de menos alguna moharra o regatón que atestigüe la presencia de las armas de asta.

En algunos de estos casos, indistintamente de los dos tipos de conjunto (P-50, 58, 62, 67 y 69), se conservan asimismo fragmentos de los elementos metálicos de la *caetra*, incluyendo algún esporádico umbo circular de tipo celtibérico (**fig. 222**).

4) Panoplia reducida:

⁷⁶⁵ A ellos podemos añadir otro conjunto perteneciente a la sep. 34 de Atance, según tenemos noticia a partir de: Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 526-528 y fig. II.5. Se trataría de una panoplia “mejorada” con espada La Tène, bidiscoidal y dos moharras, aunque no se conservan todos los restos.

También en algunos casos la evidencia funeraria muestra la existencia de panoplias muy simples en las que la espada La Tène es el único representante de las armas ofensivas, sin que haya constancia de armas de asta u otras complementarias de ningún tipo.

En particular, tanto la sepultura D de Arcóbriga (P-3), en la que se incluye un umbo de *caetra*, como las seps. V de la misma necrópolis (P-14) y las seps. 12 y B de Atance (P-17 y 21), se incluyen en este grupo. La cuestión, que redundará en lo que ocurre en otros territorios, es si estas panoplias son reales a nivel táctico o bien reflejan la síntesis de toda una panoplia mediante la presencia de algún elemento significativo (en este caso, la espada La Tène de tipo autóctono) que actuaría como *pars pro toto*⁷⁶⁶.

Sea como fuere, no podemos sino plantear nuestro desconcierto respecto a la existencia de hasta cuatro espadas⁷⁶⁷ de tipo La Tène en el ajuar de la sepultura Ñ de Arcóbriga (P-10) sin otras evidencias armamentísticas que las acompañen. La única explicación posible al respecto puede tener relación con la acumulación de riquezas y la ostentación en el entorno funerario (y en consecuencia, en el Más Allá), pero lo cierto es que ello no tiene su traducción en la presencia de otros objetos suntuosos en el ajuar, que es tan sencillo como el de otras tumbas en las que sólo existe una espada (*cf.* Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 92-95). Lo más probable, si tenemos en cuenta el número de fíbulas del conjunto, es que en realidad se trate de una tumba múltiple.

Además de las panoplias con espada La Tène, dos conjuntos más incluyen otros elementos supuestamente procedentes de la misma influencia original, que esta vez se materializa en la forma de regatones con espiga y alguna rara moharra. Las panoplias en cuestión corresponden a la sepultura H de Aguilar de Anguita (P-1), la sep. A de La Revilla (P-78) y la sep. 60 de Numancia (P-60). En todos los casos, el empleo de estas armas no tiene una trascendencia a nivel táctico, y repercute tan sólo en la inclusión de estas piezas en panoplias de tipo autóctono de distinta categoría respecto a las que analizamos en este momento. Así, la panoplia de Aguilar de Anguita se incluye en los formatos armamentísticos típicos de la Fase IIA de Lorrio (Lorrio, 1997: 158-171), mientras que las otras dos pertenecen a la fase posterior, con panoplias basadas en puñal bidiscoidal y una panoplia reducida con armas de asta respectivamente.

⁷⁶⁶ En la misma dirección, véase Quesada, 1997: 644 para el ámbito ibérico.

⁷⁶⁷ No parece que se trate de dos espadas y otros restos pertenecientes a vainas enterizas como se sugiere en: Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 92, porque como mínimo tres de los fragmentos exhiben sus propias espigas, y no hay resaltes derivados de la presencia de hembrillas, solapas o restos de la suspensión modificada que serían habituales en estas vainas.

Otros territorios

Fuera de las regiones que hemos mencionado, no es habitual el hallazgo de panoplias con armas de influencia La Tène. Una de las excepciones al respecto es el territorio vettón, en el que detectamos un cierto peso de las corrientes armamentísticas de tipo celtibérico (Sanz, 2002: 111-127; Lorrio, 2008: *passim*), pero también existen otros en los que, del mismo modo, se documentan influencias tardías similares en su contenido.

Las panoplias de la región vettona septentrional con espadas La Tène nos son muy mal conocidas, puesto que de las cuatro espadas de este tipo documentadas en la necrópolis de La Osera, que es la única en registrar estas armas, sólo una ha sido publicada hasta ahora en su conjunto: la sep. 201 (P-61).

El conjunto de armas documentado en esta tumba comprende una espada con suspensión lateral con anillas, un puñal de tipo Monte Bernorio, dos moharras y un umbo circular para *caetra*, además de un bocado de caballo y un fragmento de un presunto remate de casco. La combinación, por tanto, es totalmente compatible con lo que en la Celtiberia hemos llamado una “panoplia completa” (quizás con la excepción de los dos últimos objetos), en la que destaca esa combinación de espada larga y puñal corto. En el caso que nos ocupa, resulta significativo que el puñal del que hablamos sea de tipo vacceo, porque refleja la confluencia de estas armas y las celtibéricas en una especie de síntesis muy conocida en el ámbito vettón septentrional.

De todos modos, y en lo que refiere al tipo de panoplia documentada, hay que tener en cuenta que el ámbito vettón tiene un equilibrio de representación en sus deposiciones distinto al de la Celtiberia, y las panoplias de este tipo mejorado del formato básico son proporcionalmente menores a las más simples, con armas de asta y sin espadas o puñales (Lorrio, 2008: 260).

Algo más al sur, aunque en un contexto cultural similar, la necrópolis de El Romazal nos proporciona tres conjuntos más, en este caso de una fase más avanzada. El primero, de la sep. 36 (P-80), corresponde al clásico conjunto con espada y dos lanzas, sin elementos de escudo explícitos entre los restos conservados. La sep. 143 (P-81), por su parte, incluye una panoplia bien distinta, con restos de umbo metálico bivalvo para escudo oval sólo acompañado de un puñal bidiscoidal; una opción táctica

verdaderamente curiosa. Por último, la sep. 145 (P-82) pertenece al grupo de las panoplias reducidas, documentándose únicamente la espada (**fig. 223**).

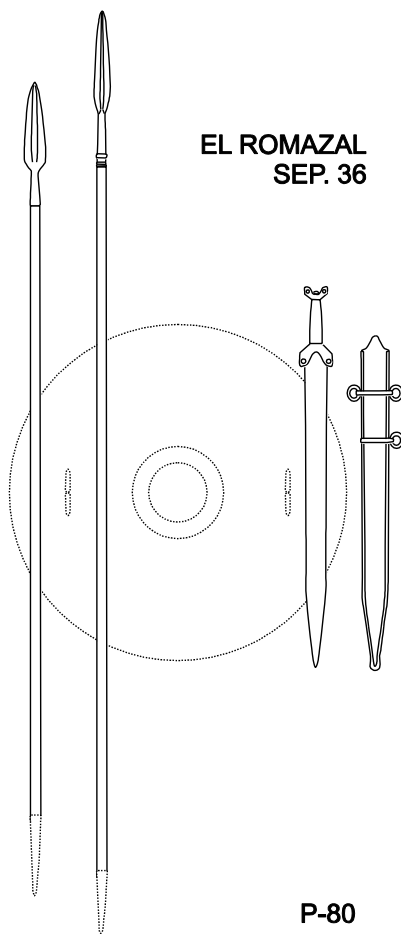


Fig. 223: Restitución ideal de una de las panoplias de El Romazal. Su composición sigue el esquema “básico” mejorado de la Celtiberia o el sur peninsular, aunque los rasgos de la espada y la cronología de la tumba se acercan a los formatos renovados de la época de las invasiones romanas. El escudo, del que no quedan restos, pudo ser de tipo circular, como el que aparece en el dibujo, o de tipo oval según las preferencias de su propietario.

Coincidiendo en un momento similar, aunque en un ámbito geográfico muy distinto, las dos panoplias de Mas de Barberán (P-55 y 56) pertenecen igualmente al grupo de las panoplias renovadas, en las que el *gladius hispaniensis*, derivado de las espadas La Tène celtibéricas, tiene el papel protagonista. Una de las tumbas (conjunto A; P-55) comprende una combinación sencilla esencial para el cuerpo a cuerpo, con espada y una lanza. En cambio, la otra (conjunto B; P-56) añade a esta base un puñal bidiscoidal, acercándose a lo que fuere la popularización de las panoplias completas de inspiración celtibérica hacia contextos mucho más diversos, incentivada por la explosión bélica de los conflictos desde la Segunda Guerra Púnica y la difusión de estos formatos entre las tropas republicanas.

VII.C.2: Algunos apuntes sobre el significado táctico de las panoplias

Partiendo del análisis estructural de los conjuntos de armas agrupados por regiones, observamos un comportamiento muy parecido en sus agrupaciones más habituales. La gran mayoría de las panoplias que hemos distinguido en el anterior apartado son en realidad distintas variables de un mismo principio funcional que tiene como base precisamente aquello que hemos definido como “panoplias básicas” (espada, escudo y lanza), mejorándolas puntualmente mediante el añadido de algún elemento ofensivo (fundamentalmente armas arrojadas o puñales) o, más raramente, defensivo (cascos).

En la **fig. 224** vemos una síntesis de las respectivas panoplias regionales basadas en este mismo principio, representando hasta 20 casos en el sureste y Andalucía, 14 en el noreste, 33 en la Celtiberia y 5 más en otros territorios, sumando un total de 72 conjuntos, ni más ni menos que el 70% del total de las panoplias individualizadas.

En la corriente opuesta (**fig. 225**), sólo 16 panoplias (15%) comprenden combinaciones más simples, que omiten o bien las espadas (fig. 225, A) o bien, si los conjuntos reflejan posibilidades tácticas reales, las lanzas⁷⁶⁸.

Tamaño desproporción resulta significativa, sobre todo si consideramos que las fórmulas más sencillas son, en principio, más asequibles y, en consecuencia, deberían tener mayor alcance social.

En tal sentido, parece razonable pensar en la existencia de un cierto sesgo social en la representación funeraria, que tendería a atender mejor a ciertos segmentos de población con una capacidad adquisitiva por encima de la media.

En cambio, las panoplias funcionalmente lógicas pero más sencillas, que *a priori* debieron ser más empleadas, no tienen su traducción en el ámbito funerario; en parte porque en ello debió incidir la ideología de la muerte y, en parte quizás, por el hecho de que la mayoría de las asociaciones con escudo oval (que es una de las armas que

⁷⁶⁸ En su estudio sobre el armamento ibérico, Quesada argumenta que la presencia de una sola espada como único representante de la panoplia hay que interpretarla en sentido simbólico (Quesada, 1997: 651). Lo cierto es que, contando con una espada, que no es un arma tan sencilla de fabricar como una lanza, parece raro que su propietario no pudiera permitirse complementar su panoplia con armas de asta, que además son funcionalmente más útiles.

estudiamos en este trabajo) se dan en el noreste, donde los datos procedentes de necrópolis no son tan abundantes como en el territorio ibérico meridional o la Celtiberia (donde es mucho más habitual la *caetra*).

Trascendiendo de las armas La Tène, estas observaciones no están en realidad alejadas de lo que hasta ahora ha sido observado en algunos estudios genéricos sobre el armamento peninsular de la Segunda Edad del Hierro. De este modo, Quesada (1997: 645) advertía ya para el territorio ibérico en general una cierta predilección por este mismo tipo de fórmulas (independientemente de si tienen o no armamento La Tène), que representarían hasta el 38% del total frente al 16'4% de las panoplias basadas en armas de asta.

PANOPLIAS BÁSICAS Y DERIVADAS (SURESTE Y SUR PENINSULAR IBÉRICO)

Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
16	■					■		
25	■					■		
27	■							
37	■					■		
38	■					■		■
57	■							
65	■							
98	■							
99	■							
103	■							
26	■					■		
36	■							
100	■						■	
22	■					■		
23	■	■				■		
24	■	■				■		■
44	■						■	
39	■					■		
76	■					■	■	
77	■							

A

PANOPLIAS BÁSICAS Y DERIVADAS (NORESTE PENINSULAR)

Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
28	■					■		
31	■	■				■	■	
32	■	■				■		
41	■	■				■		
90	■	■				■		
92	■	■				■		
95	■	■				■		
40	■	■				■	■	
43	■	■	■			■	■	
83	■	■				■		
29	■	■				■		
30	■	■				■		
91	■	■				■		
91b	■	■				■		

B

PANOPLIAS BÁSICAS Y DERIVADAS (CELTIBERIA)								
Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
2								
5								
11								
15								
18								
19								
20								
51								
52								
70								
71								
45								
63								
8								
9								
7								
12								
13								
46								
79								
6								
47								
4								
50								
67								
69								
73								
75								
33								
49								
58								
59								
61								
62								

C

PANOPLIAS BÁSICAS Y DERIVADAS (OTROS TERRITORIOS)								
Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
35								
64								
80								
55								
56								

D

Fig. 224: Cuadro-resumen de las distintas combinaciones de armas en las “panoplia básicas” y sus derivaciones. Las casillas oscuras refieren a las armas de influencia La Tène estudiadas en este trabajo, y las casillas en gris a otros tipos. Los números hacen referencia a las panoplias, que están divididas en secciones según los distintos bloques diferenciados en el texto. En “otros territorios” se incluyen las panoplias del Valle Medio del Ebro.

Para el ámbito celtibérico, en cambio, no contamos por ahora con estudios globales que corroboren estos datos, pero lo que puede inducirse a partir de las asociaciones con espadas La Tène no coincide del todo con los resultados publicados para algunas necrópolis significativas que cuentan con todos los datos contrastables, como por

ejemplo La Mercadera (Lorrio, 1990). Las evidencias disponibles para esta necrópolis constatan en efecto una amplia superioridad de las panoplias simples (sin espada), que representan hasta el 59% del total (*Ibid.*: fig. 4; Lorrio, 1993: fig. 9).

Lo curioso de este yacimiento es también que ninguna de las espadas documentadas es de La Tène pese a la repercusión de estas armas es muy amplia en el territorio y que, en este caso, se trata de una necrópolis en la que los ajuares con armas no son pocos (Lorrio, 1997: fig. 58).

PANOPLIAS SIMPLES (PENÍNSULA IBÉRICA)

Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
66								
102								
54								
87								
96								

A

PANOPLIAS REDUCIDAS O INCOMPLETAS (PENÍNSULA IBÉRICA)

Nº	ESPADA	LANZA 1	LZA 2/JAB	ARROJ	PUÑAL	ESCUDO	CASCO	ARREOS
53								
34								
97								
84								
85								
93								
3								
14								
17								
21								
82								

B

Fig. 225: Cuadro-resumen de las distintas combinaciones de armas en las panoplia reducidas o incompletas. Las separaciones refieren en este caso a distintos territorios y no a distintos formatos.

Este hecho nos lleva a reflexionar acerca de los significativos “vacíos” documentales de espadas La Tène en el territorio, que afectan algunas necrópolis muy representativas, como por ejemplo las de Aguilar de Anguita o Carratiermes (con una sola espada cada una), o las de Atienza, Alpasenque, Prados Redondos o la propia Mercadera (con ninguna de estas armas). Por una parte, la cronología de la mayor parte de estas necrópolis debió tener que ver con una eventual ausencia de este tipo de armas⁷⁶⁹, que no son tan frecuentes en los siglos V y IV a.C., pero, por otra parte, da la sensación de

⁷⁶⁹ Y también con la proliferación de equipos simples con una o dos lanzas como únicos representantes ofensivos de la panoplia, puesto que ello es lo más habitual en la Fase I del armamento celtibérico de Lorrio (1997: 152-156).

que existe también una diferencia significativa en la selectividad de algunas deposiciones: en Aguilar de Anguita, por ejemplo, las 5.000 tumbas halladas (la mayoría de ellas sin ajuar) comprenderían un segmento social mucho más amplio⁷⁷⁰, en el que apenas se contemplaría esta opción. Del mismo modo, en Carratiermes, que sí tiene una importante presencia en los ss. III-II a.C., tampoco hay presencia de espadas La Tène⁷⁷¹ y sí en cambio una cantidad significativa de ajuares con puñal bidiscoidal (Argente, Díaz y Bescós, 2000: 62-63), lo que podría estar indicando distintas opciones tácticas; en este caso favoreciendo el empleo de hojas de módulo corto⁷⁷².

De todos modos, incluso en estos contextos, la espada (del tipo que sea) y, en su defecto, el puñal, parece gozar de un importante valor simbólico, que en ocasiones le lleva a aparecer como único representante de la panoplia. En tales circunstancias, tanto para el ámbito ibérico (Quesada, 1997: 643-651) como para el celtibérico (Lorrio, 1997: 130), existe un acuerdo en cuanto a la repercusión de este papel simbólico en la sobrerrepresentación de las espadas en general, lo que por supuesto afecta a lo que aquí llamamos “panoplia básica” y sus respectivas variaciones y evoluciones.

Las panoplias de infantería

En el aspecto más puramente funcional, el formato “básico” conlleva de forma intrínseca el desarrollo de un tipo de lucha con grandes posibilidades tácticas, que permite por un lado el plantear una lucha en formación y, por otro, adquirir una mayor elasticidad en los movimientos, sin que por ello estemos hablando de una “infantería ligera”.

El que mejor ha definido el tipo de combate y el concepto de guerra que implica el empleo de estas armas en conjunto, ha sido Fernando Quesada, refiriendo en primera instancia al ámbito fundamentalmente ibérico (Quesada, 1997: 652-653, 1997d, 2002b, 2003 y 2006c) y, luego, al celtibérico (Quesada, 2006), partiendo para ello del análisis exhaustivo de las armas en el registro arqueológico y su interrelación con las fuentes

⁷⁷⁰ Cfr. Quesada, 2009: 149, nota 11.

⁷⁷¹ Al margen de la conocida panoplia descontextualizada conservada en colección particular (P-33) (Ruiz Zapatero y Núñez, 1981).

⁷⁷² Vide supra, III.G.1.

clásicas y la información iconográfica. No vamos a insistir aquí en lo que ya ha sido formulado con total detalle por este autor en los trabajos citados, pero baste recordar que ello ha contribuido (y de qué forma) a desechar de una vez por todas la vieja idea decimonónica de la concepción primitivista de la guerra hispánica, en la que supuestamente los iberos y celtíberos combatían en “bandas” y “guerrillas” de forma desorganizada y no eran capaces de presentar batalla campal (*cfr.* García Bellido, 1977). En realidad, la diferencia esencial de sus ejércitos con respecto a las regiones romanas (con las que han sido desfavorablemente comparadas habitualmente) radica en otro tipo de cuestiones mucho más sutiles que tienen que ver con la disciplina y, en última instancia, con la capacidad política de afrontar, organizar y sostener guerras a gran escala.

Hasta ahí, el panorama es muy parecido al que puede darse en el mundo galo, donde el armamento La Tène es la constante. En efecto, en la Europa céltica, la arqueología tiende a confirmar la información que nos llega de las fuentes clásicas, que nos ofrecen una imagen recurrente en la que el planteamiento inicial de un enfrentamiento es el de una batalla ordenada, aunque existan ciertas distorsiones en su desarrollo (Daubigny, 2003: 319-323; Brunaux, 2004: 63, 68-70; Deyber, 2009: 215-235 y 345-347).

En tal sentido, el aspecto fundamental que aquí nos interesa destacar es el del peso de las armas La Tène en su manifestación “periférica” peninsular.

A la práctica, sólo dos armas: la espada y el escudo oval, suponen una verdadera diferencia en su manejo y sus posibilidades ofensivas o defensivas respecto a otras armas más o menos difundidas por el territorio hispánico. La espada La Tène, pese a que en sus módulos peninsulares del siglo III a.C. en adelante es algo más corta que sus parientes galas, tiene mayor alcance físico que la mayoría de las hojas autóctonas, lo que permite efectuar ataques de filo (desde arriba) o de punta (desde abajo, como las hojas cortas)⁷⁷³. El escudo oval, por su parte, tiene un cuerpo más alto que la tradicional *caetra* circular, y ello constituye el complemento idóneo para defenderse de los golpes cortantes procedentes de las hojas de espada y las sacudidas de los impactos altos de lanzas y armas arrojadas.

⁷⁷³ *Cfr.* Quesada, 2000; refiriendo al *gladius hispaniensis*, surgido de este mismo modelo de espada, y con idénticas propiedades.

En la Península Ibérica, hasta 14 conjuntos (P-16, 28, 29, 30, 31, 32, 38, 40, 41, 76, 91, 91b, 92 y 95) atestiguan el uso combinado de ambas armas. Raro (y probablemente parcial) es el conjunto del noreste (**fig. 225**) que no parta de esta base, complementada por armas de asta y, a veces, otros accesorios defensivos.

Apenas contamos con información acerca de los modos de combate desarrollados por los **iberos del noreste**, pero en parte tienden a confirmar y resaltar precisamente lo mismo que los conjuntos arqueológicos, en los que la espada La Tène juega un papel de primer orden. Así, por ejemplo, Livio relata el desarrollo de los combates con una primera fase en la que tiene lugar el intercambio de salvas de armas arrojadas, para luego enzarzarse en el cuerpo a cuerpo “desenvainando las espadas”:

En Livio, XXVIII, 33, 5, por ejemplo (la sublevación encabezada por Indíbil y Mandonio en 206 a.C.), las tropas hispanas: “*Primero los amedrentaron (a los romanos) con proyectiles; luego, dejando las armas ligeras, que eran más aptas para exacerbar la lucha que para decidirla, desenvainaron las espadas y comenzó a desarrollarse el cuerpo a cuerpo*”. La misma imagen se repite años más tarde, en otra sublevación; en este caso enfrentando a las tribus costeras al ejército consular de Catón en 195 a.C., en la llamada batalla de Ampurias (Livio, XXXIV, 14, 10-11): “*Cuando, después de lanzar los venablos de hierro y las faláricas, desenvainaron las espadas, fue como si se iniciara de nuevo el combate, no recibían heridas por lanzamientos imprevisibles efectuados al azar desde lejos; en el cuerpo a cuerpo confiaban por entero en su valor y su fuerza*”. Nótese que en estos momentos parece que se vincula el cuerpo a cuerpo con el empleo de espadas, que siempre se desenvainan al proceder al enfrentamiento, pero, en cambio, no se menciona el combate con lanzas. Es posible que ello se deba a una invención o una simplificación de Livio, al que quizás queremos exprimir demasiado, pero también cabe la posibilidad de que los iberos del noreste desecharan enseguida sus lanzas⁷⁷⁴ (que son generalmente de tipo mixto empuñado/arrojado), o bien que se esté constatando el influjo de la “panoplia renovada” a la que refería Quesada (*supra*), con una fuerte presencia de armas lanzadas o propulsadas. En cualquier caso, lo que sí resulta significativo, y efectivamente no escapó a los historiadores clásicos, es la predilección de estos pueblos por el combate cuerpo a cuerpo, que resultaría “decisivo”.

⁷⁷⁴ Si bien otros fragmentos del propio Livio (*p.e.* XXVIII, 2, 4-6) relatan las acciones de los celtíberos en los mismos términos.

Pero no todos los conjuntos con espada La Tène y escudo oval proceden del noreste. Tres de ellos (**fig. 226**) se encuentran en cambio en el **territorio ibérico meridional**, donde la existencia de un puñado de umbos metálicos bivalvos⁷⁷⁵ nos está indicando el uso continuado (aunque sea marginal) de este tipo de armas desde el siglo IV a.C. De todas formas, el impacto de las panoplias básicas con armas La Tène en este territorio queda oscurecido por las fórmulas autóctonas perfectamente análogas a esta pero con falcatas en vez de espadas La Tène y *caetrae* en vez de escudos ovales.

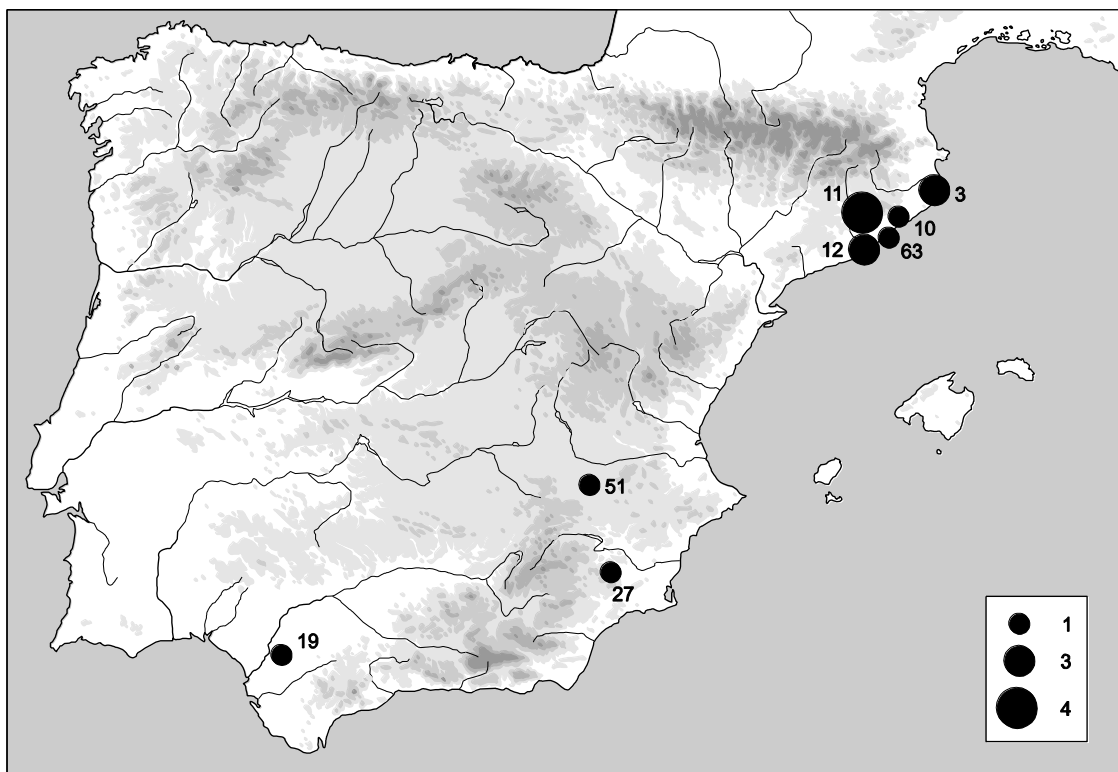


Fig. 226: Mapa de distribución de los hallazgos en los que se documentan asociaciones de espada La Tène y escudo oval en conjuntos cerrados (véase catálogo de panoplias).

Sin embargo, el papel marginal que estas armas desarrollaran en el sur tiene poco que ver con la fuerte presencia de la espada en el **ámbito celtibérico**. En este caso, tampoco las fuentes clásicas son muy explícitas al respecto, pero sí llegan a documentar (Diodoro, V, 33, 3) la utilización de panoplias completas que cuentan con espada y puñal (Lorrio, 1997: 178) “*de los que se sirven en los combates cuerpo a cuerpo*”. Sin

⁷⁷⁵ Vide supra, cap. IV.C.2.

duda, la combinación de espada y puñal, como hemos advertido antes, otorga mayores posibilidades de maniobra en espacios reducidos, suponiendo a la vez una gran especialización ofensiva y una importante capacidad adquisitiva.

La complementación de las panoplias con un puñal tiene lugar en el mismo momento en que la espada La Tène vive su mayor apogeo, a inicios del siglo III a.C. La panoplia de la sepultura I de Arcóbriga (P-4) es probablemente la primera en atestiguar esta combinación, que posteriormente veremos repetida en numerosas ocasiones. Es importante destacar que esta conjunción de armas arranca también en el momento de creación de los puñales bidiscoidales, los más exitosos del mundo celtibérico (Kavanagh, 2008). Por tanto, la popularización de las espadas La Tène, el abandono (total o parcial) de las vainas enterizas, y el estallido de los puñales bidiscoidales tiene lugar simultáneamente, justo coincidiendo con la Fase IIB de la panoplia celtibérica de Lorrio. En parte, ambas armas tienen capacidad (y así lo atestigua la arqueología) de actuar de forma independiente, pero la simplificación estructural de la espada La Tène, que ahora cuenta con más elementos de composición orgánica, favorece la difusión del patrón, ahora más asequible, y su interrelación con el puñal en numerosas ocasiones.

Por otra parte, también resulta sugerente el relacionar esta panoplia con el proceso de urbanización de la Celtiberia (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1993: 40; Lorrio, 1997: 289-291; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 208-211) y el desarrollo de las milicias urbanas (al nivel que sea⁷⁷⁶). Sin duda, las opciones de explotar con mayor énfasis las armas largas como la espada La Tène o la de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI, o bien las cortas como el puñal bidiscoidal o algunos modelos cortos de antenas, que antes discutíamos por su reflejo en las necrópolis, pudieron encajar con la autonomía que representa la incipiente estructuración en distintos *oppida* con su propio autogobierno; aunque ello no deja de ser una hipótesis por ahora incontrastable⁷⁷⁷.

Otra cuestión relevante en torno a las panoplias celtibéricas completas es su proyección fuera de este territorio. La expansión cultural y territorial de los celtíberos, unida a su participación activa en los grandes conflictos desde la invasión púnica, tendrá su efecto

⁷⁷⁶ Puesto que igualmente conservarían ciertos rasgos de su organización gentilicia (Almagro-Gorbea, 1997: 219; *cfr.* Quesada, 2006: 167 y nota 34).

⁷⁷⁷ No hay un acuerdo claro en cuanto al momento de formación de las ciudades celtibéricas, puesto que no existen datos arqueológicos firmes, pero tiende a aceptarse que ello ocurriría a lo largo del siglo III a.C., ya que las fuentes grecolatinas aluden de forma clara en estos términos a las grandes poblaciones de la Celtiberia desde finales de dicho siglo, lo que constituye el *terminus ante quem* de su estructuración como tales (*Ibid.*).

en la aparición de alguna rara panoplia como las del conjunto B de Mas de Barberán (P-56) o el Cerro de las Balas (P-36), pero, sobre todo, irá calando en el ejército romano, probablemente por su empleo reiterado por parte de sus tropas de mercenarios, aliados o auxiliares, hasta afectar directamente a los legionarios en la tardo-república. Lo curioso del caso es que el puñal bidiscoidal pareció cuajar en estos ejércitos algo más tarde de lo que lo hizo la espada celtibérica, aun cuando su uso conjunto ya era frecuente con anterioridad⁷⁷⁸.

Nos queda también por debatir acerca del efecto del escudo oval en las panoplias celtibéricas. Hasta el momento, los umbos de escudo oval más antiguos documentados en el entorno de la Celtiberia histórica corresponden a los del conjunto de La Azucarera (fig. 214), que no obstante son muy tardíos. En consecuencia, no sabemos si el empleo de estas armas se produjo desde mucho tiempo antes, puesto que estamos al tanto por Diodoro (V, 33, 3) que los celtíberos la utilizaron indistintamente a la *caetra* en algún momento; aunque no sabemos si siempre (y de forma limitada, como parece ocurrir entre los iberos del sur) o sólo a partir de la influencia púnica o romana. De hecho, subyace un importante interrogante al respecto, puesto que, si seguimos el comportamiento de las espadas, vemos que su influjo externo se fue apagando durante LT B2, hacia finales del siglo IV a.C., y en esta época es cuando realmente floreció el umbo metálico bivalvo. En consecuencia, existe una posibilidad de que se emplearan escudos lignarios “*como los de los galos*” (como afirma Diodoro), y que hoy permanecieran ocultos entre las panoplias sin elementos metálicos de escudo⁷⁷⁹.

Lo que sí es seguro es que los celtíberos contaron con escudos ovales como mínimo desde la Segunda Guerra Púnica, pues Livio menciona para 207 a.C. la existencia de un ejército celtibérico de 4.000 hombres “*armados con escudo largo y 200 jinetes*” (Livio, XXVIII, 2, 4). Quesada (2006: 162) ha subrayado ya el hecho de que se trata de un ejército de novatos, como relata el propio Livio (*novi milites, tirones*), por lo que todavía no debían contar con la instrucción púnica para manejar otras armas que no fueran las naturales para ellos, pero aun así el desarrollo del combate parece librarse como si su modo de combatir fuera el acostumbrado. Tampoco sabemos, por la ambigüedad del texto, si es que la mención específica y repetida a “los celtíberos armados con escudo” pretende subrayar lo inhabitual del uso de estos formatos por parte

⁷⁷⁸ *Vide supra*, III.E.3 y Kavanagh, 2008: 74-80.

⁷⁷⁹ *Supra*, VII.B. y VII.C.1.

de las tropas de infantería (que “*había armado*” Magón; Livio, XXVIII, 1, 4) o bien, como parece más lógico, para contraponerlas con las tropas ligeras, que también juegan su papel en el relato y no debían contar con estas protecciones (en este caso, pues, como sinónimo de “tropas de línea”).

La renovación de las panoplias. Mercenarios y auxiliares hispánicos en los grandes conflictos por el dominio de la península

Precisamente, todas estas cuestiones enlazan con el complejo panorama de la renovación de las panoplias hispánicas mediante dos vías: la inclusión de mercenarios y auxiliares autóctonos en las tropas de ocupación desde la invasión bárquida (García Bellido, 1963; Santos Yanguas, 1980 y 1981; Roldán, 1997), o la evolución de las panoplias autóctonas como efecto de su repetido contacto con estos ejércitos desde el otro lado; es decir: en oposición a ellos⁷⁸⁰.

Como el enfoque de nuestro trabajo es fundamentalmente arqueológico, nos interesa en este caso preguntarnos sobre la continuidad o ruptura de las panoplias hispánicas con armamento La Tène con la llegada de los ejércitos púnico y romano.

La respuesta a esta cuestión no es difícil si nos apoyamos en los cuadros de las figs. 224 y 225. Observando estas referencias, apenas advertimos para el territorio ibérico (tanto del noreste como del sur) otros cambios que el añadido de algún ocasional casco de tradición etrusco-itálica (P-26, 40, 43, 76 y 100). En cambio, sí tiene lugar la revalorización de algunas armas de influencia La Tène que tendrán una proyección mucho mayor que la anterior: la espada celtibérica (en su evolución a *gladius hispaniensis*), y el escudo oval (como reflujo desde el ámbito púnico y romano).

Es bien sabido y aceptado que los mercenarios y auxiliares hispánicos que combatieron en la Segunda Guerra Púnica y en los periódicos enfrentamientos posteriores, conservaron su propio armamento hasta un momento muy avanzado del siglo I a.C. (Quesada, 1997: 618; Pernet, 2010: 182). Algunos estudios recientes de Fernando Quesada (en especial: Quesada, 2003c y 2006c) han puesto el énfasis en destacar la

⁷⁸⁰ No en vano, esto es precisamente lo que ocurrió entre las tropas romanas, que acabaron incluyendo en sus panoplias unas cuantas armas de tradición hispana.

amplia homogeneidad armamentística existente entre las tropas republicanas romanas y las hispánicas, lo que equivaldría a aceptar formas de lucha o posibilidades tácticas muy similares entre sí. En la **fig. 227**, procedente precisamente de uno de estos trabajos de Quesada, se aprecia claramente sintetizada la perfecta concordancia táctica entre ambos modelos de panoplia, resaltando precisamente a la vez las similitudes del formato ibérico y el celtibérico en las “panoplias básicas” en sus distintas variaciones. Nos parece razonable añadir también aquí algunas líneas que figuran en el trabajo citado (Quesada, 2003c: 189) por lo esclarecedoras que resultan a efectos de lo que intentamos repetir aquí:

“A nuestro juicio, no había una sustancial diferencia en la funcionalidad y empleo del armamento entre los pueblos peninsulares y las legiones romanas de fines del siglo III a.C. De hecho, eran mayores las diferencias entre el armamento y la táctica de pequeñas unidades de una falange de los reinos sucesores helenísticos y las de la legión romana, que entre las de ésta y los pueblos iberos, pese a que esta afirmación parezca absurda a primera vista”.

	TROPAS DE LÍNEA (*)				TROPAS LIGERAS	
	Legionario (<i>hastatus</i> / <i>princeps</i>)	Legionario (<i>triario</i>)	Guerrero ibérico (2)	Guerrero celtibérico (2)	Veles	Guerrero hispano (**)
ARMAS OFENSIVAS	<i>Pila</i> (x2)	<i>Hasta</i>	<i>Soliferreum</i> o <i>pilum</i> , y lanza	<i>Soliferreum</i> o <i>pilum</i> , y lanza	Jabalinas	Jabalinas y/o lanza
	<i>Gladius</i> (<i>xiphos</i> o <i>hispaniensis</i>)	<i>Gladius</i> (<i>xiphos</i> o <i>hispaniensis</i>)	Falcata o <i>gladius hisp.</i>	Espada recta o <i>gladius hisp.</i> y/o puñal	Espada	
	<i>Pugio</i> adoptado?	<i>Pugio</i> adoptado?		Puñal		
ARMAS DEFENSIVAS	<i>Scutum</i> oval en teja	<i>Scutum</i> oval en teja	<i>Scutum</i> plano o <i>caetra</i>	<i>Caetra</i> o <i>scutum</i> plano	<i>Parma</i>	<i>Caetra</i>
	Casco bronce	Casco bronce	Casco bronce o cuero	¿		
	Pectoral metálico	Cota de malla	Coraza orgánica, tb pectorales?	Coraza orgán. Algunos cotas		
	Greba metálica	Greba metálica	Greba textil	Greba textil		

Fig. 227: Tabla comparativa de las panoplias romana republicana (ss. III-II a.C.) e ibérica/celtibérica, según Quesada, 2003: 190.

En realidad, buena parte de estas similitudes dependen de la continuidad de las panoplias autóctonas, pero también de su confluencia con los patrones mediterráneos impulsados por los propios ejércitos púnicos y romanos, con los que compartían algunas armas básicas, no ya compatibles, sino estructuralmente idénticas.

La panoplia hispánica renovada es, pues, una suerte de síntesis entre el patrón celtibérico, que proyectaría hacia afuera sus espadas autóctonas de influjo La Tène y sus puñales bidiscoidales, y el púnico o romano, que representaría a su vez la proyección de algunas armas defensivas, como el *scutum* y el casco de bronce.

El efecto de esta confluencia se notaría en el **ámbito ibérico** en general, en panoplias como la del Cerro de las Balas (P-36), la sepultura 146 de Cabecico del Tesoro (P-26), la sepultura 4F de Pozo Moro (P-76) o las dos de Mas de Barberán (P-55 y 56).

Lo curioso de esta panoplia renovada es que sus componentes básicos para el cuerpo a cuerpo como son la espada y el escudo oval, son las armas tradicionales del **noreste** peninsular, incluso con espadas un poco más cortas que sus homólogas galas (y, en consecuencia, más parecidas al *gladius hispaniensis*), pero en esta ocasión la diferencia básica parece proceder de la escasez de armas arrojadas en las panoplias catalanas. Hasta cierto punto, algunas panoplias (Sant Julià de Ramis, Les Corts 110 o Mateu 1; P-83, 43 y 54) tienden a cubrir estos espacios tácticos, pero su escasez en las panoplias de Les Corts (P-40-43) y Turó dels Dos Pins (P-84-96) apunta a la continuidad de los parámetros anteriores.

Algo muy distinto ocurre en algunas panoplias del **ámbito vettón meridional** (El Romazal 36, 143 y 145; P-80-82), que pese a la introducción de piezas básicas como la espada La Tène celtibérica⁷⁸¹ o el escudo oval, no cuenta con conjuntos muy completos, con la excepción (parcial) de la sepultura 36.

En síntesis, observamos una clara ausencia de ruptura en las panoplias hispánicas con armas La Tène pese a la gran repercusión de los conflictos bélicos con las dos grandes potencias mediterráneas. En cambio, existió una adaptación y una potenciación importantísima de las armas ligadas a la tradición La Tène, aunque siempre previamente transformada por los pueblos hispánicos e itálicos, que son “periféricos” a esta.

Para el territorio propiamente ocupado por la cultura La Tène (la Europa continental), Pernet ha observado en su reciente trabajo sobre los auxiliares galos de los siglos II- I a.C. (Pernet, 2010: 172-173 y 184) un efecto muy parecido al descrito para la Península Ibérica, en el que se da una continuidad clara del armamento autóctono, una renovación

⁷⁸¹ Recientemente se ha venido hablando de la posible presencia celtíberos en la región o incluso de la relación de la necrópolis de El Romazal con poblaciones de este mismo origen (Lorrio, 2008: 269).

de los patrones clásicos mediante el influjo romano y el germánico, y una potenciación de los elementos ofensivos de tipo arrojado.

Las panoplias y la caballería

Hasta el momento, hemos venido hablando de las panoplias “latenizadas” como elemento exclusivo de la infantería (sobre todo la infantería “de línea”), pero ¿qué hay de la caballería?, ¿utilizaron los guerreros a caballo este tipo de armas?

Pues en realidad no; o lo hicieron hasta cierto punto, con mayor empeño en algunos tipos de arma, y en algunos momentos de la historia mejor que en otros. De hecho, si nos limitáramos a los datos arqueológicos, la impresión sería bastante pobre:

Así, del análisis de nuestra base de datos se desprende que tan solo hay diez conjuntos (de los 103) en los que se combinaron armas de influencia La Tène con arreos u otros restos susceptibles de su relación con el caballo. Los ejemplos se repiten casi por igual (cuatro a cinco) en los territorios ibérico y celtibérico, mientras que el décimo pertenece al ámbito vettón y, en concreto, a la sepultura 201 de La Osera (P-64).

Veamos, no obstante, a qué tipo de armas La Tène se asocian y en qué condiciones, porque ello nos parece importante:

Dos de los ejemplares celtibéricos, para empezar, se asocian a regatones con espiga (sep. H de Aguilar de Anguita y sep. A de La Revilla; P-1 y 78), que no son relevantes a nivel táctico, pues se asocian a moharras corrientes. Los perfiles de estas panoplias encajan respectivamente en las fases IIA2 y IIB de Lorrio, y van encabezadas por una espada de antenas de tipo Aguilar de Anguita/Quesada III y un puñal híbrido bidiscoidal/de frontón (Quesada IV). El tercero (sep. B de Arcóbriga; P-2), el cuarto (sep. I de Arcóbriga; P-4) y el quinto (sep. I de Gormaz; P-49), se relacionan ya directamente con espadas La Tène y, junto con el ejemplar de La Osera, serán estudiados más adelante.

Los ejemplares en **contexto ibérico** revisten de otro tipo de asociaciones pero, sobre todo, proceden de tumbas por lo general más ricas que las celtibéricas⁷⁸². Una de ellas

⁷⁸² Sobre los problemas relativos a la distribución de la riqueza y su relación con la jerarquización social de las necrópolis ibéricas, véase Quesada, 1994.

es la sepultura “A” de La Pedrera (P-74), que cuenta con casco de hierro, falcata, y restos de un caballo inhumado. Ya hemos insistido antes en la calidad de la deposición, verdaderamente lujosa para el noreste, pero aun así hay que ser cautos y tener en cuenta que nuestra información respecto a los parámetros de riqueza en este territorio está muy sesgada, puesto que esta es en sí la única tumba con armas con ajuar conocido de todo el ámbito ilergete.

Uno de los conjuntos de Cigarralejo (sep. 478; P-39) es, si cabe, mucho más ostentoso, con una panoplia doble en la que también el casco de hierro de tradición céltica es el único elemento ajeno representado.

En cambio, los ajuares de las seps. 395 de Cigarralejo (P-38) y 27 de Cabecico (P-24) son algo más sencillos, y sus panoplias tienen ya como elemento central una espada La Tène hispánica, en el primer caso combinada también con un escudo oval de umbo bivalvo. La presencia de un arnés en la sep. 27 de Cabecico es dudosa (Quesada, 1989: II, 24), pero la relación con el caballo es más que evidente en Cigarralejo, donde además de las espuelas⁷⁸³, los diarios de Cuadrado mencionan algunos restos escultóricos pertenecientes a una figura de caballo con arreos.

A efectos de comprender mejor este tipo de asociaciones, es importante resaltar aquí algunos aspectos de tipo ideológico e histórico-social relacionados con el manejo del caballo en la cultura ibérica:

-En primer lugar, y en ello hemos insistido ya de forma implícita, el caballo es un símbolo inequívoco de prestigio social, sobre todo porque su mantenimiento es costoso y, en un principio, su manejo es dominio exclusivo de la aristocracia⁷⁸⁴.

Este es quizás el factor principal de su presencia en las tumbas que nos ocupan.

-En segundo lugar, está el factor táctico, que también es el que nos interesa aquí, aunque no siempre puede ser esclarecido a partir de la información arqueológica.

De nuevo, corresponde a Fernando Quesada el estudio sistemático de la evolución en el empleo militar del caballo para el ámbito ibérico (Quesada, 1997b y 1998).

⁷⁸³ Del grupo 2 de Quesada (2005c: 131), de bronce con acicate de hierro.

⁷⁸⁴ Sobre el papel social del caballo en las culturas protohistóricas peninsulares existen muchos trabajos recientes de gran interés: en especial, véase Quesada y Zamora (eds.), 2003 y Almagro-Gorbea, 2005; Sánchez Moreno, 2005; por citar algunos de los más específicos.

Para este autor, no existiría entre los iberos una caballería entendida como tal (o sea, un cuerpo militar coordinado y homogéneo que emplea el caballo como una ventaja táctica de grupo; y no individual) hasta mediados del siglo III a.C., cuando se empezaría a extender el uso del caballo como fruto de un triple proceso político-social que derivaría de la aparición de entidades políticas superiores a las habituales (por ejemplo, monarquías o grandes confederaciones), el impulso de la ocupación bárquida y, quizás, la influencia de los celtíberos, que contarían con una caballería irregular con anterioridad (Quesada, 1998: 178).

Antes de esta fecha (entre finales del siglo V a.C. y mediados del III a.C.), el caballo parecería estar reservado a una minoría de nobles y sus séquitos, mientras que su uso táctico se reservaría a su vez al desplazamiento de estos guerreros hasta el campo de batalla para después desmontar y combatir a pie, lo que es más acorde con las tradiciones arcaicas relacionadas con el heroísmo (*Ibid.*: 173-176). Se trataría, pues, de “jinetes”, más que de verdaderos “caballeros” (Quesada, 1997b: 185-186), que concebirían a sus monturas más como instrumento para resaltar y preservar su estatus, que como “armas” funcionales con grandes posibilidades tácticas.

A la luz de este planteamiento, la lectura de las tumbas a las que nos referíamos unas líneas más arriba parece más simple: las dos primeras (La Pedrera A y Cigarralejo 478; P-74 y 39) encajando a la perfección en la primera fase “aristocrática”, y resaltando su poder con la presencia de los cascos de hierro y otros elementos suntuosos; y las dos restantes (Cabecico 27 y Cigarralejo 395; P-24 y 38), quizás mejor en la segunda fase, en la que la caballería ibérica estaría en auge.

No obstante, las cronologías de estas tumbas (primera mitad del III a.C. para Cabecico 27 y 375-300 a.C. para Cigarralejo 395) sugieren una cierta precocidad con respecto a esta evolución, y podrían ser precisamente síntomas de la incipiente proyección de esta caballería antes de su verdadero estallido. En lo que atañe al ajuar de la P-38 de Cigarralejo, por ejemplo, pudo ser significativa la existencia de espuelas y no arreos, lo que en principio es más habitual en las tumbas menos ricas de la fase avanzada (*cf.* Quesada, 1998: 175).

En cualquier caso, es indudable que existe una clara diferencia entre estas dos panoplias por la presencia de espadas La Tène en sus ajuares, pero no está claro hasta qué punto esto pudo ser trascendente a nivel táctico, puesto que el grueso de las panoplias con

arreos de estas regiones se acompañan normalmente por las mucho más frecuentes falcatas.

En cuanto a la presencia de escudo oval en una de las tumbas (P-38), eso ya nos parece más sugerente, puesto que vendría a confirmar la información iconográfica, que documenta el empleo de estas armas por parte de la infantería y la caballería por igual⁷⁸⁵.

Por otra parte, ninguna de las panoplias del **noreste peninsular** ha llegado a documentar la asociación entre espadas La Tène o escudos ovales con arreos de caballo, pese a lo habitual de aquél tipo de armas en el territorio. En sí, lo que es un hecho diferencial es la escasez de información de cualquier tipo (arqueológica, iconográfica o de las fuentes escritas) en cuanto al manejo del caballo en esta región.

Aunque bien es cierto que las fuentes aluden repetidamente a los contingentes de caballería reunidos por Indíbil y los ilergetes y sus aliados⁷⁸⁶, no sabemos qué papel jugaron en ello los pueblos costeros, que son los que hoy por hoy cuentan con mayor volumen de información arqueológica contrastable⁷⁸⁷.

En efecto, aparte de en La Pedrera, ninguna de las sepulturas catalanas con ajuar conocido han dejado rastro de elementos metálicos relacionados con el manejo del caballo, y en el estadio actual de las investigaciones, sólo conocemos tres piezas (tres espuelas⁷⁸⁸) procedentes del ámbito indikete o laietano con estas connotaciones; dos del asentamiento rural de Mas Castellar (Rovira, 2002: fig. 11.28.4) y otra (de bronce) de Puig Castellar (Sanmartí y Belarte, 2001: 169).

De hecho, y salvando las distancias con las numerosas sepulturas de carro, tampoco en el ámbito céltico continental parece ser habitual la deposición de arreos entre los

⁷⁸⁵ *Vide supra*, IV.E.

⁷⁸⁶ Véase Quesada, 1998: Apéndice 1 para un resumen detallado con las citas más significativas.

⁷⁸⁷ Uno de los pasajes de Livio (XXIX, 19, 25) pudo dar a entender que algunos de estos sí participaron en las sublevaciones (quizás sólo una parte de los mismos y no una verdadera representación “étnica”), cuando afirma que Indíbil “*sublevó no sólo a sus coterráneos sino a los ausetanos también, pueblo vecino, y a otros pueblos limítrofes a él y a éstos*”. Ello, por supuesto, considerando que se refiera a los ausetanos de la región central de Cataluña y no a los del Ebro (*cfr.* Quesada, 1999-2000), lo que no está nada claro.

⁷⁸⁸ Se trata de dos pequeñas espuelas de hierro del tipo 2F catalogado por Quesada (2005c: fig. 34).

elementos del ajuar⁷⁸⁹, por lo que quizás existió algún tipo de tipo de “contagio cultural” en este aspecto. No obstante, la creciente proliferación de espadas de hoja larga y otros elementos complementarios en la panoplia gala desde finales del siglo III a.C. está claramente relacionada con el auge de la caballería céltica (Rapin, 1999: 61-67), y ello sin duda debió tener su efecto sobre los pueblos costeros del noreste peninsular (García Jiménez, 2006: 70-72).

Volvamos ahora nuestra atención hacia el **ámbito celtibérico**:

Vistas las asociaciones de arreos con regatones de espiga y su curiosa relación (100% de los conjuntos conocidos, aunque sólo con dos ejemplos), si bien no determinante a nivel táctico, es preciso resaltar ahora la confluencia de los objetos relativos al empleo del caballo con las espadas La Tène de este territorio; o, mejor dicho, su casi total ausencia de coincidencias.

En efecto, sólo tres casos (seps. B e I de Arcóbriga y sep. I de Gormaz; P-2 y 49) entre las 43 panoplias celtibéricas conocidas con espada La Tène, tienen arreos asociados, lo que parece un indicativo claro de hasta qué punto hay que vincular estas armas a la infantería.

Si trasladamos estos datos a otras armas equivalentes a nivel táctico y compatibles con el apogeo de las La Tène, como pueden ser las espadas de antenas de los tipos Atance/Quesada V y Arcóbriga/Quesada VI, o los puñales bidiscoidales o híbridos de bidiscoidal y frontón basándonos en distintos estudios sobre las necrópolis celtibéricas (Lorrio, 1997: 147-198 y Apéndices 1 y 2; Argente, Díaz y Bescós, 2000; Cabré, 1930; Taracena, 1932: 5-31 y láms. 1-23; Fuentes Mascarell, 2004; Jimeno *et alii*, 2004 y Lorrio y Sánchez de Prado, 2009), percibimos algunas diferencias que pueden resultar significativas:

Por ejemplo, las asociaciones de espadas de tipo Atance/Quesada V con arreos de caballo no son raras, y se dan hasta en diez casos de 33 tumbas del Alto Duero con estas

⁷⁸⁹ *Contra* Gabaldón, 2003: 232-233 (los casos a los que alude son excepcionales en comparación con el número de tumbas conocidas). Otra cosa es si hubo o no otros restos óseos que evidenciaran la presencia de estos animales. *Vide* también Gabaldón, 2005: 268-270.

armas⁷⁹⁰: dos en La Mercadera (seps. 1 y 14; Taracena, 1932: láms. I y VI), dos más en Osma (3B y conjunto 3 del Museo del Ejército; Fuentes Mascarell, 2004: fig. 55, C y 182, 3), una en La Revilla (sep. D; Lorrio, 1997: tabla 2), Ucero (sep. 23; García-Soto, 1992: 373 y fig. 2) y Carratiermes (sep. 9; Argente, Díaz y Bescós, 2000: 60), y tres más en Gormaz (seps. X, Y y Z; Schüle, 1969: lám. 44, 1-2; 45, 1 y 5; y 46, 3-4).

En el Alto Tajo/Alto Jalón, donde estas espadas son más raras, tal asociación se documenta sólo en una de las dos posibilidades que ofrece la necrópolis del Altillo de Cerropozo en Atienza (sep. 15; Cabré, 1930: lám. XVI).

En cuanto a las mismas asociaciones con espada de tipo Arcóbriga/Quesada VI, el compañero cronológico de las anteriores, son al parecer mucho menos frecuentes. Se documentan dos casos de los veinte posibles, y corresponden a la sep. 7 de Carratiermes (Argente, Díaz y Bescós, 2000: 60) y a la sep. 7B de Osma (Fuentes Mascarell, 2004: fig. 55, E), sin llegar a dejar registros en La Mercadera o Gormaz, aunque en estas últimas el formato es ya de por sí bastante extraordinario.

En el Alto Tajo/Jalón, ni son muy frecuentes estas espadas (Lorrio, 1997: 169) ni lo son los arreos (*cf.* Lorrio, 1993: 233), pero hay hasta dos de diez sepulturas (Atienza 16 y Arcóbriga R; Cabré, 1930: lám. XVII y Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 101-104) que cuentan con estas combinaciones.

Para el caso de los puñales bidiscoidales y su variante híbrida con los de frontón (tipos Quesada VI y IV), el caso es más parecido al de las espadas de tipo Atance, aunque su proporción varía más según su contexto de procedencia.

La escasez de puñales de este tipo en el Alto Tajo/Alto Jalón (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 322), por un lado, tiene sin duda que ver con el vacío de sus asociaciones con arreos, pero en el Alto Duero, el panorama es distinto, y estas armas son verdaderamente numerosas en las fases IIB y III de Lorrio.

No obstante, su relación con los arreos fluctúa mucho: ningún caso en Carratiermes, pese a las más de 40 sepulturas con bidiscoidal (Argente, Díaz y Bescós, 2000: 63), y nada menos que 10 de 34 tumbas en Numancia (seps. 22, 25, 51, 53, 103, 107, 132, 135,

⁷⁹⁰ Si bien en algunos casos se trata de híbridos, en todos ellos la hoja es corta y compatible con los módulos típicos de estas espadas.

139 y 144; sobre todo de la periferia (algo más tardías), pero también del centro: Jimeno *et alii*, 2004: 239-244 y figs. 171-173)⁷⁹¹.

El resto de evidencias se limitan a tres tumbas de Osma (11B y 13A, además de la 7B, con espada y bidiscoidal; Fuentes, 2004: 57 y figs. 55-56) de un total de 17 sepulturas, dos más de Gormaz (seps. V y X; Schüle, 1969: lám. 43, 1-3 y 44, 1-2) y otra en La Revilla (sep. A; Ortego, 1983: lám. 1, P-78).

De estas observaciones, podemos inducir algunas conclusiones parciales, obviamente limitadas por lo sesgado de los datos a nuestra disposición:

- 1) Al parecer, la caballería celtibérica mostró una cierta preferencia por los formatos de hoja corta (espadas de tipo Atance/Quesada V, sobre todo en las últimas décadas del siglo IV a.C. o inicios del siguiente; y puñales bidiscoidales o bidiscoidales/de frontón a partir de entonces) y tendió a rechazar los de hoja más larga (espadas La Tène y espadas de antenas de tipo Arcóbriga/Quesada VI). Esta opción táctica tiende a subrayar la idea de que las espadas no son útiles en el combate montado, lo que es lógico teniendo en cuenta la inestabilidad que supone el golpear y recibir sin el apoyo de estribos o sillas de montar (Quesada, 1997: 171; 2005: *passim*). En consecuencia, esta información iría acorde con la práctica habitual de la lucha a caballo en la antigüedad: desde lejos y con la ayuda de armas arrojadas fundamentalmente. El uso de espadas o, en este caso, puñales, se destinaría a una eventual circunstancia en la que hubiera que combatir cuerpo a cuerpo y a pie⁷⁹².
- 2) No hay un modelo de espada o puñal exclusivo de los *equites* celtibéricos. Las distintas opciones se dan en tumbas con arreos u otros objetos atribuibles a la caballería y en otras relacionadas con infantes indistintamente. Es más: no hay diferencia alguna entre las tumbas que tienen arreos y las que no los tienen, lo que significa que probablemente hablemos de un mismo segmento social o, como mínimo, de segmentos sociales muy próximos entre sí.

⁷⁹¹ Cuando sólo 24 conjuntos cuentan con arreos, lo que indica que se trata de una opción recurrente. De estas 24 tumbas, 5 tienen otro tipo de armas (siempre de asta) y el resto ninguna, aunque no siempre se acompañan de otros signos ecuestres como insignias o fíbulas de caballito (*Ibid.*: 265 y fig. 197).

⁷⁹² Así por ejemplo nos lo relata Diodoro (V, 33, 5) en su descripción de los celtíberos, de los que nos cuenta que: “*Saben combatir de dos maneras, puesto que, después de haber vencido luchando a caballo, desmontan, se transforman en soldados de infantería y combaten admirablemente*”.

- 3) Las opciones dominantes del empleo preferente de un determinado tipo de espada o puñal parecen responder a un doble condicionante territorial: el *oppidum* y su entorno inmediato (por ejemplo, en la ausencia de espadas de empuñadura de antenas en Numancia, la predilección por los puñales bidiscoidales en Carratiermes, o la de Arcóbriga por las espadas La Tène) y, en segunda instancia, a su territorio étnico (por ejemplo el fuerte peso del bidiscoidal entre los arévacos y su escasez en el Alto Tajo/Alto Jalón)⁷⁹³. Ya hemos visto esta idea esbozada cuando hablábamos de las panoplias de infantería.

En tal sentido, vale la pena hacer algunas observaciones de tipo táctico y social con relación a la caballería celtibérica:

A diferencia de los que hemos observado, siguiendo a Quesada, para el territorio ibérico, la Celtiberia pareció contar con una verdadera caballería (en su sentido táctico) desde el siglo IV a.C. (Quesada, 1998: 179 y 2006: 157), como demuestra lo frecuente del hallazgo de bocados y arreos desde esta época y las referencias literarias indirectas. Según los estudios sobre la estructura militar celtibérica llevados a cabo por Pilar Ciprés (Ciprés, 1990, 1993 y 2002), el espectro social celtibérico susceptible de su movilización en armas (la *iuventus*; en concepto opuesto a los *seniores*, que contarían con otro tipo de atribuciones políticas no-militares) se dividiría, como mínimo desde mediados/finales del siglo III a.C. en adelante, en dos grandes grupos: los *equites*, herederos de la antigua élite de origen gentilicio (que tradicionalmente venía unida a la posesión y el manejo del caballo) y un grupo más heterogéneo al que las fuentes aluden de forma genérica como “*multitudo*”. Entre los integrantes del primer grupo se distinguirían los “*principes*” y “*nobiles*” (supuestamente nobles por derecho de nacimiento), que desde el siglo III a.C. y en consonancia con el proceso de transformación urbana de la Celtiberia, irían adaptando su papel al de élites urbanas con

⁷⁹³ Si bien es cierto que también existe una diferencia importante en el comportamiento funerario de ambas zonas, afectadas de forma distinta por el “empobrecimiento de los ajuares” desde el siglo III a.C. (Ruiz-Gálvez, 1990; Lorrio, 1997: 315-316; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2003: 37; Martínez *et alii*, 2005: 249).

atribuciones político-militares (Almagro-Gorbea, 2005: 166)⁷⁹⁴. Junto a esta transformación, tendría lugar la progresiva utilización del caballo como icono político, manifestándose este hecho en varios aspectos de la cultura material, como la iconografía monetaria (Lorrio, 1995), las insignias militares (*signa equitum*) (Almagro-Gorbea, 1998) y otros delicados objetos de orfebrería como las fíbulas de caballito (Almagro-Gorbea y Torres, 1999). Paralelamente, en las deposiciones funerarias, estos emblemas de poder irían sustituyendo a las armas y los arreos como símbolo de estatus (Almagro-Gorbea, 2005: 166) y, para algunos autores, contribuiría al empobrecimiento de los ajuares (Almagro-Gorbea, 1997: 219; Almagro-Gorbea y Lorrio, 1993: 39; *cfr.* Lorrio, 2005: 277), puesto que el prestigio social se mediría en el desarrollo de la política social mejor que en una suerte de competición de riquezas o símbolos de fuerza con efectos al otro mundo.

Sin embargo, y aunque aceptamos que estos factores jugaron un papel determinante en la renovación de la panoplia (y así lo hemos visto cuando hablábamos de las panoplias de infantería), no tenemos la impresión de que las armas pierdan todavía su papel de prestigio o que desaparezcan del registro arqueológico. Para ello, habrá que esperar más bien a la paulatina integración de estas élites al sistema clientelar romano⁷⁹⁵ y la consecuente adaptación ideológica de las tropas celtibéricas de *auxilia* a la mentalidad romana⁷⁹⁶. Por otra parte, y como bien ha señalado Quesada en alguna ocasión, el caballo en la Celtiberia no es patrimonio exclusivo de la aristocracia (*supra*, 2), sino que se extendería a un segmento social mucho más amplio; lo que no significa que la aristocracia ecuestre no mantuviera la imagen del caballo como instrumento de su propaganda de prestigio (Quesada, 2006: 157).

De todos modos, los datos comparativos de posibles signos ecuestres en conjuntos con espada La Tène, no hacen sino corroborar la misma imagen que nos transmiten los arreos. Por ejemplo, las fíbulas de caballito no se asocian a estas armas en ningún caso conocido⁷⁹⁷, pero en cambio sí lo hacen en alguna ocasión (aunque no a menudo) con

⁷⁹⁴ Los romanos mostraron debido interés por impulsar una política de atracción de estas élites a su sistema clientelar, como bien nos indica el propio Almagro-Gorbea (1997: 219).

⁷⁹⁵ *Cfr.* nota *supra*.

⁷⁹⁶ *Cfr.* Pernet, 2010 para el mismo proceso entre los galos.

⁷⁹⁷ Cabré y Morán (1982: fig. 22) citan una de estas fíbulas para la sep. J de Arcóbriga, pero posteriores estudios mejor documentados (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 76-78) la identifican de forma más firme como una fíbula zoomorfa de bóvido (tipo 8B1.1 de Argente).

otro tipo de armas (*p.e.* Numancia 32, con bidiscoidal, Arcóbriga R y Gormaz K con espada de antenas; o Numancia 81, 108 y 109 con armas de asta; Jimeno *et alii*, 2004: fig. 121; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 101-104; Schüle, 1969: lám. 35, 1).

Otro tipo de objetos son algo más controvertidos en cuanto a su atribución a las élites ecuestres. Este es el caso de una serie de objetos con empuñadura tubular y forma de horquilla que en ocasiones han sido clasificados como estandartes o *signa equitum* (Almagro-Gorbea, 1998; Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 97; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 339-344), y en otras como báculos de distinción (Jimeno *et alii*, 2004: 163-170).

La distinta interpretación se debe a las distintas variables tipológicas de estos objetos:

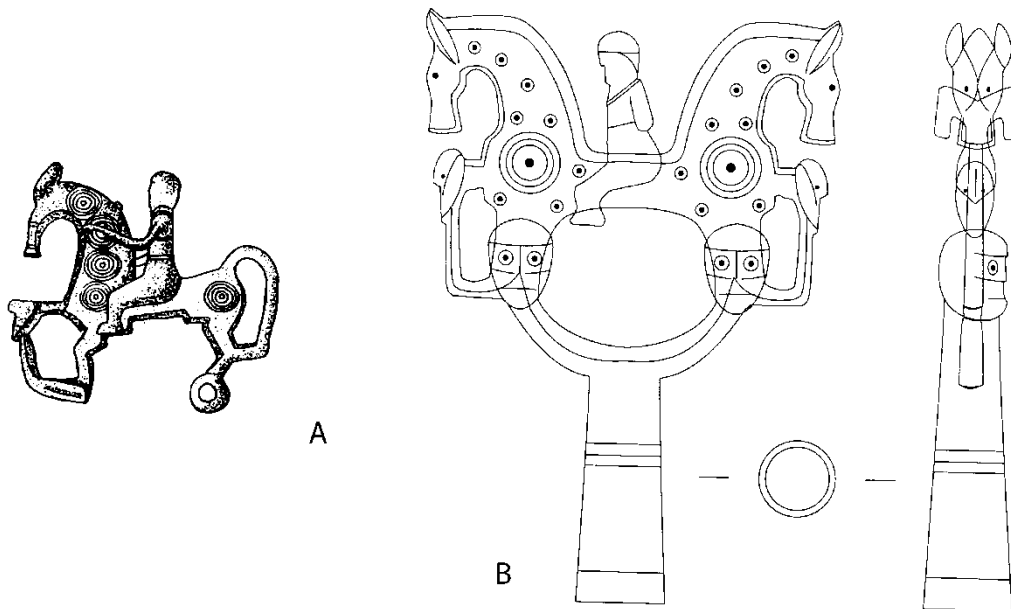


Fig. 228: Los patrones iconográficos de las fibulas de caballito (A) y los *signa equitum* con dobles prótomos de caballo (B) son idénticos entre sí, y su simbología tiene relación con las élites ecuestres de la Celtiberia. A: Almagro-Gorbea y Torres, 1999: lám. 10, 8, procedente de Gormaz; B: Jimeno *et alii*, 2004: Fig. 122, C, procedente de la necrópolis de Numancia (sep. 38). Distintas escalas.

Algunos de ellos, por ejemplo, rematan la horquilla con dobles prótomos de caballo unidos por la grupa, y su relación formal con las fibulas de caballito está más allá de toda duda (Almagro-Gorbea, 1998: 103) (**fig. 228**), mientras que otros rematan de forma distinta, como en cabezas humanas (Jimeno *et alii*, 2004: 163), volutas (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 342 y fig. 164; tipo a) o de forma simple (*Ibid.*).

Sobre la interpretación de estas piezas como báculos (Jimeno *et alii*, 2004: 170), se ha argumentado en relación a su pequeño tamaño y su desconexión aparente con otros símbolos característicos de la caballería, como el hecho de que no todos los remates contienen caballos o que no suelen acompañar a tumbas con arreos. Sin embargo, ello no es óbice, como han señalado Lorrio y Sánchez de Prado (2009: 343) de que actúen como alternativa a este tipo de deposiciones, puesto que en estas fases el arreo iría perdiendo su simbolismo a favor de otros objetos simbólicos como estos.

En todo caso, la mayoría de estos elementos parece coincidir con ajuares provistos de armas⁷⁹⁸, pero sólo una de ellas, la sepultura F de Gormaz (Schüle, 1969: lám. 32, 1-7) se acompaña de una panoplia con espada La Tène e incluye nada menos que dos de estos ornamentos.

Particularmente, opinamos que se trata efectivamente de estandartes más que de báculos, aunque quizás haya que pensar en otros elementos ornamentales faltantes, como cintas o telas de colores que los hicieran más visibles. De todos modos, y pese a su posible relación con los *equites*, no es indispensable que estos *signa* se relacionen con la caballería, e igualmente pueden pertenecer a las élites al mando de tropas de infantería, puesto que las atribuciones militares de este sector social, entendemos, trasciende del antiguo vínculo del caballo con la aristocracia. Recordemos, por ejemplo, que el tipo de panoplias a las que acompañan estas insignias (y sobre todo las de tipo simple), es idéntico a las de infantería, como ocurre con los arreos.

Sea como fuere, lo que sí parece claro es que la repercusión de las panoplias con espada La Tène fue muy limitada entre los *equites* celtibéricos, y que estas armas apenas fueron valoradas a nivel táctico o simbólico por los caballeros, lo que sin duda alimenta la idea de su tradicional asociación con las tropas de infantería (*contra* Lenerz, 2000-2001: 341). Desde esta perspectiva, podríamos plantear algunos interrogantes a dilucidar en un futuro, como por ejemplo el también escaso éxito del “módulo pequeño” de espada en la Celtiberia (*p.e.* P-4); un formato que algunos autores (Rapin, 2000: 201)⁷⁹⁹ han relacionado, en su ámbito de procedencia galo, con la caballería.

⁷⁹⁸ Arcóbriga C (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 54-58 y fig. 14), Osma 2B y 8B (Fuentes Mascarell, 2004: fig. 55, B y F) con espada de antenas, Osma 11A (Fuentes Mascarell, 2004: 57-58) y Numancia 62 y 97 con bidiscoidales (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 121). Los *signa* con prótomos de caballo sólo se conocen en ajuares completos en Numancia, en cuatro casos con armas (seps. 32, con bidiscoidal, y 81, 108 y 109 con armas de asta) (*Ibid.*).

⁷⁹⁹ *Vide supra*, III.C.1.

En lo que refiere al **territorio vetton**, las diferencias de las panoplias (aunque homogéneas) y, sobre todo, las diferencias sociales con respecto a la Celtiberia, significan un comportamiento autónomo, aunque algunos especialistas (Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 212-216; Lorrio, 2008: 269; Álvarez-Sanchís, 2005: 301-303) ya han llamado la atención de la creciente influencia celtibérica (y de sus élites ecuestres) sobre este territorio. La región vettona es también por tradición una región con una fuerte influencia ideológica ecuestre (Lorrio, 2008: 260), pero en cambio su utilización de armas de la tradición La Tène fue completamente marginal.

Siguiendo a Álvarez-Sanchís (2005: 169-198 y fig. 69) y su estudio de las panoplias vettonas, observamos una cierta concentración de asociaciones de espada o puñal y arreos, fundamentalmente en La Osera y, en menor medida, Las Cogotas, pero una práctica ausencia de las mismas en otros contextos. Aun así, las coincidencias son bastantes: 1 de 2 panoplias conocidas en La Osera con arreos y espadas del tipo Atance/Quesada V⁸⁰⁰ (La Osera 251); 4 de 6 con espadas de tipo Arcóbriga/Quesada VI (La Osera 4, 21, 270 y 509), 3 de 6 con espadas de tipo Alcácer/Quesada IV (La Osera 1, 431 y 438), 5 de 20 respecto a los puñales bernorianos (La Osera 514 y Las Cogotas 287, 288, 747 y 899), y 4 de 9 con puñales bidiscoidales (La Osera 1297, El Romazal 22 y Las Cogotas 383 y 605).

La impresión es, pues, que los jinetes vettones emplearon indistintamente cualquier tipo de espada o puñal, porque sólo cinco asociaciones conocidas con arreos emplean exclusivamente otro tipo de armas. No hay duda de que el estatus que otorgarían simbólicamente las espadas y puñales tendría relación con esta proporcionalidad, como bien parece indicar la panoplia de la sep. 201 de La Osera (P-64).

En cuanto al empleo de escudos ovales por parte de los pueblos meseteños orientales y occidentales, seguimos sujetos a los mismos problemas de indocumentación arqueológica planteados para las tropas de infantería. Sin embargo, la superficie alargada del cuerpo de este tipo de escudos es idónea para cubrir el lado izquierdo del jinete montado y protegerse a sí y a su montura de los proyectiles arrojados. Las ventajas tácticas del formato, sin duda debieron notarse entre los pueblos célticos del

⁸⁰⁰ Aunque estas espadas tienen muy poca incidencia en el territorio (Lorrio, 2008: 267).

interior al igual que tiende a mostrar la iconografía para los pueblos ibéricos desde finales del siglo III a.C.

Hasta qué punto las élites ecuestres integraron estas armas por iniciativa propia o como efecto de su contagio a través de los ejércitos púnicos y romanos, no lo sabemos a ciencia cierta, sobre todo porque estas élites pudieron mantener algunas posturas conservadoras en su armamento.

En definitiva, la cuestión de la utilización del escudo oval en la cultura celtibérica y otras culturas del interior influenciadas por esta, sigue siendo uno de los grandes interrogantes a resolver, y uno de los que el presente estudio apenas puede contribuir a dilucidar. Persistiendo el problema arqueológico, son todavía muchas las cuestiones abiertas al respecto.

Panoplias latenizadas y panoplias “afectadas”

A partir de lo planteado hasta ahora, y a modo de síntesis, entendemos que las particularidades sociales y culturales de un territorio tan heterogéneo como el de la Península Ibérica fueron responsables de un distinto comportamiento con respecto a la introducción, transformación y actualización de los patrones armamentísticos influidos por la cultura La Tène europea. Ciertos territorios, como el noreste, explotaron y potenciaron especialmente estos patrones en sus panoplias “latenizadas” (o “periféricas”, puesto que pese a ser La Tène conservarían su personalidad propia), mientras que otros se limitaron a “absorber” algunas de estas armas en algún momento de su historia, e integrarlas en sus propias panoplias locales o regionales. En estas panoplias “afectadas” de forma más o menos limitada por las armas de influencia La Tène, los conjuntos autóctonos, en su mayoría a su vez derivados de otras influencias ajenas, se vieron complementados de distintas formas en función del comportamiento táctico de estas armas (esto es: sus ventajas a nivel ofensivo o defensivo) o, a veces, de su cualidad de arma “exótica”.

Así, por ejemplo, los cascos vinieron a integrar a panoplias de tipo autóctono muy completas pertenecientes a las élites ibéricas de la región bastetana y contestana, mientras que en el noreste, las armas exóticas serían otras (por ejemplo, la falcata de la sep. A de La Pedrera; P-74), sin que pese a ello los cascos perdieran su papel de objetos de prestigio.

En cambio, otras armas mucho más funcionales a nivel táctico como son las espadas, se integrarían en la mayoría de las panoplias como elemento central (en la Celtiberia desde el siglo III a.C., por ejemplo), siendo formatos casi únicos en algunas regiones (como en el noreste). En regiones periféricas a estos territorios donde las espadas La Tène tendrían un papel de primer orden, pudo existir un efecto paralelo similar (por ahora difícil de contrastar, como en el sureste⁸⁰¹), o un tratamiento parecido al de los cascos, pero en muchos casos lo que sí hubo es una especial repercusión de los formatos originados en otras regiones (en especial, la Celtiberia), ya sea por aculturación o como fruto de la expansión territorial de sus habitantes.

El papel de los escudos ovales fue probablemente mayor en algunos casos que el de la espada y, al igual que ocurre con esta, sus panoplias convivieron simultáneamente con otras en las que otros formatos autóctonos la sustituyeron. Sólo en el noreste parece que este fuera el esquema predominante y, a la luz de los datos actuales, exclusivo.

En cuanto a las lanzas, ni siquiera el territorio nororiental actuaría como bastión de su empleo persistente, y habitualmente las panoplias latenizadas de la región se combinan mejor con otros esquemas de tradición ibérica. Sin duda, las escasas diferencias que estos patrones representaban a nivel táctico respecto a otros formatos locales, determinaron por una parte lo limitado del alcance geográfico de estas armas, y, por otro, su escasa repercusión como elementos definitorios de un determinado tipo de panoplia.

En efecto, sólo las espadas La Tène y los escudos ovales tendrían un verdadero peso táctico en las panoplias afectadas por las armas de influencia La Tène. En ambos casos, su efecto afectaría especialmente a la infantería de línea, aunque en el caso de los escudos, quizás su papel fuera igualmente importante entre las tropas a caballo.

Lo que sí es cierto es que la llegada de las tropas púnicas y romanas a la península acabó catapultando estas armas hasta la vanguardia de las panoplias hispánicas; si bien hay que tener en cuenta que cuando hablamos de los escudos estamos hablando de un “falso pariente” de las armas La Tène, puesto que su uso fue compartido por los pueblos celtas y los mediterráneos por igual⁸⁰².

⁸⁰¹ *Vide supra*, cap. III.C.

⁸⁰² *Vide supra*, IV.D.

PARTE IV: SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

VIII. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

El análisis pormenorizado de las distintas manifestaciones morfológicas y tecnológicas del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica tiende a subrayar la idea de una adaptación muy peculiar de los formatos, en los que podemos ver claramente reflejada la mano de las culturas peninsulares que lo explotaron, con mayor o menor empeño, hasta su desaparición fruto del impacto de la economía militar romana. En consecuencia, hablamos de un tipo de armamento algo distinto al que podríamos hallar en otros lugares ajenos a la Península Ibérica, aunque el parentesco resulta obvio en la mayoría de los casos.

Del mismo modo, y aunque el impacto de estas armas es grande en algunas regiones peninsulares como pueden ser el noreste y la Celtiberia, su peso específico en el global de sus propias manifestaciones culturales dista mucho de atestiguar la presencia de una verdadera “cultura La Tène” en la Península Ibérica; entre otras cosas porque no existe una cultura La Tène única, sino todo un sinfín de posibilidades de adaptación de unos patrones más o menos coincidentes en algunos de sus aspectos básicos. En efecto, existe un cierto riesgo de malinterpretación en la misma presencia continuada del armamento de influencia La Tène en la península que debemos rehuir de antemano y que tiene que ver con la asimilación de la cultura La Tène con “lo celta”, lo que conduce, casi de forma automática, a razón del fuerte peso de las teorías difusionistas dominantes desde los años 50 (Milcent, 2006: 83), al falso supuesto de que: allí donde existen repetidas evidencias de la cultura material típica del foco nuclear de la cultura La Tène⁸⁰³, se puede rastrear la presencia de contingentes de población celtas (procedentes de estos territorios) que serían los “portadores” de esta cultura material. Afortunadamente, esta visión centrífuga tiende a perder peso en la historiografía más reciente, y están empezando a valorarse otros fenómenos de aculturación más complejos, sin tener que descartar por ello la posible (aunque no necesaria) presencia puntual de poblaciones célticas, vengan éstas de su territorio nuclear o bien de otras regiones también

⁸⁰³ En la historiografía del siglo XX, ya desde los trabajos de síntesis de Déchelette, se entiende que la “cuna original” de la cultura La Tène se encuentra en una región que comprende el arco alpino y el territorio que abarca desde las regiones champagnianas hasta la Bohemia (Rapin, 2004: 22 y figs. 1-2). Recientemente, se ha venido reivindicando también el papel de la región medio-atlántica en la formación de la cultura material de La Tène en estos territorios (Milcent, 2006).

periféricas respecto a este. Sin ir más lejos, las singularidades regionales de los territorios célticos de la Península son la evidencia más clara de la complejidad estructural de las manifestaciones de “lo céltico” en todos sus aspectos.

En tales circunstancias, entendemos que el carácter “periférico” del armamento La Tène de la Península Ibérica, al que hemos referido repetidamente en estos términos, reviste del mayor interés precisamente por su autonomía respecto a los patrones originales, lo que contribuye a resaltar la imagen de la cultura La Tène como una cultura, no unitaria, sino, al contrario, muy rica y diversa. Asimismo, y aunque el territorio peninsular cuenta con una riqueza cultural muy particular como efecto de su contacto con las culturas mediterráneas más desarrolladas, es importante destacar, como complemento a estas influencias más reconocidas por la historiografía tradicional, el importante peso de otras culturas no-mediterráneas generalmente menospreciadas por su injusto y subjetivamente asumido carácter bárbaro o incivilizado, pese a que el aporte de estas culturas sobre las mediterráneas (como es en parte el caso que nos ocupa) es en muchos casos comparable al que pudo suponer la cultura mediterránea sobre ellas (*cf.* Rapin, 2004 y 2008: *passim*).

Por otra parte, y como ya hemos visto en anteriores capítulos, el armamento “de influencia La Tène” que hemos estudiado no siempre procede directamente del territorio continental europeo, sino que en algunos casos llega a la Península Ibérica mediante un efecto de reflujo canalizado a través de los pueblos mediterráneos que ocuparon este territorio y que, en su momento, fueron influenciados por este tipo de armamento.

Contemplando todas estas cuestiones, concluiremos el presente trabajo procurando esbozar una síntesis de los principales aspectos relativos a la presencia y evolución de este armamento en la Península Ibérica:

Así, en primer lugar, nos preguntaremos por el **origen** geográfico y cultural de estas armas a su llegada al territorio peninsular; es decir: de dónde proceden los influjos (no sólo los iniciales sino también los contactos continuados responsables de la actualización de las innovaciones tecnológicas o adaptaciones tácticas de sus distintos formatos).

El segundo interrogante refiere, en relación con el anterior, a los **medios** de transmisión de estas influencias y a aquellos aspectos socio-culturales vinculados al ejercicio de la absorción o asimilación de los esquemas armamentísticos en cuestión. En este caso, nos interesa indagar acerca de cómo afectan las cuestiones políticas, ideológicas y sociales a la difusión de estas armas a los territorios que configuran el mosaico cultural hispánico. Las cuestiones relacionadas con los grandes acontecimientos bélicos vividos en la península o el difícil problema de las migraciones centrarán nuestra atención casi por completo en este bloque.

En tercer lugar, resumiremos los principales aspectos relativos a las peculiaridades del armamento La Tène peninsular y las **formas** que adoptó para adaptarse a las necesidades locales; algo que ya hemos visto en detalle en los anteriores capítulos.

Por último, referiremos brevemente a la **evolución** de este armamento en sus distintas fases, persiguiendo su desarrollo a través de la historia de forma ordenada.

VIII.A. VÍAS DE INFLUENCIA DEL ARMAMENTO LA TÈNE EN EL TERRITORIO PENINSULAR

Al analizar las características tipológicas de las armas, hemos tenido ocasión de ir configurándonos una idea más o menos precisa acerca de los territorios que más contribuyeron a influir sobre la adopción de los patrones latenenses en las regiones hispánicas. En síntesis, podemos dividir las zonas de influencia en tres bloques distintos que vale la pena comentar detenidamente: las regiones meridionales de Francia, el Mediterráneo, y las influencias internas de unas regiones de la península hacia otras.

VIII.A.1: Las regiones meridionales de Francia

Una de las vías de influencia más lógicas para el acceso a la Península Ibérica del armamento de tipo La Tène es sin duda la del sur de Francia. Comúnmente (y de forma un tanto arbitraria), se suele asociar la idea del armamento La Tène con los galos, y en consecuencia, es fácil pensar que estas armas pudieron llegar al territorio hispánico a través de los Pirineos. Sin embargo, la realidad que implica esta sencilla afirmación es mucho más compleja, puesto que el acceso de estos territorios al armamento La Tène es en realidad limitado y está sujeto a muchos condicionantes de tipo cultural e histórico:

Para empezar, ni la región suroccidental o aquitana ni la región suroriental o languedociense (que son los dos territorios culturalmente diferenciables en este espacio geográfico) pertenecen al ámbito La Tène más estricto, sino que pueden considerarse (y a menudo vienen haciéndolo) espacios periféricos receptores de la cultura latenense propia del arco noralpino y las regiones englobadas entre la región champagniana y la Bohemia. Este hecho es significativo, porque supone que la “latenización” de estos territorios no se produjo de forma homogénea y global, sino que tendió a mezclarse con un substrato autóctono de gran personalidad. No vamos a entrar aquí en el hecho de si la llegada masiva de poblaciones de etnia celta se produjo en un momento avanzado o en momentos más precoces porque no creemos que la presencia del armamento La Tène deba ir ligado necesariamente a la presencia de poblaciones “portadoras” de esta cultura

material (*cf. infra*), pero sí resulta interesante resaltar que, históricamente (y así viene atestigüándolo la arqueología) hubo diferencias de intensidad en los aportes materiales de este tipo.

El Languedoc occidental

La región languedociense es uno de los focos de influencia armamentística más evidentes por su proximidad al noreste peninsular, donde el armamento La Tène es más que común. Lo paradójico de este territorio es que las evidencias de objetos relacionados con la cultura material de La Tène son numerosos y muy fieles a los patrones típicos del interior de Europa, pero prácticamente se reducen al único testimonio de la necrópolis de Ensérune.

Esta necrópolis es una de las que cuenta con un registro más ininterrumpido de tumbas con panoplias latenienses, abarcando un periodo que va desde el último cuarto del siglo V a.C. hasta finales del siglo III o inicios del II a.C. (Schwaller *et alii*, 2001: 180)⁸⁰⁴. Esto ya es de por sí algo bastante insólito, porque trasciende algunos periodos en los que la documentación funeraria es muy escasa (Rapin, 1999: 61) como la primera mitad del siglo IV a.C. o la segunda del siglo III a.C.

En cualquier caso, está claro que las armas de esta necrópolis guardan una importante homogeneidad con respecto a los estándares europeos pese a hallarse en un territorio periférico (Schwaller *et alii*, 2001: 180-182), mientras que el noreste peninsular es algo más singular en cuanto a la personalidad autónoma de sus rasgos morfotécnicos, aun observando, no obstante, los esquemas básicos de la más pura tradición La Tène. Al mismo tiempo, resulta interesante observar la combinación de armas de tradición ibérica y céltica mezcladas entre las panoplias de esta necrópolis; especialmente en las etapas más antiguas de su desarrollo. Así, por ejemplo, no es raro ver tumbas con armas de asta de tipo ibérico, o incluso algunas que, como la IB 61, combinan una falcata con hebillas de cinturón de tipo La Tène (*Ibid.*: 175 y fig. 2). Si bien las tumbas del siglo V a.C. son muy mal conocidas por haber sido excavadas de antiguo y sin la documentación deseable, nos parece importante destacar la presencia de hasta tres falcatas en la necrópolis (Jannoray, 1955: fig. 4), puesto que ello nos recuerda el débil papel de estas

⁸⁰⁴ Y un volumen de tumbas con armas verdaderamente relevante, alcanzando cotas de hasta el 30% de las tumbas correspondientes al siglo III a.C. (Schwaller *et alii*, 2001: 183).

armas en el noreste peninsular, donde apenas se conocen cuatro ejemplares seguros⁸⁰⁵; dos de ellos (La Pedrera y Mianes), sin duda correspondientes a fechas anteriores a las de mayor difusión (o al menos mayor volumen de hallazgos) del armamento La Tène en el territorio catalán. Igualmente, es interesante observar la confluencia en el mismo espacio funerario de hebillas de cinturón de los tipos hispánicos con varios garfios (*Ibid.*: 395-396 y fig. 40) junto a otros de la más clara filiación lateniense (Leconte, 1995: *passim*).

Conjuntamente a esta apertura a las tradiciones ibérica y céltica, hay otros aspectos que consideramos significativos y que nos ayudan a comprender el efecto paralelo del comportamiento adaptativo a este lado de los Pirineos. Nos referimos en concreto a los signos de producción propia de algunas armas de esta necrópolis languedociense:

En efecto, la restauración de las armas y su análisis detallado han permitido observar algunos detalles que delatan la existencia de talleres autóctonos en la región y rechazar la idea de la importación continuada de estos objetos desde otras regiones de Europa. Factores como la existencia de espadas con espigas de sección losángica o umbos con conchas gruesas y pesadas (Schwaller *et alii*, 2001: 180; Rapin, 2004: 27 y 2008: 251-254) implican la interpretación local de unos patrones morfotécnicos más o menos universales que, pese a ser respetados en casi todos sus detalles, denotan ciertos rasgos de una personalidad propia.

Algo parecido a lo apreciable en las armas ocurre también con las mencionadas hebillas de cinturón, que igualmente revelan la existencia de patrones de producción autóctonos (Leconte, 1993: 71 y 1995: 17). Estos mismos objetos nos permiten asimismo constatar la llegada de influjos tempranos de procedencia champagniana al litoral languedociense, al tiempo que nos alertan de la larga perduración de los formatos adaptados, que llegan a alcanzar el siglo III a.C. (Leconte, 1995: 19), pese a que en el resto del territorio europeo desaparecen después del primer cuarto del siglo IV a.C. (Leconte, 1993: 51). Tales signos, que pueden parecer irrelevantes desde el punto de vista del territorio nororiental de la Península Ibérica, no dejan de recordarnos, haciendo una arbitraria transposición de conceptos, al comportamiento de las espadas La Tène del noreste,

⁸⁰⁵ Cabrera de Mar, Mianes, Ullastret y La Pedrera según Quesada, 1997: 837-847 y 2002e. La pieza de Porqueres, también referenciada en sus catálogos, no está confirmada y no se halla entre los materiales de este yacimiento.

cuyos patrones morfotécnicos clásicos remiten precisamente al conservadurismo de algunos rasgos en épocas igualmente avanzadas.

Sea como fuere, nuestra impresión es que ambas regiones (el suroeste francés y el noreste peninsular) viven procesos paralelos en la captación y asimilación de sus patrones armamentísticos, que remiten al mundo céltico y al ibérico e incluyen repetidos contactos (especialmente en sus regiones litorales) que remontan ya a la Primera Edad del Hierro (Quesada, 1997: 608-609; Farnié y Quesada, 2005: *passim*) y tienen continuidad más adelante. No en vano, aunque en muchas ocasiones no es fácil rastrear los rasgos importados de los autóctonos, ciertos ejemplares, como la espada de la sep. 178 de Ensérune, delatan la presencia de armas procedentes del litoral catalán en la necrópolis languedociense. Del mismo modo, el concepto de las panoplias y sus componentes es virtualmente idéntico a uno y otro lado del Pirineo, dominando ampliamente los conjuntos con panoplias básicas compuestos por espada La Tène con vaina enteriza, lanza (de tipo ibérico, La Tène o combinado) y escudo oval, incluyendo en alguna ocasión algún raro casco de tipo transalpino de la misma tradición⁸⁰⁶.

Por otra parte, todo ello no significa que exista una uniformidad territorial entre estas dos regiones, sino que su comportamiento autónomo es bien evidente en algunos aspectos concretos, especialmente visibles en las espadas, sus vainas y la existencia o inexistencia de cadenas de suspensión.

La región aquitana

Por cuestiones puramente geográficas, el suroeste francés es el mejor candidato a ocupar el lugar de enlace entre el mundo céltico latenizado y las regiones del interior de la Península Ibérica; en especial el Valle Medio del Ebro y la Celtiberia, que son las regiones al parecer más interconectadas en la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro.

Al igual que ocurre con las regiones meridionales mediterráneas, el suroeste se ha venido considerando un territorio periférico respecto a la cultura La Tène más

⁸⁰⁶ *Vide supra*, capítulo VI.B.2.

homogénea⁸⁰⁷, y cuenta con la subsiguiente complejidad de combinar en un mismo lugar componentes culturales ajenos con otros más propios de su cultura autóctona o asimilados en periodos anteriores a la Segunda Edad del Hierro.

La investigación arqueológica ha logrado documentar un comportamiento distinto para las poblaciones del norte de Aquitania (más cercanas al Garona) y las del sur (en contacto con los Pirineos). En el norte, el contacto de las élites con el mundo La Tène es constante durante los siglos V-IV a.C. A finales de dicho periodo, se habla incluso de una “celtización efectiva” (Gómez de Soto, 1989: 178-179) o una “facies céltica” (Gardes, 2001: 121)⁸⁰⁸. En el extremo suroeste, en cambio, las señales de la cultura La Tène son mucho más limitadas e inmersas en una continuidad estructural del marcado carácter autóctono (Gómez de Soto, 1989: 179; Gardes, 2001: 122).

La llegada de poblaciones celtas al territorio no está atestiguada por las fuentes hasta el siglo II a.C., momento en el que, paralelamente, se acrecientan los contactos con el mediterráneo (*Ibid.*: 133)⁸⁰⁹.

De cualquier modo, en cuestiones de panoplia, el escenario local viene marcado por el dominio exclusivo del armamento La Tène al menos desde el siglo III a.C. (Boudet, 1994: 54 y 1995: 91) o, según investigaciones recientes, ya desde la segunda mitad del siglo V a.C. Los trabajos de R. Boudet a principios de los años 90 (Boudet, 1994), contribuyeron a la compilación de los hallazgos con armas de tradición La Tène en la región y la identificación de unos patrones por lo general muy fieles a los esquemas clásicos, que en algunos casos parecen pertenecer a importaciones (Boudet, 1993: 57).

A partir del repertorio de armas publicado por Boudet, podemos destacar algunos aspectos que enlazan con pautas de comportamiento similares a las documentadas al otro lado de los Pirineos:

En primer lugar, y en contra de lo argumentado en su momento por este autor (Boudet, 1994: 53), sí existen algunas evidencias, cada vez más numerosas, anteriores al siglo III a.C. (Gómez de Soto *et alii*, 2007: 70-73 y 84). En particular, nos referimos a algunas

⁸⁰⁷ En contra de esta concepción más tradicional, véase Milcent, 2006 (*supra*, nota 802) y Gómez de Soto *et alii*, 2007: *passim*.

⁸⁰⁸ En fechas recientes (Gómez de Soto *et alii*, 2007: 69), se ha remontado la integración de la Aquitania septentrional al mundo lateniense desde la segunda mitad del siglo V a.C.

⁸⁰⁹ Aunque en esta cuestión existen opiniones encontradas en cuanto al papel de las importaciones mediterráneas con anterioridad a esta fecha (*cfr.* Boudet, 1993: 61 y Gómez de Soto *et alii*, 2007: 69).

espadas de Mont-de-Marsan (Mohen, 1980: lám. 124)⁸¹⁰, con ciertos signos en la vaina que nos inclinan a pensar en una fabricación como mínimo en el siglo IV a.C., al ejemplar de Sos-en-Albret, del típico módulo pequeño de LT B2 (Gómez de Soto *et alii*, 2007: 72), y a otras piezas como las de Cahors (Rapin, 2004: 28), Nantes y Puyréaux, el umbo bivalvo de Pont-de-l'Ouen o, sin ir más lejos, el mismísimo casco de Agris (Gómez de Soto *et alii*, 2007: 72). Paralelamente, algunos de estos mismos ejemplares, cuentan con indicios claros de su fabricación autóctona (*p.e.* la suspensión tubular o la guarda de Mont-de-Marsan). Otros testimonios, ya de época más avanzada, sugieren también la presencia de singulares locales, como la vaina de Pau (Dumontier y Blanc, 1984; fines III-inicios del II a.C.), que incluye una serie de encajes de bronce de finalidad desconocida, o la llegada de *gladii hispanienses*, como en la vaina de Mezin (Boudet, 1994: 46), cuya composición parece ser lignaria y con decoraciones de bronce. Asimismo, los contactos con la región del Valle Medio del Ebro y, en segunda instancia, la Celtiberia, cuentan con sobrados testimonios arqueológicos desde la Primera Edad del Hierro, donde las espadas de antenas de los tipos autóctonos llegaron a impregnar el sustrato local de forma irreversible, generando toda una serie de fórmulas originales que perduraron, con variaciones, a lo largo de la Segunda Edad del Hierro celtibérica.

Así, por una parte, la llegada de materiales importados o tipos de espada que no alcanzaron a cuajar en el territorio hispánico, está documentada en ejemplares como el de Aguilar de Anguita (Farnié y Quesada, 2005: 160-162), de tipo Arcachón/Quesada I, mientras que otras fórmulas, como la de las espadas de tipo Echauri/Quesada II, vivieron un proceso de transformación entre los siglos V y IV a.C., en el que los formatos más antiguos se localizaron en el valle del Ebro, correspondiendo los más modernos a la región celtibérica (García Jiménez, 2006b: 56-57 y fig. 2; a la que habría que añadir dos ejemplares de Castejón). Viendo esta evolución, resulta tentador imaginar un proceso similar para las espadas La Tène, puesto que los primeros testimonios arqueológicos remiten también al Ebro Medio e incluyen leves signos de influencia aquitana.

Con todo, y aunque los signos de conexión son más evidentes en las espadas, también resulta interesante comparar la composición de las panoplias en cuanto a la existencia o

⁸¹⁰Vide *supra*, III.D.

inexistencia de ciertas armas. Por ejemplo, la escasez de hallazgos de umbos u otros elementos metálicos del escudo oval es uno de los rasgos más llamativos del registro armamentístico aquitano (*cf.* Boudet, 1994), aunque lo cierto es que ha ido mejorando notablemente en los últimos años merced a hallazgos como los de Pont-de-l'Ouen (*supra*), Muron, Pétoisse y Pons (Gómez de Soto *et alii*, 2007: 70-73), que corresponden a contextos de deposición anteriores a la presencia romana en el territorio.

Al mismo tiempo, el registro de armas de asta conocido (*cf.* Boudet, 1994) indica una clara predilección por los formatos de moharra autóctonos, mientras que, desde el siglo III a.C., no son raros los regatones con espiga documentados.

Todos estos signos (presencia continuada de armas de influencia La Tène, sólo en ocasiones combinadas con componentes de tipo autóctono), apuntan a la existencia de ciertas pautas de comportamiento similares entre las regiones aquitana y del valle del Ebro y Celtiberia, pero, a la vez, a una clara autonomía de sus respectivos espacios geográficos fruto de sus distintos substratos socioculturales. De este modo, mientras en Aquitania la llegada del armamento La Tène genera una ruptura respecto a las panoplias anteriores (típicas de la Primera Edad del Hierro), en la Celtiberia los esquemas autóctonos surgidos del contacto con dicha región tienen en general cierta continuidad⁸¹¹. A su vez, los esquemas latenienses más canónicos, que permanecen constantes en el suroeste francés, tienden a deshacer sus lazos en la Meseta Oriental a partir de inicios del siglo III a.C.

A contar desde dicho momento, si bien se perciben algunos casos de regatones con espiga, no se aprecian (al menos hasta el momento), otros signos de conexión como podrían ser los umbos monovalvos o los cascos célticos o celto-romanos como los tipos occidentales de hierro o el tipo Coolus (*cf.* Boudet, 1994: figs. 6 y 7 y Pernet, 2010: 116-121).

En síntesis, la evolución del armamento La Tène a uno y otro lado de los Pirineos sigue un proceso paralelo entre las regiones del sureste francés/noreste peninsular y del suroeste francés/Valle del Ebro-Celtiberia, que denota una relación estructural limitada

⁸¹¹ Al menos entre las espadas de antenas, pero hay dudas respecto a otras armas ofensivas como el *solifereum*, que tiende a desaparecer del registro arqueológico de la Meseta a partir del siglo III a.C.; si bien su uso está atestiguado por las fuentes con posterioridad (*cf.* Quesada, 1997: 315). De todos modos, también es cierto que la espada desempeñó en esta región un papel ideológico muy por encima del que pudo representar el *solifereum* (*cf. supra*, cap. VII. C.).

por la evolución autóctona de cada una de las partes implicadas. Asimismo, los contactos cruzados también pudieron existir, como demuestra por ejemplo la presencia de una espada con vaina enteriza y suspensión modificada, claramente de procedencia celtibérica, en una de las tumbas pertenecientes a los materiales descontextualizados de la necrópolis de Ensérune (Rapin, 2008: 254), pero es evidente que la barrera de los Pirineos y, en el caso de la Celtiberia, su lejanía respecto al mediterráneo, contribuyeron al comportamiento mucho más conservador y aislado de las regiones hispánicas con respecto a las norpirenaicas.

VIII.A.2: El Mediterráneo y las vías indirectas

Paralelamente a las regiones norpirenaicas, el Mediterráneo se perfila como otro de los espacios lógicos de conexión intercultural para la Segunda Edad del Hierro. En lo concerniente a la propagación del armamento La Tène, la vía mediterránea representa a la vez el receptor (en las regiones del noreste, Levante y sureste de la Península Ibérica) y canalizador (en otras zonas “periféricas” respecto a la cultura La Tène más homogénea) de los esquemas armamentísticos que perseguimos.

Ya hemos visto con anterioridad como la captación del armamento La Tène en estos espacios “receptores” peninsulares, es muy desigual y tiene mucha más fuerza en el noreste, una intensidad notablemente inferior en el sureste, y un efecto casi testimonial, o quizás incluso inexistente, en el Levante. En sí, no sabemos con certeza qué vías de influencia pudo recibir cada una de estas regiones, pero las opciones no son muchas, y se limitan a la región mediterránea occidental, que es la que a su vez actuó como foco periférico de la cultura material lateniense. En concreto, y además del ya mencionado ejemplo languedociense occidental, referiremos a la región ligur, la itálica y, en segunda instancia, a la influencia indirecta más activa de las culturas púnica y romana.

Italia y el territorio ligur

La irrupción de los celtas en la historia mediterránea vino marcada por los acontecimientos que culminarían en la batalla de Alia, el saqueo de Roma en 386 a.C. y la posterior instalación de importantes contingentes de población en el norte y noreste de Italia (Lejars, 2006: 2-3). Desde entonces, y en especial a lo largo de los siglos IV y III a.C., los celtas itálicos harían gala de una gran facultad de adaptación al substrato itálico preexistente, y, en paralelo, de una gran capacidad de movilización de grupos guerreros destinados a participar en los grandes conflictos mediterráneos en calidad de mercenarios; habitualmente conservando su propio armamento (Szabó, 1991: *passim*). En especial, la historiografía actual coincide en atribuir a los senones, instalados en el litoral adriático septentrional, un papel de primer orden en tales empresas, merced al reiterado uso por parte de los tiranos siracusanos de mano de obra militar céltica para librar sus guerras de dominio en distintos lugares del Mediterráneo (*Ibid.*: 333; Rapin, 2001b: 292; Lejars, 2006: 3). La proximidad del territorio senón con la colonia de Ancona, y los evidentes intereses adriáticos de los siracusanos, justifican este tipo de asociaciones más allá de toda duda.

Paralelamente, otros territorios ocupados por los boyos en la región padana, supusieron en contacto repetido de las élites militares célticas con Etruria y, en consecuencia, con el comercio etrusco⁸¹² y su apertura al Mediterráneo.

Poco sabemos a ciencia cierta sobre el contacto de estos grupos militares itálicos con la Península Ibérica más allá de la pura especulación, pero las vías de conexión entre estos territorios y los hispánicos son completamente verosímiles, y vale la pena esbozar un breve balance de los datos arqueológicos conocidos de la sociedad celtoitálica para ver, más adelante, hasta qué punto son compatibles con los del ámbito ibérico.

El primer obstáculo en dicho sentido procede de la escasez de datos arqueológicos y el mal conocimiento de los mismos, en especial en el ámbito senón, donde la mayor parte de los hallazgos de cierta envergadura corresponden a hallazgos muy antiguos cuya revisión sólo ha sido parcial. De todas formas, los datos disponibles dibujan un escenario similar para las regiones boya y senona (las que cuentan con mayor número

⁸¹² Cuyos contactos con el mundo céltico transalpino están bien atestiguados desde el siglo V a.C. (Kruta, 1978: 151).

de armas de la tradición La Tène) en cuanto a la combinación de las armas La Tène con otras de la más pura tradición autóctona (*cf.* Lejars, 2006: 13 y 2008: *passim*; Vitali, 1988: 262-274).

El arma simbólicamente más importante es la espada, que ocupa un lugar de honor en la panoplia celtoitálica (Lejars, 2006: 15) y cumple con todos los requisitos de su evolución en medios transalpinos, frente a los que a veces no es fácil distinguir cuál fue el lugar de génesis de algunos de sus atributos. El carácter canónico de las espadas comprende todos sus complementos, como la vaina enteriza, sus decoraciones o incluso sus métodos de suspensión, incluyendo las cadenas semirrígidas típicas del siglo III a.C. (Vitali, 1988).

En cuanto a las armas de asta, la cuestión deriva hacia esquemas más afines a la tradición local, con moharras de tipos autóctonos⁸¹³ y un importante rol de las armas arrojadas de tipo *pilum* (Lejars, 2008: 70-71). Con todo, la presencia de regatones con espiga, cuyo uso remite al repetido contacto con las regiones transalpinas, no es desconocida (por ejemplo: seps. 85 y 116 de Monte Bibele⁸¹⁴, seps. 176 y 185 de Bologna-Benacci⁸¹⁵, o sep. 86 de Casalecchio di Reno⁸¹⁶).

El armamento defensivo, por su parte, parece responder también a un equilibrio formal entre las necesidades tácticas típicas de la panoplia céltica y las adaptaciones al entorno itálico. Los escudos ovales empleados, por ejemplo, remiten más bien a la tradición itálica que a la propiamente céltica a juzgar por la notable escasez de elementos metálicos (como umbos u orlas) de estas armas en contextos celtoitálicos de los siglos IV-III a.C.⁸¹⁷. Conociendo la completa compatibilidad de ambos formatos, que sólo difieren por la composición enteramente lignaria y quizás (aunque no sabemos desde cuándo) la forma convexa del cuerpo de los escudos itálicos, no resultaría sorprendente que los guerreros celtas afincados en Italia tendieran al empleo de estas armas por simple afinidad con su entorno inmediato.

Conjuntamente, el importantísimo papel de prestigio que desempeñaron los cascos metálicos en el seno de estas sociedades (Lejars, 2008: 172-173; Vitali, 1988: *passim*) no tiene parangón en todo el mundo periférico de la cultura La Tène y constituye uno

⁸¹³ Aunque las fórmulas más voluminosas típicas de los contextos latenienses de los siglos IV-III a.C. tampoco están ausentes (*p.e.* Marzabotto, en: Kruta-Poppi, 1978: fig. 8).

⁸¹⁴ Lejars, 2008: 142, 205 y 212.

⁸¹⁵ Kruta, 1978: figs. 11 y 13.

⁸¹⁶ Ortalli, 2008: fig. 16.

⁸¹⁷ *Vide supra*, cap. IV.D.2.

de los ejemplos más exquisitos de la transformación de un arma lateniense a esquemas autónomos regionales⁸¹⁸.

Otro de los territorios mediterráneos que nos gustaría comentar brevemente es el de la **región ligur**, en la Provenza francesa y Languedoc oriental. Esta región, que hoy en día se considera ajena a la llegada de contingentes célticos como los que alcanzaron Italia a inicios del siglo IV a.C. (García, 2006: *passim*), corresponde a otro de esos territorios periféricos en los que la influencia de la cultura material lateniense se mezcla con el substrato local. Se trata de un medio enteramente marcado por las conexiones comerciales de las colonias griegas instaladas en el litoral, con otras regiones del Mediterráneo, entre las que obviamente se encuentra la Península Ibérica.

En efecto, la situación geográfica de la Liguria la coloca en un ámbito de actividad situado a medio camino entre el papel que habría jugado la región ibérica languedociense y el que habrían desempeñado las regiones celtoitalicas en contacto con ella.

Por desgracia, los signos de la presencia de armamento La Tène en la región oriental de Liguria son muy leves. Los hallazgos de la necrópolis de Ameglia (Durante, 1987), que puede considerarse tan excepcional en el territorio como lo es Ensérune respecto al Languedoc occidental, dibujan un escenario armamentístico muy similar al de la región boya, con la que los contactos culturales son evidentes. Los resultados completos de las excavaciones en esta necrópolis aún no han sido publicados a día de hoy, pero las armas conocidas, que en particular corresponden a las espadas, otorgan una cronología que iría entre el último tercio del siglo V a.C. y finales del s. IV a.C. o muy a inicios del III a.C. (Rapin, 2008: 241). Nótese que estas fechas nos están indicando una llegada muy precoz del armamento La Tène a la región, coincidiendo con las fechas sugeridas para otros territorios del Mediterráneo occidental.

En cualquier caso, y pese al mal conocimiento en general tenemos del armamento celto-ligur, está claro que las espadas y sus vainas siguen a pies juntillas los patrones de influencia originales, en muchos casos incluyendo los típicos esquemas ornamentales de la “lira zoomorfa” del siglo IV a.C. con “parejas de dragones” y “parejas de grifos” afrontados. La cronología de Ameglia no se presta a la aparición de cadenas de suspensión asociadas a estas espadas, pero estos objetos son en cambio conocidos en

⁸¹⁸ *Vide supra*, cap. VI.B.1.

otros ámbitos, como por ejemplo en Roquepertuse (Rapin, 2000b: 82). Nuestra percepción con respecto al tipo de armas de asta empleado es en cambio muy pobre, al igual que el de los escudos, que no se conocen sino en periodos avanzados y en relación con el uso de escudos ovales gracias a un pasaje de Diodoro (V, 39, 7) que los asocia a espadas “*de tamaño medio*”. Sin embargo, ignoramos si la composición de estos incluía elementos metálicos (sobre todo umbos) como los que serían habituales en contextos galos.

Por otra parte, conocemos también algunos cascos de tipo celtoitálico (Ameglia, sep. 11; Durante, 1987: 422, 425 y fig. 9, 9), pero en general se percibe una importante escasez de datos correspondientes al siglo III a.C., una de las etapas más conocidas del armamento La Tène en todos los ámbitos.

Extrañamente, las importantes evidencias escultóricas de la región ligur, vienen a completar nuestra información sobre el armamento defensivo corporal, algo que por lo general es bastante raro en otras regiones. Los recientes estudios de André Rapin al respecto (Rapin, 1999: 36-40; 2000b, 2003: 274-275; 2003b, 2004: 29-32 y 2008: 261-266) han logrado llamar la atención sobre la existencia de corazas orgánicas decoradas comunes a otras regiones del interior de Europa y, lo que es más relevante, a la datación de algunas de estas imágenes en el siglo V a.C., de nuevo dando testimonio de la temprana presencia del armamento La Tène en Liguria oriental.

La escultura en piedra es precisamente uno de los marcadores más claros de la diferencia de criterios culturales entre la región provenzal y la languedociense oriental (Rapin, 2003b: *passim*). En este último territorio, los documentos sobre corazas ligeras son mucho más escasos y limitados al entorno de Nîmes, muy en contacto con el área ligur oriental. En cambio, se percibe en estos soportes la presencia combinada de algunos elementos defensivos más propios de la cultura celta en transición hacia la época de La Tène junto a otros sin duda relacionados con el armamento ibérico de finales de la Primera Edad del Hierro e inicios de la Segunda (*Ibid.*: 237-241 y fig. 10; Arcelin, Dedet y Schwaller, 1992: *passim*).

Al igual que ocurre en el resto del territorio ligur (Rapin, 2004: 29), las evidencias funerarias son escasísimas, aunque existe un importantísimo conjunto de hallazgos correspondientes a los siglos II y I a.C., ya en relación con los aportes de auxiliares galos a los ejércitos republicanos (Bats, 1992; Bel *et alii*, 2008; Pernet, 2010: 135-142).

Las vías púnica y romana

El desarrollo de los grandes acontecimientos bélicos que llevaron a las colosales potencias militares de Cartago y Roma a interesarse por la Península Ibérica, llegó sin duda a provocar un importante revés en el desarrollo natural del armamento autóctono de los hispanos. Las vías de influencia habituales con anterioridad al tercer cuarto del siglo III a.C. se verían parcial y paulatinamente obstaculizadas por el alcance de los nuevos patrones armamentísticos que emplearían estos grandes ejércitos. Como bien sabemos, y hemos visto en sobradas ocasiones en este trabajo, la llegada de las tropas púnicas y romanas, no implicó una ruptura en el empleo del armamento tradicional de las distintas etnias hispánicas, pero sí contribuyó a potenciar sensiblemente algunas armas compatibles con el estilo de combate desarrollado por estos pueblos.

Esta inesperada conexión a gran escala, supondría probablemente la difusión del armamento La Tène en dos sentidos: 1) influyendo sobre la Península Ibérica; y 2) captando a su vez algunos patrones preexistentes en este territorio para adoptarlos en sus propios ejércitos.

En lo que refiere al primer bloque, está claro que la influencia púnica y, sobre todo, la romana, se desarrolló mediante una mediación secundaria, puesto que la composición de sus ejércitos dista mucho de tener algo que ver con la de los ejércitos galos contemporáneos. En cambio, sí se emplearon algunas armas tomadas de la panoplia La Tène.

En dicho sentido, estas potencias se convierten en actores de una influencia lateniense “de reflujo” que a menudo tiene poco que ver con los esquemas más homogéneos de la Europa continental; en buena medida porque a su vez proceden de las adaptaciones “periféricas” de estos mismos patrones. Ahora bien, ¿de qué armas estamos hablando? Curiosamente, de casi toda la panoplia defensiva: escudos, protecciones corporales y cascos.

El caso de las armas del segundo bloque (influencia hispánica de elementos de la tradición La Tène sobre los ejércitos romanos), es similar a la del primero en su articulación, aunque en esta ocasión el elemento “periférico” es hispánico. Para el propósito que nos ocupa, mencionaremos el efecto de la espada La Tène celtibérica

sobre el *gladius hispaniensis* romano y, quizás, el de los umbos bivalvos meridionales sobre los umbos fusiformes de época tardorrepública⁸¹⁹.

Como estos casos ya han sido tratados con profundidad en anteriores capítulos, nos centraremos aquí en los del primer bloque con la intención de descifrar hasta qué punto pudieron llegar a cuajar aquellos patrones periféricos en los ejércitos en cuestión:

En primer lugar, nos hemos preguntado por el escudo oval. La complejidad inherente en este arma deriva del hecho de que se trata de un elemento casi universal en todo el continente europeo (del interior o el Mediterráneo) en el espectro cronológico que nos ocupa. El formato básico del escudo oval, con *spina* y umbo lignarios, es común en todo el Mediterráneo, e incluso debió ser el esquema más frecuente entre los pueblos galos, pero no es este patrón el que nos incumbe, sino otro en el que la composición del umbo y otros elementos contó con el concurso de refuerzos metálicos. La razón de nuestro interés por estas protecciones es doble: porque éste sí es un atributo cuyo origen es marcadamente La Tène; y porque, a diferencia del formato simple, sí deja evidencias en el registro material.

El empleo más o menos generalizado del escudo oval con umbo metálico por parte de romanos y púnicos implicaría, de haber existido, un contacto sostenido con los guerreros celtas que lo usarían sistemáticamente o, al menos, con cierta continuidad. Sin embargo, la documentación arqueológica es muda en cuanto a la utilización de umbo de los formatos más antiguos (tanto en modelos bivalvos como en monovalvos) hasta bien entrado el siglo II a.C.⁸²⁰ Para el caso romano e itálico en general, sin duda el abandono en la deposición de armas en contextos funerarios desde el siglo V a.C. (Lejars, 2006: 15) es el mayor responsable de estas incertidumbres. En el ámbito púnico, nuestra información no es mejor, pero sin embargo existe en ambos campos un repetido contacto con auxiliares y mercenarios galos de todas las épocas, que sin duda pudo contribuir al “contagio” de estos elementos aunque fuera de forma limitada. En dicho sentido, es bien conocida la costumbre púnica de combatir con grandes contingentes de mercenarios o semialiados reclutados en todo el Mediterráneo occidental (Quesada,

⁸¹⁹ *Vide supra*, III.E y IV.C.2.

⁸²⁰ *Vide supra*, IV.D.2. y IV.E.1 para el caso romano. Las mismas fechas para el ámbito púnico según Quesada, 2004: 76.

1994b: *passim*; 2005b: 134), y en especial allí donde existía una larga tradición militar de mercenariado profesional (Gómez de Caso, 2005: 86-87).

Por tanto, del carácter multiétnico de estos ejércitos (*Ibid.*: 101; González Wagner, 1994: 833-835), y su reiterado uso de tropas de *peltastas* (Quesada, 1994b: 212), se deriva la posibilidad tangible de que el umbo metálico (y el escudo oval), hubiera estado presente en los ejércitos púnicos de forma más o menos extendida, y que de ahí hubiera sido transportado hacia la Península Ibérica en sus distintas fases de contacto⁸²¹. Al mismo tiempo, dicho “contagio” pudo producirse también hacia Roma, de haberlos incorporado durante la Primera Guerra Púnica como una mejora al escudo de tradición itálica que ya usaban.

De todos modos, y como hemos advertido antes, no existe evidencia alguna que sustente estas ideas (*cf.* Quesada, 2004: 76), por lo que estas hipótesis no dejan de ser una posibilidad entre muchas otras.

Paralelamente, una vía de transmisión parecida pudo darse para el empleo de cotas de malla, otra de las innovaciones más exitosas de la panoplia celta⁸²², pero la inexistencia de evidencias arqueológicas en la Península Ibérica nos exime de profundizar en este aspecto.

Finalmente, para el caso de los cascos, el impacto realmente remarcable atañe a los ejemplares bronceos de tipo etrusco-itálico, que son derivaciones de los modelos celtoitálicos tan frecuentes en contextos boyos y senones de los siglos IV y III a.C. En este caso, la adopción de estos objetos por parte de Roma es obvia, y hay que relacionarla con su contacto con otras poblaciones itálicas (Burns, 2003: 73-74), mientras que su efecto en el ejército púnico puede responder a este mismo proceso, incluyendo en la ecuación la misma influencia romana.

⁸²¹ Nótese que no hablamos de la llegada de estos escudos por la vía de contacto del mercenariado ibérico que combatió en muchas ocasiones en los mismos ejércitos, sino que fueron los ejércitos púnicos u otras vías de contacto alternativo los que lo hicieron. En dicho sentido, nos manifestamos afines a las tesis de Quesada en cuanto a lo limitado del papel desempeñado por los mercenarios en su “retorno a casa” (Quesada, 1994b: 218-224).

⁸²² Rapin, 2008: 262; Bishop y Coulston, 1993: 63-64. Los primeros indicios arqueológicos de estas protecciones remontan a contextos de finales del siglo IV a.C. (Rapin 2008: 262 nota 31).

Posibilidades y compatibilidades

El efecto de la influencia del armamento La Tène en el litoral de la Península Ibérica fue muy dispar: del influjo continuado en el noreste desde un momento temprano, al contacto esporádico y limitado del sureste (en especial en los siglos que iniciarían la evolución de este armamento), o la llegada tardía y parcial a la región levantina. Cualquiera de estas opciones, implica una cierta apertura a la vía mediterránea, en ocasiones difícil de calibrar.

Hemos insistido con un cierto énfasis en nuestra convicción de que la mayor parte de la responsabilidad en la adopción y continuidad de estas armas en el cuadrante noreste peninsular, corresponde a la región languedociense occidental por su mayor proximidad, pero igualmente otras vías, como la ligur o la itálica, aunque fuera de forma circunstancial, tampoco son descartables. De momento, sin embargo, resulta complejo adivinar de qué lugar proceden los patrones de inspiración que supondrían la renovación de los esquemas según el modelo más clásico, sobre todo porque este modelo apenas difiere en sus representantes mediterráneos o del interior de Europa. Asimismo, nunca podríamos llegar a apreciar de dónde se tomaron los esquemas más precoces, porque estos se documentan de forma simultánea en el norte y el sur del continente. No obstante, a partir de ciertos rasgos perdurados y muy repetitivos en las conteras de las vainas⁸²³, se desprende una posible relación con la región champagniana, que de nuevo nos remite al Languedoc como nexo de conexión (*supra*).

Del mismo modo, algunos esquemas precozmente documentados en el sureste (y estamos pensando especialmente en los umbos bivalvos con aletas cortas), pudieron proceder de las mismas regiones, incluyendo el noreste, pero otras vías son asimismo plausibles, puesto que los mismos patrones pudieron estar en uso en la región ligur, donde ya hemos visto que el armamento La Tène es rápidamente adoptado. La vía itálica tampoco es descartable, porque aunque es algo más tardía en su asentamiento, éste corresponde a una época de transición en la que los esquemas de LT A todavía no han desaparecido del todo (Rapin, 2008: 240-246).

Por último, tampoco es ajeno a esta posibilidad el potencial papel de los púnicos como intermediarios, en especial teniendo en cuenta la fuerte presencia de la cultura púnica en

⁸²³ *Vide supra*, III.F.1.

el sur peninsular. Recordemos, por ejemplo, que el complejo entramado de transmisión piceno-italico-púnico es una de las vías de procedencia más probables para una de las armas más emblemáticas del sureste, también adoptada en el mismo momento: la falcata (Quesada, 1997: 159-161)⁸²⁴.

En este sentido, la propia simultaneidad de los tipos en regiones tan alejadas las unas de las otras, dificulta enormemente el hacernos una idea de la procedencia exacta de algunos patrones originales.

Por otra parte, la presencia de algunos cascos de LT A/B de claro origen transalpino en Cigarralejo y Galera, señalan, al mismo tiempo, la enorme complejidad de las líneas de relaciones entre el norte céltico y el sur mediterráneo. Es quizás sintomático que en toda la Península Ibérica no haya aparecido hasta el momento ningún casco de tipo celtoitalico hasta la llegada más o menos masiva de sus parientes tardíos de tipo Montefortino a través de sus vías comunes y, sobre todo, a partir del impulso originado por la presencia cartaginesa y romana (Quesada, 2004: 72-73).

Sin embargo, por lo que sabemos acerca de las producciones originales de las tribus célticas instaladas en la Península Itálica, éstas no llegaron a difundirse por el Mediterráneo como sí lo hicieron otros tipos de casco grecoitalicos en bronce, y apenas si se conocen algunos ejemplares en contextos alpinos representando los más alejados de su foco de producción (Feugère, 1994: 65).

A su vez, parece existir un comportamiento dispar entre los territorios itálicos y el sureste peninsular a partir del siglo IV a.C. Mientras que este siglo marca un periodo de auge en la dispersión de las espadas La Tène en Italia (Dore, 1995; Lejars, 2006: 10), en el litoral hispánico los signos son muy escasos y parciales; lo que es especialmente significativo en la región suroriental, que es una de las que, en esta fase, cuenta con mayor documentación de armas en contextos funerarios de todo el territorio peninsular. Con todo, hay ciertos indicios, como la vaina de la sep. 7 de Baza⁸²⁵ (que no tiene rasgos que delaten su producción en medios autóctonos), que apuntan a la importación de algunos ejemplares por la vía mediterránea.

⁸²⁴ Sin ir más lejos, algunas de las necrópolis picenas con mayor presencia de armas de tipo La Tène de claro influjo senón, contienen también ejemplares de *kopides* emparentadas con las falcatas del sureste, como por ejemplo en la sep. 90 de Camerano (Lollini, 1979: lám. XVI).

⁸²⁵ Inv. 1075. *Vide infra*, VIII.B.1.

Para el siglo III a.C., la mayor parte de las escasas armas La Tène del sureste vendrán nutridas por las vías de contacto internas con la Celtiberia (*infra*), pero sin duda la mayor repercusión a nivel global debió proceder del influjo secundario por parte de las tropas púnicas y romanas asentadas en el territorio. Cabe señalar, sin embargo, que las evidencias arqueológicas o iconográficas del empleo de umbos monovalvos u otro tipo de armas propiamente latenienses, son casi imperceptibles en este territorio durante los siglos II-I a.C., y en cambio la presencia masiva de otros formatos emparentados, como los escudos ovales lignarios o los cascos etrusco-itálicos, es incuestionable.

Este mismo comportamiento es también extensible a la región levantina, hasta el punto de que no podemos hablar de armas La Tène *strictu sensu*, y sólo en el siglo I a.C., se documentan algunos umbos metálicos de claro influjo romano, mientras que la iconografía demuestra el uso de escudos ovales desde finales del siglo III a.C. Los indicios, pues, apuntan a una influencia romana o, en todo caso, púnica, pero no lateniense.

De cualquier modo, el impulso cartaginés y, sobre todo, romano, a los patrones latenienses indirectos, repercutió igualmente en algunos formatos previamente adoptados en la Península Ibérica (caso del *gladius hispaniensis* y los umbos bivalvos meridionales), pero sólo afectó de forma muy leve a las panoplias más latenizadas de Hispania, que continuaron empleando sus propias versiones autóctonas plenamente compatibles hasta bien avanzada la tardorrepública. Así, en el noreste se documentan espadas, umbos y hasta lanzas de formatos locales con clara influencia La Tène durante todo el siglo II a.C., pero también se completaron las panoplias con algún ocasional *gladius hispaniensis* y cascos etrusco-itálicos, tal como evidencian los hallazgos en la necrópolis de Les Corts. No en vano, esta misma necrópolis está situada justo en el extrarradio de Ampurias, una de las ciudades aliadas más fieles a Roma desde el inicio de la Segunda Guerra Púnica.

VIII.A.3: Las vías internas

La última de las posibilidades de influjo que vamos a mencionar es la de las vías internas; o la influencia de unos focos productores de la propia Península Ibérica sobre otros “periféricos” a ellos. En sí, sólo conocemos dos grandes centros productores con una cierta continuidad estructural: el noreste y la Celtiberia, por lo que atenderemos exclusivamente a la dispersión de algunos de los elementos más característicos de estos territorios en otros lugares de la península distintos a ellos.

Lo primero que se hace evidente es que no existe una impregnación real de algún arma La Tène hispánica sobre territorio alguno, sino que la dispersión es esporádica y puntual; quizás con la excepción de la espada celtibérica desde el siglo III a.C.⁸²⁶

Si fijamos nuestra atención en el noreste, sabemos por una parte que sus armas latenienses tienen ciertos rasgos particulares susceptibles de ser identificados fuera de esta región. Sin embargo, como estos signos son a menudo muy leves y centrados en algunos elementos clave o en un conjunto de ellos que, combinados, nos indican su origen, a menudo es imposible determinar con exactitud si se trata o no de armas nororientales a causa de su estado de conservación incompleto. La proyección hacia el exterior de escudos ovales no tiene hasta ahora constancia arqueológica, así como tampoco las lanzas (cuyos esquemas apenas disienten a nivel táctico de cualquier otro de origen local) o los cascos (que consideramos importados), pero sí hay algunos signos leves en las espadas y sus vainas. Tales signos hay que buscarlos al norte y al sur, en ejemplos muy singulares como el de la sep. 178 de Ensérune o el de la vaina de la sep. 556 de Villaricos (1154). El contacto con el sureste tiene su propia reciprocidad al documentarse en la región catalana un puñado de falcatas (La Pedrera, Mianes, Cabrera de Mar, Puig de Sant Andreu) (Quesada, 1997: catálogo 837-847) que, por otra parte, aparecen igualmente en la necrópolis de Ensérune (*supra*).

La conexión con la Celtiberia parece en comparación menor, y sólo una pieza puede considerarse, con reservas, procedente del territorio catalán. Se trata de una de las espadas con vaina enteriza de Arcóbriga, perteneciente a una colección privada (1166), pero por desgracia la pérdida de la parte proximal de la vaina nos impide estar seguros

⁸²⁶ *Vide supra*, III.C.2.

de su procedencia, puesto que igualmente podría corresponder a una de las producciones más tempranas de la Celtiberia, a situar en la transición de LT A a LT B1.

Sea como fuere, lo que sí es indiscutible es que al llegada de armas celtibéricas (del tipo que sea) es completamente excepcional en el noreste. Apenas se conocen dos puñales bidiscoidales amortizados en un contexto ritual del Turó del Vent (Sanmartí-Grego, 1994; Rovira, 1998: 171-172) que, además, por su cronología, hay que poner en relación con los acontecimientos concernientes a la Segunda Guerra Púnica. Lo raro de esta presencia queda patente en el hecho de que los puñales, no ya los bidiscoidales sino de cualquier otro formato, están por completo ausentes en las panoplias de la Segunda Edad del Hierro del noreste⁸²⁷.

No obstante, en cuestión de propagación del armamento La Tène por el territorio peninsular, ningún otro territorio llegó a ejercer un papel más importante que la Celtiberia. Lo que ocurre es que, a excepción de la espada, el uso de armamento La Tène en la Meseta Oriental es muy limitado, de modo que hay que ceñirse en concreto a estas armas para intentar comprender su repercusión hacia el exterior.

Una de las cuestiones más inciertas respecto a las espadas latenienses hispánicas radica precisamente en discernir si algunas de las piezas halladas en el sureste peninsular y fechables tipológicamente hacia finales del siglo V a.C. y durante el siglo IV a.C. (Cigarralejo 54, Cabecico 20; Los Nietos 110), corresponden a tipos autóctonos o bien a importaciones de la Celtiberia o, en su defecto, del valle del Ebro. Por el momento, no nos parece posible decantarnos en uno u otro sentido, porque el proceso de modificación de la suspensión en las vainas pudo ser común (en paralelo), y las piezas, importaciones de otros lugares del Mediterráneo. Sin embargo, no deja de llamarnos la atención el hecho que las espadas La Tène son tan raras en el sureste como lo son las falcatas en la Meseta y el valle del Ebro⁸²⁸. Además, sí existen otros ejemplares de periodos más recientes, como la espada de la sep. 142 de Cabecico del Tesoro (1079), que corresponden sin lugar a dudas a talleres celtibéricos.

Es precisamente a partir del siglo III a.C. cuando se documenta la mayor dispersión de las espadas La Tène celtibéricas en el territorio peninsular. Los ejemplos alcanzan con

⁸²⁷ *Cfr. supra*, cap. VII.C.

⁸²⁸ *P.e.* Castejón (Faro, Cañada y Unzu, 2002-2003: 69-70), Carabias, (Lorrio, 1997: 169) o El Raso (Álvarez-Sanchís, 2003: 180), entre los ejemplares más antiguos.

especial fuerza a la región vettona, el suroeste, y las regiones ibéricas meridionales⁸²⁹, y el éxito de su proyección vendrá avalado por su absorción por parte de los ejércitos republicanos en lo que ellos mismos denominarían “*gladius hispaniensis*”.

Algunas reflexiones sobre las vías de influencia

De todo lo que hemos observado, inducimos algunos aspectos realmente relevantes sobre las vías de influencia del armamento La Tène.

En primer lugar, está la cuestión territorial: el armamento La Tène peninsular no es un armamento necesariamente inspirado mediante un contacto directo con las regiones pertenecientes a la “cuna original” de la cultura La Tène del centro de Europa, sino más bien de otros territorios periféricos respecto a ella. Incluso algunas regiones peninsulares, pueden ejercer de promotores de este armamento.

En segundo lugar, es importante destacar el hecho de las influencias múltiples. Un mismo territorio puede ser influido a la vez por varias regiones. Puede desarrollar su propio armamento de producción autóctona y recibir a su vez aportaciones de otros lugares. La apertura del litoral ibérico (y en especial el noreste y sureste peninsular) a varias regiones del mediterráneo occidental, y el complejo entramado de relaciones mantenidas en estas regiones con las grandes potencias militares occidentales, son garantes de la llegada de estas influencias por distintos flancos.

Por último, está la cuestión temporal: El origen y llegada de estas influencias, o incluso la manutención de contactos periódicos que explican la aplicación de innovaciones tipológicas y tecnológicas en distintas armas, no es necesariamente la misma a lo largo de los cinco siglos de existencia del armamento La Tène peninsular. El estancamiento de los influjos en la Celtiberia desde LT B2, o el impacto de las influencias “de reflujo” púnicas y romanas en relación con los grandes acontecimientos bélicos librados en territorio hispánico, son dos de los ejemplos más evidentes de la discontinuidad de estas vías de contacto.

⁸²⁹ *Vide supra*, III.C.2 y fig. 63, A.

VIII.B. FACTORES DE DIFUSIÓN DEL ARMAMENTO LA TÈNE. EL COMPONENTE SOCIAL Y SIMBÓLICO

VIII.B.1: Principales factores de difusión

La siguiente cuestión a plantear tiene que ver con los mecanismos mediante los que se propaga este armamento, independientemente de si llega a la Península Ibérica procedente de otras regiones o del efecto de su propia difusión interna.

Entre los posibles caminos, podemos citar algunos estructuralmente más complejos, como las migraciones, que comentaremos más tarde; u otros más simples y directos como pueden ser los intercambios de prestigio, o incluso determinados factores más activos como el mercenariado o la participación de tropas aliadas como auxiliares de otros ejércitos.

En un reciente trabajo, J.P. Demoule (2006: 23) distinguía hasta diez fórmulas distintas mediante las cuales se podía explicar la presencia de elementos de una cultura material ajena en un territorio receptor: 1) Colonización pacífica; 2) Migración puntual pacífica; 3) Colonización a la fuerza; 4) Colonización de enclaves puntuales; 5) Expediciones guerreras; 6) Intercambios comerciales; 7) Intercambios de bienes de prestigio entre las élites; 8) Intercambios matrimoniales entre las élites y a gran distancia; 9) Difusión técnica o tecnológica (*p.e.* artesanos itinerantes); y 10) Difusión de nuevas ideologías (*p.e.* religión).

Lógicamente, algunos de estos mecanismos son susceptibles de mayor repercusión que otros. Por ejemplo, ciertas vías como los intercambios de prestigio, pueden explicar presencias extrañas en ciertos contextos, y pueden ser útiles como explicaciones puntuales, como por ejemplo para interpretar la presencia de una vaina enteriza completa y sin espada en la sep. 7 de Baza (1075), pero difícilmente pueden servir para justificar la llegada masiva de armas o la impregnación de sus fórmulas en un territorio concreto.

En cambio, otros medios, como pueden ser los derivados del efecto de artesanos itinerantes que se presten a explotar sus servicios en territorio extranjero, pudieron tener

otro alcance. No se trata de dar aquí un papel protagonista a estos personajes, pero vale la pena reflexionar, sin descartar otras vías, acerca de la función que pudieron ejercer en la transmisión de nuevos patrones en zonas próximas a aquellas en las que el armamento La Tène es habitual; y especialmente en los estadios más primitivos de la llegada de estos esquemas. Estamos pensando, por ejemplo, en las etapas en las que las espadas La Tène eran poco conocidas y sólo excepcionalmente empleadas (sin llegar a ser verdaderas competidoras respecto a otros patrones tradicionales), y a vías de contacto como las del eje Aquitania-Ebro o, incluso, Celtiberia.

Lógicamente, no existen pruebas acerca de este tipo de contactos, pero en ocasiones se ha planteado este mismo proceso para etapas anteriores de esta misma región (Farnié y Quesada, 2005: 230) o incluso para explicar la difusión de algunos patrones artísticos en ciertas armas de la región ibérica meridional (*cf.* Quesada, Zamora y Requena, 2000). La cuestión da qué pensar también en relación a la difusión de patrones actualizados de ciertas armas, como pueden ser las vainas o los umbos del noreste, que periódicamente van ajustando sus esquemas a las tendencias generales más allá de los Pirineos.

No obstante, pese al posible efecto de estas vías, sin duda el factor dinamizador clave es la guerra en sus distintas manifestaciones.

Unas líneas atrás, cuando tratábamos el tema de la procedencia mediterránea de algunas armas, hemos referido tangencialmente al fenómeno del mercenariado. Sin duda, los siglos IV y III a.C. marcarían la fase más activa del mercenariado celta (Szabó, 1991: *passim*), tal como reflejan en un buen número de ocasiones las fuentes literarias. Sin embargo, somos más bien escépticos en cuanto al papel que estos mercenarios celtas pudieron ejercer de forma directa en la Península Ibérica; en primer lugar porque el rol de los pueblos hispánicos como mercenarios es lo suficientemente activo como para nutrirse con mercenarios autóctonos y resolver sus propios conflictos “de baja intensidad”, pero también porque dudamos del efecto “celtizador” de estos contingentes como vehículo principal en la difusión de su cultura material hacia zonas receptoras (Lenerz, 2000-2001: 347; *cf.* Quesada, 1994b: *passim*).

Aún así, nos parece aceptable el papel indirecto del mercenariado como propagador de su propio armamento a los ejércitos que los emplearon con una cierta continuidad, como los púnicos y los romanos. Estos mismos ejércitos lo derivarían posteriormente, ya

transformado, hacia otros lugares en los que desarrollarían sus actividades bélicas (*supra*), entre los que se contaría la Península Ibérica.

En este caso, estaríamos hablando de un proceso similar al que vendrían a desempeñar los auxiliares. De hecho, en el empleo endémico de cierto tipo de tropas mercenarias, que requeriría un reclutamiento muy organizado y una constante relación con sus centros de captación, se induce una clara analogía con el fenómeno del auxiliado, con el que a menudo se confunde. En sí, en ciertos casos se ha hablado de la existencia de migraciones negociadas y acuerdos de cooperación militar que implicarían el empleo masivo de mercenarios (Pernet, 2010: 171) cuya única diferencia con los auxiliares sería la de la recepción de una paga o soldada como retribución a sus servicios, dada su cualidad de profesionales.

Por otra parte, también hay que considerar el efecto que pudieron ejercer los propios auxiliares hispánicos en la captación de armas púnicas o romanas de influencia La Tène. Por lo general, las tropas auxiliares, que a menudo proceden de pactos de alianza más o menos forzados, prefieren explotar su propio armamento, que es el marcador de identidad del guerrero (*Ibid.*: 188), pero es cierto que a veces se aceptan algunas piezas puntuales de la panoplia más local y que, a la larga, las necesidades de homogeneización del armamento en estos ejércitos van intercediendo en la adopción o el rechazo de algunos patrones.

Por último, y en sintonía con lo anterior, podemos mencionar la captura de botines como motivo de la inclusión de algunas armas no habituales en panoplias autóctonas, pero en todo caso se trataría de ejemplos puntuales que no hacen sino subrayar el carácter dinamizador que representa la guerra como uno de los principales factores de difusión del armamento La Tène.

Tanto es así que en los últimos años se ha venido insistiendo en la relación de los grandes acontecimientos bélicos protagonizados por importantes contingentes de etnia celta, con la renovación estructural de los patrones armamentísticos latenenses; por ejemplo, enlazando con las migraciones hacia Italia en la transición de LT A a LT B1 y hacia oriente entre LT B2 y LT C1 (Rapin, 2008: 237 y 1995: *passim*). El carácter perfectamente homogéneo y casi universal de estas transformaciones, ha llevado a ciertos autores a considerar la posibilidad de que éstas se produjeran de forma premeditada y organizada con la intención de adaptarse a las jerarquías militares incipientes antes de su desplazamiento masivo (Rapin, 2004: 26 y 35).

Hasta el momento, no es posible observar fenómenos similares en la renovación de los patrones autóctonos peninsulares. El caso de la transformación de la panoplia celtibérica desde finales del s. IV e inicios del III a.C., parece responder más bien a un proceso de desarrollo urbano que sólo posteriormente cristalizaría en una expansión hacia regiones más meridionales⁸³⁰, aunque estos fenómenos son complejos y distan mucho de estar resueltos en la historiografía actual. Lo que sí es indiscutible es que la expansión de estas armas se vio beneficiada por el desarrollo de actividades bélicas de gran magnitud. La Segunda Guerra Púnica, las Guerras Lusitanas, las Celtibéricas o incluso las pequeñas razias y guerras de baja intensidad libradas en el territorio hispánico, contribuirían de forma definitiva a la difusión y continuidad de este armamento, puesto que a ello y no a otros menesteres se dedican estos objetos.

VIII.B.2: La cuestión de las migraciones

Volviendo a la propuesta de Demoule (*supra*), sin embargo, salta a la vista que la mayor parte de las vías de transmisión de la cultura material tienen que ver con movimientos de población que las acompañan, ya sean éstos pacíficos, por la fuerza, más o menos superficiales o duraderos, o más o menos organizados. Ello nos lleva de forma irremediable a preguntarnos sobre posibles aportaciones de población céltica de origen continental hacia la Península Ibérica, y sobre su presunto papel transmisor de la cultura La Tène. La cuestión es realmente espinosa, puesto que la movilidad de los celtas en grandes oleadas hacia regiones del mediterráneo es bien reconocida, pero sin embargo no cuenta con aval para su expansión hacia la Península Ibérica ni desde la información literaria ni desde la arqueología, que, como veremos, se muestra muy ambigua en estos términos. En contraste, los fenómenos colonizadores iniciados por cartagineses y romanos sí están bien atestiguados, y cuentan con una ingente documentación que las respalda.

Sobre las migraciones celtas

El llamado “modelo difusionista” de la cultura céltica de La Tène, constituye uno de los planteamientos tradicionalmente más influyentes en la historiografía moderna

⁸³⁰ *Vide supra*, VII.C.2.

(Demoule, 2006: 20), y ello, en buena parte, se debe al hecho de que las fuentes clásicas insistieron repetidamente en la llegada masiva de contingentes “bárbaros” con intenciones hostiles hacia Italia y Grecia, y en su posterior asentamiento en determinadas regiones que los autores clásicos consideraban peligrosas desde el punto de vista de la amenaza que suponían para sus propios intereses. Lo curioso del caso es que lo que estos autores consideraban “bárbaro” en el sentido despectivo del término, es lo que hoy se percibe, desde otro ángulo, como “civilizador”, en el sentido que expande los rasgos característicos de la cultura La Tène hacia otras regiones, enriqueciéndolas a su vez. En dicho sentido, se considera a la región noralpina como la gran gestadora de una cultura material que sería difundida hacia afuera a través de su población emigrada. En alguna ocasión incluso, se observaría un efecto “de retorno” a sus lugares de origen; con esta misma cultura material previamente enriquecida mediante aportes de origen mediterráneo (Rapin, 2004: 24-25). Esta fórmula, en sí, no tendría nada de novedosa, y vendría a repetir los mismos esquemas que en otros momentos se habrían desarrollado en el complejo cultural noralpino desde la primera mitad del II milenio a.C. y de forma sucesiva: cultura de los Túmulos del Bronce Medio, Cultura de los Campos de Urnas, cultura del Hallstatt y cultura de La Tène (Brun, 2006: 33). Todo ello ha venido a subrayar, por una parte, el carácter dinámico de estas culturas y, por otra, el carácter marcadamente migratorio o semi-nómada de estas sociedades. En parte, subyace en torno a esta problemática un cierto *topos* etnocentrista que incide en el supuesto trasfondo bárbaro de estos movimientos y que, curiosamente, se traduce en un signo de civilización cuando los actores son, por ejemplo, los griegos, y el escenario su expansión colonial por el Mediterráneo (Rapin, 2004: 21).

Sea como fuere, el peso incidentalmente atribuido por la historiografía contemporánea a los movimientos migratorios masivos, ha incidido, al menos hasta fechas recientes, en la percepción de ciertos fenómenos arqueológicos y, a la postre, en la propia percepción de la difusión de la cultura La Tène desde una región nuclear concreta (**fig. 229**). En cierto modo, buena parte de la responsabilidad en este proceso deriva de la cuestión de las migraciones célticas hacia la Península Itálica a inicios del siglo IV a.C. puesto que ésta obtiene respuesta arqueológica en el hallazgo de grandes cantidades de materiales de tradición La Tène; especialmente en aquellos lugares donde se instalaron contingentes de población celta.

Coincidiendo con estos acontecimientos históricos, la investigación arqueológica lograba hacerse eco de la evolución de la cultura material en las regiones que registraban una mayor precocidad en el desarrollo de la misma, y ataba cabos en cuanto a la participación de la región champagniana-marniana como foco original de una parte de la población migrada a Italia⁸³¹.

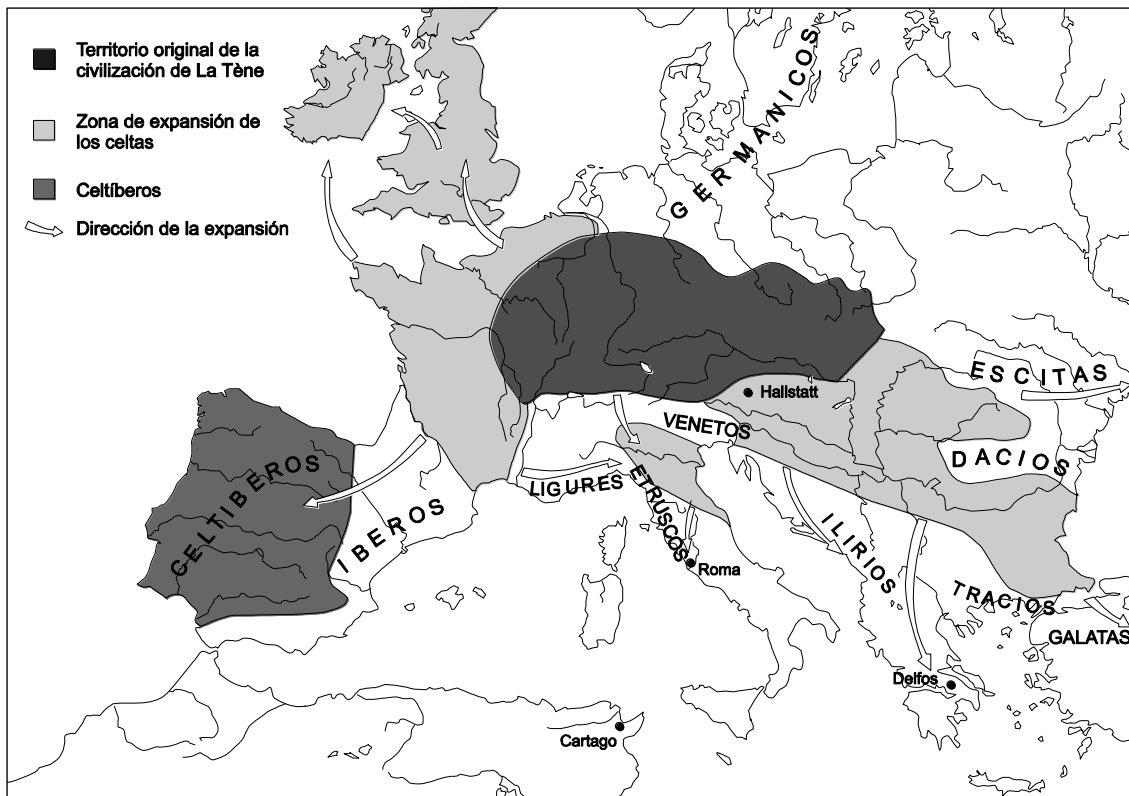


Fig. 229: Mapa de la expansión territorial de los celtas y la cultura de La Tène a partir de un territorio original en el centro de Europa. Versión a partir del original de Duval, 1977: fig. 449, según Rapin, 2004: fig. 2 (modificado).

Este efecto es especialmente patente en el terreno de la documentación funeraria, puesto que en esta región se percibe un espectacular retroceso en el número de tumbas halladas pertenecientes a la segunda mitad del periodo LT Ia (c. 400 a.C.) (Villes, 1995: 127), lo que podría estar indicando, según una opinión más o menos generalizada (Kruta, 1991: 195-196), la disminución de la población por efecto de su simple éxodo hacia Italia. Ciertamente, las fuentes arqueológicas tienden a subrayar no sólo estos vacíos

⁸³¹ P.e. los senones, que supuestamente proceden de la actual Francia, y en concreto de las regiones vecinas al río Sena (cfr. Rapin, 2004: 24).

funerarios⁸³², sino también cierta tendencia a la reorientación de las costumbres funerarias, que se hará patente a lo largo de la segunda mitad del siglo IV a.C. en la forma de necrópolis familiares o de grupos de pequeño tamaño.

En la actualidad, la hipótesis demográfica está perdiendo fuelle, y ha generado un cierto escepticismo (Villes, 1995; Rapin, 2004: 28; Demoule, 2006: 26), sobre todo con motivo de los cambios en los ritos funerarios y sus supuestos vacíos. De este modo, por ejemplo, se han propuesto interesantes alternativas que procuran comparar la documentación funeraria con la de poblado, donde tales cambios son inapreciables (Villes, 1995: *passim*).

En cualquier caso, si bien existen dudas acerca de las causas que condujeron a la migración (presión demográfica, mitigar las desigualdades sociales...), apenas las hay en cuanto a la de la existencia de una verdadera migración de una parte de la población hacia Italia.

De forma semejante, un proceso parecido también fue vivido en la región de Bohemia (*Ibid.*: 127), de donde parece claro que procedieron los boyos; otra de las etnias que alcanzó la Península Itálica en la misma oleada.

Al margen de algunas modificaciones en relación a la reorientación de las costumbres funerarias en Bohemia (Kruta, 1995: 195-196), se aprecia entre los boyos itálicos un uso prioritario del rito de la cremación, que era el habitual en sus regiones de origen con anterioridad al siglo IV a.C.

La lectura arqueológica de estos procesos, que se repetirían en la siguiente gran migración hacia oriente ya en la segunda mitad del siglo III a.C. (Szabó, 1991b y 1995: *passim*), viene a seguir una secuencia lógica según la cual las tumbas más antiguas del territorio receptor determinan la llegada de los celtas, mientras que las más modernas del territorio emisor suponen su partida. Sin embargo, tal proceso lógico entraña ciertas dificultades siempre que quiera aplicarse a otras regiones que, a diferencia de las anteriores, no cuentan con el refrendo de los textos clásicos. Ése es precisamente el caso de la Península Ibérica⁸³³.

⁸³² En última instancia: Charpy, 2009; aunque aceptando cierta continuidad para algunas zonas de esta región.

⁸³³ La información literaria para los movimientos celtas hacia la Península Ibérica es muy escasa y comparativamente tardía (Marco Simón, 2004: 80) y no tiene repercusión en el registro arqueológico. Así, por ejemplo, César (*BC*, 1, 51) nos advierte de la llegada de 6.000 galos a *Ilerda* en 49 a.C. con sus hijos y sus esclavos, sin que aparentemente hayan dejado huella de ello.

Acerca de las migraciones célticas en la Península Ibérica

El precoz modelo difusionista de la cultura La Tène (y de otras anteriores a esta) hacia territorios periféricos, acabaría afectando también a la investigación historiográfica hispánica con cierta inmediatez. Ya en su estudio del armamento ibérico, Sandars (1913: 3-4) hablaba de una primera invasión de los celtas o “galos” (*sic.*) en el siglo VI a.C., y otra, posterior (*c.* primera mitad del siglo III a.C.), que afectaría en primera instancia a la región litoral del noreste y dejaría “*huellas indiscutibles en las armas encontradas en la necrópolis de Cabrera de Mataró*” (*Ibid.*).

En 1914, Schulten (1914: 98-99) refería a un eventual control de la región meseteña por parte de los celtas; opinión que sería tomada en consideración por parte de Bosch Gimpera, procurando dotar de base arqueológica las hipótesis argumentadas en base a la información literaria y lingüística. La segunda de las oleadas que proponía Bosch es la que nos interesa⁸³⁴, porque, según este autor, se realizaría en distintas fases entre 650 y 570 a.C., procediendo los aportes de población de las regiones del Bajo y Medio Rin. Ello significa que la cultura que llegaba era realmente hallstática, pero mantendría nexos de comunicación con las regiones célticas de allende de los Pirineos vía intercambios comerciales que justificarían la llegada de objetos propios de la cultura La Tène⁸³⁵.

Con posterioridad a estos trabajos, la historiografía germánica centraría su atención en la presencia de elementos propios de la cultura La Tène en Hispania (Sangmeister, 1960; Schüle, 1969; Lenerz de Wilde, 1986 y 1991; Stary, 1982 y 1994) como justificación de que los celtas hispanos eran celtas con una cultura material de tipo La Tène.

El peso del aporte demográfico inicialmente considerado como catalizador de los contactos con el mundo La Tène continental, iría matizándose cada vez más como efecto de las teorías de Almagro-Gorbea sobre el proceso de celtización acumulativa en la Celtiberia a partir de un sustrato proto-céltico original⁸³⁶; hipótesis que asienta sus bases en la propia réplica de la historiografía extra-peninsular a las teorías difusionistas

⁸³⁴ La primera refiere a los Campos de Urnas, que fecharía en torno al 900 a.C. (Bosch, 1944: 123-124; Lorrio y Ruiz, 2005: 172).

⁸³⁵ De ahí que llamara a las culturas de la Meseta Norte y Ebro Medio: “Post-hallstáticas” en vez de “latenienses”.

⁸³⁶ En última instancia, véase Lorrio y Ruiz, 2005: 174-176, resumiendo lo esencial de estos trabajos.

dominantes en la primera mitad del siglo XX a.C. (Demoule, 2005: 21; Collis, 2006: 108).

El propio Almagro-Gorbea hablaría extensamente sobre la existencia no excluyente de movimientos étnicos a pequeña escala, que, sin embargo, no explicarían la gran complejidad de la realidad de la Península Ibérica y, sobre todo, tendrían mayoritariamente un efecto nulo en la arqueología (Almagro-Gorbea, 1995). Como parte integrante de estos movimientos, Almagro-Gorbea subraya la importancia de los desplazamientos internos, como los de los celtíberos hacia el suroeste peninsular, que sí cuentan con datos literarios, lingüísticos y arqueológicos que la avalan.

En sintonía con esta nueva corriente, tendría lugar la ruptura del viejo paradigma de las migraciones masivas y de la relación, aparentemente estanca hasta entonces, entre migración e invasión.

Muy recientemente, otros trabajos han llamado la atención sobre las dificultades de documentar la presencia de poblaciones inmigradas sin el concurso de las fuentes literarias clásicas. Por ejemplo, y en relación con el noreste peninsular (que es el territorio más rico en objetos de la cultura material La Tène pese a que sus habitantes fueran ibero-parlantes), Moret (2005: 147-149) plantearía de nuevo la cuestión de las incertidumbres en la asociación de cultura material con una etnia de procedencia determinada. En el mismo sentido, J. Sanmartí (1994: 348) cuestionaría de forma concisa esta relación artificial entre cultura material y etnia, y se mostraría escéptico en cuanto a la presencia de poblaciones galas migradas al noreste, argumentando que la mezcla de esta cultura material con la autóctona es evidente y puede explicarse también por otras vías (Sanmartí, 2005: 155).

Paralelamente, otros estudios (Marco Simón, 2004) han retomado la vía lingüística y literaria, aunque integrando también el discurso más actual, y concluyen con la instalación de grupos de origen galo en el Ebro Medio desde mediados del siglo III a.C. Como bien sabemos a partir de nuestro propio trabajo, no hay en la región ni en otras limítrofes una clara reacción de su cultura material o sus costumbres funerarias que corroboren con datos arqueológicos esta información, con lo que, una vez más, hemos de poner en duda la conexión entre población migrada y cultura material.

En tal sentido, trabajos también actuales como el de M. Lenerz de Wilde (2000-2001) siguen insistiendo en afirmar la presencia gala en la Celtiberia a partir de la evidencia material de objetos significativos como las armas o los elementos ornamentales, aunque

matizan ya que se trataría de pequeños grupos que acabarían formando una nueva élite en el substrato local.

Nuestra opinión al respecto difiere de algunas de sus apreciaciones, sobre todo porque disintimos radicalmente de la idea de que hablar de la cultura La Tène signifique una relación *sine qua non* con lo celta; y porque creemos que el componente autóctono en los atributos de estos objetos es realmente relevante, y puede explicarse mediante la sencilla adaptación de los patrones ajenos por otros medios. De este modo, no compartimos opiniones como las de esta autora sobre objetos como las fibulas⁸³⁷ o los muy escasos broches de cinturón de tipo La Tène documentados en la Meseta⁸³⁸, amén de las espadas, que ya hemos visto anteriormente que corresponden a interpretaciones autóctonas.

En el mismo sentido, otros trabajos también han hecho hincapié en la posible presencia de galos en el noreste argumentando a partir de las armas localizadas en las sepulturas de Les Corts, el lote de espadas de la Neapolis de Ampurias y los conjuntos de Cabrera de Mar (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 413-414; Almagro-Gorbea, 2003: 152-

⁸³⁷ “*Se me hace difícil creer que objetos irrelevantes como las fibulas encontrarán su camino a la Península en forma de mercancías de comercio o regalos*” (Lenerz, 2000-2001: 346). De hecho, y al contrario, las propias características autóctonas de estas fibulas, que además son objetos fáciles de fabricar y copiar, hacen innecesaria su adquisición desde fuera.

⁸³⁸ Se trata de dos hebillas de cinturón en concreto, supuestamente emparentadas con las producciones latenienses europeas (Lenerz, 1991: 182 y 2000-2001: 329-335; Lorrio, 1997: 221) y de composición idéntica entre sí. La primera de ellas procede de la necrópolis de La Osera, y la segunda presuntamente de la sep. 13 de Osma.

El primero de los interrogantes al respecto procede precisamente de su contexto, porque, extrañamente, las fotos más antiguas de esta tumba, en su día publicadas por Bosch Gimpera (Bosch, 1926: fig. 313) no incluyen tal hebilla, que en cambio sí aparecen en un montaje de foto y dibujo publicado por Lenerz (2000-2001: fig. 16). En principio, existiría un cierto problema de incompatibilidad cronológica en este ajuar, puesto que la hebilla correspondería a los tipos tempranos de La Tène, encuadrables en el periodo de LT A y habitualmente atribuibles a fechas no posteriores a inicios del siglo IV a.C. (Leconte, 1993: 71). No obstante, podríamos aceptar una larga perduración teniendo en cuenta lo que ocurre en otros territorios periféricos como Ensérune, donde pueden alcanzar los primeros años del s. III a.C. (Leconte, 1995: 19).

El segundo problema que a nuestro juicio resulta definitivo en cuanto al carácter autóctono, más celtibérico que lateniense, de estas hebillas, refiere a su composición morfológica:

- 1) El garfio de las hebillas se sitúa en la base (Lorrio, 1997: 221) y no en el extremo; algo que resulta del todo insólito en las hebillas de tradición La Tène. Para un galo, por ejemplo, la hebilla estaría orientada al revés.
- 2) Las sujeciones (remaches) de la hebilla se colocan en la placa y no en la base. Esta fórmula sin duda remite a las de las hebillas celtibéricas, que no tienen base y se sujetan de este modo.
- 3) La pieza de Osma se combina con una pieza hembra de tipo ibérico que es mucho más ancha. En ningún caso las hebillas latenienses incluyen pieza hembra.

En definitiva, pensamos que difícilmente estas hebillas pueden ser exhibidas como ejemplos de la “latenización” de la Celtiberia. En todo caso, estarían mostrando la “celtiberización” de cualquier esquema ajeno y, quizás incluso, la coincidencia formal de dos patrones lejanamente emparentados.

153⁸³⁹). Como bien sabemos, ninguna de estas armas tiene características que remitan a las producciones galas y sí en cambio a una larga tradición autóctona, por lo que difícilmente podrían corresponder a individuos de etnia gala y actuar como elementos identificadores de esta sociedad.

Si bien es cierto que pudieron existir aportes de población que estimularan este tipo de cambios hacia fórmulas adaptadas al gusto local, el solo hecho de que existan objetos de influencia La Tène más fieles a la tradición continental no basta para inducir esta presencia, de igual forma que sus modificaciones autónomas tampoco bastan para inducir la fusión de estos contingentes inmigrados con la población local.

En consecuencia, creemos que la tradicional explicación de las migraciones como factor portador o dinamizador de la cultura La Tène debe tomarse con mucha cautela y, en cualquier caso, estamos convencidos de que no es posible apreciar signos de movimientos de población mediante el único concurso de la arqueología, aunque igualmente no es posible descartarlos. Modelos como los que propone Lenerz para la Celtiberia, en los que la población inmigrada se mezcla con la local y termina por configurar una cultura material distinta, no pueden ni deben ser abandonados, pero, sea como fuere, no es posible demostrarlos sobre premisas arqueológicas. Sólo en lugares en los que la documentación literaria insiste una y otra vez en la llegada de población de origen celta es válido este patrón (*cfr.* Rapin, 2004: 34). Sin ir más lejos, los mismos celtas cisalpinos se mezclaron hasta tal punto con la población local que, sin el concurso de los textos clásicos, resultaría imposible afirmar si se trata de celtas adaptados al substrato itálico o de itálicos adaptados a la influencia céltica.

VIII.B.3: Factores de difusión complejos

Buena parte de los problemas anteriormente citados en relación a los factores de difusión que tienen que ver con los movimientos de población a mayor o menor escala, proceden en realidad de la priorización de estos factores demográficos, que tienden a privilegiar el desplazamiento de pueblos sobre el desplazamiento de ideas (Rapin, 2004: 23).

⁸³⁹ Lo curioso es que tales propuestas procedan de los mismos autores que han descartado vías similares para la Celtiberia sobre las mismas bases arqueológicas (*supra*).

Si retomamos por última vez la lista de Demoule (*supra*), nos quedan dos cuestiones por resolver, que refieren, por una parte, al comercio y, por otra, a la difusión de nuevas ideologías.

Poco cabe añadir hoy en día al factor comercial, que es sin duda una de las claves del contacto continuado entre dos regiones más o menos alejadas o accesibles. Naturalmente, el efecto de los circuitos comerciales es uno de los factores dinamizadores más sólidos como explicación a la llegada de influencias novedosas a la Península Ibérica; y debió serlo especialmente en el Mediterráneo, donde la llegada y salida de bienes de cualquier tipo era una constante.

En general, las poblaciones locales tienden a manifestarse conservadoras en sus costumbres o incluso en su empleo de una cultura material propia con la que puedan identificarse. No obstante, la apertura de vías comerciales es un signo de contacto continuado que sin duda facilita los lazos de relación que acaban repercutiendo o, como mínimo, posibilitando, la penetración de ideologías que a su vez acercan culturalmente a ambas poblaciones entre sí. Prueba de ello son los evidentes lazos de relación de los pueblos peninsulares con las culturas fenicio-púnicas, griegas e itálicas, que acabarían condicionando las particularidades del complejo mosaico cultural hispánico.

El fenómeno al que nos referimos es el que entendemos conceptualmente como **aculturación**.

De forma similar a las migraciones, la aculturación también puede ser libre (a partir de relaciones amistosas), forzada (en beneficio de un solo grupo) o bien planificada (Bats, 2006: 31). Muchas de las relaciones que los pueblos hispánicos pudieron tener con los pueblos de origen celta que ostentarían lo que llamamos la cultura de La Tène, debieron ser neutrales, dado que no tenemos noticia de un eventual control de los galos de ninguna de las regiones peninsulares. En cualquier caso, la aculturación permite la adopción de algunos objetos sin necesidad de adoptar la cultura a la que corresponde dicho objeto. De este modo, ningún objeto se concibe como perteneciente a una cultura concreta, sino que se extiende hacia distintas unidades políticas y territoriales. Sin embargo, en lo que atañe a la cultura de La Tène, existe igualmente el riesgo de reducir la aculturación a una búsqueda de rasgos culturales que evidencien signos de celtización, y recaer en el viejo problema de la asociación de lo que es La Tène con lo que es celta (*Ibid.*: 38). Procurando salvar las distancias con este tipo de problemas, nos parece sin embargo importante indagar acerca de las cuestiones

ideológicas que actuaron como nexos de unión entre las sociedades hispánicas y las comúnmente asociadas a la cultura La Tène al norte de los Pirineos:

Sin duda una de las manifestaciones más significativas de este tipo de influjos ideológicos corresponde a la afinidad de los cultos relacionados con la exhibición de cráneos humanos y armas del noreste peninsular con respecto a los patrones galos en los que se documenta el mismo tipo de comportamientos. Pero veamos antes hasta qué punto otros signos de índole simbólica como pueden ser los ritos funerarios tienen o no afinidades con el comportamiento lateniense más típico:

El tratamiento de los despojos humanos y, en última instancia, de algunos objetos asociados ideológicamente a estos como son las armas, es uno de los pilares más importantes de la ideología de la mayor parte de las sociedades protohistóricas europeas. Existen muchas formas de manifestar estas creencias, por ejemplo mediante la simple inhumación de un cuerpo, su incineración, su putrefacción a la intemperie o incluso su desecación con fines de su conservación duradera (Delattre y Segurier, 2007: 610-611). De igual forma, los propios ritos funerarios también suponen un tratamiento distinto en cuanto a la presencia o ausencia de armas, la inutilización o no de las mismas, o la presencia de algunas y la ausencia de otras dependiendo de su representatividad simbólica. En el mundo La Tène, como en el hispánico en general, la espada suele ostentar el papel preponderante. Sin embargo, existen discrepancias importantes en el tipo de ritos funerarios empleados, que explotan casi exclusivamente la incineración en el ámbito hispánico⁸⁴⁰, pero son preferentemente de inhumación en el ámbito céltico occidental; al menos en sus fases más antiguas. La existencia de pliegues y otros signos de inutilización, que es algo muy observado en los santuarios galos, no suele tener traducción en el ámbito funerario si no es en las tumbas de incineración, lo que en un principio sugiere una relación directa con el espacio funerario disponible, independientemente de si, de forma complementaria, responden a creencias de índole religiosa (Rapin, 1993: 295).

En cualquier caso, los ritos funerarios suelen manifestar comportamientos autónomos, y es demasiado complicado valorar los cambios sufridos en este terreno a lo largo de la Segunda Edad del Hierro hispánica. Así, los vacíos funerarios no reflejan, obviamente,

⁸⁴⁰ La única noticia de la posible existencia de sepulturas de inhumación presuntamente correspondientes a la Segunda Edad del Hierro procede del inédito de Cabré (1917: 96-98), que cita hallazgos de este tipo en Montuenga y Pedregal, aunque lo cierto es que las dataciones se ofrecen sin argumentación alguna, lo que nos hace sospechar de su arbitrariedad.

la ausencia de población (Rapin, 2004: 21), que puede estar bien documentada en los hábitats, y ni siquiera la ausencia de élites, que pueden contar igualmente con sus propios espacios de prestigio en los poblados. ¿Hasta qué punto podemos valorar, pues, los indicios arqueológicos en las distintas respuestas generadas en un mismo territorio a lo largo de los siglos? ¿Existe una base ideológica que incite a este tipo de cambios? Ciertamente, se trata de una cuestión espinosa y difícil de valorar sin el concurso de referencias literarias que nos ayuden a comprender este tipo de actitudes.

Una cuestión interesante a ponderar es el de las diferencias en los comportamientos rituales que tienen que ver con la presencia o no de santuarios y necrópolis en el ámbito galo. Se ha planteado en alguna ocasión lo curioso del hecho de que la mayoría de los grandes santuarios se documenten en momentos en los que los hallazgos en necrópolis con armas son muy raros (*Ibid.*: 27), y que los lugares donde las necrópolis son más abundantes apenas cuentan con santuarios. En dicho sentido, resulta chocante el comportamiento diametralmente opuesto de regiones como la Picardie, donde las necrópolis con armas son casi inexistentes pero los santuarios andan repletos de ellas; y otras como la Champagne, donde ocurre justo lo contrario (Rapin, 2003: 297).

De distinta forma y a distinta escala, en el noreste peninsular se observa un importante vacío en la documentación de armas en contextos funerarios en comparación con las que proceden de contextos rituales en poblado (aunque no necesariamente en santuarios). Ello no significa que las costumbres rituales que tienen que ver con la exposición de armas sustituya a nivel simbólico a las que pudo tener un guerrero en su tumba, pero quizás pueda haber una relación en la decantación del contenido simbólico de los mismos valores que el guerrero pretende mostrar de uno u otro modo. El caso no deja de recordarnos, por ejemplo, al del ámbito griego de los periodos arcaico y clásico, donde las armas se exhiben en los santuarios pero no se amortizan en las tumbas (Gabaldón, 2004: 161-162).

No obstante, es bien cierto que para el caso del noreste, nos falta todavía mucha información en cuanto a los ritos de exhibición de armas fuera del litoral y en el registro funerario en general, independientemente de la presencia o no de armas en las tumbas.

Pero centremos ahora nuestra atención en la cuestión de la exhibición de algunas partes del cuerpo humano (en especial la cabeza) y de armas en ciertos lugares del ámbito doméstico de los poblados del noreste peninsular. Como sabemos, este tipo de prácticas, que se repiten a gran escala en lugares públicos como los santuarios, suele ponerse en

relación con los pueblos galos, y cuentan con una amplia documentación literaria, iconográfica y arqueológica que las respalda.

La captura de cabezas con fines propagandísticos de prestigio tiene una antigua tradición, además de un importante arraigo ideológico en el imaginario celta. Las primeras menciones literarias de esta práctica se remontan a las incursiones célticas hacia Italia hacia el año 390 a.C. (Daubigney, 2003: 338), pero proyectan su mejor imagen en los pasajes de Posidonio que recoge Diodoro (V. 29. 4-5)⁸⁴¹: “*Cortan las cabezas de los enemigos caídos y las cuelgan de los cuellos de sus caballos; confían a sus siervos las armas ensangrentadas de sus adversarios y las llevan como botín, entonando un peán y cantando un himno de victoria; y clavan estos trofeos en sus casas, como hacen quienes han abatido una fiera en algunas cacerías. Embalsaman con aceite de cedro las cabezas de los enemigos más ilustres y las guardan cuidadosamente en urnas; las muestran a los extranjeros vanagloriándose de que por aquella cabeza alguno de sus antepasados o su padre o incluso él mismo no quisieron aceptar el ofrecimiento de una gran suma de dinero*”. Como bien han apreciado algunos autores, la captura de cabezas no es un rito de origen céltico, sino que hunde sus raíces en la lejana prehistoria y es compartida con otros muchos pueblos de la antigüedad. Pero es en la sociedad céltica donde el concepto alcanza cotas ideológicas más altas, que convierten lo que en inicio es una acción destinada a causar un efecto psicológico adverso al enemigo, en un auténtico rito religioso (Brunaux, 2004: 110).

La evidencia arqueológica de cráneos humanos en santuarios y poblados ha generado en alguna ocasión algunas dificultades en cuanto al discernimiento, ciertamente ambiguo, de si dichos restos corresponden a antepasados cuya memoria o cuyos atributos mágicos o simbólicos se pretende preservar (ancestros heroizados), o bien a enemigos derrotados en el campo de batalla (en cuyo caso deberíamos hablar de *spolia hostium*) (Rovira, 1999: 26-27; Arcelin, Dedet y Schwaller, 1992: 219; Belarte y Sanmartí, 1997: 26-27; Gracia, 2003: 58; Ropiot y Mazière, 2007: 740). Sin embargo, el pasaje de Diodoro es inequívoco, y tan sólo refiere a enemigos, e incluso insinúa la existencia de una suerte de comercio de bienes de prestigio que afectaba a las capturas más importantes. Por otra parte, se ha discutido también en ocasiones si los restos humanos aparecidos en los santuarios corresponden mayoritariamente a este tipo de prácticas de

⁸⁴¹ Igualmente en: Estrabón, IV. 4. 5. Otros datos en el mismo sentido en: Livio, X, 26, 11 y XXIII, 24, 11.

captura de despojos del enemigo, o bien a restos de sacrificios humanos (Jud, 2007: 397). En realidad, la captura de cabezas tiene unas importantes atribuciones sacrificiales en las que el individuo vencedor se imbuye del poder divino para “sacrificar” al vencido y dejar sus restos a la intemperie (para ser consumidos por los dioses), mientras que a su vez toma posesión de un trofeo personal de gran valor simbólico-mágico (Brunaux, 2000c: *passim*). Desde esta perspectiva, conceptualmente no está tan lejos una interpretación de la otra, aunque por supuesto existen importantes divergencias de práctica o incluso de intencionalidad ritual.

Volviendo al caso del noreste peninsular, existe en la actualidad un importantísimo repertorio de evidencias arqueológicas sobre este tipo de ritos (Vilà, 1980; Sanmartí, 1994: 344-346; Martín, Mataró y Caravaca, 1997: 47, 63-64 y fig. 5; Agustí, 1997 y 2002: 561-563; Rovira, 1998: 173-176; Casas *et alii*, 2004: 118; García Jiménez, 2006: 82-91). Aunque en los contextos célticos más típicos es común que estas prácticas se desarrollen tanto en el ámbito público como en el privado (Delattre, 2007: *passim*), en la región nororiental de la Península aparece siempre relacionado con las estructuras de hábitat privadas, aunque comúnmente en residencias complejas correspondientes a individuos de un cierto rango social⁸⁴², y situadas siempre en torno a lugares como pórticos, pilares o patios, donde se supone eran expuestas para ser bien visibles. Nos parece importante subrayar aquí la presencia de cráneos y armas (en especial espadas) formando parte de los mismos conjuntos, así como de largas perduraciones tales como las que serían atribuibles a enemigos, en palabras del propio Diodoro: “ilustres”. Lo cierto es que la documentación arqueológica es tan explícita en dicho sentido que puede dar la impresión de que Posidonio está narrando sus experiencias en el territorio litoral del noreste en vez de en el extrarradio de Marsella.

Precisamente, es importante destacar la relación de este tipo de ritos con otros lugares tales como la propia Liguria o el Languedoc, donde el culto al cráneo es bien conocido gracias a hallazgos como los de Glanum, Roquepertuse, Saint-Blaise, Entremont, La Cloche o Pech Maho (Arcelin, Dedet y Schwaller, 1992: 214-221). En muchos de estos lugares, los cráneos aparecen relacionados con recintos monumentales complejos en los que se incluyen estatuas sedentes de corte heroizante. Algunas de estas estatuas, por

⁸⁴² Nótese que el anteriormente citado pasaje de Diodoro alude al empleo del caballo y siervos, y a que la captura se produciría (al menos a juzgar por el orden en la narración del autor) con posterioridad a un combate singular. Todos estos atributos estarían, en principio, reservados a las élites o como mínimo a ciudadanos de un cierto rango económico-social.

ejemplo, comprenden entre sus atributos amplios repertorios de cabezas esculpidas colocadas a modo de trofeo, como por ejemplo en uno de los guerreros de Entremont (Salviat, 1987: 199-208; Brunaux, 2004: fig. 48; García Jiménez, 2006: fig. 18).

En contraposición, la combinación de estos trofeos humanos con la evidencias de la destrucción voluntaria de armas es muy rara en el litoral francés, lo que en efecto contrasta con los datos disponibles en Cataluña. De hecho, con la excepción de algún contexto impreciso en Cayla (Mailhac), donde se citan asociaciones de cráneos y espadas (Ropiot y Mazière, 2007: 740), sólo muy recientemente han sido documentados buenos conjuntos en los que se registran armas inutilizadas y cráneos. Se trata en concreto de los hallazgos de un depósito situado en la periferia del poblado de Cailar (Gard), correspondientes al siglo III a C., entre los que se ha documentado una serie de hasta 21 sujetos adultos con signos de exposición a la intemperie (Roure, 2007: *passim*).

En el apartado cronológico, se plantean ciertas dudas en cuanto a las primeras evidencias arqueológicas a raíz de los problemas de datación de algunos contextos, puesto que en su mayoría aparecen dispersos. Algunos autores (Arcelin, Dedet y Schwaller, 1992: 214) atribuyen los primeros restos a fechas de mediados del siglo III a.C., mientras que otros (Ropiot y Mazière, 2007: 739-740) los remontan hasta el siglo VI a.C. para algunos hallazgos en Carcassone, e incluso s. V a.C. para algunas piezas enclavadas de l'Illa d'en Reixach, en Ullastret (*Ibid.*). De todos modos, y con independencia de lo temprano de estos datos, la mayor parte de los restos arqueológicos del noreste peninsular corresponden al siglo III a.C. El dato es importante, porque parece coincidir con un periodo de auge de la ideología guerrera entre los celtas y una fase de esplendor del fenómeno del druidismo entendido como expresión filosófico-religiosa (Brunaux, 2006)⁸⁴³.

Sea como fuere, y al margen de estas cuestiones, parece traslucir un comportamiento autónomo entre las regiones provenzal-languedociense y la del noreste peninsular, con un componente monumental o público de mayor envergadura en el primer caso y un papel más relevante de las armas en el segundo; salvando las distancias. En el ámbito

⁸⁴³ El reciente trabajo de J.-L. Brunaux acerca de los druidas (Brunaux, 2006) ha dado un importante vuelco al concepto de estos (mal) conocidos personajes de la sociedad gala a base de despojarse de preconceptos propio del imaginario colectivo y contrastarlos con la realidad histórica remontándose a los primeros textos literarios que los citan y avanzando en orden cronológico. El resultado de este fundamental estudio paleo-antropológico muestra a los druidas como personajes más cercanos a los filósofos pitagóricos que a los sacerdotes, con los que a menudo se les ha confundido.

del noreste peninsular, por ejemplo, los signos de imágenes iconográficas relacionadas con las decapitaciones son escasos y dispersos, y sin duda no alcanzan el nivel artístico de los ejemplares provenzales⁸⁴⁴. Sin embargo, ya se trate de estatuas o grupos escultóricos, de santuarios o simples exhibiciones en casas aristocráticas, la finalidad de los restos es evidentemente la misma, y tiene que ver con la propaganda de prestigio de los guerreros que ostentaban estos trofeos. El empleo de este tipo de propaganda permitiría a los aristócratas del noreste exhibir su poder bélico-político en un ámbito privado en el que las relaciones personales de tipo clientelar podían suponer una importantísima diferencia a nivel social; en especial si se pretendía competir con otras facciones familiares o gentilicias que ostentaban un poder comparable.

Estos signos de comportamiento ritual o ideológico tan habituales en los poblados del litoral nororiental, apenas son perceptibles en otros lugares de la Península Ibérica (*cfr.* López Monteagudo, 1987). La inutilización voluntaria de armas en contextos de hábitat nos es desconocida fuera del ámbito catalán, mientras que sólo se conocen cráneos aislados empleados como trofeos en una habitación de Numancia (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 438; Almagro-Gorbea, 2003: 155). No obstante, el motivo iconográfico de las cabezas cortadas es bastante frecuente en el ámbito celtibérico, como bien nos muestran los repetitivos esquemas iconográficos de las fíbulas de caballito o los *signa equitum* (Almagro-Gorbea, 1998: 103 y 105-106), que no dejan de recordarnos al referido pasaje de Diodoro sobre la captura de cabezas y la acción de colgarlas de los cuellos de los caballos (*supra*). Aunque el efecto no parece tan profundo como el del noreste, está claro que el referente ideológico es el mismo.

La cuestión de los trofeos con cabezas cortadas y armas es, pues, un claro indicio de la aculturación del noreste peninsular y, en menor medida, la Celtiberia. La llegada de este tipo de influjos a regiones culturales ajenas al ámbito La Tène más típico explica la proximidad de los lazos ideológico-simbólicos en estas sociedades y la permeabilidad, a su vez, de la entrada o el mantenimiento de otros influjos, como pueden ser el de la continuidad o adaptabilidad de las armas que trasluce en la región nororiental.

⁸⁴⁴ Una relación de los mismos en: Almagro-Gorbea y Lorrio, 1992: 412. Con respecto a la escultura de St. Martí Sarroca, la más compleja de ellas, véase *supra*, III.H.

La aculturación es, pues, un fenómeno complejo y puede contener o no, y complementarse, mediante aportes de población que faciliten la confluencia de estas ideas. Los contactos a nivel ideológico, muchas veces favorecidos por las conexiones de las rutas comerciales más habituales, que aseguran un contacto por repetición, facilitan la renovación de los patrones y la diversificación de la cultura material. En tal sentido, es importante valorar las afinidades culturales más allá de la propia cultura material, que puede o no derivarse de esta.

Algunas observaciones sobre los factores de difusión del armamento

- 1) En la mayoría de ocasiones, la aceptación o rechazo de algunos tipos de armas de influencia lateniense depende de una simple cuestión práctica, como parece ocurrir en la Celtiberia, donde hay un claro filtro en los patrones que se aceptan y los que no. Desde luego, el armamento La Tène no tiene en esta región la exclusividad que ostenta en el noreste, donde las afinidades con el territorio céltico-mediterráneo son mayores.
- 2) En la Península Ibérica, no hay cambios bruscos en la cultura material que supongan la llegada masiva de población de origen galo, sino que el armamento La Tène procede de una adaptación precoz que va tomando distintas formas en los distintos territorios afectados, en algunos casos descartándola al cabo de un tiempo, en otros explotándola hasta cierto punto, y en otros preservándola hasta su afectación definitiva causada por la sumisión al dominio de Roma.

VIII.C. PECULIARIDADES DEL ARMAMENTO DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Volviendo a los aspectos más puramente formales del armamento, es preciso poner el acento en las cuestiones que atañen a las particularidades de las armas de influencia La Tène hispánicas, por su carácter exclusivo con respecto a los esquemas típicos.

El objeto de nuestro interés no es otro que sintetizar aquellos aspectos que remitan a la fabricación autóctona de estas armas y a su evolución según una pauta autónoma; diferente según la región a la que haga referencia, pero en general casi siempre marcada por una tendencia a conservar patrones que están desfasados en las regiones célticas continentales. De este modo, nos preguntaremos acerca de las peculiaridades de las espadas y sus vainas, de los escudos y las lanzas, pero no de los cascos, que consideramos excepcionales y probablemente importados.

VIII.C.1: Los signos en el armamento

Espadas y vainas

En un trabajo anterior, relacionábamos un total de diez signos distintivos que, a veces de forma conjunta o a veces combinados en número limitado, aparecen con frecuencia en las espadas y vainas del **noreste** y constituyen firmes indicios de su fabricación a partir de patrones autóctonos (García Jiménez, 2006: 200-208). Conservaremos el orden allí establecido para mayor claridad comparativa (**fig. 230**):

- 1) La guarda de la espada: Uno de los indicios más evidentes es la ausencia de protecciones metálicas para la guarda, que son prácticamente omnipresentes en las producciones célticas desde LT C1, y prácticamente inexistentes en el registro nororiental. Además, debido a las diferencias apreciables en las

embocaduras de las vainas, las guardas lignarias, desaparecidas del registro arqueológico, debieron ser también distintas para adaptarse a aquellas.

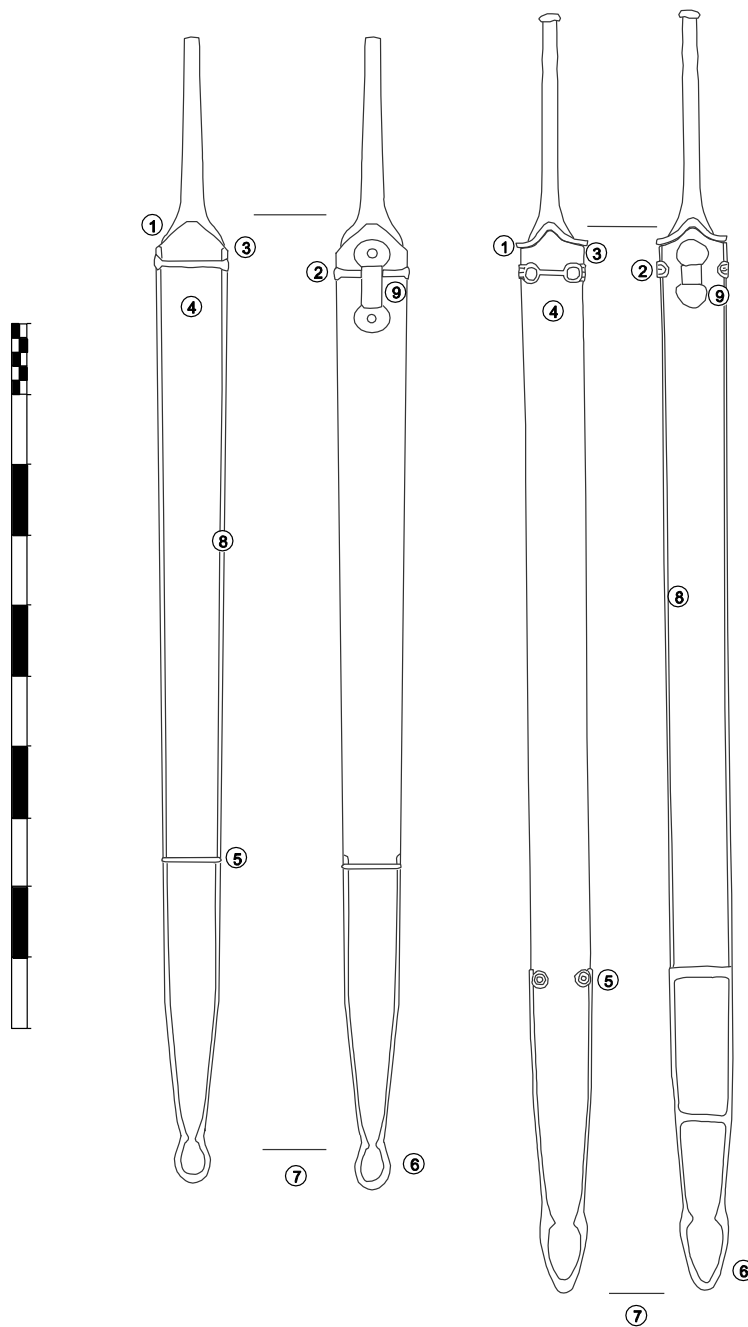


Fig. 230: Los rasgos distintivos de las espadas y vainas de tipo La Tène del noreste peninsular (tipo NE-IA) y su comparación con producciones galas coetáneas (GSA 123, según Lejars, 1994: 167). 1: Guarda; 2: Refuerzos; 3: Embocadura de la vaina; 4: Decoraciones; 5: Refuerzo de contera; 6: Remate de contera; 7: Módulo de la hoja; 8: Ensamblaje; 9: Hembrilla de suspensión. Según García Jiménez, 2006: fig. 101.

- 2) Los refuerzos de las vainas: Casi siempre tienden a las fórmulas simples, con sencillos ensanchamientos o en abrazaderas, sin adoptar las habituales fórmulas diversificadas habituales en contextos galos.
- 3) Las embocaduras de las vainas: En el noreste, las características fórmulas sinuosas de las embocaduras, se sustituyen por otras con perfiles de tendencias rectilíneas (trapezios). A su vez, los esquemas arcaizantes como las embocaduras curvas o en arista persisten hasta momentos avanzados, que alcanzan el siglo II a.C.
- 4) Las decoraciones en las vainas: Hasta el momento, no existe una vaina catalana con evidencias de ornamentación de ninguno de los formatos artísticos del rico repertorio lateniense. Recordemos que en la actualidad se considera que hasta el 60-70% de las vainas de espadas La Tène en los grandes santuarios incluían algún tipo de ornamentación en sus placas (Lejars, 2003: 14).
El problema puede remitir a la conservación o restauración de las piezas, pero es probablemente la sobriedad del formato nororiental lo que provoca este absoluto silencio en los anversos de las vainas del noreste.
- 5) Refuerzos de la contera de la vaina: En las embocaduras de las conteras de una vaina, es una constante permanente desde LT B1 el sistema de sujeción por tirantes, que implica la presencia de dos botones que ejercen presión en la placa del anverso. En las vainas del noreste, pudo existir también este sistema, que no está bien documentado, pero habitualmente se empleó un método más simple, mediante un sencillo tirante en ambos lados de la vaina, o incluso un refuerzo exento (abrazadera), sistema que no se emplearía en otros lugares desde inicios del siglo IV a.C., y que podemos ver en el noreste hasta en ejemplares del siglo II a.C. bien avanzado.
- 6) Remates en la contera de la vaina: Aun existiendo algunas fórmulas que emulan más o menos acertadamente los esquemas típicos en la evolución lateniense más común, en las conteras de las vainas del noreste abundan especialmente ciertos formatos de fabricación simple y consistentes en la apertura del remate en forma

circular ultrapasada, siempre situados muy en la punta de la vaina. Asimismo, se nota la ausencia de glóbulos y discos en muchas de las conteras locales.

- 7) Los módulos de las espadas: Las dimensiones de las hojas de las espadas (y, en consecuencia, de las vainas que los protegen) tienden a preservar en el noreste patrones desfasados, empleándose en algunas ocasiones hojas más cortas de lo habitual, cuando lo normal es su progresivo alargamiento. Con todo, las fórmulas largas también existen, y conviven con los esquemas perdurados con normalidad. Ciertos tipos, como el NE-V, constituyen fórmulas en ciertos aspectos novedosas que sin embargo dan continuidad a los módulos más frecuentes en fases anteriores.
- 8) El ensamblaje de las vainas: La forma en la que se acoplan las placas en las vainas del noreste es otro de sus signos distintivos más llamativos. En contra de las fórmulas más innovadoras de la tecnología lateniense, que sin embargo se manifiestan ya desde momentos precoces (LT A), el sistema casi único en el noreste consiste en el solapamiento simple de la placa de reverso sobre la del anverso en vez de ser al revés, que es lo más frecuente. Paralelamente, el aire arcaizante de este tipo de ensamblajes es también patente por la inexistencia de carriles de acople, que son la norma en la inmensa mayoría de los ejemplares galos.
- 9) Hembrillas de suspensión de las vainas: En general, las hembrillas de las vainas del noreste sí siguen las modas habituales al otro lado de los Pirineos, pero sin embargo tienden a sobreexplotar las formas más tradicionales con sujeciones circulares (tipo A), y existen claras ausencias en algunos de los patrones más conocidos; en especial los más tardíos.
- 10) Cadenas de suspensión: Pese a la importante cantidad de hallazgos correspondientes al siglo III a.C. en el territorio nororiental de la Península Ibérica, no existe por el momento indicio alguno de la existencia de cadenas semirrígidas para la suspensión de las vainas. Se trata en este caso de una de las innovaciones tecnológicas más importantes de LT C, pero tiene un alcance nulo en el noreste, donde los escasos indicios existentes apuntan a una suspensión tradicional, a partir de anillas metálicas y correas de cuero.

A diferencia de lo que ocurre en el noreste, otras regiones peninsulares tienden a manifestar un comportamiento opuesto según si se trata de un momento u otro de su evolución particular. Así, las fórmulas latenienses más homogéneas se extienden tal cual en el territorio hispánico afectado durante los periodos de LT A y LT B, con muy pocas variaciones, pero tienden a evolucionar de un modo muy distinto a partir de entonces, en la transición de los siglos IV y III a.C. Esta pauta es especialmente evidente entre las espadas celtibéricas, puesto que su evolución a lo largo del tiempo es mejor conocida que la de otras regiones como el sureste, el territorio vettón o incluso el valle del Ebro.

De este modo, podríamos diferenciar dos bloques distintos en la evolución autóctona de la espada de la **Celtiberia**: uno que correspondería al periodo equivalente a LT A-B (es decir, *grosso modo* lo que tradicionalmente ha venido llamándose La Tène I o La Tène Antigua), y otro que en el registro arqueológico continental equivaldría a LT C y LT D (fases II y III o Media y Tardía).

- En la **Primera Fase** (que afectaría al grupo A y el tipo B1.1), no existen prácticamente signos evidentes de la transformación de las espadas o vainas La Tène, aparte de las formas de suspensión, que implican el uso de fórmulas adaptadas al gusto local en las que se combinan la hembrilla con suspensiones laterales con anillas, situadas en número de dos y en la parte derecha de la vaina (vista desde el anverso)⁸⁴⁵. El resto de los atributos siguen las normas tradicionales del ámbito La Tène europeo con sus correspondientes innovaciones periódicas, hasta el punto que en la historiografía española se ha tendido a calificar estas armas de importadas, debido a la fidelidad de sus esquemas. Si comparáramos las armas de esta fase de la espada celtibérica con los patrones que hemos visto para el noreste, tan solo el punto 10 (suspensiones) coincidiría en su manifestación autónoma. Los puntos 2 (refuerzos), 4 (decoraciones) y 9 (hembrillas) están mal documentados entre los ejemplares celtibéricos debido a la mala conservación de estos, pero existen casos que confirman su presencia, como por ejemplo la ornamentación en lira zoomorfa del ejemplar de la sepultura D de Gormaz (1093), uno de los más conocidos.

⁸⁴⁵ Sobre las suspensiones, véase *supra*, cap. III.D.

En cuanto a los puntos 1 (guarda) y 7 (módulos de hoja), no tienen el mismo efecto en esta fase porque, por una parte, no existen todavía (excepto en las últimas décadas del periodo LT B2) protectores metálicos para la guarda, mientras que los módulos largos, por completo ausentes en el registro celtibérico, son más bien característicos de las fases posteriores. De este modo, podríamos decir que sí se siguen las pautas habituales en el ámbito La Tène, puesto que las guardas lignarias se adaptarían a las acostumbradas formas sinuosas de las embocaduras de las vainas, mientras que las hojas incluirían los repertorios usuales. Con todo, el módulo pequeño, que alcanzó el mayor éxito en el periodo LT B2, no pareció cuajar del mismo modo en la región celtibérica, donde aparece marginalmente y carece de continuidad en fases posteriores.

- En la **Segunda Fase**, la independencia respecto a los patrones latenienses típicos es prácticamente total. Las espadas y vainas celtibéricas atienden ahora a su propia evolución a partir del substrato anterior (con modificaciones importantes), pero no a la de la panoplia La Tène. En consecuencia, la gran mayoría de los atributos anteriormente citados como fieles reproducciones de sus inspiradores, aparecen ahora transformados y derivados de una interpretación autóctona sobre patrones distintos. En particular, las innovaciones alternativas de esta fase tienen que ver con dos aspectos básicos: la estabilización o limitación a un módulo de hoja de tipo medio (grupos B, C y D, que corresponderían a las variantes medias o medio-largas del siglo IV a.C. en el ámbito La Tène), y la realización de las vainas a partir de materiales orgánicos (probablemente madera y/o cuero) en vez de la clásica fórmula a dos placas de hierro. Dicho esto, queda claro que existe una fuerte ruptura respecto a la evolución europea de estas armas, y por tanto no hay atributos o partes que se deriven de una inspiración actualizada de las mismas.

En concreto, si nos referimos a la anterior lista, nos topamos con el hecho de que la mayoría de estos atributos refieren a las vainas o a las proporciones de la hoja de la espada. Subsiguientemente, la mayor parte de los puntos que aparecen en aquella lista se resumen en un solo punto que se relaciona con la fabricación en materiales orgánicos. Este hecho es verdaderamente significativo, puesto que anula una buena parte de los indicios morfotécnicos habituales en las vainas

latenienses, que, desde luego, ignoramos si tuvieron traducción a otros materiales.

Sin embargo, ciertos de los atributos mencionados requieren un comentario aparte. Así, por ejemplo, si bien es cierto que las guardas (punto nº1) o las embocaduras de las vainas (punto nº3) no muestran signos claros de su morfología como podrían ser las protecciones metálicas de la guarda, es posible que existiera una cierta confluencia o evolución paralela en algunas fórmulas con guardas altas, puesto que algunos tipos celtibéricos (grupo C y tipo D1.1) tienden a emplear hombros altos que sólo se entienden con guardas elevadas o hipertrofiadas.

Por otra parte, cabría añadir otro punto de discrepancia en la lista de singularidades de estas producciones “periféricas”: la forma de la hoja, que en muchos casos (grupo D) adopta un perfil ligeramente pistiliforme; algo insólito en el ámbito La Tène continental.

Tras esta máscara de conducta anómala, se halla precisamente la razón del menosprecio o, cuanto menos, la escasa atención que estas armas han recibido entre los estudios del armamento La Tène en su sentido global, puesto que la distancia respecto a los formatos más homogéneos es muy llamativa en esta segunda fase, que es justamente la que más ejemplares ha recabado en el registro arqueológico. De tal forma, la historiografía se comporta aquí del modo contrario que con las armas de la primera fase. Si en aquella los escasos datos prefiguran la idea del material de importación, en esta segunda fase la sobriedad y estabilidad de los formatos es un motivo de desinterés generalizado por su falta de correspondencia con otros territorios.

Sin duda uno de los principales motivos de la gran divergencia de las fórmulas celtibéricas deriva del particular interés práctico por explotar un formato concreto de arma con capacidades para actuar como complemento de mayor longitud a las hojas más habituales en la región (que están representadas por distintos tipos de puñales y espadas de antenas) sin distanciarse demasiado de sus módulos más habituales. Las fórmulas de hoja más larga, típicas de los estadios LT C1 a LT D2, son sencillamente descartadas a favor de los módulos estándares de las fases anteriores. A su vez, la fuerte tradición armamentística al margen de la panoplia La Tène existente en el territorio

celtibérico, dibuja un panorama bien distinto comparado con la representatividad de estas armas en el noreste peninsular, y además favorece un fenómeno bastante habitual en las producciones locales como es el hibridismo. Prueba de esta síntesis de atributos con otras armas coetáneas es el carácter experimental y casi único de las distintas piezas que hemos agrupado en nuestro grupo A4, que mezcla de forma arbitraria atributos típicos de las espadas latenienses con otros que son característicos de las espadas de antenas de los distintos formatos.

Junto a la peculiar conducta de las espadas de influencia La Tène de la Celtiberia, podemos mencionar también el importante éxito que estas adquirieron en otros lugares del territorio peninsular e incluso más allá del mismo. Hemos visto en anteriores momentos de este trabajo⁸⁴⁶ la repercusión alcanzada por el llamado *gladius hispaniensis* en la tradición romana tardorrepublicana, y, teniendo en cuenta la estrecha relación que estas armas guardan con las espadas La Tène celtibéricas, es preciso incluir estos diseños entre los comentarios esbozados más arriba en relación a la segunda fase de la evolución de estas armas. No obstante, la captación de influjos reflejados en las espadas romanas es mucho más variada, y es posible observar atributos procedentes de otras tradiciones bien distintas, como pueden ser la itálica en su sentido más clásico o la propia tradición lateniense más actualizada y coetánea al periodo de formación del *gladius hispaniensis*; en torno a los siglos III a.C. (desde finales del mismo) y I a.C.

Escudos

En el campo de los escudos, las variaciones y modificaciones morfológicas son menores que con las espadas, en parte porque desconocemos cualquier detalle acerca de sus formas y proporciones debido a la composición orgánica de la mayoría de sus componentes. Con todo, los formatos locales observables a partir de las piezas metálicas del escudo, tienden a recurrir a los mismos patrones desarrollados en otros lugares del ámbito de la cultura La Tène. Por otra parte, en líneas generales ocurre algo parecido a la repercusión de las espadas, en cuanto a que su repartición territorial es *a priori* bastante reducida, relegándose prácticamente a los ámbitos nororiental y meridional (en menor medida) hasta que la llegada de las influencias “de reflujo” vehiculadas por las

⁸⁴⁶ *Vide supra*, III.E.

invasiones púnica y romana provocara la difusión de los formatos por todo el ámbito peninsular. Ello significa que hasta mediados del siglo III a.C. contamos con muy pocas evidencias, que la mayoría proceden del noreste, y que el aspecto de sus piezas metálicas es muy semejante al típicamente lateniense. Además, a la falta de datos señalada, hay que unirle la práctica (y, a decir verdad, incomprensible) desaparición de los componentes metálicos del escudo durante toda la fase de LT B1 (Rapin, 2001b: 289-290), que ocupa los tres primeros cuartos del siglo IV a.C.

Sin embargo, y pese a estos datos, se perciben ciertos rasgos del comportamiento autónomo de algunas de las producciones peninsulares:

- 1) En primer lugar, está la cuestión de las **perduraciones**: Los contextos arqueológicos de cierto tipo de umbos bivalvos (grupo A1) con una dispersión territorial centrada en el ámbito meridional de la península, delatan la continuidad de estos tipos mucho más allá de lo que cabría esperar en las regiones continentales. Así, siendo estos esquemas propios del periodo de LT A (que acabaría como mucho a inicios del siglo IV a.C.), no es raro verlos alcanzar aquí las últimas décadas del siglo III o las primeras del siglo II a.C., pudiendo haber dado lugar (con modificaciones) a una variante propia de los ejércitos romanos de la tardorrepública⁸⁴⁷.

En cambio, ninguno de los mucho más variados formatos de umbo del noreste revela la posibilidad de la continuidad de esquemas antiguos desfasados, sino que, al contrario, señalan una perfecta correlación de tipos en continua sucesión y con los mismos solapamientos que en el ámbito La Tène más común. Este panorama, bien documentado, contrasta especialmente con la conducta de algunos de los diseños de espada de este mismo ámbito, que tienden a representar algunos esquemas obsoletos en ciertas partes de la vaina (*supra*).

- 2) La segunda cuestión es **tipológica**: En efecto, ciertos tipos de umbo de los que se aprecian en la Península Ibérica tienen poca trascendencia en otros lugares ajenos a ella. Por ejemplo, los tipos con aletas cóncavas (tipos F1 y F2) o el umbo de Castilsabás (grupo H) son probablemente fórmulas exclusivas fruto de la hibridación o modificación de algunos patrones más habituales en los que se combinan las formas trapezoidales y curvas en las aletas. A su vez, resulta

⁸⁴⁷ *Vide supra*, IV.C.2.

curioso que estos esquemas se repiten en sus diseños propiamente autóctonos (tipo F1) y en diseños atribuibles a los romanos (tipo F2), lo que podría estar sugiriendo la existencia de un tronco común con un foco hispánico o bien, como tampoco resultaría extraño, una coincidencia formal en paralelo.

Otros tipos de umbo, como el A2 (bivalvo y con aletas muy cortas), del que no se conocen parientes directos, no resultan tan llamativos debido a la propia singularidad de su contexto cronológico, que recibe influjos de un periodo más bien experimental en la morfología de los umbos como parece ser la fase LT B1 en su transición a LT B2.

En última instancia, también nos llama la atención en el registro documental del noreste, la falta de ejemplares relacionados con los monovalvos de concha baja, que son muy populares en las regiones occidental y oriental del mundo celta.

- 3) El tercer bloque en el que hallamos ciertas características específicas del substrato “periférico” hispánico es el de la **composición de los escudos**, en el que incluimos una serie de particularidades a considerar:

La mayoría de estas particularidades refieren a los umbos y otras piezas metálicas del noreste, y afectan por ejemplo a la proporción de escudos que cuentan con orlas metálicas y manillas de hierro, que alcanzarían cotas de representatividad aparentemente mayores que en el ámbito extrapeninsular. Por desgracia, no contamos con una *ratio* de proporciones de los elementos metálicos del escudo oval galo, pero la impresión es que las piezas de hierro ajenas al umbo son más bien escasas y aleatorias, sin llegar a la asiduidad con la que parecen trabajar los talleres del noreste de la Península Ibérica.

También otros datos parecen sugerir la existencia de esquemas propios para los umbos nororientales, como la forma y tamaño de los remaches en las aletas, que emplean casi sistemáticamente el sistema del botón simple (disco), de superficie plana y un tamaño estándar bastante voluminoso. La presencia de remaches con sección abultada o hemisférica, que es bastante frecuente entre los umbos monovalvos conocidos para el territorio galo, apenas es perceptible en el repertorio de umbos del noreste.

Por último, también queda referir a la cuestión de la robustez de los umbos. Ya hemos expuesto con anterioridad⁸⁴⁸ la posible relación de esta pauta con las producciones autóctonas languedocienses, pero es bien cierto también que el espesor de las piezas halladas en el noreste es igualmente importante comparado con la delgadez de los esquemas latenenses típicos (que pese a ello no parecen más débiles). Sin embargo, es posible que lo que apreciamos a simple vista sea un efecto de la mala conservación de los ejemplares catalanes, que en general acumulan capas de óxido todavía adheridas a la superficie del umbo.

Como vemos, se trata en general de indicios leves, quizás incluso imperceptibles de no ser por lo recurrente del patrón, pero en realidad la singularidad de los mismos (al menos de los dos primeros), contrasta especialmente con otros formatos que comparten espacio geográfico en la Península Ibérica: los escudos ovales romanos.

- 4) Precisamente otra de las peculiaridades más remarcables de los escudos ovales peninsulares es la importante presencia de piezas metálicas de **producción romana**: Uno de los aspectos más curiosos de este tipo de umbos es la repetición de los esquemas latenenses típicos de La Tène Media (que en la Península Ibérica vienen bien representados por los ejemplares catalanes) en momentos algo más avanzados en el tiempo. Por el momento, los ejemplares con concha alta y cerrada no están atestiguados, e incluso en los tipos de aletas hipertrofiadas que debieran ir acompañados por este tipo de concha (tipos D2.2, F3) indican la predilección por los tamaños medios, que son más característicos de etapas anteriores.

Por otra parte, se constata a partir del material recuperado, que las pautas del comportamiento morfotécnico de los ejemplares romanos tienden al empleo de remaches de sujeción múltiples (lo que en realidad pudo tener una lectura cronológica) y al rechazo aparentemente sistemático de elementos metálicos adicionales, tales como manillas u orlas. En este terreno particular, sorprende lo que este factor contrasta con la información que nos ofrece Polibio, que para una fecha en torno a mediados del siglo II a.C., nos advierte del empleo de orlas metálicas en los escudos ovales de los legionarios (Polibio, VI, 23, 4).

⁸⁴⁸ *Supra*, VIII.A.1.

En síntesis, podemos afirmar la existencia de pautas de conducta peculiares entre los elementos metálicos del escudo oval hispánico, que por una parte sugieren una cierta fidelidad a los esquemas ultrapirenaicos originales y, por otra, son partícipes de ciertas singularidades regionales o culturales. Estas señales, aunque más vagas que las que afectan a las espadas, no dejan de reflejar la curiosa variedad de aportes culturales que reciben los distintos territorios de la Península Ibérica, en un marco que confiere a esta región una personalidad única en la periferia de la tradición armamentística de La Tène.

Las lanzas

El problema de las peculiaridades de las armas de asta de influencia La Tène en la Península Ibérica es complejo, y en realidad es arriesgado extrapolar ciertas pautas a partir de una muestra escasa, que se reduce a un puñado de piezas contando las moharras y los regatones con espiga. Aún así, y aceptando las limitaciones de trabajar con datos tan sesgados, proponemos para las lanzas hispánicas y su relación con la cultura de La Tène una conducta global basada en tres puntos:

- 1) Preferencia por los formatos locales: Las cuestiones prácticas relacionadas con el empleo táctico de las lanzas, y la limitada mejoría táctica que implica la utilización de los modelos de tradición latenense, tienen mucho que ver con el hecho de que la mayor parte de las moharras documentadas en la Península Ibérica correspondan a modelos locales. Los esquemas ibéricos, por ejemplo, son los más comunes en las lanzas con astil de madera del noreste, en clara contraposición con lo que hemos visto para otras armas, que siempre tienden a copiar los patrones de la panoplia La Tène. En el resto de territorios, se emplean asimismo otras moharras que a veces pueden presentar puntos de coincidencia morfológica con las hojas galas (en lo que llamamos “formas comunes”), pero dichas coincidencias son en general debidas a lo limitado de las variaciones que se pueden dar en unos objetos cuya funcionalidad se reduce a las formas punzantes con un empuñadura de sujeción al astil. Con todo, las formas autóctonas peninsulares tienden al empleo masivo de lanzas bastante versátiles a juzgar por las proporciones de las moharras, que raramente son tan voluminosas como lo fueron las paradigmáticas moharras galas de los siglos III y II a.C. El tipo de

hojas empleado remite, pues, a un interés táctico centrado en ejemplares destinados a su uso combinado como arma de choque o arma arrojadiza, pero raramente a modelos cuyo uso a distancia sea ineficaz.

- 2) Las fórmulas híbridas: Algunas de las moharras del noreste contienen efectivamente rasgos que evidencian su inspiración a partir de patrones célticos norpirenaicos, pero, a su vez, recurren a su hibridación o adaptación a los esquemas tácticos más comunes del repertorio autóctono. De este modo, las moharras tienden al empleo de grandes nervios en arista, hojas con bases anchas y formas onduladas o biconvexas bastante llamativas, pero al tiempo parecen limitar su tamaño debido a la costumbre más característica de luchar con lanzas mixtas (*supra*) más livianas que sus homólogas galas. Asimismo, se trata en general de producciones muy limitadas, que difícilmente pueden agruparse en tipos en los que pueda reflejarse la continuidad de los esquemas. Daría la sensación como si estas piezas fueran fruto de su fabricación aleatoria, copiando de forma ideal y con escasa fiabilidad algunas fórmulas quizás sólo conocidas de vista de otros territorios.
- 3) La escasez de regatones: Otra de las características de las lanzas hispánicas de inspiración La Tène tiene que ver una vez más con el punto nº1, al que hemos referido más arriba. En esta ocasión, la cuestión atañe a la escasa representatividad de los regatones con sujeción en espiga en el registro arqueológico peninsular. Si bien es cierto que la tradición latenense en su conjunto es quizás proporcionalmente más proclive al empleo de regatones en cubo, estos formatos son indistinguibles de la tradición autóctona peninsular, donde la fórmula casi exclusiva no es otra. En consecuencia, sólo los regatones con espiga son potencialmente relacionables con los formatos galos, pero estos sólo son frecuentes en un periodo cronológico concreto, que iría desde la primera mitad del siglo III a.C. hasta la segunda del siglo II a.C. En la Península Ibérica, muy pocos ejemplares reúnen estas características, y ello probablemente se debe al hecho de que sus ventajas son escasas comparado con las de los regatones de cubo. No en vano, este tipo de regatones tienen desventajas tácticas, puesto que, al ser macizos, se emplean fundamentalmente como contrapeso y tienden a perder su capacidad ofensiva y poseer extremos romos.

El arcaísmo de los formatos peninsulares

Muchos de los signos arriba mencionados tienen la particularidad de perdurar en el tiempo algo más de lo que lo hace en los contextos latenienses que inspiran a estas armas, llegando a documentarse incluso en etapas muy avanzadas respecto a su periodización habitual en otros territorios europeos. Esta tendencia al arcaísmo de los rasgos de ciertas armas, que en especial afectan a las espadas y vainas y, en menor medida, a algunos umbos, sugiere nuevamente un comportamiento autónomo que indica la preferencia por los esquemas útiles y la despreocupación por las innovaciones tecnológicas ajenas.

Entre los puntos de diversificación citados para las espadas y vainas del noreste, hallamos unos cuantos que precisamente refieren al conservadurismo de sus patrones. Así, por ejemplo, la ausencia de protectores metálicos en la guarda (1), los refuerzos simples (2) o las embocaduras de las vainas (3), que prefieren las formas curvas o en arista típicas de las primeras producciones latenienses. También las conteras, con sus formas de sujeción simples (5) remontan a las técnicas de fabricación de LT A, ya obsoletas en el momento en que se atestiguan en el noreste. Los remates de estas mismas conteras (6), de tipo circular ultrapasado y sin glóbulos, también remontan al mismo horizonte cronológico y son impensables fuera de este periodo, al igual que el método de ensamblaje en reverso sobre anverso y sin carril (8). Es importante recalcar que todos estos signos remiten a una adopción precoz (s. V a.C.) de estas armas en el territorio nororiental, que sin embargo no está atestiguada en el registro arqueológico. Del mismo modo, la negativa a la incorporación de cadenas de suspensión y la continuidad de las fórmulas con correa de cuero y anillas de hierro parecen apuntar a la prolongación de una tradición que ya era suficientemente útil para los iberos del noreste. Asimismo, la cuestión de las hojas de las espadas y el empleo de módulos medios o cortos en los siglos III y II a.C. (7) nos están indicando, una vez más, la conservación duradera de patrones bien asentados en este territorio.

En la Celtiberia, el salto definitivo que se produce entre finales del siglo IV a.C. e inicios del siguiente, implica el estancamiento de los módulos de espada corrientes en LT B y, en consecuencia, la perduración de los formatos de La Tène I en periodos

posteriores. Factores secundarios como la forma de la guarda, la inexistencia de protecciones metálicas o incluso la forma de las puntas, seguirán la misma pauta de comportamiento.

Como efecto colateral a la evolución de estas espadas, el *gladius hispaniensis*, adoptado por los romanos a partir de este mismo principio, parecerá anacrónico en comparación con las espadas galas coetáneas, que serán mucho más largas e incluirán toda una serie de características que afectarán levemente a los propios esquemas del *gladius*, pero que sobre todo influirán en la *spatha*, un diseño alternativo que vendrá a suplir al *gladius* en algunos de sus medios.

En el sureste y el territorio ibérico meridional en general, desconocemos buena parte de la evolución morfotécnica de las espadas, pero el conservadurismo es especialmente patente en otras armas, tal como manifiestan ciertos tipos de umbo. Así, el umbo bivalvo de nuestro tipo A1, es capaz de aparecer en contextos sumamente tardíos, de hasta inicios del siglo II a.C.; doscientos años después de su desaparición en contextos noralpinos.

Estos y otros signos puntuales que repercuten en el arcaísmo de los patrones armamentísticos hispánicos, nos remiten a un comportamiento genérico muy propio de las culturas peninsulares, en las que no es difícil adivinar el estancamiento de algunas fórmulas muy sólidas. Cuando hablamos de la perduración de ciertos tipos de armas casi sin cambios significativos, pensamos fácilmente en otras espadas que son muy corrientes en el ámbito ibérico: las falcatas. Asimismo, la metalurgia celtibérica da continuidad a las espadas con empuñaduras de antenas, que son diseños propios de la Primera Edad del Hierro de las regiones meridionales de Francia, o incluso a detalles particulares más concretos, como pueden ser los pomos en frontón de algunos puñales de épocas avanzadas, en las que ya no existen las espadas de frontón.

Esta acción de tomar diseños ajenos y explotarlos incluso más allá de lo que lo hicieran los territorios en los que fueron concebidos es, pues, bastante corriente en el terreno de las panoplias hispánicas. Sin embargo, ello no significa que exista falta de innovación, sino más bien todo lo contrario. La transformación local de estas armas es sumamente importante, y la variedad de formatos que pueden convivir en un mismo momento es enorme. No se trata, en definitiva, de que los pueblos peninsulares fueran anticuados o

nostálgicos en su producción armamentística, sino que tenían una especial habilidad (mayor en algunas regiones que en otras) para adaptar estas armas a sus propias necesidades tácticas o culturales.

Pese a ello, la impresión en general es que los iberos eran algo más conservadores que los pueblos del interior, en el sentido de que los esquemas tipológicos de sus armas permanecían mucho más tiempo sin cambios significativos. Los iberos del noreste, en cambio, tendieron a ir asimilando las innovaciones propias del armamento La Tène más típico, y por tanto a combinar sus propias perduraciones con las novedades surgidas del territorio norpirenaico.

VIII.C.2: Los condicionantes de las armas en las panoplias hispánicas

Lógicamente, si las armas de influencia La Tène tendieron a adaptarse de una forma especial en la Península Ibérica, lo fueron principalmente porque su interés táctico venía condicionado por la composición de sus panoplias. A diferencia de lo que pudo ocurrir en otros territorios periféricos respecto a la cultura La Tène, la Península Ibérica contaba con una tradición armamentística muy sólida en el momento de aparición de las armas latenenses hacia el siglo V a.C. Aunque la mayoría de los territorios posteriormente muy bien definidos en cuanto a su cultura material se encontraban todavía en proceso de formación de sus panoplias estándar, existía un fuerte contrapeso tradicional a las innovaciones llegadas de los territorios galos, que en particular afectaba a las armas más esenciales a nivel táctico, como pudieron ser los escudos o las lanzas. De tal forma, los pueblos autóctonos del territorio peninsular, como otros asentados en este con cierta antelación, tendieron al empleo persistente de escudos de tipo circular y lanzas con moharras largas y delgadas y regatones en cubo, más adaptadas al efecto de estoque que al de desgarre. Al tiempo, las ventajas tácticas de las armas de asta arrojadas fueron siempre muy aprovechadas, facilitando la incorporación de esquemas ajenos o autóctonos que no tendrían correspondiente en la panoplia latenense básica (que es muy pobre en estos elementos).

De este modo, la panoplia La Tène sólo tendría cabida como complemento a las panoplias de formación autóctona, conviviendo con otros formatos distintos, y en

especial afectando, en las primeras fases de la Segunda Edad del Hierro, a panoplias de una cierta riqueza. En estos términos, las panoplias hispánicas peninsulares se dejaron influenciar puntualmente con armas como las espadas o, en menor medida, los cascos, que desde luego eran diseños realmente avanzados para la tecnología de la época.

La única excepción al respecto vendría de la mano del territorio nororiental de la península, en el que el paso de la Primera a la Segunda Edad del Hierro parece⁸⁴⁹ suponer una ruptura casi completa, similar a la que puede observarse en las regiones al norte de los Pirineos, con las que existe un importante vínculo cultural. Así, las panoplias del noreste pueden percibirse como mucho más “latenienses” y, si se quiere, mucho menos “hispánicas” que las del resto del territorio peninsular.

Fuera de este territorio, habrá que esperar a la explosión de los formatos latenienses “secundarios” derivados de la propia evolución autóctona de las espadas celtibéricas y a la llegada de los escudos ovales por la vía púnica o romana, para ser testigos de la máxima repercusión de estas armas en las panoplias hispánicas.

Como tales sucesos no tendrían lugar hasta la segunda mitad del siglo III a.C., nos hallamos con el problema de la excepcionalidad de los patrones latenienses anteriores a esta fecha, que efectivamente, y sin contar algunos territorios específicos, se limita a un número escaso de representantes.

Veamos, pues, en el siguiente bloque, cómo evolucionan las armas en un sentido cronológico, y cuál es el comportamiento de estas en las distintas fases del desarrollo del armamento La Tène en la Península Ibérica.

⁸⁴⁹ Y decimos “parece” precisamente por la escasez de documentación arqueológica al respecto. La mayoría de los datos que proceden de la aceptación de los patrones latenienses en este territorio derivan de la continuidad tipológica de algunos formatos (*supra*), mientras que el declive de las panoplias propias de la Primera Edad del Hierro nos es igualmente desconocida (*cf.* García Jiménez, 2006: 58-61).

VIII.D. FASES CRONOLÓGICAS: DE LA INFLUENCIA AL DESARROLLO

En función de lo que hemos visto hasta ahora, podemos esbozar un principio evolutivo de las armas de influencia La Tène peninsulares en cinco fases, de las cuales sólo las cuatro primeras tienen una verdadera relevancia a nivel productivo, mientras que la última refiere ya al declive y transformación definitiva de los formatos de tradición lateniense por otros plenamente romanos.

-Fase de contacto (segunda mitad del siglo V a.C.-primer tercio del s. IV a.C.)

Llamamos “Fase de contacto” al periodo que coincide con las primeras introducciones del armamento La Tène en el territorio peninsular, en el que se aprecia una llegada lenta y una infiltración progresiva de los patrones latenienses (*cf.* Mohen, 1979: 45). Esta fase vendría a coincidir *grosso modo* con lo que en otras regiones europeas se conoce como La Tène A, que es precisamente en la que tiene lugar la gestación de las peculiaridades morfológicas y tecnológicas de las armas La Tène.

La llegada de estos esquemas es, por tanto, precoz, aunque, como hemos dicho, la impregnación es leve, manifestándose la mayoría de las veces a través de algunas armas excepcionales (normalmente espadas, o en casos más singulares, cascos) que tienden a aparecer solas, bien como elementos centrales o bien como complementarios en las panoplias autóctonas.

En esta fase, detectamos cuatro focos “de contacto” distintos:

El primero de ellos, y el que ha ofrecido materiales más antiguos, es el del Valle Medio del Ebro. En él se documentan algunas espadas (tipos A-0 y A1) con ciertas singularidades que permiten establecer un lazo de relación con la región aquitana, como bien revelan los ejemplares de Castejón, El Busal y Huesca. Lógicamente, esta misma vía coincide con la tradicional vía de introducción de otros parámetros armamentísticos con un importante futuro por delante, como son los de las espadas de antenas.

Precisamente en relación con este territorio hay que interpretar los escasos aunque determinantes hallazgos de espadas de otras variantes (tipo A1.2) en la región celtibérica, que podemos observar en lugares como la necrópolis de Arcóbriga o La Olmeda. Presumiblemente, estos ejemplares ya debieron contar con suspensiones modificadas con anillas laterales que venían a unirse a la hembra para permitir una sujeción a un tahalí colgado del hombro derecho. El sistema sería una evolución o variación de otro observable en la región del Ebro, que también contaría con anillas laterales añadidas.

El tercer territorio en el que se puede observar la introducción temprana de algunos elementos de la panoplia La Tène es el del sureste. Su situación abierta al Mediterráneo posiblemente habría facilitado la llegada de ciertas armas, que en este caso serían mucho más variadas que en los dos anteriores. En la necrópolis de Cigarralejo, por ejemplo, detectamos la presencia de espadas de los mismos tipos que los anteriores (A1.1), así como algún excepcional casco de hierro (5002) y un tipo de umbo que traería cola en la región meridional de la península (tipo A1): el bivalvo de aletas delgadas y apéndices. Las espadas, al parecer también modificadas en su suspensión, bien pudieron proceder de las regiones anteriormente citadas, pero en cambio la llegada de los umbos, que también pudieron ser importados, marcaría un hito en la continuidad de sus esquemas y, por tanto, en la del empleo del escudo oval (aunque fuera de forma marginal) en este territorio.

El cuarto y último foco de contacto correspondería al noreste peninsular. En realidad, no existe evidencia material alguna de armas latenienses procedentes de este territorio y correspondientes a esta época. Sin embargo, la continuidad de los esquemas tecnológicos autóctonos de las espadas en fases posteriores, nos permite inducir de forma sólida la importante presencia de estas armas en un momento temprano. En cambio, nada nos permite saber con exactitud si existieron o no otras armas de la misma influencia, como los escudos ovales, las lanzas o los cascos. No obstante, la proximidad geográfica y cultural del territorio nororiental a otros focos productores de la periferia céltica, como las regiones languedociense o ligur, nos autoriza a pensar que, efectivamente, es probable que existieran también dichas armas. En consecuencia, contamos, en el cuadrante noreste peninsular, con un “contacto” “en negativo” con la panoplia La Tène.

FASES		Celtiberia	Sureste y Andalucía	Noreste	Otros territorios
FASE DE CONTACTO	LT A			450 a.C. 	
				400 a.C.	
FASE DE ASIMILACIÓN	LT B1		350 a.C. 		
	LT B2				300 a.C.
FASE DE DESARROLLO	LT C1		250 a.C. 		
	LT C2				200 a.C.
FASE DE EXPANSIÓN Y RENOVACIÓN	LT D1	150 a.C. 			
	LT D2		100 a.C. 		
FASE DE EXTINCIÓN		50 a.C. 			

Fig. 231: Cuadro-resumen de los principales tipos de arma de influencia La Tène en la Península Ibérica y su evolución por fases.

-Fase de asimilación (segundo tercio s. IV a.C.-inicios s. III a.C.)

Esta segunda fase, que vendría a coincidir en buena medida con el periodo de LT B, implica la adopción definitiva de algunas armas latenienses (en especial la espada) y su integración en panoplias básicas con otros elementos del repertorio local, pero sustituyendo alguna de sus piezas por otras de influencia La Tène. Los distintos formatos europeos se van asimilando con una cierta fidelidad, estando presentes todos los módulos de espada típicos del siglo IV a.C., incluyendo los de pequeño formato e incluso otros de formación propia a partir de hibridaciones con otras espadas.

El foco del Ebro, que tanta importancia acarrearía en la fase anterior, va perdiendo fuerza a favor de la Celtiberia, que tiende a integrar los mismos patrones adoptados en aquél. Ciertas fórmulas, como las pequeñas espadas del tipo A2, aparecen todavía en ambas regiones, mientras que el resto es ya patrimonio exclusivo de la Celtiberia.

Las espadas celtibéricas de esta fase son muy fieles a los esquemas latenienses que las influyen, contando con vainas enterizas perfectamente adaptadas a las innovaciones del siglo IV a.C. y sólo diferenciándose de estas por su peculiar método de suspensión modificado. Los tipos A3 y B1.1, están bien constatados en las necrópolis de esta región, aunque por el momento siguen siendo poco comunes, prácticamente relegados a un plano secundario respecto al de las espadas de antenas coetáneas a estos.

No obstante, la misma preponderancia de las espadas de antenas y sus formatos de hoja cortos dan un cierto impulso a la adaptación de sus fórmulas a ejemplares híbridos con las espadas de La Tène, que tienen su traducción en lo que hemos definido como nuestro tipo A4 de espadas.

Por último, en esta fase no existe indicio alguno de la aceptación de otras armas propias de la panoplia céltica continental como podrían ser los escudos ovales o las moharras de gran formato, y habrá que esperar a fases más avanzadas para ver estos objetos formando parte de las panoplias locales.

El sureste peninsular pierde también algo de fuelle en su representatividad o, como mínimo, permanece en la excepcionalidad de sus hallazgos. Se documentan en este territorio algunas formas clave, como los primeros esquemas de las espadas del módulo

medio en Los Nietos, o algún raro ejemplo de vaina del tipo A3 (módulo corto) en Baza, pero en general el resto de los ejemplos son dispersos y mal conservados.

Complementariamente, la continuidad de los esquemas del umbo bivalvo viene garantizada por su permanencia en periodos más avanzados y puede que alguna de las dataciones de Cigarralejo, mientras que las importaciones del continente no dejan de llegar, esta vez de la mano de un ejemplar de casco de hierro en Galera.

Por fin, en el territorio nororiental, tiene lugar la verdadera asimilación de la panoplia La Tène prácticamente al completo, o, al menos, con todos sus representantes básicos. Las primeras espadas se corresponden al llamado tipo NE-IB, que es asimismo la base de producciones autóctonas tan características como el tipo NE-IA, uno de los más duraderos y con mayor registro documental en el noreste peninsular. Asimismo, y aunque de nuevo no contamos con una evidencia directa de materiales con una clara datación en este contexto, también otros esquemas debieron ser introducidos en este momento, como el tipo NE-III, que es una variante local del módulo corto de LT B2.

Al mismo tiempo, los primeros umbos bivalvos harán acto de presencia en el territorio, con ejemplares escasos pero muy representativos, como los tipos A2 y B1 de nuestra clasificación.

Ciertas tumbas singulares, como ocurre en este caso en La Pedrera, permiten la constatación de la presencia de cascos importados, que también tienen su constatación en deposiciones rituales excepcionales como la del silo 24 de Can Miralles.

Por último, y también en relación con este mismo contexto, se empieza a notar la existencia de grandes moharras con nervio en arista (tipo A1) en el repertorio nororiental; algo que enlaza con la continuidad de la siguiente fase.

Por tanto, en referencia al registro arqueológico del noreste, tendríamos que hablar en realidad de una constatación por lo general algo tardía en esta fase, más centrada quizás en el periodo LT B2 que en LT B1, pero no hay que olvidar el fuerte peso que desempeñarán esquemas como el del módulo medio de espada en la producción armamentística que sigue, lo que significa que su repercusión desde mediados del siglo IV a.C. debió de ser más importante de lo que parece.

FASES		Celtiberia	Sureste y Andalucía	Noreste	Otros territorios	
FASE DE CONTACTO	LT A	-Espadas: A1.2 (suspensión modificada)	-Espadas: A1.1 (suspensión modificada) -Escudos: Bivalvos A1 -Casco: Cigarralejo 478	-Espadas: (Tecnología)	-Ebro Medio- -Espadas: A-0 / A1.1 (suspensión modificada)	450 a.C.
						400 a.C.
FASE DE ASIMILACIÓN	LT B1	-Espadas: A2 / A3 / A4 / B1.1 (Módulos medios, Módulos pequeños, Modelos híbridos)	-Espadas: A3 / B1.1 -Escudos: Bivalvos A1 (continuidad) -Casco: Galera 27	-Espadas: NE-IB / NE-IA (precedentes NE-III) -Escudos: Bivalvos A2 / B1 -Casco: La Pedrera, Can Miralles -Moharras: A1	-Ebro Medio- -Espadas: A2	350 a.C.
	LT B2					300 a.C.
FASE DE DESARROLLO	LT C1	-Espadas: B1.2 / B1.3 / B2 / C1 / D1.3 / D1.1 (Módulos medios, vainas orgánicas, hojas pistiliformes)	-Espadas: (Tipos celtibéricos ocasionales)	-Espadas: NE-IA / NE-IIA / NE-III -Escudos: C1 / D1 / E1 (Monovalvos, manillas) -Moharras: A2 / A3	-Vettones- -Espadas: (Tipos celtibéricos ocasionales)	250 a.C.
FASE DE EXPANSIÓN Y RENOVACIÓN	LT C2	-Espadas: Mismos tipos, + D1.2 -Lanzas: (Regatones con espiga) -Escudos: D2 / F2-F3	-Espadas: (Tipos celtibéricos ocasionales, <i>gladius hispaniensis</i>) -Escudos: Bivalvos A1 (continuidad)	-Espadas: NE-IIB / NE-IV / NE-IC / NE-V / NE-VI (Módulos medios y largos, <i>gladius hisp.</i>) -Escudos: E1 / F1 / G1 (Manillas erguidas) -Moharras: Híbridos	-Vettones, Lusitania, Levante- -Espadas: (Tipos celtibéricos ocasionales, <i>gladius hispaniensis</i>) -Escudos: Bivalvos A1	200 a.C.
	LT D1					150 a.C.
FASE DE EXTINCIÓN						100 a.C.
	LT D2	-Espadas: D2 (<i>gladius hisp.</i>) -Escudos: F3 / I (aletas, circulares)	-Espadas: D2 (<i>gladius hisp.</i>)		-Lusitania, Levante- -Escudos: E2 / F2 / I (aletas, circulares)	50 a.C.

Fig. 232: Cuadro-resumen de las distintas fases de la evolución del armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica y de las innovaciones tipológicas y tecnológicas más relevantes.

-Fase de desarrollo (inicios-tercer cuarto del s. III a.C.)

La tercera fase, que hemos llamado “de desarrollo” es probablemente la de mayor representatividad en el territorio peninsular, y a la vez una de las que supone mayores cambios de tendencia en algunos de sus focos principales. El periodo corresponde mayormente a su equivalente en la cultura La Tène en la fase LT C1. Se trata de un periodo de grandes cambios e innovaciones en materia armamentística, que tendrá su extensión en el territorio peninsular, bien porque se incorporan estos cambios, o bien por todo lo contrario.

La irrupción de esta fase en la Celtiberia tendrá efectivamente como efecto la ruptura radical y definitiva con los esquemas latenienses actualizados. A partir de este momento, no existirán conexiones actualizadas ni nuevas incorporaciones. No existirán umbos monovalvos de no ser mediante la posterior influencia romana, no llegarán las cadenas de suspensión (porque el sistema debió seguir la tradición anterior, en tahalí) y sólo se dejarán ver algunos ejemplares de regatones con espiga.

La evolución de las espadas, únicas armas conocidas con esta influencia con anterioridad, tendrá ahora un camino distinto, alejado del continuo alargamiento del módulo en las regiones nucleares de la cultura La Tène. En vez de ello, se rechazan estos formatos e incluso los del módulo corto, que ya está bien surtido con espadas de antenas de distintos modelos, y se potencia en exclusiva el módulo medio, que será una constante en adelante para el territorio celtibérico.

En cambio, ello no significa que la espada de influencia La Tène se haga incluso más rara, sino todo lo contrario. En esta fase tendrá lugar la explosión definitiva de los formatos más duraderos de la Celtiberia: los tipos B, C y D y algunas de sus variantes más exitosas (B1.2, B1.3, B2, C1, D1.1 y D1.3). Todos ellos son evoluciones autónomas del tipo B1.1 característico de la fase anterior, pero con la particularidad de, además de no obedecer a los esquemas de las hojas latenienses contemporáneas, contar con vainas de tipo orgánico y rechazar de forma definitiva las tradicionales y paradigmáticas vainas metálicas.

Paralelamente, la influencia de otros tipos de espada autóctona tendrá como efecto el dotar a algunos modelos (tipo D) de hojas con perfiles ligeramente pistiliformes, algo que, nuevamente, es insólito en la tradición La Tène.

En relación con la articulación de estas armas en las panoplias locales, asistimos al desarrollo del papel preponderante de la espada La Tène, que a partir de este momento estará presente en un buen número de deposiciones funerarias. La sustitución de estos esquemas, se enmarca además en un periodo de profunda transformación de la panoplia celtibérica, que tendrá en el puñal bidiscoidal otro de sus representantes más importantes. Estos puñales, se mezclarán con las espadas de influencia La Tène en algunos tipos de panoplia que hemos llamado “completas” y que caracterizarán en lo venidero buena parte del papel expansivo de las armas celtibéricas a otros territorios.

Ciertamente, las espadas celtibéricas empiezan a verse en esta fase en otras regiones tradicionalmente receptoras a sus influjos, como la región vettona septentrional (tipo B2 y C1) o algunos casos del sureste, como la espada del tipo B1.3 en la sepultura 142 de Cabecico del Tesoro.

En paralelo al proceso vivido en la Celtiberia, el noreste peninsular es objeto de importantes cambios, aunque esta vez en otro sentido, con mayor afinidad a los criterios surgidos de la evolución de estas armas en el registro continental.

Así, en este momento tiene lugar el desarrollo de algunos formatos de espada muy representativos, como los tipos NE-IA, NE-IIA y NE-III, todos ellos con vainas enterizas y patrones derivados de la fase anterior o esquemas de reciente incorporación. Sin embargo, no habrá constancia tampoco de cadenas semirrígidas de suspensión, tan comunes en otras regiones influidas por el armamento La Tène.

Conjuntamente, las importantes innovaciones de LT C1 en los elementos metálicos de los escudos ovales, servirán como inspiración a la difusión de los umbos monovalvos en sus modelos con aletas curvas (C1), rectangulares (D1) y trapezoidales (E1), que estarán bien constatados en el noreste.

En el episodio de las lanzas con influencia La Tène, más raras en esta región que los formatos locales, asistimos a la presencia de tipos significativos de moharras de gran volumen (tipos A2 y A3), que por lo general no tendrán extensión a otros periodos.

Por tanto, esta fase marca el inicio de la representación arqueológica de panoplias casi plenamente latenienses en el noreste, que en sí es un territorio que se muestra muy poco receptivo a otro tipo de influjos.

Vale la pena destacar también el importante papel que, desde este momento, empezarán a desempeñar los contextos de deposición ritual en los poblados ibéricos de esta región.

-Fase de expansión y renovación (último cuarto del s. III a.C.-finales del II a.C.)

Esta fase, que coincidiría con el periodo de máxima dispersión de armamento La Tène en la Península Ibérica, se caracteriza por la evolución de las armas bajo los condicionantes de un doble proceso histórico: por una parte, la expansión de los celtíberos y la cultura celtibérica hacia otros lugares de la península y, por otra, por la renovación de los patrones armamentísticos mediante las invasiones púnica y romana (*cf.* Quesada, 1997: 615-618).

En tal sentido, las armas se expanden hacia otras regiones donde anteriormente nunca las hubo y, a su vez, se transforman mediante la reimplantación de influencias “de reflujo” que afectan algunas piezas de la panoplia e incluso la composición de la misma. La fase coincide a grandes rasgos con los periodos cronológicos de LT C2 y LT D1, pero, a su vez, depende mucho más de los acontecimientos vividos en el seno de la propia Península Ibérica, y en vez de derivarse de las transformaciones del armamento galo, tiende a ser deudor de la difusión de la panoplia celtibérica y, paralelamente, el impacto de la Segunda Guerra Púnica y las otras grandes guerras libradas a lo largo del siglo II a.C.:

En la región celtibérica, la continuidad de los formatos de espada habituales en la fase anterior es la nota dominante. Sin embargo, su propagación por otros territorios permitirá la aparición de algunas variantes de nuevo cuño (tipos D1.2 y D2) surgidas de la propia adaptación romana de la espada celtibérica: el *gladius hispaniensis*.

A su vez, la transición de la fase anterior con la actual permitirá la aparición esporádica de algún regatón con espiga, uno de los pocos influjos armamentísticos de procedencia directa de La Tène perceptibles en este periodo.

Los influjos de las armas romanas apenas harán mella en la panoplia celtibérica, que continuará centrada en conjuntos básicos y mejorados con armas arrojadas y puñales bidiscoidales, pero, sin embargo, dejarán algún rastro en la extensión del escudo oval hacia este territorio, que probablemente se produjera en relación a la Segunda Guerra Púnica. Las evidencias del uso de este tipo de escudo son escasas, pero sin duda

representativas, con fórmulas tardías documentadas en La Azucarera, y basadas fundamentalmente en las variantes rectangulares (D2), trapezoidales (E2) y *bipennes* (F2, F3) con aletas voluminosas.

Sin duda el efecto de la repercusión de la panoplia celtibérica con espada La Tène es uno de los resultados más remarcables de la importantísima movilización interna de población en esta fase. La adopción de la espada celtibérica y su transformación relativa a manos de los romanos supondrá la expansión de estos formatos a lo largo de todo el territorio dominado por la República, mientras que, en la Península Ibérica, dejará signos en lugares tan dispares como el sureste, Andalucía, Lusitania, o las regiones vettonas meridionales.

Asimismo, el influjo de los grandes ejércitos púnicos y romanos, conllevará la redifusión de estos mismos esquemas y la proliferación de escudos ovales; aunque en este caso mayoritariamente sin elementos metálicos. No obstante, es posible que la continuidad de algunos diseños muy antiguos, como los umbos bivalvos meridionales, dieran ya paso a otras adaptaciones romanas en los conocidos umbos de tipo fusiforme característicos de la tardorrepública, que, por desgracia, no tienen representación en el registro arqueológico peninsular.

Otros signos, como la divulgación de los cascos de tipo etrusco-italico (Montefortino) o la potenciación de las armas arrojadas serán también efectos secundarios a este proceso, y en ocasiones intervendrán en la composición de las panoplias latenizadas.

El impacto de la influencia púnica y romana en el armamento del noreste peninsular es comparativamente menor, aunque también es cierto que se aprecian algunos de los elementos anteriormente citados, que vienen a unirse a las panoplias básicas originales, renovándolas de este modo.

La tendencia evolutiva propia, más afectada por la continuidad de los influjos latenios de origen galo, tendrá como consecuencia la modificación de algunos esquemas, como por ejemplo la transformación de los formatos de espada de módulo medio en otros más largos (NE-IIB, NE-IV) y la creación, ya en un momento avanzado de esta fase, de otros diseños con esquemas ya mucho más largos y en consonancia con las innovaciones típicas de la fase LT D1 en las galias (NE-VI). Con todo, los módulos medios no dejan de existir, e incluso se renuevan (NE-IC, NE-V), quizás porque la evolución de la panoplia en esta región no favorece el creciente papel de la caballería

(con la que se relacionan los módulos más largos) en los ejércitos, como sí parece ocurrir en el territorio céltico continental.

En cuanto a los escudos, la continuidad (vista también en las regiones norpirenaicas) de los umbos con aletas trapezoidales (E1) se une a la incorporación de patrones derivados como los de aletas cóncavas (F1) o aletas de mariposa y concha cerrada (G1). Al mismo tiempo, aparecen algunas manillas con empuñadura erguida (grupo 5), mientras que, ya en el terreno de las lanzas, se adivina la existencia de algunas moharras adaptadas a las modas galas (por ejemplo en el ejemplar de Porqueres; 3007) y, a la vez, de un carácter marcadamente híbrido (Puig de Sant Andreu, 3010).

-Fase de extinción (s. I a.C.)

La última fase del desarrollo del armamento La Tène corresponde a la extinción progresiva de los patrones más característicos de esta cultura, e incluso de sus adaptaciones hispánicas, a favor de su sustitución por modelos ya típicamente romanos. Dicha fase, podría coincidir más o menos con la fase LT D2 en la evolución continental de este armamento, pero, más que nada, vendrá determinada por la gradual consolidación del dominio romano sobre la Península Ibérica y la tendencia a la profesionalización de sus ejércitos y la homogeneización de su armamento. En tales circunstancias, no es fácil ya adivinar cuáles de estas armas pertenecen a auxiliares hispánicos y cuáles a legionarios romanos, porque, en definitiva, ambos grupos emplean los mismos recursos (*cf.* Quesada, 1997: 618).

En este momento, asistimos pues a la manifestación de los últimos coletazos de las armas de influencia La Tène en el territorio peninsular, y son muy pocos los tipos documentados, pero además lo hacen sin una dispersión geográfica concreta, y aparecen repartidos por toda la península, rompiendo ya con la clásica concentración en los fundamentales focos de las regiones ibérica y celtibérica.

En particular, las armas mejor registradas son los escudos ovales, los cuales nos dejan constancia de su paso mediante la presencia de umbos de algunos formatos avanzados que en realidad son resultado de la evolución de la fase anterior, como los de aletas trapezoidales altas con rebordes anchos (E2), algunas variantes híbridas de los tipos con

aletas cóncavas (F2) o *bipennes* (F3) y, sobre todo, el nuevo esquema emergente, que será uno de los más exitosos en el futuro: el de tipo circular (tipo I). De hecho, este último modelo será, junto con el de tipo fusiforme presuntamente derivado de los bivalvos meridionales, uno de los umbos dominantes a lo largo del siglo I a.C., y tendrá buena continuidad durante las guerras civiles y la consolidación del armamento en época augústea.

Paralelamente, las espadas conocidas pertenecen ya a esquemas derivados del *gladius hispaniensis* más avanzado, de los tipos D1.2 y D2 (como indican los hallazgos de La Caridad y La Azucarera), pero tienden en esta fase a reducirse cada vez más a las variantes robustas derivadas de este último tipo para, en última instancia, convertirse en los precursores de los modelos más típicos del imperio: el *gladius* de tipo Mainz. En adelante, pues, la espada romana ya no será del tipo hispánico, sino que habrá derivado a otras fórmulas evolucionadas. En tal sentido, algunos hallazgos pertenecientes a un periodo cronológico de mediados del siglo I a.C., como la espada de Osuna, pueden ejercer de últimos representantes de un diseño verdaderamente influyente en la Antigüedad.

La lectura táctica de la extinción del armamento La Tène hispánico tiene un significado especial para la culminación del presente trabajo, puesto que, por una parte, representa la integración o desintegración de las panoplias autóctonas en las de un ejército en principio ajeno desde el punto de vista cultural, con otros parámetros de pensamiento y de actuación y, en contra de las tendencias habituales en la Península Ibérica, de corte profesional. Por otra parte, ni siquiera el propio armamento La Tène externo a la evolución hispánica podrá contrarrestar el proceso de atracción y reconversión de sus elementos en consonancia a los intereses de los ejércitos imperiales, y si bien dejarán su rastro en la forma de ciertos umbos en el *scutum*, las espadas de caballería reconvertidas en *spathae*, o el importante influjo en materia de protecciones corporales (*lorica hamata*) o cascos, lo hará de forma difusa, sin que lleguemos a ser conscientes de la trascendental repercusión tecnológica de un armamento que, a lo largo de más de cuatro siglos, llegó a revolucionar casi todo el continente europeo.

Valga nuestra labor para contribuir a desvelar sus incógnitas.



Universitat de Girona

TESIS DOCTORAL

**EL ARMAMENTO DE INFLUENCIA LA TÈNE EN LA
PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS V-I a.C.)**

VOL. III (DOCUMENTACIÓN)

Gustavo García Jiménez

2011

CIÈNCIES HUMANES I DE LA CULTURA: INVESTIGACIÓ ARQUEOLÒGICA

Dirigida por: David Vivó i Codina y Fernando Quesada Sanz

Memoria presentada para optar al título de doctor por la Universitat de Girona

PARTE V: DOCUMENTACIÓN

IX. BIBLIOGRAFÍA

IX.A. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ADAM, A.-M. (1986): « Emprunts et échanges de certains types d'armement entre l'Italie et le monde non-méditerranéen aux Ve et IVe siècles avant J.-C. ». ADAM, A.-M. ; ROUVERET, A. (1986) : « *Guerre et sociétés en Italie aux Ve et IVe siècles avant J.-C. Les indices fournis par l'armement et les techniques de combat* », Actes de la Table Ronde (Paris, 1984), Paris, 19-28.

ADAM, A.-M. ; JOLIVET, V. (1986) : « A propos d'une scène de combat sur un vase falisque du Musée du Louvre ». ADAM, A.-M. ; ROUVERET, A. (1986) : « *Guerre et sociétés en Italie aux Ve et IVe siècles avant J.-C. Les indices fournis par l'armement et les techniques de combat* », Actes de la Table Ronde (Paris, 1984), Paris, 129-144.

ADROHER AUROUX, A.M.; LOPEZ MARCOS, A. (1992): “Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario (Baza, Granada)”, *Florentia Iliberritana* 3, 9-37.

AGUILERA Y GAMBOA, E., Marqués de Cerralbo (1911) (inéd.): *Páginas para la Historia Patria por mis excavaciones arqueológicas I-V* s.l.

AGUILERA Y GAMBOA, E., Marqués de Cerralbo (1916): *Las necrópolis ibéricas*, Asociación Española para el progreso de las Ciencias, 2. Madrid.

AGUSTÍ, B. (1997): “Lesiones rituales y signos de violencia en dos poblados ibéricos del Nordeste peninsular”. M. MACÍAS; J.E. PICAZO (eds.): *Actas del IV congreso Nacional de Paleopatología. Enfermedad en los Restos Humanos Arqueológicos* (San Fernando 1997). Cadiz, 273-276.

AGUSTÍ FARJAS, B. (2002): “Les dades antropològiques”. PONS BRUN, E. (dir.): *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, Sèrie monogràfica, 21, Girona, 561-564.

ALCALÁ-ZAMORA DÍAZ-BERRIO, L; BUENO SEQUERA, F.J. (2000): “El armamento en la necrópolis ibérica de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)”, *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 16, 17-32.

ALCALÁ-ZAMORA, L. (2003): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 23, Madrid.

ALMAGRO BASCH, M. (1953): *Las Necrópolis de Ampurias I. Introducción y Necrópolis griegas*, Monografías Ampuritanas, III, Barcelona.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1995): « Les mouvements celtiques dans la Péninsule Ibérique: une révision critique ». CHARPY, J.J. (ed.): *L'Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), 13-26.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1996): “Lobo y ritos de iniciación en Iberia”, *Coloquio Internacional: Iconografía ibérica, iconografía itálica* (Madrid, 1996), Universidad Autónoma de Madrid, *Varia*, 3, Madrid, 103-127.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1997): “Guerra y sociedad en la Hispania céltica”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 207-221.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1998): “*Signa equitum* de la Hispania céltica”, *Complutum*, 9, 101-115.

ALMAGRO-GORBEA, M. (2003): “La escultura en la Hispania Céltica”, *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen. Tagung des Deutschen Archäologischen Instituts* (Lisboa, 2002), *Madriider Mitteilungen*, 44, 150-161.

ALMAGRO-GORBEA, M. (2005): “Ideología ecuestre en la Hispania prerromana”, *Gladius*, XXV, 151-186.

ALMAGRO-GORBEA, M.; TORRES, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A.J. (1992): “Representaciones humanas en el arte céltico de la Península Ibérica”, *II Simposio de Arqueología Soriana: homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías* (Soria, 1989), Soria, 411-451.

ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A.J. (1993): « Les celtes de la Péninsule Ibérique au IIIème siècle av. J.-C. ». KRUTA, V. (ed.): *Les celtes au IIIe siècle av. J.-C. IX Congrès International d'Etudes Celtiques*, (Paris, 1991), *Etudes Celtiques*, XXVIII, 33-46.

ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO, A. J. (2004): “War and society in the celtiberian world”, *e-Keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6, 73-112.

ALMAGRO GORBEA, M.J. (1984): *La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-1978*, Excavaciones Arqueológicas en España, 129, Madrid.

ÁLVAREZ ARZA, A.; CUBERO ARGENTE, M. (1999): “Los *pila* del poblado ibérico de Castellruf”, *Gladius*, XIX, 121-142.

ÁLVAREZ GRACIA, A ; CEBOLLA BERLANGA, J.L. ; BLANCO MORTE, A. (1990) : “Elementos metálicos de tipo celtibérico: la colección Perez Aguilar”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988), Madrid, 287-304.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (2003): *Los Vettones*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1, Madrid.

ARANEGUI, C. (ed.); MATA, C.; PÉREZ BALLESTER, P. (1997): *Damas y caballeros en la ciudad ibérica. Las cerámicas de Lliria (Valencia)*, Madrid.

ARCELIN, P.; DEDET, B.; SCHWALLER, M. (1992): «Espaces publics, espaces religieux protohistoriques en Gaule méridionale», *Espaces et monuments publics protohistoriques de Gaule méridionale, Documents d'Archéologie Méridionale*, 15, 181-242.

ARENAS ESTEBAN, J.A. (1990): “La necrópolis protohistórica de “La Cerrada de los Santos” (Aragoncillo, Guadalajara). Algunas consideraciones en torno a su contexto arqueológico”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988), Madrid, 93-99.

ARENAS ESTEBAN, J.A. (2000): “Reflexiones sobre el material de La Tène en la Hispania Céltica”, *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 6, 79-87.

ARGENTE OLIVER, J.L. (1977): “Los yacimientos de la colección Cerralbo a través de los materiales conservados en los fondos del Museo Arqueológico Nacional”, *XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria, 1975), Zaragoza.

ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, Excavaciones Arqueológicas en España, 168, Madrid.

ARGENTE OLIVER, J.L.; DÍAZ DÍAZ, A. (1990): “La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria)”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988), Madrid, 51-57.

ARGENTE, J.L.; DÍAZ, A.; BESCÓS, A. (1992): “La necrópolis celtibérica de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria)”, *II Simposio de Arqueología Soriana: homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías* (Soria, 1989), Soria, 527-542.

ARGENTE, J.L. ; DÍAZ, A. ; BESCÓS, A. (2000): *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis celtibérica. Campañas de 1977 y 1986-1991*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 9, Valladolid.

ARSLAN, E. (1978): “Celti e Romani in Transpadana”, *Etudes Celtiques*, 15, 441-481.

ARTIÑANO Y GALDACANO, P.M. de (1919): *Catálogo de la exposición de hierros antiguos españoles*, Sociedad Española de Amigos del Arte, Madrid.

ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*, Informes y Memorias, 25, Madrid.

ATRIÁN JORDÁN, P. (1976): *El yacimiento ibérico del “Alto Chacón”* (Teruel), EAE, 92, Madrid.

BAQUEDANO BELTRAN, I. (1990): “Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera (zona II)”. F. BURILLO (coord.): *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis celtibéricas*, 279-286.

BAQUEDANO, M^a I.; CABRÉ, E. (1997): “Caudillos celtas y armamento de parada”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid, 1997), Madrid, 261-269.

BARAY, L. (2009): « De la composition des dépôts funéraires aristocratiques aux Âges du Fer en Europe Occidentale (VIIIe-Ier siècle avant J.-C.): Entre compétition et identité sociale », *Revue Archéologique de Picardie*, 2009, 3/4, 201-209.

BARBERÁ FARRAS, J. (1968): “La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar. Colección Rubio de la Serna”, *Ampurias*, 30, 97-150.

BARBERÁ, J. (1969-70): “La necrópolis de Cabrera de Mar. Excavacions 1968-1969”, *Ampurias*, 31-32, 169-189.

BARBERÀ, J.; MOLIST, N. (2001): *La Penya del Moro. Selecció de materials de 20 anys d'excavacions al poblat iber. Catàleg de l'exposició*, Sant Just Desvern.

BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.) (2007): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon.

BARRIL VICENTE, M. (2003): “Cascos hallados en necrópolis celtibéricas conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid”, *Gladius*, XXIII, 5-60.

BARRIL, M.; SALVE, V. (1998): “Reexcavando Aguilar de Anguita a través de los documentos escritos y los materiales depositados en el M.A.N.”, *Kalathos*, 17, 47-90.

BARRIO MARTÍN, J. (2006): *La necrópolis celtibérica de La Dehesa en Ayllón. Fondos del Museo de Segovia*, Estudios y Catálogos, 16, Valladolid.

BARRIENTOS, J. (1936-40): “Sobre la antigua Cauca”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, 11-12, 141-142.

BARRUOL, G.; SAUZADE, G. (1969): « Une tombe de guerrier à Saint-Laurent-des-Arbres (Gard) », *Rivista Studi Liguri*, 35, 15-89.

BATS, M. (1990): « Tombes et nécropoles de Narbonnaise aux IIe-Ier siècles av. J.-C.: problèmes de datation et de chronologie » DUVAL, A.; MOREL, J.P.; ROMAN, Y. (eds.): *Gaule Interne et Gaule Méditerranéenne aux IIe et Ier siècles avant J.-C. Confrontations chronologiques* (Vallbonne, 1986), 269-290.

BATTAÏLE-MELKON, A.; RAPIN, A (1997): « Un fourreau celtique en fer orné au repoussé du Ve siècle avant J.-C., au Musée Saint-Rémi de Reims: Prosnes, Les Vins de Bruyère (Marne) », *Bulletin de la Société Archéologique Champenoise*, 90, 3-14.

BAUMGÄRTEL, E. (1937): “The Gaulish necropolis of Filottrano in the Ancona Museum”, *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, LXVII, 231-286.

BEL, V.; BARBERÁN, S.; CHARDENON, N.; FOREST, V.; RODET-BÉLARBI, I.; VIDAL, L. (2008): *Tombes et espaces funéraires de la fin de l'Âge du Fer et du début de l'époque romaine à Nîmes (Gard)*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 24, Lattes.

BELARTE, C.; SANMARTÍ, J. (1997): “Espais de culte i pràctiques rituals a la Catalunya protohistòrica”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, 7-32.

BERNABEU, J.; BONET, H.; GUERIN, P.; MATA, C. (1986): “Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)”, *Arqueologia Espacial. Coloquio sobre el Microespacio*, 9, 321-338, Teruel.

BERROCAL RANGEL, L. (1989): “El asentamiento “céltico” del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)”, *CuPAUAM*, 16, 245-295.

BERROCAL-RANGEL, L. (1992): *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica*, Complutum, Extra, 2, Madrid.

BERROCAL-RANGEL, L. (1997): « A propos des peuples, des armes et des sites pendant les Guerres Lusitaniennes: une vision d'ensemble ». FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference* (Montpellier, 1996), *JRMES*, 8, Oxford, 123-136.

BERROCAL-RANGEL, L.; GARDES, P. (dirs.) (2001): *Entre Celtas e Íberos. Poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Real Academia de la Historia. Casa de Velázquez, Madrid.

BEYNEIX, A. (1997): « La question des objets de métal mutilés en milieu funéraire au cours du premier Age du Fer aquitain: quelques éléments de réflexion, » *Munibe*, 49, 153-161.

BISHOP, M. C.; COULSTON, J. C. N. (1993): *Roman Military equipment from the Punic wars to the fall of Rome*, 2nd Edition, Oxford, 2006.

BLÁNQUEZ, J.; RODRÍGUEZ NUERE, B. (eds.) (2004): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*, Ministerio de Cultura, Madrid.

BONA LÓPEZ, I.J.; BORQUE, J.J.; GINER, E. ; ALCALDE, M.; BERNAL, A.; ESCRIBANO, J.C. (1983): “Catálogo de la colección arqueológica del monasterio de Veruela”, *Turiaso*, IV, 9-92.

BONET ROSADO, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria: La antigua Edeta y su territorio*, Valencia.

BONNAMOUR, L. (2009): « Les trouvailles de la Saône : de nouvelles perspectives pour une approche du Chalon gaulois ». HONNEGGER, M. ; RAMSEYER, D. ; KAENEL, G. ; ARNOLD, B. (dir.) : *Le site de La Tène : bilan des connaissances – état de la question. Actes de la Table ronde internationale* (Neuchâtel, 2007), *Archéologie neuchâteloise*, 43, 137-147.

BORN, H. ; HANSEN, S. (2001) : *Helme und Waffen Alteuropas*, Sammlung Axel Guttman, IX, Mainz am Rhein.

BOSCH GIMPERA, P. (1915-20): “La investigació de la cultura ibèrica al Baix Aragó”, *AIEC*, 6, 641-671.

BOSCH GIMPERA, P. (1921): “Los celtas y la civilización céltica de la Península Ibérica”, *Boletín de la Real Sociedad Española de Excursiones*, 19, 248-301.

BOSCH GIMPERA, P. (1921-26): “Troballes de les necròpolis d’Osma i Gormaz adquirides pel Museu de Barcelona”, *AIEC*, 7, 171-182.

BOSCH GIMPERA, P. (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

BOUDET, M. (1990-1991): « Découvertes récentes sur l'oppidum d'Agen et la tombe à char celtique de Boé (Lot-et-Garonne) », *Memoires de la Société Archéologique du Midi de la France*, LI, 278-281.

BOUDET, R. (1993): « Le IIIe siècle avant notre ère dans le sud-ouest de la France: état des recherches ». KRUTA, V. (ed.): *Les celtes au IIIe siècle av. J.-C. IX Congrès International d'Etudes Celtiques* (Paris, 1991), Etudes Celtiques, XXVIII, 47-63.

BOUDET, R. (1994): « Armement de type laténien du Sud-Ouest de la France: un premier inventaire », *Revue de l'Agenais*, 121, 43-58.

BOUDET, R. (1995): « Le Bassin Aquitain et la Celtique continentale aux IVe et IIIe siècles avant notre ère ». CHARPY, J.J. (ed.): *L'Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), 89-94.

BOUDET, R. (1996): *Rituels celtes d'Aquitaine*, Paris.

BOUDET, R.; CHEVILLOT, C.; GÓMEZ DE SOTO, J. (1986): « A propos de l'épée celtique décorée de Cognac-sur-l'Isle (Dordogne) ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 191-202.

BOZIC, D. (1981): « Relative Chronologie der jüngeren Eisenzeit im jugoslawischen Domaraum », *Arheoloski Vestnik*, 32, 315-347.

BRETZ-MAHLER, D. (1971): *La civilisation de La Tène I en Champagne. Le faciès marnien*, Gallia, Supplément, XXIII, Paris.

BRINER, C. (2007): « Chronologie et fonctionnement du site de La Tène à partir des fibules répertoriées à Neuchâtel ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 367-372.

BRIQUEL, D. (1986): "La tradition sur l'emprunt d'armes samnites par Rome". ADAM, A.-M. ; ROUVERET, A. (1986): « Guerre et sociétés en Italie aux Ve et Ive siècles avant J.-C. Les indices

fournis par l'armement et les techniques de combat », Actes de la Table Ronde (Paris, 1984), Paris, 65-90.

BRISSON, A.; HATT, J.-J. (1955): « Cimetières gaulois et gallo-romains à enclos en Champagne. I: Le cimetière de l'Homme Mort, à Ecury-le-Repos (Marne) », *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 24, T.VI, 313-333.

BRISSON, A.; HATT, J.-J. (1960): « Cimetières gaulois et gallo-romains à enclos en Champagne. II: Le cimetière de la Fin d'Ecury à Fère-Champenoise (Marne) », *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 41, T. XI, 7-23.

BRISSON, A.; HATT, J.-J. (1969): « Cimetières gaulois et gallo-romains à enclos en Champagne. III: Le cimetière de la Tempête à Normée (Marne) », *Memoires de la Société d'Agriculture, Commerce, Sciences et Arts du département de la Marne*, LXXXIV, 21-37.

BRISSON, A.; HATT, J.-J.; ROUALET, P. (1970): « Cimetières gaulois et gallo-romains à enclos en Champagne. IV: Le cimetière de Fère-Champenoise, Faubourg de Connantre », *Mémoires de la Société d'Agriculture, Commerce, Sciences et Arts du département de la Marne*, LXXXV, 7-26.

BRIZIO, E. (1899): "Il sepolcreto gallico di Montefortino presso Arcevia", *Monumenti Antichi dell'Accademia dei Lincei*, IX, 617-808.

BRUNAU, J.-L. (1990): "La chronologie des armes laténiennes. Systèmes chronologiques utilisés pour les armes de La Tène". DUVAL, A.; MOREL, J.P.; ROMAN, Y. (eds.): *Gaule Interne et Gaule Méditerranéenne aux IIe et Ier siècles avant J.-C. Confrontations chronologiques* (Vallbonne, 1986), 167-191.

BRUNAU, J.-L. (ed.) (2000): "Ribemont-sur-Ancre (Somme). Bilan préliminaire et nouvelles hypothèses", *Gallia*, 56, 177-283.

BRUNAU, J.-L. (2000b): *Les religions gauloises. Nouvelles approches sur les rituels celtiques de la Gaule indépendante*, Paris.

BRUNAU, J.-L. (2000c): « La mort du guerrier celte , (Essai d'histoire des mentalités) ». G.VERGER (ed.): *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen. Etude comparée à partir du Sanctuaire d'Acy-Romanche (Ardennes, France)*, École française de Rome, 231-251.

BRUNAU, J.-L. (2004): *Guerre et religion en Gaule. Essai d'anthropologie celtique*, Paris.

BRUNAU, J.-L. (2006): *Les druides. Des philosophes chez les Barbares*, Paris.

BRUNAU, J.-L.; GOGUEY, R.; GUILLAUMET, J.-P.; MENIEL, P.; RAPIN, A. (1985): “Le sanctuaire celtique de Mirebeau (Côte-d’Or)”. BONNAMOUR, L.; DUVAL, A.; GUILLAUMET, J.-P. (dir.): *Les âges du fer dans la vallée de la Saône (VIIe-Ier siècles avant notre ère). Paleoméallurgie du Bronze a l’Age du Fer. VIIe Colloque de l’AFEAF* (Rully, 1983), Paris, 79-111.

BRUNAU, J.L.; MENIEL, P.; RAPIN, A. (1980): « Un Sanctuaire gaulois a Gournay-Sur-Aronde (Oise) », *Gallia*, 38, 1-25.

BRUNAU, J.L.; MENIEL, P.; POPLIN, F. (1985): *Gournay I. Les fouilles sur le sanctuaire et l’oppidum*, Revue Archéologique de Picardie, n. spécial, Paris.

BRUNAU, J. L.; LAMBOT, B. (1987): *Guerre et armement chez les Gaulois 450-52 av. J.C.*, Collection des Hesperides, Paris.

BRUNAU, J. L.; RAPIN, A. (1988): *Gournay II: Boucliers et lances. Dépôts et trophées*, Revue Archéologique de Picardie, Paris.

BRUNEAU, P.; FRAISSE, P. (1987): « Travaux de l’École Française en Grèce en 1986 », *Bulletin de Correspondance Hellénique*, CXI, 628-654.

BURCH, J.; NOLLA, J.M.; PALAHÍ, LL.; SAGRERA, J.; SUREDA, M.; VIVÓ, D. (2001): *Excavacions arqueològiques a la muntanya de Sant Julià de Ramis 1. El sector de l’antiga esglèsia parroquial*, Girona.

BURILLO, F. (1977): “Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en el “Busal” (Uncastillo, Zaragoza)”, *Estudios*, III, 51-67.

BURILLO, F. (coord.) (1990): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid.

BURILLO, F. (1998): *Los celtiberos. Etnias y estados*, Barcelona.

BURNS, M.T. (2003): “The Homogenisation of Military Equipment Under the Roman Republic”, *Digressus, Supplement*, 1, 60-85.

BURTON, F. R. (1884): *The Book of the Sword*, New York, 1987.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1917) (inéd.): *Catálogo Monumental de la Provincia de Soria*, T. III. Inédito.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1920): Acrópolis y necrópolis cántabras de los celtas berones del Monte Bernorio, *Arte Español*, 5, 1-30.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica del Altillo de Cerropozo, Atienza (Guadalajara)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 105, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1932): *Excavaciones en Las Cogotas (Cardeñosa) II. La Necrópolis*, MJSEA, 121, Madrid.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1937): “Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata”, *AEEA*, 38, 93-126.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1939-40): “La *Caetra* y el *Scutum* en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro”, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, VI, 57-86.

CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, M.E.; MOLINERO PEREZ, A. (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*, Acta Arqueologica Hispánica, 5, Madrid.

CABRÉ, J.; DE MOTOS, F. (1918): *La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, Granada)*, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memorias, Madrid.

CABRÉ DE MORÁN, M.E. (1988): “Espadas y puñales de la meseta oriental en la II Edad del Hierro”. BURILLO *et alii* (eds.): *Celtíberos*, 123-126, Zaragoza.

CABRÉ DE MORÁN, E. (1990): “Espadas y puñales de las Necrópolis Celtibéricas”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos* (Daroca 1988), Madrid, 205-225.

CABRÉ DE MORÁN, E.; BAQUEDANO BELTRAN, I. (1991): “La guerra y el armamento”, *Los celtas en la Península Ibérica. Número especial de la Revista de Arqueología*, 58-71.

CABRÉ DE MORÁN, E.; BAQUEDANO, I. (1997): “El armamento céltico de la II Edad del Hierro”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 240-259.

CABRÉ, M.E.; MORÁN, J.A. (1978): “Fibulas hispánicas con apéndice caudal zoomorfo”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 3, 14-19.

CABRÉ DE MORÁN, M.E.; MORÁN CABRÉ, J.A. (1979): “Ensayo cronológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 11-12, 10-26.

CABRÉ DE MORÁN, M.E.; MORÁN CABRÉ, J.A. (1982): “Ensayo cronológico de las fibulas con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica, II”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 15, 4-27.

CABRÉ, E.; MORÁN, J.A. (1984): “Notas para el estudio de las espadas de tipo Arcobriga”, *Juan Cabré Aguiló 1882-1982: encuentro de homenaje*, 151-162.

CABRÉ HERREROS, E. ; MORÁN CABRÉ, J.A. (1992): “Puñales celtibéricos con empuñadura de triple chapa plana y pomo con antenas”, *II Simposio de Arqueología Soriana: homenaje a D. Teógenes Ortego y Frias* (Soria, 1989), 389-397.

CADOUX, J. L. (1986): « Les armes du Sanctuaire Gaulois de Ribemont-Sur-Ancre (Somme) et leur contexte ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania. Supplément*, I, 203-209.

CAIN, H.-U. (2006): “Das Bild der Kelten und Gallier in der archäologischen Forschung”. RIECKOFF, S. (dir.): *Celtes et Gaulois, l'Archéologie face à l'Histoire, I: Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne. Actes de la Table Ronde* (Leipzig, 2005), *Bibracte*, 12/1, Gluxen-Glenne, 75-96.

CALO LOURIDO, F. (2003): “Catálogo”, *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen. Tagung des Deutschen Archäologischen Instituts* (Lisboa, 2002), *Madriider Mitteilungen*, 44, 6-32.

CALZAVARA CAPUIS, L.; RUTA SERAFINI, A. (1987): “Per un aggiornamento della problematica del celtismo nel Veneto”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione, Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna, 281-307.

CASAS, S.; CODINA, F.; MARGALL, J.; MARTÍN, A.; PLANA, R.; DE PRADO, G. (2004): “Excavacions a l'oppidum del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà). Campanyes 2002 i 2003”, *Setenes jornades d'arqueologia de les Comarques Gironines*. (La Bisbal 2004), Vol. I, La Bisbal, 117-125.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Excavaciones en Navarra, VIII, Pamplona.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A.; SESMA SESMA, J. (1988-89): “Piezas metálicas de la protohistoria navarra: armas”, *Zephyrus*, XLI-XLII, 383-404.

CERDEÑO, M.L. (1979): “La necrópolis céltica de Sigüenza (Guadalajara)”, *Wad-al-Hayara*, 6, 49-74.

CERDEÑO, M.L.; GARCIA HUERTA, R. (1990): “Las necrópolis celtibéricas del Alto Jalón y el Alto Tajo”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid, 75-92.

CERDEÑO, M.L.; GARCIA HUERTA, R. (2005): “Las necrópolis celtibéricas del Alto Jalón-Alto Tajo”. JIMENO MARTÍNEZ (ed.): *Catálogo de la Exposición: Celtiberos. Tras la estela dde Numancia*, Soria, 239-244.

CERDEÑO, M.L.; PÉREZ DE YNESTROSA, J.L. de (1993): *La necrópolis Celtibérica de Sigüenza: revisión del conjunto*, Teruel.

CIPRÉS, P. (1990): “Sobre la organización militar de los celtiberos: la *iuventus*”, *Veleia*, 7, 173-187.

CIPRÉS, P. (1993): *Guerra y sociedad en la Hispania Indoeuropea*, Anejos de *Veleia*, Series Minor, 3, Vitoria.

CIPRÉS, P. (2002): “Instituciones militares indoeuropeas en la Península Ibérica”. MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coords.) 2002: *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid, 135-152.

COARELLI, F. (1976): “Un elmo con iscrizione latina arcaica al Museo di Cremona. L’Italie préromaine et la Rome républicaine”, *Mélanges offerts à Jacques Heurgon, Collection de l’École Française de Rome*, 27, 157-179.

CODINA, F. ; MARGALL, J. ; MARTÍN, A. ; DE PRADO, G.; CRUSET, G. (2006): « Intervencions a l’oppidum del Puig de Sant Andreu, Ullastret, Baix Empordà. Campanyes 2004 i 2005 », *Vuitenes Jornades d’Arqueologia de les Comarques de Girona* (Roses, 2006), vol. I, 177-185.

COLL PALOMAS, N.; GARCÉS, I. (1998): “Los últimos príncipes de occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos”, *Congreso internacional: Los iberos Principes de occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica* (Barcelona 1998), Barcelona, 437-446.

COLLIS, J. (1986): « Adieu Hallstatt! Adieu La Tène! ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne*, (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 327-330.

COLOMINAS, J.; DURAN SANTPERE, A. (1915-20): “Restes de poblats ibèrics al Pla de l’Urgell i Segarra”, *Anuari de l’Institut d’Estudis Catalans*, 6, 606-616.

CONDE BERDÓS, M.J. (1992): *Arte ibérico. Colección arqueológica Duran/Vall-Llosera*, Barcelona.

CONNOLLY, P. (1981): *Greece and Rome at war*, London.

CONNOLLY, P. (1991): “The fastening of the *gladius* to the belt in the Early Empire”, *Arma*, 3.1, 8-9.

CONNOLLY, P. (1997): “Pilum, Gladius and Pugio in the Late Republic”, *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, 233-250.

CORDIE-HACKENBERG, R.; HAFFNER, A. (1991): *Das Keltisch-Römische Gräberfeld von Wederath-Belginum. Gräber 1261-1817, ausgegraben 1978-1980*, Trierer Grabungen und Forschungen, VI.4, Mainz am Rhein.

CORDIE-HACKENBERG, R.; HAFFNER, A. (1997): *Das Keltisch-Römische Gräberfeld von Wederath-Belginum. Gräber 1818-2472, ausgegraben 1978, 1981-1985*, Trierer Grabungen und Forschungen, VI.5, Mainz am Rhein.

CORZO SANCHEZ, R. (1983): “Necrópolis ibérica y visigoda de El Hinojal (Arcos)”, *Catálogo de la exposición Bellas Artes*, 83, 13. Cádiz.

COUSSIN, P. (1926): *Les armes romaines*, Paris.

COUSSIN, P. (1926b): « Les glaives anthropoïdes à antennes, deux nouveaux exemplaires », *Revue Archéologique*, XXIV, 32-63.

CRUZ PEREZ, M.L. (1990): *Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 158, Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII, Madrid.

CUADRADO DÍAZ, E. (1989): *La panoplia ibérica de “El Cigarralejo” (Mula, Murcia)*, Murcia.

CUADRADO, E.; QUESADA, F. (1989): “La cerámica ibérica de “El Cigarralejo” (Murcia). Estudio de cronología”, *Verdolay*, 1, 49-115.

CHARPY, J. J. (1987): « Les épées laténiennes à bouterolle circulaire et ajourée des IV^e et III^e siècles avant J.-C. en Champagne », *Études Celtiques*, XXIV, 43-80.

CHARPY, J.J. (ed.) (1995) : *L'Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), Mémoires de la Société Archéologique Champenoise, 9 .

CHARPY, J.J. (1998): « Comparaison entre les fibules de Münsingen du site éponyme et celles de Champagne ». MÜLLER, F. (ed.): *Das keltische Gräberfeld von Münsingen-Rain 1906-1966. Akten Internationales Kolloquium* (Münsingen/Bern, 1996), Schriften des Bernischen Historischen Museums, 2, 213-225, Bern.

CHARPY, J.J. (2009): « La question de la continuité ou de la discontinuité dans les nécropoles celtiques de la Champagne ». PINARD, E. ; DESENNE, S. (dir.) (2009) : *Les gestuelles funéraires au Second Âge du Fer, Actes de la Table Ronde* (Soissons, 2008), *Revue Archéologique de Picardie*, 2009, 3-4, 71-83.

CHARPY J. J.; RAPIN, A. (2001): « L'armement celtique de la fin du premier Âge du Fer à celle du second Âge du Fer », *Catalogue de l'exposition présente au Musée du Malgré-Tout à Treignes du 12 mai au 16 décembre 2001*, Cedarc, Belgique.

CHARPY, J.J.; ROUALET, P. (1991): *Les Celtes en Champagne: cinq siècles d'histoire*, Catálogo de la exposición (Epernay, 1991).

DAUBIGNEY, A. (2003): « Mutilations, sacrifices, guerre et territorialité celtiques ». MANDY, B.; DE SAULCE, A. (dir.): *Les marges de l'Armorique à l'Âge du Fer. Archéologie et Histoire: culture matérielle et sources écrites*, (Nantes, 1999) *Revue Archéologique de l'Ouest, Supplément*, 10, 309-354.

DAVID, D. (2001): *Analogues archéologiques et corrosion*, Paris.

DEBERGE, Y. (2008): « Armement et romanisation sur le site de Gondole (Puy-de-Dôme) ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), *Bibracte*, 14, 2008, 225-235.

DÉCHELETTE, J. (1914): *Manuel d'archéologie préhistorique celtique et gallo-romaine II. Second Age du Fer ou époque de La Tène*, Paris.

DECHEZLEPRÊTRE, T.; ADRIAN, Y.-M.; ROUDIÉ (2008): « La tombe à glaive de la nécropole de Pîtres "La Remise" (Eure) ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), *Bibracte*, 14, Glux-en-Glenne, 17-31.

DELATTRE, V.; SÉGUIER, J.-M. (2007): "Du cadavre à l'os sec". BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 605-620.

DEMOULE, J.P. (1999): *Chronologie et société dans les nécropoles celtiques de la culture Aisne-Marne du VIe au IIIe siècle avant notre ère*, Revue Archéologique de Picardie, N° spécial, 15, Châlons-en-Champagne.

DEMOULE, J.P. (2006) : « Migrations et théories migratoires aux époques préhistoriques ». VITALI (dir.) (2006) : *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire, 2 : La Préhistoire des Celtes. Actes de la Table Ronde* (Bologna, 2005), Bibracte, 12/2, Glux-en-Glenne, 17-28.

DESBAT, A.; MAZA, G. (2008): « Militaria de la moyenne vallée du Rhône (Lyon, Vienne, Valence) ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), Bibracte, 14, Glux-en-Glenne, 237-250.

DESCHLER-ERB, E.; PERNET, L.; VOIROL REYMOND, A. (2008): « Militaria républicains en territoires helvète, rauraque et valaisan ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), Bibracte, 14, Glux-en-Glenne, 265-274.

DEYBER, A. (1986): « Contribution à l'Étude de la Guerre à la fin de l'époque de La Tène: l'emploi de l'armement celtique en Gaule au premier siècle avant notre ère ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 331-342.

DEYBER, A. (2009) : *Les Gaulois en guerre. Stratégies, tactiques et techniques. Essai d'histoire militaire (IIe/Ier siècles av. J.-C.)*, Paris.

DHENNEQUIN, L. (1999): « L'armement dans le Sud-Ouest de la France au début de l'Âge du Fer », *Antiquités Nationales*, 31, 159-170.

DOBESCH, G. (1991): "Les sources littéraires". MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 35-41.

DOBSON, M. (2008): *The army of the Roman Republic. The second century BC, Polybius and the camps at Numantia, Spain*, Oxford.

DOMARADZKI, M. (1977): "Shields with metal fittings in the eastern celtic region", *Przegląd Archeologiczny*, 25, 53-95.

DOMINGO VARONA, L. (1982): "Los materiales de las necrópolis de Almaluez (Soria) conservados en el Museo Arqueológico Nacional", *Trabajos de Prehistoria*, 39, 241-278.

DOPICO CAINZOS, M.D. (1984): "La *devotio* ibérica: una revisión crítica", *Homenaje a J.M. Blázquez*, Vol. 2, 181-193.

DORE, A. (1995): "L'armamento lateniense en Italia: riflessioni e proposte per un corpus", *Ocnus (Quad. Sc. Specializ. Archeol.)*, 3, 37-45.

DRILHON, F.; DUVAL, A. (1985): "Méthode d'étude des poignards anthropoïdes de La Tène". BONNAMOUR, L.; DUVAL, A.; GUILLAUMET, J.-P. (eds.): *Les Âges du Fer dans la vallée de la Saône (VIIe-Ier siècles avant notre ère): paléométaballurgie du bronze à l'Âge du Fer, VII colloque de l'AFEAF* (Rully, 1983), *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est, Supplément*, 6, 299-308, Paris.

DUBREUCQ, E.; PININGRE, J.-F. (2007): "Un dépôt d'armes du IIIe siècle av. J.-C. à Bourguignon-les-Morey (Haute-Saône)". BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 671-680.

DUMONTIER, P.; BLANC, C. (1984): *Un tertre funéraire de l'Age du Fer, Pau (P.-A.)*, Cahier du Groupe Archéologique des Pyrénées-Occidentales, 4.

DURANTE, A. (1987): "Corredi tombale con elementi tipo La Tène dal sepolcreto di Ameglia". VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell'Italia Centro-settentrionale dal V sec. a. C. alla romanizzazione* (Bologna, 1985), Bologna, 415-436.

DUVAL, P.-M. (1966): « Les styles de l'art celtique occidental », *Actes du VIIIe Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques* (Prague, 1966), Prague, 812-817.

DUVAL, P.-M. (1977): *Les Celtes*, Paris.

DUVAL, P.-M.; KRUTA, V. (eds.) (1982): *L'art celtique de la période d'expansion. IVe et IIIe siècle avant notre ère* (Paris, 1978), Genève.

DUVAL, A. (1971): « Le cimetière Tène Ic-Tène II de la Hourgnotte, commune de Liry (Ardennes) », *Antiquités Nationales*, 3, 53-66.

DUVAL, A. (1972): « Le cimetière Tène Ic-Tène II de la Hourgnotte, commune de Liry (Ardennes)-II », *Antiquités Nationales*, 4, 35-62.

DUVAL, A.; GÓMEZ DE SOTO, J. (1986): « Quelques considérations sur les casques celtiques d'Amfreville (Eure) et d'Agris (Charente) ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, I, 239-244.

EICHBERG, M. (1987): *Scutum. Die Entwicklung einer italisch-etruskischen Schildform von den Anfängen bis zur Zeit Caesars*, Frankfurt.

FABRE, G. (1952): *Les civilisations protohistoriques de l'Aquitaine*, Paris.

FARO, J.A., CAÑADA, F., UNZU, M. (2002-2003): "Necrópolis de El Castillo (Castejón. Navarra). Primeras valoraciones campañas 2000-2001-2002", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 16, 45-78.

FARNIÉ LOBENSTEINER, C.; QUESADA SANZ, F. (2005): *Espadas de hierro, grebas de bronce. Símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la Edad del Hierro en la Península Ibérica*, Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 2, Murcia.

FERNÁNDEZ-GALIANO, D. (1979): "Notas de prehistoria seguntina", *Wad-al-Hayara*, 6, 9-48.

FERNÁNDEZ-GALIANO, D.; VALIENTE, S.; PÉREZ HERRERO, E. (1982): "La necrópolis de la Primera Edad del Hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara), campaña 1974", *Wad-al-Hayara*, 9, 9-36.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda*, Ávila.

FERNANDEZ GÓMEZ, F. (1997): *La Necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candelada, Ávila) "Las Guijas B"*, Memorias, Arqueología en Castilla y León, 4, Zamora.

FERRER, C.; RIGO, A. (2003): *Puig Castellar. Els ibers a Santa Coloma de Gramanet. Cinc anys d'intervenció arqueològica (1998-2002)*, Monografies locals, 2, Barcelona.

FERRER SOLER, A.; GIRÓ, P. (1943): "La colección prehistórica del Museo de Vilafranca", *Ampurias*, 5, 200-210.

FEUGÈRE, M. (1993): *Les armes des romains de la République à l'Antiquité tardive*, Paris.

FEUGÈRE, M. (1994): *Les casques antiques. Visages de la guerre de Mycènes a l'Antiquité tardive*, Paris.

FEUGÈRE, M. (1994b): « L'équipement militaire d'époque républicaine en Gaule », *JRMES*, 5, 3-23.

FILLOY NIEVA, I. ; GIL ZUBILLAGA, E. (1997): "Las armas de las necrópolis celtibéricas de Carasta y La Hoya (Álava, España). FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 1996), Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 137-150.

FLETCHER VALLS, D.; PLA BALLESTER, E. (1977): "50 años de actividad del SIP", *SIP Trabajos Varios*, 57, Valencia.

FLETCHER VALLS, D.; PLA BALLESTER, E.; ALCÁCER, J. (1969): *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*, II, SIP Trabajos Varios, 25, Valencia.

FRANCÈS I FARRÉ, J.; CARLÚS I MARTÍN, X. (1995): "Noves dades sobre l'assentament ibèric de Can Xercavins (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental)", *Limes*, 4-5, 45-62.

FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1991): "La fase final de las necrópolis ibéricas", *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis (Madrid 1991), Universidad Autónoma de Madrid. Varia*, 1, 587-606.

FUENTES MASCARELL, C. (2004): *La Necrópolis Celtibérica de Viñas de Portuguí (Osma, Soria). La Colección Rus y Morenas de Tejada en el Museo Arqueológico Nacional*, A Coruña.

GABALDÓN MARTÍNEZ, M^a. DEL MAR (2003): "El caballo en el mundo celta. Significado y simbolismo de los équidos entre los pueblos galos". QUESADA SANZ, F.; ZAMORA MERCHÁN, M. (eds.): *El caballo en la antigua Iberia. Estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro*, Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 19, 219-240.

GABALDÓN MARTÍNEZ, M^a. DEL MAR (2004): *Ritos de armas en la Edad del Hierro. Armamento y lugares de culto en el antiguo mediterráneo y el mundo celta*. Anejos de Gladius, 7, Madrid.

GABALDÓN MARTÍNEZ, M^a. DEL MAR (2005): "Ponis, santuarios y guerreros: la dimensión ritual del caballo en el mundo galo", *Gladius*, XXV, 265-282.

GAMBA, M. (1987): "Analisi preliminari della necropoli di Arquà Petrarca (Padova)". VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione, Atti del Colloquio Internazionale (Bologna, 1985)*, Bologna, 237-270.

GARCÉS ESTALLÓ, I.; CEBRIÀ ESCUER, A. (2002-2003): “L’estela ibèrica de Tona (Osona)”, *Pyrenae*, 33-34, 211-232.

GARCIA, D. (2006): « Les Celtes de Gaule méditerranéenne. Définition et caractérisation ». SZABÓ, M. (dir.): *Celtes et Gaulois, l’archéologie face à l’histoire, 3: les civilisés et les Barbares (du Ve au IIe siècle avant J.-C.). Actes du Colloque* (Budapest, 2005), *Bibracte*, 12/3, Glux-en-Glenne, 63-76.

GARCÍA BELLIDO, A. (1963): “Los auxiliares hispanos en los ejércitos romanos de ocupación (200 al 30 antes de J. C.)”, *Emerita*, XXXI- 2, 213-226.

GARCÍA BELLIDO, A. (1977): “Bandas y guerrillas en las luchas con Roma. El bandolerismo hispánico en la Antigüedad”, *Conflictos y estructuras sociales en la Hispania Antigua*, Madrid, 13-60.

GARCÍA CANO, C. (1990): “Notas sobre la necrópolis ibérica de Los Nietos”, *Verdolay*, 2, 161-171.

GARCÍA CANO, J.M. (1991): “Las necrópolis ibéricas en Murcia”, *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (Madrid 1991), *Universidad Autónoma de Madrid, Varia*, 1, 313-347.

GARCÍA HUERTA, M.R. (1980): “La necrópolis de la Edad del Hierro en La Olmeda (Guadalajara)”, *Wad-al-Hayara*, 7, 9-33.

GARCÍA HUERTA, R. (1997): “La guerra entre los pueblos célticos. Las fuentes literarias grecolatinas”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 223-229.

GARCÍA JIMÉNEZ, G. (2006): *Entre iberos y celtas: las espadas de tipo La Tène del noreste de la Península Ibérica*, *Anejos de Gladius*, 10, Madrid.

GARCÍA JIMÉNEZ, G. (2006b): “Las primeras producciones de antenas de la Meseta. Patrones de influencia y desarrollo morfológico de las espadas de tipo Echaury/Quesada II”, *Gladius*, 26, 19-60.

GARCÍA JIMÉNEZ, G. (2007): “L’evolució de l’exèrcit romà republicà a partir de l’experiència hispànica. De la Segona Guerra Púnica (218 a.C.) a la fundació de *Gerunda* (c.80-70 a.C.)”. PALAHÍ, LL.; NOLLA, J.M.; VIVÓ, D. (eds.): *De Kerunta a Gerunda. Els orígens de la ciutat*, Girona, 149-180.

GARCÍA LLEDÓ, F.J. (1986-87): “La técnica de construcción de algunas espadas de antenas de la Meseta”, *Zephyrus*, 39-40, 311-320.

GARCÍA-MAURIÑO MÚZQUIZ, J. (1993): “Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica. Aportación al estudio del armamento de la IIa Edad del Hierro”, *Complutum*, 4, 95-146.

GARCÍA PAREDES, A. (coord.) (2002): *Castejón: cuatro milenios de historia. Catálogo de la Exposición*, Castejón.

GARCÍA ROSELLÓ, J. (1993): *Turó dels Dos Pins, Necrópolis Ibérica*, Sabadell.

GARCÍA ROSELLÓ, J.; ZAMORA, M.; PUJOL, J. (1998): “Armament i societat a la Laietània ibérica”. *Congreso internacional: Los iberos Principes de occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica* (Barcelona, 1998), Barcelona, 309-325.

GARCÍA-SOTO MATEOS, E. (1988): “La necrópolis de San Martín de Utero (Soria)”. BURILLO, F. et alii (eds.): *Celtiberos*, Zaragoza, 87-94.

GARCÍA-SOTO MATEOS, E. (1990): “Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid, 13-38.

GARCÍA-SOTO, E. (1992): Tumbas con puñales de tipo Monte Bernorio en la necrópolis de San Martín de Utero, *II Simposio de Arqueología Soriana: homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías* (Soria, 1989), 369-388.

GARDES, P. (2001): «Habitat, territoires et évolution sociale en Aquitaine». BERROCAL-RANGEL, L.; GARDES, P. (dirs.): *Entre Celtas e Íberos. Poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 8, Madrid, 115-137.

GINOUX, N. (1995): “Lyres et dragons. Nouvelles données pour l’analyse d’un des principaux thèmes ornementaux des fourreaux laténiens”. CHARPY, J. (ed.): *L’Europe celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.* (Hautvillers, 1992), Sceaux Cedex, 60-72.

GINOUX, N. (2007): *Le thème symbolique de “la paire de dragons” sur les fourreaux celtiques (IVe-IIe siècles avant J.-C.)*, Bar International Series, 1702, Oxford.

GINOUX, N. (2009) : *Élites guerrières au nord de la Seine au début du IIIe siècle av. J.-C. La nécropole celtique du Plessis-Gassot (Val d’Oise)*, Revue du Nord, Collection Art et Archéologie, 15.

GÓMEZ DE CASO ZURIAGA, J. (2005): “El ejército cartaginés en la Primera Guerra Púnica”. COSTA, B.; FERNÁNDEZ, H. (eds.): *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica* (Eivissa, 2004), Eivissa, 73-127.

GÓMEZ DE SOTO, J. (1989): « Le passage du premier au deuxième Age du Fer en France du centre-ouest dans l'optique des relations est-ouest », *Études et Recherches Archéologiques de l'Université de Liège* (Liège, 1987), 36, 173-181.

GÓMEZ DE SOTO, J. (1991): « Le casque d'Agris ». MOSCATI, S. (coord.): *Les Celtes*, Catálogo de la exposición, Milano, 292-293.

GÓMEZ DE SOTO, J. (1994): « Sépultures aristocratiques authentiques, apparences funéraires et pratiques culturelles dans le quart sud-ouest de la Gaule à l'Age du Fer et au début de l'époque gallo-romaine », *L'Age du Fer en Europe sud-occidentale. Actes du XVIe Colloque de l'Association Française pour l'Etude de l'Age du Fer* (Agen 1992), *Aquitania*, XII, 165-182.

GÓMEZ DE SOTO, J.; LEJARS, T.; DUCONGÉ, S.; ROBIN, K.; SIREIX, C; ZELIE, B. (2007): « Du milieu du Ve au IIIe s. av.n.è. en Centre-Ouest, Aquitaine septentrionale et ouest du Massif Central ». MENNESSIER-JOUANNET, C; ADAM, A.M.; MILCENT, P.-Y. (eds.): *La gaule dans son contexte européen aux IVe et IIIe siècles avant notre ère. Actes du XVIIe Colloque International de l'AFEAF* (Clermont-Ferrand, 2003), *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, Lattes, 2007, 69-89.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1994): “Guerra, ejército y comunidad cívica en Cartago”. *Homenaje al Prof. Presedo Velo* (Sevilla, 1994), 825-835.

GORGUES, A. (2005): “Les casques Coolus-Mannheim de Vieille-Toulouse. Remarques sur les transferts d'armement a l'époque republicaine dans les provinces occidentales”, *Gladius*, 25, 83-94.

GORGUES, A.; SCHÖNFELDER, M. (2008): « Militaria d'époque césarienne à Boé (Lot-et-Garonne) et à Toulouse (Haute-Garonne). Quelques considérations ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), *Bibracte*, 14, Glux-en-Glenne, 251-263.

GRACIA ALONSO, F. (2001): « Sobre fortificaciones ibéricas. El problema de la divergencia respecto al pensamiento único », *Gladius*, XXI, 155-166.

GRACIA ALONSO, F. (2003): *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*, Barcelona.

GRAUE, J. (1974): *Die Gräberfelder von Ornavasso*, Hamburger Beiträge zur Archäologie, 1.

GROSS, V. (1886): *La Tène, un Oppidum helvète*, Paris.

GUILLAUMET, J. P. (1990): « L'armement en Europe Tempérée au Premier et Second Age du Fer 750-10 avant notre ère (Hallstatt / La Tène) ». L. BONNAMOUR (dir.): *Du silex à la poudre...4000 ans d'armement en Val de Saône*, Catàleg exposició 1990-1991, Paris, 55-63.

GUILLAUMET, J. P. (2000): « Art du Midi a l'époque gauloise, une impasse idéologique ». CHAUSSERIE-LAPRÉE, J. (dir.): *Le temps des Gaulois en Provence* (Ville de Martigues, 2000).

GUILLAUMET, J.P.; SZABO, M. (2002): « Les fourreaux d'épées de La Tène dans la vallée de la Saône au musée de Chalon-sur-Saône ». MARANSKI, D.; GUICHARD, V. (dir.): *Les Âges du Fer en Nivernais, Bourbonnais et Berry oriental: regards européens sur les âges du fer en France. Actes du XVIIe Colloque de l'AFEAF* (Nevers, 1993), *Bibracte*, 6, Glux-en-Glenne, 199-232.

GUITART, J. (1975): "Nuevas piezas de escultura prerromana en Cataluña: restos de un monumento con relieves en Sant Martí Sarroca (Barcelona)", *Pyrenae*, 11, 71-80.

GUSTIN, M. (1984): "Die kelten in Jugoslawien", *Jarhbuch des Römisch-Germanisches ZentralMuseum Mainz*, 31, 305-363.

HAFFNER, A. (1971): *Das keltisch-römische Gräberfeld von Wederath-Belginum. 1 Teil: Gräber 1-428. Ausgegraben 1954/1955*, Trierer Grabungen und Forschungen, VI, 1, Mainz.

HAFFNER, A. (1974): *Das keltisch-römische Gräberfeld von Wederath-Belginum. 2 Teil: Gräber 429-883. Ausgegraben 1956/1957*, Trierer Grabungen und Forschungen, VI, 2, Mainz.

HAFFNER, A. (1978): *Das keltisch-römische Gräberfeld von Wederath-Belginum. 3 Teil: Gräber 885-1260. Ausgegraben 1958-60, 1971 u. 1974*, Trierer Grabungen und Forschungen, VI, 3, Mainz.

HATT, J.-J.; ROUALET, P. (1977): « La chronologie de La Tène en Champagne », *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*, 107-108, T. XXVIII, fasc. 1-2, 7-36.

HAZELL, P.J (1981): "The pedite gladius", *The Antiquaries Journal*, 61, 73-82.

HELLEBRANT, M. (1999): *Celtic finds from Northern Hungary*, Corpus of Celtic Finds in Hungary, vol. III, Budapest.

HERMANN FREY, O. (1971): "Das keltische Schwert von Moscano di Fabriano", *Hamburger Beitr. Archäol.*, I: 173-179.

HERMANN FREY, O. (1987): “Sui ganci di cintura celtici e sulla prima fase di La Tène nell’Italia del nord”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell’Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione, Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna, 9-22.

HERMANN FREY, O. (1991): “La formation de la culture de La Tène”. MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 127-146.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1991): “Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)”, *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología de Extremadura (1986-1990)* (Mérida-Cáceres, 1991), *Extremadura Arqueológica*, II, 255-267.

HERNÁNDEZ, F.; GALÁN, E. (1996): *La necrópolis de “El Mercadillo” (Botija, Cáceres)*, Extremadura Arqueológica, VI.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; GALÁN, E.; MARTÍN BRAVO, A.M. (2008): “La necrópolis prerromana de El Romazal I (Plasenzuela, Cáceres)”, *Arqueología vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro, Zona Arqueológica*, 12, Alcalá de Henares, 323-335.

HODSON, F.R. (1968): *The La Tène Cemetery at Münsingen-Rain, Catalogue and Relative Chronology*, Acta-Bernensia, V, Bern.

HORVAT, J. (1997): “Roman Republican weapons from Smihel in Slovenia”. FEUGÈRE, M. (dir.): *L’équipement militaire et l’armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference* (Montpellier, 1996), *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 105-120.

IRIARTE, A.; GARCÍA, M.L.; FILLOY, I.; SESMA, J. (1996): “El depósito de armas de La Azucarera (Alfaro, La Rioja)”, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 4, 173-194.

IRIARTE, A.; GIL, E.; FILLOY, I.; GARCÍA, M.J. (1997): “A votive deposit of Republican weapons at Gracurris. (Alfaro, La Rioja, Spain)”. FEUGÈRE, M. (dir.): *L’équipement militaire et l’armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference* (Montpellier, 1996), *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 233-250.

ISTENIC, J. (2000): “A roman late-republican gladius from the river Ljubljana (Slovenia)”, *Arheoloski vestnik*, 51, 171-182.

IZQUIERDO PERAILE, I. (1999): “Un lote de armamento ibérico procedente de la necrópolis del Mas de Barberán (Nogueruelas, Teruel)”, *Gladius*, XIX, 97-120.

IZQUIERDO, P; SOLIAS, J.M. (1991): “Dos cascos de bronce de tipología etrusca procedents d’un derelict romà trobat a l’ancoratge de Les Sorres (Gavà, Baix Llobregat), *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, 601-614.

JACOBSTHAL, P. (1944): *Early Celtic Art*, II vols, Oxford, 1969.

JANNORAY, J. (1955): *Ensérune. Contribution à l’etude des civilisations préromaines de la Gaule méridionale*, Biblioteque des Ecoles Françaises d’Athenes et Rome, 181, Paris.

JIMENO MARTÍNEZ (ed.) (2005): *Catálogo de la Exposición: Celtiberos. Tras la estela dde Numancia*, Soria.

JIMENO MARTÍNEZ, A. (2006): “La Numancia que acogió a los segedenses”. BURILLO MOZOTA, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Zaragoza, 261-279.

JIMENO, A.; DE LA TORRE, J.I; BERZOSA, R.; MARTÍNEZ, J.P. (2004): *La necrópolis Celtibérica de Numancia*, Memorias: Arqueología en Castilla y León, 12, Valladolid.

JUD, P. (2007): « Les ossements humains dans les sanctuaires laténiens de la région des Trois-Lacs ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L’âge du Fer dans l’arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l’âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l’AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 391-398.

JUNKELMANN, M. (2000): *Römische Helme*, Sammlung Axel Guttman, VIII, Mainz am Rhein.

JUSTE ARRUGA, M.N. (1989): “Informe sobre las actuaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de la Avd. Martínez de Velasco (Huesca)”, *Arqueología Aragonesa*, 362-370.

JUSTE ARRUGA, M.N. (1993): “Hacia los orígenes de Bolskan. Documentada en Huesca una necrópolis tumular protohistórica”, *Revista de Arqueología*, 141, 30-37.

JUSTE, M.N; PALACÍN, M. V. (1987): “Avenida Martínez de Velasco (Huesca)”, *Arqueología Aragonesa*, 1985, 185-188.

JUSTE ARRUGA, M.N.; PALACÍN, M.V. (1989): “Avance de los resultados de las excavaciones efectuadas en el casco urbano de Huesca: contribución de la Arqueología Urbana al conocimiento de la ciudad en la época antigua”, *Bolskan*, 6, 123-139.

KAENEL, G. (1990): *Recherches sur la période de La Tène en Suisse occidentale. Analyse des sépultures*, Cahiers d’Archéologie Romande, 50, Lausanne.

KAENEL, G. (1990b): « La dendrochronologie appliquée aux IIe et Ier siècles avant J.-C. » DUVAL, A.; MOREL, J.P.; ROMAN, Y. (eds.): *Gaule Interne et Gaule Méditerranéenne aux IIe et Ier siècles avant J.-C. Confrontations chronologiques* (Vallbonne, 1986), 321-326.

KAENEL, G. (1998): « Vevey, Münsingen, Saint-Sulpice...Où sont les autres nécropoles celtiques du Plateau suisse? ». MÜLLER, F. (ed.): *Das keltische Gräberfeld von Münsingen-Rain 1906-1966. Akten Internationales Kolloquium* (Münsingen/Bern, 1996), Schriften des Bernischen Historischen Museums, 2, 49-59, Bern.

KAENEL, G. (2007): « Autour du site de La Tène... ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 343-345.

KAVANAGH DE PRADO, E. (2008): "El puñal bidiscoidal peninsular. Estudio tipológico, cronológico y geográfico y análisis de su relación con el puñal militar romano", *Gladius*, 28, 5-85.

KEPPIE, L. (1984): *The Making of the Roman Army. From Republic to Empire*, London.

KOVÁCS, T.; PETRES, É.; SZABÓ, M. (eds.) (1987): *Transdanubia 1, Corpus of Celtic Finds in Hungary*, vol. I, Budapest.

KNEZ, T. (1966): "Latenske najdbe iz Novega Mesta", *Arheoloski Vestnik*, XVII, 391-407.

KRUTA, V. (1978): « Celtes de Cispadane et Transalpins aux IVème et IIIème siècles avant notre ère: données archéologiques », *Studi Etruschi*, XLVI, 149-174.

KRUTA, V. (1979): « Duchcov-Münsingen: nature et diffusion d'une phase laténienne ». DUVAL, P., KRUTA, V. (eds.): *Les mouvements celtiques du Ve au Ier siècle avant notre ère. Actes du XXVIIIe colloque du IXe Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques* (Nice 1976), Paris, 81-115.

KRUTA, V. (1991): "Les celtes de la première expansion historique". MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 195-213.

KRUTA, V.; LAMBOT, B.; LARDY, J. M.; RAPIN, A. (1984): « Les fourreaux d'Epiais-Rhus (Val-d'Oise) et de Saint-Germainmont (Ardennes) et l'art Celtique du IVe Siècle av. J.-C. », *Gallia*, 42. I, 1-20

KRUTTA-POPPI, L. (1975): « Les Celtes a Marzabotto (province de Bologne) », *Etudes Celtiques*, 14, 345-376.

KRUTA-POPPI, L. (1979): « La sépulture de Ceretolo (province de Bologne) et le facies boien du IIIe siècle avant notre ère », *Etudes Celtiques*, 16, 7-25.

KRUTA POPPI, L. (1986): « Épées laténiennes d'Italie centrale au Musée des Antiquités Nationales », *Etudes Celtiques*, 23, 33-80

KRUTA-POPPI, L. (1987): “Spade lateniani dell’Italia centrale in collezioni francesi”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell’Italia centro-settentrionale dal V sec. a.C. alla romanizzazione (Bologna, 1985)*, Bologna, 469-475.

KURTZ, W.S. (1987): *La necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajuares*, BAR International Series, 334, Oxford.

KURTZ, W.S. (1993) : « Un posible tema heroico ibérico », *Saguntum*, 26, 239-245.

KURTZ, W.S. (1994): « Recensión a P.F. Stary: Zur Eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweise auf der Iberischen Halbinsel », *Trabajos de Prehistoria*, 51.2, 200-203.

LABROUSSE, M.; VERNEHT, A. (1974): « Dans un aven du Larzac », *Memoires de la Societé Archéologique du Midi de la France*, XXXVIII, 69-86.

LAMBOT, B. (1995): “Un exemple de peuplement a La Tène Ancienne. Acy-Romance (Ardennes)”. CHARPY, J.J. (ed.): *L’Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), 161-168.

LAMBOT, B.;MENIEL, P. (2000): « Le centre communautaire et cultuel du village gaulois d’Acy-Romance dans son contexte régional ».VERGER, G. (ed.): *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen. Etude comparée à partir du Sanctuaire d’Acy-Romance(Ardennes, France)*, École française de Rome, Paris, 7-139.

LANDOLFI, M. (1978) : « Il sepolcreto di Montefortino di Arcevia ». SANTORO, (ed.): *I Galli e l’Italia, Catalogo della Mostra*, Roma.

LANDOLFI, M. (1987) : “Presenze galliche nel Piceno a sud del fiume Esino”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell’Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione, Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna, 443-468.

LANDOLFI, M. (1991): "La tombe de Moscano Fabriano". MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O.; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 287.

LE BOHEC, Y. (1997) : « L'armement des Romains pendant les Guerres Puniques d'après les sources littéraires ». FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.)*. 10th International Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 1996) *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 13-24.

LECONTE, L. (1991): « Les nécropoles laténiennes de St-Maur-des-Fossés (Val-de-Marne) », *Antiquités Nationales*, 22-23, 51-79.

LECONTE, S. (1993): « Les agrafes de ceinture ajourées de la Tène ancienne en Gaule », *Antiquités Nationales*, 25, 51-79.

LECONTE, S. (1995): « Les agrafes de ceinture ajourées à Ensérune, études et comparaisons interrégionales », *Etudes Celtiques*, 31, 7-47.

LEJARS, T. (1989): « Les armes des sanctuaires poitevins d'époque préromaine de Faye-l'Abbesse (Deux-Sèvres) et de Nalliers (Vendée) », *Gallia*, 46, 1-41.

LEJARS, T. (1991): « L'apparition des grands sanctuaires au IIIe siècle avant notre ère », *IX Congrès International d'Etudes Celtiques*, *Etudes Celtiques*, 28, 237-257.

LEJARS, T. (1994): *Gournay III. Les fourreaux d'épée*, Paris.

LEJARS, T. (1996): « L'armement des Celtes en Gaule du Nord à la fin de l'époque gauloise », *Revue Archeologique du Picardie*, 3/4, 79-103.

LEJARS, T. (1996b): « Les armes en fer: une source d'information privilégiée pour l'étude du fonctionnement des sanctuaires celtiques », *L'armement celtique en fer. Résultats et perspectives d'une politique scientifique de restauration*, *MEFRA*, 108.2, 607-630.

LEJARS, T. (1998): « Des armes celtiques dans un contexte culturel particulier: le "charnier" de Ribemont-sur-Ancre (Somme) », *Revue Archéologique de Picardie*, 1/2, 233-244.

LEJARS, T. (2000): "Le mobilier métallique d'époque gauloise". BRUNAUX, J.L. (ed.): Ribemont-sur-Ancre (Somme). Bilan préliminaire et nouvelles hypothèses, *Gallia*, 56, 245-253.

LEJARS, T. (2003): « Les fourreaux d'épée laténiens. Supports et ornements ». VITALI, D. (éd.): *L'immagine tra mondo celtico e mondo etrusco-italico. Aspetti della cultura figurativa nell'antichità*

(Bologna, 2003), *Alma Mater Studiorum, Università de Bologna, Dipartimento di Archeologia, Studi e Scavi*, 20, 9-70.

LEJARS, T. (2006): « Les celtes d'Italie ». SZABÓ, M. (dir.): *Celtes et Gaulois, l'archéologie face à l'histoire, 3: les civilisés et les Barbares (du Ve au IIe siècle avant J.-C.)*. Actes du Colloque (Budapest, 2005), *Bibracte*, 12/3, Glux-en-Glenne, 1-20.

LEJARS, T. (2007): « La Tène: les collections du Musée Schwab à Bienne (canton de Berne) ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer*. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF (Bienne, 2005), Besançon, 357-365.

LEJARS, T. (2008): « Les guerriers et l'armement celto-italique de la nécropole de Monte Bibele ». VITALI, D.; VERGER, S. (eds.): *Tra mondo celtico e mondo italico. La necropoli de Monte Bibele. Atti della Tavola Rotonda* (Roma, 1997), 127-222.

LEJARS, T.; VERGER, S.; VITALI, D. (2002): "Monterenzio (prov. de Bologne): la nécropole celto-étrusque de Monterenzio Vecchio", *MEFRA*, 114.1, 517-530.

LENERZ DE WILDE, M. (1986): « Art Celtique et armes Ibériques ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, I, 273-280.

LENERZ DE WILDE, M. (1991): *Iberia Celtica. Archäologische Zeugnisse Keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*, II vols, Stuttgart .

LENERZ DE WILDE, M. (2000-2001): "Los Celtas en Celtiberia", *Zepirus*, LIII-LIV, 323-351.

LENERZ DE WILDE, M. (2008): « Guerriers celtiques dans la Péninsule Ibérique: les équipements militaires ». VITALI, D.; VERGER, S. (eds.): *Tra mondo celtico e mondo italico. La necropoli de Monte Bibele. Atti della Tavola Rotonda* (Roma, 1997), 349-358.

LLANOS ORTIZ, A. (1990): "Necrópolis del Alto Ebro". F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid, 137-147.

LOLLINI, D.G. (1979): « I Senoni nell'Adriatico alla luce delle recenti scoperte ». DUVAL, P.M.; KRUTA, V. (eds.): *Les mouvements celtiques du Ve au Ier siècle avant notre ère* (Nice, 1976), Paris, 55-79.

LOPEZ MONTEAGUDO, G. (1987): “Las “cabezas cortadas” en la Península Ibérica”, *Gerion*, 5, 245-252.

LORENZ, H. (1986): « Associations d’armes dans les sépultures de La Tène Ancienne en Europe de l’ouest: un reflet de l’armement? ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 281-284.

LORRIO, A.J. (1990): “La Mercadera (Soria): organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid, 39-50.

LORRIO, A. J. (1993): “La evolución de la panoplia celtibérica”, *Madrid Mitteilungen*, 35, 212-258.

LORRIO, A.J. (1994): « L’armement des Celtibères: phases et groupes », *L’Age du Fer en Europe sud-occidentale. Actes du XVIe Colloque de l’Association Française pour l’Etude de l’Age du Fer* (Agen 1992) *Aquitania*, XII, 391-414.

LORRIO, A.J. (1995): “El armamento de los celtiberos a través de la iconografía monetar”, *I Encuentro Peninsular de Numismática Antigua. La moneda hispánica: ciudad y territorio* (Madrid, 1994), Madrid, 75-80.

LORRIO, A. J. (1997): *Los celtiberos*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 25, 2ª Edición ampliada y actualizada, Madrid, 2005.

LORRIO, A. J. (2002): “Problemas de cronología en la panoplia celtibérica”. MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coord.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*, Collection de la Casa de Velázquez, 78, Madrid, 65-85.

LORRIO, A.J. (2004): “Juan Cabré y el armamento de la Edad del Hierro céltica”. BLANQUEZ, J.; RODRÍGUEZ NUERE, B. (eds.): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*, Madrid, 263-297.

LORRIO, A.J. (2005): “Elites guerreras”. JIMENO MARTÍNEZ (ed.): *Catálogo de la Exposición: Celtiberos. Tras la estela de Numancia*, Soria, 271-278.

LORRIO, A.J. (2008): “El armamento vetón”. *Arqueología vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro, Zona Arqueológica*, 12, Alcalá de Henares, 253-274.

LORRIO, A.J.; RUIZ ZAPATERO, G. (2005): "The Celts in Iberia: an overview", *e-keltoi. Journal of Interdisciplinary Celtic Studies*, 6, 167-254.

LORRIO, A.J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M.D. (2009): *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*, Caesaraugusta, 80, Zaragoza.

LUCZKIEWICZ, P. (2000): "Zur späteisenzeitlichen Bewaffnung in Polen", *Jarhbuch des Römisch-Germanischen ZentralMuseum Mainz*, 47-1, 355-437.

LUIK, M. (2002): *Die funde aus dem Römischen Lager um Numantia*, Römisch-Germanische Zentralmuseum, Mainz.

MANIQUET, C. (dir.) (2009): *Les guerriers gaulois de Tintignac*, Limoges.

MAR, R.; RUIZ DE ARBULO, J. (1984): *Ampurias romana. Historia, arquitectura y arqueología*, Sabadell.

MARCADAL, Y; FEMENIAS, J.-M. (2001): "Une sépulture remarquable du Ier s. av. J.-C. à Servanes (Mouriès, B.-du-Rh.)", *Documents d'Archéologie Méridionale*, 24, 185-199.

MARCO SIMÓN, F. (2004): "Acerca de las migraciones célticas a la Península Ibérica". MARCO SIMÓN, F.; PINA POLO, F.; REMESAL, J. (eds.) (2004): *Vivir en tierra extraña: emigración e inmigración cultural en el mundo antiguo (Zaragoza, 2003)*, Zaragoza, 77-93.

MARCOS POUS, A. (1996): "De situ Gracurris: desde el siglo XVI hasta las excavaciones inéditas de 1969", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 107-171.

DE MARINIS, R. (1986): "L'età gallica in Lombardia (IV-I sec. a.C.): risultati delle ultime ricerche e problemi aperti", *Atti 2° Convegno archeologico regionale. La Lombardia fra protostoria e romanità (Como, 1984)*, 93-173, Como, 1986.

MARKLE, M.M. (1999): « La sarisse macédonienne, la lance et l'équipement connexe ». BRULÉ, P. ; OULHEN, J. (eds.) : *La guerre en Grèce à l'époque classique*, Rennes, 149-172.

MARTÍN ORTEGA, A. (2000): "L'oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret. Aportació de les intervencions arqueològiques recents al coneixement dels sistemes defensius i de l'urbanisme". BUXÓ, R.; PONS, E. (dirs.): *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Llenguadoc Occidental. Actualitat d'arqueologia de l'Edat del Ferro. Actes del XXI Col.loqui Internacional per a l'Estudi de l'Edat del Ferro (Girona 1998)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, Serie Monogràfica, 19, Girona, 107-121.

MARTÍN, A.; CARAVACA, J.; CASAS, S.; CODINA, F.; MARGALL, J.; DE PRADO, G. (2000): “Excavacions a l’oppidum del Puig de Sant Andreu d’Ullastret (Baix Empordà). Campanyes de 1998 i 1999”, *Cinquenes Jornades d’Arqueologia de les Comarques de Girona* (Olot, 2000), 68-73.

MARTÍN, A.; CASAS, S.; CODINA, F.; MARGALL, J.; DE PRADO, G. (2002): “Excavacions a l’oppidum del Puig de Sant Andreu d’Ullastret (Baix Empordà). Campanyes de 2000 i 2001”, *Sisenes Jornades d’Arqueologia de les Comarques de Girona* (Sant Joan de les Abadesses, 2002), 87-91.

MARTÍN, A.; GENÍS, M.T. (1993): “Els jaciments ibèrics del Puig de la Serra (Serra de Daró). Segles VI-IV a.C.”, *Estudis del Baix Empordà*, 12, 5-48.

MARTÍN, A.; MATARÓ, M.; CARAVACA, J. (1997): “Un edifici cultural de la segona meitat del segle III a.C. a l’Illa d’en Reixac (Ullastret, Girona)”, *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 18, 43-70.

MARTIN-KILCHER, S. (1981): « Das keltische Gräberfeld von Vevey VD », *Annuaire de la Societé Suisse de Préhistoire et d’Archéologie*, 64, 107-156.

MARTÍN VALLS, R. (1986-87): “La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización”, *Zephyrus*, 39-40, 59-86.

MARTÍNEZ, P.P.; BERZOSA, R.; DE LA TORRE, J.I.; JIMENO, A. (2005): “Las necrópolis del Alto Duero”. JIMENO MARTÍNEZ (ed.): *Catálogo de la Exposición: Celtíberos. Tras la estela dde Numancia*, Soria, 245-252.

MARTÍNEZ GARCÍA, J.M. (1988): “Materiales de la Segunda Edad de Hierro en la Plana de Utiel”, *Anales de la Academia de Cultura Valenciana*, 66, 75-105.

MARTÍNEZ GÁZQUEZ, J. (1974): *La campaña de Catón en Hispania*, Madrid.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, C. (1992): “El armamento de la necrópolis celtibérica de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria): espadas y puñales”, *II Symposium de Arqueologia Soriana: homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías* (Soria, 1989), I, Soria, 559-569.

MEDUNA, J. (1961): *Staré Hradisko*, Fontes Arch. Moravicae, II, Brno, 1961.

MEDUNA, J. (1970): *Staré Hradisko II*, Fontes Arch. Moravicae, V, Brno, 1961.

MIKS, C. (2007): *Studien zur römischen Schwertbewaffnung in der Kaiserzeit*, Kölner Studien zur Archäologie der Römischen Provinzen, 8, 2 vols., Rahden/Westf.

MILCENT, P.-Y. (2006): «Premier âge du Fer médio-atlantique et genèse multipolaire des cultures matérielles laténiennes». VITALI (dir.) (2006) : *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire, 2 : La Préhistoire des Celtes. Actes de la Table Ronde* (Bologna, 2005), Bibracte, 12/2, Glux-en-Glenne, 81-106.

MOHEN, J. P. (1979): «La présence celtique de La Tène dans le sud-ouest de l'Europe: indices archéologiques». DUVAL, P.-M.; KRUTA, V. (eds.): *Les mouvements celtiques du Ve au Ier siècle avant notre ère* (Nice, 1976), Paris, 29-48.

MOHEN, J.P. (1980): *L'Age du Fer en Aquitaine*, Mémoires de la Société préhistorique française, 14, Paris.

MOOSLEITNER, F.; PAULI, L.; PENNINGER, E. (1974): *Der Dürrnberg bei Hallein II. Katalog der Grabfunde aus der Hallstatt-und Latènezeit*, München.

MORET, P. (2001): "El buen uso de las murallas Ibéricas", *Gladius*, XXI, 137-144.

MORET, P. (2005): « À propos d'un récent article sur la protohistoire catalane », *Pyrenae*, 36.2, 143-150.

MORET, P. (2003): «Fortifications ibériques tardives et défense du territoire en Hispanie Citerieure». MORILLO, A.; CADIOU, F.; MOURCADE, D. (coord.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto: espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales* (Leon, 2001), Leon, 159-183.

MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coords.) (2002): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid.

MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.) (1991): *Les Celtes*, Paris, 2001

MÜLLER, F. (1990): *Der Massenfund von der Tiefenau bei Bern*, Antiqua, 20. Basel.

MÜLLER, F. (1992): «La Tène (canton de Neuchâtel) et Port (canton de Berne): les sites, les trouvailles et leur interprétation». KAENEL, G; CURDY, P. (dir.): *L'âge du Fer dans le Jura*, (Pontarlier/Yverdon-les-Bains, 1991), Cahiers d'Archéologie Romande, 57, Lausanne, 323-328.

MÜLLER, F. (2007): “Die Waffenfund bei den Zihlbrücken”. KURT, W. et alii (eds.): *La Tène: die Untersuchung, die Fragen, die Antworten*, 97-101, Biel.

MÜLLER, F. (2007b): « Les dépôts en milieu humide dans la région des Trois-Lacs (Suisse): un bilan de l'information disponible ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 347-351.

NAEF, A. (1902-1903): “Le cimetière gallo-helvète de Vevey”, *Anzeiger Schweizerische Altertumskunde*, 1901-1902.

DE NAVARRO, J. M. (1972): *The finds from the site of la Tène. Scabbards and the swords found in them*, II vols, London.

NEGUERUELA MARTÍNEZ, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*, Madrid.

NUÑEZ PARIENTE DE LEON, E.; MUÑOZ TINOCO, J. (1988): “Excavación en la necrópolis del Cerro de las Balas. Ecija. Sevilla”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 3, 429-433.

NUÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E.; QUESADA SANZ, F. (2000): “Una sepultura con armas de la Baja Época Ibérica (o época romana republicana) en la necrópolis del “Cerro de las Balas” (Écija, Sevilla)”, *Gladius*, XX, 191-220.

OLÀRIA, C.; MANYANÓS, A. (1999): “Los materiales celtas y de influencia céltica pertenecientes a necrópolis y poblados del área central del litoral mediterráneo peninsular ibérico”. COUSQUER, Y.; HELIOS, J.; OMNÈS, R. (dir.): *Les celtes et la Péninsule Ibérique. Actes du Colloque International* (Brest, 1997), *Triade*, 5, 111-140.

OLIVA PRAT, M. (1956): “Actividades de la delegación provincial del Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas de Gerona en 1956”, *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, XI, 269-338.

OLLICH CASTANYER, I.; ROCAFIGUERA, M. (1994): *L'oppidum ibèric de l'Esquerda. Campanyes 1981-1991 (Les Masies de Roda de Ter. Osona)*, Barcelona.

OLLICH, I.; AMBLÀS, O.; OCAÑA, M.; ROCAFIGUERA, M.; GOULA, M.C. (2006): *Desperta Ferro! Vida quotidiana, treball, comerç i guerra a l'Esquerda*, Roda de Ter.

OLMOS ROMERA, R. (1986): “Notas conjeturales de iconografía celtibérica. Tres vasos de cerámica policroma de Numancia”, *Numantia*, 2, 215-225.

OLMOS, R. (1996): “Las incertidumbres de los lenguajes iconográficos: las páteras de plata ibéricas”, *Coloquio Internacional: Iconografía ibérica, iconografía itálica*, (Roma, 1993), *Universidad Autónoma de Madrid, Varia*, 3, 91-102.

ORTALLI, J. (2008): “L’insediamento celtico di Casalecchio di Reno (Bologna)”. VITALI, D.; VERGER, S. (eds.): *Tra mondo celtico e mondo italico. La necropoli de Monte Bibele. Atti della Tavola Rotonda* (Roma, 1997), 299-322.

ORTEGO FRIAS, T. (1983): “La Necrópolis arévaca de La Revilla (Soria)”, *XVI Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, 573-583.

PADDOCK, J. (1985): “Some changes in the manufacture and supply of roman bronze helmets under the Late Republic and Early Empire”. BISHOP, M.C. (ed.) (1985): *The Production and Distribution of Roman Military Equipment, Proceedings of the Second Roman Military Equipment Research Seminar*, BAR S, 275, Oxford, 142-159.

PAZ ESCRIBANO, M. (1980): “La necrópolis céltica de El Atance (Guadalajara)”, *Wad-al-Hayara*, 7, 35-59.

PÉREZ CASAS, J.A. (1988): “El armamento”. BURILLO, F. *et alii: Celtiberos*, Zaragoza, 115-122.

PERICOT, L.; COROMINAS, J.M.; OLIVA, M.; RIURÓ, F.; de PALOL, P. (1952): “Excavaciones en el poblado de San Julián de Ramis”, *La labor de la Comisaría provincial de Excavaciones Arqueológicas de Gerona durante los años 1942 a 1948, Informes y Memorias*, 27, 96-101.

PERNET, L. (2008): « L’armement républicain des nécropoles de Giubiasco et d’Ornavasso. Des tombes d’auxiliaires dans les vallées alpines ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César. Militaria tardo-républicains en contexte gaulois, Actes de la table ronde* (Glux-en-Glenne, 2002), *Bibracte*, 14, Glux-en-Glenne, 275-293.

PERNET, L. (2009) : « La datation des épées et des fourreaux celtiques de Port ». HONNEGGER, M. ; RAMSEYER, D. ; KAENEL, G. ; ARNOLD, B. (dir.) : *Le site de La Tène : bilan des connaissances – état de la question. Actes de la Table ronde internationale* (Neuchâtel, 2007), *Archéologie neuchâteloise*, 43, 125-135.

PERNET, L. (2010) : *Armement et auxiliaires gaulois (IIe et Ier siècles avant notre ère)*, Protohistoire européenne, 12, Montagnac.

PERNET, L.; CARLEVARO, E.; TORI, L.; VIETTI, G.; DELLA CASA, P.; SCHMID-SIKIMIC, B. (2006): *La necropoli dei Giubiasco (T.I) II: les tombes de La Tène Finale et d'époque romaine*, Zurich.

PERNET, L.; POUX, M.; TEEGEN, W.-R. (2008): « Militaria gaulois et romains sur l'oppidum de Bibracte, Mont Beauvray (Nièvre) ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), Bibracte, 103-139.

PERNET, L.; SCHMID-SIKIMIC, B. (2007): « Le *Brandopferplatz* de Wartau-Ochsenberg (canton de Saint-Gall) dans son contexte régional ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 819-834.

PETRES, E. F.; SZABÓ, M. (1986): « Notes on the so-called Hatvan-Boldog type Scabbards ». DUVAL, A.; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 257-272.

PLEINER, R. (1993): *The Celtic Sword*, Oxford.

PLENS, M.; RAFEL, N. (2002): "La necròpoli de la Pedrera (Vallfogona-Térmens)". RIBES FOGUET, J.L. (ed.): *Sala d'Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d'Arqueologia, 2, Lleida.

PONS I BRUN, E. (1997): "Estructures, objectes i fets culturals en el jaciment protohistòric de Mas Castellar (Pontós, Girona)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18, 71-89.

PONS BRUN, E. (dir.) (2002): *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, Sèrie monogràfica, 21, Girona.

POUX, M. (2008): « L'empreinte du militaire tardo-républicain dans les faciès mobiliers de La Tène finale: caractérisation, chronologie et diffusion de ses principaux marqueurs ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), Bibracte, 14, Glux-en-Glenne, 299-432.

PRESEDO VELO, F. (1982): *La necrópolis de Baza*, Excavaciones Arqueológicas en España, 119. Madrid.

PRIETO ARCINIEGA, A. (1978): “La devotio ibérica como forma de dependencia en la Hispania prerromana”, *Memorias de Historia Antigua*, II, 131-135.

PUIG I CADAFALCH, J. (1910-11): “Troballa d’armes i restes de màquines de guerra”, *Anuari de l’Institut d’Estudis Catalans*, 4, 671-672.

PUIG I CADAFALCH, J. (1915-20): “Espases del període II de La Tène trobades a Empúries”, *Anuari de l’Institut d’Estudis Catalans*, 6, 710-712.

PUJOL DEL HORNO, J.; GARCIA ROSELLÓ, J. (1982-83): “El grup de sitges de Can Miralles-Can Modolell (Cabrera de Mar, Maresme). Un jaciment d’època ibèrica situat en la rodalia del poblat ibèric de Burriac”, *Laietania*, 2-3, 46-146.

PUJOL PUIGVEHÍ, A. (1989): *La población prerromana del extremo nordeste peninsular*, II vols, Bellaterra.

QUESADA SANZ, F. (1989): *Armamento, Guerra y Sociedad en la Necrópolis Ibérica de “El Cabecico del Tesoro”*. Murcia, España, B. A. R. International Series, 502, II vols, Oxford.

QUESADA SANZ, F. (1990): “Armamento de supuesta procedencia meseteña en las necrópolis ibéricas de Murcia”. BURILLO, F. (coord.): *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos* (Daroca, 1988), Zaragoza, 231-240.

QUESADA SANZ, F. (1992): *Arma y símbolo: la falcata ibérica*, Madrid.

QUESADA SANZ, F. (1992b): “Notas sobre el armamento ibérico de Almedinilla”, *Anales de Arqueología Cordobesa*, 3, 113-135.

QUESADA SANZ, F. (1994): “Riqueza y jerarquización en necrópolis ibéricas: Los ajuares”, *Homenaje al profesor J.M. Blázquez*, Vol.II, Madrid, 447-466.

QUESADA SANZ, F. (1994b): “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: La cuestión del mercenariado. (1)”. VAQUERIZO GIL, D. (coord.): *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y Península Ibérica*, Córdoba, 191-246.

QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum, II vols, Montagnac.

QUESADA SANZ, F. (1997b): “¿Jinetes o Caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 185-194.

QUESADA SANZ, F. (1997c): “Aspectos de la guerra en el mediterráneo antiguo”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 33-52.

QUESADA SANZ, F. (1997d): « Les forces dels antagonistes », *Indibil i Mandoni, Reis i Guerrers*, Lleida, 5;8-68.

QUESADA SANZ, F. (1997e): Montefortino-type and related helmets in the Iberian Peninsula: a study in archaeological context. FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.)*. 10th International Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 1996), *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 151-166.

QUESADA SANZ, F. (1997f): “Gladius hispaniensis: an archeological view from Iberia”. FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.)*. 10th International Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 1996), *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 251-270.

QUESADA SANZ, F. (1998): “Aristócratas a caballo y la existencia de una verdadera “caballería” en la cultura ibérica: dos ámbitos conceptuales diferentes”, *Congreso Internacional: Los iberos Principes de occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica* (Barcelona 1998), Barcelona, 169-183.

QUESADA SANZ, F. (1999-2000): Territorio, etnicidad y cultura material. Estelas “del Bajo Aragón”... en Cataluña nororiental, *Kalathos*, 18-19, 95-106.

QUESADA SANZ, F. (2000): “¿De filo o de punta? La Antigüedad hispana”, *Catálogo de la Exposición “El filo de la cultura”* (Valencia 2000), Valencia, 138-149.

QUESADA SANZ, F. (2001): “En torno al análisis táctico de las fortificaciones Ibéricas. Algunos puntos de vista alternativos”, *Gladius*, XXI, 145-154.

QUESADA SANZ, F. (2002): “Armas y arreos de caballo en la protohistoria peninsular. Problemas de la documentación y líneas de investigación prioritarias”. MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coords.) 2002: *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid, 1-34.

QUESADA SANZ, F. (2002b): “La evolución de la panoplia. Modos de combate y tácticas de los iberos”. MORET, P.; QUESADA SANZ, F. (coords.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss.VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid, 35-64.

QUESADA SANZ, F. (2002c): “Espasa de fulla recta tipus La Tène”. RIBES FOGUET, J.L. (ed.): *Sala d’Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d’Arqueologia, 2, Lleida, 196-197.

QUESADA SANZ, F. (2002d): “Casc”. RIBES FOGUET, J.L. (ed.): *Sala d’Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d’Arqueologia, 2, Lleida, 203-204.

QUESADA SANZ, F. (2002e): “Falcata”. RIBES FOGUET, J.L. (ed.): *Sala d’Arqueologia. Catàleg*, Quaderns de la Sala d’Arqueologia, 2, Lleida, 205-206.

QUESADA SANZ, F. (2003): “La guerra en las comunidades ibéricas (c. 237-c.195 a.C.): un modelo interpretativo”. MORILLO, A.; CADIOU, F.; MOURCADE, D. (coord.): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto: espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales* (Leon, 2001), Leon, 101-156.

QUESADA SANZ, F. (2003b): “¿Espejos de piedra? Las imágenes de armas en las estatuas de los guerreros llamados galaicos”, *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen. Tagung des Deutschen Archäologischen Instituts* (Lisboa, 2002), *Madriider Mitteilungen*, 44, 87-112.

QUESADA SANZ, F. (2003c): “El legionario romano en época de las Guerras Púnicas: Formas de combate individual, táctica de pequeñas unidades e influencias hispanas”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 16, 163-196.

QUESADA SANZ, F. (2004): “Innovaciones de raíz helenística en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el siglo III a.C”. BENDALA GALÁN, M.; MORET, P.; QUESADA SANZ, F.(coord.): *Formas e imágenes del poder en los siglos III y II a.C. Modelos helenísticos y respuestas indígenas* (Madrid 2004), Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 28-29 (2002-2003), Madrid, 69-94.

QUESADA SANZ, F. (2005): “Patterns of interaction: “Celtic” and “Iberian” weapons in Iron Age Spain”, *Celtic Connections, II: 10th International Congress of Celtic Studies*, (Edinburgh, 1995), Edinburgh.

QUESADA SANZ, F. (2005b): “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”. COSTA, B.; FERNÁNDEZ, H. (eds.): *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica* (Eivissa, 2004), Eivissa, 129-161.

QUESADA SANZ, F. (2005c): “El gobierno del caballo montado en la Antigüedad Clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la sila de montar, estribos y herraduras”, *Gladius*, XXV, 97-150.

QUESADA SANZ, F. (2006): “Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153”. BURILLO MOZOTA, F. (ed.): *Segeda y su contexto histórico entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Zaragoza, 149-167.

QUESADA SANZ, F. (2006b): “Armamento indígena y romano republicano en Iberia (siglos III-I a.C.): compatibilidad y abastecimiento de las legiones republicanas en campaña”. MORILLO, A. (ed.): *Arqueología militar romana en Hispania II. Producción y abastecimiento en el ámbito militar*, León, 75-96.

QUESADA SANZ, F. (2006c): “Not so different: individual fighting techniques and small unit tactics of Roman and Iberian armies within the framework of warfare in the Hellenistic Age”. FRANÇOIS, P.; MORET, P.; PÉRÉ-NOGUÈS, S. (eds.): *L'Hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260-180 av. J.-C.)*, Actes du Colloque international de Toulouse (Toulouse, 2005), Pallas, 70, 245-263.

QUESADA SANZ, F. (2007): “Hispania y el ejército romano republicano. Interacción y adopción de tipos metálicos”. *Metalisteria de la Hispania Romana*, Sautuola, XIII, 379-401.

QUESADA SANZ, F. (2009): *Ultima ratio regis. Control y prohibición de las armas desde la Antigüedad a la Edad Moderna*, Madrid.

QUESADA SANZ, F.; ZAMORA MERCHÁN, M. (eds.) (2003): *El caballo en la antigua Iberia. Estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro*, Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 19, Madrid.

QUESADA, F. ; ZAMORA, M., REQUENA, F. (2000): “Itinerant Smiths in the Iberian Iron Age? (6th-2nd centuries BC)”. FEUGÈRE, M. (dir.): *Iron, Blacksmiths and Tools. Ancient European Crafts, Acts of the Instrumentum Conference* (Podsreda, 1999), Montagnac, 15-19.

RAMSL, P.C. (2007): “Des sanctuaires de l'âge du Fer en Autriche”. BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 841-848.

RAPIN, A. (1982-83): « Les umbos de bouclier celtiques décorés de Nogent-sur-Seine au Musée des Antiquités Nationales », *Antiquités Nationales*, 14-15, 70-77.

RAPIN, A. (1983-84): « L'armement du guerrier celte au 2e Age du Fer », *L'art celtique en Gaule. Catalogue de l'exposition*, Paris, 69-79.

RAPIN, A. (1986): « Nouveaux décors trouvés sur des armes laténiennes au laboratoire de Compiègne ».
DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 285-291.

RAPIN, A. (1987): « Le système de suspension des fourreaux d'épées laténiens aux IIIe siècle av. J.-C. Innovations techniques et reconstitution de éléments périssables », *Coloquio Internazionale : Celti ed Etruschi nell'Italia Centro-Settentrionale dal V Sec. a.C. alla Romanizzazione* (Bologna, 1985), Bologna, 529-539.

RAPIN, A. (1991): « Le ceinturon métallique et l'évolution de la panoplie celtique au IIIe siècle av. J.-C. », *IX Congrès International d'Etudes Celtiques*, *Etudes Celtiques*, 28, 348-368.

RAPIN, A. (1991b): "L'armement". MOSCATI, S. (coord.): *Les Celtes*, Catálogo de la exposición, Milano, 321-331.

RAPIN, A. (1993): « Destructions et mutilations des armes dans les nécropoles et les sanctuaires au Second Age du Fer: réflexions sur les rituels et leur description ». GHICHARD, V.; VAGINAY, M. (eds.): *Les Celtes en Normandie. Les rituels funéraires en Gaule (III-I a. J.-C.)* (Evreux, 1990), *Revue Archéologique de l'Ouest, Supplément*, 6, 291-298.

RAPIN, A. (1995): « Propositions pour un classement des équipements militaires celtiques en amont et en aval d'un repère historique: Delphes 278 avant J.-C ». CHARPY, J. (ed.): *L'europe celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.* (Hautvillers, 1992), Sceaux Cedex, 275-290.

RAPIN, A. (1996): "Les armes des Celtes. Des messages enfouis sous la rouille », *L'armement celtique en fer. Résultats et perspectives d'une politique scientifique de restauration*, *MEFRA*, 108.2, 505-522.

RAPIN, A. (1999): « L'armement celtique en Europe: chronologie de son evolution technologique du Ve au Ier s. av. J.-C. », *Gladius*, XIX, 33-67.

RAPIN, A. (2000): « Les équipements militaires celtes dans la collection Lamarre », *Antiquités Nationales*, 32, 183-207.

RAPIN, A. (2000b): "La statuaire d'Entremont, La statuaire de Roquepertuse ». CHAUSSERIE-LAPRÉE, J. (dir.): *Le temps des Gaulois en Provence* (Ville de Martigues, 2000).

RAPIN, A. (2001): « Des épées Romaines dans la Collection d'Alise-Sainte-Reine », *Gladius*, XXI, 31-56.

RAPIN, A. (2001b): « Un bouclier celtique dans la colonie grecque de Camarina (Sicile) », *Germania*, 79.2, 273-295.

RAPIN, A. (2002): « Une épée celtique damasquinée d'or du Ve s. av. J.-C. au Musée des Antiquités Nationales », *Antiquités Nationales*, 34, 155-171.

RAPIN, A. (2003): « Entre terminus post quem et terminus ante quem: la chronologie de l'armement laténien ». MANDY, B.; DE SAULCE, A. (dir.): *Les marges de l'Armorique à l'Âge du Fer. Archéologie et Histoire: culture matérielle et sources écrites*, (Nantes, 1999) *Revue Archéologique de l'Ouest, Supplément*, 10, 269-278.

RAPIN, A. (2003b): « De Roquepertuse à Entremont...La grande sculpture du Midi de la Gaule », *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen. Tagung des Deutschen Archäologischen Instituts* (Lisboa, 2002), *Madriider Mitteilungen*, 44, 223-245.

RAPIN, A. (2004): Pratiques funéraires des cultures du Deuxième Âge du Fer laténien. Le problème des cartes archéologiques. BARAY, L. (dir.): *Archéologie des pratiques funéraires. Approches critiques. Actes de la Table Ronde* (Glux-en-Glenne, 2001), *Bibracte*, 9, 21-36.

RAPIN, A. (2007): L'armement laténien aux IV^e et III^e s. av. J.-C. en Europe. MENNESSIER-JOUANNET, C; ADAM, A.M.; MILCENT, P.-Y. (eds.): *La gaule dans son contexte européen aux IV^e et III^e siècles avant notre ère. Actes du XVII^e Colloque International de l'AFEAF* (Clermont-Ferrand, 2003), *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, Lattes, 2007, 241-253.

RAPIN, A. (2008): « Les Celtes et leurs voisins septentrionaux: nouveaux outils d'analyses pour l'armement laténien du sud de l'Europe aux Ve et IV^e s. av. J.-C. ». VITALI, D.; VERGER, S. (eds.): *Tra mondo celtico e mondo italico. La necropoli de Monte Bibele. Atti della Tavola Rotonda* (Roma, 1997), 237-268.

RAPIN, A.; SCHWALLER, M. (1987): « Contribution à l'étude de l'armement celtique: La Tombe 163 d'Ensérune (Hérault) », *Revue Archeologique du Narbonnaise*, 20, 155-183.

REDDÉ, M.; VON SCHNURBEIN, S. (2001): *Alésia. Fouilles et recherches Franco-Allemandes sur les travaux militaires romains autour du Mont-Auxois (1991-1997).2: Le matériel*, Mémoires de l'académie des inscriptions et Belles-Lettres, XXII, Paris.

REGINELLI, G. (2007): « La Tène revisitée en 2003: résultats préliminaires et perspectives ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 373-390.

REINECKE, P. (1902): « Zur Kenntnis der Latènedenkmalder der Zone nordwärts der Alpen. Mainzer Aufsätze zur Chronologie der Bronze-und Eisenzeit », *Römisch-Germanischen Zentralmuseum Mainz*, 1965 (reed.), Bonn, 88-114.

REQUEJO OSORIO, J. (1978): “Una sepultura de Quintanas de Gormaz (Soria)”, *Celtiberia*, 58, 227-238.

REQUEJO OSORIO (1978b): “La necrópolis celtibérica de Carabias (Guadalajara)”, *Wad-al-Hayara*, 5, 49-62.

RIBERA LACOMBA, A. (1995): “La primera evidencia arqueológica de la destrucción de Valentia por Pompeyo”, *Journal of Roman Archaeology*, 5, 19-40.

RIPOLL PERELLÓ, E. (1959): “El poblado y la necrópolis ilergetas de la Pedrera. Vallfogona de Balaguer, Lérida”, *Ampurias*, 21, 275-279.

RIQUIER, S. (2008): « L'armement républicain dans les sépultures de Gaule centrale ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), Bibracte, 14, 2008, 181-202.

ROLDÁN HERVÁS, J.M. (1997): “Los hispanos en el ejército romano”, *La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*, Madrid, 299-309.

ROPIOT, V.; MAZIÈRE, F. (2007): « Témoins d'activités culturelles en Languedoc occidental, en Roussillon et en Ampourdan protohistoriques (IXe-début du IIe siècle av. J.-C.) ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 731-750.

ROS MATEOS, A. (2005): “Ideologia i ritual: aportació a l'estudi sobre la religiositat a la Cessetània”, *Revista de la fundació privada catalana per a l'Arqueologia ibèrica*, 1, 146-182.

ROUALET, P. (1991): “La période de La Tène Ancienne IIa en Champagne”. KRUTA, V. (ed.): *Les celtes au IIIe siècle av. J.-C. IX Congrès International d'Études Celtiques*, (Paris, 1991), Etudes Celtiques, XXVIII, 375-399.

ROUALET, P.; RAPIN, A.; FLUZIN, P.; URAN, L. (1982): « Sépultures du Crayon à Ecury-le-Repos (Marne) », *Mémoires de la Société d'Agriculture, Commerce, Sciences et Arts du département de la Marne*, XCVII, 25-46.

ROUALET, P.; RAPIN, A.; FLUZIN, P.; URAN, L. (1983): « La sépulture de guerrier de Morains, les Terres Rouges », *Mémoires de la Société d'Agriculture, Commerce, Sciences et Arts du département de la Marne*, XCVIII, 7-23.

ROUILLARD, P. (1997): *Antiquités de l'Espagne*, Paris.

ROURE, R. (2007): « Armes et têtes coupées au Cailar (Gard): premiers éléments de réflexion sur un dépôt rituel en Gaule méditerranéenne ». BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 653-658.

ROUVERET, A. (1986): "Tite-Live, Histoire Romaine IX, 40: la description des armées samnites ou les pièges de la symétrie ». ADAM, A.-M. ; ROUVERET, A. (1986) : « *Guerre et sociétés en Italie aux Ve et Ive siècles avant J.-C. Les indices fournis par l'armement et les techniques de combat* », Actes de la Table Ronde (Paris, 1984), Paris, 91-120.

ROVIRA HORTALÀ, M.C. (1998): « L'exhibició d'armes i cranis enclavats en els hàbitats ibers septentrionals », *Cypsela*, 12, 167-182.

ROVIRA HORTALÀ, M.C. (1999): "Las armas-trofeo en la cultura ibérica. Pautas de identificación e interpretación", *Gladius*, XIX, 13-32.

ROVIRA HORTALÀ, M.C. (2002): "Els objectes metàl·lics". PONS BRUN, E. (dir.): *Mas Castellar de Pontós (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, Sèrie monogràfica, 21, Girona, 333-367.

ROVIRA, S. (2004): "Metalurgia celtibérica: estado de la cuestión y nuevas perspectivas". BARRIL, M.; RODERO, A. (coord.): *Novedades arqueológicas celtibéricas*, Madrid, Museo Arqueológico Nacional, 63-84.

ROYO GUILLÉN, J. I. (1980): "Hallazgos metalúrgicos de la I Edad del Hierro en Aragón", *Turiaso*, I, 241-324.

ROYO GUILLÉN, J.I. (1990): “Las necrópolis de los campos de urnas del Valle Medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico”. F. BURILLO (coord.): *II Simposio sobre los Celtiberos. Necrópolis celtibéricas*, 123-137, Zaragoza.

ROZOY, J.G. (1987): *Les celtes en Champagne. Les Ardennes au second Age du Fer: le Mont Troté, les Rouliers*, 2 vols, Paris.

RUBIO DE LA SERNA, J. (1888): *Noticia de una necrópolis ante-romana descubierta en Cabrera de Mataró*, Memorias de la Real Academia de la Historia, 11, Madrid.

RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1990): “Propuesta para el estudio e interpretación de las necrópolis sin armas”. F. BURILLO (coord.): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los celtiberos* (Daroca 1988), Madrid, 343-355.

RUIZ VÉLEZ, I. (2005): “La panoplia guerrera de la necrópolis de Villanueva de Teba (Burgos)”, *Gladius*, 25, 5-82.

RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, 2 tomos, Madrid.

RUIZ ZAPATERO, G. (2001): “¿Quiénes fueron los celtas? Disipando la niebla: mitología de un *collage* histórico”. ALMAGRO-GORBEA, M.; MARINE, M.; ALVAREZ-SANCHIS, J.R. (eds.): *Celtas y Vettones*, Ávila, 73-91.

RUIZ ZAPATERO, G.; NÚÑEZ GARCIA, C. (1981): “Un presunto ajuar celtibérico procedente de Carratiermes (Soria)”, *Numantia*, 1, 181-194.

RUSSELL ROBINSON, H. (1975): *The armour of Imperial Rome*, London.

SALVIAT, F. (1987): “La Sculpture d’Entremont”. COUTAGNE, D. (dir.): *Archéologie d’Entremont au Musée Granet*, Aix-en-Provence, 165-239.

SÁNCHEZ MESEGUER, J.L.; QUESADA SANZ, F. (1991): “La necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)”, *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (Madrid 1991), *Universidad Autónoma de Madrid, Varia*, 1, 349-396.

SÁNCHEZ MORENO, E. (2005): “Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política”, *Gladius*, XXV, 237-264.

SANDARS, H. (1913): *The Weapons of the Iberians*, Oxford (versión española de C. Renfrey de Kidd).

SANGMEISTER, E. (1960): "Die Kelten in Spanien", *Madridier Mitteilungen*, 1, 75-100.

SANKOT, P. (1996): « Un domaine à découvrir: l'art appliqué sur les objets en fer et l'armement des celtes en Bohême », *L'armement celtique en fer. Résultats et perspectives d'une politique scientifique de restauration*, *MEFRA*, 108.2, 555-573.

SANMARTÍ, J. (1991): "Las Necrópolis Ibéricas en el area catalana", *Congreso de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis* (Madrid 1991), *Universidad Autónoma de Madrid, Varia*, 1, 77-108.

SANMARTÍ, J. (1994): « Eléments de type laténién au nord-est de la Peninsule Ibérique », *L'Age du Fer en Europe sud-occidentale. Actes du XVIe Colloque de l'Association Française pour l'Etude de l'Age du Fer* (Agen 1992) *Aquitania*, XII, 336-351.

SANMARTÍ, J. (1995): "Les necròpolis del període ibèric ple i tardà a Catalunya", *Citerior*, 1, 91-107.

SANMARTÍ, J. (2005): "Reply to Pierre Moret", *Pyrenae*, 36.2, 151-155.

SANMARTÍ, J.; GILI, E.; RIGO, A.; DE LA PINTA, J. (1992): *Els primers pobladors de Gramanet. Dels orígens al món romà*. Colecció de història de Santa Coloma de Gramanet, 1, Barcelona.

SANMARTÍ, J.; BELARTE, C. (2001): "Urbanización y desarrollo de estructuras estatales en la costa de Cataluña (siglos VII-III a.C.)". BERROCAL-RANGEL, L.; GARDES, P. (dirs.): *Entre Celtas e Íberos. Poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*, *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 8, Madrid, 161-175.

SANMARTÍ-GREGO, E. (1994): "Dos punyals celtibèrics procedents del poblat ibèric del Turó del Vent (Llinars del Vallès, Vallès Oriental. Barcelona)", *Lauro*, 6, 3-8.

SANTOS YANGUAS, N. (1980): "Los celtíberos en el ejército romano de época republicana", *Celtiberia*, 60, 181-201.

SANTOS YANGUAS, N. (1981): "Los celtíberos los ejércitos cartagineses", *Celtiberia*, 61, 51-72.

SANTOS YANGUAS, N.; MONTERO HONORATO, M.P. (1982): "Los Celtíberos, mercenarios de otras poblaciones ibéricas", *Celtiberia*, 63, 5-16.

SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)", *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, 159-171, Zaragoza.

SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid); cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal”. ROMERO, F. *et alii* (eds.) *Arqueología Vaccea*, 371-396.

SANZ MÍNGUEZ, (1998): *Los vacceos. Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*, Memorias. Arqueología en Castilla y León, 6, Salamanca.

SANZ MÍNGUEZ, C. (2002): “Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la Submeseta norte peninsular”. MORET, P; QUESADA SANZ, F (coords.): *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. De C.)*, Collection de la casa de Velázquez, 78, Madrid, 87-133.

SCHAAF, U. (1974): “Keltische Eisenhelme aus Vorrömischer Zeit”, *Jahrbuch des Römisch-Germanischen ZentralMuseum*, 21, 147-204.

SCHAAF, U. (1988): “Keltische Helme”. *Antike Helme*, Römisch-Germanisches ZentralMuseum, Monographien, 14, Mainz, 293-317.

SCHAAF, U. (1988b): “Etruskisch-Römische Helme”. *Antike Helme*, Römisch-Germanisches ZentralMuseum, Monographien, 14, Mainz, 318-326.

SCHÖNFELDER, M. (2007): “Einige Überlegungen zu Flussfunden der Latènezeit”. BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dir.): *L'âge du Fer dans l'arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l'âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l'AFEAF (Bienne, 2005)*, Besançon, 463-472.

SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, II vols, Berlin.

SCHULTEN, A. (1914): *Numantia: Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912. I: Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich.

SCHWAB, H. (1995): « Deux nécropoles laténiennes a Gumefens (Canton de Fribourg, Suisse) ». CHARPY, J.J. (ed.): *L'europe celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.* (Hautvillers, 1992), Sceaux Cedex, 239-258.

SCHWALLER, M.; MARCHAND, G.; LEJARS, T.; ORLIAC, D.; RAPIN, A.; SANMARTI, E. (2001): « Échanges, influences, productions dans la nécropole du deuxième Age du Fer d'Ensérune (Hérault) », *Documents d'Archéologie méridionale*, 24, 173-184.

SERRA RÀFOLS, J.C. (1942): “El poblamiento de la Maresma o Costa de Levante en la época anterromana”, *Ampurias*, 4, 69-110.

SIEVERS, S. (1989): “Die Waffen von Manching unter Berücksichtigung des Übergangs von LTC zu LTD”, *Germania*, 67.1, 97-120.

SIEVERS, S. (1997): “Alesia und Osuna: Bemerkungen zur Normierung der spätrepublikanischen Bewaffnung und Ausrüstung”. FEUGÈRE, M. (dir.): *L'équipement militaire et l'armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference (Montpellier, 1996), Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 271-276.

SIEVERS, S. (2001): “Les armes d'Alésia”. M. REDDÉ I S. SCHNURBEIN (dirs.): *Alésia. Fouilles et recherches Franco-Allemandes sur les travaux militaires romains autour du Mont-Auxois (1991-1997). 2: Le matériel*, Mémoires de l'Académie des inscriptions et Belles-Lettres, XXII, Paris.

SOEIRO, T. (1980): “Objectos em bronze do Castro de Alvarelhos”, *Gallaecia*, 6, 637-643.

SOPENA, G. (1987): *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*, Zaragoza.

SOPENA, G. (2004): “El mundo funerario celtibérico como expresión de un *ethos* agonístico”, *Historiae*, 1, 56-107.

STARY, P. F. (1979): “Keltische Waffen auf der Apennin-Halbinsel”, *Germania*, 5, 99-110.

STARY, P.F. (1981): “Ursprung und Ausbreitung der eisenzeitlichen Ovalschilde mit spindelförmigem Schildbuckel”, *Germania*, 59.2, 289-306.

STARY, P. F. (1982): “Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsel”, *Madridrer Mitteilungen*, 23, 114-144.

STARY, P. F. (1994): *Zur eisenzeitlichen Bewaffnung un Kampfweise auf der Iberischen Halbinsel*, II vols. Berlin-New York.

STEAD, I. (1983): “La Tène Swords and Scabbards in Champagne”, *Germania*, 61, 487-510.

STEAD, I. M. (2005): *British Iron Age swords and scabbards*, British Museum Press, 2005, London.

STEAD, I. M.; RIGBY, V. (1999): *The Morel Collection: Iron Age*, The British Museum Press, London.

STEAD, I.M.; FLOUEST, J.-L.; RIGBY, V. (2006): *Iron Age and roman burials in Champagne*, Oxford.

STIEBEL, G. (2004): "A Hellenistic *gladius* from Jericho". NETZER, E. (ed.): *Hasmonean and Herodian Palaces at Jericho. Final Reports 1973-1987*, Jerusalem, vol. II, 229-232.

SZABÓ, M. (1982): «Remarques sur la classification des fourreaux dit hongrois». DUVAL, P.; KRUTA, V. (eds.): *L'art celtique de la période d'expansion IV et IIIe siècles avant notre ère* (Paris, 1978), Genève, 175-190.

SZABÓ, M. (1991): Mercenariat. MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 332-336.

SZABÓ, M. (1991b): «Les Celtes et leurs mouvements au IIIe siècle av. J.-C.». MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 303-319.

SZABÓ, M. (1992): *Les Celtes de l'Est. Le Second Age du Fer dans la cuvette des Karpates*, Paris.

SZABÓ, M. (1995): «Guerriers celtiques avant et après Delphes. Contribution a une periode critique du monde celtique». CHARPY, J.J. (ed.): *L'Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), 49-67.

SZABÓ, M. (1996): «L'expansion celte et l'armement décoré», *L'armement celtique en fer. Résultats et perspectives d'une politique scientifique de restauration*, MEFRA, 108, 2, 523-533.

SZABÓ, M. (dir.) (2006): *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire : Les Civilisés et les Barbares du Ve au IIe siècle avant J.-C., Actes de la Table Ronde* (Budapest, 2005), *Bibracte*, 12.3, Glux-en-Glenne.

SZABÓ, M. (2006): «Les Celtes de l'Est». SZABÓ, M. (dir.): *Celtes et Gaulois. L'Archéologie face à l'Histoire : Les Civilisés et les Barbares du Ve au IIe siècle avant J.-C., Actes de la Table Ronde* (Budapest, 2005), *Bibracte*, 12.3, Glux-en-Glenne, 97-117.

SZABÓ, M; PETRES, E. F. (1992): *Decorated weapons of the La Tène Iron Age in the Carpathian Basin*, *Inventaria Praehistorica Hungariae*, V, Budapest.

TARACENA AGUIRRE, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, MJSEA, 103, Madrid.

TARACENA AGUIRRE, B. (1932): *Excavaciones en la provincia de Soria*, MJSEA, 119, Madrid.

TARACENA AGUIRRE, B. (1941): *Carta Arqueológica de España*. Soria, Soria.

TARACENA AGUIRRE, B.; VAZQUEZ DE PARGA, L. (1945): “Excavaciones en Navarra II. Una prospección en los poblados de Echaury”, *Principe de Viana*, 19, 185-206.

TIZZONI, M. (1984): “I manchi delle spade La Tène conservate al Civico Museo Archeologico di Milano”, *Etudes Celtiques*, 21, 95-110.

TIZZONI, M. (1987): « Épées laténiennes estampillées de Lombardie », *Dossiers d'Histoire et Archéologie*, 112, 70-73.

TODOROVIC, J. (1956): « Classification des épées celtiques dans les Balkans et en Pannonie du Sud », *Archaeologia Jugoslavica*, 1955-56, 71-75.

TODOROVIC, J. (1972): *Praistorijska Karaburma I. Nekropola mladeg gvozdenog doba*, Musej Grada, Beograda, Monografija 3, Beograd, 1972.

TOMBOLANI, M. (1987): “Materiali tipo La Tène da Altino (Venezia)”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell'Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione*, *Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna, 171-198.

TORI, L.; CARLEVARO, E.; DELLA CASA, P.; PERNET, L.; SCHMID-SIKIMIC, B.; VIETTI, G. (2006): *La necropoli dei Giubiasco (T.I) I: Storia degli scavi, Documentazione, Inventario critico*, Zurich.

DE LA TORRE ECHÁVARRI, J.I.; BERZOSA DEL CAMPO, R. (2002): “Tumbas inéditas de la necrópolis de Osma (Soria) en el Museo del Ejército”, *Gladius*, 22, 127-146.

TSCHUMI, O. (1940): *Die ur-und frühgeschichtliche Fundstelle von Port in Amt Nidau*, Bern.

UENZE, H.P. (1991): “La Bavière”. MOSCATI, S.; HERMANN FREY, O; KRUTA, V.; RAFTERY, B; SZABÓ, M. (coords.): *Les Celtes*, Paris, 2001, 265-269.

ULBERT, G. (1969): « Gladii aus Pompeji. Vorarbeiten zu einem Corpus römischer Gladii », *Germania*, 47, 97-128.

ULBERT, G. (1979): “Das Schwert und die eisernen Wurfgeschößspitzen aus dem Grab von Es Soumâa”. HORN, H.; RUGER, C. (eds.): *Die Numider*, Bonn, 333-338.

URANT, L. (1986): « Observations métallographiques sur les épées celtiques en fer ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, 1, 299-308.

UZSOKI, A. (1987) : « Ménfőcsanak ». KOVÁCS, T.; PETRES, É.; SZABÓ, M. (eds.) (1987): *Transdanubia 1, Corpus of Celtic Finds in Hungary*, vol. I, Budapest, 13-61.

VAQUERIZO GIL, D. (1989): “Armas de hierro procedentes de la necrópolis ibérica de “Los Collados” (Almedinilla, Córdoba)”, *Saguntum*, 22, 225-266.

VAQUERIZO GIL, D. (1999): *La cultura ibérica en Córdoba. Un ensayo de síntesis*, Córdoba.

VIAND, A.; PERNET, L.; DELESTRÉE, L.-P. (2008): « L’armement d’époque césarienne à Ribemont-sur-Ancre (Somme) ». POUX, M. (dir.): *Sur les traces de César: militaria tardo-républicains en contexte gaulois*, Actes de la table ronde (Glux-en-Glenne, 2002), *Bibracte*, 14, 2008, 63-92.

VICENT, A.M. (1984-1985): “Trabajos arqueológicos inéditos en Fuente Tojar (Cordoba), de L. Maraver en 1867”, *Corduba Archaeologica*, 15, 31-55.

VICENTE, J.D.; PUNTER, M.P.; EZQUERRA, B. (1997): “La catapulta tardo-republicana y otro equipamiento militar de “La Caridad” (Caminreal, Teruel)”, *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, 167-199.

VILÀ BOTA, M^a.VILAR. (1979-1980): “Los materiales del silos n.º 146 de Ullastret”, *Pyrenae*, 15-16, 211-221.

VILAÇA, R.; MONTERO RUIZ, I.; ALEGRIA RIBEIRO, C.; COSTEIRA DA SILVA, R.; OLIVEIRA ALMEIDA, S. (2002-2003): “A Tapada das Argolas (Capinha, Fundão): novos contributos para a sua caracterização”, *Estudos Pré-Históricos*, X-XI, 175-197.

VILASECA, S. (1956): “El campo de urnas de la Tosseta (Guiamets, Tarragona)”, *IV Congreso Internacional de CC Prehistóricas y Protohistóricas*, 841-856, Zaragoza.

VILLARONGA, L. (1994): *Corpus nummum hispaniae ante augusti aetatem*, Madrid.

VILLES, A. (1995): « A propos des mouvements celtiques aux IVe-IIIe siècles: confrontation habitats et nécropoles en Champagne ». CHARPY, J.J. (ed.): *L’Europe Celtique du Ve au IIIe siècle avant J.-C.: contacts, échanges et mouvements de population* (Hautvillers, 1992), *Memoires de la Société Archeologique Champenoise*, 9, Sceaux Cedex, 125-160.

VIOLLIER, D. (1916): *Les sépultures du Second Âge du Fer sur le plateau suisse*, Genève.

VITALI, D. (1984): “Una tomba di guerriero celtico da Castel do Rio (BO). I problemi dei corredi con armi nell’area cispadana tra IV e II sec. a.C.”, *Atti MemBologna*, 35, 9-35.

VITALI, D. (1986) : « L’armement de type celtique dans la région de Bologne ». DUVAL, A. ; GÓMEZ DE SOTO, J. (dir.): *Actes du VIIIe colloque sur les âges de fer en France non méditerranéenne* (Angoulême, 1984), *Aquitania, Supplément*, I, 309-316.

VITALI, D. (ed.) (1987): *Celti ed Etruschi nell’Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione*, *Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna.

VITALI, D. (1987): “La necropoli di Piobbico (provincia di Pesaro-Urbino)”. VITALI, D. (ed.): *Celti ed Etruschi nell’Italia centro-settentrionale dal V secolo a.C. alla romanizzazione*, *Atti del Colloquio Internazionale* (Bologna, 1985), Bologna, 477-493.

VITALI, D. (1988): “Elmi di ferro e cinturoni a catena. Nuove proposte per l’archeologia dei celti in Italia”, *Jarhbuch des Römisch-Germanisches ZentralMuseum Mainz*, 35-1, 239-284.

VITALI, D. (1996): « Manufatti in ferro di tipo La Tène in area italiana: le potenzialità non sfruttate », *Mélanges de l’École Française de Rome*, 108, 2, 575-605.

VITALI, D. (2003): *La necropoli di Monte Tamburino a Monte Bibele*, 2 vols., Bologna.

VITALI, D.; VERGER, S. (eds.) (2008): *Tra mondo celtico e mondo italico. La necropoli de Monte Bibele. Atti della Tavola Rotonda* (Roma, 1997), Bologna.

VÖLLING, T. (1997): “Römische Militaria in Griechenland: ein Überblick”. FEUGÈRE, M. (dir.): *L’équipement militaire et l’armement de la république (IV-Ier s. avant J.-C.). 10th International Roman Military Equipment Conference* (Montpellier, 1996), *Journal of Roman Military Equipment Studies*, 8, Oxford, 91-103.

VOUGA, P. (1923): *La Tène, monographie de la station*, Leipzig.

WATTENBERG, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, IV, Madrid.

WIEDMER-STERN, J. (1908): “Das gallische Gräberfeld bei Münsingen (Kanton Bern)”, *Archiv des historischen Vereins des Kantons Bern*, 18, 269-361.

WIRTH, S. (2007): “Tombé dans l’eau? Les découvertes de casques en milieu humide”. BARRAL, PH.; DAUBIGNEY, A.; DUNNING, C.; KAENEL, G.; ROULIÈRE-LAMBERT, M.-J. (dirs.): *L’âge du Fer dans l’arc jurassien et ses marges. Dépôts, lieux sacrés et territorialité à l’âge du Fer. Actes du XXIXe colloque international de l’AFEAF* (Bienne, 2005), Besançon, 449-462.

WYSS, R.; REY, T.; MÜLLER, F. (2002): *Gewässerfunde aus Port un Umgebung. Katalog der latène- und römerzeitlichen Funde aus der Zihl*, Verlag Bernisches Historisches Museum, 4, Bern.

ZAMORA MORENO, D. (2008): “Can Ros, una nova àrea d’enterrament d’època ibèrica a la vall de Cabrera de Mar”, *Laietania*, 18, 17-35.

ZIRRA, V. (1991): « La nécropole et la “tombe du chef” de Ciumesti ». MOSCATI, S. (coord.): *Les Celtes*, Catálogo de la exposición, Milano, 382-383.

ZOFÍO FERNÁNDEZ, S.; CHAPA BRUNET, T. (2005): “Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)”, *Verdolay*, 9, 95-120.

IX. B. FUENTES CLÁSICAS

CESAR (trad. Calonge Ruiz, J.) (2000): *Guerra Civil*, Biblioteca Básica Gredos, 51, Madrid.

DIODORO DE SICILIA (trad. Torres Esbarranch, J.J.) (2004): *Biblioteca Histórica. Libros IV-VIII*, Biblioteca Clásica Gredos, 328, Madrid.

ESTRABÓN (trad. Meana, M.J.; Piñero, F.) (1992): *Geografía. Libros III-IV*, Biblioteca Clásica Gredos, 169, Madrid.

FILÓN DE BIZANCIO (trad. Schulten, A.) (1925): *Belopoeica*. Fontes Hispaniae Antiquae, II, Barcelona.

POLIBIO (trad. Balasch Recort, M.) (2000): *Historias. Libros I-IV*, Biblioteca Básica Gredos, 42, Madrid.

POLIBIO (trad. Balasch Recort, M.) (2000): *Historias. Libros V-XV*, Biblioteca Básica Gredos, 43, Madrid.

PLUTARCO (trad. Pérez Jiménez, A.) (2001): *Camilo*, Biblioteca Básica Gredos, 85.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2000): *Historia de Roma desde su fundación. Libros I-III*, Biblioteca Básica Gredos, 57, Madrid.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2001): *Historia de Roma desde su fundación. Libros IV-VII*, Biblioteca Básica Gredos, 58, Madrid.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2001): *Historia de Roma desde su fundación. Libros VIII-X*, Biblioteca Básica Gredos, 59, Madrid.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2001): *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, Biblioteca Básica Gredos, 60, Madrid.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2001): *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, Biblioteca Básica Gredos, 61, Madrid.

TITO LIVIO (trad. Villar Vidal, J.A.) (2001): *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXI-XXXV*, Biblioteca Básica Gredos, 62, Madrid.

X. APÉNDICES

X.1. APÉNDICE 1: PIEZAS DESCARTADAS

En el presente apéndice, se detallan una serie de piezas originalmente incluidas en nuestro catálogo para ser estudiadas por su posible relación con las armas de influencia La Tène, y posteriormente excluidas por distintos motivos. La primera parte del apéndice se refiere a las espadas, y su análisis será algo más detallado, con una explicación del motivo de su exclusión pieza a pieza. Por el contrario, la segunda parte, que dedicaremos íntegramente a las moharras, recibirá un tratamiento algo más sintético, en el que se tratarán las piezas por conjuntos previamente agrupados por conjuntos morfológicos que luego han sido descartados de nuestra tipología.

X.1.1: Piezas descartadas: espadas

La secuencia metodológica aplicada para el estudio de las espadas de influencia La Tène contaba con una primera fase de investigación en la que había que localizar y documentar todas y cada una de las piezas conocidas, debido a nuestro interés por contar con el mayor número de ejemplares posibles y garantizar mejor las posibles variables tipológicas a aplicar. Esta primera fase se apoyaría especialmente en el catálogo de armas publicado por Fernando Quesada en 1997 (Quesada, 1997: 853-856), que ha sido la principal fuente de nuestro propio catálogo, y en otras noticias secundarias, en su mayor parte publicadas con posterioridad.

No obstante, una serie de espadas han sido descartadas, fundamentalmente por no haber sido localizadas en sus respectivos museos y no contar con un dibujo o fotografía publicada que nos permitiera la identificación de sus rasgos morfológicos con fines tipológicos. Otras, las que menos, se han excluido de nuestro catálogo preliminar por pertenecer en realidad a otros tipos de armas u objetos de otros usos. En la siguiente lista, relacionamos de forma sintética las particularidades de estas piezas y su motivo de exclusión:

1-ALMALUEZ

-Nº Inventario Quesada: 4037

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (M.A.N.)

-Bibliografía: Taracena, 1941: 33.

-Descripción: Sólo una cita. La revisión de los materiales del M.A.N. no ha logrado localizar esta pieza y sí en cambio restos de una hoja de espada de frontón, mientras que trabajos posteriores al de Taracena sobre la necrópolis (Domingo, 1982: 262 y fig. 4.1) nos llevan a la misma conclusión y nos inducen a pensar que se trataría de una confusión.

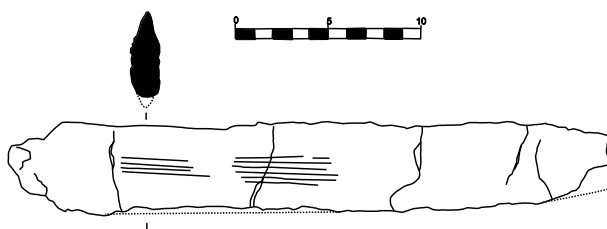


Fig. 233: Espada de Almaluez, a partir de Domingo, 1982: Fig. 4, 1; probablemente una hoja perteneciente a espada de frontón.

2-ALMEDINILLA

-Nº Inventario Quesada: S/N

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref

-Bibliografía: Sandars, 1913: 52; Stary, 1982: mapa 3; Vaquerizo, 1989: 227-228; Quesada, 1992b: 120.

-Descripción: Pieza no localizada. Anteriores trabajos (Vaquerizo, 1989: 227-228; Quesada, 1992b: 120) ya mostraron interés por ella y tendieron a ser escépticos respecto a su identificación como espada La Tène. Probablemente, como argumenta Vaquerizo (*Ibid.*), se trataría de la confusión de algún fragmento de hoja perteneciente a otro tipo de espada.

3-LA BASTIDA DE LES ALCUSES

-Nº Inventario Quesada: 2031

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: B1838 (Mus. Prehistoria Valencia)

-Bibliografía: Fletcher, Pla y Alcácer, 1969: 117, 30.

-Descripción: Cuatro fragmentos de una posible hoja de espada recta localizados en el departamento 69 del poblado (28'9 cm. de longitud total y 3'3 de ancho). Uno de los fragmentos tiene una punta bastante ancha.

El ejemplar no ha sido localizado, pero se trata de una pieza muy dudosa, puesto que los autores de su publicación la describen como “*de sección rectangular plana*” (*Ibid.*), lo que no se ajusta a lo esperable de una espada La Tène.

4-BAZA (SEP. 111)

-Nº Inventario Quesada: 1493

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: 1841 (Colección Duran/Vall-Llosera)

-Bibliografía: Presedo, 1982: 156; Conde (1992: 72 y 150, 549).

-Descripción: Espada completa, doblada en “U”. En las publicaciones se aprecia una espiga y se detalla una longitud total de 53 cm para este ejemplar.

La pieza ha sido localizada en la colección particular, y se descarta su relación con los formatos latenienses. La guarda recta, todavía visible bajo el óxido, la gruesa espiga y la presencia de algunas acanaladuras delatan su correspondencia a una espada de frontón (Quesada, 1997: 174-187).

5-BAZA (SEP. 123)

-Nº Inventario Quesada: 1498

-Nº Inventario Museo: s/ref.

-Bibliografía: Presedo, 1982: 170 y fig. 141, 3.

-Descripción: Fragmento bastante deteriorado de lo que parece una espiga y parte del arranque de una hoja de espada.

No localizada. No obstante, se trata de un fragmento muy dudoso, con unas dimensiones demasiado pequeñas para una espada La Tène. Es más probable que se trate de una moharra fragmentada.

6-CABECICO DEL TESORO (SEP. 256)

-Nº Inventario Quesada: 157

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: 256/4 (Museo de Murcia)

-Bibliografía: Quesada, 1989: II, 172.

-Descripción: Parte de una posible espiga con botón. Hemos localizado la pieza, que Quesada ya consideraba dudosa (*Ibid.*), y nuestra impresión es que se trata de otro tipo de objeto. El botón es demasiado ancho para este tipo de espadas y la sección de la espiga es circular, lo que no es nada frecuente en las espadas La Tène (García Jiménez, 2006: 114).

7-CASTREJÓN DE CAPOTE

-Nº Inventario Quesada: S/N

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: D-2101 (Museo de Badajoz)

-Bibliografía: Berrocal, 1989: 266, fig. 8, 8.

-Descripción: Posible fragmento de la espiga y el arranque de la hoja. Otro fragmento perteneciente a un posible pomo de sección pentagonal. Inicialmente restituida como una espada de antenas (*Ibid.*) y posteriormente citada por el propio Berrocal (1993: 158) como perteneciente al tipo de La Tène.

Nuestro examen directo sobre la pieza tiende a rechazar esta idea por varias razones: La espiga es corta (no parece fragmentada), los hombros demasiado anchos (6 cm) y caen en curva. La parte final del fragmento tiene filo o es mucho más delgada que la de los hombros, que tienen dorso. La pieza que decoraría el pomo tiene un orificio demasiado pequeño en relación a la espiga. La propia espiga es de sección circular.

En consecuencia, creemos que se trataría de algún tipo de útil o, en todo caso, parte de un arma, pero no de una espada La Tène. De tratarse de una espada La Tène, los hombros totalmente rectos y su gran anchura sólo serían compatibles con los módulos de La Tène D, lo que desde luego no se ajustaría a la cronología apuntada para el ejemplar de Capote.

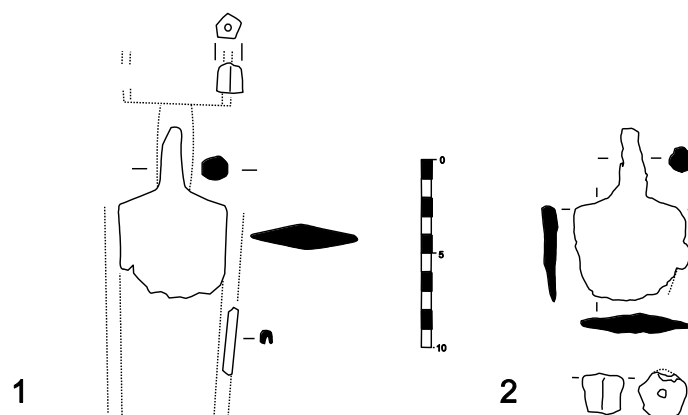


Fig. 234: Fragmento de hierro procedente de Castrejón de Capote. 1: Según Berrocal, 1989: fig. 8, 8; luego reinterpretada como espada La Tène. 2: A partir del análisis directo de la pieza. Probablemente se tratara de algún tipo de útil o herramienta.

8-ECHAURI

-Nº Inventario Quesada: 3104

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (Museo de Navarra)

-Bibliografía: Taracena y Vázquez, 1942: lám. III, c; Castiella y Sesma, 1988-89: fig. 2, 5.

-Descripción: Espada completa, con larga espiga y hoja muy delgada (3'3 cm), de c. 40 cm de longitud. Hoja a cuatro mesas, bien conservada.

Se trata de un ejemplar demasiado corto y estrecho como para pertenecer a las espadas típicas de la tradición La Tène, y es más posible que haya que relacionarla con una espada de antenas que haya perdido su empuñadura. El tipo de hoja, por ejemplo, es coincidente con los formatos antiguos de las espadas de tipo Echaury/Quesada II (García Jiménez, 2006b: grupo II), aunque la espiga es demasiado larga comparada con los esquemas habituales para estas espadas.

Con todo, también es posible relacionar el módulo con algunas producciones muy antiguas, de la transición de Hallstatt D a La Tène A (con lo que quizás sería la pieza más antigua de la península), como por ejemplo la serie de espadas de la Colección Morel (Stead y Rigby, 1999: lám. 144), pero la ausencia de vaina y la delgada espiga son rasgos demasiado ambiguos para pasarlos por alto. En consecuencia, hemos preferido excluir esta pieza de nuestro catálogo, a falta de datos más firmes.

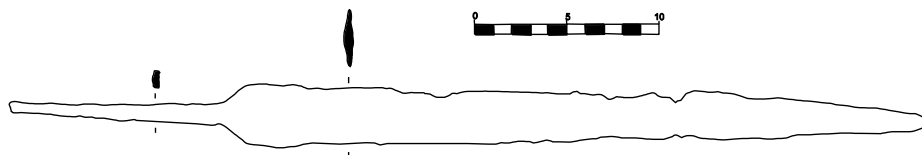


Fig. 235: Espada procedente del lote de Echaury. El formato no coincide con los habituales en La Tène, pese a la espiga desnuda.

9-GALERA (SEP. 9)

-Nº Inventario Quesada: 1590

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (M.A.N.)

-Bibliografía: Quesada, 1997: 855 (inédita)

-Descripción: Sólo conocemos la cita del catálogo de Quesada, en el que aparece como pieza inédita. Se refiere a que se trata de un fragmento de espiga y arranque de la hoja. No localizada.

10-LA HOYA

-Nº Inventario Quesada: 3136

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (Museo de Vitoria)

-Bibliografía: Llanos, 1990: 142, fig. 2-3.

-Descripción: La única referencia conocida de esta pieza pertenece a un cuadro-resumen publicado por Llanos (*Ibid.*). Sin embargo, en el Museo de Vitoria, donde están depositados los materiales de La Hoya, no consta tal ejemplar, como tampoco en el inventario de entrega de materiales. Lo más probable es que se tratara de un error y se hubieran confundido algunos fragmentos de hoja pertenecientes a otras espadas o puñales.

11-HUESCA (AVDA. MARTÍNEZ DE VELASCO)

-Nº Inventario Quesada: S/N

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: R. 570 (Museo de Huesca)

-Bibliografía: Juste, 1989: 367 (citado).

-Descripción: La cita publicada refiere a otra espada La Tène que apareció conjuntamente a la que hemos catalogado con el nº 1103 (tipo A1.1). Sin embargo, no constan ni entre los materiales ni en el inventario otros fragmentos atribuibles a esta, y sí en cambio un cuchillo de hoja curva doblado por el centro, que puede parecer un fragmento de la punta de una espada La Tène.

12-PUNTAL DELS LLOPS

-Nº Inventario Quesada: 2183

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (Museo de Prehistoria de Valencia)

-Bibliografía: Bernabeu *et alii*, 1986: 326, cuadro.

-Descripción: Varios fragmentos de la hoja aparecidos en el departamento 4; capa 3. No ha sido localizada. Según información directa de Quesada, mal conservada y dudosa.

13-SAN ANTONIO DE CALACEITE

-Nº Inventario Quesada: 3077

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (¿M.A.N.?)

-Bibliografía: Bosch, 1915-20: 660

-Descripción: El autor de la publicación citada alude textualmente a “*una espasa i una beina del tipus de La Tène II*”. La descripción no deja aparentemente lugar a dudas, pero desgraciadamente la pieza no ha sido localizada.

14-TOSSETA DELS GUIAMETS

-Nº Inventario Quesada: 2548

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref.

-Bibliografía: Vilaseca, 1956: 846

-Descripción: Pieza descontextualizada. Sólo parte de la hoja, muy deteriorada. Este ejemplar no ha sido localizado.

15-TOYA

-Nº Inventario Quesada: 1789

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: 1986/149/37 (M.A.N.)

-Bibliografía: Quesada, 1997: 856 (inédita)

-Descripción: Varios fragmentos de la hoja. Su examen en el M.A.N. no permite su catalogación como espada La Tène, puesto que la referencia coincide con los fragmentos de una hoja de falcata.

16-UCERO

-Nº Inventario Quesada: 4250

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref. (Museo Numantino)

-Bibliografía: García-Soto, 1988: 89.

-Descripción: Se conoce a partir de una foto publicada. Pieza completa, de hoja corta con acanaladuras y espiga ancha. Nos parece más bien perteneciente a un modelo de antenas atrofiadas, probablemente híbrido. Sólo la ausencia de empuñadura metálica es asociable a las producciones latenienses, pero también pudo ser casual. Ni la hoja, ni la espiga ni los hombros se corresponden con las fórmulas conocidas.

17-LES UMBRIES

-Nº Inventario Quesada: S/N

-Nº Inventario Yacimiento/ Museo: s/ref.

-Bibliografía: Royo, 1980: 262 y 275

-Descripción: Las descripciones conocidas de la pieza coinciden con las producciones de antenas de la Primera Edad del Hierro (presencia de lengüeta en vez de espiga) mejor que con las de La Tène. Para una argumentación completa, véase Farnié y Quesada, 2005: 112-113; que adoptamos sin reservas.

X.1.2: Piezas descartadas: moharras

Como ya hemos venido advirtiendo a lo largo del trabajo, el estudio de las moharras de posible influencia La Tène ha sido el aspecto metodológicamente más complejo y, a su vez, más infructuoso de todos. La complejidad inherente en la variabilidad de las formas y la gran abundancia de tipos intermedios han sido, conjuntamente a la interculturalidad de la mayoría de estos formatos, los obstáculos más importantes que hemos debido afrontar, y han tenido como resultado el rechazo de la inmensa mayoría de las piezas originalmente seleccionadas para su estudio tipológico.

No vamos a insistir aquí en el proceso de selección de este material, puesto que ello ya ha sido expuesto en detalle con anterioridad (*supra*, cap. V.B.1), pero sí vamos a recordar brevemente que la muestra inicial de materiales investigados seguía un doble principio metodológico en el que se contemplaban, por una parte, algunas formas singulares potencialmente emparentadas con las moharras habituales en la cultura La Tène (que cumplieran, pues, con el requisito de documentarse en yacimientos europeos donde las panoplias son de La Tène) y, por otra, se tomaban en consideración ciertos tipos ya estudiados en tipologías anteriores (Quesada, 1997: 399-404).

Como resultado de esta investigación, individualizábamos un total de 203 moharras, de las que finalmente sólo aprovecharíamos diez. Respecto al resto (como decíamos, la amplia mayoría), presentamos a continuación un resumen de las conclusiones derivadas de su estudio y la relación de los materiales estudiados según su agrupación morfológica, que partía de cuatro grandes grupos originales según si sus hojas tenían formas onduladas, biconvexas, de base redondeada y filos convergentes, o de formas romboidales anchas.

Cabe observar también que los ejemplares estudiados proceden en su mayor parte de la Meseta, y sólo unos cuantos del territorio ibérico. En principio, este dato parece significativo, porque por una parte viene a resaltar la personalidad de las producciones ibéricas, y, por otra, constata que las afinidades entre el mundo meseteño y el galo pueden ser mayores de lo que parecen, sobre todo en aquellos formatos anteriores a la propia génesis de la cultura La Tène.

I: FORMAS ONDULADAS

Distinguimos hasta tres grupos distintos dentro de las moharras con hojas onduladas. Dentro de este gran grupo, se incluirían también muchas de las piezas del noreste que han sido conservadas en el catálogo y que se han estudiado en el capítulo V.B.2 con todo detalle.

1-MOHARRAS DE PERFILES ONDULADOS Y HOJAS ALARGADAS

Hasta tres variantes distintas para este grupo, la primera de ellas con dos series diferenciadas: una para lanzas empuñadas o mixtas y otra para jabalinas, con moharras de pequeñas proporciones.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Hoja de sauce. Alargada y estrecha en la primera y tercera variante del grupo y algo más ancha en la segunda.
- **PERFIL FILOS:** Ligeramente ondulados (a veces difícil de discernir).
- **BASE:** Variante 1: Generalmente bastante estrecha; Variante 2: Algo más ancha; Variante 3: Media.
- **CARENA:** Bastante alta en las dos primeras variantes (15-20% en 1; 19'6% en 2); Media-baja en variante 3 (12'3%).
- **PUNTA:** Variante 1: Muy estrecha y alargada, filos convergentes; Variante 2: Estrecha, no tan larga; Variante 3: Muy delgada y larga.
- **CUBO:** Cubos medios o largos, abiertos y habitualmente sujetados mediante clavos.
- **SECCIONES:** Variante 1: Equilibrio entre secciones a cuatro mesas y secciones con nervio (sobre todo en arista). Hay casos con estrías; Variante 2: Predominan grandes nervios, en especial cuadrangulares a tres mesas. Sin estrías; Variante 3: Casos divergentes.
- **MEDIDAS: VARIANTE 1:**

Lg. Hoja: 9'3-13'8 jabalinas; 16'2-30 cm resto; **A. M. Hoja:** 1'5-2'4 jabalinas; 2'3-3'8 resto;
Lg. Máx.: 14'6-20'8 jabalinas; 24'1-42'4 resto; **Lg. Cubo:** 4'8-7/6'2-12'4; **Diám. Embocadura:** 1'1-1'5/1'3-1'8; **% Hoja:** 60-67/63'6-77'9; **Índice 1:** 4'3-6'2/5'4-12'5; **Carena:** 12'5-25'8/7'8-28'3 (%).

VARIANTE 2:

Lg. Hoja: 14'9-21'2; **A. M. Hoja:** 3'1-4'9; **Lg. Máx.:** 24'8-31'2; **Lg. Cubo:** 7'2-14'3; **Diám. Embocadura:** 1'4-2; **% Hoja:** 55'4-70'7; **Índice 1:** 4-6'2; **Carena:** 13'2-26'7%.

VARIANTE 3:

Lg. Hoja: 22-4-25'7; **A. M. Hoja:** 4'3; **Lg. Máx.:** 34'6-35'5; **Lg. Cubo:** 9'8-12'2; **Diám. Embocadura:** 2; **% Hoja:** 64'7-72'4; **Índice 1:** 5'2-6; **Carena:** 12-12'5.

- **CRONOLOGÍA:** VARIANTE 1: No hay evidencias claras anteriores al siglo IV a.C. Abundantes s. IV a.C. Hasta s. III a.C. incluido, al menos; VARIANTE 2: Al menos desde

finales del s. V a.C. y quizás algo antes. Puede alcanzar el siglo II a.C., y está bien documentado en el III a.C.; VARIANTE 3: Sin datos claros. Parece s. III a.C. en adelante. Incluso en época augustea.

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

- VARIANTE 1: Desde LT A en Champagne: Acy-Romance, Varilles (Guillaumet, 1990: fig. 42, 17 y 20), Les Jogasses (Charpy y Rapin, 2001: 13e); LT B2: Chotin 7 (Lejars, 1994: 1994 : 39); LT B2/C1: Ensérune 29 (Schwaller *et alii*, 2001: fig. 7); Marolles (Ginoux, 2007: lám. 58), Epiais-Rhus (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 16, 3); LT C1: Winterthur-Wülflingen (Ginoux, 2007: lám. 57), Liry (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 33); LT C1/C2: Bevaix (Lejars, 1994: 48), Faye-l'Abbasse (Lejars, 1989: fig. 9, 17 y 20); LT D : Alèsia (Sievers, 2001: lám. 59, 235-36 y lám. 63), Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: t-32 y 385) ; Ornavasso (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 61).

- VARIANTE 2: Primera Edad del Hierro aquitana: Tipo V Dhennequin (1999: fig. 5), Avezac-Prat, Ossun (túm. L17) (Mohen, 1980: lám. 43, 6-7); LT A y B: Champagne: Les Jogasses (Guillaumet, 1990: fig. 43, 7), Acy-Romance (con estrías; Guillaumet, 1990: fig. 42, 15), Etrechy (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 17), La Gorge-Meillet (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 64, 1) y Aquitania (Barzum, túm. 2, 13) (Mohen, 1980: lám. 43, 19); LT C1: St. Maur-des-Fossés (Lejars, 1994: 47, 4); Fbg de Connantre (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 63, 2); LT C2: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: lám. L, 3602); LT D: Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: t-471), Wastau-Ochsenberg (Pernet y Schmid-Sikimic, 2007: fig. 9).

-VARIANTE 3: LT B2/C1: Monte Bibebe 59 y 99 (Vitali, 2003: lám. 76, 14 y 170, 1); LT C1/C2: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988); LT C2: Dodova 6 (Ginoux, 2007: lám. 72); LT D: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 55, 187 y 190).

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INICIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

-VARIANTE 1: Quintanas de Gormaz Y (Schüle, 1969: lám. 45, 2); Ucero sep. desc. (tres inéditas, Museo Numantino) y 23(García-Soto, 1992: 374 y fig. 2, 10); Miraveche (Schüle, 1969: lám. 138, 9) y sep. 10 (Schüle, 1969: lám. 136, 4); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 23); La Osera 270 (Schüle, 1969: lám. 126), 60 (Schüle, 1969: lám. 121, 2, 16 y 17; tres piezas); Prados Redondos 5/9 (Cerdeño y Pérez, 1993: 32 y fig. 24; 2 piezas); La Mercadera 40 (Taracena, 1931: lám. XV); Las Ruedas (Sanz, 1998: 205, fig. 188, 889 y 206, fig. 189, 902; 2 piezas).

Jabalinas: La Mercadera 41 (Taracena, 1932: lám. XV); Miraveche (Schüle, 1969: lám. 142, 9) y sep. 31 (Schüle, 1969: lám. 139, 6); Las Ruedas (Sanz, 1998: 205); Ucero (inédita Museo Numantino); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 3); Raso de Candeleda 13 (Álvarez, 2003: fig. 74, A; dos piezas); Carratiermes (Argente, Díaz y Bescós, 2000: fig. 38).

-VARIANTE 2: Gormaz (Schüle, 1969: lám. 46, 2) y S (Schüle, 1969: lám. 41, 2); Las Ruedas (Sanz, 1998: 206) y 9 (Sanz, 1998: fig. 31, A); La Mercadera 60 (Taracena, 1932: lám. XXII); 42 (Taracena, 1932: lám. XXI) y 3 (Taracena, 1932: lám. IX); Les Corts 57 (Almagro, 1955: 319 y fig. 281, 8); La Dehesa (Barrio, 2006: fig. 22, 2); Carratiermes (Argente, Díaz y Bescós, 2000: fig. 38), Alcácer do Sal (Schüle, 1969: lám. 103, 1); Cigarralejo 149 (Cuadrado, 1987: fig. 124, 4).

-VARIANTE 3: Miraveche 62 (Schüle, 1969: lám. 136, 4); Las Ruedas 56 (Sanz, 1998: 129 y fig. 130, J); Almedinilla (Schüle, 1969: lám. 76, 12).

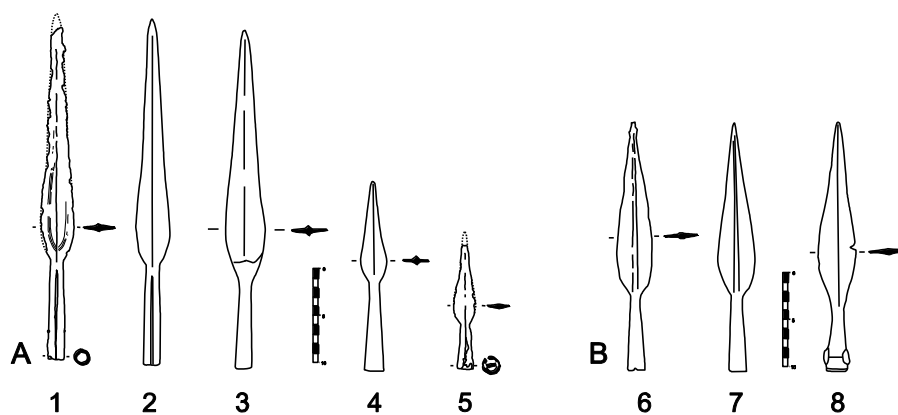


Fig. 236: Moharras de tipo ondulado con hoja alargada y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. A: Variante 1. 1: Monte Bernorio (Museo de Palencia-965); 2: Restitución general de 1; 3: Ensérune IB 29 (a partir de Schwaller et alii, 2001: fig. 7, 4). 4-5: Formatos pequeños (jabalinas). 4: Gournay (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XLII, 638); 5: Monte Bernorio (Museo de Palencia-969). B: Variante 2. 6: Gormaz S (a partir de Schüle, 1969: lám. 41, 2); 7: restitución de la anterior; 8: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XLVIII, 2118).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

El primer problema de este tipo de formas es la gran abundancia de tipos intermedios de difícil clasificación en una u otra variante (existen al menos una docena de ejemplos sin variante clara) o incluso entre estos y otros tipos como podrían ser los clásicos (aquí ya los ejemplos son muchísimos más). Sólo la variante 3, que tiene una punta muy estrecha que recuerda a las piezas en bayoneta de La Tène (por ejemplo se relaciona con fórmulas como Turó dels Dos Pins 51; 3008), es algo más clara en su estructura, pero aún así hay una completa desconexión territorial y cronológica entre los distintos casos.

La variante 2 es la única cuyo origen parece claro, y puede relacionarse con las producciones del suroeste francés desde la Primera Edad del Hierro. La variante 1 puede ser en muchos casos una derivación de

esta, pero en cualquier caso nos inclinamos por las coincidencias formales entre estas moharras y las producidas en el resto de Europa, y por tanto en su exclusión de los esquemas de La Tène.

2-MOHARRAS DE PERFILES ONDULADOS Y HOJAS CORTAS:

Una forma quizás relacionada con la anterior, con hojas más cortas. Se incluyen en este caso dos variantes, ambas también con una versión más corta, para armas arrojadas.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Hojas de laurel, de tipo mediano.
- **PERFIL FILOS:** Muy ligeramente ondulados (en algunos casos, muy poco).
- **BASE:** Bases anchas, aunque no en exceso. La variante 2 es algo más dilatada y en semicírculo, y se aprecia una cierta sensación de “gravedad” en la hoja.
- **CARENA:** Tendencia alta en la primera variante (cerca al 20%) y medias en la segunda (15%).
- **PUNTA:** Generalmente estrechas o medias.
- **CUBO:** Variante 1: Medios o bajos en módulos grandes y altos en las jabalinas; Variante 2: Bastante altos. Ambas variantes con cubos abiertos y clavos de sujeción.
- **SECCIONES:** Variante 1: Con o sin nervios casi a partes iguales. En jabalinas, nervios variables, sin estrías; Variante 2: Con nervios de todos tipos, normalmente en arista. No hay estrías.
- **MEDIDAS: VARIANTE 1:**
Lg. Hoja: 5’6-10’6 jabalinas; 8-15’7 cm resto; **A. M. Hoja:** 1’9-2’9 jabalinas; 2’3-4’1 resto;
Lg. Máx.: 11-18’2 jabalinas; 11’5-22’2 resto; **Lg. Cubo:** 5’5-7’6/4’2-8’3; **Diám. Embocadura:** 1’1-1’6/1’2-1’8; **% Hoja:** 48’7-58’2/60’2-70’7; **Índice 1:** 2’3-4’1/3-4’5; **Carena:** 13’2-26’6/12’8-25’2 (%).
VARIANTE 2:
Lg. Hoja: 7’2-9’4/11’8-16’6; **A. M. Hoja:** 2’4-3’4/3’8-4’3; **Lg. Máx.:** 13-14’9/19’5-20’5; **Lg. Cubo:** 5’5-5’9/6’8-8’1; **Diám. Embocadura:** 1’2/1’1-1’5; **% Hoja:** 54’9-63’1/60’2-71; **Índice 1:** 2’7-3’3/3’8; **Carena:** 10’4-23’6/13’8-17’2%.
- **CRONOLOGÍA:** VARIANTE 1: Quizás desde s. V a.C. Bastante abundante en s. IV a.C. Siglos III-II a.C. versiones principalmente arrojadas. VARIANTE 2: Desde s. IV a.C. hasta s. III a.C.

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-VARIANTE 1: LT A/B Champagne: Les Jogasses (Guillaumet, 1990: fig. 42, 14), Mt. Troté 102 (Rozoy, 1987: lám. 40), Acy-Romance (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 2) y Bélgica: Hamipre-Namoussant (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 9, 5); LT B2: Monte Bibele 54 y 85 (Vitali, 2003: lám. 65 y Lejars, 1994: 47, 2), Münsingen-Rain 138 (Ginoux, 2007: lám. 60), Courtavant (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 27, 10); LT C: La Tène (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 39), Gournay-sur-Aronde (tipo IA) (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 66); LT D: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 63, 283-285), Wederath (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 59), Giubiasco 83, 119, 326 (Pernet *et alii*, 2006), Wastau-Ochsenberg (Pernet y Schmid-Sikimic, 2007: fig. 9, 611).

-VARIANTE 2: No se conocen.

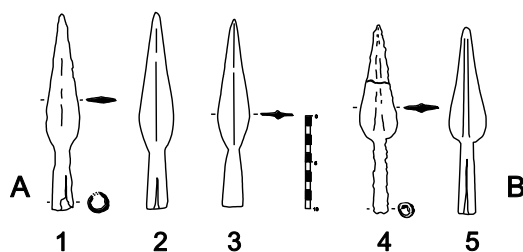


Fig. 237: Moharras de tipo ondulado con hoja corta y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. A: Variante 1. 1: La Mercadera (¿58?) (C-1199-Museo Numantino); 2: Restitución del aspecto general de la pieza anterior; 3: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: lám. XLII, 512). B: Variante 2. 4: St. Miquel de Lliria (2862-Museu de Prehistoria de Valencia); 5: Restitución de la pieza anterior.

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INICIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

-VARIANTE 1: La Caridad (Vicente, Punter y Ezquerria, 1997: fig. 28); La Mercadera 40 (Taracena, 1932: lám. XV) y 58; Ucero 16; Gormaz P (Schüle, 1969: lám. 39, 2) y T (Schüle, 1969: lám. 41, 15), Miraveche (¿sep. 38?; Schüle, 1969: lám. 142, 10); Atienza 5 (Cabré, 1930: lám. XI); Las Ruedas (Sanz, 1998: 205 y fig. 188, 876); Colección Pérez Aguilar (Álvarez, Cebolla y Blanco, 1990: Fig. 10, 5 y 11, 5; 2 piezas); Carratiermes 223 (Martínez, 1992: fig. 2).

Jabalinas: La Mercadera 3 (Taracena, 1932: lám. IX); Mas Castellar (Rovira, 2002: 363 y fig. 11, 24.1); Osma, desc. (De la Torre y Berzosa, 2000: fig. 2, 1) y sep. 12 (Fuentes, 2004: fig. 13, 3); Las Ruedas (Sanz, 1998: 205, fig. 188, 882 y 881; 2 piezas); Gormaz desc. y sep. K (inérita y Schüle, 1969: lám. 35, 3; 2 piezas); Carratiermes (Argente, Díaz y Bescós, 2000: fig. 38); Les Corts 110 (Almagro, 1955: 354 y fig. 336, 5); Numancia 90 (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 78, 7); Raso de Candeleda 85 (Fernández, 1997: fig. 73, 1).

-VARIANTE 2: Las Ruedas 15 (Sanz, 1998: fig. 41, c) y 4 (Sanz, 1998: 55, fig. 22A); St. Miquel de Lliria (Bonet, 1995: 122 y fig. 52); La Mercadera desc. (Taracena, 1932: lám. VIII).

Jabalinas: La Mercadera 19 (Taracena, 1932: lám. III) y 80 (Schüle, 1969: lám. 51, 1); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 7).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

La forma es común general, y enlaza con las producciones de la variante 2 del tipo anterior, con hojas más cortas. La dispersión es claramente meseteña, y la variante 2 de este grupo es probablemente una derivación de la 1. No se puede demostrar su origen en la cultura La Tène porque, además de ser un tipo muy común, se da en contextos muy antiguos, desde el siglo V a.C.

3-MOHARRAS DE PERFILES ONDULADOS “LLAMEANTES”:

Formato muy raro, con bases muy anchas y voluminosas y puntas muy estrechas, que recuerdan las formas en bayoneta. Sólo hay dos ejemplares catalogados en este grupo, y por tanto no existen variantes útiles.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Losángica en la base.
- **PERFIL FILOS:** Transición muy abrupta hacia la punta.
- **BASE:** Muy ancha, alta y con forma oval.
- **CARENA:** Muy alta, superior a 25%.
- **PUNTA:** Muy estrecha, casi nervio desnudo.
- **CUBO:** Medianos, abiertos y con clavos de sujeción
- **SECCIONES:** Nervio cuadrangular a tres mesas.
- **MEDIDAS:**
Lg. Hoja: 17'5-25'6 cm; **A. M. Hoja:** 4'5-6'6; **Lg. Máx.:** 34'7; **Lg. Cubo:** 9'1; **Diám. Embocadura:** 1'8; **% Hoja:** 73'7; **Índice 1:** 3'8-3'9; **Carena:** 20'8-31'4 (%).
- **CRONOLOGÍA:** Probablemente s. IV a.C.

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-LT C1: Gournay-sur-Aronde (tipo II) (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 66); Cernon-sur-Coole (Lejars, 1994: 43, 1).

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INICIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

Las Ruedas (Sanz, 1998: 205, fig. 188, 875); Prados Redondos (Cerdeño, 1979: 59 y fig. 6, 1).

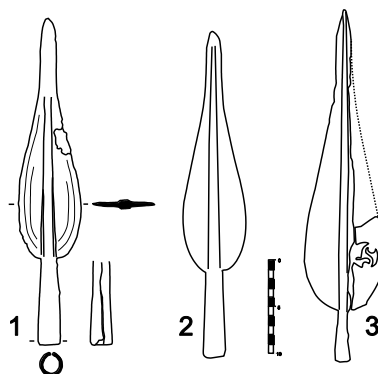


Fig. 238: Moharras de tipo ondulado “lameante” y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. 1: Las Ruedas (SP-875-Museo de Valladolid); 2: Aspecto general restituído de la pieza anterior; 3: Marolles-sur-Seine (Ginoux, 2009: fig. 80, 6).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

Se trata de una forma muy singular, que recuerda algunas producciones europeas de los tipos “en bayoneta” con bases anchas, pero por una parte la cronología parece anterior a estas, y, por otra, las secciones con nervio a tres mesas son muy características del ámbito hispánico. Probable coincidencia formal.

II: FORMAS BICONVEXAS

Se trata de una serie de moharras en general de mayor volumen que las anteriores, y con puntas más anchas. Distinguimos hasta dos grupos distintos dentro de estas producciones.

4- MOHARRAS DE PERFIL BICONVEXO “TÍPICAS”

En este conjunto agrupamos lo que corresponde a la mayoría de las moharras de perfil biconvexo, en este caso correspondiendo a una de las producciones más frecuentes y con mayor personalidad del ámbito celtibérico y vacceo. Diferenciamos dos variantes dentro del formato, aunque muy desiguales: la primera con series en pequeño módulo (jabalinas) y la segunda incluyendo un ejemplar único.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Variante 1: De laurel, de tamaño medio o grande; Variante 2: Híbrido de laurel y sauce.
- **PERFIL FILOS:** Biconvexos, normalmente con perfiles muy nítidos, aunque hay excepciones.
- **BASE:** Variante 1: Bastante ancha y curva; Variante 2: No muy ancha, alargada.
- **CARENA:** Tendencia media en ambas variantes, *circa* 15%.
- **PUNTA:** Filos paralelos o algo engrosados. Parecen hojas de puñal.
- **CUBO:** Variante 1: Medios, siempre abiertos y claveteados; Variante 2: Indeterminado. No se conserva.
- **SECCIONES:** Variante 1: Siempre nervios en arista (constante). Abundan las piezas estriadas; Variante 2: Nervio redondeado y sin estrías.
- **MEDIDAS: VARIANTE 1:**
Lg. Hoja: 9'9 jabalinas; 12'8-33'4 cm resto; **A. M. Hoja:** 2'8 jabalinas; 3-5'5 resto; **Lg. Máx.:** 14'2 jabalinas; 18'9-42'8 resto; **Lg. Cubo:** 4'3/4'2-10'5; **Diám. Embocadura:** 1'3/1-1'6; **% Hoja:** 69'7/62'1-78'7; **Índice 1:** 3'5/3'4-6'4; **Carena:** 16'1/9'5-22'2 (%).
VARIANTE 2:
Lg. Hoja: 26'3; **A. M. Hoja:** 4; **Lg. Máx.:** Indet.; **Lg. Cubo:** Indet.; **Diám. Embocadura:** Indet.; **% Hoja:** Indet.; **Índice 1:** 6'5; **Carena:** 15'5%.
- **CRONOLOGÍA:** VARIANTE 1: Al menos desde mediados o finales del siglo IV a.C. En el siglo III a.C., al menos hasta mediados. Curiosa ausencia en contextos tardíos. VARIANTE 2: ss. IV-II a.C. (indet.).

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-VARIANTE 1: Primera Edad del Hierro aquitana: Ger (túm. X, sep. 2) (Mohen, 1980: fig. 43, 8); LT C1: Fère Champenoise 56 (Lejars, 1994: 50, 4); La Tène (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 39), Vevey 23 (Brunaux y Rapin, 88: fig. 63, 4); LT C2/D1: Gournay-sur-Aronde (tipo V) (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 66); LT D: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 57, 211), Giubiasco (Pernet *et alii*, 2006: t-68).

-VARIANTE 2: No se conocen.

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INCIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

-VARIANTE 1: Las Cogotas 476 (Stary, 1994: lám. 37, 2i); Miraveche 31 (Schüle, 1969: lám. 139, 5); La Hoya (Llanos, 1990: 141 y fig. 2); La Osera 30 (Lenerz, 1991: lám. 10, 53e), 270 (Schüle, 1969: lám. 126; 2 piezas); 200 (Schüle, 1969: lám. 124) y 314 (Baquedano, 1990: fig. 5); Arcóbriga J (Lenerz, 1991:

lám. 219, 842e); Cigarralejo 170 (Cuadrado, 1989: fig. 30); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 5, 15, 16, 17 y 19; 5 piezas); Atienza 16 (Cabré, 1930: lám. XVI); La Mercadera 16 (Taracena, 1932: lám. II, derecha) y 19 (Taracena, 1932: lám. III); Alcacer do Sal (Schüle, 1969: lám. 103, 9); Las Ruedas 28 (Sanz, 1998: 74 y fig. 67; 2 piezas).

Jabalinas: Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 4).

-VARIANTE 2: Gormaz S (Schüle, 1969: lám. 39, 2).

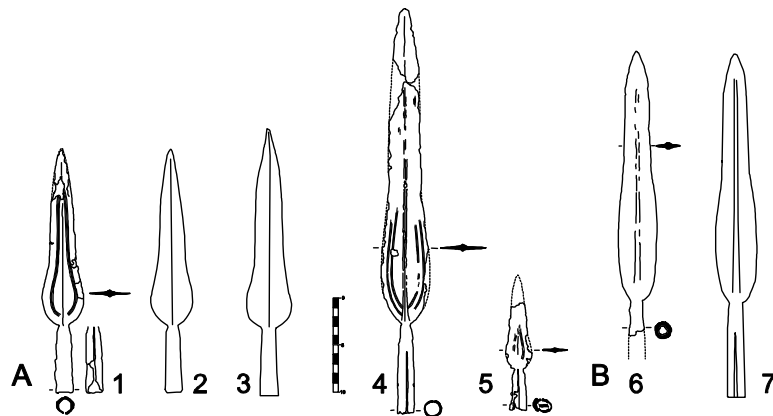


Fig. 239: Moharras de tipo biconvexo “típicas” y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. A: Variante 1. 1: Monte Bernorio (12.110-Museo de Santander); 2: La misma pieza restituida en su aspecto general; 3: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: lám. LI, 4681); 4-5: Comparación del distinto volumen de algunas moharras de este mismo tipo: 4: La Osera 270 (MAN-1986/81/VI/270/5); 5: Monte Bernorio (966-Museo de Palencia). B: Variante 2. 6-7: Gormaz S (Museo Numantino).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

La variante “tipo” (1) se documenta en la Península Ibérica con anterioridad a las primeras moharras con formas similares en contextos galos, y por tanto no puede derivar de las producciones latenienses. Por tanto, se trataría probablemente de una coincidencia formal, quizás derivada de algunos esquemas no muy comunes del suroeste francés (*supra*, cap. V.C.2.9) y sin duda emparentados con los formatos de tipo ondulado y hoja larga (en especial, variante 2). En cuanto a la variante 2, se trata de un caso único derivado de la anterior, hibridando precisamente los rasgos típicos de estas moharras con los de las hojas largas de las moharras de tipo ondulado.

5- MOHARRAS DE PERFIL BICONVEXO CON BASE CIRCULAR O ROMBOIDAL

La fórmula que nos ocupa ahora es una derivación de la anterior, con la que está fuertemente emparentada. La diferencia con ellas es, pues, muy sutil, pero ha sido preliminarmente catalogada como un tipo aparte por su parentesco con algunas piezas singulares, como la moharra del silo 6 de Porqueres (3007), que inicialmente formó parte de este mismo grupo. Hay dos variantes dependiendo de la forma de la base, aunque en total no suman más de tres ejemplares.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Variante 1: Bimorfa, de base y punta claramente diferenciadas; Variante 2: Híbrido de laurel y romboide.
- **PERFIL FILOS:** Variante 1: Casi circular en la base y rectos en la punta; Variante 2: Rombooidal abrupto en la base y perfiles engrosados en la punta.
- **BASE:** Variante 1: Bastante ancha; Variante 2: Media, de filos angulosos.
- **CARENA:** Bajas, en torno al 10%.
- **PUNTA:** Muy similar a la de las formas biconvexas “típicas”, excepto en la variante 2, que es más ancha.
- **CUBO:** Medios, siempre abiertos y claveteados.
- **SECCIONES:** Variante 1: Nervio en arista en moharras grandes; sin nervio jabalina; Variante 2: Nervio muy débil y estrías pegadas a éste.
- **MEDIDAS: VARIANTE 1:**
Lg. Hoja: 10'1 jabalinas; 16'7 cm resto; **A. M. Hoja:** 3'1 jabalinas; 4 resto; **Lg. Máx.:** 15'8 jabalinas; 24'5 resto; **Lg. Cubo:** 5'7/7'8; **Diám. Embocadura:** 1'4/1'4; **% Hoja:** 63'9/68'1-74; **Índice 1:** 3'2/4'1; **Carena:** 18'8/8'3(%).
VARIANTE 2:
Lg. Hoja: 15'2; **A. M. Hoja:** 4; **Lg. Máx.:** 23'6; **Lg. Cubo:** 8'4; **Diám. Embocadura:** 1'8; **% Hoja:** 64'4; **Índice 1:** 3'8; **Carena:** 9'8%.
- **CRONOLOGÍA:** ss. III-II a.C. aproximadamente

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-VARIANTE 1: LT C1/C2: La Tène; LT C2/D1: Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988 : fig. 66), Mirebeau (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 63, 5-6).

-VARIANTE 2: LT D2: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 62, 272-276).

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INICIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

-VARIANTE 1: Osma 17A (Fuentes, 2004: fig. 21, 5).

Jabalinas: Osma 20A (Fuentes, 2004: 94 y fig. 28, 3).

-VARIANTE 2: Osma 18A (Fuentes, 2004: 84 y fig. 25, 6).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

Probablemente falso tipo o variantes locales del tipo anterior (todas en Osma). De todos modos, no hay conexión con las piezas latenienses, que siempre son más tardías.

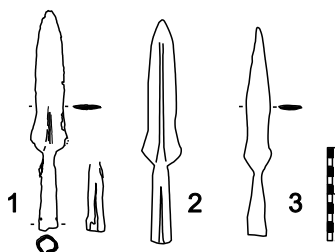


Fig. 240: Moharras de tipo biconvexo con base romboidal (variante 2) y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. 1: Osma, sep. 18 (MAN-1917/54/24527); 2: Restitución de la pieza anterior, en su aspecto general; 3: Alèsia (Sievers, 2001: lám. 62, 276).

III: FORMAS DE BASE REDONDEADA Y FILOS CONVERGENTES

El tipo de base de estas moharras recuerdan a los de los formatos clásicos y anchos de la cultura La Tène, aunque las dimensiones de los ejemplares hispánicos tienden a ser menores, y además está claro que las formas clásicas latenienses son tipos comunes a la mayoría de las culturas protohistóricas.

6- MOHARRAS DE BASE REDONDEADA Y HOJA ALARGADA O ANCHA

Se trata de formas muy simples en su confección, en general mucho menos voluminosas de lo que suele verse en otros contextos europeos. Distinguimos dos variantes distintas, que quizás correspondan mejor a dos tipos diferenciados: la primera de hoja alargada y con abundancia de ejemplares claramente arrojadizos. La característica principal de la segunda variante es su forma más ancha de hoja.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Variante 1: Triangular larga; Variante 2: Triangular chata.
- **PERFIL FILOS:** Bien rectos, convergentes en ambos casos.
- **BASE:** Variante 1: En semicírculo; Variante 2: También en semicírculo, pero mucho más ancha.
- **CARENA:** Variante 1: Muy baja, inferior a 10%; Variante 2: Media-baja, normalmente por debajo del 15%.
- **PUNTA:** Tendencia convergente, estrecha en la primera variante y ancha en la segunda.
- **CUBO:** Todo tipo de cubos, largos y cortos. Normalmente abiertos y con clavos.
- **SECCIONES:** Variante 1: Sobre todo sin nervios y a cuatro mesas. Hay ejemplos con estrías; Variante 2: Principalmente nervios en arista. A veces con estrías.
- **MEDIDAS: VARIANTE 1:**
Lg. Hoja: 9-23'9 cm; **A. M. Hoja:** 2'3-3'6; **Lg. Máx.:** 16-24'8/31'1; **Lg. Cubo:** 5'4-9'2/7'2;
Diám. Embocadura: 1'1-1'5; **% Hoja:** 58'3-71'5; **Índice 1:** 3'3-6'6; **Carena:** 5'3-16'3/7'1(%).
VARIANTE 2:
Lg. Hoja: 9'3-18'8; **A. M. Hoja:** 3'4-5'6; **Lg. Máx.:** 15'5-27'6; **Lg. Cubo:** 6'2-9'3; **Diám. Embocadura:** 1'6-1'9; **% Hoja:** 60-68'1; **Índice 1:** 2'5-3'5; **Carena:** 9'7-17'1%.
- **CRONOLOGÍA:** VARIANTE 1: Probablemente desde s. V a.C., hasta s. III-II a.C.; VARIANTE 2: Fines del siglo IV a.C. y todo el siglo III a.C. al completo.

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-VARIANTE 1: LT B: Champagne: Les Jogasses, Épiais-Rhus 393 (Brunaux y Rapin, 1988: 121, 1); LT B2/C1: Gumefens (Suiza; Brunaux y Lambot, 1987: fig. 29), Magyarszeadaheln 30 (Hungría; Brunaux y Rapin, 1988: fig. 59), Gournay-sur-Aronde (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 66), Marolles 123 (Ginoux, 2007: lám. 44), Dormans 62 (Lejars, 1994: 41, 1), Straubing 3 (Baviera; Lejars, 1994: 41, 4), Münsingen-Rain 91 (Lejars, 1994: 47, 4). LT C: Dodova 2 y 10 y Drna 5/74 (Lejars, 1994: 50, 1-3); LT D2: Wederath (Rhenania; Brunaux y Lambot, 1987: fig. 59), Giubiasco 406 (Pernet *et alii*, 2006: t-406).

-VARIANTE 2: LT A/B: Acy-Romance (Brunaux y Lambot, 1987: fig. 2; LT B: Karabourma 62 (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 61, 2), Dubník 16 (Ginoux, 2007: lám. 53), Villeperrot Wd1 (Ginoux, 2007: lám. 62); LT C1: Gournay-sur-Aronde (tipo IIIA) (Brunaux y Rapin, 1988: fig. 66), Geislingen (Baviera; Lejars, 1994: 51, 2).

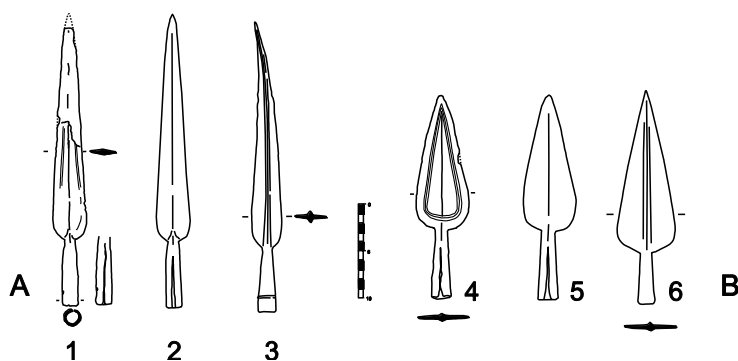


Fig. 241: Moharras de base circular y hoja alargada o ancha y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. A: Variante 1. 1: Las Cogotas 513 (MAN-1989/24/419); 2: Restitución general de la pieza anterior; 3: Dodova 10 (Ginoux, 2007: lám. 82). B: Variante 2 (hoja ancha). 4-5: La Mercadera, sin contexto (Schüle, 1969: lám. 53, 3); 6: Geislingen (Lejars, 1994: 51, 2).

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INICIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

-VARIANTE 1: Alpasenque (inédita, Cabré, 1917: lám. IX); Las Cogotas 513 (Lenerz, 1991: lám. 63, 146c).

Jabalinas: Gormaz J (Schüle, 1969: lám. 34, 4) y F (Schüle, 1969: lám. 32, 3); Osma 2A (Fuentes, 2004: fig. 5, 3), 10B (Schüle, 1969: lám. 57, 10) y 4A (Fuentes, 2004: fig. 7, 3); Prados Redondos (Cerdeño, 1979: 59); La Dehesa (Barrio, 2006: fig. 22, 3 y 4; 2 piezas); Atienza 5 (Cabré, 1930: lám. XI); La Revilla B y C (Ortego, 1983: lám. II y III); Las Cogotas 476 (Stary, 1994: lám. 37, 2g) y 513 (Stary, 1994: lám. 39, 1b); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 1); La Osera 395 (Lenerz, 1991: lám. 40c); La Mercadera 16 (Taracena, 1932: lám. II, izquierda).

-VARIANTE 2: Colección Pérez Aguilar (Álvarez, Cebolla y Blanco, 1990: fig. 11, 6 y 2; 2 piezas); La Osera 185 (Schüle, 1969: lám. 123); La Mercadera 79 (Taracena, 1932: lám. XIX), desc. (Schüle, 1969: lám. 53, 3); Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 162, 18); Arcóbriga A (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 8, 3b) y J (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 23, 3a).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

Numerosos problemas de identificación y coherencia del tipo. Para empezar, gran frecuencia de tipos intermedios, con bases no siempre claramente circulares y a menudo no muy elevadas. Además, las proporciones de los ejemplares europeos suelen ser mucho mayores que las de los hispánicos. Como se trata de tipos comunes, no hay una filiación clara desde la cultura La Tène. La orientación de los tipos es claramente meseteña, y es probable que se trate de derivaciones de los otros tipos esbozados con anterioridad, aunque con perfiles de hoja rectos en vez de sinuosos o biconvexos. Es posible que las

formas sean plenamente autóctonas o bien derivaciones de prototipos ibéricos, como parecen indicar los nervios marcados de algunas de las piezas más antiguas.

IV: FORMAS ROMBOIDALES DE BASE ANCHA

El último de los grupos estudiados corresponde a una forma poco habitual en la Península Ibérica, consistente en el ensanchamiento progresivo de la base de la hoja hasta un punto en el que la tendencia se invierte para converger hasta el extremo de la punta.

7- MOHARRAS DE TIPO ROMBOIDAL ANCHO

Esta es la única variante que hemos diferenciado en este grupo. Se trata de una fórmula poco abundante, aunque se observan algunas piezas de menores dimensiones que muy probablemente corresponden a jabalinas.

-CARACTERÍSTICAS:

- **FORMA HOJA:** Romboidal, más larga de la punta que de la base.
- **PERFIL FILOS:** En ángulos.
- **BASE:** Muy ancha.
- **CARENA:** Medias, por encima del 17%.
- **PUNTA:** Filos convergentes y aspecto robusto; ancho.
- **CUBO:** Medios o altos y casi siempre abiertos.
- **SECCIONES:** Sin nervio o con nervios muy débiles.
- **MEDIDAS:**
Lg. Hoja: 8-9'6/10'6-18'3; **A. M. Hoja:** 2'8-3'1/3'1-5'5; **Lg. Máx.:** 13'7-15'1/16'2-27'8; **Lg. Cubo:** 5'5-5'6/5'6-9'7; **Diám. Embocadura:** 1'1-1'3/1'3-1'7; **% Hoja:** 59-63'5/60'2-69'8; **Índice 1:** 2'6-3'4/3'3-3'7; **Carena:** 17'7-19'7/15'1-21'4 (%).
- **CRONOLOGÍA:** En el noreste peninsular desde s. VI-V a.C. En la Meseta, ejemplares desde el siglo IV a.C. hasta el II a.C.

-COINCIDENCIAS EN YACIMIENTOS EUROPEOS:

-Primera Edad del Hierro aquitana (tipo IV Dhennequin: 1999: fig. 5); LT A: Hamipre (Bélgica; Brunaux y Lambot, 1988: fig. 9, 8); LT B2/C1: Champagne (Mont Troté 123, Rouillers 68; Rozoy, 1987: lám. 55 y 107), Dietikon (Suiza; Brunaux y Lambot, 1987: fig. 28), Monte Bibebe 132 (Vitali, 2003: lám. 224). Ausente en contextos avanzados.

-EJEMPLARES PENINSULARES ESTUDIADOS INCIALMENTE CATALOGADOS EN ESTE GRUPO:

Puig de Sant Andreu (Oliva, 1956: 316 y fig. 37, 1); Perelada (inédita); Gormaz J (Schüle, 1969: lám. 34, 3); Numancia 53 (Jimeno *et alii*, 2004: fig. 60, 7); Villanueva de Teba 17 (Ruiz, 2005: fig. 20) y 33 (Ruiz, 2005: fig. 21); Atance 9 (Paz, 1980: fig. 4, 5), Arcóbriga (Aguilera, 1911: lám. XXXII, 1; 2 piezas).

Jabalinas: La Revilla A (Ortego, 1983: lám. I); Miraveche (Schüle, 1969: lám. 139, 5).

-PROBLEMAS DE ORIGEN Y PARENTESCO:

Existen ciertas dudas en cuanto a los tipos intermedios de estas piezas, cuyos perfiles a veces no son tan claros. De todas formas, parece claro que se trata de una forma común, en este caso muy probablemente derivada de los Campos de Urnas del Languedoc y Aquitania y llegada a la península por una doble vía, desde el noreste y el valle del Ebro. Sea como fuere, ni siquiera se trata de una forma habitual en los yacimientos latenienses europeos.

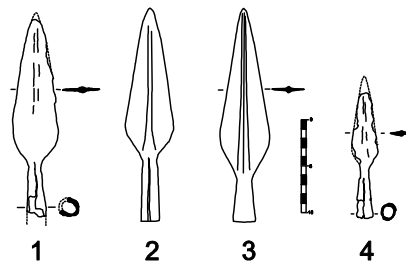
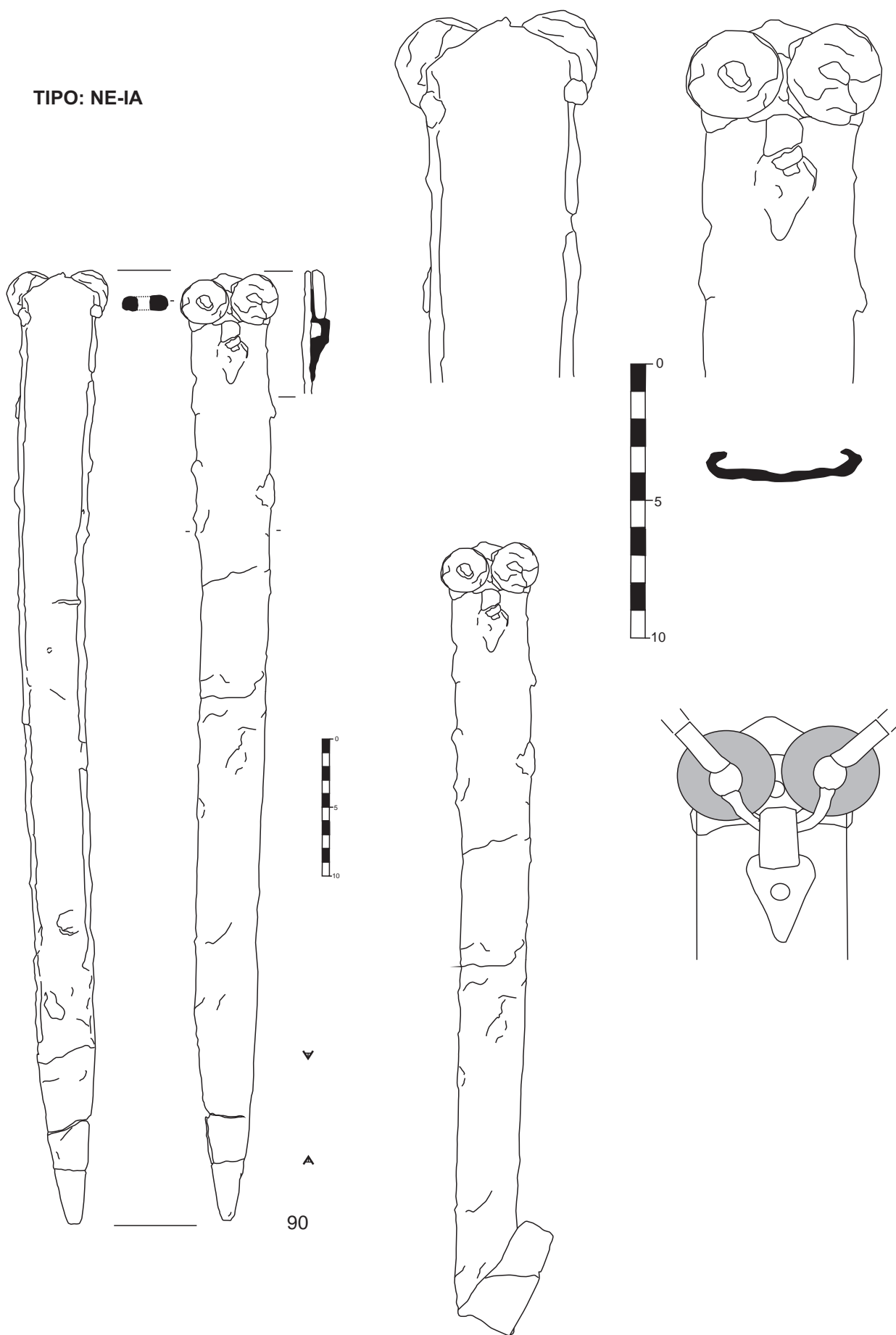


Fig. 242: Moharras de tipo romboidal con hoja ancha y comparación con algunas piezas galas con la misma apariencia. 1: Gormaz J (C-1379-Museo Numantino); 2: Restitución aproximada de la pieza anterior; 3: Mont Troté 132 (Rozoy, 1987: lám. 55, 1); 4: Ejemplar arrojadizo, procedente de Miraveche (Museo de Burgos).

X2. APÉNDICE 2: CATÁLOGO

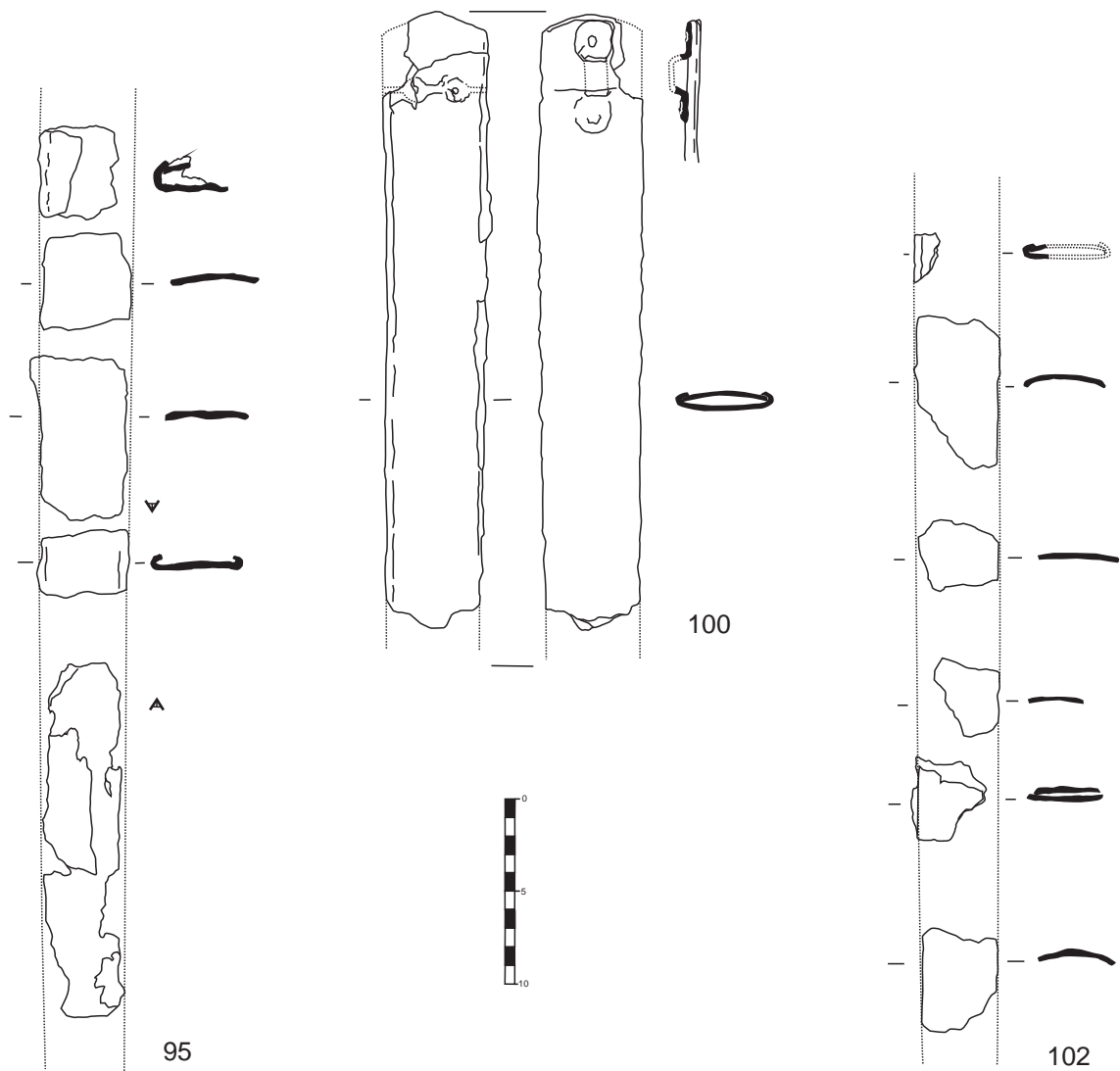
X2.1: DIBUJOS

TIPO: NE-IA



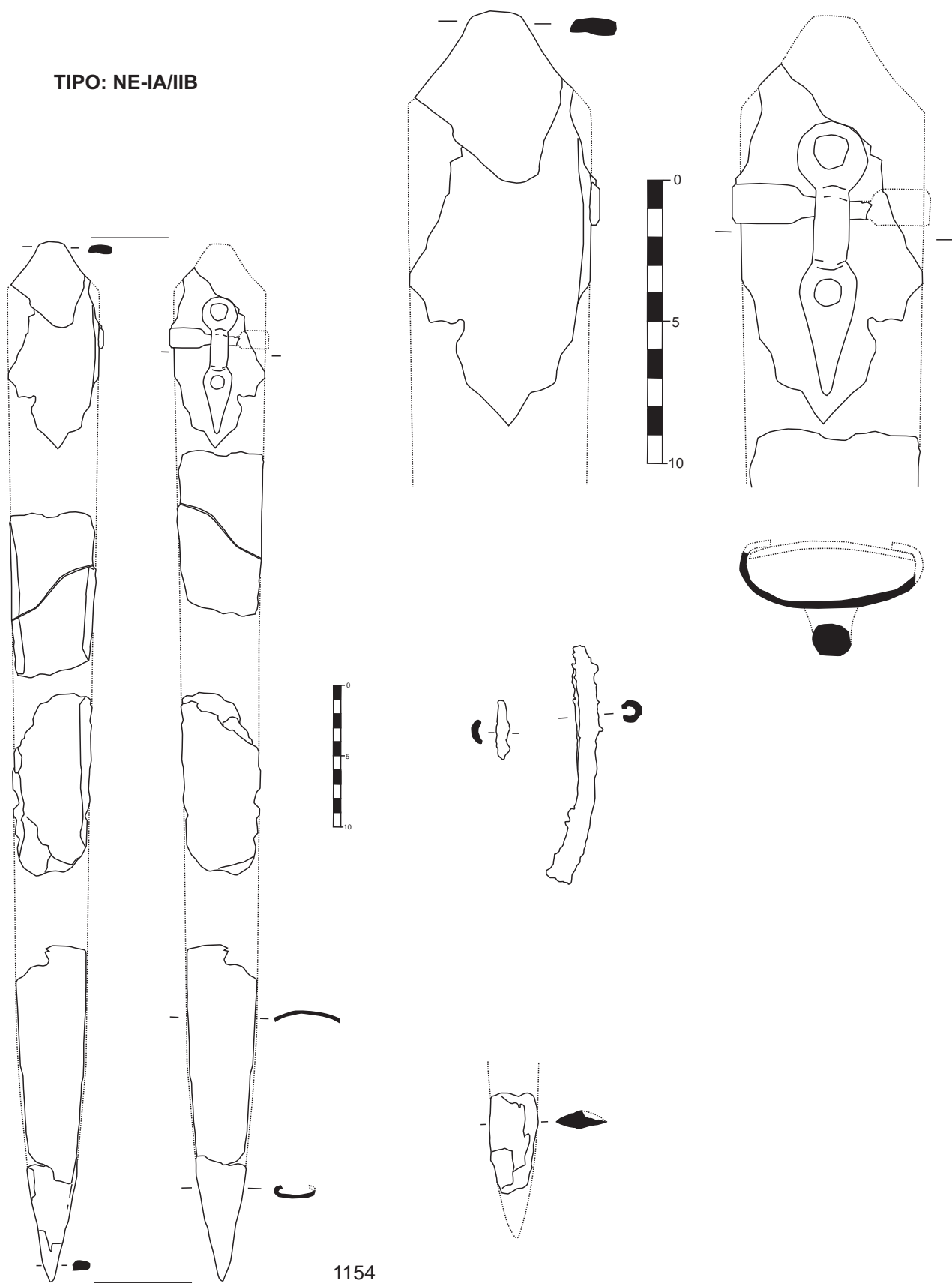
-Fig. 243: 90: L'Esquerda (Museu de l'Esquerda).

TIPO: NE-IA



-Fig. 244: 95, 100 y 102: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).

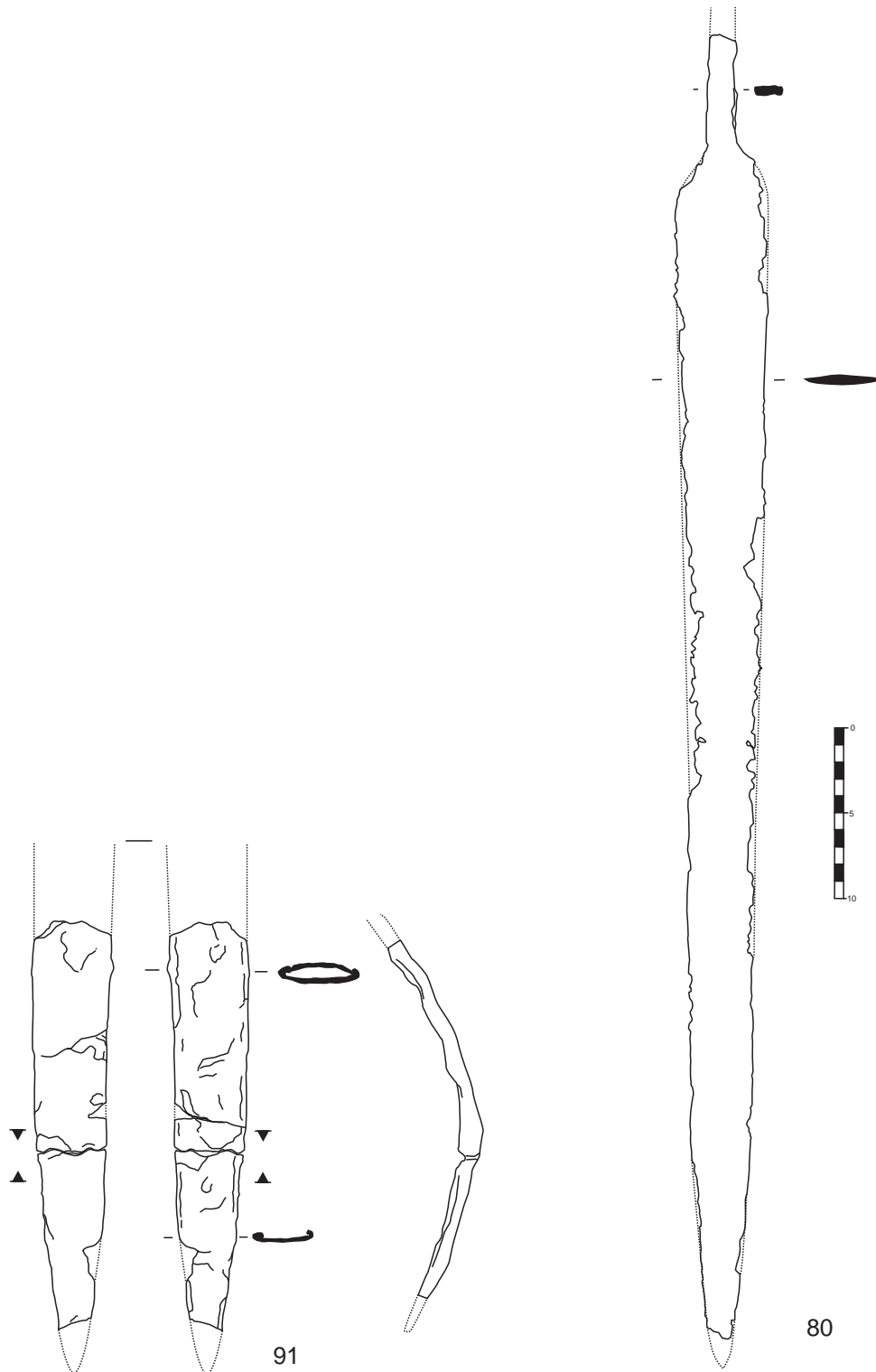
TIPO: NE-IA/IIB



-Fig. 245: 1154: Villaricos, sep. 556 (M.A.N).

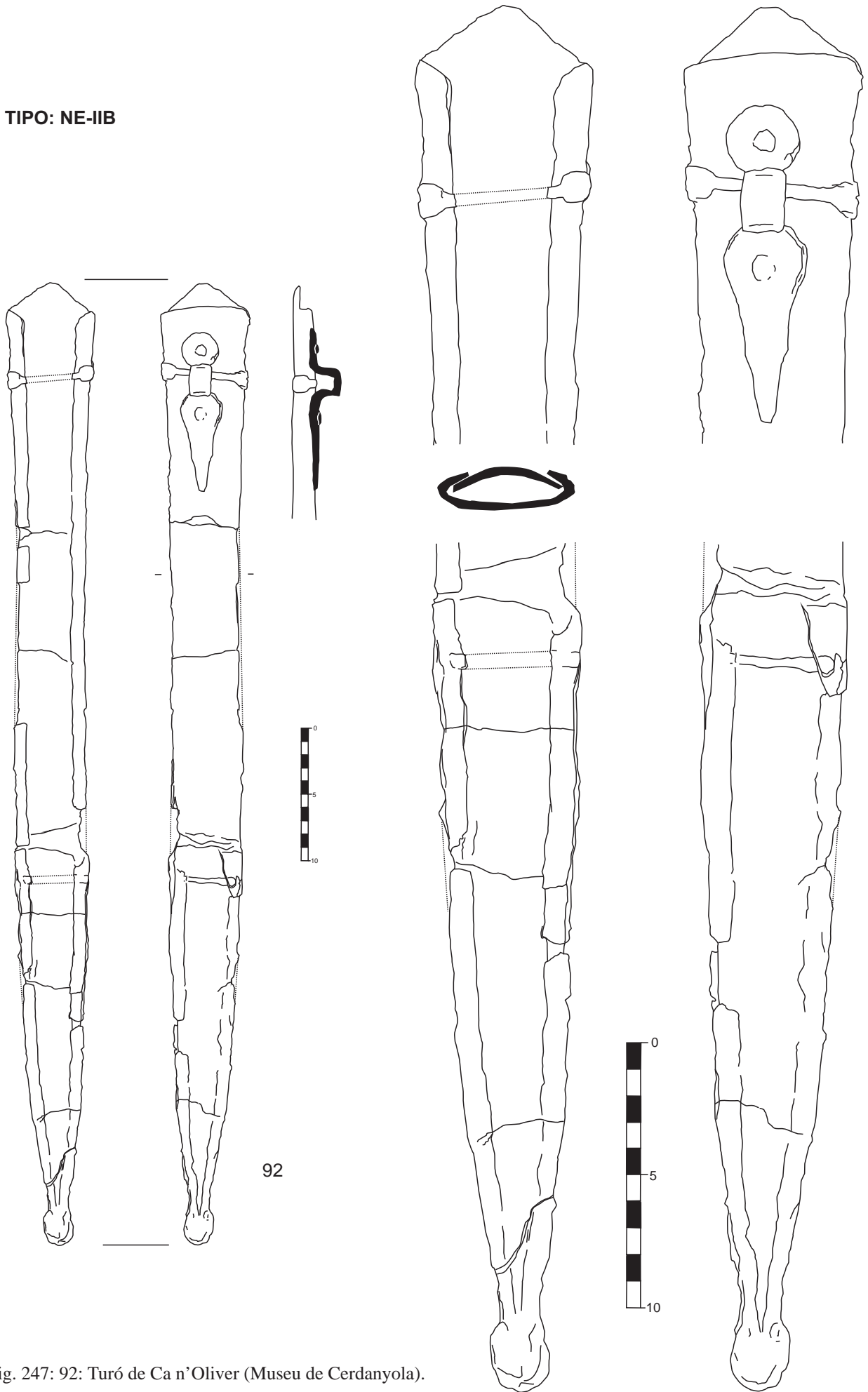
TIPO: NE-IA

TIPO: NE-IIB



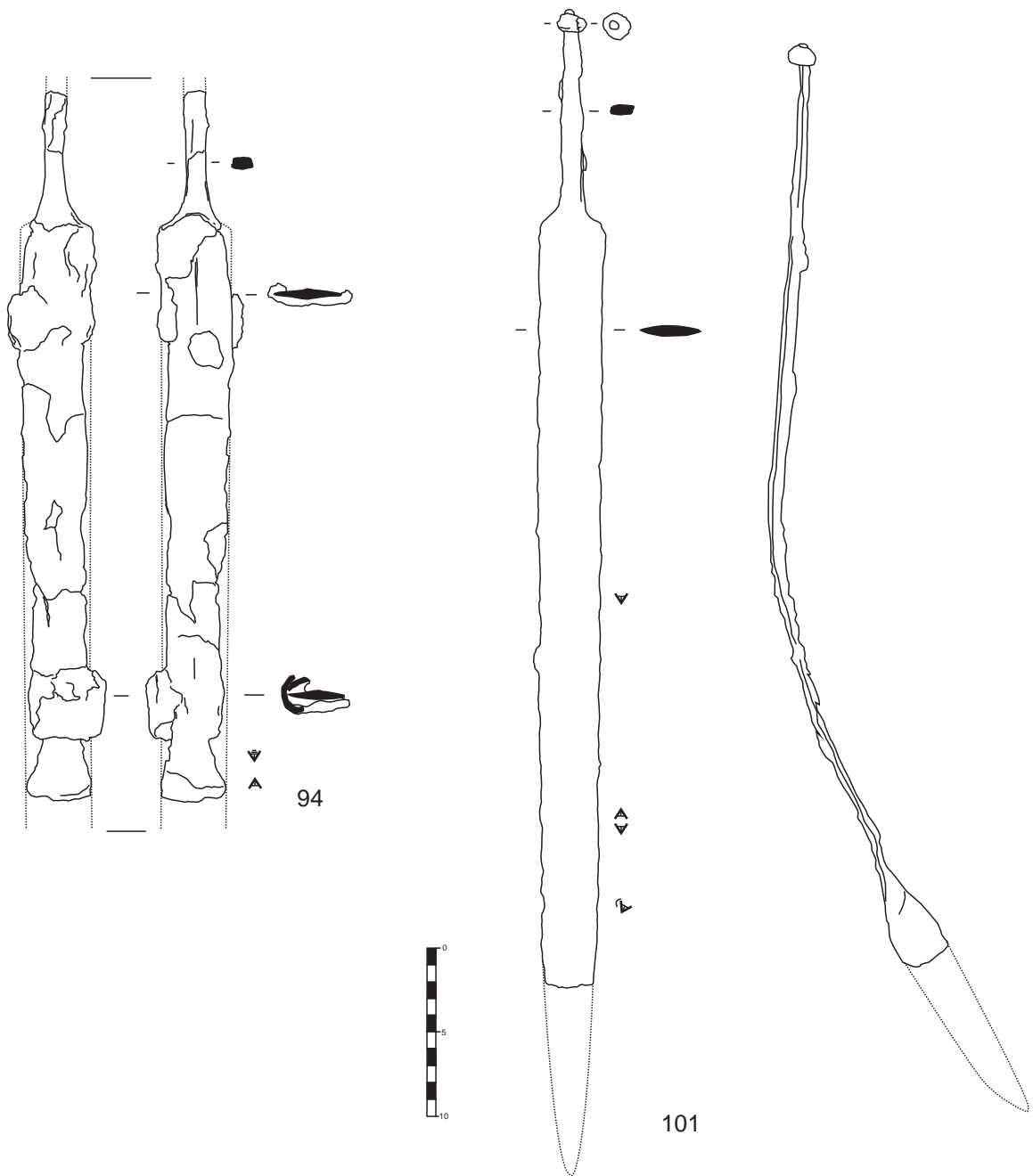
-Fig. 246: 91: L'Esquerda (Museu de l'Esquerda); 80: Molí d'en Rovira (Vinseum Vilafranca).

TIPO: NE-IIB



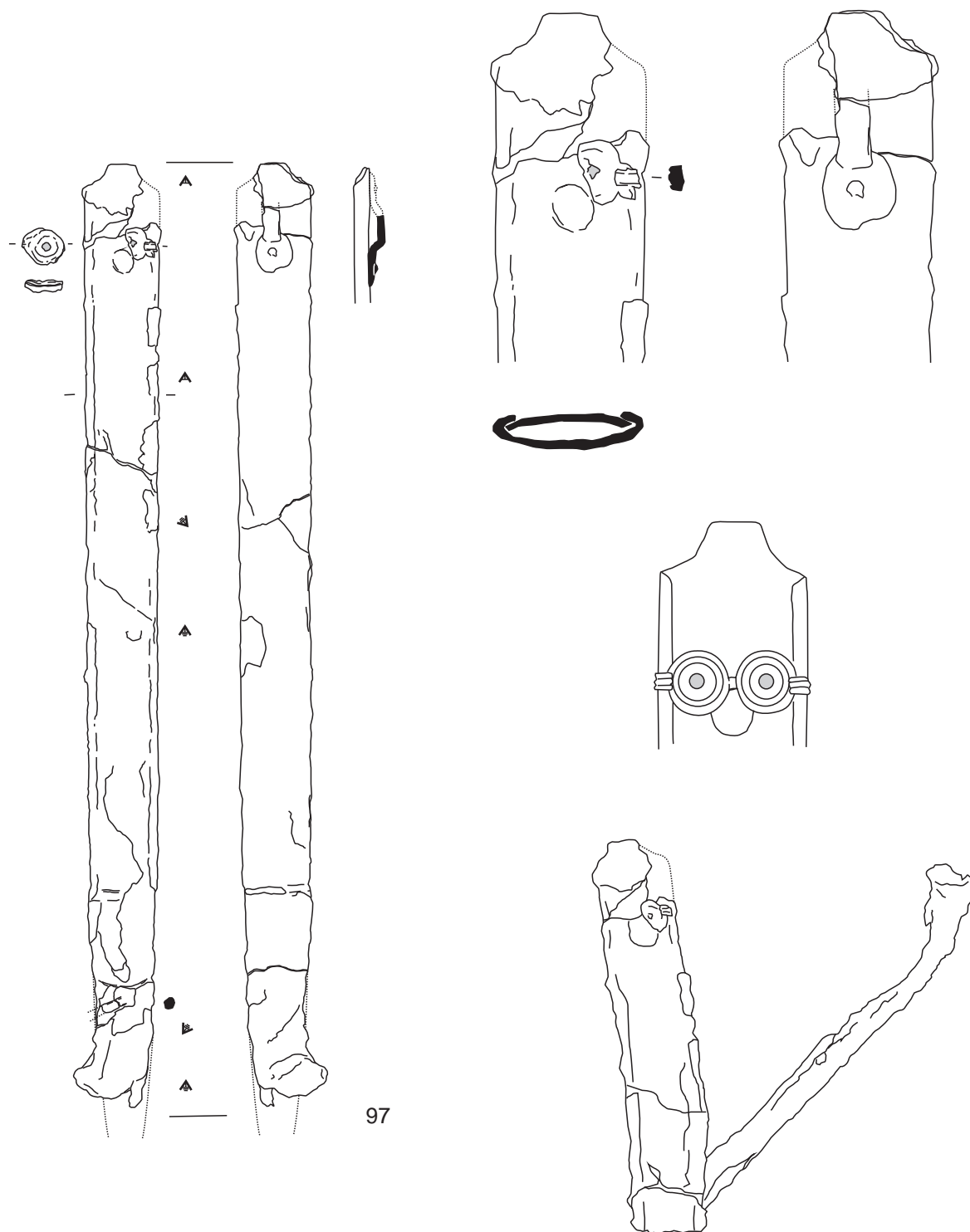
-Fig. 247: 92: Turó de Ca n'Oliver (Museu de Cerdanyola).

TIPO: NE-III



-Fig. 248: 94: Can Xercavins (Museu de Cerdanyola); 101: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).

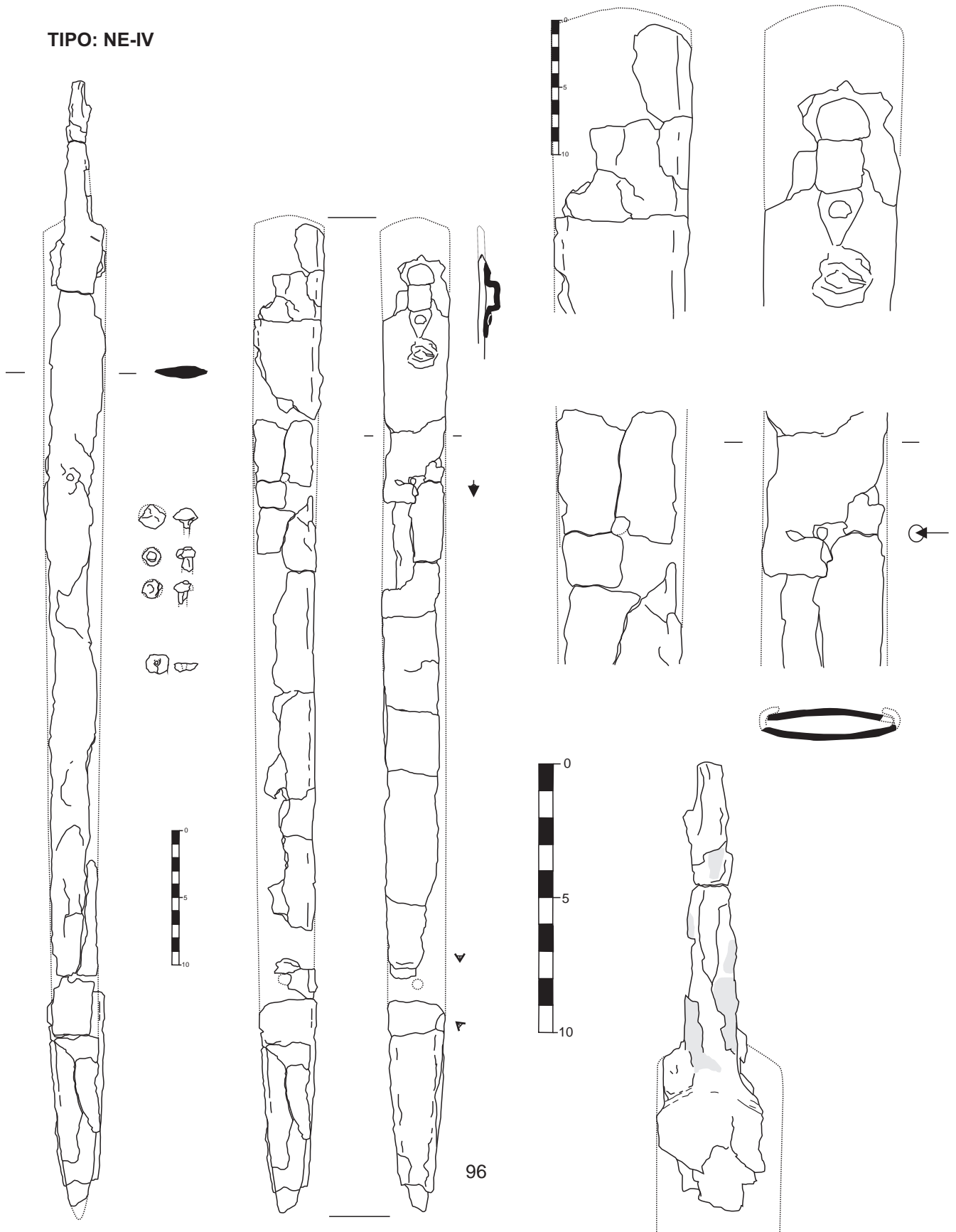
TIPO: NE-III



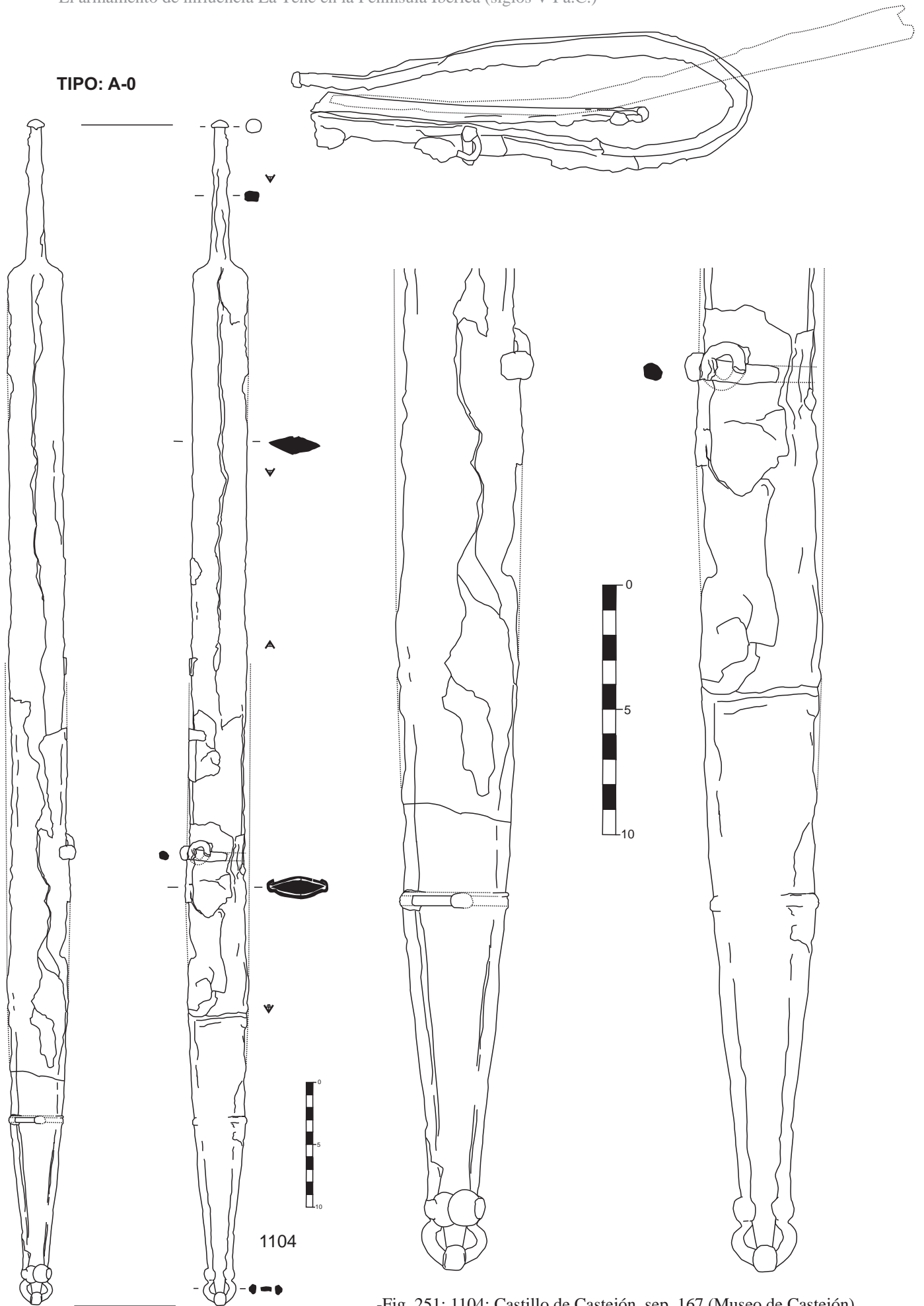
97

-Fig. 249: 97: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).

TIPO: NE-IV

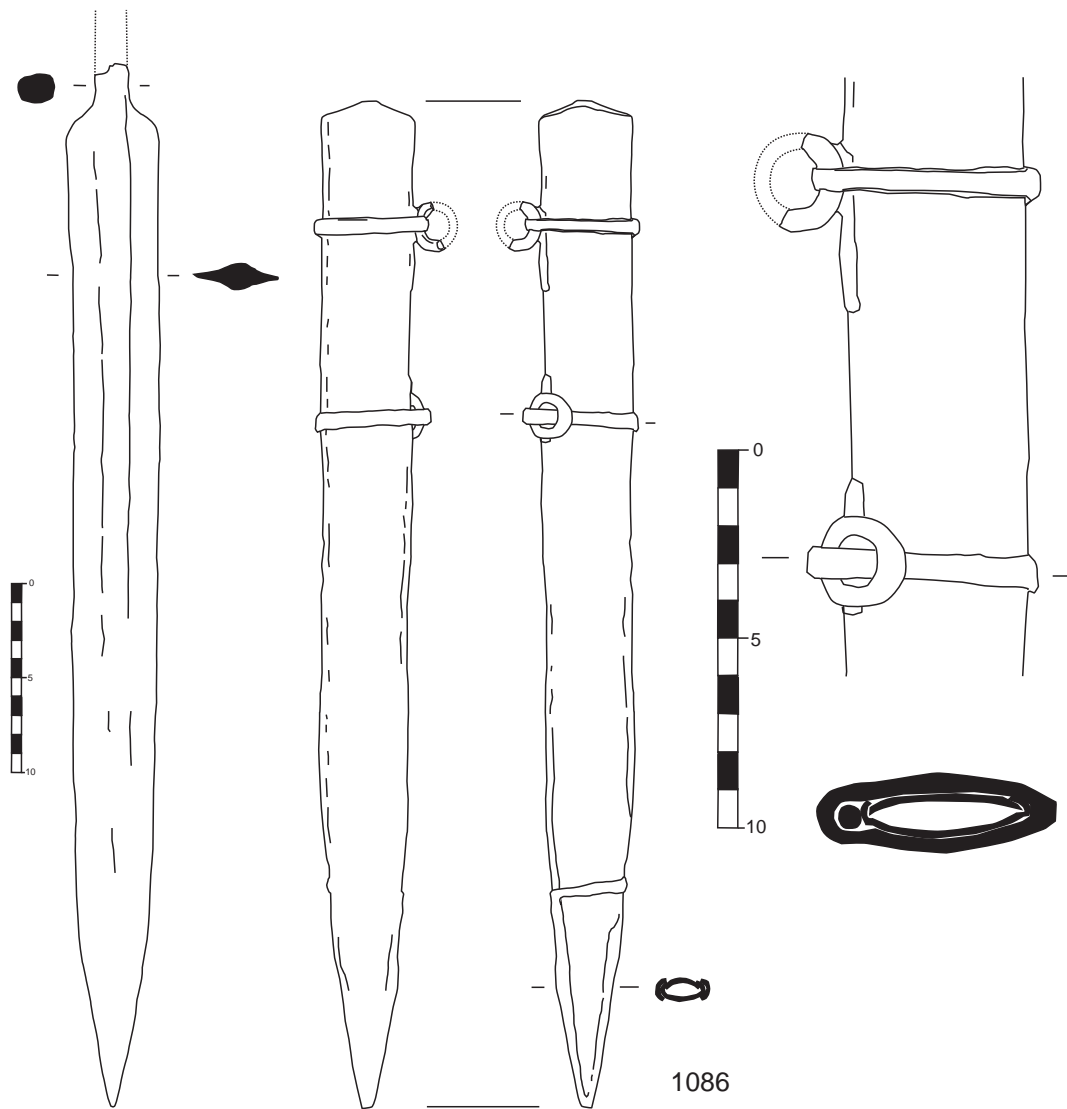


-Fig. 250: 96: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).



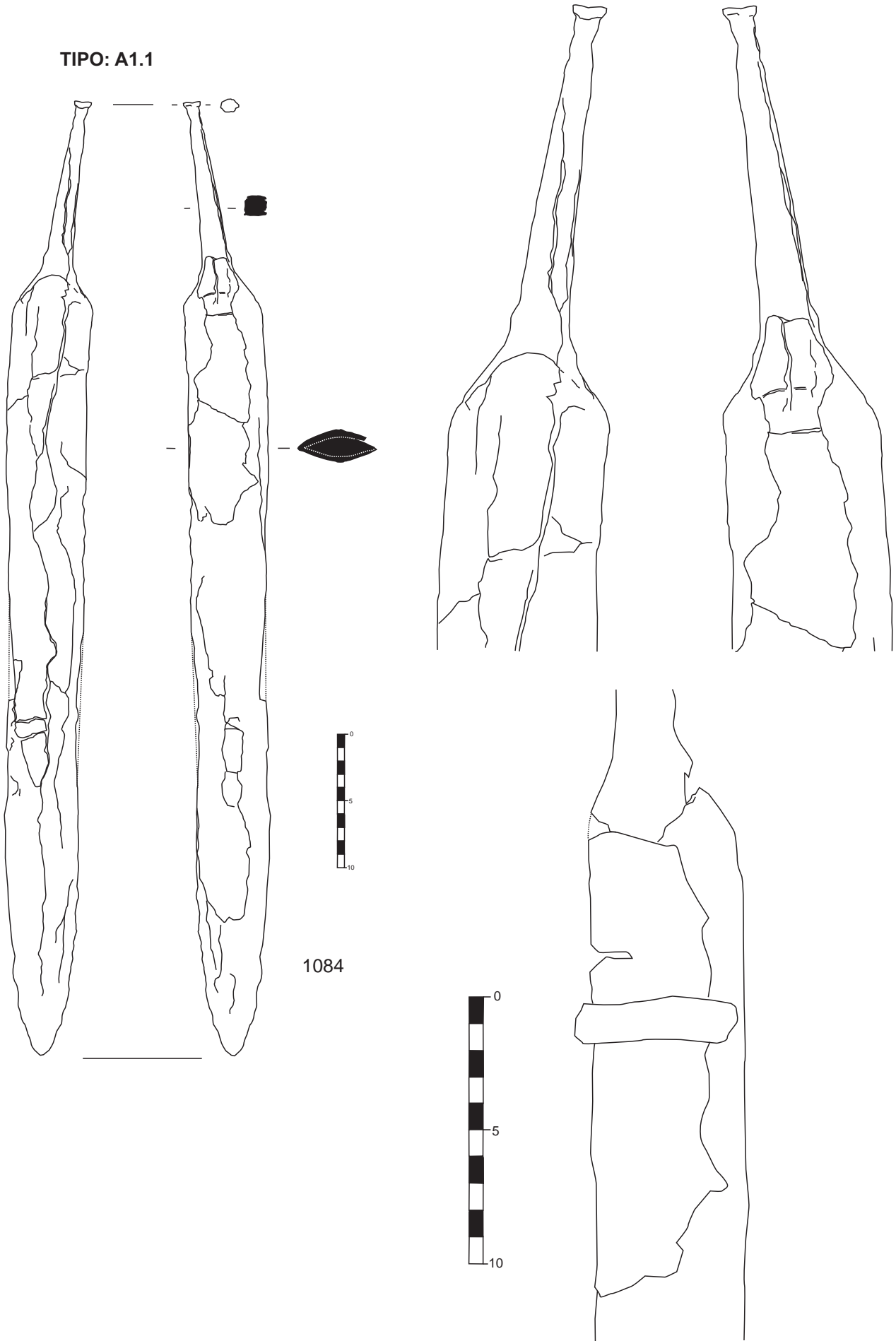
-Fig. 251: 1104: Castillo de Castejón, sep. 167 (Museo de Castejón).

TIPO: A1.1



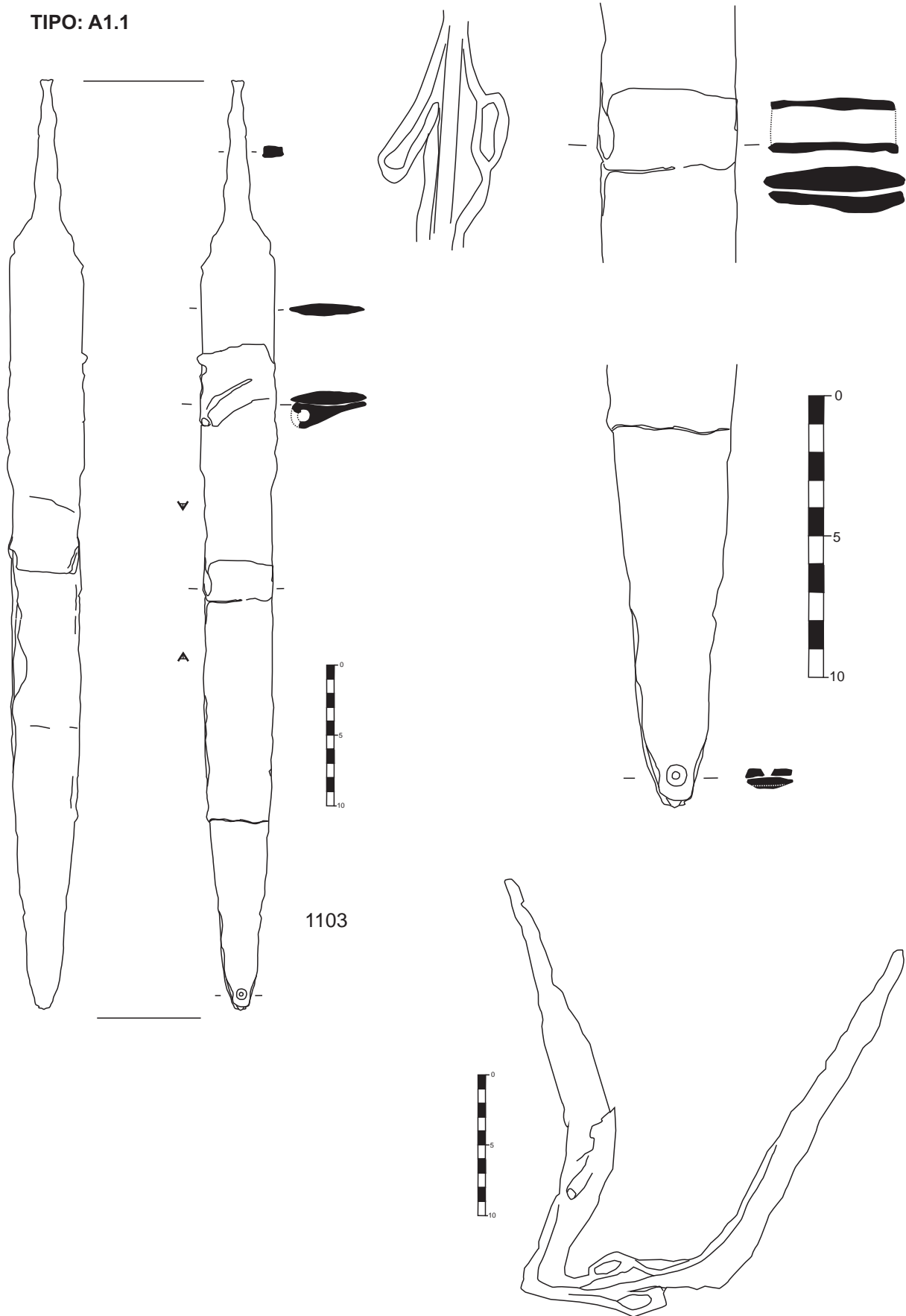
-Fig. 252: 1086: Cigarralejo, sep. 56 (Museo de Arte Ibérico “El Cigarralejo”; Mula).

TIPO: A1.1



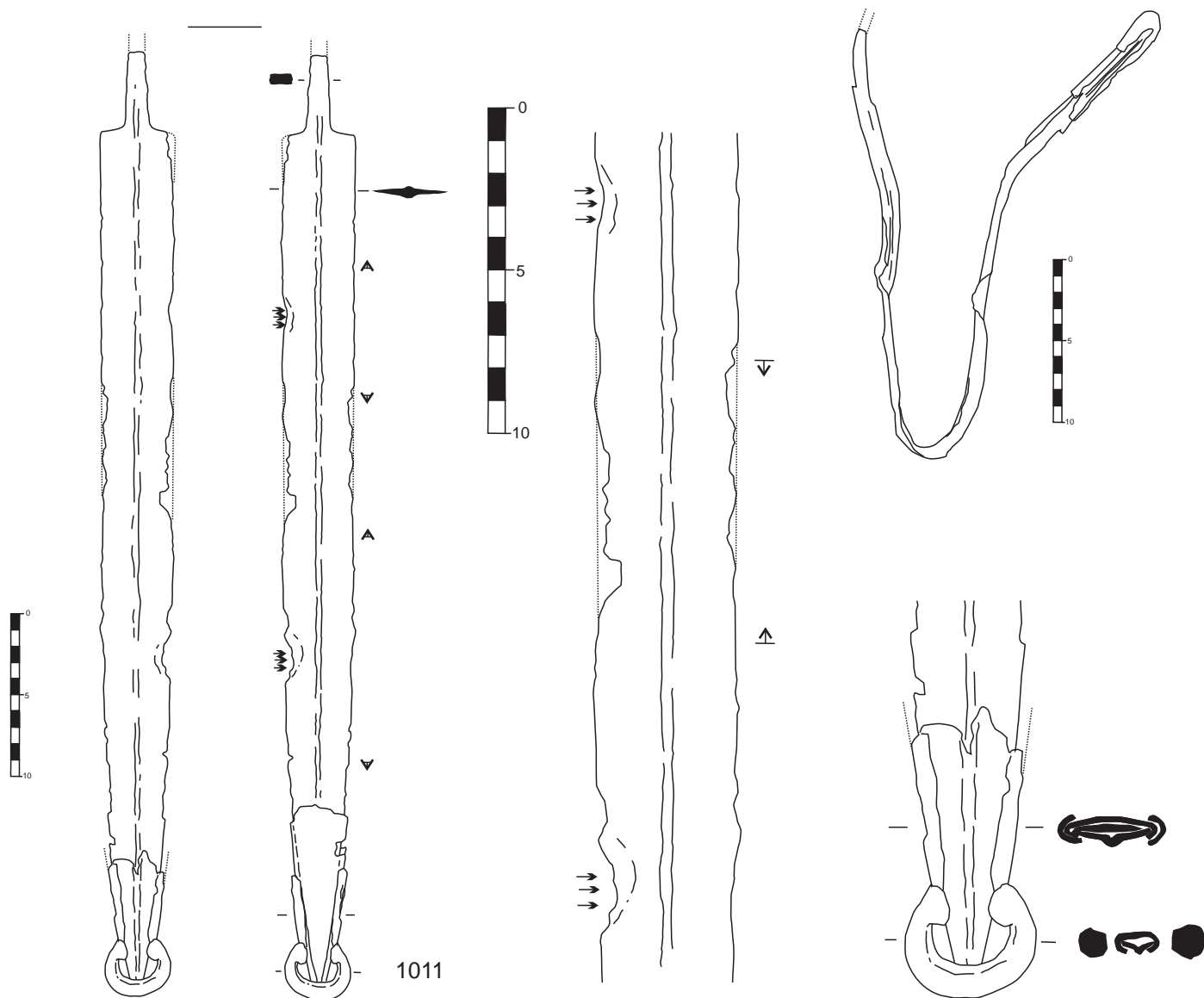
-Fig. 253: 1084: Castillo de Castejón, sep. 11 (Museo de Castejón).

TIPO: A1.1



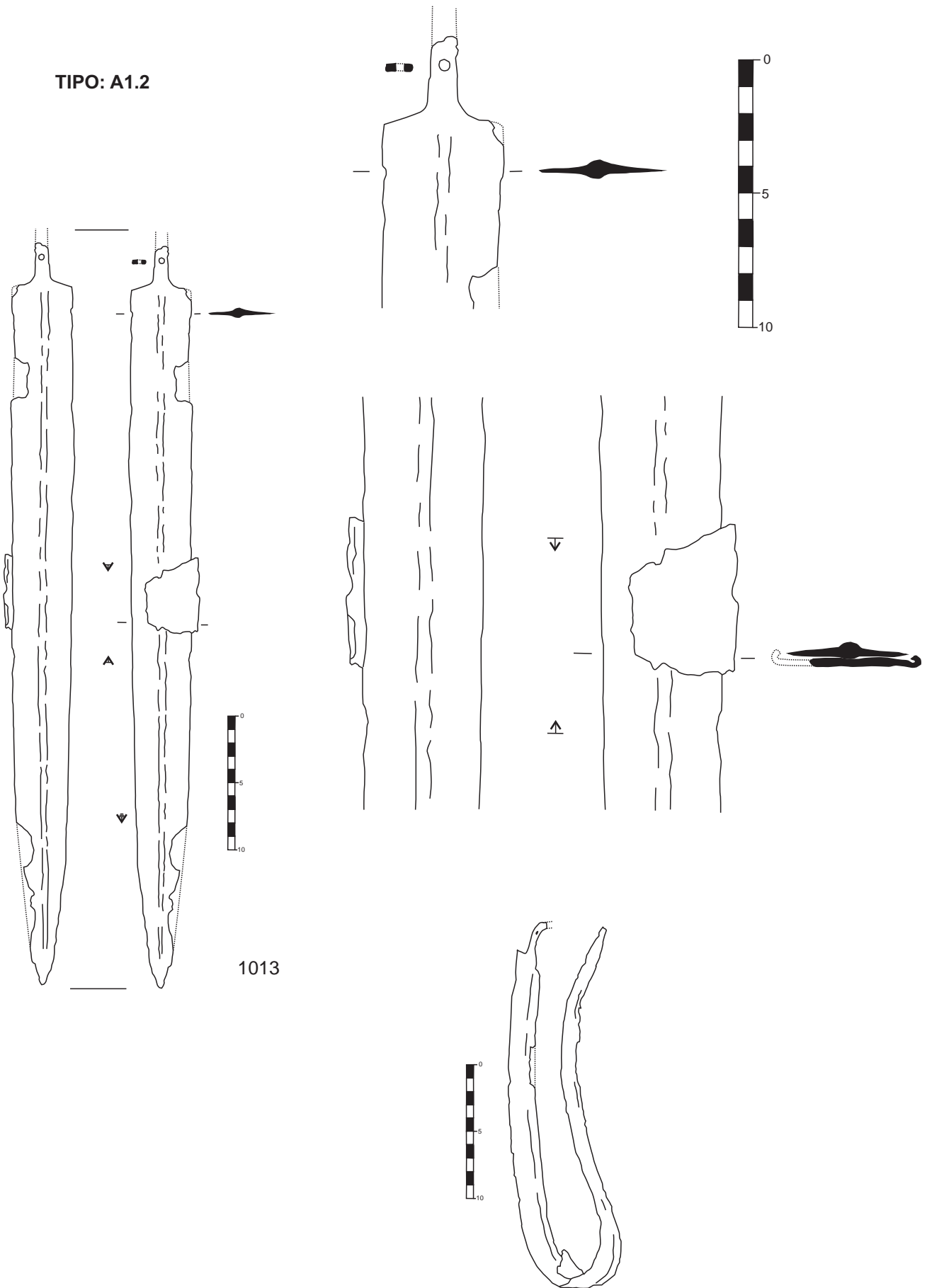
-Fig. 254: 1103: Avda. Martínez de Velasco; Huesca (Museo de Huesca).

TIPO: A1.2



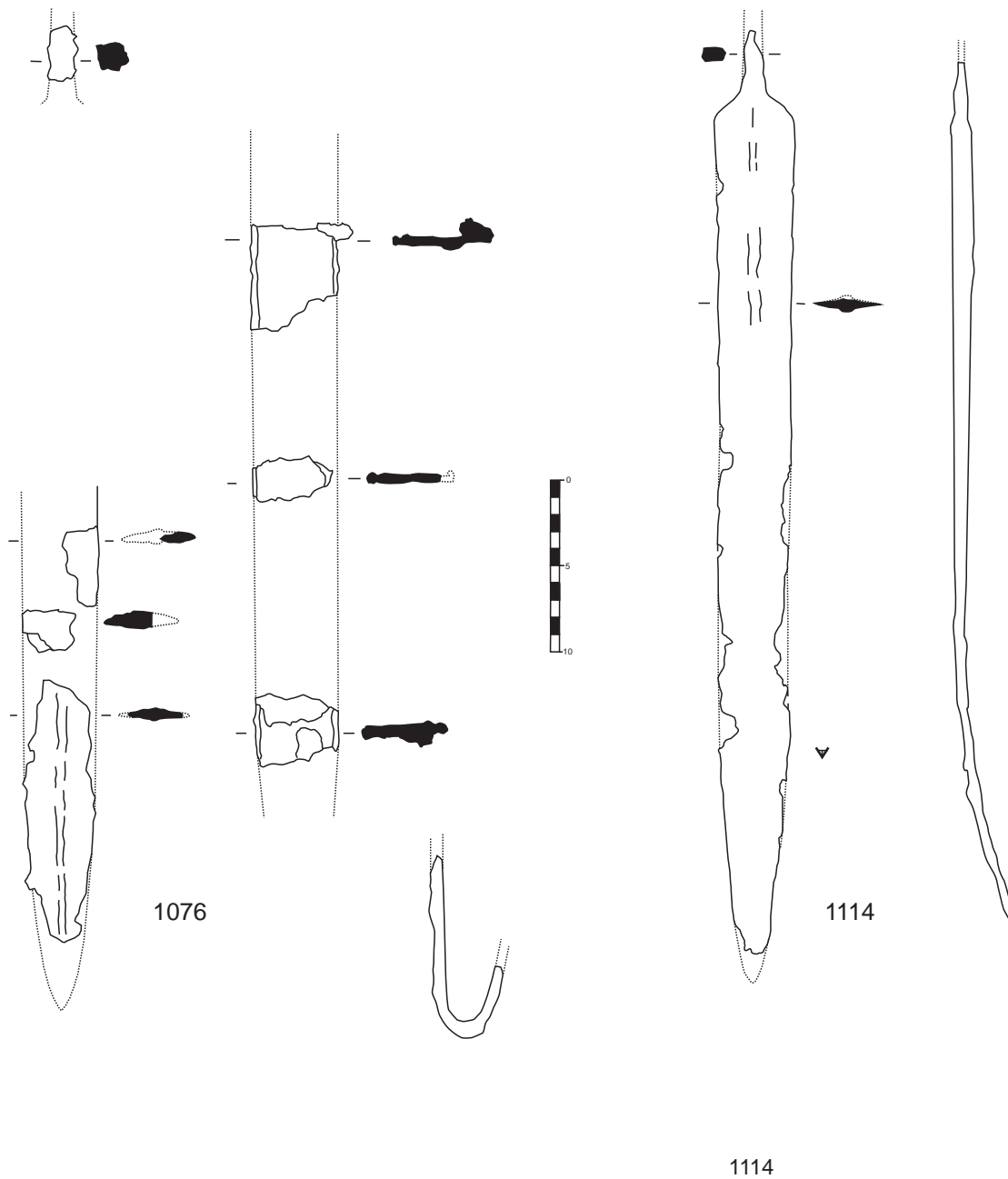
-Fig. 255: 1011: Arcóbriga, sep. desc. (Museo de Zaragoza).

TIPO: A1.2



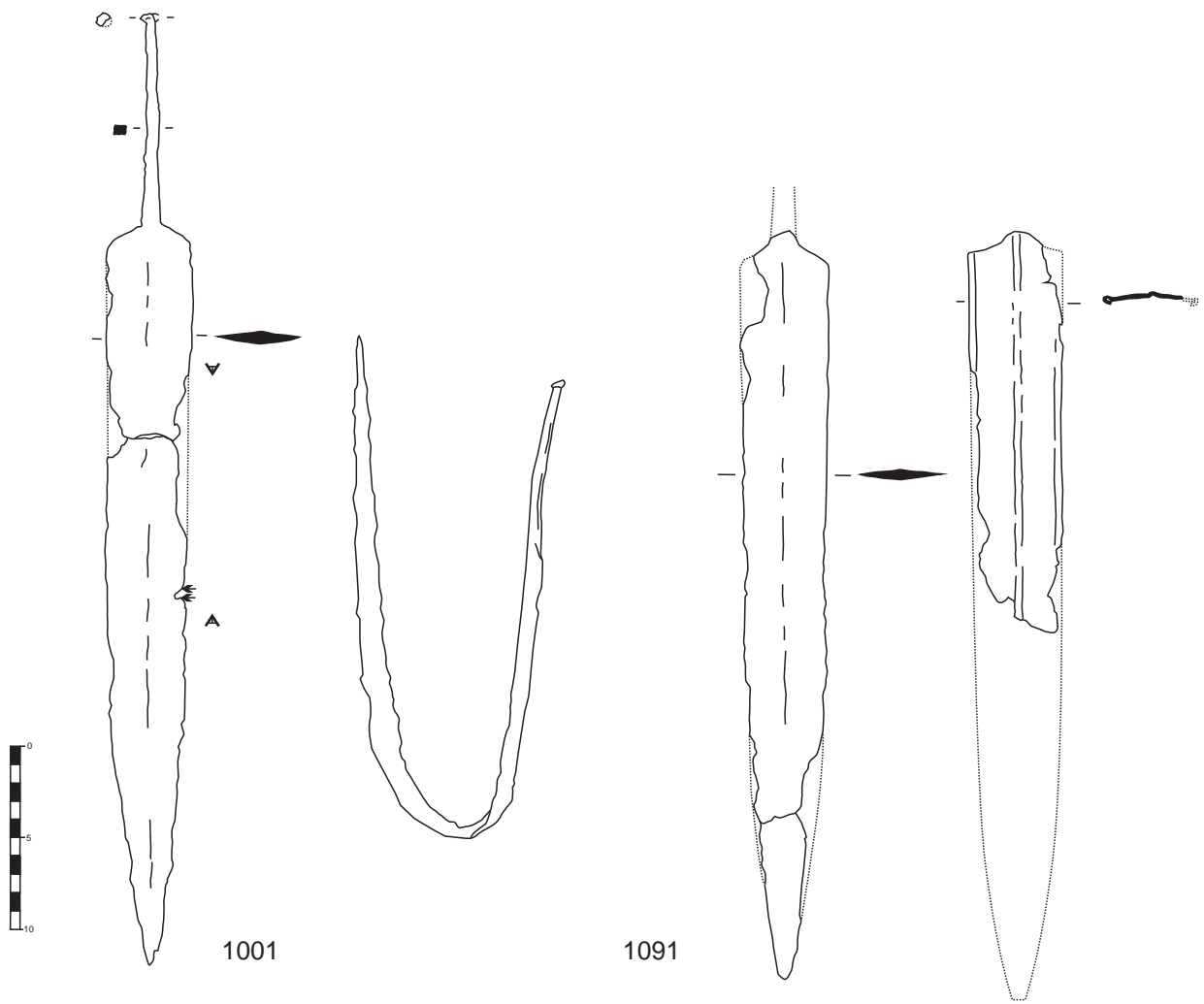
-Fig. 256: 1013: Arcóbriga, sep. desc. (Museo de Zaragoza).

TIPO: A1.2



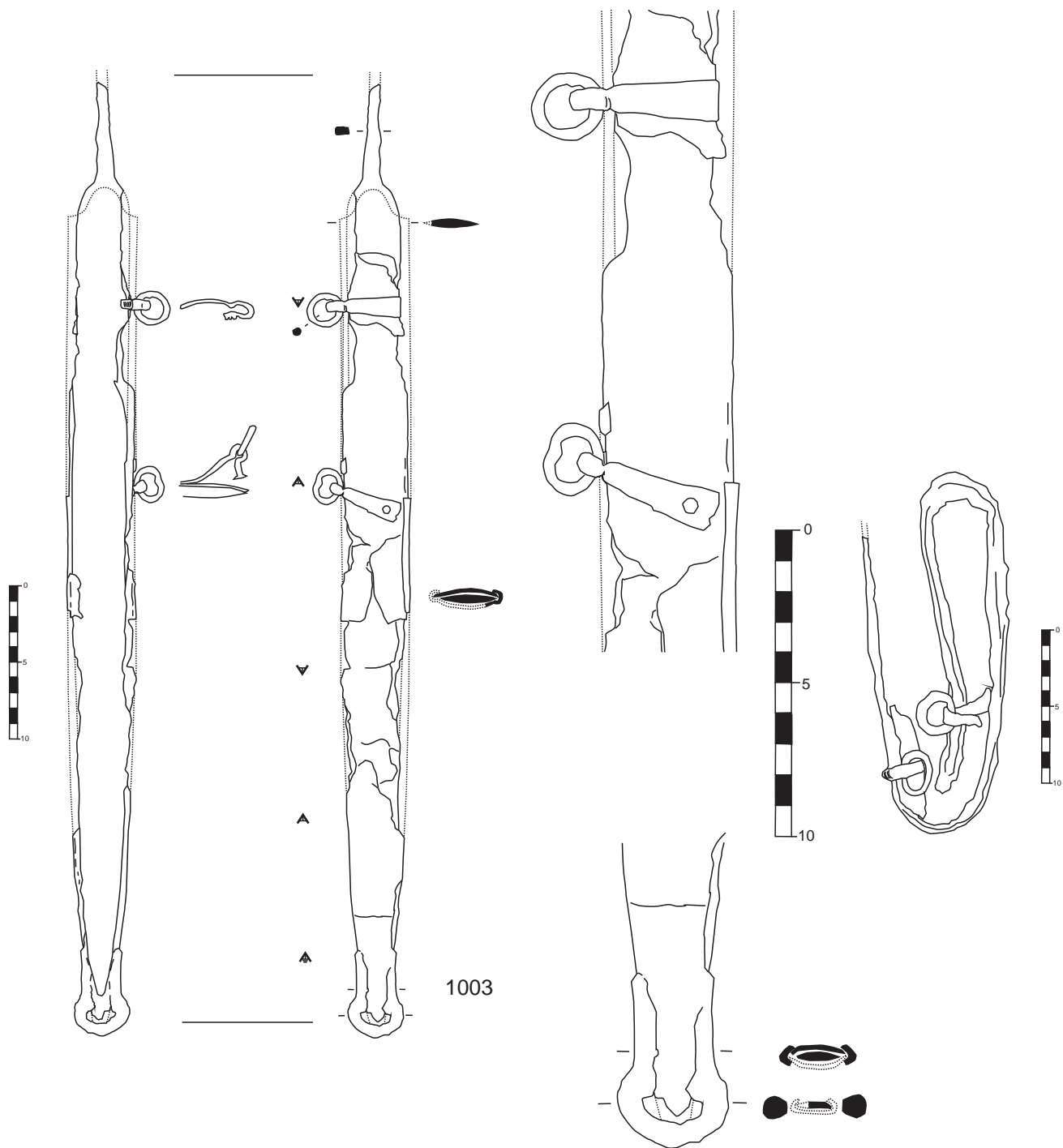
-Fig. 257: 1076: El Busal (a partir de Burillo, 1977: 51); 1114: La Olmeda (M.A.N.).

TIPO: A2



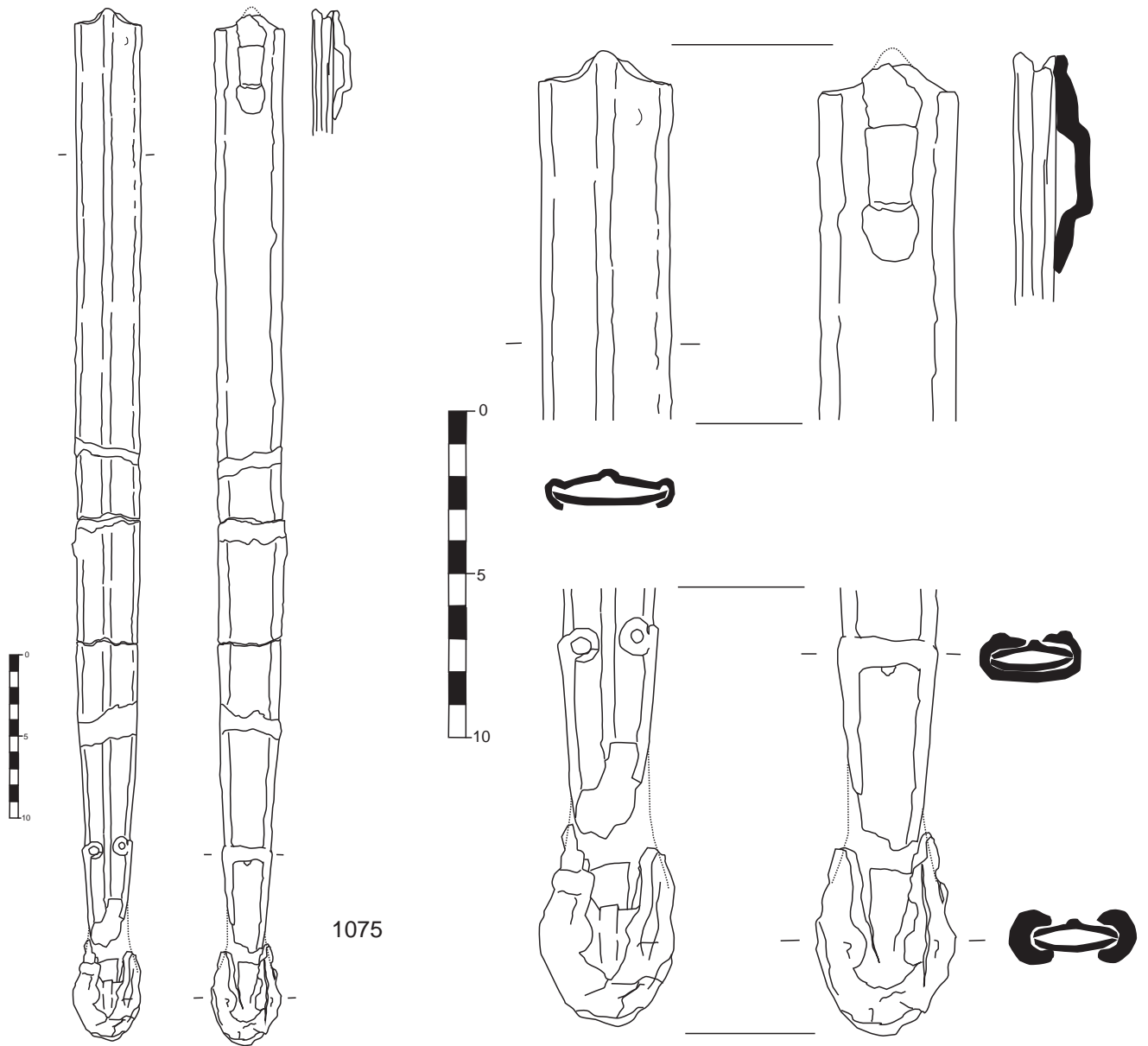
-Fig. 258: 1001: Aguilar de Anguita, sep. desc. (M.A.N.); 1091: Echaurren (Museo de Navarra)..

TIPO: A3.1



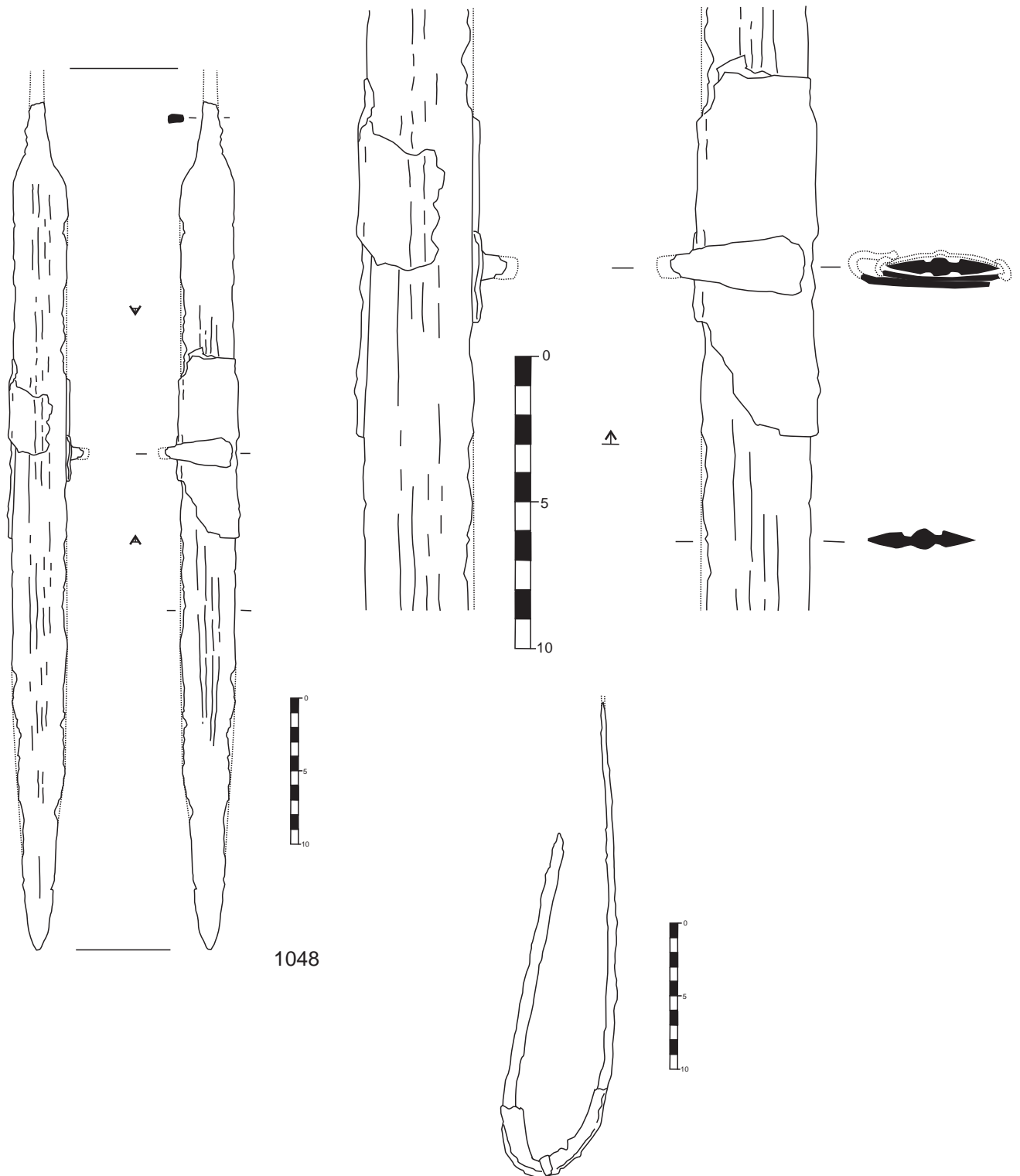
-Fig. 259: 1003: Arcóbriga, sep. I (M.A.N.).

TIPO: A3.1



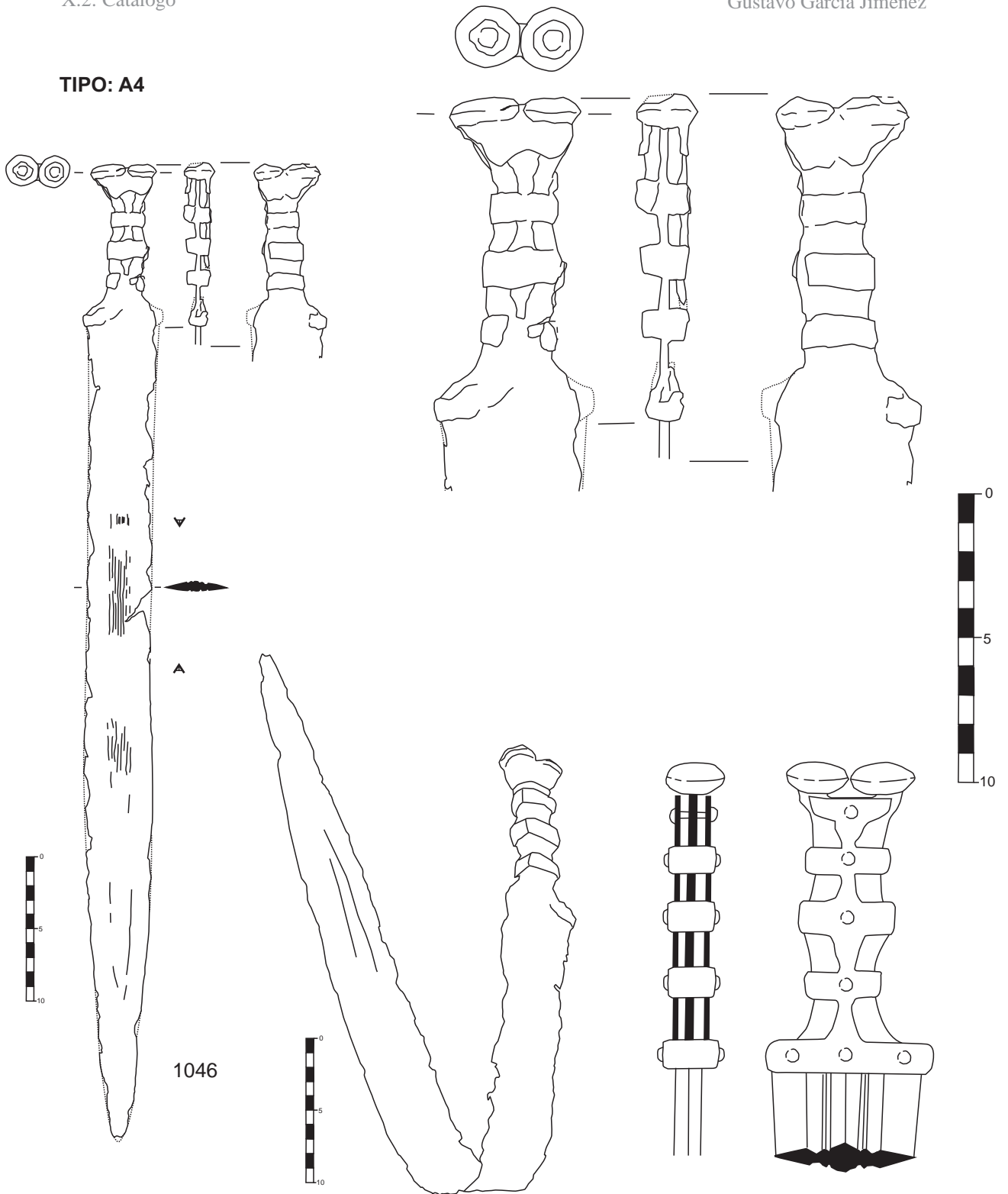
-Fig. 260: 1075: Baza, sep. 7 (Museo de Granada).

TIPO: A3.2



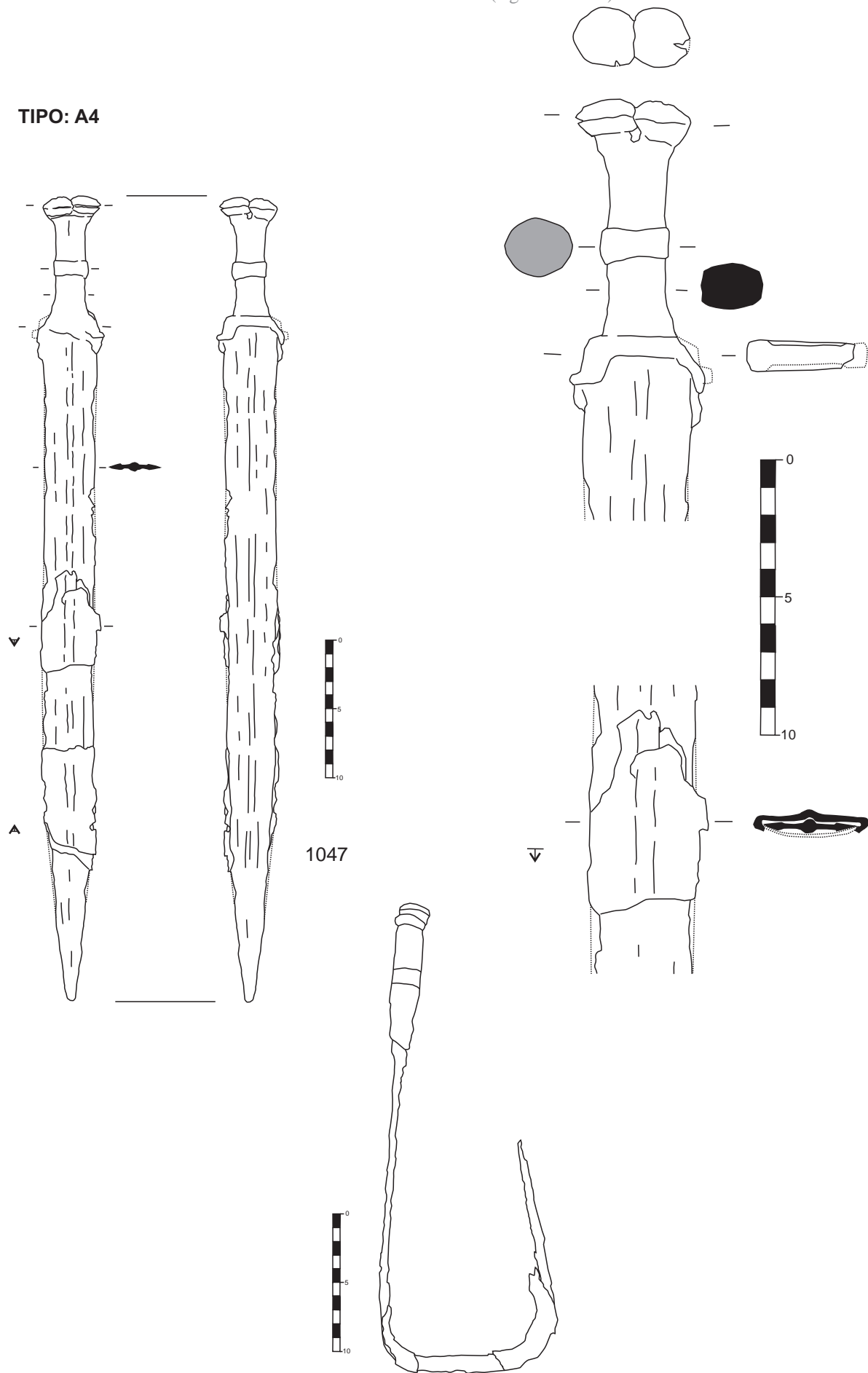
-Fig. 261: 1048: Atance, sep. 28 (M.A.N.).

TIPO: A4



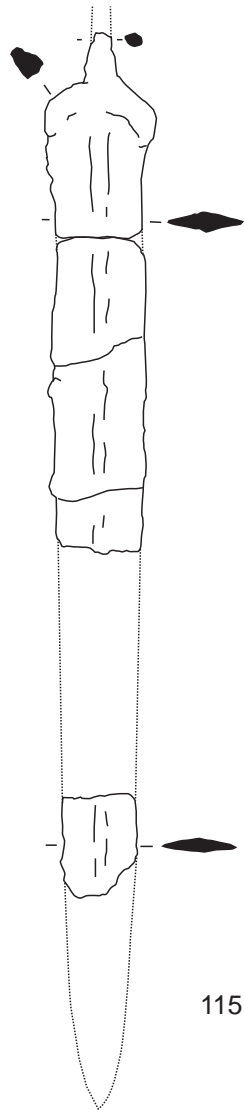
-Fig. 262: 1046: Atance, sep. 12 (M.A.N.).

TIPO: A4

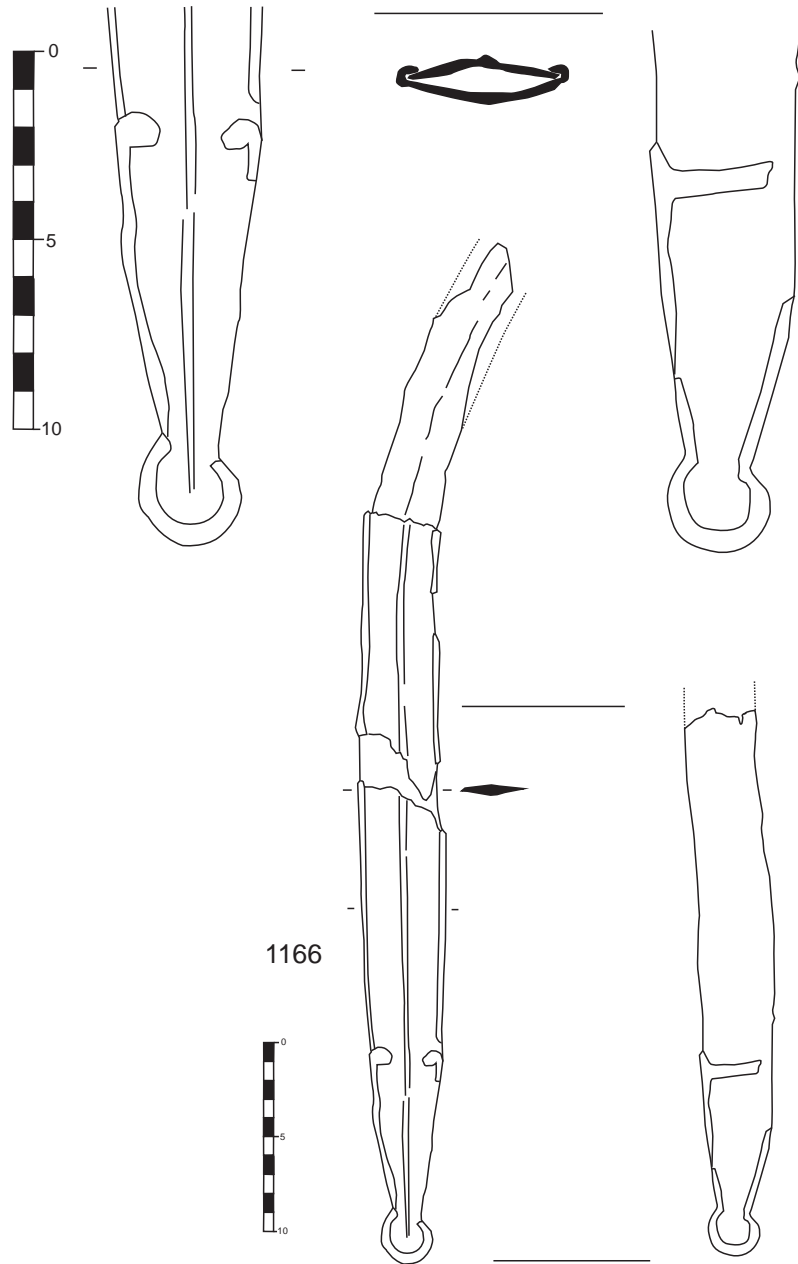


-Fig. 263: 1047: Atance, sep. 32/9 (M.A.N.).

TIPO: A4

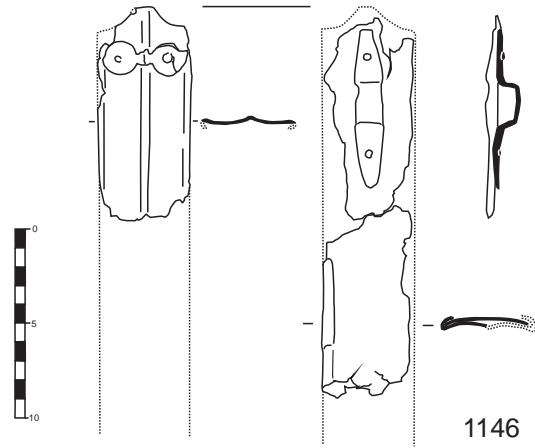


TIPO: ¿A?/¿NE-IB?

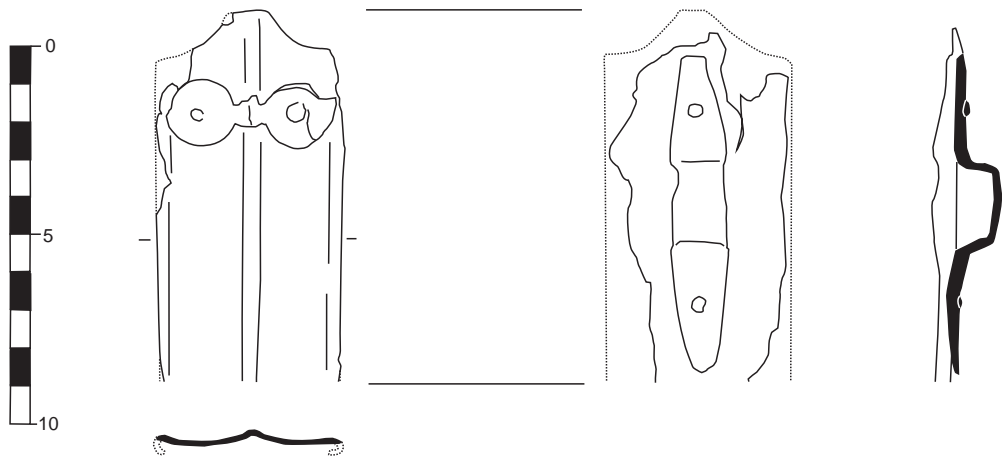


-Fig. 264: 1151: Tesoro de Carabias, sep. desc. (M.A.N.); 1166: Arcóbriga, sin contexto (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 149, 3).

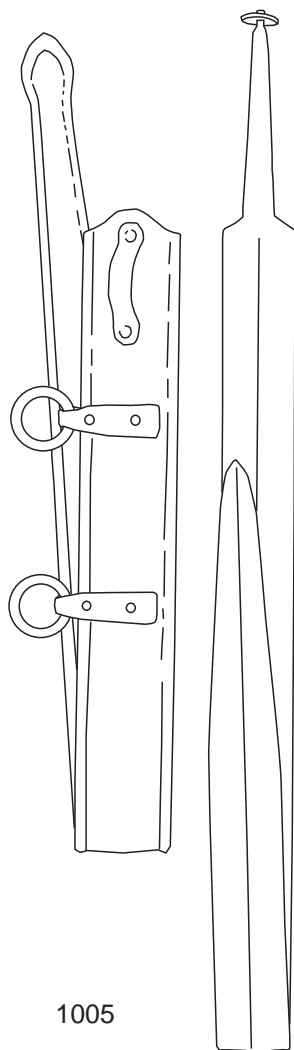
TIPO: A



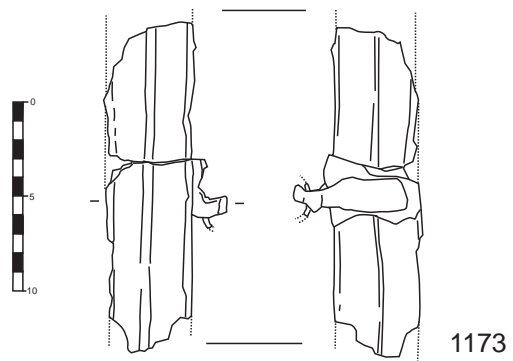
RENIEBLAS III
(Según Luik, 2002)



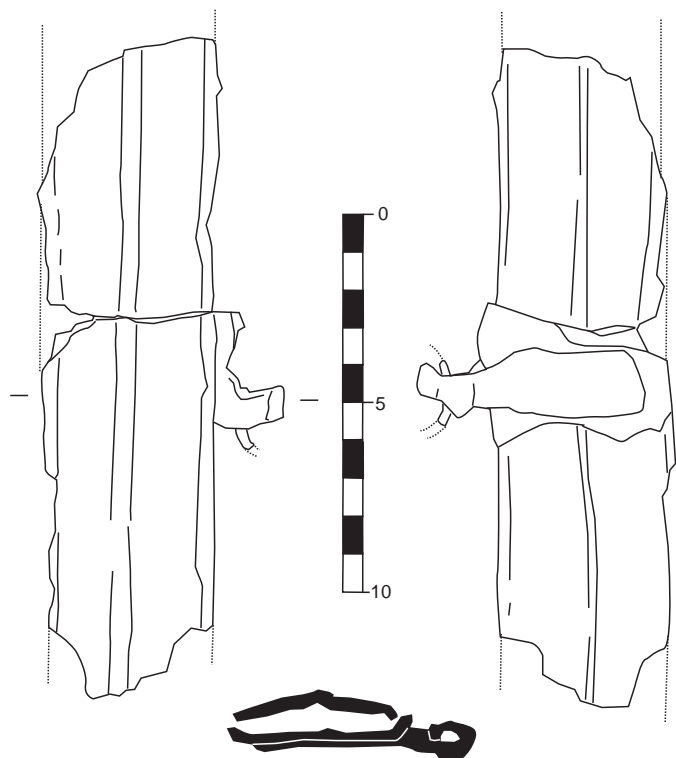
TIPO: B1.1



1005

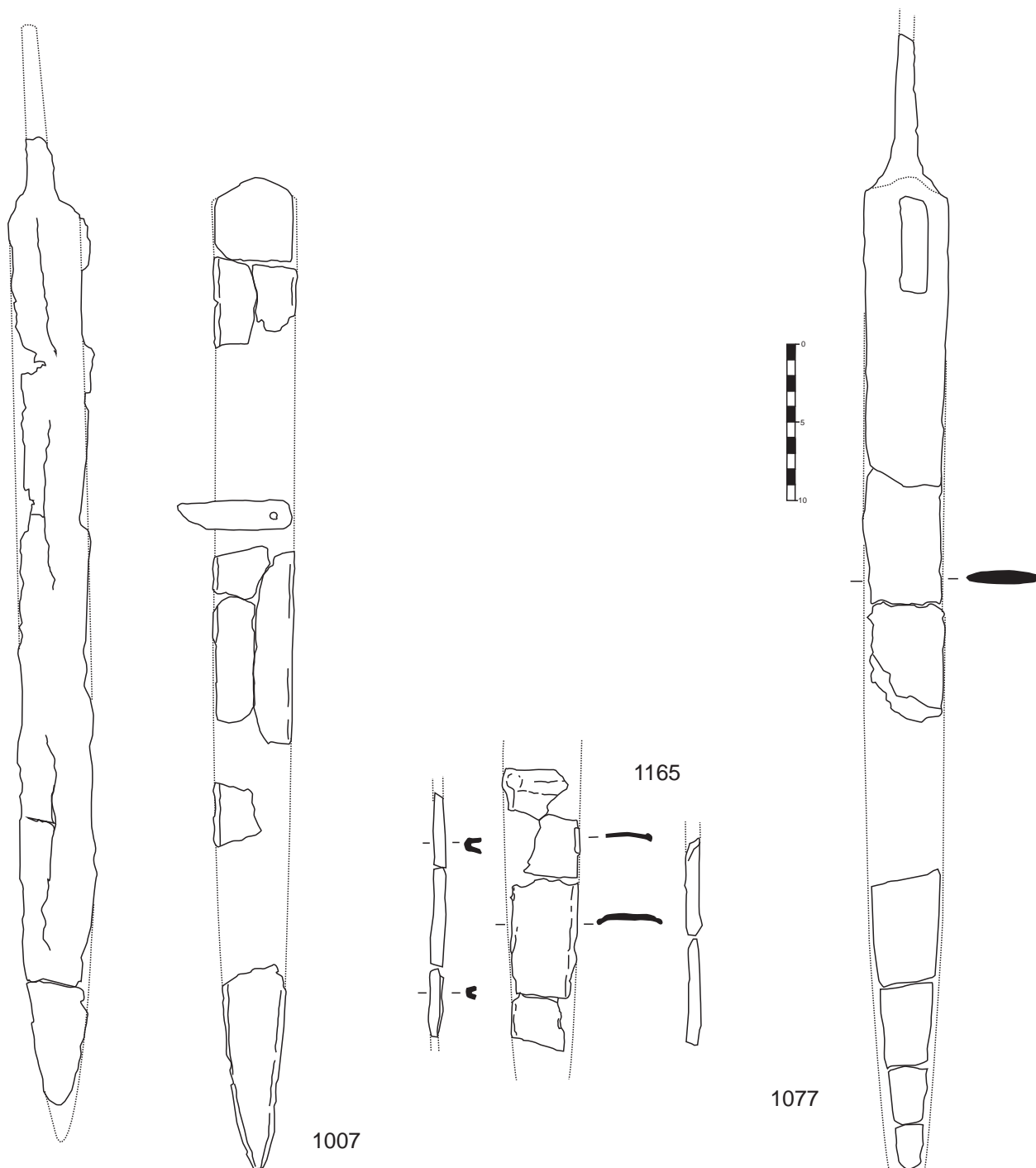


1173



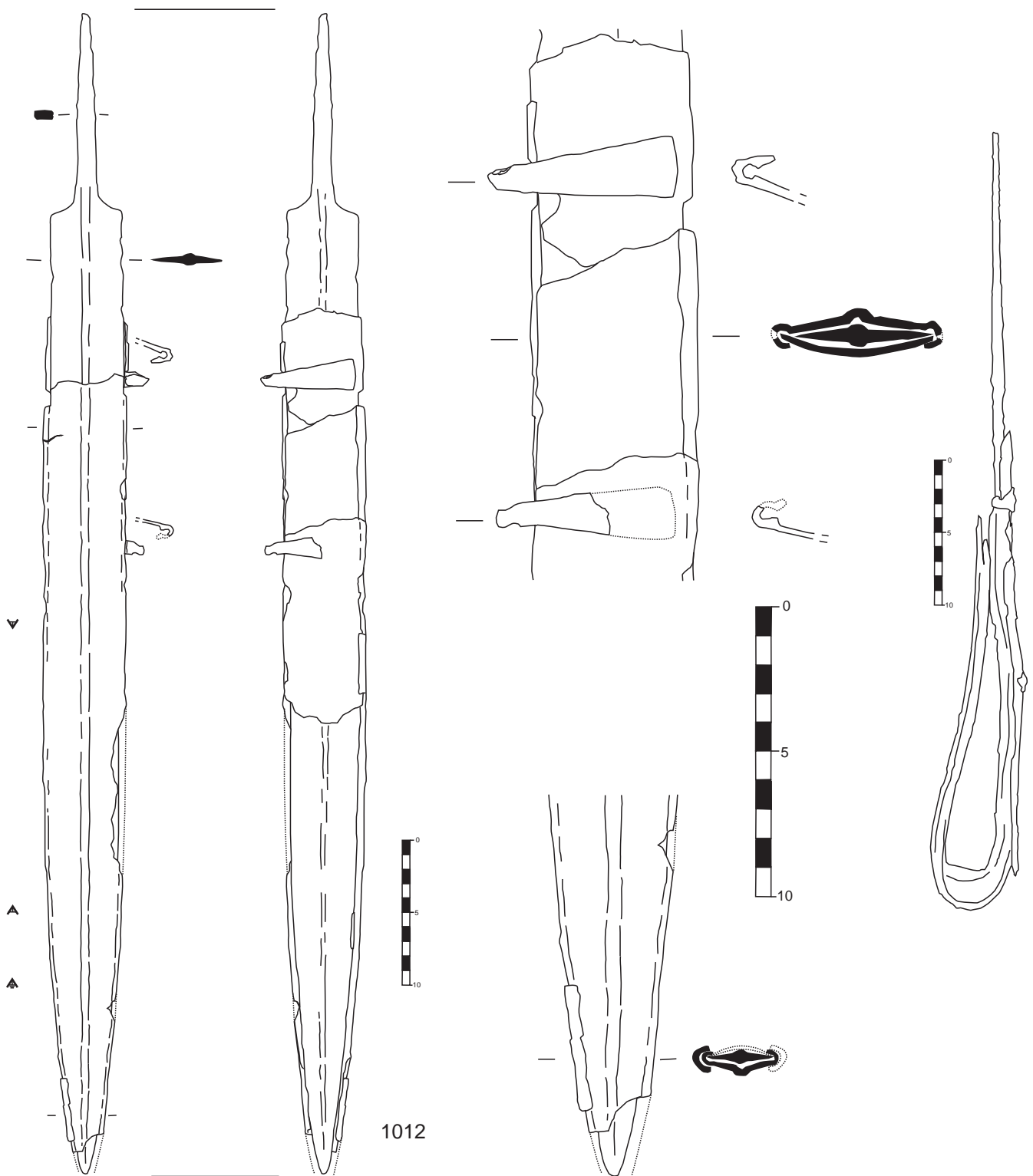
-Fig. 266: 1005: Arcóbriga, sep. D (según Schüle, 1969: lám. 66); 1173: Atnace, sep. 13 (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. II-4, 1).

TIPO: B1.1



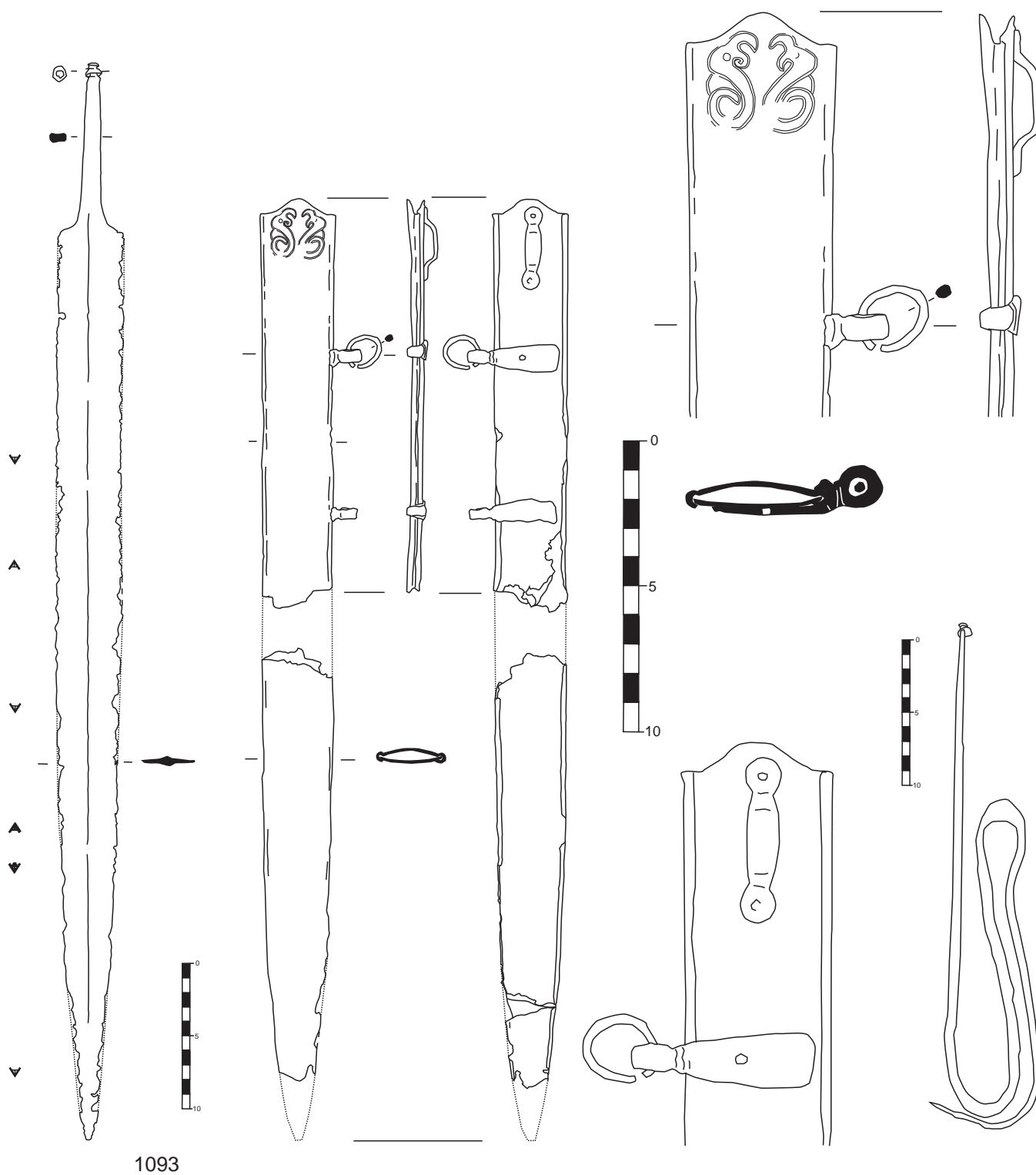
-Fig. 267: 1007: Arcóbriga, sep. K (a partir de Lenerz, 1991: lám. 216, 837); 1165: Arcóbriga, sep. T (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 38, 2); 1077: Cabecico del Tesoro, sep. 20 (a partir de Stary, 1994: lám. 8, 1 y Quesada, 1989: II, 139).

TIPO: B1.1



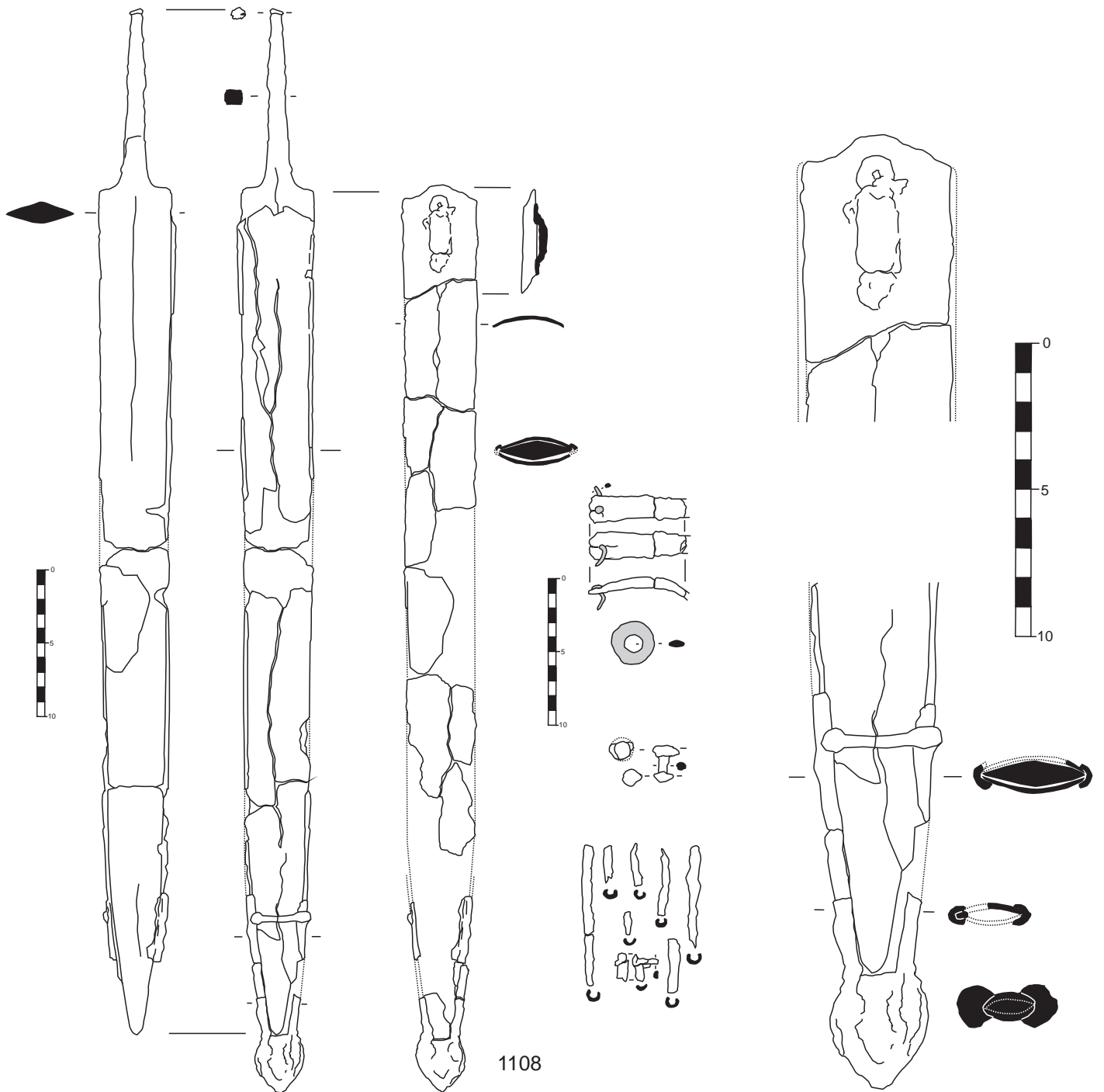
-Fig. 268: 1012: Arcóbriga, sep. desc. (Museo de Zaragoza).

TIPO: B1.1



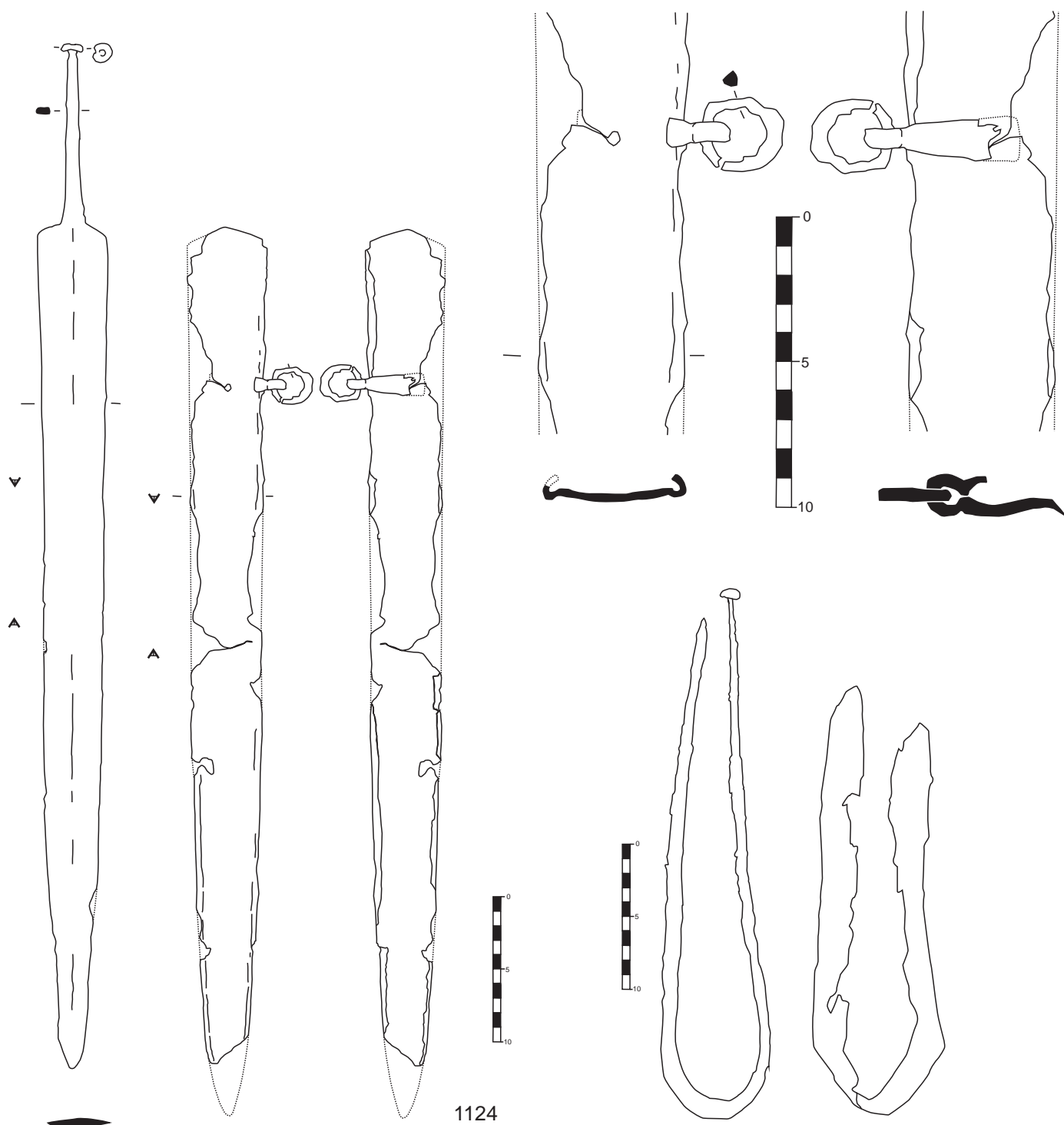
-Fig. 269: 1093: Quintanas de Gormaz, sep. D (M.A.N.).

TIPO: B1.1



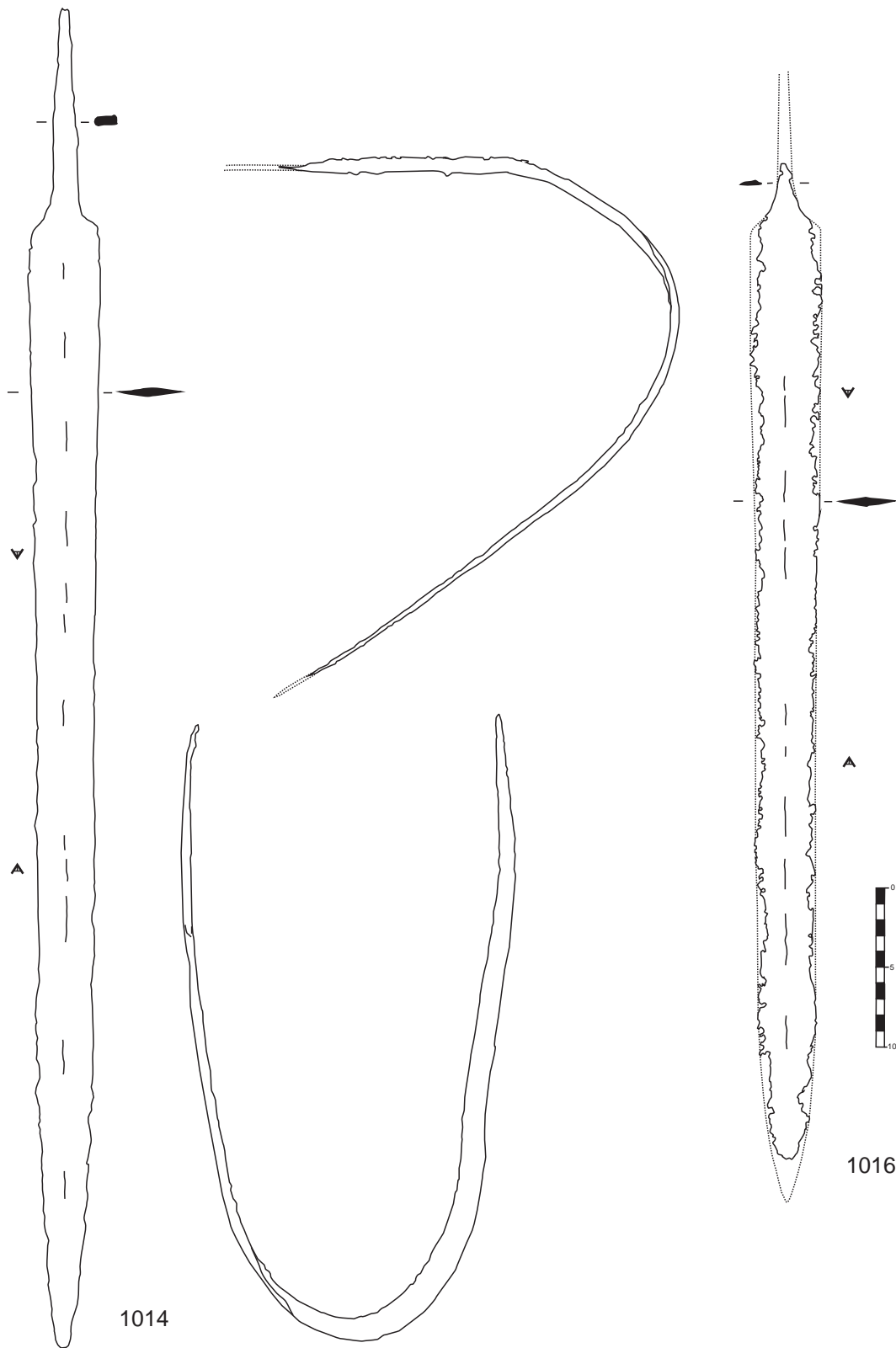
-Fig. 270: 1108: Los Nietos, sep. 110 (Museo de Cartagena).

TIPO: B1.1



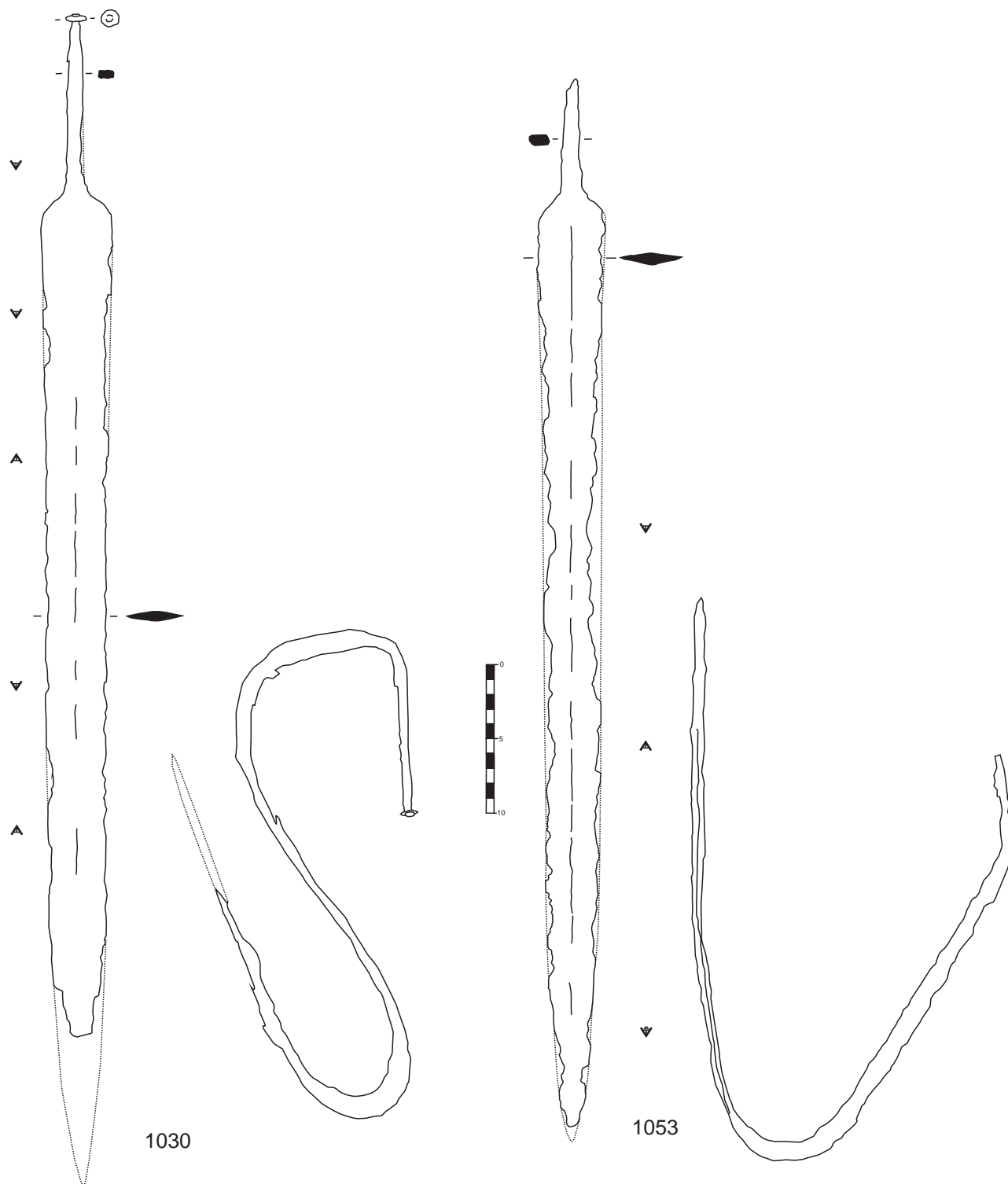
-Fig. 271: 1124: Osma, sep. 18A (M.A.N.).

TIPO: B1.2



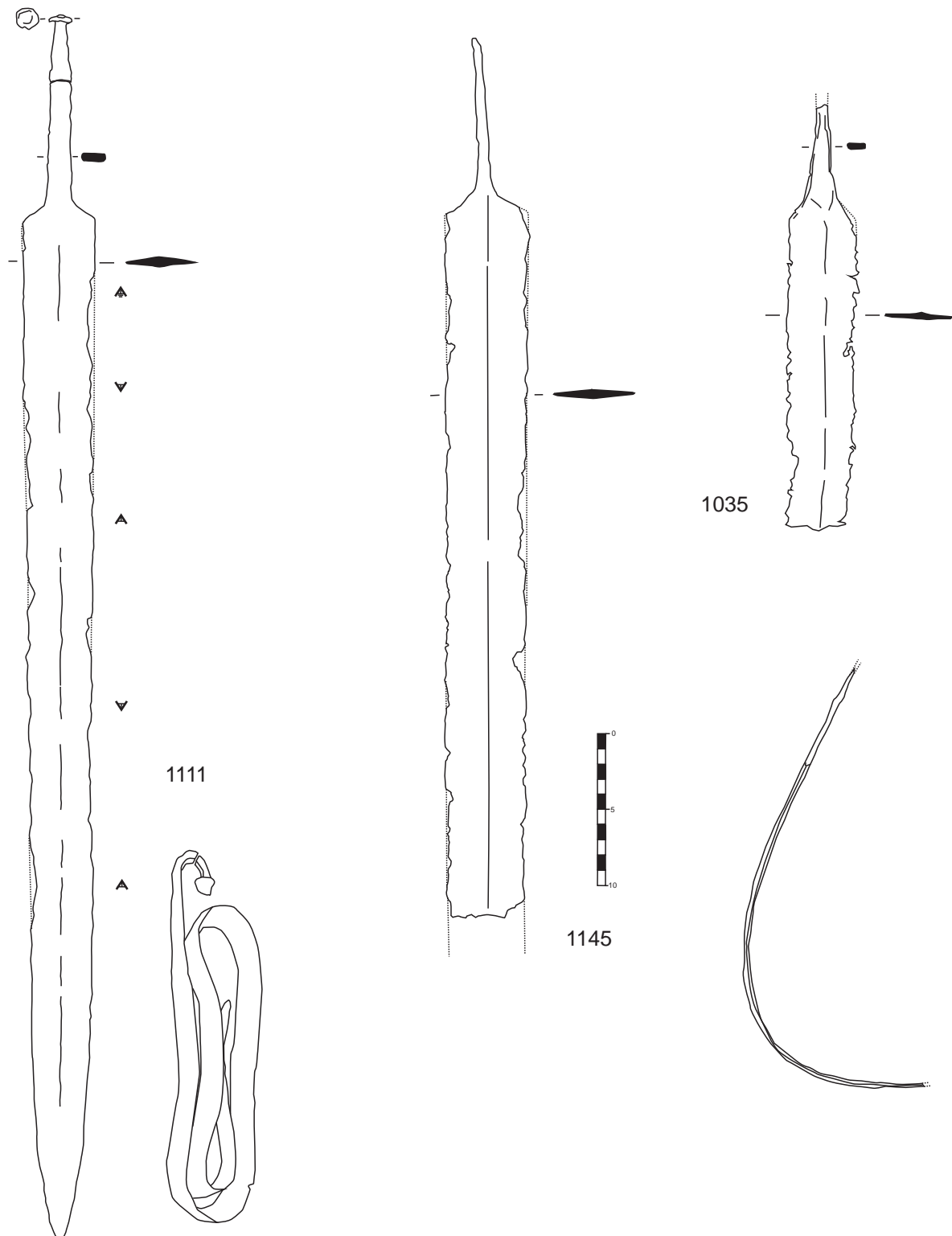
-Fig. 272: 1014 y 1016: Arcóbriga, sep. desc. (Museo de Zaragoza y M.A.N.).

TIPO: B1.2



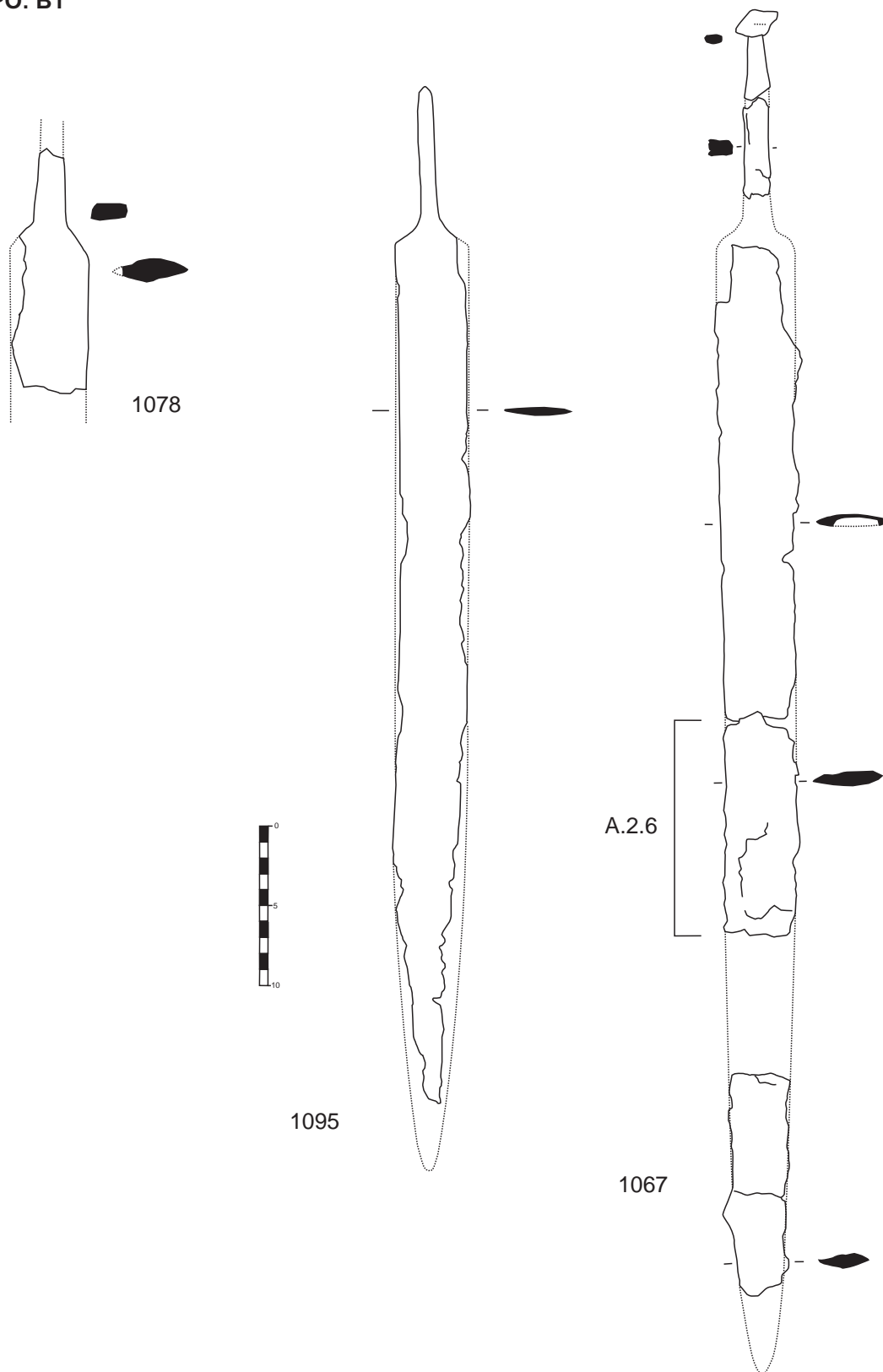
-Fig. 273: 1030: Arcóbriga, sep. V (M.A.N.); 1053: Atance, sep. desc. (M.A.N.)

TIPO: B1.2



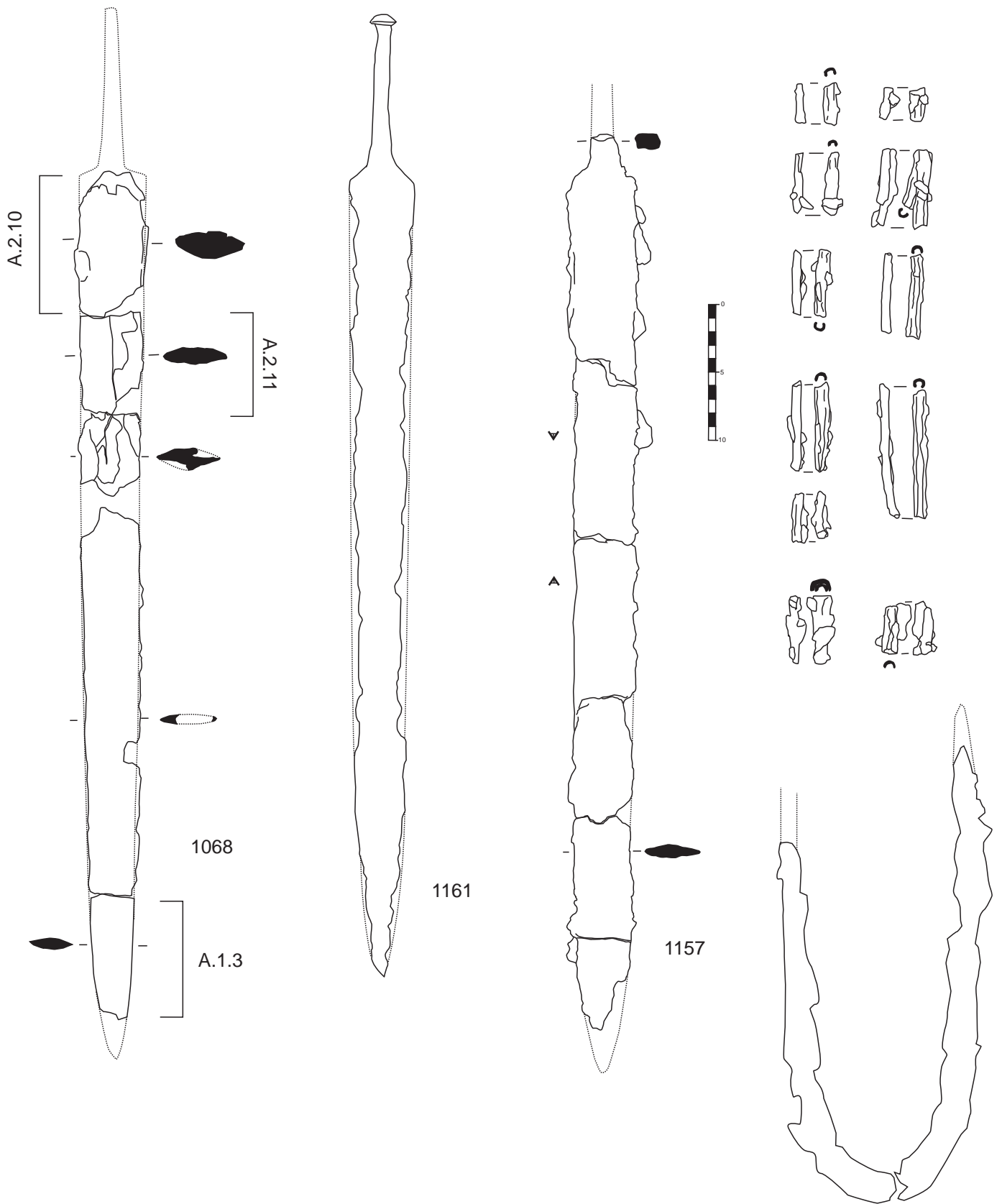
-Fig. 274: 1111: Numancia, sep. 61 (Museo Numantino); 1145: Renieblas III (según Luik, 2002: lám. 191, 214); 1035: Arcóbriga, sep. desc. (según Llorio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 56, 26).

TIPO: B1



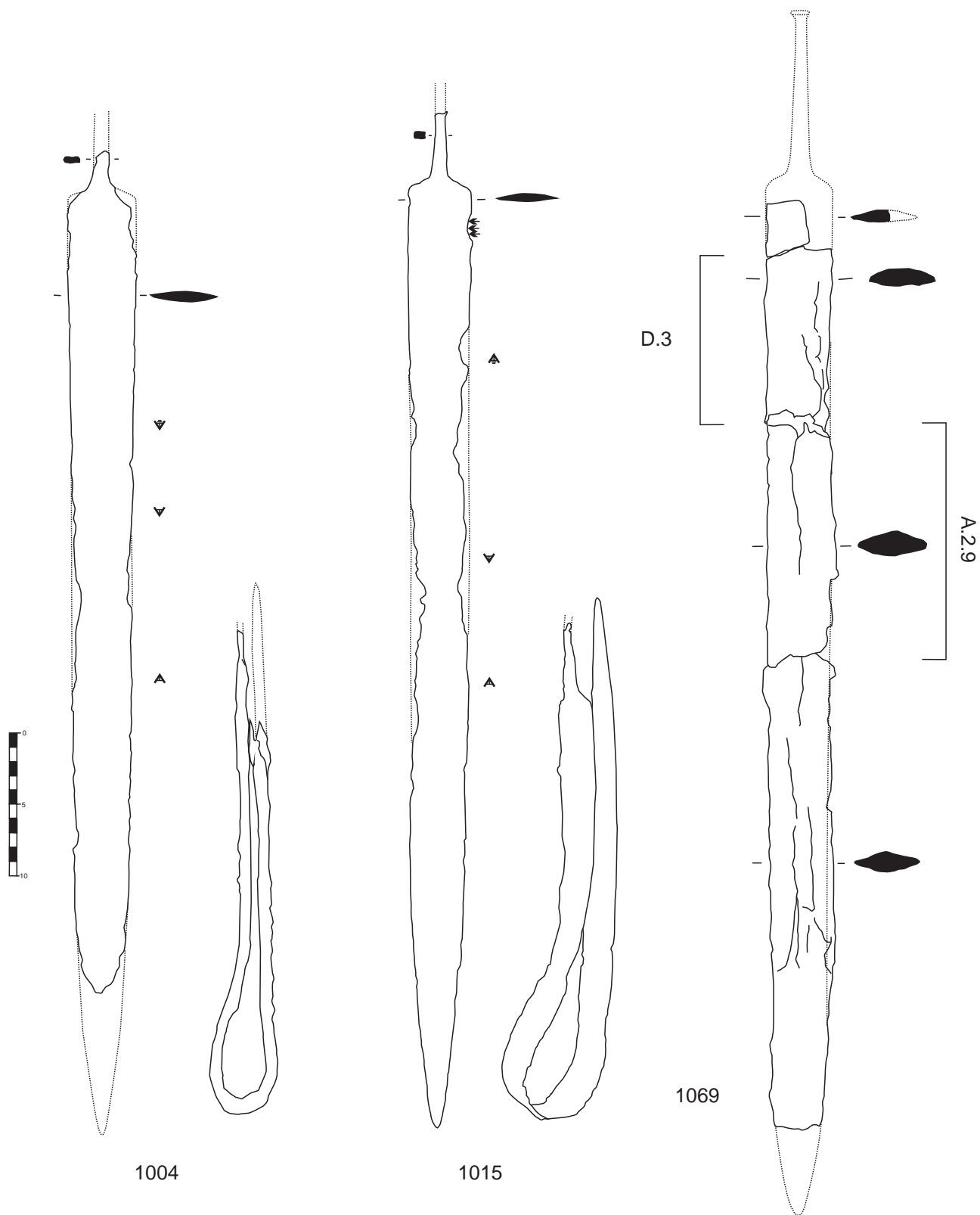
-Fig. 275: 1078: Cabecico del Tesoro, sep. 27 (según Quesada, 1989: II, 142; escala estimada); 1095: Quintanas de Gormaz, sep. I (según Schüle, 1969: lám. 33, 6); 1067: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997).

TIPO: B1



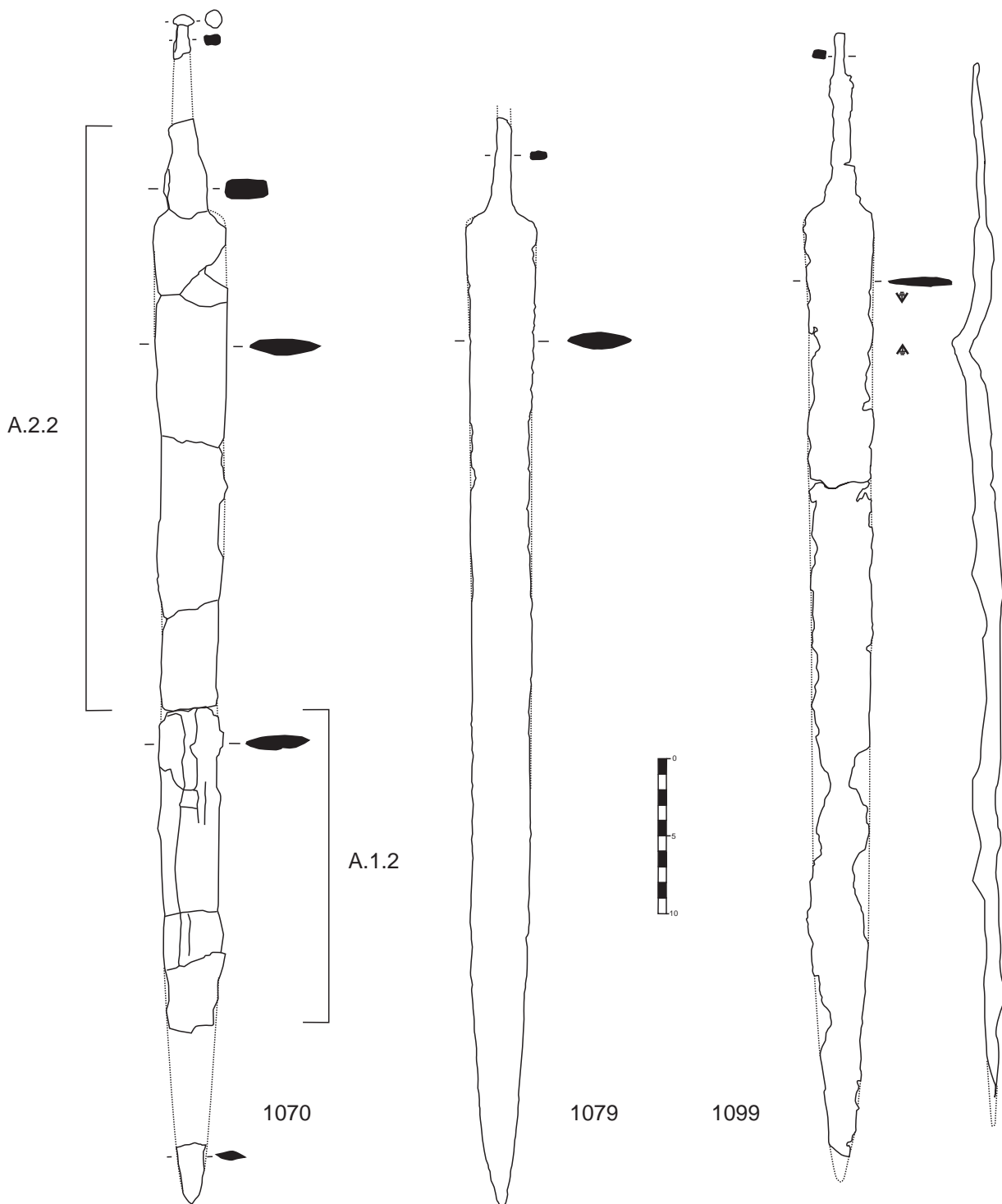
-Fig. 276: 1068: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997); 1161: Procedencia desconocida, colección Pérez Aguilar (según Álvarez, Cebolla y Blanco, 1990: fig. 3, 2); 1157: Villaricos, sep. 174 (M.A.N.).

TIPO: B1.3



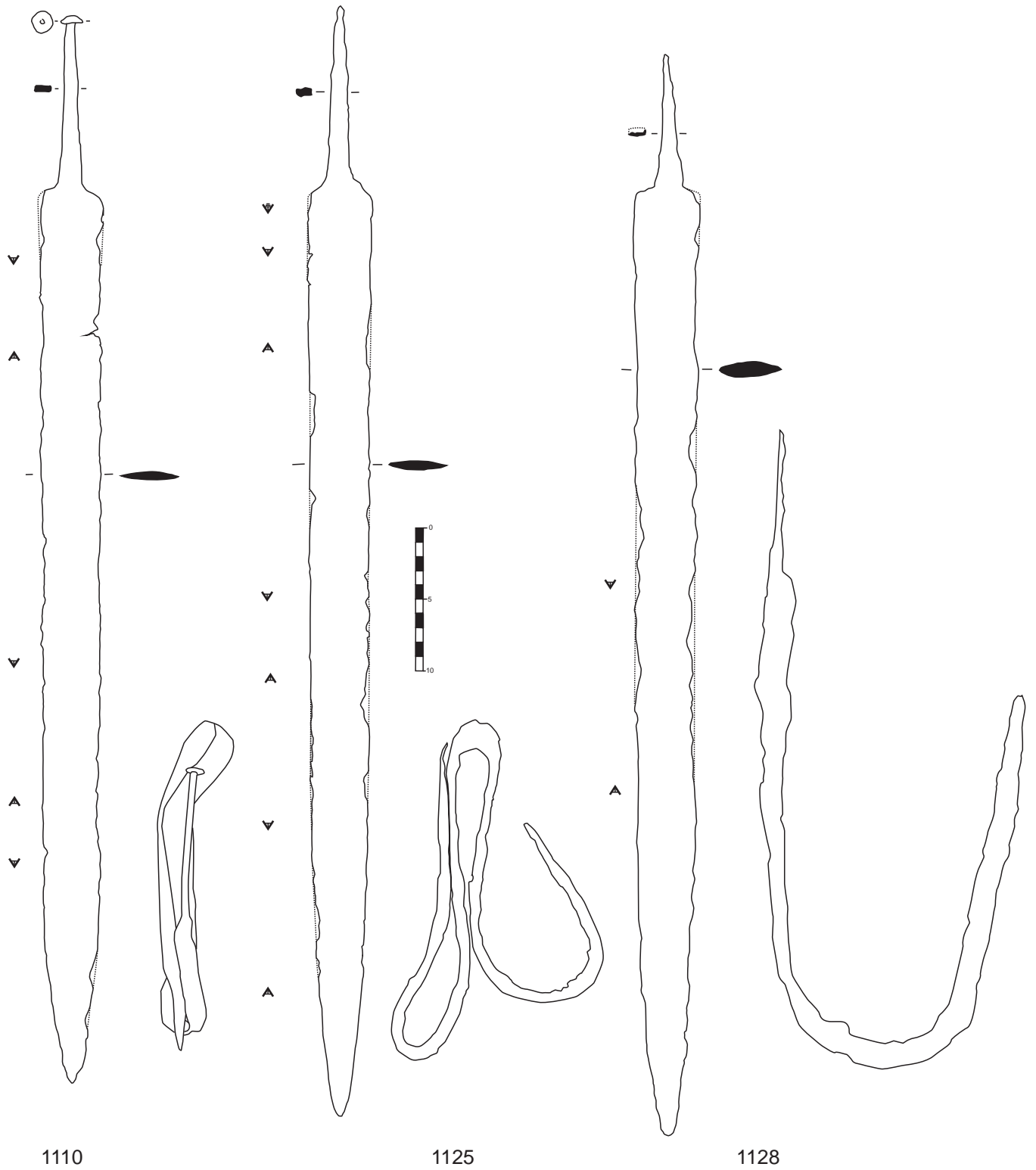
-Fig. 277: 1004 y 1015: Arcóbriga, sep. desc. (M.A.N. y Museo de Zaragoza); 1069: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997).

TIPO: B1.3



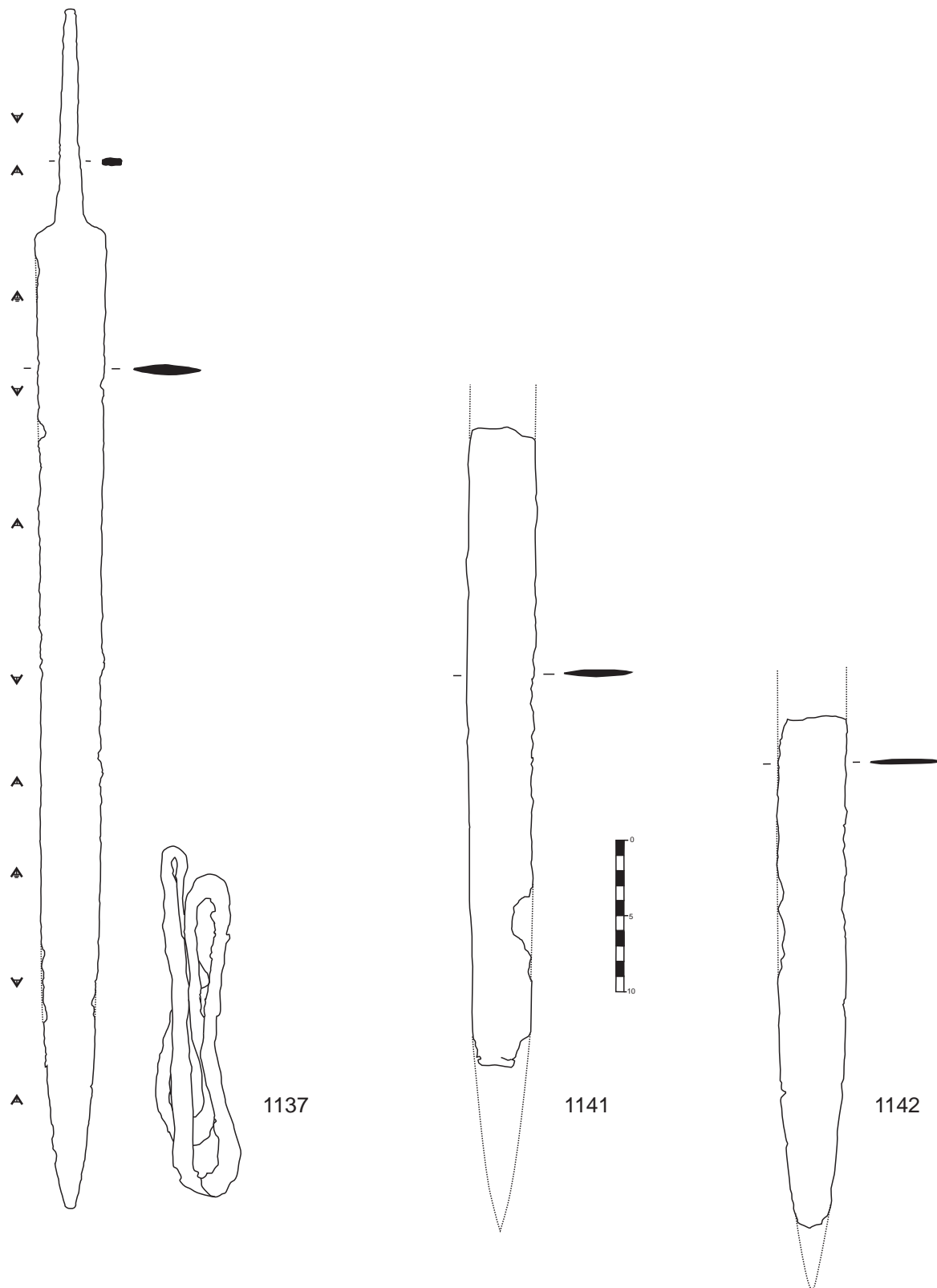
-Fig. 278: 1070: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997); 1079: Cabecico del Tesoro, sep. 142 (Museo de Murcia);1099: La Requijada de Gormaz, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: B1.3



-Fig. 279: 1110: Numancia, sep. 4 (Museo Numantino); 1125: Osma, sep. 14A (M.A.N.); 1128: Osma, sep. 14B (MAC-Barcelona).

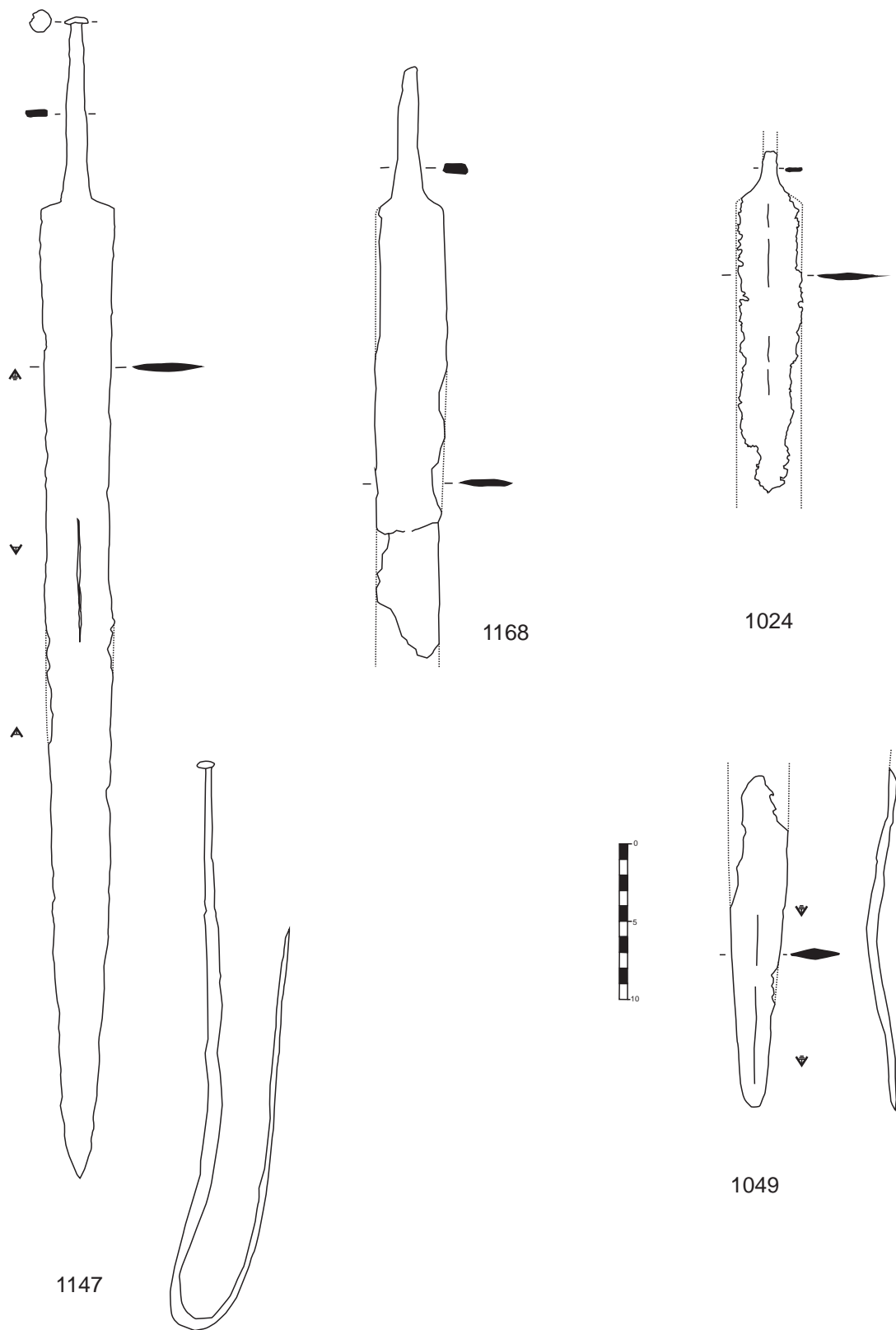
TIPO: B1.3



-Fig. 280: 1137: La Peladilla (colección particular); 1141-1142: Renieblas III (según Luik, 2002: fig. 191).

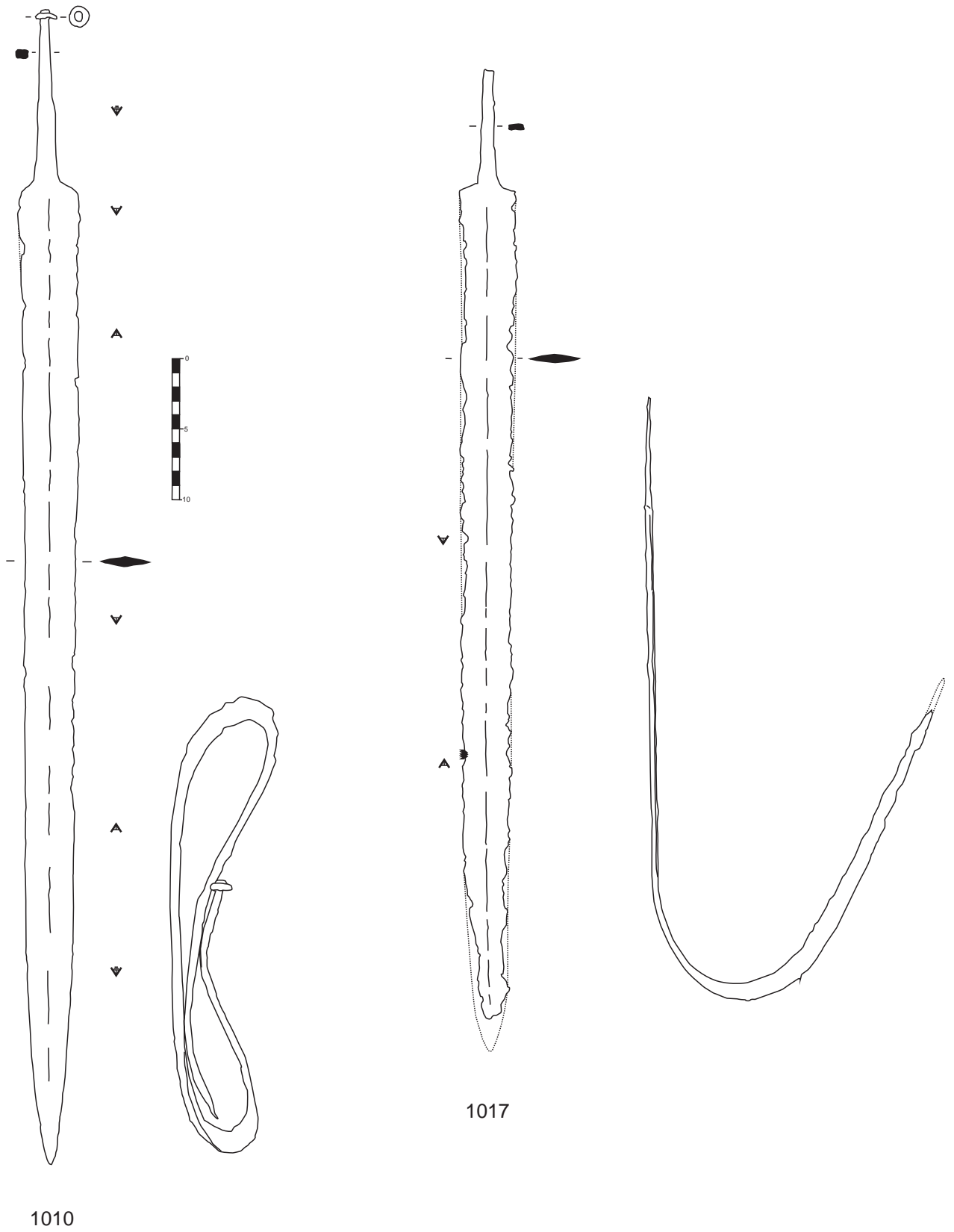
TIPO: B1.3

TIPO: ¿B2?



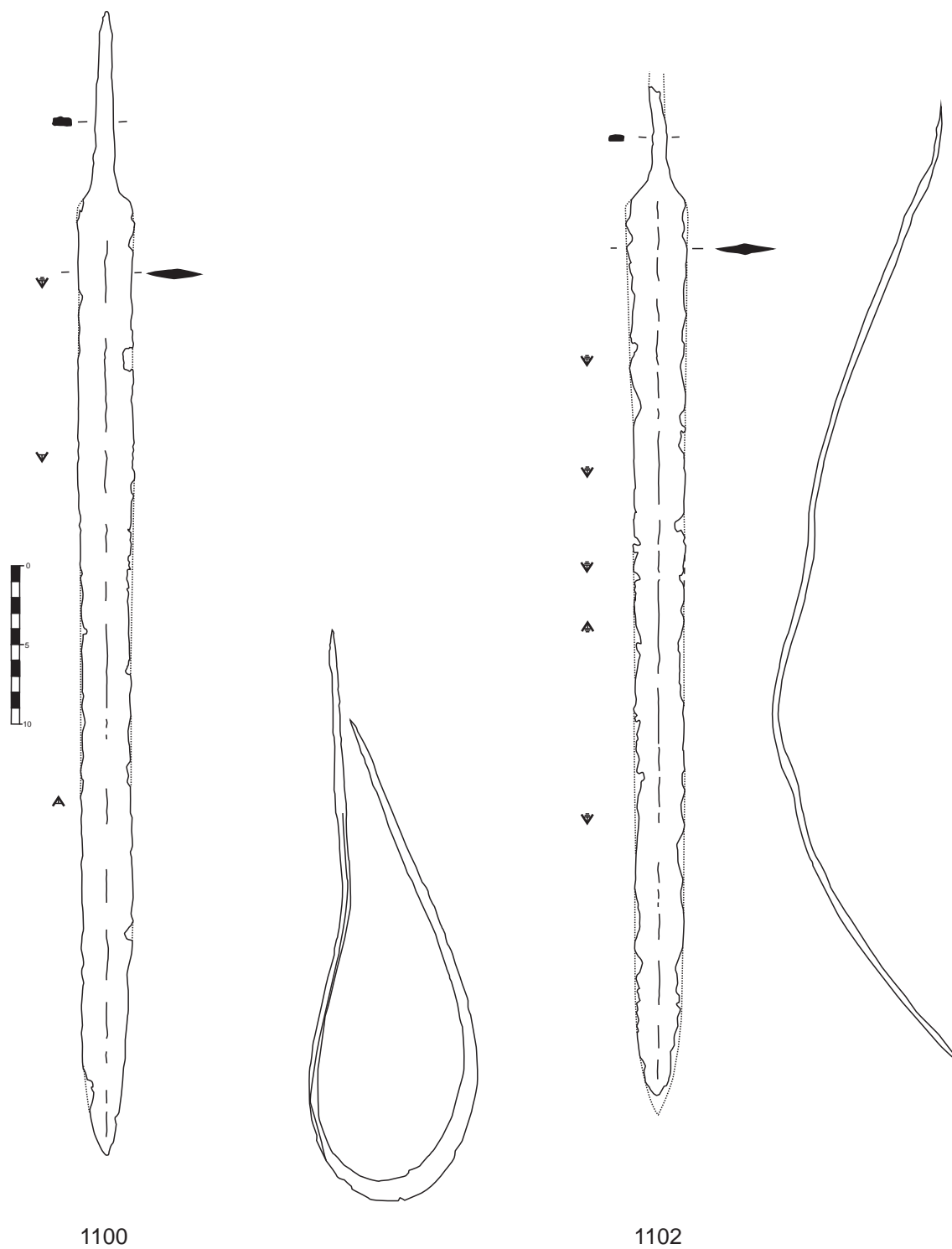
-Fig. 281: 1147: La Revilla, sep. C (Museo Numantino); 1168: Arcóbriga, sep. desc. (Según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 151, 5); 1024: Arcóbriga, sep. desc. (M.A.N.); 1049: Atance, sep. 66 (M.A.N.).

TIPO: B2.1



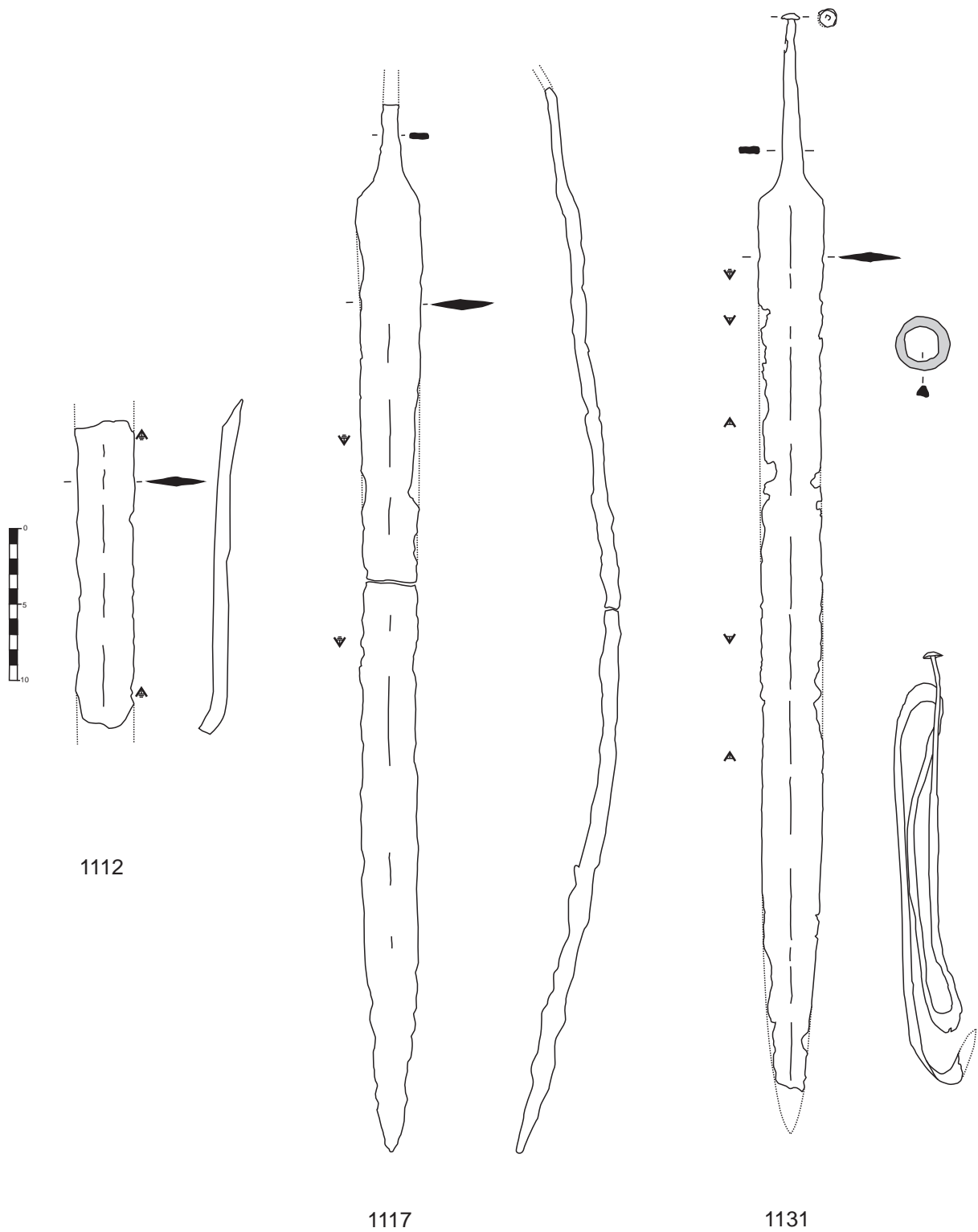
-Fig. 282: 1010 y 1017: Arcóbriga, seps. N y B (M.A.N.).

TIPO: B2.1



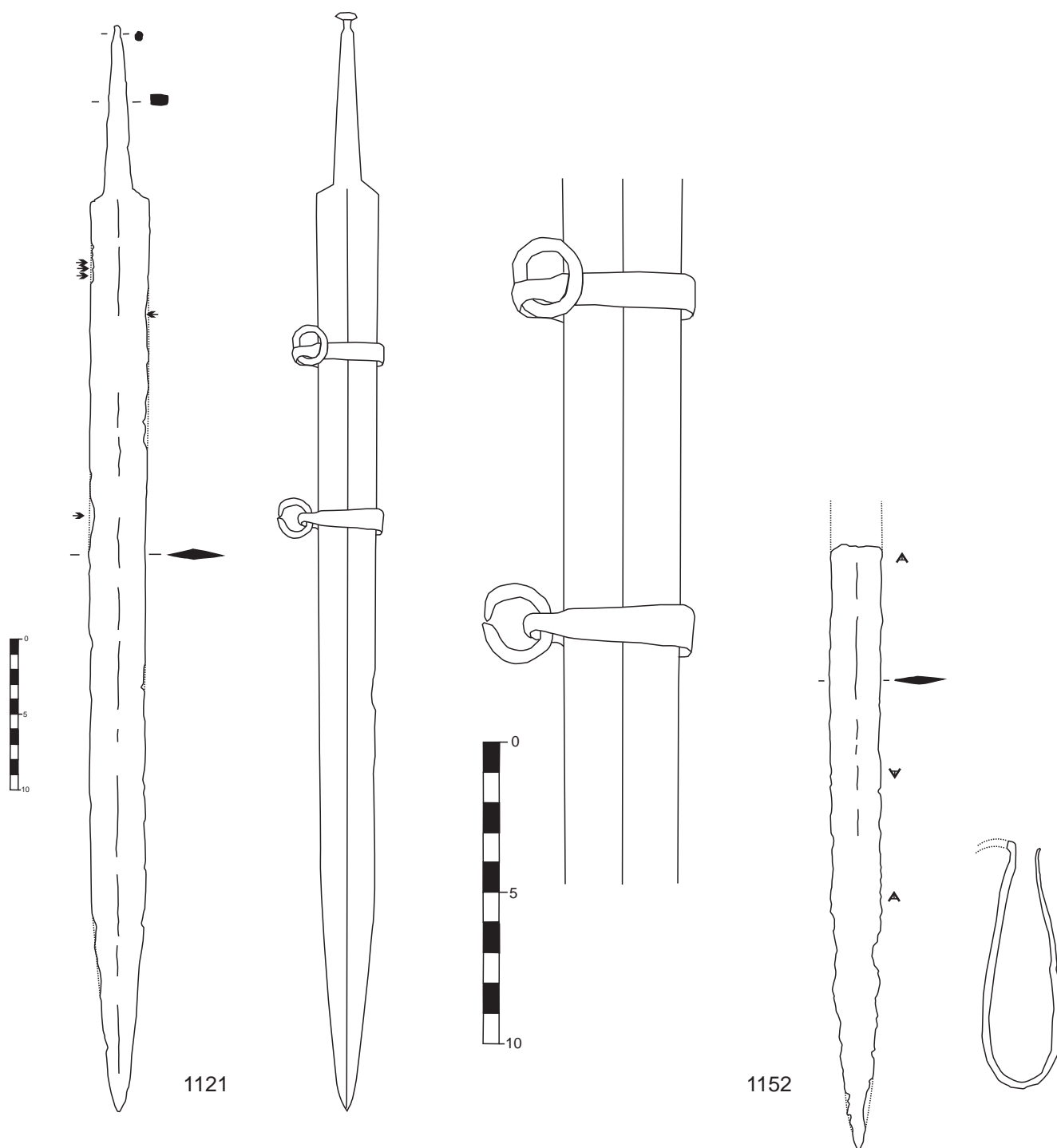
-Fig. 283: 1100: La Requijada de Gormaz, sep. 23 (M.A.N.); 1102: Herdade das Casas (Museu de Evora).

TIPO: B2.1



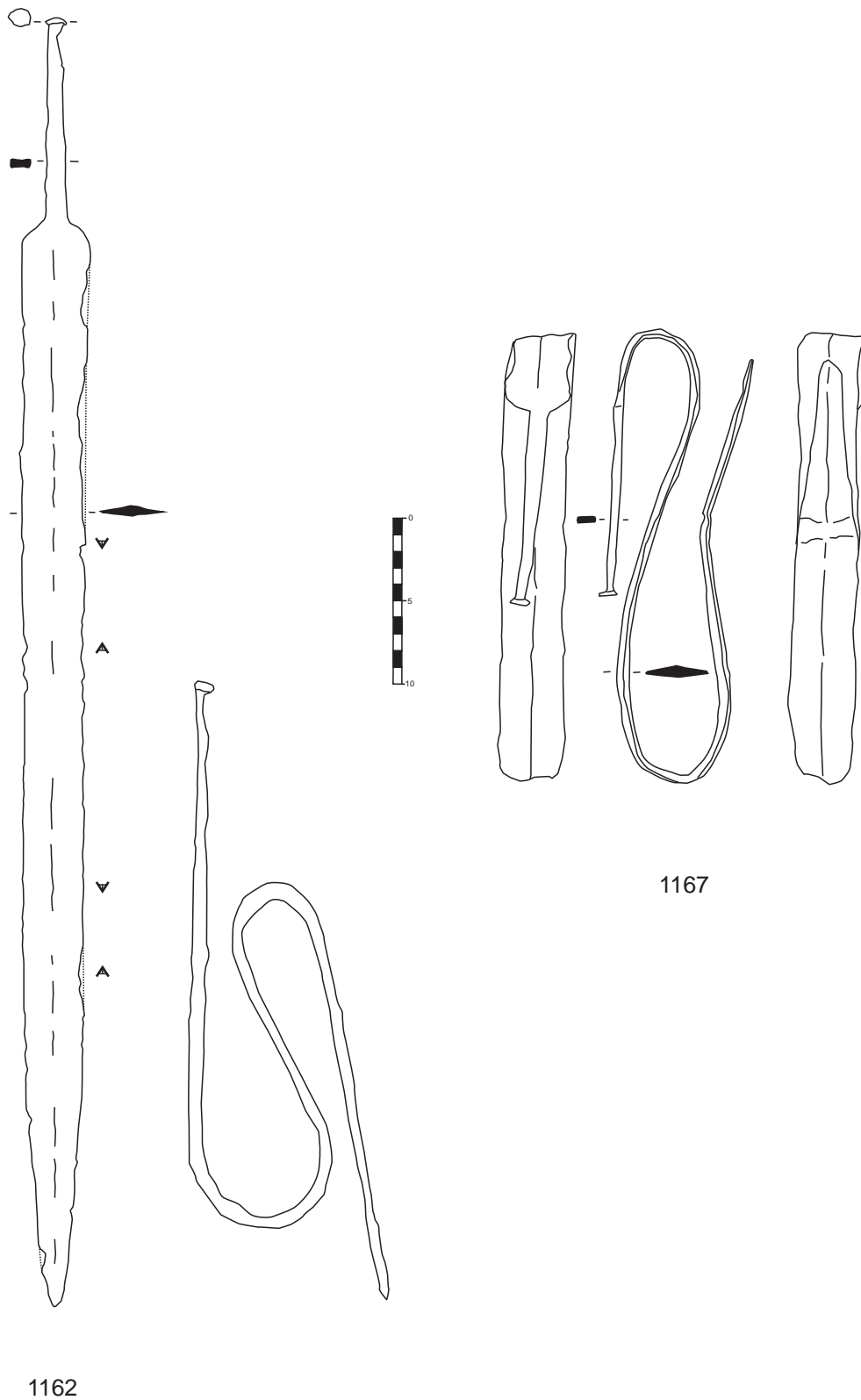
-Fig. 284: 1112: Numancia, sep. 69 (Museo Numantino); 1117: La Oruña (Monasterio de Veruela); 1131: Osma, sep. 9A (M.A.N.).

TIPO: B2.1



-Fig. 285: 1121: La Osera, sep. 201 (M.A.N. y Stary, 1994: lám. 44); 1152: Ucero, sin refs. (Museo Numantino).

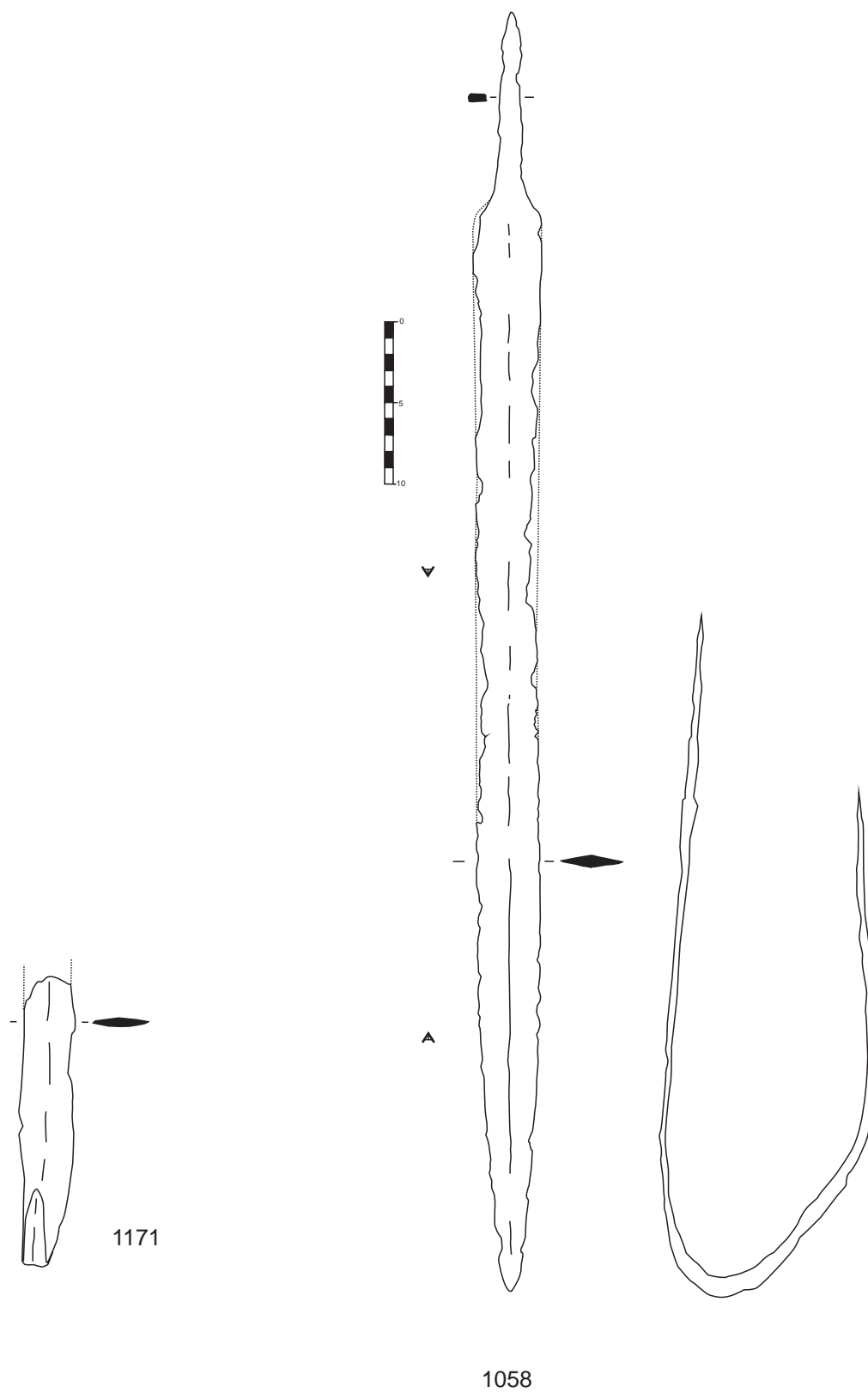
TIPO: B2.1



-Fig. 286: 1162: Procedencia desconocida (Museo de Navarra); 1167: Arcóbriga, sep. desc. (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 150, 4).

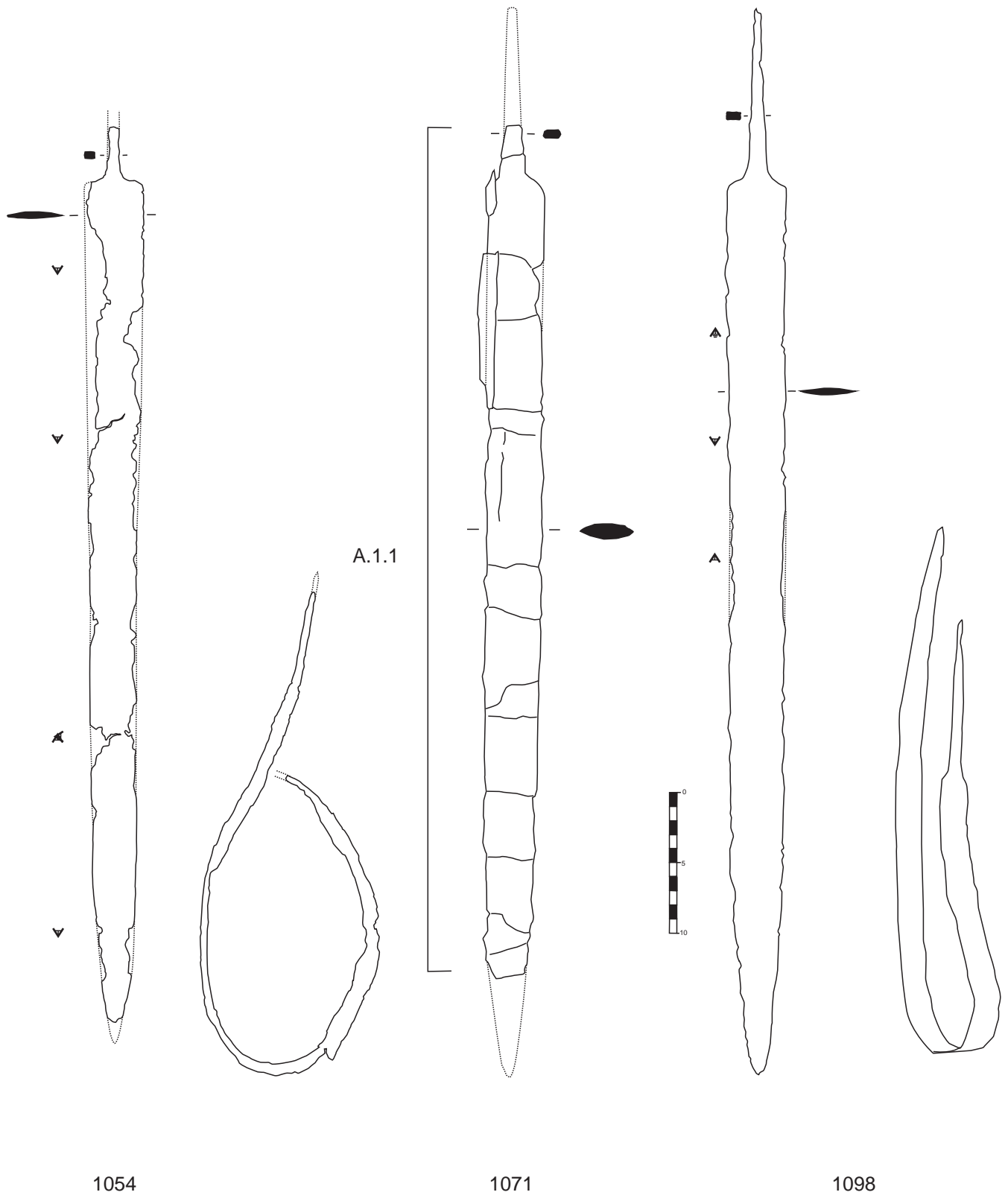
TIPO: B2.1

TIPO: B2/C



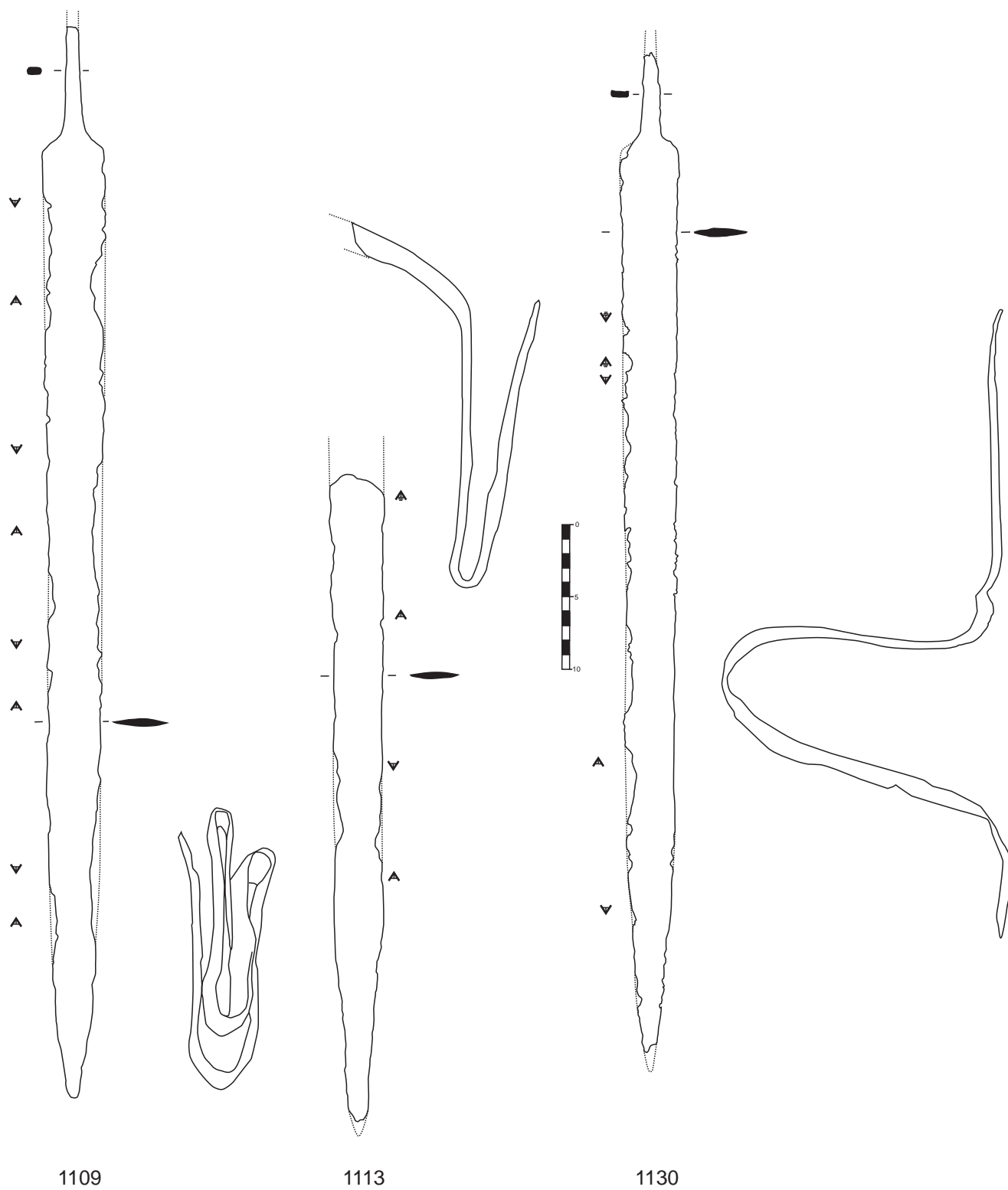
-Fig. 287: 1171: Arcóbriga, sep. desc. (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 152, 8); 1058: Atance, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: B2.2



-Fig. 288: 1054: Atance, sep. desc. (M.A.N.); 1071: La Azucarera (según Iriarte *et alii*, 1997: fig. 15); 1098: Quintanas de Gormaz, sep. G (Museo Numantino).

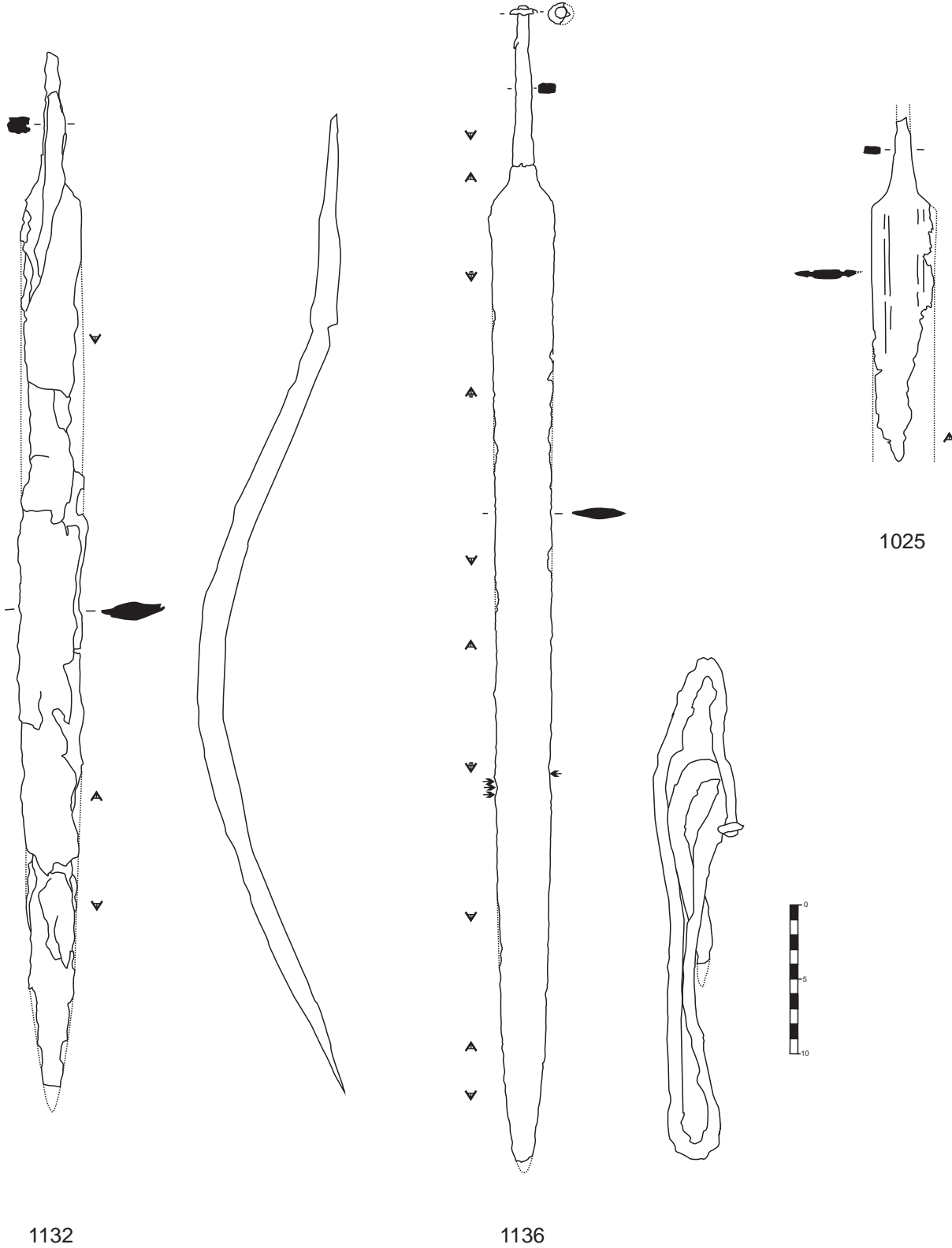
TIPO: B2.2



-Fig. 289: 1109 y 1113: Numancia, sep. 1 y sep. 105 (Museo Numantino); 1130: Osma, sep. desc. (M.A.N.).

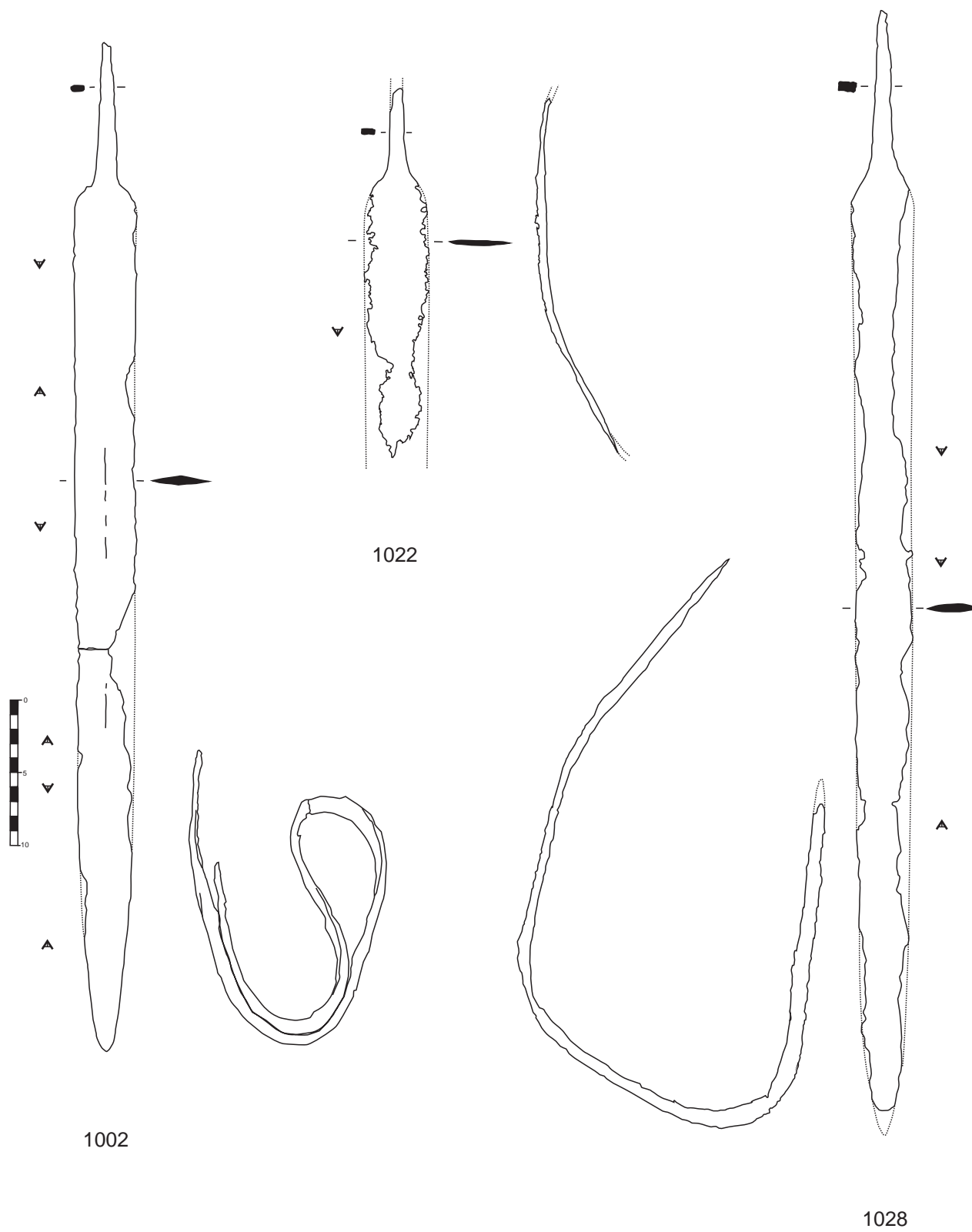
TIPO: B2.2

TIPO: B2.3



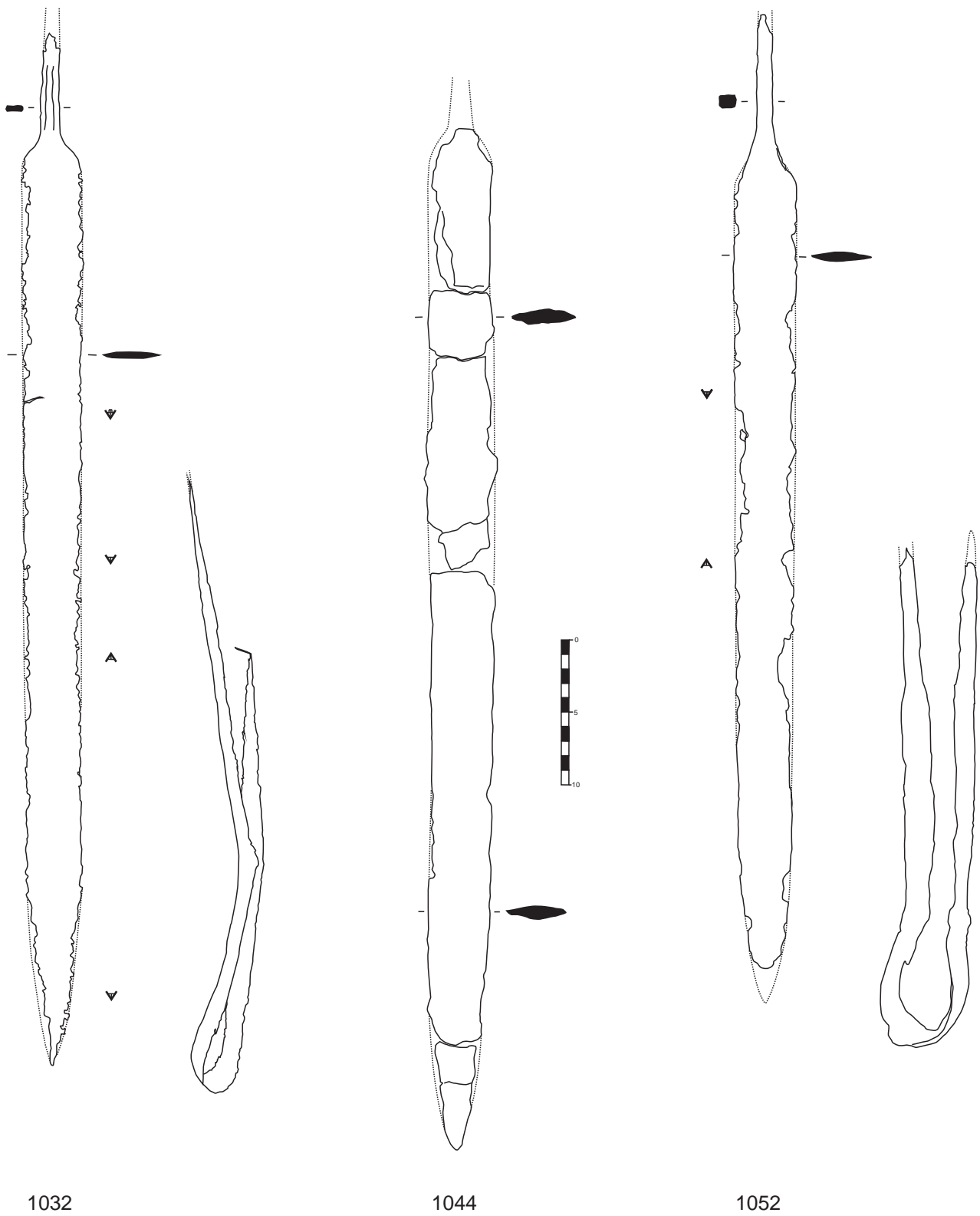
-Fig. 290: 1132: Osuma, sep. desc. (MAC-Barcelona); 1136: La Peladilla (colección particular); 1025: Arcóbriga, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: C1.1



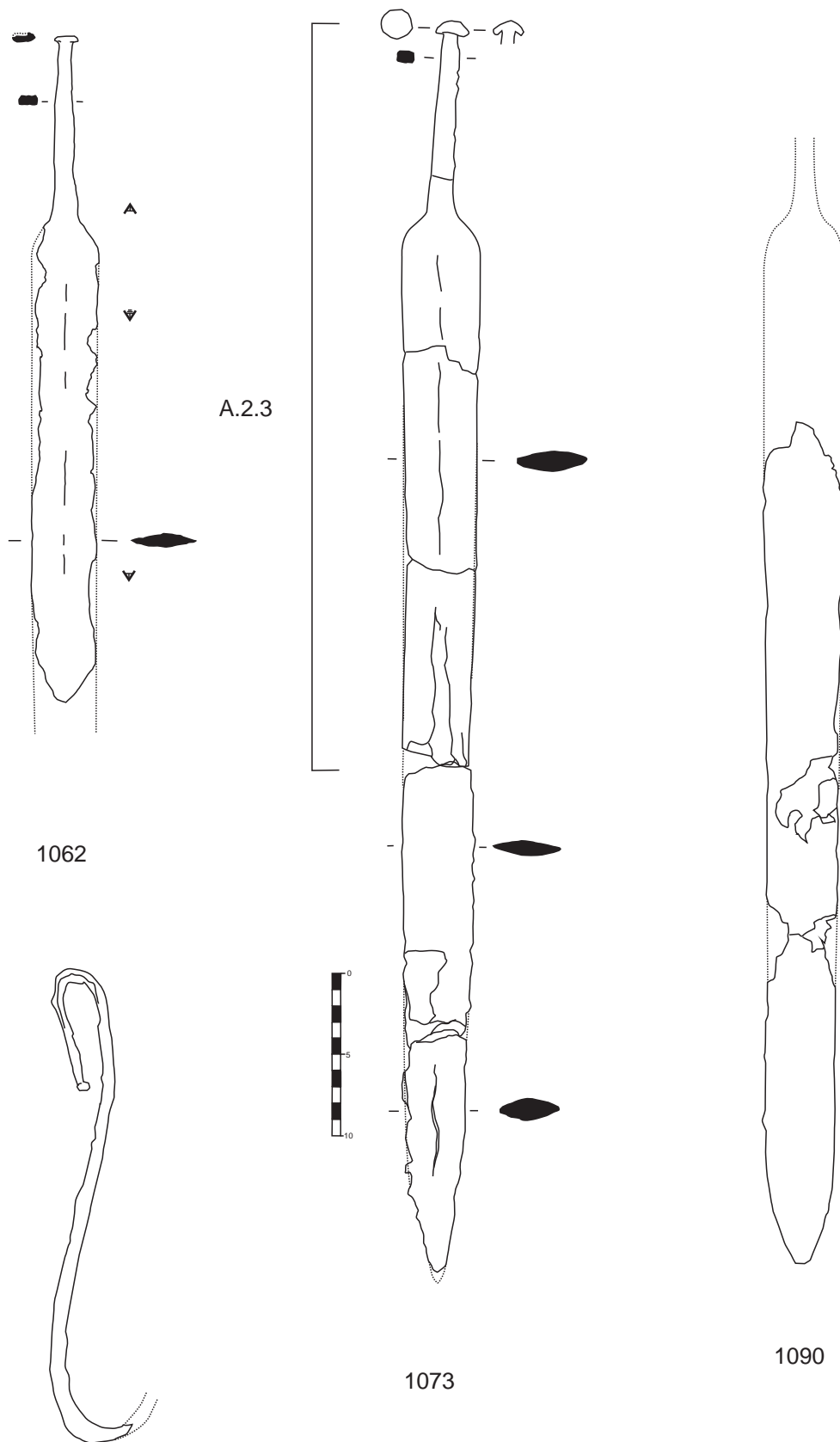
-Fig. 291: 1002: Arcóbriga, sep. J (M.A.N.); 1022 y 1028: Arcóbriga, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: C1.1



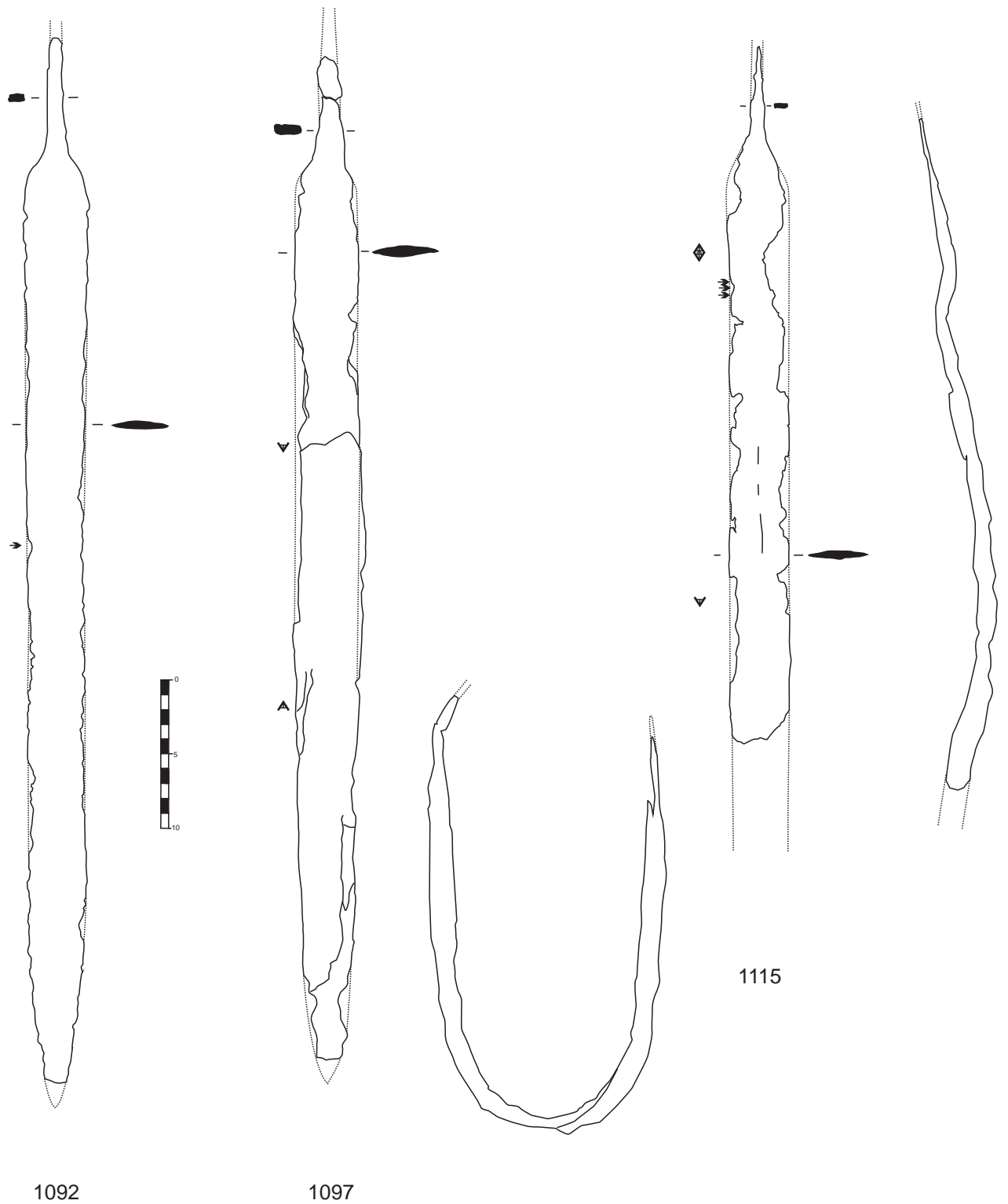
-Fig. 292: 1032: Arcóbriga, sep. desc.(M.A.N.); 1044: Arcos de la Frontera (Museo de Cádiz); 1052: Atance, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: C1.1



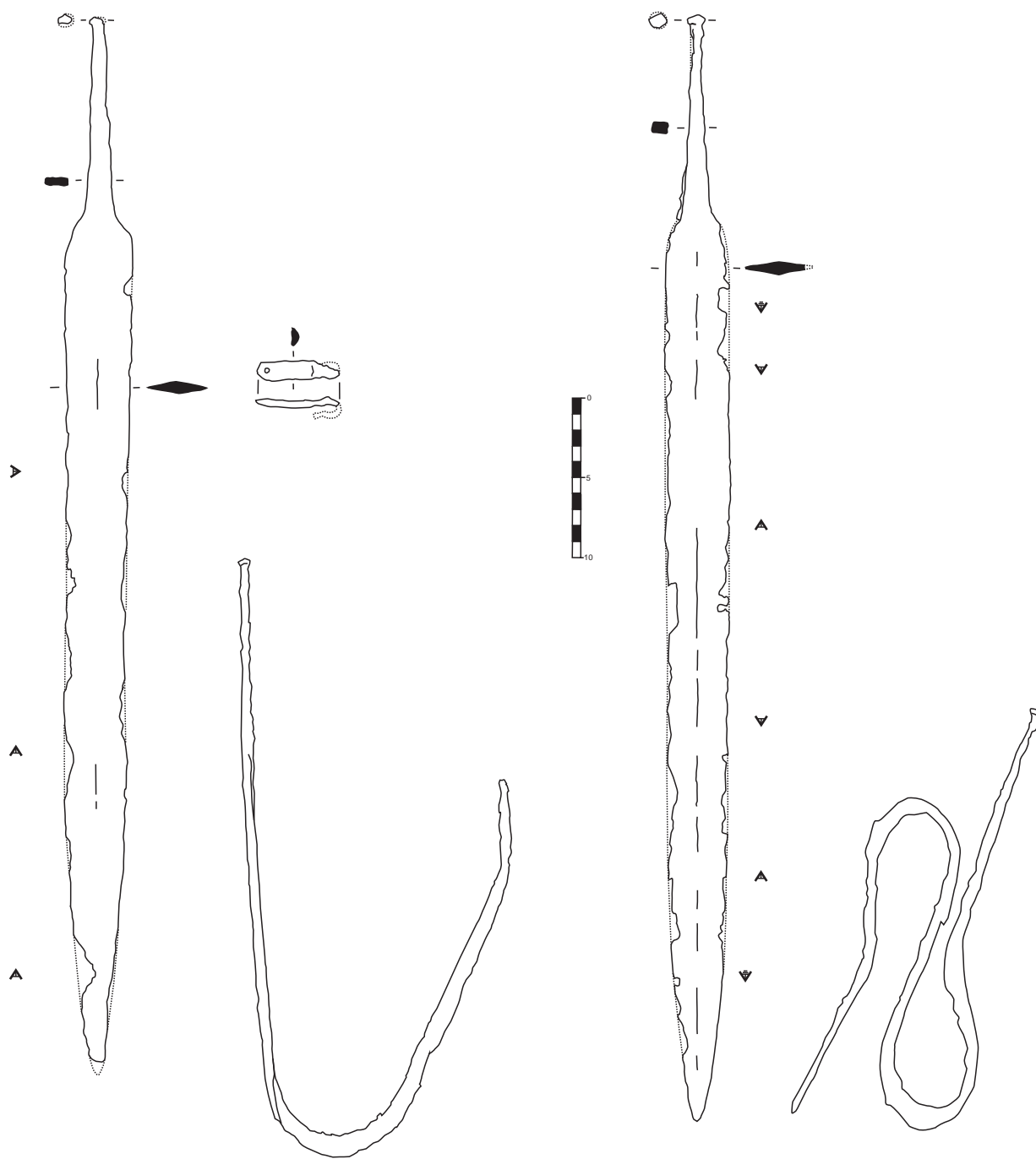
-Fig. 293: 1062: Atance, sep. desc. (M.A.N.); 1073: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte et alii, 1997); 1090: Despeñaperros (colección particular; a partir de foto F. Quesada).

TIPO: C1.1



-Fig. 294: 1092: Fuente Tójar, sep. desc. (M.A.N.); 1097: Quintanas de Gormaz, sep. F. (Museo Numantino); 1115: La Olmeda, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: C1.1

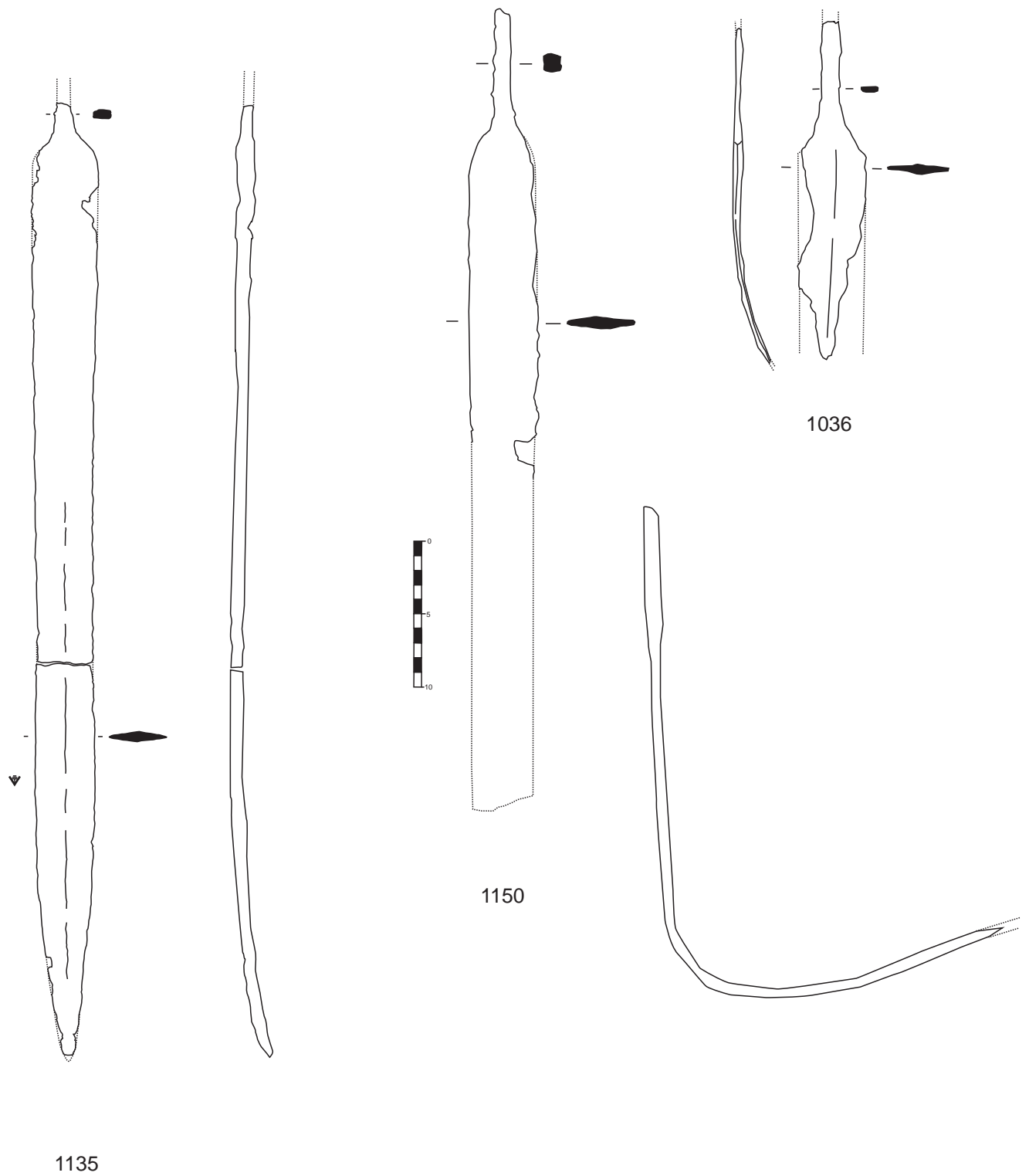


1119

1123

-Fig. 295: 1119: La Osera, sep. 479 (M.A.N.); 1123: Osmá, sep. desc. (M.A.N.).

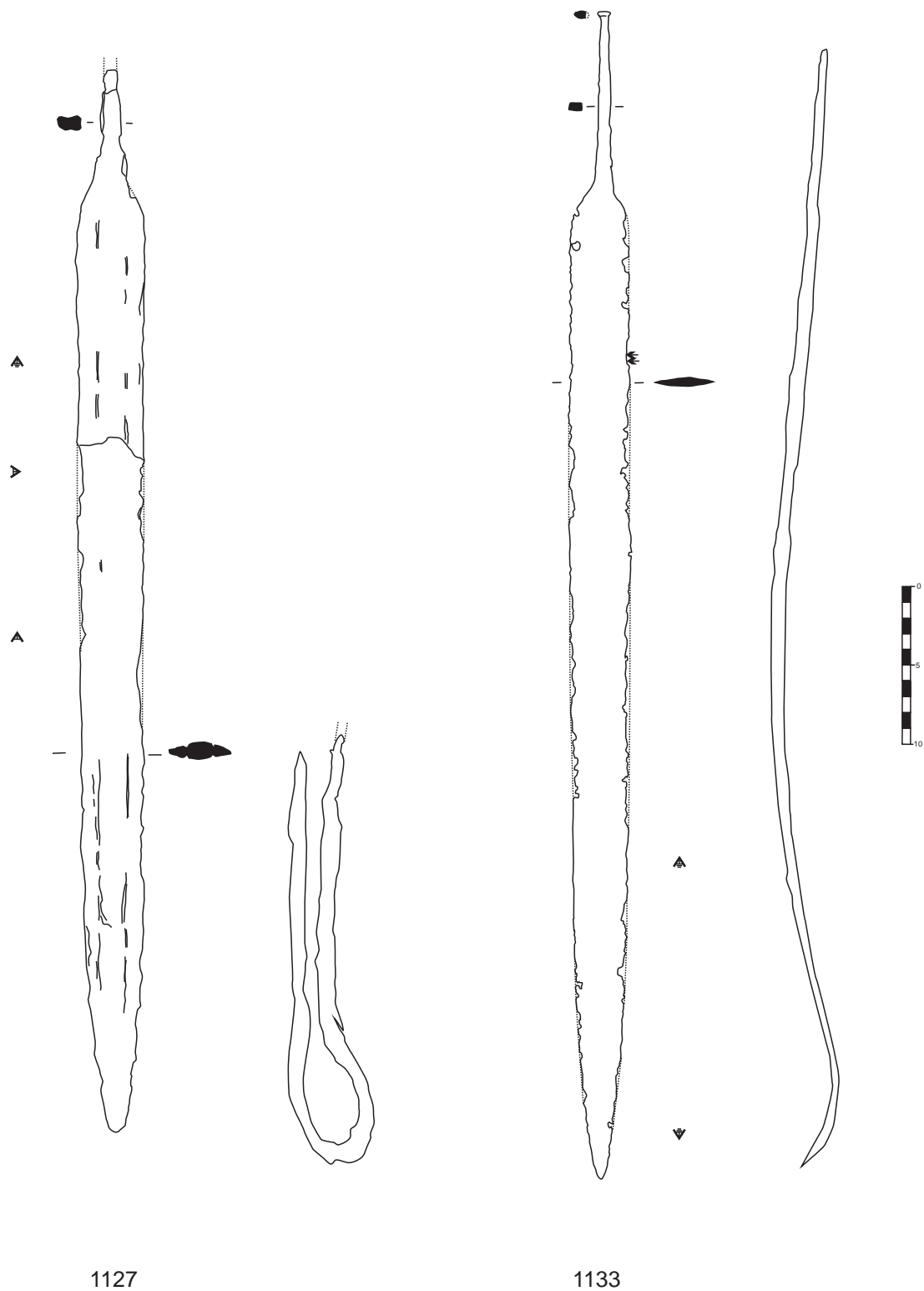
TIPO: C1.1



-Fig. 296: 1135: La Peladilla, urna 1 (colección particular); 1150: Tapada das Argolas (a partir de Vilaça *et alii*, 2002-2003: fig. 9, 1); 1036: Arcóbriga, sep. desc. (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 57, 29).

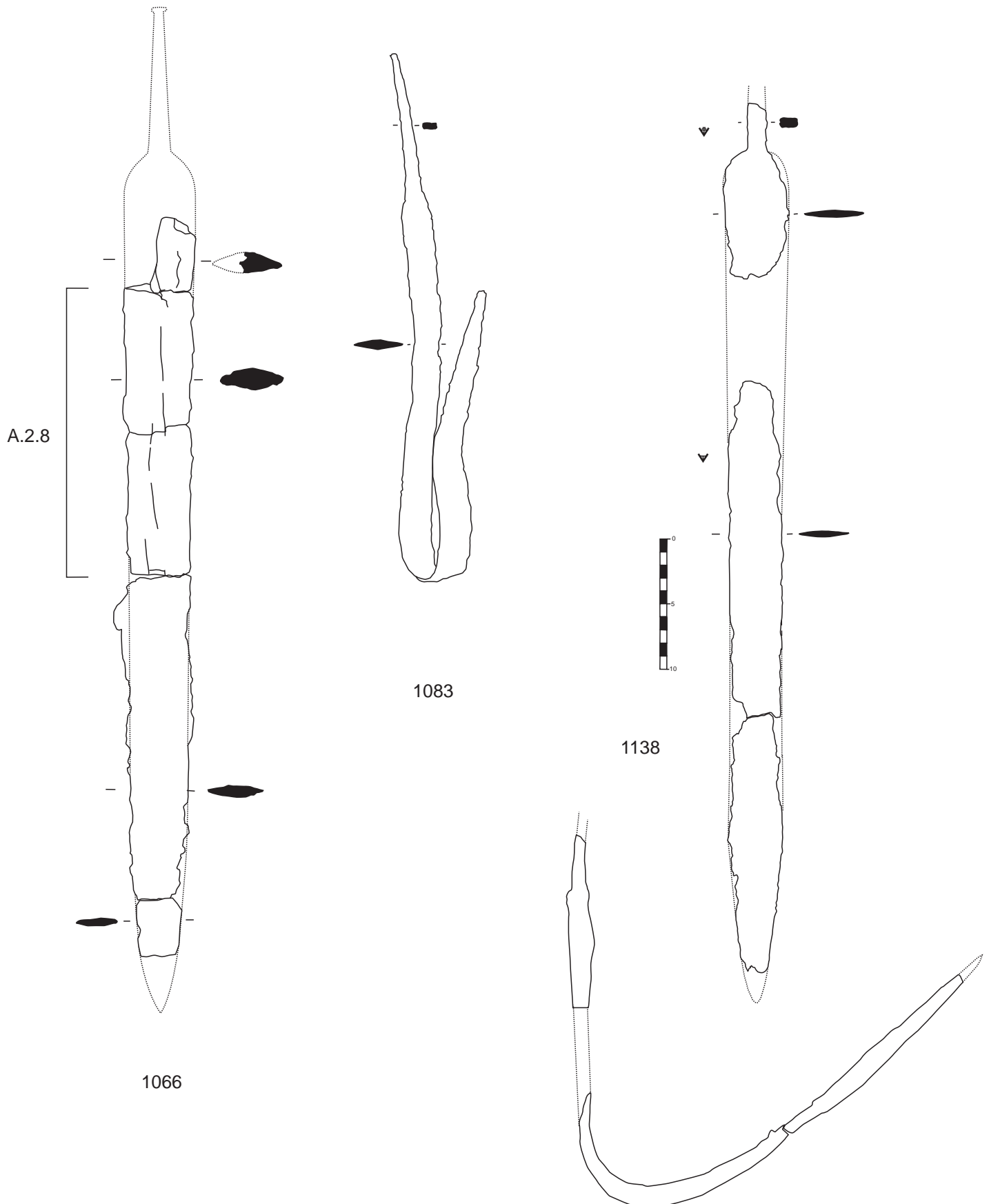
TIPO: C1.2

TIPO: C1.2



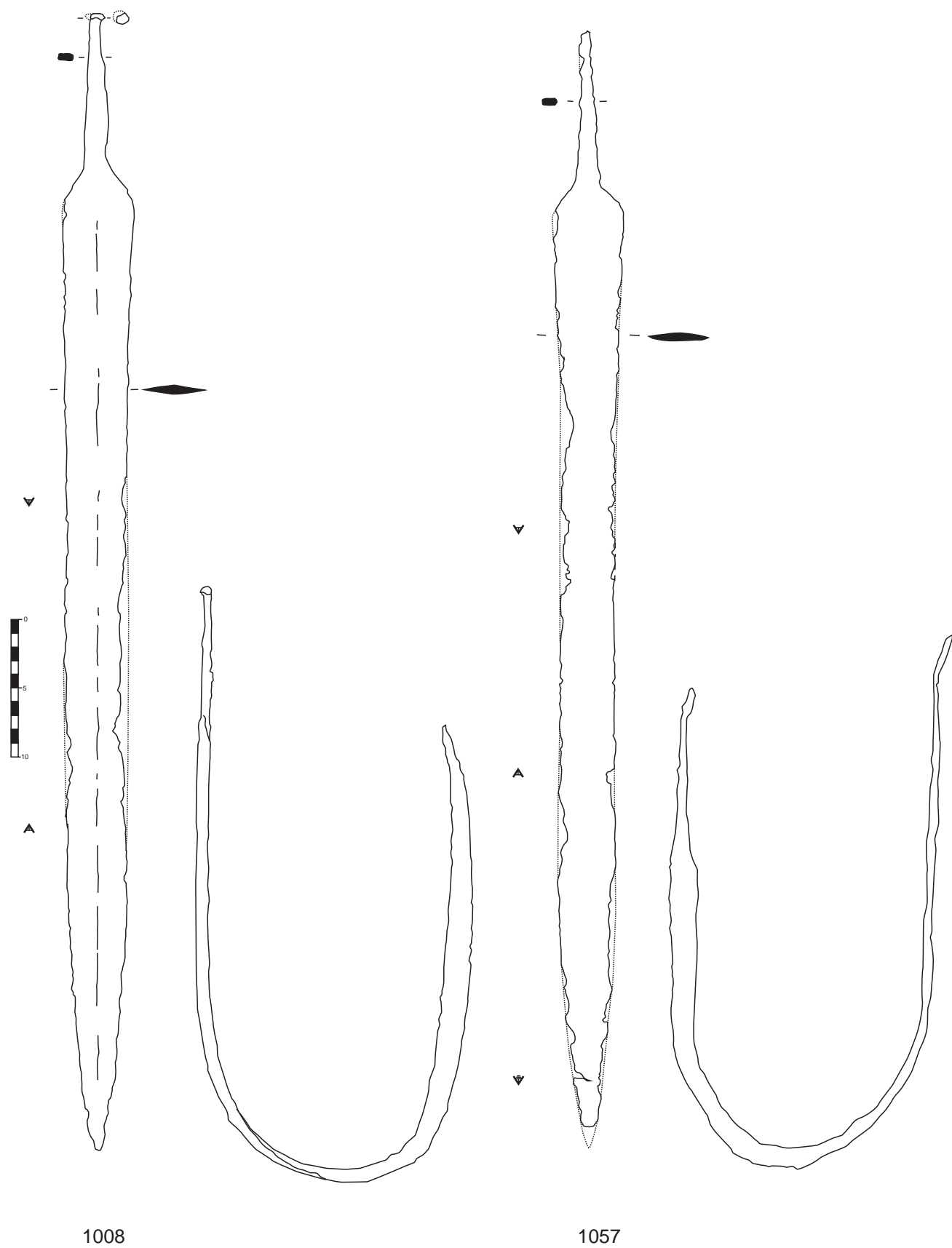
-Fig. 297: 1127: Osma, sep. 13B (MAC-Barcelona); 1133: Osma, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: C/D



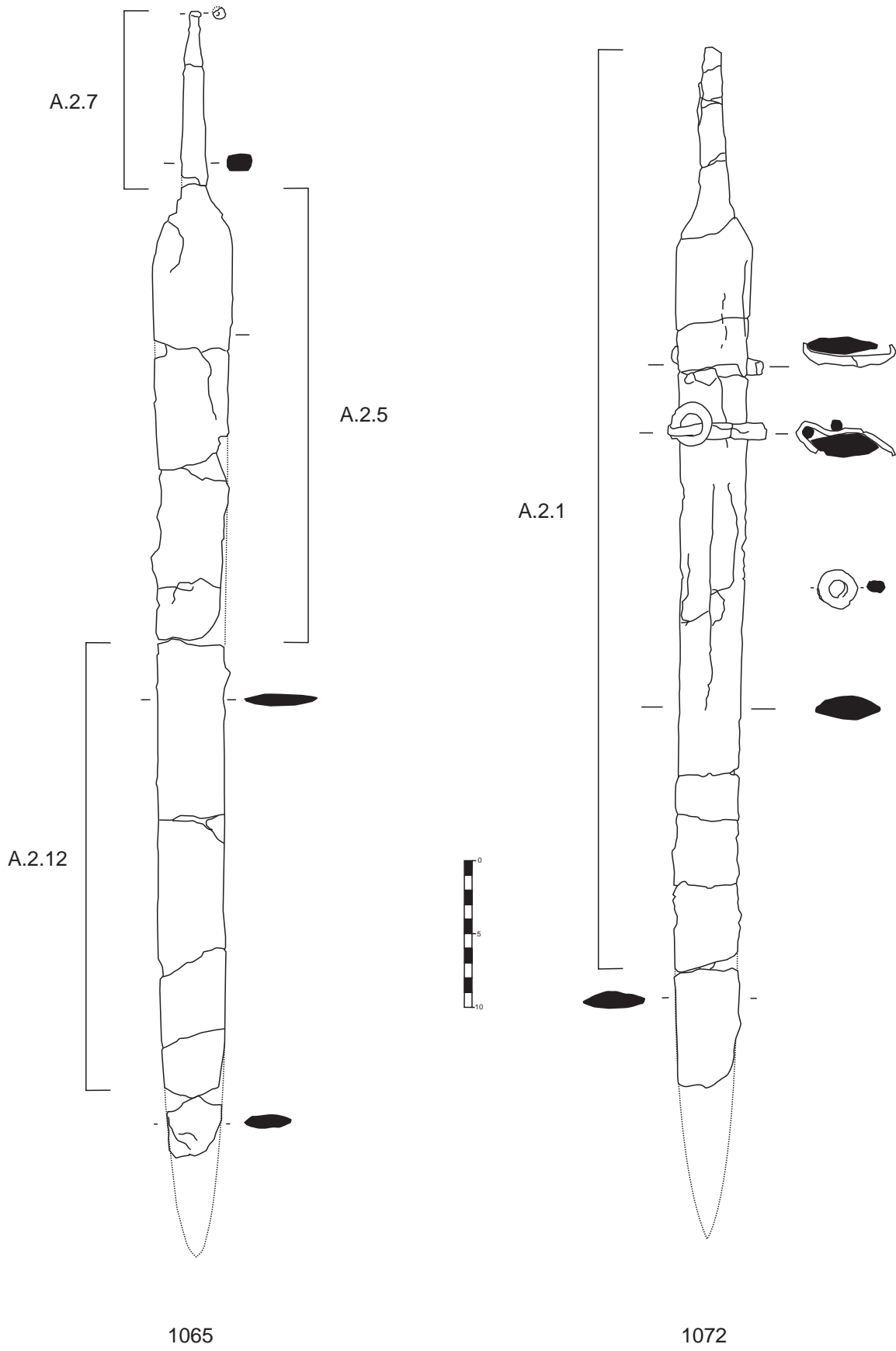
-Fig. 298: 1066: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997); 1083: Carratiermes (según Ruiz Zapatero y Núñez, 1981: fig. 2); 1138: La Peladilla, urna 1 (colección particular).

TIPO: D1.1



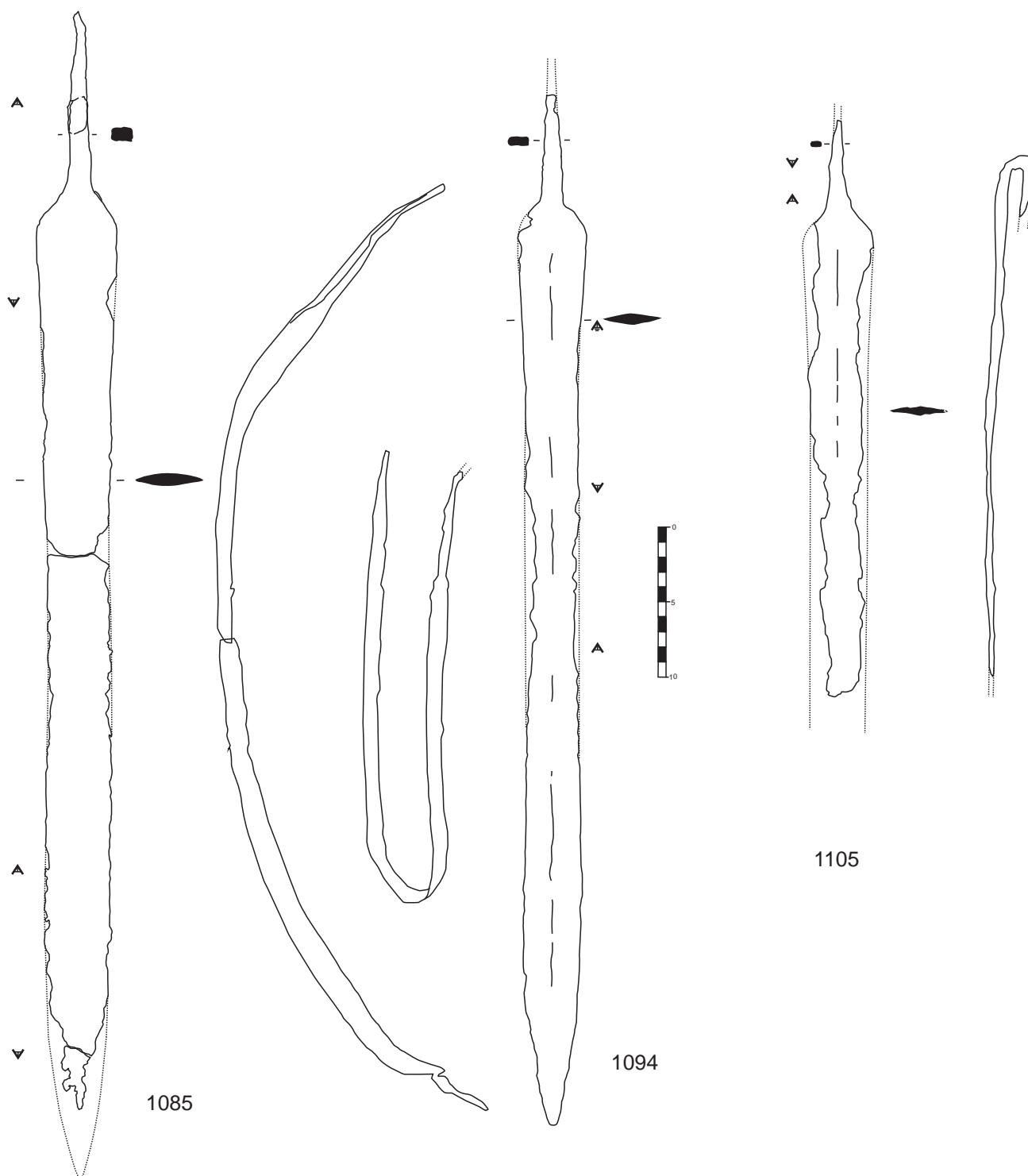
-Fig. 299: 1008: Arcóbriga, sep. L (M.A.N.); 1057: Atance, sep. desc. (M.A.N.).

TIPO: D1.1



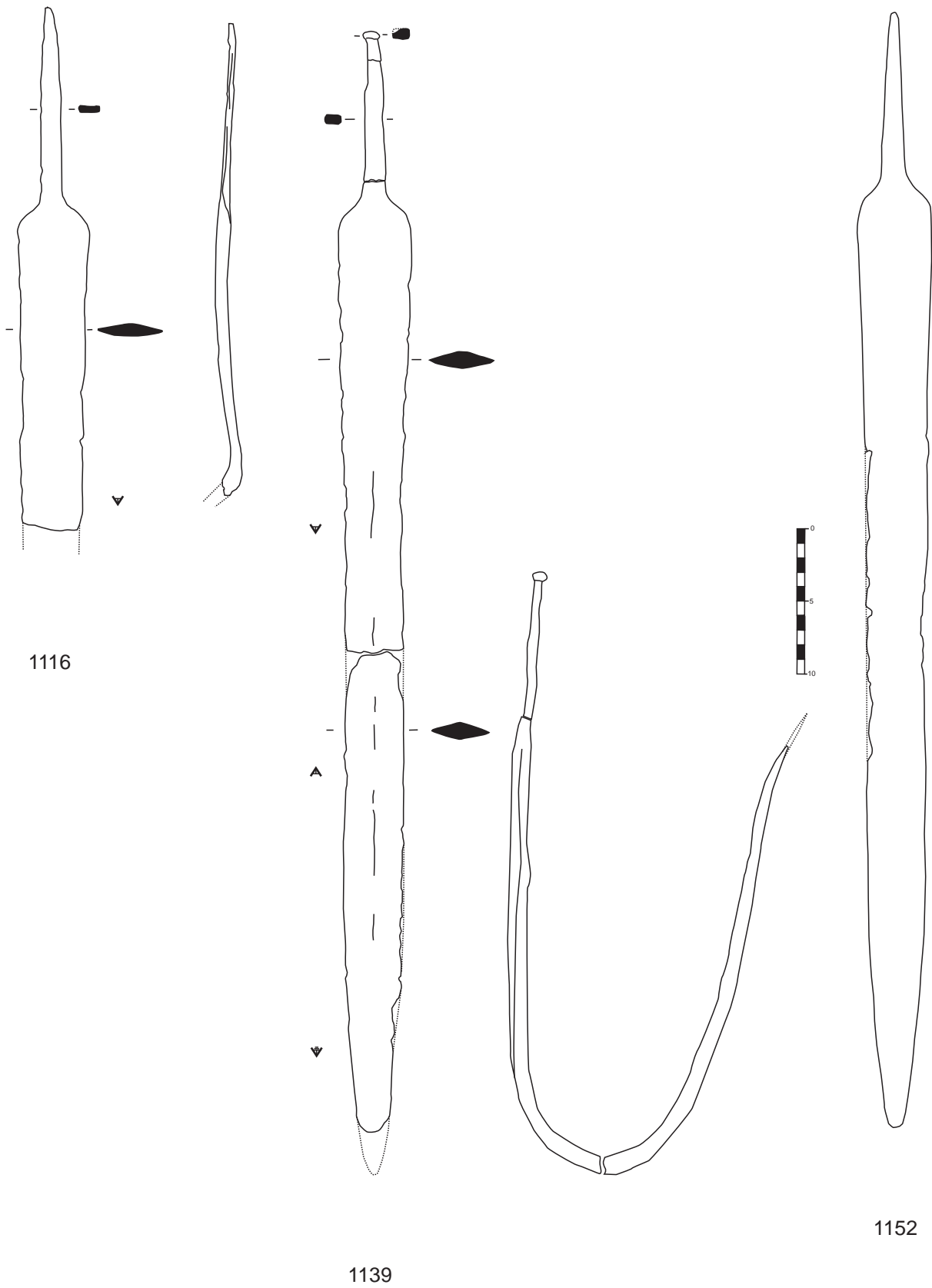
-Fig. 300: 1065 y 1072: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997).

TIPO: D1.1



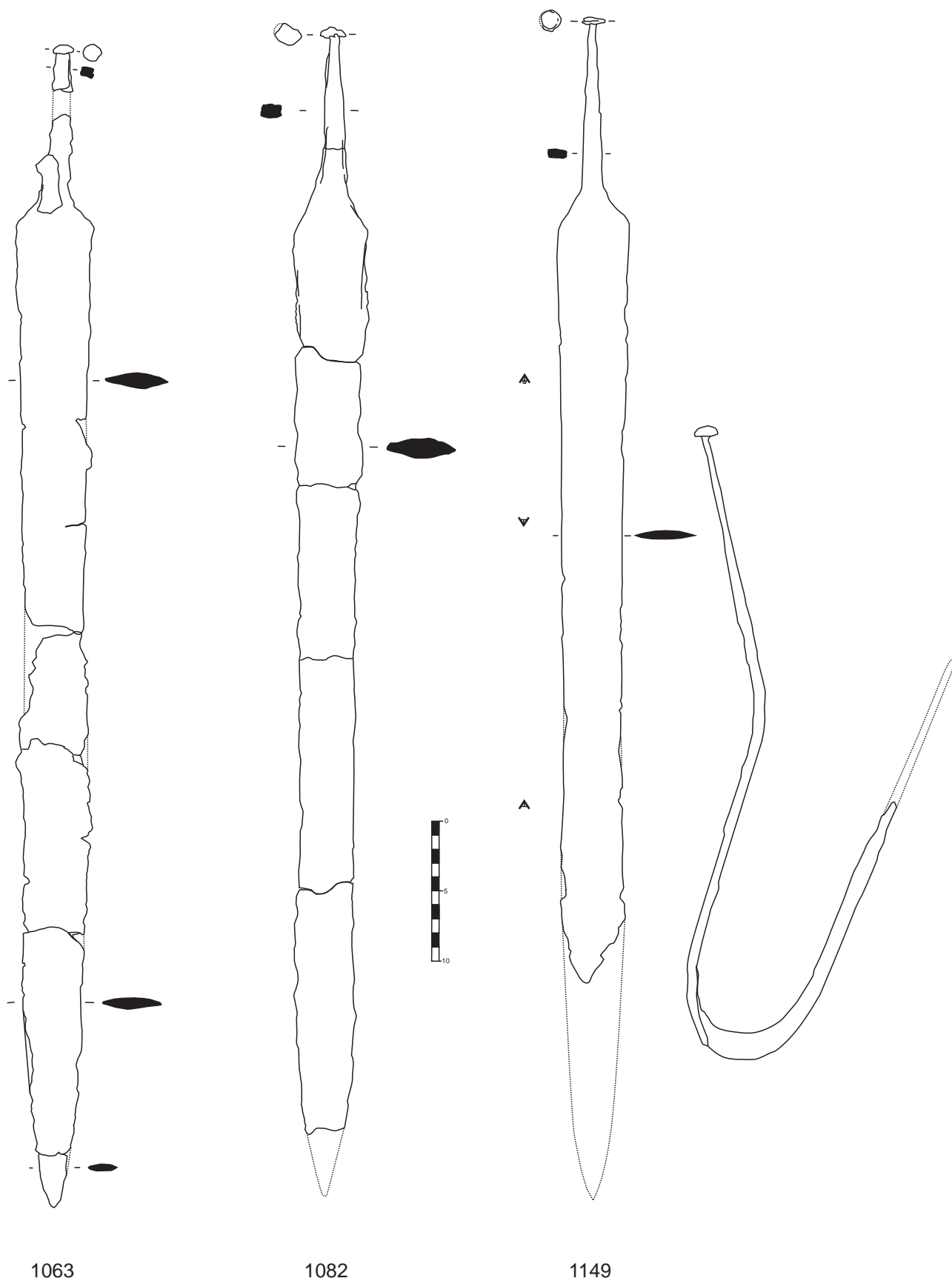
-Fig. 301: 1085: Cerro de las Balas, sep. 13 (Museo de Écija); 1094: Quintanas de Gormaz, sep. Ñ (Museo Numantino); 1105: Langa de Duero (M.A.N.).

TIPO: D1.1



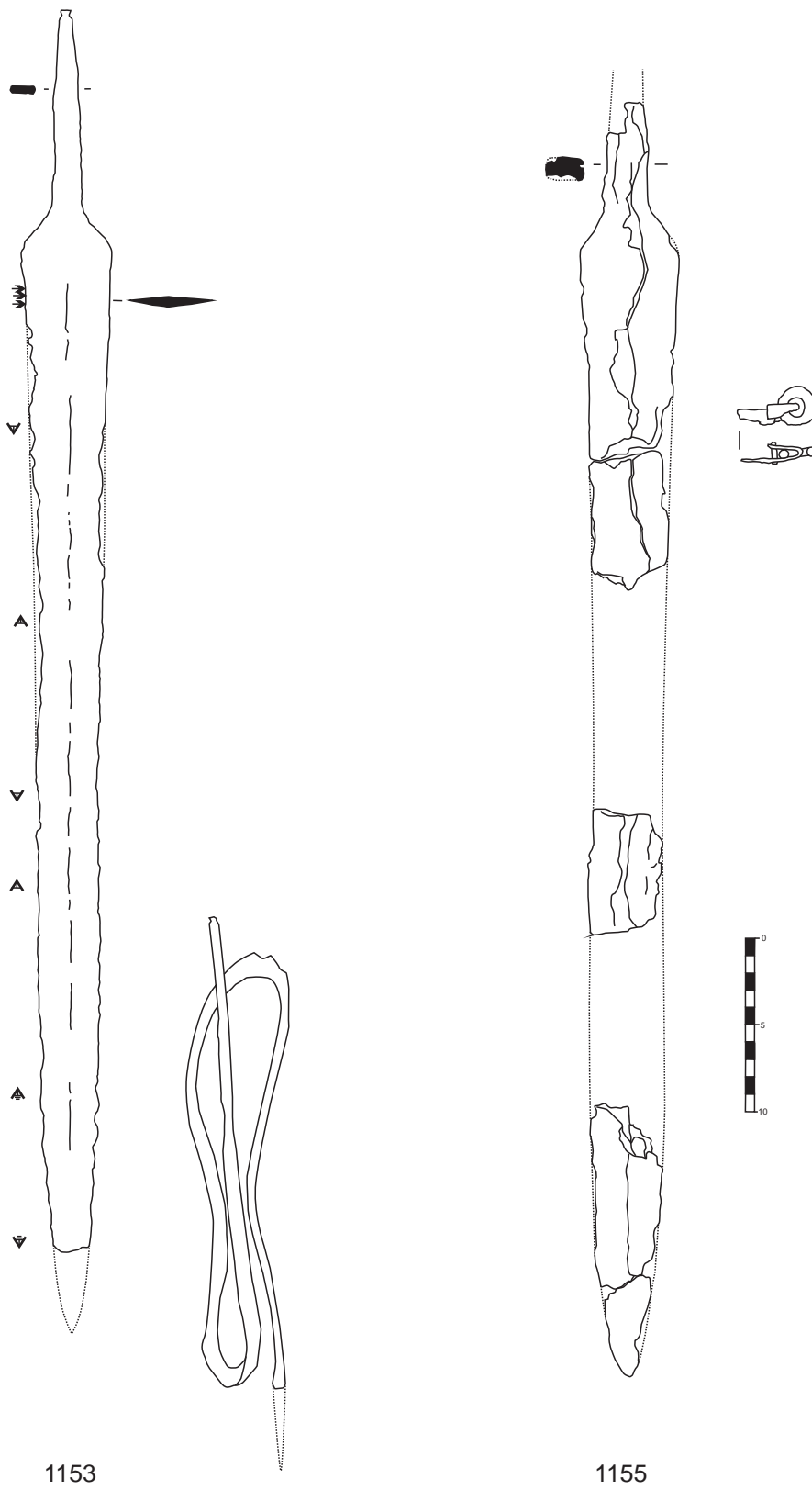
-Fig. 302: 1116: La Oruña (Monasterio de Veruela); 1139: Pozo Moro, sep. 4/F2 (M.A.N.); 1152: Procedencia desconocida (Colección Pérez Aguilar; según Álvarez, Cebolla y Blanco, 1990: fig. 3, 1).

TIPO: D1.2



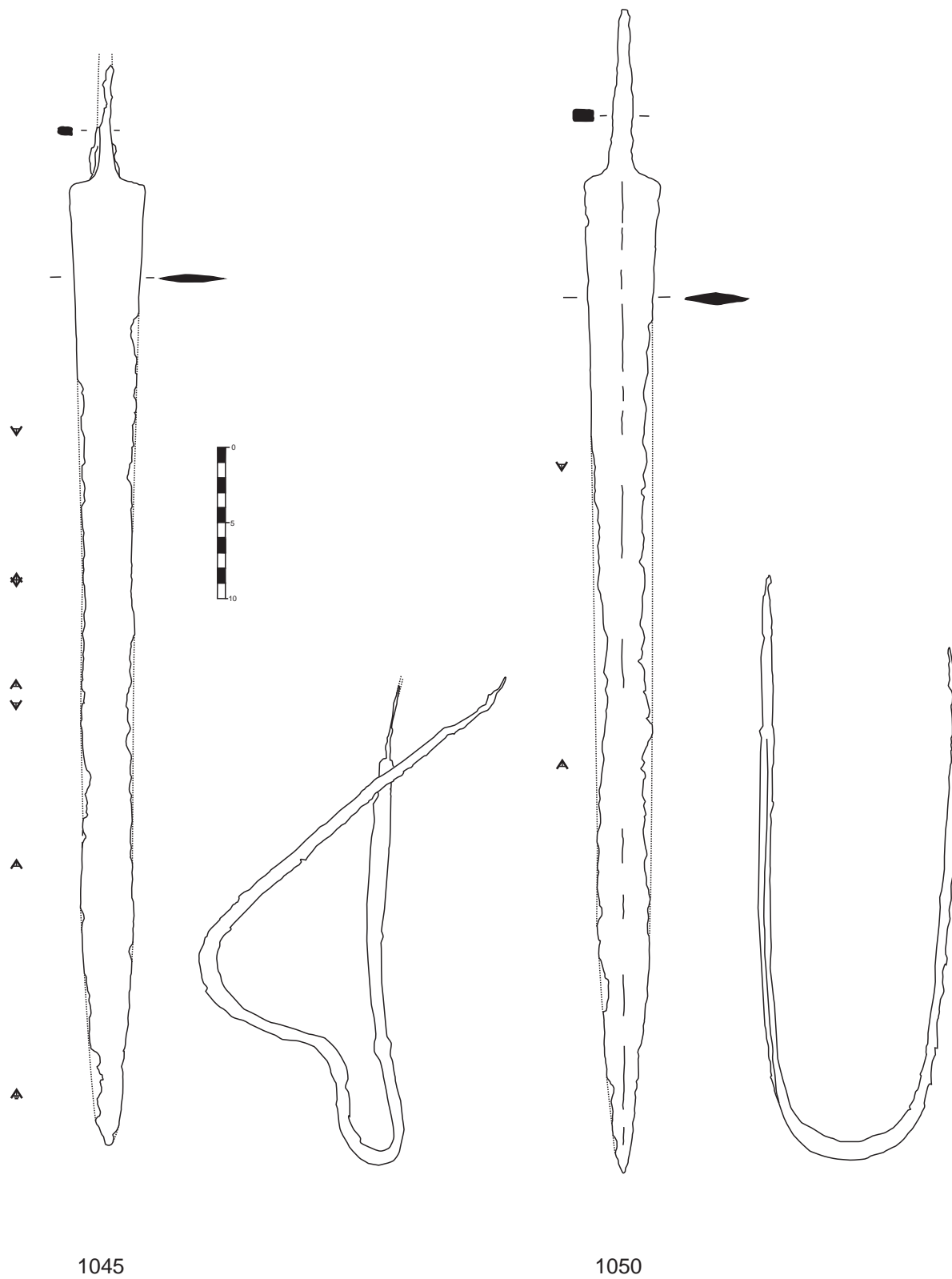
-Fig. 303: 1063: La Azucarera (Museo de La Rioja); 1082: La Caridad (Museo de Teruel); 1149: El Romazal, sep. 145 (Museo de Cáceres).

TIPO: D1.2



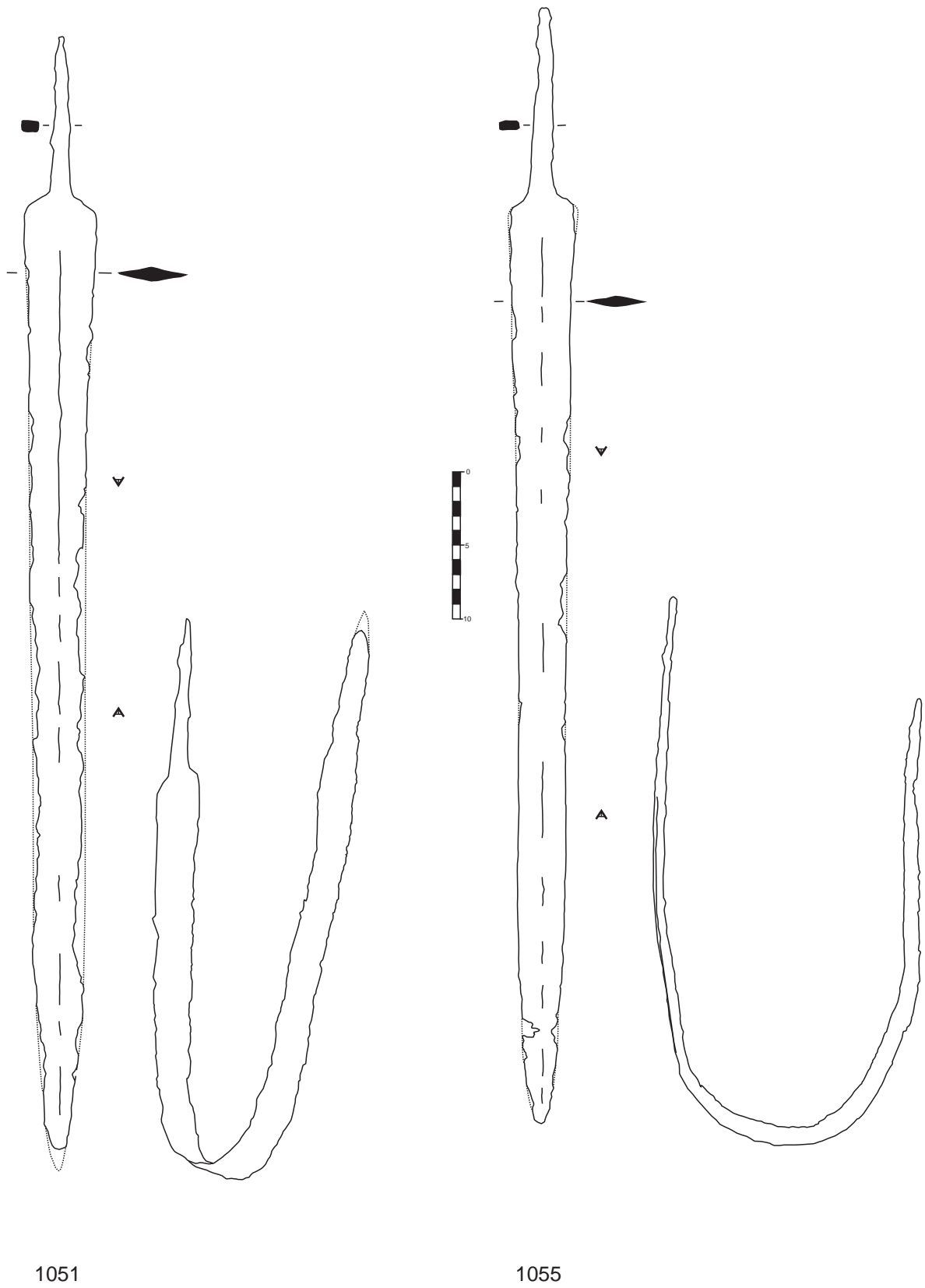
-Fig. 304: 1153: Ucero, sep. desc. (Museo Numantino); 1155: Villaricos, sep. 560 (M.A.N.).

TIPO: D1.3



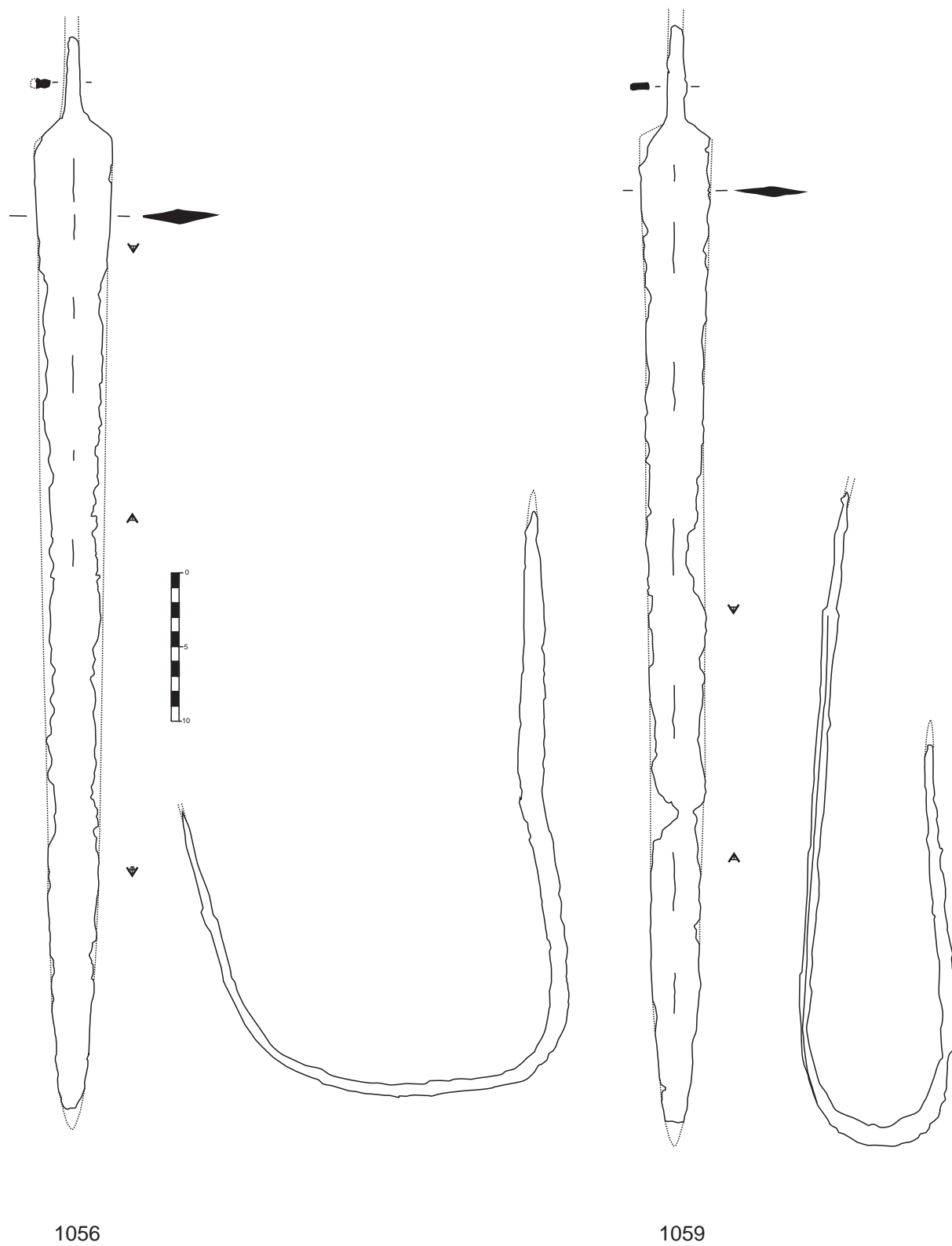
-Fig. 305: 1045 y 1050: Atance, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: D1.3



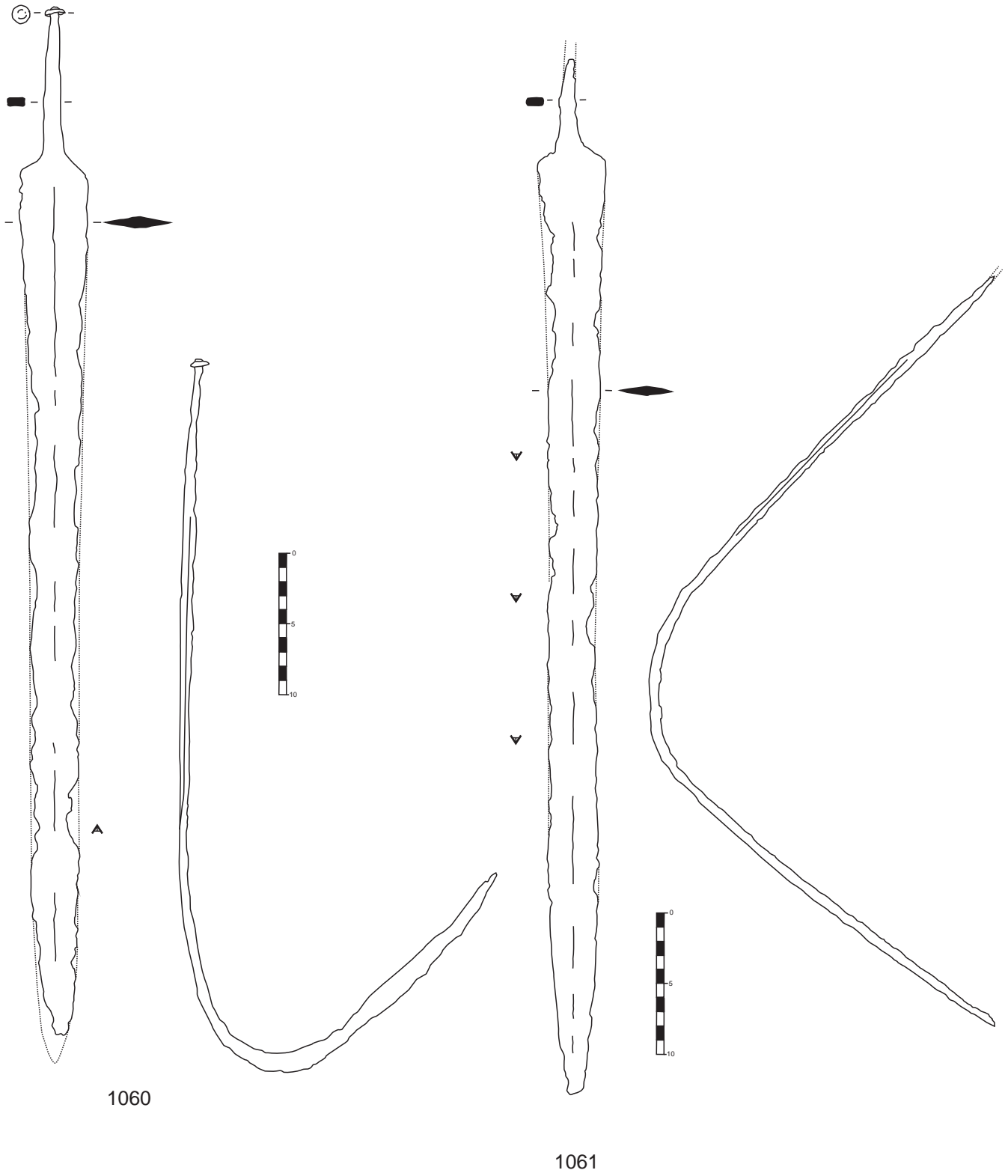
-Fig. 306: 1051 y 1055: Atance, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: D1.3



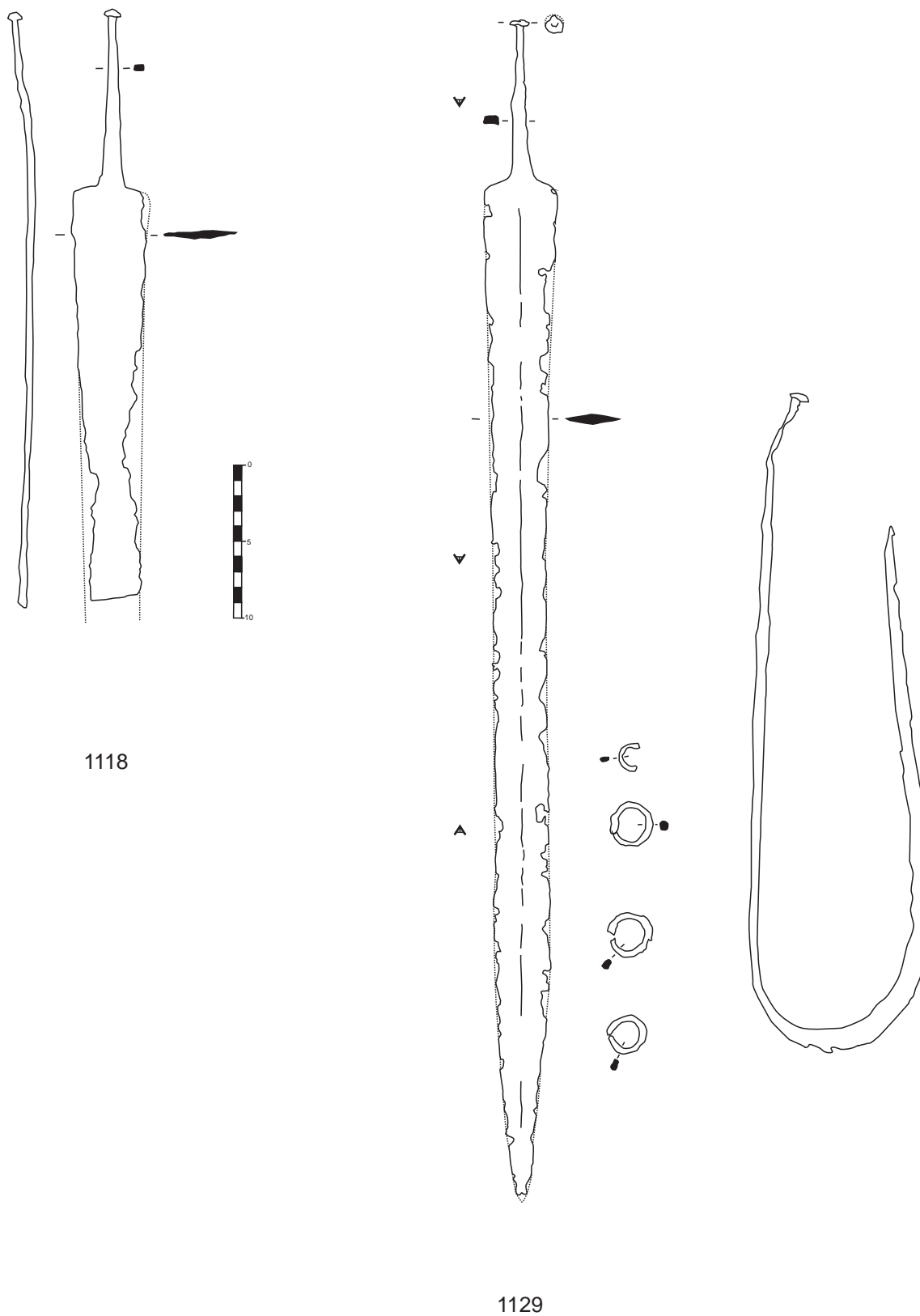
-Fig. 307: 1056 y 1059: Atance, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: D1.3



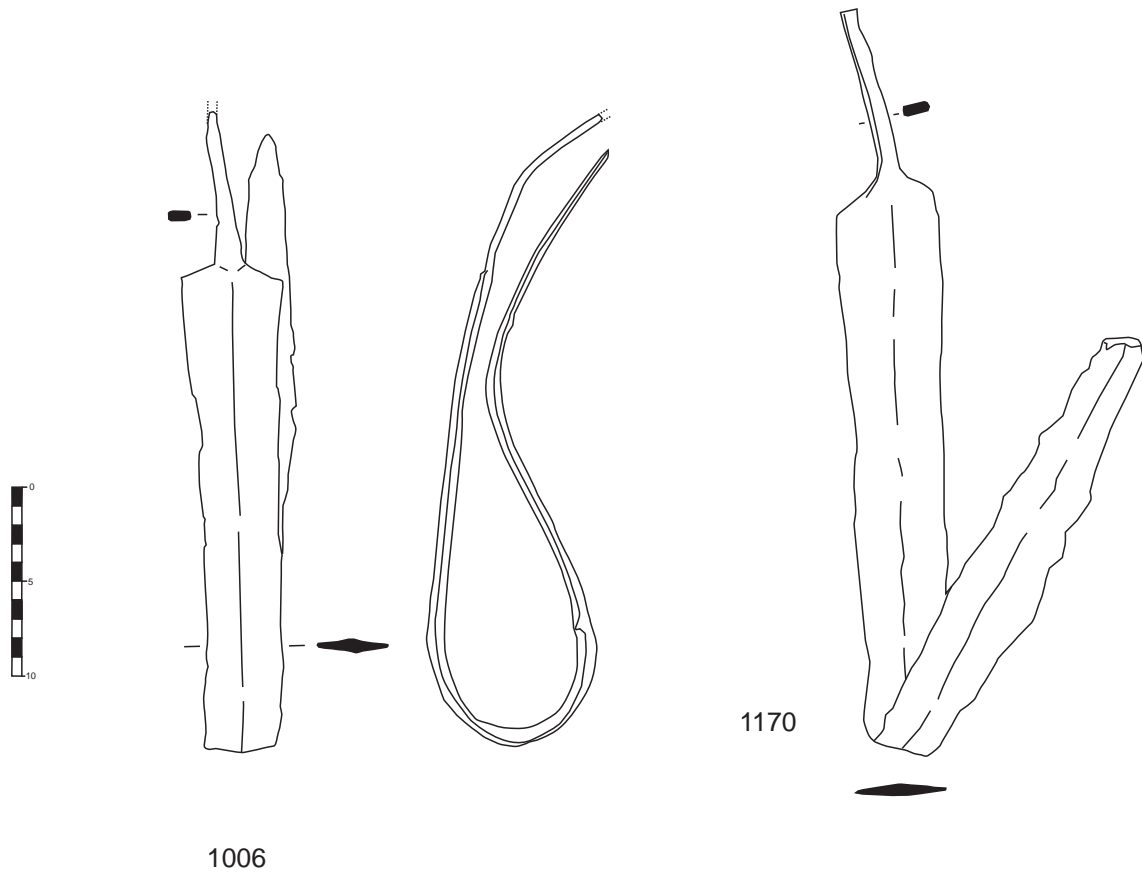
-Fig. 308: 1060 y 1061: Atance, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: D1.3



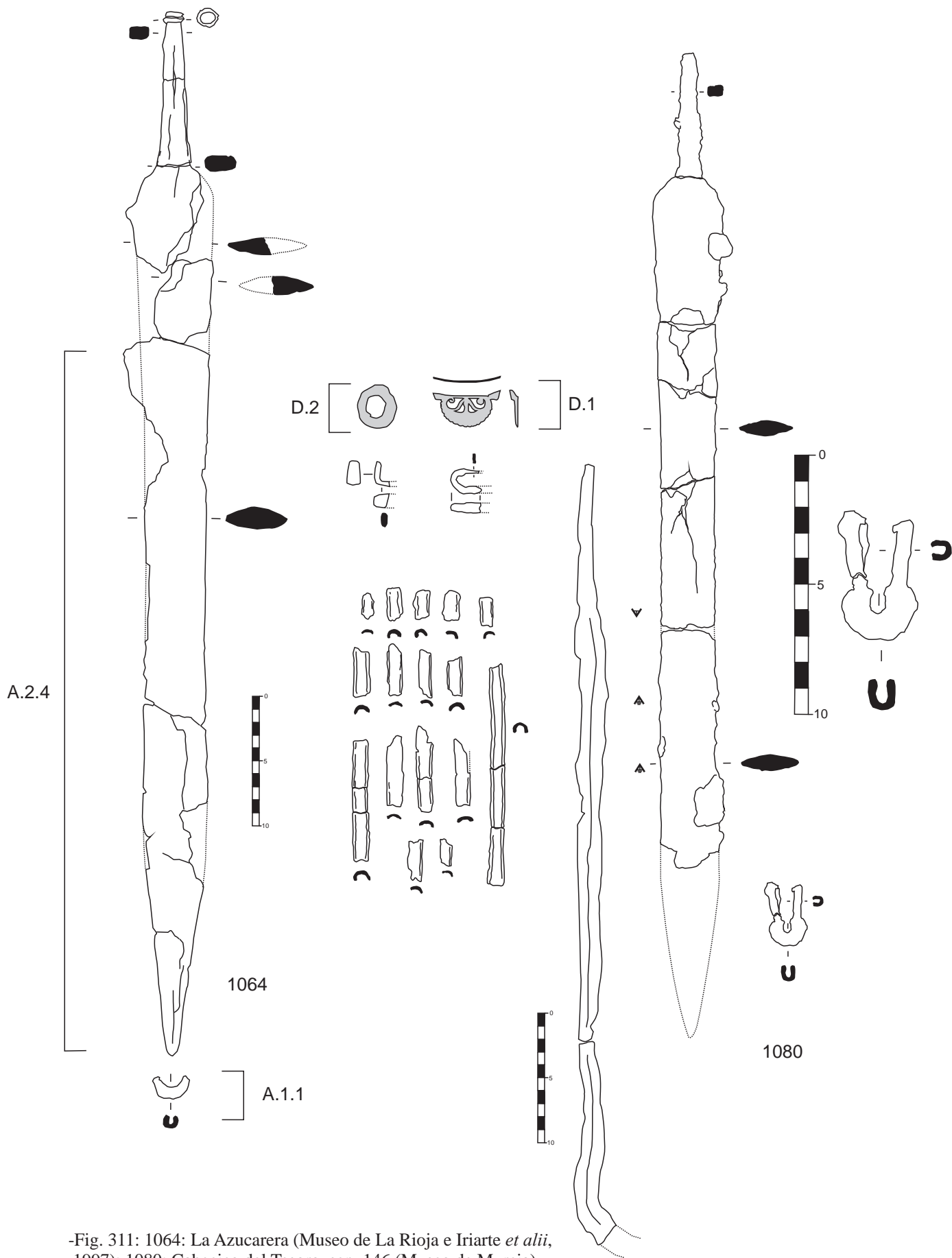
-Fig. 309: La Oruña (según Bona *et alii*, 1989: 42, lám. XII); 1129: Osma, sep. 20A (M.A.N.).

TIPO: D1.3



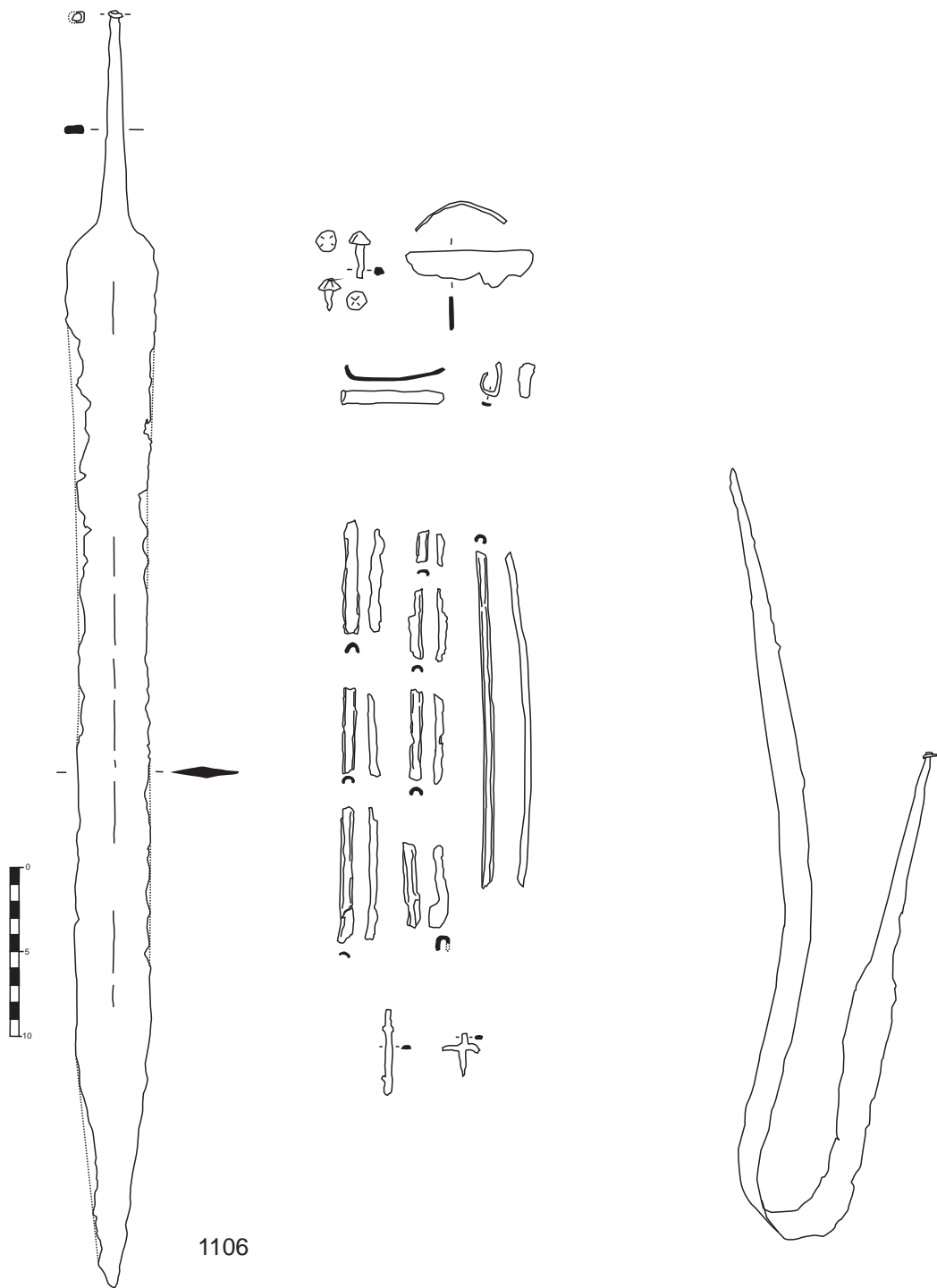
-Fig. 310: 1006 y 1170: Arcóbriga, sep. desc. (Según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 128, 9 y fig. 152, 7).

TIPO: D2.1



-Fig. 311: 1064: La Azucarera (Museo de La Rioja e Iriarte *et alii*, 1997); 1080: Cabecico del Tesoro, sep. 146 (Museo de Murcia).

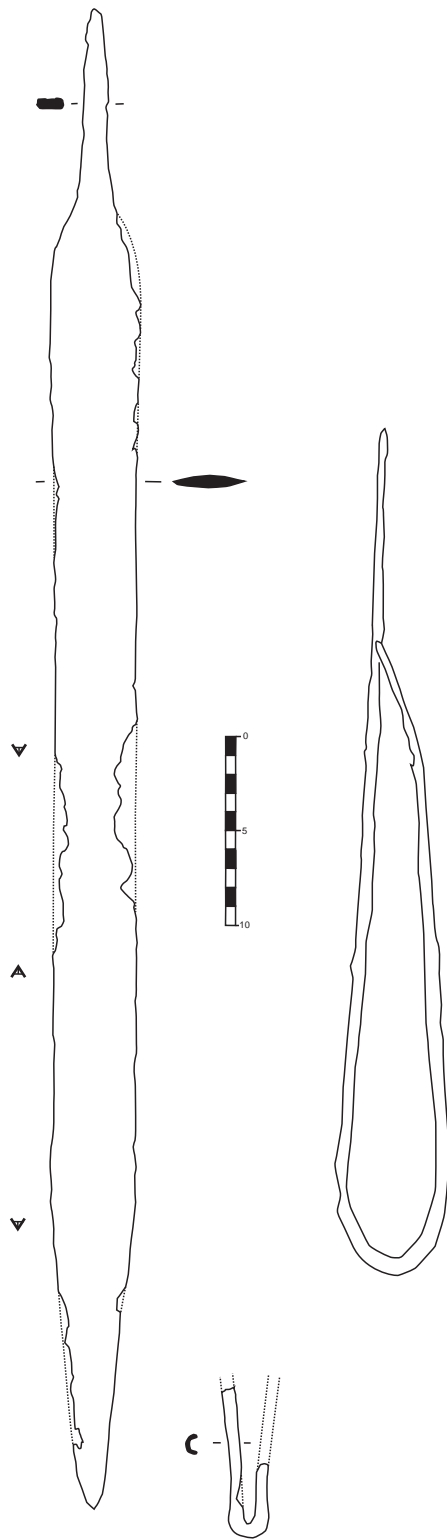
TIPO: D2.1



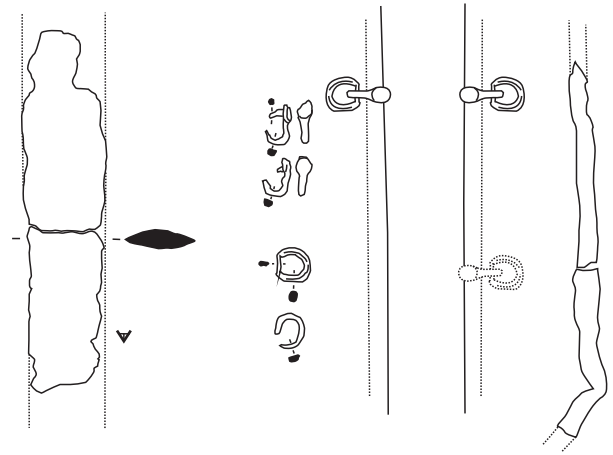
-Fig. 312: 1106: Mas de Barberán, conjunto A (Museu de Ceràmica de l'Alcora).

TIPO: D2.2

TIPO: D



1148

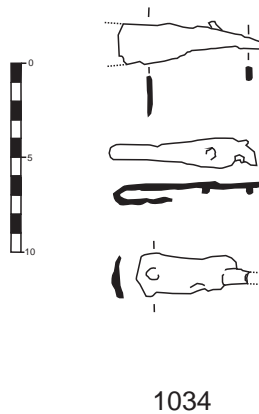
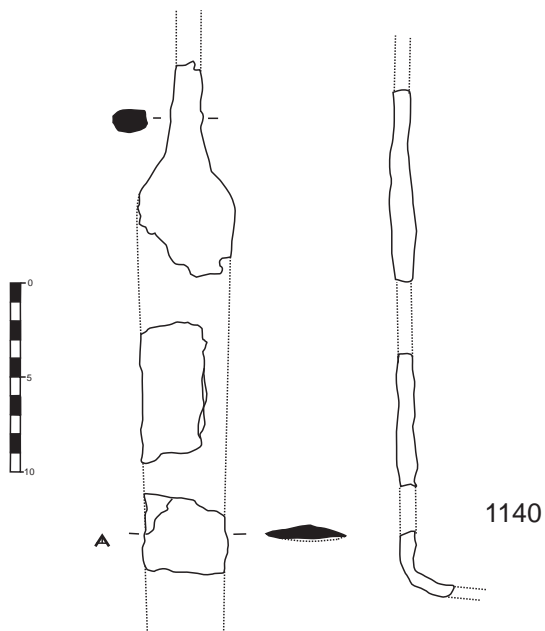


1107

-Fig. 314: 1148: El Romazal, sep. 36 (Museo de Cáceres); 1107: Mas de Barberán, conjunto B (Museu de Ceràmica de l'Alcora).

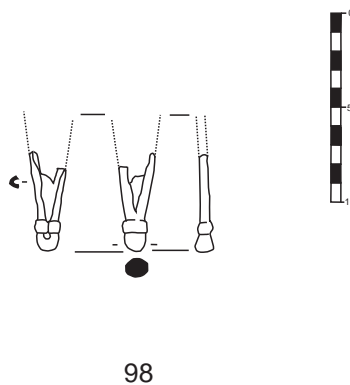
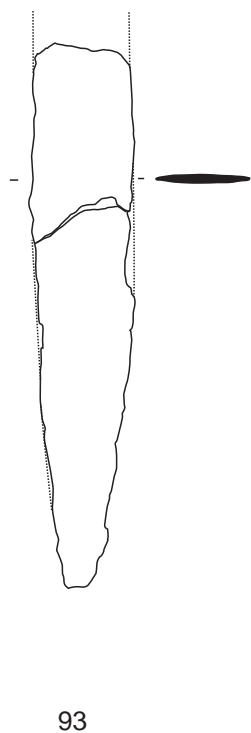
TIPO: D

TIPO: INDET.



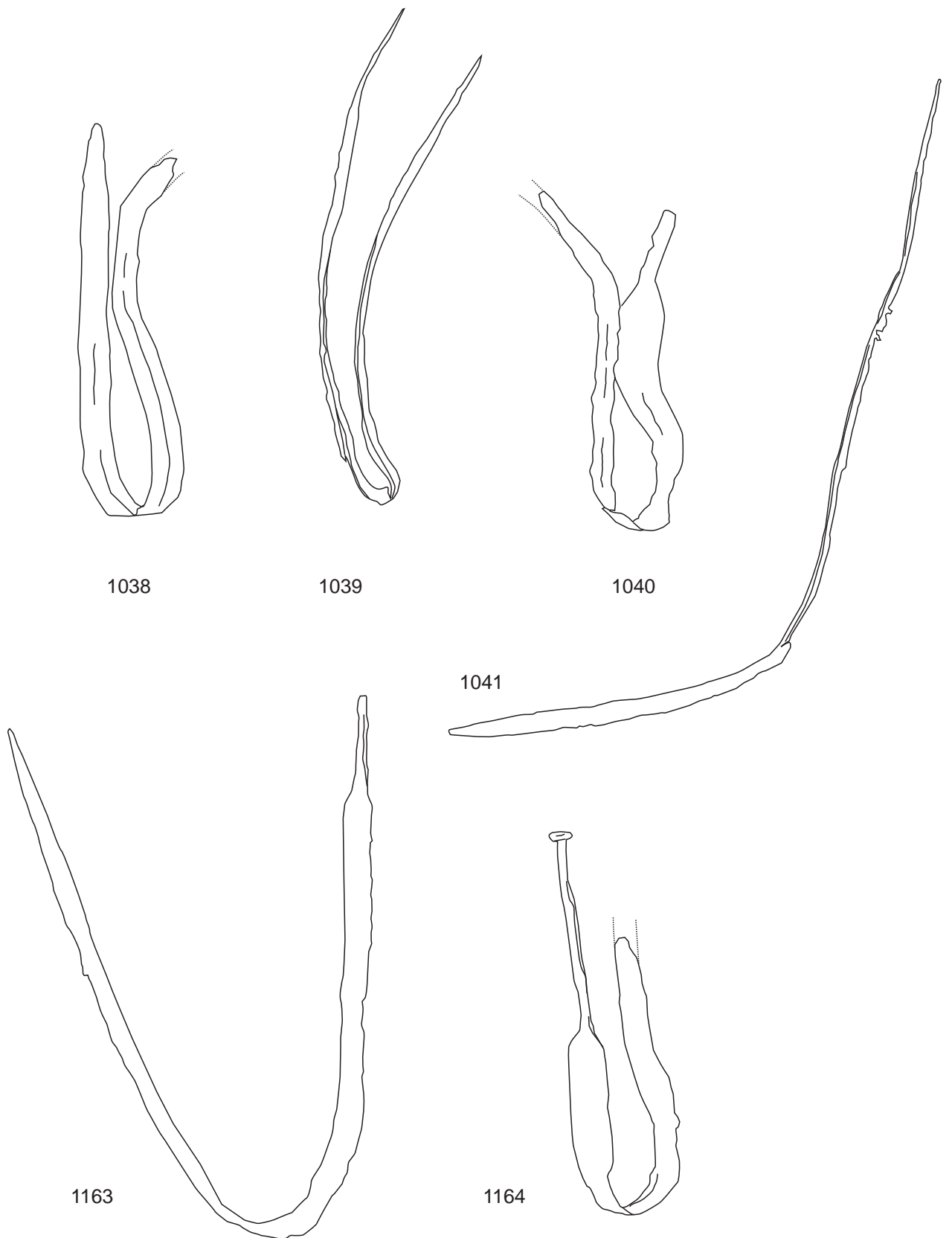
TIPO: INDET.

TIPO: INDET.



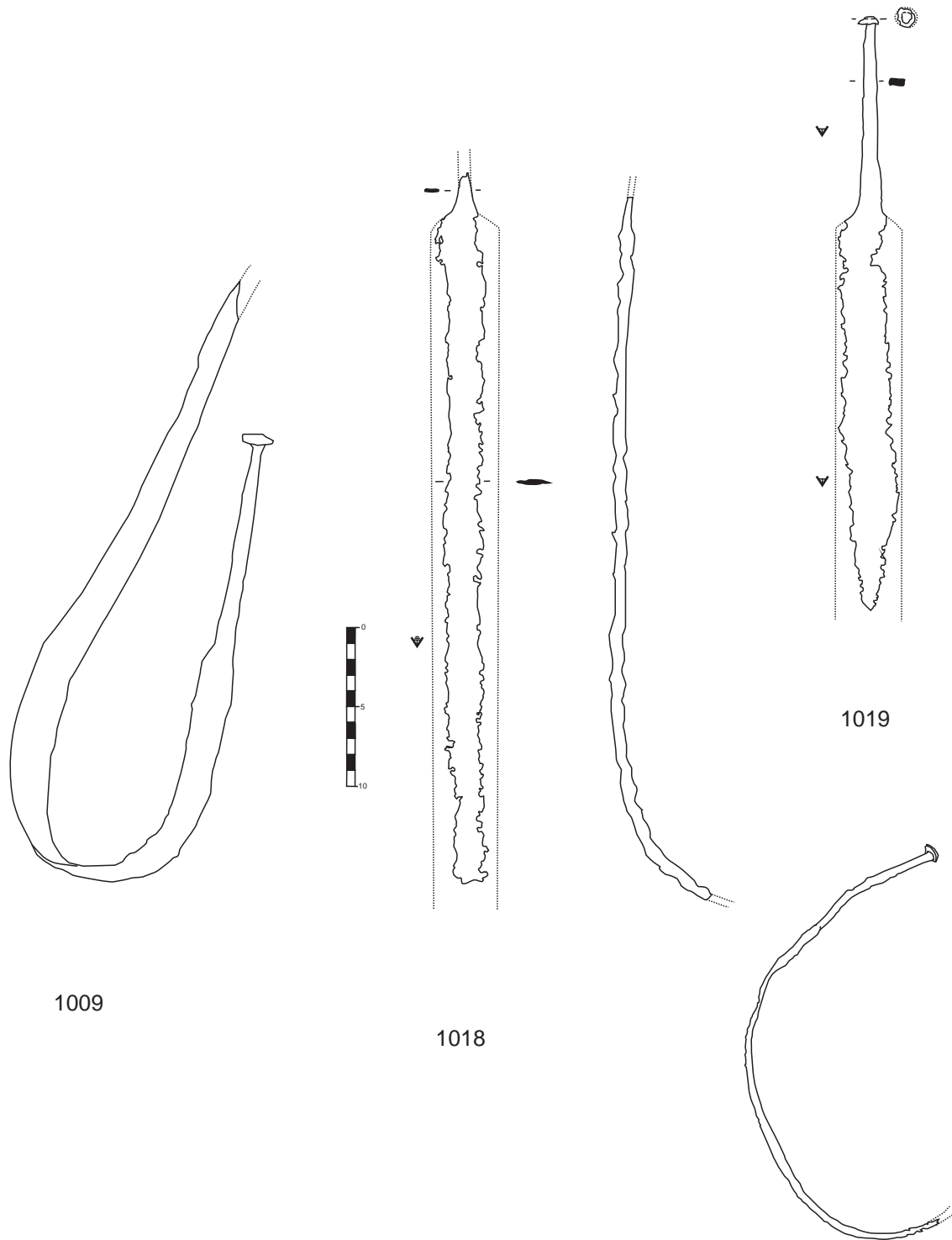
-Fig. 315: 1140: Pozo Moro, sep. 5E-1 (M.A.N.); 1034: Arcóbriga, sep. desc. (Según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 60, 53-55); 93: Ca n'Oliver (Museu de Cerdanyola); 98-99: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).

TIPO: INDET.



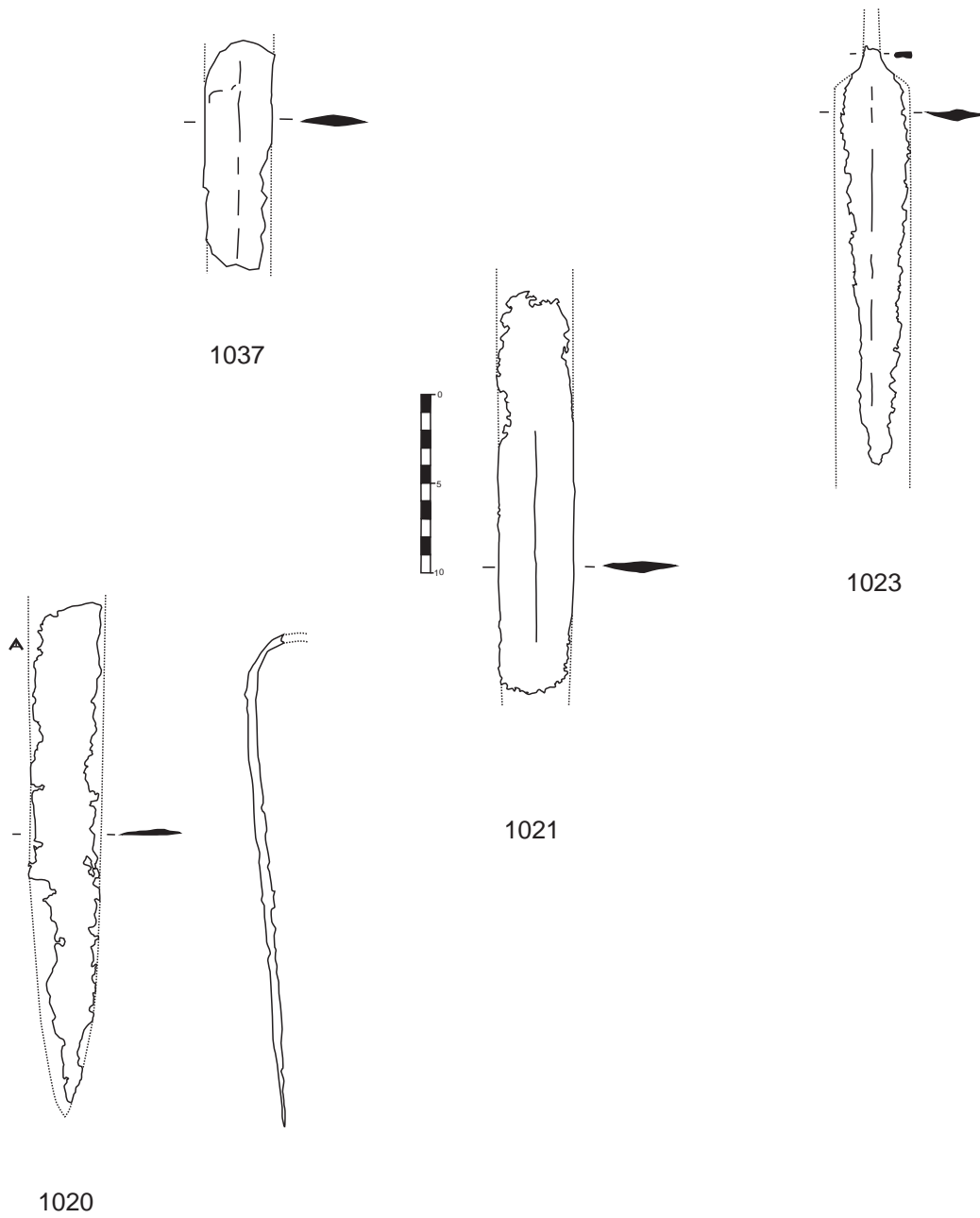
-Fig. 316: 1038-141 y 1163-1164: Arcóbriga, seps. Ñ y S (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 32 y fig. 37).

TIPO: INDET.



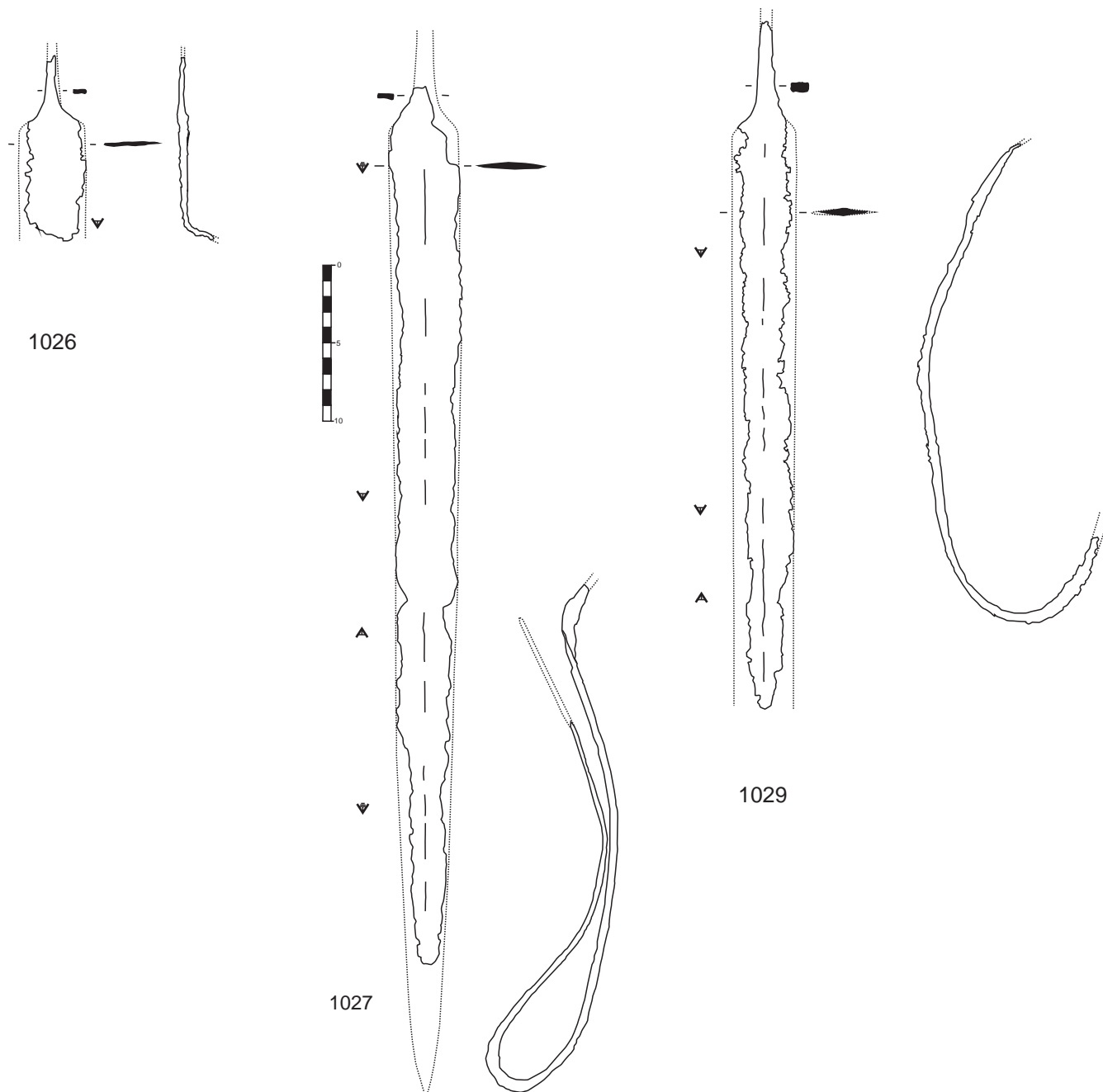
-Fig. 317: 1009: Arcóbriga, sep. M (a partir de Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 29, 2); 1018 y 1019: Arcóbriga, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: INDET.



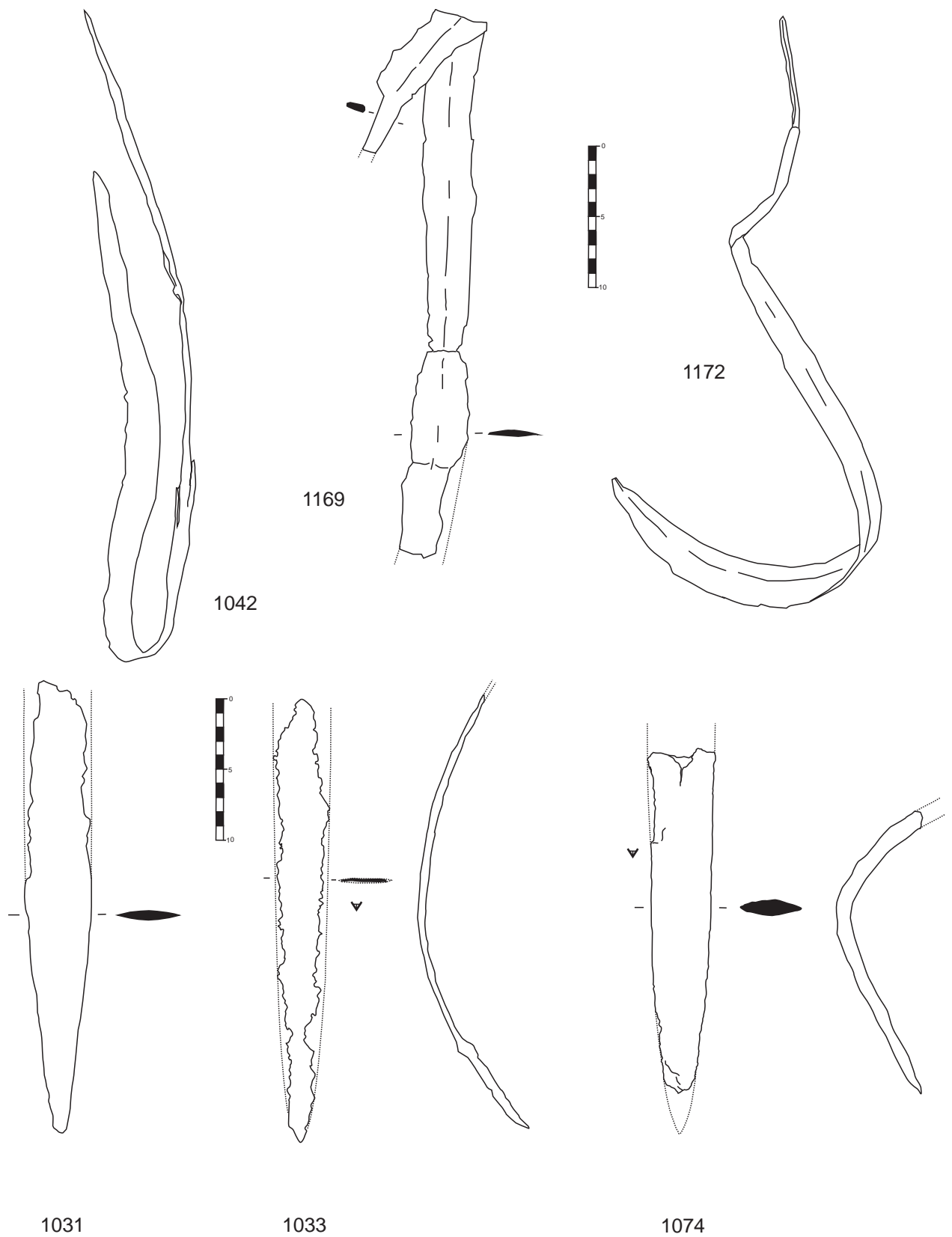
-Fig. 318: 1037: Arcóbriga, sep. desc. (según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 57, 30); 1020, 1021 y 1023: Arcóbriga, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: INDET.



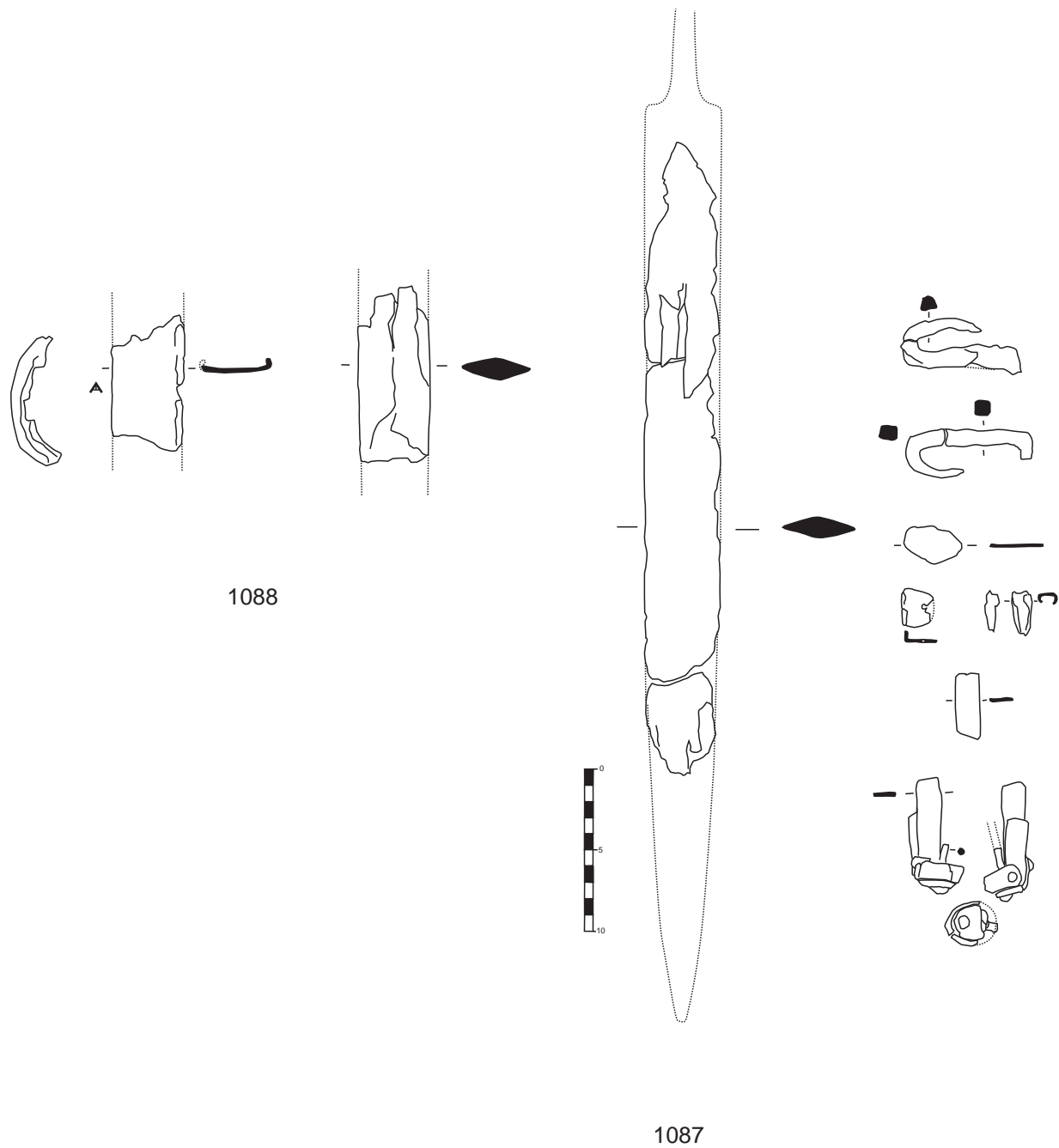
-Fig. 319: 1027: Arcóbriga, sep. W; 1026 y 1029: Arcóbriga, seps. desc. (M.A.N.).

TIPO: INDET.



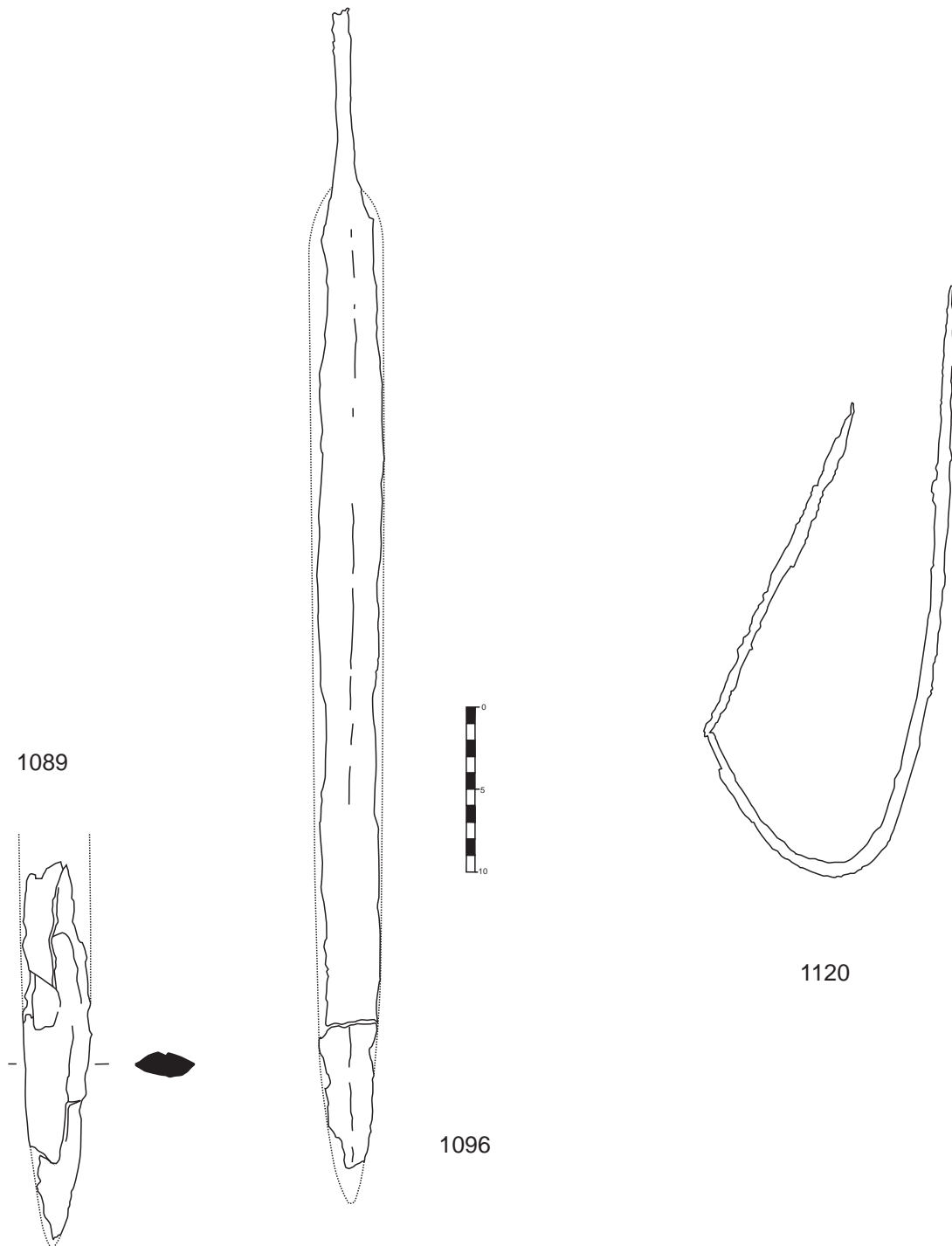
-Fig. 320: 1042: Arcóbriga, sep. U (a partir de Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: fig. 40, 2); 1169 y 1172: Arcóbriga, seps. desc. (Según Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: figs. 151, 6 y 152, 9); 1031 y 1033: Arcóbriga, seps. desc. (M.A.N.); 1074: Baza, sep. desc. (Colección Duran/Vall-Llosera).

TIPO: INDET.



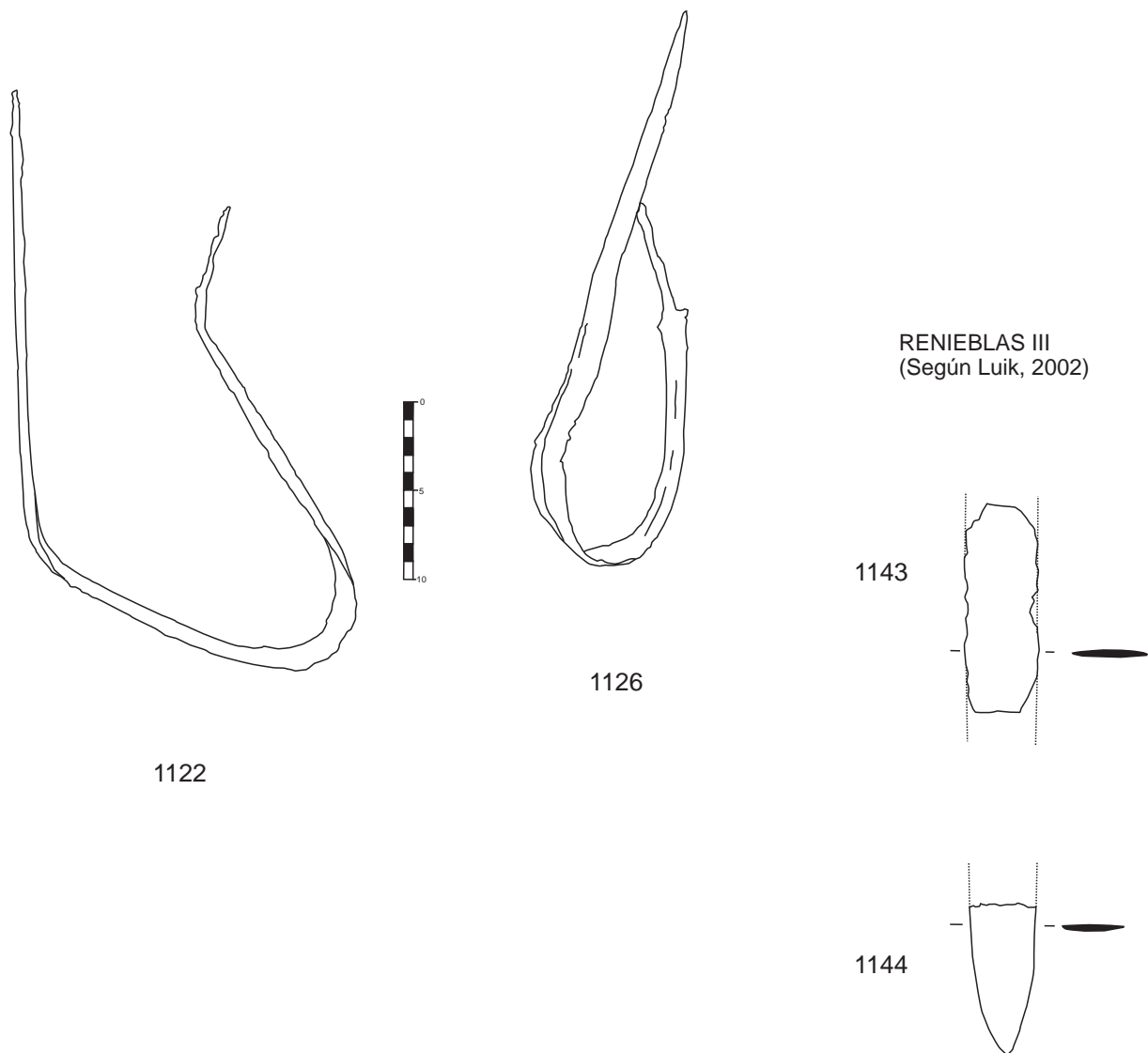
-Fig. 321: 1088 y 1087: Cigarralejo, seps. 472 y 1087 (Museo de Arte Ibérico “El Cigarralejo”; Mula).

TIPO: INDET.



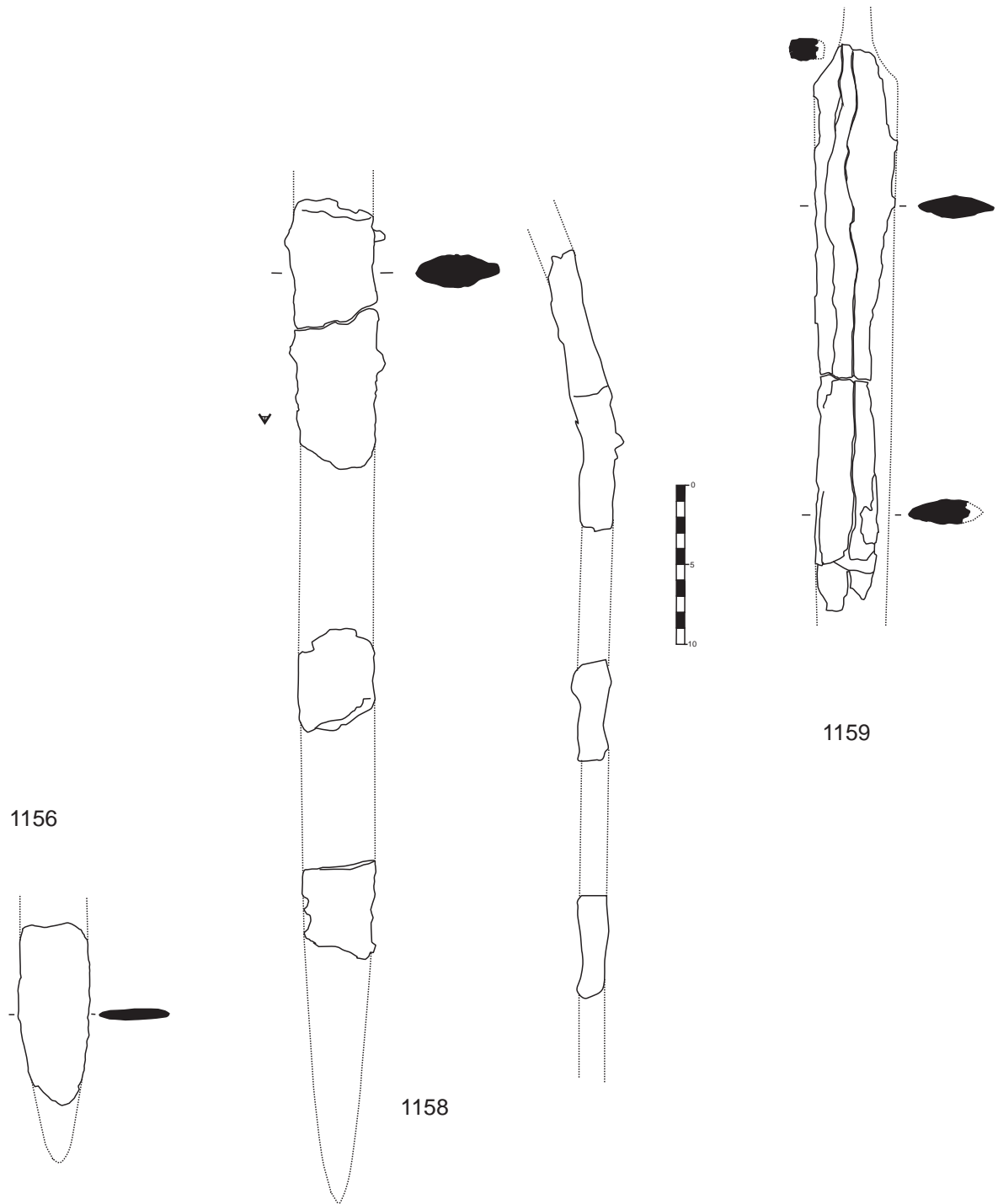
-Fig. 322: 1089: Cigarralejo, sep. 488 (Museo de Arte Ibérico "El Cigarralejo"; Mula); 1096: Quintanas de Gormaz, sep. H (según Schüle, 1969: lám. 33, 1); 1120: La Osera, ¿sep. 19? (Según Lenerz, 1991: lám. 57, 130).

TIPO: INDET.

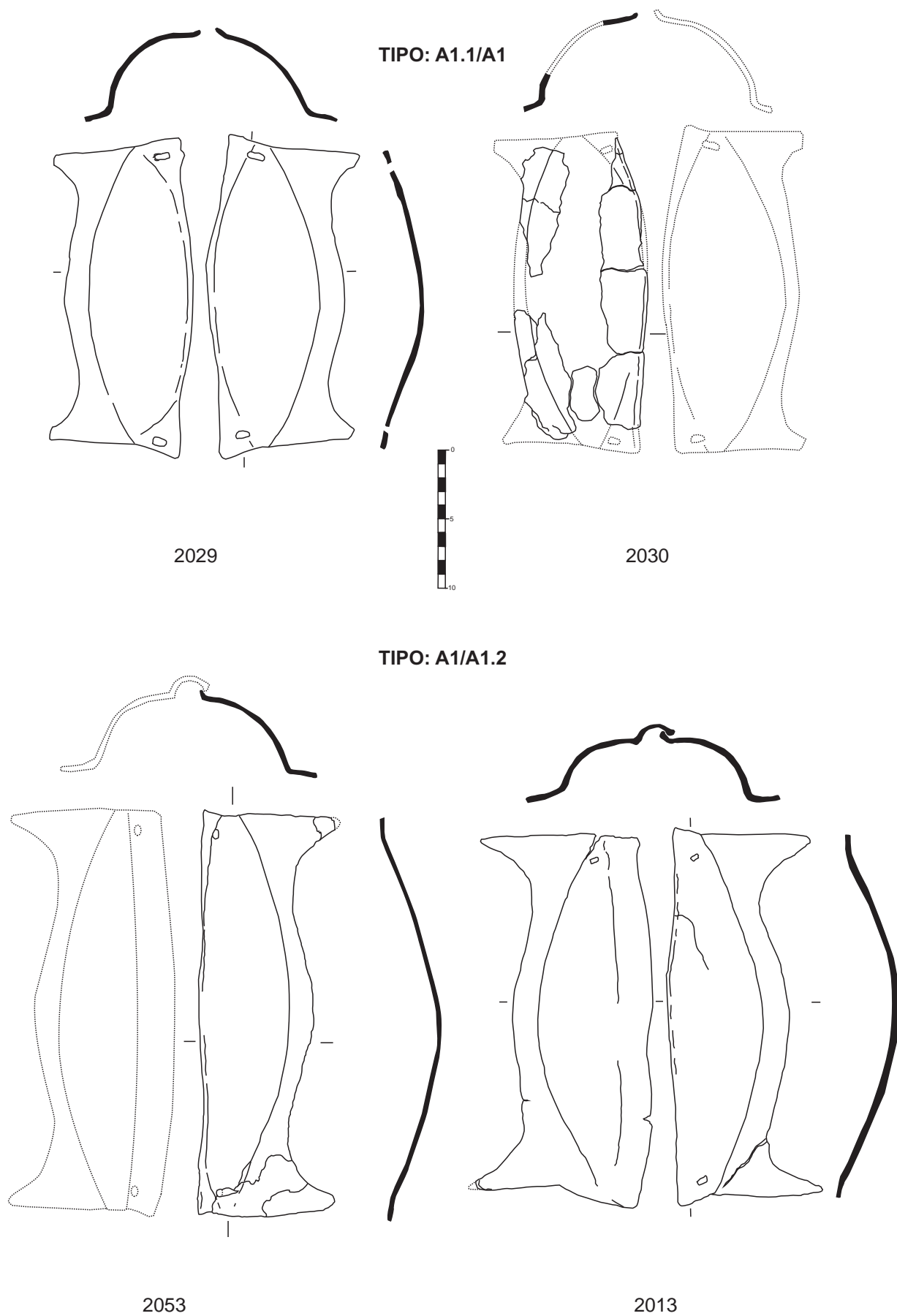


-Fig. 323: 1122: La Osera, sep. 364 (según Lenerz, 1991: lám. 38, 85); 1126: Osma, sep. 10B (según Lenerz, 1991: lám. 194, 758a); 1143 y 1144: Renieblas III (según Luik, 2002: fig. 191) .

TIPO: INDET.

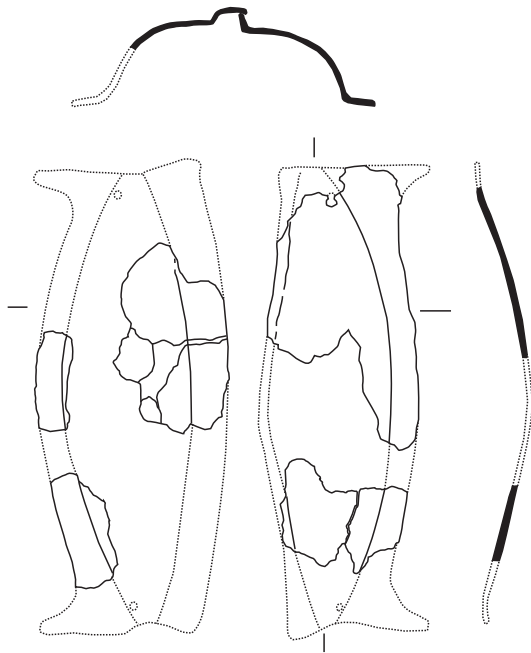


-Fig. 324: 1156: Villaricos, sep. 560 (según Almagro-Gorbea, 1984: 47, fig. 21); 1158-1159: Villaricos, seps. 394 y 1080 (M.A.N.).

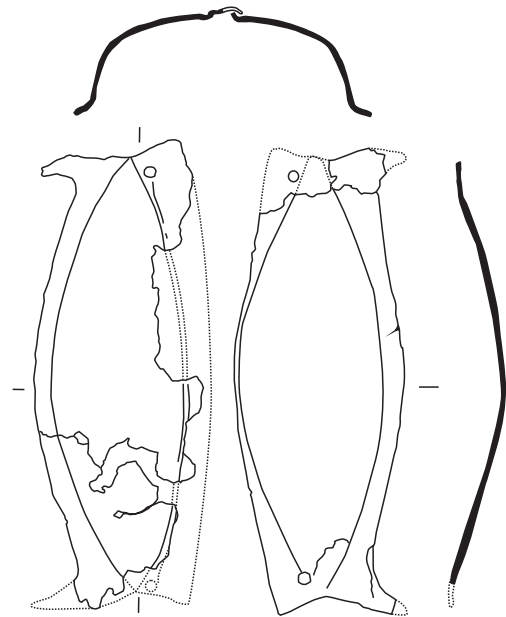


-Fig. 325: 2029-2030: Cigarralejo, seps. 395 y 483 (Museo de Arte Ibérico “El Cigarralejo”; Mula); 2053: Villaricos, hipogeo 5 (Museo de Almería); 2013: Arcos de la Frontera (Museo de Cádiz).

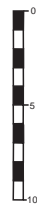
TIPO: A1.2



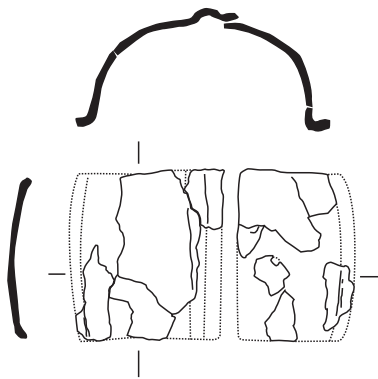
2036



2040

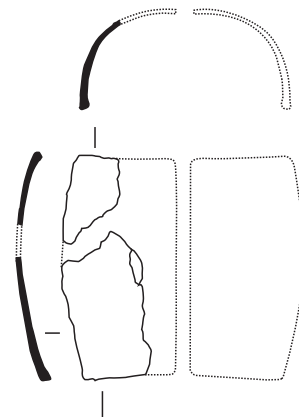


TIPO: A2



2038

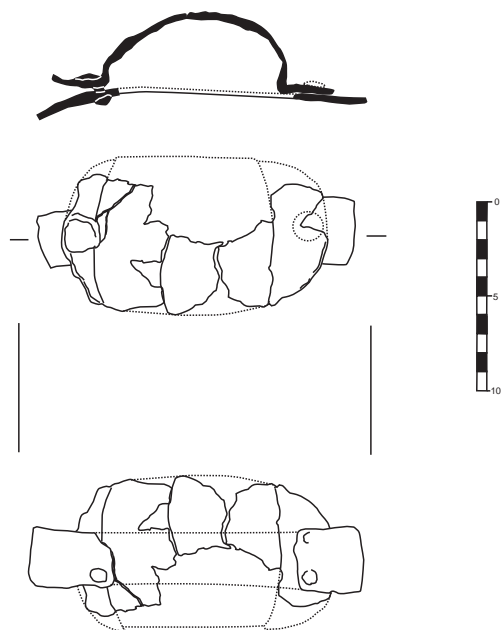
TIPO: B1



2039

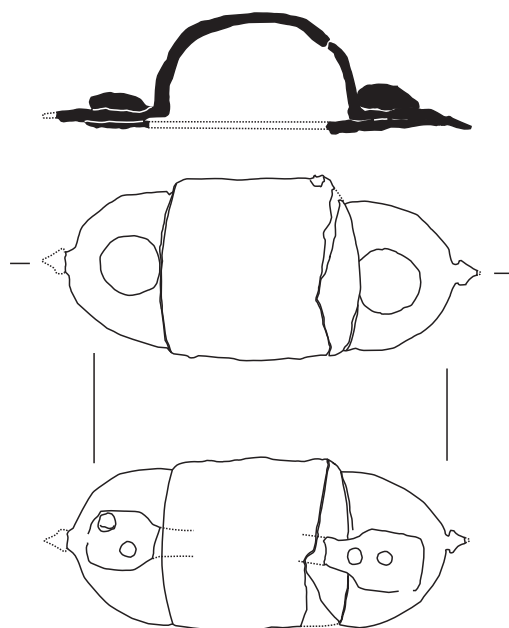
-Fig. 326: 2036: Pozo Moro, sep. 4F/2 (M.A.N.); 2040: El Romazal, sep. 143 (Museo de Cáceres); 2038-2039: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret).

TIPO: C1.1



2037

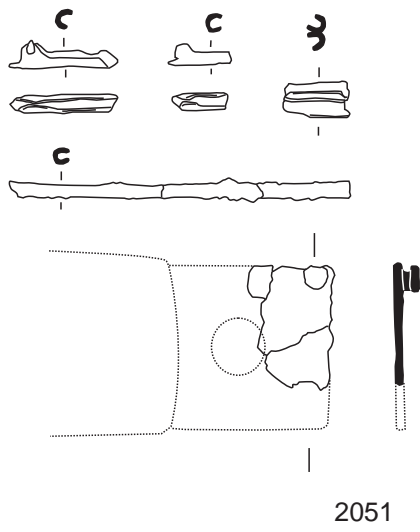
TIPO: C1.2



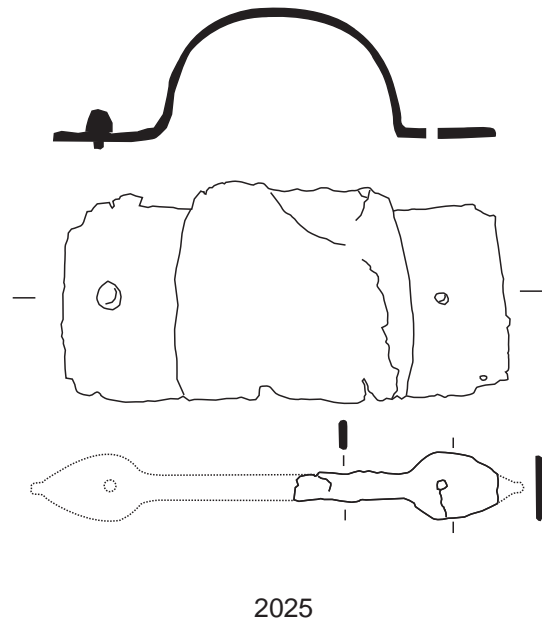
2023

-Fig. 327: 2037: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret); 2023: Can Rodon de l'Hort, sep. A (MAC-Barcelona).

TIPO: D1



TIPO: D1.1

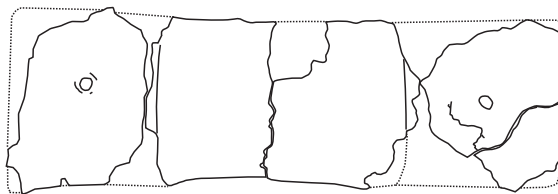


TIPO: D1.2

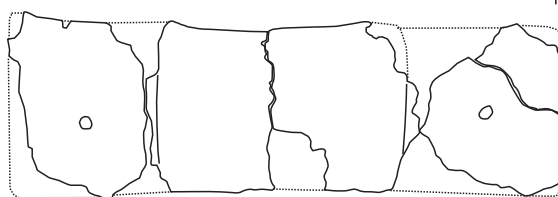


-Fig. 328: 2051: Turó dels Dos Pins, sep. 64 (a partir de García Roselló, 1993: 144, 6-10); 2025: Turó de Ca n'Oliver (Museu de Cerdanyola); 2042: Tossal de les Tenalles (MAC-Barcelona).

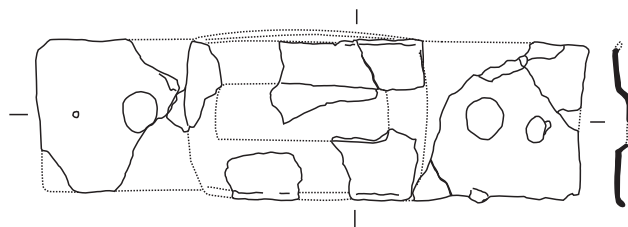
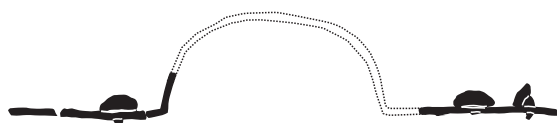
TIPO: D1.2



2032

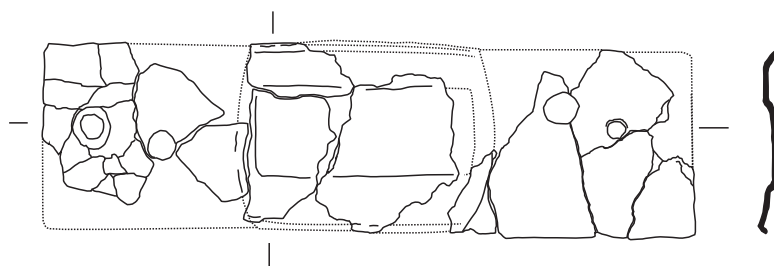


TIPO: D2.1



2015

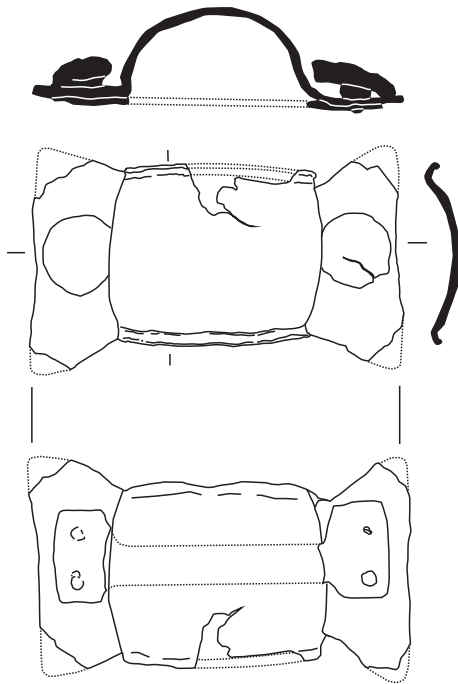
TIPO: D2.2



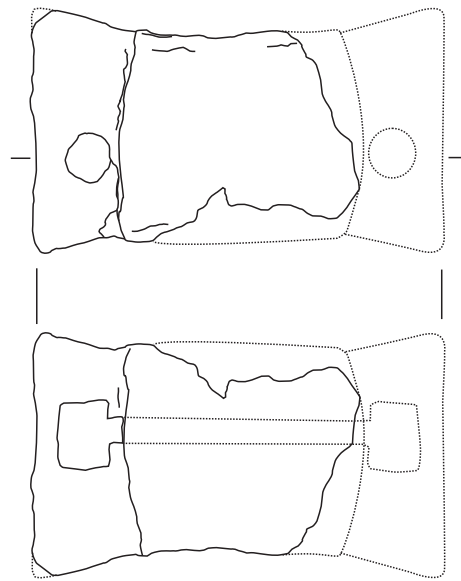
2018

-Fig. 329: 2032: Mas Castellar (MAC-Girona); 2015 y 2018: La Azucarera (Museo de La Rioja).

TIPO: E1.1

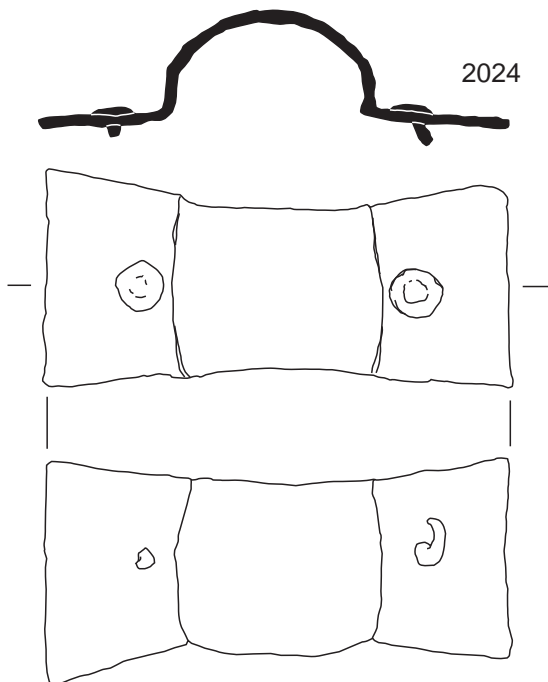


2021

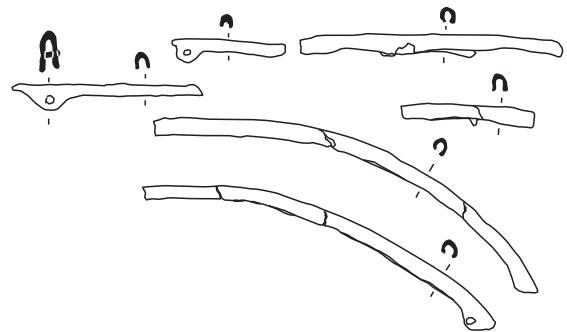


2022

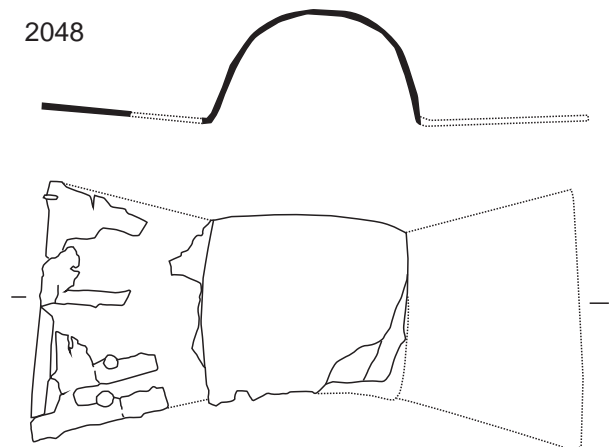
TIPO: E1.2



2024

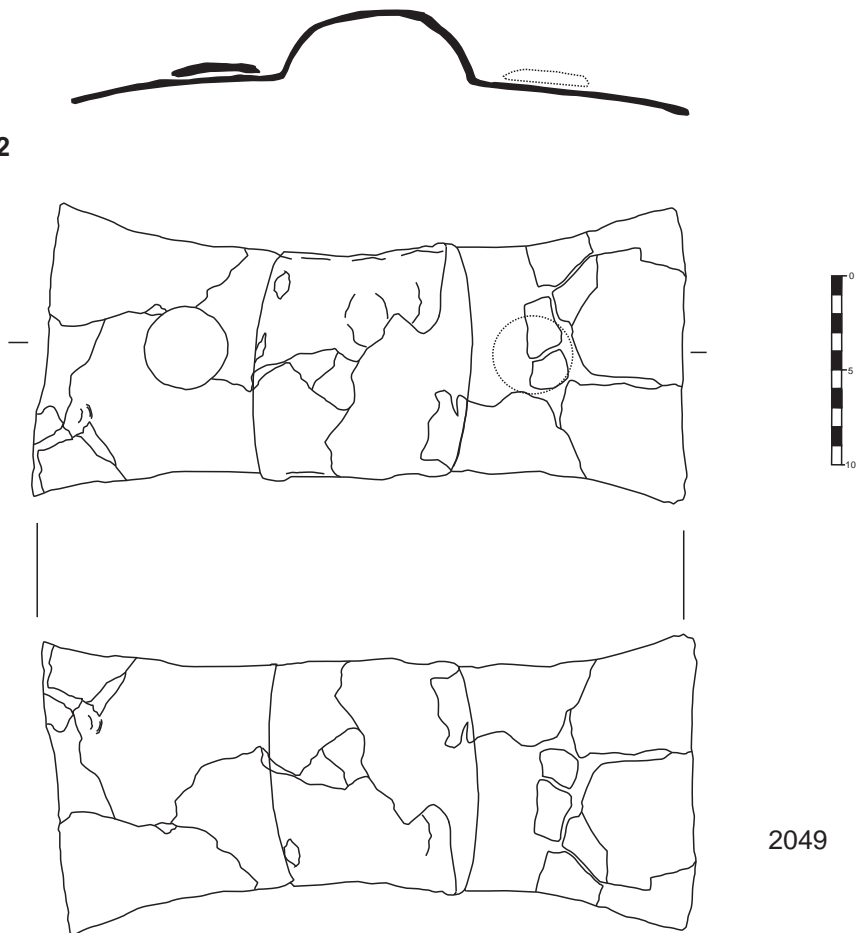


2048



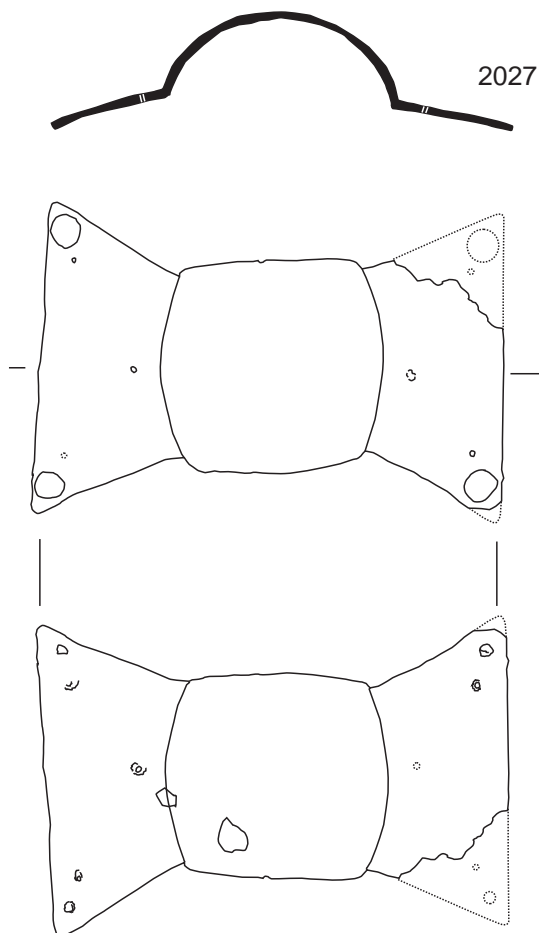
-Fig. 330: 2021, 2022 y 2024: Can Rodon de l'Hort, seps. II, IV y sep. desc. (MAC-Barcelona); 2048: Turó dels Dos Pins, sep. 51 (a partir de García Roselló, 1993: 125, 79).

TIPO: E1.2



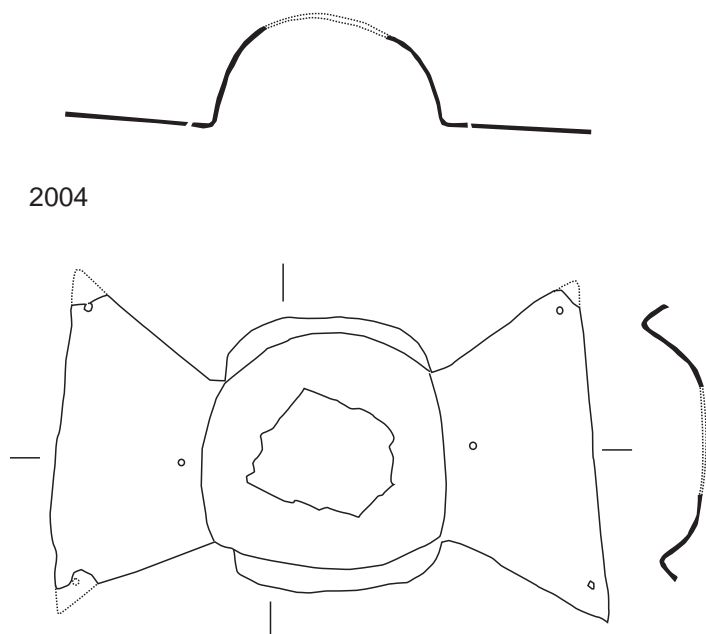
2049

TIPO: E2.1



2027

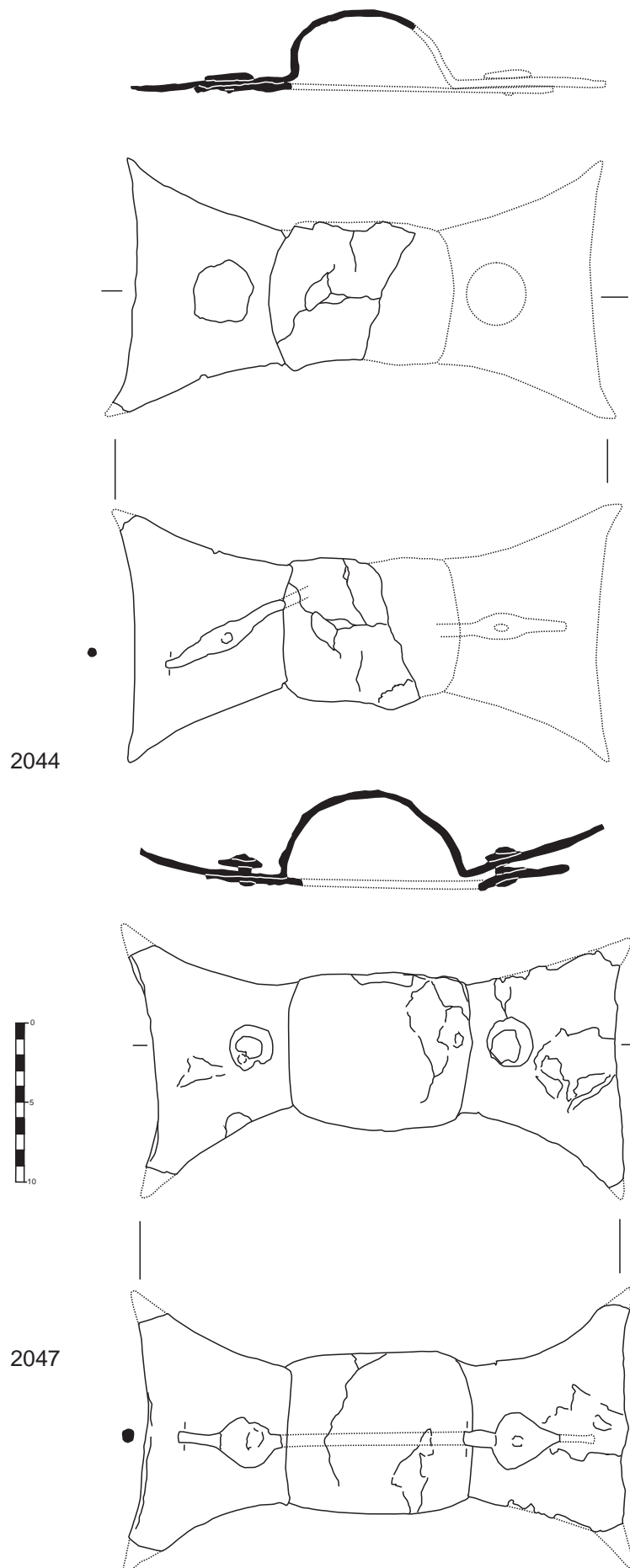
TIPO: E2.2



2004

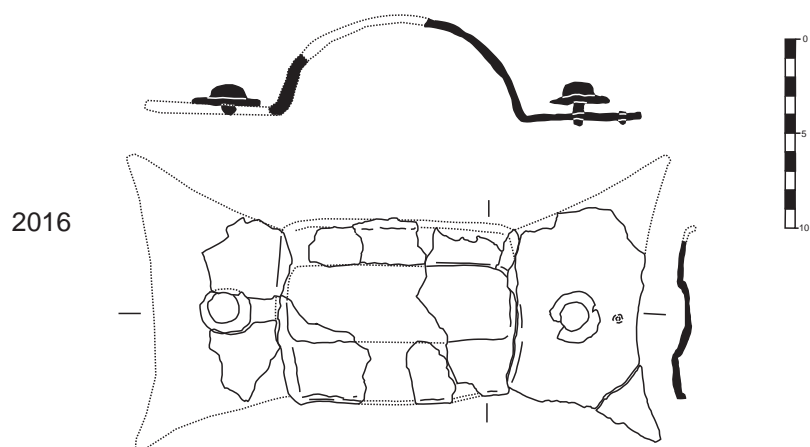
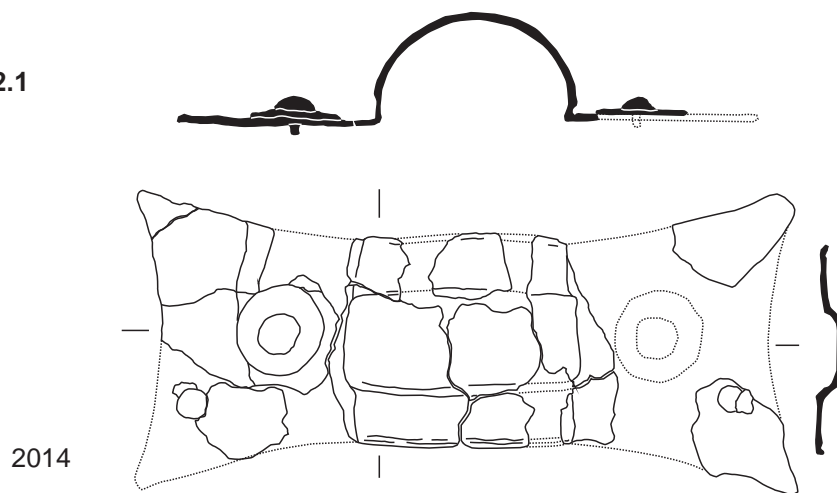
-Fig. 331: 2049: Turó dels Dos Pins, sep. 52 (Museu de Mataró); 2027: La Caridad (Museo de Teruel); 2004: Alvarelhos (según Soeiro, 1980: 242).

TIPO: F1

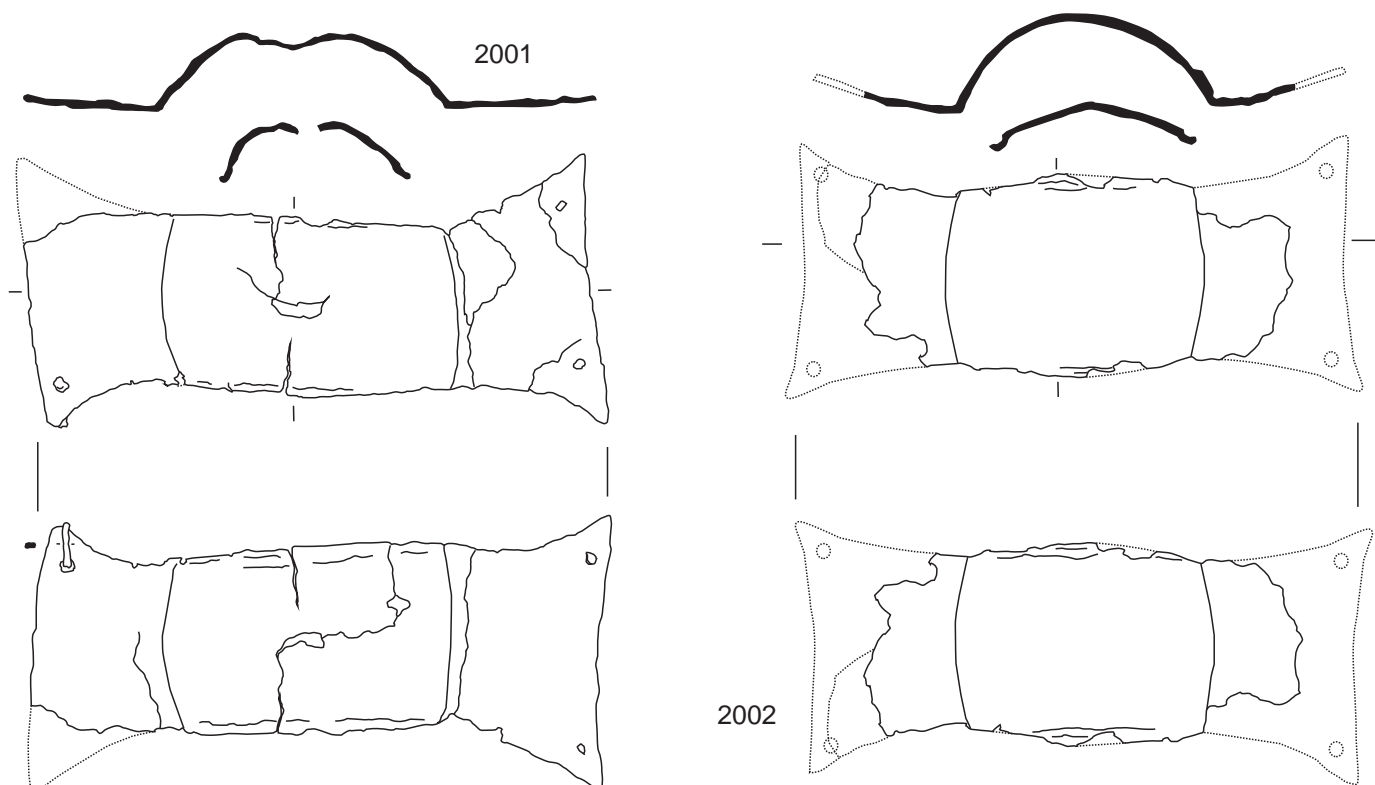


-Fig. 332: 2044 y 2047: Turó dels Dos Pins, seps. 26 y 51 (Museu de Mataró).

TIPO: F2.1

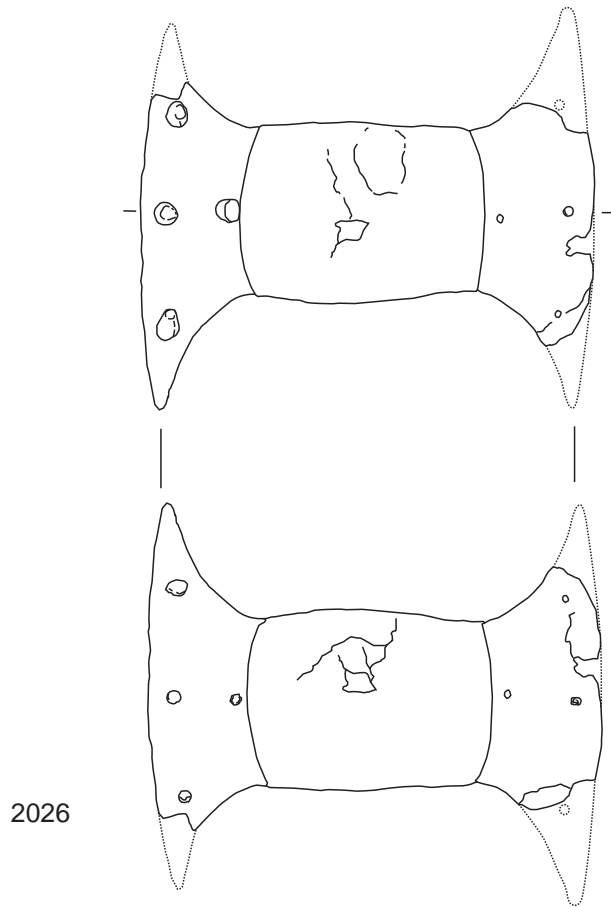


TIPO: F2.2



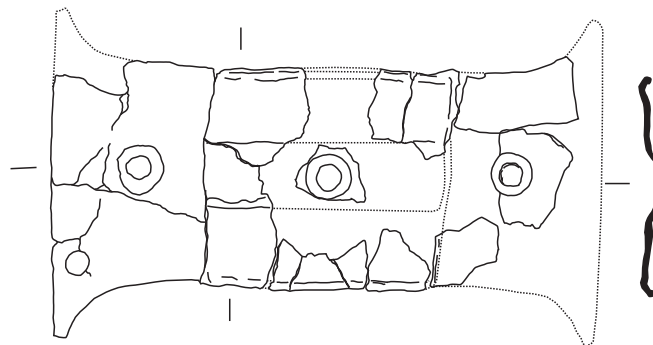
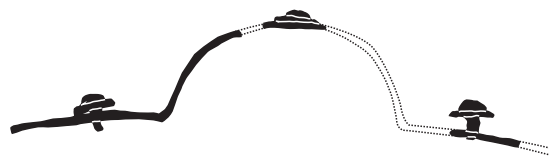
-Fig. 333: 2014 y 2016: La Azucarera (Museo de La Rioja); 2001-2002: La Almoína (SIAM Valencia).

TIPO: F3.1



2026

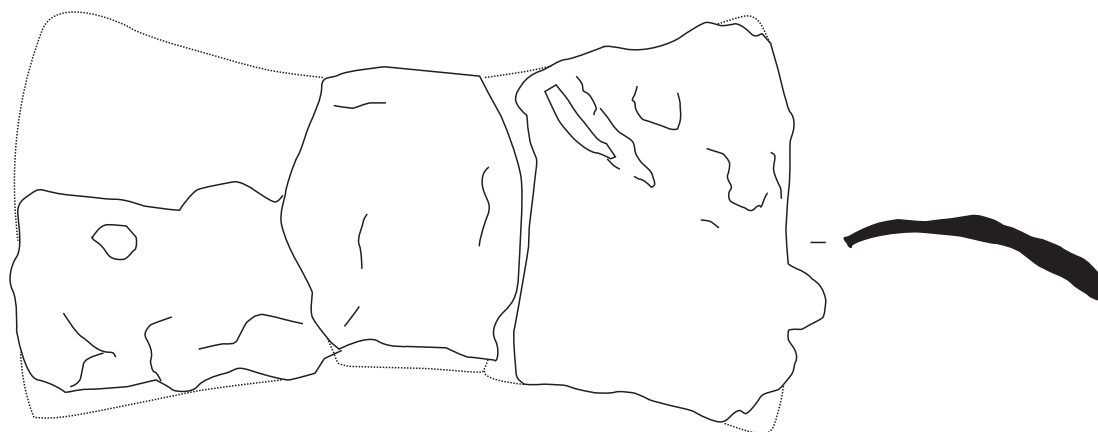
TIPO: F3.2



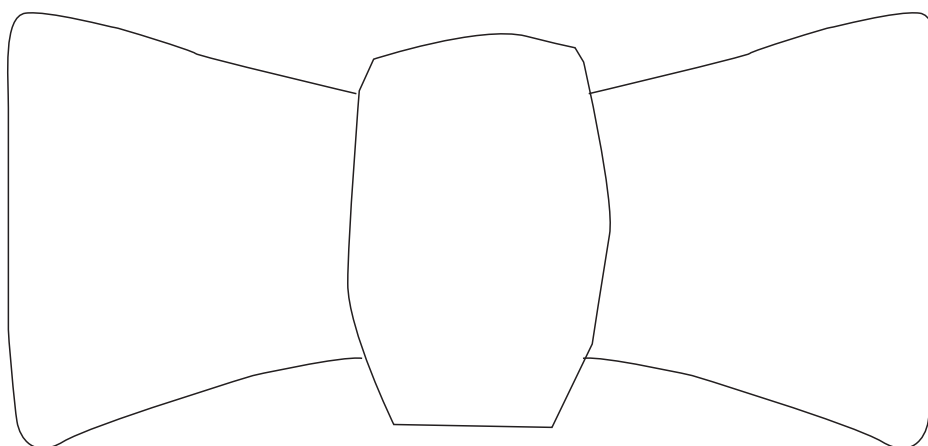
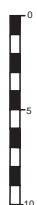
2019

-Fig. 334: 2026: La Caridad (Museo de Teruel); 2019: La Azucarera (Museo de La Rioja).

TIPO: G1

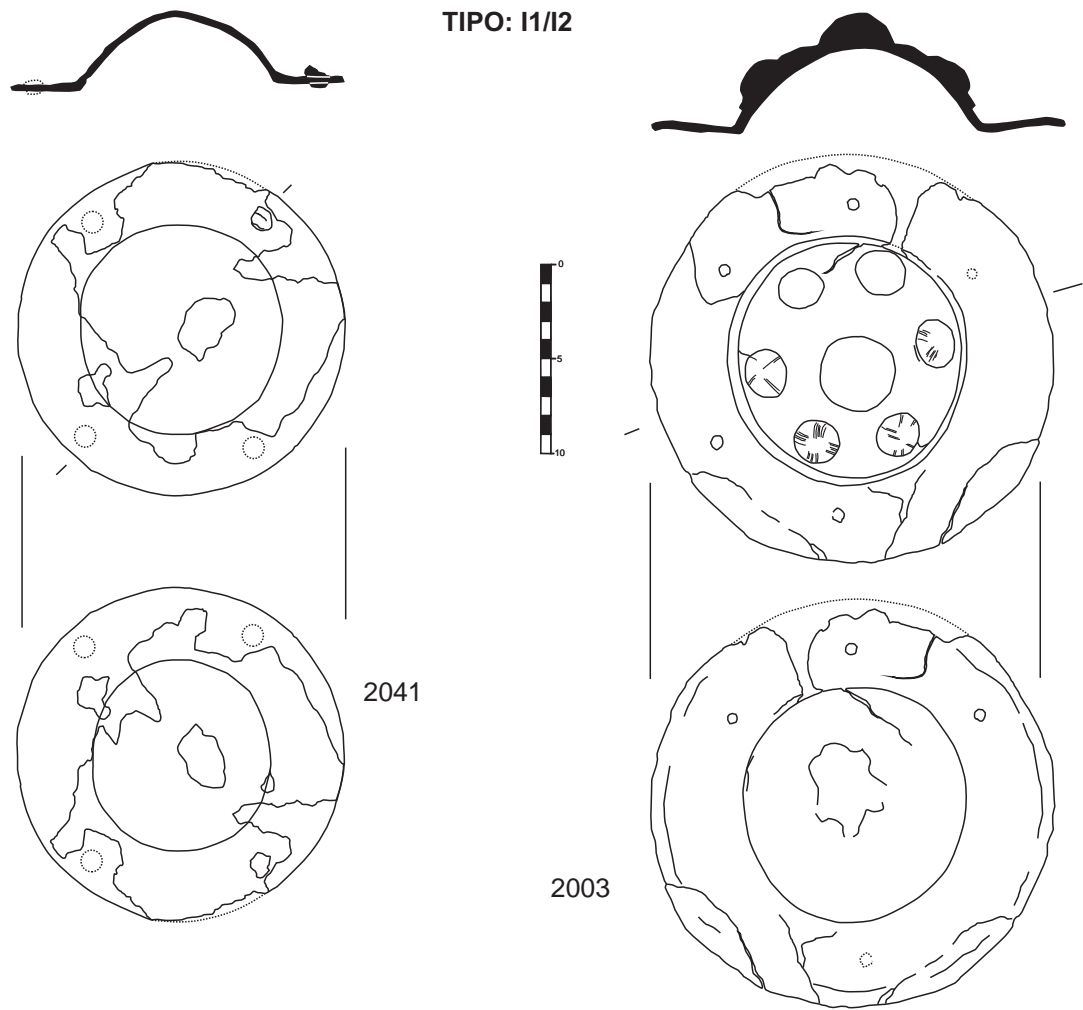


2007

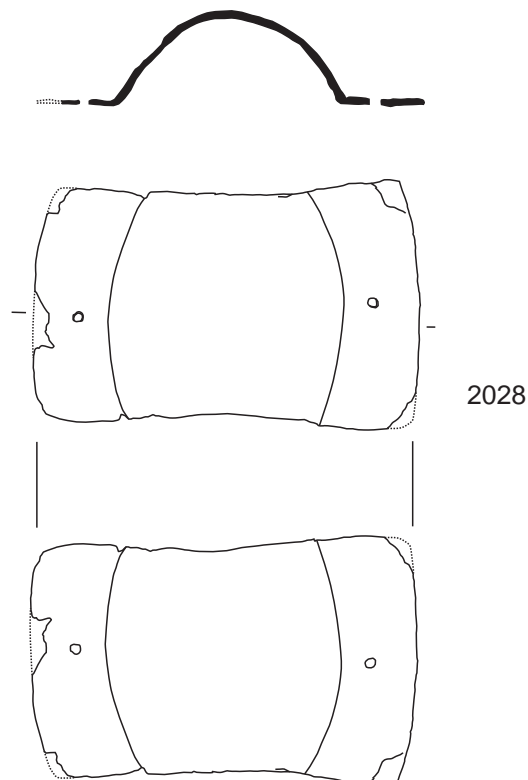


2008

-Fig. 335: 2007 y 2008: Les Corts, seps. 45 y 57 (MAC-Empúries y Almagro, 1953: fig. 268, 8 y 281, 9).

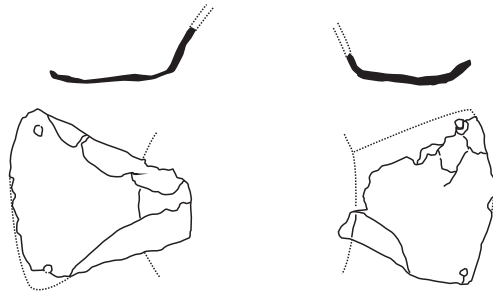


TIPO: H1

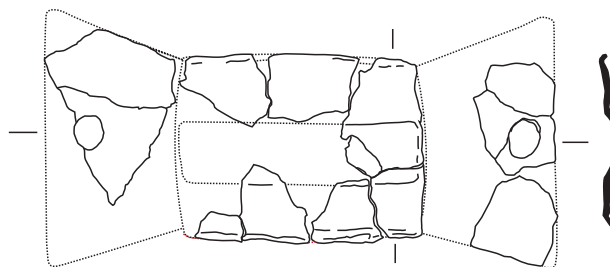
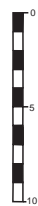
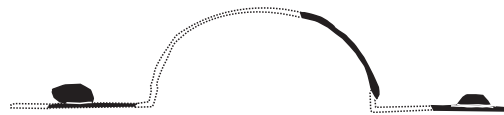


-Fig. 336: 2041: Tossal de Sant Miquel (Museu de Prehistòria de València); 2003: Alto Chacón (Museo de Teruel); 2028: Castilsabás (Museo de Huesca).

TIPO: INDET.

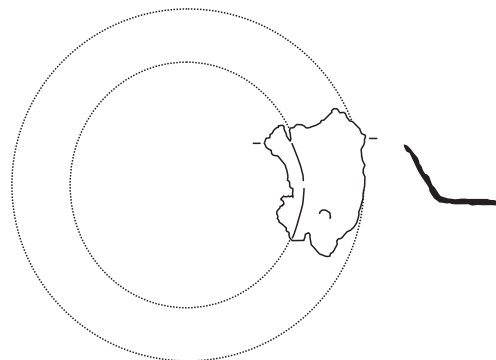


2033



2017

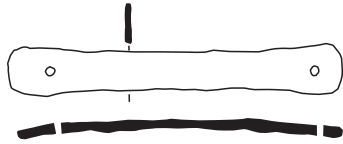
TIPO: I



2055

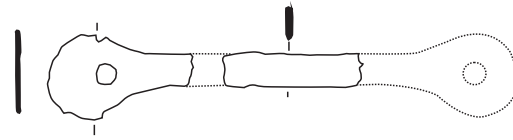
-Fig. 337: Mas Castellar (MAC-Girona); 2017: La Azucarera (Museo de La Rioja); 2055: Renieblas III (a partir de Luik, 2002: lám. 179, 124)

TIPO: 1



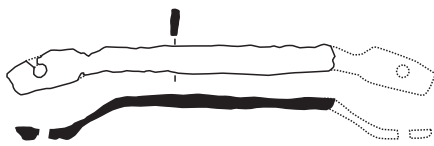
2034

TIPO: 2A



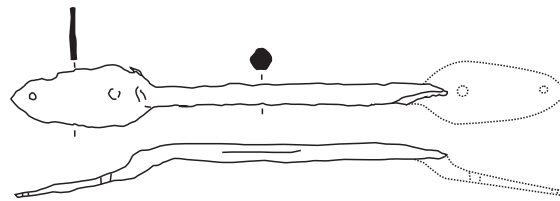
2054

TIPO: 5A



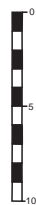
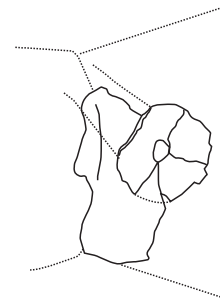
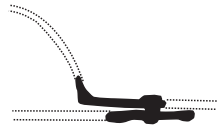
2035

TIPO: 5B

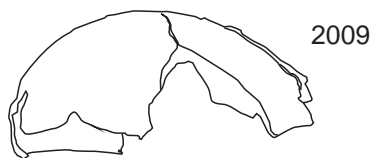


2005

TIPO: INDET.



2052



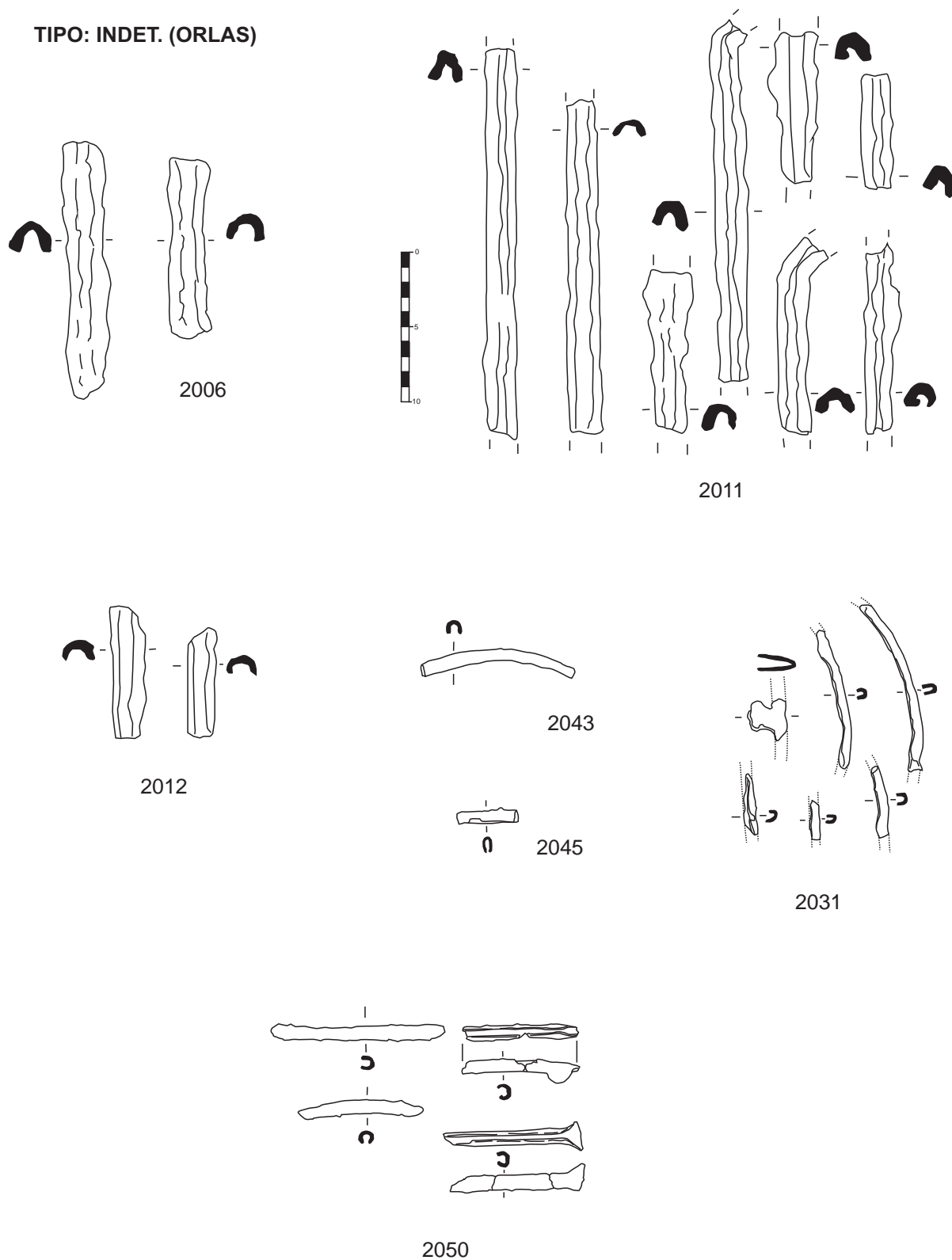
2009



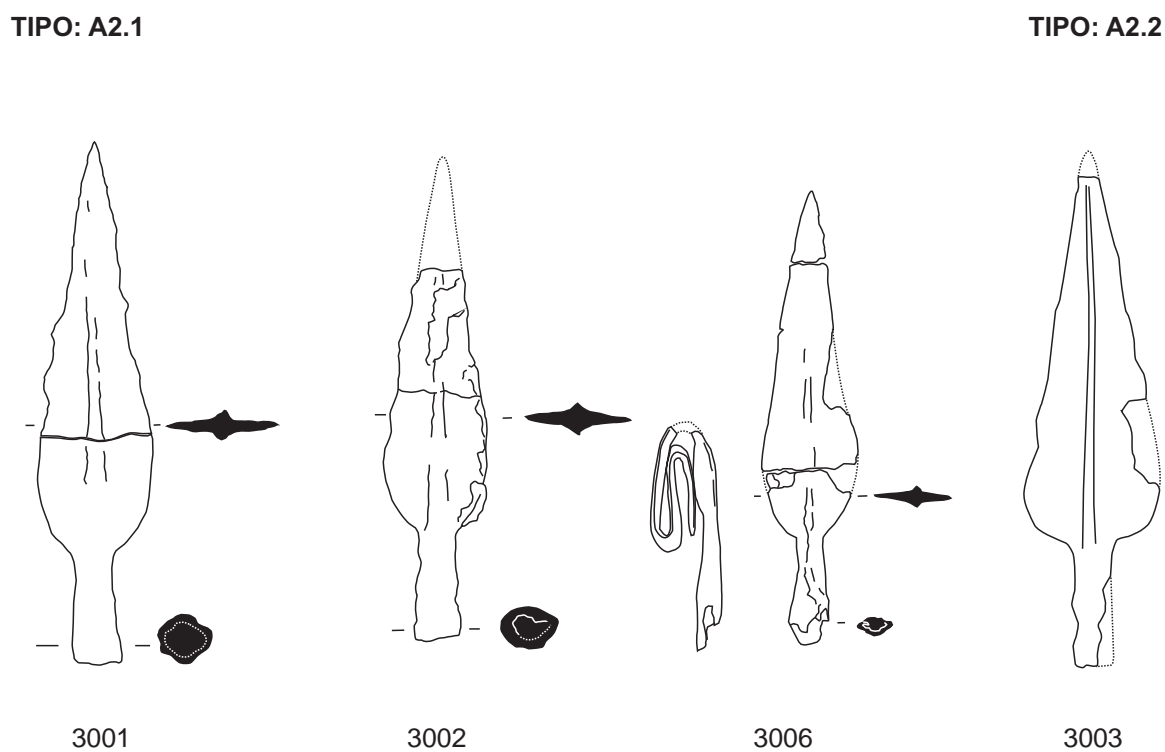
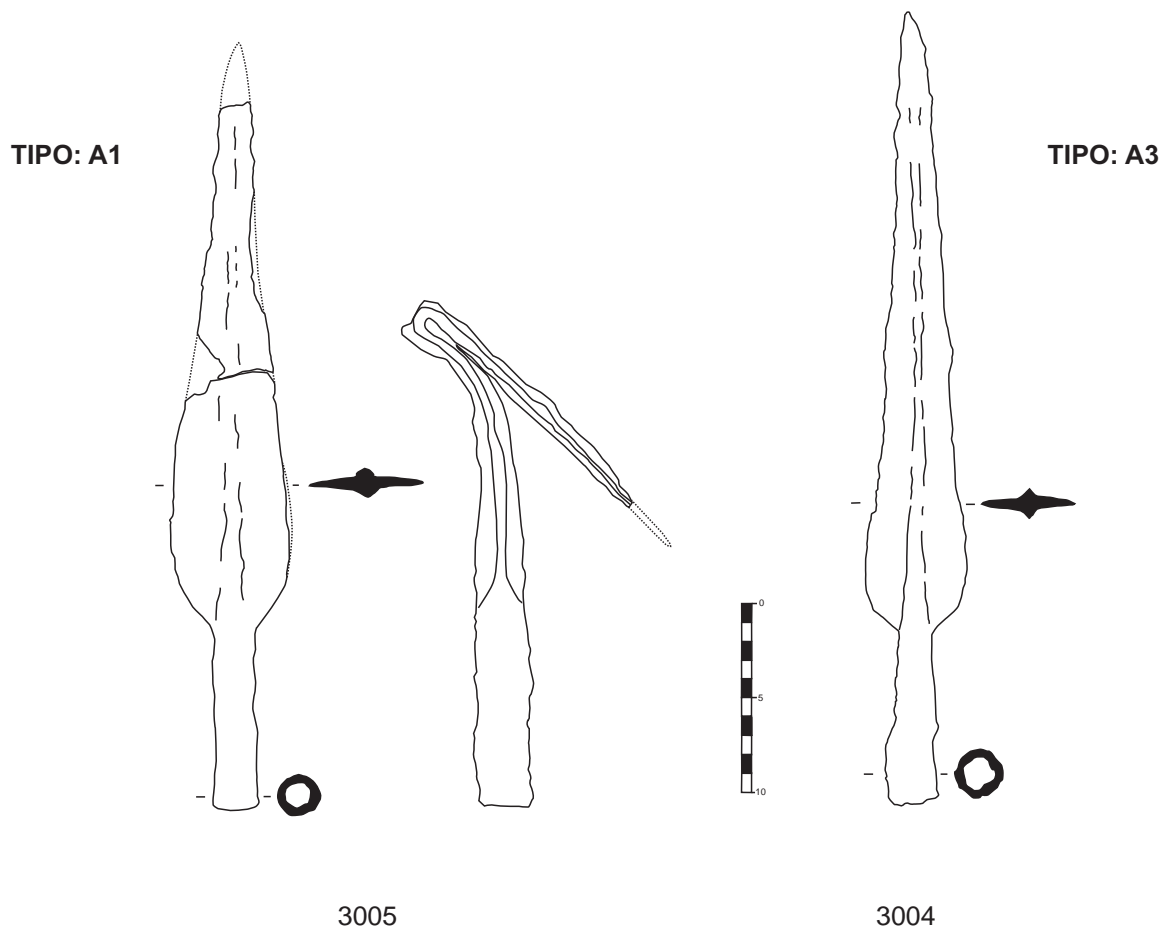
2010

-Fig. 338: 2034, 2054 y 2035 Mas Castellar (MAC-Girona); 2005: Ampurias, sin contexto (MAC-Girona); 2052: Turó dels Dos Pins, sep. 83 (a partir de García Roselló, 1993: 164, 3-4); 2009-2010: Les Corts, seps. desc. (según Almagro, 1953: fig. 386, 6 y 386, 7).

TIPO: INDET. (ORLAS)

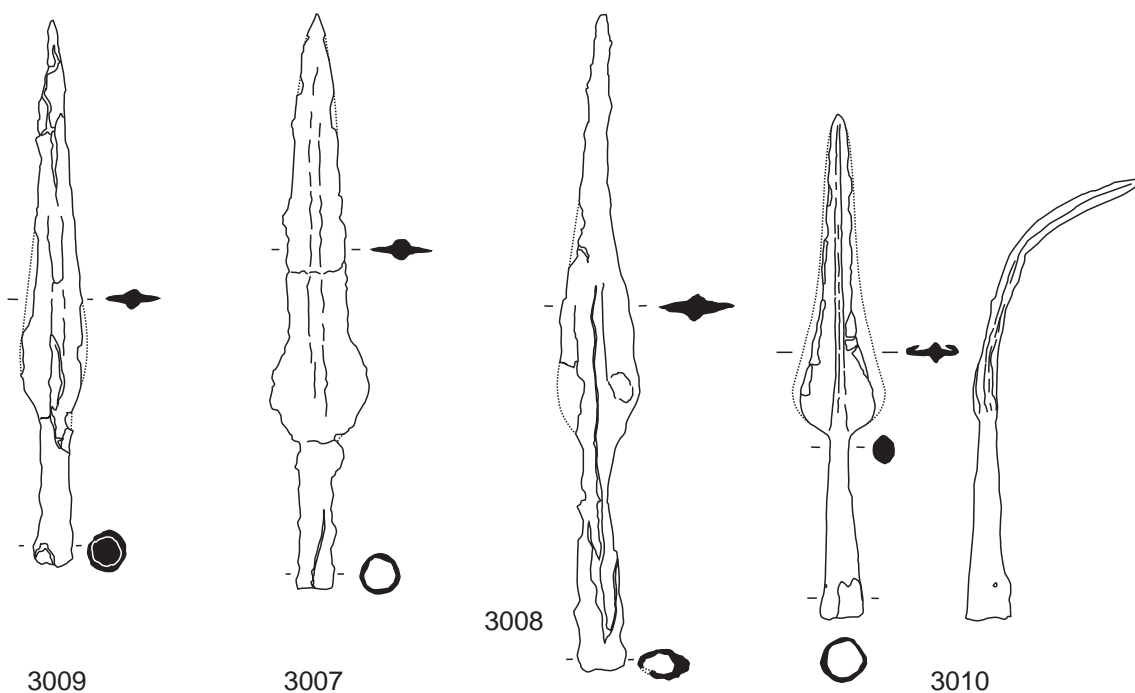


-Fig. 339: 2006: Ampurias, sin contexto (MAC-Girona); 2011: Les Corts, sep. 110 (MAC-Empúries); 2012: Mateu, sep. 1 (MAC-Empúries); 2043, 2045 y 2050: Turó dels Dos Pins, seps. 17, 41 y 62 (según García Roselló, 1993: 51, 9, 80, 6 y 140, 2-5); 2031: L'Esquerda (Museu de l'Esquerda).

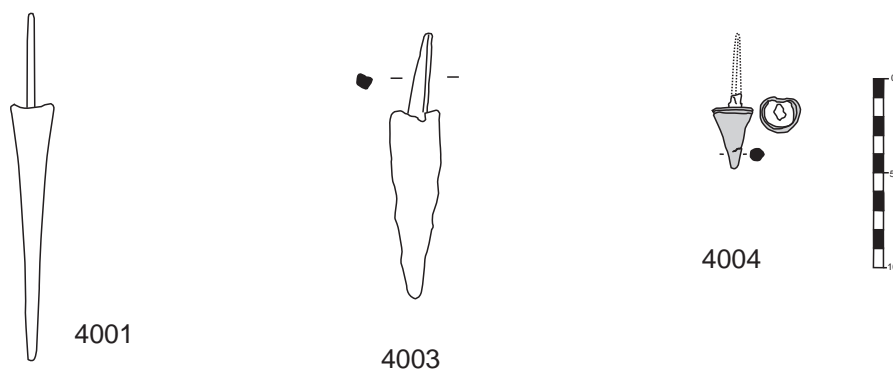


-Fig. 340: 3005: Can Miralles, silo 24 (Museu de Mataró); 3004, 3001, 3002: Can Rodon de l'Hort, seps. II, desc. y IV. (MAC-Barcelona); 3006: Numancia, sep. 41 (Museo Numantino); 3003: Can Rodon de l'Hort, sep. desc. (A partir de Rubio, 1888: lám. VII, 2).

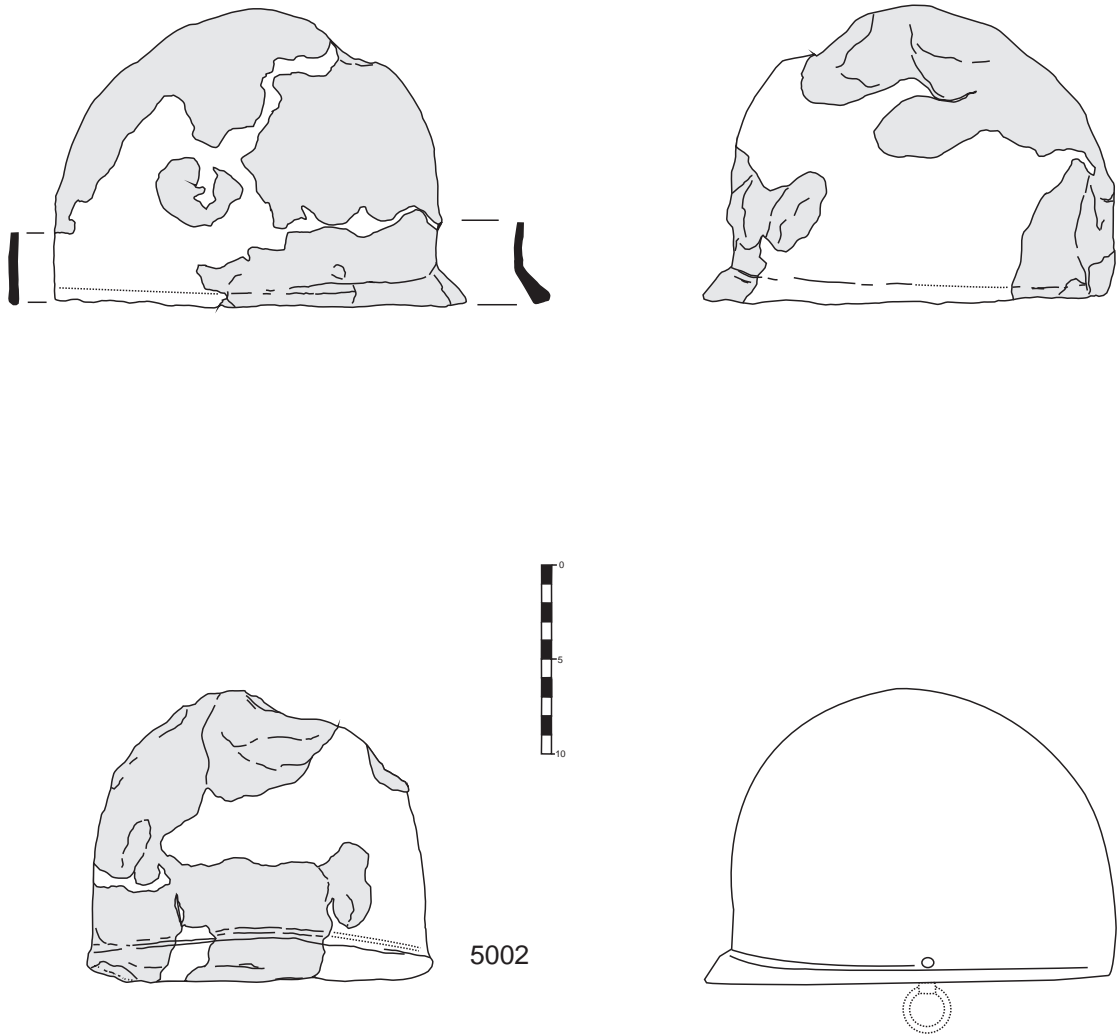
TIPO: OTROS



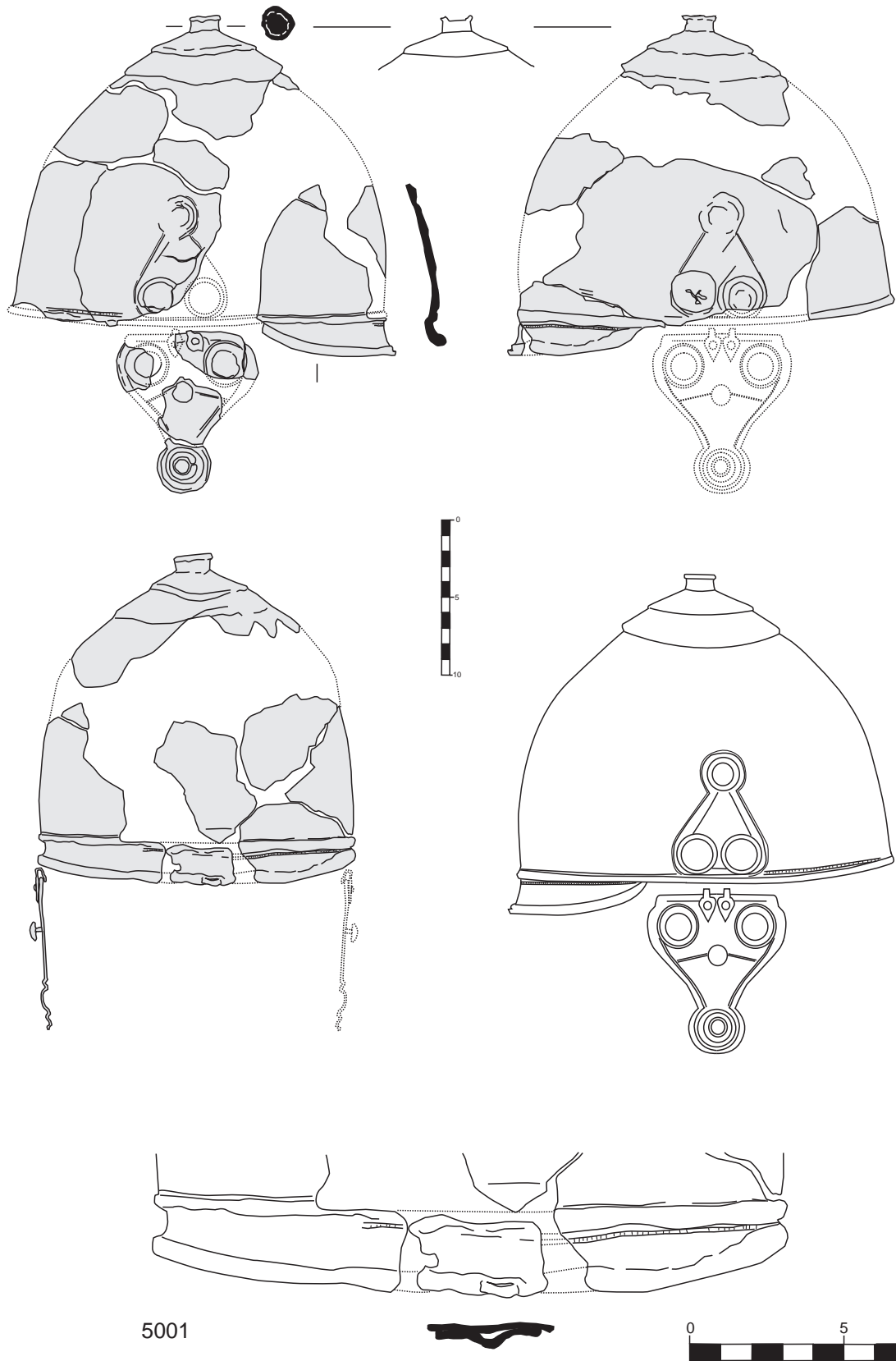
TIPO: REGATONES CON ESPIGA



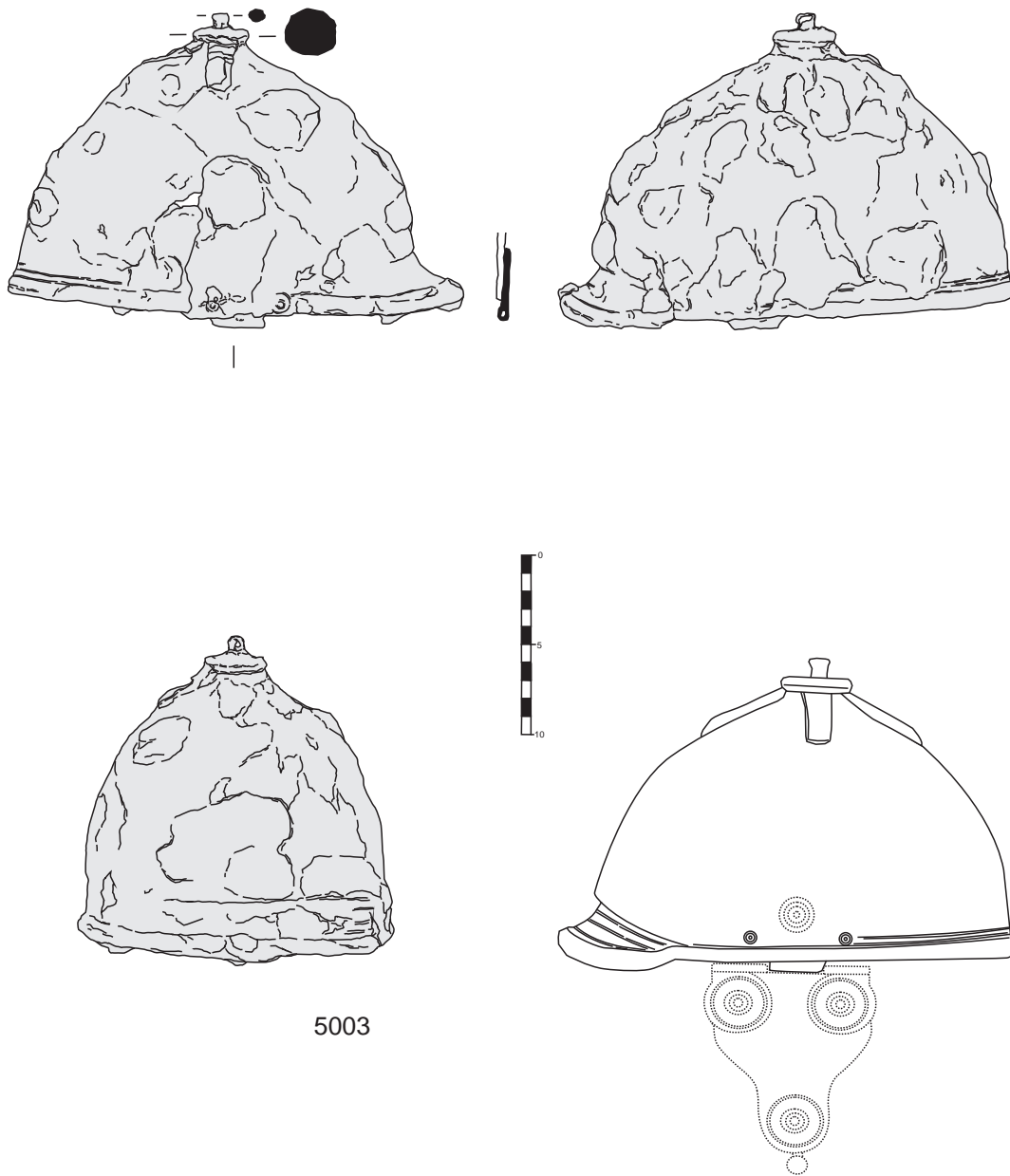
-Fig. 341: 3009: Turó dels Dos Pins, sep. 64 (Museu de Mataró); 3007: Porqueres, silo 6 (Museu de Banyoles); 3008: Turó dels Dos Pins, sep. 51 (Museu de Mataró); 3010: Puig de Sant Andreu (MAC-Ullastret); 4001: Aguilar de Anguita, sep. H (según Sandars, 1913: fig. 42, 12); 4003: Numancia, sep. desc. (según Jimeno *et alii*, 2004: fig. 118, d); 4004: La Revilla, sep. A (Museo Numantino).



-Fig. 342: 5002: Cigarralejo, sep. 478 (Museo de Arte Ibérico “El Cigarralejo”; Mula). En gris, fragmentos conservados (hierro).

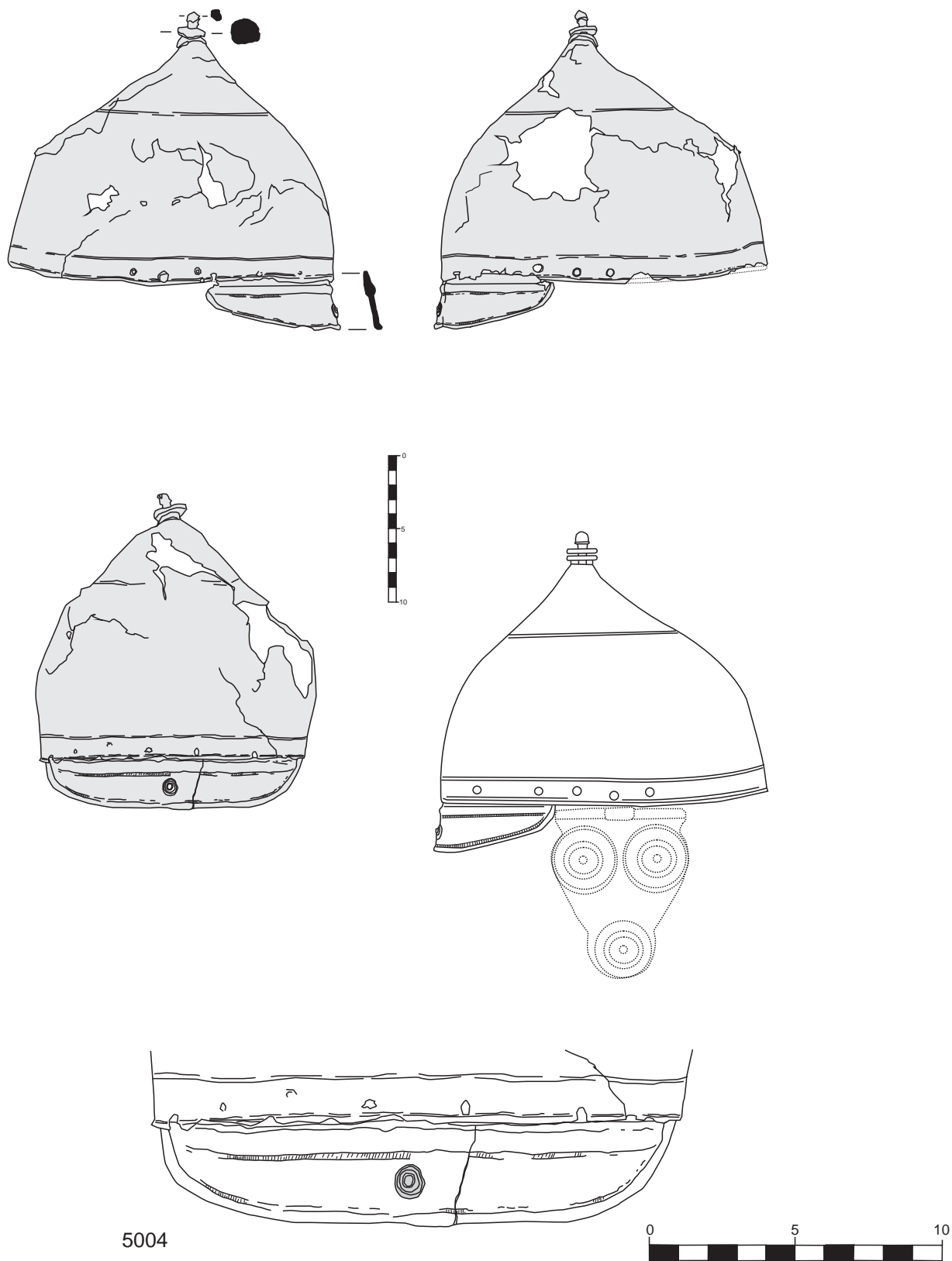


-Fig. 343: 5001: Can Miralles, silo 24 (Museu de Mataró). En gris, fragmentos conservados (hierro).



5003

-Fig. 344: 5003: Galera, sep. 27 (Museo Juan Cabré; Calaceite). En gris, fragmentos conservados (hierro).



-Fig. 345: 5004: La Pedrera, sep. A (Museu de Lleida). En gris, fragmentos conservados (hierro).

X2. APÉNDICE 2: CATÁLOGO

X2.2: BASE DE DATOS GENERAL

90 L'ESQUERDA

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: IA

DEPÓSITO: MUS. L'ESQUERDA

LOCALIZACIÓN:

Calle del poblado ibérico

INV. MUS.: MART-656 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s. III a.C. (Ollich et alii, 2006: 167)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Ollich et alii, 2006: fig. 123

OBSERVACIONES:

Placa de reverso de una vaina, completa. Conserva in situ las dos anillas para su suspensión pegadas a la hembrilla. La parte inferior está doblada de forma intencionada. Un fragmento atribuido a orla de escudo en: Ollich, 2006: 164 es muy probablemente el remate de su contera.

91 L'ESQUERDA

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: ¿IA?

DEPÓSITO: MUS. L'ESQUERDA

LOCALIZACIÓN:

Calle del poblado ibérico

INV. MUS.: MART-657 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s. III a.C. (Ollich et alii, 2006: 167)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Ollich et alii, 2006: fig. 124

OBSERVACIONES:

Fragmento distal de una vaina, doblada ritualmente. No se conserva la contera.

92 CA N'OLIVER

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: IIB

DEPÓSITO: MUS. Cerdanyola

LOCALIZACIÓN:

Sin datos; U.E. 12.083.

INV. MUS.: MC-982 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s. VI-I a.C. poblado. Álgido fines IV-fines III a.C. (destrucción)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Vaina completa, incluyendo el remate de contera, de tipo lobulado del noreste. La contera es muy larga y parece sujetarse mediante abrazadera. La embocadura es trapezoidal alta en el anverso y recta en el reverso. Solapas anchas y tendencia progresiva en la unión de sus ejes.

93 CA N'OLIVER

TIPO ESPADA: ¿II? TIPO VAINA: ---

DEPÓSITO: MUS. Cerdanyola

LOCALIZACIÓN:

Sin datos; U.E. 1.076

INV. MUS.: MC-983 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s. VI-I a.C. poblado. Álgido fines IV-fines III a.C. (destrucción)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Fragmento bastante incierto de una punta de espada, muy ancha y de sección estrecha.

94 CAN XERCAVINS

TIPO ESPADA: III TIPO VAINA: III
DEPÓSITO: MUS. Cerdanyola
LOCALIZACIÓN:
Amortización pozo zona 101 (U.E. 10.1005)

INV. MUS.: MC-242 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
mediados s. III a.C. (Francès y Carlús, 1995: 53)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Francès y Carlús, 1995: 51 y fig. 9,8

OBSERVACIONES:

Fragmento proximal de una espada con restos de vaina muy deteriorados. Hoja estrecha, con sección a cuatro mesas.

95 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: INDET
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Campo Sagrera II

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. VI-inicios II a.C. (poblado)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (hallazgo 1964)

OBSERVACIONES:

Varios fragmentos de vaina, muy deteriorados, con las placas generalmente separadas.

96 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: IA TIPO VAINA: IV
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 14 (casa compleja), U.E. 14.379;
sector 30

INV. MUS.: 4857 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
200-195 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:

OBSERVACIONES:

Espada y vaina bastante fragmentadas y largas. Conservan dos orificios para ser enclavadas e inutilizadas ritualmente. El pasador de la hembrilla es ancho, lo que apunta cronología reciente dentro de la vida del poblado. La espiga y los hombros conservan restos de la empuñadura de madera.

97 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: III
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 13 (calle adyacente a casa compleja);
U.E. 13.028

INV. MUS.: 4855 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
225-195 a.C. (abandono)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Casas et alii, 2004: 118 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Vaina muy doblada, mejor conservada en su parte central. La embocadura, la abrazadera en la contera y el ensamblaje delatan su fabricación local en el NE. Cerca de la embocadura conserva un refuerzo, bastante alterado, de dos discos con círculos concéntricos y una especie de remache central destinado a evitar su deslizamiento hacia abajo.

98 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: INDET
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 13 (calle adyacente a casa compleja);
U.E. 13.028
INV. MUS.: 4841 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
225-195 a.C. (abandono)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:

Restos de una contera con remate lobulado característico del noreste; con una pinza en la parte superior del remate.

99 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: INDET
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 13 (calle adyacente a casa compleja);
U.E. 13.028
INV. MUS.: 4840 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
225-195 a.C. (abandono)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:

Fragmento del remate de una contera ogival, de la que sólo resta la punta.

100 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: IA
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 13 (calle adyacente a casa compleja);
U.E. 13.028
INV. MUS.: 4854 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
225-195 a.C. (abandono)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Casas et alii, 2004: 118 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Parte proximal de una vaina ancha, con restos de la hembrilla, que ha perdido el tirante. El refuerzo en la zona de la hembrilla es bien visible en el anverso, mientras que en el reverso quedan restos de su impronta. La solapa es estrecha.

101 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: III TIPO VAINA: ---
DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET
LOCALIZACIÓN:
Zona 13 (calle adyacente a casa compleja);
U.E. 13.028
INV. MUS.: 4856 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
225-195 a.C. (abandono)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Casas et alii, 2004: 118 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Espada ien conservada, a excepción de la punta, desaparecida. Doblada y retorcida. Pomo esférico y hoja y espiga delgadas; todo ello muy característico del tipo III del NE.

102 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: INDET

DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET

LOCALIZACIÓN:

Zona 14 (casa compleja), sector 28. U.E.
14.381/2

INV. MUS.: 4838

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

250-195 a.C.

CONSERV.: Incompleta

PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Restos de las placas de una vaina, muy fragmentados. Los únicos datos útiles están en su anchura y su ensamblaje simple, sin carril; lo que es característico de las producciones locales.

1001 AGUILAR DE ANGUITA

TIPO ESPADA: A2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

Desconocida

INV. MUS.: 40/27/AA/1146 INV. QUES.: 3213

CRONOLOGÍA:

s.V-II a.C. necrópolis (V-IV a.C. álgido) (Barril y Salve, 1998: 76)- El Altillo

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: lám. 28, 16

OBSERVACIONES:

Hoja muy corta y espiga muy delgada. Doblada en "U". Al parecer, sería la única espada La Tène de la necrópolis. No se conoce el ajuar que la acompañaba.

1002 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

SEP. J

INV. MUS.: 40/27/AA/1501 INV. QUES.: 3051

CRONOLOGÍA:

finis III-inicios II a.C. según Morán y Cabré, 1982 (fibula de caballito)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Cabré y Morán, 1982: Fig. 22; Lenerz, 1991: 841; lám. 841; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 76 y fig. 23.

OBSERVACIONES:

Doblada en curioso dibujo. Hombros muy caídos. La sigla de MAN (AA) refiere a Aguilar de Anguita. Sin embargo, no aparece en "Páginas para la Historia Patria...", III y las fotos de Cabré y Morán, 1982 muestran etiquetas con la referencia: "necrópolis ibérica de Arcóbriga".

1003 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: A3.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

SEP. I

INV. MUS.: 40/27/AA/2189 INV. QUES.: 3536

CRONOLOGÍA:

Cabré y Morán, 1982: 11 finis III-inicios II a.C. Sin embargo, ajuar completo es de fin. IV-inicios III

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Cabré y Morán, 1982: Fig. 21; Lenerz, 1991: 842b, lám. 219; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 72 y fig. 22,1.

OBSERVACIONES:

Ejemplar con parentesco de las espadas Hatvan-Boldog europeas (contera, módulo...). Suspensión anillas sobre vaina entera. Hombros caídos, quizás por influencia de espadas de antenas ¿? Vaina conservada sólo en reverso. Sobre las siglas, véase N° inv. 1002.

1004 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AA/1330 INV. QUES.: 3537

CRONOLOGÍA:

375-inicios s. II a.C. cronología general de la
necrópolis (Cabré y Morán, 1982: 13). s. IV-III a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI,1,20; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Le falta la punta y parte de la espiga.
Siglada en MAN como de AA. Sin embargo, se
corresponde con PHP, IV, XXXI,1,12, que Cerralbo
anota como de Arcóbriga. Véase también N^{os}
1002 y 1003.

1005 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. D

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3077

CRONOLOGÍA:

s. III a.C. (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 60).
Tipología afín a s. IV o inicios III a.C. (LTB2)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Schüle, 1969: lám. 66; Lenerz, 1991: 836a, lám.
216; Stary, 1994: lám. 6, b-c; Quesada, 1997: Fig.
151; Lorrio, 1997: Fig. 69, D.

OBSERVACIONES:

Espada y vaina enteriza cons suspensión de
anillas laterales.
Conserva la hembrilla de suspensión.
La contera parece del tipo "ojival" o "macizo". Sólo
se conserva el croquis.
Desaparecida.

1006 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 128,
9.

OBSERVACIONES:

No localizada. Por las medidas y la apariencia de
los hombros en el dibujo publicado, pertenece al
grupo D. Sólo falta el extremo de la espiga.

1007 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. K

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3532

CRONOLOGÍA:

c. 325 a.C. según Cabré y Morán, 1982: 13
(fíbulas)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Cabré y Morán, 1982: Fig. 23; Lenerz, 1991:
837a, lám 216; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009:
80 y fig. 25, 1 y 12.

OBSERVACIONES:

Desaparecida.
Vaina fragmentada. En la foto publicada, se
observan los carriles del ensamblaje.
La contera y la hembrilla se han perdido.
Hay una placa con orificio, probablemente para la
suspensión lateral por anillas.

1008 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. L

INV. MUS.: 40/27/2768 INV. QUES.: 3533
CRONOLOGÍA:
Fines s. IV-inicios III a.C. (Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 430).
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Morán, 1982: Fig. 24; Lenerz, 839b, lám.
218; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 82 y fig.
27, 2.
OBSERVACIONES:
Doblada en "U".
Hombros caídos y hoja muy ligeramente
pistiliforme
Puede que fuera una de las producciones más
modernas de la necrópolis.

1009 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. M

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3534
CRONOLOGÍA:
250-175 a.C. según Cabré y Morán, 1982: 20
(fíbula)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Morán, 1982: Fig. 26; Lenerz, 1991:
838c, lám. 217; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009:
86 y fig. 29, 2.
OBSERVACIONES:
Pieza desaparecida.
Le falta la punta.
De la foto publicada sólo se aprecia la larga espiga
y los hombros caídos o redondeados.

1010 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. N

INV. MUS.: 40/29/AR/2799 INV. QUES.: 3535
CRONOLOGÍA:
250-175 a.C. según Cabré y Morán, 1982: 20
(fíbula)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Morán, 1982: Fig. 27; Lenerz, 1991:
840b, lám. 218; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009:
89 y fig. 31, 1.
OBSERVACIONES:
Enrollada pero bien conservada. Completa.

1011 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: A1.2 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
VIIB
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 89.12.1/162B INV. QUES.: (3566)
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis. Tipología de 2/2 s. V a.C. o
inicios del IV a.C.
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Celtíberos, 2005: nº 204; Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 253 y fig. 131, 12.
OBSERVACIONES:
Hombros casi rectos, hoja con nervio; corta.
Pocos restos de vaina: sólo remate de la contera
(circular, y a dos orificios).
Placa de anverso con nervio.
No sabemos si hubo restos de placas y anillas
para suspensión lateral.

1012 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 89.12.7 INV. QUES.: (3567)
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis. Tipología del s. IV a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 130,
11.

OBSERVACIONES:

Espada completa.
Vaina enteriza con suspensión lateral por anillas.
Faltan fragmentos de la embocadura, hembra y
contera.
Nervio en la hoja y en el anverso de la vaina.

1013 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: A1.2 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
VIIB
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 89.12.1/162 INV. QUES.: (3568)
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis. Tipología de 2/2 s. V a.C. o
inicios del IV a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 126,
7.

OBSERVACIONES:

Pieza gemela de nº inv. 1011.
Sólo conserva un pequeño fragmento de la placa
de reverso de la vaina.
En la espiga, hay un orificio, probablemente de
una reparación.

1014 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 89/12.1/162C INV. QUES.: (3569)
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 127,
8.

OBSERVACIONES:

Doblada en "U" y conservada entera.
No hay restos de vaina.

1015 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. ZARAGOZA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 89.12.1/162D INV. QUES.: (3570)
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 252 y fig. 129,
10.

OBSERVACIONES:

Falta tan solo un fragmento de espiga.
Filos algo afectados en la parte proximal-media de
la hoja.
Hay marcas de mellado a golpes.

1016 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4639 INV. QUES.: 3538
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 2, 18; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 124 y fig. 51, 18.

OBSERVACIONES:
Falta la espiga y parte de la punta.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1017 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. B

INV. MUS.: 40/27/AR/4640 INV. QUES.: 3077
CRONOLOGÍA:
s. III-inicios II a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1916: fig. 31; Schüle, 1969: lám. 64, 12;
Lenerz, 1991: 835a, lám. 215. Lorrio y Sánchez
de Prado, 2009: 51 y fig. 10, 2.

OBSERVACIONES:
Falta un pequeño fragmento de la punta.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1018 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4623 INV. QUES.: 3540
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1,22; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 127 y fig. 55, 22.

OBSERVACIONES:
Tan solo se conserva un fragmento del núcleo
longitudinal de la espada.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1019 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4621 INV. QUES.: 3541
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1,21; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 126 y fig. 54, 21.

OBSERVACIONES:
Se conserva la espiga y parte de la hoja.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.
Espiga rematada en botón.

1020 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4624 INV. QUES.: 3542
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1,36bis; Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 134 y fig. 58, 32.

OBSERVACIONES:

Fragmento de la punta, doblado.
Filos muy afectados por tratamiento de conservación agresivo.

1021 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4625 INV. QUES.: 3543
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.s.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿2,42?; Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 134 y fig. 58, 31.

OBSERVACIONES:

Pequeño fragmento de la hoja, algo afectado por tratamiento de conservación agresivo.
En este caso, sin embargo, la superficie de la hoja se ve nítida y aparentemente de gran calidad y solidez.

1022 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4616 INV. QUES.: 3544
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1,24; Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 128 y fig. 56, 24.

OBSERVACIONES:

Fragmento proximal de la hoja, con parte de la espiga.
Se observa claramente el arranque de los hombros, caídos.
Filos muy afectados por tratamiento de conservación agresivo.

1023 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4619 INV. QUES.: 3545
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 133 y fig. 57, 27.

OBSERVACIONES:

Filos muy afectados por tratamiento de conservación agresivo.
Poca información disponible, excepto la sección de hoja, a cuatro mesas.

1024 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: ¿B2? TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4617 INV. QUES.: 3546
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 133 y fig. 57, 28.

OBSERVACIONES:
Parte distal de la espiga y arranque de los
hombros; semirrectos.
Hoja a cuatro mesas.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1025 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B2.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4620 INV. QUES.: 3547
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿2,26?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 122 y fig. 48, 6.

OBSERVACIONES:
Parte de la espiga y arranque de la hoja.
Hombros semirrectos y dos acanaladuras en la
hoja, sin nervio central.
Afectada por tratamiento de conservación
agresivo.

1026 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4618 INV. QUES.: 3548
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 129 y fig. 56, 25.

OBSERVACIONES:
Pequeño fragmento, parcialmente doblado, de
parte proximal de la hoja y arranque de la espiga.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1027 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. W

INV. MUS.: 40/27/AR/4647 INV. QUES.: 3549
CRONOLOGÍA:
s. III-inicios II a.C.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1, W-2; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 114 y fig. 44, 2.

OBSERVACIONES:
Fragmento largo de hoja.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo; no permiten reconstruir su
perfil con fiabilidad.

1028 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4759 INV. QUES.: 3550
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 1,17; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 124 y fig. 50, 17.

OBSERVACIONES:
Perfiles algo perdidos, pero la hoja está casi
completa a excepción de la punta.
Esta pieza no ha sido afectada por el mismo
tratamiento de conservación que otras muchas de
la misma necrópolis.

1029 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4611 INV. QUES.: 3551
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 2,19; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 124 y fig. 52,19.

OBSERVACIONES:
Fragmento de espiga y hoja.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo; no permiten la restitución
de su perfil con fiabilidad.

1030 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. V

INV. MUS.: 40/27/AR/4600 INV. QUES.: 3552
CRONOLOGÍA:
Fines IV-inicios III a.C. (Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 110).

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 2,V-2; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 113 y fig. 42, 2.

OBSERVACIONES:
Bien conservada, a excepción de la punta, que se
ha perdido.
Pliegue característico, en "S".

1031 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/2748 INV. QUES.: 3533
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Fragmento de la punta de una hoja ancha. Difícil
de identificar en las fotos del Marqués de Cerralbo.

1032 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4622 INV. QUES.: 3554
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, 2,44; Lenerz, 1991:
371; lám. 128; Lorrio y Sánchez de Prado, 2009:
125 y fig. 53, 20.

OBSERVACIONES:
Aunque los filos están algo afectados por
tratamiento de conservación agresivo, se conserva
bien el perfil de la hoja.
Falta tan solo un fragmento de espiga.
Espiga sólida, muy ancha. Hombros caídos.

1033 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4626 INV. QUES.: 3555
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿2,46?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 127 y fig. 55, 23.

OBSERVACIONES:
Fragmento de la punta.
Filos muy afectados por tratamiento de
conservación agresivo.

1034 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 2866,2540,291 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 135-137 y fig.
60, 53-55.

OBSERVACIONES:
Tres piezas de la suspensión lateral de, como
mínimo, dos vainas de espada La Tène, del tipo de
pinza.

1035 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4612 INV. QUES.: 3557
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 129-133 y fig. 56, 26.

OBSERVACIONES:
Fragmento proximal de una espada, de hombros
semirrectos. Falta parte de la espiga, además de
la mitad inferior de la hoja.

1036 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/2466 INV. QUES.: 3558
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 134 y fig. 57, 29.

OBSERVACIONES:

Parte proximal de una espada, de hombros muy
altos y hoja a cuatro mesas.

1037 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/AR/4613 INV. QUES.: 3559
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI, ¿?; Cabré de
Morán, 1990: 216 (sólo cita); Lorrio y Sánchez de
Prado, 2009: 134 y fig. 57, 30.

OBSERVACIONES:

Pequeño fragmento de una hoja de espada, con
sección a cuatro mesas.

1038 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. Ñ

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3560
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 94 y fig. 32, 3.

OBSERVACIONES:

Espada doblada. Falta la parte proximal de la
misma. Sólo se conoce por foto.

1039 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. Ñ

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3561
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 94 y fig. 32, 1.

OBSERVACIONES:

Espada completa (no vaina, se aprecia la espiga).
Sólo se conoce a partir de foto.

1040 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. Ñ

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3562
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 94 y fig. 32, 2.

OBSERVACIONES:

Parte proximal de una espada, al parecer de
hombros anchos. Sólo se conoce a partir de foto.

1041 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. Ñ

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3563
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 94 y fig. 32, 2.

OBSERVACIONES:

Espada completa, sólo conocida en una foto de
perfil.

1042 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. U

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3564
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 110 y fig. 40, 2.

OBSERVACIONES:

Espada completa, de la que sólo conocemos una
foto en la que se ve de perfil.

1043 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: Desaparecidas INV. QUES.: 3565-
CRONOLOGÍA:
s. IV-II a.C. necrópolis.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1911: IV, lám. XXXI; Lorrio y Sánchez
de Prado, 2009: fig. 59.

OBSERVACIONES:

Un número indeterminado de espadas y
fragmentos de hoja. En parte, identificados en
algunos números de nuestro catálogo, pero hay
ausencias.

1044 ARCOS DE LA FRONT.

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. CADIZ
LOCALIZACIÓN:
El Hinojal. Tumba de incineración

INV. MUS.: 12025 INV. QUES.: 2158
CRONOLOGÍA:
Sin datos. Quizás s. III/II a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Corzo, 1983: 13; Stary, 1994: lám. 13, b-c

OBSERVACIONES:
Espada en varios fragmentos.
Uno de ellos coincide con los hombros, pero el
perfil está perdido.
No hay restos de la espiga.

1045 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/79 INV. QUES.: 3620
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1916: Fig. 15, 30; Cabré de Morán,
1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Completa a excepción de un pequeño fragmento
de la espiga.
Muy doblada.
Hombros hipertrofiados.

1046 ATANCE

TIPO ESPADA: A4 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 12

INV. MUS.: 40/27/HO/73 INV. QUES.: 3639
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Aguilera, 1916: Fig. 13; Cabré de Morán,
1990: Fig. 22; Schüle, 1969: lám. 12,1; Paz, 1980:
Fig. 2,7; Quesada, 1997: Fig. 156,9; Lorrio, 1997:
Fig. 60 F

OBSERVACIONES:
Pese a que se ha tendido a relacionar esta espada
con las de origen La Tène, parece una espada de
tipo Arcóbriga/Quesada VI con algunas
peculiaridades en la empuñadura.

1047 ATANCE

TIPO ESPADA: A4 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 32/9

INV. MUS.: 40/27/HO/57 INV. QUES.: 3640
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Paz, 1980: Fig. 2,5; Cabré de Morán, 1990: Fig.
21

OBSERVACIONES:
Híbrido de espada La Tène y espada de antenas
de tipo Atance/Quesada V.
Hoja estrecha y filos paralelos.
Nervio central y acanaladuras en ambos lados.
Hay restos de la placa de anverso de la vaina,
enteriza y con nervio.

1048 ATANCE

TIPO ESPADA: A3.2 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 28

INV. MUS.: 40/27/HO/¿82? INV. QUES.: 3660

CRONOLOGÍA:

Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1916: Fig. 14; Schüle, 1969: 12,7; Paz,
1980: 48 y Fig. 2, 6; Lenerz, 1991: 374a, lám.
129; Lorrio, 1997: Fig. 69, E.

OBSERVACIONES:

Doblada en "U". En el centro, conserva restos de
dos placas de vaina enteriza (Anverso con nervio y
reverso con suspensión por anilla lateral). Hoja
con nervio central y dos acanaladuras. El orificio
en la espiga, tantas veces representado, parece
más bien un efecto de la oxidación en una de sus
caras. Hoja casi idéntica a nº inv. 1047.

1049 ATANCE

TIPO ESPADA: ¿B2? TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 66

INV. MUS.: 40/27/HO/99 INV. QUES.: 5030

CRONOLOGÍA:

Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Paz, 1980: 48 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Fragmento de punta de una hoja a cuatro mesas.
Ligeramente doblada

1050 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/81 INV. QUES.: 3621

CRONOLOGÍA:

Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Pliegue en "U".
Hombros hipertrofiados y semirrectos.

1051 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/83 INV. QUES.: 3622

CRONOLOGÍA:

Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Doblada en "U".
Perfiles algo afectados, pero se aprecia bien la
forma pistiliforme de la hoja.

1052 ATANCE

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/100 INV. QUES.: 3623
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Falta un fragmento de la punta y el remate de la espiga.
Hoja y punta anchas.
Sección lenticular.

1053 ATANCE

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/86 INV. QUES.: 3624
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Filos algo deteriorados en el centro.
Al parecer la hoja era de filos rectos.

1054 ATANCE

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/85 INV. QUES.: 3625
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Hombros casi rectos.
Doblada en "b".

1055 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/84 INV. QUES.: 3625
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Hombros discretamente hipertrofiados, sección a cuatro mesas.
Filos bien conservados.

1056 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/87 INV. QUES.: 3627
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Hombros muy hipertrofiados.
Punta más bien estrecha.
Filos parecen de tendencia más progresiva que
pistiliforme.

1057 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/89 INV. QUES.: 3628
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Doblada en "U".
Sección lenticular y hombros muy caídos.

1058 ATANCE

TIPO ESPADA: B2/C TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/91 INV. QUES.: 3629
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Doblada en "U".
Hombros estrechos para una punta tan ancha y,
por tanto, con un centro de gravedad más bajo de
lo habitual.

1059 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/90 INV. QUES.: 3630
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Doblada en "U".
Hombros anchos y punta estrecha en
comparación.

1060 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/80 INV. QUES.: 3631
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Filos bastante alterados.
Bien constatable la hipertrofia de los hombros.

1061 ATANCE

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/88 INV. QUES.: 3632
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Pliegue en "L".
Perfil pistiliforme.
Falta un fragmento de la espiga.

1062 ATANCE

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/HO/59 INV. QUES.: 3633
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. período álgido necrópolis
(Lorrio, 1997: 171; Paz, 1980: 57)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita. Cabré de Morán, 1990: 216 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Hombros caídos, sin hipertrofia.
Hoja estrecha.

1063 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: D1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: 12445-6 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72
a.C.). Mejor 150-75 a.C.
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:
Pieza reconstruida a partir de varios fragmentos
depositados en el Museo de La Rioja.

1064 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: D2.1 TIPO VAINA: ¿Armazón?
¿contera?

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: 4361-S/N INV. QUES.: 6267

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sectoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 178 y Fig. 4,2.

Iriarte et alii, 1997: 240 y Fig. 15, A.2.4

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996.

Hoja ancha, pistiliforme y punta triangular. Espiga ancha. Puede que la contera y quizás fragmentos del carril correspondan a la vaina orgánica con armazón de este ejemplar.

1065 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 6268...

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sectoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 178 y Fig. 5; 180 y Fig. 7,1.

Iriarte et alii, 1997: 240 y Fig. 17, A.2.5., A.2.7 y 244, 20, A.2.12.

OBSERVACIONES:

Espada restituida a partir de tres fragmentos (desaparecidos) publicados en 1996.

Hombros caídos, sección lenticular.

Inventario 6268, 6270 y 6275 de Quesada.

1066 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: C/D TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: 12443 INV. QUES.: 6271

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sectoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 179 y Fig. 6,1.

Iriarte et alii, 1997: 244 y Fig. 20, A.2.8

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.

1067 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: 12444a INV. QUES.: 6269

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sectoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 179 y Fig. 5.

Iriarte et alii, 1997: 244 y Fig. 17, A.2.6

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.

1068 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: 12444b INV. QUES.: 6263...

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 175 y Fig. 5,6; 179 y Fig. 6,3-4. Iriarte et alii, 1997: 236 y Fig. 17, A.1.3; 244 y Fig. 20, A.2.10 y A.2.11.

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.
Inventario 6263, 6273 y 6274 de Quesada.

1069 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 6272,7

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 179 y Fig. 6,2 y 180, Fig. 8,1. Iriarte et alii, 1997: 244 y Fig. 20, A.2.9 y 244, Fig. 21,D3.

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.

1070 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 6262,6

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 175, Fig. 1,2 Y Fig. 3. Iriarte et alii, 1997: 236, Fig. 16, A.1.2 y Fig. 19, A.2.2.

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.
Hoja estrecha.

1071 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 6261

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 174-75 y Fig. 1,1. Iriarte et alii, 1997: 234 y Fig. 15, A.1.1.

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.
Hoja estrecha. Falta la punta.

1072 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Org. + susp.

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: 6264

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 176-77 y Fig. 2.

Iriarte et alii, 1997: 238 y Fig. 18, A.2.1.

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.

Perfil ligeramente pistiliforme. No hay restos de vaina, a excepción de dos refuerzos transversales para anillas.

1073 LA AZUCARERA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA

LOCALIZACIÓN:

Depósito de armas

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: 6266

CRONOLOGÍA:

Según Iriarte et alii, 1997: 249, sertoriano (82-72 a.C.). Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1996: 178 y Fig. 4,1.

Iriarte et alii, 1997: 240 y Fig. 15, A.2.3

OBSERVACIONES:

Espada reconstruida a partir de fragmentos inéditos del Museo de La Rioja y otros (desaparecidos) publicados en 1996 y con una anchura de hoja muy similar.

Los hombros caídos y el perfil recto de los filos son compatibles con puntas anchas como la de la restitución que proponemos.

1074 BAZA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. DURAN/VALL-LL

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

400-300 a.C. necrópolis (Adroher y Lopez, 1992)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Fragmento de hoja muy oxidado.

Sección lenticular y pliegue de la punta.

El perfil recto del tramo permite distinguirlo de las hojas de falcata tan abundantes en Baza.

1075 BAZA

TIPO ESPADA: (A3.1 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA

DEPÓSITO: MUS. GRANADA

LOCALIZACIÓN:

SEP. 7

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

350-300 a.C. (Adroher y Lopez, 1992: 16)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Presedo, 1982: 35, Fig. 7.

OBSERVACIONES:

Vaina enteriza de tipo Hatvan-Boldog, con fuerte nervio en anverso.

No hay resto de suspensión por anillas, que no existió. La mayor parte de la pieza fue restaurada; no así su contera, que no se identificó como tal.

Es probable que durante su restauración se malograra una decoración en lira zoomorfa, de la que queda tan solo un fragmento de curva.

1076 BUSAL

TIPO ESPADA: A1.2 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
DEPÓSITO: Desconocido VIIB
LOCALIZACIÓN:
Prospección

INV. MUS.: Desconocido INV. QUES.: 3059-6
CRONOLOGÍA:
s.V-IV a.C. (Farnié y Quesada, 2006: 118)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Burillo, 1977: 51; Royo, 1980: 245; Farnié y
Quesada, 2006: 117-120 y Fig. 93 y 94.

OBSERVACIONES:

Varios fragmentos de espada con sección
nerviada y placas de vaina enteriza, en mal estado
y en depósito desconocido.

1077 CABECICO DEL TESORO

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
DEPÓSITO: MUS. MURCIA VIIB
LOCALIZACIÓN:
SEP. 20

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 153
CRONOLOGÍA:
380-300 a.C. (Quesada, 1989: II, 245)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1989: II, 139; Quesada, 1990: Fig. 1,5;
Sary, 1994: 8, 1a.

OBSERVACIONES:

Ejemplar desaparecido.
El dibujo publicado en Quesada, 1989 es algo más
completo, pero en Sary, 1994 se aprecia el tramo
central de la hembra de suspensión, aunque no
sus placas. En este caso, es obvio que existió
vainas enteriza, aunque sabemos muy poco de ella.

1078 CABECICO DEL TESORO

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. MURCIA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 27

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 154
CRONOLOGÍA:
299-250 a.C. (Quesada, 1989:II: 245)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1989: II, 141; Quesada, 1990: Fig. 1,6.

OBSERVACIONES:

Pequeño fragmento de la parte proximal de la
espada, con hombros redondeados.

1079 CABECICO DEL TESORO

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. MURCIA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 142

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 155
CRONOLOGÍA:
250-200 a.C. (Quesada, 1989: II, 245)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1989: II, 154; Quesada, 1990: Fig. 1,1.

OBSERVACIONES:

Espada completa, a excepción de un pequeño
fragmento de la espiga.
Hombros bajos y sección lenticular.
No hay evidencias de vaina.

1080 CABECICO DEL TESORO

TIPO ESPADA: D2.1 TIPO VAINA: ¿Armazón?
Contera
DEPÓSITO: MUS. MURCIA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 146

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 156
CRONOLOGÍA:
220-175 a.C. (Quesada, 1989: II, 245)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1989: II, 155; Quesada, 1990: Fig. 3 y 4.

OBSERVACIONES:

Espada en dos fragmentos, uno de ellos doblado.
Hombros caídos y perfil pistiliforme.
Conserva una pequeña contera de hierro de remate circular, aunque no se conocen otros fragmentos de la vaina (refuerzos metálicos o suspensión lateral, por ejemplo).

1081 CABECICO DEL TESORO

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Indet.
DEPÓSITO: MUS. MURCIA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 265

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 157
CRONOLOGÍA:
370-320 a.C. (Quesada, 1989: II, 245)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1989: I, 205, 276 y Fig. 55.

OBSERVACIONES:

Pieza desaparecida.
Tan solo se sabe que estaba doblada en "U".

1082 LA CARIDAD

TIPO ESPADA: D1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. TERUEL
LOCALIZACIÓN:
Casa I-2, Insula I

INV. MUS.: 10134 INV. QUES.: 2979
CRONOLOGÍA:
1/3 s. I a.C. (Vicente et alii, 1997: 196)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Vicente et alii, 1997: 194 y Fig. 33, 34; Rapin, 2001: 48 y Fig. IX,2.

OBSERVACIONES:

Le falta sólo un fragmento de la punta.
Por lo general, se viene clasificando por su forma y contexto con un "gladius hispaniensus".

1083 CARRATIERMES

TIPO ESPADA: C/D TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Desconocido
LOCALIZACIÓN:
Hallazgo casual en trabajos agrícolas.
Tumba.

INV. MUS.: Desconocido INV. QUES.: 4106
CRONOLOGÍA:
s. III a.C. (Ruiz Zapatero y Nuñez, 1981: 192)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Ruiz Zapatero y Nuñez, 1981: 190 y Fig. 2;
Lenerz, 1991: 631, lám. 179

OBSERVACIONES:

La única espada La Tène de esta necrópolis.
Hombros claramente caídos y sección a cuatro mesas.
No hemos podido localizar esta pieza.

1084 CASTILLO DE CASTEJÓN

TIPO ESPADA: A1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MUS. CASTEJÓN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 11

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:
500-350 necrópolis (Faro, Cañada y Unzu, 2003:
30)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Faro, Cañada y Unzu, 2003: 69 y 71; Castejón,
2002: 226.

OBSERVACIONES:

Espada de hoja muy ancha, conserva
parcialmente una placa de la vaina enteriza y una
tira para la sujeción por anillas laterales, según
foto publicada.

Vaina soldada por la incineración, indistinguible de
la espada en casi toda su longitud. Hay una
impronta en la parte proximal de la vaina, cerca de
la embocadura (¿para suspensión tubular?).

1085 CERRO DE LAS BALAS

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. ECIJA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 13 (Zanja 10)

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 5362

CRONOLOGÍA:
Inicios s. II a.C. (Nuñez y Quesada: 2000)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Nuñez y Muñoz, 1988: 431-432; Nuñez y
Quesada, 2000: 202 y Fig. 4.

OBSERVACIONES:

Espada casi completa, a excepción de un
fragmento de la punta.
Hombros hipertrofiados y perfil ligeramente
pistiliforme.

1086 CIGARRALEJO

TIPO ESPADA: A1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MUS. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 54

INV. MUS.: 321 INV. QUES.: 330

CRONOLOGÍA:
375-350 a.C. (Cuadrado, 1987: 167)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Cuadrado, 1987: 167 y Fig. 59,1; Cuadrado,
1989: 73, Fig. 33,2; Quesada, 1990: Fig. 1,2;
Quesada, 1997: 252 y Fig. 152.

OBSERVACIONES:

Espada ancha y corta con fuerte nervio.

Vaina enteriza, con suspensiones para anillas
laterales, aun conservadas. Desconocemos la
hembrilla de suspensión y la contera. Muy
reconstruida en su restauración.

El gran nervio de la espada no encaja con la
ausencia del mismo en el anverso de la vaina.

1087 CIGARRALEJO

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Org. + susp.
DEPÓSITO: MUS. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 395

INV. MUS.: 4206-4233 INV. QUES.: 728

CRONOLOGÍA:
375-200 a.C. (Quesada, 1997: 855)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita (Quesada, 1997: 855)

OBSERVACIONES:

Fragmentos de espada y restos de contera (de
curiosa manufactura) y sendas abrazaderas para
la suspensión lateral por anillas. En mal estado.

1088 CIGARRALEJO

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
DEPÓSITO: MUS. MULA VIIB
LOCALIZACIÓN:
SEP. 472

INV. MUS.: 5090 INV. QUES.: 810
CRONOLOGÍA:
425-50 a.C. necrópolis (Cuadrado, 1987)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (Quesada, 1997: 855)

OBSERVACIONES:

Pequeños fragmentos de espada y una placa de vaina enteriza.

1089 CIGARRALEJO

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 488

INV. MUS.: 5430 INV. QUES.: 847
CRONOLOGÍA:
425-50 a.C. necrópolis (Cuadrado, 1987)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (Quesada, 1997: 855)

OBSERVACIONES:

Fragmento de la punta de una espada, muy oxidado.

1090 DESPEÑAPERROS

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: COL. PARTICULAR
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Sin datos

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Indeterminado
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (F. Quesada, com. pers.)

OBSERVACIONES:

Conocemos una foto de Fernando Quesada, a quien agradecemos la referencia a la existencia de esta pieza. Al parecer, hoja ancha y punta muy ancha. Faltaría parte superior. El dibujo que mostramos, procedente de la foto, está probablemente distorsionado por esta razón, lo que quizás la hace aparecer más ancha de lo normal.

1091 ECHAURI

TIPO ESPADA: A2 TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
DEPÓSITO: MUS. NAVARRA VIIB
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 3103-4
CRONOLOGÍA:
s.IV a.C. (Taracena y Vazquez, 1947). Yacimiento quizás desde fines s. V a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: ¿Tumba?
BIBLIOGRAFÍA:
Bosch, 1921: lám. 1,7-8 y 2,10; Taracena y Vazquez, 1947: lám. III d y IV; Castiella y Sesma, 1989: 386, Fig. 2,3-4; Lernerz, 1991:552, lám.163.

OBSERVACIONES:

Espada de hoja ancha y muy corta y fragmento de la placa de anverso de una vaina enteriza, que probablemente le corresponde. La placa de la vaina tiene nervio central y carriles laterales desarrollados para abrazar la placa de reverso, perdida.

1092 FUENTE TOJAR

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: 10482 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Sin datos

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 351, lám. 123

OBSERVACIONES:

Probablemente de Los Torviscales.
Hombros caídos, punta ancha y sección lenticular.
Faltan pequeños fragmentos de la punta y la espiga.

1093 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. D

INV. MUS.: 1919-2-2/1915/ INV. QUES.: 4363
CRONOLOGÍA:
350-300 a.C. (Cabré de Morán, 1990: 216) (fíbula)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Artiñano, 1919: 151; Requejo, 1978:229;Cabré de
Morán, 1990: Fig. 19; Lenerz, 1991: 777b,c, lám.
203; Quesada, 1997: 252 y Fig. 150.

OBSERVACIONES:

Espada muy doblada, conservada completa.
Vaina enteriza con suspensiones para anillas
laterales y hembrilla.
Decorada con dragones afrontados.
Faltan fragmentos del centro y de la punta,
además de la contera.

1094 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. Ñ

INV. MUS.: ¿1468? INV. QUES.: 4413
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schüle, 1969: lám. 371; Lenerz, 1991: 782a, lám.
206.

OBSERVACIONES:

Hombros anchos y caídos. Hoja corta.
Doblada en "U"

1095 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. I

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 4430
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schüle, 1969: lám. 33,6; Lenerz, 1991: 780a, lám.
205.

OBSERVACIONES:

No localizada.
Hombros bajos y perfil recto de los filos.
No sabemos si estaba doblada.

1096 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. H

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 4435
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Schüle, 1969: lám. 33,1; Lenerz, 1991: 781a, lám.
205

OBSERVACIONES:

No localizada.
Muy afectada en sus filos y sus hombros.
Punta ancha. Desconocemos si estuvo doblada.

1097 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. F/G

INV. MUS.: INV. QUES.:
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis. Fíbula arroja fecha
baja, pero ajuar sospechoso de mezcla.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Schüle, 1969: lám. 32,8; Lenerz, 1991: 778a

OBSERVACIONES:

Sep. F según Quesada, G. según Lorrio.
Doblada en "U", bastante oxidada.
Faltan parte de la espiga y la punta, sólo pequeños
fragmentos.

1098 GORMAZ (QUINTANAS)

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. G/F

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 4448
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Schüle, 1969: lám. 32,1; Lenerz, 1991: 779a, lám.
204.

OBSERVACIONES:

Sep. G según Quesada, F. según Lorrio.
Doblada en "U", en buen estado de conservación.
Hombros bajos y perfil recto de los filos.

1099 GORMAZ (LA REQUIJ)

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: 15/82/24276 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Espada bastante alterada por la corrosión, con
pliegues leves en la parte frontal.

1100 GORMAZ (LA REQUIJ)

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 23

INV. MUS.: 15/82/24388 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (Cabré, 1917: III, 52 y lám. XLI, 75)

OBSERVACIONES:
Hoja estrecha, con sección a cuatro mesas.

1101 GORMAZ (LA REQUIJ)

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Desconocido
LOCALIZACIÓN:
SEP. 28

INV. MUS.: Desconocido INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Finales s. IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (Cabré, 1917: III, 52 y lám. XLI, 68)

OBSERVACIONES:
Aunque desaparecida, la foto de Cabré muestra la hoja ancha y hombros redondeados del ejemplar. Probablemente pertenezca a nuestro tipo B1.

1102 HERDADE DAS CASAS

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. EVORA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 8505 INV. QUES.: 5325
CRONOLOGÍA:
s.II a.C. (Berrocal, 1997: 131)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Berrocal, 1993: 138; Berrocal, 1997: Fig. 3,1

OBSERVACIONES:
Hoja estrecha y corta, doblada levemente en varios tramos.

1103 HUESCA

TIPO ESPADA: A1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MUS. HUESCA
LOCALIZACIÓN:
Necrópolis Avenida Martínez Velasco.
Túmulo 4

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. V a.C. (Juste, 1989: 124); 500-350 a.C. (Royo, 1990: 127).

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Juste, 1989: 367 (sólo cita)

OBSERVACIONES:
Espada con restos de vaina enteriza, en bastante mal estado. No se aprecia el ensamblaje de la vaina (quizás sólo en un tramo: ¿reverso sobre anverso?), y se ha perdido la embocadura. Hay una placa desplazada para su suspensión lateral por anillas. En una posición muy baja, quizás una embocadura tubular o bien pliegue de la vaina.

1104 CASTILLO DE CASTEJÓN

TIPO ESPADA: A-0 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MUS. CASTEJÓN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 167

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
500-350 a.C. necrópolis (Faro, Cañada y Unzu,
2003: 74)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Faro, Cañada y Unzu, 2003: 61

OBSERVACIONES:

Muy larga, doblada varias veces y soldada por el óxido a una gran moharra. Vaina enteriza, sólo conservada en la mitad inferior. Hay un pasador, con pinza y anilla lateral para suspensión situado en un punto muy bajo. Contera trilobulada.

1105 LANGA DE DUERO

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 1976/48/79 INV. QUES.: 3975
CRONOLOGÍA:
s. II-I a.C. (Taracena, 1929: 51)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: ¿Poblado?
BIBLIOGRAFÍA:
Taracena, 1931: 59, Fig. 25, 5; Taracena, 1931:
59; Taracena, 1941: 89 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Fragmento e la parte proximal de una hoja de espada, bastante incompleta.
Espiga doblada.
El croquis de Taracena da una forma de tendencia pistiliforme al original, que quizás lo acercaría al tipo D de nuestra clasificación.

1106 MAS DE BARBERAN

TIPO ESPADA: D2.1 TIPO VAINA: Armazón
DEPÓSITO: MUS. CER. L'ALCORA
LOCALIZACIÓN:
Conjunto A

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines III-I a.C. (Izquierdo, 1999: 117)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Izquierdo, 1999: 101-104 y Fig. 2 y 3.

OBSERVACIONES:

Espada completa, doblada en "U", con restos de vaina de armazón de hierro.
Hombros hipertrofiados, perfil pistiliforme y punta triangular.

1107 MAS DE BARBERAN

TIPO ESPADA: ¿D? TIPO VAINA: Org. + susp.
DEPÓSITO: MUS. CER. L'ALCORA
LOCALIZACIÓN:
Conjunto B

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines III-I a.C. (Izquierdo, 1999: 117)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Izquierdo, 1999: 105 y Fig. 4.

OBSERVACIONES:

Fragmento de espada, doblada, asociada a dos pequeños ganchos para la sujeción lateral de anillas, también conservadas.

1108 LOS NIETOS

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques. VIIB
DEPÓSITO: MUS. CARTAGENA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 110

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
IV-2/2 III a.C. (tumba-C.García Cano, com. pers.)
Tipología 380-250 a.C.
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita (F. Quesada, com. pers.)

OBSERVACIONES:

Espada completa, con vaina enteriza muy troceada.
Acompañan un fragmento de placa y una anilla en bronce, quizás para su suspensión lateral.
De la contera se conserva el remate (ojival), un refuerzo y numerosos fragmentos de la caña, quizás atribuible a esta, que sería muy larga.

1109 NUMANCIA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.- Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. 1

INV. MUS.: 93/5/6/61 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. III-133 a.C. necrópolis (Jimeno et alii, 2004: 299)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 27a1

OBSERVACIONES:

Espada enrollada sobre sí misma.
Falta la punta de la espiga.

1110 NUMANCIA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.- Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. 4

INV. MUS.: 93/50/60/C-4 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. III-133 a.C. necrópolis (Jimeno et alii, 2004: 299)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 30,3

OBSERVACIONES:

Espada completa, muy doblada.

1111 NUMANCIA

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.- Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. 61

INV. MUS.: 94/5/845 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. III-133 a.C. necrópolis (Jimeno et alii, 2004: 299)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 65a,4

OBSERVACIONES:

Espada de hoja ancha, muy enrollada sobre sí misma en la hoja y la espiga.

1112 NUMANCIA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. 69

INV. MUS.: 94/5/880 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. III-133 a.C. necrópolis (Jimeno et alii,
2004: 299)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 69,4.

OBSERVACIONES:

Fragmento de hoja con sección a cuatro mesas y
indicios leves de pliegue.

1113 NUMANCIA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. 105

INV. MUS.: 95/5/1338 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. III-133 a.C. necrópolis (Jimeno et alii,
2004: 299)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 89,1

OBSERVACIONES:

Fragmento de hoja y punta estrechas, doblado dos
veces.

1114 LA OLMEDA

TIPO ESPADA: A1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/OL/133 INV. QUES.: 3705
CRONOLOGÍA:
s.VI-III a.C. (García Huerta, 1980: 32) para la fase
avanzada (II) de la necrópolis.
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
García Huerta, 1980:18, Fig. 6,5; Lenerz, 1991:
393, lám. 134.

OBSERVACIONES:

Algo deteriorada, le faltan pequeños fragmentos
de la punta y la espiga.
Se aprecia levemente el nervio central en la hoja,
que es de tendencia ligeramente convergente.

1115 LA OLMEDA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/OL/134 INV. QUES.: 3706
CRONOLOGÍA:
s.VI-III a.C. (García Huerta, 1980: 32) para la fase
avanzada (II) de la necrópolis.
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
García Huerta, 1980: 18 y Fig. 6,4

OBSERVACIONES:

Fragmento bastante alterado de hoja y arranque
de la espiga, ligeramente doblado en dos puntos.

1116 LA ORUÑA

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MONAST. VERUELA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 124 INV. QUES.: 3033
CRONOLOGÍA:
s.IV-50 a.C. (Bona et alii, 1983: 21)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Bona et alii, 1989: 39, lám. X, 124

OBSERVACIONES:

Fragmento del arranque de la hoja y espiga (completa). Hombros hipertrofiados.

1117 LA ORUÑA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MONAST. VERUELA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 125-126 INV. QUES.: 3034-3
CRONOLOGÍA:
s.IV-50 a.C. (Bona et alii, 1983: 21)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Bona et alii, 1989: 41, lám. XI

OBSERVACIONES:

Dos fragmentos de una misma espada, muy ligeramente doblados (puede que por la presión de los estratos)

1118 LA ORUÑA

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MONAST. VERUELA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 3036
CRONOLOGÍA:
s.IV-50 a.C. (Bona et alii, 1983: 21)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Bona et alii, 1989: 42, lám. XII

OBSERVACIONES:

Arranque de la hoja y espiga completa, muy delgada. Hombros muy bajos, casi rectos.

1119 LA OSERA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Org. + susp.
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 479

INV. MUS.: 86/81/III/479/1 INV. QUES.: 4921
CRONOLOGÍA:
Sin datos

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Cabré de Morán, 1933: 42 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Espada de hoja corta, doblada en "U".
Se conserva una placa con orificio de remache para la suspensión lateral de una anilla. No hay otros indicios de vaina.

1120 LA OSERA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
¿SEP. 19?

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 4923
CRONOLOGÍA:
Sin datos

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 130, lám. 57

OBSERVACIONES:
Sólo se conoce un dibujo de perfil, procedente de foto.

1121 LA OSERA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Org. + susp.
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 201

INV. MUS.: 86/81/II/201/6 INV. QUES.: 4914
CRONOLOGÍA:
Fines s.IV-inicios III a.C. (Alvarez-Sanchís, 2003: 189)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Cabré de Morán, 1933: lám. 6; Schüle, 1969: 119; Lenerz, 1991: lám. 36a; Stary, 1994: lám. 44; Quesada, 1997: Fig. 153.

OBSERVACIONES:
Espada completa.
Por dibujos antiguos se deduce que faltan el botón del remate de la espiga y dos abrazaderas con anillas para sus suspensión lateral.

1122 LA OSERA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. 364

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Sin datos

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 85a, lám. 38

OBSERVACIONES:
Sólo conocemos un dibujo a partir de foto de su perfil.

1123 OSMA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Colección Rus

INV. MUS.: 1894/6-18080 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. IV-II/I a.C. necrópolis (Fuentes, 2004: 151-155)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 773, lám. 200; Fuentes, 2004: Fig. 35 y Fig. 37,3

OBSERVACIONES:
Hoja estrecha a cuatro mesas. Muy doblada.

1124 OSMA

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 18A

INV. MUS.: 24526 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. III a.C. (Fuentes, 2004: 152)
Tipología s. IV o inicios III a.C.

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 754b,c; lám. 198; Fuentes, 2004:
Fig. 37,1,2 y Figs. 23-24

OBSERVACIONES:

Espada completa. Vaina representada tan sólo por una de sus placas (probablemente anverso). Hay también una placa para sujeción lateral con anilla conservada.

1125 OSMA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 14A

INV. MUS.: 17/154-24554 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. II-I a.C. (Fuentes, 2004: 155) (fibula en omega)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lenerz, 1991: 763c, lám. 198; Fuentes, 2004: Fig.
16 y Fig. 37,7.

OBSERVACIONES:

Espada completa, doblada en "W".
Sección de hoja lenticular y punta estrecha.

1126 OSMA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAC-BARCELONA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 10B

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 4322
CRONOLOGÍA:
s. III a.C. (Fuentes, 2004: 152)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schüle, 1969: lám. 57,9; Lenerz, 1991: 758a, lám.
194; Lorrio, 1997: Fig. 76,B; Fuentes, 2004: Fig.
56, B

OBSERVACIONES:

Pieza desaparecida, doblada en "U".
Del dibujo se intuyen hombros bajos,
probablemente semirrectos.

1127 OSMA

TIPO ESPADA: C1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAC-BARCELONA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 13B

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 4325
CRONOLOGÍA:
s.II-I a.C. (Fuentes, 2004: 155) (fibula LT III)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schüle, 1969: lám. 59,7; Lenerz, 1991: 760b, lám.
196; Lorrio, 1997: Fig. 76,F; Fuentes, 2004: Fig.
56,F.

OBSERVACIONES:

Hoja doblada en "U", bastante mal conservada en el centro.
Tiene una acanaladura en cada lado.
Hombros muy caídos.

1128 OSMA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAC-BARCELONA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 14B

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 4339
CRONOLOGÍA:
s. III a.C. (Fuentes, 2004: 152)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schüle, 1969: lám. 60, 1; Lorrio, 1997: Fig. 76,E;
Fuentes, 2004: Fig. 66,E.

OBSERVACIONES:

Hoja ancha, sin nervios o biseles, doblada en "U".
Los hombros son muy bajos.

1129 OSMA

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Orgánica +
Anillas
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 20A

INV. MUS.: 17/54/24572 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.III a.C. (Fuentes, 2004: 152)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Fuentes, 2004: Fig. 27 y 37,4

OBSERVACIONES:

Hoja doblada en "U".
Hombros anchos y perfil ligeramente pistiliforme.
Le acompañan cuatro anillas de hierro, agrupadas
de 3 a 1 por tamaño.

1130 OSMA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Colección Rus

INV. MUS.: 85/4-18439 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s.IV-II/I a.C. necrópolis (Fuentes, 2004:
151-155)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Fuentes, 2004: Fig. 33 y 37,6

OBSERVACIONES:

Hoja delgada doblada en curioso pliegue, sin
aristas o nervios.

1131 OSMA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 9A

INV. MUS.: 17/54-24479 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s. III a.C. (Fuentes, 2004: 152)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Fuentes, 2004: Fig. 10 y 37, 5

OBSERVACIONES:

Hoja enrollada, de perfiles rectos.
Le falta un pequeño fragmento de la punta.
Hay una anilla de bronce en el ajuar que quizás le
pertenezca.

1132 OSMA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAC-BARCELONA
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: 9633 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. IV-II/I a.C. necrópolis (Fuentes, 2004:
151-155)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:

En mal estado, muy oxidada y exfoliada.
Pliegues leves.

1133 OSMA

TIPO ESPADA: C1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Colección Rus

INV. MUS.: 24264 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Fines s. IV-II/I a.C. necrópolis (Fuentes, 2004:
151-155)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:

En buen estado. Hoja estrecha, punta ancha y
hombros muy caídos.

1134 OSUNA

TIPO ESPADA: D2.1 TIPO VAINA: Armazón
DEPÓSITO: MAN ST-GERMAIN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 1233/1236-1 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
Mediados s. I a.C. (Rouillard, 1997: 26)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Poblado
BIBLIOGRAFÍA:
Rouillard, 1997: 58 y Fig. 76-81; Connolly, 1997:
Fig. 11,F; Sievers, 1997: Fig. 3

OBSERVACIONES:

Hoja muy ancha.
Restos de la vaina de madera en ambas caras.
La embocadura parecer ser alta.
Le falta la puna.
Se conservan restos muy fragmentados de su
suspensión y armazón.

1135 LA PELADILLA

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: COL. PARTICULAR
LOCALIZACIÓN:
URNA 1

INV. MUS.: S/N INV. QUES.: 6280
CRONOLOGÍA:
Fines s.V-II a.C. necrópolis (Martínez García,
1988: 89)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Martínez García, 1988: 82, lám. IV, 7 y Fig. 9,2;
Olària y Mañanós, 1999: 119

OBSERVACIONES:

Espada en dos mitades, le falta un fragmento de la
espiga.
Levemente torcida.
Punta ancha y hombros caídos.

1136 LA PELADILLA

TIPO ESPADA: B2.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. PARTICULAR

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: 6282

CRONOLOGÍA:

Fines s.V-II a.C. necrópolis (Martínez García,
1988: 89)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Martínez García, 1988: 86, lám. V, 6 y Fig. 10,1;
Olària y Mañanós, 1999: 133

OBSERVACIONES:

Pieza muy doblada, completa.

1137 LA PELADILLA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. PARTICULAR

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.:

CRONOLOGÍA:

Fines s.V-II a.C. necrópolis (Martínez García,
1988: 89)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Martínez García, 1988: 86, lám. V, 7 y Fig. 10,2;
Olària y Mañanós, 1999: 133

OBSERVACIONES:

Muy enrollada, de hoja ancha con sección
lenticular.

1138 LA PELADILLA

TIPO ESPADA: C/D TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. PARTICULAR

LOCALIZACIÓN:

URNA 1

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: 6278

CRONOLOGÍA:

Fines s.V-II a.C. necrópolis (Martínez García,
1988: 89)

CONSERV.: Incompleta

PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Martínez García, 1988: 82, lám. IV, 5 y Fig. 9,1

OBSERVACIONES:

Varios fragmentos de una espada, de hombros
caídos y hoja ancha.

1139 POZO MORO

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

SEP. 4F-2

INV. MUS.: 79/104/73/689 INV. QUES.: 6310

CRONOLOGÍA:

Fines III-inicios II a.C. (Alcalá-Zamora, 2003: 58)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 23 y Fig. 1,4;
Alcalá-Zamora, 2003: 310, fig. 29c,2

OBSERVACIONES:

En dos mitades, doblada en "U".
Hombros anchos y perfil ligeramente pistiliforme.

1140 POZO MORO

TIPO ESPADA: ¿D? TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

SEP. 5E-1

INV. MUS.: 79/104/73/1313 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

325-225 a.C. (Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 30 y
cuadro 4)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 23; Alcalá-Zamora,
2003: 334, Fig. 48a,1

OBSERVACIONES:

Varios fragmentos de una espada, con parte de la
espiga.

Hombros hipertrofiados rápidamente
convergentes, que indican una hoja pistiliforme.

1141 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III. Cuarteles 2ª Legión
Hastati (según Schulten)

INV. MUS.: 18778 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Schulten, 1929: 214, lám. 32,1; Connolly, 1997:
Fig. 9,c; Luik, 2002: 215, Fig. 191

OBSERVACIONES:

Buena parte del desarrollo central de la hoja de
una espada.

Falta la punta y los hombros/espiga. Hoja delgada.

1142 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III. Cuarteles Equites
sociorum (Según Schulten)

INV. MUS.: 18779 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Schulten, 1929: 214, lám. 32,2; Connolly, 1997:
Fig. 9,D; Luik, 2002: 217, Fig. 191

OBSERVACIONES:

Fragmento de la parte distal de la hoja. Le falta un
pequeño fragmento en la punta además de la
mitad proximal y la espiga.

1143 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III

INV. MUS.: 18671 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Schulten, 1929: 209, lám. 26,1; Luik, 2002: 216,
Fig. 191

OBSERVACIONES:

Fragmento incierto de hoja, de sección lenticular.

1144 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III

INV. MUS.: Desconocido INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Luik, 2002: 218, Fig. 191

OBSERVACIONES:

Pequeño fragmento de punta, ancha.
Compatible con 1143.

1145 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: B1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III. Edificio tras el Praetorium
(Según Schulten)

INV. MUS.: 18639 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Schulten, 1929: 209, lám. 25,9; Luik, 2002: 214,
Fig. 191

OBSERVACIONES:

Hoja muy ancha, con filos paralelos y sección a
cuatro mesas. La escala que proporciona Luik,
2002: Fig. 191 no puede ser correcta.

1146 RENIEBLAS

TIPO ESPADA: A TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA/
VIIB

DEPÓSITO: RGZM MAINZ

LOCALIZACIÓN:

Campamento III

INV. MUS.: 18139,76/1914 INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Medidados s. II a.C. (Luik, 2002: 171)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Campamento

BIBLIOGRAFÍA:

Luik, 2002: 219-221, Fig. 192

OBSERVACIONES:

Varios fragmentos de una misma vaina enteriza,
con nervio central y refuerzo en el anverso.
Conocemos un fragmento del desarrollo del
reverso, además de la hembrilla, pero no sabemos
si tuvo placas para su sujeción lateral.

1147 LA REVILLA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO

LOCALIZACIÓN:

SEP. C

INV. MUS.: P-54 INV. QUES.: 4127

CRONOLOGÍA:

Inicios s.III a.C. (Ortego, 1983: 578) (broche de
cinturón); quizás algo elevada.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Ortego, 1983: lám. III; Cabré de Morán, 1990: Fig.
20; Lenerz, 1991: 660a, lám. 259; Lorrio, 1997:
Fig. 74,C

OBSERVACIONES:

Hombros bajos y punta estrecha.
Doblada en "U".
El centro de la hoja se ha abierto a causa del
pliegue.

1148 EL ROMAVAL

TIPO ESPADA: D2.2 TIPO VAINA: Orgánica
+ contera
DEPÓSITO: MUS. CACERES
LOCALIZACIÓN:
SEP. 36

INV. MUS.: D-4199 INV. QUES.: 5388
CRONOLOGÍA:
Fines III-I a.C. necrópolis (Alvarez-Sanchís, 2003:
195-6)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Hernández, 1991: 262; Hernández y Galán, 1996:
119, Fig. 53; Alvarez-Sanchís, 2003: 195 y Fig.
77,C.
OBSERVACIONES:
Doblada en "U".
Hombros caídos, hoja ancha y punta triangular.
Filos semiparalelos.
Se conserva un fragmento de contera.

1149 EL ROMAVAL

TIPO ESPADA: D1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. CACERES
LOCALIZACIÓN:
SEP. 145

INV. MUS.: D-4198 INV. QUES.: 5389
CRONOLOGÍA:
Fines III-I a.C. necrópolis (Alvarez-Sanchís, 2003:
195-6)
CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Hernández, 1991: 262; Hernández y Galán, 1996:
116; Alvarez-Sanchís, 2003: 196 (sólo cita)
OBSERVACIONES:
Hoja ligeramente pistiliforme. Falta la punta.

1150 TAPADA DAS ARGOLAS

TIPO ESPADA: C1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Desconocido
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: Desconocido INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
¿III-II a.C.? (Vilaça et alii, 2002-2003: 193)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: ¿Tumba?
BIBLIOGRAFÍA:
Vilaça et alii, 2002-2003: 183 y Fig. 9,1

OBSERVACIONES:
Sólo conocemos el dibujo publicado, que muestra
los hombros caídos y perfiles rectos de la hoja.

1151 TESORO DE CARABIAS

TIPO ESPADA: A4 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 40/27/CA/401 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
VII-III a.C. necrópolis (Requejo, 1978: 61)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Inédita

OBSERVACIONES:
En bastante mal estado por el óxido.
Arranque de la hoja y algún fragmento aislado.
La guarda delata clara relación con las espadas de
tipo Echauri/Quesada II. No así su hoja.

1152 UCERO

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: V/7 INV. QUES.: 4256

CRONOLOGÍA:

Necrópolis varios momentos: Fase III o IV (fin.
IV-inicios III a.C./III-II a.C.)(García-Soto, 1988:91)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita (Cabré de Morán, 1990: 216, nota 37: sólo
cita)

OBSERVACIONES:

Fragmento distal de la hoja y punta.
Estrecha y a cuatro mesas.

1153 UCERO

TIPO ESPADA: D1.2 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: V1-1261 INV. QUES.: 4257

CRONOLOGÍA:

Necrópolis varios momentos: Fase III o IV (fin.
IV-inicios III a.C./III-II a.C.)(García-Soto, 1988:91)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Perez Casas, 1988: 121

OBSERVACIONES:

Hombros muy hipertrofiados.
Hoja ligeramente pistiliforme y punta muy
estrecha.
La espiga remata en un pequeño estrangulamiento
que delata la presencia de un botón, hoy perdido.

1154 VILLARICOS

TIPO ESPADA: IA TIPO VAINA: Enteriza
-Ques. VIIA
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 556 (Hipogeo 4)

INV. MUS.: 196-221/222 INV. QUES.: 2009

CRONOLOGÍA:

Necrópolis principalmente s. III-II a.C.
(Almagro-Gorbea, 1984: 217)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Astruc, 1951: 78 (nota 561); Almagro-Gorbea,
1984: 65 y Fig. 30

OBSERVACIONES:

Fragmento de punta de la espada y varios
fragmentos de vaina enteriza y de carriles (¿de la
contera?).
Vaina de embocadura alta, trapezoidal, y perfil al
parecer de tendencia convergente de sus lados.
Casi con seguridad del noreste: NE-I/IIB.

1155 VILLARICOS

TIPO ESPADA: D1.2 TIPO VAINA: Org. + susp.
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 560 (Hipogeo 3)

INV. MUS.: 35/4/VILL/560/6 INV. QUES.: 2014

CRONOLOGÍA:

Necrópolis principalmente s. III-II a.C.
(Almagro-Gorbea, 1984: 217)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Astruc, 1951: 77; Almagro-Gorbea, 1984: 46

OBSERVACIONES:

Espada fragmentada.
Espiga muy ancha, hombros caídos y perfil
ligeramente pistiliforme.
Hay también un fragmento de placa para
suspensión lateral con anilla; perdido.

1156 VILLARICOS

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. 560 (Hipogeo 3)

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: 2015
CRONOLOGÍA:
Necrópolis principalmente s. III-II a.C.
(Almagro-Gorbea, 1984: 217)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Astruc, 1951: 77; Almagro-Gorbea, 1984: 47

OBSERVACIONES:

No se conserva.
Sólo un fragmento de la punta.

1157 VILLARICOS

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Armazón
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 174

INV. MUS.: 35/4/VILL/174/3 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
S. VI a.C.-I d.C. necrópolis (Almagro-Gorbea,
1984:11-12)
CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Astruc, 1951: 61 (nota 425) (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Espada casi completa, a excepción de la punta y buena parte de la espiga.
Doblada en "U".
La acompañan gran número de fragmentos de hierro en forma de media caña, como armazón para la vaina o una contera muy larga.

1158 VILLARICOS

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 394

INV. MUS.: 35/4/VILL/394/1 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
S. VI a.C.-I d.C. necrópolis (Almagro-Gorbea,
1984:11-12)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Astruc, 1951: 51 (nota 327) (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Cuatro fragmentos muy deteriorados de una hoja de espada, sin muchos datos.

1159 VILLARICOS

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 1080

INV. MUS.: 35/4/VIL/1080/1 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
S. VI a.C.-I d.C. necrópolis (Almagro-Gorbea,
1984:11-12)
CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Astruc, 1951: 78 (nota 561) (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Fragmentos de la parte proximal de la hoja, muy oxidados y en mal estado de conservación.

1160 DESCONOCIDO

TIPO ESPADA: D1.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. PARTICULAR

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Sin datos

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Indet.

BIBLIOGRAFÍA:

Alvarez et alii, 1990: 288: Fig. 3,1

OBSERVACIONES:

Espada completa, de hombros caídos y perfil ligeramente pistiliforme.
Sección lenticular según indica su fuente.
Colección Perez Aguilar

1161 DESCONOCIDO

TIPO ESPADA: B1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: COL. PARTICULAR

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: S/N

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Sin datos

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Indet.

BIBLIOGRAFÍA:

Alvarez et alii, 1990: 288 y Fig. 3,2

OBSERVACIONES:

Algo afectada de los filos, pero completa.
Espiga rematada en botón.
Sección lenticular según su fuente.

1162 DESCONOCIDO

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: MUS. NAVARRA

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

Sin datos

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: ¿Tumba?

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Doblada dos veces en "U".
Hoja estrecha a cuatro mesas.
Procedencia desconocida ¿¿Cortes de Navarra??

1163 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC

DEPÓSITO: ¿MAN?

LOCALIZACIÓN:

SEP. S

INV. MUS.: Desaparecida

INV. QUES.: S/N

CRONOLOGÍA:

s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta

PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 104-106 y fig. 37, 2.

OBSERVACIONES:

Parte proximal de una espada, con la espiga completa, rematada en botón.

1164 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: ¿MAN?
LOCALIZACIÓN:
SEP. S

INV. MUS.: Desaparecida INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 106 y fig. 37, 3.

OBSERVACIONES:

Espada completa. Sólo conocemos una foto de su perfil.

1165 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: --- TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. T

INV. MUS.: 40/27/AR/4749 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 108 y fig. 38, 2.

OBSERVACIONES:

Restos de una de las placas y el cuerpo de una contera, probablemente de una vaina de espada La Tène. En uno de los lados, se observa la huella circular de uno de los botones de sujeción de la contera, que sería del formato de tirantes.

1166 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: A/NE TIPO VAINA: Enteriza
-Ques.VIIA
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis (tipología 2/4-mediados s.
IV a.C.)

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado. 2009: 288 y fig. 149,
3.

OBSERVACIONES:

Espada con vaina enteriza, incompletas. La vaina se ensambla en reverso sobre anverso y tiene una contera con remate circular y sujeción por tirantes con botones. La placa de anverso tiene un nervio longitudinal. No se conservan restos de la suspensión de la vaina ni de la parte proximal de esta o de la espada.
O bien se trata de un ejemplar del grupo A o, quizás, de una pieza del noreste, del tipo NE-IB.

1167 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado. 2009: 288 y fig. 150,
4.

OBSERVACIONES:

Espada enrollada, de hoja delgada a cuatro mesas. Se conserva completa.

1168 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 288-289 y fig.
151, 5.

OBSERVACIONES:

Parte proximal de una espada, de hoja con sección lenticular. La espiga está doblada sobre sí misma.

1169 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 291 y fig. 151,
6.

OBSERVACIONES:

Espada casi completa, aunque mal conservada, con los filos muy afectados por la corrosión. Falta parte de la espiga.

1170 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: D1.3 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 291 y fig. 152,
7.

OBSERVACIONES:

Espada doblada en su tercio distal y el extremo de la punta, que es de tipo estrecho. Por el dibujo publicado, parece que los hombros son anchos y se estrechan de forma progresiva en la mitad proximal.

1171 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: B2.1 TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Simple
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 291 y fig. 152,
8.

OBSERVACIONES:

Parte de la punta de una espada, doblada cerca de su extremo. Por la estrechez de la hoja, debió tratarse de un ejemplar del tipo B2.

1172 ARCÓBRIGA

TIPO ESPADA: Indet. TIPO VAINA: Sin-V/Org.-
Ques. VIIC
DEPÓSITO: Col. particular
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Doble
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 291 y fig. 152,
9.

OBSERVACIONES:

Ejemplar mal conocido, aunque su conservación es completa. El dibujo publicado revela un complejo pliegue en forma de "3".

1173 ATANCE

TIPO ESPADA: B1.1 TIPO VAINA: ESP-Ques.
VIIB
DEPÓSITO: MAN
LOCALIZACIÓN:
SEP. 13

INV. MUS.: 40/27/AR/2451 INV. QUES.: S/N
CRONOLOGÍA:
s.IV-II a.C. necrópolis

CONSERV.: Incompleta PLIEGUE: Indet.
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Lorrio y Sánchez de Prado, 2009: 524 y fig. II-4,
1.

OBSERVACIONES:

Fragmento de una vaina enteriza, con restos de suspensión lateral y anilla. La placa de anverso contiene nervio longitudinal. Las proporciones de la vaina encajarían con los ejemplares del tipo B1.1, aunque la espada no se conserva.

2001 LA ALMOINA

TIPO UMBO: F2.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica

DEPÓSITO: SIAM VALENCIA

LOCALIZACIÓN:

Nivel de destrucción con cuerpos humanos
torturados y mutilados

INV. MUS.: 0/169 INV. QUES.: 2689

DATACIÓN: Primera mitad s. I a.C. (c. 75 a.C.):
Ribera, 1995: 38

CONSERV.: Completa ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Ribera, 1995: 32 y fig. 16, 4; Quesada, 1997: 540,
fig. 313; Quesada, 2004: 77 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Umbo con aletas trapezoidales y curvatura leve,
aboyado en el centro al haber sido golpeado.

2002 LA ALMOINA

TIPO UMBO: F2.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica

DEPÓSITO: SIAM VALENCIA

LOCALIZACIÓN:

Nivel de destrucción con cuerpos humanos
torturados y mutilados

INV. MUS.: 0/170 INV. QUES.: 2690

DATACIÓN: Primera mitad s. I a.C. (c. 75 a.C.):
Ribera, 1995: 38

CONSERV.: Incompleta ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Ribera, 1995: 32 y fig. 16, 2; Quesada, 2004: 77 y
fig. 7

OBSERVACIONES:

Igual que 2001 pero peor conservado.
En el dibujo publicado el fragmento de una de las
aletas es mayor, y se cita la presencia de un
orificio para remache.

2003 ALTO CHACON

TIPO UMBO: I2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica

DEPÓSITO: MUS. TERUEL

LOCALIZACIÓN:

Departamento 22

INV. MUS.: 8857 INV. QUES.: 2971

DATACIÓN: s. I a. C.

CONSERV.: Completa ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Atrian, 1976: 76 y fig. 43h y lám. LI; Quesada,
1997: Fig. 298; Quesada, 2004: 79 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Umbo circular de hierro, decorado con una serie
de molduras hemisféricas (6) con líneas incisas en
cruz más una moldura central de mayor diámetro.
Se conservan hasta cuatro de los seis orificios
originales para sus sujeción al cuerpo del escudo.

2004 ALVARELHOS

TIPO UMBO: E2.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica

DEPÓSITO: MUS. AB. PEDROSA

LOCALIZACIÓN:

Desconocida

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Sin datos (tipología LT D2: s. I a.C.)

CONSERV.: Completa ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Soeiro, 1980: 242; Quesada, 2003b: 97;
Quesada, 2004: 77, nota 19.

OBSERVACIONES:

No localizado.
Aletas trapezoidales muy altas.
Fragmentado en el centro de la concha.
Tiene unos rebordes hipertrofiados en la parte
inferior y superior de esta. Sin duda en hierro pese
a la posible confusión en Soeiro, 1980: 237, quien
añade la pieza entre los elementos de bronce.

2005 AMPURIAS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: 5B

DEPÓSITO: MAC-GIRONA

LOCALIZACIÓN:

Desconocida

INV. MUS.: 654

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Sin datos

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Indeterminado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Manilla de escudo de empuñadura maciza y erguida, con terminales en forma foliácea a dos remaches.

2006 AMPURIAS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MAC-GIRONA

LOCALIZACIÓN:

Desconocida

INV. MUS.: 13973/4

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Sin datos

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Indeterminado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Dos únicos fragmentos de orla, rectos.

2007 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: G1 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-EMPÚRIES

LOCALIZACIÓN:

SEP. 45

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: 2783

DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 310 y fig. 268, 8; Quesada, 2004: 77.

OBSERVACIONES:

Concha cerrada y aletas hipertrofiadas.
Una parte perdida. Una de las aletas se conserva unida a la espada La Tène de la misma tumba.
Habría restos de orla según Almagro, 1953: 261.

2008 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: G1 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-EMPÚRIES

LOCALIZACIÓN:

SEP. 57

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: 2785

DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Desaparecido ORLA: No

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 319 y fig. 281, 9; Quesada, 2004: 77

OBSERVACIONES:

Umbo desaparecido, del que sólo se conserva un dibujo esquemático.
Grandes aletas y concha alta y cerrada.

2009 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: G1 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: ¿MAC-GIRONA?

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 2798

DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 383 y fig. 386, 6; Quesada, 2004:
77

OBSERVACIONES:

No localizado.

Sólo conservaba la concha, que a juzgar por las
medidas largas (20 cm) sólo puede pertenecer a
uno de los tipos tardíos (G) con concha alta.

2010 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: Indet TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: ¿MAC-GIRONA?

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 2799

DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 383 y fig. 386, 7; Quesada, 2004:
77

OBSERVACIONES:

Sólo parte de la concha de un umbo, de 15 cm de
longitud. Pudo ser cualquier tipo.

2011 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MAC-EMPÚRIES

LOCALIZACIÓN:

SEP. 110

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 354 y fig. 336, 4

OBSERVACIONES:

Ocho fragmentos de orla de perfil recto.

No hay restos en la tumba que indiquen el tipo de
umbo al que se asociaba.

2012 AMPURIAS-MATEU

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MAC-EMPÚRIES

LOCALIZACIÓN:

SEP. 1 (Incineración)

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: s. III a.C.-I a.C. necrópolis (Almagro,
1953: 221)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Almagro, 1953: 230 y fig. 194, 4.

OBSERVACIONES:

Dos fragmentos de orla conservados.

En la publicación se cita: "varios", con longitudes
de hasta 20 cms.

2013 ARCOS DE LA FRONT.

TIPO UMBO: A1.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. CADIZ
LOCALIZACIÓN:
El Hinojal. Tumba de incineración

INV. MUS.: 12022 INV. QUES.: 2156
DATACIÓN: Sin datos. Quizás s. III / II a.C.

CONSERV.: Completa ORLA: No
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Sary, 1994: lám. 13, 2a; Quesada, 2004: 77

OBSERVACIONES:

Gran umbo de concha alta, bivalvo y con protector para el nervio de la spina. Bien conservado.

2014 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: F2.1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.:
DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Iriarte et alii, 1997: 247 y fig. 14

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos conservados en el Museo de La Rioja.
Moldura longitudinal en la concha, muy ancha.

2015 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: D2.1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6254
DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Incompleta ORLA: No
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Marcos, 1996: fig. 12; Iriarte et alii, 1997: 247;
Quesada, 2004: 77

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos conservados en el Museo de La Rioja.
Aletas rectangulares.

2016 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: F2.1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6255
DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Iriarte et alii, 1997: 247 y fig. 14; Quesada, 2004:
77

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos conservados en el Museo de La Rioja.
Aletas de mariposa.

2017 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: Indet TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6256

DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Incompleta ORLA: No

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1997: 247 y fig. 14; Quesada, 2004:
77

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos
conservados en el Museo de La Rioja.
No está claro si las aletas eran trapezoidales o
rectangulares. A juzgar por la posición de los
clavos, probablemente lo primero.

2018 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: D2.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6257

DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1997: 247 y fig. 14; Quesada, 2004:
77

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos
conservados en el Museo de La Rioja.
Aletas rectangulares muy largas. Concha con una
importante curvatura y moldura longitudinal ancha.

2019 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: F3.2 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6258

DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Marcos, 1996: fig. 12; Iriarte et alii, 1997: 247;
Quesada, 2004: 77 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Restituido a partir de numerosos fragmentos
conservados en el Museo de La Rioja.
Una de las aletas muy bien conservadas.
La concha es muy alta y sólo concuerda con estas
aletas.

2020 LA AZUCARERA

TIPO UMBO: I TIPO MANILLA: Indet
DEPÓSITO: MUS. LA RIOJA
LOCALIZACIÓN:
Depósito de armas

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Según Iriarte et alii, 1997: 249,
sertoriano. Mejor 150-75 a.C.

CONSERV.: Desaparecido ORLA: Indet

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Iriarte et alii, 1997: 234 y fig. 14

OBSERVACIONES:

Umbo circular perdido del que sólo se conoce una
referencia. Sin datos.

2021 CABRERA DE MAR

TIPO UMBO: E1.1 TIPO MANILLA: 3A

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

SEP. II

INV. MUS.: 19119 INV. QUES.: 2623

DATACIÓN: Segunda mitad del siglo III a.C.

CONSERV.: Completa ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Barberà, 1970: 181 y fig. 9; Quesada, 1997: 540, fig. 313; García Roselló et alii, 1998: fig. 4, 3; Quesada, 2004: 77 y fig. 7.

OBSERVACIONES:

Umbo de aletas trapezoidales cortas. Un clavo de cabeza grande para cada aleta. Según Barberà, 1970: 175, había orlas.

2022 CABRERA DE MAR

TIPO UMBO: E1.1 TIPO MANILLA: 3A

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

SEP. IV

INV. MUS.: 19153 INV. QUES.: 2627

DATACIÓN: Segunda mitad del siglo III a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Barberà, 1970: 188 y fig. 15; Quesada, 2004: 77

OBSERVACIONES:

Del mismo tipo que el de la tumba II (2021) pero peor conservado y con clavos menos voluminosos. Según Barberà, 1970: 175, había orlas.

2023 CABRERA DE MAR

TIPO UMBO: C1.2 TIPO MANILLA: 3B

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

SEP. A

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 2645

DATACIÓN: 350-250 a.C. necrópolis (Barberà, 1970: 189)

CONSERV.: Completa ORLA: Indet

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Rubio, 1888: 710 y lám. 7; Sandars, 1913: fig. 34; Quesada, 1997: 540, fig. 313; García Roselló et alii, 1998: fig. 4, 1; Quesada, 2004: 77 y fig. 7.

OBSERVACIONES:

Umbo con aletas curvas y curiosos apéndices en forma de flecha rematando en el centro. En el reverso se aprecia parte de la empuñadura.

2024 CABRERA DE MAR

TIPO UMBO: E1.2 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: 30518 INV. QUES.: 6318

DATACIÓN: 350-250 a.C. necrópolis (Barberà, 1970: 189)

CONSERV.: Completa ORLA: Indet

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Quesada, 1997: 540, fig. 313; García Roselló, et alii, 1998: fig. 4, 2; Quesada, 2004: 77 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Umbo de aletas trapezoidales, bien conservada. No se conserva resto alguno de manilla. Procede de las excavaciones de Rubio de la Serna.

2025 CA N'OLIVER

TIPO UMBO: D1.1 TIPO MANILLA: 2B

DEPÓSITO: MUS. Cerdanyola

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: mc990b

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 275-225 a. C.

CONSERV.: Completa

ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Umbo de concha media-alta y aletas rectangulares muy cortas. El remache principal es de cabeza alta y pudo existir algún otro orificio para clavos. Se conserva parte de la manilla de hierro.

2026 LA CARIDAD

TIPO UMBO: F3.1 TIPO MANILLA: Sin restos / Orgánica

DEPÓSITO: MUS. TERUEL

LOCALIZACIÓN:

Casa I-2, Insula I

INV. MUS.: 15790

INV. QUES.: 2977

DATACIÓN: 1/3 s. I a.C. (Vicente et alii, 1997: 196)

CONSERV.: Completa

ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Vicente et alii, 1997: fig. 40 y 42; Quesada, 1997: 540, fig. 313; Quesada, 2004: fig. 7; Bishop y Coulston, 2006: fig. 30, 3.

OBSERVACIONES:

Aletas de mariposa muy prominentes. Los clavos de sujeción conservados tienen cabezas abultadas, de forma troncocónica.

2027 LA CARIDAD

TIPO UMBO: E2.1 TIPO MANILLA: Sin restos / Orgánica

DEPÓSITO: MUS. TERUEL

LOCALIZACIÓN:

Casa I-2; Insula I

INV. MUS.: 11630

INV. QUES.: 6230

DATACIÓN: 1/3 s. I a.C. (Vicente et alii, 1997: 196)

CONSERV.: Completa

ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Vicente et alii, 1997: fig. 41 y 42; Quesada, 1997: 540, fig. 313; Quesada, 2004: fig. 7; Bishop y Coulston, 2006: fig. 30, 4.

OBSERVACIONES:

Umbo de aletas trapezoidales con muchas sujeciones por aleta.

2028 CASTILSABÁS

TIPO UMBO: H1 TIPO MANILLA: Sin restos / Orgánica

DEPÓSITO: MUS. HUESCA

LOCALIZACIÓN:

Sin datos

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: ¿s. II a.C.?

CONSERV.: Completa

ORLA: Indet

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Concha bastante alta y aletas cortas (entre trapezoidales y curvas) con un orificio único para clavo por aleta.

2029 CIGARRALEJO

TIPO UMBO: A1.1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 395

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6291
DATACIÓN: s. IV a.C. (Quesada, 2004: 77)

CONSERV.: Completa ORLA: No
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1997: 540, fig. 313; Quesada, 2004: 77
y fig. 7.

OBSERVACIONES:
Umbo bivalvo a dos piezas idénticas, bien
conservado.

2030 CIGARRALEJO

TIPO UMBO: A1.1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 483

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6292
DATACIÓN: s. IV a.C. (Quesada, 2004: 77)

CONSERV.: Completa ORLA: No
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Quesada, 1997: 540 (sólo cita); Quesada, 2004:
77 (sólo cita).

OBSERVACIONES:
Muy fragmentado, sólo aparecen pedazos de una
de las conchas.

2031 L' ESQUERDA

TIPO UMBO: Indet TIPO MANILLA: ---
DEPÓSITO: MUS. L'ESQUERDA
LOCALIZACIÓN:
Calle del poblado ibérico

INV. MUS.: 650-655 INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: s. III a.C. (Ollich et alii, 2006: 164)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí
CONTEXTO: Pobl/Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Ollich et alii, 2006: 164-165.

OBSERVACIONES:
Fragmentos de orla de escudo oval curvos y
rectos; algunos con botón.
Supuestamente asociados a un umbo discutible,
de forma totalmente desconocida.

2032 MAS CAST. (PONTÓS)

TIPO UMBO: D1.2 TIPO MANILLA: Indet
DEPÓSITO: MAC-GIRONA
LOCALIZACIÓN:
Calle entre casas complejas 1 y 2

INV. MUS.: 11042-4-1 INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Rovira,
2002: 367)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Indet
CONTEXTO: Pobl/Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Rovira, 2002: fig. 11.28.7

OBSERVACIONES:
Restos de un umbo de escudo de aletas
rectangulares, muy fragmentado.

2033 MAS CAST. (PONTÓS)

TIPO UMBO: Indet TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-GIRONA

LOCALIZACIÓN:

Calle entre casas complejas 1 y 2

INV. MUS.: 101001-4-4 INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Rovira, 2002: 367)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Pobl/Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Rovira, 2002: 365 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Muy dudoso.

Restos de dos aletas y el arranque de la concha; muy deformados por acción ritual (¿aletas trapezoidales?)

2034 MAS CAST. (PONTÓS)

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: 1

DEPÓSITO: MAC-GIRONA

LOCALIZACIÓN:

Establecimiento rural (casa compleja 1 o 2)

INV. MUS.: 1000-5-2 INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Rovira, 2002: 367)

CONSERV.: Completa ORLA: Indet

CONTEXTO: Pobl/Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Rovira, 2002: fig. 11.17

OBSERVACIONES:

Posible manilla de escudo lisa y sin terminales.

2035 MAS CAST. (PONTÓS)

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: 5A

DEPÓSITO: MAC-GIRONA

LOCALIZACIÓN:

Establecimiento rural (casa compleja 1 o 2)

INV. MUS.: 158-4-22 INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Rovira, 2002: 367)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Pobl/Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Posible manilla de escudo de empuñadura erguida y aletas rectangulares largas.

2036 POZO MORO

TIPO UMBO: A1.2 TIPO MANILLA: Sin restos / Orgánica

DEPÓSITO: MAN

LOCALIZACIÓN:

SEP. 2- 4F

INV. MUS.: 79/104/73/683 INV. QUES.: 6066

DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Alcalá-Zamora, 2003: 58)

CONSERV.: Incompleta ORLA: No

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Alcalá-Zamora y Bueno, 2000: 24; Alcalá-Zamora, 2003: 57 y fig. 29d, 4; Quesada, 1997: 540; Quesada, 2004: fig. 7

OBSERVACIONES:

Fragmentos de umbo bivalvo con protector para el nervio de la espina.

2037 PUIG DE ST. ANDREU

TIPO UMBO: C1.1 TIPO MANILLA: 1

DEPÓSITO:

LOCALIZACIÓN:

Torre 2

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 1/2 s. III a.C.

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Pobl/Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Umbo con aletas curvas extremadamente cortas. En reverso es bien visible su manilla ancha, en placa y sin terminales.

2038 PUIG DE ST. ANDREU

TIPO UMBO: A2 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET

LOCALIZACIÓN:

Zona 13 (calle adyacente a casa compleja); sector 1, UE. 13.028

INV. MUS.: 4843

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 225-195 a.C.

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Umbo bivalvo muy fragmentado, al parecer con aletas cortísimas y un delgado protector para el nervio de la spina en una de sus conchas.

2039 PUIG DE ST. ANDREU

TIPO UMBO: B1 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET

LOCALIZACIÓN:

Zona 14, sector 25 (casa compleja), UE. 14541

INV. MUS.: 4842

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 350-300 a.C.

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet

CONTEXTO: Pobl/Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Inédito

OBSERVACIONES:

Restos escasos de un posible umbo bivalvo, al parecer sin aletas.

2040 EL ROMAZAL

TIPO UMBO: A1.2 TIPO MANILLA: Sin restos / Orgánica

DEPÓSITO: MUS. CACERES

LOCALIZACIÓN:

SEP. 143

INV. MUS.: 7563/7564

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Fines III-I a.C. necrópolis (Álvarez-Sanchís, 2003: 195-6)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Hernández et alii, 2008: 332 y fig. 11

OBSERVACIONES:

Umbo bivalvo con protector, bastante completo. Los apéndices de las aletas son estrechos. Al contrario de lo que parece afirmarse en su publicación, es el único bivalvo de la necrópolis.

2041 ST.MIQUEL LLIRIA

TIPO UMBO: I1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS PHA VALENCIA
LOCALIZACIÓN:
Desconocida

INV. MUS.: 24.124 INV. QUES.: 2224

DATACIÓN: Hacia mediados s. I a.C. (Quesada,
2004: 79)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Fletcher y Pla, 1977: 164; Bonet, 1995: 298 y fig.
149; Quesada, 2004: 79 y fig. 7.

OBSERVACIONES:

Umbo circular bien conservado en la concha pero
algo deteriorado en el borde.

2042 TOSSAL DE LES TENAL.

TIPO UMBO: D1.2 TIPO MANILLA: 4A
DEPÓSITO: MAC-BARCELONA
LOCALIZACIÓN:
Sin datos

INV. MUS.: 30995 INV. QUES.: 3065

DATACIÓN: s. III a.C. (Colominas y Duran, 1920:
615)

CONSERV.: Completa ORLA: No

CONTEXTO: Poblado

BIBLIOGRAFÍA:

Colominas y Duran, 1920: 613-14 y fig. 393;
Garcès, 1996: 103; Quesada, 1997: 540 y fig.
313; Quesada, 2004: 77 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Umbo de aletas rectangulares algo retorcidas.
Bastante voluminosos. Un solo remache de
sujeción por aleta, rematado en los terminales de
una delgada manilla.

2043 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---
DEPÓSITO: MUS. MATARÓ
LOCALIZACIÓN:
SEP. 17

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García
Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 50-51, 9.

OBSERVACIONES:

Un sólo fragmento curvo de orla publicado, pero
en la publicación se refiere a más.

2044 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: F1 TIPO MANILLA: 4A
DEPÓSITO: MUS. MATARÓ
LOCALIZACIÓN:
SEP. 26

INV. MUS.: 86.2 INV. QUES.: 6149

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García
Roselló, 1993)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 56-57; García Roselló et
alii, 1998: fig. 4, 7; Quesada, 2004: 77 y fig. 7

OBSERVACIONES:

Mitad lateral de un escudo con aletas de mariposa.
Hay además 24 fragmentos de orla.

2045 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 41

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 2/2 s. III a.C. (García Roselló, 1993: 79)

CONSERV.: Incompleta

ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 78-80, 6

OBSERVACIONES:

Cinco fragmentos de orla de escudo, muy fragmentados.

2046 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 43

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta

ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 82-83, 7

OBSERVACIONES:

Muy pocos restos conservados. Sólo un fragmento de orla.

2047 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: F1 TIPO MANILLA: 4B

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 51

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: 6153

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Completa

ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 124; Quesada, 1997: 540, fig. 313; Quesada, 2004: 77 y fig. 7.

OBSERVACIONES:

Umbo bien conservado, con los remates de su manilla.
Restos de orla correspondientes a este escudo o bien a 2048.

2048 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: E1.2 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 51

INV. MUS.: s/ref.

INV. QUES.: 6154

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta

ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 125; García Roselló et alii, 1998: fig. 4, 6 y 8; Quesada, 2004: 77.

OBSERVACIONES:

Umbo fragmentado, con parte de una aleta trapezoidal muy rara con aperturas aparentemente decorativas.
La hebilla asociada no es parte del umbo sino que está pegada a él por el óxido.
Restos de orla correspondientes a este escudo o bien a 2047.

2049 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: E1.2 TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 52

INV. MUS.: 86.52.14 INV. QUES.: 6159

DATACIÓN: Fines III-inicios II a.C. (García Roselló, 1993: 129)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 129-132; García Roselló et alii, 1998: fig. 4, 5; Quesada, 2004: 77

OBSERVACIONES:

Umbo bastante fragmentado, con un único remache conservado.

No hay restos de la manilla u orla en el ajuar recuperado.

2050 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 62

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6158

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 140, 2-5

OBSERVACIONES:

Fragmentos de orla rectos y curvos, algunos con botones de agarre.

2051 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: D TIPO MANILLA: Indet

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 64

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6164

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 143-144, 6-10

OBSERVACIONES:

Fragmento de una aleta rectangular de umbo y restos de orla, con botones.

El aparente clavo de sujeción del ángulo de la aleta probablemente no es tal sino un elemento exento pegado por el óxido.

2052 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO UMBO: Indet TIPO MANILLA: 2A

DEPÓSITO: MUS. MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 83

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 6165

DATACIÓN: 250-175 a.C. necrópolis (García Roselló, 1993)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 164, 3-4.

OBSERVACIONES:

Restos muy pobres de un umbo de escudo de tipo indeterminado en su unión entre una aleta y la concha, conservando parte del remate de la manilla, de tipo circular.

Hay además un largo fragmento de orla.

2053 VILLARICOS

TIPO UMBO: A1 TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. ALMERÍA
LOCALIZACIÓN:
HIPOGEO 5

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: 2053
DATACIÓN: Necrópolis principalmente s. III-II
a.C. (Almagro-Gorbea, 1984: 217)

CONSERV.: Semicompleta ORLA: No
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Almagro-Gorbea, 1984: 91 y fig. 43; Quesada,
2004: 77 y fig. 7.

OBSERVACIONES:

Una de las conchas de un umbo bivalvo sin protector, muy largo y bien conservado.

2054 MAS CAST. (PONTÓS)

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: 2A
DEPÓSITO: MAC-GIRONA
LOCALIZACIÓN:
Establecimiento rural (casa compleja 1 o 2)

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: Fines s. III-inicios II a.C. (Rovira,
2002: 367)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet
CONTEXTO: Pobl/Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Rovira, 2002: fig. 11.17.3.

OBSERVACIONES:

Fragmentos de una posible manilla de escudo de empuñadura en chapa y remates circulares, del que se conserva uno atravesado por un clavo.

2055 RENIEBLAS

TIPO UMBO: I TIPO MANILLA: Sin restos /
Orgánica
DEPÓSITO: MUS. MAINZ
LOCALIZACIÓN:
Campamento III. Cuartel de los Triarii.

INV. MUS.: 18.888 INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: Campamento med.s. II a.C. (Luik,
2002: 171). ¿Umbo posterior?

CONSERV.: Incompleta ORLA: Indet
CONTEXTO: Campamento
BIBLIOGRAFÍA:
Schulten, 1914: 221, lám. 39, 6; Luik, 2002: 226 y
lám. 179, 124

OBSERVACIONES:

Fragmento de umbo, aparentemente de tipo circular.
Sólo una pequeña parte de la concha y la base, sin sujeciones visibles.

2056 AMPURIAS-LES CORTS

TIPO UMBO: --- TIPO MANILLA: ---
DEPÓSITO: MAC-EMPÚRIES
LOCALIZACIÓN:
SEP. 7

INV. MUS.: s/ref. INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: Inicios s. II a.C.-mediados I a.C.
necrópolis (Almagro, 1953: 270)

CONSERV.: Incompleta ORLA: Sí
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Almagro, 1953: 279 y fig. 227, 4.

OBSERVACIONES:

Restos muy fragmentarios de una orla de escudo. Algunos de los fragmentos tienen botón.

3001 CABRERA DE MAR

TIPO MOHARRA: A2.1

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

DESCONOCIDA

INV. MUS.: 7298

INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 350-175 a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Jiménez, 2006: Fig. 12

OBSERVACIONES:

Pieza unida por el óxido a fragmento distal de una vaina del tipo NE-IA (inv. 84)

3002 CABRERA DE MAR

TIPO MOHARRA: A2.1

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

TUMBA IV (Barberà)

INV. MUS.: 19155

INV. QUES.: 2626

DATACIÓN: Finales III-Inicios II a.C.

CONSERV.: Semicompleta

PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Barberà, 1969: 188 y Fig. 15

OBSERVACIONES:

Falta parte de la punta. Base muy ancha y cubo corto.

3003 CABRERA DE MAR

TIPO MOHARRA: A2.2

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

DESCONOCIDA

INV. MUS.: Sin datos

INV. QUES.: 2646

DATACIÓN: 350-175 a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Rubio 1888: lám. VII, 2

OBSERVACIONES:

Sólo conocida por croquis. Cubo corto, probablemente roto longitudinalmente.

3004 CABRERA DE MAR

TIPO MOHARRA: A3

DEPÓSITO: MAC-BARCELONA

LOCALIZACIÓN:

TUMBA II (Barberà)

INV. MUS.: 19120

INV. QUES.: 2624

DATACIÓN: Finales III-Inicios II a.C.

CONSERV.: Completa

PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Barberà, 1969: 181 y fig. 9

OBSERVACIONES:

Nervio en arista muy marcado. Gran moharra. Forma ligeramente ondulada.

3005 CAN MIRALLES

TIPO MOHARRA: A1

DEPÓSITO: MUSEU DE MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SILO 24

INV. MUS.: S/REF INV. QUES.: 2615

DATACIÓN: 225-175 a.C. (amortización silo)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Simple

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Pujol y García, 1982-83: 73 y 75; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: Fig. 5, 7.

OBSERVACIONES:

Gran moharra doblada. Falta parte de la punta.

3006 NUMANCIA

TIPO MOHARRA: A2.1

DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO

LOCALIZACIÓN:

SEP. 41

INV. MUS.: 93/5/1739/C41 INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: Finales III-II a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Jimeno et alii, 2004: 89 y fig. 53, 3

OBSERVACIONES:

Pieza enrollada sobre sí misma, con el cubo aplastado. Sección con nervio en arista y hoja ondulada.

3007 PORQUERES

TIPO MOHARRA: ---

DEPÓSITO: MUSEU BANYOLES

LOCALIZACIÓN:

SILO 6

INV. MUS.: PO94-3 INV. QUES.: 2700

DATACIÓN: SIN DATOS

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Pujol, 1989: II, 180 y lám. 237.163.

OBSERVACIONES:

Nervio prominente, redondeado. Cubo con forma tubular y hoja con base circular sobresaliente respecto a la punta.

3008 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO MOHARRA: ---

DEPÓSITO: MUSEU DE MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 51

INV. MUS.: S/REF. INV. QUES.: 6155

DATACIÓN: 250-225 a.C.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 106 y 125

OBSERVACIONES:

Bastante oxidada, con nervio en arista y punta delgada. La hoja no muestra ondulaciones evidentes.

3009 TURÓ DELS DOS PINS

TIPO MOHARRA: ----

DEPÓSITO: MUSEU DE MATARÓ

LOCALIZACIÓN:

SEP. 64

INV. MUS.: S/REF. INV. QUES.: 6162

DATACIÓN: 250-175 a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

García Roselló, 1993: 143-144; García Roselló, Zamora y Pujol, 1998: Fig. 5, 6.

OBSERVACIONES:

Muy oxidada. El nervio está desgastado pero es de arista.

3010 PUIG DE SANT ANDREU

TIPO MOHARRA: ----

DEPÓSITO: MAC-ULLASTRET

LOCALIZACIÓN:

ZONA 25, sector 8, UE-25024/M-349.

Clavada en uno de los muros.

INV. MUS.: 4839 INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 300-195 a.C.

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Múltiple

CONTEXTO: Ritual

BIBLIOGRAFÍA:

Inédita

OBSERVACIONES:

Hoja ondulada muy castigada por la acción ritual, con pliegues y cortes de sus filos. Cubo largo, en el que se conserva un pequeño orificio para clavo de sujeción.

4001 AGUILAR DE ANGUITA

TIPO MOHARRA: REGATÓN CON ESPIGA

DEPÓSITO: ¿MAN?

LOCALIZACIÓN:

SEP. H

INV. MUS.: S/REF. INV. QUES.: 3247

DATACIÓN: s. V-II a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Aguilera, 1911: lám. 17, 2; Sandars, 1913: Fig. 42, 12; Fernández-Galiano, 1979: lám. V, 2.

OBSERVACIONES:

Largo regatón con espiga, desaparecido. Podría ser resultado accidental de la unión de un doble punzón con un regatón de cubo normal.

4002 CABRERA DE MAR

TIPO MOHARRA: REGATÓN CON ESPIGA

DEPÓSITO: ¿MAC-BARCELONA?

LOCALIZACIÓN:

SEP. DESCONOCIDA

INV. MUS.: S/REF. INV. QUES.: S/N

DATACIÓN: 350-175 a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Indet.

CONTEXTO: Tumba

BIBLIOGRAFÍA:

Rubio, 1888: 712 (sólo cita)

OBSERVACIONES:

Desaparecido. Rubio hace una descripción del objeto, de forma cónica y probablemente macizado interior.

4003 NUMANCIA

TIPO MOHARRA: REGATÓN CON ESPIGA
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
HALLAZGO EN SUPERFICIE

INV. MUS.: S/REF INV. QUES.: S/N
DATACIÓN: Finales III-II a.C. (necrópolis)

CONSERV.: Completa PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Jimeno et alii, 2004: Fig. 118, d

OBSERVACIONES:
Regatón con espiga no identificado en la publicación. Cubo robusto, sin molduras.

4004 LA REVILLA

TIPO MOHARRA: REGATÓN CON ESPIGA
DEPÓSITO: MUS. NUMANTINO
LOCALIZACIÓN:
SEP. A

INV. MUS.: V-3 INV. QUES.: 4121
DATACIÓN: Mediados s. IV a.C. (poco probable; mejor posterior)

CONSERV.: Semicompleta PLIEGUE: Recta
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Ortego, 1983: lám. I.

OBSERVACIONES:
Regatón con espiga con interior de hierro y cubo de bronce.
Espiga fragmentada.

5001 CAN MIRALLES

MATERIAL: HIERRO
DEPÓSITO: MUSEU MATARÓ
LOCALIZACIÓN:
SILO 24

INV. MUS.: 8039 INV. QUES.: 2613
DATACIÓN: 225-175 a.C. (amortización silo)

CONSERV.: Semicompleta INUTILIZADO: Si
CONTEXTO: Ritual
BIBLIOGRAFÍA:
Pujol y García, 1982-83: 70-72; García Roselló,
Zamora y Pujol, 1998: 320-321 y fig. 6; Quesada,
1997e: Fig. 7, a.
OBSERVACIONES:
Muy fragmentado; en varias piezas.
Se conservan fragmentos de una de las carrilleras.
Ornamentación trilobulada en la parte temporal
(apenas visible).

5002 CIGARRALEJO

MATERIAL: HIERRO
DEPÓSITO: MUSEO A.I.C. MULA
LOCALIZACIÓN:
SEP. 478

INV. MUS.: 5150 INV. QUES.: 824
DATACIÓN: 375-350 a.C. (Quesada, 1997e: 154)

CONSERV.: Semicompleta INUTILIZADO: Si
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cuadrado, 1989: 111 y fig. 52; Quesada, 1997e:
fig. 1
OBSERVACIONES:
Capacete simple, sin remate.
Cubrenuca integrado, muy corto.
Pieza restaurada, pero la parte superior y los
laterales del original se conservan y no evidencian
otras ornamentaciones.

5003 GALERA

MATERIAL: HIERRO
DEPÓSITO: MUSEO JUAN CABRÉ
LOCALIZACIÓN:
SEP. 27

INV. MUS.: 0064 INV. QUES.: 5407
DATACIÓN: s. IV-III a.C.

CONSERV.: Semicompleta INUTILIZADO: Si
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Cabré y Motos, 1918: 31, 49 y 66;
García-Mauriño, 1993: 107-108.
OBSERVACIONES:
Casco muy oxidado, del que se conserva el
capacete completo.
En el interior, adherida una empuñadura de falcata
de caballo.
Muchos rasgos permanecen ocultos por el óxido
(disco temporal, ensamblaje de las piezas...)
Guardanuca muy corto y remate en apéndice y
botón.

5004 LA PEDRERA

MATERIAL: HIERRO
DEPÓSITO: MUSEU DE LLEIDA
LOCALIZACIÓN:
SEP. "A"

INV. MUS.: L-880 INV. QUES.: 3068
DATACIÓN: Segunda mitad s. IV a.C.-inicios III
a.C.

CONSERV.: Semicompleta INUTILIZADO: Si
CONTEXTO: Tumba
BIBLIOGRAFÍA:
Schaaf, 1974: 151 y fig. 1; Schüle, 1969: lám.
180, 1-2; Quesada, 1997e: fig. 7, a; Quesada,
2002d.
OBSERVACIONES:
Bien conservado. No hay carrilleras.
Capacete y guardanuca separados.
Remate con apéndice y dos discos.
Se observan muchos de los orificios para el
remachado de las piezas.

X2. APÉNDICE 2: CATÁLOGO

X2.3: MEDIDAS DE LAS ARMAS

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1146	RENIEBLAS	A	---	44**	(197)**	---	---	---	---	INDET	NERVIO	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1104	CASTILLO DE CASTEJÓN	A-0	¿76?	4'3	¿87'4?	11'4	1'3	1'3	REDOND	BOTÓN	LENTICULAR	PARALELA	ESTRECHA
1084	CASTILLO DE CASTEJÓN	A1.1	(59)	(58)	(71'8)	12'7	1'7	2'3	CAÍDOS	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	CORTA Y ANCHA
1086	CIGARRALEJO	A1.1	52'9	5	(55)	(2'1)	1'5	2-1'4	CURV/CAI	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1103	HUESCA	A1.1	56'7	5'2	65'8	9'1	1'7	2	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1011	ARCÓBRIGA	A1.2	52'4	4'5	(55'8)	(3'4)	1'2	0'3	SEMIRECT	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1013	ARCÓBRIGA	A1.2	52'6	4'5	(55'4)	(2'8)	1	0'3	SEMIRECT	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1076	BUSAL	A1.2	(13'9)*	(4)*	(13'9)*	----	----	---	INDET	INDET	NERVIO	INDETERMINADA	CORTA Y ESTRE.
1114	LA OLMEDA	A1.2	50(51'5)	4'6	(53)	(3)	1'1	1'2-1'4	CURVOS	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1001	AGUILAR DE ANGUITA	A2	40'2	4'6	51'3	11'1	0'7	1'2	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1091	ECHAURI	A2	39'8	4'8	(40'5)	(0'7)	---	0'8	CURVOS	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	CORTA Y ESTRE.
1003	ARCÓBRIGA	A3.1	53'6	3'4	(59'7)	(6'1)	0'9	1'7	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1075	BAZA	A3.1	59**	36**	---	---	---	---	INDET	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1048	ATANCE	A3.2	53'3	3'7	(57'8)	(4'5)	1'5	1'6	CAIDOS	INDET	ACANALADA	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1046	ATANCE	A4	58'6	4'8	67'6	---	---	1'3	ESPEC	ANTENAS	ACANALADA	PISTILIFORME	ANCHA
1047	ATANCE	A4	49	3'8	58'2	---	---	1'2	ESPEC	ANTENAS	ACANALADA	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1151	TESORO DE CARABIAS	A4	(23'3)	5'3	(32'7)	(3)	1'4	1'2	ESPEC	INDET	NERVIO	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1067	LA AZUCARERA	B1	(56'1)(71)*	(¿4'8?)	(66'7) (?)	(10'6)*	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1068	LA AZUCARERA	B1	(62'5)(¿66'7)	4'5	(62'5)(?)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ESTRECHA?
1078	CABECICO DEL TESORO	B1	(10'3)*	4'8*	(15'1)*	(4'8)*	1'8*	1'5*	CURVOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1095	GORMAZ (QUINTANAS)	B1	54(58)*	4'5*	63'7(67'7)*	9'7*	0'9*	1'2*	SEMIRECT	SIN POMO	LENT.PLANA	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1157	VILLARICOS	B1	63'8(65'8)	4'5	(65'8)	(2)	1'5	1	SEMIRECT	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1161	DESCONOCIDO	B1	59*	4'5*	70'2*	11'2*	1	1'2	SEMIRECT	BOTÓN	INDETERMINADA	SEMIPARALELA	ANCHA
1005	ARCÓBRIGA	B1.1	---	---	---	---	---	---	¿CURVOS?	BOTÓN	4 MESAS/NERV	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1007	ARCÓBRIGA	B1.1	---	---	---	---	---	---	CURVOS	INDET	INDETERMINADA	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1012	ARCÓBRIGA	B1.1	67'5	4'8	79'4	11'9	1'3	0'7	SEMIRECT	SIN POMO	NERVIO	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1077	CABECICO DEL TESORO	B1.1	(53'8)*	(48)**	(62'5)*	(8'7)*	1'4*	1'2*	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	ESTRECHA
1093	GORMAZ (QUINTANAS)	B1.1	63	4'5	73'9	10'9	1'3	0'6	SEMIRECT	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1108	LOS NIETOS	B1.1	58	4'9	69'8	11'8	1'3	0'4	SEMIRECT	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1124	OSMA	B1.1	59	4'8	70'2	11'2	1	0'6-1	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1165	ARCÓBRIGA	B1.1	(18)**	(4)**	(18)**	---	---	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1173	ATANCE	B1.1	(17'2)**	(4'2)**	(17'2)**	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS/NERVIO	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1014	ARCÓBRIGA	B1.2	71'4	4'4	84	12'6	1'5	0'7-1'2	CURVOS	SIN POMO	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1016	ARCÓBRIGA	B1.2	58'9(62)	4'2(4'4)	61(65'1)	(2'9)	0'9	0'6	¿CURVOS?	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1030	ARCÓBRIGA	B1.2	56'3(66'7)	4'8	68'6(79)	12	0'9	1'4	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1035	ARCÓBRIGA	B1.2	(28'5)*	(4'6)*	(35'5)*	(6'3)*	1'3*	1'2*	SEMIRECT	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1053	ATANCE	B1.2	628 (63)	4'5	70'3 (70'5)	(7'5)	1	0'8-1'6	CAI/SEMIR.	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1111	NUMANCIA	B1.2	68	4'8	80'4	12'4	1'4	0'8	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1145	RENIEBLAS	B1.2	(47'4)*	(5'5)*	(57'6)*	10'2*	0'8*	1*	SEMIRECT	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1004	ARCÓBRIGA	B1.3	56'5 (62)	4'6	(58'8)	(2'3)	1	1	CURVOS	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	¿ESTRECHA?
1015	ARCÓBRIGA	B1.3	66'2	4'3	(70'2)	(4)	0'8	0'8	CURVOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1069	LA AZUCARERA	B1.3	(64'7)(¿72?)	4'6	(64'7) (?)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1070	LA AZUCARERA	B1.3	(56'4)(64)*	4'4*	(64'6) (?)	(8'3)	1'7*	1'2	CURV/ISR	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1079	CABECICO DEL TESORO	B1.3	64'3	4'4	(70'1)	(5'8)	1'3	0'9	SEMIRECTO	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1099	GORMAZ (LA REQUJU)	B1.3	61'5 (63)	4'3	(72'4)	10'9	1'1	1	CURV/ISR	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1110	NUMANCIA	B1.3	63'3	4'5	74'3	11	1'1	0'4-0'8	CURV/ISR	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1125	OSMA	B1.3	65'5	4'5	77'6	12'1	1'3	0'8-1'2	CURV/ISR	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1128	OSMA	B1.3	66'3	4'6	75'6	9'3	1'1	0'5	CURVOS	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1137	LA PELADILLA	B1.3	65	4'7	79	14	1'4	0'8	CURVOS	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1141	RENIEBLAS	B1.3	(41'4)*	(4'3)*	(41'4)*	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1142	RENIEBLAS	B1.3	(33'7)*	(4'4)*	(33'7)*	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	ANCHA
1147	LA REVILLA	B1.3	63	4'6	74'4	11'4	1'2	0'7	CURVOS	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1168	ARCÓBRIGA	B1.3	(30)*	4'5*	(40)*	(10)*	1'3*	0'6*	SEMIRECT	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1024	ARCÓBRIGA	¿B2?	(19'7)	4'2	(21'9)	(2'2)	1'1	(0'6)	SEMIRECT	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1049	ATANCE	¿B2?	(20'9)	3'6	(20'9)	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	ESTRECHA
1058	ATANCE	B2/C	66'3	4'2	78'5	12'3	1'2	1'2??	CAÍDOS	SIN POMO	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1010	ARCÓBRIGA	B2.1	70	4'2	82	12	1'2	0'9	SEMIRECT	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1017	ARCÓBRIGA	B2.1	59'2 (61'5)	4	67'1 (69'4)	9'8	0'8	0'5	SEMIRECT	SIN POMO	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1100	GORMAZ (LA REQUJU)	B2.1	60'7	3'6	72	11'3	1'1	1	CURV/CAI	SIN POMO	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1102	HERDADE DAS CASAS	B2.1	57'6 (60)	4	(63'3)	(5'7)	0'9	1'4	CURV/CAI	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1112	NUMANCIA	B2.1	(20'1)	(3'8)	(20'1)	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1117	LA ORUÑA	B2.1	63	4	(68'6)	(5'6)	1'2	1-1'6	CURV/CAI	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1121	LA OSERA	B2.1	60'8	3'8	71'6	10'8	1'4	0'6	SEMIRECT	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1131	OSMA	B2.1	59'3 (62'4)	4'2	70'5 (73'6)	11'2	1	1-1'5	CAI/SEMIR.	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1152	UCERO	B2.1	(39'8)	(3'2)	(39'8)	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1162	DESCONOCIDO	B2.1	65	4	77'6	12'6	1'1	1'2	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1167	ARCÓBRIGA	B2.1	62'5*	4*	74'5*	12*	1'1*	0'7*	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1171	ARCÓBRIGA	B2.1	(23'3)*	(3'5)*	(23'3)*	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1054	ATANCE	B2.2	60 (61'5)	4 (4'1)	(63'3)	(3'3)	0'8	0'3	SEMIRECT	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1071	LA AZUCARERA	B2.2	(60'7)*	4*	(64'1) (?)	(3'4)	1'5*	1'1	CURVOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1098	GORMAZ (QUINTANAS)	B2.2	636	4'2	755	11'9	0'9	0'9	SEMIRECT	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1109	NUMANCIA	B2.2	668	4'2	74	(7'2)	1	1'1	CURV/CAI	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1113	NUMANCIA	B2.2	(44'4)	(36)	(44'4)	---	---	---	INDET	INDET	LENT.PLANA	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1130	OSMA	B2.2	628(64)	4	(68'8)	(6)	1'3	1-1'6	CURV/CAI	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1132	OSMA	B2.2	602(61'8)	4	69'2(70'8)	(9)	1'4	1'2	CURV/CAI	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1136	LA PELADILLA	B2.2	653(66)	4'2	775	12'2	1'2	1'3	CURVOS	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1025	ARCÓBRIGA	B2.3	(17'9)	37(4'2)	(22'8)	(4'9)	1'1	0'8	SEMIRECT	INDET	ACANALADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1066	LA AZUCARERA	C/D	(56'6)(¿66'7)	(¿5'3?)*	(56'6)(?)*	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1083	CARRATIERMES	C/D	64*	4'5*	75*	11*	---	---	CAIDOS	BOTÓN	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1138	LA PELADILLA	C/D	(45'3)	4'4(4'8)	(49)	(3'7)	1'4	1'8	CAIDOS	INDET	LENT.PLANA	LIG. PISTILIF.	SEMITRIANGULAR
1002	ARCÓBRIGA	C1.1	59'2	4'2	69	9'8	1'2	1'6-1'9	CAIDOS	SIN POMO	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1022	ARCÓBRIGA	C1.1	(18'9)	4'4	(24'9)	(6)	1'2	1'7	CAIDOS	INDETERMINA	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1028	ARCÓBRIGA	C1.1	64'5(66)	4'2	75'5(77)	11	1'3	2	CAIDOS	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1032	ARCÓBRIGA	C1.1	63'5	4'2	70'9	(7'4)	1'3	1'5	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1036	ARCÓBRIGA	C1.1	(15)*	4'5*	(2'3)*	(8)*	(1'2)*	2*	CAIDOS	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1044	ARCOS DE LA FRONTERA	C1.1	69'5	4'4	(69'5)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1052	ATANCE	C1.1	55'1(57'5)	4'2	(65'2)	(10)	1'3	1'5	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	¿ANCHA?
1062	ATANCE	C1.1	(29'3)	3'8(4)	(40'9)	(11'6)	1'1	1'6	CAIDOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1073	LA AZUCARERA	C1.1	65*	4'8*	77*	12*	1'3	2	CAIDOS	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1090	DEPEÑAPERROS	C1.1	S	I	N	D	A	S	O	A	T	O	S
1092	FUENTE TOJAR	C1.1	62'6(64'3)	4'2	(70'1)	(7'5)	1	1'5	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1097	GORMAZ (QUINTANAS)	C1.1	60'7(62'3)	4'4	(67'3)	(6'6)	1'3	---	¿CAIDOS?	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1115	LA OLMEDA	C1.1	(40'4)	4(4'2)	(46'6)	(6'2)	0'9	2'3	CAIDOS	INDET	LENT.PLANA	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1119	LA OSERA	C1.1	52'5(53)	4'2	65'2(65'7)	12'7	1'3	1'2-1'7	CURV/CAI	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ESTRECHA
1123	OSMA	C1.1	56'8	4	69'2	12'4	1	2	CAIDOS	BOTÓN	4 MESAS	SEMIPARALELA	ANCHA
1135	LA PELADILLA	C1.1	62'6(63)	4'5	(65'2)	(2'6)	1'2	1'8	CAIDOS	INDET	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ANCHA
1150	TAPADA DAS ARGOLAS	C1.1	(46'4)*	4'3*	(54'6)*	(8'2)*	1'2*	2'5*	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1127	OSMA	C1.2	60'8	4'2	(67'1)	(6'3)	1'3	1'8	CAIDOS	INDET	ACANALADA	SEMIPARALELA	ANCHA
1133	OSMA	C1.3	62'8	3'7	73'5	10'7	0'9	2	CAIDOS	BOTÓN	LENTICULAR	SEMIPARALELA	ANCHA
1107	MAS DE BARBERAN	¿D?	(18'7)	(4'4)	(18'7)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1140	POZO MORO	¿D?	(17'9)	5'2	(22'8)	(4'9)	1'6	1'9	CAIDOS	INDET	LENTICULAR	¿PISTILIFORME?	INDETERMINADA
1008	ARCÓBRIGA	D1.1	71'3	5	82'5	11'2	1'6	2'2	CAIDOS	BOTÓN	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ANCHA
1057	ATANCE	D1.1	68'8(70'2)	5'2	79'7(80'3)	10'9	1'1	1'5	CURV/CAI	SIN POMO	LENTICULAR	PISTILIFORME	ESTRECHA
1065	LA AZUCARERA	D1.1	(64'3)(70*)	5'2*	(78)(84'4)*	12'5*	1'5	2'8	CAIDOS	BOTÓN	LENTICULAR	LIG. PISTILIF.	ANCHA
1072	LA AZUCARERA	D1.1	(59'2)(69'5)	5'1*	(70'7)(?)	(11'7)*	1'8	2'5	CAIDOS	SIN POMO	LENTICULAR	PISTILIFORME	¿ANCHA?

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1085	CERRO DE LAS BALAS	D1.1	61'2(65'7)	5'1	73'1(77'6)	11'9	1'4	2'3	CAÍDOS	SIN POMO	LENTICULAR	PISTILIFORME	ANCHA
1094	GORMAZ (QUINTANAS)	D1.1	60'7	4'5	(68'7)	(8)	1'2	1'8	CAÍDOS	INDET	4 MESAS	PISTILIFORME	ANCHA
1105	LANGA DE DUERO	D1.1	(32'2)	3'6 (4'4)	(38'1)	(5'9)	0'9	1'6	CAÍDOS	INDET	LENT.PLANA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1116	LA ORUÑA	D1.1	(22'3)	4'8	(35'8)	(13'5)	1'4	1'5	CURV/CAI	SIN POMO	LENTICULAR	¿PISTILIFORME?	INDETERMINADA
1139	POZO MORO	D1.1	64'1 (67)	5	75'5 (78'4)	11'4	1'3	1'6-1'8	CAÍDOS	BOTÓN	4 MESAS	PISTILIFORME	ESTRECHA
1160	DESCONOCIDO	D1.1	65'5*	5*	76'1*	10'6*	1'2	2	CAÍDOS	SIN POMO	INDETERMINADA	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1063	LA AZUCARERA	D1.2	(71'9)	5'4	(82'7)	(10'8)	1'6	1'8	CAÍDOS	¿BOTÓN?	LENTICULAR	PISTILIFORME	ANCHA
1082	LA CARIDAD	D1.2	66'8 (71'6)	5'2	79 (82'8)	12'2	1'3	2'4	CAÍDOS	BOTÓN	LENTICULAR	PISTILIFORME	ANCHA
1149	EL ROMAZAL	D1.2	56'7 (¿67?)	5	(68'8)	12'1	1'3	1'6-2'2	CAÍDOS	BOTÓN	LENTICULAR	PISTILIFORME	INDETERMINADA
1153	UGERO	D1.2	60'1 (63)	5'2	71'4 (73'3)	11'3	1'5	1'8	CAÍDOS	BOTÓN	4 MESAS	PISTILIFORME	ESTRECHA
1155	VILLARICOS	D1.2	(44'7)	5'7	(50'5)	(5'8)	2'2	2'3	CAÍDOS	INDET	LENTICULAR	¿PISTILIFORME?	ANCHA
1006	ARCÓBRIGA	D1.3	64*	5'2*	74'2*	(10'2)*	1'3*	0'5*	CURVOS	INDET	4 MESAS	PISTILIFORME	ESTRECHA
1045	ATANCE	D1.3	63'7	4'8	(71'5)	(7'8)	0'9	0'4	SEMIRECT	INDET	LENTICULAR	PISTILIFORME	SEMTRIANGULAR
1050	ATANCE	D1.3	66'2	5	76'5	10'3	1'3	0'7	SEMIRECT	SIN POMO	4 MESAS	PISTILIFORME	SEMTRIANGULAR
1051	ATANCE	D1.3	65 (66'3)	4'8	75'2 (76'5)	10'7	1'1	1'2	CURVOS	SIN POMO	4 MESAS	PISTILIFORME	ESTRECHA
1055	ATANCE	D1.3	63'3	4'4	75'5	12'2	1'4	0'7	CURVOS	SIN POMO	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1056	ATANCE	D1.3	66'9 (67'5)	5'2	(71'3)	(4'4)	1	1'3-1'7	CURV/CAI	INDET	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1059	ATANCE	D1.3	67 (68'5)	4'4 (4'6)	(73'6)	(6'6)	1'2	1'2	CURVOS	INDET	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1060	ATANCE	D1.3	61'9 (64)	4'6	72'3 (74'5)	10'4	1'1	0'8-1'6	CAI/SEMIR.	BOTÓN	4 MESAS	PISTILIFORME	¿ESTRECHA?
1061	ATANCE	D1.3	66'6	4'8	(72'7)	(6)	1	1	CURVOS	INDET	4 MESAS	PISTILIFORME	ESTR-TRIANG
1118	LA ORUÑA	D1.3	(27'2)*	4'5 (4'9)	(35'8)*	11'3*	1*	0'4	CURVOS	BOTÓN	LENT.PLANA	¿PISTILIFORME?	INDETERMINADA
1129	OSMA	D1.3	66'1	4'8	76'7	10'6	0'8	1	CURVOS	BOTÓN	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1170	ARCÓBRIGA	D1.3	(56'8)*	5'4*	(65'5)*	(8'7)*	1'2*	0'7*	CURVOS	INDET	4 MESAS	LIG. PISTILIF.	ESTRECHA
1064	LA AZUCARERA	D2.1	68'0*	5'9	79'8	11'8	2'1	2	CAÍDOS	BOTÓN	LENTICULAR	PISTILIFORME	TRIANGULAR
1080	CABECICO DEL TESORO	D2.1	53'5(66'6)	5'4	63(76)	(9'5)	1'8	1'7-2'3	CAÍDOS	INDET	LENTICULAR	PISTILIFORME	INDETERMINADA
1106	MAS DE BARBERAN	D2.1	63	5'3	75'2	12'2	1'3	2'3	CAÍDOS	BOTÓN	4 MESAS	PISTILIFORME	SEMTRIANGULAR
1134	OSUNA	D2.1	50'6(¿66'3?)	6'2	62'3(¿78?)	11'7	1'6	1'2	SEMIRECT	BOTÓN	¿4 MESAS?	PISTILIFORME	¿TRIANGULAR?
1148	EL ROMAZAL	D2.2	68'8	4'5	78'9	10	1'3	2'3	CAÍDOS	SIN POMO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	SEMTRIANGULAR
1154	VILLARICOS	IA	(7)	(35)	(7)	---	---	---	INDET	INDET	LENT.PLANA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1166	ARCÓBRIGA	¿IB?	(55'2)*	(3'5)*	(55'2)*	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
93	CA N'OLIVER	¿II?	(28'6)	(5)	(28'6)	---	---	---	INDET	INDET	LENT.PLANA	INDETERMINADA	ESTRECHA
80	MOLÍ'DEN ROVIRA	IIB	69'7(71'6)	5'4	(76'2)	(6'5)	1'6	2'5	CAÍDOS	INDET	LENTICULAR	PROGRESIVA	ESTRECHA
94	CAN XERCAVINS	III	(34'3)	4'2	(42)	(7'7)	1	0'6	SEMIRECT	INDET	4 MESAS	¿SEMIPARALELA?	INDETERMINADA
101	PUIG DE SANT ANDREU	III	46(58)	3'9	58(70)	12	1'2	0'6/0'9	CURV/SR	ESFÉRICO	LENTICULAR	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1009	ARCÓBRIGA	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	BOTÓN	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1018	ARCÓBRIGA	INDET	(42)	25 (4'2)	(44'3)	(2'3)	08	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1019	ARCÓBRIGA	INDET	(25)	26 (4'2)	(37'2)	12'2	1'1	---	INDET	BOTÓN	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1020	ARCÓBRIGA	INDET	(28'1)	4 (4'3)	(28'1)	---	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA	ANCHA
1021	ARCÓBRIGA	INDET	(22'4)	4'2	(22'4)	---	---	---	INDET	INDETERMINADA	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1023	ARCÓBRIGA	INDET	(21'8)	3'7-4	(23)	(1'2)	0'9	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1026	ARCÓBRIGA	INDET	(8'1)	36 (4'2)	(11'5)	(3'4)	0'8	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1027	ARCÓBRIGA	INDET	55 (58)	4'5	(56'3)	(1'3)	---	1'7	CAÍDOS	INDET	4 MESAS	SEMIPARALELA	INDETERMINADA
1029	ARCÓBRIGA	INDET	(37'9)	36 (4'3)	(43'9)	(6)	1	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1031	ARCÓBRIGA	INDET	(31'6)	4'7	(31'6)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	SEMITRIANGULAR
1033	ARCÓBRIGA	INDET	(31'2)	(3'9)	(31'2)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1034	ARCÓBRIGA	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1037	ARCÓBRIGA	INDET	(12'9)*	(3'9)*	(12'9)*	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1038	ARCÓBRIGA	INDET	(61)*	---	(61)*	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	ANCHA
1039	ARCÓBRIGA	INDET	68*	---	76'5*	(8'5)*	---	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1040	ARCÓBRIGA	INDET	(48)*	---	(54'3)*	(6'3)*	---	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1041	ARCÓBRIGA	INDET	---	---	¿68?*	---	---	---	INDET	SIN POMO	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1042	ARCÓBRIGA	INDET	69'8*	---	81'7*	12'7*	---	---	INDET	SIN POMO	INDETERMINADA	INDETERMINADA	ESTRECHA
1043	ARCÓBRIGA	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1074	BAZA	INDET	(24'2)	(4'6)	(24'2)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	ANCHA
1081	CABECICO DEL TESORO	INDET	---	---	(8'4)	(8'4)	1'8	---	INDET	BOTÓN	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1087	CIGARRALEJO	INDET	(39)	(4'8)	(39)	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1088	CIGARRALEJO	INDET	(10'5)	(4'4)	(10'5)	---	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1089	CIGARRALEJO	INDET	(22'6)	(4'2)	(22'6)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	ANCHA
1096	GORMAZ (QUINTANAS)	INDET	58'4 (60'4)*	3 (4'4)*	71'5 (72)*	13'1*	0'8*	---	INDET	SIN POMO	INDETERMINADA	INDETERMINADA	ANCHA
1101	GORMAZ (LA REQUIJU)	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1120	LA OSERA	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1122	LA OSERA	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1126	OSMA	INDET	S	I	N	D	A	T	O	S			
1143	RENIEBLAS	INDET	(11'5)*	(4)*	(11'5)*	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1144	RENIEBLAS	INDET	(8'4)*	(3'6)*	(8'4)*	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	ANCHA
1156	VILLARICOS	INDET	(11'3)*	4'3	(11'3)	---	---	---	INDET	INDET	LENT.PLANA	INDETERMINADA	ANCHA
1158	VILLARICOS	INDET	(28'8)	(4'9)	(28'8)	---	---	---	INDET	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1159	VILLARICOS	INDET	(35'1)	5'2	(35'5)	(0'4)	---	2	CAÍDOS	INDET	LENTICULAR	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1163	ARCÓBRIGA	INDET	(36)*	---	(48)*	12*	---	---	INDET	BOTÓN	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1164	ARCÓBRIGA	INDET	71*	---	(75'4)*	(4'4)*	---	---	INDET	INDET	INDETERMINADA	INDETERMINADA	INDETERMINADA

ESPADAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. ESPI.	A. ESP	AL. HB.	HOMBROS	POMO	SEC. HOJA	FORMA HOJA	PUNTA
1169	ARCÓBRIGA	INDET	(45'4)*	(3'5)*	(49'7)*	(4'3)*	1'2*	0'7*	CURVOS	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1172	ARCÓBRIGA	INDET	52'7*	---	60'7*	(8)*	---	---	INDET	INDET	4 MESAS	INDETERMINADA	INDETERMINADA
96	PUIG DE SANT ANDREU	IV	74'3	4'1(4'7)	84'6	(10'3)	1'6	¿0'6?	¿CURVOS?	INDET	LENTICULAR	SEMIPAR/PARAL	ESTRECHA

VAINAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. VAINA A. EMB.	LG. CON.	AL. HB.	ENSAMI	CONTERA	HEMBR	SUSP. LATERAL	Nº S.LT	FORMA EJES	EMBOCADURA	
1064	LA AZUCARERA	AR	--(66'8)	--(7)	--(1'7)	---	TERMINAL	---	¿BILATERAL?	1	¿SPARAL?	INDETERMINADA	
1080	CABECICO DEL TESORO	¿AR?	4'8(?)	---	4'8/2'1	---	OTRAS	---	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA	
1106	MAS DE BARBERAN	AR	--(64)	--(6)	---	---	CARRIL INDETERMINADA	---	¿BILAT. ENVOLV.?	1	INDETERMINADA	INDETERMINADA	
1107	MAS DE BARBERAN	¿AR?	---	---	---	---	INDET INDETERMINADA	---	GARFIO	2	INDETERMINADA	INDETERMINADA	
1134	OSUNA	¿AR?	(51'2)	6'3	---	2'6	---	INDETERMINADA	GARFIO	1	INDETERMINADA	SINUOSA ALTA	
1148	EL ROMAZAL	¿AR?	--(70)	--(4'9)	(7'8)	---	INDET	---	INDETERMINADA	0	¿PARALELOS?	INDETERMINADA	
1157	VILLARICOS	AR	--(67'4)	--(5'4)	---	---	INDET INDETERMINADA	---	NO	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA	
1011	ARCÓBRIGA	(E)	11'7(53)	--(4'8)	(8/3'5)	---	ASR	INDET	INDETERMINADA	0	¿SPARAL?	INDETERMINADA	
1013	ARCÓBRIGA	(E)	5'4(54)	---	---	---	RSA	INDET	INDETERMINADA	0	¿SPARAL?	INDETERMINADA	
1047	ATANCE	(E)	21'5(50)	--(4'6)	---	0'9	ASR	INDET	INDETERMINADA	0	SEMIPARALELOS	ESPECIAL	
1075	BAZA	E	63'2	4'1	12'2	0'9	ASR (C)	CIRC. HORADADA	A1	---	SEMIPARALELOS	SINUOSA	
1076	BUSAL	(E)	13(?)	---	---	---	¿RSA?	INDETERMINADA	INDET	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1077	CABECICO DEL TESORO	(E)	53*(?)	5'3*	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1088	CIGARRALEJO	(E)	(8'2)	(4'5)	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1091	ECHAURI	(E)	22(44)	5'1	---	1	ASR (C)	INDETERMINADA	INDET	INDETERMINADA	0	SEMIPARALELOS	SINUOSA
1146	RENIEBLAS	(E)	(208)	5	---	0'9	ASR (C)	INDETERMINADA	B3	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	SINUOSA
1165	ARCÓBRIGA	(E)	(18)*	(4'2)*	(18)*	---	INDET	INDETERMINADA	---	INDETERMINADA	0	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1166	ARCÓBRIGA	(E)	(41'2)*	(4'1)*	11'3/27*	---	RSA (C)	NE ULTRACIRC	INDET	INDETERMINADA	0	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA
90	L'ESQUERDA	IA	68'7	5'4	13'3	1'7	RSA	NE ULTRACIRC	A4	NO	---	SEMIPARALELOS	ARISTA
91	L'ESQUERDA	¿IA?	(23'5)	---	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	NO	---	¿SPARAL?	INDETERMINADA
100	PUIG DE SANT ANDREU	IA	(33'2)	5'4	---	0'8	RSA	INDET	A1	NO	---	PARALELOS	ARISTA
1154	VILLARICOS	IA-IIB	63(72)	6'2	---	2'8	RSA	INDETERMINADA	A4	INDETERMINADA	0	PROGRESIVOS	TRAPEZ. ALTA
92	CA N'OLIVER	IIB	72'6	6'6	27'6/2'6	2'2	RSA	NE ULTRACIRC	A4B	NO	---	PROGRESIVOS	MIXTA TR/R
94	CAN XERCAVINS	III	(11)	¿4'6?	---	0'8	INDET	INDETERMINADA	INDET	NO	---	¿SPARAL?	TRAPEZ. BAJA
97	PUIG DE SANT ANDREU	III	60(65)	4'7	13'6(--)	1'1	RSA	¿NE UC?	A1	NO	---	SEMIPARALELOS	TRAPEZ. BAJA
95	PUIG DE SANT ANDREU	INDET	(43'1)	(5)	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	NO	---	¿SPARAL?	INDETERMINADA
98	PUIG DE SANT ANDREU	INDET	---	---	5(--)	---	INDET	NE ULTRACIRC	INDET	NO	---	INDETERMINADA	INDETERMINADA
99	PUIG DE SANT ANDREU	INDET	---	---	2'8(--)	---	INDET	OJIVAL	INDET	NO	---	INDETERMINADA	INDETERMINADA
102	PUIG DE SANT ANDREU	INDET	(28)	(4'5)	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	NO	---	INDETERMINADA	INDETERMINADA
96	PUIG DE SANT ANDREU	IV	72'2(76)	5'1	14'5(18'3)	---	RSA	INDETERMINADA	A4	NO	---	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA
1072	LA AZUCARERA	OSL	--(70'2)	--(5'6)	---	---	---	SIN CONTERA	---	ENVOLVENTE	2	¿SPARAL?	INDETERMINADA
1087	CIGARRALEJO	OSL	---	---	7'4(15)	---	---	ESPECIAL	---	ENVOLVENTE	2	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1119	LA OSERA	OSL	--(54)	--(5'1)	---	---	---	SIN CONTERA	---	LAT. EN PINZA	1	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1121	LA OSERA	OSL	--(61'5)	--(4'7)	---	---	---	SIN CONTERA	---	ENVOLVENTE	2	INDETERMINADA	INDETERMINADA

VAINAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. VAINA	A. EMB.	LG. CON.	AL. HB.	ENSAMI	CONTERA	HEMBR	SUSP. LATERAL	Nº S.LT	FORMA EJES	EMBOCADURA
1155	VILLARICOS	OSL	---	--(6'1)	---	---	INDET	INDETERMINADA	---	¿LAT. EN PINZA?	1	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1003	ARCÓBRIGA	SM	51(55)	4'2(4'4)	7'8/2'7	---	ASR (C)	CIRC. HORADADA	INDET	LAT. EN PINZA	2	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA
1005	ARCÓBRIGA	SM	---	---	---	---	¿ASR?	OJIVAL	A1	LAT. EN PINZA	2	SEMIPARALELOS	SINUJOSA
1007	ARCÓBRIGA	SM	46'3*(61)*	5'2*	---	1	INDET	INDETERMINADA	INDET	¿LAT. EN PINZA?	1	¿SPARAL?	CURVA
1012	ARCÓBRIGA	SM	58'3(68'8)	5'7(5'8)	5'1(?)	---	ASR (C)	INDETERMINADA	INDET	LAT. EN PINZA	2	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA
1034	ARCÓBRIGA	SM	---	---	---	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	LAT. EN PINZA	3	INDETERMINADA	INDETERMINADA
1048	ATANCE	SM	12'9(55)	4(4'3)	---	---	RSA (C)	INDET	INDET	LAT. EN PINZA	1	¿SPARAL?	INDETERMINADA
1084	CASTILLO DE CASTEJÓN	SM	--(59'6)	5'9	---	2'2	INDET	INDETERMINADA	OTROS	¿ENVOLVENTE?	1	¿PARALELOS?	INDEFINIDA
1086	CIGARRALEJO	SM	53'3	5	12'/?	0'6	RSA (C)	INDETERMINADA	INDET	ENVOLVENTE	2	SEMIPARALELOS	CURVA
1093	GORMAZ (QUINTANAS)	SM	57'4(66)	5'1	---	1	ASR (C)	INDETERMINADA	A1	LAT. EN PINZA	2	SEMIPARALELOS	SINUJOSA
1103	HUESCA	SM	47(55)	--(¿5'6?)	13'5	---	INDET	INDETERMINADA	INDET	¿ENVOLVENTE?	1	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA
1104	CASTILLO DE CASTEJÓN	SM	51'8(83'6)	--(4'8)	15'1/2'8	---	RSA (C)	TRIDISCOIDAL	INDET	ENVOLVENTE	1	PARALELOS	INDETERMINADA
1108	LOS NIETOS	SM	61'7	5	(12'1)/3'8	0'8	RSA	OJIVAL	A1	ENVOLVENTE	1	SEMIPARALELOS	SINUJOSA
1124	OSMA	SM	57'6(62'4)	5'5	---	1	ASR (C)	INDETERMINADA	INDET	LAT. EN PINZA	1	PROGRESIVOS	ARISTA
1173	ATANCE	SM	(17'2)*	(4'4)*	---	---	RSA (C)	INDETERMINADA	INDET	LAT. EN PINZA	1	SEMIPARALELOS	INDETERMINADA

ESCUDOS

INV	YACIMIENTO	TIPO UIMBO	LG. MAX	LG. ALETAS	LG. CONCHA	ALTURA ALETAS	ALTURA CONCHA	PROFUN. Nº SUJEC./ ALETA	REBORDE	FRAG. ORLA	AN. INT. ORLA	TIPO MANILLA	LG. MANILLA	ALT. EMPUÑ.	LG. EMPUÑ.	
2030	CIGARRALEJO	A1	97 (194)	(1'2/51)	[7(14)]	(22)	(21)	---	[2]	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2053	VILLARICOS	A1	104	177	65	286	289	54	2	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2029	CIGARRALEJO	A1.1	201	1758	[156]	209	221	51	[2]	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2013	ARCOS DE LA FRONT.	A1.2	(212)	1974	[53/13]	257	27	43	2	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2036	POZO MORO	A1.2	(187)	1447	[[146]]	---	---	38	[2]	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2040	EL ROMAZAL	A1.2	183	1142	[163]	237	232	5	[2]	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2038	PUIG DE ST. ANDREU	A2	142	07	[53(106)]	3 (87)	87	53	INDET	NO	---	INDET	---	---	---	
2039	PUIG DE ST. ANDREU	B1	(54)	---	(54)	---	(11)	---	---	NO	---	INDET	---	---	---	
2037	PUIG DE ST. ANDREU	C1.1	143	28	8694	(74)	(83)	37	1	NO	---	1	176	(26)	94	
2023	CABRERA DE MAR	C1.2	229	564	82/104	77	96	52	1	NO	---	3B	177	14	108	
2051	TURÓ DELS DOS PINS	D	(44)	(44)	---	(63)	---	---	¿1?	INDET	5	0'5	INDET	---	---	
2025	CA N'OLIVER	D1.1	232	65	123	106	11	---	1	NO	---	2B	10(247)	1'3	142	
2042	TOSSAL DE LES TENALL.	D1.2	311	78	122/146	105	96	49	1	NO	---	4A	298	1'2	143	
2032	MAS CAST.(PONTÓS)	D1.2	291	81	127/132	88	84	58	1	NO	---	INDET	---	---	---	
2015	LA AZUCARERA	D2.1	(287)	78	---	81	(88)	---	2	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2018	LA AZUCARERA	D2.2	(342)	104	---	10	95	---	2	NO	---	SR/ORG	---	---	---	
2021	CABRERA DE MAR	E1.1	192	4	99/112	87/119	95	43	1	DOBLE	3	0'3	3A	177	2	114
2022	CABRERA DE MAR	E1.1	215	44	(109/129)	109/128	11	45	1	SIMPLE	4	0'4	3A	(191)	1'3	(138)
2024	CABRERA DE MAR	E1.2	243	66	98/11	92/115	85	49	1	SIN REB	NO	---	INDET	---	---	
2048	TURÓ DELS DOS PINS	E1.2	(284)	(85)	10/11	93/138	94	6	INDET	SIN REB	?	---	INDET	---	---	
2049	TURÓ DELS DOS PINS	E1.2	338	108	(91/115)	116/154	119	(38)	1	SIMPLE	NO	---	INDET	---	---	
2027	LA CARIDAD	E2.1	246	65	95/117	98/162	112	45	5	SIN REB	NO	---	SR/ORG	---	---	
2004	ALVARELHOS	E2.2	285*	8*	106/127*	9/179*	144*	57	3	HIPERTROF	NO	---	SR/ORG	---	---	
2044	TURÓ DELS DOS PINS	F1	173(286)	84	(88/116)	83/16	85	44	1	SIN REB	24	---	4A	(74)	04	(74)
2047	TURÓ DELS DOS PINS	F1	298	92	104/115	(81/167)	99	5	1	SIN REB	6	0'4	4B	(26)	07	14
2014	LA AZUCARERA	F2.1	24(32)	97	(105/125)	(108/157)	114	53	2	DOBLE	NO	---	SR/ORG	---	---	
2016	LA AZUCARERA	F2.1	(257)	65	---	(85/148)	(9)	51	2	DOBLE	NO	---	SR/ORG	---	---	
2001	LA ALMOINA	F2.2	298	7	(14/154)	84/142	92	(41)	2	DOBLE	NO	---	SR/ORG	---	---	
2002	LA ALMOINA	F2.2	225(283)	47 (7)	124/137	(87/134)	105	49	INDET	DOBLE	NO	---	SR/ORG	---	---	
2026	LA CARIDAD	F3.1	24	58	112/13	(88/202)	96	5	4	SIN REB	NO	---	SR/ORG	---	---	
2019	LA AZUCARERA	F3.2	(29)	81	---	(113/171)	114	---	2	DOBLE	NO	---	SR/ORG	---	---	
2007	AMPURIAS-LES CORTS	G1	408*	141	79/127*	157/219	158*	---	---	INDET	SI	---	INDET	---	---	
2008	AMPURIAS-LES CORTS	G1	49*	173*	85/136*	143/226*	206*	---	---	INDET	NO	---	INDET	---	---	
2009	AMPURIAS-LES CORTS	G1	---	---	---	---	20*	---	---	INDET	NO	---	INDET	---	---	

ESCUDOS

INV	YACIMIENTO	TIPO UMBO	LG. MAX	LG. ALETAS	LG. CONCHA	ALTURA ALETAS	ALTURA CONCHA	PROFUN. Nº SUJEC/ CONCHA ALETA	REBORDE	FRAG. ORLA	AN. INT. ORLA	TIPO MANILLA	LG. MANILLA	ALT. EMPUN.	LG. EMPUN.
2028	CASTILSABAS	H1	205	4	87/124	123/129	117	46	1	NO	---	SR/ORG	---	---	---
2020	LA AZUCARERA	I	---	---	---	---	---	---	---	--??	---	INDET	---	---	---
2055	RENIEBLAS	I	(5'4)	3'5	(1'9)	---	(8)	(3)	INDET	NO	---	SR/ORG	---	---	---
2041	ST. MIQUEL LLIRIA	I1	(17'1)	3'9	-/9'4	---	98	4	[2'2?]	NO	---	SR/ORG	---	---	---
2003	ALTO CHACÓN	I2	213	4'5	-/11'8	---	12'2	4'4	[3]	NO	---	SR/ORG	---	---	---
2034	MAS CAST. (PONTÓS)	INDET	---	---	---	---	---	---	---	NO	---	1	17'6	1'9	?
2052	TURÓ DELS DOS PINS	INDET	(5)	(3'6)	(1'4)	(8'8)	(8)	(1'3)	INDET	1	0'4	2A	(4'1)	?	?
2054	MAS CAST. (PONTÓS)	INDET	---	---	---	---	---	---	---	NO	---	2A	(14'7)	1'7	(10'5)
2035	MAS CAST. (PONTÓS)	INDET	---	---	---	---	---	---	SIN REB	NO	---	5A	22'4	1'5	13'9
2005	AMPURIAS	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	NO	---	5B	23(29'2)	1'1	15'8
2006	AMPURIAS	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	2	0'8	INDET	---	---	---
2010	AMPURIAS-LES CORTS	INDET	---	---	---	---	15	---	INDET	NO	---	INDET	---	---	---
2011	AMPURIAS-LES CORTS	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	8	0'7	INDET	---	---	---
2012	AMPURIAS-MATEU	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	2	0'9	INDET	---	---	---
2031	L'ESQUERDA	INDET	---	---	---	---	---	---	INDET	6	0'4	INDET	---	---	---
2033	MAS CAST. (PONTÓS)	INDET	---	6'9	(27'?)	(8'7)	---	---	2	NO	---	INDET	---	---	---
2043	TURÓ DELS DOS PINS	INDET	---	---	---	---	---	---	---	>1	0'5	INDET	---	---	---
2045	TURÓ DELS DOS PINS	INDET	---	---	---	---	---	---	---	5	0'3	INDET	---	---	---
2046	TURÓ DELS DOS PINS	INDET	---	---	---	---	---	---	---	1	---	INDET	---	---	---
2050	TURÓ DELS DOS PINS	INDET	---	---	---	---	---	---	---	4	0'5	INDET	---	---	---
2056	AMPURIAS-LES CORTS	INDET	---	---	---	---	---	---	---	3	0'9	INDET	---	---	---
2017	LA AZUCARERA	INDET	---	---	9'6	---	---	---	INDET	NO	---	SR/ORG	---	---	---

MOHARRAS

INV	YACIMIENTO	TIPO	LG. HOJA	A. M. H.	LG. MAX	LG. CUBO	DIA. EMB.	% HOJA	INDICE 1	CARENA	SEC. HOJA	CLAVOS	ESTRÍAS	CUBO ABIERTO
3007	PORQUERES	---	22'5	5'1	30'4	7'9	1'8	74	4'4	12'4	NERVIO REDOND.	NO	NO	NO
3008	TURÓ DELS 2 PINS	---	22'4	4'3	34'6	12'2	1'9	64'7	5'2	12'5	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO
3009	TURÓ DELS 2 PINS	---	20'6	(3'7)	28'7	8'1	(1'5)	71'7	5'6	11'1	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO
3010	PUIG DE ST. ANDREU	---	17'1	(4'3)	26'7	9'6	1'9	64	(3'5)	13'4	NERVIO ARISTA	SI	NO	INDETERMINADO
3005	CAN MIRALLES	A1	(30'5)	6'2	(40'3)	9'8	1'4	75'7	4'9	12'1	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO
3001	CABRERA DE MAR	A2.1	21'7	5'9	27'5	5'8	(2'2)	78'9	3'6	18'4	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO
3002	CABRERA DE MAR	A2.1	(17'9)	5'5	(23'5)	5'6	2'2	76'2	3'2	16'7	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO
3006	NUMANCIA	A2.1	18'3	5	24	5'7	(2)	76'2	3'6	18'5	NERVIO ARISTA	NO	NO	INDETERMINADO
3003	CABRERA DE MAR	A2.2	---	---	---	---	---	---	---	---	NERVIO ARISTA	INDET	NO	INDETERMINADO
3004	CABRERA DE MAR	A3	32'4	5'4	41'7	9'3	1'6	77'6	6	7'4	NERVIO ARISTA	NO	NO	NO

REGATONES CON ESPIGA

INV	YACIMIENTO	LG. CUBO	LG. ESPIGA	LG. MAX	A. M CUBO	A. ESPIGA	DIA. EMB.	SEC. CUBO	FORMA CUBO	MACIZADO	MOLDURAS
4001	AGUILAR DE ANGUIITA	135*	4'9*	18'4*	2'3*	0'4*	(1'9)	INDETERMINADA	CONICA	INDETERMINADO	NO
4002	CABRERA DE MAR	7	8	15	---	---	---	INDETERMINADA	CONICA	INDETERMINADO	INDET
4003	NUMANCIA	99	4'5	14'4	2'6	0'8	(2)	INDETERMINADA	CONICA	INDETERMINADO	INDET
4004	LA REVILLA	3'2	(0'7)	(3'9)	2'1	0'6	1'5	CIRCULAR	CONICA	SI	SI

CASCOS

INV	YACIMIENTO	LG. MAX	ALT. MAX	LG. CAP	AN. CAP	ALT. GUARD	ALT. RTE	GUARDANUCA	REMATE	BORDE INF	DISCO TEMP	CARRILL
5001	CAN MIRALLES	25'1	22	24'2	20'2	2'2	2'4	EXENTO	APÉNDICE	EN "U"	TRILOBULADO	SI
5002	CIGARRALEJO	21'8	15'8	20'4	17'5	1'8	---	INTEGRADO	SIN REMATE	SIMPLE	INDET	NO
5003	GALERA	25'5	17'6	23'7	(16'9)	3'3	2'1	EXENTO	DISCO	EN "U"	INDET	NO
5004	LA PEDRERA	22'8	21'7	22'1	18'4	3'4	2'4	EXENTO	DISCO	SIMPLE	SIMPLE	NO

X2. APÉNDICE 2: CATÁLOGO

X2.4: BASE DE DATOS DE PANOPLIAS

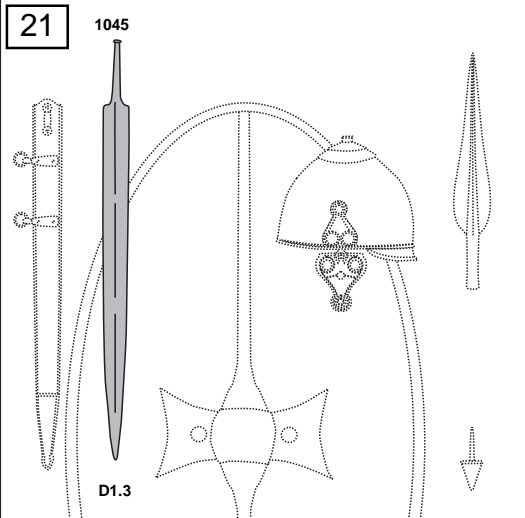
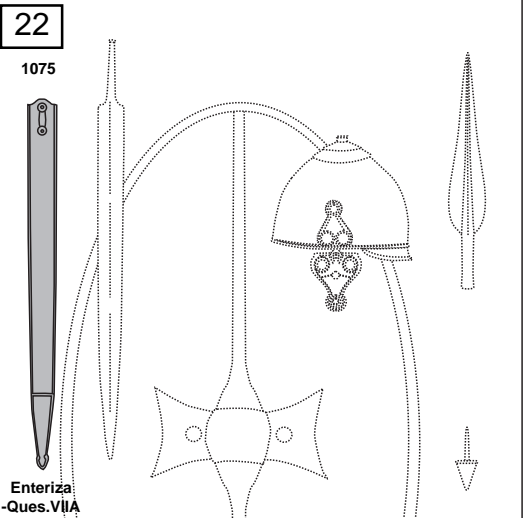
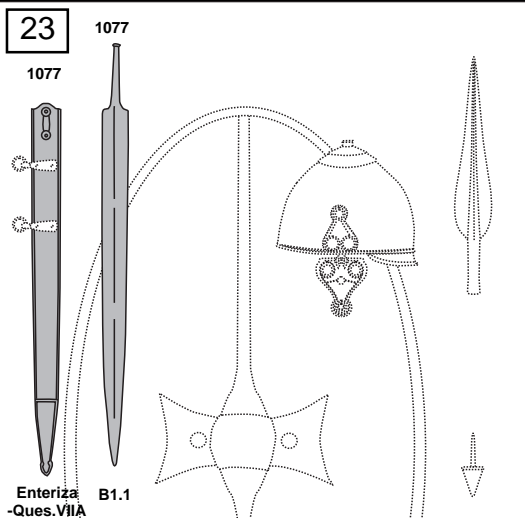
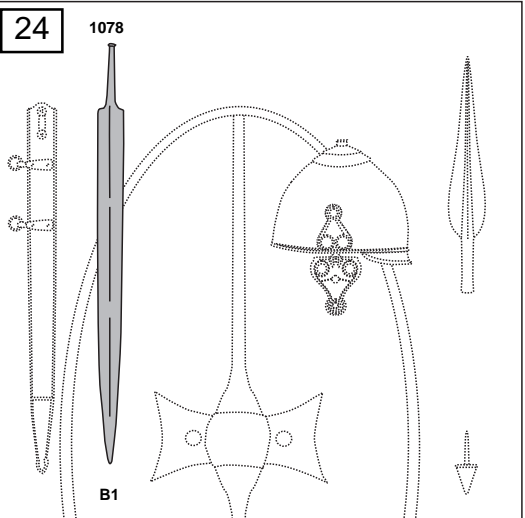
AGUILAR DE ANGUITA	SEP. H	ARCÓBRIGA	SEP. B
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: III/Aguilar de Anguita PUÑAL: ----- ESCUDO: Elementos sujeción caetra CASCO: -----	MOHARRAS: 1 REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: Bocado OTROS: -----	ESPADA: ----- PUÑAL: ----- ESCUDO: ----- CASCO: -----	MOHARRAS: 1 REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: Bocado OTROS: -----
CRONOLOGIA: ¿Finales s. IV a.C.?		CRONOLOGIA: s. III-inicios II a.C.	
ARCÓBRIGA	SEP. D	ARCÓBRIGA	SEP. I
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- PUÑAL: ----- ESCUDO: Umbo III/ Circul. Meseta CASCO: -----	MOHARRAS: ----- REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- OTROS: -----	ESPADA: ----- PUÑAL: VI/Bidiscoidal ESCUDO: ----- CASCO: -----	MOHARRAS: 1 REGATONES: 1 ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- OTROS: -----
CRONOLOGIA: Finales IV-inicios III a.C.		CRONOLOGIA: Finales IV-inicios III a.C.	

ARCÓBRIGA	SEP. J	ARCÓBRIGA	SEP. K																																								
<div data-bbox="247 246 774 761"> </div>		<div data-bbox="821 246 1348 761"> </div>																																									
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS																																									
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA:</td><td>-----</td><td>MOHARRAS:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>PUÑAL:</td><td>-----</td><td>REGATONES:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>ESCUDO:</td><td>-----</td><td>ARROJADIZAS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td></td><td></td><td>ARREOS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td>CASCO:</td><td>-----</td><td>OTROS:</td><td>-----</td></tr> </table>	ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1	PUÑAL:	-----	REGATONES:	1	ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----			ARREOS:	-----	CASCO:	-----	OTROS:	-----		<table border="0"> <tr> <td>ESPADA:</td><td>Antenas indet</td><td>MOHARRAS:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>PUÑAL:</td><td>-----</td><td>REGATONES:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>ESCUDO:</td><td>-----</td><td>ARROJADIZAS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td></td><td></td><td>ARREOS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td>CASCO:</td><td>-----</td><td>OTROS:</td><td>-----</td></tr> </table>	ESPADA:	Antenas indet	MOHARRAS:	1	PUÑAL:	-----	REGATONES:	1	ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----			ARREOS:	-----	CASCO:	-----	OTROS:	-----	
ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1																																								
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1																																								
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----																																								
		ARREOS:	-----																																								
CASCO:	-----	OTROS:	-----																																								
ESPADA:	Antenas indet	MOHARRAS:	1																																								
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1																																								
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----																																								
		ARREOS:	-----																																								
CASCO:	-----	OTROS:	-----																																								
CRONOLOGIA: Finales III-inicios II a.C.		CRONOLOGIA: Finales IV-inicios III a.C.																																									
ARCÓBRIGA	SEP. L	ARCÓBRIGA	SEP. M																																								
<div data-bbox="247 1169 774 1684"> </div>		<div data-bbox="821 1169 1348 1684"> </div>																																									
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS																																									
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA:</td><td>-----</td><td>MOHARRAS:</td><td>1+jabalina</td></tr> <tr> <td>PUÑAL:</td><td>-----</td><td>REGATONES:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>ESCUDO:</td><td>-----</td><td>ARROJADIZAS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td></td><td></td><td>ARREOS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td>CASCO:</td><td>-----</td><td>OTROS:</td><td>-----</td></tr> </table>	ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1+jabalina	PUÑAL:	-----	REGATONES:	1	ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----			ARREOS:	-----	CASCO:	-----	OTROS:	-----		<table border="0"> <tr> <td>ESPADA:</td><td>-----</td><td>MOHARRAS:</td><td>1+jabalina</td></tr> <tr> <td>PUÑAL:</td><td>-----</td><td>REGATONES:</td><td>1</td></tr> <tr> <td>ESCUDO:</td><td>Elementos sujeción caetra</td><td>ARROJADIZAS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td></td><td></td><td>ARREOS:</td><td>-----</td></tr> <tr> <td>CASCO:</td><td>-----</td><td>OTROS:</td><td>-----</td></tr> </table>	ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1+jabalina	PUÑAL:	-----	REGATONES:	1	ESCUDO:	Elementos sujeción caetra	ARROJADIZAS:	-----			ARREOS:	-----	CASCO:	-----	OTROS:	-----	
ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1+jabalina																																								
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1																																								
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----																																								
		ARREOS:	-----																																								
CASCO:	-----	OTROS:	-----																																								
ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1+jabalina																																								
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1																																								
ESCUDO:	Elementos sujeción caetra	ARROJADIZAS:	-----																																								
		ARREOS:	-----																																								
CASCO:	-----	OTROS:	-----																																								
CRONOLOGIA: Finales IV-inicios III a.C.		CRONOLOGIA: 2/2 s.III-inicios II a.C.																																									

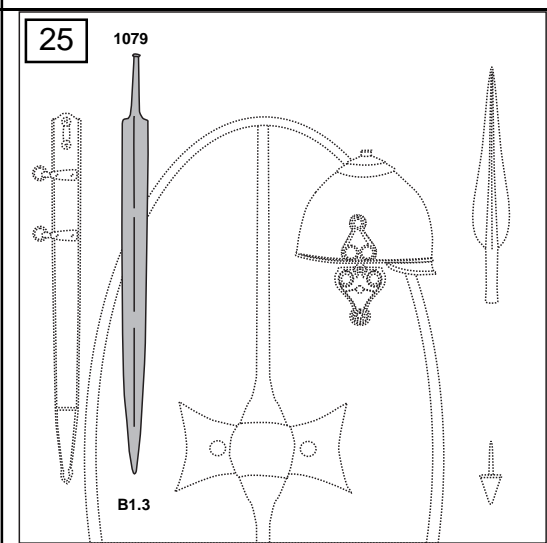
ARCÓBRIGA	SEP. N	ARCÓBRIGA	SEP. Ñ
<div data-bbox="247 246 774 761"> </div>		<div data-bbox="821 246 1348 761"> </div>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: 1+jabalina PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: Elementos sujeción caetra ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----		ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----	
CRONOLOGIA: 2/2 s.III-inicios II a.C.		CRONOLOGIA: ¿mediados II a.C.?	
ARCÓBRIGA	SEP. S	ARCÓBRIGA	SEP. T
<div data-bbox="247 1176 774 1691"> </div>		<div data-bbox="821 1176 1348 1691"> </div>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----		ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Pilum ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: Anillas	
CRONOLOGIA: s. III a.C.		CRONOLOGIA: ¿s. III a.C.?	

ARCÓBRIGA	SEP. U	ARCÓBRIGA	SEP. V
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1+jabalina	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----
PUÑAL: -----	REGATONES: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----
CASCO: -----	ARREOS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----
CASCO: -----	OTROS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: s. III a.C.		CRONOLOGIA: Finales IV-inicios III a.C.	
ARCÓBRIGA	SEP. W	ARCOS DE LA FRONTERA	S/N
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1
PUÑAL: -----	REGATONES: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: -----
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----
CASCO: -----	ARREOS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----
CASCO: -----	OTROS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: s. III-inicios II a.C.		CRONOLOGIA: ¿s. II-I a.C.?	

ATANCE SEP. 12	ATANCE SEP. 13
<p>17 1046 A4</p>	<p>18 1174 ESP-Ques. VIIB</p>
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: s. IV-med. III a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: ¿Fin. IV-med. III a.C.?</p>
ATANCE SEP. 28/66	ATANCE SEP. 32/9
<p>19 1048 1048 ESP-Ques. VIIB A3.2</p>	<p>20 1047 1047 Enteriza-Ques.VIIA A4</p>
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Pilum ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: 2/2 s. IV-inic. III a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: 2/2 s. IV-inic. III a.C.</p>

ATANCE	SEP. B	BAZA	SEP. 7
 <p>21 1045 D1.3</p>		 <p>22 1075 Enteriza-Ques.VIIA</p>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
<p>ESPADA: ----- MOHARRAS: -----</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>		<p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1</p> <p>PUÑAL: IIC/IIA Quesada REGATONES: 1</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	
<p>CRONOLOGIA: s. III-II a.C.</p>		<p>CRONOLOGIA: 350-300 a.C.</p>	
CABECICO DEL TESORO	SEP. 20	CABECICO DEL TESORO	SEP. 27
 <p>23 1077 1077 Enteriza-Ques.VIIA B1.1</p>		 <p>24 1078 B1</p>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
<p>ESPADA: Falcata Indet. MOHARRAS: -----</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Soliferreum</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>		<p>ESPADA: Falcatas (3) MOHARRAS: -----</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: Elementos sujeción caetra ARROJADIZAS: Soliferreum</p> <p>ARREOS: ¿Arnés?</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	
<p>CRONOLOGIA: 380-300 a.C.</p>		<p>CRONOLOGIA: 300-250 a.C.</p>	

CABECICO DEL TESORO SEP. 142

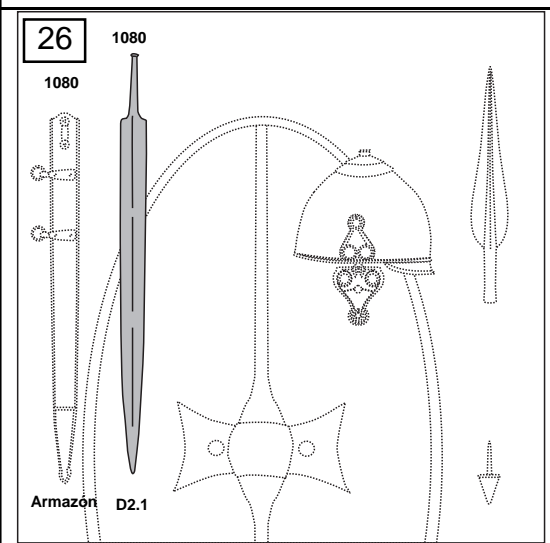


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1
ESCUDO:	Manilla	ARROJADIZAS:	Soliferreum
CASCO:	-----	ARREOS:	-----
		OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 250-200 a.C.

CABECICO DEL TESORO SEP. 146

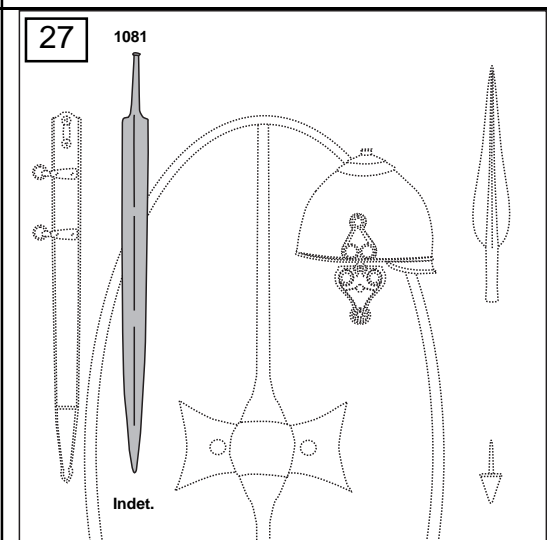


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	Elementos caetra	ARROJADIZAS:	Soliferreum
CASCO:	Montefortino	ARREOS:	-----
		OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 220-175 a.C.

CABECICO DEL TESORO SEP. 265

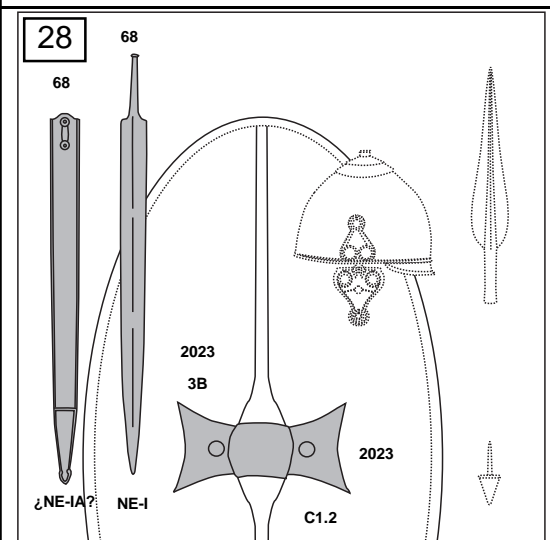


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
CASCO:	-----	ARREOS:	-----
		OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 370-300 a.C.

CABRERA (CAN RODON) SEP. A



OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	Soliferreum
CASCO:	-----	ARREOS:	-----
		OTROS:	-----

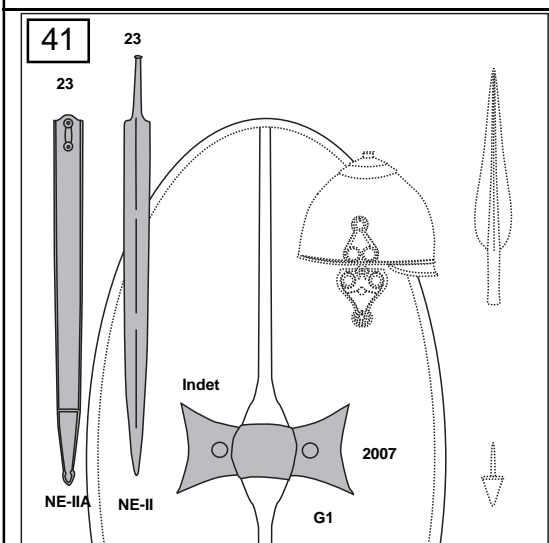
CRONOLOGIA: 300-250 a.C.

CABRERA (CAN RODON) SEP. II	CABRERA (CAN RODON) SEP. IV
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS
ESPADA: ----- MOHARRAS: -----	ESPADA: ----- MOHARRAS: -----
PUÑAL: ----- REGATONES: -----	PUÑAL: ----- REGATONES: -----
ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----	ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----
CASCO: ----- ARREOS: -----	CASCO: ----- ARREOS: -----
OTROS: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: 250-200 a.C.	CRONOLOGIA: 250-200 a.C.
CAN MIRALLES SILO 24	CABRERA (CAN ROS) SEP. 1
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS
ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- ¿1?	ESPADA: ----- MOHARRAS: -----
PUÑAL: ----- REGATONES: -----	PUÑAL: ----- REGATONES: 1
ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----	ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----
CASCO: ----- ARREOS: -----	CASCO: ----- ARREOS: -----
OTROS: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: Fin. IV-inicios III a.C.	CRONOLOGIA: Fin. IV-finales III a.C.

CARRATIERMES COL. PRIV	CASTILLO DE CASEJÓN SEP. 11
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 2</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: ----- V:Frontón-Bidisc-Antenas</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: Falcata (caballo) MOHARRAS: -----</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: s. III a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: 450-350 a.C.</p>
CASTILLO DE CASEJÓN SEP. 167	CERRO DE LAS BALAS SEP. 13
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 (grande)</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 2</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: ----- VI/Bidiscoidal</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: Med. V-inicios IV a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: Inicios s. II a.C.</p>

CIGARRALEJO SEP. 54	CIGARRALEJO SEP. 395																				
<p>37 1086</p> <p>1086</p> <p>ESP.-Ques. VIIB A1.1</p>	<p>38 1087</p> <p>1087</p> <p>Armazoni Indet. A1.1 2029</p>																				
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS																				
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: Manilla II</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: Manilla II	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 2</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: 1 Solf/1pilum</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: Espuelas</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: 2	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: 1 Solf/1pilum		ARREOS: Espuelas	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: Manilla II	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 2																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: 1 Solf/1pilum																				
	ARREOS: Espuelas																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
<table border="0"> <tr> <td>CRONOLOGIA: 375-300 a.C.</td> </tr> </table>	CRONOLOGIA: 375-300 a.C.	<table border="0"> <tr> <td>CRONOLOGIA: 375-200 a.C.</td> </tr> </table>	CRONOLOGIA: 375-200 a.C.																		
CRONOLOGIA: 375-300 a.C.																					
CRONOLOGIA: 375-200 a.C.																					
CIGARRALEJO SEP. 478	LES CORTS SEP. 7																				
<p>39</p> <p>5002</p>	<p>40 22</p> <p>22 2056</p> <p>Enteriza -Ques.VIIA Indet.</p>																				
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS																				
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: Falcata (2)</td> <td>MOHARRAS: 2</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 3</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: 2 Manillas caetra</td> <td>ARROJADIZAS: Soliferreum</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: Varios elem.</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: Falcata (2)	MOHARRAS: 2	PUÑAL: -----	REGATONES: 3	ESCUDO: 2 Manillas caetra	ARROJADIZAS: Soliferreum		ARREOS: Varios elem.	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: Montefortino</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: Montefortino	OTROS: -----
ESPADA: Falcata (2)	MOHARRAS: 2																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 3																				
ESCUDO: 2 Manillas caetra	ARROJADIZAS: Soliferreum																				
	ARREOS: Varios elem.																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: Montefortino	OTROS: -----																				
<table border="0"> <tr> <td>CRONOLOGIA: 375-350 a.C.</td> </tr> </table>	CRONOLOGIA: 375-350 a.C.	<table border="0"> <tr> <td>CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.</td> </tr> </table>	CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.																		
CRONOLOGIA: 375-350 a.C.																					
CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.																					

LES CORTS SEP. 45

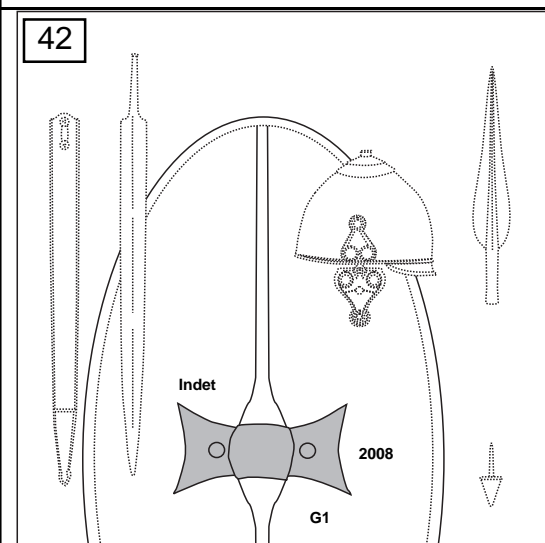


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	1
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.

LES CORTS SEP. 57

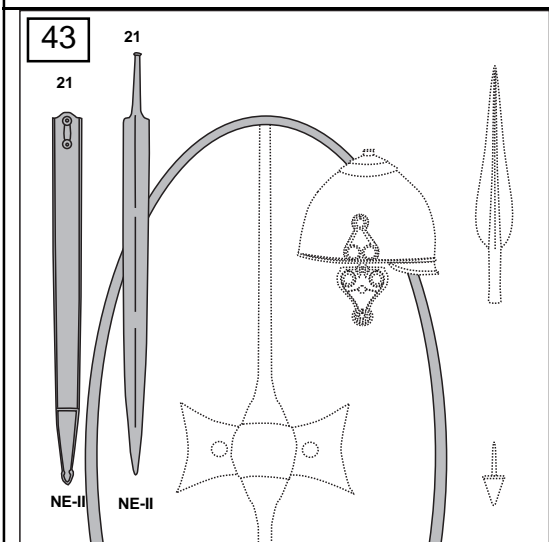


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.

LES CORTS SEP. 110

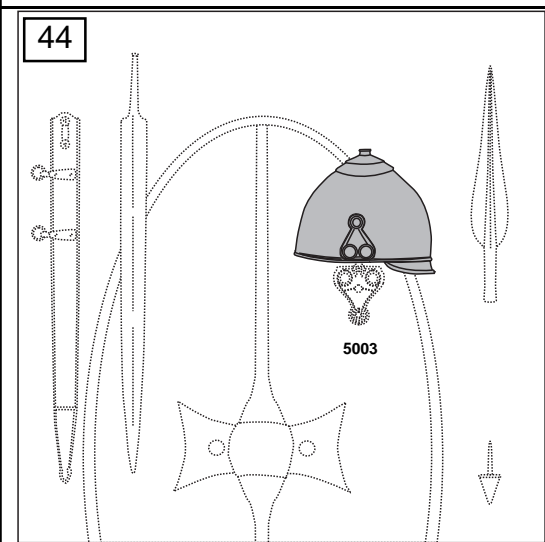


OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	Montefortino	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: s. II-inicios I a.C.

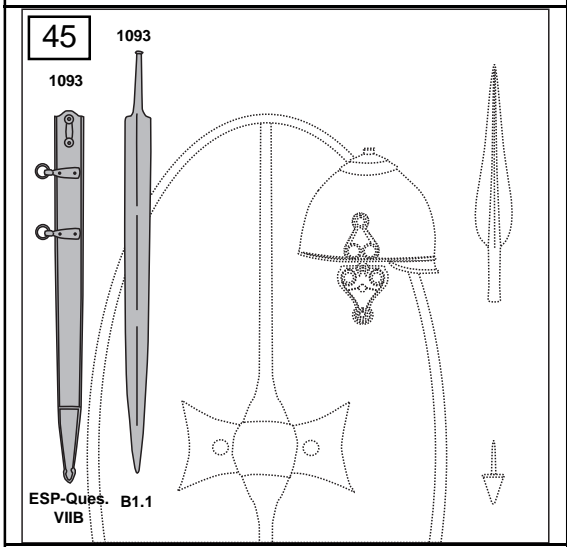
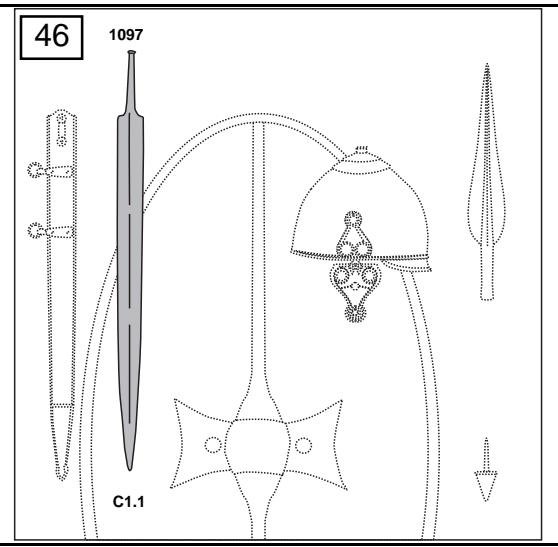
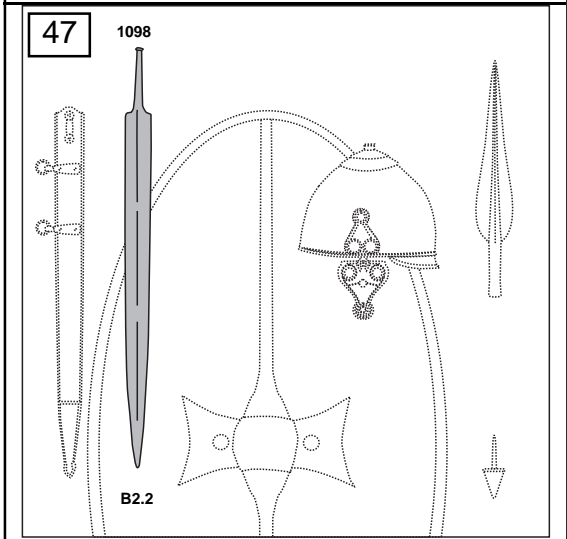
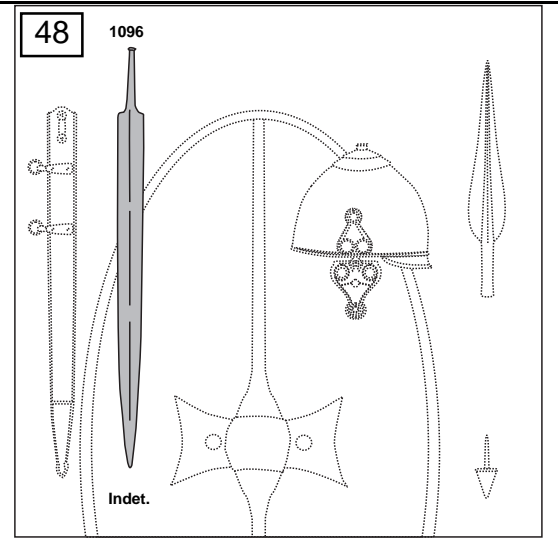
GALERA SEP. 27



OTRAS ARMAS

ESPADA:	Falcatas (2)	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	Soliferreum
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: Med. IV-III a.C.

GORMAZ (QUINTANAS)	SEP. D	GORMAZ (QUINTANAS)	SEP. F
 <p>45</p> <p>1093</p> <p>1093</p> <p>ESP-Quib. VIIIB</p> <p>B1.1</p>		 <p>46</p> <p>1097</p> <p>C1.1</p>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
<p>ESPADA: -----</p> <p>PUÑAL: -----</p> <p>ESCUDO: ----- Elementos sujeción caetra</p> <p>CASCO: -----</p>	<p>MOHARRAS: 1</p> <p>REGATONES: -----</p> <p>ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>OTROS: -----</p>	<p>ESPADA: -----</p> <p>PUÑAL: -----</p> <p>ESCUDO: -----</p> <p>CASCO: -----</p>	<p>MOHARRAS: -----</p> <p>REGATONES: 5</p> <p>ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>OTROS: -----</p>
CRONOLOGIA: 350-300 a.C.		CRONOLOGIA: Fin. IV-II a.C.	
GORMAZ (QUINTANAS)	SEP. G	GORMAZ (QUINTANAS)	SEP. H
 <p>47</p> <p>1098</p> <p>B2.2</p>		 <p>48</p> <p>1096</p> <p>Indet.</p>	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
<p>ESPADA: ----- ¿V/Atance?</p> <p>PUÑAL: -----</p> <p>ESCUDO: -----</p> <p>CASCO: -----</p>	<p>MOHARRAS: 1</p> <p>REGATONES: -----</p> <p>ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>OTROS: -----</p>	<p>ESPADA: -----</p> <p>PUÑAL: -----</p> <p>ESCUDO: -----</p> <p>CASCO: -----</p>	<p>MOHARRAS: 1+jabalina</p> <p>REGATONES: -----</p> <p>ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>OTROS: -----</p>
CRONOLOGIA: s. III a.C.		CRONOLOGIA: Fin. IV-II a.C.	

GORMAZ (QUINTANAS) SEP. I	GORMAZ (QUINTANAS) SEP. Ñ
<p>49 1095 B1</p>	<p>50 1094 D1.1</p>
<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1+jabalina</p> <p>PUÑAL: VI/Bidiscoidal REGATONES: 1</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1</p> <p>PUÑAL: VI/Bidiscoidal REGATONES: 1</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: Fin. IV-II a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: s. III a.C.</p>
GORMAZ (LA REQUIJADA) SEP. 23	GORMAZ (LA REQUIJADA) SEP. 28
<p>51 1100 B2.1</p>	<p>52 1101 Indet.</p>
<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: 1</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: 1</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: Fin. IV-II a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: Fin. IV-II a.C.</p>

HUESCA	TÚMULO 4	MATEU (AMPURIAS)	SEP. 1
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----		ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Pilum ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----	
CRONOLOGIA: 2/2 s.V-inicios IV a.C.		CRONOLOGIA: s. III-I a.C.	
MAS DE BARBERAN	CONJ. A	MAS DE BARBERAN	CONJ. B
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----		ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: VI/Bidiscoidal REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----	
CRONOLOGIA: Fin. III-I a.C.		CRONOLOGIA: Fin. III-I a.C.	

LOS NIETOS SEP. 110	NUMANCIA SEP. 1																				
<p>57 1108 1108 ESP-Qués. VIIIB B1.1</p>	<p>58 1109 B2.2</p>																				
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1+jabalina</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: Umbo III/ Circul. Meseta</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1+jabalina	PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón	REGATONES: -----	ESCUDO: Umbo III/ Circul. Meseta	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1+jabalina																				
PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón	REGATONES: -----																				
ESCUDO: Umbo III/ Circul. Meseta	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: 370-300 a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: Fin. III-inicios II a.C.</p>																				
NUMANCIA SEP. 4	NUMANCIA SEP. 41																				
<p>59 1110 B1.3</p>	<p>60 3006 A2.1</p>																				
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 2</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: VI/Bidiscoidal</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 2	PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: Pilum</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Pilum		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 2																				
PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Pilum																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: Fin. III-inicios II a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: 200-133 a.C.</p>																				

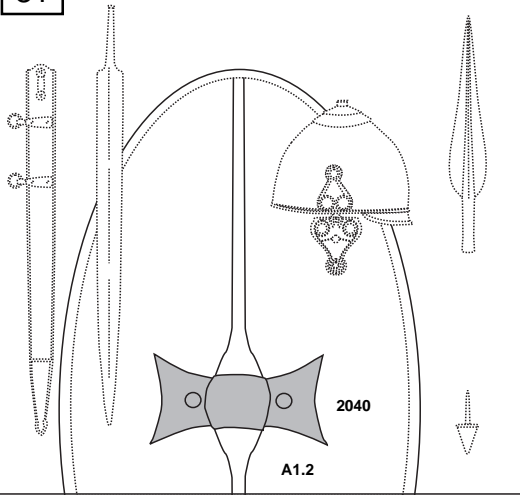
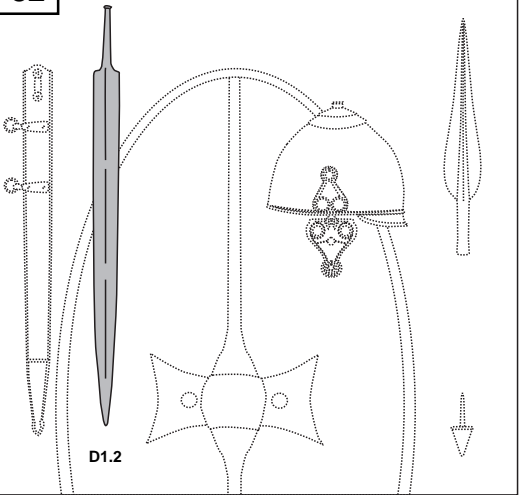
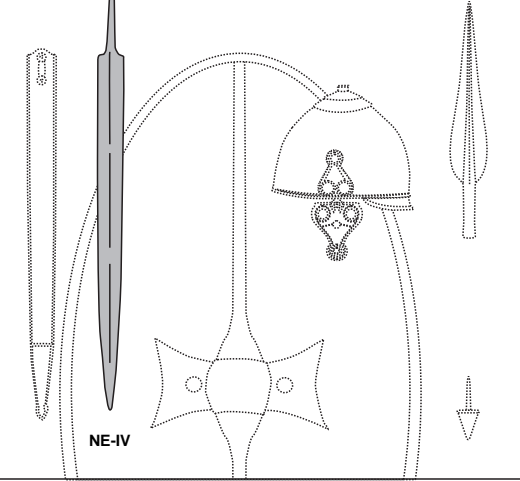
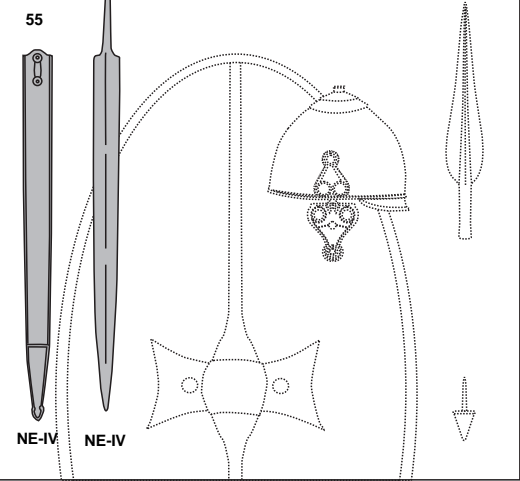
NUMANCIA SEP. 61	NUMANCIA SEP. 69
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1+jabalina</p> <p>PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: -----</p> <p>PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: Fin. III-inicios II a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: Fin. III-inicios II a.C.</p>
NUMANCIA SEP. 105	LA OSERA SEP. 201
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1</p> <p>PUÑAL: ----- REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: Elementos sujeción caetra ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: -----</p> <p>CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 2</p> <p>PUÑAL: III/Monte Bernorio REGATONES: -----</p> <p>ESCUDO: Umbo II/Radial Manilla ¿V? ARROJADIZAS: -----</p> <p>ARREOS: Bocado</p> <p>CASCO: Indeterminado OTROS: Tahali</p>
<p>CRONOLOGIA: Fin. III-inicios II a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: ¿Fin. IV-inicios III a.C.?</p>

CIGARRALEJO SEP. 472	CIGARRALEJO SEP. 483																				
<div style="display: flex; justify-content: space-between;"> 65 1088 </div> <p>Enteriza -Ques. VIIA Indet. Indet.</p>	<div style="display: flex; justify-content: space-between;"> 66 2030 </div> <p>A1 A1</p>																				
OTRAS ARMAS																					
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: Soliferreum</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Soliferreum		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1+jabalina</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1+jabalina	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Soliferreum																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1+jabalina																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
CRONOLOGIA: 375-200 a.C.	CRONOLOGIA: 375-200 a.C.																				
OSMA SEP. 9A	OSMA SEP. 10B																				
<div style="display: flex; justify-content: space-between;"> 67 1131 </div> <p>B2.1 Indet.</p>	<div style="display: flex; justify-content: space-between;"> 68 1126 </div> <p>Indet. Indet.</p>																				
OTRAS ARMAS																					
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: Jabalina</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: VI/Bidiscoidal</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: Elementos caetra</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: Jabalina	PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: 1	ESCUDO: Elementos caetra	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: VI/Bidiscoidal</td> <td>REGATONES: 2</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: 2	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: Jabalina																				
PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: 1																				
ESCUDO: Elementos caetra	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: VI/Bidiscoidal	REGATONES: 2																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
CRONOLOGIA: s. III a.C.	CRONOLOGIA: s. III a.C.																				

OSMA SEP. 13B	OSMA SEP. 14A																				
<p>69 1127 C1.2</p>	<p>70 1125 B1.3</p>																				
<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: Elementos sujeción caetra</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón	REGATONES: 1	ESCUDO: Elementos sujeción caetra	ARROJADIZAS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----		OTROS: -----	<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----		OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón	REGATONES: 1																				
ESCUDO: Elementos sujeción caetra	ARROJADIZAS: -----																				
CASCO: -----	ARREOS: -----																				
	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
CASCO: -----	ARREOS: -----																				
	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: s. III-I a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: s. II-I a.C.</p>																				
OSMA SEP. 14B	OSMA SEP. 18A																				
<p>71 1128 B1.3</p>	<p>72 1124 ESP-Ques. VIIB B1.1</p>																				
<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: Jabalina</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>OTROS: Tahalí</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: Jabalina	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----		OTROS: Tahalí	<p align="center">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 2</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 2	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----		OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: Jabalina																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
CASCO: -----	ARREOS: -----																				
	OTROS: Tahalí																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 2																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
CASCO: -----	ARREOS: -----																				
	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: s. III-I a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: Fin. IV-med. III a.C.</p>																				

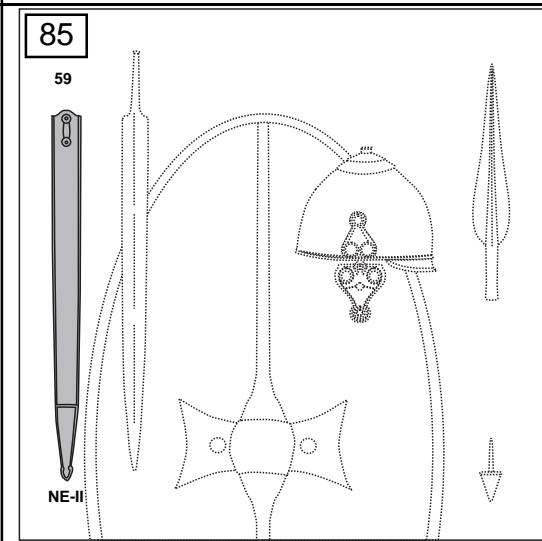
OSMA	SEP. 20A	LA PEDRERA	SEP. A
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- PUÑAL: VI/Bidiscoidal ESCUDO: ----- CASCO: -----	MOHARRAS: Jabalina REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- OTROS: -----	ESPADA: Falcata (ave) PUÑAL: ----- ESCUDO: ----- CASCO: -----	MOHARRAS: ----- REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ¿? OTROS: Caballo
CRONOLOGIA: s. III a.C.		CRONOLOGIA: s. IV a.C.	
LA PELADILLA	URNA 1	POZO MORO	SEP. 4/F2
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- PUÑAL: ¿Bidiscoidal? ESCUDO: ----- CASCO: -----	MOHARRAS: ----- REGATONES: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- OTROS: -----	ESPADA: Falcata PUÑAL: ----- ESCUDO: Manilla III CASCO: Montefortino	MOHARRAS: 1+jabalina REGATONES: 2 ARROJADIZAS: Solif/pilum ARREOS: ----- OTROS: -----
CRONOLOGIA: Finales V-II a.C.		CRONOLOGIA: Finales III-inicios II a.C.	

POZO MORO	SEP. 5E-1	LA REVILLA	SEP. A
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: Falcata	MOHARRAS: 1	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1
PUÑAL: -----	REGATONES: 2	PUÑAL: IV/Bidiscoidal/ Frontón	REGATONES: -----
ESCUDO: Manilla caetra	ARROJADIZAS: Soliferrea (2)	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----
CASCO: -----	ARREOS: -----	CASCO: -----	ARREOS: Bocado
OTROS: -----	OTROS: -----	OTROS: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: 325-225 a.C.		CRONOLOGIA: 2/2 s.III-med. II a.C.	
LA REVILLA	SEP. C	EL ROMAZAL	SEP. 36
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: -----	MOHARRAS: 2	ESPADA: -----	MOHARRAS: 2
PUÑAL: -----	REGATONES: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----
CASCO: -----	ARREOS: -----	CASCO: -----	ARREOS: -----
OTROS: -----	OTROS: -----	OTROS: -----	OTROS: -----
CRONOLOGIA: s. III a.C.		CRONOLOGIA: Finales III-I a.C.	

EL ROMAZAL	SEP. 143	EL ROMAZAL	SEP. 145
<div data-bbox="252 248 316 293" style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">81</div> 		<div data-bbox="825 248 888 293" style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">82</div> <div data-bbox="906 257 949 280">1149</div> 	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: VI/Bidiscoidal REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----		ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----	
CRONOLOGIA: Finales III-I a.C.		CRONOLOGIA: Finales III-I a.C.	
SANT JULIÀ DE RAMIS	CASA	TURÓ DELS DOS PINS	SEP. 4
<div data-bbox="252 1173 316 1218" style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">83</div> <div data-bbox="347 1182 375 1205">44</div> 		<div data-bbox="825 1173 888 1218" style="border: 1px solid black; padding: 2px; display: inline-block;">84</div> <div data-bbox="912 1182 940 1205">55</div> <div data-bbox="849 1227 876 1249">55</div> 	
OTRAS ARMAS		OTRAS ARMAS	
ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Pila (2) ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: Punta flecha		ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----	
CRONOLOGIA: Inicios II a.C.		CRONOLOGIA: 250-175 a.C.	

TURÓ DELS DOS PINS

SEP. 9



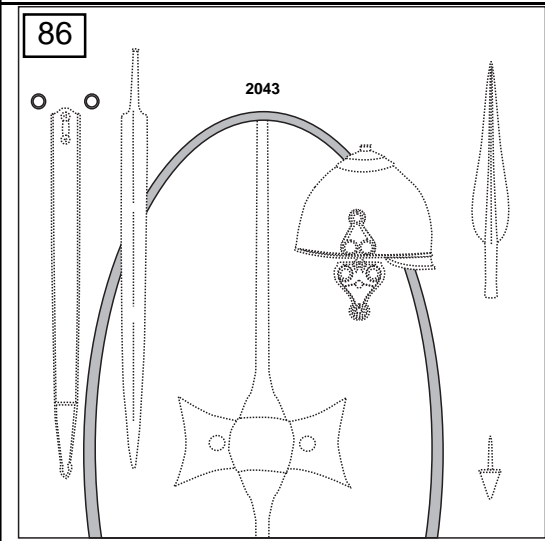
OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 250-175 a.C.

TURÓ DELS DOS PINS

SEP. 17



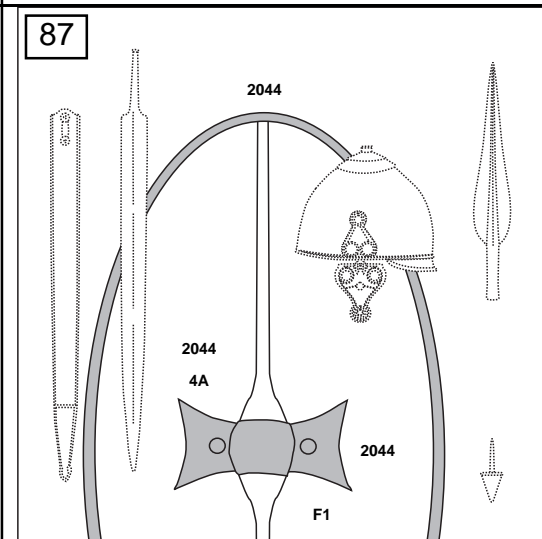
OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 250-175 a.C.

TURÓ DELS DOS PINS

SEP. 26



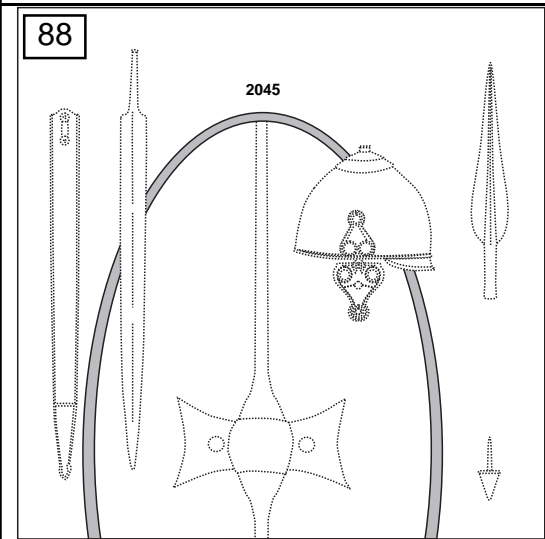
OTRAS ARMAS

ESPADA:	-----	MOHARRAS:	1
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 250-175 a.C.

TURÓ DELS DOS PINS

SEP. 41



OTRAS ARMAS

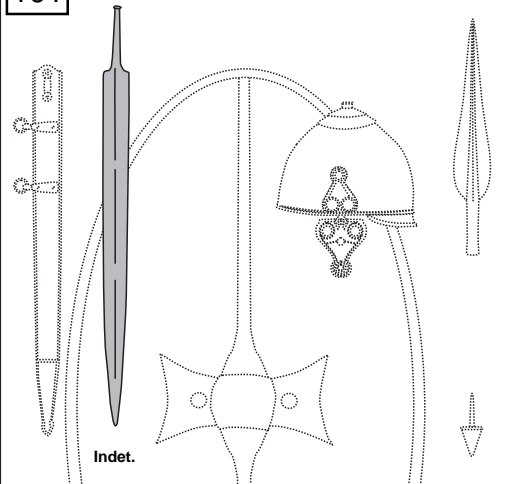
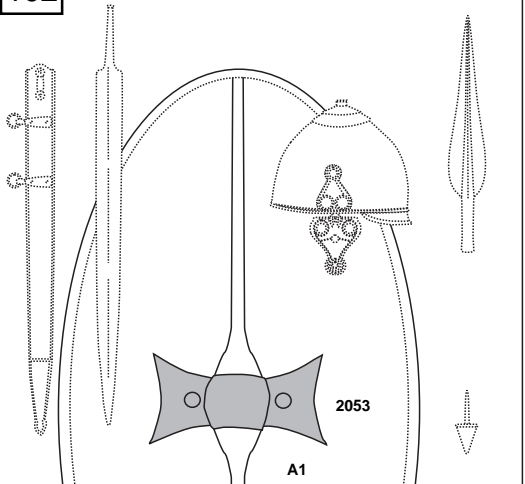
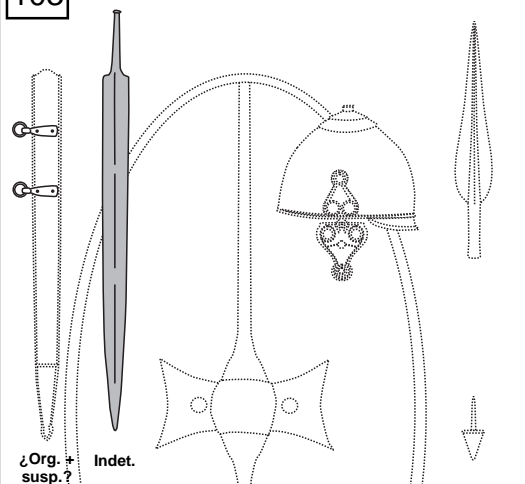
ESPADA:	-----	MOHARRAS:	-----
PUÑAL:	-----	REGATONES:	-----
ESCUDO:	-----	ARROJADIZAS:	-----
		ARREOS:	-----
CASCO:	-----	OTROS:	-----

CRONOLOGIA: 250-200 a.C.

TURÓ DELS DOS PINS SEP. 43	TURÓ DELS DOS PINS SEP. 47																				
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS																				
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
CRONOLOGIA: 250-175 a.C.	CRONOLOGIA: 250-175 a.C.																				
TURÓ DELS DOS PINS SEP. 51	TURÓ DELS DOS PINS SEP. 52																				
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS																				
<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
CRONOLOGIA: 250-200 a.C.	CRONOLOGIA: 250-175 a.C.																				

TURÓ DELS DOS PINS SEP. 57	TURÓ DELS DOS PINS SEP. 62																				
<div data-bbox="247 246 774 761"> </div>	<div data-bbox="817 246 1343 761"> </div>																				
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: 250-175 a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: 250-175 a.C.</p>																				
TURÓ DELS DOS PINS SEP. 64	TURÓ DELS DOS PINS SEP. 83																				
<div data-bbox="247 1171 774 1686"> </div>	<div data-bbox="817 1171 1343 1686"> </div>																				
<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----	<p style="text-align: center;">OTRAS ARMAS</p> <table border="0"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 2</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: 2	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: 2																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
<p>CRONOLOGIA: 250-175 a.C.</p>	<p>CRONOLOGIA: 250-175 a.C.</p>																				

VILLARICOS SEP. 174	VILLARICOS SEP. 394
<p>97 1157 1157 Armazón B1</p>	<p>98 1158 Indet.</p>
<p>OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: ----- ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p>OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: ----- PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Soliferreum ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: s. VI-II a.C. (necrópolis)</p>	<p>CRONOLOGIA: s. VI-II a.C. (necrópolis)</p>
VILLARICOS SEP. 556	VILLARICOS SEP. 560
<p>99 1154 1154 NE-IA NE-I</p>	<p>100 1155 1155 1156 Org. + susp. D1.2 Indet</p>
<p>OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 1 PUÑAL: ----- REGATONES: ----- ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Soliferreum ARREOS: ----- CASCO: ----- OTROS: -----</p>	<p>OTRAS ARMAS</p> <p>ESPADA: ----- MOHARRAS: 2 PUÑAL: ----- REGATONES: 1 ESCUDO: ----- ARROJADIZAS: Soliferreum ARREOS: ----- CASCO: Montefortino OTROS: -----</p>
<p>CRONOLOGIA: s. VI-II a.C. (necrópolis)</p>	<p>CRONOLOGIA: 250-100 a.C.</p>

VILLARICOS SEP. 1080	VILLARICOS HIPOG. 5																				
<div style="border: 1px solid black; padding: 5px;"> <p>101 1159</p>  <p style="text-align: center;">Indet.</p> </div>	<div style="border: 1px solid black; padding: 5px;"> <p>102</p>  <p style="text-align: right;">2053</p> <p style="text-align: center;">A1</p> </div>																				
OTRAS ARMAS	OTRAS ARMAS																				
<table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: -----</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: ¿?</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: -----	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: ¿?	OTROS: -----	<table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: -----</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: Solif/pilum</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: Punta flecha</td> </tr> </table>	ESPADA: -----	MOHARRAS: -----	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Solif/pilum		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: Punta flecha
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: -----																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: ¿?	OTROS: -----																				
ESPADA: -----	MOHARRAS: -----																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: Solif/pilum																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: Punta flecha																				
CRONOLOGIA: s. VI-II a.C. (necrópolis)	CRONOLOGIA: s. IV-II a.C.																				
CIGARRALEJO SEP. 488																					
<div style="border: 1px solid black; padding: 5px;"> <p>103 1089</p>  <p style="text-align: center;">¿Org. + susp.?</p> <p style="text-align: center;">Indet.</p> </div>																					
OTRAS ARMAS																					
<table border="0" style="width: 100%;"> <tr> <td>ESPADA: -----</td> <td>MOHARRAS: 1</td> </tr> <tr> <td>PUÑAL: -----</td> <td>REGATONES: 1</td> </tr> <tr> <td>ESCUDO: -----</td> <td>ARROJADIZAS: -----</td> </tr> <tr> <td></td> <td>ARREOS: -----</td> </tr> <tr> <td>CASCO: -----</td> <td>OTROS: -----</td> </tr> </table>		ESPADA: -----	MOHARRAS: 1	PUÑAL: -----	REGATONES: 1	ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----		ARREOS: -----	CASCO: -----	OTROS: -----										
ESPADA: -----	MOHARRAS: 1																				
PUÑAL: -----	REGATONES: 1																				
ESCUDO: -----	ARROJADIZAS: -----																				
	ARREOS: -----																				
CASCO: -----	OTROS: -----																				
CRONOLOGIA: 375-200 a.C.																					